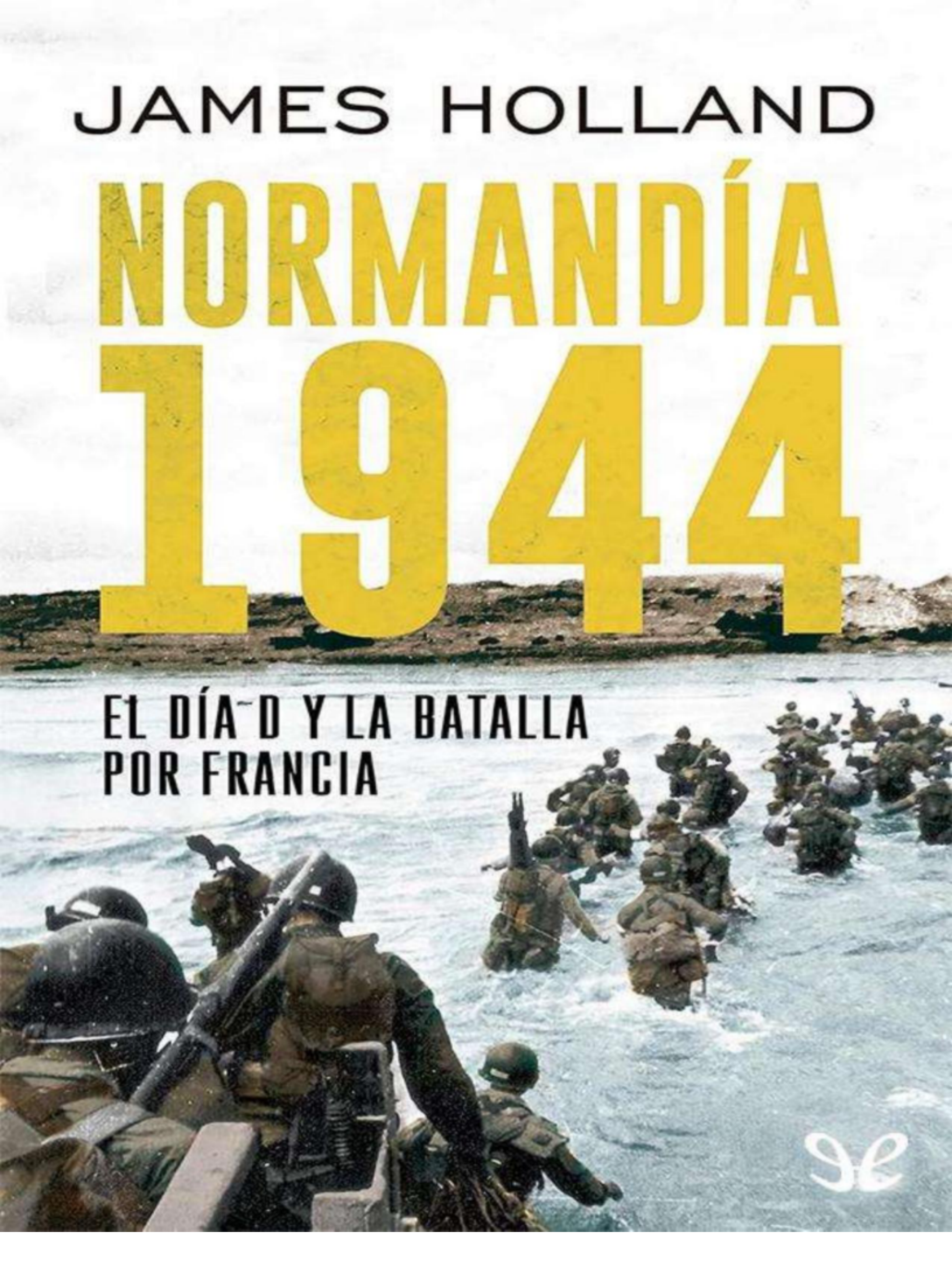
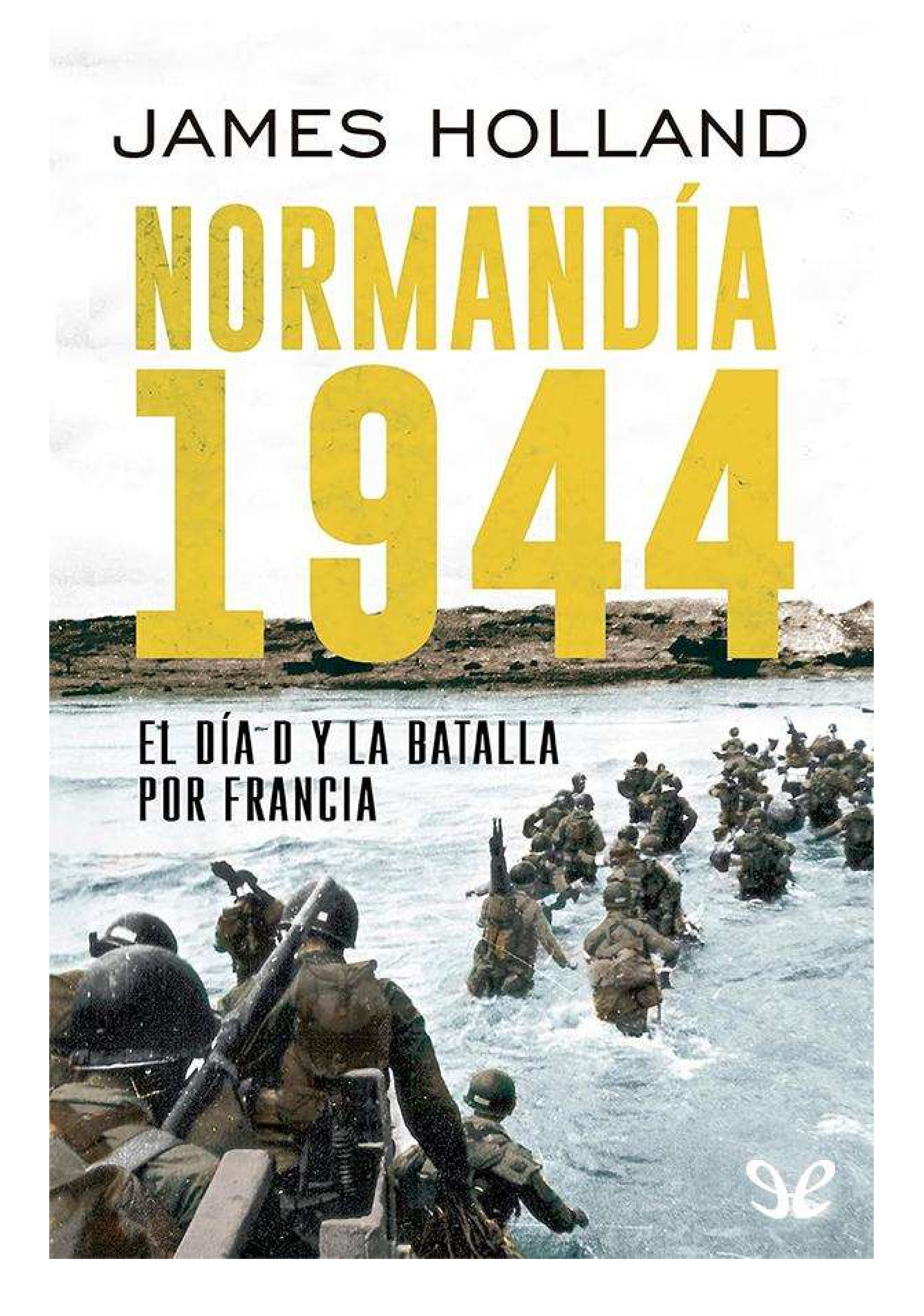

JAMES HOLLAND
NORMANDÍA
1944
EL DÍA D Y LA BATALLA
POR FRANCIA



El desembarco de Normandía el 6 de junio de 1944 y los 76 días de durísimos combates en Francia que lo siguieron fueron la campaña que marcó el principio del fin de la Alemania nazi. En esta nueva

historia del Día D y las batallas en Normandía, James Holland, el principal exponente de la nueva generación de historiadores que están reinterpretando la Segunda Guerra Mundial, nos ofrece una visión global que cuestiona mucho de lo que creemos saber sobre esta campaña. Muchos relatos anteriores han ignorado la escala y complejidad del esfuerzo bélico aliado, así como las limitaciones tácticas, operativas y estratégicas de las fuerzas alemanas. A partir de archivos y testimonios inéditos que van desde soldados rasos hasta generales, pasando por pilotos de bombarderos, enfermeras o miembros de la Resistencia, Holland nos brinda el relato épico de la campaña que supuso el principio del fin de la guerra en Europa. Normandía 1944 es una historia de lucha y superación, un relato del Día D y la campaña de los Aliados en Normandía que integra los niveles operacional, estratégico y táctico en una obra escrita con el magistral estilo que caracteriza a James Holland

James Holland

Normandía 1944: El día D y la batalla por Francia

Para Bill Scott-Ker

Lista de mapas

Leyendas de los mapas

Unidades aliadas

- División Estática
- División de Infantería
- División de Paracaidistas
- División Acorazada

Unidades alemanas

- División Estática
- División de Infantería
- División *Fallschirmjäger* (Paracaidistas)
- División *Panzer*
- División *Panzergrenadier* (Granaderos Panzer)
- División de Artillería

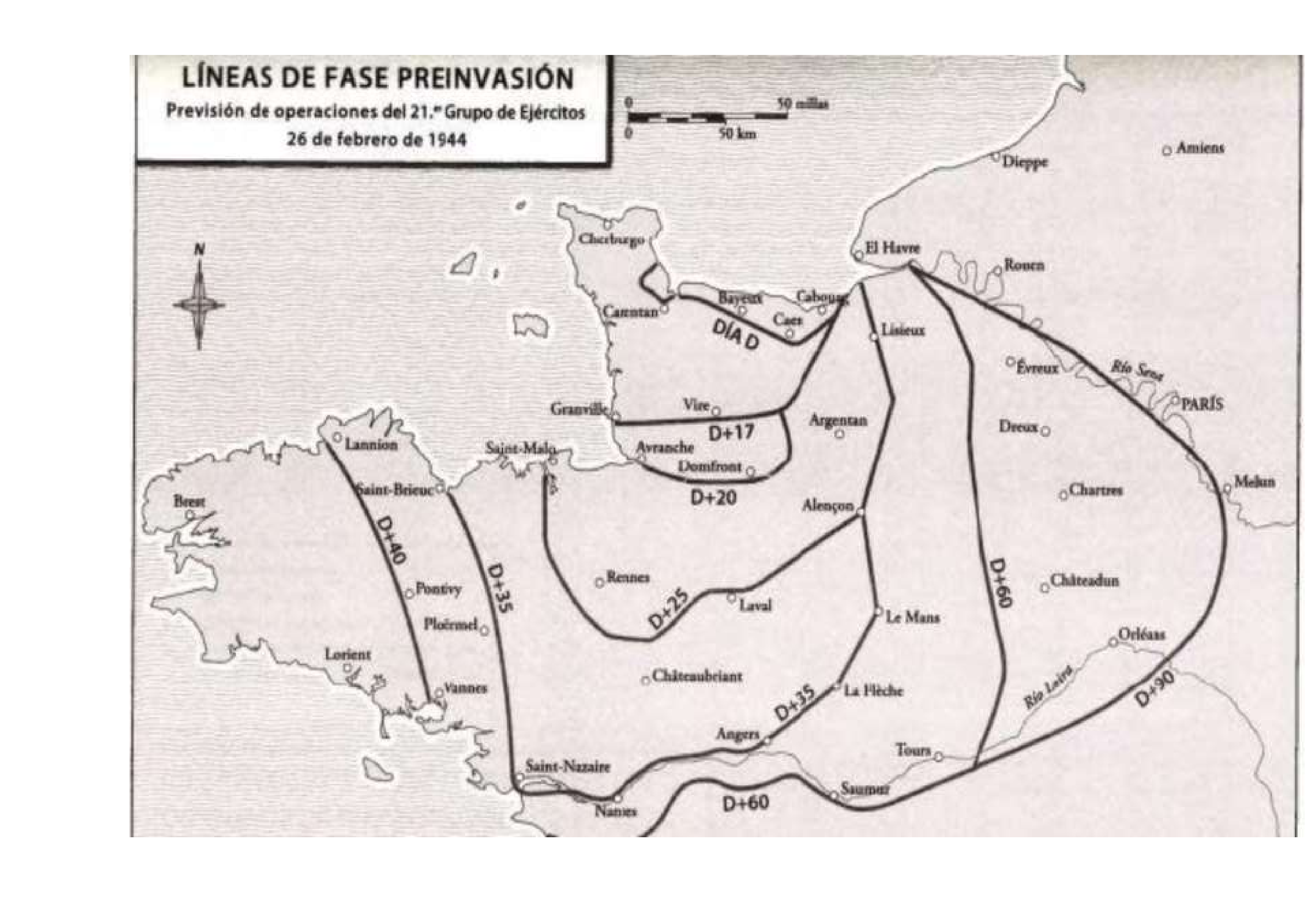
Símbolos militares estándar

I = compañía
II = batallón
III = regimiento

X = brigada
XX = división
XXX = cuerpo
XXXX = ejército
XXXXX = grupo de ejércitos

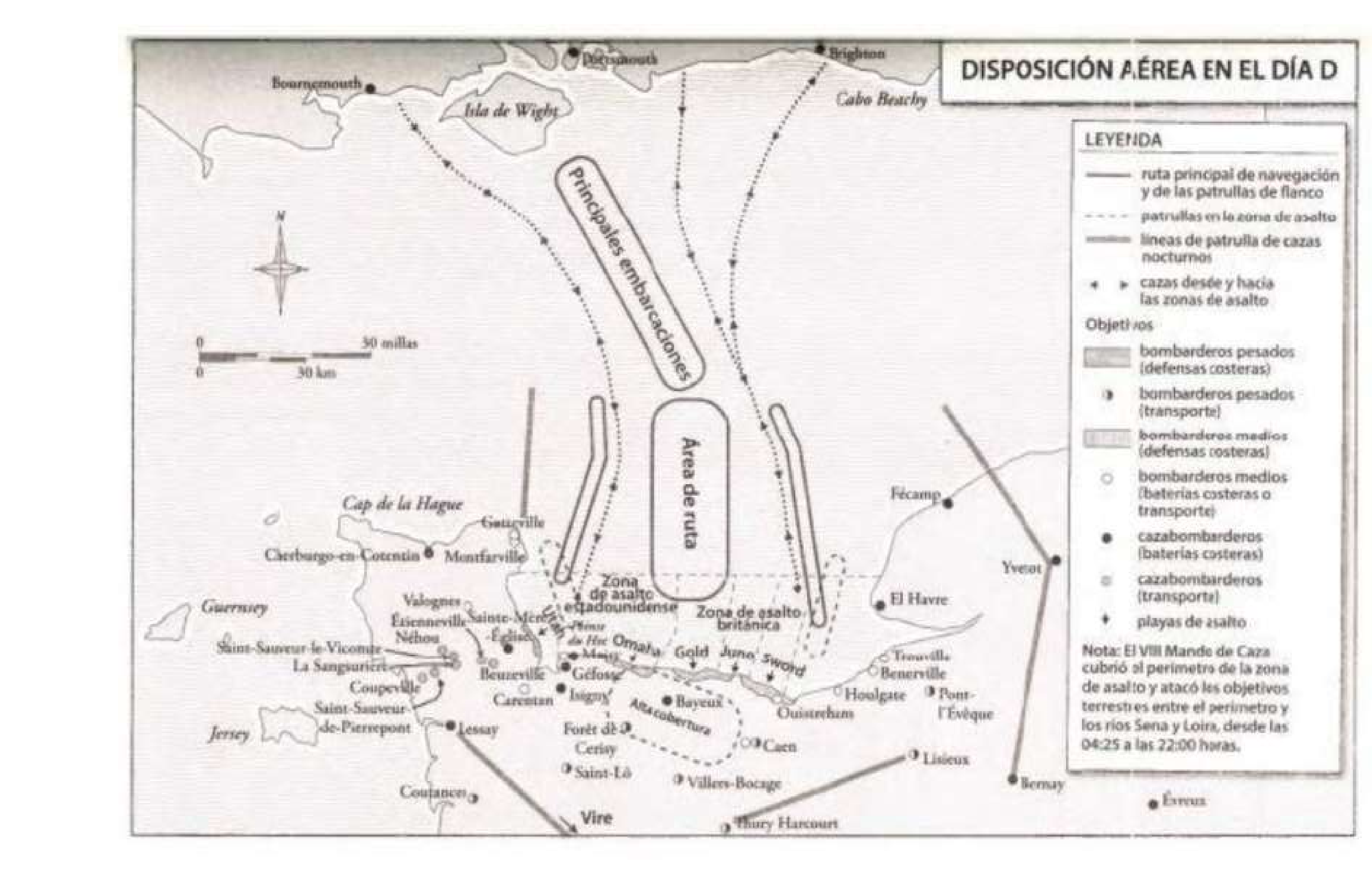
Foto aérea: playa Gold

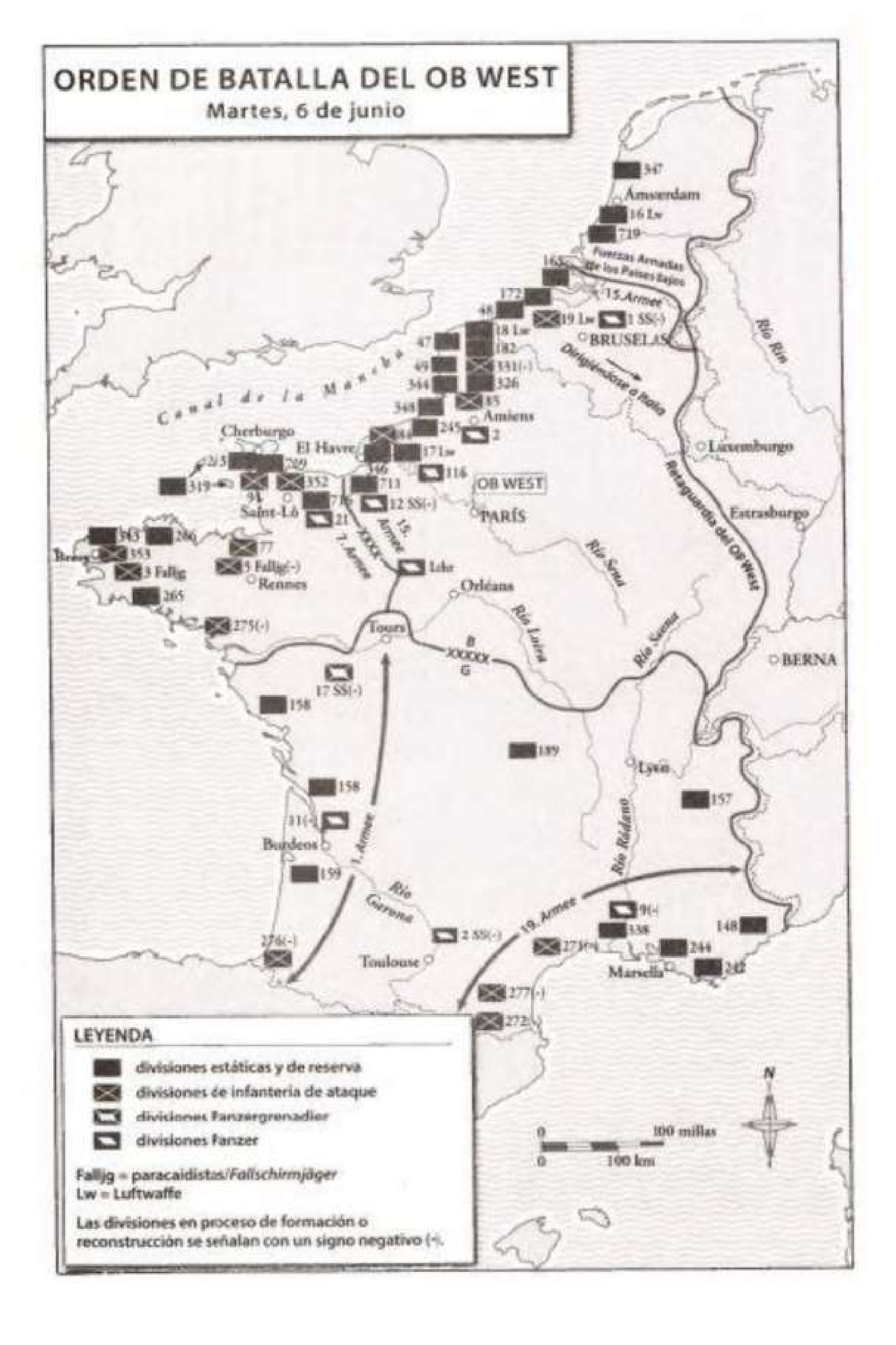


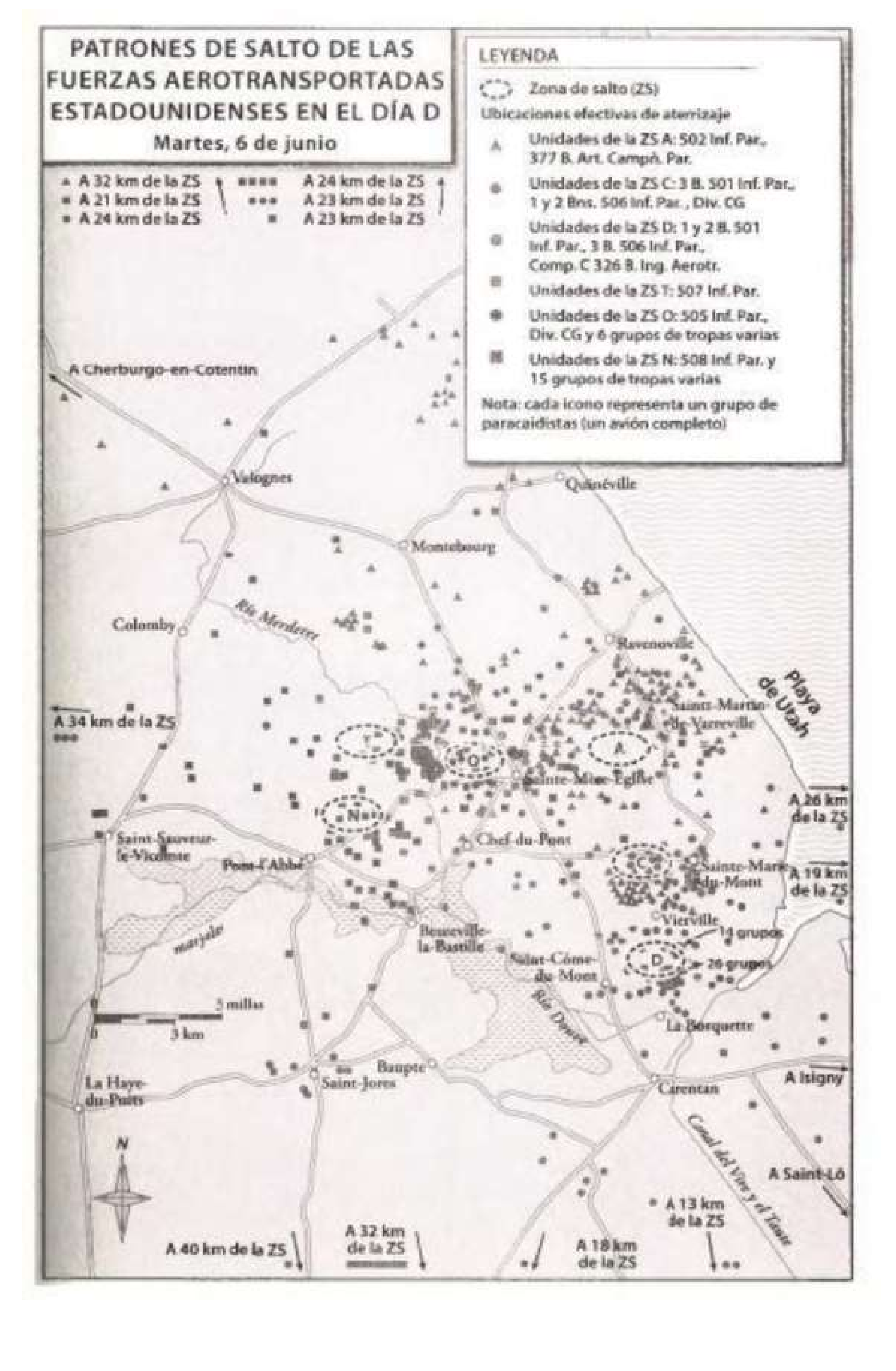

LÍNEAS DE FASE PREINVASIÓN
Previsión de operaciones del 21.º Grupo de Ejércitos
26 de febrero de 1944
0
50 millas
0
50 km
N
Dieppe
Amiens
Cherburgo
El Havre
Rouen
Carentan
Bayeux
Cabourg
Caen
DÍA D
Lisieux
Évreux
Río Sena
PARÍS
Granville
Vire
D+17
Argentan
Dreux
Lannion
Saint-Malo
Avranche
Domfront
D+20
Saint-Brieuc
Brest
Alençon
Chartres
Melun
D+40
D+35
Pontivy
Rennes
D+25
Laval
Le Mans
D+60
Châteadun
Ploërmel
Lorient
Vannes
Châteaubriant
La Flèche
Orléans
Río Loira
D+90
Angers
Tours
Saint-Nazaire
Nantes
Saumur

OBJETIVOS DE LOS BOMBARDEOS ALIADOS EN EL NORTE DE FRANCIA ANTES DEL DÍA D

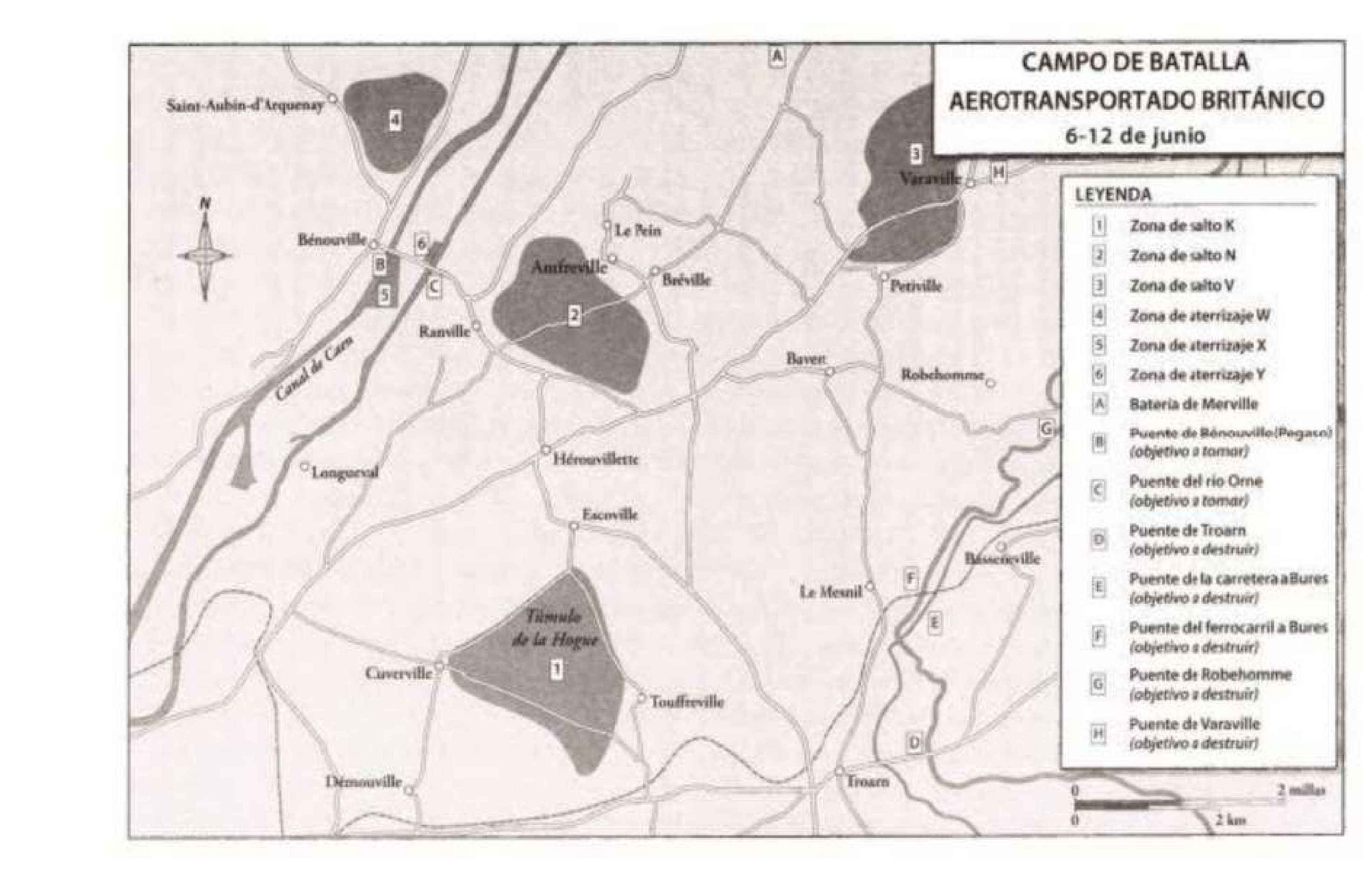



DISPOSICIÓN AÉREA EN EL DÍA D
LEYENDA
ruta principal de navegación y de las patrullas de flanco
patrullas en la zona de asalto
líneas de patrulla de cazas nocturnos
cazas desde y hacia las zonas de asalto
Objetivos
bombarderos pesados (defensas costeras)
bombarderos pesados (transporte)
bombarderos medios (defensas costeras)
bombarderos medios (baterías costeras o transporte)
cazabombarderos (baterías costeras)
cazabombarderos (transporte)
playas de asalto
Nota: El VIII Mando de Caza cubrió el perímetro de la zona de asalto y atacó los objetivos terrestres entre el perímetro y los ríos Sena y Loira, desde las 04:25 a las 22:00 horas.
Bournemouth
Brighton
Cabo Beachy
Isla de Wight
Principales embarcaciones
Área de ruta
0 30 millas
0 30 km
Cap de la Hague
Gatteville
Cherburgo-en-Cotentin
Montfarville
Guernsey
Jersey
Valognes
Étienneville
Sainte-Mère-Église
Néhou
Saint-Sauveur-le-Vicomte
La Sangsuriere
Coupeville
Saint-Sauveur-de-Pierrepont
Lessay
Coutances
Beuzeville
Carentan
Gefosse
Isigny
Forêt de Cerisy
Saint-Lô
Vire
Zona de asalto estadounidense
Zona de asalto británica
Utah
Omaha
Gold
Juno
Sword
Bayeux
Alta cobertura
Caen
Villers-Bocage
Thury Harcourt
Ouistreham
Houlgate
Benerville
Trouville
Pont-l'Évêque
Lisieux
El Havre
Fécamp
Yvetot
Bernay
Évreux

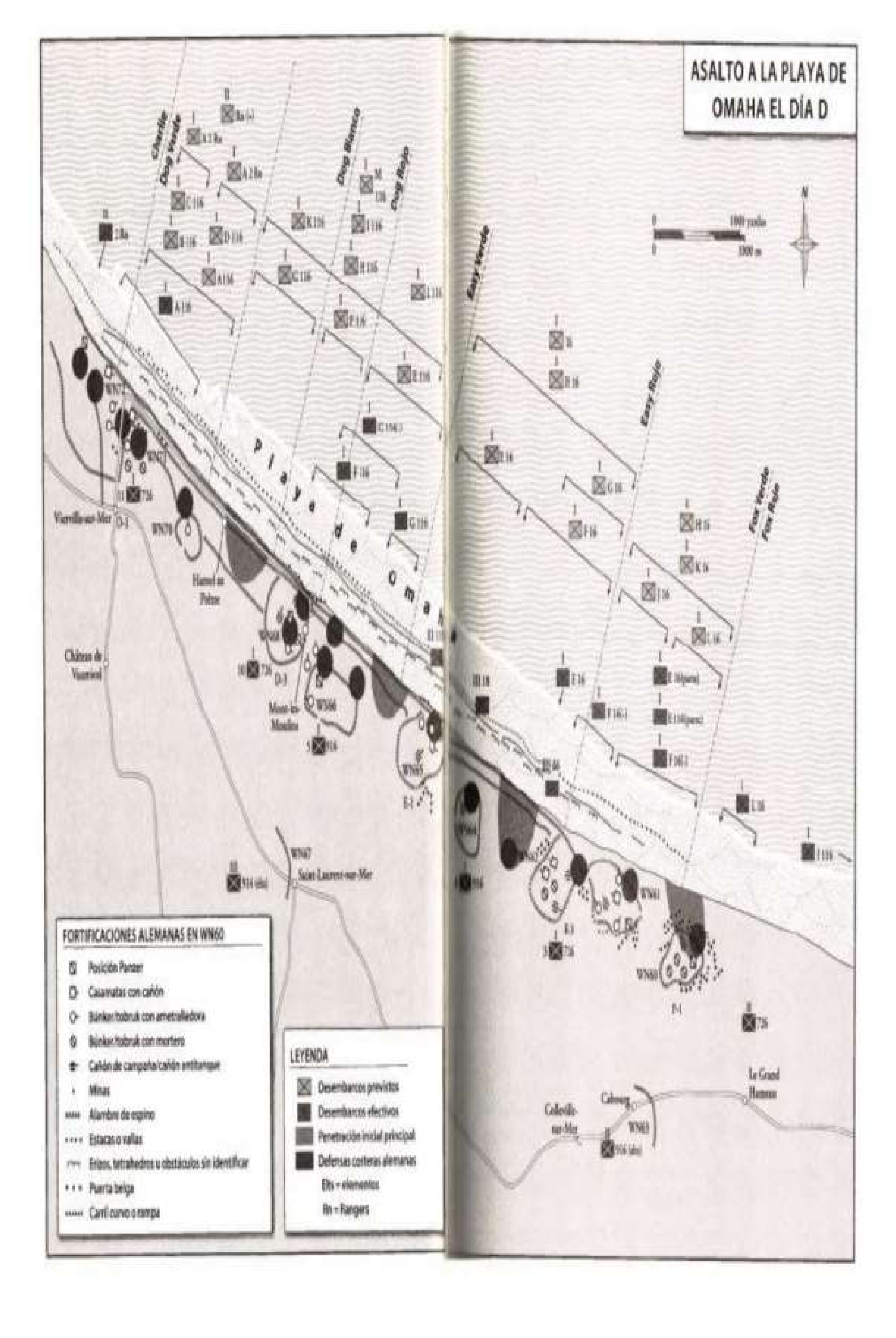

ORDEN DE BATALLA DEL OB WEST
Martes, 6 de junio
LEYENDA
divisiones estáticas y de reserva
divisiones de infantería de ataque
divisiones Panzergrenadier
divisiones Panzer
Falljg = paracaidistas/Fallschirmjäger
Lw = Luftwaffe
Las divisiones en proceso de formación o reconstrucción se señalan con un signo negativo (-).
Canal de la Mancha
Amsterdam
BRUSELAS
Luxemburgo
Estrasburgo
BERNA
Amiens
OB WEST
PARÍS
Cherburgo
El Havre
Saint-Lô
Rennes
Orléans
Tours
Lyon
Burdeos
Toulouse
Marsella
Río Rin
Río Sena
Río Loira
Río Ródano
Río Garona
15. Armee
7. Armee
1. Armee
19. Armee
Retaguardia del OB West
100 millas
100 km
N

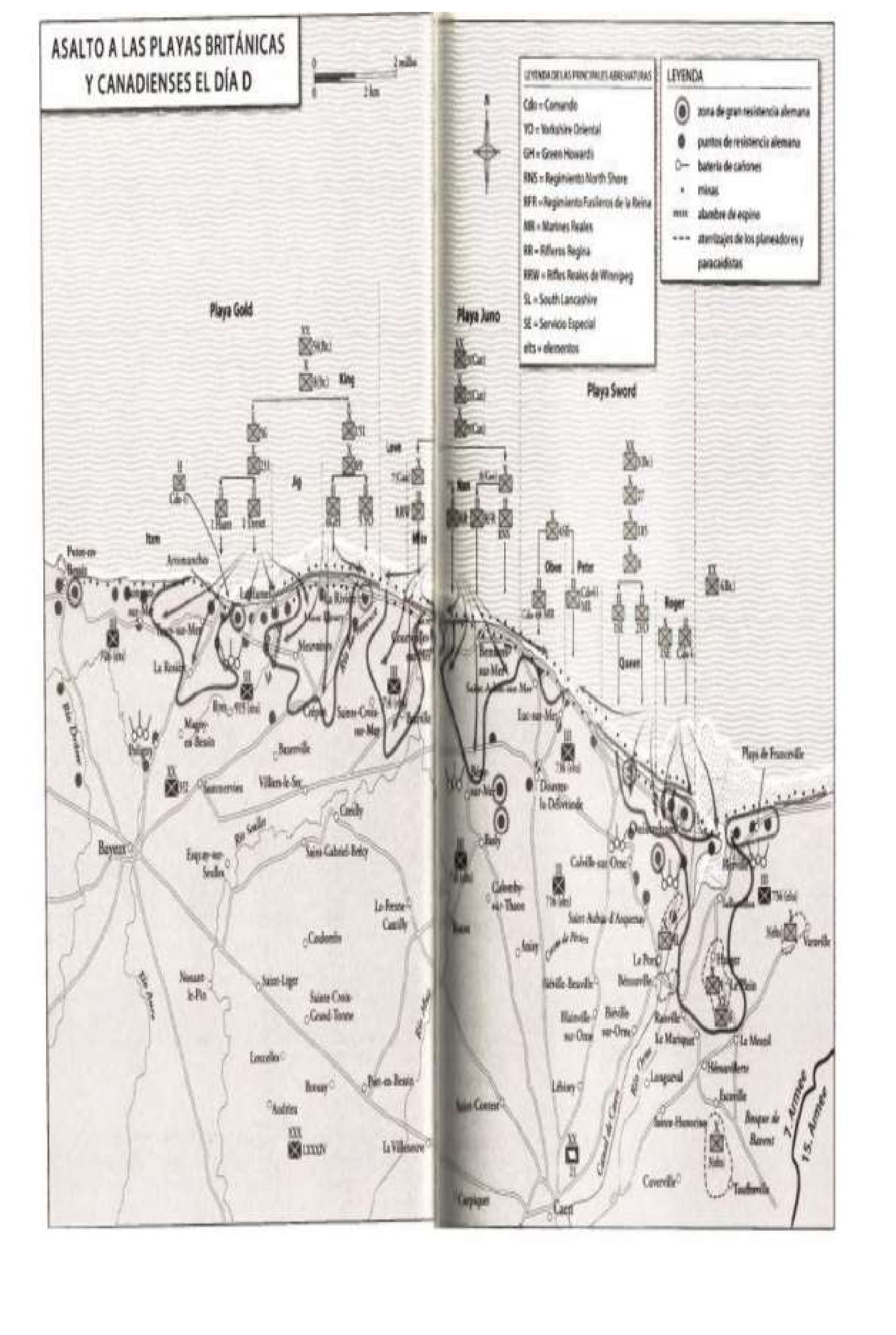


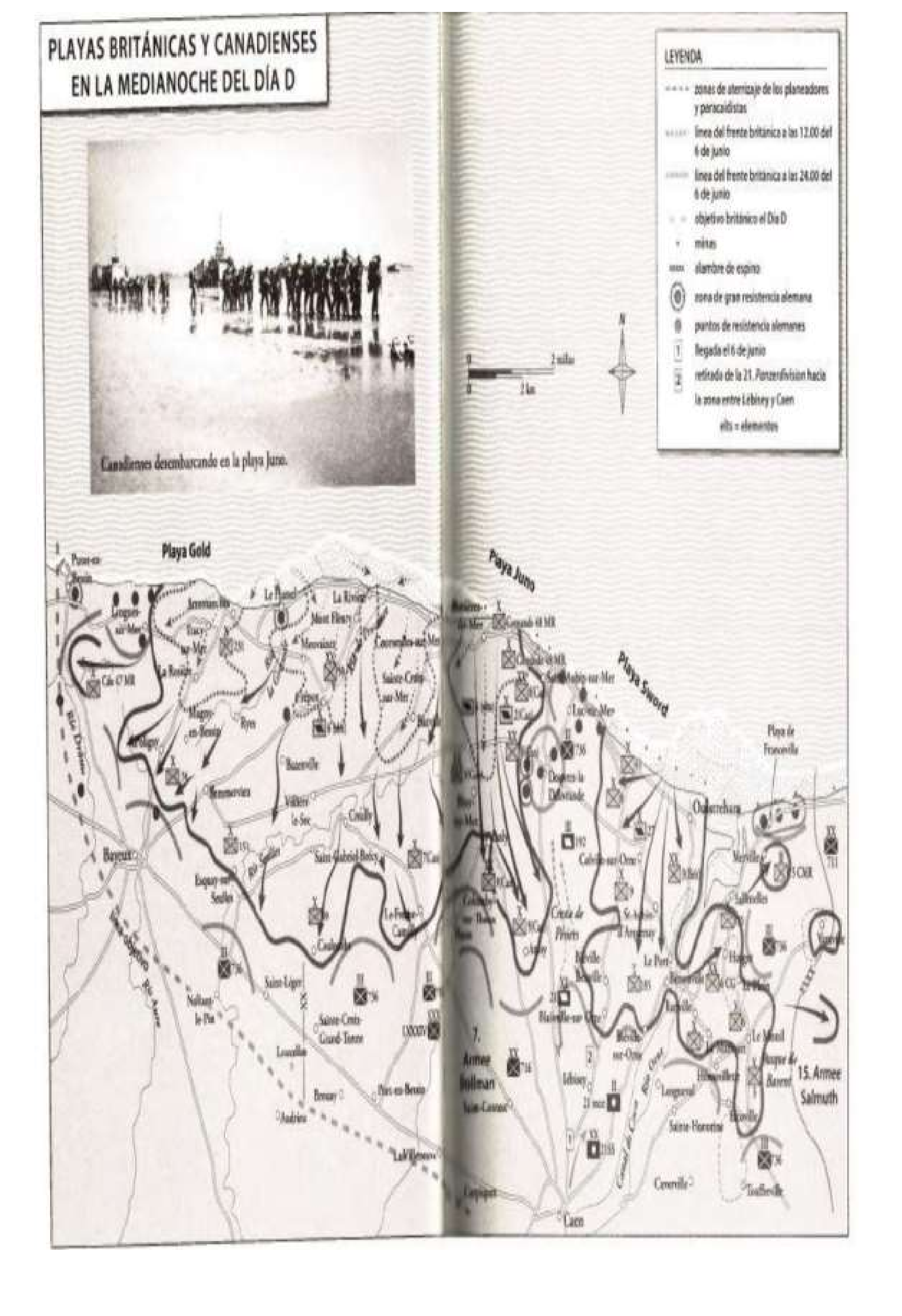
PATRONES DE SALTO DE LAS FUERZAS AEROTRANSPORTADAS ESTADOUNIDENSES EN EL DÍA D
Martes, 6 de junio
LEYENDA
Zona de salto (ZS)
Ubicaciones efectivas de aterrizaje
Unidades de la ZS A: 502 Inf. Par., 377 B. Art. Campñ. Par.
Unidades de la ZS C: 3 B. 501 Inf. Par., 1 y 2 Bns. 506 Inf. Par., Div. CG
Unidades de la ZS D: 1 y 2 B. 501 Inf. Par., 3 B. 506 Inf. Par., Comp. C 326 B. Ing. Aerotr.
Unidades de la ZS T: 507 Inf. Par.
Unidades de la ZS O: 505 Inf. Par., Div. CG y 6 grupos de tropas varias
Unidades de la ZS N: 508 Inf. Par. y 15 grupos de tropas varias
Nota: cada icono representa un grupo de paracaidistas (un avión completo)
A 32 km de la ZS
A 21 km de la ZS
A 24 km de la ZS
A 24 km de la ZS
A 23 km de la ZS
A 23 km de la ZS
A Cherburgo-en-Cotentin
Valognes
Quinéville
Montebourg
Colomby
Río Merderet
Ravenoville
Playa de Utah
Saint-Martin-de-Varreville
A 34 km de la ZS
T
O
A
Sainte-Mère-Église
A 26 km de la ZS
N
Chef-du-Pont
Saint-Sauveur-le-Vicomte
Pont-l'Abbé
C
Sainte-Marie-du-Mont
A 19 km de la ZS
Vierville
14 grupos
D
26 grupos
Beuzeville-la-Bastille
Saint-Côme-du-Mont
marjales
Río Douve
5 millas
3 km
La Barquette
Baupte
Saint-Jores
La Haye-du-Puits
Carentan
A Isigny
Canal del Vire y el Taute
A Saint-Lô
N
A 13 km de la ZS
A 40 km de la ZS
A 32 km de la ZS
A 18 km de la ZS

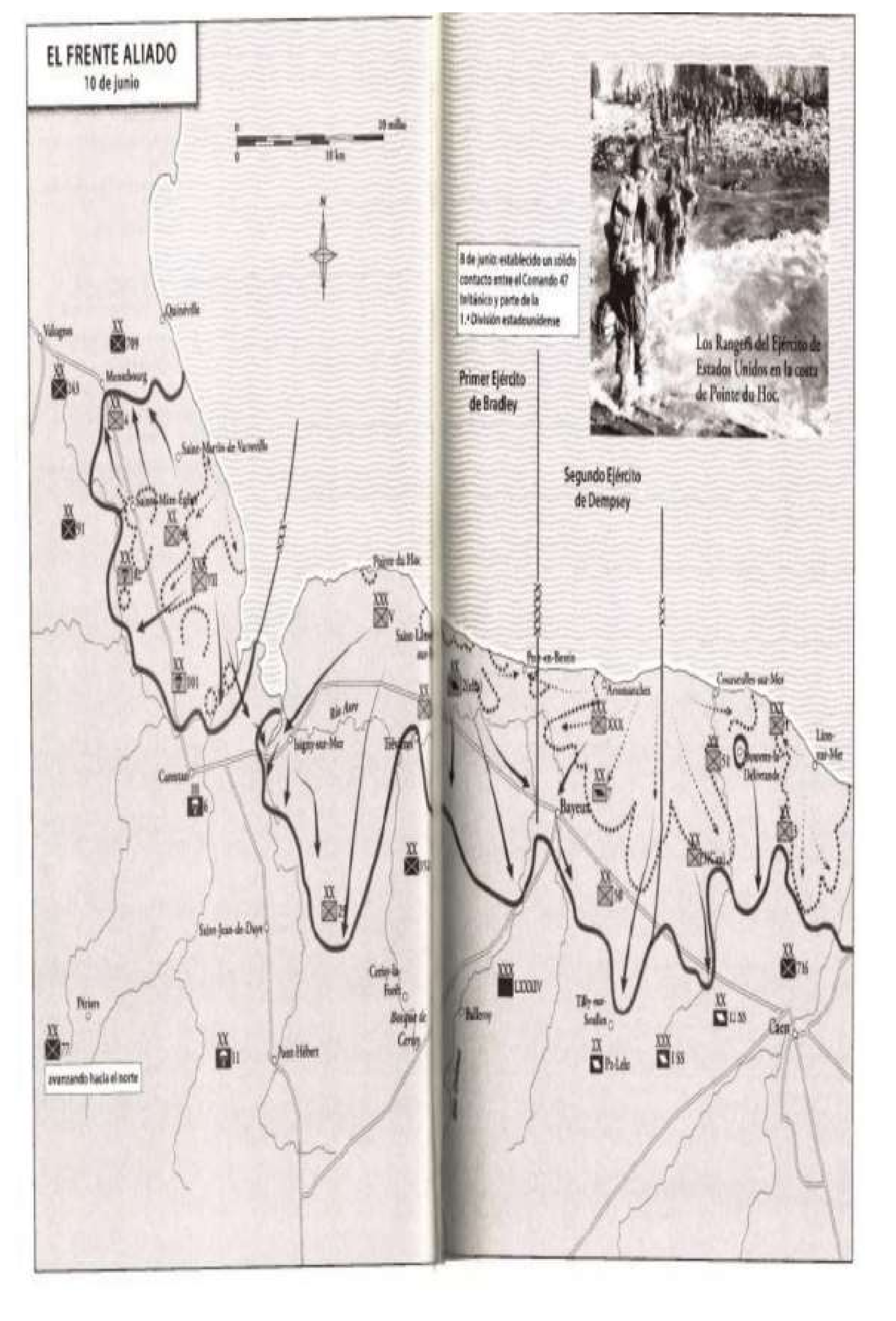

CAMPO DE BATALLA
AEROTRANSPORTADO BRITÁNICO
6-12 de junio
LEYENDA
1 Zona de salto K
2 Zona de salto N
3 Zona de salto V
4 Zona de aterrizaje W
5 Zona de aterrizaje X
6 Zona de aterrizaje Y
A Batería de Merville
B Puente de Bénouville (Pegaso) (objetivo a tomar)
C Puente del río Orne (objetivo a tomar)
D Puente de Troarn (objetivo a destruir)
E Puente de la carretera a Bures (objetivo a destruir)
F Puente del ferrocarril a Bures (objetivo a destruir)
G Puente de Robehomme (objetivo a destruir)
H Puente de Varaville (objetivo a destruir)
0 2 millas
0 2 km
N
Saint-Aubin-d'Arquenay
Bénouville
Canal de Caen
Ranville
Longueval
Amfreville
Le Pein
Bréville
Hérouvillette
Escoville
Túmulo de la Hogue
Caverville
Touffreville
Démouville
Bavent
Robehomme
Petiville
Varaville
Le Mesnil
Troarn

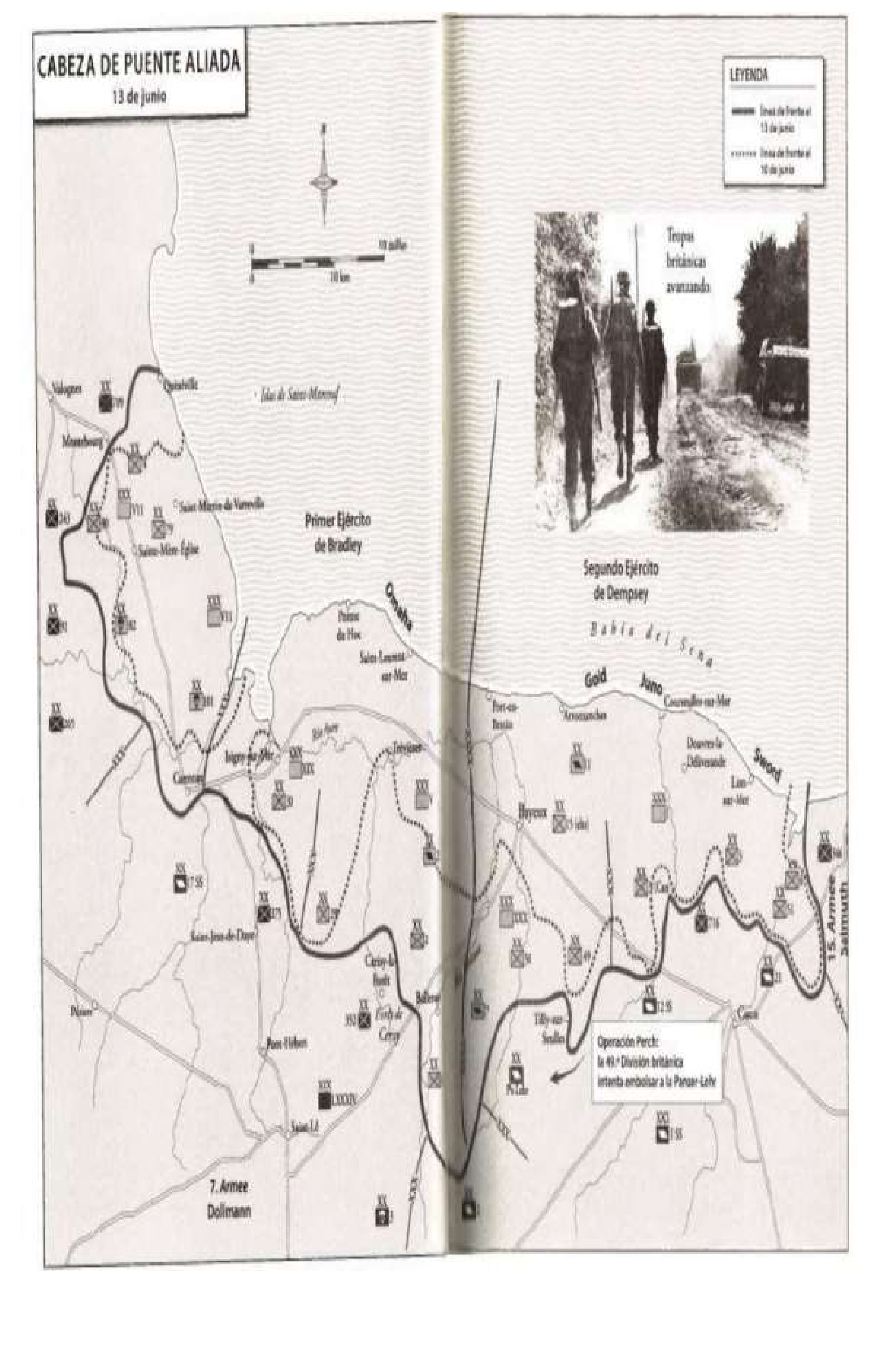



ASALTO A LA PLAYA DE OMAHA EL DÍA D
Charlie
Dog Verde
Dog Blanco
Dog Rojo
Easy Verde
Easy Rojo
Fox Verde
Fox Rojo
Playa de Omaha
1000 yardas
1000 m
N
Vierville-sur-Mer
D-1
WN72
WN70
Hamel au Prêtre
Château de Vaumicel
WN68
D-3
WN66
Moulins
WN65
E-1
WN67
Saint-Laurent-sur-Mer
WN64
WN62
WN61
E-3
WN60
F-1
Colleville-sur-Mer
Cabourg
WN63
Le Grand Hameau
FORTIFICACIONES ALEMANAS EN WN60
Posición Panzer
Casamatas con cañón
Búnker tobruk con ametralladora
Búnker tobruk con mortero
Cañón de campaña/cañón antitanque
Minas
Alambre de espino
Estacas o vallas
Erizos, tetraedros u obstáculos sin identificar
Puerta belga
Carril curvo o rampa
LEYENDA
Desembarcos previstos
Desembarcos efectivos
Penetración inicial principal
Defensas costeras alemanas
Elts = elementos
Rn = Rangers

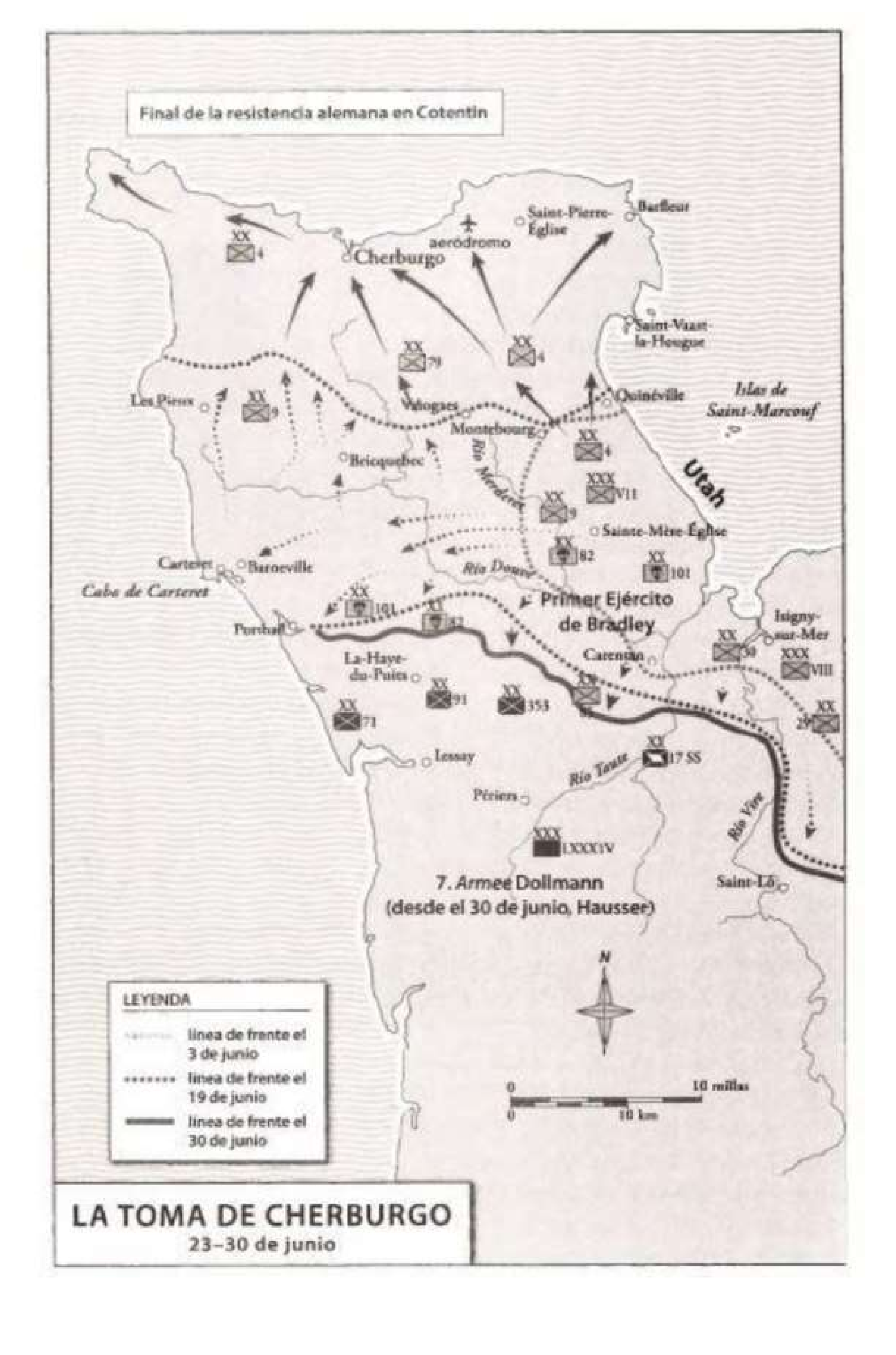

ASALTO A LAS PLAYAS BRITÁNICAS Y CANADIENSES EL DÍA D
2 millas
2 km
LEYENDA DE LAS PRINCIPALES ABREVIATURAS
Cdo = Comando
YO = Yorkshire Oriental
GH = Green Howards
RNS = Regimiento North Shore
RFR = Regimiento Fusileros de la Reina
MR = Marines Reales
RR = Rifleros Regina
RRW = Rifles Reales de Winnipeg
SL = South Lancashire
SE = Servicio Especial
elts = elementos
LEYENDA
zona de gran resistencia alemana
puntos de resistencia alemana
batería de cañones
minas
alambre de espino
aterrizajes de los planeadores y paracaidistas
Playa Gold
Playa Juno
Playa Sword
King
Jig
Item
Love
Mike
Nan
Oboe
Peter
Queen
Roger
Arromanches
Bayeux
Caen
Playa de Franceville
Merville
Ranville
Le Mesnil
Cabourg
Troarn
Colleville
Courseulles
Bernières
Lion-sur-Mer
Douvres
Saint-Aubin
7. Armee
15. Armee


PLAYAS BRITÁNICAS Y CANADIENSES
EN LA MEDIANOCHE DEL DÍA D
Canadienses desembarcando en la playa Juno.
LEYENDA
zonas de aterrizaje de los planeadores y paracaidistas
línea del frente británica a las 12.00 del 6 de junio
línea del frente británica a las 24.00 del 6 de junio
objetivo británico el Día D
minas
alambre de espino
zona de gran resistencia alemana
puntos de resistencia alemanes
llegada el 6 de junio
retirada de la 21. Panzerdivision hacia la zona entre Lébisey y Caen
elts = elementos
2 millas
2 km
N
Playa Gold
Playa Juno
Playa Sword
Playa de Franceville
Port-en-Bessin
Le Hamel
La Rivière
Mont Fleury
Meuvaines
Courseulles-sur-Mer
Sainte-Croix-sur-Mer
Ryes
Bazenville
Villiers-le-Sec
Creully
Saint-Gabriel-Brécy
Bayeux
Esquay-sur-Seulles
Sommervieu
Saint-Léger
Sainte-Croix-Grand-Tonne
Loucelles
Brouay
Bretteville-l'Orgueilleuse
Audrieu
Carpiquet
Caen
Saint-Aubin-sur-Mer
Luc-sur-Mer
Douvres-la-Délivrande
Ouistreham
Merville
Sallenelles
Colleville-sur-Orne
Cresta de Périers
Saint-Aubin-d'Arquenay
Bénouville
Ranville
Le Port
Biéville
Blainville-sur-Orne
Lébisey
Herouvillette
Longueval
Sainte-Honorine
Cuverville
Touffréville
Le Mesnil
Bosque de Bavent
Río Orne
Río Aure
Río Drôme
Río Seulles
7. Armee Dollman
15. Armee Salmuth
21 mot.


EL FRENTE ALIADO
10 de junio
8 de junio: establecido un sólido contacto entre el Comando 47 británico y parte de la 1.ª División estadounidense
Los Rangers del Ejército de Estados Unidos en la costa de Pointe du Hoc.
Primer Ejército de Bradley
Segundo Ejército de Dempsey
avanzando hacia el norte
Valognes
Montebourg
Quinéville
Sainte-Mère-Église
Carentan
Isigny-sur-Mer
Saint-Jean-de-Daye
Périers
Bayeux
Arromanches
Courseulles-sur-Mer
Tilly-sur-Seulles
Caen
Balleroy
Cerisy-la-Forêt



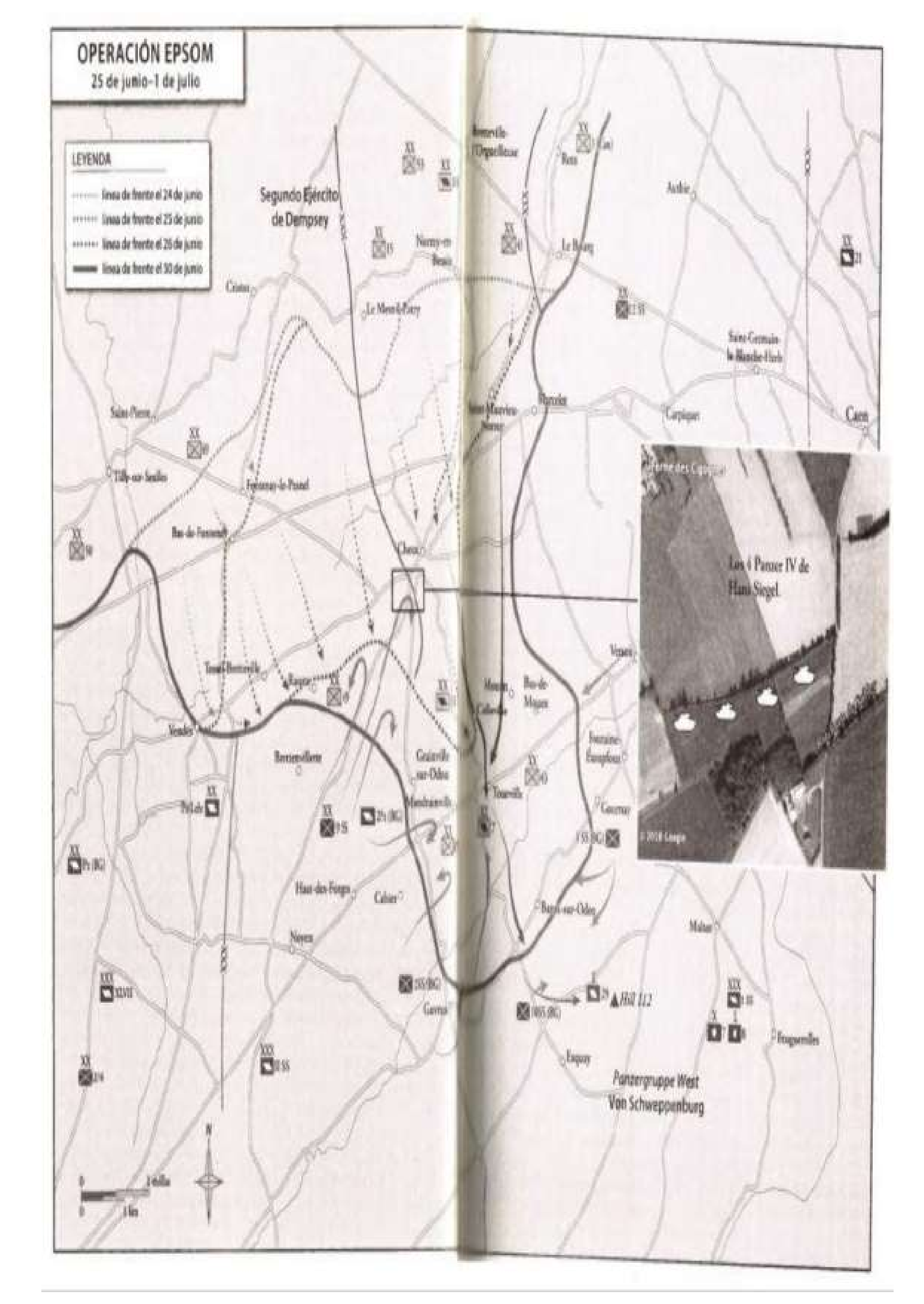
CABEZA DE PUENTE ALIADA
13 de junio
LEYENDA
Tropas británicas avanzando
Primer Ejército de Bradley
Segundo Ejército de Dempsey
Bahía del Sena
Omaha
Gold
Juno
Sword
Caen
Bayeux
Carentan
Tilly-sur-Seulles
Operación Perch: la 49.ª División británica intenta embolsar a la Panzer-Lehr
7. Armee Dollmann
15. Armee Salmuth

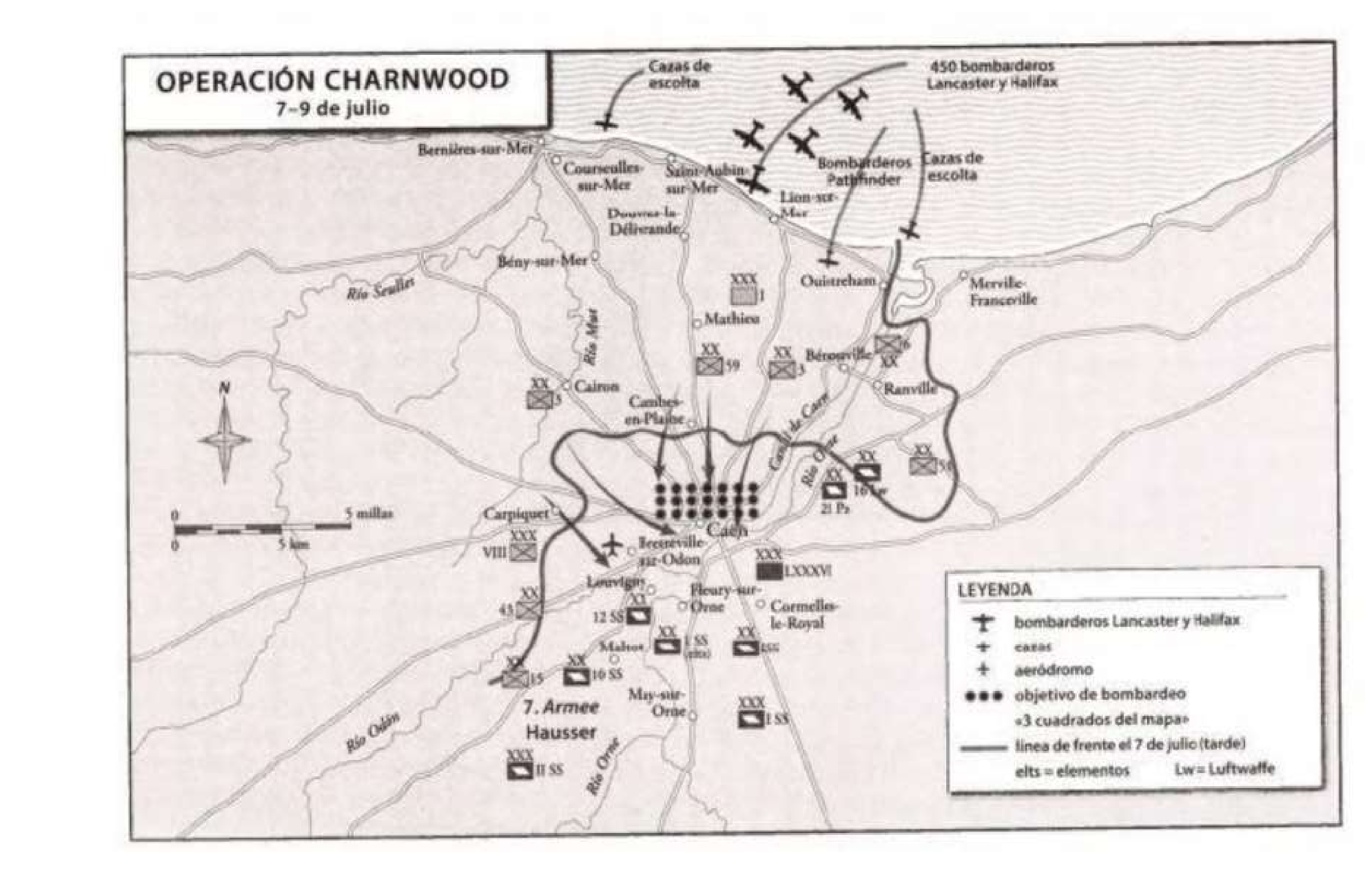


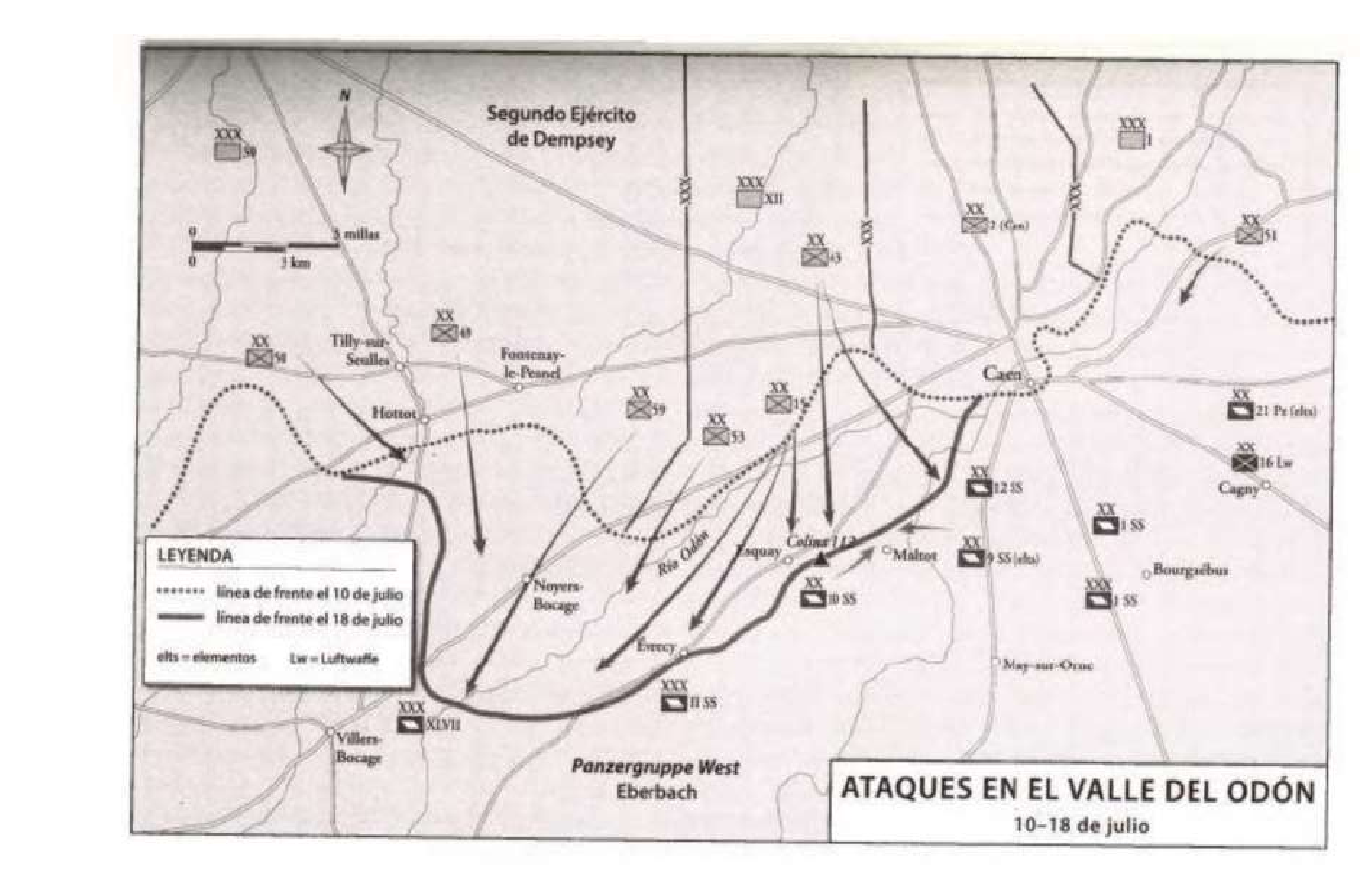
LA TOMA DE CHERBURGO
23–30 de junio



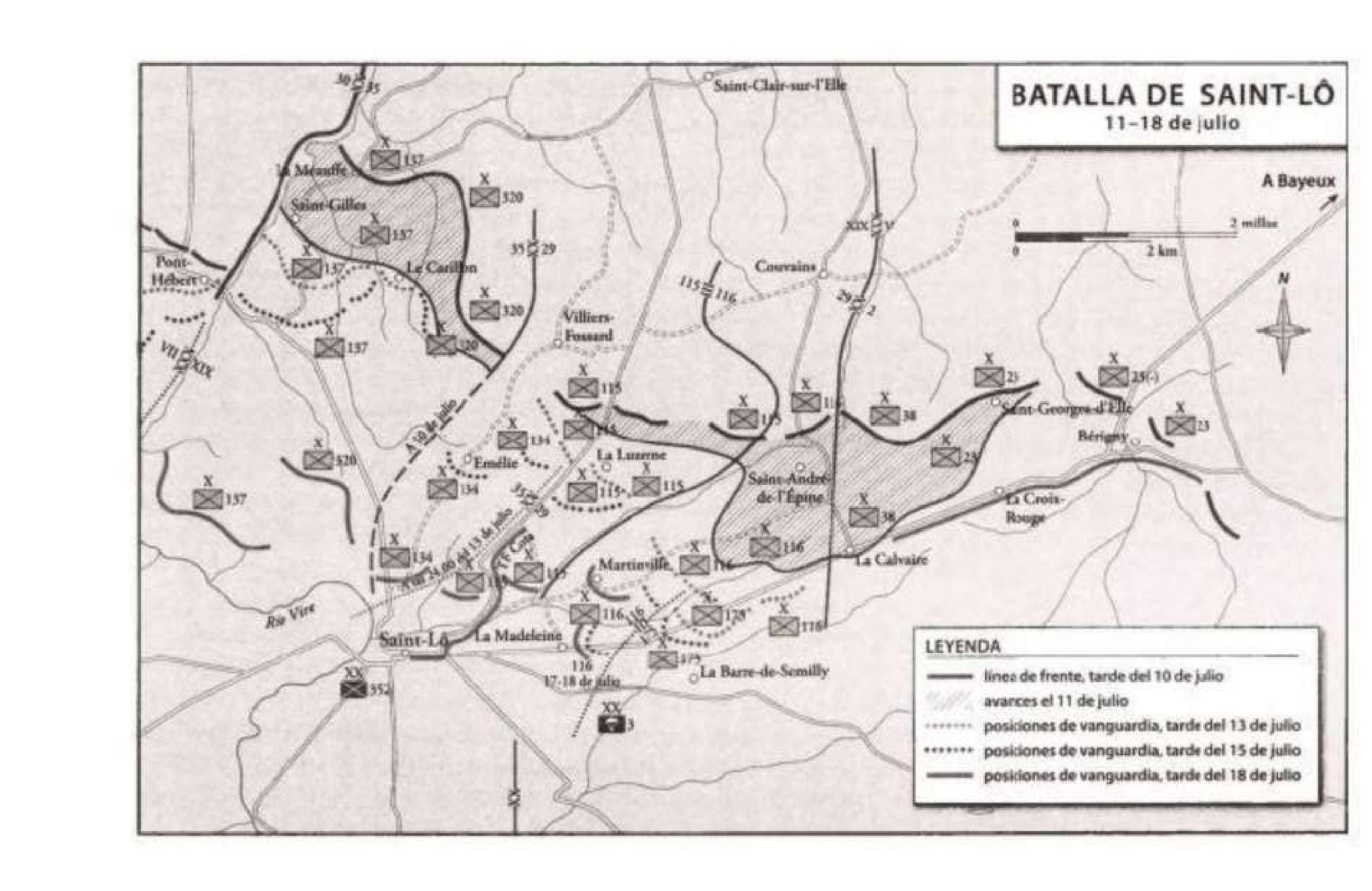
Shermans reuniéndose
para la operación Epsom.


OPERACIÓN EPSOM
25 de junio–1 de julio
LEYENDA
línea de frente el 24 de junio
línea de frente el 25 de junio
línea de frente el 26 de junio
línea de frente el 30 de junio
Segundo Ejército
de Dempsey
Le Bourg
Carpiquet
Caen
Tilly-sur-Seulles
Fontenay-le-Pesnel
Cheux
Rauray
Grainville
sur-Odon
Tourville
Gavrus
Baron-sur-Odon
Hill 112
Esquay
Noyers
Panzergruppe West
Von Schweppenburg
Los 4 Panzer IV de
Hans Siegel


OPERACIÓN CHARNWOOD
7–9 de julio
Cazas de escolta
450 bombarderos Lancaster y Halifax
Bombarderos Pathfinder
Cazas de escolta
Bernières-sur-Mer
Courseulles-sur-Mer
Saint-Aubin-sur-Mer
Lion-sur-Mer
Douvres-la-Délivrande
Bény-sur-Mer
Ouistreham
Merville-Franceville
Río Seulles
Río Mue
Mathieu
Bénouville
Ranville
Cairon
Cambes-en-Plaine
Canal de Caen
Río Orne
Carpiquet
Caen
Bretteville-sur-Odon
Louvigny
Fleury-sur-Orne
Cormelles-le-Royal
Maltot
May-sur-Orne
7. Armee
Hausser
Río Odón
Río Orne
0
5 millas
5 km
N
XXX I
XX 59
XX 3
XX 6
XX 51
XX 3
XXX VIII
XX 43
XX 15
XX 21 Pz
XXX LXXXVI
12 SS
1 SS
10 SS
XXX I SS
XXX II SS
LEYENDA
bombarderos Lancaster y Halifax
cazas
aeródromo
objetivo de bombardeo «3 cuadrados del mapa»
línea de frente el 7 de julio (tarde)
elts = elementos
Lw = Luftwaffe

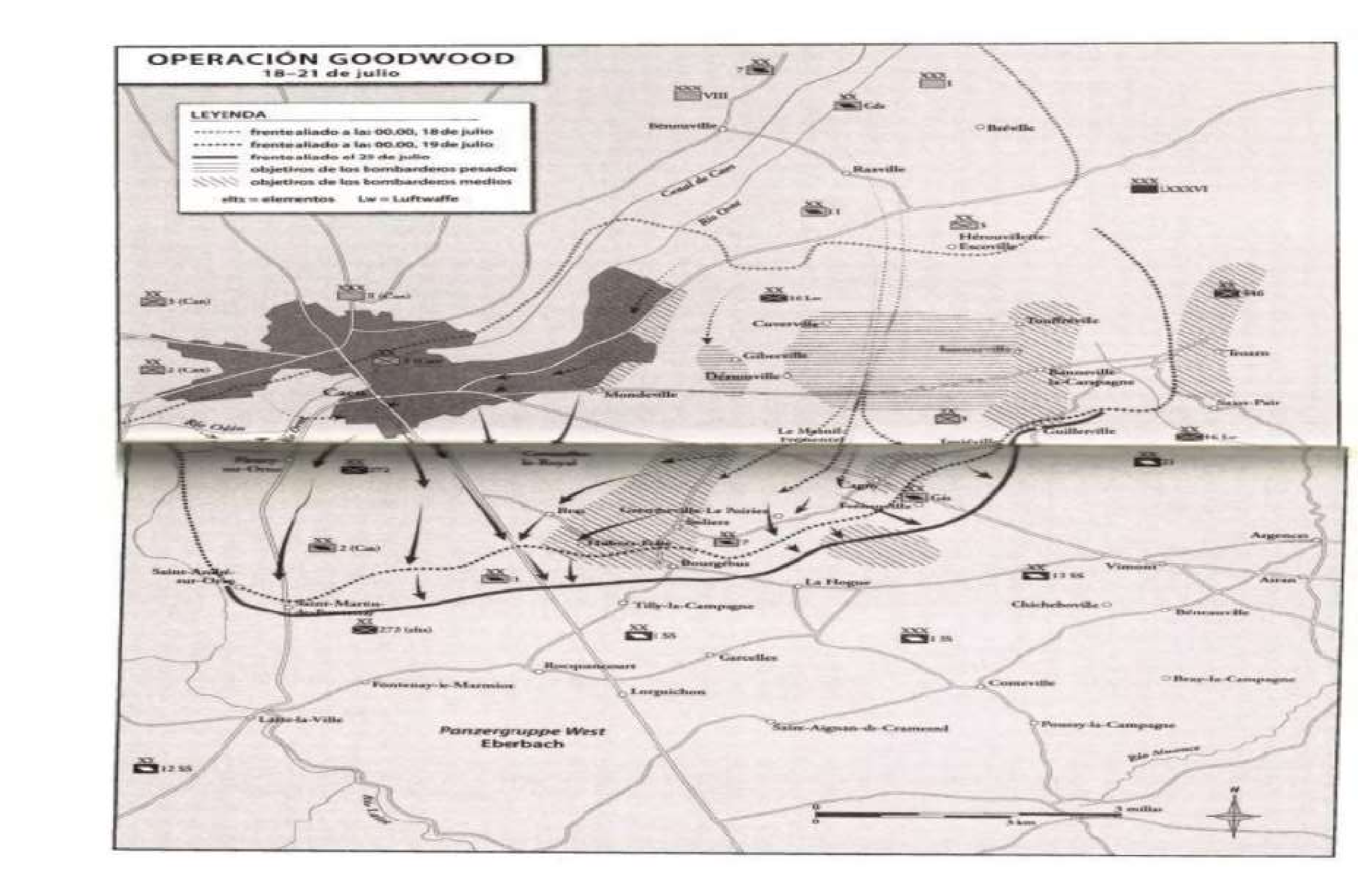


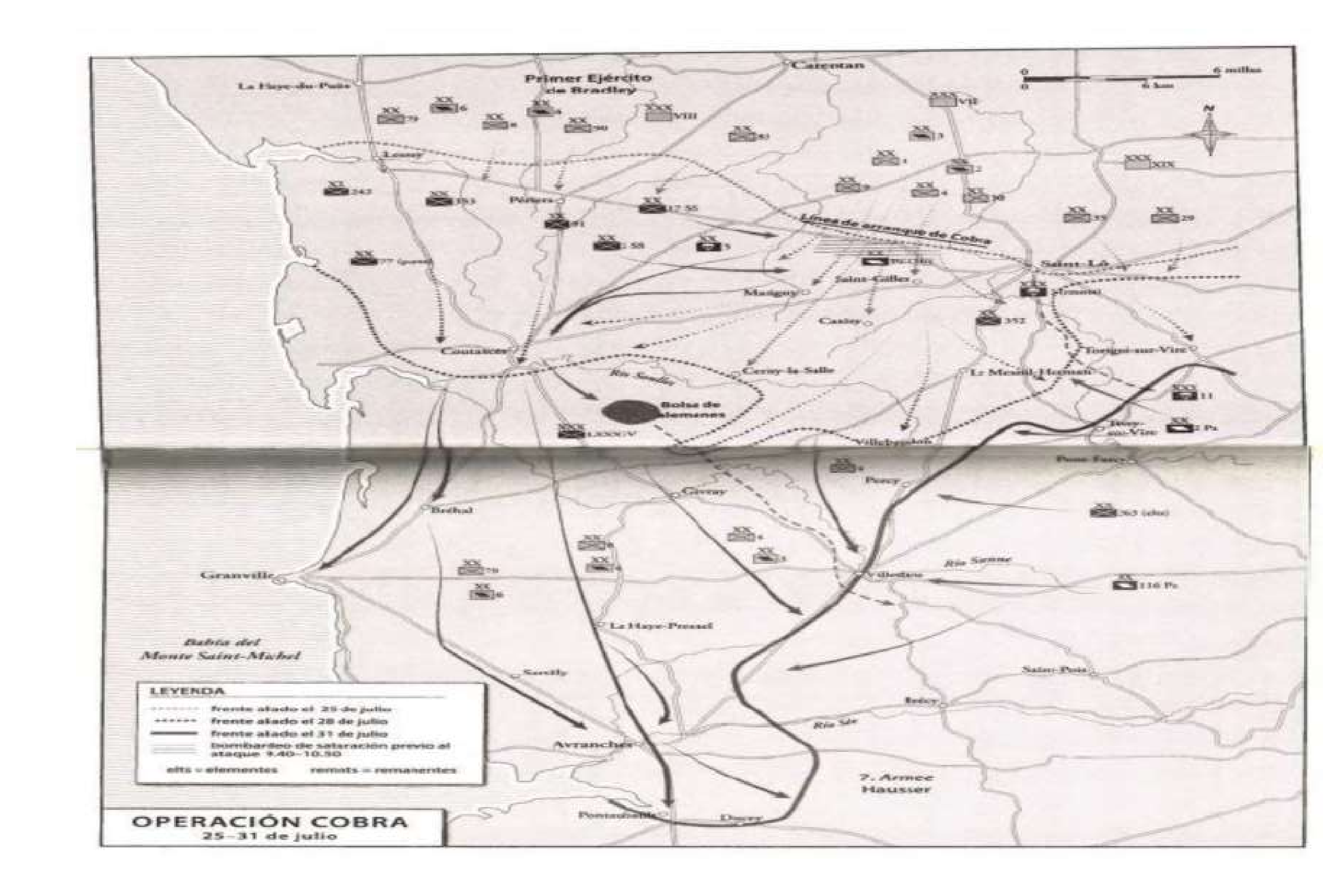
ATAQUES EN EL VALLE DEL ODÓN
10–18 de julio
Segundo Ejército
de Dempsey
Panzergruppe West
Eberbach
LEYENDA
línea de frente el 10 de julio
línea de frente el 18 de julio
elts = elementos
Lw = Luftwaffe
N
0
5 millas
3 km
Tilly-sur-Seulles
Fontenay-le-Pesnel
Hottot
Noyers-Bocage
Villers-Bocage
Río Odón
Esquay
Colina 112
Maltot
Évrecy
Caen
Cagny
Bourguébus
May-sur-Orne
XXX
XII
XLVII
II SS
I SS
12 SS
9 SS (elts)
10 SS
21 Pz (elts)
16 Lw
2 (Can)


BATALLA DE SAINT-LÔ
11–18 de julio
A Bayeux
N
0 2 millas
0 2 km
Saint-Clair-sur-l'Elle
La Meauffe
Saint-Gilles
Le Carillon
Pont-Hébert
Villiers-Fossard
Couvains
Saint-Georges-d'Elle
Bérigny
Saint-André-de-l'Épine
La Luzerne
Emélie
La Croix-Rouge
La Calvaire
Martinville
Saint-Lô
La Madeleine
La Barre-de-Semilly
Río Vire
A 10 de julio
17-18 de julio
LEYENDA
línea de frente, tarde del 10 de julio
avances el 11 de julio
posiciones de vanguardia, tarde del 13 de julio
posiciones de vanguardia, tarde del 15 de julio
posiciones de vanguardia, tarde del 18 de julio

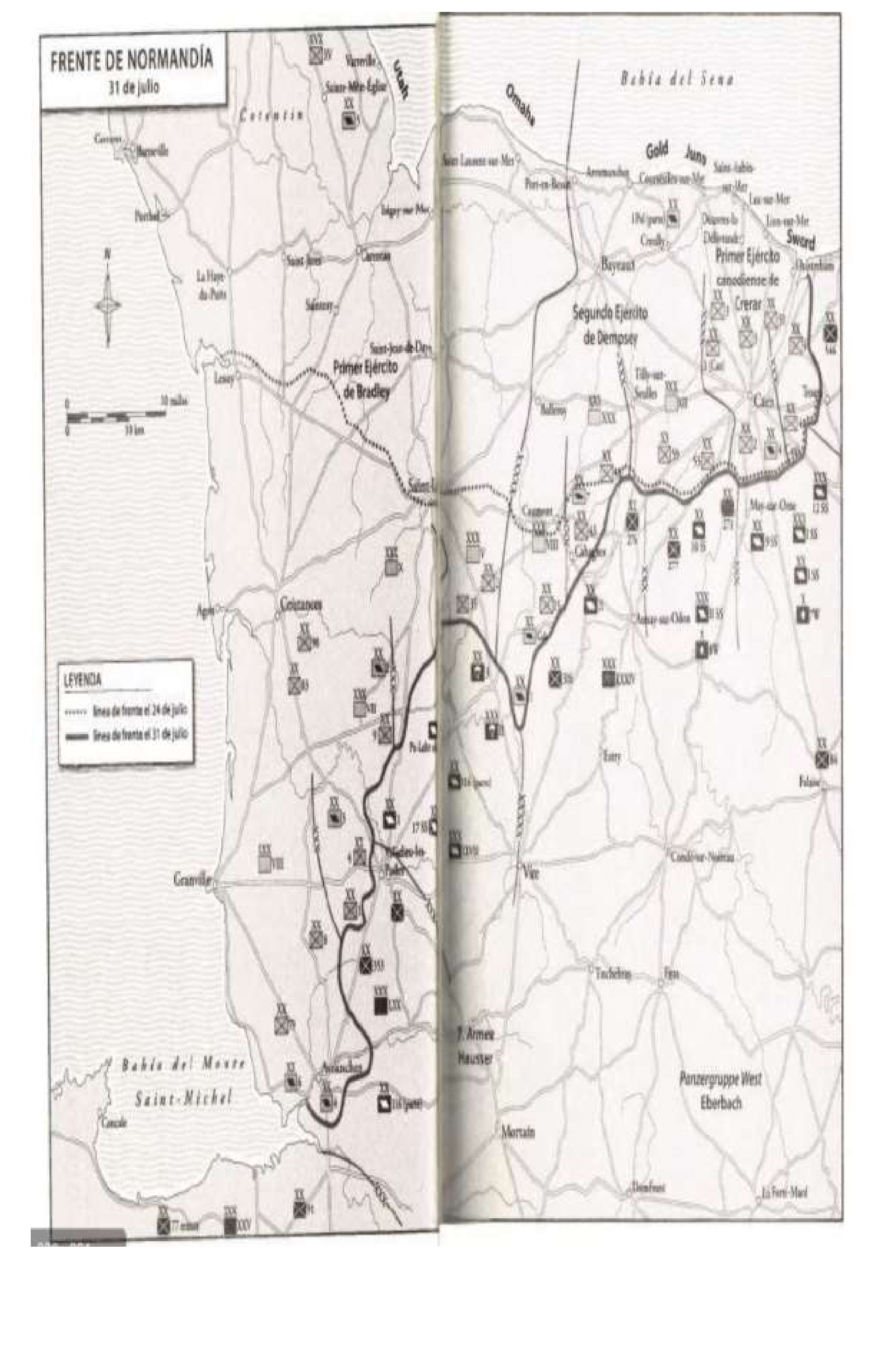
La batalla de Saint-Lô: un Sherman Firefly y su tripulación antes de la operación Goodwood.



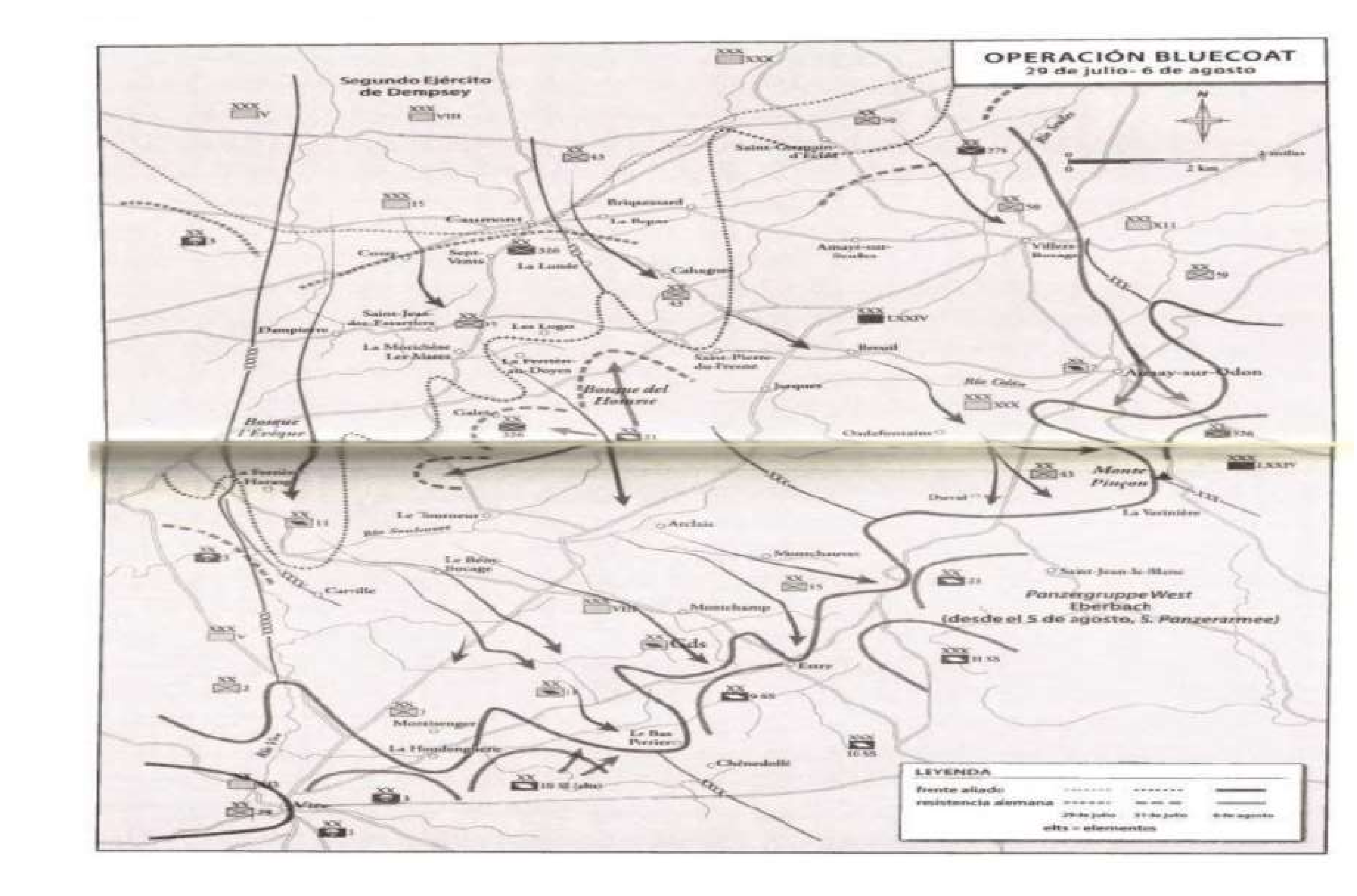

OPERACIÓN GOODWOOD
18–21 de julio
LEYENDA
frente aliado a las 00.00, 18 de julio
frente aliado a las 00.00, 19 de julio
frente aliado el 20 de julio
objetivos de los bombarderos pesados
objetivos de los bombarderos medios
elts = elementos
Lw = Luftwaffe
VIII
I
LXXXVI
Bénouville
Bréville
Ranville
Canal de Caen
Río Orne
Hérouvillette
Escoville
Cuverville
Giberville
Démouville
Touffréville
Troarn
Banneville-la-Campagne
Sannerville
Saint-Pair
Guillerville
Caen
Mondeville
Río Odón
Le Mesnil-Frémentel
Cagny
Bras
Soliers
Bourguébus
Saint-André-sur-Orne
Saint-Martin-de-Fontenay
272 (elts)
La Hogue
Tilly-la-Campagne
Vimont
Argences
Airan
Chicheboville
Bellengreville
Garcelles
Bretteville-sur-Laize
Bourguébus
Fontenay-le-Marmion
Lorguichon
Conteville
Poussy-la-Campagne
Saint-Aignan-de-Cramesnil
Ponzergruppe West
Eberbach
12 SS
1 SS
Río Laize
5 millas
5 km
N

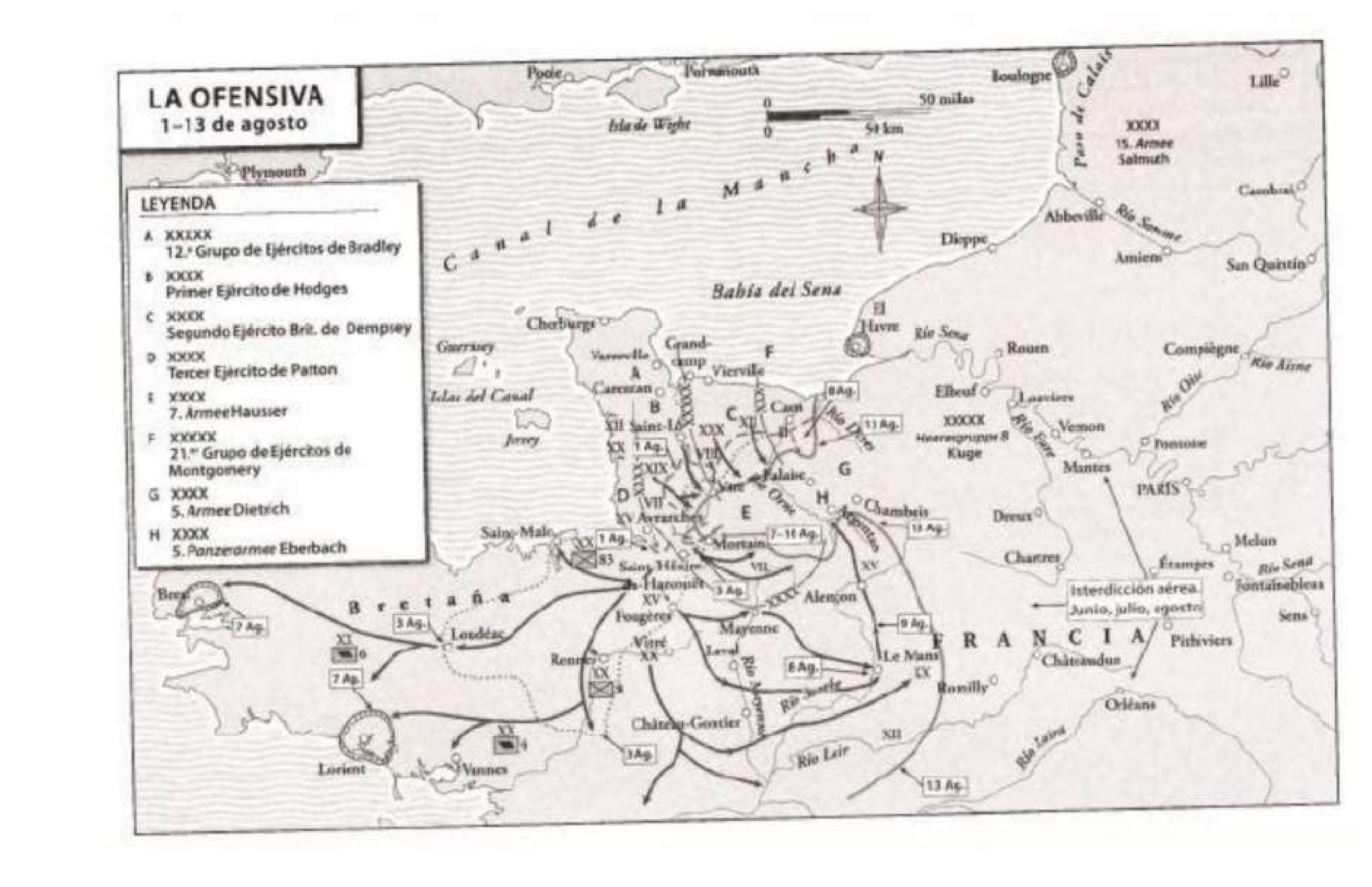


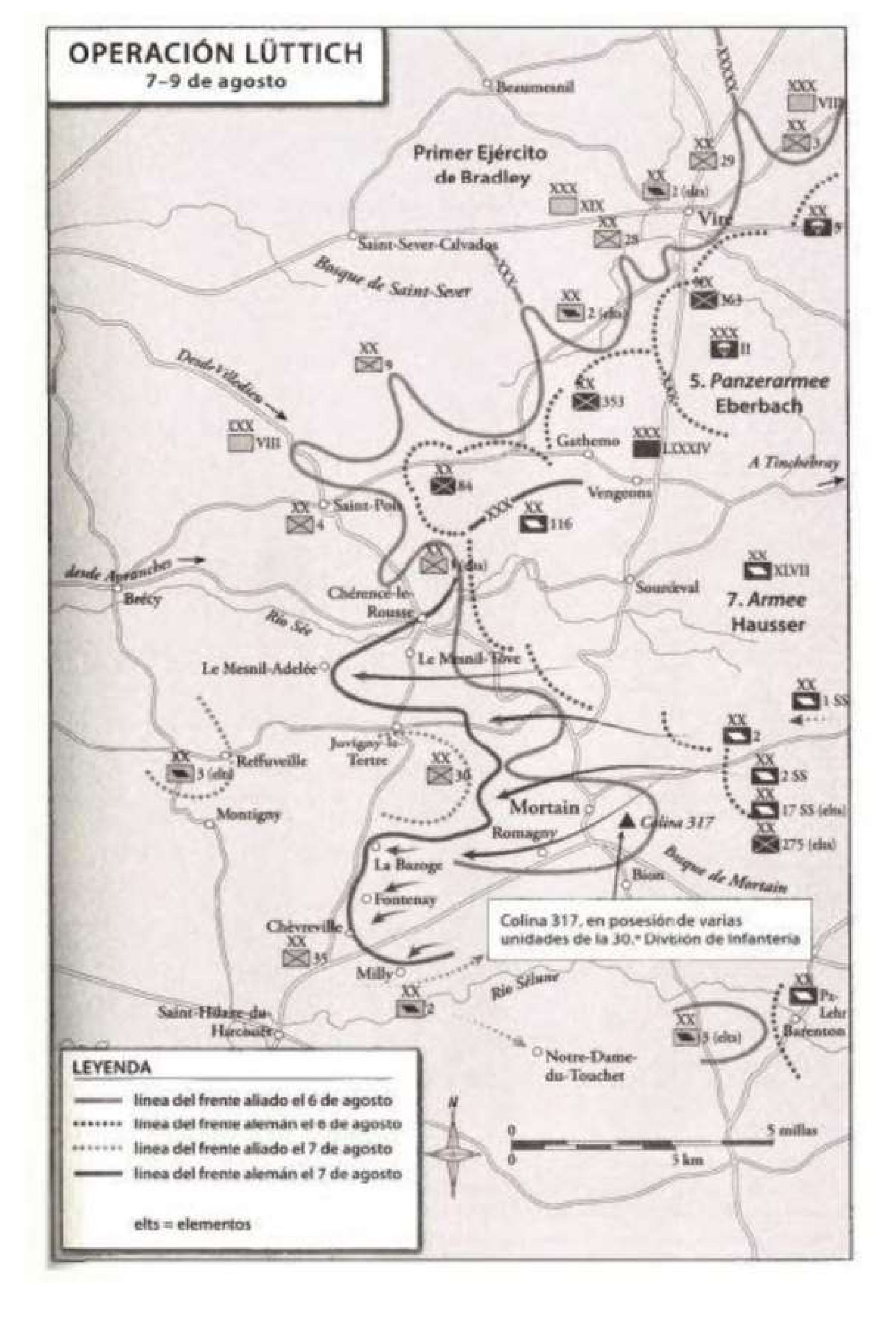
OPERACIÓN COBRA
25–31 de julio
LEYENDA
frente atado el 25 de julio
frente atado el 28 de julio
frente atado el 31 de julio
bombardeo de saturación previo al ataque 9.40–10.50
elts = elementos
remats = remanentes
Primer Ejército de Bradley
7. Armee Hausser
Línea de arranque de Cobra
Bolsa de alemanes
Bahía del Monte Saint-Michel
Carentan
La Haye-du-Puits
Lessay
Périers
Saint-Lô
Saint-Gilles
Marigny
Canisy
Coutances
Cerisy-la-Salle
Le Mesnil-Herman
Tessy-sur-Vire
Villedieu
Percy
Gavray
Bréhal
Granville
La Haye-Pesnel
Sartilly
Avranches
Pontaubault
Ducey
Saint-Pois
Brécey
Río Sienne
Río Sée
6 millas
6 km

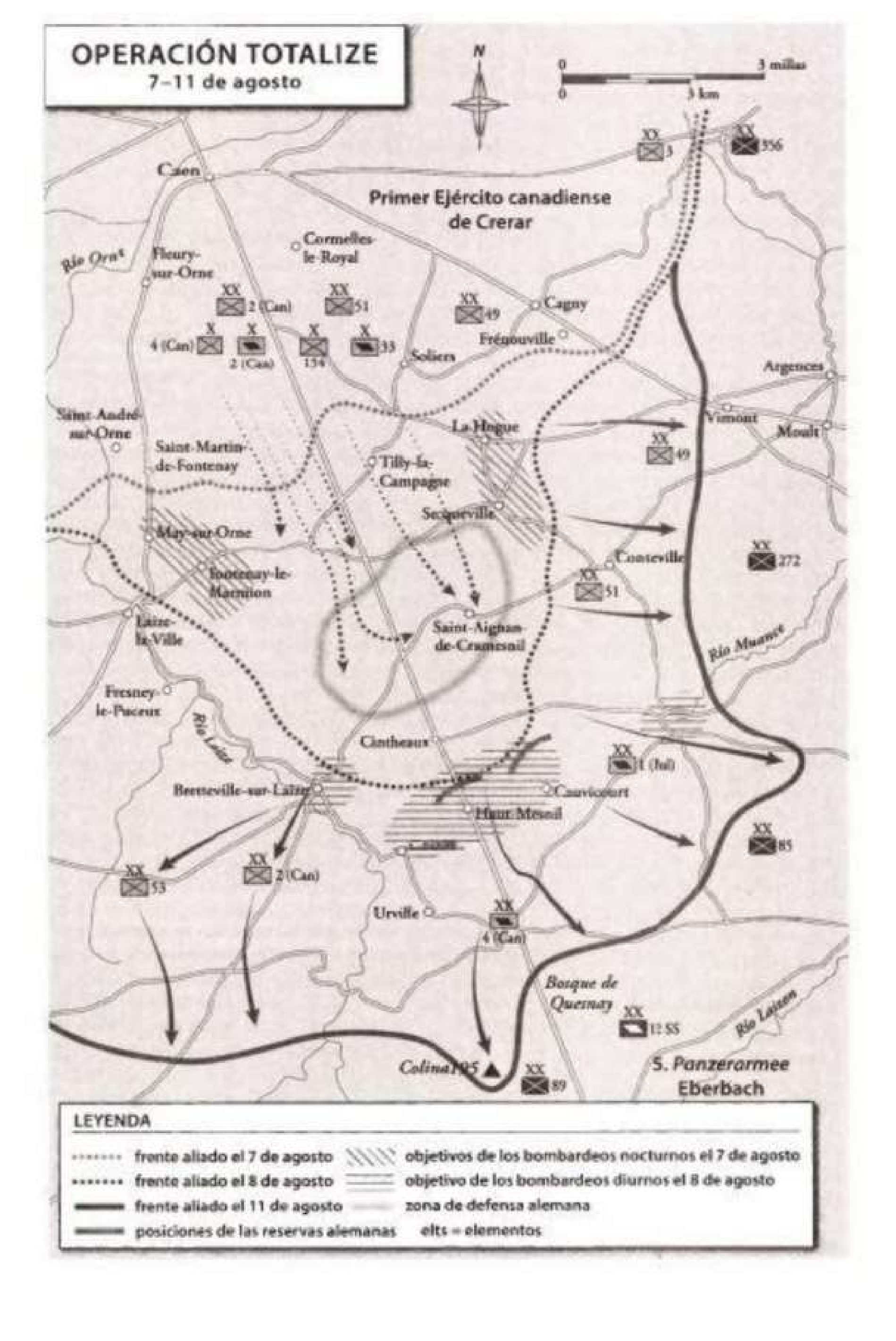


FRENTE DE NORMANDÍA
31 de julio
Utah
Omaha
Gold
Juno
Sword
Bahía del Sena
Cotentin
Saint-Mère-Eglise
Carentan
Bayeux
Caen
Primer Ejército canadiense de Crerar
Segundo Ejército de Dempsey
Primer Ejército de Bradley
Saint-Lô
Coutances
Granville
Avranches
Vire
Mortain
Falaise
7. Armee Hausser
Panzergruppe West Eberbach
Bahía del Monte Saint-Michel
LEYENDA
línea de frente el 24 de julio
línea de frente el 31 de julio


OPERACIÓN BLUECOAT
29 de julio - 6 de agosto
Segundo Ejército de Dempsey
Caumont
Briquessard
Cahagnes
Saint-Jean-des-Essartiers
Dampierre
Les Loges
Brémoy
Saint-Pierre-du-Fresne
Jurques
Bosque del Homme
Bosque l'Evêque
Le Tourneur
Arclais
Montchamp
Estry
Le Bas Perrier
Chênedollé
La Houdengerie
Vire
Aunay-sur-Odon
Villers-Bocage
Monte Pinçon
La Variniére
Saint-Jean-le-Blanc
Panzergruppe West
Eberbach
(desde el 5 de agosto, 5. Panzerarmee)
LEYENDA
frente aliado
resistencia alemana
elts = elementos

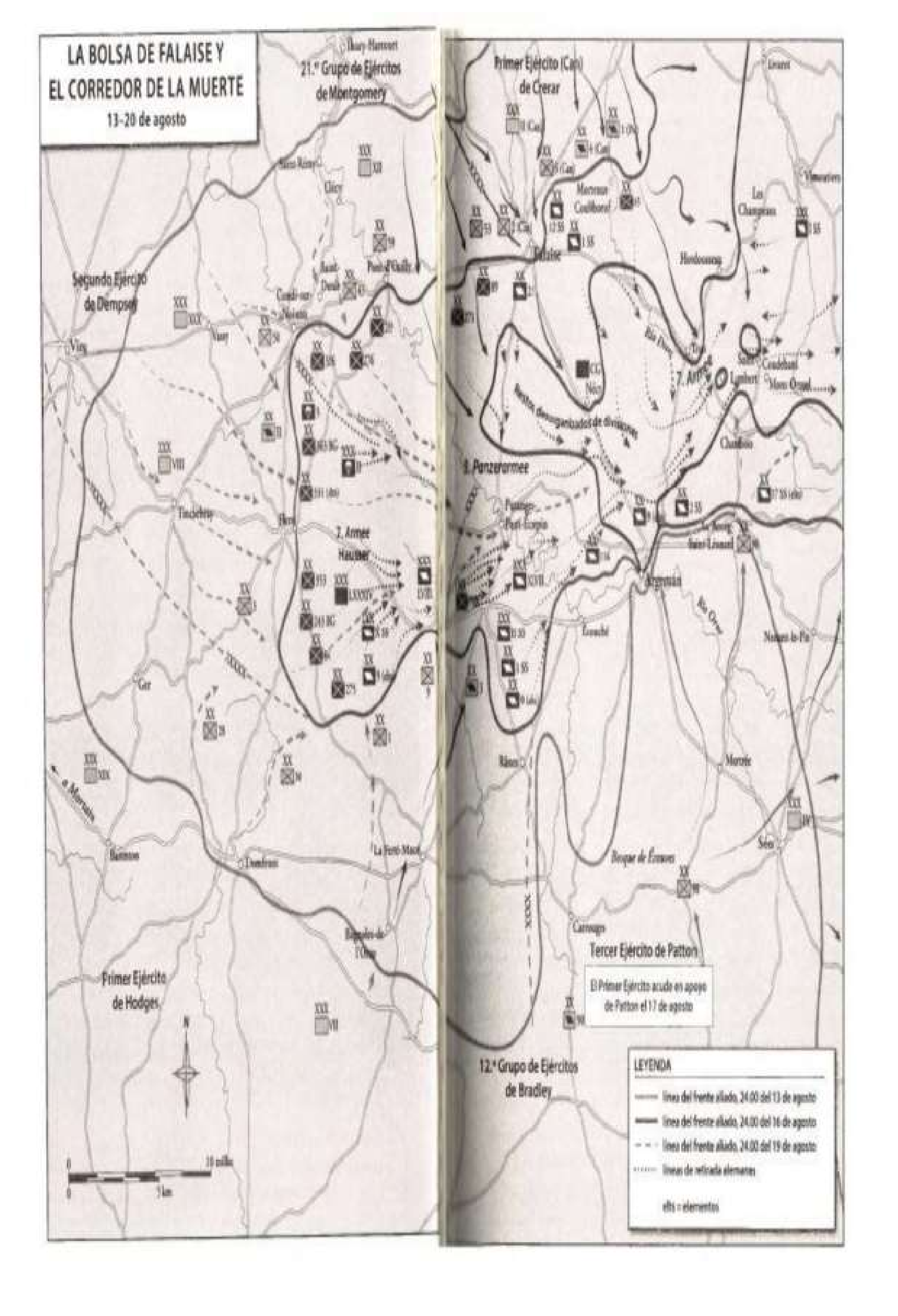

LA OFENSIVA
1–13 de agosto
LEYENDA
A XXXXX 12.º Grupo de Ejércitos de Bradley
B XXXX Primer Ejército de Hodges
C XXXX Segundo Ejército Brit. de Dempsey
D XXXX Tercer Ejército de Patton
E XXXX 7. Armee Hausser
F XXXXX 21.er Grupo de Ejércitos de Montgomery
G XXXX 5. Armee Dietrich
H XXXX 5. Panzerarmee Eberbach
Canal de la Mancha
Bahía del Sena
Plymouth
Poole
Isla de Wight
Boulogne
Paso de Calais
Lille
XXXX 15. Armee Salmuth
Abbeville
Río Somme
Amiens
San Quintín
Dieppe
El Havre
Río Sena
Rouen
Compiègne
Río Aisne
Río Oise
Elbeuf
XXXXX Heeresgruppe B Kluge
Río Eure
Vernon
Mantes
PARÍS
Cherburgo
Guernsey
Islas del Canal
Jersey
Grandcamp
Vierville
Carentan
Saint-Lô
Caen
Río Dives
Falaise
Vire
Orne
Chambois
Argentan
Avranches
Mortain
Saint-Malo
Fougères
Alençon
Mayenne
Rennes
Vitré
Laval
Le Mans
Château-Gontier
Bretaña
Loudéac
Lorient
Vannes
Dreux
Chartres
Étampes
Melun
Río Sena
Fontainebleau
Sens
Interdicción aérea
Junio, julio, agosto
FRANCIA
Châteaudun
Pithiviers
Orléans
Río Loira
Río Loir
Río Sarthe
Río Mayenne
1 Ag.
3 Ag.
7 Ag.
8 Ag.
9 Ag.
13 Ag.
7–11 Ag.
50 millas
50 km

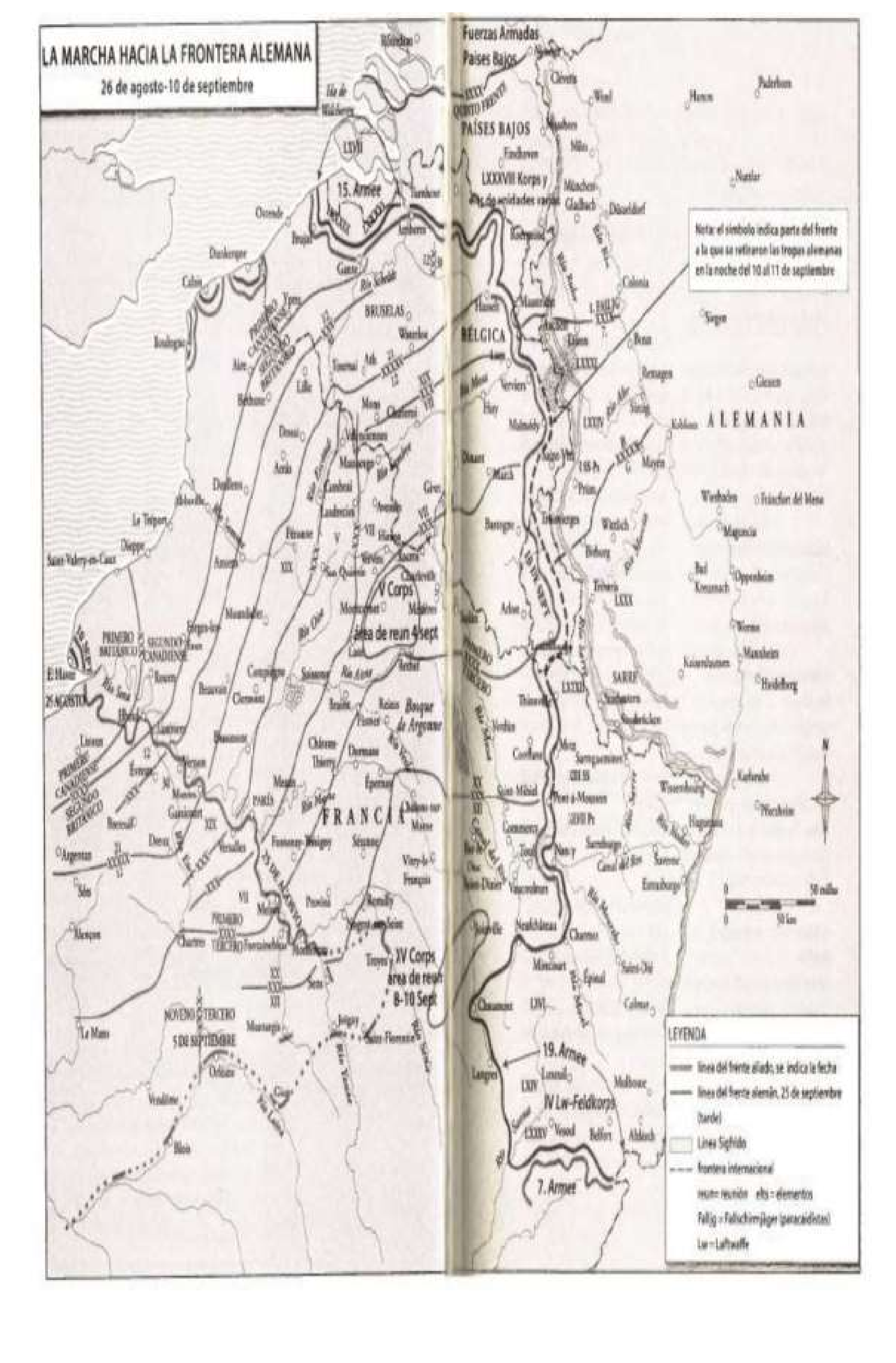

OPERACIÓN LÜTTICH
7–9 de agosto
Beaumesnil
Primer Ejército de Bradley
Vire
Saint-Sever-Calvados
Bosque de Saint-Sever
5. Panzerarmee Eberbach
Desde Villedieu
Gathemo
A Tinchebray
Vengeons
Saint-Pois
desde Avranches
Brécy
Chérence-le-Roussel
Sourdeval
7. Armee Hausser
Río Sée
Le Mesnil-Adelée
Le Mesnil-Tôve
Juvigny-le-Tertre
Reffuveille
Montigny
Mortain
Colina 317
Romagny
La Bazoge
Bion
Bosque de Mortain
Fontenay
Chèvreville
Colina 317, en posesión de varias unidades de la 30.ª División de infantería
Milly
Río Sélune
Saint-Hilaire-du-Harcouët
Notre-Dame-du-Touchet
Barenton
LEYENDA
línea del frente aliado el 6 de agosto
línea del frente alemán el 6 de agosto
línea del frente aliado el 7 de agosto
línea del frente alemán el 7 de agosto
elts = elementos
5 millas
5 km


OPERACIÓN TOTALIZE
7–11 de agosto
N
0
3 millas
0
3 km
Primer Ejército canadiense
de Crerar
Caen
Cormelles-le-Royal
Fleury-sur-Orne
Río Orne
Cagny
Frénouville
Soliers
Argences
Vimont
Moult
La Hogue
Saint-André-sur-Orne
Saint-Martin-de-Fontenay
Tilly-la-Campagne
Secqueville
May-sur-Orne
Fontenay-le-Marmion
Conteville
Laize-la-Ville
Saint-Aignan-de-Cramesnil
Río Muance
Fresney-le-Puceux
Río Laize
Cintheaux
Bretteville-sur-Laize
Cauvicourt
Haut-Mesnil
Urville
Bosque de Quesnay
Río Laison
Colina 195
5. Panzerarmee
Eberbach
LEYENDA
frente aliado el 7 de agosto
frente aliado el 8 de agosto
frente aliado el 11 de agosto
posiciones de las reservas alemanas
objetivos de los bombardeos nocturnos el 7 de agosto
objetivo de los bombardeos diurnos el 8 de agosto
zona de defensa alemana
elts = elementos

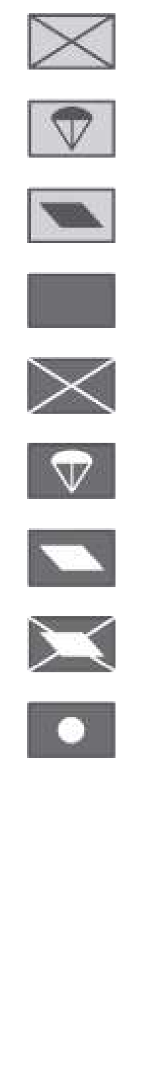


Bombardeos pesados durante la operación Totalize.


LA BOLSA DE FALAISE Y
EL CORREDOR DE LA MUERTE
13-20 de agosto
21.º Grupo de Ejércitos
de Montgomery
Primer Ejército (Can)
de Crerar
Segundo Ejército
de Dempsey
Vire
Falaise
Trun
Chambois
Les Champeaux
Hiémois
Mont Ormel
Vimoutiers
Livarot
Saint-Lambert
Coudehard
5. Panzerarmee
7. Armee Hausser
7. Armee
Argentan
Río Orne
Flers
Tinchebray
Gacé
Sées
Carrouges
Écouché
La Ferté-Macé
Domfront
Mortain
Ger
Bosque de Écouves
Tercer Ejército de Patton
El Primer Ejército acude en apoyo
de Patton el 17 de agosto
Primer Ejército
de Hodges
12.º Grupo de Ejércitos
de Bradley
LEYENDA
línea del frente aliado, 24.00 del 13 de agosto
línea del frente aliado, 24.00 del 16 de agosto
línea del frente aliado, 24.00 del 19 de agosto
líneas de retirada alemanes
elts = elementos
10 millas
5 km



LA MARCHA HACIA LA FRONTERA ALEMANA
26 de agosto-10 de septiembre
Nota: el símbolo indica parte del frente a la que se retiraron las tropas alemanas en la noche del 10 al 11 de septiembre
Fuerzas Armadas Países Bajos
PAÍSES BAJOS
BÉLGICA
FRANCIA
ALEMANIA
15. Armee
V Corps
área de reun 4 sept
XV Corps
área de reun
8-10 Sept
19. Armee
IV Lw-Feldkorps
7. Armee
Amberes
Bruselas
Gante
Ostende
Dunkerque
Calais
Boulogne
Lille
Arras
Amiens
Dieppe
Le Tréport
Saint-Valery-en-Caux
Rouen
Beauvais
Compiègne
Soissons
Reims
Verdún
Metz
Nancy
Toul
Épinal
Colmar
Mulhouse
Belfort
Langres
Chaumont
Troyes
Sens
Orleáns
Chartres
Le Mans
Versalles
París
Meaux
Évreux
Colonia
Düsseldorf
Aquisgrán
Maastricht
Lieja
Bonn
Remagen
Coblenza
Maguncia
Mannheim
Heidelberg
Karlsruhe
Saarbrücken
Tréveris
Estrasburgo
Siegen
Giessen
Wiesbaden
Fráncfort del Meno
Worms
Kaiserslautern
Haguenau
Saverne
Eindhoven
Venlo
Wesel
Hamm
Paderborn
Münster
Mönchengladbach
0 50 millas
0 50 km
LEYENDA
línea del frente aliado, se indica la fecha
línea del frente alemán, 25 de septiembre (tarde)
Línea Sigfrido
frontera internacional
reun= reunión elts = elementos
FallJg = Fallschirmjäger (paracaidistas)
Lw = Luftwaffe



UNIDADES ALIADAS

División estática

División de infantería

División paracaidista

División blindada

UNIDADES ALEMANAS

División estática

División de infantería

División paracaidista

(Fallschirmjäger)

División Panzer

División de Panzergranaderos

División de artillería SÍMBOLOS MILITARES ESTANDARIZADOS

I = Compañía II = Batallón

III = Regimento

X = Brigada

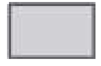
XX = División

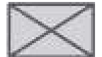
XXX = Cuerpo

XXXX = Ejército

XXXXX = Grupo de ejércitos

Foto aérea: Playa Gold.



















UNIDADES ALIADAS

División estática

División de infantería

División paracaidista

División blindada

UNIDADES ALEMANAS

División estática

División de infantería

División paracaidista

(Fallschirmjäger)

División Panzer

División de Panzergranaderos

División de artillería SÍMBOLOS MILITARES ESTANDARIZADOS

I = Compañía II = Batallón

III = Regimento

X = Brigada

XX = División

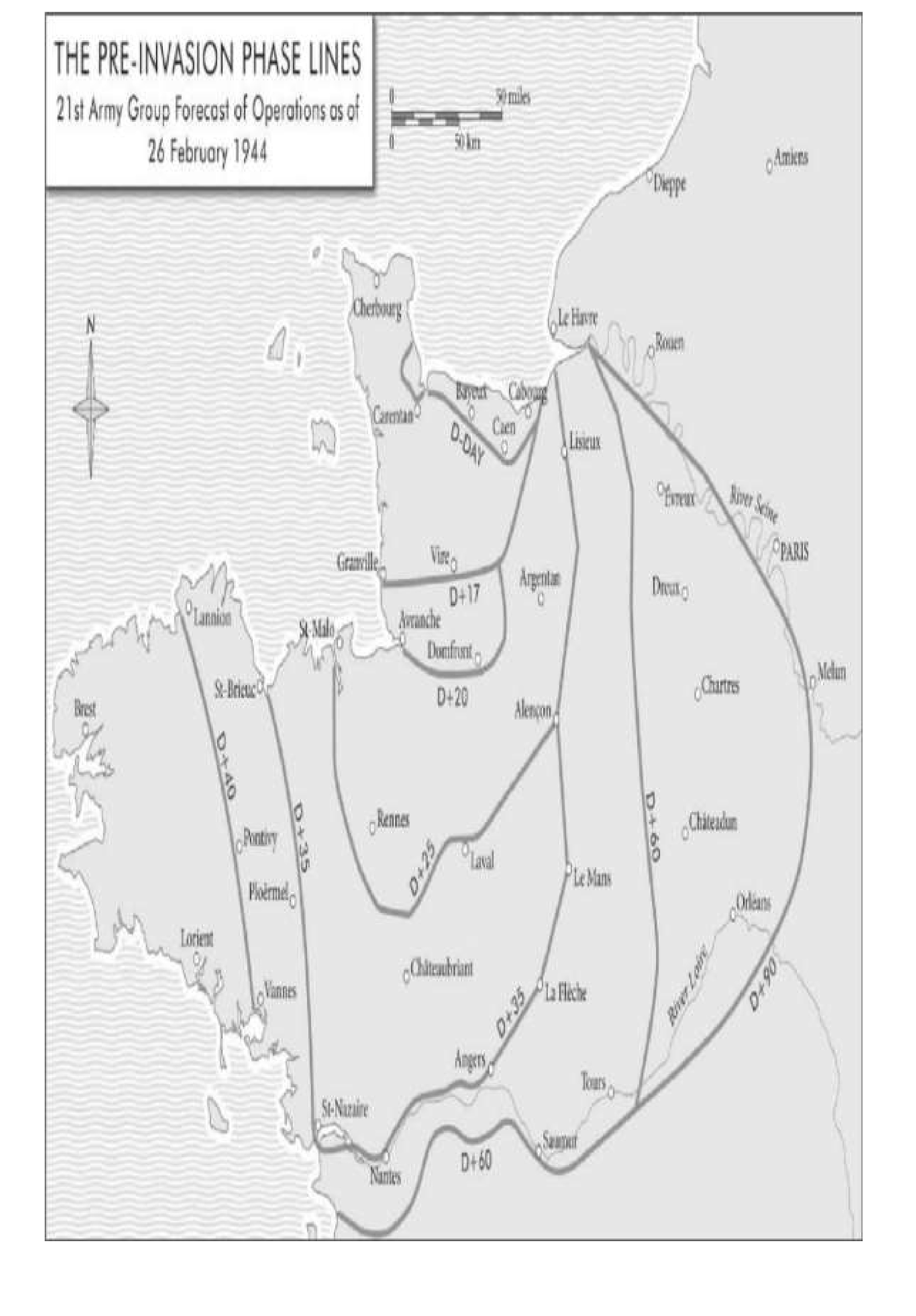
XXX = Cuerpo

XXXX = Ejército

XXXXX = Grupo de ejércitos



Foto aérea: Playa Gold.



THE PRE-INVASION PHASE LINES
21st Army Group Forecast of Operations as of 26 February 1944
0
50 miles
0
50 km
N
Amiens
Dieppe
Cherbourg
Le Havre
Rouen
Bayeux
Cabourg
Carentan
Caen
D-DAY
Lisieux
Evreux
River Seine
PARIS
Granville
Vire
D+17
Argentan
Dreux
Lannion
St-Malo
Avranche
Domfront
D+20
Melun
Chartres
St-Brieuc
Alençon
Brest
D+40
D+35
Rennes
Châteadun
Pontivy
D+25
Laval
D+60
Ploërmel
Le Mans
Orléans
Lorient
Châteaubriant
La Flèche
Vannes
D+35
River Loire
D+90
Angers
Tours
St-Nazaire
Saumur
Nantes
D+60

ALLIED BOMBING TARGETS IN NORTHERN FRANCE BEFORE D-DAY

KEY
- ● targets of first line of interdiction
- ○ targets of second line of interdiction
- ✱ targets on Paris/Orléans gap
- railway target
- road target

N

0 — 30 miles
0 — 50 km

UNITED KINGDOM
English Channel
BELGIUM
FRANCE
Brittany
Channel Islands

Dover
Dunkerque
Calais
Boulogne
Étaples
Antwerp
Ghent
BRUSSELS
Lille
Liège
Béthune
Namur
Frevent
Doullens
Abbeville
Péronne
Dieppe
Amiens
Ham
Montescourt
Beautor
Laon
Amy-le-Château
Soissons
Fismes
Reims
River Meuse
Verdun
Southampton
Portsmouth
Cherbourg
Le Havre
Rouen
Carentan
Lisieux
Caen
Bernay
Nanteuil
River Seine
Vire
Argentan
L'Aigle
Cherisy
PARIS
Les Foulons
St Malo
Avranches
Maintenon
Épernon
Nogent-sur-Seine
Brest
Dinan
Chartres
Troyes
Chaumont
Sens
Rennes
Laval
Le Mans
Orléans
Sully-sur-Loire
Joigny
Auxerre
Beaugency
Lorient
Vannes
Châteaubriant
La Flèche
Gien
Neuvy-sur-Loire
Blois
Clamecy
Montlouis
St-Nazaire
Nantes
Chalonnes-sur-Loire
Les-Ponts-de-Cé
Saumur
Tours
Vierzon
Dijon

D-DAY AIR DISPOSITIONS

KEY
- main shipping route and flank patrols
- assault area patrols
- night-fighter patrol lines
- fighters to and from assault areas

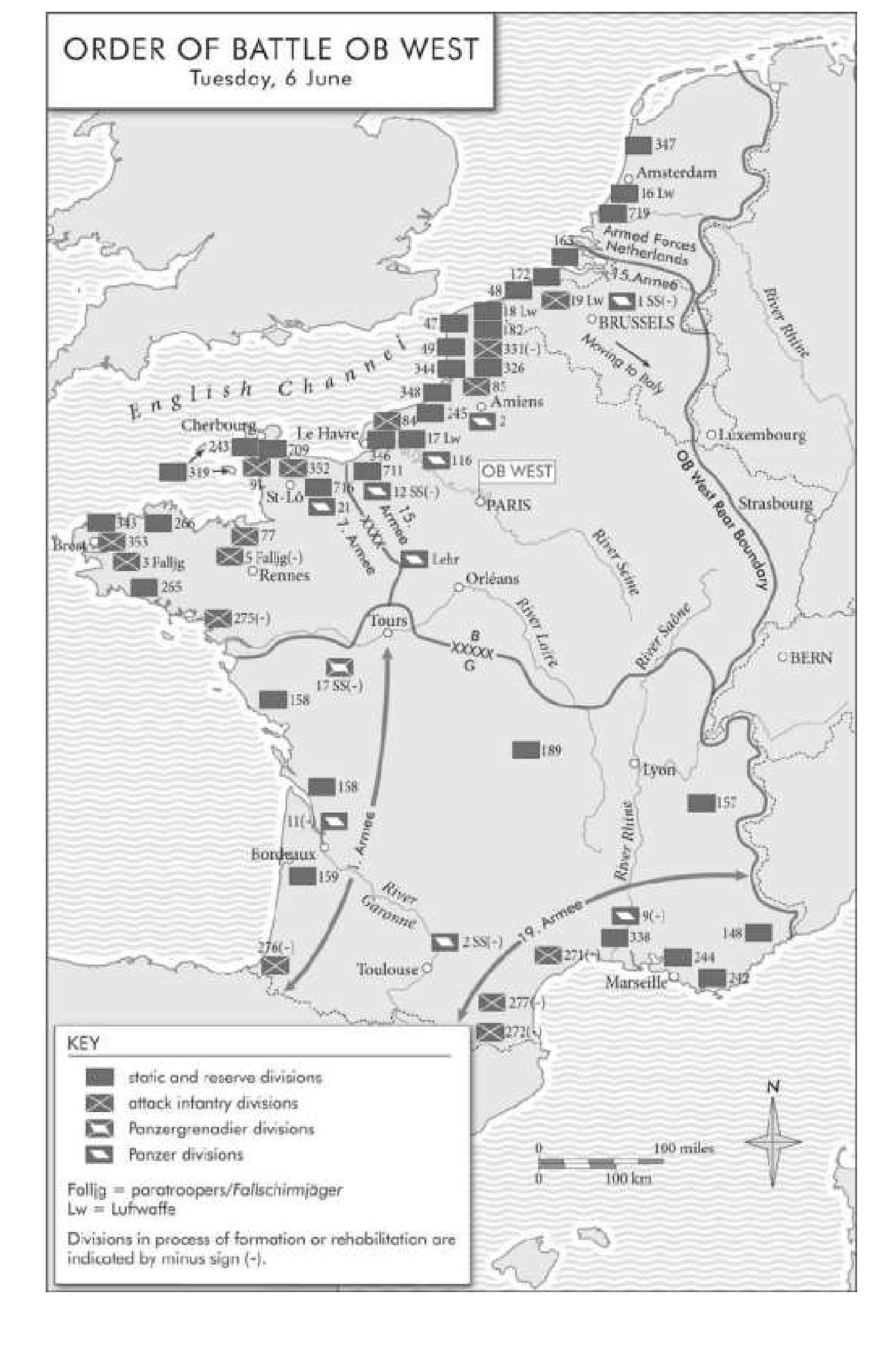
Targets
- heavy bomber (beach defences)
- heavy bomber (transportation)
- medium bomber (beach defences)
- medium bomber (coastal batteries or transportation)
- fighter-bomber (coastal batteries)
- fighter-bomber (transportation)
- assault beaches

Note: VIII Fighter Command covered the perimeter of the assault area and attacked ground targets between it and the Seine and Loire rivers from 0425 to 2200 hours.

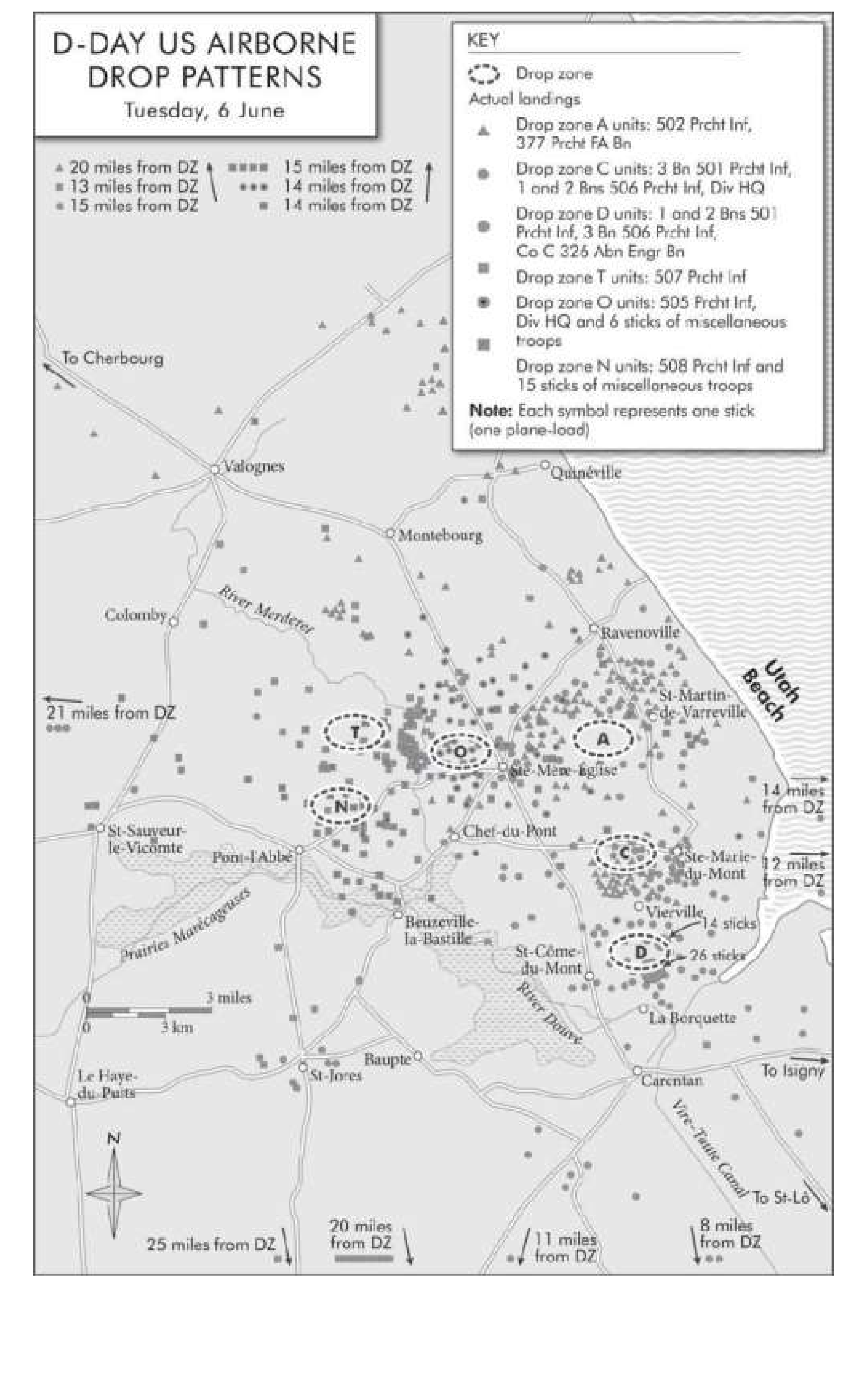
N

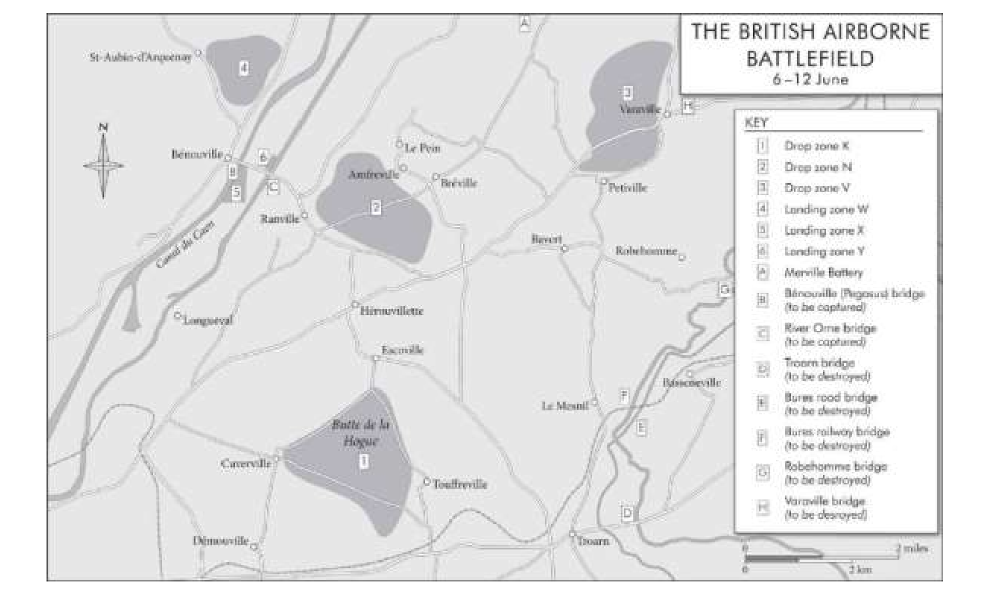
0 — 30 miles
0 — 30 km

Portsmouth
Brighton
Bournemouth
Isle of Wight
Beachy Head
Main Shipping
Route Area
Cap de la Hague
Gatteville
Cherbourg
Montfarville
Fécamp
Yvetot
Guernsey
Valognes
Éturneville
Néhou
St-Sauveur le Vicomte
La Sangsurière
Coupeville
St-Sauveur-de-Pierrepont
Jersey
Ste-Mère-Église
American Assault Area
British Assault Area
Le Havre
Utah
Omaha
Gold
Juno
Sword
Trouville
Beneville
Beuzeville
Gefosse
Carentan
Isigny
Bayeux
Houlgate
Pont-l'Évêque
Ouistreham
Lessay
Forêt de Cerisy
Caen
Lisieux
St-Lô
Villers-Bocage
Coutances
Bernay
Évreux
To Vire
Thury Harcourt



ORDER OF BATTLE OB WEST
Tuesday, 6 June
347
Amsterdam
16 Lw
719
Armed Forces Netherlands
163
172
15. Armee
48
19 Lw
1 SS(-)
18 Lw
BRUSSELS
182
47
49
331(-)
344
326
Moving to Italy
River Rhine
English Channel
348
85
Amiens
245
2
Cherbourg
Le Havre
84
17 Lw
Luxembourg
243
709
346
116
OB WEST
319
91
352
711
St-Lô
716
12 SS(-)
PARIS
21
15. Armee
XXXX
7. Armee
OB West Rear Boundary
Strasbourg
343
266
Brest
353
77
3 Falljg
5 Falljg(-)
Rennes
Lehr
River Seine
265
Orléans
275(-)
Tours
River Loire
River Saône
B
XXXXX
G
BERN
17 SS(-)
158
189
Lyon
158
157
11(-)
1. Armee
River Rhône
Bordeaux
159
River Garonne
9(-)
19. Armee
2 SS(-)
338
148
276(-)
271(-)
244
Toulouse
Marseille
242
277(-)
272(-)
KEY
static and reserve divisions
attack infantry divisions
Panzergrenadier divisions
Panzer divisions
Falljg = paratroopers/Fallschirmjäger
Lw = Luftwaffe
Divisions in process of formation or rehabilitation are indicated by minus sign (-).
N
0 100 miles
0 100 km


D-DAY US AIRBORNE DROP PATTERNS
Tuesday, 6 June
KEY
Drop zone
Actual landings
Drop zone A units: 502 Prcht Inf, 377 Prcht FA Bn
Drop zone C units: 3 Bn 501 Prcht Inf, 1 and 2 Bns 506 Prcht Inf, Div HQ
Drop zone D units: 1 and 2 Bns 501 Prcht Inf, 3 Bn 506 Prcht Inf, Co C 326 Abn Engr Bn
Drop zone T units: 507 Prcht Inf
Drop zone O units: 505 Prcht Inf, Div HQ and 6 sticks of miscellaneous troops
Drop zone N units: 508 Prcht Inf and 15 sticks of miscellaneous troops
Note: Each symbol represents one stick (one plane-load)
20 miles from DZ
13 miles from DZ
15 miles from DZ
15 miles from DZ
14 miles from DZ
14 miles from DZ
To Cherbourg
Valognes
Quinéville
Montebourg
River Merderet
Colomby
Ravenoville
Utah Beach
St-Martin-de-Varreville
21 miles from DZ
T
O
A
Ste-Mère-Église
N
14 miles from DZ
St-Sauveur-le-Vicomte
Chef-du-Pont
C
Pont-l'Abbé
Ste-Marie-du-Mont
12 miles from DZ
Vierville
14 sticks
Beuzeville-la-Bastille
D
St-Côme-du-Mont
26 sticks
Prairies Marécageuses
0 3 miles
0 3 km
River Douve
La Berquette
Baupte
St-Jores
Le Haye-du-Puits
Carentan
To Isigny
Vire-Taute Canal
N
To St-Lô
25 miles from DZ
20 miles from DZ
11 miles from DZ
8 miles from DZ


THE BRITISH AIRBORNE BATTLEFIELD
6–12 June
KEY
1 Drop zone K
2 Drop zone N
3 Drop zone V
4 Landing zone W
5 Landing zone X
6 Landing zone Y
A Merville Battery
B Bénouville (Pegasus) bridge (to be captured)
C River Orne bridge (to be captured)
D Troarn bridge (to be destroyed)
E Bures road bridge (to be destroyed)
F Bures railway bridge (to be destroyed)
G Robehomme bridge (to be destroyed)
H Varaville bridge (to be destroyed)
N
St-Aubin-d'Arquenay
Bénouville
Canal de Caen
Le Plein
Amfreville
Bréville
Ranville
Varaville
Petiville
Bavent
Robehomme
Longueval
Hérouvillette
Escoville
Butte de la Hogue
Cuverville
Touffreville
Démouville
Le Mesnil
Bassneville
Troarn
0 2 miles
0 2 km



Tropas de la 6ª División aerotransportada se encuentran con comandos en Bénouville.

D-DAY ASSAULT ON OMAHA BEACH

Charlie
Dog Green
Dog White
Dog Red
Easy Green
Easy Red
Fox Green
Fox Red
Omaha Beach
Vierville-sur-Mer
St-Laurent-sur-Mer
Colleville-sur-Mer
Le Grand-Hameau

WN60 GERMAN STRONGPOINT DESIGNATION

- Panzer position
- gun in casemate
- machine gun tobruk/bunker
- mortar tobruk/bunker
- field gun/anti-tank gun
- Mines
- barbed wire
- stakes or fences
- Hedgehogs, tetrahedra or unidentified obstacles
- Element 'C'
- curved rail or ramp

KEY

- planned landings
- actual landings
- main initial penetrations
- German coastal defences

elts = elements

D-DAY ASSAULT ON THE BRITISH AND CANADIAN BEACHES

KEY TO MAIN ABBREVIATIONS

Cdo = Commando
EY = East Yorkshire
GH = Green Howards
NSR = North Shore Regiment
QOR = Queen's Own Regiment
RM = Royal Marines
RR = Regina Rifles
RWR = Royal Winnipeg Rifles
SL = South Lancashire
SS = Special Service
elts = elements

KEY

- area of strong German resistance
- German resistance points
- gun battery
- mines
- barbed wire
- glider and parachute landings

Gold Beach
King
Jig
Item
Juno Beach
Love
Mike
Nan
Sword Beach
Oboe
Peter
Queen
Roger
Arromanches
Bayeux
Caen
Franceville Plage

D-DAY BRITISH AND CANADIAN BEACHES AT MIDNIGHT

Gold Beach

Juno Beach

Sword Beach

7 Armee Dollman

15. Armee Salmuth



Canadienses desembarcando en la playa Juno.

THE ALLIED FRONT
10 June

First Army
Bradley

Second Army
Dempsey

Bayeux

Caen

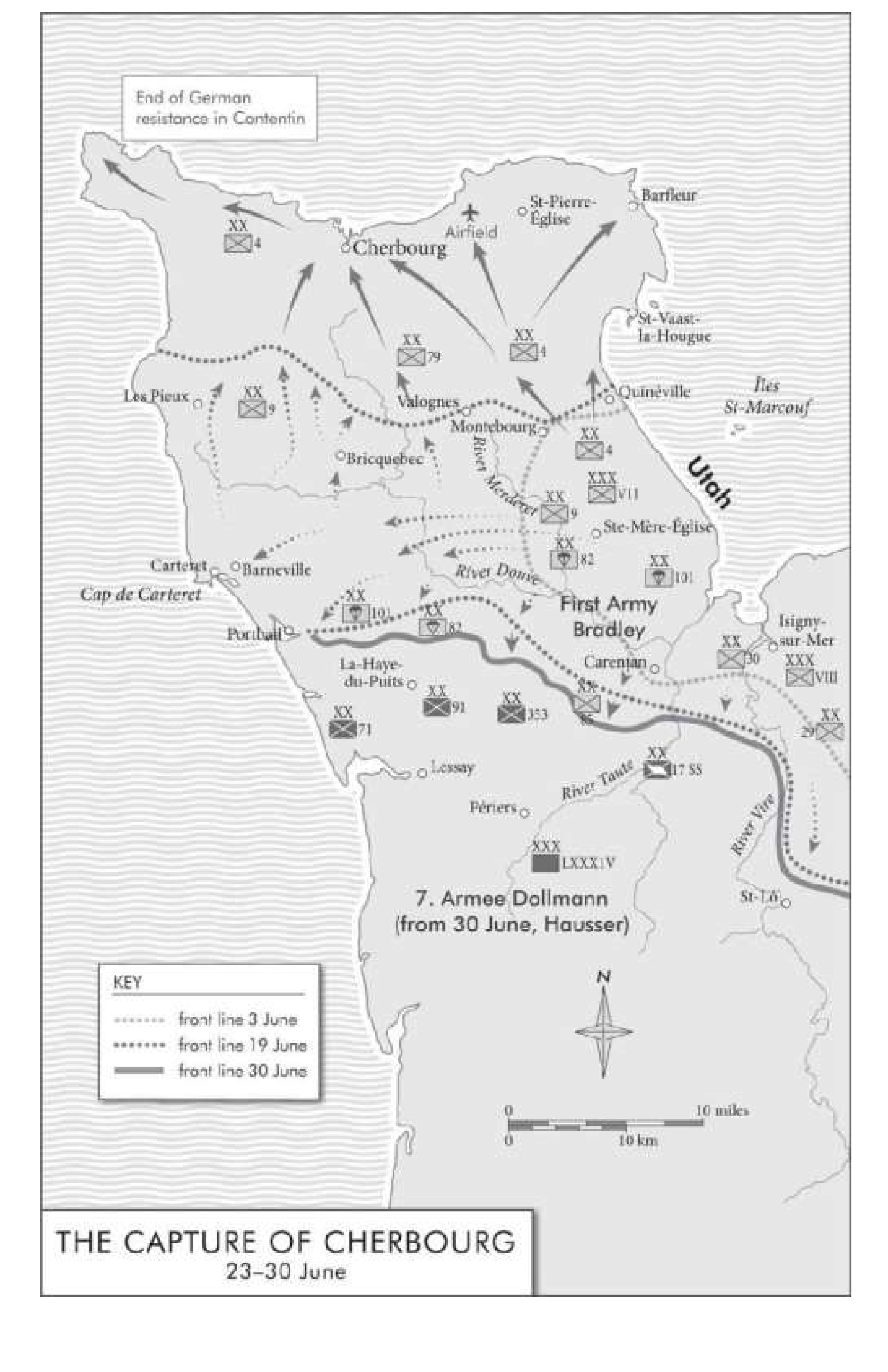
LXXXIV

advancing north

Rangers del ejército estadounidense llegando a Pointe du Hoc.



Soldados británicos avanzando.


End of German resistance in Contentin
Barfleur
St-Pierre-Église
Airfield
Cherbourg
XX 4
XX 79
XX 4
St-Vaast-la-Hougue
Les Pieux
XX 9
Valognes
Quinéville
Îles St-Marcouf
Montebourg
XX 4
Bricquebec
River Merderet
XXX VII
Utah
XX 9
Ste-Mère-Église
XX 82
XX 101
Carteret
Barneville
River Douve
Cap de Carteret
XX 101
XX 82
First Army Bradley
Portbail
Isigny-sur-Mer
XX 30
XXX VIII
Carentan
La-Haye-du-Puits
XX 91
XX 353
XX 71
XX 29
Lessay
XX 17 SS
River Taute
Périers
River Vire
XXX LXXXIV
7. Armee Dollmann (from 30 June, Hausser)
St-Lô
KEY
front line 3 June
front line 19 June
front line 30 June
N
0 10 miles
0 10 km
THE CAPTURE OF CHERBOURG
23–30 June



Shermans preparándose para la operación EPSOM.

OPERATION EPSOM
25 June–1 July

KEY
Front line 24 June
Front line 25 June
Front line 26 June
Front line 30 June

Second Army
Dempsey

Hans Siegel's
4 x Pz Mk IVs here

Hill 112

Panzergruppe West
von Schweppenburg

Caen

N

OPERATION CHARNWOOD
7–9 July

fighter
escort

total of 450 Lancaster
and Halifax bombers

Pathfinder
bombers

fighter
escort

Bernières-sur-Mer
Courseulles-sur-Mer
St-Aubin-sur-Mer
Lion-sur-Mer
Douvres-la-Délivrande
Bény-sur-Mer
Ouistreham
Merville-Franceville
River Seulles
River Mue
Mathieu
Bénouville
Ranville
Cairon
Cambes-en-Plaine
Caen Canal
River Orne
Carpiquet
Caen
Bretteville-sur-Odon
Louvigny
Fleury-sur-Orne
Cormelles-le-Royal
Maltot
May-sur-Orne
River Odon
River Orne
7. Armee
Hausser

XXX 1
XX 59
XX 3
XX 3
XX 6
XX 51
XX 16 Lw
XX 21 Pz
XXX VIII
XXX LXXXVI
XX 43
XX 12 SS
XX 1 SS (elts)
XX 53
XX 10 SS
XXX 1 SS
XXX II SS

N

0 — 3 miles
0 — 5 kms

KEY
Lancasters and Halifax bombers
fighter
airfield
'3 map squares' bombing target area
front line 7 July (eve)

elts = elements
Lw = Luftwaffe

ATTACKS IN THE ODON VALLEY

10–18 July

Second Army
Dempsey

Panzergruppe West
Eberbach

N

0 5 miles
0 3 km

KEY
front line 10 July
front line 18 July
elts = elements
Lw = Luftwaffe

XXX 30
XXX XII
XXX I
XX 2 (Can)
XX 51
XX 43
XX 49
XX 50
XX 59
XX 53
XX 15
XX 21 Pz (elts)
XX 16 Lw
XX 12 SS
XX 1 SS
XX 9 SS (elts)
XX 10 SS
XXX 1 SS
XXX II SS
XXX XLVII

Tilly-sur-Seulles
Fontenay-le-Pesnel
Hottot
Caen
Cagny
Noyers-Bocage
River Odon
Esquay
Hill 112
Maltot
Bourguébus
Evrecy
May-sur-Orne
Villers-Bocage

THE BATTLE FOR ST-LÔ

11–18 July

To Bayeux

N

0 2 miles
0 2 km

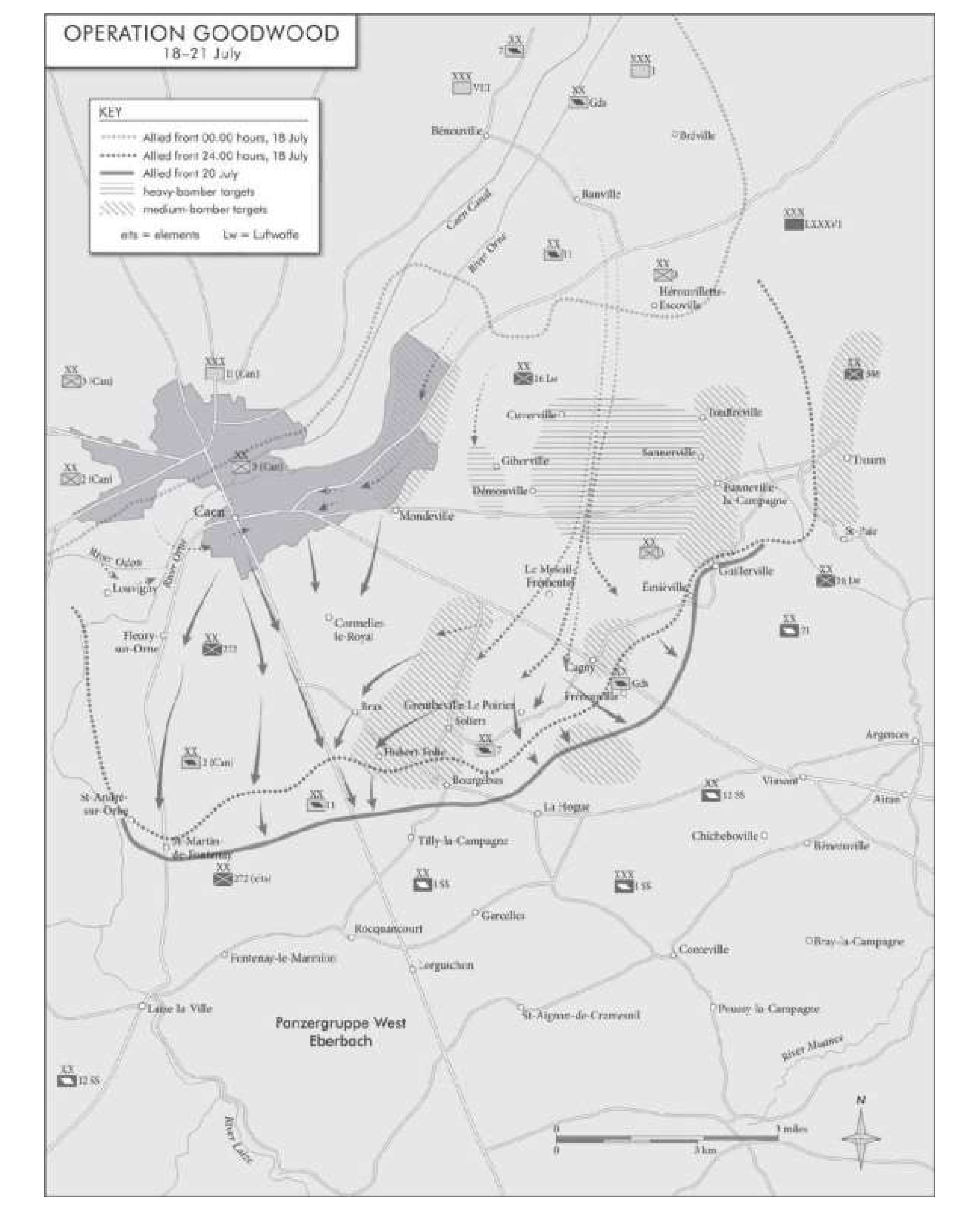
KEY
front line, evening 10 July
advance, 11 July
positions of forward elements, evening 13 July
positions of forward elements, evening 15 July
positions of forward elements, evening 18 July

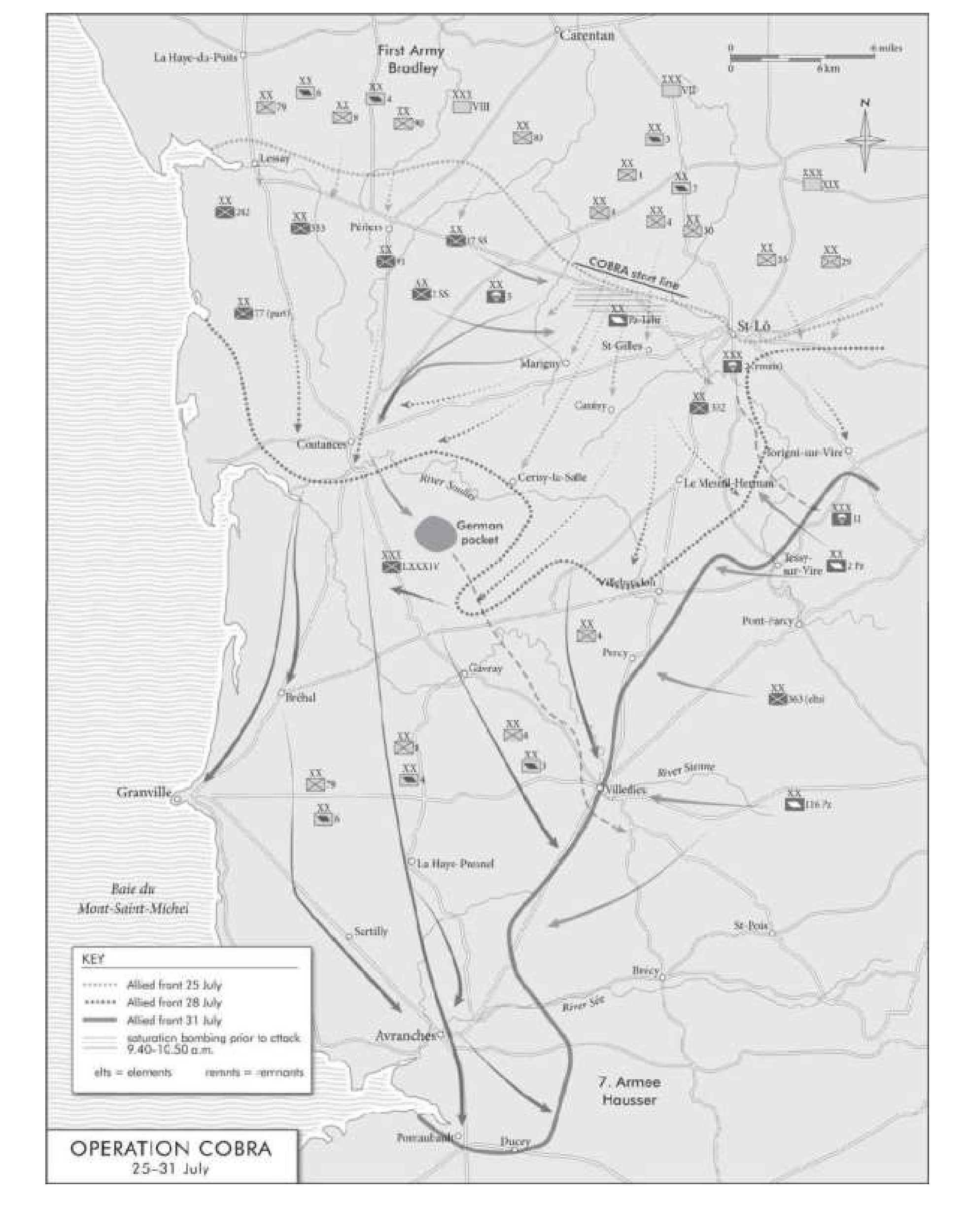
St-Clair-sur-l'Elle
La Meauffe
St-Gilles
Pont-Hébert
Le Carillon
Villiers-Fossard
Couvains
St-Georges-d'Elle
Bérigny
Emélie
La Luzerne
St-André-de-l'Epine
La Croix-Rouge
La Calvaire
Martinville
St-Lô
River Vire
La Madeleine
La Barre-de-Semilly

X 137
X 320
X 329
X 134
X 115
X 116
X 175
X 38
X 23
X 9
X 26
XX 352
XX 3
XIX
V
116 17-18 July

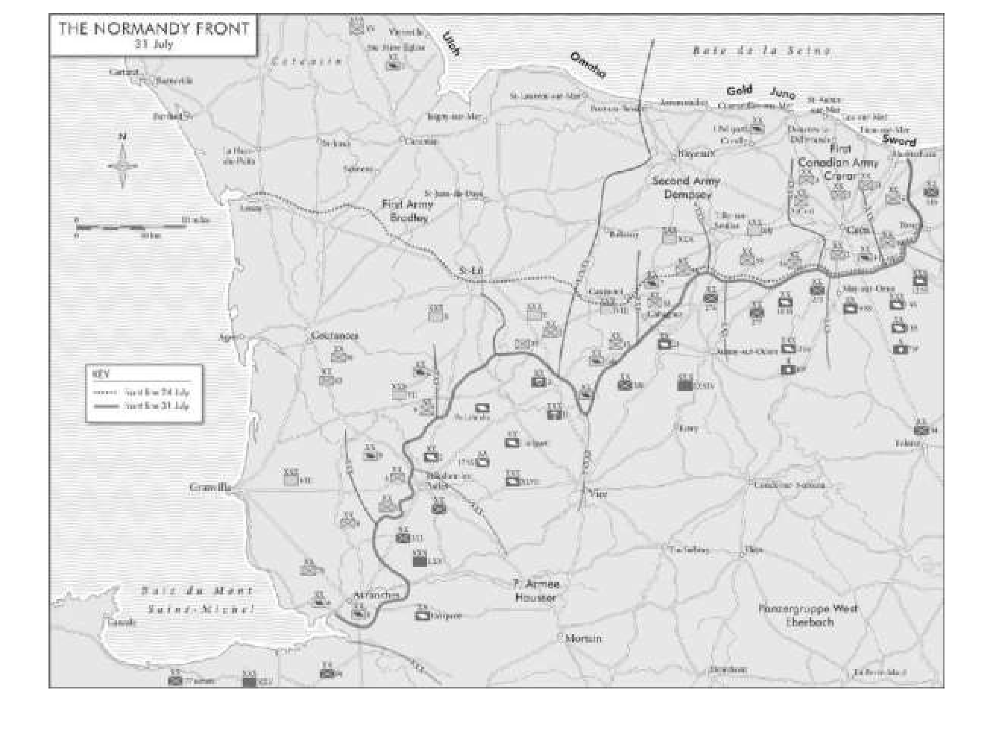


La batalla por Sain-Lô: un Sherman Firefly y su tripulación antes de la operación Goodwood.

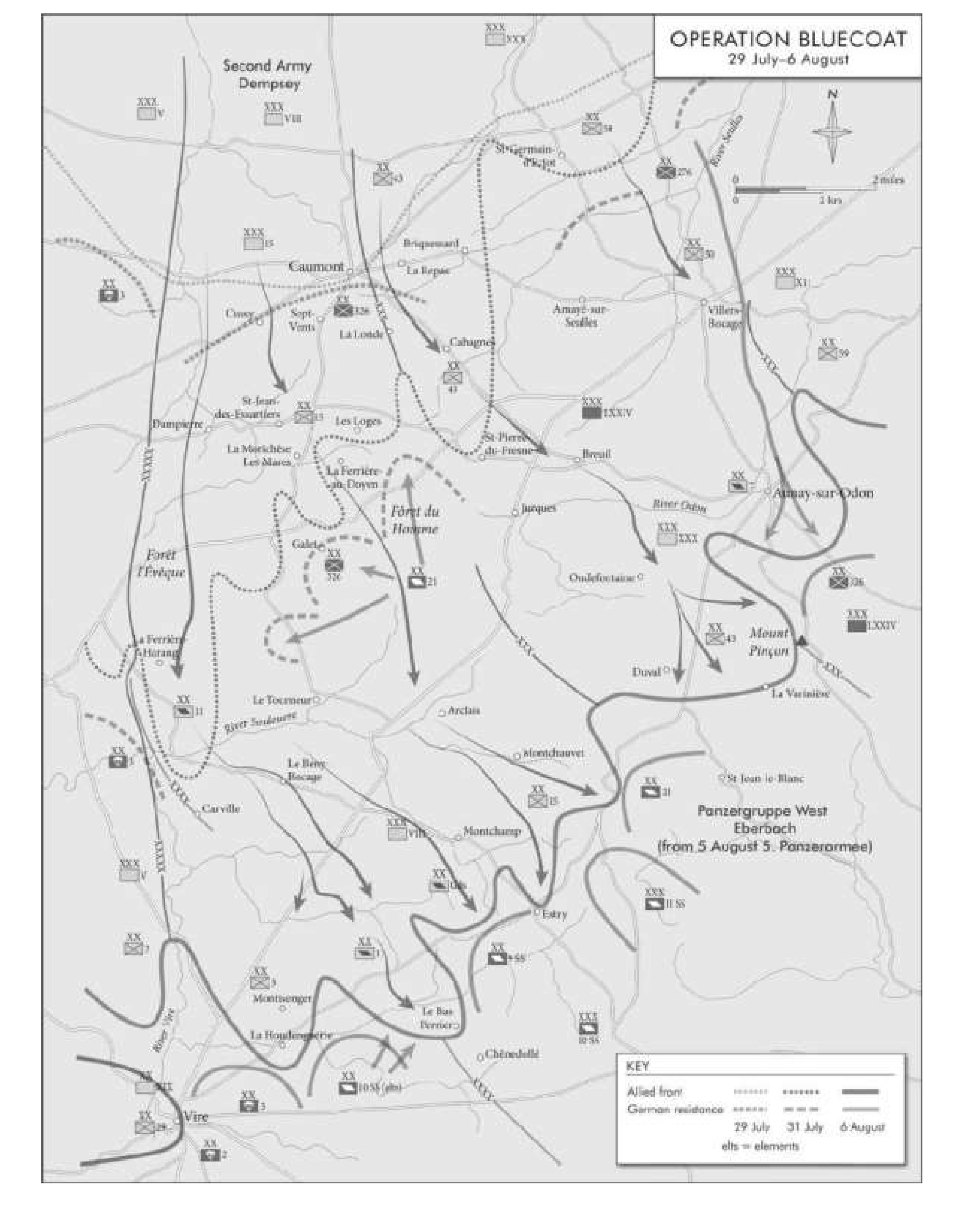

OPERATION GOODWOOD
18–21 July
KEY
Allied front 00.00 hours, 18 July
Allied front 24.00 hours, 18 July
Allied front 20 July
heavy-bomber targets
medium-bomber targets
elts = elements
Lw = Luftwaffe
Caen
Caen Canal
River Orne
River Odon
Bénouville
Bréville
Ranville
Hérouvillette-Escoville
Cuverville
Giberville
Démouville
Mondeville
Touffréville
Sannerville
Banneville-la-Campagne
Troarn
St-Pair
Guillerville
Emiéville
Le Mesnil Frémentel
Cagny
Frénouville
Le Poirier
Grentheville
Soliers
Bras
Hubert-Folie
Bourguébus
Cormelles-le-Royal
Fleury-sur-Orne
Louvigny
St-André-sur-Orne
St-Martin-de-Fontenay
Tilly-la-Campagne
La Hogue
Vimont
Argences
Airan
Chicheboville
Bénouville
Garcelles
Rocquancourt
Fontenay-le-Marmion
Conteville
Bray-la-Campagne
Poussy-la-Campagne
St-Aignan-de-Cramesnil
Laize la Ville
Panzergruppe West
Eberbach
River Laize
River Muance
3 miles
3 km
N
272 (elts)
12 SS
1 SS
LXXXVI
16 Lw
Gds
7
11
346
21
272
3 (Can)
2 (Can)
II (Can)
VIII
I



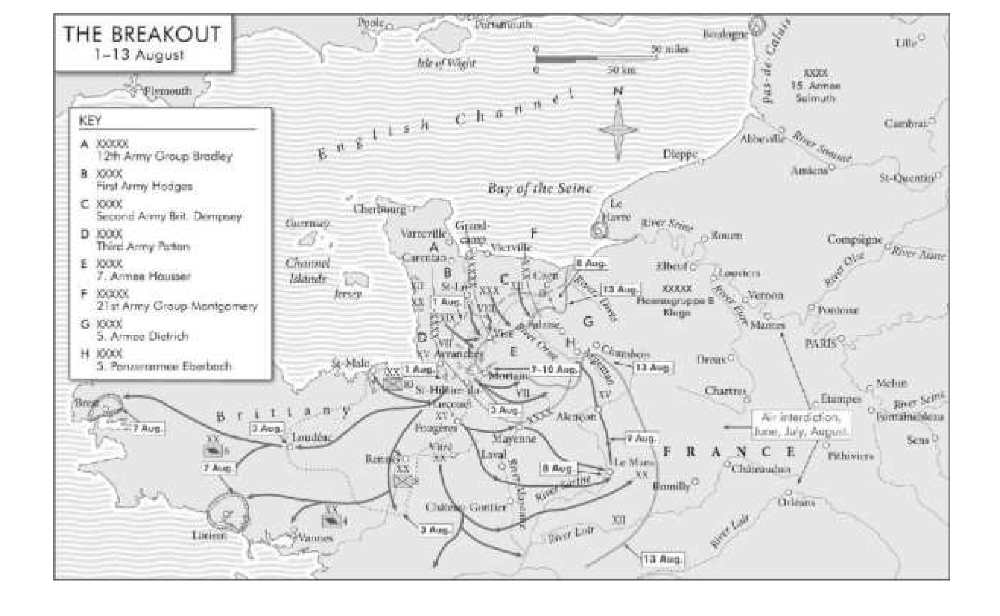
OPERATION COBRA
25–31 July
First Army
Bradley
7. Armee
Hausser
German pocket
COBRA start line
KEY
Allied front 25 July
Allied front 28 July
Allied front 31 July
saturation bombing prior to attack 9.40–10.50 a.m.
elts = elements
remnts = remnants
Carentan
La Haye-du-Puits
Lessay
Périers
St-Lô
St-Gilles
Marigny
Coutances
Cerisy-la-Salle
Le Mesnil-Herman
Tessy-sur-Vire
Pont-Farcy
Percy
Gavray
Bréhal
Granville
Villedieu
River Sienne
River Soulles
La Haye-Pesnel
Sartilly
Avranches
Pontaubault
Ducey
St-Pois
Brécy
River Sée
Baie du Mont-Saint-Michel

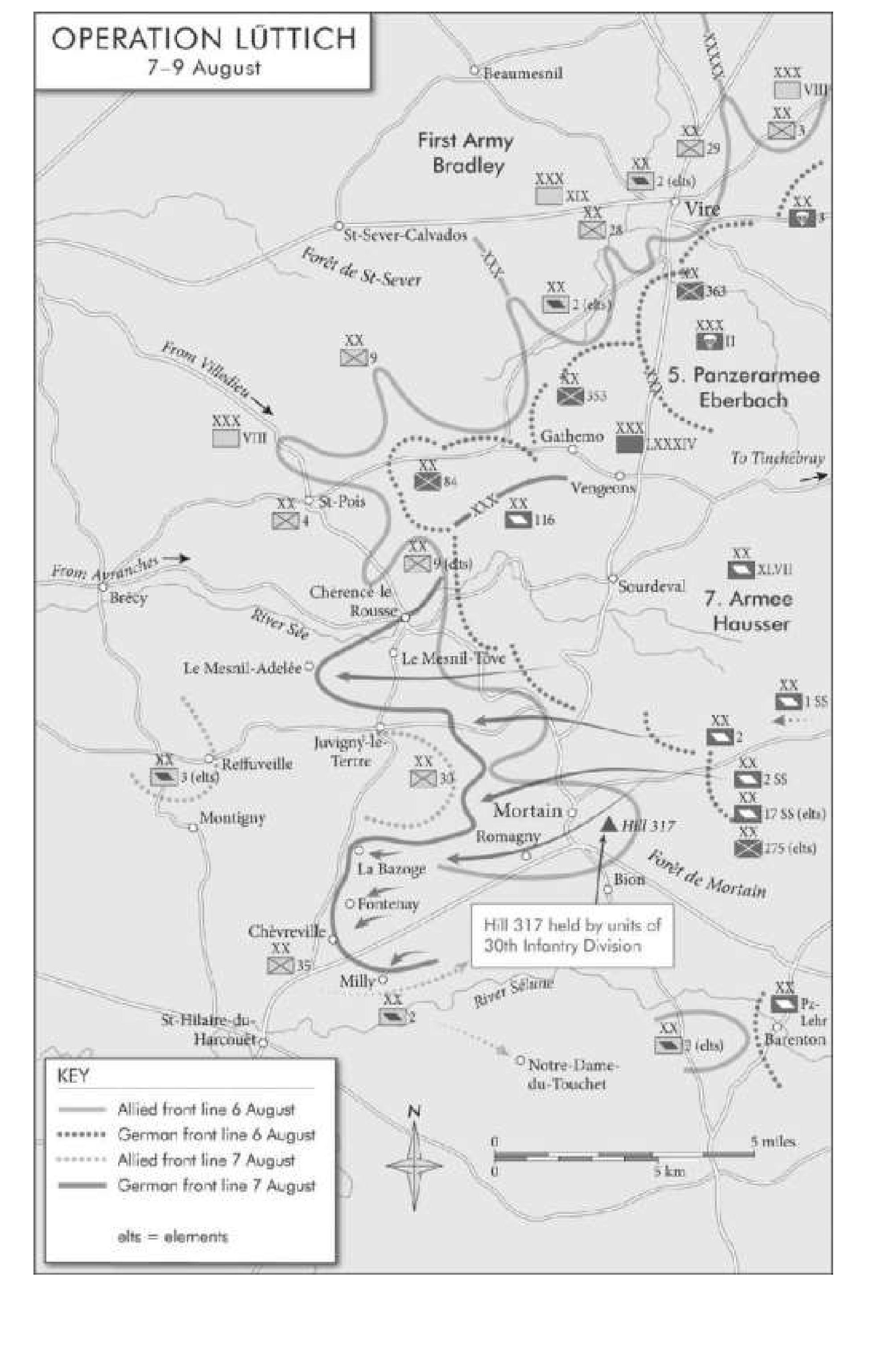


THE NORMANDY FRONT
31 July
Baie de la Seine
Utah
Omaha
Gold
Juno
Sword
N
Bayeux
Second Army
Dempsey
First
Canadian Army
Crerar
Caen
First Army
Bradley
St-Lô
Coutances
KEY
Granville
Vire
Avranches
Baie du Mont
Saint-Michel
7. Armee
Hausser
Mortain
Panzergruppe West
Eberbach

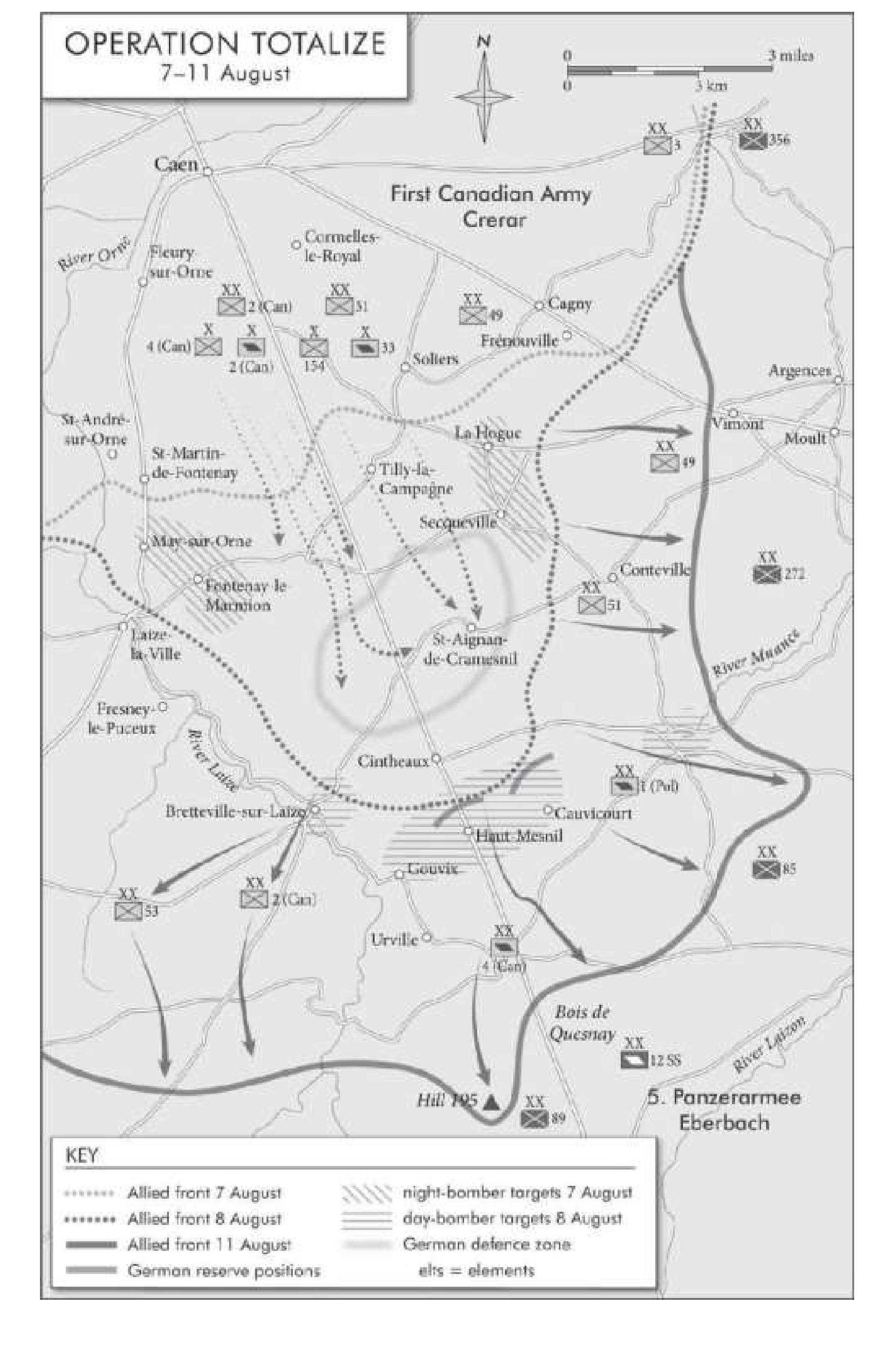


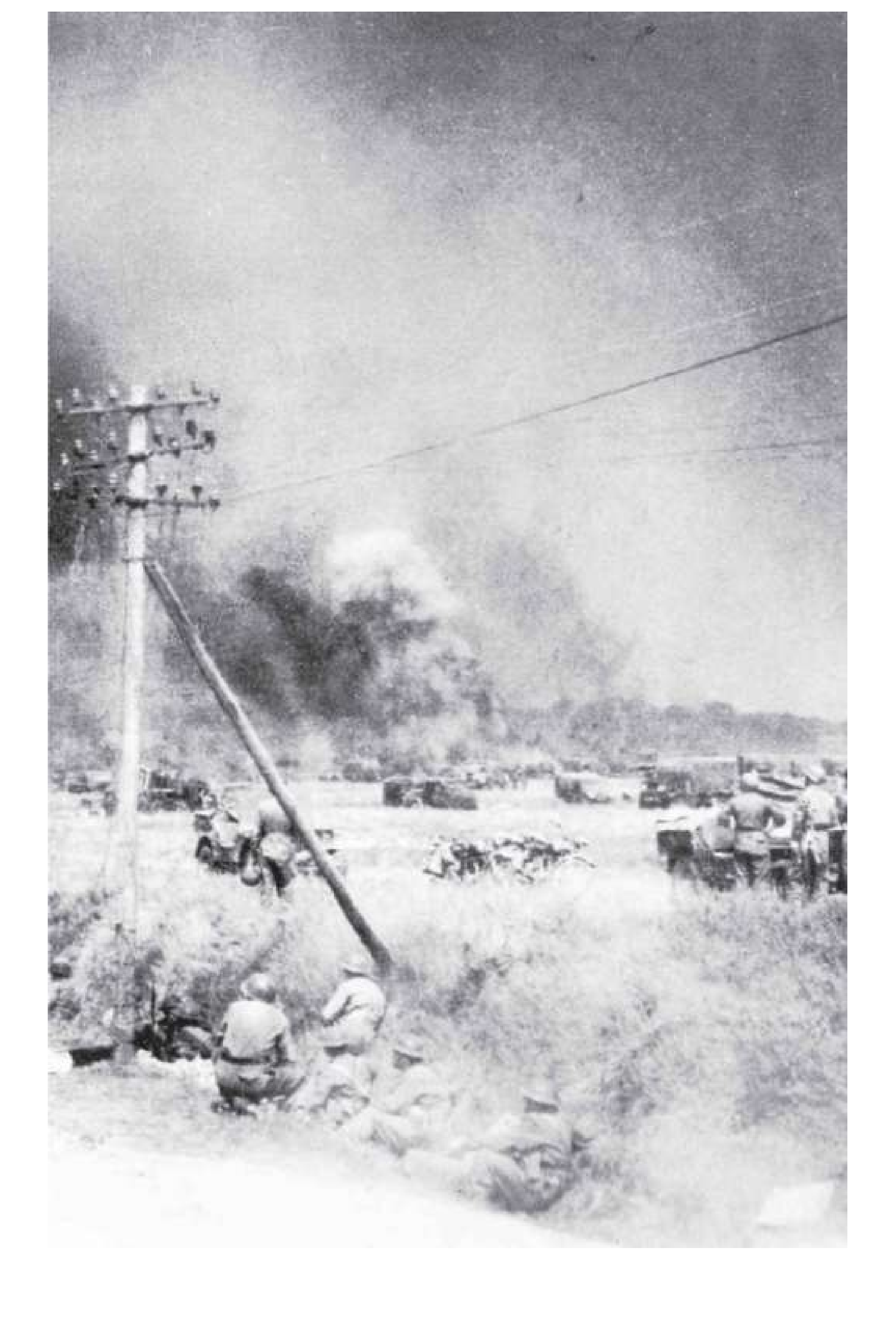
OPERATION BLUECOAT
29 July–6 August
Second Army
Dempsey
Caumont
Villers-Bocage
Aunay-sur-Odon
Mount Pinçon
Forêt du Homme
Forêt l'Evêque
Vire
Estry
Panzergruppe West
Eberbach
(from 5 August 5. Panzerarmee)
River Odon
River Souleuvre
River Vire
KEY
Allied front
German resistance
29 July
31 July
6 August
elts = elements


THE BREAKOUT
1–13 August
KEY
A XXXXX
12th Army Group Bradley
B XXXX
First Army Hodges
C XXXX
Second Army Brit. Dempsey
D XXXX
Third Army Patton
E XXXX
7. Armee Hausser
F XXXXX
21st Army Group Montgomery
G XXXX
5. Armee Dietrich
H XXXX
5. Panzerarmee Eberbach
Plymouth
Poole
Portsmouth
Isle of Wight
Boulogne
Lille
XXXX
15. Armee
Salmuth
Pas-de-Calais
English Channel
Cambrai
Abbeville
River Somme
Amiens
St-Quentin
Dieppe
Bay of the Seine
Cherbourg
Guernsey
Channel Islands
Jersey
Le Havre
River Seine
Rouen
Compiègne
River Oise
River Aisne
Elbeuf
Louviers
Vernon
Mantes
Pontoise
PARIS
XXXXX
Heeresgruppe B
Kluge
Varreville
Carentan
Grandcamp
Vierville
St-Lô
Caen
River Orne
Falaise
Vire
Avranches
Mortain
Chambois
Argentan
St-Malo
St-Hilaire-du-Harcouët
Fougères
Mayenne
Alençon
Dreux
Chartres
Étampes
Melun
Fontainebleau
Sens
Air interdiction,
June, July, August
Brittany
Brest
Loudéac
Rennes
Vitré
Laval
Le Mans
FRANCE
Châteaudun
Pithiviers
Orléans
Bonnétable
Château Gontier
River Loir
River Loire
Lorient
Vannes
River Sarthe
River Mayenne
River Eure
1 Aug.
3 Aug.
7 Aug.
8 Aug.
9 Aug.
7–10 Aug.
13 Aug.
0 50 miles
0 50 km
N



OPERATION LÜTTICH
7–9 August
Beaumesnil
First Army
Bradley
XXX VIII
XX 3
XX 29
XX 2 (elts)
XXX XIX
XX 28
Vire
XX 3
St-Sever-Calvados
Forêt de St-Sever
XX 2 (elts)
XX 363
XXX II
XX 9
From Villedieu
XX 353
5. Panzerarmee
Eberbach
XXX VIII
Gathemo
XXX LXXXIV
To Tinchebray
XX 84
Vengeons
XX 4
St-Pois
XX 116
XX 9 (elts)
From Avranches
Brécy
Chérence-le-Rousse
River Sée
Sourdeval
XX XLVII
7. Armee
Hausser
Le Mesnil-Adelée
Le Mesnil-Tôve
XX 1 SS
XX 2
Juvigny-le-Terre
XX 3 (elts)
Reffuveille
XX 30
XX 2 SS
XX 17 SS (elts)
XX 275 (elts)
Montigny
Mortain
Hill 317
Romagny
La Bazoge
Forêt de Mortain
Bion
Fontenay
Chèvreville
XX 35
Hill 317 held by units of 30th Infantry Division
Milly
XX 2
River Sélune
St-Hilaire-du-Harcouët
XX Pz-Lehr
Barenton
XX 2 (elts)
Notre-Dame-du-Touchet
KEY
Allied front line 6 August
German front line 6 August
Allied front line 7 August
German front line 7 August
elts = elements
N
0 5 miles
0 5 km


OPERATION TOTALIZE
7–11 August
N
0
3 miles
0
3 km
Caen
First Canadian Army
Crerar
XX 3
XX 356
Cormelles-le-Royal
River Orne
Fleury-sur-Orne
XX 2 (Can)
XX 51
XX 49
Cagny
X 4 (Can)
X 2 (Can)
X 154
X 33
Frénouville
Soliers
Argences
St-André-sur-Orne
St-Martin-de-Fontenay
La Hogue
Vimont
Moult
XX 49
Tilly-la-Campagne
Secqueville
May-sur-Orne
Fontenay-le-Marmion
Conteville
XX 51
XX 272
Laize-la-Ville
St-Aignan-de-Cramesnil
River Muance
Fresney-le-Puceux
River Laize
Cintheaux
XX 1 (Pol)
Bretteville-sur-Laize
Cauvicourt
Haut-Mesnil
XX 85
Gouvix
XX 53
XX 2 (Can)
Urville
XX 4 (Can)
Bois de Quesnay
XX 12 SS
River Laison
Hill 195
XX 89
5. Panzerarmee
Eberbach
KEY
Allied front 7 August
Allied front 8 August
Allied front 11 August
German reserve positions
night-bomber targets 7 August
day-bomber targets 8 August
German defence zone
elts = elements



Intensos bombardeos durante la operación Totalize.

THE FALAISE POCKET AND THE CORRIDOR OF DEATH
13–20 August

KEY
Allied front line, 24.00 hours 13 August
Allied front line, 24.00 hours 16 August
Allied front line, 24.00 hours 19 August
German lines of retreat
elts = elements

THE DRIVE TO THE GERMAN BORDER
26 August–10 September

KEY
Allied front line, date indicated
German front line, evening 25 September
West Wall
National border
assy = assembly
elts = elements
Fallschirmjäger (paratroopers)
Lw = Luftwaffe

Lista de los personajes principales citados

Estadounidenses

Teniente coronel Mark Alexander Oficial ejecutivo, 505.º Regimiento de Infantería Paracaidista, luego XO 508.º Regimiento de Infantería Paracaidista, 82.ª

División Aerotransportada.

Soldado William Biehler

Compañía K, 3.º Batallón, 357.º Regimiento de Infantería, 90.ª División de Infantería.

Subteniente (alférez) Richard Blackburn Compañía A, 121.er Regimiento, 8.ª

División de Infantería.

Soldado de primera clase Henry «Dee» Bowles 18.º Regimiento de Infantería, 1.ª

División de Infantería Soldado de primera clase Tom Bowles 18.º Regimiento de Infantería, 1.ª División de Infantería Teniente Joe Boylan

Piloto de B-26 Marauder, 573.º Escuadrón, 391.er Grupo de Bombardeo, Novena Fuerza Aérea.

Cabo Walter Halloran

165.ª Compañía de Transmisiones Fotográficas

Mayor (comandante) Chester B. Hansen Ayuda del general Omar Bradley, Primer Ejército de Estados Unidos.

Teniente Archie Maltbie

Piloto de P-47 Thunderbolt, 388.º Escuadrón de Caza, 365.º Grupo de Caza, Novena Fuerza Aérea.

Ernie Pyle

Periodista, Periódico *Scripps-Howard*.

General de brigada Elwood «Pete» Quesada OM IX Mando de Caza, Novena Fuerza Aérea.

Capitán John Raaen

OM Cuartel General Compañía, 5. Batallón Ranger.

Sargento Carl Rambo

Compañía B, 70.º Batallón de Tanques.

Capitán John Rogers

Comandante, Compañía E, 2.ª División Acorazada.

Teniente Orion Shockley

Compañía B, 1.er Batallón, 47.º Regimiento, 9.ª División de Infantería.

Sargento Bob Slaughter

Compañía D, 1.er Batallón, 116.º de Infantería, 29.ª División de Infantería.

Teniente Bert Stiles

401.er Escuadrón de Bombardeo, 91.er Grupo de Bombardeo, Octava Fuerza Aérea.

Mayor Dick Turner

Comandante, 356.ª Escuadrón de Caza, 354.º Grupo de CAZA, IX Mando de Caza, Novena Fuerza Aérea.

Teniente Dick Winters

Comandante, Compañía Easy, 506.º RPI, 101.ª Aerotransportada Británicos **Sargento de Escuadrilla Klaus «Ken» Adam** (Alemán) Escuadrón 609, Ala 123, Segunda Fuerza Aérea Táctica.

Cabo primero Arthur Blizzard Sección de Pioneros, 1.er Batallón, Regimiento Suffolk, 8.ª Brigada, 3.ª División de Infantería.

Sargento Walter Caines

Sección de Señales, 4.º Batallón, Regimiento Dorset, 130.ª Brigada, 43.ª División Wessex.

Teniente coronel Stanley Christopherson Comandante, Rangers de Sherwood, Voluntarios, 8.ª Brigada Acorazada.

Soldado Denis Edwards

Compañía D, 2.º Batallón, Infantería Ligera de Oxfordshire y Buckinghamshire, 6.ª

División Aerotransportada.

Sargento de Escuadrilla Ken Handley Ingeniero de vuelo, Escuadrón 466, Real Fuerza Aérea Australiana, 4.º Grupo, Mando de Bombardeo.

Capitán Carol Mather

Oficial de enlace, 21.er Cuartel General Táctico del Ejército.

Teniente general Dick O’Connor Comandante, VIII Cuerpo.

Cabo Reg Spittles

Tropa 2, Escuadrón A, 2.º de Voluntarios de Northamptonshire, 11.ª División Acorazada Capitán Richard Todd

7.º Batallón, 5.ª Brigada Paracaidista, 6.ª División Aerotransportada.

Cabo Ken Tout

1.er Batallón, Voluntarios de Northamptonshire, 33.ª Brigada Blindada Independiente.

Capitán Robert Woollcombe

Sección 7, Compañía A, 6.º Batallón, Fronterizos Escoceses del Rey, 44.ª Brigada de Infantería de las Tierras Bajas, 15.ª División Escocesa.

Cabo Frank Wright

Tropa X, Comando 47 de los Reales Marines.

Canadienses

Teniente Latham B. «Yogi» Jenson Teniente primero, HMCS *Algonquin*, Fuerza J, Marina Real Canadiense Sargento mayor Charlie Martin Compañía A, Rifles de la Reina, 8.ª Brigada de Infantería, 3.ª División Cabo Eldon «Bob» Roberts Compañía B, Regimiento de la Orilla Norte de Nuevo Brunswick, 8.ª Brigada de Infantería, 3.ª División.

Franceses

Teniente de vuelo Pierre Clostermann Escuadrón 602, Segunda Fuerza Aérea Táctica.

Geneviève Dubosq

Civil.

Teniente Hubert Fauré

Comando Kieffer, Comando 4.

Robert Leblanc

Comandante, *Maquis Surcouf*.

Alemanes

***Generalleutnant* Fritz Bayerlein** Comandante, *PanzerLehr División*.

***Kanonier* Eberhard Beck**

10. *Batterie, Artillerie-Regiment 277, 277. Infanterie-Division*.

***Jäger* Johannes Börner**

15. *Kompanie, 111. Bataillon, Fallschirmjäger-Regiment* 5, 3. .*Fallschirmjäger*.

***Grenadier* Martin Eineg**

Infanterie-Regiment 726, 716. *Infanterie-Division*.

***Leutnant* Wolfgang Fischer** Piloto de caza en 3. / *Jagdgeschwader 2*.

***Gefreiter* Franz Gockel**

7. Kompanie, I. *Bataillon, GrenadierRegiment* 726, 716. *Infanterie-Division*.

***Leutnant* Hans Heinze**

Ordnanz Offizier, 5. *Kompanie*, II. *Bataillon, GrenadierRegiment* 916, 352. *Infanterie-Division*.

***Major* Hans von Luck**

Comandante, *Panzergrenadier-Regiment* 125, *21. Division*.

***SS-Oberführer* Kurt Meyer**

Comandante, *12. SS-Panzer-Division* «Hitlerjugend».

Willi Müller

Pioneer-Bataillon 2, 17. *SS-Panzer-grenadier-Division* «Götz von Berlichingen».

Oberleutnant **Martin Pöppel** 12. *Kompanie, 111. Bataillon, Fallschirmjäger-Regiment 6*.

Hauptmann **Helmut Ritgen**

Comandante, II. *Bataillon, PanzerLehr-Regiment* 130.

Leutnant **Richard Freiherr von Rosen** *Bataillon* HQ, *Schwere Panzerabteilung* 503, 21.

PanzerDivision.

Vizeadmiral Friedrich **Ruge** Asesor naval de Rommel, Cuartel General, *Heeresgruppe* B.

Obersturmführer **Hans Siegel** Comandante, *8. Kompanie*, II. *Bataillon, SS-Panzer-Regiment* 12, 12. *SS-Panzer-Division*.

Oberleutnant **Cornelias Tauber** *Pioneer-Kompanie*, II. *GrenadierRegiment* 736, 736.

Infanterie-Division.

Obergrenadier **Karl Wegner** 3. *Kompanie, Panzergrenadier-Regiment 914*, 352.

Infanterie-Division.

Irlandeses

Teniente Mary Mulry

Enfermera, 101.er Hospital General Británico.

Neerlandeses

Mariscal del Aire *sir* Arthur «Mary» Coningham Comandante, Segunda Fuerza Aérea Táctica, RAF.


Sargento de Escuadrilla Ken Adam


Teniente coronel Mark Alexander


Tom (abajo a la izquierda) y Henry (arriba a la derecha) Bowles


Teniente coronel Stanley Christopherson


Winston Churchill


Teniente de vuelo Pierre Clostermann


Mariscal del Aire sir Arthur «Mary» Coningham (derecha) y Vicemariscal del Aire Harry Broadhurst

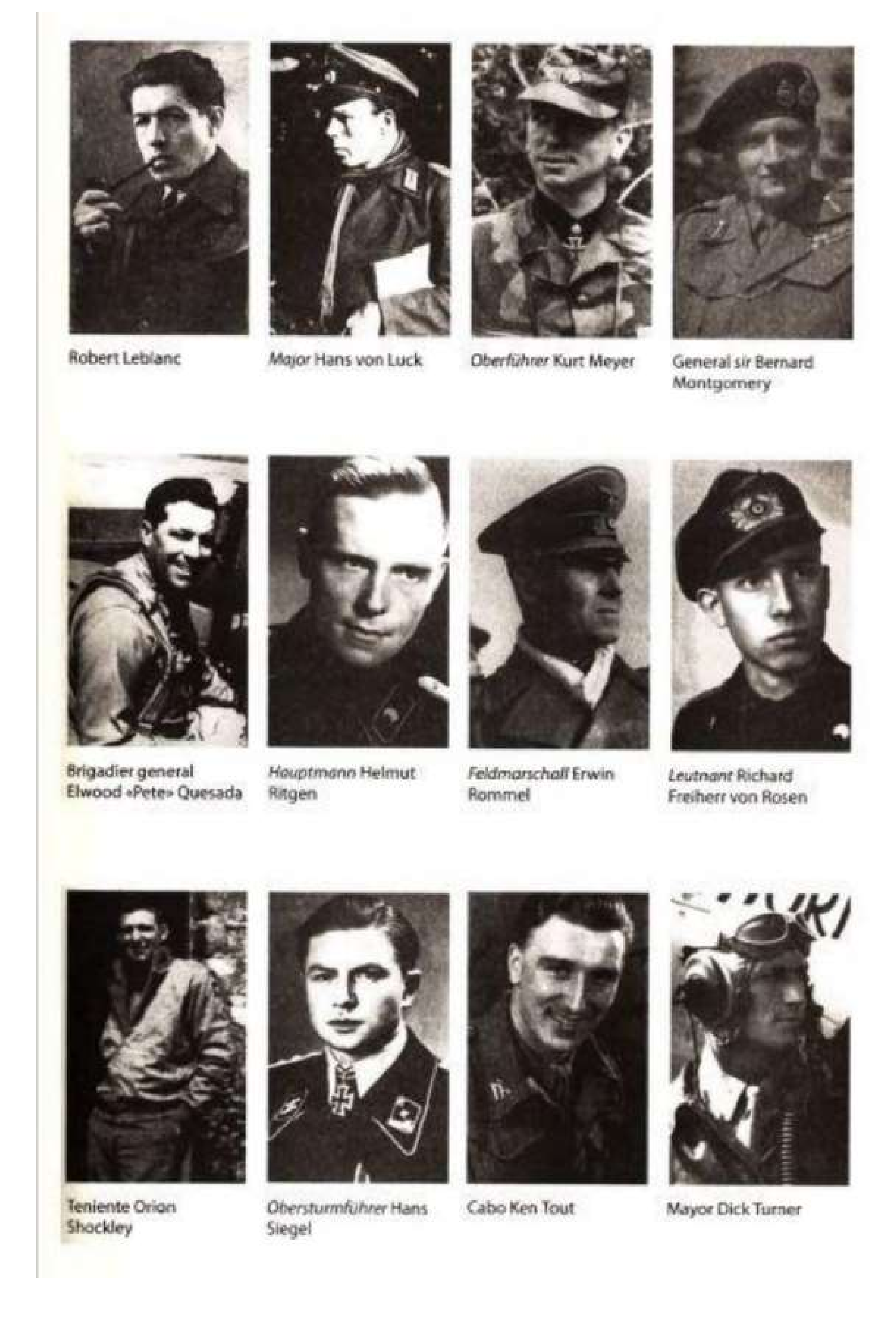

Teniente general Miles Dempsey


Oberstgruf. Sepp Dietrich (izquierda), *Feldm.* Günther von Kluge (centro) y *Gen.* Hans Eberbach


Gefreiter Franz Gockel


Cabo Walter Halloran


Mayor Chester Hansen (izquierda) y Teniente general Omar Bradley


Robert Leblanc
Major Hans von Luck
Oberführer Kurt Meyer
General sir Bernard Montgomery
Brigadier general Elwood «Pete» Quesada
Hauptmann Helmut Ritgen
Feldmarschall Erwin Rommel
Leutnant Richard Freiherr von Rosen
Teniente Orion Shockley
Obersturmführer Hans Siegel
Cabo Ken Tout
Mayor Dick Turner

Preámbulo

El Día D, el desembarco de Normandía, y la invasión aliada de Francia

son, seguramente, el episodio más conocido de la Segunda Guerra Mundial, al menos en la mayor parte de Occidente. Ha sido objeto de incontables libros y documentales, así como de grandes películas y series de televisión que han alcanzado éxito internacional.

Cada año, millones de personas peregrinan a Normandía para ver las playas de la invasión y los cementerios de guerra donde descansan tantos de los que allí combatieron. Es el lugar en que los Aliados empezaron la liberación del noroeste de Europa y donde la Alemania nazi perdió finalmente el dominio de las tierras que con tanta brillantez había ganado en 1940.

Paradójicamente, es la enorme popularidad del lugar y del tema, así como las numerosas veces que se ha contado este relato, lo que me ha empujado a abordar la campaña en esta nueva historia narrativa. Se han colado en el relato tradicional muchas distorsiones y hay una serie de asunciones que se han calcificado y ahora pasan por hechos, cuando basta una somera investigación para poner de manifiesto que, en el mejor de los casos, la verdad es más compleja y, en el peor, tales asunciones son completamente erróneas. Durante demasiado tiempo se ha abordado esta campaña sólo desde la perspectiva del nivel más alto de mando y desde la de los soldados en la línea del frente, a pesar de que, como John «JJ» Witmeyer, un soldado de la 79.ª División de Infantería estadounidense, apuntó con acierto, la mayoría de los jóvenes como él sabían muy poco sobre su enemigo o sobre lo que sucedía a su alrededor. Mucho menos, sin embargo, se ha hablado sobre la mecánica de la guerra, el nivel de análisis que estudia qué es lo que permite a los bandos mantener sus operaciones y sus objetivos globales —

su estrategia — y combatir a un nivel táctico del modo más conveniente a sus objetivos bélicos. Hablo de los mecanismos que mueven los engranajes de la guerra, de la capacidad de producir armas, de realizar avances tecnológicos, de mantener a millones de soldados abastecidos en tierra, en el mar o en el aire. Se trata de la economía y la logística de la guerra y, aunque puedan parecer temas aburridos, no lo son en absoluto porque, en último término y reducidas a su nivel más básico, se trata también de historias espectaculares de drama y superación, que nos muestran conductas humanas tan extraordinarias como los relatos sobre el combate en un tanque o en un caza. Es más, al comprender este nivel, llamémoslo operacional, de la guerra e introducirlo en una narrativa en la que ha estado tradicionalmente ausente, emerge una imagen mucho más emocionante y muy distinta, que nos muestra de una forma nueva

lo que realmente sucedió en Normandía en el verano de 1944, una imagen completa que merece ser mucho más conocida y aceptada de lo que es actualmente.

Resulta interesante constatar que, más o menos a lo largo de los últimos quince años, ha tenido lugar una revolución silenciosa en los círculos académicos sobre la manera en que comprendemos la Segunda Guerra Mundial. Mis propias investigaciones y conclusiones han contribuido a ello y creo que es de vital importancia que este cambio de orientación académica — que ha sido posible gracias a que desde hace relativamente poco el acceso a archivos y fuentes primarias es mucho mayor — sea absorbido e integrado en la narrativa aceptada generalmente. Mi esperanza es que este libro, que es una historia no sólo del Día D, sino de los setenta y siete días de la campaña de Normandía, contribuya a ello.

Obviamente, y dada la amplitud del tema, este libro sólo pretende ser una panorámica general. Hay mucho que decir y es inevitable que muchos detalles no se hayan podido incluir. En consecuencia, he preferido mostrar el increíble dramatismo de esta brutal batalla a través de los testimonios de un puñado de personas de ambos bandos y centrarme en los principales acontecimientos y en el nuevo análisis al que me he referido arriba, que revela por qué los hechos se desarrollaron tal y como lo hicieron.













Tom (*debajo a la izquierda*) and Henry

Sargento de vuelo Ken Adam

Teniente coronel Mark Alexander

(*arriba a la derecha*) Bowles

Teniente coronel Stanley

Winston Churchill

Teniente de vuelo Pierre Clostermann

Christopherson













Mariscal del aire *sir* Arthur «Mary»

Oberstgruf. Sepp Dietrich (izquierda),

Coningham (derecha) y vicealmirante

Teniente general Miles Dempsey

Mariscal del Reich. Günther von Kluge

del aire Harry Broadhurst

(centro) y General Hans Eberbach

Mayor Chester Hansen (izquierda) y

Gefreiter Franz Gockel

Cabo Walter Halloran

Teniente general Omar Bradley













Robert Leblanc

Mayor Hans von Luck

Oberführer Kurt Meyer

Brigadier-General Elwood «Pete»

General *sir* Bernard Montgomery

Hauptmann Helmut Ritgen

Quesada













Feldmarschall (Mariscal del Reich)

Teniente Richard Freiherr von Rosen

Teniente Orion Shockley

Erwin Rommel

Obersturmführer Hans Siegel

Cabo primero Ken Tout

Mayor Dick Turner

Prólogo

Lunes, 15 de mayo de 1944. Junto al Támesis, en Hammersmith, en el oeste de Londres, mariscales de campo, generales, mariscales en jefe del aire, almirantes, así como el rey y el primer ministro británico se habían reunido en la escuela Saint Paul's para lo que el comandante supremo aliado, el general Dwight D. Eisenhower, denominó la «revisión final» de los planes para la invasión de Francia a través del canal de la Mancha. El día era soleado y cálido, lo que parecía un buen augurio. Un goteo de grandes coches oficiales llegó a la entrada del edificio principal de la escuela, una construcción victoriana de ladrillo rojo. Los guardias se mantuvieron en posición de firmes mientras los oficiales de Estado Mayor daban la bienvenida a los dignatarios y los conducían a la sala de reuniones, al final de la cual se elevaba una tarima. En primera fila se habían colocado un par de cómodos sillones, a los que se llevó al primer ministro, Winston Churchill y al rey Jorge VI. Tras ellos, en una serie de bancos escolares estrechos y curvos que no parecían a la altura de la ocasión, estaban los jefes de los diversos servicios de las Fuerzas Armadas y los comandantes de los ejércitos y fuerzas de aquella empresa, así como otros líderes militares, entre ellos un mariscal de campo sudÁfricano, *Jan* Smuts, que en otros tiempos había sido enemigo de Gran Bretaña pero que ahora era un aliado y un asesor de confianza.

Hacía tiempo que los estudiantes habían sido trasladados a otros lugares — se hizo en 1940, cuando Gran Bretaña se enfrentaba a la perspectiva de una invasión inminente — y, desde enero de este año, la escuela era el cuartel general del 21.er Grupo de Ejércitos, comandado por el general *sir* Bernard Montgomery, un exalumno de la escuela y el hombre que estaría al mando de las fuerzas terrestres

aliadas durante el desembarco y las semanas que lo seguirían.

Tanto el rey como Churchill estaban fumando, el primero un cigarrillo, el segundo, uno de sus puros; fumar no era nada habitual en aquellos tiempos en Saint Paul's, pues Montgomery no fumaba y había prohibido tajantemente hacerlo tanto en su presencia como en las instalaciones bajo su mando (una prohibición que había aplicado incluso al mismísimo general Dwight D. Eisenhower, cuyo cigarrillo le había valido una reprimenda cuando conoció a Montgomery en la primavera de 1942). Pero difícilmente podía Monty pedirle al primer ministro que apagara su cigarro y, desde luego, estaba fuera de lugar que sermonease al rey. De hecho, a pesar de que el lugar era bastante corriente, una escuela en cuyas paredes todavía lucían carteles que anunciaban becas

para hijos del clero, aquélla era una reunión fuera de lo común. En una situación tan excepcional como ésta, hasta Montgomery podía ser un poco flexible con sus reglas, incluida la de no fumar.

Sobre la tarima había un mapa gigante que Montgomery había utilizado desde que se le asignara la dirección de la planificación principal de la operación Overlord, que era el nombre en clave de la invasión. El plan, en su forma actual, se había delineado desde el momento en que, en diciembre de 1943, se había nombrado al equipo actual para desarrollarlo y, si bien Monty había liderado el proyecto, el plan era producto de un trabajo en equipo. Los principios que regirían la invasión se habían debatido por primera vez en el hotel Saint George de Argel — entonces cuartel general de las fuerzas aliadas en el Mediterráneo — entre Montgomery, que entonces era todavía comandante del Octavo Ejército británico; Eisenhower, recién nombrado comandante supremo aliado, y su jefe de Estado Mayor, el teniente general Walter Bedell Smith. De vuelta en Inglaterra, el equipo angloestadounidense de planificación liderado por Monty se había puesto manos a la obra para ajustar y refinar planes anteriores, mucho menos ambiciosos, para Overlord. Trabajaron rápido, de modo que el 21 de enero llevaron los nuevos planes a Bedell Smith, que se los presentó a su jefe, quien a su vez los mostró a los jefes de Estado Mayor británicos y estadounidenses.

Los planes fueron aprobados en líneas generales y se empezaron a desarrollar los detalles, proceso para el cual todos los estados mayores involucrados empezaron a trabajar en sus respectivas áreas. Se celebraron numerosas reuniones para resolver las inevitables dificultades y preocupaciones que surgieron durante el proceso. Los Aliados ahora no sólo comandaban ejércitos, sino también grandes

fuerzas áreas y armadas, cuya coordinación era una empresa delicada y extremadamente difícil en la que, para colmo, había mucho en juego, así que era normal que de vez en cuando hubiera encontronazos. A pesar de todo, hacia el 7 de abril la estrategia para las fuerzas terrestres se había acordado y confirmado, lo que permitió que avanzara la planificación detallada en otras áreas. Los que preparaban el plan naval del Día D, bautizado como operación Neptuno, tenían dos meses para solucionar los increíblemente complejos requisitos de transporte y desplazamiento marítimos.

El 15 de mayo quedaban sólo tres semanas para la invasión. El día de autos estaba a la vuelta de la esquina. En la sala de reuniones de la escuela, la atmósfera era palpablemente tensa. Aquella titánica operación con la que todos estaban tan comprometidos era de vital importancia. Resultaba inconcebible contemplar el fracaso y, sin embargo, transportar por mar a ejércitos enteros a través de más de ciento treinta kilómetros de aguas sembradas de minas enemigas y desembarcarlos luego en playas defendidas por unas fuerzas armadas que habían doblegado a media Europa sólo unos

pocos años antes — y, para remate, conseguir hacer todo eso en el más absoluto secreto — parecía uno de los trabajos de Hércules. Y lo era. Muchas cosas podían salir mal.

Puede que estuvieran reunidos en el cuartel general de Montgomery, pero era Eisenhower, el comandante supremo, quien había convocado la reunión y fue él quien habló primero. Eisenhower, a quien sus amigos y colegas llamaban simplemente «Ike», era un militar de carrera de cincuenta y tres años. Calvo, con semblante amable y aire tranquilo, era, en muchos sentidos, un candidato improbable para el complicadísimo cargo que ocupaba. Nacido en Texas, había crecido en Abilene, Kansas, una pequeña ciudad en mitad de las llanuras del Medio Oeste. A pesar de sus orígenes bastante humildes, había logrado una plaza en West Point, la academia de oficiales del Ejército de Estados Unidos, y había demostrado una y otra vez ser un oficial de Estado Mayor muy competente. Afable pero decidido, inteligente y con una poco habitual capacidad para la diplomacia, se había hecho con el mando de todas las tropas estadounidenses en Gran Bretaña tras la entrada de Estados Unidos en la guerra en diciembre de 1941, y luego se le había concedido el mando general de las fuerzas aliadas para la invasión del noroeste de África en noviembre de 1942. Pocos meses después había ascendido a primer comandante supremo aliado del Mediterráneo. En condición de tal, había supervisado la victoria en el norte de África, luego la invasión de Sicilia y después la del sur de Italia. Caía bien a sus comandantes subordinados, tanto

estadounidenses como británicos, quienes, además, lo respetaban, y tenía experiencia real en acción en el teatro bélico, donde había demostrado reiteradamente su buen juicio mientras, al mismo tiempo, había trabajado con ahínco para crear una atmósfera de cordialidad y trabajo en equipo entre los Aliados.

Aliados era una denominación que sonaba mucho más sólida y oficial de lo que era en realidad, porque los Aliados, de hecho, no estaban aliados en absoluto. Puede que estuvieran luchando hombro con hombro, acordando la estrategia e incluso compartiendo armas y material de guerra, pero eran socios de coalición, unidos en su deseo de derrotar a las potencias del Eje, no estaban vinculados por una alianza formal.

Directamente por debajo de Eisenhower había hombres de incuestionable experiencia, capacidad y talento, pero la mayoría de ellos tenían caracteres muy fuertes y personalidades muy distintas. Había, por supuesto, diferencias culturales, pero en la mayoría de las ocasiones las tensiones se debían menos al choque entre nacionalidades que a los diversos niveles de comprensión de las complejidades de la guerra moderna y de todos sus rápidos cambios; cambios que se habían acelerado dramáticamente por la necesidad de vencer en el presente y catastrófico conflicto global. Eran hombres dispuestos a defender sus opiniones a ultranza, cuyas convicciones a menudo derivaban de su experiencia personal y de la conciencia de que miles, si no millones, de

vidas dependían de sus actos y decisiones. Era una carga terrible. Mantener a todos esos hombres tan distintos trabajando en la misma dirección y con un propósito único no era tarea sencilla. Las tensiones soterradas podían estallar en cualquier momento. Los diversos talantes chocaban entre sí. Era fácil caer en la suspicacia y la desconfianza.

Y, sin embargo, allí estaban todos, esa mañana, interpretando la misma partitura, en la sala de reuniones de la escuela Saint Paul’s, y Eisenhower quería que continuara siendo así, especialmente una vez se hubiera iniciado la invasión. Todos habían sido consultados repetidamente sobre el plan y habían tenido sobradas oportunidades para dar su opinión, y eso era lo que Eisenhower quería subrayar ahora. Ninguno de los hombres reunidos allí había nacido ayer; todos conocían el viejo dicho de que lo primero que fallaba en una batalla era el plan, pero aun así era imprescindible que hubiera claridad y unidad de propósito en todos los presentes, y aquél era el motivo de esa reunión.

El comandante supremo se puso en pie ante ellos, vestido con su inmaculada chaqueta corta especial «Ike», basada en el uniforme de combate británico. Antes de empezar a hablar, miró a los hombres reunidos frente a él y sonrió. Su sonrisa transmitió calidez, serenidad y confianza.

«Aquí estamos», dijo, «en la víspera de una gran batalla, para entregarles a todos ustedes los diversos planes elaborados por los comandantes de cada fuerza. Sólo quiero subrayar una cosa: considero que cualquiera que vea un defecto en el plan tiene que decirlo y no debe dudar en hacerlo [1] ». Ésa era la clave de la reunión. «No tengo ninguna simpatía hacia aquéllos», continuó, «sea cual sea su cargo, que no soportan las críticas. Estamos aquí para conseguir el mejor resultado posible y todos debemos esforzarnos en cooperar para conseguirlo».

En realidad, todos los asistentes a la reunión conocían los planes al dedillo y habían tenido ocasiones de sobra para cuestionar y criticar todos los aspectos de lo que estaba siendo propuesto, pero, para remachar la cuestión, los comandantes de cada fuerza presentaron brevemente de nuevo los planes terrestres, navales y aéreos: primero Montgomery, en uniforme de combate y con pantalones exquisitamente planchados; luego el almirante Bertram Ramsay, comandante en jefe de la Fuerza Expedicionaria Naval Aliada para la invasión, y por último el mariscal del aire *sir* Trafford Leigh-Mallory, su homólogo para las fuerzas aéreas. Otros dos comandantes se levantaron y hablaron después: el teniente general Carl «Tooey» Spaatz, comandante de todas las Fuerzas Aéreas Estratégicas Europeas de Estados Unidos — la fuerza de bombarderos pesados — y el mariscal del aire *sir* Arthur Harris, su homólogo en el Mando de

Bombardeo de la RAF. De vez en cuando, el primer ministro interrumpió para clarificar algún punto, pero, por lo demás, nadie discutió los planes que se habían elaborado.

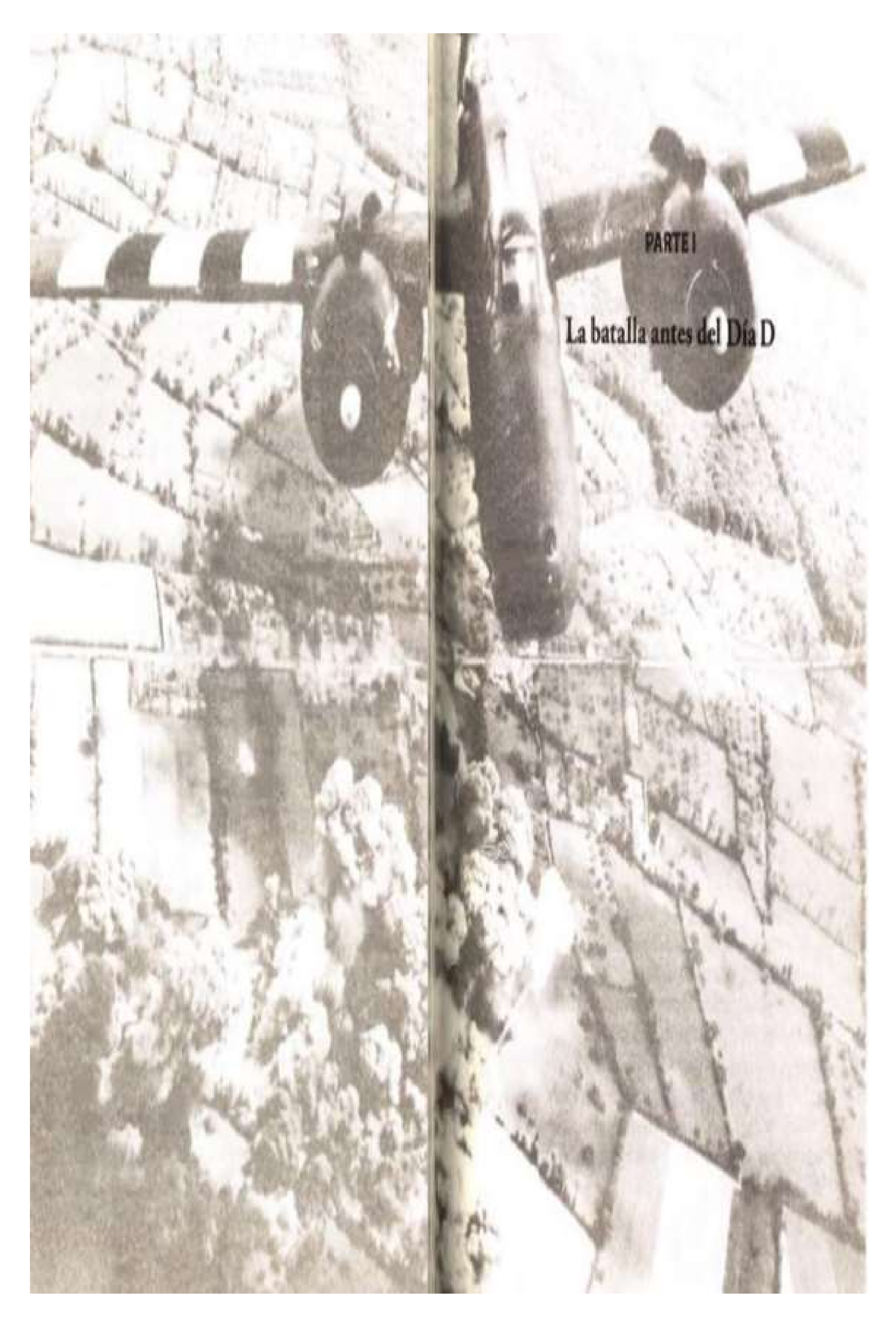
Después, tras el almuerzo, Churchill pronunció un breve discurso. No era ningún secreto que tenía dudas sobre la invasión y el terrible coste en vidas que podía suponer.

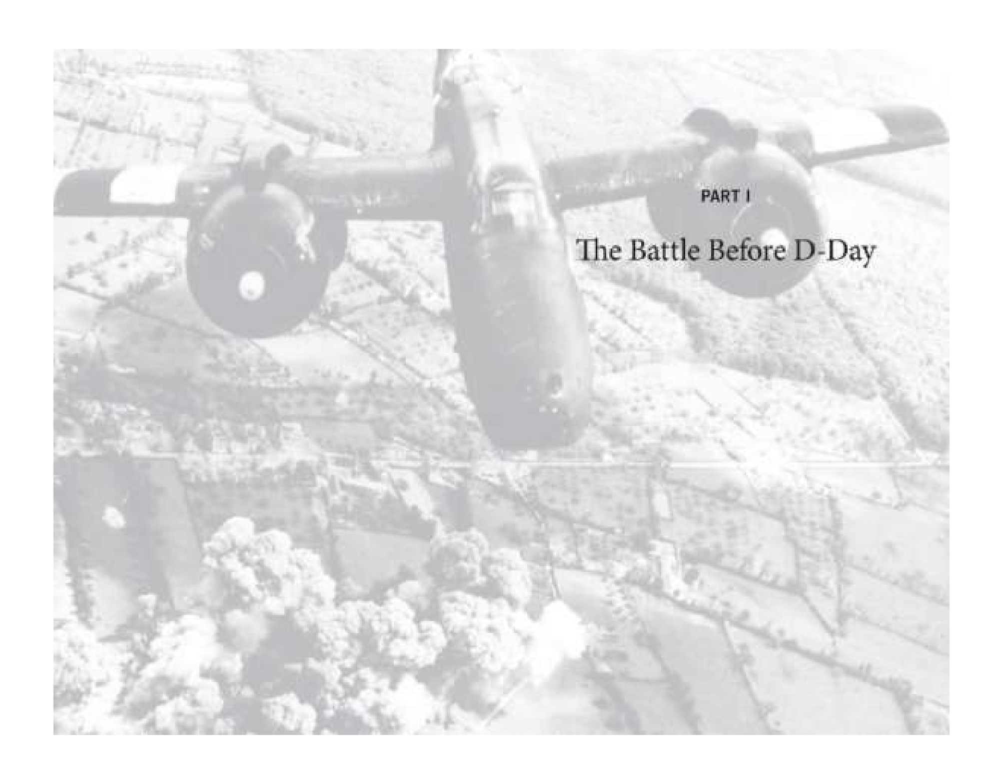
No obstante, llamó al optimismo y mostró una creciente confianza. «Caballeros», les dijo, «me estoy acerando para esta empresa [2] ».

Nadie, sin embargo, se hacía ilusiones. La tarea que tenían ante ellos era monumental y el plan que habían elaborado se basaba en asunciones y variables sobre las que no tenían ningún control. No es

sorprendente que sintieran el peso de la responsabilidad aquel cálido día de principios de verano en Londres.

PARTE I





La batalla antes del día D Capítulo 1

La Muralla Atlántica

Ese mayo, había en la Europa ocupada por los nazis pocos sitios más bonitos que Normandía, en el noroeste de Francia. No se había combatido en ella durante la batalla de Francia, cuatro años antes, y, aunque siempre había estado en el territorio directamente controlado por la Alemania nazi y no bajo la soberanía de la Francia de Vichy del mariscal Philippe Pétain, esta región costera había evitado las peores consecuencias de la ocupación, y eso se aplicaba tanto a los ocupados como a las fuerzas de ocupación. Normandía había sido siempre una región básicamente agraria gracias a sus fértiles y exuberantes suelos margosos y a sus huertas; allí se sentía menos el rigor del severo racionamiento que torturaba a los habitantes de las ciudades. Normandía, incluso en el quinto año de la guerra, era una tierra de abundancia; el tapiz de pequeños campos — el *bocage* — estaba lleno de vacas; las tierras más abiertas alrededor de su principal ciudad, Caen, seguían rebosando maíz, avena y cebada, y sus huertas producían abundante fruta. Ahora, en mayo, la región parecía tan fecunda como siempre. Las huertas estaban salpicadas de capullos

blancos y rosas, y exuberantes setos, de tupido ramaje y llenos de vida, ribeteaban la red de carreteras y caminos.

Parecía, en ciertos aspectos, un jardín del Edén, un paisaje de granjas con siglos de antigüedad y tranquilas aldeas a lo largo de una costa de playas de arena dorada y escarpados acantilados, tras los cuales el canal de la Mancha relucía de forma seductora bajo el sol.

A pesar de este panorama idílico, la guerra se acercaba. Ese mayo, Normandía era también la escena de una intensa actividad militar. Los sitiados defensores alemanes se preparaban a resistir el desembarco aliado que sabían que se produciría pronto. A tal fin, estaban embarcados en una carrera contrarreloj, pues sólo desde enero se había empezado a trabajar en serio para que la tan cacareada Muralla Atlántica dejara de ser un mero concepto propagandístico y se convirtiera en un sistema defensivo efectivo contra una invasión enemiga. Desde luego, cuando el mariscal de campo Erwin Rommel realizó su inspección de las defensas costeras del noroeste de Europa en diciembre del año anterior, se quedó conmocionado ante lo que descubrió. Había baterías costeras y defensas alrededor de las principales ciudades y en el Paso de Calais; partes de Dinamarca estaban bien defendidas, pero, en general, se llevó la impresión de que había demasiados huecos en la muralla, especialmente en Normandía y Bretaña.

Tampoco las tropas que defendían esas zonas le inspiraron mucha confianza. El ejército alemán siempre había tenido una proporción notable de tropas mal equipadas y mal preparadas, incluso en los años de gloria de la *blitzkrieg*, pero en esta parte del noroeste de Francia había demasiados soldados muy viejos o muy jóvenes, así como un exceso de tropas extranjeras mal adiestradas y muy desmotivadas en los *Ost-Bataillone*—los «batallones orientales» — y, también, demasiados veteranos que estaban recuperándose de sus heridas mientras comían queso y bebían más sidra y calvados de lo aconsejable.

Uno de los que no se quedó nada impresionado por lo que contempló fue el teniente de veinticuatro años Hans Heinze, destinado hacía poco a la recién formada *552*.

Infanterie-Division. Heinze era un veterano del frente oriental y uno de los pocos que habían escapado al infierno de Stalingrado, donde había servido como suboficial. Había sido herido tres veces antes de ser enviado a una estación de primeros auxilios e incluso entonces se había negado a abandonar a sus hombres. Sólo lograron evacuarlo

cuando finalmente perdió la conciencia. Eso había sucedido en Nochebuena de 1942, sólo cinco semanas antes de la capitulación del Sexto Ejército alemán; la mayoría de los que dejó atrás en Stalingrado murieron en combate o posteriormente en cautividad.

Después de recuperarse de sus heridas, Heinze fue considerado capaz de ser oficial y, por lo tanto, enviado a la *Waffenschule* — «escuela de armas» — y ascendido. Antes de la guerra y durante los primeros años del conflicto, los oficiales tenían que servir en una primera fase como *Fahnenjunker* —«oficial cadete» — y luego, entre nueve meses y un año después, eran enviados por un largo e intenso período a una *Kriegsschule*, o

«escuela de guerra». Este proceso había sido abolido, no obstante, a medida que el número de soldados disponibles disminuyó junto con todo lo demás y necesariamente hubo que rebajar los requisitos para convertirse en oficial. A pesar de todo, Heinze tenía todos los elementos para ser un buen oficial: desde luego, no le faltaba experiencia y ya había demostrado sus cualidades como líder, aunque fuera como suboficial. Así fue como acabó en Normandía, como parte del *GrenadierRegiment* 916, un regimiento de granaderos que era una de las nuevas unidades de infantería de la *352. División*.

Aunque el cuartel general de la división estaba en Saint-Lô, a unos treinta kilómetros al sur de la costa, Heinze visitó poco después de llegar las defensas costeras de su sector. A su llegada, él y su colega no fueron capaces de encontrar ningún rastro de la supuesta Muralla Atlántica hasta que al final se toparon con un puñado de búnkeres rodeados por alambre de espino. Salieron de su vehículo, cruzaron la alambrada con facilidad sin ni siquiera rasgarse los pantalones y se encontraron en el búnker a un *Landser*, un soldado raso, que los informó, feliz como una perdiz, de que llevaba destinado en Normandía desde 1940. Si los *tommies* decidían invadir, dijo,

sacaría enseguida los cañones y les enseñaría lo que vale un peine. «No nos divirtieron ni tranquilizaron sus comentarios», apuntó Heinze **[3]** . «Estaba claro que teníamos mucho trabajo por delante».

Poco después, Heinze recibió el mando de la 5. *Kompanie*, con instrucciones de ponerla en forma. Se había asignado a la *352. División* un buen número de oficiales y suboficiales con experiencia — un 75 por ciento de los cuales tenía experiencia de combate, principalmente en el frente oriental — pero sólo el 10 por ciento del resto tenía experiencia en el frente. El primer tren de tropas que trajo nuevos reclutas, por ejemplo, descargó varios miles de nuevos soldados, la

mayoría de diecisiete años: *Grünscbnabel* — «novatos» — recién salidos de sólo tres semanas de adiestramiento en Slaný, en la antigua Checoslovaquia. En cambio, prácticamente ninguno de los soldados aliados que aguardaban para cruzar el canal había recibido menos de dos años de entrenamiento. Otro 30 por ciento de las tropas alemanas era reclutas forzosos recién alistados de la región de Alsacia o de Polonia o de diversas partes de la Unión Soviética.

Otras divisiones de infantería en Normandía tenían un número incluso mayor de tropas extranjeras. La barrera del lenguaje resultaba un problema grave con ellas, así como la inherente falta de confianza que conllevaba su extracción: a muchos oficiales y suboficiales alemanes no les preocupaba tanto que, una vez empezaran los combates, les disparara el enemigo de frente, como que alguno de sus hombres lo hiciera por la espalda.

Más aún, estos soldados no estaban precisamente bien equipados y vestían unos uniformes de lo más variopinto, apañados a partir de las existencias sobrantes de la campaña del norte de África, por lo que muchos eran de mezclilla verde oscuro y no del habitual gris de campaña. Apenas tenían armas suficientes y carecían de los medios de transporte necesarios. La artillería no podía ni siquiera entrenarse porque, por ejemplo, las unidades no disponían de las miras correctas para sus cañones ni de arneses para que los caballos remolcaran los cañones.

Otro problema de la recién formada 352. *División* era la malnutrición. El racionamiento en Alemania, y especialmente más al este, era muy severo, con una notable ausencia de fruta, carne y productos lácteos. Entre los principales desafíos del Estado Mayor de la división no se encontraba solo el de adiestrar adecuadamente a los soldados, sino también el de alimentarlos. Las peticiones realizadas al 7 . *Armee* para que se incrementara la ración de lácteos habían sido rechazadas, así que el *Generalleutnant* Dietrich Kraiss, el comandante de la división, había autorizado a su Estado Mayor a abastecerse en el país o negociar trueques por cantidades extra de leche, mantequilla, queso y carne. Eso había paliado un poco el problema, pero la cantidad de comida que se suministraba a los hombres, incluso en Normandía, era muy escasa, y la mayoría

tenía que comprar huevos u otros lujos para complementar sus raciones. El *Gefreiter* Franz Gockel era un joven recluta que servía en el I. *Bataillon* del *GrenadierRegiment* 726, parte de la 716. *Infanterie-Division*. Un día ayudó a llevar una olla de sopa desde la cocina de campaña hasta su búnker en la costa. Todos sus camaradas hicieron

una fila, anticipando la pitanza. Abrió la olla, metió el cucharón y removió un poco la sopa. Al sentir algo grande moverse en el fondo, lo sacó con el cucharón y se encontró con los restos de una rata muerta. Luego encontraron otra en la segunda olla. «¿Cómo es posible?», se preguntó [4] .

La 716. *División* estaba todavía peor equipada que la 352 y, a diferencia del núcleo de suboficiales y oficiales en esta última, no tenía ninguna experiencia de combate, pues había permanecido en el norte de Francia desde su creación en mayo de 1941. Las divisiones de infantería ya se habían reducido de los dieciséis mil hombres habituales al principio de la guerra a poco más de doce mil, pero la 716 tenía solamente ocho mil soldados y, hasta que se desplegó la *552. Division*, había tenido a su cargo la defensa de toda una franja de cien kilómetros de costa en Normandía, desde Carentan hasta el río Orne. La 716 no tenía vehículos dignos de ese nombre; a su infantería se le habían dado bicicletas y, como la mayoría de las divisiones de infantería de Normandía, dependía de caballos y carros para recibir suministros.

Las debilidades inherentes a que la 716. *Division* cubriera una franja tan grande de costa implicaron que a la 352, considerada como de mucha mayor calidad a pesar de que también tenía carencias obvias, se le asignaran más responsabilidades de lo que fuera quizá razonable. El 15 de marzo, el *Generalleutnant* Kraiss recibió órdenes directas de Rommel. Debían encargarse de gran parte de la costa defendida hasta entonces por la 716. *División*, que a su vez pasaría a cubrir la franja de costa al norte de Caen. Tenían que mejorar rápidamente las defensas costeras, pero también que construir y mantener posiciones defensivas más hacia el interior, hasta la misma Saint-Lô. Se esperaba, además, que mientras la 352. *División* se dedicaba a todas estas labores de construcción, siguiera entrenándose.

Era mucho esperar, especialmente dado que la división todavía tenía que estar permanente en alerta y preparada para moverse a otro sitio, que Kraiss y su Estado Mayor asumieron que sería el frente oriental. Esto, a su vez, significaba que sólo podían conservar cerca lo que podía transportarse con facilidad, por si la división tenía que desplazarse de repente. Sin embargo, como el área que estaban cubriendo era mucho mayor que nunca, se veían obligados a desperdiciar una gran cantidad de tiempo, hombres y combustible en interminables viajes a los almacenes de suministros del LXXXIV. *Korps*, al que pertenecían.

Claramente, debería de haberse puesto fin al estado de alerta

constante en la división y que no fuera así es típico del caos en el que se encontraba el Ejército alemán.

Dicho llanamente, los alemanes ya no tenían bastante de nada con lo que dar la vuelta de forma realista al rumbo de la guerra. No tenían comida, combustible, munición, cañones, blindados, hombres, suministros médicos ni, en suma, casi nada de lo necesario para combatir en una guerra que se estaba modernizando rápidamente.

Sabían que los Aliados intentarían una invasión cruzando el canal de la Mancha, aunque dónde, cuándo y de qué forma seguía siendo objeto de febril debate. La Muralla Atlántica que protegía a la Fortaleza Europa tenía miles de kilómetros de longitud: Alemania había ido construyendo baterías costeras, búnkeres y defensas en toda la costa desde el círculo polar en el norte de Noruega hasta la costa atlántica del sur de Francia. No es sorprendente que las defensas de Normandía y Bretaña parecieran un tanto endebles: los hombres, el cemento y el acero necesarios para defender esa enorme extensión de costa eran limitados.

La escasez de suministros era un problema, pero no cabe duda de que, además, Alemania estaba complicando innecesariamente la vida a sus comandantes sobre el terreno con las rocambolescas y confusas estructuras jerárquicas que plagaban su ejército desde que Hitler había tomado directamente el mando en diciembre de 1941. El *Führer* seguía completamente convencido de que era un genio militar, pero uno de los marchamos de su estilo de liderazgo, primero del pueblo alemán y luego — durante los últimos dos años y medio — del ejército, era su control férreo de cuanto sucedía.

Aunque perezoso por naturaleza, tenía un don para absorber detalles y, por mucho que dejara buena parte del gobierno diario del Reich en manos de otros, en ocasiones metía las narices en el tipo de minucias insignificantes de las operaciones militares que simplemente debería haber ignorado. También le gustaba trabajar utilizando la política del divide y vencerás, por lo que creaba estructuras de mando paralelas que tendían a enfrentar a sus subordinados entre sí y, mientras tanto, hacía predicciones y tomaba decisiones de mando que iban en contra de toda lógica militar pero de las cuales resultaba casi imposible disuadirlo.

El Ejército alemán de los primeros años de la guerra había conseguido sus éxitos básicamente porque había creado una forma de operar en la que las claves eran la velocidad de maniobra y la capacidad de golpear al enemigo con las fuerzas concentradas. A estos factores se

había sumado la libertad de los comandantes sobre el terreno para tomar decisiones rápidas sin tener que recurrir a autoridades superiores.

Todo eso había desaparecido ahora que todas las decisiones de unas Fuerzas Armadas alemanas horriblemente sobreextendidas tenían que pasar por el *Führer*. El *Oberkommando der Wehrmacht*—OKW, el Estado Mayor General Conjunto de las Fuerzas Armadas — era meramente su vocero y ni el mariscal de campo Wilhelm Keitel, jefe

del OKW, ni el general Alfred Jodl, jefe del Estado Mayor, se atrevía a ser más que meros lacayos al servicio de la megalomanía de Hitler. Decir que el propio *Führer* hacía más difícil que Alemania consiguiera sus objetivos militares es, en muchos sentidos, quedarse corto.

Luchando contra los constantes problemas de suministros y contra una cadena de mando especialmente contraproducente se hallaba el mariscal de campo Erwin Rommel, que tenía ahora cincuenta y dos años y era, desde el 15 de enero de 1944, el comandante del *Heeresgruppe B*, el «Grupo de Ejércitos B». Hasta entonces, la guerra había deparado a Rommel, como a muchos de los principales comandantes de la *Wehrmacht*, extraordinarios éxitos y también grandes fracasos. Había campado por Francia en 1940 como comandante de una división panzer y luego había sido la niña de los ojos Hitler y se había convertido en un héroe en Alemania por su osadía y elegancia en la campaña en el norte de África. Le habían llovido condecoraciones y ascensos en rápida sucesión, de modo que en verano de 1942 era el mariscal de campo más joven de la *Wehrmacht*, a pesar de no comandar hombres suficientes para ese rango ni haber conseguido lo bastante para justificarlo.

Luego las cosas empezaron a torcerse, a medida que el generalato y los suministros británicos mejoraron y los Aliados empezaron a utilizar de forma dramáticamente efectiva su fuerza aérea. En El Alamein, en Egipto, Rommel fue derrotado dos veces, la segunda vez de forma lo bastante decisiva como para hacer retroceder a su *Panzerarmee Afrika* desde Egipto, a través de Libia, hasta Túnez. Allí había hecho un último y atrevido ataque en febrero de 1943, obligando a las atónitas y todavía demasiado bisoñas tropas estadounidenses a retirarse por el paso de Kasserine. Pero Rommel avanzó demasiado, como ya había hecho antes de El Alamein, alargó demasiado sus líneas de suministros y perdió impulso a medida que la oposición estadounidense y británica se hizo más vigorosa. Enfermo y desilusionado, se marchó de África a principios de 1943, y jamás regresaría.

Hacia el otoño, recuperado pero cada vez más convencido de que la guerra estaba perdida, le fue entregado el mando de las fuerzas alemanas en el norte de Italia. Sin embargo, mientras que en el norte de África la gallardía y atrevimiento de Rommel habían hecho sombra al *Feldmarschall* Albert Kesselring, el comandante alemán de ese teatro, fue Kesselring quien ahora superó a Rommel ofreciendo una vigorosa y decidida resistencia contra la invasión angloestadounidense del sur de Italia en septiembre de 1943 y provocando que Hitler cancelara sus primeros planes de retirarse bastante al norte de Roma. De repente, el papel de Rommel allí se volvió redundante. Fue un golpe

demoledor para él, que lo arrojó en brazos de la depresión. Sin embargo, le iban a lanzar un inesperado salvavidas.

El comandante militar supremo del Oeste era el *Feldmarschall* Gerd von Rundstedt, que había entrado en el Ejército alemán ocho meses antes de que naciera Rommel y era el mariscal de campo en activo de más edad, mientras que Rommel era el más joven.

Von Rundstedt había comandado la principal fuerza de ataque del Grupo de Ejércitos A durante la invasión de Francia y otro Grupo de Ejércitos para la operación Barbarroja, la invasión de la Unión Soviética. Desde entonces había sido despedido y luego recuperado como comandante del *Oberbefehl* — «Alto Mando» — *West*[5]. En octubre de 1943 había enviado un informe sobre el estado de la Muralla Atlántica en el que dejaba claro que no estaba ni mucho menos lista para cumplir su función, un informe que había hecho que Hitler y el OKW se pusieran en marcha, porque, como sabían perfectamente, en algún punto del futuro no muy lejano, los Aliados lanzarían una invasión del continente.

El general Jodl, desde el OKW, sugirió a Hitler que encargara al humillado Rommel un viaje de inspección de la Muralla Atlántica. Recuperados los ánimos, Rommel empezó a principios de diciembre y se dirigió primero a Dinamarca y luego siguió hacia el sur hacia el Paso de Calais, donde el canal de la Mancha era más estrecho y las defensas más fuertes. Su renovada energía y rápido análisis de la situación llevó a Von Rundstedt a sugerir que se nombrara a Rommel comandante de las zonas costeras del canal, donde la lógica sugería que era más probable que se produjera la invasión. Von Rundstedt, más viejo, patricio y desilusionado, no quería problemas. Superficialmente, seguía siendo leal a Hitler, pero le encantó ceder el mando militar a Rommel; puede que siguiera siendo comandante del OB West, pero, como él mismo remarcó amargamente, en realidad

sólo mandaba a los guardias que había frente a su cuartel general de París.

Así, el 15 de enero de 1944, Rommel se convirtió en comandante del *Heeresgruppe B*, con la misión de defender el norte de Francia y los Países Bajos y de devolver al mar cualquier desembarco aliado. La tarea, como él sabía perfectamente, era muy difícil. Las defensas de la Muralla Atlántica y el estado de las fuerzas bajo su mando eran mucho peores de lo que había sugerido Von Rundstedt; Rommel quedó horrorizado por lo que había visto durante la inspección. Desde entonces, había trabajado incansablemente: se tenían que construir más defensas, intensificar el adiestramiento, reducir la burocracia y conseguir más suministros. Viajó constantemente por el frente, animando a sus subordinados, apremiando a sus hombres a esforzarse y explicando su visión para la defensa del continente. Entretanto, suplicó, discutió, negoció y presionó a administradores, contables y a sus superiores. Por eso, la 352. *Infanterie-Division* se encontró defendiendo una amplia franja de costa mientras a la vez preparaba defensas

en profundidad y llevaba a cabo intensas sesiones de entrenamiento en los veteranos de distintas clases trataron desesperadamente de convertir a sus jovencísimos reclutas y a los «voluntarios» del este en una división de infantería medio decente capaz de contener cualquier ataque que los Aliados lanzaran desde el mar. Era un desafío monumental, pero no había alternativa, si se quería evitar el desastre.

En la segunda semana de marzo, Rommel trasladó su cuartel general al sur, a la pequeña ciudad de La Roche-Guyon, a orillas de un gran meandro del Sena. El mando de Rommel abarcaba una área geográfica amplia, y La Roche-Guyon estaba lo mejor ubicada que se podía esperar — apartada de los peligrosos aviones enemigos, pero a sólo setenta kilómetros al oeste de París y de los cuarteles generales de Von Rundstedt y del general Carl-Heinrich Stülpnagel, que era tanto comandante militar de la Francia ocupada como cabeza del *Reichssicherheitshauptamt*, RSHA, las fuerzas de seguridad de las SS en el país. Al norte, Calais estaba a doscientos sesenta kilómetros de distancia, mientras que Caen quedaba a unos ciento sesenta y Rennes, la principal ciudad de Bretaña, a unos doscientos noventa. Rommel tendía más bien a evitar el lujo, pero, aun así, al establecer su base en la elegante mansión renacentista que se elevaba junto a las ruinas del castillo medieval, no se puede decir que viviera precisamente de forma austera. Le entusiasmaba la adorable y elegante biblioteca y la gran sala de estar con su terraza y sus vistas al Sena. Mejor todavía, los túneles que unían la mansión renacentista y decimonónica con el

viejo castillo sobre ella eran ideales para construir búnkeres fácilmente expandibles y establecer un centro de comunicaciones.

Allí, Rommel creó un equipo reducido y de confianza. El *Generalleutnant* Hans Speidel era su nuevo jefe de Estado Mayor, tras llegar en abril del frente oriental a petición de Rommel; su antiguo jefe de Estado Mayor, el *Generalleutnant* Alfred Gause, había servido bajo Rommel en el norte de África y ambos eran viejos amigos, pero Gause nunca había sido del agrado de Lucie, la esposa de Rommel, que había exigido su marcha. Speidel y Rommel eran ambos suabos, del suroeste de Alemania, lo que los distinguía de la élite aristocrática prusiana que dominaba el alto mando del ejército.

Habían servido brevemente juntos durante la última guerra y Speidel tenía una reputación magnífica como oficial de Estado Mayor eficiente y de gran inteligencia; de hecho, en la década de 1920 se había doctorado en historia política y militar.

En el equipo había un puñado más de colegas de confianza, como el *Oberst* Hans-Georg von Tempelhoff, de treinta y seis años, el oficial jefe de operaciones de Rommel, cuya esposa era inglesa. El *Generalleutnant* Wilhelm Meise, su ingeniero jefe, era un hombre de pobladas cejas que desempeñaba un papel cada vez más vital en la construcción de las defensas costeras; el *Hauptmann* Hellmuth Lang era su ayuda de campo, otro comandante de panzer suabo que había ganado la Cruz de Caballero; y todavía había un cuarto miembro suabo de su círculo íntimo, el *Vizeadmiral* (vicealmirante) Friedrich Ruge, su asesor naval. «En nuestro círculo hablábamos con franqueza y abiertamente», apuntó Ruge, «pues confiábamos en los demás de manera implícita[6]. Nadie traicionó nunca esa confianza[7]». Y, aunque no había ninguna duda de quién era el jefe, Rommel no era el tipo de hombre que dominaba la conversación durante la cena. Siempre le interesaban las opiniones de los demás. «Tenía mucho sentido del humor», recordó Ruge, «incluso cuando él era la víctima de la chanza[8]».

Ruge tenía cuarenta y siete años, era un oficial naval de carrera, jovial y una persona cuya compañía era agradable y, hasta que se unió al Estado Mayor de Rommel en Italia, había estado a cargo de las defensas costeras de Francia. Ambos se llevaron bien desde el principio y por las noches en La Roche-Guyon solían pasear por los jardines y los bosques aledaños, paseos durante los que Rommel hablaba con absoluta confianza y franqueza sobre sus pensamientos, sus planes y el futuro. Ciertamente, Rommel estaba cada vez más

convencido de que la invasión probablemente sería en Normandía; su instinto le decía que se produciría a un lado u otro del estuario del Sena, aunque en marzo el OB West y el OKW habían determinado que el lugar más probable para el desembarco aliado era el Paso de Calais.

Rommel era uno de los pocos comandantes de alto rango que nunca había combatido en el frente oriental, pero tenía experiencia luchando tanto contra los británicos como contra los estadounidenses y sabía lo devastadora que podía resultar su fuerza aérea; combatir a fuerzas aéreas enemigas abrumadoramente superiores era algo en lo que los veteranos del frente oriental tenían mucha menos experiencia. «Nuestros amigos del Este no se imaginan lo que les espera aquí», le dijo a su viejo amigo del norte de África, el *Generalleutnant* Fritz Bayerlein, que ahora comandaba la división *PanzerLehr* [9]. «No se trata de hordas fanáticas que vayan a lanzarse en masa contra nuestra línea, sin reparar en las bajas y sin ningún refinamiento táctico; aquí nos enfrentamos a un enemigo que aplica toda su nativa inteligencia en el uso de sus múltiples recursos técnicos… La gallardía y la tenacidad por sí solas ya no bastan para hacer un soldado, Bayerlein».

Su misión de rechazar una futura invasión aliada sin duda le había dado una nueva confianza en sí mismo y se estaba enfrentando al reto con una especie de lúgubre determinación, a pesar de que la escasez y los problemas de suministros eran cada vez más graves debido a los interminables ataques aéreos aliados. «He de contentarme con lo poco que tengo», le dijo al *Hauptmann* Lang, «e intentar derrotar al enemigo con los medios más modestos. Y habrán de ser derrotados, si se ha de evitar que el bolchevismo

acabe con nosotros [10]». El miedo a que el comunismo se extendiera hacia el oeste era muy real para muchos alemanes y era ciertamente uno de los motivos por los que continuaban luchando. «Incluso entonces», añadió Rommel, «cuando hayamos derrotado a Gran Bretaña y a Estados Unidos, la guerra con Rusia no habrá terminado porque tiene enormes recursos de hombres y materias primas. Quizá entonces una Europa unida se alce para luchar contra este enemigo». Ésta, pues, era la motivación de Rommel. A pesar de los reveses, a pesar de las derrotas y a pesar de las carencias crónicas y de la abrumadora ventaja material tanto de los Aliados como de la Unión Soviética, en mayo de 1944 todavía creía que valía la pena continuar luchando y todavía albergaba alguna esperanza para Alemania.

Rommel estaba convencido de que, si se permitía que los Aliados desembarcasen y consolidaran una cabeza de puente, todo estaría perdido. La clave, pues, estaba en combatirlos en la costa, antes de

que se adentraran demasiado. La infantería y las fortificaciones costeras serían la primera línea de defensa y, con la ayuda de los campos de minas, las trampas y los mil cazas de combate que la *Luftwaffe* había prometido, mantendrían a los Aliados a raya. Luego tendría que venir el contraataque coordinado por parte de las divisiones blindadas que había en Francia. Éstas eran las mejor equipadas, las únicas plenamente armadas y, en general, las mejor preparadas de entre las disponibles en el frente occidental; y, lo más importante, en su mayor parte eran también las más motivadas. Estas unidades contaban con abundantes semiorugas, cañones de asalto, Panzer IV, así como Panthers e incluso Tigers, auténticos monstruos de gruesa coraza y potentes cañones de alta velocidad. Toda la fuerza de estas divisiones — las diez que había en todo el frente occidental — bastarían, según creía Rommel, para devolver al enemigo al mar. Esto permitiría a Alemania ganar un tiempo vital, pues claramente no podría haber un segundo intento de invasión aliada hasta pasado bastante tiempo.

Esta teoría, no obstante, tenía un fallo. Debido a las fuerzas aéreas aliadas, mover rápidamente estas divisiones móviles para formar un contraataque con su potencia concentrada — y Rommel hablaba de conseguirlo en un día o dos — implicaba mantenerlas a todas muy cerca de la costa en la que era probable el desembarco. Y eso requería hacer una apuesta muy arriesgada porque, a pesar de todos los intentos de adivinación del cuartel general de Hitler, en realidad nadie estaba seguro de dónde iba a producirse ese desembarco. Para Rommel, ésta era una apuesta de todo o nada a la que, sencillamente, había que arriesgarse. Era jugárselo todo, desde luego, pero no por ello era mala idea. Rommel tenía un punto de razón y el viejo Hitler de 1940 — que era entonces un jugador al que le gustaban las apuestas a todo o nada — quizá habría estado de acuerdo con él. Pero era 1944 y Hitler ya no era el mismo.

Si Rommel hubiera podido convencer a Von Rundstedt, puede que las cosas hubieran sido distintas, pero el viejo mariscal de campo nunca había sido muy atrevido y, en cualquier caso, en los tiempos que corrían prefería apostar de forma más segura.

Lo mismo sucedía con el general Leo Freiherr Geyr von Schweppenburg, quien, poco después de que Rommel recibiera el mando del *Heeresgruppe B*, había sido nombrado comandante del *Panzergruppe West* con la misión de adiestrar a las divisiones panzer y coordinar sus acciones. Geyr — como solían llamarlo — era un comandante de panzer extremadamente culto y muy condecorado. Había sido agregado militar en Londres en la década de 1930, hablaba

inglés con fluidez, había demostrado repetidamente su valía en el frente oriental y era un protegido del *Generaloberst* Heinz Guderian, que en muchos sentidos era el padre de la *blitzkrieg* y ahora era comandante de las tropas blindadas de toda Alemania. Que Geyr era un general de panzer extremadamente capaz estaba fuera de toda duda, pero, a pesar de lo mucho que conocía a los británicos, nunca había combatido contra ellos e incuestionablemente subestimaba el efecto de la aviación aliada. Por lo que a él concernía, las divisiones panzer podían permanecer más lejos de la costa de la invasión y, aun así, podrían concentrarse, coordinarse y lanzar un rápido y exitoso contraataque.

Estas diferencias de opinión se manifestaron pronto y, por mucho que debatieron el tema, ni Rommel ni Geyr — ni Von Rundstedt, dicho sea de paso — modificaron en lo más mínimo su posición. Rommel exigió que Geyr y sus divisiones panzer estuvieran subordinadas a él y que fuera él quien decidiera cómo se debían desplegar. Geyr, que estaba ocupado entrenando a sus panzer para defenderse contra ataques aéreos y para operar en maniobras nocturnas, estaba convencido de que esta táctica era un error; se oponía a que lo pusieran bajo el mando de Rommel y contaba con el apoyo del influyente Guderian.

En marzo, Rommel creyó que el debate por fin se había resuelto gracias a la intervención del propio Hitler. Tras convocar a Rommel el día 19 al Berghof, su residencia en las montañas cerca de Berchtesgaden, en Baviera, el *Führer* le había expuesto primero su convencimiento de que Normandía y Bretaña eran los lugares más probables para el desembarco y luego, al día siguiente, confidencialmente durante una reunión a solas con Rommel, había accedido a considerar entregarle el completo control de los panzer. Rommel, quien se había jactado abiertamente ante el *Führer* de que devolvería a los Aliados al mar el primer día, había creído que aquello equivalía a una promesa. Sin embargo, en los días y semanas posteriores, siguió sin llegarle una orden formal de Hitler que pusiera las vitales divisiones panzer bajo su mando. Rommel continuó presionando. «Suponiendo que consigamos que nuestras divisiones blindadas entren en acción en las primerísimas horas» le dijo a Jodl el 23 de abril, «estoy

convencido de que derrotaremos el asalto enemigo en nuestra costa durante el primer día [11] ».

Pero, aun así, la confirmación siguió sin llegar, de modo que Rommel simplemente puenteó a Von Rundstedt y Geyr y ordenó que la 2. *PanzerDivision* se acercara a la costa y se situara en Abbeville. El 28 de

abril, Geyr se presentó en La Roche-Guyon hecho una furia, seguido poco después por Guderian. «Tema:», apuntó Ruge en su diario, «cuestiones fundamentales del empleo táctico, en especial, del uso de las divisiones panzer [12] ». Fueran cuales fueran sus desacuerdos, Ruge disfrutó la posterior cena, en la que parece que especialmente Guderian estuvo muy agradable y se dejó de discutir del desacuerdo táctico que había lastrado los preparativos contra la invasión desde enero. «Era de esperar que», escribió más tarde Ruge esa noche, «el empleo de las unidades panzer se decidiera pronto a favor de Rommel [13] ».

Pero estas esperanzas se fueron al traste muy rápido. El jueves 8 de mayo, Hitler presentó finalmente al OB West una desastrosa componenda. Rommel tendría el mando táctico de la *2. Panzer*, la 116. *Panzer* y la 21. *Panzer*, siendo esta última la única división móvil que estaba ya en Normandía. Se formaría un nuevo grupo, el Grupo de Ejércitos G, en el sur de Francia, al que se asignarían la *2.SS-Panzer* y las recién formadas 9.ª y 11.ª divisiones panzer. Geyr mantendría el mando de otras cuatro divisiones, la 1.ª y 12.ª

divisiones *SS-Panzer* del I. *SS-Panzerkorps*, además de la *PanzerLehr* y de la 17. *SS-Panzergrenadier-Division*. Nadie, ni siquiera Rommel con sus tres divisiones, estaba autorizado a moverlas en un contraataque concentrado sin la autorización directa del propio Hitler. Esta desastrosa decisión terminaba de un plumazo y definitivamente con cualquier posibilidad de concentrar las fuerzas de los carros de combate y, de propina, privaba a sus comandantes de cualquier tipo de flexibilidad y margen de decisión. Con esta orden, Hitler, en otros tiempos tan dispuesto a arriesgarlo todo y apostar fuerte, había anulado las dos principales virtudes de los blindados alemanes. Después de haber explicado repetidamente a cuantos le habían querido escuchar que Bretaña y Normandía eran los lugares de desembarco más probables para los Aliados, no estaba dispuesto a confiar en su propia corazonada ni en el instinto de Rommel. Para todos los propósitos, las diez divisiones móviles — cuyo empleo era la única forma posible de rechazar el ataque aliado, por muchas minas que se sembraran y defensas que se construyeran — iban a permanecer dispersas a los cuatro vientos.

Rommel tenía intención de seguir presionando con todas sus fuerzas para que se revocara este demencial reparto de las divisiones panzer, pero al día siguiente, 9 de mayo, mientras Ruge y él partían para otra inspección de dos días de Normandía, todavía se lamentaba con su compañero de la orden de Hitler. Tenía dos ejércitos bajo su mando, el Decimoquinto y el Séptimo, pero ambos constaban esencialmente de

divisiones de infantería mal equipadas y de mala calidad, por mucho que hubiera en ellos un puñado de unidades de *Fallschirmjäger* — «paracaidistas» —, que por lo general tenían mejor nivel. El 15. *Armee* tenía diecinueve divisiones, que cubrían las regiones costeras del norte de Francia y de los Países Bajos, y tenía un comandante competente y con experiencia, el *Generaloberst* Hans von Salmuth, quien, no obstante, como muchos otros comandantes que habían servido en el frente oriental, tenía las manos manchadas de sangre, pues había ayudado a los *Einsatzgruppen* — «Grupos de Acción» — a arrestar y a ejecutar a judíos soviéticos. Más adelante había sacado a su 2.

Armee de Stalingrado contra los deseos de Hitler, por lo que había sido despedido y degradado, pero poco después fue ascendido de nuevo y se le concedió el mando del 15. *Armee*. Ahora odiaba intensamente a Hitler y al OKW y estaba claramente desilusionado. Rommel creía que se había vuelto un poco perezoso.

El 7. *Armee* cubría Normandía y Bretaña, y tenía ahora catorce divisiones. Estaba comandado por el *Generaloberst* Friedrich Dollmann, un hombre que ejemplificaba a la perfección la enorme diferencia en talento y experiencia que había entre los diversos comandantes y unidades a cargo de Rommel. Aunque era un oficial de artillería de carrera, Dollmann, que había sido uno de los primeros y más entusiastas partidarios de Hitler y de los nazis, supo interpretar a la perfección de dónde soplaba el viento y, dedicándose a propagar activamente el nacionalsocialismo dentro del ejército, había ascendido con rapidez. Se le había dado el mando del 7. *Armee* en 1940 y había permanecido en ese puesto desde entonces, básicamente descansando sin hacer nada y viendo cómo crecía su cintura disfrutando de las delicias de la campiña en que estaba ubicado. Gordo e indolente, no había hecho el menor esfuerzo por aprender o comprender como se combatía en una guerra moderna. En consecuencia, era un comandante militar totalmente desconectado de las realidades bélicas del momento y vergonzosamente poco efectivo.

Por otra parte, el comandante del LXXXIV. *Korps* en Normandía, el general Erich Marcks, de rostro enjuto y con gafas, era tan culto e intelectual como su aspecto indicaba y contaba además con considerable experiencia en labores de Estado Mayor de alto nivel y en mando de combate. Incluso había perdido una pierna durante la operación Barbarroja, pero había superado su discapacidad con una determinación y un coraje que le habían granjeado el respeto de todos. Rommel lo había querido poner al mando del 7. *Armee*, pero Hitler había insistido en mantener a Dollmann en ese puesto.

Ser un buen nazi tenía sus recompensas.

Rommel y Ruge se dirigían precisamente a ver a Marcks, pues éste era mucho más capaz que Dollmann de dar un informe inteligente y preciso de la situación; de hecho, Rommel estaba simplemente quitando del circuito de la información al comandante de

su ejército. De camino, se detuvieron a inspeccionar las defensas costeras al sur del Sena. Con la ayuda de Meise, Rommel había complementado el cemento con un gran número de obstáculos que abarcaban toda la longitud de la playa durante la marea baja.

Había tetraedros de acero, así como postes cubiertos de minas, y estacas que podían clavarse en cualquier tipo de barco, algunas de ellas con minas en el extremo. Todas las playas debían tener cuatro cinturones de obstáculos, cada uno de ellos a una profundidad distinta de la playa. Rommel asumió que los Aliados desembarcarían lo más cerca posible de la pleamar para poder sacar a sus tropas de la playa lo más rápido posible, pero el tercer y cuarto cinturón estaban pensados para plantearles también obstáculos durante la marea baja.

Mientras estaban contemplando esta serie de barreras de obstáculos, la marea empezó a subir rápidamente. «En esta playa», anotó Ruge, «sube tres metros en una hora, así que tuvimos que salir de la playa rápidamente[14]». Fuera de la playa, espesas alambradas y más campos de minas cubrían la costa, mientras que, tierra adentro, seguían poniéndose más minas, pues Rommel sabía, gracias a sus experiencias en el norte de África, que estos campos minados resultaban muy efectivos para ralentizar y dividir ataques, especialmente los ataques de blindados, lo que daría a su mal equipada infantería más tiempo para contraatacar. El octubre pasado se habían colocado en Normandía unos dos millones de minas. Ahora, esa cifra se había incrementado a seis millones y medio. Rommel comprendía que esas armas aumentaban notablemente el potencial defensivo, pero Meise y él habían calculado que se necesitaban unos veinte millones de minas para proteger la costa al nivel que deseaban y que todavía estaban muy lejos de conseguir.

Tras esperar a que acabase una incursión aérea enemiga, condujeron a través de Caen. Grandes extensiones de tierra al este, alrededor del río Dives, y los varios valles fluviales que discurrían desde el estuario del río Douve en Carentan habían sido inundados por orden de Rommel cerrando una serie de esclusas para que el agua se acumulara tras ellas. Esto estaba pensado para complicar cualquier lanzamiento en paracaídas de los Aliados y para canalizar cualquier intento de avance

hacia el interior por las carreteras que ya estaban minadas y bloqueadas. En un área todavía mayor había señales de que se estaban llevando a cabo más trabajos antiinvasión. En los campos más grandes, por ejemplo, se habían clavado estacas en el suelo y se las había unido con alambre para impedir el aterrizaje en ellos de planeadores.

Se encontraron con Marcks en los campos aledaños a Caen. Brillaba el sol y el comandante de cuerpo cojo les presentó su informe. Había habido muchas misiones de reconocimiento aéreo enemigas, dijo a Rommel, tanto sobre la península de Cotentin como a ambos lados del río Orne. Los ataques aéreos se habían centrado en las

posiciones de artillería costeras, así como en los cruces de caminos y en las carreteras principales. Habían llegado refuerzos a Cotentin — la 91. *Lufdande-Division* («División de Asalto Aéreo») — que ahora estaba atrincherándose a lo largo de los 32 kilómetros de anchura de la península y aprovechando al máximo los densos setos para ocultarse de la detección aérea. Confiaba en que pudieran responder a cualquier ataque desde la costa este u oeste de la península. Marcks informó también de que se habían completado 80 kilómetros de obstáculos costeros, así como de que se habían plantado 170 000 estacas para complicar aterrizajes de planeadores o paracaidistas.

Tras recibir ulteriores informes del comandante de la fortaleza de Cherburgo y del *Generalmajor* Edgar Feuchtinger, de la *21. PanzerDivision*, siguieron su ruta, deteniéndose en los cuatro cañones de 150 mm en Longues-sur-Mer, y luego continuando por la costa hasta los diminutos puertos de Grandcamp e Isigny, para terminar el día en el cuartel general del general Marcks en el Château de la Meauffe, cerca de Saint-Lô.

Al día siguiente continuaron las inspecciones, mientras en La Roche-Guyon llegó un mensaje del OKW advirtiendo de una invasión alrededor del 18 de mayo. «Por supuesto, no existen pruebas irrefutables», decía el mensaje. «Punto de concentración principal y más importante: Normandía; en segundo lugar: Bretaña [15] ». Pero, en realidad, nadie sabía nada.

Capítulo 2

El dominio del cielo

El lunes 22 de mayo de 1944, dieciséis cazas Thunderbolt P-47 del 61.er Escuadrón de Caza aceleraron hacia la ciudad alemana de

Bremen, liderados por el imperturbable teniente coronel Francis «Gabby» Gabreski. Poco antes, el 61.er, parte del 56.º Grupo de Caza del coronel «Hub» Zemke, había formado parte de la escolta de casi trescientas Fortalezas Volantes B-17 durante un ataque de estos bombarderos pesados al puerto de Kiel, pero una vez terminada esta misión, su tarea era ahora surcar los cielos del norte de Alemania derribando todos los aviones enemigos que vieran y, muy especialmente, destruyendo todas las locomotoras que detectasen en tierra. Esta exhaustiva operación de destrucción de trenes, que había empezado el día anterior, había recibido el nombre en clave de Chattanooga Choo Choo, por la célebre canción. Puede que la melodía fuera alegre y desenfadada, pero el asunto de destruir locomotoras de ferrocarril era muy serio. La red de ferrocarriles alemana, la Reichsbahn, era el pegamento que mantenía unido el esfuerzo de guerra alemán. Casi todo cruzaba el cada vez más reducido territorio del Reich en tren: materias primas, armas, trabajadores, tropas, comida y judíos enviados a campos de concentración. Cuantas más playas de maniobras fueran destruidas, cuantas más locomotoras se dejaran fuera de servicio, cuantos más puentes de ferrocarril fueran hundidos y más líneas ferroviarias cortadas, más difícil les resultaría a los alemanes moverse. El mayor temor de los Aliados antes de la invasión era un contraataque concentrado de las diez divisiones panzer que se sabía que estaban en el oeste. El objetivo del «Plan de transporte», que fue como se denominó a esta campaña de destrucción, era dificultar en la medida de lo posible que los alemanes movieran esas vitales tropas, así como otros refuerzos, hacia Normandía.

Hub Zemke introdujo ese día una nueva táctica, que los hombres bautizaron rápidamente como «Abanico de Zemke». Había tres escuadrones en el grupo, cada uno de ellos formado por dieciséis cazas que volaban en escuadrillas de cuatro, y para maximizar su efectividad en el viaje de vuelta les ordenó que volaran por tres áreas distintas en lugar de volar todos juntos hacia la base. Así, el 62.º Escuadrón había sido enviado a cazar sobre el área de Paderborn, el 63.º Escuadrón a Hanóver mientras que el grupo de Gabreski había acelerado hacia el sur rumbo a Bremen.

Estaban a unos treinta kilómetros al este de la ciudad cuando detectaron un par de locomotoras. Con sus nubes de vapor blanco, eran fáciles de avistar en un día tan despejado y claro, así que Gabreski ordenó a la Escuadrilla Amarilla de Evan McMinn

que las ametrallara, mientras los restantes doce Thunderbolt los cubrían volando en círculos a unos cuatro mil quinientos metros de

altitud. Apenas habían empezado esta maniobra, sin embargo, cuando Gabreski detectó una base aérea no muy bien camuflada en el suelo. Instantes después, la voz de McMinn sonó en la radio anunciando que estaba viendo despegar a algunos cazas Focke-Wulf 190.

Gabreski sintió entonces la habitual oleada de excitación previa al combate mientras lideraba a su escuadrón en un picado hacia el enemigo. El Thunderbolt era un caza muy grande y no tenía rival en un picado. Armado con ametralladoras de calibre 50, contaba con una notable potencia de fuego, podía soportar mucho castigo y era muy maniobrable. Más importante todavía era que los pilotos estadounidenses estaban en otra liga respecto a los de la *Luftwaffe* en cuanto a habilidades de vuelo. La mayoría de los nuevos pilotos se unían a sus escuadrillas con aproximadamente tres veces más horas de vuelo que sus rivales alemanes, y debido a la abundancia de combustible y de pilotos en cada escuadrón — habitualmente había unos cincuenta para mantener dieciséis aviones en vuelo por misión — había mucho tiempo para practicar más y afinar las habilidades de pilotaje junto a otros pilotos con más experiencia. Debido a la escasez crónica de combustible, los nuevos pilotos de caza de la *Luftwaffe* tendían a volar sólo durante las misiones. La mayoría de ellos eran derribados enseguida.

Ése iba a ser el destino de varios de los FW190 que estaban despegando ahora.

Cuando Gabreski y sus hombres se abalanzaron sobre ellos divisaron unos dieciséis cazas enemigos formando una línea uno al lado del otro. Los cazas enemigos estaban ahora a una altura en la que podrían haber virado e iniciado el combate, pero parecían ajenos a lo que estaba pasando y, en lugar de ello, siguieron volando en formación, presentándose como objetivos perfectos para los P-47. Gabreski seleccionó uno, abrió fuego y vio cómo las balas impactaban por todo el fuselaje y el ala del avión alemán, que entró en barrena y luego estalló en llamas. Ahora Gabreski se colocó tras un segundo caza, se acercó a él y abrió fuego una segunda vez. Esta vez se abrió la cubierta de la carlinga e, instantes después, el piloto saltó. Mirando hacia atrás, vio entonces que se le acercaban dos 190. Consiguió ascender, virar y darles esquinazo, pero vio cómo el avión de uno de sus hombres caía envuelto en llamas y otro dejaba una estela de humo, lo que suponía un durísimo golpe. Gabreski ascendió de nuevo a doce mil pies y ordenó a sus hombres que se reagruparan a su alrededor sobre el aeródromo enemigo. Pronto reunió a seis Thunderbolt y divisaron a unos veinte Focke-Wulfs bajo ellos. Entonces, de súbito, los artilleros antiaéreos del aeródromo abrieron

fuego sobre sus propios aviones.

Alguien disparó una bengala de reconocimiento verde, pero la formación enemiga ya se había dispersado.

Sin dudar un instante, Gabreski hizo descender de nuevo a sus hombres, acelerando tras una formación de seis cazas alemanes. Instantes después, había derribado su tercer avión del día, pero entonces otro Focke-Wulf apareció de repente a su izquierda. Tiró de la palanca de mando hasta clavársela en el estómago y bajó la potencia del motor al mínimo, lo que hizo que su Thunderbolt ascendiera y se detuviera hasta casi entrar en pérdida, de modo que su perseguidor no tuvo otra opción que pasar frente a él. De repente era Gabreski quien tenía la cola en su mira, pero como le quedaba poca munición y tenía otros cinco Messerschmitt 109 a su espalda, decidió que había llegado el momento de marcharse. Ordenó a sus hombres que regresaran a casa y aceleraron hacia el oeste, pero en el trayecto se encontraron con un Focke-Wulf solitario que entraba y salía de entre las nubes. Acelerando en pos del caza alemán y, utilizando la poca munición que le quedaba, Gabreski también lo derribó, consiguiendo con ello tres victorias confirmadas y una probable en un solo día.

En total, Gabreski y sus hombres consiguieron trece derribos confirmados, uno probable y dos aviones enemigos dañados ese día y perdieron sólo dos aviones. Otro piloto, Joel Popplewell, consiguió traer su Thunderbolt de vuelta a casa en Inglaterra a pesar de que el aparato tenía más de cien impactos de bala. Gabreski, que era ahora uno de los principales ases aéreos de la Octava Fuerza Aérea de Estados Unidos, confesó que había sido una de las misiones más duras de todas en las que había participado, pero ejemplificaba a la perfección el dominio absoluto que tenían los cazas estadounidenses diurnos sobre la *Luftwaffe* en el oeste de Europa. Poco más de dos semanas antes de la invasión, eso era una excelente noticia. Y para el grupo de cazas de Zemke el día había sido igual de bueno: habían destruido seis locomotoras, dañado otras siete y hundido dieciocho barcazas en los ríos. Chattanooga Choo Choo iba a las mil maravillas.

Y habría más motivos de celebración sólo una semana después, el domingo 28 de mayo, un día en que se culminó la que, de hecho, había sido una batalla de cinco meses por la superioridad aérea en el noroeste de Europa. Esa superioridad era un requisito innegociable para la invasión y había sido una de las mayores preocupaciones de los líderes bélicos aliados desde el verano anterior.

Durante todo el verano y el otoño de 1943, la Octava Fuerza Aérea de Estados Unidos y los mandos de la RAF no habían conseguido avances significativos, a pesar del número cada vez mayor de aparatos de que disponían, de su mayor experiencia y de las cada vez mejores herramientas de navegación. El mariscal del Aire *sir* Arthur Harris, el comandante en jefe del Mando de Bombardeo de la RAF, había insistido tercamente en que el bombardeo nocturno de las ciudades alemanas por parte de un número cada vez mayor de bombarderos pesados bastaría para doblegar no sólo a la

Luftwaffe, sino a toda la Alemania nazi. A medida que transcurrían los meses, esa afirmación se había demostrado cada vez más errónea por varios motivos. En primer lugar, la *Luftwaffe* finalmente había conseguido establecer un sistema de defensa aérea cada vez más eficiente y coordinado. En segundo lugar, los bombarderos habían hecho que buena parte de la *Luftwaffe* volviera a casa para defender el Reich, al mismo tiempo que Alemania incrementaba de forma notable la producción de aviones. Había ahora muchos más cazas nocturnos en el cielo para recibir a las oleadas de bombarderos de Harris y, más importante todavía, ahora estos cazas estaban siendo hábilmente dirigidos hacia los bombarderos británicos por una combinación de datos de inteligencia bien organizados, control de tierra y radar. El Mando de Bombardeo seguía causando graves daños, pero no los bastantes como para obligar a Alemania a rendirse, y en el proceso se estaban sacrificando las vidas de muchísimas tripulaciones de bombarderos.

Los estadounidenses habían empezado a bombardear Alemania de día convencidos de que, de ese modo, podrían bombardear sus objetivos con mayor precisión y, por lo tanto, de forma más eficiente y efectiva. Para hacerlo, habían desarrollado bombarderos cuatrimotores fuertemente armados que volaban en formaciones defensivas muy cerradas, pero pronto descubrieron, con la mayor crudeza, que los bombarderos por sí mismos no podían protegerse de manera efectiva. Como el Mando de Bombardeo, estaban sufriendo un castigo durísimo.

Durante los meses de crisis de la segunda mitad de 1943, los Aliados, y especialmente los estadounidenses, comprendieron que tenían que reconsiderar sus planes para conseguir la superioridad aérea, que era su prioridad para los bombardeos estratégicos. Así se había acordado ya en enero de 1943 y, más formalmente, en junio de ese mismo año en una directiva titulada Pointblank («Bocajarro»). La razón de dar prioridad a la *Luftwaffe* como objetivo era bifronte: el bombardeo estratégico resultaría de una efectividad mucho mayor si no había cazas enemigos interceptando a los bombarderos en el trayecto, y

conseguir la superioridad aérea, no sólo sobre las playas de invasión, sino sobre toda Europa occidental, era un requisito previo que se había considerado por unanimidad indispensable para lanzar cualquier tipo de invasión a través del canal de la Mancha. El poder aéreo se consideraba absolutamente vital para la planificación de Overlord y se consideraba, correctamente, clave para la victoria en tierra.

De hecho, incluso Hitler había comprendido la importancia de la superioridad aérea a lo largo del frente de invasión; por eso su *Luftwaffe* había intentado destruir a la RAF

antes de ni siquiera considerar el envío de tropas a través del canal en 1940. Para Overlord, sin embargo, la superioridad aérea era esencial a lo largo de todo el frente de

invasión para que las tropas pudieran desembarcar sin ser hostigadas desde el aire, pero era necesaria, además, también en el interior. Y era así porque se había comprendido que, a pesar de los millones de hombres y la titánica cantidad de armas y suministros que se habían acumulado en Gran Bretaña, la capacidad marítima y las restricciones de los puertos limitaban el número de hombres y la cantidad de material que podría desembarcarse en Normandía el Día D (como se había denominado el día de la invasión) y en los días inmediatamente siguientes. Si los alemanes querían devolver la invasión al mar, tendrían que lanzar un contraataque coordinado con todas sus fuerzas móviles tan rápido como pudieran. Los datos de inteligencia habían mostrado que había diez divisiones panzer y móviles en el frente occidental, de modo que era crítico para los Aliados ralentizarlas, retrasarlas y obstaculizar sus movimientos lo máximo posible para que tardasen el mayor tiempo posible en llegar a Normandía. En esto, la *Résistance* francesa tenía un papel muy importante, pero la mayor cantidad de daños debería infligirlos la fuerza aérea, que atacaría puentes, locomotoras, ferrocarriles y cualquier vehículo en movimiento durante las nueve semanas que precederían al Día D y en los días — y semanas — que lo seguirían. En su mayor parte, estas operaciones serían llevadas a cabo por las fuerzas aéreas tácticas, es decir, la parte de las fuerzas aéreas dedicada a apoyar las operaciones de las fuerzas de tierra. Los bombarderos dedicados a esta tarea eran más rápidos y pequeños, habitualmente bimotores que operaban a una altitud mucho más baja apoyados por cazas y aviones de ataque aire-tierra. Para volar de forma efectiva a altitudes menores, sin embargo, era esencial que los cielos estuvieran en general despejados de aviones enemigos. Por eso era tan importante para los Aliados conseguir la superioridad aérea. Sin ella, Overlord no tenía ninguna posibilidad de

éxito.

Hasta hacía muy poco, sin embargo, ese dominio del aire parecía un objetivo muy lejano. El dilema, en otoño de 1943, había consistido sólo en cómo destruir la *Luftwaffe*, porque estaba claro que el bombardeo por sí solo no estaba funcionando, en buena parte porque la mayoría de las fábricas enemigas estaban en lo más profundo del Reich, lugares que ni los bombarderos diurnos ni el Mando de Bombardeo por la noche podían alcanzar de forma efectiva. Lo que se necesitaba urgentemente y en gran número era un caza de largo alcance. Pero sólo en el último momento los Aliados se dieron cuenta de que, en realidad, tenían la solución delante de sus narices.

La RAF había tenido la ocasión de convertir a los Spitfires en cazas de largo alcance, pero — en buena parte debido a la continuación de los bombardeos nocturnos por parte del Mando de Bombardeo y a la indiferencia y falta de visión de hombres como Leigh-Mallory e incluso *sir* Charles Portal, jefe del Estado Mayor del Aire — no lo había considerado necesario. Sin embargo, el año anterior un P-51 Mustang construido en Estados Unidos había sido equipado con un motor Rolls-Royce Merlin 61 en lugar de

con el motor Allison original, y su desempeño y consumo de combustible habían mejorado de manera asombrosa. Se le añadieron unos tanques de combustibles extra que apenas afectaban a su velocidad y maniobrabilidad, y luego se le incorporaron, además, tanques de combustible desechables. De repente, los Aliados se encontraron con que tenían un caza con un radio de acción de casi 2500 kilómetros, capaz de volar hasta Berlín y volver fácilmente. Eso fue un cambio radical. Por desgracia, sin embargo, los jefes de Estado Mayor del Aire estadounidenses no se dieron cuenta del potencial del P-51 hasta el verano de 1943.

La cuestión ese otoño era si habría bastantes Mustang como para que pudieran ser decisivos lo bastante rápido. En noviembre de 1943, el primer grupo de caza formado por Mustang P-51B, el 354.º, llegó a Inglaterra y al mes siguiente empezó a volar sus primeras misiones. En enero, se incorporó un segundo grupo de cazas Mustang y un tercero, el ya entonces legendario 4.º Grupo de Caza, iba a cambiar de Thunderbolt a Mustang a finales de febrero. En marzo y en abril, otros grupos siguieron el mismo camino.

A finales de noviembre, en lo más profundo de la crisis de otoño, se emitió una nueva directiva, titulada Argument. Se trataba de una ofensiva a ultranza concentrada contra la *Luftwaffe* y la industria

aeronáutica enemiga, pero se fue al traste por el mal tiempo que descendió sobre toda Gran Bretaña y Europa como un manto durante la mayor parte del invierno. Para que Argument tuviera una mínima oportunidad de éxito, era imprescindible que hubiera un periodo de altas presiones, pero hasta la tercera semana de febrero de 1944 no hubo ningún indicio de que fuera a producirse una mejoría de ningún tipo.

En lo que ha acabado llamándose simplemente como la «Semana Grande», los Aliados bombardearon repetidamente fábricas clave de la *Luftwaffe* e hicieron cuanto pudieron para atraer a los cazas alemanes al aire. Fue la mayor batalla aérea de la historia hasta entonces y, aunque los daños a la industria aeronáutica alemana no fueron tan grandes como se había deseado en un principio, la auténtica victoria de la Semana Grande fue la mella que hizo en los pilotos alemanes. Las pérdidas alemanas de aviones de todo tipo ascendieron a unos mareantes 2605 aparatos sólo durante el mes de febrero de 1944. Este tipo de desgaste era totalmente insostenible; los pilotos veteranos estaban siendo poco a poco diezmados mientras que los nuevos muchachos llegaban con cada vez menos adiestramiento y eran masacrados. Y todavía más aviones fueron derribados en marzo y abril. Alemania fabricaba miles de cazas cada mes, pero la habilidad de sus hombres para pilotarlos y combatir de forma efectiva disminuía con cada semana que pasaba. Como el resto de la Alemania nazi, la *Luftwaffe* estaba en una agonía terminal.

Mientras tanto, la Octava Fuerza Aérea estaba protegida por una plantilla cada vez mayor de pilotos muy veteranos como Gabby Gabreski. Nacido en Oil City, Pennsylvania, era hijo de inmigrantes polacos y, tras la invasión de Polonia en septiembre de 1939, había decidido unirse a lo que entonces era el Cuerpo del Aire.

Pronto descubrió, sin embargo, que el pilotar no se le daba bien de forma natural y no pasó la prueba de acceso. Se le dio una segunda oportunidad, aprobó por los pelos y consiguió que lo destinaran a Pearl Harbor. Seguía allí cuando atacaron los japoneses en diciembre de 1941, pero luego consiguió que le concediesen un traslado a Inglaterra y a la RAF, donde formó parte durante un breve periodo del 315.º Escuadrón Polaco y pilotó Spitfires. No volvió a las Fuerzas Aéreas del Ejército de Estados Unidos hasta que, a principios de 1942, empezó a llegar la Octava Fuerza Aérea, en la que se incorporó como parte del 56.º Grupo de Caza. Desde entonces, increíblemente, se había convertido en uno de los principales ases de la Octava y había demostrado que no sólo era un excelente piloto de caza, sino también un líder natural. Fue gracias a hombres como Gabreski que el VIII

Mando de Caza creció rápidamente en potencia, pericia y confianza en sus posibilidades.

Con el final de la Semana Grande, sin embargo, y con Overlord cada vez más cerca, se empezó a hablar mucho, y no sin cierta consternación, sobre la manera exacta en que la Octava Fuerza Aérea en Inglaterra y el Mando de Bombardeo de la RAF debían utilizarse en las semanas y meses siguientes. Ambas eran fuerzas aéreas «estratégicas», creadas, diseñadas y adiestradas para operar de forma independiente a cualquier otra fuerza. Pero desde que Eisenhower había sido nombrado Comandante Supremo Aliado para Overlord, en diciembre de 1943, se aceptó, a partir de abril de 1944, que las fuerzas aéreas estratégicas tendrían que empezar a operar apoyando directamente Overlord.

Esto tenía profundamente preocupados a los comandantes de fuerzas aéreas estratégicas, entre ellos al general Tooey Spaatz, el comandante en jefe de las Fuerzas Aéreas Estratégicas de Estados Unidos y al mariscal en Jefe del Aire, *sir* Arhur Harris, el comandante en jefe del Mando de Bombardeo. Ambos estaban plenamente convencidos de las virtudes del bombardeo estratégico y eran personajes importantes con mucha influencia. Desde que se había hecho con la dirección del Mando de Bombardeo a principios de 1942, Harris había llevado esta fuerza con una autonomía casi completa y no le gustaba que ni sus colegas ni sus superiores le dijeran qué, dónde y cuándo tenía que bombardear. Más bien prefería escuchar las sugerencias de todos y luego decidir los objetivos basándose en una serie de consideraciones que estaba convencido de que él y su Estado Mayor estaban en mejor posición para evaluar.

Spaatz sólo estaba por debajo del general Henry «Hap» Arnold en la USAAF y, ya a principios de 1944, era un hombre extremadamente respetado, pues no sólo tenía una gran experiencia, sino que todos lo consideraban uno de los principales teóricos del uso

de la fuerza aérea. Proyectaba una sagacidad natural y desprendía sin esfuerzo un aura de autoridad, a lo que se sumaba el respeto que se le tenía por haber sido el primer estadounidense de alto rango en visitar Gran Bretaña en 1940 y por haber comandado luego la Octava Fuera Aérea antes de que se le dieran mandos clave en el Mediterráneo durante las campañas del Norte de África, Sicilia e Italia. Había regresado a Gran Bretaña en enero siendo el militar de aviación de mayor graduación en todo el teatro europeo: estaban bajo su mando la Octava y Decimoquinta fuerzas aéreas.

Harris y Spaatz no estaban de acuerdo sobre cuál era la mejor forma de utilizar las fuerzas aéreas estratégicas para apoyar a Overlord. Harris creía que su política de bombardear las ciudades alemanas era el uso más efectivo de sus aviones, mientras que Spaatz pensaba que, para ayudar a la invasión, lo que había que hacer era detener el funcionamiento de la maquinaria bélica alemana tomando como objetivo las fuentes de combustible del país. Con su llamado «Plan del Petróleo», Spaatz tenía intención de atacar fábricas de combustible sintético tan lejanas como, por ejemplo, la de Ploiesti, en Rumanía, donde estaba el único yacimiento petrolífero real al que tenía acceso el Reich.

Spaatz había calculado que su ataque sostenido provocaría una reducción del 80 por ciento de la producción y del 60 por ciento de la capacidad de refinado alemanas. Lo que estaba mucho menos claro era el marco temporal en el que se podrían alcanzar esos porcentajes.

Por otra parte, el mariscal en jefe del Aire *sir* Arthur Tedder, que era el comandante supremo adjunto, favorecía el Plan de Transporte, según el cual se debía priorizar el ataque a ferrocarriles, playas de maniobra y puentes. Gran parte del trabajo de este plan lo tendrían que realizar las fuerzas aéreas tácticas, que, con sus bombarderos bimotores, más pequeños y rápidos, y sus cazabombarderos, podían volar más bajo y atacar objetivos de menor tamaño. Los bombarderos pesados entrarían en acción atacando grandes playas de maniobra y otras infraestructuras ferroviarias en las grandes ciudades de Francia y Alemania. Harris replicó que no se podía pedir a su fuerza de bombarderos que acertara a sus objetivos con la precisión que este plan requería. Puede que sólo un año antes hubiera habido que darle la razón, pero hacia la primavera de 1944, la mejora de la tecnología de navegación y de las tácticas de señalización de objetivos hacían que tal exactitud estuviera ya al alcance los Aliados. En este proceso, escuadrones como el 617, que había destruido las presas alemanas en mayo de 1943, habían sido pioneros, utilizando rapidísimos Mosquitos para lanzar bengalas de señalización del objetivo desde baja altura.

Se ha escrito mucho en relación a la disputa entre los Aliados sobre cómo utilizar mejor los bombarderos pesados, pero, de hecho, el debate acerca de la prioridad de objetivos fue secundario respecto a la discusión tocante a la cadena de mando. En

realidad, se trataba de una pugna por el control y, más concretamente, se debía a la escasa disposición de Harris y, sobre todo, de Spaatz a servir bajo el mando directo del mariscal del Aire *sir* Trafford Leigh-Mallory, un hombre a quien los dos apreciaban bastante poco y

respetaban todavía menos como comandante de aviación.

Leigh-Mallory había sido uno de los primeros de los nombramientos clave para Overlord el verano anterior. Desde entonces muchas cosas habían cambiado y cierto número de los seleccionados habían sido reemplazados, pero Leigh-Mallory, el comandante en jefe de la Fuerza Aérea Expedicionaria Aliada (FAEA) seguía en su puesto. Era el hermano menor del famoso George Mallory, que había fallecido heroicamente intentando alcanzar la cima del Everest en 1924, y era un oficial de carrera de la RAF que, al final de la Primera Guerra Mundial, había comandado el Escuadrón 8, el primero dedicado a cooperar con el ejército. En los años de entreguerras había dirigido también la escuela de la RAF de cooperación con el ejército.

En 1940, sin embargo, Leigh-Mallory comandó el Grupo 12 del Mando de Caza de la RAF durante la Batalla de Inglaterra, y luego estuvo al mando del importantísimo Grupo 11 en el sureste de Inglaterra, antes de ser ascendido y convertirse en comandante en jefe del propio Mando de Caza. Fue mientras estaba en este cargo cuando empezó a presionar para hacerse con el mando unificado de las fuerzas aéreas aliadas durante la invasión que estaba por llegar. En la primavera de 1943, el mariscal en jefe del Aire, *sir* Charles Portal, que era miembro de la Junta de jefes del Estado Mayor Conjunto, estaba convencido de que el aspecto más importante del Día D y del subsiguiente establecimiento y consolidación de las cabezas de playa sería conseguir y mantener la superioridad aérea. Tanto británicos como estadounidenses aceptaban que el comandante en jefe del Aire, en consecuencia, tendría que ser un comandante de cazas, así que hubo cierta lógica, teniendo en cuenta especialmente que contaba con experiencia en la cooperación con el ejército, en darle el puesto a Leigh-Mallory.

No cabe duda, con todo, de que el ego, la ambición y la habilidad de Leigh-Mallory para caer en gracia a sus superiores también pesaron en su nombramiento. Como jefe del Mando de Caza, con un cuartel general a las afueras de Londres, estaba a tiro de piedra de Downing Street, del Ministerio del Aire y de la Oficina de Guerra. Más aún, Portal, que llevaba destinado en Londres desde que se había convertido en jefe de Estado Mayor del Aire en octubre de 1940, tenía menos experiencia y una peor comprensión del rápido desarrollo que el poder aéreo táctico había tenido durante los enfrentamientos en el norte de África y el Mediterráneo. Leigh-Mallory, el comandante de los cazas ubicados en Gran Bretaña, estaba justo a su lado, presionando y haciendo pasillos, y todo lo que decía parecía correcto.

En el momento de su nombramiento, había estado cooperando con los estadounidenses de forma más que correcta y aportando escoltas de cazas de corto alcance para los bombarderos de la Octava. A principios de 1944, sin embargo, con Spaatz ya en Inglaterra como comandante de todas las Fuerzas Aéreas Estratégicas de Estados Unidos, empezaron a surgir serias dudas sobre la capacidad de Leigh-Mallory.

Se percibía que no sabía trabajar en equipo, que tenía un temperamento un poco agresivo — especialmente hacia sus colegas y sus subordinados — y que era terco como una mula. Un examen detallado de su carrera durante la guerra también habría revelado un serie de cuestiones graves. Él había introducido la teoría de la «Gran Ala», consistente en reunir cuatro o cinco escuadrones de cazas juntos hacia el final de la batalla de Inglaterra. Aunque esto había tenido algún efecto psicológico positivo, era tácticamente muy cuestionable porque les llevaba más tiempo reunir esa formación del que la *Luftwaffe* tardaba en llegar a Londres, lo que hacía imposible interceptar al enemigo antes de que llegara al objetivo. Amparó afirmaciones delirantes que sabía que eran falsas y repetidamente minó la autoridad del mariscal en Jefe del Aire Hugh Dowding, el primer comandante del Mando de Caza, y luego conspiró contra el vicemariscal del Aire Keith Park, comandante del Grupo de Caza 11 de la RAF. Ambos fueron despedidos para gloria y avance de la carrera de Leigh-Mallory. Luego, como comandante del Grupo 11 y después de todo el Mando de Caza, acumuló setenta y cinco escuadrones de caza en operaciones ineficaces sobre Francia y el noroeste de Europa. Sólo con la mayor reticencia aceptó finalmente, en la primavera de 1942, liberar Spitfires para Malta y el norte de África, donde de inmediato resultaron decisivos y que, de haberse enviado en 1941, es muy probable que hubieran marcado la diferencia antes.

Pero incluso entonces siguió negándose con tozudez a enviar más cazas Typhoon y Tempest al extranjero, así que, por ejemplo, ninguno de estos aparatos operó en Italia.

Tampoco impulsó que los Spitfires tuvieran mayor radio de acción, algo que podría y debería haber hecho con facilidad si lo hubiera querido o hubiera sabido apreciar su importancia. En lugar de ello, envió grandes grupos de Spitfires en misiones de corto alcance sobre Francia, consiguiendo con ello muy pocos resultados, ya que, en su mayor parte, la *Luftwaffe* simplemente no les seguía el juego. Tanto Gran Bretaña como Estados Unidos tenían la suerte de contar con un puñado de comandantes de aviación con enorme talento y gran dinamismo, hombres que repetidamente demostraron que

comprendían la táctica aérea y que además tenían carisma y sabían trabajar con sus socios de coalición. Por desgracia, Leigh-Mallory no era uno de ellos.

A lo largo del verano de 1943, Leigh-Mallory empezó a asumir gradualmente el papel de comandante aliado del Aire para Overlord y, en agosto, el suyo fue el primero de los nombramientos clave en aprobarse formalmente. Se estaba demostrando que, como mínimo, había sido un nombramiento prematuro. En diciembre, el mariscal en

jefe del Aire *sir* Arthur Tedder fue nombrado comandante supremo aliado adjunto, bajo el mando directo de Einsenhower. Fue una decisión inteligente que, por supuesto, reflejaba la importancia que la fuerza aérea iba a tener en la invasión. Tedder había sido comandante en jefe de las fuerzas aéreas aliadas en el Mediterráneo, donde había demostrado repetidamente su habilidad, visión de futuro, competencia a nivel operacional y astucia. Lo que es más, había trabajado de forma muy eficiente con Eisenhower y los dos se llevaban bien; Overlord no era el momento de forjar nuevas relaciones, sino de construir sobre las que ya se habían establecido. También se aceptaba que, puesto que Eisenhower era estadounidense, su adjunto debería ser británico. Nadie puso objeciones al nombramiento de Tedder.

Ahora había dos fuerzas aéreas tácticas para la invasión y ambas estaban, al menos sobre el papel, bajo el mando directo de Leigh-Mallory. La primera era la Novena Fuerza Aérea de la USAAF, controlada por el teniente general Lewis Brereton, que también tenía experiencia de mando en el Mediterráneo. Había ciertos interrogantes sobre su competencia en general, pero nadie cuestionaba la capacidad de su subordinado, el general de brigada Elwood «Pete» Quesada, el joven y dinámico comandante del IX Mando de Caza. La segunda era la recién formada Segunda Fuerza Aérea Táctica de la RAF, cuyo mando era perfectamente lógico entregar al mariscal del Aire *sir* Arthur Coningham, un duro y carismático neozelandés apodado «Mary», supuestamente una derivación de «maorí». Es difícil imaginar una figura más viril con un nombre menos apropiado, pero a Coningham le gustaba su mote; ciertamente, era como la mayoría de la gente lo llamaba.

Coningham había tenido un papel muy importante en el desarrollo del poder aéreo táctico aliado. Tras tomar el mando de la Fuerza Aérea del Desierto de la RAF en el norte de África en otoño de 1941, había — con el apoyo activo de Tedder, que entonces era comandante en jefe de la RAF en Oriente Medio — invertido mucho tiempo y esfuerzo en desarrollar el concepto de apoyo aéreo cercano para el Octavo

Ejército, que combatía avanzando y retrocediendo por el desierto, y había argumentado que sus fuerzas debían apoyar a las operaciones en tierra, pero que jamás debían estar bajo el mando directo del ejército. Sugirió que su cuartel general y el cuartel general táctico del Octavo Ejército estuvieran uno al lado del otro y que trabajaran en estrecha armonía, pero que, aunque el ejército pudiera solicitar el ataque de objetivos específicos, la decisión final debía ser exclusivamente de los comandantes de la fuerza aérea. En este punto tenía el apoyo tanto de Tedder como de Churchill.

En colaboración con su mano derecha y jefe de administración, el comodoro del Aire Tommy Elmhirst, Coningham también afinó el desempeño operacional de la Fuerza Aérea del Desierto hasta llevarla a ser increíblemente efectiva. Se simplificó el

mantenimiento y se hizo que los escuadrones pudieran moverse adelante o atrás y operar desde distintos aeródromos con asombrosa eficiencia y flexibilidad. Podría afirmarse que fue la Fuerza Aérea del Desierto la que salvó al Octavo Ejército de la aniquilación tras la terrible derrota de Gazala y la pérdida de Tobruk el 21 de junio de 1942. Mientras los restos del vencido Octavo Ejército se retiraban hacia Egipto y la línea de El Alamein, la Fuerza Aérea del Desierto no dejó de atacar y hostigar a sus perseguidores, el *Panzearmee Afrika* de Rommel. Los ataques aéreos durante las veinticuatro horas del día ralentizaron el avance de los alemanes, lo que no sólo permitió al Octavo Ejército escapar, sino que le aportó el tiempo suficiente para reforzar las defensas en El Alamein.

Estas técnicas fueron refinadas aún más durante las victorias en tierra en Alam Halfa y El Alamein, y a medida que el Octavo Ejército perseguía a las fuerzas de Rommel hasta Túnez. Allí, Coningham fue nombrado comandante de la recién creada Fuerza Aérea Táctica del Norte de África, con el general de brigada estadounidense Larry Kuter como su adjunto. Juntos y en perfecta armonía, Coningham y Kuter empezaron a establecer la doctrina aérea táctica que sigue rigiendo el apoyo aéreo cercano hoy en día.

Parte de lo que hicieron fue adiestrar a los pilotos y a las tripulaciones en técnicas de bombardeo a baja altura y de bombardeo en picado, pero lo más importante fue el método de comunicación entre las fuerzas de tierra y las aéreas, lo que, en esencia, implicaba a utilizar observadores avanzados del ejército operando en un vehículo en tierra junto con un controlador de tierra de la RAF y operadores de radio.

En Túnez, Sicilia e Italia, el poder aéreo táctico se convirtió en parte

integral de las operaciones ofensivas del ejército de tierra, y se desarrolló y mejoró gracias no sólo a Coningham, Elmhirst y Kuter, sino también a otros comandantes de aviación creativos e innovadores como Jimmy Doolittle, Pete Quesada y muchos más. El apoyo aéreo cercano, pues, estaba siendo constantemente refinado tanto operacional como tácticamente, sobre todo mejorando la rapidez con la que las peticiones de ataques de las tropas de tierra se comunicaban a las fuerzas aéreas en los cielos de la zona en cuestión.

Por lo tanto, tenía todo el sentido que Mary Coningham tomase el mando de la Segunda Fuerza Aérea Táctica, porque era un pionero en el desarrollo del apoyo al ejército, por su experiencia y porque hacía mucho tiempo que colaboraba con Tedder.

«Mary Coningham era la persona lógica para el cargo», dijo el general Pete Quesada, «y su elección fue la más fácil de todas las que tenían que hacerse [16] ». Tedder conocía también muy bien al general Brereton, quien, además, tenía experiencia de sobra en Oriente Medio para merecer conservar el mando de la Novena Fuerza Aérea, especialmente con Quesada a cargo de los cazas de la Novena que, con su velocidad,

agilidad y aumentada potencia de fuego, eran ya en 1944 una parte crucial de los ataques de apoyo aire-tierra y de la tarea de mantener a los potenciales cazas enemigos

— los principales aviones defensivos — a raya.

Así pues, aunque las fuerzas aéreas tácticas estaban bien lideradas, seguía existiendo un gran interrogante sobre el papel y la cadena de mando de las fuerzas aéreas estratégicas y también acerca de la forma exacta en que prestarían su apoyo. Las cosas llegaron a un punto crítico el 25 de marzo en una conferencia sobre la política de bombardeo en la que se acordó que Tedder coordinaría las operaciones de las fuerzas estratégicas, mientras que Leigh-Mallory coordinaría el plan técnico, ambos bajo la

«dirección» de Eisenhower, una elección de terminología que fue finalmente ratificada por los jefes del Estado Mayor Conjunto el 7 de abril.

Eisenhower estaba tan harto con todas las idas y venidas y los distintos argumentos sobre la función de los bombarderos estratégicos y en torno a la cadena de mando de las fuerzas aéreas que había amenazado en privado con dimitir si no se encontraba una solución.

Ese día, 25 de marzo, se resolvieron por fin ambas cuestiones, aunque la solución quedó pendiente de la aprobación final de los jefes de Estado Mayor.

Eisenhower se decidió por el Plan de Transporte frente al Plan de Petróleo de Spaatz, porque claramente suponía una ayuda más inmediata para las fuerzas de invasión.

Spaatz había admitido que los ataques a las fábricas de combustible sintético tardarían algún tiempo en dar resultado y, en cualquier caso, no había ningún motivo para que, dentro de la directiva Pointblank, que seguía exigiendo que se atacase implacablemente a la *Luftwaffe*, Spaatz no pudiera ordenar a su fuerza de bombarderos diurnos que atacara esos objetivos además de playas de maniobra. En otras palabras, el Plan de Petróleo podía, hasta cierto punto, compaginarse con el Plan de Transporte. De hecho, Spaatz quedó encantado con el resultado. El teniente general Ira Eaker, comandante en jefe de las Fuerzas Aliadas en el Mediterráneo, que cenó con él después de la conferencia del 25 de marzo, afirmó que nunca había visto a su colega tan feliz. «La fuerzas aéreas estratégicas británicas y estadounidenses no estarán bajo el mando de Leigh-Mallory», informó Eaker a Hap Arnold. «El plan de comunicaciones había ganado al de petróleo, pero Tooey no estaba muy disgustado por eso, pues todo el mundo había estado de acuerdo en que la fuerza aérea alemana tenía que ser la primera prioridad y concentrar toda la atención[17]».

Sin embargo, aunque ahora parecía que el camino estaba claro para las fuerzas aéreas estratégicas, seguían existiendo graves preocupaciones, porque, si bien había razones convincentes para utilizar bombarderos pesados contra las playas de maniobra, su proximidad a los centros de las ciudades hacía inevitable herir y matar civiles, entre ellos los mismos ciudadanos franceses a los que los aliados aspiraban a liberar. El bombardeo había aumentado considerablemente su precisión en los últimos meses, pero todavía no era lo bastante certero como para evitar daños colaterales. Bombardear a ciudadanos franceses resultaba difícil de aceptar para ciertos líderes bélicos aliados, especialmente para Churchill y su Gabinete, a los que el plan no satisfizo en absoluto.

«Considerando que son todos ellos nuestros amigos», escribió el primer ministro a Eisenhower el 3 de abril, «esto se podría considerar un acto extremadamente severo que podría acarrear un inmenso odio hacia las Fuerzas Aéreas Aliadas[18]».

Tras hablarlo con Tedder, Eisenhower contestó dos días después, señalando que uno de los principales factores en la decisión de lanzar la invasión era poder utilizar la potencia de la fuerza aérea de forma abrumadora. «Tanto mis asesores militares como yo estamos convencidos de que el bombardeo de esos centros incrementará nuestras posibilidades de éxito en la batalla clave», escribió, añadiendo que creía que las proyecciones de bajas civiles, algunas de las cuales estimaban hasta 160 000 muertos o heridos, eran enormemente exageradas. «El pueblo francés es ahora esclavo», le dijo a Churchill. «Sólo el éxito de Overlord puede liberarlo. Nadie se juega más en el éxito de esa operación que los propios franceses [19] ». Se haría cuanto fuera posible para evitar pérdidas de vidas, pero su convicción profunda es que sería una «auténtica locura»

cancelar cualquier operación que pudiera incrementar enormemente las posibilidades de éxito de la invasión. Y, a principios de abril de 1944, a pesar de la enorme superioridad material de los Aliados, la invasión a través del canal de la Mancha, navegando desde el sur de Inglaterra hasta Normandía, seguía pareciendo una operación sumamente difícil y arriesgada. Para Eisenhower, el máximo responsable militar de toda la operación, el éxito de Overlord no estaba, ni muchísimo menos, garantizado. Es difícil imaginar el tremendo peso que cargaba sobre sus hombros.

El 19 de abril, Eisenhower dio a Spaatz autoridad directa para bombardear objetivos de producción de petróleo, mientras que los bombarderos de la Octava y del Mando de Bombardeo atacaban playas de maniobras y los puentes sobre el Sena y el Mosa. Al mismo tiempo, los bombarderos y cazas de las fuerzas aéreas tácticas seguían destruyendo más puentes, líneas de ferrocarril y todo rastro de movimiento enemigo a lo largo de Francia y los Países Bajos. Cualquier objetivo en esta enorme franja de Europa oriental era potencialmente útil para Overlord, mientras que, al mismo tiempo, la amplitud del territorio atacado hacía que el enemigo siguiera sin poder determinar donde se iba a producir exactamente el desembarco.

Eisenhower también accedió el 19 de abril a dar mayor prioridad a los lugares de lanzamiento de cohetes V-1 y V-2. Éstas eran las llamadas *Vergeltungswaffen* — armas

de «venganza» — desarrolladas por los científicos nazis. Los Aliados las conocían desde hacía algún tiempo y precisamente por ese motivo habían atacado Peenemünde, en la costa del Báltico, que era donde estaban las instalaciones en que se desarrollaban y probaban. Desde mayo del año pasado habían estado también supervisando las bases de

lanzamiento que se estaban construyendo en el norte de Francia para estos cohetes V-1 y V-2. La operación Crossbow había empezado en noviembre con el objetivo específico de atacar esos lugares de lanzamiento, que parecían estar siendo construidos con la intención de atacar directamente a Gran Bretaña. Eso ya era bastante malo de por sí, pero lo que más preocupaba, por supuesto, era que una vez empezase la invasión se apuntaran hacia Normandía. Los británicos tenían tal inquietud por la devastación que estos cohetes pudieran causar que pidieron a Eisenhower que priorizara su destrucción sobre todos los demás ataques aéreos con excepción de los que respondían a necesidades urgentes de Overlord. Y Eisenhower había accedido ahora a su petición.

Mientras tanto, el Mando de Bombardeo estaba haciendo un excelente trabajo para disipar las preocupaciones de Harris sobre la falta de precisión. La noche del 19 al 20 de mayo, por ejemplo, el Mando de Bombardeo atacó simultáneamente playas de maniobra de ferrocarriles en Boulogne, Orleans, Amiens, Tours y Le Mans con un éxito considerable. El día 20, Orly, Reims, Lieja y Bruselas fueron bombardeadas por la Octava. El 21, el primer día de la operación Chattanooga Choo Choo, la Octava destruyó noventa y una locomotoras. El Mando de Bombardeo atacó de nuevo Le Mans y Orleans entre el 22 y 23 de mayo. La Octava atacó puentes a lo largo del Sena y aeródromos enemigos en Francia el 25 de mayo. El Mando de Bombardeo atacó con fuerza Aquisgrán la noche del 27 al 28 de mayo, causó graves daños a sus playas de maniobra y todo el tráfico a través de su principal carretera se detuvo. Y la intensidad de los bombardeos se mantuvo, noche tras noche y día tras día.

Para la *Luftwaffe*, fueron días realmente oscuros. La otrora punta de lanza de las deslumbrantes victorias de la *blitzkrieg* se había convertido en un depósito de un número cada vez mayor de aviones subestándar para los que ya no había suficiente combustible ni pilotos bien formados. El *Reichsmarschall* Hermann Göring era todavía comandante en jefe de las fuerzas aéreas alemanas, pero hacía tiempo que su estrella estaba en declive y su influencia sobre Hitler era ahora mucho menor. De todas formas, siempre había sido mejor empresario y político maquiavélico que comandante de aviación; igual que Hitler, modificaba sus planes y tácticas continuamente, y eso cuando no los cambiaba por completo.

En su mayor parte, la *Luftwaffe* era dirigida por el número 2 de Göring, el *Feldmarschall* Erhard Milch, y por el Estado Mayor General de la *Luftwaffe*, aunque las operaciones y el día a día estaban en manos de cierto número de comandantes más

jóvenes y muy capaces que trataban desesperadamente de mantener algún tipo de orden dentro del creciente caos, acentuado por las exigencias cada vez más imposibles de Hitler. En una reunión sobre suministros y aprovisionamiento el 21 de abril, el *General der Flieger* Adolf Galland, que tenía sólo treinta y dos años y era por méritos propios un as de la aviación que había recibido múltiples condecoraciones, advirtió de que los Aliados ya habían conseguido no sólo la superioridad aérea, sino casi una supremacía total. «El ratio en que luchamos hoy es uno contra siete. El nivel de los estadounidenses es extraordinariamente alto», informó **[20]**. «Durante cada incursión enemiga perdemos unos cincuenta cazas. Las cosas han llegado a tal punto que existe el riesgo de que nuestra fuerza aérea se derrumbe». Había que hacer algo de inmediato, así que apremió a Milch y a los equipos de aprovisionamiento para que el prometedor caza a reacción Messerschmitt 262 entrara en servicio lo antes posible. Sólo esta arma milagrosa, sugirió, podía cambiar las tornas en la guerra aérea.

Los pilotos de Galland estaban simplemente siendo arrollados por el número cada vez mayor de cazas diurnos estadounidenses: Thunderbolt con tanques de combustible desechables que volaban sobre el noroeste de Europa y Mustang que penetraban profundamente en el Reich. Uno de los que combatía contra las enormes formaciones enemigas era el *Leutnant* de veintidós años Wolfgang Fisher, un piloto de caza del *Staffel* 3 de la *Jagdgeschwader 2* (3/JG2) **[21]**. Desde la pequeña ciudad de Waldthurn, en los vetustos bosques del Alto Palatinado, en Baviera, se había alistado en la *Luftwaffe* a finales de 1939. Inicialmente no fue escogido para formarse como piloto, sino que se había convertido en un "aviador/tareas generales", lo que para Fischer había querido decir lo peor de lo peor. De hecho, había trabajado en la *Wetterzentrale* — la oficina meteorológica — descifrando las informaciones del tiempo aliadas, pero había seguido intentando entrar en la formación de pilotos, un sueño que se había cumplido en febrero de 1942. Tuvo que esperar dos años hasta que lo destinaron por fin a un escuadrón de caza en primera línea del frente, tras haberse reconvertido primero a piloto de caza nocturno y luego haber sido asignado durante un tiempo como instructor. «Había sido un camino largo y, en ocasiones, incomprensible», escribió.

«Pero ahora ese camino estaba por fin a mi espalda **[22]**». A pesar de lo frustrante que había resultado, ese aprendizaje tan largo le había brindado mucho mejores posibilidades de sobrevivir que la que tenía la gran mayoría de los pilotos de caza recién enviados al frente. Muy pocos tenían ahora un certificado de vuelo sin visión como el que tenía Fischer, y casi ninguno un número semejante de horas de vuelo.

Al principio, había sido destinado al 4/JG2 en Italia, donde estaban las pocas unidades que a la *Luftwaffe* le quedaban en Italia. Apenas se había acostumbrado a los mandos de los cazas Messerschmitt 109G-6, cuando a él y a sus colegas se les ordenó que volasen inmediatamente al sur de Francia, pero en ruta hacia allí se habían

encontrado con algunos P-39 Aircobra estadounidenses y Fischer había sido derribado.

Había logrado saltar del avión en paracaídas y se había visto obligado a completar el viaje hasta Aix-en-Provence en tren. Una vez allí, había sido reasignado al 3/JG2, que estaba equipado con Focke-Wulf en lugar de con Me-109, y, el 1 de mayo, el I. *Gruppe* había sido destinado a Cormeilles, al noroeste de París. Desde esta nueva base, operarían a diario con aeródromos avanzados más al oeste, realizando habitualmente dos o tres salidas cada día, la mayoría de ellas contra cazabombarderos enemigos, o *Jabas*, como los llamaban los alemanes, una abreviatura de *Jagdbomber*.

Tras una semana, los *Staffeln* 2 y 3 fueron trasladados de nuevo, esta vez a Boissy-le-Bois, cerca de Beauvais, al noroeste de París, y los pilotos fueron alojados en una lujosa y pequeña mansión. Fischer habría disfrutado del lugar de no ser por la permanente atmósfera de tensión y miedo en que vivían. Cada mañana, durante el trayecto en el autobús que los llevaba al aeródromo, no podía evitar pensar cuántos de ellos seguirían allí al día siguiente. Esa aprensión sólo se desvanecía cuando la megafonía les ordenaban subir a sus aparatos y despegar. Entonces, la tripulación de tierra se apresuraba a retirar las redes de camuflaje, empujaba los aparatos fuera de los árboles y Fischer subía a la carlinga y el caza se ponía en movimiento. Sólo entonces, al centrarse solamente en volar, empezaba a despejarse su mente.

El jueves 25 de mayo fue un día que ejemplificaba bien cómo eran el tipo de misiones que él y sus camaradas estaban volando ahora. Habían despegado para interceptar una formación de bombarderos enemigos que se aproximaban. Ascendieron hasta avistar frente a ellos unos ciento veinte B-24 Liberator que volaban en cuatro

«cajas de combate» muy claras, escoltados por al menos cincuenta P-38 Lightning. En el escuadrón de Fischer había sólo cinco aviones. Aun así, siguieron avanzando en formación, pasaron sobre la parte exterior de la caja de B-24 más exterior, y consiguieron un *Herausschuss* en el proceso (dañar a un bombardero y obligarlo a abandonar la formación). Los pilotos de caza alemanes siguieron

volando y atacaron a unos P-38 que parecían no haberlos visto. El teniente Walterscheid, el *Staffelkapitän*, derribó a dos de ellos y Fischer alcanzó a un tercero. «Su piloto», apuntó Fischer, «saltó inmediatamente en paracaídas y lo vi rodar por debajo de mis alas como si fuera un paquete mal envuelto [23] ».

Uno de los colegas de Fischer, en cambio, estaba en apuros. « *Verreisen sie*!», le gritó Fischer por radio. *«Verreisen sie!* » («¡Haz un picado! ») [24] . No sirvió de nada. A estas alturas, más P-38 se arremolinaban alrededor de los cazas alemanes y, con las trazadoras pasando peligrosamente cerca de su carlinga, empujó la palanca y lanzó a su avión en un picado casi vertical. Para su alivio, ninguno de los pilotos estadounidenses lo siguió. Puso rumbo a casa y aterrizó sin problemas, pero sólo otros dos compañeros

lo lograron; unas horas después, encontraron a los otros dos pilotos muertos entre los escombros en llamas de sus Focke-Wulf.

Consciente de que operando en formaciones tan pequeñas no se podía conseguir gran cosa, el general Galland y el *Generalmajor* «Beppo» Schmid, comandante de la I.

Jagddivision, habían empezado, hacia la segunda mitad de mayo, a enviar a grandes concentraciones de entre cincuenta y ciento cincuenta de sus cazas a interceptar a los bombarderos. Eso quería decir que podían atacar sólo una formación cada vez, pero era la única manera en que podían enfrentarse a las hordas de cazas estadounidenses, pues el VIII Mando de Caza estaba ahora enviando de manera regular hasta seiscientos cazas escoltando a cada misión de bombardeo.

El domingo 28 de mayo, poco más de una semana antes del Día D, más de ochocientos cincuenta de los bombarderos de la Octava Fuerza Aérea fueron enviados en dos ataques distintos cuyos objetivos eran, en su mayor parte, centros relacionados con la producción de petróleo, sobre todo alrededor de Magdeburgo y Leuna, en el este de Alemania. Entre los 697 cazas enviados como escolta había 56 P-51 del 354.º Grupo de Caza. El 354.º, aunque volaba con la Octava, era, de hecho, un préstamo de la Novena Fuerza Aérea y debía regresar al IX Mando de Caza una vez la invasión estuviera en marcha. Durante los pasados meses, sin embargo, sus pilotos habían ido aumentando su cuenta de victorias a costa de la *Luftwaffe* y un creciente número de ellos estaban alcanzado la categoría de ases.

Entre estos ases se contaba Dick Turner, de veinticuatro años,

comandante del 356.º

Escuadrón de Caza, recién ascendido a mayor y ahora al mando del todo el grupo.

Adoptando una estrategia similar a la del coronel Zemke, Turner dividió sus tres escuadrones de escolta de las Fortalezas Volantes de la 3.ª División de Bombardeo, cuya misión era atacar el complejo de combustible sintético de Brabag, en Magdeburgo-Rothensee. Al dividir en tres sus aviones, dos escuadrones cubrían el norte de la formación de bombarderos, mientras que otro protegía su flanco sur. Eran ahora alrededor de las dos de la tarde y Turner llevó a su Sección Roja a una altura de treinta mil pies, para encargarse de la cobertura desde arriba, mientras las otras tres secciones permanecían a una altitud de alrededor de nueve mil metros. Mirando alrededor, Turner veía la formación de bombarderos reluciendo al sol del atardecer, extendiéndose a lo ancho del cielo y sembrándolo de estelas de condensación.

Del enemigo no había ni rastro, pero, de súbito, escuchó que la charla por la radio se animaba. Un gran número de cazas alemanes habían atacado desde el norte directamente a los otros dos escuadrones del 354.º Grupo. Sabiendo que él y su escuadrón no podían abandonar el sector sur, siguieron volando, escuchando cómo uno

tras otro de sus colegas proclamaban sus éxitos por las ondas. «No hay mayor tortura», escribiría después, «para un piloto de caza que verse obligado a escuchar un combate aéreo cercano en el que no puede participar [25] ».

Al final, la batalla se extinguió y los bombarderos llegaron a su objetivo, pero entonces, justo cuando Turner estaba a punto de iniciar el vuelo de regreso, su piloto de flanco vio un *bogie*, un avión enemigo que se dirigía hacia ellos. Turner ordenó a su escuadrón que tratara de interceptarlo. Al acercarse, le extrañó la curiosa forma del aparato: ciertamente, no se parecía a ningún otro avión que hubiera visto. Tal vez era uno de los nuevos cazas a reacción de la *Luftwaffe*, y quizá el reactor Me262, que estaba entrando en servicio ese abril. En cualquier caso, sus cuatro escuadrillas estaban convergiendo sobre este peculiar avión cuando, de repente, hizo un picado a una velocidad increíble y se alejó hasta desaparecer sin que tuvieran oportunidad de perseguirlo, a pesar de que los Mustang estaban volando a una velocidad de más de seiscientos cuarenta kilómetros por hora.

De vuelta, en la seguridad de Inglaterra, y todavía preguntándose qué

era aquello que había visto en el cielo sobre Magdeburgo, Turner descubrió que, no sólo el 354.º, sino la Octava en general, habían tenido un día magnífico. Los estadounidenses habían perdido sólo nueve aviones y habían derribado o causado graves daños a setenta y ocho aviones enemigos, provocando que dieciocho pilotos alemanes hubieran muerto o estuvieran desaparecidos. Más aun, la última semana de vuelos revelaba que todos los aviones que habían ametrallado en tierra habían estado al menos a ochocientos kilómetros de las playas de Normandía. Esto quería decir que habían conseguido empujar profundamente hacia el interior del Reich a la mayoría de la fuerza de cazas de la *Luftwaffe*, desde donde no podría interferir en los desembarcos del Día D. La batalla en el aire era una parte importante de la batalla que estaba a punto de empezar en las playas y en los setos de Normandía. Se había logrado ascender un peldaño necesario para la victoria de los Aliados.

Para la *Luftwaffe*, el 28 de mayo fue un día aciago. Este tipo de pérdidas eran devastadoras. Luego llegaron noticias todavía peores. Los líderes de los pilotos de cazas, hombres como Galland y Schmid, sabían que estaban perdiendo y comprendían que se estaba alcanzando un punto en el que simplemente sería imposible reemplazar las bajas de los pilotos. Toda su esperanza estaba depositada en el desarrollo de nuevos y asombrosos aviones, y especialmente en el reactor Me262. Pero parecía que incluso esto les iba a ser arrebatado. En una reunión el 23 de mayo en el *Berghof*, el *Führer* había descubierto que Milch había estado desarrollando el Me262 para que fuera un caza, a pesar de que Hitler había pedido expresamente que fuera un bombardero. Cuando supo que sus órdenes habían sido ignoradas, montó en cólera. Milch se sintió igual al

enterarse de que debía rectificar el desarrollo del avión, pero él no era el *Führer*. Las noticias llegaron a Galland y a Schmid la noche de ese domingo 28 de mayo: el reactor Me262, en el que tantas esperanzas habían puesto, no sería para los pilotos de caza. «El arma de cazas y la defensa del Reich, que habían visto en el caza a reacción el salvador de una situación insostenible», anotó Galland, «tuvieron que abandonar toda esperanza [26] ».

Capítulo 3

Comprender a Montgomery y el Plan Maestro

El sábado 20 de mayo el capitán Carol Mather llegó a Broomfield House, cerca de Portsmouth, en la costa sur de Inglaterra, sede del nuevo cuartel general del 21.er Grupo de Ejércitos del general

Montgomery. Mather tenía veinticinco años y era de Mánchester, donde su padre era el director de una próspera empresa de ingeniería.

Mather padre era también un ávido aventurero y un naturalista entusiasta, no en vano era miembro de la Real Sociedad Geográfica y conocía bien al explorador Ernest Shackleton. Su hijo había heredado su espíritu curioso y su carácter aventurero y, durante las vacaciones de verano de la Universidad de Cambridge había aprovechado para explorar el Yukón y Alaska. Estaba volviendo a Reino Unido cuando se declaró la guerra.

Ni se planteó volver a Cambridge; en cambio, fue directo a la Real Academia Militar de Sandhurst, estudió para ser oficial y luego se unió a los Guardias Galeses. Como no es sorprendente en un espíritu tan aventurero, enseguida fue seducido por los comandos y, después de ser destinado a Oriente Medio, se unió al naciente SAS. Mather había sido parte del núcleo duro del SAS durante el verano de 1942 cuando David Stirling, su fundador, y sus hombres habían sembrado el caos tras las líneas de Rommel en el norte de África, pero luego había pasado a formar parte, durante un breve periodo, del Estado Mayor de Montgomery, en el que también estaba su hermano mayor, durante la batalla de El Alamein; Monty era un viejo amigo de la familia. A su regreso al SAS, Mather fue capturado por los italianos y pasó los siguientes nueve meses en un campo de prisioneros de guerra en Italia. Cuando al fin logró escapar, caminó mil kilómetros hacia el sur a través de las montañas para alcanzar la zona de los Aliados. Tras llegar a casa, en diciembre de 1943, se reincorporó a los Guardias Galeses, que ahora iban en tanques y se estaban entrenando en Yorkshire para la invasión. Esa primavera, sin previo aviso, Mather fue convocado a Londres para cenar con Monty en el Hotel Claridge's, cerca de Grosvenor Square. El general quería que se incorporase a su cuartel general táctico como oficial de enlace.

«¡Esto va a ser una gran fiesta! »[27], le dijo Montgomery desde el otro lado de la mesa mientras cenaban, y luego añadió, con remordimiento, «Si vienes conmigo, no hay muchas posibilidades de que sobrevivas». Mather odiaba la idea de dejar a sus compañeros de regimiento, pero sabía que ésa era una invitación que no podía rechazar.

Así fue como ese sábado 20 de mayo llegó al campamento de Monty en la Casa Broomfield.

Como siempre, Montgomery se había establecido en una serie de caravanas, tiendas y cabañas Nissen en los alrededores de la casa, en

lugar de en la casa propiamente dicha, pues hacerlo habría recordado demasiado a la conducta de los generales de la Primera Guerra Mundial. Monty prefería una estética militar que concentrara todas las mentes en el trabajo que había que hacer. Todo el mundo estaba cómodo, pero no había lujos. No se podía permitir que nadie se ablandara. Sin embargo, él sí se había quedado el estudio de la casa principal como oficina temporal y fue allí donde Mather se presentó ante él.

«Siéntate o quédate de pie», dijo Montgomery de forma tajante, así que Mather se quedó de pie. A su alrededor había varias fotografías enmarcadas de Monty con los demás comandantes y también una gran foto en color de Rommel. Mather recordó que, tras la batalla de El Alamein, Montgomery había invitado al general capturado Wilhelm Ritter von Thoma a cenar.

«Quizá», sugirió Mather, mirando la fotografía de Rommel, «alguna noche lo invitarás a cenar, como hiciste con Von Thoma **[28]** ».

«Eso espero», contestó Monty, escrutando a Mather con sus característicos ojos pálidos y pequeños **[29]** .

Es fácil comprender por qué Mather estuvo tan dispuesto a regresar al Estado Mayor de Montgomery. La oportunidad de ver los grandes acontecimientos del mundo desde la perspectiva del comandante de las fuerzas de tierra era irresistible. Mather estaría en contacto con todos los principales comandantes, con los que trabajaría muy de cerca, y también se uniría a toda una legión de ayudas de campo y oficiales de enlace británicos y estadounidenses, todos los cuales tenían más o menos su misma edad y una disposición y mentalidad parecidas. Por lo que a Mather concernía, Monty era un gran jefe y un general brillante y carismático.

La historia no ha sido amable con Montgomery, en especial durante los últimos cincuenta años, en los que todo historiador que se precie ha hecho cola para criticar tanto su carácter como su reputación militar. Hasta cierto punto, él mismo se lo buscó por culpa de su monstruoso ego, su falta de tacto en la forma de dirigirse a sus colegas y superiores, y por un resentimiento del que jamás se libró. Montgomery era hijo de un vicario, el Ejército del Raj británico lo había rechazado y, además, carecía del encanto natural y sencillo que sí poseían muchos de sus contemporáneos. Esta falta de linaje, el resentimiento por los reveses que había sufrido al inicio de su carrera militar y su torpeza en sociedad, en un Ejército británico que, antes de

la guerra, valoraba enormemente el linaje y el encanto, habían contribuido a que Montgomery desarrollase un complejo de inferioridad social, que enmascaraba con altivez y arrogancia, una arrogancia que a su vez se sustentaba en una cada vez mayor confianza en sí mismo.

Sus lemas eran la disciplina, la claridad de pensamiento, la preparación y el entrenamiento a fondo, principios por los que se regía y que tienen mucho mérito. Le gustaba imponerse proyectando una impresión de confianza absoluta en sí mismo.

Insistir en que nadie podía fumar en su presencia era otra forma de imponer no sólo su personalidad, sino también su autoridad. Su apariencia física no lo ayudaba: medía sólo ciento setenta centímetros, tenía una nariz pronunciada y puntiaguda, ojos pálidos y penetrantes y una voz nasal y entrecortada y, para colmo, no podía pronunciar bien la

«r». Nunca le preocupó especialmente lo que otros pensaran de él, aunque, paradójicamente, está claro que disfrutaba con el grandísimo aprecio que le tenía el pueblo británico y la popularidad de que gozaba. Desde unos orígenes relativamente humildes, había ascendido hasta la cima. Había dado una lección a todos aquellos que lo habían rechazado sin ni tan sólo darle una oportunidad en los inicios de su carrera.

Por otra parte, cabe apuntar que Eisenhower procedía de orígenes todavía más pobres y, sin embargo, conservó su carácter humilde durante toda su carrera. Montgomery carecía por completo de humildad.

Debe admitirse, sin embargo, que la mayoría de los comandantes de alta graduación habían llegado a la cima impulsados por una implacable ambición y, además, tenían egos considerables. Había excepciones, pero no muchas. El principal defecto de Montgomery fue su ineptitud social. Simplemente no sabía cómo interactuar con otros.

Compensaba esta falta de encanto hablando exactamente tal y como quería, sin preocuparse de si lo que decía, o cómo lo decía, resultaba ofensivo para sus interlocutores. En una ocasión, a finales de la década de 1920, a pesar de su apariencia de soltero irredento, se enamoró, se casó e incluso tuvo un hijo, David. Es una opinión unánime que Monty adoró a su esposa, Betty, y quizá si ella hubiera vivido habría limado algunos de los peores aspectos del carácter de su esposo y podría haberle ofrecido una crítica amable y bienintencionada, de manera

similar a cómo Clementine Churchill hizo fielmente con Winston. Por desgracia, Betty murió trágicamente de septicemia en 1937, dejando a Monty con un hijo de nueve años y dos hijastros. La muerte de su esposa sin duda lo cambió: en adelante, dedicó su vida enteramente al ejército. Se ha dicho que Montgomery era autista, un trastorno que no se diagnosticaba en la década de 1940. Quizá estaba en lo que hoy se llama «el espectro» del autismo.

Ciertamente, carecía de la capacidad de leer con claridad las emociones de otros. Esto le causaría toda suerte de problemas en las semanas y meses siguientes.

Sin embargo, estos defectos de su carácter no implican que fuera también un mal general y demasiadas veces desde el final de la guerra no pocos historiadores han puesto el desagrado que sentían por su carácter por encima de la necesidad de emitir un juicio histórico bien fundado. Monty ha sido presentado como un carácter «Marmite», por la pasta para untar popular en Gran Bretaña hecha con extracto de levadura, de la que se dice que la gente o bien la ama o bien la odia. La realidad es, por supuesto, mucho más compleja. Montgomery podía ser espectacularmente maleducado y descortés, y se puede aducir que, desde un punto de vista táctico, no era el general más creativo. Pero, en esta fase de la guerra, tener una visión estratégica sólida y habilidad para el aspecto operacional era quizá más importante para los ejércitos aliados.

Montgomery comprendía que, aunque la mayoría de los hombres bajo su mando estaban ahora bien entrenados, la mayor parte de ellos eran soldados a regañadientes, reclutas forzosos que se habían puesto el uniforme sólo por causa de una guerra global en la que los habían obligado a participar. También comprendía muy bien el mantra aliado de «acero, no carne», una estrategia a la que Gran Bretaña había decidido adherirse desde incluso antes de que estallara la guerra y con la que Estados Unidos también se había comprometido. Para implementarla había que aprovechar al máximo el músculo y alcance globales de ambos países, su modernidad y su saber tecnológico, de modo que la producción industrial en cadena y la mecanización hicieran todo lo posible del trabajo duro y limitaran al mínimo el número de los que tenían que estar en la línea de fuego.

En general, esta estrategia había funcionado increíblemente bien y era el motivo por el cual, a pesar de estar luchando en múltiples frentes por todo el mundo, por tierra, mar y aire, el número de soldados británicos y estadounidenses era mucho menor que el de alemanes, japoneses y, especialmente, soviéticos. Alemania y Japón tenían

grandes ejércitos porque no contaban con el alcance global ni el músculo industrial suficientes para luchar de otro modo. Tenían que compensar sus carencias en mecanización poniendo más botas sobre el terreno. Ésa era, no obstante, una forma profundamente ineficiente de librar una guerra en la década de 1940, y les costó millones de vidas.

Sin embargo, debido a este esfuerzo global en la guerra, debido a que Gran Bretaña llevaba luchando desde 1939 y debido a que sus líderes bélicos insistieron, con razón, en mantener la producción industrial y en luchar una guerra industrializada y mecanizada, los británicos empezaron a notar la escasez de hombres hacia el verano de 1944. La población de Gran Bretaña en 1939 era la mitad de la de Alemania y sólo alcanzaba hasta cierto punto, pero, aun así, debe reconocérsele a los líderes bélicos británicos el mérito de que jamás perdieron de vista su mantra prebélico. Hasta el otoño de 1943, por ejemplo, no fueron los servicios armados los que tuvieron prioridad en la asignación de hombres, sino el Ministerio de Producción de Aeronaves. Por supuesto,

Gran Bretaña podría haber sacado hombres de las fábricas y haberlos enviado al frente, o podría haber reducido el gran número de cuerpos de servicio que aprovisionaban la línea de frente, pero eso habría sido como seguir el ejemplo de Alemania, y ¿a dónde había llevado eso a los nazis? Millones de alemanes habían muerto y en sus fábricas trabajaban esclavos demacrados e ineficientes. Ésa no era manera de ganar una guerra moderna, industrializada y marcada por los avances tecnológicos.

Gran Bretaña era una democracia — quizá no la democracia liberal de principios del siglo XXI, pero, de todos modos, una nación que amaba la libertad — y la idea de sacrificar a una generación de jóvenes por segunda vez en medio siglo repugnaba profundamente a todo el mundo. Esos reclutas forzosos que ahora constituían el 75 por ciento de las fuerzas de Montgomery no serían ya fusilados al alba por haber intentado desertar. Tal vez se los juzgara en un consejo de guerra y fueran a prisión, pero eso seguía siendo, probablemente, mejor opción que acabar mutilado o muerto en combate.

Por eso era tan importante tener un propósito claro y mantener la moral de las tropas. El pueblo británico estaba cansado de la guerra, pero una forma de que los hombres siguieran luchando en el frente cuando por fin se acercaba el final de la partida era que esos hombres tuvieran la certeza de que sus generales no estaban desperdiciando despiadadamente sus vidas y que los apoyaban de la mejor manera posible con todo tipo de armas, cañones, comida y suministros

médicos. Montgomery comprendía a la perfección esta necesidad, algo que ha de tenerse en cuenta al valorar su reputación.

También supo ver que tanto los británicos como los estadounidenses habían desarrollado, a estas alturas, una forma de hacer la guerra capaz de destruir los ejércitos alemanes a los que se enfrentaban. En 1918, Gran Bretaña tenía las mayores y mejores marina de guerra, fuerza aérea y artillería del mundo. Ahora los estadounidenses tenían una armada y una fuerza aérea más grandes y, lo que es más, en el banquillo aguardaba un ejército todavía mayor con más armas. Sin embargo, la RAF era ahora enorme, con miles de bombarderos pesados, cazas, aviones de ataque aire-tierra, aviones multifunción y bombarderos medios; la Marina Real iba a liderar, con una diferencia de tres a uno, el número tanto de buques de guerra como de naves de desembarco para la invasión; y la artillería del Ejército Británico era tan buena y experta como en 1918, cuando, según muchos, había sido un factor decisivo para conseguir la victoria.

Montgomery tenía la intención de abrirse paso golpeando con contundencia a los adversarios alemanes. Lo que había aprendido en el norte de África, en Sicilia y en el sur de Italia era que los alemanes siempre contraatacaban. Era casi un reflejo pavloviano. Ablandaría al enemigo con un bombardeo de artillería, luego enviaría a su

infantería y sus tanques, que inevitablemente se quedarían atascados frente a la tenaz defensa de los alemanes. Cuando las tropas de la vanguardia empezaran a sobreextenderse, las fuerzas alemanas saldrían de sus hoyos y escondites y se expondrían. En ese momento, se descargaría sobre ellas toda la potencia de fuego de los Aliados.

Debilitados, los alemanes se verían obligados a replegarse y, en su retirada, por supuesto, minarían las carreteras, volarían los puentes, colocarían trampas y dejarían nidos de ametralladoras y francotiradores. Todo eso ralentizaría a los Aliados, pues no estaban dispuestos a abrirse paso como si fueran una apisonadora, sacrificando a sus hombres en el proceso, como el Ejército Rojo, por ejemplo, no había tenido ningún problema en hacer. Mientras los Aliados avanzaban con cautela, los alemanes prepararían su siguiente posición y todo el proceso se repetiría de nuevo.

Desde la perspectiva de Monty, era un plan metódico que llevaría tiempo, pero estaba dentro de lo que se podía esperar de forma realista de los ejércitos bajo su mando. Fundamental en esta aproximación era la potencia de fuego que podría concentrar, tanto desde el aire como utilizando la artillería, para machacar al enemigo

hasta convertirlo en polvo. No tenía ningún sentido copiar la versatilidad táctica a pequeña escala de los alemanes, porque tanto los británicos como los estadounidenses estaban incorporando la industrialización a gran escala a su *modus operandi*. Esto quería decir que, cuanto más grande fuera la operación y mayor el número de sus componentes, más difícil sería operar con agilidad táctica. Toda operación ofensiva de ataque tenía que llevarse a cabo en conjunción con la artillería, con las nuevas fuerzas aéreas tácticas, con los ingenieros, la infantería y los blindados. Había que coordinar los calendarios y horarios para asegurarse de que a las tropas que avanzaban no las alcanzara fuego amigo. Había que trasladar al frente la munición, las reservas y el combustible requeridos para mantener la potencia de fuego necesaria. Era un ejemplo de las limitaciones de la riqueza frente a la libertad que da la pobreza; los alemanes podían organizarse más rápido porque tenían mucho menos que organizar.

Monty entendía con diáfana claridad todo esto y tanto estas consideraciones como la experiencia de los Aliados al pasar a la ofensiva contra las fuerzas alemanas desde otoño de 1942, conformaron sus ideas sobre el plan de Overlord, así como también a las de los oficiales aliados de Estado Mayor — estadounidenses, británicos y canadienses — que estaban ayudando a darle forma y a preparar sus detalles.

El quid de la operación Overlord era conseguir una cabeza de puente en Francia, acumular la cantidad necesaria de fuerzas allí y después expulsar a las fuerzas alemanas del país, obligarlas a replegarse a Alemania y a rendirse. Nadie esperaba que se fueran a derrumbar. En la última guerra, Alemania había firmado un armisticio porque se le había acabado el dinero y no tenía ninguna posibilidad de ganar. Ese momento se había producido en esta guerra en el otoño de 1941, tras el fracaso de la invasión alemana de la Unión Soviética — la operación Barbarroja —, pero, dos años y medio después, los alemanes continuaban luchando, a pesar de que estaban en retirada y no tenían ninguna posibilidad real de recuperar la iniciativa. Los Aliados sabían lo bastante de Hitler y su monstruoso régimen para imaginar que lo más probable era que Alemania siguiera luchando hasta el final. Algunos albergaban la esperanza de que el pueblo alemán se rebelara y el régimen nazi se viniera abajo, pero pocos apostaban por ello.

Los Aliados también sabían que, a pesar de su decadencia, Alemania seguía siendo muy peligrosa, y que la invasión de Francia tendría que superar diversos obstáculos si quería tener éxito. Lo que los planificadores aliados habían entendido bien es que, si llevaban a cabo la invasión a través del canal de la Mancha, no podían fracasar bajo

ninguna circunstancia. La prioridad número uno era asegurarse de que desembarcaban rápidamente suficientes hombres y material para asegurar un exclave — una cabeza de puente interconectada — antes de que el enemigo montara algún contraataque con sus fuerzas concentradas. Esto no sólo requería tener éxito en el propio Día D, cuando, si funcionaban las artimañas de engaño que se habían puesto en marcha, disfrutarían de la ventaja de la sorpresa táctica, sino también en D más uno, D más dos, D más tres y D

más cuatro. Éstos serían los días más importantes. Luego podrían hablar de objetivos más ambiciosos, pero el plan de invasión tenía que ser el que mejor asegurara ese exclave crucial. Esta consideración se imponía a cualquier otra.

Para lograrlo se dependía de una desmesurada e inverosímil capacidad de malabarismo, pues todo estaba casi por completo supeditado a la capacidad marítima disponible. Gran Bretaña, durante los preparativos de la invasión, estaba abarrotada de un número asombroso de tropas, armas y material de guerra, pero debido a la limitada capacidad de transporte, sólo una pequeña fracción de esta capacidad podía desembarcarse durante el propio Día D y los días siguientes. Tras la capacidad de transporte marítimo, la segunda mayor limitación eran las instalaciones portuarias.

Cherburgo estaba en manos del enemigo, igual que la mucho más pequeña Ouistreham, a dieciséis kilómetros al norte de la ciudad más grande de Normandía, Caen.

Normandía tenía, no obstante, anchas y profundas playas en las que buques de

desembarco de mayor tamaño podían descargar hombres y material. Pero, de nuevo, el número disponible de estos barcos era limitado. Se estaban utilizando lanchas y barcos de desembarco en el Mediterráneo — en la batalla por Italia — y, muy especialmente, en el Pacífico, donde las fuerzas estadounidenses estaban saltando de isla en isla en su guerra contra Japón. La capacidad industrial estadounidense — y británica — era impresionante, pero había que construir tanques, aviones, camiones, armas, municiones, buques de guerra, submarinos y muchas cosas más, que luego había que enviar a través del océano. Conseguir suficientes BDT (barcos de desembarco, tanques) y BDI (barcos de desembarco, infantería), además, no era sólo una cuestión de manufactura, sino también de distribución. Una maniobra de flanqueo no planificada en Anzio, en el sur de Italia, había mantenido muchas naves de desembarco en el Mediterráneo más tiempo del

previsto, y luego la propia Overlord había sido ampliada, mientras que, en paralelo, había surgido un problema con un desembarco aliado en el sur de Francia, operación con el nombre en código de Anvil, que Eisenhower quería que tuviera lugar simultáneamente a Overlord, para desviar a tropas enemigas de Normandía, abrir dos zonas de puertos y tener otro exclave en Francia. Este doble desembarco, sin embargo, provocaba todavía más dificultades en materia de transporte marítimo.

Desde el momento en que Montgomery regresó a Inglaterra en la mañana del 2 de enero de 1944, empezó una batalla logística entre lo que él y sus planificadores consideraban necesario para que el desembarco tuviera éxito y la capacidad de producción de barcos y las necesidades de barcos en otros lugares. Es importante comprender, sin embargo, que el plan final de Overlord fue el resultado de un compromiso. Hasta el último de los miembros de todos los equipos de planificación habría deseado más.

En el desarrollo del plan intervino un gran número de personas y durante su elaboración se celebraron interminables reuniones entre los jefes de la aviación y la armada y los equipos de planificadores, y se creó una cantidad inmensa de material.

Entre los que trabajaron sin cesar, por ejemplo, estaba el coronel Charles «Tick»

Bonesteel. Bonesteel procedía de una familia de militares y se había graduado noveno de su promoción en West Point. Luego había estudiado en Oxford con una beca Rhodes y desde que había llegado al Teatro Europeo de Operaciones o TEO se había convertido en un planificador operacional muy respetado. Había llegado a Gran Bretaña en los momentos más duros del Blitz, a principios de 1941, como observador para la Junta de Ingenieros del Ejército de Estados Unidos, pero luego se había incorporado al Estado Mayor Conjunto de Operaciones bajo el almirante lord Louis Mountbatten cuando se había hablado por primera vez de Normandía para lo que entonces se llamaba operación Roundup. En consecuencia, Bonesteel había empezado a estudiar el terreno y

la topografía de Normandía en 1942, antes de ayudar a planificar Torch, la invasión del noroeste de África en noviembre de ese mismo año. Luego se había incorporado al Estado Mayor de la Fuerza 141, el equipo de planificación de la invasión de Sicilia que había tenido lugar en julio de 1943, y después había regresado a Gran Bretaña como jefe de planificación en funciones del Primer Ejército de Estados

Unidos, bajo el teniente general Jacob Devers. Tras el nombramiento de Eisenhower como comandante supremo aliado, Devers había sido trasladado y el mando del Primer Ejército se había entregado al teniente general Omar Bradley, un viejo amigo y colega de Ike en el que este confiaba plenamente.

Bradley llevaba en Inglaterra sólo una semana cuando Bonesteel fue temporalmente transferido al equipo de planificación del 21.er Grupo de Ejércitos, donde su anterior análisis sobre Normandía resultó valiosísimo. El borrador del plan original para Overlord, por ejemplo, había marcado desembarcos en tres playas, únicamente en la costa del norte de Normandía. Antes, sin embargo, Bonesteel había diseñado un desembarco adicional en el flanco oriental de la base de la península de Cotentin. El equipo de planificación de Montgomery insistió en ello en cuanto llegó a Londres.

Esta playa se había convertido, hacia el 7 de abril, en Utah, una de las cinco playas de desembarco definitivas en lugar de las tres que había propuesto el equipo de planificación a principios del año anterior. Conocido como COSSAC — Jefe del Estado Mayor del Comandante Supremo Aliado, por sus siglas en inglés —, el equipo había trabajado sin todos los recursos que necesitaba e, inevitablemente, esos primeros planes habían sido desarrollados más y más desde principios de año. La cuestión es, en suma, que el plan que finalmente presentó Monty como definitivo era el resultado de las aportaciones de muchos otros. Con su equipo más inmediato, diseñó el concepto básico, y luego dejó que los comandantes del ejército — Bradley en el sector estadounidense occidental y el teniente general Miles Dempsey en la mitad oriental británico-canadiense — trabajaran y desarrollaran sus propios planes. Los comandantes del ejército, a su vez, desarrollaron objetivos y planes más detallados en consulta con los comandantes de cuerpo y luego de división, todo lo cual hubo luego que compatibilizar con lo que resultaba posible para las fuerzas navales y aéreas.

El viernes 7, los planes para Overlord y para la operación naval, Neptuno, además de los planes para la aviación, se presentaron formalmente por primera vez en lo que se llamó, no sin cierto dramatismo, Ejercicio Thunderclap. Todos los comandantes superiores estuvieron presentes en el cuartel general de Montgomery en la escuela Saint Paul's. «Este ejercicio», empezó a explicar Monty, «se celebra con el propósito de que todos los generales de los ejércitos estén en posesión de todo el plan para Overlord, para así asegurar la máxima comprensión y confianza mutuas[30]». Habló de su

experiencia combatiendo contra Rommel. «Algunos aquí presentes

conocemos a Rommel bien. Es un comandante decidido y le gusta lanzar a sus blindados a la batalla[31]». La información de inteligencia sugería que podían encontrarse con hasta sesenta divisiones enemigas, de las cuales hasta diez serían móviles, equipadas con tanques, cañones de asalto y demás. Éstas eran las mejor equipadas y entrenadas, así como las más veteranas, aparte de ser las únicas unidades móviles de armas combinadas y las que, sin duda, suponían la mayor amenaza. También podían contar con que el enemigo supiera al anochecer del D más uno que Normandía era el principal frente de invasión. Hacia D más cinco, Montgomery asumió que Rommel tendría al menos seis divisiones panzer cerca del frente con las que contraatacar si así lo deseaba y que habría fuerzas enemigas considerables en la zona ya desde D más cuatro.

Puesto que evitar que la invasión fracasara era la principal prioridad, asegurar los flancos del área del exclave resultaba esencial. En el extremo oriental del frente de invasión estaban el canal de Caen y el río Orne, que trascurrían en un curso prácticamente exacto de norte a sur. Había luego una zona al este de unos diez kilómetros antes de llegar al valle de otro río, el Dives, que también fluía de norte a sur.

Aunque no era particularmente alta, la cresta de Bréville dominaba el flanco oriental de la principal área de asalto. Si los británicos lograban capturar intactos los puentes sobre el Orne y el canal de Caen, y destruir los cuatro puentes sobre el Dives, así como asegurar el control del terreno elevado que había entre ambos, eso detendría cualquier intento enemigo de atacar por el flanco, lo que a su vez dejaría a los británicos y canadienses en libertad para avanzar directos hacia el sur, hacia Caen e incluso más allá.

Al principio, se consideró la posibilidad de extender la invasión a la costa inmediatamente al este de la desembocadura del río Orne —incluso se le adjudicó a la zona el nombre en clave de «Band» Beach—, pero la falta de medios de transporte marítimo y la potencia de los cañones enemigos situados más al este disuadieron a los planificadores. En lugar de ello, en febrero, la tarea de capturar esta zona se confió a la 6.ª División Aerotransportada. Mientras tanto, en el extremo occidental, las fuerzas aerotransportadas estadounidenses que apoyarían los desembarcos en la playa de Utah podrían aislar la península de Cotentin y con ello a las tropas alemanas que hubiera en ella. Eso no sólo protegería el flanco occidental, sino que ayudaría a la rápida captura de Cherburgo. Para ello se previó utilizar al principio una y, finalmente, dos divisiones aerotransportadas estadounidenses.

La intención era que las tropas británicas de Sword, la playa más al

este, avanzaran rápidamente hacia el interior y capturaran la ciudad clave de Caen el mismo Día D. A continuación, los británicos y canadienses seguirían presionando y capturarían el

terreno elevado al sur y sureste de la ciudad. Se trataba de campo abierto, ideal para el establecimiento de aeródromos, pero también era una zona a partir de la cual los aliados podrían pivotar hacia el este. Se asumía que la mayoría de las divisiones panzer y de los refuerzos llegarían a Normandía desde el este y el sureste, de modo que se esperaba que los británicos y canadienses los contuvieran allí mientras el Primer Ejército estadounidense, y luego el Tercer Ejército del general Patton, avanzaban primero hacia el sur y luego viraban al este.

Con el transporte marítimo y los recursos disponibles, éste era un buen plan, y ninguno de los asistentes a Thunderclap discutió ningún punto esencial de lo que se estaba proponiendo. Todos comprendían que era vital establecer primero el exclave y luego acumular en él fuerzas muy rápido, no sólo para defenderse de un contraataque de las fuerzas enemigas concentradas, sino también para pasar luego a la ofensiva tan rápido como fuera posible. De la mano de la acumulación de fuerzas tenía que ir el establecimiento de bases aéreas avanzadas. La aviación era fundamental, primero como potencia de fuego adicional, para eliminar objetivos enemigos clave, pero también, y muy especialmente, para ralentizar los movimientos del enemigo y dificultar su capacidad de reorganizar y concentrar sus fuerzas.

Donde sí había cierto debate era respecto a las líneas que Montgomery había dibujado en el enorme mapa y que mostraban hasta dónde debía llegar el avance aliado en sus sucesivas fases. Hacia el día D más diecisiete — es decir, dos semanas y media después de la invasión — Montgomery consideraba que era realista esperar que hubieran asegurado Cherburgo y la península de Cotentin, y estuvieran a unos ochenta kilómetros al sur de la costa; veinticinco días después, a ciento sesenta kilómetros al sur, y al sur del Loira y a las puertas de París en D más noventa. El general Bradley se había opuesto a que Monty mostrara esas líneas de demarcación de las fases: le parecía que hacían que el plan pareciera demasiado rígido y no tenían en cuenta los imprevistos. «Si no se consigue llegar a las líneas de fase», apuntó Bradley, «podría parecer que estamos

"fracasando" [32]». Desde luego, tenía un punto de razón, aunque, como admitió, la sesión informativa de Montgomery impresionó «profunda y favorablemente» a todos los que asistieron, entre ellos al propio Eisenhower e incluso al propio Bradley, a pesar de las líneas de

fase.

Quizá habría sido mejor no incluir esas líneas, como sugirió Bradley. Por otra parte, por la experiencia en el norte de África, en Sicilia y en el sur de Italia, avanzar en fases, o, mejor dicho, la expectativa de que el enemigo se retirara en fases, era una asunción perfectamente válida. Y eso es lo único que era: una asunción. Después de todo, nadie admitía abiertamente tener dudas sobre el éxito de la invasión y, sin embargo, era justo durante esos primeros días, y no en D más diecisiete o D más treinta, donde sin duda el

riesgo de fracaso sería mayor. Más aun, ver aquel enorme mapa con líneas de fase y flechas indicando avances ayudaba a dibujar un panorama de optimismo y éxito. La operación que tenían entre manos era titánica; las apuestas no podían ser más altas y todo el mundo estaba nervioso, inquieto e incluso un poco sobrecogido ante la tarea que les aguardaba. En privado, el espectro del fracaso turbaba sus pensamientos, pero allí había un mapa que hacía que toda la operación pareciera factible. Montgomery estaba en pie ante ellos sin mostrar el menor atisbo de duda o inseguridad. Puede que fuera un hijo de perra difícil, terco, odioso, arrogante y con una necesidad patológica de controlarlo todo, pero ese día, en aquella sala, levantó la moral de todo el mundo e hizo que empezaran a creer que la operación era posible de verdad. Que aquella batalla se podía ganar. Que estarían en París en noventa días. ¡Qué gran proeza sería!

Capítulo 4

Cuenta atrás

En Normandía, y a lo largo de toda la Muralla del Atlántico, continuaban las obras: más búnkeres, más minas, más obstáculos en la costa. En su mayor parte, los trabajos los llevaba a cabo el servicio de trabajo alemán, la Organización Todt, y específicamente el *Oberbauleitung Cherbourg* — OBL, el Directorio Principal de Construcción de Cherburgo — que era el principal responsable de las posiciones fijas y que empleaba, entre otros, a casi setenta mil franceses. Hacia mayo, unos novecientos trece emplazamientos de hormigón de diverso tipo se habían construido sólo en Normandía, pero a lo largo de toda la longitud de la Muralla Atlántica se había construido la descomunal cifra de 9671 estructuras permanentes de hormigón, para lo que se habían empleado nada menos que trece millones de metros cúbicos de hormigón y el cinco por ciento de toda la producción de acero de Alemania. El coste había sido de 3700 millones de *Reichsmarks*, alrededor de 40 000 millones de euros

actuales.

Sin embargo, como Rommel sabía perfectamente, hasta este renovado ímpetu de construcción era muy inferior de lo que había sido planeado. Los cañones de 380 mm de Cherburgo, por ejemplo, no habían sido instalados todavía, ni tampoco se había construido aún el gran complejo defensivo planeado para cubrir la playa de Utah.

También era muy frustrante la escasez de cemento y otros suministros, agudizada porque las fuerzas aéreas aliadas seguían destruyendo locomotoras, volando líneas férreas y puentes, y estorbando en general la libre circulación de bienes y mercancías.

La consecuencia fue que el hormigón era cada vez de peor calidad, con una cantidad insuficiente de aglomerante y aditivos, algo que lo hacía más propenso a desmoronarse y menos resistente a las bombas y proyectiles. Pero ¿qué alternativa había? No sólo Rommel y Meise, sino también muchos de los ingenieros empleados a lo largo de la costa continental, trabajaban como presos por una locura constructora.

Entre estas estructuras se estaban disponiendo todavía más obstáculos y minas.

Meise creía que era necesario un denso campo de minas de al menos un kilómetro de profundidad que abarcara toda la costa empezando en Holanda y siguiendo por la costa del norte de Francia, para el que serían necesarias no veinte millones de minas, sino doscientos millones. Por supuesto, eso era una quimera. Por ejemplo, a finales de mayo sólo dos de los cuatro cinturones de obstáculos en la costa estaban ya colocados en la costa de Normandía, y seguía habiendo huecos en las áreas más abiertas en las que no se habían instalado todavía estacas antiplaneadores.

Aunque mucha de esta febril actividad de construcción estaba en manos de la Organización Todt, un número cada vez mayor de ingenieros del ejército habían sido enviados a incrementar las filas de las divisiones de infantería costera y ahora supervisaban la construcción de cierto número de fortificaciones y otras defensas utilizando como obreros a sus propias tropas. Cerca de Coleville, por ejemplo, a unos pocos kilómetros al oeste de Ouistreham, una serie de *Widerstandsnester* — llamados WN, o nidos de resistencia— habían sido construidos a toda prisa en el terreno elevado que ascendía a lo largo de unos tres kilómetros desde el mar. Estos nidos habían sido diseñados por el ingeniero jefe de la 716. *Infanterie-Division*, el *oberst*

Ludwig Krug, y ahora albergaban a unos ciento cincuenta hombres y eran el cuartel general del *Infanterie-Regiment* 736, cuyo mando había sido entregado a Krug. Una serie de búnkeres y de casamatas para cañones ocupaban la parte más baja de la ladera, mientras que en la cima de la cresta se habían construido una serie de complejas posiciones de artillería, torretas de tanque — conocidas como « *Tobruks*» —, almacenes de munición, una reserva de agua, instalaciones médicas, almacenes de comida y búnkeres de mando. Cada una de estas casamatas se conectaba con las otras por medio de un intrincado sistema de trincheras, una gran cantidad de alambre de espino y, por supuesto, un denso campo minado alrededor de ellas. Los *Widerstandsnester* se extendían a lo largo de toda la costa de Normandía, numerados secuencialmente desde el extremo oriental del 7.º Ejército, estando el WN1 en el extremo más oriental del río Orne. El WN17 y las casamatas de cañones en las laderas más bajas — el WN16 —

tenían una ubicación inmejorable. Trece kilómetros al sur estaba la ciudad de Caen, mientras que, hacia el norte, la posición dominaba una franja de muchos kilómetros de costa. Desde ahí, la estación de radar Finkelstein se veía con claridad, igual que la pequeña ciudad de Douvres, con su catedral de campanarios gemelos. Incluso si el enemigo lograba desembarcar allí, no podría avanzar mucho hacia el interior a menos que neutralizara esta posición. Y no sería nada fácil.

Krug no era el único ingeniero asignado a su regimiento. Otro era el *Oberleutnant* Cornelius Tauber, ahora con base en Courseulles, donde estaba ubicado el WN20, a unos dieciséis kilómetros al oeste del WN17 siguiendo la costa. Tauber había recibido una tarea bastante específica: construir una serie de defensas en la playa que luego pudieran aprovecharse utilizando los «Goliat», unos minivehículos con tracción oruga del tamaño de una carretilla que se controlaban a través de cables eléctricos e iban cargados de explosivos. La idea era construir una serie de búnkeres que protegieran a quienes controlaban los vehículos y que a la vez tuvieran suficiente campo de visión como para dirigir a los Goliat hacia las playas contra un tanque, una lancha de desembarco o una concentración de tropas, y entonces detonarlos. Tauber tenía unos veinticinco de estos vehículos. Sus hombres y él habían construido un complejo defensivo interconectado a lo largo de la primera línea de costa en Courseulles, en el

que los sótanos y los niveles inferiores de las casas y granjas se conectaban con los búnkeres que se habían construido entre ellas. También contaban con casamatas armadas con cañones antitanque que no disparaban hacia el mar, sino hacia la franja de la playa.

Tauber era otro joven oficial que había sido transferido desde el frente oriental.

Cuando recibió sus órdenes de traslado, todos sus colegas en Rusia le dieron palmaditas en la espalda y le dijeron que era un cabrón con mucha suerte. «Y, sabes, cuando me incorporé a la 716. *Infanterie-Division* en Francia», recordó, «me di cuenta de que verdad era un cabrón con suerte [33] ». Comparado con cualquier otro lugar del Reich, la comida era excelente, se podía comprar casi de todo en el mercado negro, el clima era suave y los barracones, confortables, ya que se había requisado a tal fin una casa que tenía camas decentes y agua corriente. En Rusia no había disfrutado de ninguno de estos lujos. «Todas las mañanas pensaba en mi hermano, que estaba combatiendo en Rusia», añadió, «y me sentía extraordinariamente culpable [34] ». Tauber sabía que la invasión estaba al caer — todos lo sabían —, pero simplemente trataba de continuar con sus tareas. Cuando mayo dio paso a junio, seguía supervisando los trabajos de construcción. «La Muralla del Atlántico», dijo, «seguía sin estar terminada [35] ».

El 30 de mayo, Rommel visitó a la 21. *PanzerDivision* en Saint-Pierre-sur-Dives en la carretera Caen-Falaise. Todavía tenía la esperanza de persuadir al *Führer* de que le confiriera el control táctico de las divisiones panzer en el oeste, pero tal y cómo estaban las cosas, la 21. *PanzerDivision*, con cuartel general en Falaise, era la única que estaba en Normandía. Entre los que visitó ese día estaba el mayor Hans von Luck. Los dos se conocían desde hacía tiempo, pues Von Luck, que tenía treinta y dos años, había estado en el batallón de reconocimiento de Rommel cuando éste comandó la *7. Panzer* durante la invasión de Francia en 1940. Antes de reunirse con Rommel en el norte de África, Von Luck había sido destinado al frente oriental. Desde el otoño anterior había estado destinado en París, donde había conseguido traer a su prometida, Dagmar. Allí había sido razonablemente feliz, aunque le frustraba que, debido a que Dagmar tenía una octava parte de herencia judía, no se les había permitido casarse. Luego, en mayo, había sido destinado a la *PanzerLehr* del general Bayerlein para al final ser transferido, en el último momento, a la 21. *Panzer* y, concretamente, al mando del *Panzergrenadier-Regiment* 125. La división había formado parte del *Afrikakorps*, pero había sido destruida en Túnez y luego reconstituida. Su liderazgo y composición eran reflejo de los extremos a los que había llegado el Ejército alemán en 1944. Formada principalmente por veteranos del frente oriental pero también por muchos nuevos reclutas, su comandante, el *Generalmajor* Edgard Feuchtinger, era otro de esos buenos nazis sin ninguna experiencia en operaciones de blindados ni, de hecho, en

combate de ningún tipo. En realidad, había ascendido gracias a su éxito en la organización de los aspectos militares

de los congresos nazis en la década de 1930. Es difícil imaginar alguien menos adecuado para comandar una división móvil de armas combinadas como la 21. *Panzer*.

Por otra parte, el nuevo comandante del *Panzergrenadier-Regiment* 125 tenía experiencia de combate de sobra en múltiples teatros bélicos; comandantes de unidad como Von Luck compensaban buena parte de las carencias de Feuchtinger.

«Feuchtinger», señaló Von Luck, «tenía que delegar la mayoría de las cosas, es decir, dejarnos la ejecución de las órdenes a nosotros, los comandantes veteranos [36] ». Y Von Luck no era el único con experiencia; hombres como el *Oberstleutnant* Hermann Oppeln-Bronikowski, por ejemplo, comandante del *Panzer-Regiment 22*, era también una baza importantísima de la división. Oro olímpico en competición ecuestre, había ganado una Cruz de Caballero en Rusia y había demostrado una y otra vez ser un comandante de gran calibre. En términos de equipo, la división se había visto obligada a utilizar lo que podía para compensar lo que no les llegaba de Alemania. Un oficial, el mayor Becker, un ingeniero muy habilidoso, había reunido cierto número de viejos tanques franceses y los había convertido en cañones de asalto mejor blindados y más efectivos, es decir, en vehículos con orugas pero con cañones pesados de orientación fija en lugar de una torreta de tanque.

Ahora, el 30 de mayo, Rommel estaba cerca de la costa, en Lion-sur-Mer, para inspeccionar la división y algunas de las armas recién creadas por Becker. Varias veces tuvieron que ponerse a cubierto debido a que los aviones aliados pasaron rugiendo sobre sus cabezas. «Caballeros», dijo a los comandantes y tropas reunidas de la 21.

PanzerDivision y la 716. *Infanterie-Division*, «conozco a los ingleses de África e Italia y les digo que escogerán un lugar de desembarco donde crean que no los esperamos. Y será aquí, en este mismísimo lugar [37] ». Rommel continuó prediciendo que la invasión no se produciría durante las siguientes tres semanas, pero el general Marcks les dijo a los allí reunidos que él creía que se produciría antes. «Por lo que yo sé de los ingleses», dijo,

«irán a la iglesia otra vez el próximo domingo y luego vendrán aquí el lunes [38] ». Eso habría sido el lunes 5 de junio.

Más allá en esa misma costa, el *Gefreiter* Franz Gockel, integrante de la 716. *División*, ahora adjunta a la 352, era uno de los sólo cuarenta hombres que ocupaban el WN62, junto a Colleville. Había trece de tales posiciones a lo largo de esa franja de costa, que difería del resto porque, aunque aproximadamente entre los pueblos de Colleville y Vierville había una larga extensión cóncava de arena de unos ocho kilómetros, la playa

— que los Aliados bautizarían como Omaha — estaba flanqueada por acantilados.

Algunos tenían más de veinte metros de altura y se curvaban hacia abajo ofreciendo a los defensores una panorámica despejada y clara del mar. A lo largo de esta franja había cinco posibles puntos de salida, o pasos, desde la playa, con dos de los caminos más

desarrollados saliendo prácticamente de los dos extremos, y con caminos que llevaban a los dos pueblos, que estaban a poco más de un kilómetro tierra adentro. Aquéllos eran los puntos débiles obvios de los defensores, además de ser el objetivo de cualquier invasor que tratara de llegar al interior desde la playa, así que allí se había construido un número proporcionalmente mayor de fortificaciones. Entre estas salidas, las defensas que dominaban el mar eran bastante ligeras, al menos en lo que se refiere a posiciones fijas. A lo largo de toda la playa, sin embargo, los obstáculos en la costa ya estaban puestos: grandes y espesas alambradas, minas y una fosa antitanques que recorría toda la longitud de la playa.

En el WN62, Franz Gockel y sus camaradas estaban ahora muy atentos a los rumores de que había una enorme flota de invasión justo al otro lado del mar. ¿Atacaría aquí? Nadie estaba seguro. Ultimamente había habido más pases a baja altura de aviones de reconocimiento enemigos, pero el *Oberleutnant* Bernhard Frerking, el oficial al mando de la l. *Batterie* del *Artillerie-Regiment* 352, estaba seguro de que aquel tramo de costa en particular era demasiado difícil. Cualquier ejército que desembarcara allí, dijo, acabaría hecho picadillo. Sería demasiado costoso para el enemigo. La mayoría de los más veteranos, sin embargo, no estaban de acuerdo con él. Mientras tanto, había más trabajo de defensa que hacer. Gockel estaba agotado, pero su sargento insistió en que terminaran una trinchera que conectaba su cuartel general subterráneo con los búnkeres más avanzados; sin ella, tendrían que cruzar terreno abierto a la vista de cualquier enemigo que se encontrara bajo ellos o en el mar.

En líneas generales, a principios de junio, la *352. División* estaba en

una situación razonablemente buena para el combate. Su comandante, el *Generalleutnant* Dietrich Kraiss, consideraba que sus hombres estaban al fin listos para la acción, aunque su preparación había tenido que ser necesariamente muy rápida y la munición seguía escaseando, hasta el punto de que la artillería y las unidades antitanque estaban limitadas a cinco proyectiles por mes para cada equipo. Había otros parches. Muchos de los cañones y vehículos que se les habían asignado eran de tipos muy diversos, rescatados de aquí y de allá o capturados al enemigo, lo que, por supuesto, hacía que conseguir piezas de recambio y mantenerlos fuera muy complicado. Eran perfectamente válidos mientras funcionaran, pero en el momento en que se averiaran — quizá durante la tensión y los abusos de la batalla — se convertirían en un grave problema.

Por último, el área de batalla que se les había asignado, desde la costa hasta la cordillera a ambos lados de Saint-Lô, estaba ahora preparada para la defensa, tal vez no lo bastante como para soportar un asalto a gran escala, pero, desde luego, mucho mejor preparada que en marzo. La historia ha sido generosa con la calificación de la 352. Se la ha definido a menudo como una división de «élite». Esto está lejos de la realidad. Tenía algunos hombres experimentados, varios buenos y capaces comandantes y armas

medio decentes, pero aún con todo eso, distaba mucho de poder ser considerada de élite.

En la costa de Normandía había ahora ciento treinta cañones de un calibre de 100

mm o superior. Parecían muchos, pero, por ejemplo, en el Reich había quince mil cañones antiaéreos; Rommel habría hecho cualquier cosa por conseguir aunque fuera una pequeña parte de ellos. Tampoco estaban todos los cañones protegidos en casamatas: los trabajos de fortificación seguían en marcha y, en cualquier caso, la mayoría de las baterías costeras habían sido bombardeadas tan incesantemente por los Aliados que el 17 de mayo el cuartel general de Rommel recomendó que aquellos que no estuvieran en casamatas se trasladasen a posiciones camufladas un poco más hacia el interior.

Los comandantes subordinados de Rommel, sin embargo, seguían teniendo opiniones completamente distintas sobre la mejor manera de derrotar al enemigo, y las diferencias no versaban sólo en la forma de utilizar las tropas móviles. En sus visitas al frente, Rommel siempre repetía el mismo mensaje: que la costa era la principal línea de defensa y que había que destruir al enemigo antes de que consiguiera

afianzarse. Pero, cuando Dollmann visitaba, a los soldados, les decía que aquello sería prácticamente imposible. «En vista de la estrecha línea de defensa costera», explicó al Estado Mayor del *Fallschirmjäger-Regiment 6*, «difícilmente podremos evitar que el enemigo establezca una cabeza de playa [39] ». Su tarea, les dijo Dollmann, sería entablar combate lo antes posible, y luego hacer retroceder al enemigo.

Tampoco el *Oberst* Friedrich Freiherr von der Heydte, el comandante del *Fallschirmjäger* 6, estaba demasiado impresionado por lo que había visto de otras unidades o por el equipo disponible en Normandía. Era deplorable. «Armas procedentes de todas partes del mundo y de todos los períodos del siglo XX parecían haberse acumulado allí», anotó, «para dar la impresión de que se trataba de una fuerza poderosa [40] ». En sus compañías de armas pesadas tenía morteros alemanes, franceses, italianos y rusos, así como siete tipos distintos de ametralladoras ligeras. Von der Heydte había llegado a Normandía muy recientemente, a principios de mayo, pero durante unas maniobras posteriores cerca de Cherburgo, el general Marcks había sido especialmente cáustico con su cuerpo. «Emplazamientos sin cañones», le había dicho a Von der Heydte, «almacenes de munición sin munición, campos de minas sin minas, y un gran número de hombres de uniforme entre los que apenas se pueden encontrar soldados [41] ». En el sector de la 325. *División*, el teniente Hans Heinze tampoco estaba impresionado. «Un gran porcentaje de las ametralladoras en los búnkeres eran armas capturadas que no se adecuaban a nuestra munición estándar», dijo, lo que creaba dificultades adicionales tanto para los encargados de suministros como para las tropas

que las utilizaban. «En varios puntos el alambre de espino y las trincheras no estaban completados ni vigilados por suficientes hombres [42] ».

El 4 de junio, Heinze había acompañado a un oficial de Estado Mayor del cuartel general del LXXXIV. *Korps* de Marcks en una gira de inspección en la que visitaron varias fortificaciones. En un momento dado, un sargento se acercó a ellos y dijo: « *Herr Major*, tenemos bastante munición para detener la primera, segunda, tercera, cuarta y quizá incluso la quinta oleada de *tommies*. Pero después de ésa, van a echar la puerta abajo y entonces todo estará perdido [43] ».

Rommel seguía trabajando duro para rectificar este estado de cosas y para hacerse con el control de las importantísimas unidades panzer. El 3 de junio visitó a Von Rundstedt en París para explicarle su intención de conducir hasta el *Berghof* para ver a Hitler y pedirle más blindados

y más cañones antitanque e intentar de nuevo persuadir al *Führer* de que le diera el mando táctico de las divisiones panzer. «El punto más débil en la estrategia defensiva general», apuntó el almirante Ruge en su diario el domingo 4

de junio, «era todavía el hecho de que las divisiones panzer no hubieran sido acercadas lo bastante al "Rommelbelt" como para que pudieran participar de forma inmediata en el ataque y darle a la infantería el apoyo que necesitaría con urgencia [44] ».

Al otro lado del canal, en Inglaterra, había empezado la cuenta atrás para la invasión. Hacia la tercera semana de mayo, el entrenamiento de las tropas estaba prácticamente terminado y los 155 000 hombres destinados a ser aerotransportados a Francia o a desembarcar en sus costas habían sido trasladados a campamentos cerca del mar desde donde marcharían hasta los puntos de embarque. Su adiestramiento había sido muy completo. Las tropas habían practicado cómo saltar desde las lanchas de desembarco, habían utilizado munición real, se habían entrenado en conjunto con las demás armas de las Fuerzas Armadas y se había hecho un esfuerzo para que todo fuera lo más realista posible. Precisamente por ello, los accidentes habían sido inevitables, y algunos soldados habían resultado heridos de gravedad o habían perdido la vida. El 1.er Batallón del Regimiento de Suffolk, por ejemplo, se había entrenado en la costa occidental de Escocia junto con la Marina Real, con tanques y explosivos reales. El cabo primero Arthur Blizzard, de la Sección de Pioneros, era uno de los hombres que disparaban con ametralladora al resto de la infantería y detonaban explosivos mientras practicaban desembarcos. En una ocasión, un explosivo se detonó por error antes de que uno de los hombres, un cabo primero de los Reales Ingenieros, se hubiera apartado lo bastante. «El cabo estaba en el suelo con el brazo separado del cuerpo», dijo Blizzard,

«y yo me quedé allí todo el día con él… Eso te muestra qué es la guerra. Sólo estaba

supervisando con sus oficiales para ver cómo iban las cosas [45] ». El cabo primero herido falleció en el hospital.

Ahora, sin embargo, el regimiento estaba en una de las «salchichas», que es como se llamaba a las áreas de concentración, en Havant, cerca de Portsmouth, el puerto desde el que debían zarpar hacia Francia, vigilados por guardias para asegurarse de que todos permanecían allí. Unos pocos de los compañeros de Blizzard consideraron la posibilidad de escabullirse y desertar, pero él no quiso y les aconsejó que no

fueran tontos. Después de todo, aunque consiguieran librarse ahora, acabarían siendo enviados a la guerra tarde o temprano. En opinión de Blizzard, si había que ir, era mejor hacerlo con compañeros que uno conocía que con extraños.

No lejos de Havant, los Rangers de Sherwood estaban también ahora confinados en un campamento en Sway, en New Forest. Los Rangers de Sherwood eran un regimiento del Ejército Territorial que, igual que la Guardia Nacional de Estados Unidos, en tiempos de paz sólo se entrenaba a tiempo parcial. Formado en su mayor parte por granjeros y vecinos de Nottinghamshire, habían sido destinados a Palestina en septiembre de 1939 y habían viajado hasta allí con sus caballos. A principios de 1940, habían tomado parte en una carga de caballería con los sables desenvainados contra unos árabes insurrectos, pero luego una vergonzosa estampida provocó que se les ordenase enviar sus monturas de vuelta a casa. Para colmo de humillaciones, fueron readiestrados como artilleros, algo que aquellos orgullosos pero irremediablemente desfasados voluntarios de caballería consideraban una degradación. Participaron en el asedio de Tobruk y en la campaña de Creta antes de ser adiestrados en el uso de tanques. Su bautismo como regimiento de blindados se produjo en la batalla de Alam Halfa, a finales de agosto de 1942, el último intento de Rommel de romper la línea de El Alamein en Egipto y, aunque habían mostrado un exceso de impetuosidad y se había hecho obvio que todavía estaban por pulir, se habían comportado bien en la batalla de El Alamein y siguieron en el Octavo Ejército hasta la victoria en Túnez en mayo de 1943.

Para entonces, ya se habían convertido en una unidad experimentada, hábil y profesional, parte de la 8.ª Brigada Blindada. Fueron enviados de vuelta a Inglaterra y habían estado entrenándose para el Día D desde que su unidad había sido escogida para desembarcar con la 50.ª División en la playa Gold, la más occidental de las tres playas cuyo asalto corría a cargo de británicos y canadienses.

Entre los que llevaban en el regimiento desde el principio, estaba el mayor Stanley Christopherson. Tenía ahora treinta y dos años y comandaba el Escuadrón A de carros de combate. Era un hombre de mundo, animado y encantador. Christopherson hacía amigos con facilidad y era un deportista nato, que además se sentía como pez en el agua cuando se trataba de socializar. También había demostrado ser útil en momentos de

crisis, pues poseía el tipo de coraje y flema ideales en un oficial. No le faltaba tampoco una saludable dosis de implacable carácter competitivo, que hacía que siempre se contara entre los oficiales del

regimiento que constantemente buscaban maneras de mejorar. Puede que hubieran empezado la guerra como soldados de caballería voluntarios, como aficionados y no profesionales, pero, desde entonces, Christopherson y sus colegas habían entrenado duro, habían aprendido de sus experiencias y se habían esforzado hasta convertirse en uno de los mejores regimientos blindados del Ejército británico, y por este motivo eran la punta de lanza de la invasión.

Christopherson había preparado bien a sus hombres, y había insistido en que todos, con independencia de su cometido, fueran expertos tanto en artillería como en el uso de la radio. Un par de años antes, los Rangers de Sherwood habían adoptado un código de radio basado en gran medida en la equitación y el críquet; ahora hacía ya tiempo que lo habían abandonado. «El éxito de cualquier combate tanque contra tanque», había subrayado Christopherson, «dependía de disparar con precisión, y era prácticamente imposible combatir en ningún tipo de batalla, fuera a nivel de tropa, escuadrón, regimiento o brigada, a menos que la comunicación inalámbrica fuera buena [46] ». Como él mismo apuntó con buen tino, eso sólo podía lograrse con entrenamiento.

El sábado 20 de mayo se informó a todos los oficiales de los Rangers de Sherwood de que la invasión tendría lugar el 5 de junio, se les presentaron las líneas maestras del plan y luego se les proporcionó una explicación muy detallada y específica de su propio papel y objetivos, aunque todavía no se les dijo el lugar en el que se produciría el desembarco. El plan de asalto se mostró sobre una maqueta hecha de arena en la que los pueblos y ciudades tenían nombres en clave. «Te apuesto diez contra uno a que desembarcamos en Normandía», le dijo a Christopherson John Bethell-Fox, uno de sus comandantes. «Reconozco esa franja de costa [47] ».

A lo largo de toda la costa sur de Inglaterra, los hombres estaban en «salchichas», más o menos alineadas con la playa en la que desembarcarían. Lejos, hacia el oeste, en Devon, se encontraban los estadounidenses de la 4.ª División, que desembarcarían en la base oriental de la península de Cotentin, en la playa con el nombre en código Utah.

Más al este, en Dorset, aguardaban los hombres de las 29.ª y 1.ª divisiones de Infantería, que desembarcarían en la larga playa (potencialmente la más problemática de todo el frente de invasión) bautizada con el nombre en clave de Omaha. Los Rangers de Sherwood, que ahora estaban en Hampshire, desembarcarían en la playa Gold con la 50.ª División; los canadienses, ubicados un poco

más al este en la costa de Inglaterra, desembarcarían, como era lógico, también un poco más al este, en Juno; y Arthur Blizzard y el 1.er Batallón del Regimiento de Suffolk, parte de la 3.ª División de Infantería, que venían de Kent, desembarcarían en Sword.

Entre los que estaba programado que desembarcaran con la 1.ª División de Infantería de Estados Unidos, la «Gran Uno Rojo», estaban los gemelos Henry «Dee» y Tom Bowles. Procedentes de Russellville, Alabama, estos hermanos eran ya veteranos, pues habían combatido durante la campaña de Túnez y luego también en Sicilia.

Aunque parezca increíble, Normandía iba a ser su tercer gran desembarco anfibio. A lo largo de toda su trayectoria en el Ejército, habían demostrado un carácter notablemente tranquilo. Habían servido en compañías distintas en el norte de África y Sicilia, pero Tom había conseguido recientemente que lo transfirieran a la compañía del cuartel general del 2.º Batallón del 18.º Regimiento de Infantería de la 1.ª División, donde iba a trabajar como cableador y, de ese modo, se había reunido con su gemelo. Así pues, en cuanto el cuartel general del batallón se trasladara, su trabajo sería tender un cable telefónico entre la nueva ubicación del cuartel general y las diversas compañías. «Así que, sí», dijo Tom, «ahora estábamos haciendo lo mismo en la misma compañía [48] ».

A todos los efectos, los gemelos estaban solos en el mundo. Habían crecido en el sur profundo de Estados Unidos, asolado por la Gran Depresión, en el seno de una familia pobre. Primero murió uno de sus hermanos y luego, cuando tenían sólo doce años, falleció su madre. Su padre la siguió en 1940 y ellos se alistaron poco después. Una hermana mayor se había casado y hacía años que no la veían. «Sé que había algunos muchachos que querían volver con sus esposas y todo eso», dijo Dee Bowles, «pero nosotros no teníamos preocupaciones. El 18.º de Infantería era nuestro hogar. Y no pensábamos volver hasta que la guerra hubiera terminado [49] ».

Estaban ahora confinados a un campamento en el linde del pequeño pueblo de Broadmayne, a unos pocos kilómetros al este de Dorchester, pero en una de sus últimas noches fuera, visitaron con una pareja de amigos el New Inn, un *pub* en el vecino West Knighton. Tom era un fotógrafo aficionado muy entregado y, mientras estaban sentados fuera, con las jarras en la mano, tomó unas primeras fotografías de Dee y sus amigos Dotson y John R. Lamm. Luego, los dos gemelos posaron para una fotografía que les sacó Lamm. Eran un par de jóvenes con buena planta y, a pesar de lo que se avecinaba, parecía que nada les preocupaba. Más bien proyectaban desenfado e incluso

confianza.

Si estaban inquietos, desde luego no se les notaba.

A unos veinticinco kilómetros al este estaba el campamento Blandford, donde el 116.º de Infantería estaba acabando su entrenamiento. El 116.º formaba parte de la 29.ª

División de Infantería, que debía encabezar el desembarco del Primer Ejército estadounidense en Omaha junto con la Gran Uno Rojo. A diferencia de la 1.ª División, sin embargo, la 29.ª — y, por tanto, el 116.º de Infantería — no había entrado todavía en combate y, por tanto, estaba por demostrar cómo se comportaría. El sargento Bob Slaughter, no obstante, confiaba en sus soldados. «Los hombres están preparados,

dispuestos y ansiosos por partir», escribió. «Estamos seguros de que, con nuestro entrenamiento y nuestra habilidad, la mayoría sobreviviremos [50] ». Aunque ya era sargento, Slaughter sólo tenía diecinueve años. Se había alistado en la Guardia Nacional el 3 de febrero de 1941, el día de su decimosexto cumpleaños. Sus motivos fueron más financieros que patrióticos. Como sucedía con muchas familias estadounidenses en la década de 1930, la suya pasaba por momentos difíciles. El padre de Slaughter, un vendedor de madera, había perdido su trabajo en Bristol, Tennessee, y la familia se había mudado a Roanoke, Virginia, donde al final encontró empleo en la empresa maderera Skyline Lumber Company, aunque en un puesto más bajo y con menos sueldo. Su salud era cada vez peor, lo que hizo que sus cuatro hijos tuvieran que colaborar con los gastos del hogar, primero haciendo rondas repartiendo periódicos y luego, en el caso de Bob, trabajando en un aserradero por cincuenta céntimos al día.

A sus padres no les gustó que se alistara en la Guardia Nacional, pero el joven Bob se obstinó en ello y la paga del ejército no era despreciable, así que le firmaron la autorización y al poco se unió a la Compañía D, la unidad de armas pesadas, del 1.er Batallón del 116.º de Infantería. Diez meses después, Estados Unidos entró en guerra y otros diez meses después de eso el 116.º de Infantería, junto con el resto de la 29.ª

División de Infantería, zarpaba hacia Inglaterra. Desde entonces, primero en Escocia y luego en el suroeste de Inglaterra, Slaughter y sus amigos habían estado preparándose para la invasión. Físicamente, no podían estar en mejor forma. Iban bien equipados y tenían alta la moral. Desde principios de año, habían entrenado intensamente las

técnicas de asalto anfibio. Lo que no habían hecho eran maniobras con tanques o artillería, ni habían aprendido como atacar los infinitos campos rodeados de altísimos y espesos setos de Normandía, y eso a pesar de estar en Devon, donde abundaban los campos pequeños rodeados de ese mismo tipo de setos.

El jueves 1 de junio, el puesto de mando del 116.º de Infantería en Blandford se cerró y las unidades de asalto se trasladaron a campamentos más próximos a la costa. Poco más de un mes antes, Eisenhower, el general Bradley y otros comandantes de alto rango habían presenciado cómo los soldados realizaban sus maniobras de asalto anfibio, y poco después el comandante supremo aliado había hablado con algunos de los soldados. Uno de ellos había sido el sargento Bob Slaughter.

—Sargento —le preguntó Eisenhower —, ¿están usted y sus hombres listos?

Slaughter respondió de inmediato:

—¡Sí, señor, estamos listos [51] !

Eisenhower y Bradley no eran los únicos comandantes de alto rango que estaban pasando revista a los hombres, charlando con ellos y arengándolos. El general Montgomery había estado viajando por buena parte del país en una última gira de visitas a sus tropas que había empezado el 23 de mayo y estaba terminando la mañana del viernes 3 de junio en Broomfield House, el cuartel general del 21.er Grupo de Ejércitos.

Era el turno de su propio equipo de oficiales, que estaban sentados con las piernas cruzadas como escolares sobre lonas impermeables en lo que antes había sido una pista de hierba de tenis. Se podía palpar la expectación a la espera de que llegara el comandante. Frente a ellos había un *jeep* con unos escalones para subir al capó y tras este podio improvisado había un bosque de castaños, ya totalmente florecidos. Hacía sol y el aire era fresco: un día ideal de principios de verano en Inglaterra.

El coche de Monty se detuvo tras ellos y, acompañado por uno de sus ayudantes, caminó por un lado de la pista hasta el *jeep*, momento en el cual todo el mundo, ya fueran generales o capitanes, se puso en pie. Les conminó a que volvieran a sentarse y luego subió al capó del *jeep*. Además de esta última gira, Montgomery había pasado mucho tiempo viajando por el país, hablando con los hombres que combatirían a sus órdenes en la cercana batalla. Se le ha criticado mucho desde entonces por ello, pues se ha sugerido que Monty tendría que haberse concentrado en los detalles del plan en lugar de ir de un lado a otro para satisfacer su propio ego. Sin embargo, era importante que los comandantes del ejército fueran figuras visibles, sinceros y ofrecieran

a sus hombres una imagen clara de lo que estaba pasando y de lo que tendrían que hacer en las próximas batallas; ciertamente, esa forma de hacer las cosas se había demostrado efectiva en el sureste de Asia, donde tanto el general británico Bill Slim como el nuevo comandante supremo aliado, el almirante lord Louis Mountbatten, habían llevado a cabo una gira de visita a todas sus tropas que había generado una palpable mejora de la moral. A Leigh-Mallory y Ramsay les resultaba frustrante que, en ocasiones, Montgomery no estuviera disponible, pero, tras presentar el plan el 7 de abril, había completado a efectos prácticos su parte en el proceso. La planificación de los detalles de la operación no le correspondía y, en cualquier caso, la complejidad de la operación naval comportaba que el plan terrestre tenía que estar, para entonces, tallado en piedra: no se podía hacer ningún cambio importante tras ese punto, de modo que levantar la moral y generar confianza entre sus ejércitos era una de las mejores actividades en las que emplear su tiempo.

Monty ofreció ahora a sus oficiales una breve panorámica de lo que había pasado hasta entonces en la guerra y les explicó cómo pensaba que iba a desarrollarse la última fase del conflicto. «La esencia de su técnica», apuntó Carol Mather, uno de los que escucharon sus lacónicas y sensatas frases, «era la claridad. Todo el mundo sabía exactamente dónde estaba, dónde iba a ir y su parte en el desarrollo de los acontecimientos. La "niebla de la guerra" se disipaba por unos instantes, se levantaba el telón y se podían ver los acontecimientos futuros [52] ». Montgomery terminó ofreciendo cinco conclusiones clave. La primera era la importancia de la unidad entre los aliados.

La segunda, que todos debían mantenerse en forma física y mentalmente, así como creer en la justicia de su causa. En tercer lugar, que todos tenían motivos para la confianza: estaban muy bien entrenados, bien equipados y preparados para la acción.

Cuarto, deberían sentir entusiasmo por la causa por la que combatían. Y, por último, era esencial que lo dieran todo en aquella batalla a vida o muerte, especialmente en las fases iniciales — las más decisivas — del desembarco.

Entonces hizo una pausa y descendió sobre el grupo un profundo silencio. Carol Mather sintió como si el tiempo se hubiera parado mientras reflexionaba sobre la enormidad de la labor que tenían por delante.

«Teme demasiado su destino», continuó Montgomery, citando al poeta-soldado James Graham, marqués de Montrose, «o vale muy

poco quien no se atreve a apostar a todo o nada[53] ». Levantó la vista y los miró a todos. «¡Buena suerte a todos y cada uno de ustedes! ¡Y buena caza en la Europa continental!».

«Entonces todo el mundo empezó a dar vítores», escribió Mather, «y supimos que íbamos a ganar[54] ».

Capítulo 5

Vientos de guerra

Al este del frente de invasión previsto, al sur de El Havre y del estuario del Sena y a unos ochenta kilómetros de Caen, estaba el pequeño pueblo de Saint-Etienne-l'Allier, en el valle del Eure. Como la mayoría de los pueblos normandos, estaba rodeado por fértiles tierras de cultivo, tenía casas y una iglesia de piedra construidas hacía siglos y era, a todos los efectos, perfectamente corriente. Pero sucedía que era el cuartel general del Maquis Surcouf, un grupo de la *Résistance* que había crecido de forma considerable durante el año pasado. Además, debido a su ubicación — en el trayecto de los refuerzos que los alemanes podían enviar a Normandía — parecía muy probable que tuviera un papel importante en la batalla que se avecinaba.

El líder indiscutible del Maquis Surcouf era Robert Leblanc, el propietario del café y colmado del pueblo, un hombre atractivo de treinta y cuatro años con un espeso cabello que se peinaba hacia atrás. Leblanc había sufrido tuberculosis, lo que le había librado de ser llamado a filas al inicio de la guerra, y se había quedado en el pueblo con su esposa, Denize, y sus cuatro jóvenes hijos. Siendo como era un gran patriota, se había sentido profundamente ofendido por la ocupación alemana desde sus inicios y estaba decidido a no sufrirla de brazos cruzados. Con el cura del pueblo, el abad Meulan, y el carpintero, Robert Samson, empezaron a llevar a cabo pequeños actos de desafío, como pintar signos de V de Victoria en las puertas y arrancar los carteles alemanes. Leblanc se negó a vender periódicos proalemanes y pro-Vichy. Entre los tres, además, escondieron a aviadores aliados derribados y los ayudaron a escapar. Hacia la primavera de 1943, otros empezaron a visitarlos y se unieron al movimiento. La mayoría eran jóvenes que trataban de evitar el *Service du travail obligatoire*, introducido en febrero de 1943, por el cual se les requería a todos los hombres de entre dieciocho y veinticinco años que trabajaran en Alemania durante dos años. Por trabajar como esclavos — que era, en definitiva, lo que serían — en condiciones brutales no recibirían más que el salario mínimo y raciones exiguas de comida. Los primeros 250 000 franceses fueron convocados a los

pocos días de aprobarse la ley. Huelga decir que un gran número de jóvenes franceses huyó a las montañas. Una nueva palabra se extendió por toda Francia muy rápidamente, desde las laderas de los Alpes y los Pirineos hasta los valles más remotos de Normandía: *maquis*, la palabra corsa para describir el terreno montañoso y con arbustos que acabó dando nombre a los grupos de jóvenes que huyeron de los trabajos forzados en Alemania y se organizaron en grupos de resistentes.

Desde noviembre de 1942, toda Francia estaba ocupada por tropas alemanas, pero la gestión del día a día del país quedaba en manos del gobierno dictatorial francés con sede en Vichy y liderado por el anciano mariscal Pérain y su primer ministro, Pierre Laval. La resistencia en Francia había sido desorganizada, aislada y poco coordinada hasta que Jean Moulin, un antiguo funcionario regional, consiguió viajar a Inglaterra para reunirse con el general Charles de Gaulle, el líder de la Francia Libre y autoproclamado líder del gobierno francés en el exilio en Londres. Aunque Moulin era de izquierdas, decidió que lo mejor era que toda la resistencia se unificara bajo la bandera del derechista De Gaulle y regresó a Francia para unificar los distintos movimientos de resistencia, con la intención de que formaran un todo más organizado y coordinado. En esta tarea, Moulin tuvo un éxito increíble, hasta que fue traicionado, capturado, torturado y ejecutado en julio de 1943. Desde entonces, la *Résistance* empezó a fragmentarse de nuevo, sobre todo por las medidas cada vez más severas que tomaron los alemanes y Vichy para intentar erradicarla. Además de los doscientos mil soldados alemanes que ocupaban el país, el gobierno de Vichy tenía, a principios de 1944, más de cincuenta mil gendarmes, veinticinco mil *gardes mobiles de réserve* y unos treinta mil miembros de la Milice Française, una nueva milicia paramilitar fascista cuyos miembros estaban mal entrenados y a menudo carecían de disciplina, pero estaban decididos a emprender una campaña de represión brutal. En la primera mitad de 1944, Francia estaba, en muchos aspectos, desgarrada por una guerra civil.

Controlar y coordinar a jóvenes buscados por la ley, además de definir cómo debía operar la resistencia y poner de acuerdo a personas que tenían motivaciones políticas, egos y expectativas muy diferentes, era una tarea ardua, especialmente con tantos de sus líderes ya muertos y muchos otros exiliados en Londres o en el norte de África de la Francia Libre. Sin embargo, hacia la primavera de 1944, la situación estaba mejorando.

La Commission Militaire d’Action (COMAC) se había establecido para ayudar a unificar la resistencia armada, pero no para controlarla, y

luego se creó una estructura común de mando llamada Forces Françaises de l'Interieur — «Fuerzas Francesas del Interior» o FFI — que pronto arraigó en la conciencia colectiva. Se popularizaron los brazaletes con las siglas FFI, que aparecieron en multitud de pintadas en edificios, vehículos y en numerosos panfletos. El liderazgo nominal de las FFI se entregó al general Pierre Koenig, un comandante de la Francia Libre que, en 1942, había dirigido su heroica resistencia contra las fuerzas de Rommel en Bir Hakeim, en Libia, y que después había combatido en El Alamein. Su nombramiento fue una decisión muy acertada, aunque en términos prácticos no tuvo una gran repercusión, dado que Koenig estaba en Inglaterra, no en Francia. Sin embargo, hacia mayo de 1944, tanto la COMAC

como la creación de las FFI habían hecho mucho para aportar a los movimientos de la *Résistance* un sentido de objetivo común, por mucho que sus ideas políticas continuaran siendo tremendamente diversas.

Encabezar cualquier tipo de organización de resistencia era, desde luego, una tarea increíblemente difícil y peligrosa, como había descubierto el propio Robert Leblanc, líder indiscutible del Maquis Surcouf. Ahora tenía bajo su mando directo a unos dos mil hombres y vivía bajo el riesgo constante de ser traicionado, nunca tenía suficientes armas ni munición y su vínculo con las autoridades de rango superior era bastante precario y sólo tenía lugar a través de intermediarios, y lo mismo podía decirse de las provisiones que le enviaban los británicos en paracaídas. Sin embargo, en la cercana invasión, se esperaba que él y sus hombres hicieran cuanto estuviera en su mano para dificultar los movimientos de las fuerzas alemanas. Se esperaba mucho de unos hombres con pocos medios que además se enfrentaban, si eran capturados, no a un campo de prisioneros de guerra, sino a la tortura y la ejecución.

Al otro lado del canal, en Gran Bretaña, qué hacer con los franceses era precisamente uno de los muchos dilemas y desafíos a los que se enfrentaban los Aliados en vísperas de la invasión. Los británicos habían acogido y apoyado a De Gaulle desde su llegada a Londres en junio de 1940 y, en julio de 1942, tanto británicos como estadounidenses habían reconocido cautelosamente al Comité Français de Libération Nationale — o CFLN —, que era la organización política de De Gaulle, pero se habían negado a aceptarlo como gobierno provisional. Aunque nadie ponía en duda que De Gaulle era un hombre valiente, entregado a la causa, y un líder natural, el francés no hizo ningún esfuerzo por granjearse el afecto de aquellos que estaban ayudándolo a él y a su país en aquellos oscuros tiempos de guerra.

Altivo, hipersensible, temperamental y con un ego del tamaño de París, rara vez mostró gratitud por la ayuda recibida y, en cambio, transmitía la aparatosa sensación de que todo cuanto recibía era su derecho.

Churchill y los británicos se mostraron, en general, tolerantes, pero los estadounidenses, y en particular el presidente Roosevelt, desconfiaban profundamente de él. Lo que más preocupaba a Roosevelt es que Francia, una vez liberada, escogiera a su líder de manera democrática, y no estaba convencido de que el CFLN contara con la suficiente legitimidad ni de que De Gaulle fuera el líder alrededor del cual los franceses quisieran congregarse una vez liberados. No eran preocupaciones absurdas. Puede que Moulin hubiera creído que la resistencia debía seguir la bandera de De Gaulle, no obstante, desde su muerte muchos de los líderes de Resistencia se habían mostrado en desacuerdo con esa noción. De hecho, incluso en marzo de 1944, el Conseil National de la Résistance («Consejo Nacional de la Resistencia»), creado por Moulin siguiendo líneas gaullistas, había rechazado de plano la petición de De Gaulle de controlar directamente desde su cuartel general en Argel al COMAC y las FFI.

Eisenhower había pedido permiso para abrir negociaciones con el CFLN, permiso que al final le concedió Roosevelt, pero sólo para que ayudara a restaurar el orden y el Estado de derecho en Francia. Las áreas liberadas, sin embargo, serían administradas por el Gobierno Militar Aliado para los Territorios Ocupados (GMATO), que ya había dirigido los asuntos civiles en Italia. No habría ningún tipo de reconocimiento del CFLN como gobierno provisional ni se iban a compartir con él los detalles de Overlord.

El sistema de cifrado del CFLN, para colmo, era ridiculamente fácil de romper, lo que agravaba las preocupaciones de que pudiera producirse una fuga de información. Por si fuera poco, los británicos habían impuesto una prohibición de viajes y de comunicaciones sin censura previa a todos los representantes diplomáticos de cualquier país neutral o aliado excepto a aquellos de los dominios británicos, Estados Unidos y la Unión Soviética. Era una medida totalmente razonable, pues existía un riesgo enorme de que se filtrara información al Eje a través de esos canales. Puesto que el CFLN de De Gaulle no estaba incluido entre las entidades exentas de esa censura, dejó de poderse comunicar libremente desde Argel con sus propias fuerzas que estaban en Inglaterra.

Éstas no eran de ningún modo insignificantes: muchos pilotos y tripulantes franceses volaban con la RAF; barcos franceses operaban

en las armadas aliadas y toda una división acorazada bajo el general Philippe Leclerc estaba adiestrándose en Inglaterra y formaba parte del Tercer Ejército estadounidense del general George S. Patton. Éste, sin embargo, no estaba previsto que llegara a Francia hasta que buena parte de Normandía hubiera caído.

Todo esto componía una realidad humillante para De Gaulle: que no intervendría para nada en la invasión ni podía esperar tampoco regresar a su país como líder de la Francia liberada. Enfurecido, prohibió a Koenig comunicarse en adelante con Eisenhower y su Estado Mayor en el Cuartel General Supremo de la Fuerza Expedicionaria Aliada (CGSFEA). Para Eisenhower, la cada vez peor relación con De Gaulle y el CFLN fue un dolor de cabeza adicional. Necesitaba la cooperación de Koenig por el papel que la Resistencia y, por supuesto, las demás fuerzas francesas tendrían en Overlord. Koenig se hallaba también en una situación muy ingrata. «Si nuestra planificación no sigue adelante», escribió Eisenhower a su amigo, el general Joe McNarney, «vamos a pasar mucha vergüenza. Peor aún, si tuviéramos una mejor relación con los franceses creo que podrían hacer mucho para aliviar el resentimiento que sin duda debe estar creciendo en Francia a consecuencia de nuestras operaciones de bombardeo [55] ».

Eisenhower sugirió traer a De Gaulle a Londres para una reunión con Churchill, que sentía hacia el francés mucha más simpatía que Roosevelt. Que se pudiera persuadir a De Gaulle de acudir era harina de otro costal y, mientras tanto, éste había anunciado con aire retador que el CFLN se rebautizaría como Gouvernement Provisoire de la

République Française — «Gobierno Provisional de la República Francesa» —. A Roosevelt no le hizo gracia. El impás se alargó.

Si bien De Gaulle fue orillado, los Aliados habían empezado a tomarse a la Resistencia más en serio. Tras una serie de reuniones con sus líderes, primero Churchill y luego Eisenhower se decidieron a armar a la Resistencia francesa, que hasta entonces había tenido una prioridad más bien baja en comparación con el apoyo que se había dado a los partisanos en Italia y los Balcanes. Se incrementaron de manera considerable los lanzamientos de armas sobre Francia, tanto a través de las organizaciones de De Gaulle como a través del Ejecutivo de Operaciones Especiales — SOE, por sus siglas en inglés — la organización británica dedicada al sabotaje y a fomentar la resistencia, que ahora pasó a estar también bajo el control de Eisenhower. Entre febrero y mayo de 1944, más de 76 000 subfusiles Sten, cerca de 28 000 pistolas, casi 17 000 rifles, 3400

ametralladoras Bren y cientos de morteros y bazucas se lanzaron en paracaídas para la Resistencia. El Maquis Surcouf de Robert Leblanc recibió parte de estas armas, aunque la ayuda no fue ni mucho menos la suficiente para crear el tipo de insurrección general con la que soñaba la Resistencia.

Sin embargo, lo último que querían los Aliados era que una masa de franceses fuera de control provocase una guerra civil a gran escala o que un grupo tratara de tomar el control político del país. No, al menos, hasta que la batalla por Francia se hubiera ganado. En cambio, Eisenhower quería que la Resistencia aumentara sus actividades de modo que, primordialmente, apoyaran el trabajo de las fuerzas aéreas aliadas en la tarea de detener o ralentizar la llegada de hombres y material alemanes al frente. Las FFI habían presentado una serie de planes que primero habían sido aprobados por el general Koenig y su equipo en Londres y luego aceptados por Eisenhower: el Plan Verde, para sabotear los ferrocarriles; el Plan Tortuga, para las carreteras; y el Plan Violeta, para las comunicaciones. Las instrucciones sobre cuándo activar estos planes se darían mediante mensajes en clave emitidos por la BBC, los detalles de los cuales habían sido comunicados por agentes aliados aerotransportados a Francia. Además, varios equipos de tres hombres, conocidos como «Jedburghs» se lanzarían en paracaídas sobre Francia. En cada uno de ellos habría un agente británico del SOE, un agente americano de la OSS y un francés, y llevarían consigo un equipo de radio. Los Jedburghs actuarían como instructores, como unidades de enlace con los diversos maquis y como punto de contacto para los Aliados. Además, se enviaría al SAS muy por detrás de las líneas enemigas para que ayudara a preparar y organizar a las FFI. De esta forma, los Aliados podrían coordinar mejor las actividades de la Resistencia y, lo que era más importante, mantener el control sobre ellas.

Los líderes del Maquis Surcouf, mientras tanto, estaban escondidos en una pequeña habitación del Château de la Bivellerie en Tourville-sur-Pont-Audemer, a sólo trece kilómetros de Saint-Etienne-1 Allier. Robert Leblanc y sus hombres de confianza estaban listos y esperando, pegados a la radio, aguardando la señal acordada para activar los planes. Los hombres de Leblanc ya se habían ganado el respeto y la gratitud de los Aliados al responder a una petición del equipo de Koenig de encontrar y ejecutar a Violette Morris, una exatleta olímpica francesa ganadora de la medalla de oro que se había convertido en una agente especialmente efectiva y sádica de la Gestapo. El 26 de abril, los hombres de Leblanc le tendieron una emboscada a ella y a otros dos colaboracionistas en una carretera rural cerca de Epaignes. Los mataron a los tres y se llevaron el coche de

ella, un Citroen, como trofeo.

Ahora, sin embargo, Leblanc y sus camaradas estaban seguros de que la invasión era inminente; el 1 de junio recibieron una serie de mensajes en clave a través de Radio Londres para advertirlos de que permanecieran alerta. Finalmente, el día que llevaban tanto tiempo esperando estaba a punto de llegar.

Si uno de los quebraderos de cabeza aliados eran las relaciones con los franceses, otro era el continuo temor a que se produjera una fuga de información que permitiera a los alemanes saber cuándo y dónde se lanzaría la invasión. Por este motivo, sólo aquéllos con autorización especial conocían esta información. Para confundir a los alemanes, se puso en marcha un elaborado plan de engaño, conocido en general como operación Fortitude. Todos los agentes alemanes que habían intentado infiltrarse en Gran Bretaña habían sido capturados, encarcelados y, o bien convertidos en agentes dobles o bien ejecutados, pero la inteligencia alemana no era consciente de ello. Los agentes dobles, supervisados por el Comité XX del MI5, tenían mucho trabajo transmitiendo grandes cantidades de información falsa junto con informaciones reales intrascendentes. Los Aliados sabían que los trabajos de desinformación estaban funcionando gracias a «Axis Sally», una locutora de radio estadounidense que trabajaba para los nazis y mencionaba mucha de la información que se enviaba a través de la operación Double Cross. Era inquietante para las tropas aliadas que escuchaban su programa, pero tranquilizadora para los que dirigían la inteligencia aliada.

En el campo de la inteligencia en tiempos de guerra, sin duda ayudó que los Aliados occidentales fueran democracias. En la Alemania nazi, las organizaciones de inteligencia tendían a operar de forma independiente, desconfiaban unas de otras y rara vez ponían en común sus recursos. La información era poder y, por lo tanto, se protegía celosamente. El único momento en que se juntaba todo era en la cima. Las SS, por

ejemplo, cada vez manejaban más de la inteligencia interna en el Reich a través del control de la RSHA, la Oficina de Seguridad del Reich. La *Abwehr* era la organización de inteligencia de la *Wehrmacht*, pero estaba metida en conspiraciones para derrocar al régimen *y* la RSHA la detestaba. Cada uno de los servicios de las Fuerzas Armadas tenía unidades de inteligencia, pero tendían a no cooperar demasiado entre ellas. Por increíble que parezca, Göring tenía su propio sistema de inteligencia privado, el *Forschungsamt*, que trabajaba con el objetivo de mantenerlo un paso por delante de sus enemigos…,

quienes estaban dentro de la jerarquía nazi, no fuera.

Los británicos y los estadounidenses, en cambio, pusieron en común sus organizaciones de inteligencia de forma muy efectiva. Se ha hablado mucho y bien — y con razón — de los descifradores de códigos de Bletchley Park por ser capaces de romper el código de las máquinas Enigma que los alemanes utilizaban para enviar mensajes cifrados en Morse; pero los criptoanalistas de Bletchley también descifraron las máquinas Lorenz de cifrado que los alemanes conectaban a los teletipos y que utilizaban para comunicarse entre Berlín y los principales cuarteles generales de los comandantes sobre el terreno. En vísperas de Overlord, este tráfico decodificado, conocido como «Fish», ofreció a los Aliados una imagen bastante clara de la disposición de las tropas enemigas en Normandía y a lo largo de todo el OB West. Además de los logros de los criptoanalistas británicos, los descifradores de códigos estadounidenses también rompieron las claves que utilizaba el embajador japonés en Berlín, mientras que otras agencias contribuyeron a afinar la imagen generada por la inteligencia, como el Servicio Y (una organización que se dedicaba a la escucha radiofónica), el reconocimiento aéreo, los diversos servicios de inteligencia militar británicos, como el MI5 o MI6 y el MI14, más las subdivisiones de éstos, como el Comité XX del MI5 y también los agentes sobre el terreno, fueran del MI6, SOE o de la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS) estadounidense. Toda la información capturada por estos servicios de inteligencia era rápida y eficazmente puesta en común, lo que hacía que el resultado fuera bastante mejor que la suma de sus partes. A través de la BBC, se pidió a los civiles británicos que enviaran cualquier postal y fotografía que tuvieran de Francia de antes de la guerra. Llegaron millones de fotografías y las de Normandía fueron cuidadosamente apartadas y analizadas para ayudar a componer una imagen más precisa de las ciudades, pueblos, aldeas, playas y campos vistos desde el suelo.

Otra parte de la operación Fortitude fue, además, la creación de un ficticio Primer Grupo de Ejércitos estadounidense y de otras diversas unidades, divisiones y cuarteles generales de cuerpos inexistentes. A tal fin se crearon también aeródromos y aparcamientos de tanques falsos. Si los alemanes se hubieran parado a pensar un poco, quizá se habrían dado cuenta de que Fortitude estaba pasándose de lista. Después de todo, sencillamente no había espacio suficiente en Gran Bretaña para el número de

unidades que les daban a entender que existían. La necesidad de guardar el secreto, sin embargo, también jugó en contra de los Aliados. Por cada misión de reconocimiento aéreo que se lanzaba

sobre el frente de invasión, por ejemplo, se tenían que realizar otras dos en otros lugares de Francia, cuando desde un punto de vista táctico habría sido mucho más útil hacerlo precisamente al revés; pero, con razón, la necesidad estratégica de guardar el secreto se impuso a las conveniencias tácticas de recopilar inteligencia. Los planificadores tenían una imagen muy precisa de qué unidades tenía el enemigo, aunque no sabían mucho de su calidad o tamaño, y siguieron supervisando los cambios y movimientos de tropas hasta el último momento. De hecho, la imagen final de inteligencia antes del Día D se obtuvo el 4 de junio, antes de que los Aliados fueran conscientes de los considerables refuerzos enemigos que habían llegado a Normandía, con la incorporación de divisiones como la 91. *Luftlande* a la península de Cotentin.

Daba lo mismo porque, a esas alturas, no se podía cambiar ya gran cosa, puesto que el plan había sido fijado ya el 7 de abril para dar tiempo a los planificadores navales a organizar Neptuno. Más aún, el número de obstáculos y de defensas en las playas había crecido exponencialmente desde que Montgomery había presentado la primera versión del plan en enero. Los comandantes que estaban preparándose para Overlord no tenían otra que tragar saliva y esperar que todo fuera bien. La inquebrantable confianza de Montgomery, estuviera o no justificada, era crucial para mantener la moral.

A quien estaban quitando el sueño estos refuerzos alemanes era al mariscal del aire Leigh-Mallory. No sólo se había trasladado la 91 . *Luftlande-Division* a Cotentin, sino que también se había desplazado allí el 6. *Fallschirmjäger-Regiment*, la unidad de infantería de mayor calidad en Normandía. También se sabía que la 352. *División* estaba ahora muy cerca de la costa. Leigh-Mallory no lograba quitarse de la cabeza la idea de que aquellos refuerzos condenaban al desastre a los lanzamientos en paracaídas. El plan era que la 82.ª y la 101.ª aerotransportadas se lanzaran bastante separadas, la 82.ª en el lado oeste del Cotentin y la 101.ª protegiendo Utah, pero, al saberse de los refuerzos alemanes, el plan se descartó el 26 de mayo y se acordó en su lugar que la 82.ª se lanzaría alrededor del pueblo de Sainte-Mère-Eglise y, a petición del VII Cuerpo (donde estaba adjunta), también en la parte occidental del valle del Merderet, desde donde podían establecer cabezas de puente al otro lado del río. De esta forma, aunque seguirían lanzándose separadas, ambas divisiones estarían a una distancia que les permitiría apoyarse mutuamente si era necesario.

Esta decisión, sin embargo, no bastó para tranquilizar a Leigh-Mallory, que quería que se anulara toda la operación aerotransportada. Los

paracaidistas estadounidenses no estaban bajo su mando, pero el IX Mando de Transporte de Tropas, parte de la

Novena Fuerza Aérea estadounidense, sí lo estaba. El plan era que los novecientos quince aviones de transporte necesarios cruzaran la península de oeste a este a sólo mil pies de altura, directamente sobre un lugar donde ahora se sabía que había una gran concentración de tropas enemigas. El lanzamiento de los paracaidistas llevaría un total de tres horas, tiempo de sobra para que el enemigo ajustase sus miras y puntería. Sin blindaje ni tanques de combustible autosellables, los C-47 Skytrain que transportaban a las tropas — o Dakotas, que era como los británicos llamaban a esos aviones — eran ciertamente vulnerables, y Leigh-Mallory anticipaba una masacre: aviones en llamas precipitándose al suelo, formaciones dispersándose por el fuego enemigo y haciendo que las tropas lanzadas quedaran extendidas por una zona tan grande que les resultaría imposible cumplir su misión.

Informó de sus preocupaciones a Bradley, pero el comandante del Primer Ejército de Estados Unidos no quiso saber nada del tema; el general de división Matthew Ridgway, el comandante de la 82.ª y el general de división Maxwell Taylor de la 101.ª tampoco se mostraron nada receptivos. Así que Leigh-Mallory acudió a Ike. «No quiero darte más problemas en estos momentos tan difíciles», escribió a Eisenhower el lunes, 29 de mayo,

«pero creo que no estaría cumpliendo con mi deber si no te hiciera saber que estoy muy en desacuerdo con las operaciones aerotransportadas estadounidenses tal y como están planeadas ahora [56] ».

Eisenhower contestó con el tipo de negativa tajante pero diplomática que le hacía el comandante supremo ideal. Leigh-Mallory hacía bien en expresar sus preocupaciones; él mismo también estaba preocupado por el riesgo de esa parte de la operación. «Sin embargo», añadió, «un ataque aerotransportado contundente en la región indicada es esencial para la operación global y, por lo tanto, debe tener lugar [57] ». Todos los afectados debían hacer todo lo posible para disminuir los riesgos, añadió, y luego previno con firmeza a Leigh-Mallory de que no continuara manifestando opiniones negativas. «Es particularmente importante no deprimir gratuitamente a las tropas aéreas y terrestres que participan en la operación», escribió. «Como el resto de soldados, deben comprender que tienen por delante una tarea difícil, pero han de estar animados y decididos a llevarla a cabo». El salto en paracaídas de los estadounidenses, pues, se mantuvo en la operación.

Por mucho que Leigh-Mallory hubiera enervado a Bradley, el capitán Chester

«Chet» Hansen, su ayudante principal, pensó que rara vez lo había visto de mejor humor que durante la cena del viernes 2 de junio. Antes, esa tarde, habían conducido

hasta un aeródromo cerca de su cuartel general en Bristol para despedirse del general Patton, que había sido huésped de Bradley.

—Brad, que tengas la mejor de las suertes — le había dicho Patton, estrechando con fuerza las dos manos de Bradley —. Nos volveremos a ver… espero que muy pronto [58] .

Cuando lo hicieran, el Tercer Ejército estaría uniéndose a la batalla por Bretaña y Bradley asumiría el control del 12.º Grupo de Ejércitos estadounidense el continente.

Durante el viaje de vuelta a Bristol, Hansen pensó que Inglaterra jamás le había parecido más bonita ni más verde. Él era un experiodista de Nueva Jersey y había trabajado en relaciones públicas en Nueva York antes ser reclutado y enviado a la Escuela de Candidatos a Oficial, donde se había graduado séptimo de su promoción.

Desde allí había pasado directamente al Estado Mayor de Bradley, y poco después se encontró despidiéndose de su esposa, Marjorie, y zarpando con el general hacia el norte de África. Casi dos años más tarde, estaban a punto de embarcarse en una de las más grandes operaciones militares jamás organizadas y, como Hansen sabía a la perfección, disfrutaría de una posición privilegiada para contemplar el papel que el Ejército de Estados Unidos iba a tener en ella. «Atrás quedan los días de larga y concienzuda planificación», anotó en su diario esa noche, «las interminables conferencias, los cambios y las decepciones. La invasión es ahora un paquete cerrado. No hay nada que quede por hacer salvo subir a un barco y navegar hasta Francia [59] ».

Al día siguiente, el sábado, 3 de junio, condujeron hasta Plymouth, en la costa del sur de Devon, pasando entre campos abarrotados de tanques y decenas de miles de vehículos de todo tipo, y luego se reunieron con el adjunto de Bradley, el teniente general Courtney Hodges, y el general de división «Lightning» Joe Collins, el comandante del VII Cuerpo, y luego siguieron hasta el antiguo puerto desde el cual los Padres Peregrinos habían zarpado hacia América.

Desde allí, una lancha los llevó al USS *Augusta*, el crucero que llevaría a Bradley a Normandía y el buque insignia del contralmirante Alan Kirk, el comandante naval de las fuerzas estadounidenses. Luego fueron transferidos de nuevo a otro barco, el USS *Achernar*, un viejo carguero reconvertido en barco de mando, en la parte inferior de cuya sección central estaba el Puesto de Mando del Primer Ejército. Un gran mapa de localización aérea cubría una mesa en el centro de la sala, mientras que otros mapas estaban fijados en las paredes. En la puerta de al lado había una sala de filtrado para las intercepciones por radar de aviones enemigos, lo que delataba la ansiedad que causaba a todo el mundo un posible ataque de la *Luftwaffe* durante la invasión.

Más adelante esa tarde, Hansen se sentó a escribir su diario en la mucho más pequeña sala de operaciones que se les había asignado en el Augusta. Los mapas cubrían de nuevo las paredes, mientras las máquinas de escribir percutían sin cesar.

Había tazas de café en prácticamente todas las superficies. Hansen fue informado de que existían otras preocupaciones más allá de la amenaza de la *Luftwaffe*, entre ellas si se habían despejado suficientes pasillos marítimos entre los campos de minas. Luego estaba el tiempo. Aunque a bordo hacía un calor pegajoso y maloliente, las previsiones meteorológicas que les llegaban no eran buenas. Venían vientos, nubes bajas y visibilidad reducida. Era preocupante…

En el verano de 1944, la previsión meteorológica era todavía una ciencia muy imprecisa. Había estaciones meteorológicas por todo el Reino Unido y los meteorólogos aliados podían recurrir también a datos de otras en la costa de Irlanda, a pesar de la neutralidad irlandesa. Pero, más allá de las islas británicas, las fuentes de información eran enormemente reducidas: unos cuantos barcos meteorológicos y nada más. Cada uno de ellos estaba equipado con barómetros, anemómetros, veletas, higrómetros y termómetros, y los meteorólogos a bordo podían medir la altitud de las nubes y sus bases, la altura de las olas y la velocidad del viento, pero el Atlántico ocupaba una extensión enorme, las variables a tener en cuenta eran numerosísimas y, en última instancia, predecir el tiempo era más difícil cuanta más antelación se requería del pronóstico.

También había distintas escuelas de pensamiento sobre cómo era mejor elaborar la previsión. Uno de los meteorólogos sénior adjuntos a las Fuerzas Aéreas Estratégicas de Estados Unidos, el doctor Irving Krick, era un ferviente defensor del uso de patrones históricos y ciclos de tiempo para complementar los datos que se obtenían de las estaciones meteorológicas: era lo que se conocía como previsión

análoga. En los círculos meteorológicos estadounidenses se consideraba a Krick un autopropagandista petulante, pero contaba con el apoyo del general Hap Arnold, el comandante de las Fuerzas Aéreas del Ejército de Estados Unidos, y ahora lideraba el equipo de meteorólogos estadounidenses con base en Widewing, el nombre en código de la sede principal del CGS-FEA en el parque Bushy de Londres. El equipo meteorológico del Ministerio del Aire británico, por otra parte, estaba liderado por el doctor Sverre Petterssen, un noruego, y por Charles Douglas, que preferían una metodología más científica. El equipo meteorológico del Almirantazgo también ofrecía sus previsiones y todos estos partes se recopilaban y enviaban al capitán de grupo James Stagg, geofísico de formación, pero ahora meteorólogo jefe de Eisenhower, y al coronel Donald Yates, el adjunto de Stagg. Era Stagg, un escocés de treinta y nueve años y rostro enjuto, quien

tenía la ingrata tarea de unificar las diversas previsiones meteorológicas y llegar a algún tipo de conclusión.

Los problemas empezaron el gloriosamente soleado domingo 1 de junio, cuando, en una reunión sobre el tiempo celebrada a última hora de la tarde, el equipo del ministerio del Aire formado por Petterssen y Douglas pintó un panorama bastante sombrío para el Día D, que se había fijado para el lunes 5 de junio. Krick y el equipo Widewing, en cambio, eran mucho más optimistas. Al día siguiente, los hombres del Ministerio del Aire se mostraron todavía más pesimistas, y Stagg se sintió obligado a comunicar ese pesimismo a Eisenhower y sus comandantes. Al terminar la tarde, Petterssen estaba previendo cielo cubierto con nubes de diez sobre diez y riesgo de vientos de fuerza cinco para el lunes.

Los informes de las estaciones meteorológicas llegaban cada pocas horas y los gráficos se actualizaban a mano. Hacia la tarde del sábado 3 de junio, incluso Krick y su equipo en Widewing estaban de acuerdo con la opinión de Petterssen, con la que también coincidían los hombres del tiempo del Almirantazgo. Para Stagg, había llegado el momento de plantarse una vez más ante los comandantes de la invasión, cosa que hizo en la biblioteca en la casa Southwick a las 9.30 de la noche. La biblioteca, cuyas paredes estaban llenas de estanterías en su mayor parte tristes y vacías, se había convertido en la cantina de la casa Southwick.

—Caballeros —dijo Stagg—, los miedos que espero que comprendieran que teníamos ayer, viernes por la mañana… se confirman.

Un área de bajas presiones se estaba acercando, trayendo consigo nubes bajas, vientos fuertes y lluvia.

—Estos detalles regirán del domingo al martes y a principios del miércoles [60] .

Se hicieron varias preguntas. Leigh-Mallory quería saber qué tipo de cobertura de nubes podían esperar en la costa francesa. Diez sobre diez. El almirante Ramsay preguntó si era probable que los vientos de fuerza cinco continuaran el lunes y el martes. Sí. ¿Y el miércoles? No se extinguirían de inmediato, pero irían mejorando. Por unos instantes, nadie habló. Un manto lúgubre descendió sobre la sala. Cuando Stagg y Yates estaban marchándose, oyeron a Eisenhower decir:

—¿Estamos dispuestos a jugárnosla [61] ?

El debate se prolongó hasta alrededor de las 11 de la noche, cuando se pidió a Stagg que regresara a informar de nuevo a las 4.15 de la madrugada siguiente, domingo 4 de junio.

—Felices sueños, Stagg —le dijo irónicamente Tedder cuando pasó junto a él [62] .

Las horas pasaron con rapidez, sin que Stagg ni ningún miembro de los equipos meteorológicos tuviera ocasión de dormir. Krick y el equipo de Widewing estaban ahora seguros de que una cadena de altas presiones procedente de las Azores mantendría alejadas a la mayor parte de las nubes de la costa de Normandía. Petterssen estaba totalmente en desacuerdo. Por otra parte, tras un frente frío — como el que estaba a punto de pasar — vendrían unas pocas horas de vientos ligeros y tiempo despejado con independencia de cómo se comportaran las altas presiones de las Azores.

Si el frente pasaba por la península de Cotentin alrededor de medianoche, entonces, al menos en teoría, existía la oportunidad de que los paracaidistas estadounidenses pudieran lanzarse casi según el horario previsto, con los británicos siguiéndolos pocas horas después. Era muy probable que los bombarderos tuvieran la visibilidad que necesitaban para la operación.

Stagg, sin embargo, sintió que debía ponerse del lado de Petterssen, quien estaba seguro de que, de todos modos, seguiría habiendo demasiadas nubes para que los lanzamientos tuvieran lugar o los bombardeos fueran factibles; instintivamente, Stagg confiaba en Petterssen más que en Krick, aunque, en el fondo, era más por razones

culturales que por cualquier otro motivo. De vuelta en la biblioteca, explicó a los comandantes allí reunidos que no había ninguna oportunidad real: la previsión seguía siendo mala.

De nuevo, le dieron las gracias a Stagg y le pidieron que saliera mientras los comandantes deliberaban sobre la cuestión. Monty era partidario de seguir adelante a pesar de todo, pero Tedder disentía y apostaba por posponer la operación. A Ike siempre le había preocupado el hecho de que el Día D iban a atacar con una fuerza de un tamaño significativamente menor que la que del enemigo, y señaló que siempre habían sentido que lo único que hacía posible la operación era el uso de la fuerza aérea.

Si las condiciones climatológicas hacían imposible utilizarla, creía que lo correcto era posponer el asalto. «¿Hay alguien que no esté de acuerdo?», preguntó [63] . Nadie se opuso. Era una decisión durísima: las Fuerzas S y J — las destinadas las playas Sword y Juno — ya habían salido y hubo que hacerlas regresar; todo el contingente de invasión anfibia ya estaba a bordo de sus correspondientes barcos, donde los soldados deberían permanecer hasta que Overlord tuviera luz verde, hacinados, incómodos y con la moral

y el entusiasmo reduciéndose con cada hora que pasaban en aquellas condiciones. ¿Y

qué sucedería si el tiempo no mejoraba?

Fuera, Stagg miró el cielo, que estaba tranquilo, casi sin nubes, y sintió que el peso de la trascendental decisión caía sobre sus hombros. Se dirigió de vuelta al Puesto de Mando del CGSFEA y fue a su tienda a intentar descansar un poco. Eisenhower también se dirigió a su caravana, donde estaba rodeado de novelas del oeste, periódicos y grandes cantidades de cigarrillos, pues en los últimos días había empezado a fumar como una chimenea, encadenándolos unos con otros.

En la casa Southwick, a las 4.30 de la tarde del domingo 4 de junio, Stagg convocó una conferencia con todos sus equipos meteorológicos. Todo el mundo estuvo de acuerdo con que había una pequeña cadena de altas presiones que tenía aspecto de seguir a la actual de bajas presiones y que, si mantenía el rumbo previsto, perduraría hasta, al menos, la mañana del martes 6 de junio. El tiempo desde el miércoles al viernes seguía siendo malo. Ese «si mantenía el rumbo previsto» era mucho «si». Esta pequeña cadena de altas presiones se había detectado desde los pocos barcos meteorológicos de los que se disponía en el

Atlántico; se podía apreciar claramente un patrón, pero de ahí a asegurar que mantendría el curso y traería consigo los cielos despejados que todos deseaban iba un largo trecho. Corrían el peligro de que, por ganas de aferrarse a aquel salvavidas que les había arrojado la meteorología, estuvieran sobreestimándolo. Una cadena como aquélla podía fácilmente verse truncada, aplastada o desplazada de su trayectoria. Si eso sucedía, no habría ningún tipo de altas presiones. Las nubes bajas continuarían junto con el viento y la lluvia. "El intervalo de buen tiempo desde primeras horas del lunes hasta el martes se ha confirmado", anotó Stagg en su diario tras la siguiente reunión con sus equipos a las 7.30 de esa tarde [64] . Aun así, no era algo tan cierto como parecería al leer esas líneas. La pequeña cadena de altas presiones seguía más allá de la costa occidental de Irlanda y sólo un número muy limitado de estaciones meteorológicas monitorizaban su progreso. Seguía existiendo una probabilidad muy alta de que fuera empujada al norte y pasara por el centro de Inglaterra en lugar de por el canal de la Mancha.

A las 9 de la noche, Stagg habló de nuevo ante los comandantes del Día D y les informó de ese paréntesis de mejoría en el tiempo. Después de que lo interrogaran a conciencia, los dejó para que deliberaran. Monty insistió enfáticamente en lanzar la operación. Lo mismo hizo Bedell Smith.

—«Es una apuesta monumental — dijo el jefe del Estado Mayor de Ike —, pero es la mejor opción sobre la mesa [65] ».

—La cuestión —dijo Eisenhower— es cuánto tiempo podemos dejar esta operación con un pie dentro y otro fuera y seguir esperando [66] .

Debido a las mareas y a la luna, la siguiente oportunidad sería el 19 de junio.

Quedaban dos semanas para ese día. Dos semanas durante las que los alemanes habrían reforzado todavía más sus defensas y en las que se produciría un notable perjuicio en la moral de la fuerza de invasión, por no hablar de posibles fugas de información. Era impensable aguardar tanto. Tenían que lanzarse ahora.

Alrededor de veinte minutos después, Eisenhower salió de la biblioteca.

—Stagg, la hemos puesto en marcha otra vez — le dijo —. Por el amor de Dios, haga que el tiempo se comporte como ha predicho. No se le ocurra traernos más malas noticias [67] .

Eisenhower sonrió y luego regresó a la sala con los demás. Poco después, se acordó que se reunirían de nuevo a las 4.15 de la madrugada del lunes 5 de junio para tomar una decisión final e irrevocable.

Stagg regresó a su tienda a alrededor de las 10.30 de la noche e intentó descansar un poco, pero no consiguió dormir. Fuera, la lluvia golpeaba la lona y el viento ponía a prueba las cuerdas de fijación. «He estado estirado pensando en lo que todo esto significaba», anotó, «y esperando y deseando que nuestra historia se hiciera realidad [68] ». Su elección de palabras no podría haber sido más adecuada.

A las 3 de la madrugada estaba de nuevo en pie y reuniéndose con sus equipos de meteorólogos. A estas alturas el frente ya había pasado —los cielos estaban en general limpios y el viento había amainado —; si estaba despejado en Portsmouth, estaría despejado en la península de Cotentin y probablemente el cielo se estaría despejando también con rapidez sobre el resto de Normandía, así que, si se hubieran atenido al plan original para el Día D, no habría sido el desastre que habían temido. Sin embargo, nadie lo mencionó. Se había tomado una decisión. Ahora lo único que importaba era cómo iba comportarse el tiempo la noche siguiente.

Tras otra reunión con sus equipos, a las 4.15 de la mañana Stagg estaba otra vez en la biblioteca frente al comandante supremo y los comandantes en jefe. Montgomery estaba allí, lleno de energía y vestido con pantalones de pana y un pulóver gris de

cuello de cisne. Estaban todos sentados de manera distendida en sillones cuando Stagg empezó a explicar su previsión. Si acaso, les dijo, había motivos para mayor optimismo que la última vez que se habían visto. De nuevo, siguió una intensa sesión de preguntas y luego se le permitió retirarse. Había llegado la hora de tomar una decisión. Monty, Bedell Smith y Ramsay querían lanzar la operación. También Tedder. Leigh-Mallory seguía teniendo grandes dudas. Al final, no obstante, la decisión la tenía que tomar Eisenhower. Era su responsabilidad.

El comandante supremo se sentó en su silla, se frotó la cara con las manos y luego levantó la vista y dijo:

—Bien. ¡Vamos allá [69] !

Capítulo 6

Guerra grande

Existe la tentación, al reflexionar sobre el Día D, de dar por sentadas buena parte de su planificación, organización y escala. Después de todo, ¿a quién le importan la logística y los cientos de miles de administrativos, estibadores, marineros de la marina mercante y contables? Por lo general, la historia del Día D comienza en las lanchas y naves de desembarco, con la fría espuma del océano salpicando los rostros de los mareados y asustados jóvenes que estaban a punto de asaltar las playas. Sin embargo, ellos eran sólo la punta de lanza. Tuvieron la mala suerte de tener la edad y la forma física adecuadas para encargarse de los combates, pero eran una minoría en la «guerra grande» que Estados Unidos y Gran Bretaña habían desarrollado durante los dos años anteriores. Los historiadores, periodistas y comentaristas pueden discutir todo lo que quieran sobre los méritos tácticos o de otro tipo de la máquina de guerra aliada, pero es importante recordar que, llegado el Día D, los Aliados estaban combatiendo en una guerra totalmente industrializada, avanzada tecnológicamente y tan titánica que a uno casi le entra dolor de cabeza al intentar absorber su escala y complejidad.

El minucioso nivel de planificación necesario y la cantidad de cabos que tuvieron que atar hombres y mujeres de distintas nacionalidades son asombrosos. No era sólo cuestión de adiestrar al número necesario de hombres y de fabricar suficientes fusiles y ametralladoras, sino también de mantenerlos alimentado y apoyarlos con la cantidad necesaria de asistencia médica, combustible, ropa y munición. Entre enero y junio de 1944, por ejemplo, sólo Gran Bretaña produjo siete millones de latas de combustible de cinco galones (18,9 litros). Estas latas tenían que almacenarse, transportarse y llenarse.

Se estimaba que los Aliados necesitarían la pasmosa cantidad de ocho mil toneladas de combustible cada día. Se construyeron terminales petrolíferas, que a estas alturas de la guerra estaban en su mayoría fuera del alcance de la *Luftwaffe*, en Liverpool y Bristol, pero el combustible tenía que llegar desde Estados Unidos y el Caribe y sólo podía hacerlo en barco a través del Atlántico. En los primeros cinco meses del año habían llegado a Gran Bretaña 1 720 900 toneladas de combustible, tres veces más que la cantidad que ya había utilizado Alemania.

Una vez se establecieran puertos operativos en el continente europeo, los petroleros podrían navegar directamente hasta Francia, pero, hasta entonces, para que los Aliados pudieran sacar provecho de su enorme superioridad material, el petróleo para la fase inicial de la campaña

tendría que enviarse directamente desde Gran Bretaña. Parte

podría mandarse en barco, pero se podía aliviar un poco la enorme necesidad de transporte marítimo utilizando la nueva tecnología de oleoductos, así que, desde estas nuevas terminales se construyeron oleoductos que cruzaban Inglaterra y, pasando por debajo del estrecho de Solent, llegaban a Sandown, en la isla de Wight; desde allí, una vez tuviera éxito la invasión, el plan era instalar un oleoducto sobre el fondo de canal de la Mancha hasta Normandía. No era una operación sencilla. En primer lugar, había que crear una tubería que fuera lo bastante resistente y grande como para soportar la cantidad de combustible que se bombearía de forma constante a través de ella. En segundo lugar, tenía que aguantar la presión que había en el fondo del mar en el canal.

Al final, se optó por una cañería flexible de 76 mm de diámetro elaborada con una combinación de forro de plomo, malla de acero y goma reforzada. El plan era desplegarla utilizando un « *conumdrum* [70] », un enorme tambor flotante que llevaba enrollada esta extraordinaria cañería especial, que pesaba más de treinta y cuatro toneladas por kilómetro. El desafío logístico que planteaba esta operación era considerable. Antes de que pudiera tenderse el oleoducto — llamado en código Pluto (iniciales en inglés de oleoducto bajo el océano) —, las fuerzas de invasión dependerían de lo que pudieran llevar con ellas, y ahí era dónde entraban los barcos petroleros y los millones de latas de combustible.

También se tuvieron que establecer grandes depósitos de munición y comida. Se diseñaron un enorme número de almacenes, que luego se construyeron y se llenaron hasta el techo por toda Gran Bretaña, pero especialmente cerca de los puertos. Todos los puertos del sur de Inglaterra estaban abarrotados por las necesidades de la invasión, mientras que una enorme cantidad de bienes y mercancías seguía cruzando el Atlántico hacia Gran Bretaña. La necesidad de transporte marítimo era acuciante hasta extremos sobrecogedores. Cualquier día durante la guerra, a cualquier hora, había una media de unos dos mil cargueros británicos navegando por los océanos del mundo; en cuanto a cargueros estadounidenses, la cifra se acercaba a los tres mil. Para que cualquier suministro llegara a Gran Bretaña, fuera lana, algodón, goma, madera, bauxita o cualquier otro producto, tenía que pasar por el Atlántico, llegar a los puertos británicos

— habitualmente en la costa oeste y principalmente Greenock (en Escocia), Liverpool, Cardiff y Bristol — y luego ser descargado y transportado a destino. Mientras tanto, los Aliados seguían

combatiendo en muchos otros lugares — en Italia, en el Sureste asiático, en el Pacífico — y continuaban enviando suministros a través del océano Artico a la Unión Soviética. Increíblemente, el transporte marítimo estadounidense en el Pacífico también se había incrementado un 62 por ciento desde 1943: en total, en 1944 se enviarían por el Pacífico unas 5 552 000 toneladas de suministros[71]. De hecho, cuando Overlord estaba a punto de lanzarse, en el Pacífico los estadounidenses estaban preparando el asalto a las Marianas, mientras que en el sureste de Asia el Decimocuarto Ejército británico empezaba a avanzar contra la mayor fuerza terrestre que los japoneses

habían reunido hasta la fecha, alrededor de Imfal en el noreste de la India. Cada una de estas operaciones conjuntas requería una capacidad de transporte marítimo casi inconcebible, por lo que, en el momento de la invasión, apenas había suficiente para todo.

Podría argumentarse que los barcos más importantes para la invasión de Normandía fueron los Buques de Desembarco de Tanques (BDT) que, con 4800

toneladas cada uno, más de cien metros de eslora, fondo plano y un calado de sólo ciento cuarenta centímetros cargados al máximo, eran lo bastante grandes como para transportar las grandes cantidades de material bélico que los Aliados necesitaban.

Podían cargar dieciocho tanques de treinta toneladas y trescientos cincuenta soldados, o 2100 toneladas de suministros, y navegar directamente hasta embarrancar en la misma playa. Entonces abrían sus gigantescas puertas en la proa, deslizaban una rampa directamente sobre la arena y los tanques y los vehículos salían conduciendo desde su interior.

El coronel Tick Bonesteel había sido uno de los que había suplicado a Don Nelson, el director de la Junta de Producción de Guerra de Estados Unidos, que fabricara más de esos valiosos barcos. Durante una visita de Nelson a Londres, Bonesteel pasó casi dos días con él en una *suite* del hotel Claridge's convenciéndolo de la urgente necesidad de incrementar de algún modo la producción de esos buques. Nelson le hizo caso.

«Maldita sea, ese hombre hacía cosas increíbles», dijo Bonesteel. «Casi dobló la producción de los buques de desembarco[72]».

Aun así, la falta de buques y lanchas de desembarco de todo tipo

había sido la principal razón por la cual la fecha original de la invasión, programada para primeros de mayo, había tenido que retrasarse un mes. Ciertas cuestiones de transporte marítimo fueron también el motivo de que el 19 de abril se pospusiera, quizá indefinidamente, la invasión prevista del sur de Francia, llamada en código operación Anvil. Seguían faltando los importantísimos BDT: se disponía de 236 en lugar de los 277 que se había calculado que serían necesarios para Overlord. Eso quería decir que habría que recurrir a naves costeras británicas, barcos más pequeños que navegaban habitualmente alrededor de las islas británicas. A su vez, esto aumentó la presión sobre el sistema de transporte interno de Gran Bretaña y causó incomodidades a sus usuarios. Pero Overlord tenía máxima prioridad. En total, unos 1260 mercantes fueron asignados a la invasión, entre ellos barcos con capacidad de navegar los océanos, *collier* («barcos carboneros»), petroleros y barcos de pasajeros.

Durante los últimos tres años, además, Gran Bretaña y Estados Unidos habían diseñado y construido una asombrosa serie de naves de desembarco de todo tipo. La

experiencia de la evacuación de Dunkerque en 1940, durante la cual no se había dispuesto de ninguna embarcación de este tipo, y la perspectiva de que serían necesarias para futuras operaciones ofensivas habían impulsado esta nueva oleada de diseño y construcción de naves de desembarco. Entre ellas había barcos de desembarco para infantería, para reparaciones de emergencia, para transportar cuarteles generales e incluso otros desde los que se podía ofrecer control de tierra a los aviones. Había barcazas llamadas «Rhinos», LDA (Lanchas de Desembarco de Asalto, de diseño británico, más pequeñas) y LDVP (Lanchas de Desembarco de Vehículos y Personal), diseñadas en Nueva Orleans por Andrew Higgins y más conocidas simplemente como

«barcos Higgins». Había incluso una BDP (Barcaza de Desembarco, Panadería) y un BDTC (Barco de Desembarco de Tanques, Cohetes), que era una plataforma flotante de lanzamiento de cohetes equipada con un radar modelo 970 y capaz de disparar cinco salvas de hasta mil cabezas explosivas de sesenta libras (veintisiete kilogramos), diseñada para el bombardeo de saturación de playas enemigas desde 3200 metros de distancia. En total, había treinta barcos, barcazas y lanchas de desembarcos distintos, entre ellos los DUKW, conocidos popularmente como «patos[73]», camiones anfibios con capacidad para transportar tres toneladas de suministros y que podían navegar a diez kilómetros por hora en el agua y circular a ochenta por carretera.

Para la operación Neptuno, se había reunido la pasmosa cantidad de siete mil naves, puestas bajo el mando del almirante Ramsay. La flota de invasión aliada incluía 138

buques de guerra con capacidad de bombardeo, 279 buques de escolta, 287 minadores y 495 cañoneros, torpederos y lanchas de todo tipo. El número total de buques de guerra sumaba 1213. Debido a las exigencias que comportaba para la Armada de Estados Unidos su alta implicación en el Pacífico, la mayoría de estos buques—unos 892 —eran de la Marina Real británica, pero también había varios de la Marina Real Canadiense y otros franceses, holandeses, belgas, noruegos y polacos. Al otro lado, en esos momentos, la *Kriegsmarine*, la marina de guerra alemana, tenía sólo tres buques de tamaño superior a un destructor. Además de estos buques de guerra aliados, había 4127 embarcaciones de desembarco de treinta tipos distintos, todas las cuales necesitaban tripulación y debían ser coordinadas para realizar las tareas que se les habían asignado donde y cuando fueran necesarias y, según parecía ahora, en condiciones que distarían mucho de las ideales.

Era la mayor armada jamás reunida en los anales de la historia. Sólo organizaría en cinco fuerzas de invasión distintas y una de apoyo era un problema logístico de primer orden, pero hacerla navegar sin que el enemigo la detectara y, lo que era más importante, conseguir que atravesara un canal de la Mancha lleno de minas, así como, en particular, la densa barrera de minas que los alemanes habían dispuesto a entre once y dieciséis kilómetros de la costa, era un desafío sin precedentes. Conseguir dragar

suficientes canales entre las zonas minadas fue una preocupación constante durante la fase de planificación. «Es una operación complicadísima», anotó el almirante Ramsay en su diario el 24 de marzo, «la abordamos de todas las maneras posibles, pero no logramos encontrar una solución totalmente satisfactoria a cómo dragar mejor los canales para los grupos más rápidos y los barcos que participarían en el bombardeo naval [74] ».

La solución fue planificar la mayor operación de dragado de minas de la guerra, con la creación de dos canales despejados para cada una de las dos fuerzas de asalto, que estarían señalados con boyas de balizamiento Dan — boyas con un asta en la que ondeaba una bandera— a una milla (1,6 kilómetros) de distancia unas de otras.

Dragaminas especializados se dedicaron a retirar las minas, utilizando lo que se conocía como el «barrido Oropesa» — un alambre con

cuchillas en ángulo conocidas como

«azores» y «nutrias» colgaba a ambos lados de la embarcación y era mantenido bajo la superficie por una serie de cables y pesos —. Como las minas se mantenían en su posición gracias a cables y pesos que flotaban por debajo de la superficie, el objetivo era que el alambre con las cuchillas cortara el cable de modo que la mina ascendiera a la superficie, donde podía ser destruida con fuego de cañón. Los dragaminas podían trabajar individualmente o en formación, siendo esta última la mejor forma de despejar un canal. Abrir los canales para la invasión sería por fuerza una labor de extrema complejidad, para la que se necesitarían unos 255 dragaminas — un número asombroso — todos los cuales tendrían que hacer barridos en momentos clave para evitar las consecuencias de una marea desfavorable y asegurar que los canales barridos eran rectos.

Éste era el tipo de reto al que se enfrentaba la operación Neptuno. Mientras tanto, para apoyarla, la operación Maple había empezado cuarenta y cinco días antes, con minadores trabajando a lo largo de toda la costa del canal de la Mancha que pusieron minas en zonas clave, entre ellas frente a los puertos de Cherburgo, El Havre, Brest y alrededor de toda la costa de Bretaña.

Todo esto, y muchas más cosas, tenían que ser planificadas con exquisito detalle: desde la asignación de cada barco hasta las numerosas maniobras previas al Día D, y luego la operación Neptuno en sí misma. Había que establecer el amarre de cada uno de los barcos y embarcaciones, así como qué tropas, qué camiones, qué tanques y demás iban a bordo de cada uno de ellos y con qué destino. La invasión consistía en cinco fuerzas de asalto cuyo nombre en clave era la primera letra del nombre de la playa a la que se dirigían, más una fuerza de bombardeo y una fuerza de apoyo para cada playa, precedidas por una flota de dragaminas. Las fuerzas combinadas de la operación se dirigirían inicialmente a una zona al sureste de la isla de Wight — el Área Z, conocida

como «Piccadilly Circus» — y luego cada una de las fuerzas seguiría por separado hacia el sur dirigiéndose a su destino a través de los dos canales despejados a tal efecto, cada uno de los cuales tenía un número asignado entre el uno y el diez.

La planificación estaba en manos de oficiales de Estado Mayor bajo el mando de Ramsay y de otros oficiales de la Fuerza Especial Occidental del contralmirante Alan Kirk y de la Fuerza Especial Occidental bajo el contralmirante británico Philip Vian.

Para trazar todos estos planes, había ahora más de mil personas en Fort Southwick, el fuerte naval Victoriano construido sobre la cima del acantilado de roca caliza de ciento veinte metros de que domina Portsmouth, mientras que, para el control y la coordinación de las fuerzas de invasión — los controladores del tráfico naval —, había otras setecientas personas ocupando el Cuartel General Subterráneo, un enorme complejo de túneles y salas de control a prueba de bombas formado por cinco túneles de cien metros cruzados por otros catorce túneles de aproximadamente unos cincuenta metros cada uno. Los trabajos para su construcción habían empezado a principios de 1942, ya con vistas a la futura invasión cruzando el canal. El CGS seguía siendo una instalación de alto secreto que muy pocos conocían, a la que se accedía bajando una serie de escaleras desde el interior de Fort Southwick.

Se ha hablado mucho de las instalaciones portuarias o, más bien, de la falta de ellas, al otro lado del canal de la Mancha. Una parte clave del éxito de la invasión dependía de lo rápido que se pudieran entregar grandes cantidades de suministros a una parte del norte de Francia en la que los dos principales puertos — Cherburgo y El Havre —

estaban en manos enemigas. Cherburgo era un objetivo prioritario, pero no había forma de saber en qué condición estaría una vez capturado. Aunque se podían llevar los suministros directamente a la playa, todo el mundo sabía que de ese modo no se podrían descargar los suficientes lo bastante rápido. La tarea habría sido todavía más difícil en 1942, cuando la organización de Operaciones Conjuntas del almirante lord Louis Mountbatten consideró por primera vez Normandía como objetivo de una futura invasión aliada. En un memorando a Mountbatten el 30 de mayo de ese año, Churchill había sugerido que quizá fuera posible construir muelles flotantes para utilizarlos en playas abiertas. «Deben flotar arriba y abajo con la marea», le dijo, y añadió: «No discuta conmigo sobre este tema. Las dificultades de llevarlo a cabo ya discutirán por usted [75] ».

Poco más de un año después, el comandante John Hughes-Hallett, que entonces estaba trabajando para el JEMCSA [76] , había sugerido que, si no había ningún puerto disponible en Normandía, quizá deberían llevar uno en la invasión. Aunque al principio se rieron de su idea, él siguió trabajando en ella, consiguió el apoyo del primer ministro y de ese modo empezó uno de los proyectos de ingeniería más extravagantes

de la guerra: dos grandes puertos flotantes provisionales que podrían transportarse a través del canal de la Mancha y situarse donde los

Aliados quisieran. La ambición del proyecto era extraordinaria. Se podía comenzar por establecer un rompeolas remolcando o pilotando barcos obsoletos hasta la posición y hundiéndolos allí. Luego, grandes cajones estancos de hormigón y acero, huecos, por supuesto, para que pudieran flotar, se remolcarían a través del canal. Una vez en posición se les extraería el aire y serían hundidos, uno junto al otro, hasta que se hubieran creado una serie de diques para el puerto. Finalmente, desde la costa se llevarían unos embarcaderos flotantes hasta el interior del puerto artificial, para, a continuación, engancharlos a unos muelles flotantes que, como sugirió Churchill, subirían y bajarían con la marea. El diseño era ingenioso, la ambición y concepto de estos puertos, sensacional, y lo más notable era que, a pesar de algunos formidables obstáculos para su construcción, estaban listos a principios de junio.

Algunas de las mayores empresas de ingeniería de Gran Bretaña, como Balfour Beatty, Wimpey y *Sir* Robert McAlpine, participaron en el proyecto, pero hasta trescientas compañías estuvieron involucradas en esta labor colosal. En poco más de seis meses, una fuerza laboral de 55 000 trabajadores consiguió construir dos puertos flotantes, cada uno de ellos del tamaño del puerto de Dover. El principal componente eran los cajones de sesenta metros de longitud, llamados en clave «Fénix», para los cuales fueron necesarios 415 000 metros cúbicos de hormigón y 39 000 toneladas de acero. Aunque se construyeron a lo largo y ancho del país, la mayoría de los Fénix fueron construidos a lo largo del río Clyde y del Támesis, luego probados en Escocia, lejos de miradas curiosas; mantener el secreto era, por supuesto, crucial, porque, si los alemanes se enteraban de lo que estaba pasando se haría obvio que los Aliados planeaban una invasión donde no había puertos. Por otra parte, los «Mulberrys», que es cómo se llamó en código a los puertos, tenían que llevarse a Francia y montarse tan rápido como fuera humanamente posible.

El hombre a cargo de esta monumental tarea era el contralmirante Bill Tennant, que había el máximo responsable en Dunkerque durante la evacuación y que, junto con el general Harold Alexander, fue el último miembro de las Fuerzas Armadas británicas en abandonar el puerto en junio de 1940. Entonces estaba a las órdenes de Ramsay y ahora el comandante en jefe lo había traído y lo había nombrado CAMP (contraalmirante de Mulberrys y Pluto).

Uno de los miembros del equipo de Tennant era el capitán de corbeta Ambrose Lampen, un oficial naval de carrera de treinta y dos años que se había unido a la Marina Real en 1924, a la tierna edad de trece años. A lo largo de la guerra, había servido en el Mediterráneo y en el

Ártico hasta que, en marzo de 1944, lo destinaron a Dover para

una tarea de alto secreto. Durante varios días no tuvo la menor idea de lo que tendría que hacer hasta que finalmente fue llevado ante Ramsay, quien le entregó un libro negro en el que estaban los planes de Overlord. «Estaban todos los detalles», anotó Lampen, «y me sentí un poco abrumando al comprender la responsabilidad que se me había confiado [77] ». Ramsay le dijo que tenía que crear «CODRE» — Control de Rendimiento —, una organización dedicada a reabastecer de combustible y volver a cargar las embarcaciones que regresaran tras la primera oleada del asalto.

Apenas había acabado de montar esta nueva organización cuando, a principios de abril, se le dijo que su equipo estaría ahora a cargo de «aparcar» los Fénix cerca de la costa en Dungeness y Selsey Bill a medida que llegaran de los astilleros. «Se ha decidido

"aparcarlos", por decirlo así», le dijo a Ramsay su jefe de Estado Mayor, «hasta que sean remolcados a la costa de Francia [78] ». Antes de que Lampen pudiera replicar nada, se le dijo también que le sería asignado un almirante de rango superior, en teoría por encima de su puesto, a quien tenían que dar un cargo. Era el contraalmirante Menzies, a quien se había hecho volver a servicio después de jubilarse. «Sin embargo», se le dijo a Lampen, «no tiene sentido decirle que CODRE es sólo una tapadera y que, en realidad, no tendrá demasiado que hacer [79] ».

Durante la mayor parte del resto de abril y mayo, Lampen estuvo en el mar durante muchas horas, «plantando» los Fénix a medida que llegaban a la costa sur. En ocasiones llegaban varios a la vez, lo que aumentaba la presión, pues tenían que ser plantados con la marea alta; para ello había que abrir cuidadosamente sus válvulas, dejar entrar agua y asegurarse de que se hundían hasta el lecho marino, y luego había que anclarlos allí de manera segura. El principio por el cual se hundían era similar al que hacía sumergirse un submarino. «Acabé conociendo todas sus idiosincrasias», apuntó Lampen, «y terminé por considerarlos no tanto como castillos de cemento sino como delicadas cáscaras de huevos a medio incubar, que podían romperse a la mínima que fuesen mal manejados [80] ». Si había un poco de viento u oleaje, las dificultades de la operación aumentaban de forma exponencial.

Cuando hubo terminado la tarea con éxito, fue convocado a Portsmouth para reunirse con el almirante Tennant y, de camino a su cita, pasó por orillas abarrotadas de vehículos militares en largas y

continuas filas. En Portsmouth le dijeron que viajaría a Normandía, no para plantar más Fénix, sino como «oficial de colocación» encargado de dirigir y hundir en la posición correcta a los barcos de bloqueo, a los que se llamaba

«mazorcas». Se trataba de barcos antiguos y obsoletos que iban a ser hundidos para formar un rompeolas o «Gooseberry». Lampen se molestó bastante. Había pasado dos meses convirtiéndose en un experto en la difícil tarea de colocar los enormes Fénix y ahora le asignaban un papel totalmente distinto en la creación de Mulberry B, el puerto

artificial británico. No tenía sentido, pero no había nada que pudiera hacer al respecto.

Ahora tenía que familiarizarse con su nuevo equipo: una fuerza mixta compuesta por dos remolcadores británicos y seis estadounidenses, con sus respectivas tripulaciones.

Remolcarían los barcos de bloqueo que no pudieran cruzar el canal por sus propios medios. Nadie, según parecía, había pensado en asignarles ningún tipo de cables de remolque. Quedaba muy poco tiempo. Ya era 2 de junio y estaba previsto que zarparan en sólo dos días. Un apresurado viaje para ver al oficial de suministros de la Armada de Estados Unidos en Southampton y luego a los almacenes navales estadounidenses permitió a Lampen conseguir sus cables, además de radios extra y otros suministros.

Puede que la invasión se hubiera planificado con mucho detalle, pero justo antes de que se lanzara seguían encontrándose cosas que se habían pasado por alto.

Como Lampen había descubierto al conducir a través de Sussex y Hampshire desde Dover, había pocos rincones del sur de Inglaterra que no estuvieran llenos de tropas, cabañas Nissen, almacenes y un gran número de camiones, tanques y cañones. Las comarcas del sur del país estaban abarrotadas con millones de soldados estadounidenses, canadienses y británicos, y de muchas otras nacionalidades.

Al inicio de la guerra, en los lejanos y oscuros días de septiembre de 1939, Estados Unidos tenía un Ejército de sólo 189 000 soldados y contaba con sólo setenta y dos cazas de combate en lo que entonces era el Cuerpo Aéreo del Ejército. En 1939, Estados Unidos había construido sólo dieciocho tanques de todos los tipos. ¡Dieciocho!

Desde entonces, el crecimiento había sido fulgurante: casi sesenta mil tanques, 26 608 de ellos sólo en 1943. Cuatro millones de estadounidenses vestían ahora de uniforme y se habían fabricado 85 000 aviones sólo en 1943, muchos más de los que Alemania había producido en toda la guerra hasta entonces. Ese récord, además, parecía que sería superado con creces en 1944. En Estados Unidos, además, ya se habían fabricado 1,7

millones de camiones y más de 150 000 cañones.

La industria de guerra británica también había cumplido con creces, produciendo más de 28 000 aviones en 1943, un poco más de 49 000 tanques y otros vehículos blindados de combate, y casi 19 000 cañones. Cierto que este gigantesco arsenal tenía que dedicarse a una guerra que ahora era global, pero la invasión de Francia y la rápida derrota de la Alemania nazi eran la máxima prioridad. Los Aliados iban a utilizar todo ese material para golpear con contundencia a los alemanes hasta que se rindieran, pero no podrían transportar todas esas enormes cantidades de hombres, cañones y tanques a través del mar en número suficiente para que resultaran imposibles de vencer hasta que se hubiera establecido y asegurado una cabeza de playa en Normandía. La clave de la

cuestión era que mucho dependía de la propia invasión y de los días inmediatamente siguientes. Ése sería el momento en que los Aliados serían más vulnerables, porque la inmensa mayoría de las tropas, tanques, cañones y munición estarían todavía en Inglaterra. Uno de los efectos secundarios de la estrategia de la guerra grande eran los distintos requerimientos de las diversas facetas que implicaba. Estos requerimientos pasaron al primer plano en el debate sobre la Hora H, el momento en que las tropas llegarían a la orilla en Normandía. «Ninguna otra cuestión», escribió el almirante Ramsay, «se debatió más a menudo durante la planificación que la de la Hora H» [81] .

Incidían en ese momento una serie de factores. La armada necesitaba cruzar el canal amparándose en la cobertura de la oscuridad, lo que quería decir que las fuerzas aerotransportadas tendrían que lanzarse de noche, pero, para hacerlo de forma efectiva, necesitarían que hubiera luz de luna y un cielo razonablemente despejado. Se acordó que las fuerzas aéreas bombardearían objetivos a lo largo de la costa antes de que los hombres desembarcaran, pero necesitaban al menos cuarenta minutos de luz diurna para poder llevar a cabo ese bombardeo de forma eficaz. Los cañones navales también tenían que poder ver sus objetivos, pero, de nuevo, cuanto más temprano fuera la Hora H, mayor sería la sorpresa táctica y, en consecuencia, menores

las bajas. Luego estaban las mareas de Normandía: tenía sentido desembarcar con marea alta para que las tropas de asalto no estuvieran demasiado tiempo expuestas en las playas. Teniendo en cuenta las diversas necesidades, parecía que el mejor momento para desembarcar sería unos cuarenta minutos antes del amanecer, cuando el sol estuviera doce grados por debajo del horizonte, es decir, alrededor de las cuatro de la mañana.

Así se acordó, pero luego descubrieron que los alemanes habían colocado muchos más obstáculos en las playas, lo que quería decir que las primeras oleadas del asalto necesitarían desembarcar antes de que estos obstáculos empezaran y, por tanto, con marea baja y dejando una mayor extensión que recorrer a los soldados. Para remate, se comprendió que los escollos rocosos de la playa Juno causarían enormes problemas al desembarco si éste se hacía con menos de media marea. «Más debates sobre la Hora H», anotó Ramsay en su diario el 23 de mayo, «tras el descubrimiento de arrecifes peligrosos». El compromiso final se acordó sólo días antes del Día D. Los estadounidenses desembarcarían a las 6.30 de la mañana; los británicos de Sword, a las 7.25 de la mañana, y los de Gold a las 7.30; y los británicos y canadienses de Juno, a las 7.45.

La única pequeña distracción para Ramsay fue un partido de críquet entre sus oficiales y los Wrens el lunes 29 de mayo. «He hecho dieciséis carreras», anotó. «Muy oxidado. Mucho calor durante el partido [82] ».

Otro indicio del asombroso esfuerzo y energía que se dedicó a la planificación aliada de Overlord, fue el extraordinario crecimiento de la Novena Fuerza Aérea, que debía desempeñar un papel fundamental en la invasión y en la subsiguiente campaña. La Novena había sido trasladada a Inglaterra el anterior septiembre desde el Mediterráneo, aunque con un aparato administrativo y de Estado Mayor mínimo y casi sin medios ni aviones, pues éstos se habían quedado en Italia para uso de las fuerzas aéreas que operaban allí. El mando estaba en manos del general Lewis Brereton, pero el hombre a cargo de todos los cazas de la Novena en el IX Mando de Bombardeo era el general de brigada Elwood «Pete» Quesada, que, aunque entonces tenía todavía sólo treinta y nueve años, ya acumulaba una gran experiencia operacional y de mando en la guerra, y poseía una energía en apariencia inagotable y una mente inquieta que ansiaba desarrollar al máximo el poder de la fuerza aérea. Muy pocos habían cuestionado su nombramiento a un puesto de tanta responsabilidad siendo tan joven.

Quesada se había alistado en el ejército como soldado raso en

Washington D. C., luego había pasado al Cuerpo Aéreo del Ejército, allí había ascendido a oficial, se había ganado sus alas, había asistido a la Escuela Táctica del Cuerpo Aéreo y, para cuando Estados Unidos entró en guerra, ya se lo consideraba uno de los más brillantes y capaces de una nueva generación de jóvenes y dinámicos comandantes de aviación.

Conocido como «Pete» desde que uno de sus compañeros en la época de recluta le bautizara con ese apodo, Quesada se había enfrentado a un gran desafío a su llegada a Inglaterra. Tras establecer su cuartel general en RAF Middle Wallop, un antiguo aeródromo de cazas de la batalla de Inglaterra, había empezado su nuevo trabajo con sólo una docena de hombres. A partir de entonces, habían llegado unas cuarenta mil personas al mes para incorporarse a la Novena, a todas las cuales había tenido que organizar, alojar, equipar, entrenar y hacer entrar en acción. En vísperas del Día D, la Novena había crecido hasta 35 000 aviadores y mil seiscientos aparatos, números superiores a los de la poderosa Octava. Directamente bajo Quesada había no menos de cinco alas de caza, diecinueve grupos de caza divididos en dos mandos tácticos distintos, el IX y el XIX, así como un grupo de reconocimiento táctico, tres escuadrones de cazas nocturnos, una compañía aérea de transmisiones, cuatro escuadrones de comunicación, cinco escuadrones de control de caza, ocho escuadrones de aeródromo, dos batallones de transmisiones, cinco compañías de transmisiones, once compañías de policía militar y dieciocho escuadrones de complemento de las bases: todo eso en sólo siete meses.

A medida que los números de la fuerza bajo su mando crecían, sus pilotos fueron arrojados al combate aéreo, primero apoyando a los bombarderos estratégicos y luego

llevando a cabo las operaciones de intercepción durante el periodo previo a la invasión.

El papel de Quesada era coordinarse con sus colegas y superiores, crear a su alrededor un equipo que fuera competente y tuviera visión de futuro, supervisar el desarrollo y la evolución de las tácticas aéreas y, en particular, establecer un sistema y una red de comunicaciones que le permitiera operar con la flexibilidad y rapidez necesarias. Era el primero en admitir que el apoyo que llegaba de Estados Unidos era inmejorable. Los nuevos grupos contaban con un nivel de entrenamiento increíble y con al menos trescientas cincuenta horas de vuelo en su haber. Además, estos hombres recalaban en unas bases en las que ya estaba todo en su sitio. «Todo el que se suponía que debía tener equipo, lo tenía en sus manos», recordó Quesada. «En cuestión

de días eso estaba hecho y entre una semana y diez días después de que llegaran, ya teníamos a esos chicos volando con sus aviones sobre Normandía [83] ». Cuando se producían fallos técnicos, eran solucionados con rapidez. Algunos de sus hombres, por ejemplo, se quejaron de que los cañones de sus P-51 se atascaban después de los virajes muy cerrados típicos de un duelo aéreo. Quesada exigió que se solucionase ese problema y acabó hablando personalmente del tema con el general Hap Arnold por conexión telefónica con Washington. «Maldita sea, Pete», le dijo Arnold, «vamos a solucionarlo en las siguientes cuarenta y ocho horas [84] ». Arnold cumplió su palabra. Se enviaron inmediatamente ingenieros especializados desde Estados Unidos y el problema se resolvió en todos los P-51 en menos de una semana. «La gente que está en los aviones tiene que confiar en sus líderes y en el equipo que se les ha proporcionado», comentaría Quesada más adelante. «Si no se dan estas dos cosas, la moral se viene abajo. Y, si la moral está baja, no tienes nada que te sustente [85] ». Pocos discutirían la validez de esta afirmación, y Montgomery menos que nadie. Éste era precisamente el tipo de apoyo con el que la mayoría de las unidades alemanas no podía ni siquiera soñar.

Hacia junio, su IX Mando de Caza estaba preparado, con los almacenes rebosantes, los pilotos y las tripulaciones de tierra listos y los ingenieros prestos a cruzar el canal para establecer nuevos aeródromos en Francia. Lo único que todavía preocupaba a Quesada era la falta de entrenamiento conjunto con tropas terrestres, cosa que, no obstante, era consecuencia directa de la intensa campaña aérea que había estado en marcha, en la que todas las unidades habían empezado a participar en cuanto habían llegado a Inglaterra. Sencillamente, no había habido ocasión de entrenar con las tropas de tierra. «Las fuerzas aéreas estaban combatiendo», comentó Quesada, «y las terrestres no», comentó lacónicamente Quesada [86] . Esto quería decir que la integración aire-tierra tendría que realizarse sobre la marcha una vez en Normandía. No era ideal, pero era una cuestión de prioridades, y lo más importante era asegurar que la invasión fuera un éxito. Conseguir la superioridad aérea y allanar el camino a la invasión era más importante que entrenarse para algo que no sucedería si aquello no se conseguía.

El corresponsal de guerra estadounidense Ernie Pyle estaba en esos momentos viajando por Inglaterra. Pequeño y enjuto, con una calva incipiente y aspecto de tener más años que los cuarenta y tres que en realidad tenía, Pyle había ganado reconocimiento antes de la guerra como columnista para la cadena de periódicos Scripps-Howard. Su fuerte había sido narrar la vida cotidiana estadounidense con una gran capacidad de observación y un estilo afectuoso e informal que hacía

que hacía que, para los millones que seguían sus reflexiones y sus viajes por Estados Unidos, pareciera más un amigo que un reportero. Desde el inicio de la guerra, había seguido escribiendo sobre lo que había visto y sobre la gente corriente que había conocido en sus viajes y que se había visto atrapada en este extraordinario conflicto, fuera durante el Blitz en Londres, en el norte de África, en Sicilia o en el sur de Italia. Sus artículos desde el frente le habían granjeado una legión de seguidores todavía mayor y lo habían convertido en una de las personas más conocidas de Estados Unidos.

Era, sin embargo, neurótico y propenso a la depresión, y tenía una mala relación con su esposa. Ernie Pyle, pues, era un hombre con problemas, pero también era, desde luego, un escritor brillante y un gran observador de la vida, de modo que era natural que los altos mandos del ejército estadounidense quisieran que fuera uno de los veintiocho periodistas que tomarían parte en la fase de asalto de entre los cuatrocientos cincuenta preparados para cubrir la campaña de Normandía. Aunque, por supuesto, Pyle ni se planteó rechazar esta oportunidad, lo cierto es que sentía una profunda aprensión ante el desembarco. Mientras viajaba por el sur de Inglaterra, le había parecido como si todos los soldados del país estuvieran ocupados haciendo impermeables los vehículos para los desembarcos. También se dio cuenta de que gran parte del equipo estaba almacenado en cajas de madera, lo que le dio una idea. «Me quedé despierto hasta tarde un par de noches con un martillo y unos clavos», dijo,

«preparando una gran caja para mí, con herraduras clavadas por todas partes [87] ». A estas alturas sabía que la invasión era inminente: todo el mundo lo sabía. Súbitos ataques de desesperación se apoderaban de él y tenía pesadillas. Se les había dicho a los periodistas elegidos que se les avisaría con veinticuatro horas de antelación antes de partir y entonces, a finales de mayo, habían recibido esa notificación y se les había ordenado que fueran a un área de reunión específica — una de aquellas «salchichas» de las que hablamos antes — en la costa sur. Pyle sentía una opresión ominosa en el corazón.

La madrugada del 3 de junio, sus compañeros — unos oficiales del cuartel general del Primer Ejército estadounidense — y él fueron despertados a las 4. Antes de quitarse las legañas cargaron su equipo, que parecía enorme. «Los alemanes van a tener que

venir a por nosotros», dijo uno de los oficiales. «Porque nosotros no vamos a poder llegar hasta ellos con toda esta carga [88] ». Allí se les dijo que fueran a un BDT en Falmouth. Condujeron hacia el sur a través de carreteras que se habían cerrado al tráfico civil y en las que

había policía militar y civil en todos los cruces. Conforme se acercaban a Falmouth, más y más gente se acumulaba junto a la carretera, con los niños haciendo con los dedos la señal de OK. Luego llegaron al embarcadero, subieron al BDT y, antes de que Pyle se diera cuenta, estaban soltando amarras y haciéndose a la mar. «De un vago temor de anticipación», escribió, «la invasión se convirtió ahora en una horrible realidad para mí. En cuestión de horas, íbamos a sumirnos en un holocausto que nosotros mismos habíamos planeado. Nadie podía garantizar la vida de nadie. Una sensación de insondable desesperación me atormentó durante toda la noche [89] ».

Cuando los Rangers de Sherwood salieron de Hursley Camp, Stanley Christopherson se quedó bastante sorprendido al ver cuánta gente había salido a las calles que llevaban a los muelles de Southampton para despedirlos; cada vez que su columna se detenía, la gente les daba té y pasteles, para consternación de la policía militar, a la que se había dicho que se asegurara de que no hubiera ningún contacto entre civiles y soldados. El regimiento fue embarcado en las flotillas 15 y 43 de barcos de desembarco de tanques y, el 4 de junio, finalmente, dejaron el muelle, aunque sólo para anclar poco después en el estuario. Desde luego, la flota de invasión impresionó a Christopherson. «Intenté visualizar otras flotas de invasión que habían salido de Inglaterra a lo largo de los años», anotó, «y me pregunté vagamente si los invasores de otras épocas sintieron la misma sensación de mariposas en el estómago que yo, que había experimentado anteriormente cuando me disponía a batear o antes de empezar una carrera de obstáculos [90] ». Probablemente, la mayoría de hombres a su lado estaban mucho más nerviosos que antes de empezar un partido de críquet.

El plan, tal y como se lo habían explicado antes de que salieran de Hursley, no le dejó la más mínima duda sobre la escala de la operación. Desembarcarían en la playa Gold, en el sector Jig. También se les habían entregado mapas — se habían impreso diecisiete millones —, así como fotografías aéreas con una definición extraordinaria en la que se habían marcado todas las posiciones alemanas hasta la última ametralladora.

Búnkeres, campos de minas, alambres… todos estaban marcados. A cada compañía de cada batallón se le comunicó su objetivo, la distancia que los hombres deberían recorrer y los obstáculos que podían esperar encontrarse en su trayecto. Sobre ellos habría una cobertura y apoyo aéreo constantes. Unos doce mil aviones aliados estaban listos esperando la orden para despegar. En la batalla de Inglaterra, en septiembre de 1940, el mayor ataque la *Luftwaffe* había

consistido en trescientos aviones, que en aquel

momento parecieron muchos. Hacia junio de 1944 los Aliados habían vuelto las tornas respecto a los primeros años de la guerra. Puede que Alemania siguiera teniendo más divisiones de infantería que Estados Unidos y Gran Bretaña, pero era así porque no tenía otra alternativa. Los Aliados sí podían escoger cómo utilizar a su personal y su enorme alcance global y, como resultado, habían creado la máquina de guerra más moderna y tecnológicamente avanzada que el mundo hubiera visto jamás.

Al día siguiente, el campamento se vació y todos emprendieron el camino hacia los muelles de Southampton. Partieron por el estrecho de Solent, pero luego llegaron noticias de que la operación se retrasaba, cosa que no contribuyó precisamente a subir la moral. Para cuando finalmente se hicieron a la mar, a alrededor de las 4 de la tarde del lunes 5 de junio, las olas todavía eran bastante altas. A Christopherson y a los demás comandantes de tanques se les entregó ahora una caja de mapas con la zona de invasión. «Inmediatamente, me puse a ordenar mi juego de mapas», anotó, «y a identificar, en los anteriores mapas codificados, los diversos lugares y objetivos, una tarea que quizá se pudiera haber emprendido mejor en otro sitio que no fuera un barco de fondo plano en un mar agitado **[91]** ». La labor le provocó un buen mareo.

Más al oeste, navegando desde Plymouth con la Fuerza O, estaba el USS Augusta, con sus poderosos cañones listos para el bombardeo naval. A bordo viajaban no sólo el general Omar Bradley, comandante del Primer Ejército, sino también su ayudante de campo, el capitán Chet Hansen, que era consciente de ser parte de algo inmenso, pero también de resultados imprevisibles. «Ésta era la invasión», escribió en su diario. «Esto es lo que habíamos esperado durante tres años de guerra. En los barcos hay una atmósfera sobria y palpitante, sin manifestaciones externas ni vítores. Estamos navegando hacia el continente, pero nadie parece estar especialmente emocionado por

ello **[92]** ».

Durante la noche, la mayor armada de invasión que el mundo había conocido siguió avanzando entre las olas hacia lo desconocido.

Capítulo 7

Poder aéreo

«Constantes ataques enemigos concentrados en puentes sobre el Sena,

Oise y, hasta cierto punto, el Aisne», recogió un informe de situación semanal redactado por el Estado Mayor del *Heeresgruppe B*, «también contra defensas en el sector Dunkerque-Dieppe y en los costados septentrionales del Cotentin. Prosiguen los intentos de paralizar el transporte por ferrocarril, con ataques a las playas de maniobra… y a las locomotoras [93] ».

El mariscal del aire Tedder y los demás comandantes de la fuerza aérea tenían buenos motivos para estar satisfechos con los esfuerzos de las nueve semanas anteriores. Se habían lanzado unas 197 000 toneladas de bombas sólo sobre objetivos en Francia. Para que se pueda calibrar esta cifra, durante los siete meses que duró el Blitz, la *Luftwaffe* lanzó sobre Londres un total de dieciocho mil toneladas de bombas. A pesar de lo mucho que se había discutido sobre si apostar por el plan de Petróleo o el de Transporte, en realidad las fuerzas aéreas aliadas habían atacado muchísimos objetivos distintos, entre ellos playas de maniobra, refinerías, aeródromos de la *Luftwaffe*, bases de radar costeras, puestos de lanzamiento y de control de cohetes V-1 y V-2, y baterías costeras, sirviéndose de una combinación de fuerzas estratégicas pesadas, bombarderos medios tácticos y cazas de combate. Se habían realizado más de doscientas mil misiones individuales. «París ha sido aislado sistemáticamente de todo tráfico de larga distancia», señaló un informe de la *Luftwaffe* del 3 de junio, «y los puentes más importantes sobre el bajo Sena han sido destruidos uno tras otro [94] ». Sólo gracias a un gran esfuerzo, continuaba diciendo el informe, se había podido continuar con el tráfico puramente militar y esencial. «El despliegue estratégico de tropas alemanas a gran escala mediante ferrocarril es prácticamente imposible en la actualidad, y lo seguirá siendo mientras los ataques continúen con la intensidad actual [95] ». Ciertamente la intensidad no iba a reducirse una vez comenzara la invasión. Al contrario, los bombardeos se intensificarían, especialmente en cuanto las fuerzas aéreas aliadas se vieran liberadas de las restricciones necesarias para mantener el lugar de la invasión en secreto.

Se había pagado un precio. Unos setecientos doce civiles franceses murieron en marzo de 1944 como consecuencia de los ataques aéreos aliados, otros 5144 en abril y 9893 en mayo. Algunos habían previsto cifras mucho mayores, pero aun así era un número trágico y terrible. Desde el 1 de abril al 5 de junio, los Aliados habían perdido

doce mil pilotos y tripulantes, entre muertos y desaparecidos, y unos dos mil aviones.

Sin duda, habían sido las fuerzas estratégicas las que habían sufrido la

parte más importante de las bajas — 763 bombarderos de la Octava Fuerza Aérea y 523 de Mando de Bombardeo de la RAF. Entre los que se sentían cada vez más pesimistas sobre sus posibilidades de supervivencia estaba el teniente Truman «Smitty» Smith, copiloto de una Fortaleza Volante B-17 en el 550.º Escuadrón de Bombardeo, parte del 385.º Grupo de Bombardeo con sede en Great Ashfield, al este de la ciudad de Bury St Edmunds, en Suffolk.

Smith y el resto de la tripulación del teniente Ernest «Moon» Baumann habían llegado a Great Ashfield el día 1 de abril, día de los Inocentes en Inglaterra y Estados Unidos, cosa que esperaban que no fuera un mal augurio. La tripulación estaba compuesta por diez hombres y era, según creía Smith, un grupo ecléctico pero homogéneo que esperaba que fuera más que la suma de sus partes mientras batallaban por seguir vivos durante su turno de servicio. Smith, que era nativo de Ponca City, en Oklahoma, había querido volar desde siempre y de niño había ahorrado cuatro dólares para su primera lección de vuelo. A los dieciséis años ya había empezado a volar solo y se pasó el siguiente puñado de años merodeando por el aeródromo de Ponca City, empapándose de la atmósfera, limpiando aviones y subiendo gratis a los aviones cuando le dejaban; luego, en 1941, consiguió ayudar a formar la patrulla aérea civil local. Tras graduarse en el instituto al año siguiente, decidió, como era natural, que tenía que entrar en la fuerza aérea. Consiguió una de las muy disputadas plazas, empezó su entrenamiento y ganó sus alas en octubre de 1943. Fue asignado a continuación como copiloto «de refuerzo» — en guardia para unirse a una tripulación que lo necesitase — en bombarderos medios B-25 y luego fue enviado a Tampa, en Florida, donde le entregaron una Fortaleza Volante nueva para que la pilotase cruzando el Atlántico. Aunque el B-17 le había parecido en un primer momento incómodamente grande comparado con el B-25, Smith se adaptó muy pronto, en buena parte gracias a la actitud relajada de Baumann. «De hecho», anotó Smith, «toda la tripulación se comportaba de forma muy normal, tenía un gran sentido del humor y era el grupo menos militar que me había encontrado en las Fuerzas Armadas [96] ».

De algún modo, sobrevivieron a sus primeras diez misiones, y luego a dos más hasta llegar a la decimotercera, un ataque contra las playas ferroviarias de maniobra de Aquisgrán el 20 de mayo. Smith se había convencido de que sería su última misión: parecía que lo tenían todo en contra. Algunas tripulaciones se referían a la decimotercera misión como la «12B», pero ese truco no le había funcionado a Smith.

«Sentía un abrumador presentimiento de que esa misión 13 iba a ser de verdad mi última misión», escribió. «Tenía que pasar en algún

momento, eso lo sabía todo el mundo. Así era el negocio en el que estábamos. Lo sabíamos desde el principio. Por eso

nadie se había “graduado” en más de un mes, que yo supiera[97]». Intentó enfrentarse a la situación con fatalismo — al menos había visto Londres y había disfrutado de un poco de sexo —, pero antes de esa misión nada le sirvió para librarse de la convicción de que iba a morir. En un principio, incluso se había negado a levantarse esa mañana.

«Yo no voy», le había dicho a los demás, sólo para poco después cambiar a regañadientes de opinión[98].

Muchas veces las premoniciones de ese tipo propician el cumplimiento de lo que profetizan, pero el caso es que Smith y el resto de la tripulación consiguieron regresar y, para el 2 de junio, ya habían completado otras cuatro misiones: una playa de maniobra en Königsborn, en el oeste de Alemania; luego las fábricas de aviones de Leipzig, el 29

de mayo; una operación contra bases de V-1 — un tipo de objetivo conocido como misión «Sin balón» — en Watten-Stracourt, en Francia, el 30, y luego, el 31, un ataque contra las grandes playas de maniobra en Hamm, en el valle del Ruhr. «Ésta era la cuarta misión seguida», subrayó Smith, «y ésa era una dieta que no me sentaba bien[99]». Había calculado que le pagaban 10,67 dólares por misión, por lo que pensaba que la USAAF le estaba timando. De nuevo, sin embargo, la tripulación consiguió regresar sana y salva, lo que significaba que les quedaban sólo siete misiones para completar su turno de combate. Dos días después salían en su misión número 19, para bombardear más playas de maniobra, en este caso en Equihen, justo al sur de Boulogne, en el norte de Francia. Ochocientos cinco bombarderos pesados B-17 y B-24 Liberator atacaron la zona del Paso de Calais; entre los blancos se contaban sesenta y cuatro objetivos «Sin balón», además de playas de maniobra. Los ataques eran completa y abrumadoramente implacables.

En términos de número de misiones, las cosas eran todavía más intensas para las tripulaciones de los bombarderos medios de la Novena Fuerza Aérea quienes, en su mayor parte, volaban en misiones más frecuentes y a menor distancia. El 391.º Grupo de Bombardeo, por ejemplo, voló en dos misiones el 27 de mayo, e increíblemente en cuatro misiones el día 28. Tal era la urgencia de alcanzar todos los objetivos necesarios antes del Día D que se esperaba de pilotos y tripulaciones esa cantidad extrema de salidas.

Entre los que volaban en el 391.º estaba el teniente Joe Boylan y su tripulación.

Boylan, que tenía veintidós años, era de Waterbury, Connecticut. Había tenido una infancia dura: su familia no tenía dinero y cuando tenía doce años, su madre había muerto de cáncer. Su padre, superado por la situación, se dio a la bebida. A pesar de ello, se esforzó sabiamente para que su hijo entrara en una buena escuela de Nueva York, lo que le permitió presentarse y aprobar los exámenes para ser adiestrado como piloto de la fuerza aérea, algo que el joven Joe había deseado desde muy pequeño. A

partir de ahí obtuvo buenos resultados y albergó la esperanza de pilotar cazas de varios motores, como el P-38, pero, aunque había sido destinado a entrenarse en aviones con varios motores, cuando al final se le concedieron sus alas y se lo nombró oficial, recibió órdenes de presentarse ante el 573.er Escuadrón de Bombardeo, parte del 391.er Grupo de Bombardeo, que entonces estaba formándose en MacDill Field, en Tampa, Florida, donde pilotaría B-26 Marauder.

Boylan había escuchado muchas cosas y no muy buenas sobre el Marauder, que tenía la mala reputación de ser un «hacedor de viudas», debido al alto número de accidentes que sufría durante el despegue y el aterrizaje. Hacia 1944, sin embargo, la mayoría de estos problemas, frecuentes en el inicio de la guerra, estaban resueltos, y el Marauder se había convertido en un bombardero medio robusto y fiable, ágil en el manejo y capaz de alcanzar los 480 kilómetros por hora. A diferencia del B-17, tenía un tren de aterrizaje de tres ruedas, de modo que la visibilidad del piloto era buena en tierra, y resultaba fácil de pilotar en cuanto uno se había familiarizado con él. «Una vez los pilotos y la tripulación aprendían a pilotarlo», anotó Boylan, «era difícil de derribar[100]». El ratio de bajas entre los grupos de B-26 estaba siendo, hasta el momento, increíblemente bajo y, tras llegar a Inglaterra y enterarse de las pérdidas que venían sufriendo las tripulaciones de los bombarderos pesados, Boylan dio gracias a su buena estrella por estar volando en la Novena y en aviones B-26.

Aun así, no eran inmunes al enemigo, como Boylan vio con sus propios ojos el 27 de mayo, en su primera misión tras un periodo de permiso en Londres. Su objetivo esa mañana era un puente sobre el río Risle, que fluía más o menos en paralelo al Sena justo al sureste de El Havre. El tiempo no era bueno, así que siguieron a unos aviones guía y, aunque les habían advertido de que habría algo de fuego antiaéreo, por lo general las armas antiaéreas dispersas en los pueblos franceses no tenían radar incorporado en el sistema de mira, de modo que eran

muy imprecisas. Boylan y los otros seis hombres en su tripulación no tenían ningún motivo para esperar que la misión no fuera un «paseo».

El puente de piedra estaba en el pequeño pueblo de Grosley-sur-Risle y la mayoría de los treinta y un Marauder que atacaron este objetivo llevaban una sola bomba de mil libras (453,5 kilogramos) cada uno. Cruzaron sin inconvenientes la costa y siguieron volando mientras las nubes se retiraban, dejando ver trozos del campo del este de Normandía. No muy lejos del objetivo empezaron a sacudir el avión las explosiones del fuego antiaéreo, que salpicaban el cielo de humo, y fragmentos de proyectiles golpearon el fuselaje sin dañarlo. Posicionado en lo alto de la formación, Boylan tenía una panorámica a vista de pájaro del paisaje de Normandía y del resto de la escuadrilla.

—¡Han dado a uno de nuestros aviones! — gritó el encargado de las bombas, el teniente Billy Rose, desde el morro del avión.

—¿A cuál? —preguntó Boylan.

Rose no estaba seguro, pero el avión había recibido un impacto directo y estaba cayendo en picado, con un motor en llamas. Entonces el ala de estribor se le partió. Rose contó los paracaídas.

—¡Veo un paracaídas! ¡Ahí hay otro!

Siguieron volando, dirigidos por las bengalas de los aviones guía, detectaron el puente y lo bombardearon como estaba previsto. Sobre el objetivo no había ningún tipo de fuego antiaéreo [101] .

Una vez de vuelta en la seguridad de su base en Matching Green, cerca de Harlow, en Essex, supieron que el avión derribado había sido el del teniente Bob Goodson.

Boylan se quedó conmocionado al recibir la noticia. El copiloto, Bob Clark, y el encargado de bombardeo, Ross Taylor, eran ambos buenos amigos suyos y lo habían acompañado durante su reciente permiso en Londres hacía tan sólo unos días.

Otro objetivo fundamental eran las bases de radar alemanas. Todo un alud de fuentes de inteligencia, que incluían organizaciones especializadas como la Oficina de Investigación de Sonidos y la Organización de Investigación de Telecomunicaciones, habían colaborado para crear una imagen clara de noventa y dos bases de radar entre Calais y Cherburgo. Bloquearían algunas con interferencias, mientras que los radares de larga distancia serían bombardeados. La campaña contra ellos había empezado el 1 de

mayo, exactamente cuatro años después de que los alemanes hubieran lanzado su ataque en el frente occidental. En su mayoría, estos ataques no los llevaron a cabo fuerzas de bombarderos, sino aviones de un solo motor diseñados para el ataque aire-tierra, armados con bombas, cañones y también cohetes, pues se creía que la mejor forma de eliminar las estaciones de radar era atacarlas en un ángulo oblicuo desde baja altitud, y eso sólo podía hacerse con misiles que se dispararan frontalmente.

El mejor aparato aliado para ese propósito era el Hawker Typhoon, una bestia de avión capaz de volar a más de seiscientos cuarenta kilómetros por hora y generosamente armado con cuatro cañones de 20 mm. Además, podía cargar dos bombas de quinientas libras (227 kilogramos) u ocho cohetes aire-tierra RP-3, cuatro

bajo cada ala. Su envergadura era de 12,7 metros, tenía un motor Napier Sabre de veinticuatro cilindros y 2200 caballos de potencia y contaba con una bulbosa y amenazadora toma de aire bajo el motor que, de algún modo, lo hacía parecer como un toro bravo a punto de embestir. El Hawker Typhoon, originalmente diseñado para reemplazar al Hurricane, era exactamente lo que parecía: un caza de ataque aire-tierra grande, contundente y de una rapidez y potencia increíbles.

Había dieciocho escuadrones de Typhoon en la Segunda Fuerza Aérea Táctica de Coningham, entre ellos el Escuadrón 609 del Ala 123. Antes de la guerra era un escuadrón auxiliar con base en West Riding, Yorkshire — los «pilotos de fin de semana», los llamaban — compuesto, en su mayoría, por jóvenes caballeros con dinero.

Desde el inicio de la guerra, sin embargo, se había ido convirtiendo en una unidad multinacional y altamente profesionalizada. Fue el primer escuadrón en conseguir cien victorias en la batalla de Inglaterra y para entonces ya había atraído a estadounidenses, polacos y pilotos de otros países. Hacia 1944, se había convertido también en un escuadrón que atraía como un imán a los pilotos belgas. Era, asimismo, el hogar de tres neozelandeses, tres canadienses, un argentino y el sargento de escuadrilla Klaus «Ken»

Adam, un judío alemán de Berlín que había huido de Alemania con su familia en 1934.

Habían escapado justo a tiempo. El padre de Adam había regentado una prestigiosa tienda de deportes en la capital y era un oficial de caballería condecorado en la Primera Guerra Mundial. *Herr* Adam se

había negado a aceptar que los nazis fueran una amenaza y se sintió devastado cuando lo arrestaron en 1933. Gracias a sus contactos, lo liberaron cuarenta y ocho horas después, pero su hijo mayor, Peter, que estaba entonces estudiando en París, había urgido a la familia a que se marchara del país. «Viviendo fuera de Alemania», dijo Adam, «donde la prensa era hostil a los nazis, podía ver con más claridad lo que estaba pasando [102] ».

Primero enviaron a los niños fueron a Gran Bretaña y los siguieron luego sus padres.

Klaus fue primero a la escuela Saint Paul's — la antigua *alma mater* de Montgomery —

y, después, al University College en Londres, donde estudió arquitectura. A estas alturas se había esforzado a fondo para abrazar a Inglaterra y su condición de inglés y, a pesar de su acento, había cambiado su nombre de Klaus a Ken. Quiso aportar su granito de arena desde que estalló la guerra e intentó repetidamente alistarse en la RAF. Fue finalmente aceptado en 1941, entrenado en Canadá y destinado en octubre de 1943 al Escuadrón 609. Como era prácticamente inevitable, en el escuadrón nadie lo llamaba Ken, sino que siempre fue conocido como «Heinie». A pesar del apodo, le hicieron sentir de inmediato como en casa y le sorprendió la camaradería y el espíritu de equipo que impregnaba la unidad. Los nuevos pilotos eran muy bien acogidos y se los cuidaba

y seguía preparando cuidadosamente hasta que sus capacidades de combate estaban lo bastante desarrolladas.

Hacia la primavera de 1944, Adam se había convertido en uno más del equipo del 609. El escuadrón había estado operando de forma independiente como unidad de cazas de combate, pero a finales de febrero habían empezado a reentrenarse como una unidad de aviones con lanzacohetes. Luego fueron traspasados a la Segunda Fuerza Aérea Táctica y asignados al Ala 123, parte del Grupo 84. Con base ahora en Thorney Island, cerca de Portsmouth, se habían convertido primordialmente en artillería aérea, y su tarea era llevar a cabo ataques regulares contra objetivos en el norte de Francia.

Mayo había empezado con un alud de misiones: un ataque contra un puente de una carretera cerca de Cherburgo el día 2; al día siguiente, el escuadrón había disparado casi cien cohetes contra los hangares de ferrocarril cerca de Amiens. El 7 de mayo, entre sus objetivos había un canal navegable y otro puente.

Cuatro días después —el 11 de mayo — empezaron a cumplir con su parte en la neutralización de los radares enemigos, atacando la estación de Fécamp, cerca de El Havre. Era una gran operación y su ataque fue precedido no sólo por bombarderos estadounidenses, sino también por otros escuadrones de Typhoon. «Fuimos los últimos en llegar», dijo Adam. «El fuego antiaéreo alemán ya estaba apuntado sobre nuestra trayectoria para cuando llegó nuestra oleada de Typhoons[103]». Más aún, se les había ordenado atacar desde el interior hacia el mar. Los primeros cuatro aviones del 609

atacaron en fila desde detrás del objetivo, uno detrás del otro; dos fueron derribados enseguida y el tercero, gravemente dañado. Mientras volaba tras él, Adam contempló horrorizado como el Typhoon del teniente de escuadrilla Wood ardía en llamas, golpeaba el Typhoon del sargento de escuadrilla Keith Adams, arrancándole setenta y seis centímetros del ala de babor, y luego se precipitaba al suelo. Adam comprendió de inmediato que eran como patos de goma en el tiro al blanco, así que salió al instante de la formación que acometía el objetivo en fila desde atrás y lo atacó desde un ángulo distinto. Esa decisión probablemente le salvó la vida. «Soesman el joven fue alcanzado y saltó, pero no subió a la barca», anotó Adam en su bitácora. «Woody también fue alcanzado. Se incendió, chocó con Adams y se estrelló entre unas casas, donde explotó.

Espantosa mala suerte». Perder tres aviones — y dos pilotos — de ocho era, como señaló el propio Adam «un golpe muy duro[104]».

Doce días después, estaban atacando tres estaciones de radar en la costa de Normandía, en Pointe de la Percée, Distelfink (la mayor base de radar en la costa de Normandía), en Douvres, y también Saint-Valéry, al norte de El Havre. Al día siguiente le tocó el turno a otra estación de radar en el cabo de la Hague, en el extremo noroeste de la península de Cotentin. Sólo cuatro pilotos, entre ellos Adam, alcanzaron el

objetivo. «Objetivo bien machacado», fue el comentario en los registros del escuadrón[105].

Los Typhoon, desde luego, estaban causando daños considerables, pero hacia el 3 de junio se acordó que también las fuerzas aéreas estratégicas atacaran las instalaciones clave. Más tarde ese mismo día, así como el 4 y 5 de junio, varios bombarderos pesados atacaron las bases de radar en la costa norte de Francia, incluidas todas las que contenían los radares Mammut y Wassermann, que eran particularmente precisos. No quedó una sola estación de radar en

funcionamiento a lo largo de todo el que iba a ser el frente de invasión. Si a eso se suman las medidas de interferencia, toda la cadena de radares alemanes a lo largo de la costa del canal de la Mancha operaba a sólo un cinco por ciento de efectividad. El poder de la fuerza aérea aliada y de la tecnología de radio había inutilizado muchas de las herramientas de defensa de Alemania.

El carácter contradictorio de los datos de inteligencia y sus distintas interpretaciones y lastraron a los defensores en los últimos días que precedieron a la invasión. El constante bombardeo y ametrallamiento aéreo y el perpetuo sonido de los motores de avión sobre sus cabezas hicieron mella en los alemanes, y el mal tiempo les impidió hacerse una idea más clara de las intenciones de los Aliados. Los meteorólogos alemanes tenían muy pocas estaciones en el oeste de Europa así que, aunque tenían muchas fuentes de las que extraer datos a lo largo de la costa del Atlántico hasta el mismo círculo polar, tenían muchos menos informes de lo que sucedía sobre el propio Atlántico que las fuerzas aliadas. Aun así, habían detectado el frente de bajas presiones que estaba barriendo Gran Bretaña y se dirigía hacia el continente, y les pareció que toda aquella primera semana de junio estaría caracterizada por mal tiempo. El general Marcks había estudiado repetidamente las anteriores invasiones aliadas y se había dado cuenta de que en todas ellas era crucial la confluencia de la luna y las mareas. Consideró que la próxima vez que la luna y las mareas serían las adecuadas para una invasión sería alrededor del 20 de junio. Según Marcks, la previsión meteorológica, los vientos cada vez más fuertes, la luna y las mareas se combinaban para sugerir que no habría ninguna invasión durante, al menos, dos semanas.

Fue en gran parte por este motivo por el que el *Feldmarschall* Erwin Rommel se confió lo bastante como para abandonar La Roche-Guyon el domingo 4 de junio y dirigirse al *Berghof* para ver a Hitler en persona, con la intención de pedirle que enviara a Francia dos divisiones panzer más y para implorarle, otra vez, que le otorgara el control táctico de las divisiones panzer. Seguía creyendo que se podía detener a los Aliados, pero también tenía el profundo convencimiento de que sólo lo lograrían si se

concentraban las divisiones panzer cerca del frente, en el área de Normandía-Paso de Calais, aunque su intuición le seguía diciendo que la invasión se produciría en el sector del Decimoquinto Ejército, desde el estuario del Sena hasta el Paso de Calais y en las costas de Bélgica y Holanda. Si no se ponían los medios necesarios bajo su control directo — si no contaba con libertad para mover los panzer con rapidez y decisión —

temía que pronto todo estuviera perdido. Y ahora tenía otra razón para marcharse: de camino al *Berghof* estaba la casa de su familia en Herrlingen, cerca de Ulm, y el martes 6

de junio sería el quincuagésimo cumpleaños de su querida esposa, Lucie. Incluso había ido a París el día anterior para comprarle un par de zapatos nuevos.

Otras fuentes de inteligencia estaban recibiendo, sin embargo, señales muy distintas.

El 1 de junio, un comandante del Maquis francés había sido capturado por hombres de la 352. *Division* y, durante el interrogatorio, les había dicho que la invasión era inminente. Ningún miembro de la Resistencia sabía exactamente cuándo sería, pero todos habían oído las alertas emitidas por la BBC. Para el general Kraiss, aquello era más que suficiente para poner a la división en alerta máxima, pero, siendo 1944 y no 1940, no podía hacerlo sin autorización de sus superiores. Tampoco podía hacerlo el general Marcks, que estaba de acuerdo con Kraiss. La petición de ambos, no obstante, fue denegada. Kraiss encontró una forma de poner a su división en alerta de todos modos amparándose en las maniobras que se habían programado para esa semana: si sus superiores le preguntaban, les diría que la alerta era parte de las operaciones que estaba llevando a cabo para las maniobras. En consecuencia, el lunes 5 de junio, la 352.

División era la única en toda Normandía que estaba en alerta máxima.

Pero lo cierto era que nadie entre los alemanes conocía las intenciones de los Aliados. Gracias a una espía alemana en Turquía, Elyesa Bazna, o «Cicerón», que trabajaba como ayuda de cámara para el embajador británico en Ankara, sabían que el nombre en clave de la invasión era Overlord, pero eso, por sí solo, no servía de mucho.

El 27 de mayo, Hitler le dijo con total seguridad al embajador japonés que los Aliados habían terminado sus preparativos. Tras algunas operaciones de distracción en Noruega, Dinamarca, el suroeste de Francia y en el Mediterráneo francés, establecerían una cabeza de playa en Normandía, o quizá en Bretaña, y luego lanzarían la invasión de verdad para abrir un segundo frente en Paso de Calais. Claro está, Hitler no tenía ni idea de lo que iba a suceder. Simplemente estaba tratando de cubrirse apuntando a todas partes y, en el proceso, demostraba su asombrosa ignorancia sobre tanto sobre la planificación como sobre la ejecución de las operaciones militares. Después de todo,

¿cómo alguien podía pensar en serio que los Aliados tenían medios para montar todas esas operaciones anfibias simultáneamente?

La tarde del lunes 5 de junio, el OB West envió un nuevo informe de inteligencia, que sugería que el lugar más probable para la invasión era alguna zona entre el estuario del Scheldt (en Holanda) y Normandía. «Dónde, a lo largo de este amplio sector, intentará el enemigo un desembarco no está todavía claro», decía el informe. «Hasta la fecha», concluía, «no hay perspectivas de que la invasión sea inminente [106] ».

Desde luego, en La Roche-Guyon nadie estaba listo para una invasión inminente. En ausencia de Rommel, estaba al mando el general Hans Speidel. El almirante Ruge se había pasado el día entero conduciendo bajo la lluvia para visitar el *Marinegruppe West* y darles una reprimenda. La 2.º Flotilla de Dragaminas tenía su base en Bretaña y había sido trasladada a El Havre. De camino, las fuerzas aéreas aliadas la habían atacado con contundencia. Todos sus barcos, menos uno, habían sido hundidos. Su traslado había sido, para Ruge, inexplicable, pues en El Havre ya había *SBoot* (lanchas torpederas rápidas) y dragaminas a motor de sobra. Ambos tipos de barcos eran pequeños y con perfiles bajos. Además, al estar hechos de madera, eran más difíciles de detectar por los radares aliados.

Después de explicar al *Marinegruppe West* lo estúpido que le había parecido ese traslado de la flotilla, Ruge regresó a La Roche-Guyon para cenar, y allí encontró grata compañía. Entre otros, Speidel había invitado a su cuñado, el doctor Horst, y al escritor Ernst Jünger. Lo que Ruge no sabía es que todos ellos eran conspiradores y estaban tramando contra Hitler y el régimen. Speidel tenía instrucciones específicas de reclutar a Rommel para la causa, aunque, hasta la fecha, las cosas no le iban bien en ese aspecto.

Rommel había recuperado el vigor con su nuevo mando, su relación con el *Führer* era de nuevo buena y tenía ganas de luchar. El 13 de mayo había llegado a pedirle a Hitler que adelantara la campaña de bombardeo con V-1 contra Inglaterra en un intento de perturbar los preparativos para la invasión. Rommel estaba decidido a ganar la batalla que se avecinaba.

De hecho, Jünger había incluso redactado una proclamación de paz, que se pondría masivamente en circulación una vez que el régimen de Hitler fuera derrocado.

Declaraba que creían en una Europa cristiana y unida en la que las

nociones de democracia, tolerancia y justicia social fueran fundamentales. Sin embargo, ésas no eran cosas que discutir durante aquella cena, aunque sí que hubo, como sucedía siempre que Rommel no estaba allí, muchas burlas hacia «el idiota del Berghof[107]». A Ruge le pareció que la charla era «muy animada[108]». El vino corrió en abundancia.

Sin que lo supieran, la armada invasora ya navegaba por el canal de la Mancha y, para cuando terminó la cena, pasada la medianoche, los primeros de los casi veinticinco mil soldados aliados aerotransportados estaban a punto de aterrizar en suelo francés.

La hora había llegado. Era el martes 6 de junio de 1944. El Día D.

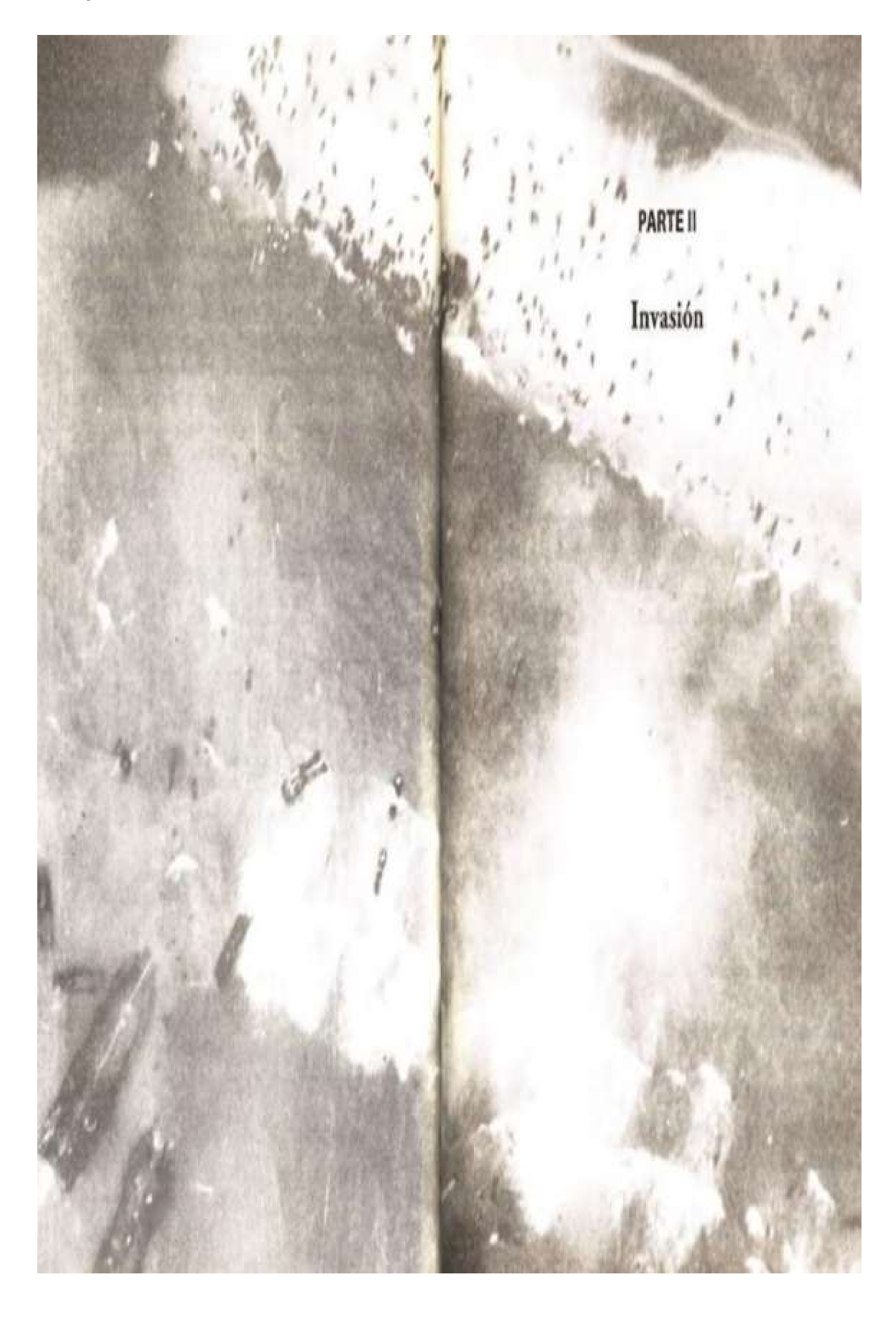
Lanchas de desembarco de la 18.ª y de la 115.ª de Infantería de Estados Unidos acercándose a la playa de Omaha.

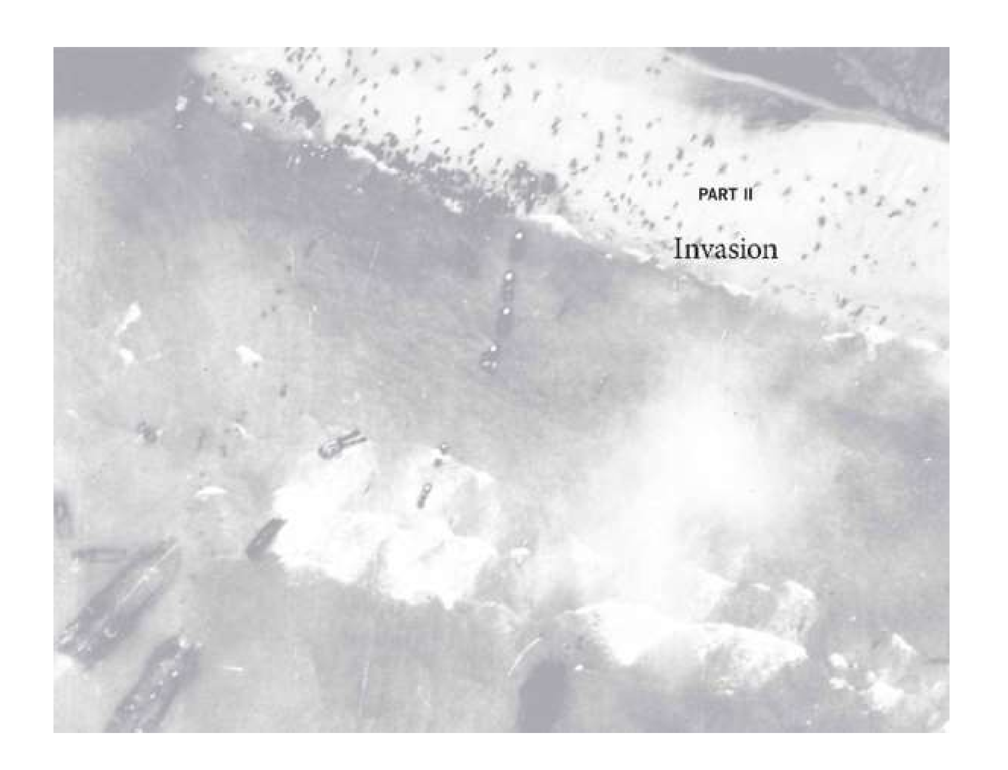




Lanchas de desembarco del 18º de infantería y del 115º de infantería de los Estados Unidos aproximándose a la playa Omaha.

PARTE II





Invasión Capítulo 8

Día D menos uno

El viernes 2 de junio, el teniente coronel Mark Alexander escribió una carta a sus padres en Lawrence, Kansas, que, por lo que él sabía, bien podía ser la última que les dirigiera jamás. Con treinta y dos años, era mayor que la mayoría de los hombres con los que servía y, además, estaba casado. Tanto su edad como su posición como oficial ejecutivo del 505.º Regimiento de Paracaidistas de Infantería le permitían tener una perspectiva más amplia que gran parte de los jóvenes hombres bajo su mando. También tenía experiencia, entre la que se contaban los saltos de combate en Sicilia y en el sur de Italia y los durísimos enfrentamientos que los siguieron.

«Bueno, ya ha llegado», escribió, «el día anterior a que vuelva a despegar para saltar en lo más duro de todo. Los paracaidistas, como siempre, vamos antes que todos los demás, para intentar ablandar un poco las cosas para los de las cabezas de playa. Y yo prefiero ir así que con las fuerzas anfibias. Sí, me siento muy afortunado, a pesar de todo, y, por supuesto, iré con mucho cuidado». Al pie de la carta,

firmó: «Recordad que siempre os querré, vuestro hijo, Mark [109] ».

Alexander era un joven atlético y con una vena artística del Medio Oeste de Estados Unidos. Había abandonado el instituto para después viajar por todo Estados Unidos, haciendo autoestop y trabajando de todo, para luego, cuando tuvo un poco de dinero en el bolsillo, matricularse en la Universidad de Kansas y terminar allí la licenciatura en Bellas Artes en 1940. Había pensado en proseguir sus estudios con un máster, pero una vez empezó la guerra decidió alistarse en la Guardia Nacional en Lawrence. Allí lo animaron a presentarse a los exámenes que seleccionaban a los candidatos para formarse como oficiales. Alexander sacó unas notas extraordinarias y el 1 de enero de 1941 se convirtió en subteniente y comandante de sección en la 35.ª División de Infantería. Como era mayor que la mayoría, inteligente y sabía mucho más del mundo que sus colegas, Alexander destacó muy pronto. Había aprendido en sus viajes por todo Estados Unidos qué distinguía a los buenos líderes de los malos, y puso en práctica esas lecciones como oficial de infantería. También estaba físicamente en forma, era un tirador decente gracias a la práctica siendo niño con un rifle del calibre 22, tenía seguridad en sí mismo y era capaz de liderar con el ejemplo.

En la primavera de 1942 fue ascendido a capitán y, tras un romance relámpago, se casó con una enfermera irlandesa llamada Mary Collins, aunque desde su apresurada

boda habían pasado poco tiempo juntos. Alexander se había presentado voluntario para la rama aerotransportada; deseaba ponerse a prueba al máximo y sin duda lo hizo durante la rigurosa formación de cuatro semanas en la escuela de paracaidismo. Con cinco saltos completados y habiendo terminado el curso, fue destinado primero al 504.º

Regimiento de Paracaidistas de Infantería y luego al recién formado 505.º RPI. Casi un año después de entrar en la escuela de paracaidismo, lo enviaron al norte de África. En julio de 1943, para entonces al mando del 2º Batallón del 505º, saltó sobre Sicilia.

El 505.º RPI fue retirado de Italia en noviembre, transportado en barco hasta Irlanda del Norte y desde entonces estaba siendo adiestrado para Overlord. Alexander, ahora condecorado con una Cruz de Servicios Distinguidos británica además de con una Estrella de Plata por su actuación en Italia, fue nombrado oficial ejecutivo —

comandante adjunto — del 505º, pero saltaría sobre Normandía como

un soldado más, igual que el resto de las fuerzas aerotransportadas estadounidenses. También saltaba el comandante de la división, el general de división Matthew Ridgway. «Quiero estar sobre el terreno desde el mismísimo principio», le dijo a Alexander. «Y quiero que me escojas el avión que tenga más posibilidades de aterrizar en la zona de salto [110] ».

Era comprensible que Ridgway escogiera el 505.º, pues era el único regimiento en las dos divisiones aerotransportadas que tenía experiencia en saltos de combate. Para el general, Alexander escogió un C-47 que llevaba hombres de la compañía del cuartel general del 505.º, mientras que él optó por ir con un instructor veterano y en un avión que estaría en el lado derecho de la formación; tenía intención de situarse junto a la puerta para ver las luces en el suelo marcadas por los guías, que serían enviados treinta minutos antes y estaban especialmente entrenados para establecer en el suelo configuraciones de grandes letras con luces y para operar los transpondedores Eureka.

Ahora, en la noche del lunes 5 de junio, Alexander se estaba preparando para saltar sobre Francia. Las órdenes eran que todos los paracaidistas debían saltar: no debía traerse de vuelta a Inglaterra a ninguno. Por mucha experiencia que tuvieran o por bueno que fuera su adiestramiento, en esta fase todos los paracaidistas estaban poniendo sus vidas en manos de las tripulaciones que los conducían a las zonas de salto

— ZS — y confiando en la suerte.

Al menos parecía probable que sobrevolaran Cotentin con la ventaja de la sorpresa táctica. «No hay inteligencia durante la última semana», concluyó el Comité Conjunto de Inteligencia el sábado 3 de junio, «que sugiera que el enemigo haya averiguado con precisión el área en la que se realizará nuestro principal asalto [111] ». Esto era un gran alivio, pero se habían producido fugas de inteligencia potencialmente catastróficas el día 5, la primera cuando un informe de Associated Press anunció que la invasión estaba

en marcha y la otra cuando un piloto de caza de la Octava vio desde el aire la enorme flota de invasión y compartió su asombro por radio. Más aún, la imagen que los últimos datos de inteligencia dibujaban sobre la fuerza de los alemanes en Normandía era temible; sin duda, el retraso de un mes desde principios de mayo le había salido caro a los Aliados. Los alemanes tenían unas cincuenta y nueve divisiones en el frente occidental, entre ellas diez de panzer o granaderos panzer, con otras posibles trece divisiones que podrían llegar durante los

siguientes dos meses. Estas divisiones eran de diversos tamaños; las divisiones de infantería, a estas alturas de la guerra, tenían sólo unos doce mil soldados, mientras que las divisiones panzer rondaban los veinte mil.

Directamente ante la invasión, según previsiones del Comité Conjunto de Inteligencia, había siete divisiones, cifra que fácilmente podría elevarse a diez hacia finales del Día D. El Día D más dos el número podría ascender a dieciséis o diecisiete, y hacia el Día D

más ocho podría haber veinticuatro. En el instante en que desembarcaran las primeras tropas aliadas, empezaría la carrera para ver qué bando acumulaba más rápido la cantidad de armas y soldados necesarios. En el fondo, ésa era la auténtica clave: qué bando aumentaría sus fuerzas más rápido en la cabeza de playa de Normandía. Enviar metódicamente grandes ejércitos por mar era una cosa, enviarlos con rapidez era otra muy distinta.

Los primeros soldados en llegar, no obstante, no lo harían por mar. Serían las fuerzas aerotransportadas, lanzadas con la misión específica de asegurar los vitales flancos y permitir a los Aliados aislar la zona de batalla situada directamente frente a ellos. Su papel no podía ser más importante y rayaba en lo absurdo que Leigh-Mallory hubiera siquiera considerado anular su lanzamiento, por alto que fuera el riesgo; el mero hecho de que hubiera implorado esa cancelación primero a Bradley y luego a Eisenhower demostraba que no había comprendido cómo se había diseñado y funcionaba el plan de Overlord. Era imprescindible que esos flancos estuvieran protegidos si se quería que los desembarcos tuvieran una mínima posibilidad de éxito.

En el extremo occidental del frente de invasión, eso conllevaba cortar las arterias vitales que llevaban a Cherburgo y proteger los desembarcos en la playa Utah, y, en el este, destruir los importantísimos puentes sobre el río Dives y asegurar intactos los que cruzaban el Orne y el canal de Caen.

Desde que, en mayo de 1940, los alemanes lanzaran a sus tropas en planeadores sobre el fuerte belga de Eben Emael y sus paracaidistas capturaran los puentes clave, tanto Gran Bretaña como Estados Unidos se habían quedado deslumbrados por el potencial de las tropas aerotransportadas. Desde luego, habían asumido todos los potenciales beneficios que estas tropas podían traer, pero, de algún modo, habían ignorado — o no analizado lo suficiente — los muchos inconvenientes de este tipo de operaciones. Por ejemplo, en mayo de 1940, cuando los alemanes lanzaron su ataque

hacia el oeste utilizando un gran número de tropas aerotransportadas, perdieron 353

aviones, la mayoría de ellos de transporte; había sido el peor día de la *Luftwaffe* en términos de pérdida de aparatos de toda la guerra hasta la fecha. La operación aerotransportada en Dombás, en Noruega, en abril de 1940, había sido un espectacular fracaso, igual que el salto de paracaidistas sobre La Haya al mes siguiente; habían capturado sólo dos de los tres puentes sobre el canal Albert en Bélgica; y en Creta habían logrado sólo uno de los tres objetivos que tenían y la mitad de los soldados habían muerto. Donde habían demostrado más efectividad era en el hecho de que aquellos que habían sobrevivido al salto habían luchado de forma soberbia en el suelo.

Churchill se había contado entre los primeros en insistir en que los británicos crearan una rama aerotransportada de unos cinco mil hombres. Sin embargo, la cifra se había disparado pronto primero a una y luego a dos brigadas. En octubre de 1941 la Oficina de Guerra decidió crear la 1.ª División Aerotransportada, seguida por una segunda división en la primavera de 1943. El SAS también creció rápidamente en 1943, así como la Brigada Independiente Polaca, financiada por los británicos. En Estados Unidos sucedió algo parecido: una sección de paracaidistas de prueba se formó en 1940

y evolucionó hasta convertirse en la 501.ª Unidad de Infantería Paracaidista. Se estableció una escuela de paracaidistas en Fort Benning y luego, en marzo de 1942, se activó la 82.ª División Aerotransportada, seguida rápidamente por la 101.ª en agosto de ese mismo año. Se crearon dos divisiones más: la 11.ª y 17.ª en mayo de 1943. Se añadieron tropas de planeadores, que requerían equipo todavía más especializado y más entrenamiento, lo que absorbió todavía más recursos.

No faltaron voluntarios, pues desde el principio estas tropas, y especialmente los paracaidistas, fueron percibidos como la élite, como fuerzas especiales. Se esperaba de ellos que se entrenaran más y estuvieran físicamente más en forma que la mayoría de unidades y, más importante aún, eran todos voluntarios y, en consecuencia, su motivación era mayor. La gran mayoría de reclutas forzosos — ambos ejércitos estaban compuestos en aproximadamente un 75 por ciento por esos reclutas — no querían combatir en la guerra, jamás habrían entrado en el ejército de no ser por el conflicto global que había estallado y lo único que deseaban era mantener la cabeza baja y que el temporal amainase. La mayoría, además, querían ser dirigidos y que les dijeran lo que tenían que hacer. En teoría, los estadounidenses

todavía mantenían la pena capital para los desertores — aunque carecían de voluntad de aplicarla — mientras que los británicos la habían abolido completamente. A diferencia de los alemanes, los soldados aliados no serían fusilados por desertar. Por eso era tan importante mantener la moral alta: en realidad, no había nada que impidiera a los soldados arrojar las armas al suelo y marcharse. Las mejores tropas eran aquellas que podían improvisar sobre la marcha y, sobre todo, mostrar iniciativa. Esa iniciativa estaba ligada a la motivación, y la

combinación de motivación, el deseo de ser los mejores y una forma física extraordinaria hacía que las tropas aerotransportadas destacaran sobre las demás.

No se había reflexionado tanto sobre cómo estas excelentes tropas llegarían al campo de batalla, ni sobre en qué formato y condiciones. Los británicos no poseían ningún avión específicamente diseñado para el transporte de tropas, ni tampoco intentaron crear ninguno. En lugar de ello, se instalaron escotillas en la panza de los bombarderos.

Pero los bombarderos, como es lógico, habían sido diseñados para transportar bombas, no tropas. Los largueros de las alas, la falta de asientos y las mal ubicadas escotillas de lanzamiento pesaban en contra de utilizarlos para lanzar paracaidistas. Gran Bretaña se volvió hacia Estados Unidos, que estaba utilizando Douglas DC3 ligeramente adaptados. Estos aviones serían los que se utilizarían para lanzar a la mayoría de los paracaidistas aliados, tanto británicos como estadounidenses. El ejército estadounidense los clasificó bajo la denominación C-47, mientras que los británicos los llamaron Dakotas, pero no se les incorporaron tanques de combustible autosellantes, un elemento que ya era estándar en la mayoría de los aviones de combate modernos y que reducía de forma decisiva las posibilidades de que el fuego se extendiera en el avión o de que el aparato explotara; tampoco se les incorporaron armas defensivas ni ningún tipo de blindaje. Hacia junio de 1944, ninguno de los 1176 aviones de transporte asignados a la invasión había sido actualizado. Todos seguían siendo tan vulnerables como siempre, y sus tripulaciones lo sabían. Circulaban rumores de que se los consideraba prescindibles y de que se daba por seguro un alto número de bajas. Eso no contribuyó a mejorar la decaída moral entre los pilotos de las alas de transporte.

Las tripulaciones de transporte recibieron un entrenamiento intensivo en cuanto llegaron a Gran Bretaña. Colectivamente, habían acumulado unas treinta mil horas de vuelo durante la preparación del Día D. Las asignaciones se habían hecho pronto, para que las divisiones pudieran

entrenarse junto a las tropas que iban a transportar, pero con la excepción de las maniobras Eagle, las últimas grandes maniobras conjuntas, no hubo más vuelos ni saltos tras el 18 de abril. Aunque la breve historia de las operaciones aerotransportadas claramente demostraba que el salto era la parte más problemática del proceso, el general Maxwell Taylor creyó que durante las siguientes siete semanas bastaba con que sus hombres siguieran entrenando en tierra.

De hecho, las anteriores operaciones aerotransportadas aliadas habían demostrado las dificultades de ese tipo de misiones con diáfana claridad. Los saltos en el noroeste de África habían sido un desastre, y no habían ido mucho mejor en Sicilia, donde menos de uno de cada seis paracaidistas estadounidenses había caído cerca de su zona de salto y algunos habían acabado hasta a ciento cuatro kilómetros de su objetivo. Otro contingente aerotransportado había sido alcanzado por un bombardeo de las propias

baterías navales aliadas. Las tropas británicas en planeadores habían acabado dispersas a los cuatro vientos por toda Sicilia, y sólo cuatro de las 144 habían aterrizado en las zonas de salto correctas. Sesenta y nueve de ellas «aterrizaron» en el mar.

Una vez en el norte de África o en Sicilia, las tropas que consiguieron aterrizar combatieron de forma extraordinaria. Los problemas estaban todos en el transporte aéreo, en la forma en que esas tropas se llevaban al campo de batalla. Desde Sicilia, tanto los estadounidenses como los británicos habían reflexionado mucho sobre este asunto. El general Ridgway había redactado un informe en otoño de 1943 en el que exponía su opinión. «Las tropas aerotransportadas», escribió, «son armas de oportunidad [112] ». En esto, estaba en lo cierto, pero luego su informe insistía en que no tenía sentido desplegar estas tropas poco a poco; en lugar de ello, tenían que enviarse al combate en masa, es decir, en divisiones completas. De nuevo, tenía un punto de razón, pero seguía centrándose más en lo que las tropas podrían conseguir una vez en tierra que en cómo llevarlas hasta allí. Cuanto más paracaidistas se lanzaran, más transportes serían necesarios, pero el número, estado y calidad de esos transportes no había mejorado mucho desde los desastres en el Mediterráneo.

Éste era, en resumidas cuentas, el problema: aunque las tropas aerotransportadas estadounidenses estaban entre las mejores del ejército de Estados Unidos, estaban siendo llevadas al campo de batalla por las tripulaciones aéreas peor preparadas. Pocos en la USAAF aspiraban a convertirse en pilotos o navegantes aéreos en aviones de transporte, así que tendían a asignarse a aquéllos con

menos habilidad y carisma. La situación había, si acaso, empeorado desde que, a finales del año anterior, el general George Marshall, el jefe de Estado Mayor del Ejército estadounidense, y el general Hap Arnold habían presionado para incrementar el número de tropas aerotransportadas en Overlord y, para ello, habían asignado a la operación una cantidad considerablemente mayor de aviones de transporte. Ahora había en Inglaterra tres alas y catorce grupos de transporte (unos 1176 aviones, en total). Era una flota aérea imponente, pero se había formado a costa de apresurar la formación de los pilotos y, en especial, de los navegantes. Como Sicilia había demostrado, la combinación de una preparación inadecuada y vientos inesperados era mala receta para las operaciones aerotransportadas. En Normandía, incluso si los meteorólogos tenían suerte y la pequeña cresta de altas presiones barría la zona, habría algunas rachas de viento muy fuertes, más fuertes que las sufridas durante la invasión de Sicilia el julio pasado.

Al menos, no obstante, el nuevo plan estadounidense, que hubo que desarrollar tras la súbita llegada a la zona de la 91. *División* y el Regimiento de *Fallschirmjäger-Regiment 6* alemanes, era más adecuado. Las dos divisiones estadounidenses — la 82.ª y la 101.ª

aerotransportadas— se podrían dar apoyo mutuo de forma más sencilla. El plan, aun

así, podría haber sido incluso mejor, pues la versión final establecía que dos regimientos de la 101.ª protegieran las cuatro salidas de la playa Utah y sólo uno — con tres batallones — fuera lanzado más al sur, hacia Carentan. Para la planeada conexión entre las tropas invasoras que desembarcaban en Utah y las que lo hacían en Omaha, la ciudad de Carentan, con sus puentes y esclusas sobre el canal y el río Douve, era un objetivo clave. Ésta era la zona en la que tenía su base el *Fallschirmjäger-Regiment 6*, sin duda la infantería enemiga mejor preparada y comandada en toda Normandía. Con la previsión de lanzar dos regimientos de la 82.ª alrededor de Sainte-Mère-Église —

alrededor de 2600 hombres — habría potencialmente doce batallones de paracaidistas en una zona a la que, hasta el cambio de planes, sólo se habían asignado seis.

Aunque el nuevo plan era incuestionablemente mucho más razonable, incluso de no haber existido los refuerzos alemanes, parecía que, al trazarlo, los planificadores se habían centrado tanto en la protección de Utah que habían descuidado Carentan. El hueco entre Omaha y

Utah, donde estaban las significativas vías fluviales de Carentan, era de unos treinta y dos kilómetros, con diferencia el mayor entre las cinco playas de invasión — un hueco en que el enemigo podría fácilmente meter una cuña de tropas en un momento en el que expandir y unir las cabezas de playa tan pronto como fuera posible sería vital —. No había ninguna otra posible playa de desembarco entre ambas, pero lanzar un segundo regimiento de la 101.ª en Carentan habría sido una opción juiciosa. Ciertamente, tal y como el plan estaba configurado, se podía prescindir de ellos en Utah.

Por último —y esto potencialmente podía aumentar la ya de por sí inevitable confusión —, estaba previsto que aterrizaran en la Zona Seca D dos batallones del 501.º

RPI, pero también un batallón del 506.º. Desde el punto de vista del mando y control, dividir los regimientos de infantería paracaidista probablemente no fue buena idea. En general, el plan de saltos de tropas aerotransportadas estadounidenses podría haber sido bastante mejor.

El plan británico no era menos exigente. Aunque utilizaba una sola división en lugar de dos, su misión era volar los puentes a lo largo del Dives en cuatro puntos distintos, a destruir una peligrosa batería costera en Merville y también a asegurar intactos los estratégicos puentes que cruzaban el canal de Caen y el río Orne. Era mucho pedir, pero, al menos, con un volumen menor de tropas no hubo que improvisar nuevas tripulaciones para los aviones de transporte y, por lo tanto, éstas tuvieron más tiempo para entrenar y estaban mejor preparadas.

La operación para capturar los dos puentes intactos se había asignado al 2.º Batallón de Infantería Ligera de Oxfordshire y Buckinghamshire, los Oxs y Bucks, el cual, a pesar

de su tradición como regimiento local de las provincias comarcales de Inglaterra, había sido integrado dentro de la 6.ª Brigada Aerotransportada de la 6.ª División Aerotransportada junto con el 12.º de Devon y el 1,er de Rifles Reales del Ulster. El general de división Richard «Windy» Gale, el comandante de la división, delegó en su comandante de brigada más veterano, el general de brigada James Hill, la tarea de diseñar el plan inicial. Hill, que tenía entonces sólo treinta y dos años y era un hombre alto y de rostro enjuto, propuso enseguida que los puentes sobre el canal de Caen y el río Orne fueran capturados por tropas en planeadores, pues consideraba que los alemanes lo tendrían todo preparado para una posible demolición y

que la única forma de tomarlos intactos antes de que los destruyeran sería llegar con la rapidez de un rayo.

Eso les daría la oportunidad de asegurar los puentes aprovechando el breve momento de confusión e indecisión del enemigo y ese efecto, en opinión de Hill, sólo se podía conseguir utilizando tropas en planeadores que llegaran al lugar preciso y en gran número. Los paracaidistas no servían porque tenderían a dispersarse en un área mayor.

Gale aceptó por completo este análisis y le asignó dos lotes de tres planeadores para cada puente. Éstos serían la punta de lanza de toda la invasión y, puesto que la velocidad y la sorpresa eran tan importantes, tendrían que llegar en silencio y antes que el resto de tropas paracaidistas.

Cada planeador Horsa llevaría a veintiocho hombres, de los cuales veintitrés serían infantería aerotransportada y cinco, ingenieros; esto quería decir que sólo serían necesarias una compañía y dos secciones extra de la 6.ª Brigada Aerotransportada para liderar la invasión y lanzarse a tomar los puentes. La Compañía D, los Ox y Bucks, había tenido un desempeño particularmente bueno durante unas maniobras clave a finales de marzo y, en consecuencia, se le había asignado esta misión, junto con dos secciones de la Compañía B. Todos, desde el comandante de la compañía, el mayor John Howard, hasta los soldados de a pie, eran muy conscientes de que se trataba a la vez de un considerable honor y de una tarea enormemente importante y arriesgada.

Uno de los que estaban preparándose para el asalto en planeador esa noche era Denis Edwards, a quién le quedaba sólo un mes para su vigésimo cumpleaños. Estaba asignado a la Sección 25 de la Compañía D, que, según estaba programado, sería el primer planeador en aterrizar cerca del puente giratorio que salvaba el canal de Caen.

El puente había recibido el nombre en clave de «Pegaso». Edwards había sido criado por unos padres de posición muy acomodada y bastante excéntricos. Su padre tenía una empresa que construía aeródromos, pero había perdido gran parte de su fortuna durante el crac del 29 y, por ello, de haber podido emplear un chófer y sirvientes, la familia se vio en circunstancias mucho más modestas. Eso no afecto a Edwards lo más mínimo; era un tipo flemático que tendía a no angustiarse por los obstáculos que le planteaba la vida y, a los dieciséis años, ya estaba trabajando en unos establos cerca de

su hogar en Kent. Tras dejar la escuela empezó a trabajar repartiendo leche para una cooperativa y, aunque ya era miembro de la Guardia del Interior, sólo se alistó en el ejército después de que un caballo se escapara y se lesionara durante su turno, pues se veía incapaz de explicárselo a sus jefes de la cooperativa.

Tras haber sido asignado al 70.º Batallón (Soldados Jóvenes) de los Ox y Bucks, respondió a un anuncio que pedía voluntarios para el 2.º Batallón, que estaba siendo readiestrado como tropas aerotransportadas en planeadores. Fue aceptado en la Compañía D, a las órdenes del mayor Howard, un expolicía local de Oxford, quien, como Mark Alexander, había ascendido en el ejército desde soldado raso. «En la Compañía D teníamos al jefe más duro posible», escribió Edwards. «Su compañía tenía que ser la mejor en todo, fueran deportes, marchas, maniobras o entrenamientos de resistencia[113]». El entrenamiento había sido riguroso, había incluido ejercicios y pruebas en las que se esperaba que las tropas improvisaran sobre la marcha y mostraran iniciativa. «Además de entrenamiento de vuelo», anotó Edwards, «se nos estaba entrenando constantemente en todas las demás habilidades que necesitaríamos cuando finalmente tuviéramos que enfrentarnos a un enemigo real[114]». Entre estos entrenamientos se incluyeron varios de asaltos contra puentes, así que para cuando, el 4

de junio, fueron enviados desde Bulford Camp a un misterioso aeródromo del sur de Inglaterra, Edwards confiaba en sus habilidades y en las de sus compañeros.

Estaban ahora en el aeródromo Tarrant Rushton, cerca de Blandford, en Dorset, aunque Edwards nunca supo el nombre del lugar. Howard había sido informado de la invasión a principios de mayo, pero ahora el resto de sus hombres también eran partícipes del secreto. El plan, tal y como Howard lo había diseñado, fue estudiado con minucioso detalle. Cada sección de cada planeador e incluso cada pelotón de siete hombres evaluó y analizó las tareas que se les habían asignado. Escrutaron fotografías detalladas de la zona y memorizaron todas las características clave del terreno. También se construyó una maqueta a gran escala, en la que aparecían todos los edificios, árboles y matorrales. Todo tenía que funcionar como un reloj.

La noche del 4, a Edwards le costó conciliar el sueño. Tanto sus compañeros como él estaban convencidos de que iban a una misión suicida: ciento ochenta hombres iban a realizar un aterrizaje forzoso en territorio enemigo y, sin armas pesadas, tenían que capturar dos puentes y, más importante aún, resistir hasta que llegaran refuerzos,

primero de los paracaidistas y luego de los comandos, quienes, según les habían dicho, llegarían por mar a unos ocho kilómetros de distancia y se abrirían camino hasta ellos.

Edwards pensaba que la posibilidad de mantener el control de los puentes, si es que llegaban a tomarlos intactos, era poco más que una quimera. «Fumé muchos cigarrillos

la noche después de la primera reunión informativa sobre la misión», escribió, «no recuerdo ninguna noche más larga [115] ».

El lunes 5 de junio pasó lentamente. La información de inteligencia más reciente sugería que la 21.ª División *Panzer* y 12.ª División *SS-Panzer* estaban ahora en la zona de Caen. Edwards y sus colegas maldijeron su mala suerte y se lamentaron entre ellos.

Comprobaron una y otra vez sus armas. Vieron una película y se tomaron una última pinta de cerveza. Finalmente, les dijeron que se vistieran para la misión.

Completamente pertrechado, con bandoleras con munición y granadas extra, cada hombre pesaba una media de ciento cinco kilos; Edwards tuvo la impresión de que parecían mulas de carga. A las 2200 — 10 de la noche—se les ordenó subir al avión y se dirigieron a los planeadores que aguardaban en la pista. Los hombres bromeaban y cantaban, pero Edwards sentía que el temor aumentaba. Tanto el mayor Howard como el teniente Hubert «Den» Brotheridge, su comandante de sección, estaban a bordo del planeador líder. Su piloto era Jim Wallwork, un veterano de Sicilia y ahora muy preparado para el papel que le habían dado; los pilotos de planeador británicos eran también combatientes y se consideraban a sí mismos tropas de élite. A las 10.56, aumentó el rugido de los motores de los bombarderos Halifax que los remolcaban cuando los pilotos aumentaron la potencia para preparar el despegue. «Se me tensaron los músculos», anotó Edwards, «un escalofrío me recorrió la columna, sentí frío y calor sucesivamente y canté más fuerte para evitar que me castañetearan los dientes [116] ». De súbito, la cuerda de remolque se tensó y, con un tirón, empezaron a rodar por la pista.

«Hasta aquí has llegado, chaval», se dijo Edwards a sí mismo. «Ya no vale la pena preocuparse más [117] ». Y, después de eso, a medida que se alejaban del suelo inglés y subían hacia el cielo comenzó a sentirse un poco mejor.

Mientras las tropas aerotransportadas esperaban para subir a sus

aviones, la flota de invasión seguía en los puertos y en las aguas de la costa sur de Inglaterra. Anclado frente a la isla de Wight estaba el HMCS *Algonquin*, un destructor de la Marina Real Canadiense que formaba parte de la 25.ª Flotilla, asignada a la Fuerza J, que, como su letra indicaba, iba a dar apoyo a los desembarcos canadienses en la playa Juno. Los canadienses habían demostrado un compromiso extraordinario con la guerra y, hasta el momento, habían tenido un impacto mucho mayor de lo que sería normal para el tamaño de sus fuerzas armadas. Todos sus soldados, del primero al último, eran voluntarios. La 1.ª División canadiense había llegado a Gran Bretaña en 1940 y había divisiones canadienses luchando en Italia, además del ejército entero que estaba preparándose para la batalla en el continente. El Mando de Bombardeo de la RAF tenía un grupo entero canadiense — el Grupo 6 — y el resto de la RAF estaba salpicada de

alas de caza canadienses y pilotos, tripulaciones y tripulaciones de tierra canadienses.

La Marina Real Canadiense, por su parte, había jugado un papel vital en la crucial batalla del Atlántico. En 1939 había sido minúscula, pero había crecido exponencialmente, combatiendo sin cesar, encajando sin pestañear directos en el mentón y aprendiendo de sus errores para convertirse en una marina de guerra extraordinariamente exitosa y cuya contribución había sido decisiva en la que se puede argumentar que fue la campaña más importante de todo el conflicto, pues en esta guerra en que los suministros eran fundamentales, el Atlántico era la vía de suministro más importante de todas.

El teniente primero Latham «Yogi» Jenson era un ejemplo típico de los canadienses duros y comprometidos que formaban la columna vertebral de la MRC. Nacido en Calgary en 1921, desde niño había deseado escapar de las polvorientas llanuras del centro de Canadá y navegar por los mares. A los diecisiete años, se había marchado de casa para alistarse en la marina como oficial cadete. Luego había sido enviado a Gran Bretaña a formarse con la Marina Real. Allí había servido en el poderoso HMS *Renown*, donde había participado en la caza del *Graf Spee* y combatido en la batalla naval de Noruega. A continuación, fue trasladado al famoso crucero pesado británico HMS *Hood*, que abandonó en 1941 — sólo un par de semanas antes de que fuera hundido en la batalla del Estrecho de Dinamarca — para regresar a la marina de guerra canadiense.

El siguiente barco en el que sirvió, en cambio, fue hundido con él a bordo y tuvo suerte de ser de los pocos que fueron rescatados de las grises y frías aguas del Atlántico. Ahora era oficial ejecutivo —

segundo de a bordo, es decir, primer oficial — en el *Algonquin*, y a pesar de haber experimentado ya todo lo anterior, acababa de cumplir sólo veintitrés años.

Jenson había vivido todas estas aventuras con naturalidad. Era un tipo flemático —

además de un artista con talento — y creía firmemente que un barco feliz era un barco destinado a triunfar. El capitán del buque, el capitán de corbeta Desmond «Debby»

Piers (CSD) [118] , estaba de acuerdo con él. Toda la flotilla tenía su base en Scapa Flow, en las Oreadas, pero se había trasladado al sur para la invasión el 25 de mayo. Hasta entonces, se habían entrenado de forma intensiva — hasta quince horas al día — y realizado todos los tipos concebibles de entrenamiento con la artillería. Los estándares se habían mantenido muy altos. También tuvieron ocasión para divertirse: hicieron torneos de crecimiento de barba, en el barco sonaba la música a todo volumen siempre que era posible y había todo tipo de juegos y competiciones, incluidas noches de póker y combates de lucha libre. «A mi parecer», escribió Jenson, «no había ningún destructor en nuestra marina que fuera tan feliz ni tan eficiente como el *Algonquin* [119] ».

A las 3 de la tarde del lunes 5 de junio, el contramaestre hizo sonar el silbato para convocar a todos tras los tubos de los torpedos para escuchar un mensaje del capitán.

«Acaban de informarme de que mañana, 6 de junio», les dijo Piers, «es el Día D, y que hemos sido escogidos para estar en la punta de lanza de la invasión [120] ». Pasó a continuación a decirles que, además, habían sido escogidos para ser la misma punta de la punta de lanza. «En ocasiones, una lanza queda roma», continuó. «Si nuestro barco es alcanzado cerca de la costa, embarrancaremos el barco en la orilla y seguiremos disparando hasta agotar el último proyectil». Fue una arenga en toda regla y, a pesar de algunos pocos bufidos de protesta sobre los permisos cancelados para esa noche, sirvió para levantarles la moral y el ánimo a todos, a pesar de lo grande que era potencialmente el peligro de la operación.

Más tarde, Jenson y Piers estaban caminando por cubierta cuando vieron a una docena de ratas cruzarla y saltar al mar. Ninguno de los dos dijo nada, pero no era precisamente el tipo de augurio que desearan ver. Unas pocas horas más tarde, después de cenar, levaron anclas y zarparon hacia Normandía.

Capítulo 9

Día D: Las primeras horas

A las 9.15 de la noche del 5 de junio, Robert Leblanc y cinco de sus lugartenientes de confianza en el Maquis Surcouf estaban de nuevo reunidos alrededor de la radio en un cuarto trasero del Château de la Bivellerie, en Pont-Audemer. Antes, esa tarde, habían oído un mensaje, «el tiempo de la lucha llegará», el código que se había acordado para que estuvieran preparados para recibir instrucciones. Tenían el volumen del aparato muy bajo y le tocaba a René, el jefe de la 2.ª Sección del grupo, escucharlo. Estaba inclinado sobre el receptor, con la oreja pegada al altavoz.

—¡Allá vamos! —exclamó, de repente —. ¡Han dicho «los dados están sobre el tapete»!

Leblanc sintió que le daba un vuelco el corazón. ¿Era ése el mensaje? Se suponía que el mensaje tenía que ser «los dados *son arrojados* sobre el tapete». ¿Era correcto? ¿O

acaso no se trataba del mensaje que esperaban? ¿Podría ser una trampa? Durante algunos minutos, discutieron sobre la cuestión. Por suerte, había otros en el grupo escuchando otras radios y otro de los miembros, Beslier, se presentó casi enseguida, jadeando y sudando por el esfuerzo. Él también había oído el mensaje, y también el siguiente. «Il fait chaud en Suez» («Hace calor en Suez»). Leblanc estaba atenazado por las dudas. ¿Había llegado de verdad el momento que tanto habían esperado? Entonces llegó *Madame* Lefévre, que confirmó que ella también había oído los dos mensajes.

«Esta vez, no hay más dudas», anotó Leblanc en su diario. «La hora que hemos estado esperando tanto tiempo, la hora que mis muchachos llevan quince meses aguardando, ha llegado: ¡¡los desembarcos!! »[121] . Miró a su alrededor y vio alegría en los ojos de sus hombres. Les ordenó que recogieran rápidamente sus pertenencias y su equipo. Emitió además una serie de otras órdenes a sus hombres. Arazo debía recoger a Paul, que estaba en el pueblo de Routot. Serpiente y Bezo tenían que sacar el Citroen, que habían requisado tras matar a Violette Morris, de una granja cercana donde lo habían escondido y llevarlo a La Pilvĕdiĕre, el cuartel general que habían preparado en las tierras del Château de Launay, a unos pocos kilómetros de distancia, donde esa noche debía producirse otro lanzamiento de suministros en paracaídas. Por lo general, se sentían más seguros si se mantenían muy dispersos, pero ahora había llegado el momento de entrar en

acción y Leblanc necesitaba congregar a sus hombres a su alrededor. También se enviaron mensajes de alerta. Había que decir a todos los

comandantes de sector en un plazo máximo de dos horas que había llegado el momento y que debían asegurarse de que sus hombres estuvieran listos. Otro hombre, Prosper, debía requisar carros y furgonetas, mientras que Roger tenía que recoger un camión y también acercarse a ver al tendero, Bosquet, y recoger allí comida.

Todo esto llevó un par de horas, como Leblanc había anticipado, pero hacia medianoche ya casi estaban listos. Beslier cortó las líneas telefónicas como le habían ordenado, y ahora había llegado el momento de atacar la *Feldgendarmerie* local, la comisaría de la policía de ocupación de la *Wehrmacht*. «Aprovecho lo mejor que puedo los minutos antes de que lleguen los camiones», escribió apresuradamente Leblanc,

«para ir a decir adiós a mi mujer y besar a mis hijos [122] ». Estaba preocupado por su hija menor, Claudine, que tenía fiebre, pero el deber lo llamaba. Esa noche tenía que ir a la batalla y luchar por Francia.

Mientras tanto, los planeadores que llevaban a los hombres del 2.º Batallón de Ox y Bucks estaban aproximándose a la costa de Normandía a unos 1800 metros de altura.

Pasaban sólo unos pocos minutos de medianoche, hora del horario doble de verano de Gran Bretaña [123] . En la cabina del primer planeador, Chalk 91, el piloto Jim Wallwork y el copiloto John Ainsworth estaban preparándose.

«Dos minutos para desenganche», le dijo Wallwork a Ainsworth, luego, desde el Halifax que los remolcaba le pasaron los detalles de la velocidad del viento, la altura a la que estaban y el rumbo que llevaban [124] .

«¡Prepárense para desenganche!», dijo a los hombres que tenía a su espalda.

Inmediatamente, el mayor Howard ordenó a los hombres que dejaran de hablar y cantar, y a continuación se oyó un chasquido y hubo una leve sacudida al soltarse el cable de remolque, seguido por un silencio casi absoluto mientras comenzaban un rápido descenso. Una vez el planeador empezó a nivelarse, a alrededor de trescientos metros de altura, el teniente Den Brotheridge, el comandante de la sección, que estaba sentado junto a Howard, se desabrochó el cinturón de

seguridad, entregó su equipo al mayor y se inclinó con cuidado para abrir la puerta, que se elevaba hacia el techo del interior del aparato. Otro hombre hizo lo mismo en la parte de atrás. El aire entró silbando en el Horsa, que estaba hecho de madera, y los hombres vieron como el paisaje francés desfilaba bajo sus pies, con un aspecto tranquilizadoramente familiar. El aire frío estaba impregnado del dulce olor del campo por la noche. Una veta plateada en el suelo les confirmó que llevaban el rumbo adecuado.

Un giro muy cerrado a la derecha, luego otro, y Wallwork gritó: «¡Entrelacen los brazos!». Los hombres cruzaron los brazos y agarraron las manos de sus vecinos para prepararse para el impacto. Era el momento clave. Transcurrieron unos instantes en que sintieron que el corazón se les detenía, pero entonces Edwards notó un ligero golpe, después una sacudida, luego un crujido mucho más fuerte y el planeador rebotó un poco, volvió a aterrizar, rebotó sobre el duro suelo una segunda vez y finalmente se deslizó rápidamente sobre el áspero terreno, arañándolo y chirriando. El planeador perdió la rueda derecha y la oscuridad se llenó de chispas. Edwards oyó un fuerte sonido de algo desgarrándose y sintió como su cuerpo salía disparado en varias direcciones a la vez. Se le nubló la vista y cuando se le despejó descubrió que el planeador se había detenido. Hubo unos instantes de silencio. Pasaban dieciséis minutos de la medianoche. Por un instante se preguntó si estaban todos muertos, pero pronto los hombres empezaron a agitarse, a desabrocharse los cinturones de seguridad y a salir del oscuro interior del aeroplano. Edwards miró los restos retorcidos y destrozados de la atorada puerta de la salida que había junto a él y luego se unió a los demás, que ya estaban utilizando las culatas de sus armas para abrir otra salida en el fuselaje.

Unos momentos después, Edwards estaba fuera, con varios de sus camaradas. Al levantar la vista, vio la gigantesca superestructura del puente giratorio recortándose contra el cielo. Era el puente de Bénouville, de nombre en clave Pegaso, que cruzaba el canal de Caen. Milagrosamente, habían aterrizado casi a la perfección: el morro del planeador no estaba a más de cuarenta metros del puente, justo a la derecha de una hilera de árboles en la orilla del canal y tocando al borde de la alambrada. Un oficial gritó: «¡Vamos, muchachos, es la nuestra!», y Edwards cargó junto con los demás, disparando con su rifle y lanzando granadas mientras gritaba. Neutralizaron un cañón y un búnker con granadas de fósforo, luego una ametralladora enemiga abrió fuego desde la otra orilla. Los hombres devolvieron inmediatamente el fuego y en unos instantes estaban ya sobre el mismo puente. Edwards iba detrás de Brotheridge cuando otra ráfaga de ametralladora silbó hacia ellos. De repente, Brotheridge cayó, pero

Edwards y los demás continuaron la carga, gritando, disparando y lanzando granadas, aunque él vio como las que él había lanzado caían al canal. «Lo más probable», dijo, «es que sólo mataran unos cuantos peces, pero aun así estallaron perfectamente. Y los alemanes literalmente salieron corriendo. Se dispersaron [125] ». Habían capturado el puente intacto, como se había planeado, y lo habían conseguido en cuestión de uno o dos minutos. Tras los fiascos de Sicilia el julio anterior, hasta el momento las cosas no podían ir mejor. «Alivio, euforia, incredulidad: sentí todo esto a la vez al comprender que habíamos tomado el puente [126] ».

El puente sólo tenía once guardias — un cabo y diez soldados — del *Infanterie-Regiment* 736, y todos habían muerto o huido. El teniente Brotheridge fue alcanzado en el cuello, una herida mortal, una tragedia aún más triste porque dejaba viuda a su esposa embarazada. Mientras tanto, los otros dos planeadores, Chalk 92 y Chalk 93, habían aterrizado también con una precisión igual de impresionante, a pesar del fuerte viento, y los hombres habían salido enseguida de ellos y se habían dirigido al puente.

Los ingenieros no tardaron en localizar cámaras de demolición en el puente, pero estaban vacías. Tras una rápida inspección del área, se encontraron las cargas de demolición propiamente dichas en un cobertizo cercano; los alemanes no las habían colocado en el puente porque las barreras lingüísticas con las tropas *Ost*—polacos y exsoviéticos — habían hecho que, en el pasado, se volaran puentes de forma prematura porque se habían entendido mal las órdenes. Y, por supuesto, no esperaban un ataque esa noche.

Mientras tanto, el mayor Howard y su operador de radio, el cabo Ted Tappenden, intentaban establecer contacto con los hombres que estaban atacando el puente del Orne, llamado en clave Horsa. Los primeros dos planeadores aterrizaron unos treinta y cinco minutos después de medianoche, mientras que el tercero no había aterrizado cerca del objetivo y se ignoraba su paradero. A pesar de esto, el puente fue tomado incluso con más rapidez que Pegaso y el zapador Cyril Larkin y su hermano gemelo Claude retiraron las vacías cámaras de demolición.

A estas alturas, seis bimotores Albemarle habían lanzado sesenta guías de la 22.ª

Compañía Independiente de Paracaidistas. Equipados con luces y transpondedores Eureka, su misión era escoger las ZS para la fuerza aerotransportada principal, que llegaría justo antes de medianoche. Su

tarea, no obstante, no había ido tan bien como esperaban, pues los hombres iban demasiado cargados; eso había retrasado su salto desde los aviones y habían acabado mucho más dispersos de lo planeado. Peor todavía, los guías para la ZS K habían sido lanzados en la N y estaban transmitiendo señales equivocadas. No era un buen augurio para el desarrollo de la misión y ponía de relieve las dificultades de llevar al campo de batalla tropas aerotransportadas por la noche con un equipo de navegación limitado y una brisa particularmente fuerte.

En Inglaterra, las tripulaciones de los bombarderos de la Octava Fuerza Aérea estadounidense, acostumbradas a volar normalmente de día, estaban siendo sacadas de la cama. El Mando de Bombardeo de la RAF debía atacar búnkeres y baterías de cañones a lo largo de la costa francesa a primera hora, pero luego les seguirían varias oleadas más de bombarderos, que empezarían al alba y continuarían hasta diez minutos

antes de la Hora H. Para mayor seguridad, y con la aprobación total de Eisenhower, se ordenó a los bombarderos que retrasasen el lanzamiento de sus bombas treinta segundos para asegurarse de que no caían sobre las fuerzas de asalto que estaban en el mar.

En Bassingbourn, en Cambridgeshire, hogar del 91.º Grupo de Bombardeo, se despertó a las tripulaciones a las 12.30 de la noche.

—Desayuno a la una, sesión informativa a las dos — dijo con voz cansada quien los había sacado del sueño.

—Dios bendito —murmuró el teniente Bert Stiles.

Ya estaba completamente harto de la guerra y llevaba en la cama sólo media hora.

Stiles tenía veintitrés años, pero parecía más joven, y era copiloto de una Fortaleza Volante llamada *Times A'Wastin*. El piloto y capitán del bombardero era el teniente Sam Newton, también de veintitrés años y antiguo miembro de la fraternidad Stiles de la Universidad de Colorado. Por pura casualidad, se habían encontrado en la base de entrenamiento de la USAAF en Wendover, Salt Lake City, y habían convencido a todo el mundo para que los pusieran en la misma tripulación. Ambos seguían siendo muy buenos amigos en tierra, pero Stiles sentía que, por algún motivo, en el aire no encajaban bien, y eran, en cambio, una molestia el uno para el otro. La primera misión que habían volado había sido el 19 de abril, cuatro días después de llegar a Bassingbourn, y el objetivo habían sido las plantas de

ensamblaje de la *Luftwaffe* en Eschwege, en Alemania.

—¿Tienes miedo? —le había preguntado Stiles antes de despegar [127] .

—No —había contestado Newton y, ciertamente, pareció conservar su compostura durante ese viaje y todos los siguientes. Puede que les faltara química pero, como tripulación, colectivamente habían conseguido mantener la calma y seguir adelante.

Esa mañana del 6 de junio, los oficiales en su tripulación estaban todos quejándose y rezongando mientras se esforzaban por despegarse de la cama.

—Quizá sea el Día D —dijo Stiles, pero nadie rió ni contestó [128] . Habían hecho la misma broma muchas veces antes y en ninguna de ellas había resultado verdad. Una vez estuvieron en la sala de oficiales, sin embargo, Mac, el oficial de relaciones públicas, le dijo a Stiles que ahora iba en serio y, de súbito, todo empezó a parecer real.

—El día D —contestó Siles—. De verdad [129] .

Sin que lo supieran ni Stiles ni sus amigos en Bassingbourn, a lo largo de la parte oeste de Normandía, los guías estadounidenses estaban saltando sobre lo que se suponían que eran las tres ZS planeadas para la 101.ª Aerotransportada, y se esperaba que los de la 82.ª Aerotransportada llegaran una hora después, a la 1.21 de la noche.

Tres aviones se dirigían a cada una de las ZS, que, en el caso de la 101.ª se denominaban en clave A, C y D. Las dos primeras estaban por detrás de la playa Utah y la tercera, D, cinco kilómetros al norte de Carentan. Cada avión transportaba dos radiobalizas Eureka, lámparas Holophane y trece guías. Ninguno encontró dificultades para localizar la península de Cotentin, aunque uno tuvo una avería en el motor y se vio obligado a realizar un aterrizaje de emergencia. El resto se encontró con un banco de nubes bajas que ocupaba desde la costa oeste hasta prácticamente la zona de salto, lo que provocó que la cohesión de la formación se deteriorase, cosa a la que también contribuyó el esporádico fuego antiaéreo. De todos modos, utilizando el sistema de navegación Gee, llegaron a sus ZS y los primeros paracaidistas saltaron a las 12.16. En A cayeron a poco más de kilómetro y medio al norte del objetivo, en D aterrizaron de forma razonablemente precisa y en C se quedaron a unos tres kilómetros de distancia de donde debían. Ahora, tendrían que darse prisa para llegar a su destino y colocar las luces y el Eureka a tiempo.

Entretanto, en los puentes, en el flanco oriental de la invasión, los hombres del Ox y Bucks habían avanzado hasta las posiciones asignadas y estaban esperando los prometidos refuerzos, consistentes en el 7.º Batallón de Paracaidistas, que debía dirigirse hacia ellos en cuanto tocara tierra. A la mañana siguiente, la Brigada del Servicio Especial de Comandos debía saltar en el extremo oriental de la playa Sword y también apresurarse a reunirse con ellos. Primero, no obstante, debían establecer contacto por radio con los guías. La palabra en clave si se capturaba el puente del canal de Caen era «Ham» y para el puente del Orne, «Jam». Una y otra vez, Tappendeen repitió «Hola, Dog Cuatro; hola, Dog Cuatro; Ham y Jam; Ham y Jam». Al final, perdió la paciencia y transmitió «¡Ham y el jodido Jam!» por radio [130] . Pero no hubo respuesta.

Tappenden no lo sabía, pero el operador de radio de los guías había muerto en el salto; estaba enviando sus mensajes a un difunto.

A la 1.50 de la madrugada se oyó el rumor de los aviones, así que en tierra encendieron las luces en un rango de 1,6 kilómetros desde las zonas de salto. Al este del Orne estaba el pueblo de Ranville; tras él había una gran extensión de tierras de cultivo abiertas antes de que empezara a elevarse el terreno hacia la cresta de Bréville. Era una

zona de salto ideal, hasta el punto de que Rommel, al visitar la cresta en mayo, había ordenado que se colocaran inmediatamente sus «espárragos»

— estacas

antiparacaidistas — por toda esa franja. Ahora los paracaidistas estaban descendiendo hacia allí, y sus paracaídas, iluminados por las luces que marcaban la zona, eran claramente visibles para los hombres en los puentes. Las trazadoras alemanas empezaron a surcar también los cielos.

El primer hombre en saltar fue un joven comandante de sección a quien faltaban cinco días para cumplir veinticinco años. El teniente Richard Todd había aspirado a convertirse en actor antes de que Estados Unidos declarara la guerra, pero cuando lo reclutaron en la primavera de 1940 tuvo que abandonar el teatro Dundee Repertory y fue entonces destinado la Infantería Ligera Real de Yorkshire. Luego vino la preparación para ser oficial, después la Escuela de Batalla, en la que entrenó con munición real, y, por último, una temporada de entrenamiento ártico en Islandia. Su hasta entonces plácido tránsito por la guerra lo había llevado de vuelta a Inglaterra como oficial de

enlace de la 42.ª División. Cada vez más aburrido, empezó a buscar alguna salida, pero sus constantes intentos de entrar en los regimientos de comandos o paracaidistas no llegaron a buen puerto. Sin embargo, un día en 1943, mientras estaba entregando un mensaje al general Windy Gale en la llanura de Salisbury, fue reclutado para incorporarse a la 6.ª División Aerotransportada. Todd estaba encantado con el cambio. Luego, por casualidad, habló con él un coronel de la 6.ª Aerotransportada, que le dijo que estaba buscando oficiales. «El destino», apuntó Todd, «me había llevado directamente al hombre que era responsable de las designaciones de todos los oficiales de la 6.ª División Aerotransportada [131] ». Ahora, justo un año después, estaba al mando del grupo de paracaidistas del avión de transporte líder, lo que lo convirtió en el primer hombre en saltar del lanzamiento principal de paracaidistas.

Todd pasó durmiendo buena parte del viaje desde Fairford, en Gloucestershire, en el sur de Inglaterra, a Normandía, y no se despertó hasta que el operador lo sacudió un poco para avisarle que quedaban sólo unos minutos para el salto. Como todos los demás, iba muy cargado y se puso en pie sin mucha seguridad. Se conectó a la línea estática, el mecanismo que tiraba automáticamente de la apertura del paracaídas una vez el paracaidista había saltado del avión. Abrieron la puerta y Todd se puso junto a ella y, mirando hacia abajo, vio como las olas y sus crestas de espuma daban paso a la costa. Cuando se encendió la luz roja, vio estelas de luz elevándose como si fueran estrellas fugaces que ascendían desde el suelo. Tardó unos instantes en comprender que eran trazadoras. Un minuto después, se encendió la luz verde, agarró una pesada bolsa extra y saltó desde sólo unos ciento ochenta metros de altura. El descenso duraría sólo unos diez segundos y, en cuanto se abrió su paracaídas, tiró de la cuerda para liberar la

bolsa que llevaba atada a la pierna y agarró la cuerda que colgaba de ella con la otra mano. Pero la cuerda se escurrió, quemándole y lacerándole con su roce.

—¡Mierda! —exclamó, dolorido. El ruido a su alrededor era ensordecedor: por encima atronaban los motores de los aviones, por debajo, repiqueteaban las ametralladoras y los cañones retumbaban. Instantes después, aterrizó bruscamente en un campo de maíz. Se deshizo rápidamente del arnés y de la cuerda de la bolsa de la pierna y se agachó para hacerse una idea de su situación. A su alrededor no había nadie y no podía ver la iglesia de Ranville, uno de los puntos de referencia para orientarse, lo que le llevó a pensar que quizá había saltado demasiado pronto. De repente, un avión descendió envuelto en llamas, iluminando el cielo, pero no tuvo tiempo de pensar demasiado

en ello; tenía que moverse. Se dirigió al bosque más cercano y, para su alivio, pronto oyó voces hablando en inglés y, en un claro, encontró al teniente coronel Richard Pine-Coffin, que, con ese nombre tan peculiar [132] , era el comandante del 7.º

Batallón de Paracaidistas, al que pertenecía el propio Todd, y de parte de la 5.ª Brigada Paracaidista. Su tarea era dirigirse a los puentes como refuerzo para los hombres del mayor Howard, mientras los otros dos batallones tomaban Ranville y aseguraban los accesos al lugar y las zonas de salto. Los batallones de la 3.ª Brigada del general James Hill destruirían los puentes sobre el Dives y tomarían la batería alemana en Merville.

Ése era el plan, pero, como sucedía siempre con las operaciones aerotransportadas, estaba cambiando, y muy rápido. En general, la 5.ª Brigada había aterrizado con bastante éxito: la Zona de Salto N, junto a Ranville, estaba unos pocos kilómetros tierra adentro, lo que había permitido a las tripulaciones aéreas y a las tropas a bordo de los aviones orientarse mejor; también estaba cerca del canal y del río, que podían servir de guía y, además, las tropas guía sobre el terreno habían hecho un buen trabajo. Más de dos mil hombres y setecientos dos contenedores habían aterrizado con éxito. El grueso de la 3.ª Brigada del general Hill, sin embargo, que había llegado más o menos al mismo tiempo, estaba mucho más disperso. La confusión la causó el hecho de que los soldados guía de la Zona de Salto K habían aterrizado en su lugar en la N y no se habían dado cuenta del error hasta que ya era demasiado tarde, mientras que en la Zona de Salto V, los guías se habían encontrado con cien bombarderos Lancaster del Mando de Bombardeo, que debían bombardear la batería de Merville a las 12.30 de la noche.

Operar de noche, con visibilidad limitada, un viento muy fuerte y un objetivo tan pequeño hizo que su misión resultara muy difícil de cumplir para estos bombarderos, por lo que quizá no sea sorprendente que sus bombas cayeran 2200 metros más allá y prácticamente aniquilaran a la fuerza de guías de la Zona de Salto V. El bombardeo también destruyó la radiobaliza Eureka, el sistema de radioguía que enviaba pulsos direccionales al avión de transporte líder para que encontrara la zona de salto. Para colmo de males, el humo consecuencia del accidente se extendió por toda la zona,

oscureciéndola. Sólo en diecisiete de los setenta y un aviones que llevaban al 9.º Batallón de Paracaidistas y el 1.º de Paracaidistas canadienses se realizó el salto con cierto grado de precisión. Peor aún, la zona justo al este de la ZS V había sido inundada por los alemanes,

así que muchos paracaidistas aterrizaron en terreno anegado. «Caballeros, a pesar del excelente entrenamiento y órdenes que han recibido, no se arredren si impera el caos», había advertido a sus hombres el general de brigada Hill. «Porque sin duda, así será [133] ». No se había equivocado, pero los hombres ahora tenían el reto de poner orden en aquel caos y realizar las nada fáciles tareas que se les habían encomendado.

Justo al interior tras Courseulles, a unos dieciséis kilómetros al este del canal de Caen, el *Oberleutnant* Cornelius Tauber, que regresaba a sus barracones alrededor de medianoche después de inspeccionar un nuevo búnker, oyó de inmediato el ruido de los aviones, muchos de los cuales volaban muy bajo. No le pareció un bombardeo. Caía una llovizna y alguna nube tapaba de vez en cuando la luna, pero se detuvo, escrutó el cielo y logró distinguir la forma de los aviones. Había fuego antiaéreo y trazadoras elevándose al cielo. ¿Era aquello la invasión? Ni Tauber ni sus colegas estaban seguros, pero si iba a ser su última noche en paz, les pareció que al menos debían aprovecharla, así que abrieron y compartieron una botella de *brandy*.

Sentado en una casa amueblada con gusto espartano en Bellengreville, un pueblo al sureste de Caen y sólo a unos pocos kilómetros al sur de las zonas de salto británicas, el mayor Hans von Luck oyó cómo se acercaban aviones volando bajo unos veinte minutos después de medianoche. Por lo general no estaba de muy buen humor; era un hombre de acción y añoraba los viejos tiempos en los que habían cargado a través de Francia y luego en el norte de África. Sentarse a esperar una invasión no iba con su talante. Estaba todavía despierto porque esperaba a que el II. *Bataillon* le informara de que sus maniobras nocturnas alrededor de Troarn habían terminado. Ahora, un gran número de aviones aliados volaban sobre él — no podían ser alemanes — y unos minutos más tarde su ayudante le informó desde el teléfono de campaña de que se habían detectado paracaidistas y planeadores aliados.

«Todas las unidades deben ponerse en alerta máxima inmediatamente», ordenó Von Luck al instante, «y debe informarse a la división [134] ». A pesar que llegaban órdenes desde arriba en sentido contrario, le dijo también a su ayudante que el II. *Bataillon* debía ir hacia la acción donde fuera necesario y que los prisioneros debían llevarse directamente ante él. Entonces se dirigió a su puesto de mando, donde lo informaron de que parte del II. *Bataillon* estaba ya en combate, pero que la 5. *Kompanie* nunca había

entrenado con munición real, lo que le dejó preocupado. Le irritó

todavía más descubrir que el *Generalmajor* Feuchtinger estaba en París.

Lo cierto es que es increíble lo a menudo que los comandantes sénior alemanes estaban ausentes cuando se producían grandes ataques aliados. Rommel se encontraba en Alemania cuando empezó la batalla de El Alamein y ahora volvía a estar ausente; antes de que los Aliados lanzaran la operación Diadema, la batalla por Roma, en mayo de 1944, el comandante del 10. *Armee*, el *Generaloberst* Heinrich von Vietinghoff, y el comandante sénior de cuerpo, el *Generalleutnant* Fridolin von Senger und Etterlin, también estaban en Alemania; ahora, el *Oberst* Wilhelm Meyer-Detring, el jefe de inteligencia del cuartel general del OB West, también estaba fuera. Estas ausencias eran, como mínimo, imprudentes.

Por todas partes, los alemanes estaban poco a poco dándose cuenta de lo que sucedía. Los Aliados habían intentado conseguir una completa sorpresa táctica a todos los niveles y, hasta el momento, así había sido. Había habido, por supuesto, diversos indicios y una creciente acumulación de datos de inteligencia que indicaban que algo estaba sucediendo — los hombres de inteligencia de Von Rundstedt, por ejemplo, habían descifrado los códigos de la BBC para la Resistencia — pero eso valía de poco si el cuartel general del *Heeresgruppe* B y el OB West los ignoraban. Puesto que el informe de inteligencia emitido por el OKW había afirmado que era probable que los Aliados montaran primero incursiones aéreas y desembarcos como distracción en lugares donde no se produciría la invasión real, los comandantes sénior se mostraban reticentes a dar una respuesta rápida por si se equivocaban; todos eran muy conscientes de que lo que emitía el OKW era, de hecho, la opinión de Hitler sobre la situación.

Sin embargo, el *Generalmajor* Josef Reichert, comandante de la 711. *Infanterie-Division*, reconoció muy pronto que aquello no era un ejercicio de distracción cuando uno de los paracaidistas británicos de la 3.ª Brigada que se habían dispersado por la zona cayó directamente sobre su cuartel mientras él jugaba a las cartas con los principales oficiales de su Estado Mayor. Aunque Reichert y su división formaban parte del *15. Armee* del *Generaloberst* Hans von Salmuth, telefoneó de inmediato al general Marcks. Fue entonces a la 1.11 de la madrugada cuando el *Generaloberst* Friedrich Dollmann, el comandante del 7. *Armee*, fue informado de los acontecimientos. A la 1.30 de la noche ordenó la alarma general. A la 1.35 de la noche, el *Heeresgruppe* B de La Roche-Guyon recibió informes de que había paracaidistas en la península de Cotentin. Speidel, el jefe de Estado Mayor de Rommel, dudó y no informó inmediatamente al OKW, ni siquiera a Rommel,

probablemente porque estaba borracho o, al menos, bastante achispado. Está claro que beber gran cantidad de vino y licores y tener la cabeza despejada para actuar con decisión no iban precisamente de la mano. Sin embargo, cualquier comandante

sénior alemán debería haber sabido tras casi cinco años de guerra que las tropas aerotransportadas iban, por su propia naturaleza, equipadas sólo con armas ligeras y se utilizaban principalmente para operaciones cortas y golpes de mano. Al cabo de poco tiempo era necesario que las apoyara un número considerable de tropas, y este gran número de tropas sólo podía llegar por mar. Incluso si se trataba de una operación de distracción — y si los alemanes hubieran reflexionado correctamente se habrían dado cuenta de que era poco probable que lo fuera — las posibilidades de que más tropas desembarcaran en las playas de Normandía en breve eran muy altas. Era necesario actuar con rapidez y decisión, tal y como Rommel había grabado a fuego en la mente de todos, pero no se podía recurrir a las divisiones panzer sin la autorización expresa del *Führer*. Siendo así, cuanto antes fuera informado Hitler y emitiera las órdenes necesarias, mejor. Speidel, sin embargo, permaneció en silencio. Ni siquiera telefoneó a su jefe, Rommel, que estaba en su casa en Herrlingen.

En París, sin embargo, el contralmirante Karl Hoffmann, comandante del *Marinegruppe West* no tenía ninguna duda de lo que sucedía y a la 1.50 de la noche comunicó al OKW que la invasión había empezado. Diez minutos después, Von Rundstedt fue informado y colocó de forma provisional a la 21. *PanzerDivision* — y sólo a la *21. Panzer* — en nivel de alerta 2, lo que quería decir que tenían que estar lista para moverse en menos de noventa minutos. Fue, por decirlo con suavidad, una respuesta demasiado tibia. Por otra parte, tanto el general Marcks como el *Generalmajor* Max Pemsel, el jefe de Estado Mayor del 7. *Armee*, reconocieron inmediatamente los ataques aerotransportados como el inicio de la invasión. A lo largo de las semanas anteriores, Pemsel se había convencido cada vez más de que Normandía sería el objetivo de la invasión aliada: en su opinión, la inteligencia disponible claramente apuntaba en esa dirección. Se habían planificado unas maniobras para el 6 de junio para preparar como enfrentarse a un asalto aerotransportado contra la península de Cotentin y los comandantes debían reunirse para tal fin en Rennes, en Bretaña. Pemsel, sin embargo, había emitido una orden tajante para que ninguno empezara su viaje antes del amanecer, por si acaso los aliados atacaban ese día. No todos la obedecieron. Entre los que partieron antes se encontraba el *Generalleutnant* Wilhelm Falley, el experimentado comandante de la *91. Luftlande-Division*. Ya estaba de camino a Rennes cuando fue detenido y se le ordenó regresar.

Por toda Normandía, el ataque de los paracaidistas norteamericanos estaba en marcha. Irónicamente, de haberse realizado los saltos la noche anterior, el cielo habría estado más despejado sobre Cotentin, aunque más nuboso en el flanco oriental; la lluvia había cruzado Normandía y la parte oriental se había despejado alrededor de las 3 de la

madrugada del día 5. Ajustando los horarios del salto británico, habría sido posible mantener la operación el 5 en lugar de arriesgarse a depender de una pequeña cadena de altas presiones que podría haberse disipado. De hecho, esa noche, la cadena se había desarrollado y ofrecería una ventana de oportunidad mayor de la prevista.

En cualquier caso, la decisión de posponer el desembarco ciertamente no ayudó al salto de los estadounidenses. Unos 6900 paracaidistas de la 101.ª Aerotransportada se acercaban a la costa del Cotentin justo pasada la 1 de la noche en una gran escuadra de 433 C-47, todos ellos en grandes formaciones en V de tres aviones volando juntos en series de treinta y seis aparatos. Tras ellos, había otros cincuenta y dos planeadores que transportaban principalmente *jeeps*, armas anticarro y de otros tipos. Esta gran armada aérea debía cruzar la costa a cuatrocientos cincuenta metros de altura, y luego reducir la velocidad a sólo 175 kilómetros por hora y la altitud a unos ciento ochenta metros, la velocidad y altitud ideales para el salto. Si se hacía desde más alto, los paracaidistas pasaban demasiado tiempo en el aire, donde estaban expuestos y eran vulnerables; más bajo, y sus paracaídas no tendrían ocasión de abrirse debidamente; por otro lado, si el avión iba demasiado rápido serían arrastrados lejos del objetivo y el salto perdería precisión de forma drástica. Y, sin embargo, a pesar de todos los intrincados planes, a nadie se le ocurrió enviar por delante un avión de reconocimiento para que viera cuál era la situación meteorológica sobre la península de Cotentin — ni tampoco se les ocurrió a los británicos para su salto, aunque a pesar de ello luego les fuera bastante —.

Tampoco se había dado a pilotos ni soldados ningún entrenamiento específico con mal tiempo y, aparte del ensayo general en mayo, la 101.ª no había hecho ningún salto de práctica desde hacía siete semanas.

El 2.º Batallón del 506.º RPI estaba volando en la Serie 12, en los aviones número 46

al 81, y cerca de la escotilla del número 67 estaba el teniente Dick

Winters, comandante de la 1.ª Sección de la Compañía E, apodada compañía Easy. Tenía veintiséis años y era de Lancaster, Pensilvania. Se había licenciado en administración de empresas con excelentes notas, su ética de trabajo era impecable y poseía un físico atlético por naturaleza. Tras presentarse voluntario para tomar parte en una guerra en la que no tenía el menor deseo de participar, hasta el momento había mostrado una aptitud natural como soldado y como líder, pero, como todos los demás en la 101.ª, todavía no había entrado nunca en combate.

Veinte minutos antes de que tuvieran que saltar, el piloto llamó al jefe de tripulación, que se apartó de la puerta. Winters se levantó de su asiento y miró hacia fuera. La luna llena, aunque baja, reflejaba suficiente luz para ver con claridad. Parecía como si todo el cielo estuviera lleno de aviones, pero esta tranquila y asombrosa escena fue rápidamente interrumpida en cuanto cruzaron la costa y se toparon con una

pantalla de nubes que no se habían dispersado desde que los guías se habían topado con ellas. De repente, los pilotos no podían ver nada. Se suponía que tenían que seguir volando en formación cerrada, pero el riesgo de colisión era enorme. La mayoría de los aviones en cada serie dependían del líder para su navegación, pero ahora no podían verlo, así que estaban volando a ciegas. A algunos pilotos les entró el pánico y ascendieron o descendieron, o aceleraron o redujeron la velocidad.

A unos quince o veinte kilómetros tierra adentro, las nubes empezaron a dispersarse. Winters, a quien había sorprendido que encontraran tan poco fuego antiaéreo al cruzar la costa, vio ahora cómo todo el cielo se encendía con salpicaduras rojas y azules y cómo las trazadoras verdes ascendían desde el suelo hacia ellos.

Algunos aviones seguían vagamente en formación, pero la serena cohesión que habían mantenido sobre el canal había desaparecido. De repente, el C-47 que volaba junto a ellos fue alcanzado; Winters vio como las trazadoras lo atravesaban por completo y salían por el techo. Un nuevo banco de nubes hizo que perdieran de vista el avión alcanzado que, sin que Winters lo supiera, giró sobre su ala, cayó en picado y explotó tras estrellarse contra el suelo. Todos los que iban a bordo murieron, incluido el teniente Thomas Meehan, el comandante de la compañía Easy.

El piloto del avión 67 aceleró para evitar el fuego enemigo y Winters miró hacia abajo, con las venas rebosantes de adrenalina, buscando en

el suelo elementos característicos que lo ayudaran a encontrar la zona de salto. Ordenó a todo el mundo que se pusiera en pie y los soldados conectaron sus líneas estáticas. Luego miró por la puerta abierta una vez más. Las trazadoras se acercaron a su avión y finalmente impactaron contra la cola, provocando una sacudida en el aparato que hizo que algunos de los hombres se cayeran. Winters miró al operador y entonces, en cuanto se encendió la luz verde, gritó: «¡Vamos!», justo al mismo tiempo que un proyectil de 20 mm impactaba contra el avión. Logró saltar, pero en ese momento el avión volaba a cerca de doscientos cuarenta kilómetros por hora en lugar de los ciento diez ideales y, debido a la conmoción inicial de saltar a esa velocidad, su bolsa de pernera se le desprendió y salió volando, llevándose consigo la mayoría de su equipo.

En unos instantes estaba en el suelo. Aterrizó bruscamente y se magulló hombros y piernas. Pero estaba vivo. Sin embargo, aquella situación no era precisamente ideal. No había conseguido alcanzar la zona de salto, eso lo sabía, pero no estaba del todo seguro de dónde se encontraba. Tampoco tenía su fusil, que había perdido en el salto.

Extrañamente, no se sintió en absoluto asustado. Sabía que necesitaba pensar con calma y claridad y descubrió que no le costaba hacerlo. «Aunque había temido no estar a la altura cuando llegara el momento», escribió, «los largos meses de entrenamiento dieron ahora sus frutos [135] ».

Pronto se unió a Winters otro soldado, aunque era de la compañía del cuartel general, no de Easy. Después de pasar sin ser detectados junto a un equipo alemán con una ametralladora, siguieron adelante y utilizando los grillos de tienda de baratijas con que los habían equipado, consiguieron unirse con otros de su sección. Tras examinar cuidadosamente el mapa, Winters comprendió que estaban cerca de Sainte-Mère-Église, tan cerca que, de hecho, podían ver la población iluminada por un incendio en una de sus casas. Estaban a unos seis kilómetros y medio al noroeste de su zona de salto, lo que no era una buena noticia, pero, teniendo en cuenta todo lo que había pasado, tampoco era un desastre.

A las 2 de la mañana, en el cuartel general de la 12. *Kompanie* en una granja cerca de Carentan, despertaron al *Oberleutnant* Martin Pöppel y le dijeron que todo el *Fallschirmjäger-Regiment* 6 estaba ahora en alerta máxima. Era el único regimiento de paracaidistas alemán en la zona, y sus tres batallones habían sido divididos: el I había sido enviado a Sainte-Marie-du-Mont, el II a Sainte-Mère-Église y el III a Carentan.

Habían pasado varias semanas investigando a fondo el campo que los rodeaba, que era en su mayor parte terreno recuperado a humedales y cruzado por una red de tupidos setos o *bocages*. Estos setos, como comprendieron pronto, eran como altas murallas de tierra, formadas por árboles, arbustos y raíces entrecruzados. Así pues, se habían entrenado a fondo y realizado regularmente maniobras para aprovechar al máximo aquellas defensas naturales, mientras esperaban a que la armada aliada llegara frente a la costa de Francia, como sabían que haría, tarde o temprano.

El *Fallschirmjäger-Regiment 6* había sido formado recientemente a partir de un cuadro de oficiales y suboficiales veteranos, y aproximadamente un tercio de sus soldados eran paracaidistas con experiencia de combate. El resto eran todos voluntarios fanáticamente entusiastas cuya media de edad era de sólo diecisiete años y medio. A pesar de lo breve de su adiestramiento, a éste no le había faltado intensidad, y la disciplina de sus hombres, a la que había que sumar la experiencia de su columna vertebral de veteranos, hacía que se contara entre las mejores unidades alemanas en Normandía. También estaba entre las mejor equipadas, pues cada grupo de diez soldados había recibido dos ametralladoras MG42 en lugar de una, que era lo normal, y sus compañías de armas pesadas tenían doce morteros pesados y ametralladoras pesadas, más de lo habitual en compañías equivalentes del ejército. No iban tan sobrados de vehículos, con sólo setenta camiones para los 4600 hombres del regimiento, e incluso los que tenían eran una mezcla de modelos alemanes, británicos, franceses e italianos capturados durante la guerra, y mantenerlos resultaba una pesadilla por la falta de recambio y la enorme variedad de piezas necesarias. «El regimiento está perfectamente en forma para el

combate en tierra», había informado el *Oberst* Friedrich von der Heydte a finales de mayo, «pero sólo está parcialmente preparado para el combate en tierra pues carece de suficientes armas contracarro y transportes motorizados[136]».

Pöppel había combatido casi en cualquier sitio en que los *Fallschirmjäger* hubieran entrado en acción, desde Noruega y los Países Bajos hasta la masacre de Creta, desde el frente oriental a Sicilia y el sur de Italia. Había recibido la Cruz de Hierro de Primera y Segunda clase, había sido ascendido muy pronto a *Oberjäger* y luego a *Leutnant*, y ahora, finalmente, tras haber sido trasladado desde la 1. *Fallschirmjäger-Regiment*, había recibido el mando de su propia compañía. Sólo tenía veinticuatro años, pero era justo el tipo de joven oficial disciplinado y con experiencia del que la *Wehrmacht* dependía cada vez más.

Ahora, se apresuró a su puesto de observación con el personal del cuartel general de la compañía. Con el seguro de las armas quitado, intentaron entender qué sucedía.

Pöppel escrutó la noche. El viento era cada vez más fuerte, pero a cada tanto aparecía la luna e iluminaba el campo. De vez en cuando se oían disparos de rifle, pero hasta entonces no había habido ningún

ataque de una fuerza numerosa. Había, sin embargo, más paracaidistas aliados en camino: otros 6420 hombres de la 82.ª Aerotransportada.

La división «All American», que era como se conocía a la 82.ª, empezó a llegar a la 1.51 de la madrugada, alrededor de media hora después de que hubieran saltado los primeros paracaidistas de la 101.ª. Por muchos problemas que hubiera tenido la 101.ª, los de la 82.ª fueron peores, porque los alemanes en tierra ya estaban alerta. Se había sacudido a fondo el avispero. El banco de nubes, además, no se había dispersado. El teniente coronel Mark Alexander estaba a bordo del C-47 que lideraba una de las series de bombarderos. Estaba sentado junto a la puerta abierta en la parte de atrás del aparato. Al mirar hacia abajo mientras cruzaban el canal, vio el impresionante y asombroso espectáculo de cientos de barcos navegando, iluminados por la cremosa luz de la luna. Luego llegaron a la costa de Normandía y seguían envueltos en nubes cuando se encendió la luz roja. Convencido de que su avión había ascendido, le preocupaba saltar y cruzarse con algunos de los C-47 que volaran más bajo. Con la luz roja encendida y todo el mundo en pie y enganchado a la línea estática, algunos de los hombres empezaron a ponerse nerviosos y Alexander estaba seguro de que tenían que haberse pasado de su zona de salto. De súbito, se encendió la luz verde y saltó. Debido a la excesiva velocidad del avión, el tirón del paracaídas al abrirse fue muy brusco, pero llegó enseguida al suelo, en un claro del bosque, sin más daños que el golpe que le dio la culata de su carabina en la barbilla. Sorprendentemente, todo el grupo de su avión

aterrizó muy cerca y, al cabo de poco tiempo, los dieciocho habían recogido su equipo y se habían reunido con Alexander. La zona del salto del 505.º RPI estaba al noroeste de Sainte-Mère-Église, pero Alexander calculó que habían aterrizado a unos cuatro kilómetros al norte. Podría haber sido mucho peor y, de hecho, para la mayoría de la 82.ª lo fue.

Las otras dos zonas de salto estaban al oeste y al suroeste en la otra orilla del Merderet y del área que Rommel había ordenado inundar. Debido a que la reacción de muchos de los pilotos de los C-47 a las nubes y al fuego antiaéreo fue la de acelerar, muchos de los paracaidistas cayeron más allá de sus zonas. La ZS T, la más cercana al Merderet, fue donde debería de haber saltado el 507.º RPI, pero muchos de ellos cayeron en la zona inundada. Aunque el agua no tenía más de treinta o sesenta centímetros de profundidad en la mayoría de los lugares, bastó para que algunos hombres, lastrados por el peso de su equipo, se ahogaran.

Mientras tanto, lejos, al este, Denis Edwards y su pelotón de siete hombres en el extremo occidental del puente Pegaso habían tomado posiciones a lo largo de unas vías de tranvía que discurrían junto al canal. En algún lugar cercano, una sirena de aviso de bombardeo empezó a sonar. Otros habían liberado el Buffet du Tramway, un café en ese mismo lado del puente en Bénouville; fue el primer edificio francés en ser liberado del yugo del nazismo. Su propietario, George Gondrée, desenterró al instante noventa y nueve botellas de champán que había ocultado en su jardín y se las ofreció al mayor Howard y sus hombres. Aunque el gesto fue muy agradecido, lo más importante era que aquellos hombres se aseguraran de que el señor Gondrée y su familia permanecían liberados.

No lejos de allí, en el lado de Ranville del río Orne, unos cincuenta hombres, entre ellos el teniente Richard Todd, se habían reunido alrededor del teniente coronel Pine-Coffin en el punto acordado en la pequeña escarpadura que daba al río. Un corneta había tocado a reunión repetidamente y más y más hombres habían aparecido. En el puente, Howard había tocado con su flauta irlandesa las notas de *V de Victoria* en código morse. Al poco tiempo apareció el general de brigada Nigel Poett, el comandante de la 5.ª Brigada Paracaidista, y le dijo a Howard que resistiera, que la ayuda estaba en camino, y luego se marchó para seguir reuniendo a sus hombres.

Establecieron un perímetro defensivo a ambos extremos de los dos puentes, para lo que Howard hizo volver a algunos de los hombres del puente Horsa al canal. El teniente Brotheridge, el gran amigo de Howard en la compañía, fue llevado al

improvisado puesto médico de mando establecido en los restos de un planeador entre los dos puentes, pero murió poco después. Fue una gran pérdida[137]. Ahora se oían disparos procedentes de Ranville y pronto una patrulla alemana llegó al puente Horsa y abrió fuego. Fueron inmediatamente abatidos, pero los defensores comprobaron demasiado tarde que, al hacerlo, habían matado también a tres de sus propios paracaidistas, a quienes los alemanes habían hecho prisioneros.

Poco después, un coche militar alemán aceleró hacia ellos desde esa misma dirección, atravesando las defensas exteriores y el puente, pero en el proceso fue acribillado a balas y se salió de la carretera. Tres hombres salieron de él y fueron abatidos, pero el cuarto, que recibió algunos disparos en las piernas, resultó sólo herido.

Era el *Major* Hans Schmidt, el comandante local del *Infanterie-Regiment*

736, que había estado con una dama francesa local en lugar de dirigiendo a sus hombres.

Desangrándose y horrorizado ante el deshonor de haber perdido el puente, suplicó que le pegaran un tiro. En lugar de eso, le dieron una dosis de morfina, que hizo que se calmara y contemplara su situación con mucha más flema.

Justo después de las 2 de la noche se oyó ruido de tanques procedente del pueblo de Bénouville, en el lado occidental. De la *Panzerjäger-Kompanie* del 716. *Infanterie*, los carros de combate avanzaron chirriando hacia el puente del canal. Denis Edwards, que había estado cavando furiosamente para atrincherarse, se detuvo y se los quedó mirando embobado. El primer carro se detuvo y varios de sus tripulantes salieron a conversar con la infantería que los seguía, como si no estuvieran seguros de dónde estaban. En este punto, el sargento «Wagger» Thornton, que había venido del puente Horsa, se adelantó corriendo y, cuando estuvo lo bastante cerca, disparó con enorme sangre fría su PIAT, un arma contracarro portátil que por lo general no gustaba a los soldados por ser muy difícil de manejar con precisión. Pero, al menos en esta ocasión, funcionó como debía. Se oyó un gran crujido, seguido por una enorme explosión.

«Ardió la mar de bien», dijo Edwards, «e iluminó toda la estructura del puente con un resplandor naranja, rojo y amarillo**[138]**». Los alemanes se retiraron rápidamente. Ese disparo de Thornton probablemente no sólo salvó a los soldados de los puentes de ser arrollados, sino que, además, les permitió ganar un tiempo precioso.

El teniente Todd y más de ciento cincuenta paracaidistas del 7 Para llegaron finalmente a los puentes alrededor de las 3 de la mañana. Mientras transitaban por el camino entre ambos, Todd vio su primer alemán muerto. El cuerpo no tenía piernas, pero Todd oyó un gemido. Supuso que eran gases internos y siguió adelante, sorprendido por lo poco que aquella visión lo había alterado. Aunque era el ayudante adjunto del batallón, en el bar de Gondrées le ordenaron que fuera hacia el norte por el canal, hasta la diminuta aldea de Le Port, y que montara allí una posición defensiva.

Todd reunió a una docena de hombres y los llevó a unos seiscientos metros, a una pequeña colina cónica junto al canal que dominaba una cantera de creta. La esperanza era que más hombres del 7 Para se unieran a las posiciones improvisadas a ambos extremos de los puentes a medida que avanzara la noche, pero, por el momento, Todd y sus hombres estaban apartados y aislados del resto.

Los defensores de los puentes no podían hacer otra cosa que esperar: al enemigo, a los comandos o a lo que el destino tuviera preparado para ellos.

Mientras tanto, lejos, al este, Robert Leblanc había salido finalmente de Pont-Audemer en los camiones a las 2 de la mañana, y se había dirigido a La Pilvědiěre, el cuartel general que habían preparado. Hasta ahora las noticias eran una de cal y otra de arena: la *Feldgendarmerie* había sido atacada con éxito y se había matado a tres alemanes, pero no había nadie más dentro cuando se produjo el ataque. De camino a su recién establecido cuartel general, Leblanc recogió más comida y, más importante todavía, veinticinco litros de combustible. Finalmente, en La Pilvédière, se reunió con tres gendarmes, que ahora trabajaban para él, y esperó a oír el sonido de los motores de los aviones. Al poco tiempo oyeron a uno volando en círculos cerca, justo a la hora acordada. «¡No cometamos errores!», escribió Leblanc, «¡rápido, rápido, hagamos las señales!»[139]. Agarraron sus lámparas eléctricas y él y tres gendarmes corrieron hasta la zona de salto, donde las encendieron. Todo el mundo estaba muy animado. ¡Había llegado el momento! Apenas se podían contener… pero Serpent y Bezo no habían vuelto con el Citroen y eso le preocupaba. Entonces, a las 3.15 de la mañana, en lugar de ver contenedores cayendo en paracaídas, oyeron silbidos y explosiones. En lugar de armas, se encontraron con que les lanzaron cuatro bombas. «Nadie ha muerto ni está herido», garabateó Leblanc, «pero ¡no es un buen comienzo!»[140]. Fuera un bombardero enemigo o fuego amigo, no podían arriesgarse a seguir utilizando La Pilvědiěre, así que tuvieron que moverse otra vez, en esta ocasión a una pequeña granja al borde de un bosque cercano.

A estas alturas, las tropas alemanas en toda la costa de Normandía estaban en alerta máxima. En la casa en la que estaba alojado, tierra adentro, el teniente Hans Heinze acababa de irse a la cama y estaba ya completamente dormido cuando lo despertaron y lo llevaron a toda prisa a un puesto de observación cerca de Colleville, sobre el extremo oriental de la playa de Omaha. Por su parte, él creía que aquello sería sólo otra falsa alarma, así que no estaba demasiado preocupado. Pero los hombres sobre el terreno sí estaban, desde luego, muy alarmados. El *Gefreiter* Franz Gockel también dormía como un tronco en su búnker en el WN62 tras haber pasado la primera mitad de la noche de

guardia. Él y sus compañeros tenían camas que se desplegaban desde la pared con unas cadenas en grupos de tres. En la cama que tenía encima de él dormía un hombre de treinta y cinco 35 años a quien recientemente habían sacado todos los dientes y habían puesto una

dentadura postiza que, cuando dormía, guardaba en un vaso de agua. Bajo él había un chico de dieciocho años que había perdido un ojo de niño y desde entonces llevaba un ojo de cristal.

«Estado de alerta máxima», gritó uno de sus camaradas, que estaba en la entrada del búnker, «¡Joder, daos prisa!» [141] . Cuando Gockel y los demás se quitaron las legañas de los ojos y se levantaron, un *Unteroffizier gritó*. «¡Muchachos, ahora va en serio!» En cuestión de minutos, Gockel y sus colegas estaban en sus puestos, con las ametralladoras y los rifles preparados. Pero al mirar en una oscuridad negra como la tinta no vieron nada y se preguntaron si no sería otra falsa alarma. «En nuestros uniformes ligeros», apuntó Gockel, «aguardamos, estremeciéndonos y pegados a nuestras armas [142] ». El cocinero se acercó y les dio un poco de vino tinto caliente, bebida que llamaban «el espíritu de la vida».

Más al este en la costa, el *Oberleutnant* Tauber había recorrido a toda prisa el camino de treinta minutos que separaba sus barracones de los búnkeres de Courseulles. Los artilleros de los cañones PAK estaban listos y también sus cinco hombres en el búnker Goliat, con tres máquinas Goliat, pequeños vehículos oruga de control remoto, cargados con explosivos y combustible suficiente para avanzar más o menos un kilómetro. En el momento adecuado, podían ser enviados hacia la playa por un túnel de hormigón camuflado. Los ocupantes del búnker podían ver el exterior a través de una pequeña franja de abertura y de un periscopio que podía extenderse a través de ella. Eran ya las 3

de la mañana y lo único que sus hombres y él podían hacer era esperar y angustiarse en aquel frío y oscuro búnker. Habían encendido los Goliat para probar sus motores, y ahora el humo de sus escapes enturbiaba el aire y les irritaba los ojos. Tauber intentó mantener la calma, pero no podía evitar pensar en qué sucedería si había un desembarco. Sabía, además, que era muy importante mantener alta la moral de sus hombres, que o eran mayores de cuarenta años, o todavía muy jóvenes.

Un poco más tarde, en pie en su puesto de observación en los acantilados, más o menos en la mitad de la playa de Omaha, el teniente Hans Heinze empezaba a pensar que de verdad debía de haber sido sólo otra falsa alarma. Entonces la niebla se despejó en el mar y lejos, al este, asomaron los primeros indicios del alba. Heinze se llevó los prismáticos a los ojos para un último barrido del horizonte antes de enviar un informe a su superior inmediato, el capitán Grimme y entonces vio algo a lo lejos en el horizonte: la parte

superior de un mástil. Y luego vio un segundo. Y un tercero, hasta que, en sólo cuestión de minutos, el horizonte pareció lleno de ellos. Heinze limpió las lentes de los

prismáticos y volvió a mirar. No había duda: en el mar y acercándose hacia la costa había en verdad una gigantesca armada. Rápidamente, garabateó un mensaje y se lo entregó a su ordenanza. «Miles de barcos frente a nosotros», escribió, «la invasión está en el umbral de nuestra puerta [143] ».

Capítulo 10

Día D: Amanecer

Junto con las divisiones estadounidenses y británicas, esa noche llegaron desde el cielo también cuatrocientos muñecos paracaidistas, conocidos como «Ruperts» y equipados con petardos que simulaban el sonido de disparos de fusiles. Se trataba de la operación Titanic, parte del plan de engaño militar, que había sido dividida en cuatro localizaciones distintas para simular un salto de paracaidistas alrededor del Sena, al este del río Dives, al oeste de Saint-Lô y también cerca del río Odón, al sur de Caen.

También saltaron dos equipos del SAS de seis hombres cada uno cerca de Saint-Lô, donde aterrizaron a alrededor de las 12.20 de la noche, e inmediatamente hicieron sonar a través de altavoces varias grabaciones con hombres gritando, así como fuego de armas ligeras y de mortero. También saltaron sobre Francia cierto número de «Jedburghs»

que, como vimos antes, eran equipos de tres hombres formados por un agente francés, un británico y un estadounidense con la misión específica de ayudar a los grupos del maquis y asegurarse de que la Resistencia francesa hacía todo lo posible por obstaculizar los movimientos alemanes hacia el frente.

En paralelo, en el canal de la Mancha, la armada de invasión se acercaba a Normandía. Entre las fuerzas de asalto estadounidenses estaba el capitán John Raaen, el comandante de la compañía del cuartel general del 5.º Batallón Ranger. Alto, rubio y fornido, Raaen era hijo de un oficial de carrera. Tenía además una gran inteligencia, era atlético y contaba con una poderosa mente analítica. Había decidido muy pronto en su vida que quería ir a West Point y, a pesar de su miopía y de tener un tímpano roto —

defectos que no reveló — consiguió plaza en esa escuela militar,

donde entró en julio de 1939, justo antes de que Alemania marchara sobre Polonia.

Como joven oficial, se unió a los ingenieros y fue luego destinado al 55.º Batallón de Ingenieros Acorazados en la 10.ª División Acorazada, pero durante las maniobras Tennessee se decantó por la infantería. Poco después, vio un anuncio de reclutamiento para el 5.º Batallón Ranger, se presentó y fue aceptado. Estaban, le dijeron, buscando un oficial que tuviera conocimientos de ingeniería. Hasta ahora, sin embargo, no había trabajado ni un minuto como ingeniero. «Inmediatamente me dieron el mando de una sección», dijo, «y yo estaba en la infantería, que era lo que me gustaba [144] ».

Los Rangers del Ejército de Estados Unidos se habían formado en Gran Bretaña en 1942 a partir de las primeras tropas que habían llegado al país tras la entrada de Estados

Unidos en la guerra. Fueron idea del capitán William Darby y estaban modelados básicamente sobre las mismas líneas que los comandos británicos: eran voluntarios y estaban perfectamente entrenados para espectaculares operaciones de incursión tras las líneas enemigas. Darby quiso que sus rangers fueran unas fuerzas especiales de élite, y en eso se habían convertido. Siendo ahora coronel, había, hasta abril, comandado a los Rangers en Túnez, Sicilia y el sur de Italia, pero desde entonces se habían formado nuevos batallones, entre ellos el 2.º y 5.º, ambos creados, entrenados y enviados a Inglaterra especialmente para la invasión de Francia.

John Raaen había llegado a Inglaterra con el resto del batallón el 19 de enero y allí su preparación había continuado con creciente intensidad. «Entrenábamos muy duro», dijo, «quiero decir que el entrenamiento era duro [145] ». Se habían entrenado como comandos en Escocia y luego habían recibido entrenamiento anfibio en Devon.

Entretanto, había disfrutado viajando por todo el sur de Inglaterra; como comandante de la compañía del cuartel general, Raaen había acompañado al oficial S4 del batallón

— suministros — en la visita a varios almacenes de equipo, armas y otros materiales necesarios para la invasión. Al ver los campos abarrotados de tanques, camiones, artillería, tiendas y millones de hombres, se preguntó cómo era posible que Inglaterra no hubiera empezado a hundirse con tanto peso encima.

A lo largo de la costa de Normandía, cierto número de baterías

alemanas se consideraban especialmente amenazadoras. Todas fueron objetivo de los bombarderos pesados antes del Día D y, además, fueron bombardeadas de madrugada previamente a los desembarcos. Aquellas baterías especialmente peligrosas fueron asignadas a fuerzas cuya misión era destruirlas manualmente antes de los desembarcos o poco después en caso de que los bombardeos no hubieran logrado hacerlo. Entre éstas se contaba la batería de Merville, al este del Orne, cuya destrucción fue asignada al 9 Para. Otra estaba en Pointe du Hoc, a unos seis kilómetros y medio al oeste de la playa de Omaha, donde la orilla cóncava se curvaba hasta formar un afilado cabo con acantilados verticales de treinta metros a cada lado. Las fotografías de reconocimiento mostraron una batería que parecía formada por seis cañones de 155 mm en la cima de Pointe du Hoc y lo que también parecía una posición defensiva bien preparada con cierto número de búnkeres de hormigón unidos por trincheras y un puesto de observación de hormigón al borde del acantilado.

Aquella posición, como muchas de las defensas costeras de Normandía, había sido mejorada y dos de los cañones estaban protegidos bajo hormigón a mediados de abril.

Unos pocos días más tarde, el 25 de abril, había sido machacada por bombarderos y luego otra vez a finales de mayo y también a principios de junio; las fotos de reconocimiento tomadas después sugerían que la posición había sido totalmente

anulada, pero los planificadores del desembarco no querían correr ningún riesgo. Su destrucción a principios del Día D había sido asignada a los Rangers y era exactamente el tipo de operación de fuerzas especiales para la que habían sido concebidos.

Sobre el papel, la misión de escalar los acantilados y destruir los cañones parecía suicida, pero de hecho existían algunos precedentes de operaciones similares que invitaban a cierto optimismo. El julio anterior, varios miembros del SAS [146] ,

comandados por el mayor Paddy Mayne, habían desembarcado ante unos acantilados similares, en el cabo Murro di Porco, en Sicilia, los habían escalado y habían destruido varias baterías costeras que había en su cima. Cierto que las baterías estaban guarnecidas por tropas italianas mal preparadas, pero no había nada que sugiriera que los cañones de Pointe du Hoc estuvieran guarnecidos con tropas mucho mejores; que fueran alemanas no les confería automáticamente el marchamo de calidad que otrora se les hubiera supuesto. Un golpe de mano de ese tipo podría resultar muy exitoso y, de hecho, en Sicilia,

se había demostrado mucho más efectivo que las operaciones aerotransportadas; los SAS habían sufrido sólo un muerto y dos heridos. Más aún, Pointe du Hoc iba a recibir más bombardeos aéreos y desde los barcos frente a la costa.

La incursión en Sicilia no había contado con ningún apoyo de este tipo.

El plan del Día D para Pointe du Hoc era enviar tres compañías del 2.º Batallón —

Fuerza A — en la Hora H (6.30 de la mañana) y bajo el mando directo del teniente coronel James Rudder, el comandante general provisional del Grupo Ranger. Utilizando cuerdas disparadas con cohetes y escaleras extensibles de la brigada de bomberos de Londres, los hombres escalarían el acantilado por ambos lados, como los hombres de Mayne habían hecho en Sicilia, y luego eliminarían metódicamente las baterías y toda la posición, que también incluía dos casamatas con cañones antiaéreos. La sorpresa y la velocidad eran claves, así que se había asignado sólo media hora para la toma de la posición. Suponiendo que todo fuera bien, enviarían una señal por radio a tal efecto, y dos de las restantes compañías del 2.º Batallón y las del 5.º Batallón — Fuerza C —

intervendrían a continuación, avanzarían para despejar la carretera de la costa, que estaba novecientos metros tierra adentro y discurría paralela al litoral, y luego continuarían hasta Grandcamp y una segunda posición de cañones en Maisy, unos tres kilómetros al oeste. La batería de Maisy estaba demasiado lejos para suponer una amenaza para Omaha, pero podía causar problemas a Utah, así que era un objetivo importante, aunque no tan prioritario como Pointe du Hoc.

No obstante, el plan tenía una condición. Si la Fuerza A no enviaba la señal de éxito antes de las 7 de la mañana, la Fuerza C desembarcaría en el extremo occidental, o derecho, de la playa de Omaha y, con los hombres del 116.º Regimiento de Infantería, se dirigiría hacia Pointe du Hoc y Maisy. Eso dejaba sólo una compañía, la C, del 2.º

Batallón, que, como Fuerza B, tenía el objetivo de tomar los emplazamientos enemigos en Pointe de la Percée, a medio camino entre el borde de Omaha y Pointe du Hoc.

Pero el capitán John Raaen iba a desembarcar en la playa de Omaha, y la perspectiva de lo que le aguardaba con el amanecer del nuevo día no le dejaba dormir. Llevaba de guardia desde las 10 de la noche, ya

había dejado dormir a su primer relevo y luego, a las 2 de la madrugada, había decidido que se quedaría despierto un par de horas más.

Entonces, a las 3.34 de la madrugada, su barco de transporte, el HMS *Prince Baudouin*, echó el ancla y Raaen empezó a recoger su equipo. Era hora de subir a las lanchas de desembarco para el trayecto final hasta las playas de Normandía.

El salto paracaidista estadounidense no resultó en la masacre apocalíptica que el fastidioso Leigh-Mallory había temido. Saltaron unos 13 100 paracaidistas y sólo 21 de los 821 aviones fueron derribados o se perdieron por otras causas en las dos operaciones. Unas 389 toneladas de suministros fueron también lanzadas sobre la península de Cotentin, junto con catorce cañones antitanque. Entre los que habían saltado se contaban dos generales de división, Matthew Ridgway y Maxwell Taylor, y ambos aterrizaron sanos y salvos. Los historiadores han mostrado una y otra vez un panorama de paracaidistas dispersos a los cuatro vientos en una operación aerotransportada desastrosa, pero el hecho es que el 50 por ciento de los paracaidistas cayeron en un radio de entre un kilómetro y medio y tres kilómetros de sus ZS y un 75

por ciento lo hizo entre un kilómetro y medio y ocho kilómetros. Eso quería decir que los tres cuartos que habían aterrizado tenían entre un kilómetro y medio y ocho kilómetros para alcanzar sus objetivos del Día D y entre tres y cinco horas para hacerlo, algo que, al menos sobre el papel, es perfectamente factible para tropas muy motivadas y específicamente entrenadas para improvisar sobre la marcha y mostrar iniciativa.

Sólo el diez por ciento de los paracaidistas aterrizó a más de dieciséis kilómetros de su zona o no pudieron ser localizados en absoluto, así que, teniendo en cuenta el tiempo, la falta de preparación de los navegantes y la intensidad del fuego antiaéreo, debe decirse que el IX Mando de Transporte de Tropas hizo un muy buen trabajo. Entre los relativamente pocos que acabaron muy lejos de sus objetivos estaba un grupo que debía saltar a cinco kilómetros al norte de Caen y, sin embargo, recibió de forma inexplicable luz verde para saltar cuando la ciudad estaba todavía a setenta kilómetros de distancia. Es difícil comprender como el piloto y el navegante llegaron a confundirse tanto. El mejor salto fue el del 501.º RPI de la 101.ª, pues casi todos sus hombres aterrizaron en su ZS al norte de Carentan; el peor fue el del 507.º de la 82.ª, la mayoría de cuyos soldados cayeron en la zona inundada del Merderet.

Por suerte, para muchos de ellos la ayuda llegaría desde donde menos la esperaban.

La línea de ferrocarril atravesaba esa zona sobre un terraplén elevado. Justo al norte de la pequeña aldea de La Fière había una granja y un paso a nivel, PN 104, a poco más de tres kilómetros al oeste de Sainte-Mère-Église. El vigilante del paso a nivel era Maurice Dubosq, que vivía allí con su esposa y sus dos hijos: Geneviève, una niña de once años, y Claude, un niño de nueve. Dubosq era un padre maltratador y un vago, que se gastaba la mayor parte de su magro salario en bebida y que, al volver del bar, pegaba a sus hijos por cualquier pequeña fechoría. Los niños le tenían miedo, pero hacía poco los alemanes le habían ordenado que vigilara por la noche el puente de ferrocarril que estaba a unos pocos cientos de metros al sur, lo que había puesto temporalmente fin a sus borracheras nocturnas. A Geneviève le parecía que, desde que no bebía, se había vuelto una persona mucho más agradable.

En las primeras horas del 6 de junio, su padre regresó a casa en un estado de enorme agitación, acompañado por Gaby, un joven que vigilaba el puente con él. «¡Los Aliados están desembarcando! ¡Esta vez es verdad, están aquí!»[147]. Explicó que había intentado persuadir a los demás trabajadores del ferrocarril para que vinieran con ellos y se quitaran sus brazaletes con esvásticas, como habían hecho Gaby y él, pero los demás se habían negado. Todavía estaba contándole a su familia lo que había pasado cuando un paracaidista estadounidense irrumpió en la casa, con la cara pintada de negro y empuñando un subfusil Thompson. Dubosq le aseguró que él y su familia eran amigos y le mostró en un mapa dónde estaban los alemanes, alrededor de los pueblos cercanos.

Además, Dubosq se dio cuenta enseguida de que los estadounidenses estarían aterrizando en las áreas inundadas y le preguntó al paracaidista cómo se decía «venez ici, les gars!» en inglés.

«¡Venid aquí, muchachos!», respondió el estadounidense[148].

Dubosq salió entonces de su casa, acompañado por Gaby, y se echó al agua en su bote de remos. A lo largo de las siguientes horas, hicieron innumerables viajes y rescataron a muchos paracaidistas del área inundada. A Geneviève la situación le resultó abrumadora; la casa estaba llena de soldados, que les daban chocolate a su hermano y a ella. «De súbito», escribió, «me sentí rebosante de admiración e incluso afecto hacia mi padre[149]».

La casa estaba tan llena de paracaidistas que casi no había sitio para moverse. Justo antes del amanecer, los soldados decidieron marcharse. Ahora fue Geneviève la que habló y los previno de que no fueran hacia el norte siguiendo la vía férrea, pues estaba muy expuesta y los alemanes al otro lado del *Grand Marais* — el gran pantano—

podrían verlos. Su padre se mostró de acuerdo. Era mejor guiarlos hacia La Fière, pues

la ruta del ferrocarril por allí estaba bordeada por árboles que los ocultarían de los alemanes. Geneviève vio alejarse a su padre, que guiaba a los soldados. «Nos quedamos muy tristes y preocupados», escribió, «al ver a los estadounidenses alejarse en una silenciosa fila [150] ».

Por todo el sur del Cotentin, los paracaidistas estaban, lenta pero constantemente, agrupándose e intentando abrirse camino hacia sus objetivos. El teniente Malcolm Brannen, un oficial de la compañía del cuartel general del 3.er Batallón del 508.º RPI, había aterrizado ligeramente al suroeste de la ZS planeada y se estaba dirigiendo al noreste con un puñado de compañeros cuando, alrededor de las 4.30 de la mañana, la fuerza de planeadores empezó a llegar con los cañones, *jeeps*, equipos de radio, suministros médicos y buena parte del Estado Mayor de las dos divisiones. Alrededor de una hora después, Brannen y sus compañeros llamaron a la puerta de una granja para pedir ayuda sobre a dónde tenían que ir. Los aterrorizados granjeros les dijeron lo que necesitaban saber y entonces se dieron cuenta, gracias a sus mapas, de que estaban a medio camino entre Etienville y Picauville, dos pueblos al oeste de la zona inundada del Merderet. Seguían frente a la granja cuando Brannen oyó el ruido de un vehículo.

«Viene un coche», les dijo a los demás. «Parémoslo [151] ». Brannen salió a la carretera y asomó el brazo para detener al vehículo, pero éste aceleró y, al acercarse, todos abrieron fuego. Cuando el conductor se agachó para evitar las balas, el coche se salió de la carretera y dio contra un muro de piedra. El conductor salió despedido fuera, pero estaba vivo y se intentó esconder en una ventana del sótano de la granja, mientras otro oficial quedó colgando medio fuera del coche, muerto. Un tercer hombre había salido también despedido y estaba arrastrándose por la carretera tratando de alcanzar su pistola Luger. Brannen estaba a unos quince metros de él, en terreno elevado sobre el seto que había al otro lado de la carretera.

«¡No matar, no matar! »[152] gritó el alemán, pero siguió moviéndose hacia su pistola.

Brannen dudó unos instantes. No se consideraba a sí mismo un asesino despiadado, pero si el alemán llegaba a su pistola, se arriesgaba a que le disparase. «Así que le disparé», confesó. «Le di en la cabeza y ni se enteró de lo que le había pasado[153] ». Vio como salía un chorro de sangre de la cabeza del hombre que alcanzó hasta dos metros de altura y luego se extinguió. Entonces agarraron al conductor, junto con dos maletines con documentos oficiales, y, cogiendo la gorra del oficial al que había matado, Brannen la examinó en busca de algún tipo de identificación. Sólo pudo encontrar una palabra: FALLEY. Sin que lo supiera en aquel momento, acababa de dispararle a la cabeza al comandante de la división 91. *Luftlande*. Era una magnífica noticia para las fuerzas aerotransportadas estadounidenses, pero muy mala para los alemanes, que intentaban contraatacar entre el caos y la confusión. Si el general Falley hubiera obedecido las

órdenes de Pemsel de no salir hasta Rennes hasta el amanecer, habría evitado este encuentro que, como se ve, resultó fatal.

En el otro lado del Merderet, el teniente Dick Winters y su compañero de la Compañía A habían avanzado hacia el sureste desde Sainte-Mère-Église y pronto se reunieron con un grupo de unos cincuenta hombres del 502.º RPI. Por el camino, se encontraron con una pequeña columna de alemanes en carros tirados por caballos. En el breve tiroteo, los alemanes resultaron todos muertos o huyeron. Poco después, cuando los primeros destellos del alba iluminaron el cielo, Winters encontró por fin un rifle M1

Garand, un revólver y mucha munición. Se sintió mucho mejor ahora que estaba armado. Se sentía listo para combatir.

A ambos lados del frente de invasión, las operaciones aerotransportadas seguían su curso entre combates encarnizados. Mas planeadores cargados con cañones antitanque, *jeeps*, municiones y suministros médicos empezaron a aterrizar en los sectores británico y estadounidense, con diverso grado de éxito, a partir de alrededor de las 3.30 de la mañana. De los sesenta y ocho planeadores Horsa y cuatro (más grandes) Hamilcar británicos, cincuenta y cinco llegaron a Francia y la mayoría de ellos aterrizaron en la ZS

cerca de Ranville, como se había planeado. También aterrizaron cincuenta y dos planeadores Waco, que apoyaban a la 101.ª Aerotransportada, aunque el oficial ejecutivo de la división, el general

de brigada Don Pratt, se rompió el cuello y falleció en el aterrizaje. Hacia las 4.30 de la madrugada, el mismo número de planeadores había aterrizado en apoyo de la 82.ª Aerotransportada, aunque veintidós habían perdido su carga en aterrizajes forzosos, lo que supuso la muerte de veintiséis hombres y la pérdida de ocho cañones antitanque, el principal equipo de radio de la división, *once jeeps* y suministros médicos vitales.

A pesar del caos y del excesivo número de paracaidistas que había merodeando por los setos de Normandía, hubo algunos éxitos notables. Los estadounidenses tomaron Sainte-Mère-Église alrededor de las 4 de la mañana, hora para la cual todos y cada uno de los puentes sobre el Dives en el sector británico que se habían seleccionado como objetivo habían sido volados con éxito. El 1.er Batallón canadiense de paracaidistas había perdido sus cargas de demolición durante el salto, pero había improvisado y había conseguido igualmente demoler el puente en Robehomme. En Troarn, utilizando *un jeep* del Real Cuerpo Médico del Ejército que había transportado un planeador, un puñado de hombres simplemente cruzó la ciudad conduciendo, bajo las narices del enemigo, y, tras llegar sin sufrir daño alguno al puente que había un kilómetro y medio al este, lo volaron por los aires.

Incluso la batería de Merville había sido capturada, aunque el 9 Para contó únicamente con ciento cincuenta hombres para la operación. El tiempo era esencial, porque el Mando de Bombardeo de la RAF tenía previsto atacar de nuevo la batería antes de los desembarcos, no más tarde de las 5.30 de la mañana, de modo que era imprescindible que la fuerza apresuradamente formada del 9 Para alcanzase la batería con antelación suficiente como para abandonarla antes de que llegaran los bombarderos. También dos planeadores debían aterrizar directamente sobre la batería, igual que los alemanes había hecho en Eben Emael en Bélgica en 1940. Al final, se pasaron de largo la zona y consiguieron poco. A pesar de todo esto y de la tenaz defensa de la posición por el enemigo, que costó a los paracaidistas atacantes la mitad de sus efectivos, tras un intercambio de fuego de veinticinco minutos, la batería fue capturada alrededor de las 5 de la mañana. Sólo entonces, por desgracia, descubrieron que no estaba equipada con los cañones de 155 mm que se suponía que planteaban una amenaza grave para la invasión, sino con unos anticuadísimos y desfasados cañones checos de campaña de 100 mm de la Primera Guerra Mundial. Seguía siendo, sin embargo, una fortaleza importante y, debido a que el 9 Para estaba tan mermado que no tenía suficientes cargas explosivas para destruirla, tuvieron que conformarse con inutilizar los cañones sin destruir las casamatas. Habían neutralizado Merville con éxito a

tiempo para los desembarcos — que era su principal objetivo —, pero los supervivientes se retiraron y los alemanes reocuparon la posición poco después.

Puede que el bombardeo pesado de Merville antes del Día D no hubiera conseguido destruir la batería, pero los bombarderos pesados del Mando de Bombardeo de la RAF

fueron más efectivos en otros lugares. En 1940, durante el Blitz, la *Luftwaffe* rara vez envió más de cien bombarderos en una noche y todos ellos eran bimotores con capacidades de carga de bombas relativamente pequeñas. En esta madrugada del Día D, sólo el Mando de Bombardeo de la RAF envió mil doce aviones: 551 Lancaster y 412

Halifax, ambos bombarderos pesados, así como cuarenta y nueve de los remarcables Mosquito. Los objetivos eran diez baterías costeras, Merville y Pointe du Hoc incluidas.

Entre los que atacaban la batería de Maisy, a unos pocos kilómetros al oeste de Pointe du Hoc, había catorce Halifax del 466.º Escuadrón de la Real Fuerza Aérea Australiana, parte del Grupo 4 del Mando de Bombardeo. A estas alturas de la guerra no había divisiones australianas específicas operando en el frente occidental, pero había numerosos australianos en la RAF. En ocasiones, los australianos componían todo un escuadrón, como el 466.º. Con base en el aeródromo de Leconfield de la RAF, cerca de la antigua ciudad de Beverley, en Yorkshire oriental, los aviones del 466.º habían volado hacia el sur sobre Inglaterra y luego cruzado el mar. Era, para aquellos bombarderos de

gran alcance, una misión corta. En la tripulación del sargento de escuadrilla Jack Scott, el único inglés era el sargento de escuadrilla de veinte años Ken Handley, el ingeniero de vuelo, cuyo puesto en el Halifax era un asiento plegable a la derecha del piloto. No le molestaba en absoluto ser el único británico de los siete: como la mayoría de las tripulaciones, eran jóvenes, tenían caracteres razonablemente afines, estaban juntos en esto y se habían llevado bien desde el principio.

Handley y el resto de la tripulación de Scott habían empezado sus operaciones en febrero de ese año con un viaje a Berlín — una de las primeras misiones más difíciles que se podían asignar a una tripulación — y luego habían sido lanzados de lleno a la Gran Semana[154]. También habían tomado parte en un desventurado ataque sobre Núremberg el 30 de marzo, en el que noventa y cinco

bombarderos fueron derribados, casi un 12 por ciento de los que participaron en la operación. Fue la peor noche para el Mando de Bombardeo hasta entonces en la guerra. Esa noche, la tripulación de Scott tuvo que ingeniárselas con difíciles maniobras evasivas y su avión sufrió graves daños, pero finalmente lograron regresar.

Ésta era su misión número veinticuatro, se estaban acercando a las treinta necesarias para completar el primer turno. Cargados con cinco toneladas y media de bombas, atacaron volando a baja altura para bombarderos pesados, a sólo 3500 metros. A su alrededor había nubes espesas, pero estaba más despejado sobre el objetivo, donde sólo había un poco de neblina. Los Mosquito, además, habían hecho su trabajo, y habían marcado con precisión el objetivo. «Vimos bengalas rojas y verdes cayendo», anotó Handley en su diario, «y enfilamos el objetivo y lo machacamos a base de bien [155] ».

Hubo algo de fuego antiaéreo, pero no una cantidad preocupante: para lo habitual en sus misiones, aquélla fue un paseo por el parque. Tomaron fotografías mientras bombardeaban Maisy durante un trayecto que se calificó como un «éxito [156] ».

Durante el viaje de vuelta, Handley vio los convoyes de la flota de invasión en el canal de la Mancha, aunque nadie en el escuadrón les había avisado de que era el Día D.

Mientras volaban hacia Yorkshire, vieron grandes formaciones de cazas y bombarderos dirigiéndose hacia el sur. «Al aproximarnos a la base», apuntó Handley, «tomamos un atajo en el viraje y le pispamos al comandante de ala el primer puesto en el aterrizaje.

Un viaje tranquilo y agradable [157] ». Su «viaje» no había sido tan agradable para los desventurados soldados alemanes agazapados en los búnkeres y trincheras bajo ellos.

Colectivamente, los ataques del Mando de Bombardeo durante aquellas primeras horas de la mañana habían sido los más contundentes de la guerra: se habían lanzado sobre la costa de Normandía unas cinco mil toneladas de bombas, que habían removido tierra y piedra y cambiado el paisaje del lugar, lanzando millones de fragmentos de escombros

por los aires y creando ondas expansivas tan intensas que alcanzaron la estratosfera. Y

ahora había más bombarderos en camino.

Los bombarderos de la Novena Fuerza Aérea y de la Segunda Fuerza Aérea Táctica estarían pronto sobre sus objetivos, junto con hordas de cazas, cazabombarderos y Typhoon armados con cohetes. En total, se había programado que casi 11 600 aviones volaran en aquel día trascendental. Gabby Gabreski y los muchachos del 56.º Grupo de Caza también habían estado despiertos a las 3 de la mañana, ayudando a pintar rápidamente franjas de invasión en las alas de sus aparatos. Uno de los problemas que las fuerzas aéreas aliadas se habían encontrado en Sicilia y en el sur de Italia había sido el fuego amigo. La idea de pintar grandes rayas blancas y negras en las alas e incluso sobre el fuselaje tenía como objetivo que fuera más fácil distinguir a esos aviones y, en consecuencia, que se redujera el número de incidentes de fuego amigo. Se prefirió perder la potencial capacidad de camuflaje — que, de todos modos, nunca era muy efectiva de día — a que los aviones fueran derribados por error, pero el caso es que la decisión de añadir estas franjas se tomó, literalmente, en el último momento. Se dio pintura y brochas a las tripulaciones de tierra y apresuradamente se les ordenó que se pusieran a ello.

Gabreski lideró la primera misión del grupo ese día, despegó en la oscuridad a las 3.36 de la mañana y voló hasta Dunkerque, desde donde patrulló toda la costa francesa hasta la zona de invasión. Debido a las espesas nubes, sin embargo, la visibilidad era muy escasa y se desviaron de su rumbo; volaban en dirección a Abbeville cuando fueron vectorizados de vuelta a su ruta gracias al radar de un barco. Al cruzar la costa de Normandía en el trayecto de vuelta, las nubes se despejaron y revelaron un canal de la Mancha cubierto, hasta donde alcanzaba la vista, por la flota de invasión. «Fue», anotó Gabreski, «una de las imágenes más espectaculares que jamás haya visto: una gigantesca demostración de poder [158] ».

También saliendo esa mañana estaba el 365.º Grupo de Caza, parte del IX Mando de Caza de general Pete Quesada en la Novena Fuerza Aérea. Conocidos como los

«Halcones del Infierno», estaban equipados con P-47 Thunderbolt, igual que el 56.º

Grupo de Caza de Gabreski en la Octava. Estos cazas de motor radial y alas elípticas eran rápidos, maniobrables y resistentes, capaces de soportar un castigo considerable.

Además, eran potentes, podían cargar hasta una tonelada de bombas cada uno, una carga explosiva enorme para un caza de un solo motor que los convertía en cazabombarderos ideales. Como el resto de las

fuerzas aéreas aliadas, los Halcones del Infierno habían estado volando sin cesar prácticamente desde su llegada a Inglaterra en

diciembre del año anterior. Ahora su base estaba en el apresuradamente construido aeródromo de Beaulieu en New Forest, no muy lejos de la costa sur.

El teniente Archie «Lin» Maltbie tenía veinte años y formaba parte del 388.º

Escuadrón de Caza de los Halcones del Infierno. Nacido en California, había querido volar desde que, siendo un niño, había visto un trimotor Ford repartiendo el correo.

Después de la escuela, encontró trabajo en la Douglas Aircraft Company, fabricando bombarderos en picado SBD para la armada. Esperaba que lo reclutaran de un momento a otro, pero, al cumplir diecinueve años sin haber recibido todavía la carta oficial, decidió presentarse voluntario en la fuerza aérea. Lo aceptaron y, tras recibir formación como piloto, obtuvo sus alas en diciembre de 1943. Tras hacer la transición al P-47, lo destinaron a Gran Bretaña, cruzó el Atlántico en el Queen Mary y llegó a Escocia en abril de 1944. Diez días después, se unía a los Halcones del Infierno. Tras seis semanas disparando a locomotoras y puentes, de súbito la invasión se puso en marcha y, al igual que los pilotos de caza del 56.º, pasaron casi sin solución de continuidad de pintar como locos bandas de invasión en todos sus aviones a verse sobrevolando la descomunal fuerza de invasión.

Pasaron sobre la playa Utah por delante de los B-26 Marauder, luego atacaron un puente de ferrocarril y un dique en Saint-Sauveur-le-Vicomte, en el lado oeste del Cotentin. Era un ataque a baja altura, y cada avión tenía bajo cada ala una bomba de mil libras (cuatrocientos cincuenta kilos). Además de evitar el fuego antiaéreo, tenían que mirar constantemente hacia arriba por si había cazas enemigos. «Hubo fuego antiaéreo», dijo Maltbie. «Hubo mucho fuego antiaéreo, pero ningún avión alemán **[159]** ».

A continuación, llegó el turno de los bombarderos pesados de la Octava Fuerza Aérea. Unas 659 Fortalezas Volantes B-17 y 418 B-24 Liberator despegaron hacia las playas de invasión. Pero antes la artillería naval debía iniciar su propio bombardeo.

A medida que el amanecer iluminaba la costa de Normandía, no quedó ninguna duda de la escala de la fuerza de invasión que se

acercaba desde el mar. «No me avergüenzo en decir», admitió el *Obergrenadier* Karl Wegner, «que no había estado tan asustado en toda mi vida [160] ». Wegner era uno de los soldados de diecisiete años reclutados recientemente para completar la 352. *División*. Había sido asignado a la 3.

Kompanie del *GrenadierRegiment* 914, y ahora estaba apostado tras una ametralladora en una casamata que dominaba el sendero que iba de la playa hacia el pueblo de Vierville.

Nunca había entrado en acción y estaba aterrorizado ante lo que se le venía encima, pero, aun así, no podía dejar de asombrarse ante lo que veían sus ojos. A unos pocos kilómetros de distancia siguiendo la costa, Franz Gockel, en el WN62, también

contemplaba el espectáculo que tenía ante sí. Un silencio terrible y amenazador se había extendido entre sus camaradas y la tensión crecía por momentos.

A las 5.10 de la mañana, los primeros cañones navales aliados abrieron fuego, apuntando hacia las baterías costeras alemanas, incluidos los cuatro cañones de la *Kriegsmarine* en Longues-sur-Mer, en la costa a medio camino entre las playas Omaha y Gold. Esta batería, sobre un acantilado, había sido intensamente bombardeada por aviones en tres ocasiones, la última de la mano de la RAF sólo un par de horas antes, pero los cañones y el puesto de observación estaban protegidos por gruesos techos de hormigón, de modo que los cañones seguían intactos, y ahora devolvieron el fuego. De repente, el aullido de los proyectiles disparados sobre el mar en una y otra dirección hizo añicos el silencio.

A las 5.50 de la mañana, el buque de guerra USS *Texas* abrió fuego por primera vez con sus diez inmensos cañones de catorce pulgadas (356 mm), apuntando hacia el sector de Omaha. En el WN62, Franz Gockel miró hipnotizado como los grandes proyectiles navales golpeaban el suelo alrededor de su posición, levantando enormes columnas de tierra, piedra y polvo. «Fue», anotó, «sólo el principio del infierno [161] ». Unos pocos minutos después, la primera oleada de los bombarderos de la Octava apareció sobre sus cabezas. Gockel estaba en pie en su búnker de hormigón tras su ametralladora que, dispuesta sobre una mesa, apuntaba al mar a través de la abertura que servía de visor.

En cuanto empezaron a caer las bombas, se agachó debajo de la mesa y se encogió cuanto pudo. El sonido era atronador. En unos instantes,

el búnker se llenó de humo y polvo. «La tierra tembló», escribió. «Tenía los ojos y la nariz llenos de polvo. La arena se me había metido hasta entre los dientes. Nadie nos iba a ayudar, nuestros aviones no aparecieron y no teníamos cañones antiaéreos. Sin nadie que los entorpeciera, los bombarderos podían lanzar a placer su letal cargamento[162]». A los pocos minutos, los escombros habían enterrado buena parte de la posición defensiva. En un momento dado, se atrevió a asomar la cabeza y vio como una bomba caía directamente sobre otra casamata y volaban por todas partes tierra y trozos de hierro y hormigón.

De hecho, Gockel estaba todavía más solo de lo que creía, porque, en lo más alto de la cadena de mando, ya se habían tomado decisiones que tendrían un efecto devastador sobre las posibilidades de los defensores en las horas venideras. No sólo el general Hans Speidel no había contactado aún con Rommel, sino que el general Erich Marcks, en el cuartel general del LXXXIV. *Korps* parecía haber perdido del todo la cabeza. Eran los alemanes los que habían inventado las operaciones aerotransportadas y, aunque las realizaba la *Luftwaffe* y no el ejército, alguien con la experiencia y el calibre militar de Marcks tenía que haber sabido perfectamente no sólo que las tropas aerotransportadas necesitarían apoyo rápidamente de tropas llegadas por mar, sino que estaban

aterrizando de noche en un área muy amplia y en territorio desconocido. Estarían tan desorientadas como los defensores sobre los que estaban cayendo y era inevitable que tardaran unas cuantas horas en ser capaces de organizar un ataque significativo. En otras palabras, Marcks podía haberse permitido perfectamente un poco de sangre fría y esperar a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos en las horas siguientes en lugar de comprometer de forma inmediata su reserva, máxime habiendo, como había, tropas alemanas de sobra ya posicionadas en el Cotentin para enfrentarse a los invasores.

A pesar de todo esto, a las 2 de la mañana, el Estado Mayor de Marcks ordenó inmediatamente que la reserva del cuerpo se trasladara de su posición central, tras la costa de Normandía, en dirección al Cotentin y a la zona al sur de Carentan. La reserva del cuerpo procedía de la 352. *División* y consistía en el *GrenadierRegiment* 915, comandado por el *Oberstleutnant* Karl Meyer, y el *Fusilier-Bataillon* 352. Meyer había recibido el mando de toda esta fuerza y, a las 3 de la mañana, emprendió la marcha.

Dos batallones se desplazaron en bicicleta y el resto de las tropas viajó en camiones requisados y conducidos por franceses. Y, por si fuera

poco, se ordenó también al *GrenadierRegiment* 914 que enviara soldados para investigar los informes de tropas aerotransportadas aliadas en el valle del Vire, al sur de Carentan — se trataba de los muñecos paracaidistas de la operación Titanic, un plan de muy bajo coste, que no conllevó perder ninguna vida y que ya se estaba demostrando muy efectivo como

«multiplicador de fuerzas» —. En consecuencia, Marcks había enviado toda la reserva de su cuerpo hacia las tropas aerotransportadas estadounidenses y en dirección a unos muñecos cuando, horas después, la habría necesitado en su posición original para rechazar los desembarcos.

En el este se estaba cometiendo el mismo error. Aunque el mayor Hans von Luck había enviado una compañía de su regimiento a combatir contra las fuerzas aerotransportadas británicas, retuvo al resto de sus tropas, muy consciente de las órdenes de que la 21. *Panzer* no debía entrar en combate sin el permiso expreso del *Heeresgruppe* B. No sólo el general Feuchtinger, el comandante de la división, estaba en París, sino que también lo estaba su jefe de operaciones, el *Oberstleutnant* Wolf Freiherr von Berlichingen, el único miembro del Estado Mayor de la división con experiencia en panzers. Eso quería decir que, a todos los efectos, la división carecía de mando. Tras un viaje a una velocidad temeraria desde la capital francesa, Feuchtinger llegó al puesto de mando de la división en Saint-Pierre-sur-Dives a las 5.20 de la mañana y Von Berlichingen apareció poco después. Ordenaron entonces que el resto de la división que no estuviera en la zona de Caen se moviera de inmediato a la zona alrededor de Bellengreville, al sureste de Caen y en la orilla oriental del río Orne, aunque eso contradecía directamente las órdenes que habían recibido. Su intención era arrojar a sus tropas contra los paracaidistas británicos. A las 6 de la mañana, imploraron a Speidel

que les dejara atacar. Más o menos al mismo tiempo, el cuartel general de Marcks estaba exigiendo a Speidel que subordinara la *21. Panzer* al LXXXIV. *Korps* para emplearla entera en el ataque contra las fuerzas aerotransportadas británicas al este del Orne.

Speidel accedió finalmente a las 6.45 de la mañana y, a las 7 de la mañana, la *21. Panzer* fue puesta bajo el mando del general Marcks. Minutos después, Feuchtinger recibió órdenes de avanzar con su división al este del río Orne.

En menos de media hora, miles de soldados británicos desembarcarían en las playas al oeste del Orne, y quince minutos después llegaría el

desembarco de los canadienses.

Pero la *21. Panzer* estaba ya avanzando hacia el este. Eso quería decir que la única división panzer cercana a la costa y la reserva principal del cuerpo no iban a estar donde serían necesarias para montar un rápido contraataque contra el asalto anfibio.

Muchas veces, en los años que han pasado desde entonces, se han analizado y criticado las decisiones del mando aliado, pero en estas primeras horas cruciales del Día D, fue el general Erich Marcks, habitualmente considerado como uno de los mejores comandantes alemanes en el frente occidental, el responsable de los mayores errores.

Capítulo 11

Día D: Los desembarcos estadounidenses

Cuando el teniente Yogi Jenson empezó su guardia a las 4 de la mañana, la costa de Francia ya era visible en el horizonte, iluminada por las explosiones de las bombas de los bombarderos pesados de la RAF. Le recordó a 1940, cuando vio desde Falmouth el bombardeo nocturno de Plymouth. Sobre él, los planeadores eran remolcados por el cielo. Luego, más o menos una hora después, en el momento en que los primeros rayos del sol empezaron a iluminar el mar, miró hacia atrás y contempló la enorme flota de invasión. «¡Qué imagen más fantástica!», escribió. «Miles de buques de combate y de transporte, todos en la misma ruta, navegando hacia el continente [163] ».

Un poco más al oeste, el capitán Chet Hansen estaba en la cubierta del USS *Augusta* con el comandante del Primer Ejército de Estados Unidos, el general Omar Bradley. En un barco tan grande, armado y acorazado, Hansen se sentía cómodo y seguro, hasta el punto de que, mientras cruzaban el canal, le costaba creer que aquello fuera por fin la invasión que tanto habían esperado. Tampoco el oleaje parecía tan terrible, aunque lo sentía así desde su privilegiado puesto en un buque de guerra de 48 000 toneladas y no en una lancha de desembarco de fondo plano. Entonces, de súbito, lograron ver la costa: se divisaban fuegos en la orilla, y el ruido de los cañones antitanque reverberaba sobre el de los motores de los aviones. En lo alto, la luna permanecía oculta y sólo de vez en cuando asomaba entre las nubes. Se acercaban a la playa de Omaha.

Justo antes de las 5 de la madrugada, Hansen vio un bombardero B-25

incendiándose a babor. Dejando tras de sí una larga cola de llamas,

pasó justo al lado del *Augusta* justo antes de convertirse en una gran bola de fuego. Se vio que dos hombres saltaron del aparato en paracaídas antes de que el morro del avión se hundiera y el bombardero alcanzado se estrellara en el mar. Las aguas acallaron rápidamente su explosión y se lo tragaron para siempre. «Sin previo aviso, la invasión ha cobrado vida», anotó Hansen, «los planes sobre el papel se han vuelto reales [164] ».

No lejos del *Augusta*, a bordo del *Prince Baudouin*, estaban el capitán John Raaen y el 5.º de Rangers, y a las 5 de la mañana la tripulación del barco recibió órdenes de acudir a sus puestos de combate. Después tuvo lugar un segundo anuncio por la megafonía:

«¡Atención en cubierta! ¡Atención en cubierta! ¡Rangers de Estados Unidos a sus posiciones de embarque! » [165] . Raaen fue a la cubierta del barco, contó a sus hombres y luego volvió a contarlos. A continuación, comprobó de nuevo todo su equipo:

bandoleras, granadas, raciones para tres días, subfusil Thompson y Colt 45. Luego revisó el equipo de sus hombres. Ahora tocaba subir a las lanchas de asalto que colgaban de los pescantes del *Prince Baudouin*, todas ellas LDA británicas. En cada una, embarcaron treinta y seis hombres con todo su equipo, además de cuatro tripulantes.

Frente a ellos, la amenazante mancha de la costa se recortaba contra un cielo cada vez más luminoso.

Navegaron en círculos hasta que las siete LDA de la 507.ª Flotilla de Asalto estuvieron cargadas y luego se dirigieron hacia la costa, zarandeados por las olas en sus lanchas de fondo plano a unos cinco nudos de velocidad. El mar estaba más agitado ahora, en las primeras horas del día 6 de junio, de lo que había sido veinticuatro horas antes, y olas de entre 1,80 y 2,40 metros chocaban contra las lanchas, empapando a los soldados. Al cabo de poco tiempo estaban todos calados hasta los huesos y había entrado tanta agua en las lanchas que tuvieron que empezar a achicarla con los cascos.

A las 5.50 de la madrugada ya habían dejado atrás a muchos de los grandes buques de guerra cuando, de súbito, hubo un ruido ensordecedor.

«Señores», dijo el oficial naval que comandaba su LDA, «eso es el *Texas* iniciando el bombardeo de la costa». A continuación, los demás barcos empezaron a abrir fuego a lo largo del frente de invasión: nueve acorazados, veintitrés cruceros, ciento cuatro destructores y

setenta y una corbetas, una flota enorme con una potencia de fuego devastadora. Los destructores se acercaron a menos de mil metros de la costa en algunos lugares, mientras que los acorazados y los cruceros se mantuvieron más atrás.

Al igual que Raeen y sus compañeros, el sargento de diecinueve años Bob Slaughter y los hombres de la Compañía D del 116.º de Infantería, estaban ahora navegando en el canal tras haber subido en sus LDA británicas, colgadas de pescantes del LSI **[166]**

nodriza (grande) SS *Empire Javelin*. Con buena parte de la flota estadounidense en el Pacífico, el componente naval de la invasión recayó predominantemente en los británicos. La contribución de Estados Unidos no fue en absoluto despreciable —

doscientos buques de guerra y 865 barcos y lanchas de desembarco — pero de los 1213 buques de guerra totales, 892 fueron de la Marina Real y de las 4126 embarcaciones de desembarco de todo tipo, 3216 fueron británicas y estuvieron tripuladas por británicos. Eran naves y tripulaciones en su mayoría británicas, no estadounidenses, las que ahora lideraban las tropas de asalto en Omaha.

Durante un rato, Slaughter y el resto de su sección en la LDA estuvieron navegando en círculos a la espera de que toda la oleada de asalto estuviera lista. Las olas seguían castigándolos y estaban empapados. El rugido de los motores, el aullido del viento y el clamor del mar hacían que a los hombres les costara escucharse, aunque, por otro lado,

nadie tenía muchas ganas de hablar. Bob Slaughter estaba helado, chorreaba agua y temblaba de frío. A todos les habían dado bolsas para vomitar y pastillas Dramantine para el mareo, pero Slaughter sólo se sintió mareado cuando, para abrigarse, se echó su capa antigás sobre la cabeza; al cabo de unos instantes tuvo que quitarse el casco y vomitar en él. Vació el casco por la borda y lo enjuagó con el agua que se acumulaba al fondo de la lancha.

Todas las playas de invasión habían sido divididas en secciones y subsecciones, con nombres en clave basados en el alfabeto fonético y en colores. Omaha fue dividida, de oeste a este, en cuatro secciones principales: Charlie, Dog, Easy y Fox; Dog, a su vez, estaba dividida en Verde, Blanco y Rojo; e Easy y Fox, en los sectores Verde y Rojo. El 116.º Regimiento de la 29.ª División, así como los Rangers, desembarcarían en el lado oeste de la playa, entre Charlie e Easy Verde, y el 16.º de Infantería de la 1.ª División desembarcaría entre

Easy Rojo y Fox Verde. También debían desembarcar dos batallones de tanques Sherman equipados con «DD» — Motor Dúplex —. Estas extrañas máquinas, cada una de las cuales pesaba treinta toneladas completamente cargada, estaba protegida por una lona impermeable y equipada con un motor y una hélice que le permitía «navegar» por el agua. En los ensayos, habían funcionado mucho mejor de lo que cabía imaginar. Nadie, sin embargo, había probado a lanzarlos al mar con olas tan altas como las que ahora había en la aproximación a la playa. Peor aún, el plan era lanzarlos a unos seis kilómetros de la playa y cualquiera con una brizna de sentido común habría comprendido que ese plan era ridiculamente ambicioso dadas las circunstancias climatológicas. Por fortuna, el teniente de la Marina de Estados Unidos al mando del 743.º Batallón de Tanques supo calibrar la situación y tomó la razonable y acertada decisión de seguir adelante con el barco de desembarco y llevar los tanques directamente a la playa en el sector 116.º de la Infantería. No puede decirse lo mismo del oficial a cargo de enviar el 741.º Batallón de Tanques hacia Easy Rojo y Fox Verde.

Los Sherman DD fueron lanzados al encrespado mar a las 5.40 de la mañana. No es sorprendente que varios se hundieran casi de inmediato.

También dirigiéndose a Easy Rojo estaba el cabo de veinte años Walter Halloran, de la 165.ª Compañía Fotográfica de Transmisiones. Equipado con una cámara de cine Bell

& Howell Eyemo de objetivo fijo, con una sola lente envuelta en plástico protector, diez latas de película y varias bolsas naranja del Cuerpo de Transmisiones para enviar el metraje de vuelta a Inglaterra, iba, en cambio, armado sólo con una pistola Cok 45.

También cargaba con sus raciones y objetos personales, y llevaba a la espalda una canasta con dos palomas mensajeras, que le habían entregado a última hora. Halloran formaba parte de un equipo de dos hombres completado por el fotógrafo Wes Karalin, soldado de primera, y había sido asignado al 16.º de Infantería. Tenía que formar parte de la primera oleada de tropas de asalto para capturar imágenes de la histórica invasión

aliada de Normandía que mostrar a las decenas de millones de estadounidenses que las esperaban en casa, y también para la posteridad. Normalmente, la compañía se dividía en equipos de tres personas, pero el tercero era, en este caso, un conductor *de jeep*, y no había sitio para él en el asalto inicial. «Así que acordamos que nos

encontraríamos en un campo de manzanos», dijo Halloran. «Estudiamos un poco el mapa y yo dije: "Si sobrevivo, nos encontraremos en un par de días[167]"». Pero que fuera a sobrevivir no estaba nada claro; bajar por las redes de cuerda hasta el bote Higgins que se bamboleaba sobre las olas ya fue bastante difícil. De algún modo, consiguió subir a bordo sin romperse ningún hueso, no obstante, desde entonces, había estado mareado como un pato. Lo único positivo es que ya no tenía miedo: lo único que quería era salir de aquel maldito bote.

Los tanques Sherman DD también debían formar parte del asalto de la 4.ª División de Infantería sobre la playa Utah en la base oriental de la península de Cotentin. La tarea se había encargado a tres compañías del 70.º Batallón de Tanques, cincuenta y cuatro tanques en total, de los cuales cinco eran Sherman Dozer, es decir, Sherman con una pala de excavadora añadida en su frontal. Utah, como las demás playas de Normandía, era larga y profunda, pero durante la marea alta estaba bordeada por dunas. El plan era que los ingenieros abrieran caminos entre las dunas con explosivos y luego los Sherman buldóceres despejaran la arena y los escombros del camino.

La Compañía B estaba a bordo de cuatro LDT que transportaban cuatro DD cada uno, y entre las tripulaciones de los carros estaba el sargento Carl Rambo. Procedente del Sur profundo, había nacido y crecido en Tennessee, aunque cuando fue reclutado trabajaba como conductor de excavadoras en una empresa de construcción en Pensilvania. De su promoción en Pittsburgh, sólo setenta y cinco fueron enviados al 70.º, todos y cada uno de ellos graduados de instituto con experiencia en un oficio y la mayoría con experiencia trabajando con maquinaria pesada. Se trataba, desde luego, de un proceso de selección lógico para escoger tripulaciones de tanques, que no sólo tenían que saber cómo operar grandes vehículos, sino también cómo mantenerlos. Los conocimientos de mecánica eran de lo más beneficioso, y en esto Estados Unidos tenía ventaja sobre el resto de las naciones en guerra, ya que era, con bastante diferencia, la nación más motorizada del mundo. Al principio de la guerra, uno de cada cuatro estadounidenses tenía algún tipo de vehículo motorizado; en Alemania, en cambio, esa cifra era sólo de un alemán de cada cincuenta.

Rambo había sido reclutado en 1941 y había participado en la invasión angloestadounidense del norte de África en noviembre de 1942. «En el barco rumbo al norte

de África», dijo Rambo, «traté de imaginar cómo podría combatir en

esta guerra con honor y seguir vivo. Pensé mucho sobre ello durante ese viaje [168] ». Hasta ahora, había conseguido ambas cosas, pues había sobrevivido a Túnez y Sicilia y estaba, a estas alturas, al mando de su propio tanque. El 70.º se había convertido en una unidad acorazada curtida en combate y con experiencia y, con hombres como Rambo en sus filas y dos invasiones anfibias ya en su historial, eran el apoyo ideal para una división como la 4.ª, que todavía no había entrado en combate propiamente dicho en la guerra.

La división, sin embargo, sí había tenido una muestra de lo que era la acción el 28 de abril cuando, durante unas maniobras nocturnas para ensayar un asalto anfibio, habían sido atacados por SBoot (lanchas torpederas rápidas) alemanas. Dos BDT habían sido hundidos, dos más dañados, 746 hombres habían muerto y otros doscientos habían resultado heridos. Había sido un desastre.

El 70.º Batallón de Tanques, en cambio, no había sufrido ni un rasguño, y había realizado su parte de las maniobras Tiger a la perfección. Ahora, la mañana del 6 de junio, Rambo y sus compañeros de la Compañía B estaban razonablemente seguros de sí mismos. Alrededor de las 6 de la mañana estaban a punto de lanzar el asalto cuando 276 B-26 Marauder llegaron a la zona y bombardearon las playas, volando en paralelo a la costa en lugar de acercándose a ella en perpendicular, como habían hecho los bombarderos pesados de la Octava a lo largo del resto de la costa de invasión. A pesar de ello, en esos otros lugares, una gran cantidad de bombas habían caído en las playas y sus alrededores, pero no habían conseguido destruir los gruesos muros de las casamatas y, debido al retraso de treinta segundos en su lanzamiento para evitar bombardear a las fuerzas amigas, buena parte de ellas había caído tierra adentro, lejos de la primera línea de defensa alemana. Por ejemplo, en Omaha, donde 329 B-24

lanzaron su carga explosiva, simplemente no se dispuso ni del espacio ni del tiempo suficiente para que pudieran volar en paralelo a la costa, porque los bombarderos de la Octava Fuerza Aérea no habían sido adiestrados para operaciones nocturnas. Su ventana de ataque había sido muy pequeña y, por lo tanto, no tuvieron otra opción que atacar en su formación normal, en perpendicular al frente, en vez de sobrevolándolo. En consecuencia, los daños a las defensas fueron mucho menores de los esperados.

En Utah, sin embargo, habían intervenido menos bombarderos y más pequeños, de tamaño medio, de modo que habían tenido más espacio en el que maniobrar. Y habían sido extremadamente efectivos.

«Realmente saturaron esa playa», recordaba Carl Rambo. «Los alemanes les disparaban y debieron alcanzar a un avión en el depósito de combustible, pues vi que le salieron llamas de la escotilla de las bombas antes de que explotara[169]». Fragmentos de escombros revoloteaban alrededor de sus LDT, que estaban a casi un kilómetro y medio de distancia de la costa. Hubo todavía más sobresaltos cuando uno de los cuatro LDT de la Compañía A se topó con una mina.

Rambo y su LDT estaban a menos de cien metros y vieron como dos de los tanques saltaban quince metros por los aires como si fueran cajas de cerillas. La LDT afectada se partió por la mitad, pero una de las dos mitades siguió flotando. La explosión arrojó a uno de los hombres que iba a bordo a setenta metros de distancia, pero sobrevivió milagrosamente y logró regresar a nado a la mitad que todavía flotaba, sólo para que, cuando llegó, esa mitad volcara, lanzándolo de nuevo al agua. Luego fue recogido por una lancha de desembarco de asalto, pero el resto de las tripulaciones de tanque de esa LDT murieron.

Justo después de las 6, el resto de los DD del 70.º Batallón fueron lanzados al mar.

Sólo el conductor iba dentro del tanque; el resto de la tripulación estaba sobre el vehículo, rodeada por la pantalla de lona que le daba flotación, listos para salir nadando si sucedía lo peor. Pero la tripulación de Rambo navegó «como la seda[170]» y sólo tuvo que recorrer 1,4 kilómetros, en lugar de los cinco y medio que debían navegar los DDs de Omaha. Aquí, además, la propia península de Cotentin protegía las aguas frente al intenso oleaje provocado por los vientos de poniente, así que, aunque había olas, el mar no estaba ni mucho menos tan agitado como en el resto de la costa de Normandía.

Rambo y su tripulación, junto con el resto del 70.º Batallón de Tanques, estaban en camino.

Desde sus posiciones en los acantilados que dominaban la playa, los defensores esperaban con creciente miedo y ansiedad. Tanto para Karl Wegner como para Franz Gockel, aquél sería su primer combate; ambos llevaban en el ejército menos de nueve meses. Ante ellos se desarrollaba una escena de una intensidad completa y devastadora para la que nada podría haberlos preparado. El bombardeo de los cañones navales fue aplastante: en conjunto, el Grupo de Bombardeo de Omaha contaba con 183 cañones de 90 mm o más y un gran número de cañones de ritmo de disparo rápido. Los alemanes, en cambio, no tenían ni un solo cañón de ese calibre.

Las estacas con minas frente al WN62 fueron voladas en pedazos y los proyectiles fueron ascendiendo por la playa hacia los acantilados. «Un remolino de humo, polvo y llamas ascendía hacia nosotros, destruyéndolo todo a su paso con un estruendo de aullidos, silbidos y siseos», escribió Gockel. «Estábamos sentados, pequeños y desamparados, refugiados junto a nuestras armas, y empezamos a rezar[171]». Estaban cayendo proyectiles por doquier, que esparcían metralla, escombros y piedras alrededor de su casamata. Astillas entraban constantemente por las aberturas de observación. A pesar de todo esto, ni uno de los seis hombres del búnker de Gockel estaba físicamente

herido. Ni tampoco ninguno de la batería de Karl Wegner en el otro extremo de la playa.

En el mar, las lanchas de desembarco se acercaban cada vez más a la playa. Quedaba muy poco para las 6.30 de la mañana. Bob Slaughter se seguía sintiendo como si lo estuvieran destripando y todos en su lancha presentían que aquello no sería el paseo por el parque que les habían vendido. John Raaen, mientras tanto, esperaba mar adentro, navegando en círculos y preguntándose como debía irles a los Rangers en el asalto a Pointe du Hoc. Frente a Franz Gockel, acercándose a la orilla de Easy Rojo bajo el WN62, a Walter Halloran no le importaba lo que le esperara en la playa: sólo quería salir de una vez del mar.

Alrededor de Pointe du Hoc y atravesando de la bahía al norte de Carentan, en la base de la península de Cotentin, la lancha de desembarco líder del 2.º Batallón del 8.º

Regimiento de la 4.ª División de Infantería desembarcó en la playa Utah a las 6.31 de la mañana, tras un bombardeo naval. El tiempo era muy malo: hacía viento, había una cubierta de nubes bajas y una llovizna constante, aunque había tanta espuma del mar que era difícil saber si estaba lloviendo o no. Se suponía que la infantería y los tanques tenían que desembarcar entre las salidas que los Aliados habían denominado 3 y 4, al norte del pueblo de Les-Dunes-de-Varreville, pero el viento, las fuertes corrientes y la extremadamente mala visibilidad hicieron que llegaran a la playa a ambos lados de la salida 2, justo delante del WN5, un punto a bastante más de kilómetro y medio al sur de donde se los esperaba. Esta posición defensiva estaba ocupada por un puñado de hombres de la 3.ª Compañía del *GrenadierRegiment* 919 de la 709.ª División, comandados por el *Leutnant* Arthur Jahnke. Era un veterano de veintitrés años que había ganado la Cruz de Caballero en el frente oriental y un soldado extremadamente capaz, pero los hombres bajo su mando no valían

para mucho.

A lo largo de toda la playa había obstáculos y abundante alambre de espino, y alrededor de la posición defensiva y tras ella había campos minados y áreas inundadas durante unos tres kilómetros antes de que el suelo empezara a elevarse lentamente. En el puesto fortificado en sí había un puñado de cañones dentro de búnkeres y ocho Goliat teledirigidos, pero habían recibido un castigo brutal tanto por parte de los Marauder de la Novena Fuerza Aérea como por el bombardeo naval. Para cuando las primeras tropas llegaron a la playa, el único cañón de 88 mm de alta velocidad que tenían estaba gravemente dañado, y un cañón de 75 mm y los dos de 50 mm habían sido destruidos, así como los nidos de ametralladoras, un búnker con munición y los mecanismos de control de los Goliat. Jahnke contaba con recibir apoyo de la batería de

122 mm que estaba a unos tres kilómetros, en Saint-Martin-de-Varreville, pero, aunque él no lo sabía, esos cañones habían sido bombardeados e inutilizados varios días antes.

Entre los primeros en desembarcar estuvo el oficial ejecutivo de la 4.ª División, el general de brigada Teddy Roosevelt Jr., hijo del presidente del mismo nombre, veterano de la Primera Guerra Mundial, exgobernador-general de Filipinas, empresario multimillonario y Secretario Adjunto de la Armada. La suya había sido una vida y una carrera extraordinaria, y ahora allí estaba, a sus cincuenta y seis años — con un hijo, el capitán Quentin Roosevelt, a punto de desembarcar en Omaha — siendo el primer general aliado que ponía el pie en Normandía durante el Día D. Estaba, además, a punto de aportar la capacidad de decisión y claridad que se necesitaba. Comprendió muy pronto que habían desembarcado en la parte equivocada de la playa, pero decidió al instante que se quedarían donde estaban y atacarían desde allí. «¡Empezaremos la guerra desde aquí mismo! »[172] , dijo a los comandantes del 8.º Batallón de Infantería. Y

eso es exactamente lo que hicieron.

Los primeros tanques desembarcaron justo después de la infantería, y aunque el único 88 mm de Jahnke consiguió disparar una vez y destruir un Sherman, eso provocó que le estallara el cañón y no causó más problemas a los atacantes. En los minutos que siguieron, todos los tanques DD del 70.º Batallón llegaron sanos y salvos a la orilla. El Sherman de Carl Rambo arribó a la playa justo después que el del comandante de su compañía. Bajaron la pantalla de lona y avanzaron hacia las dunas y el rompeolas de cemento, hacia el que los ingenieros

ya estaban llevando bloques de TNT que cargaban a la espalda. Rambo vio cómo construían una pirámide con estos bloques y luego la detonaban. Para cuando el polvo, el humo y la arena provocados por la explosión se asentaron, había un gran agujero en el muro y un Sherman buldócer de la Compañía C

se adelantó rápidamente para despejar un camino. De súbito, Rambo vio a un soldado herido y descendió de la torreta de su tanque para ayudarlo, aunque, al hacerlo, rompió una de sus reglas fundamentales: preocuparse sólo por su tripulación y no detenerse por otros. «Estaba casi muerto», dijo Rambo, «y no pude hacer nada por él. Nunca debí haber abandonado mi tanque [173] ». En esta ocasión, sin embargo, no hubo consecuencias. Con la ruta entre las dunas ya despejada, avanzaron entre los escombros, aplastando trozos de hormigón a su paso, y cuando hubieron superado el obstáculo se dirigieron a la carretera elevada que cruzaba las marismas y por la salida 2

en dirección a Sainte-Marie-du-Mont. Hasta ahora, el desembarco estaba resultando bastante sencillo para los hombres de Utah.

No podía decirse lo mismo de los que desembarcaban en esos momentos en Omaha.

De los cinco puntos de salida de la playa, los más defendidos eran los que estaban más o menos en los extremos — la rambla de Vierville, llamada «D1», y la rambla de Colleville, denominada «E3» en los mapas de los atacantes —. Las otras dos principales ramblas que quedaban directamente frente a los atacantes — «D3» y «E1» — estaban también bien defendidas, pero no tan fortificadas como las de los extremos; en el terreno entre ellas no había, por otra parte, ningún tipo de defensas fijas. El plan consistía en llegar a la playa y arrollar al enemigo rápidamente, pero casi todas las tropas alemanas que guarnecían los puestos fortificados habían sobrevivido a los bombardeos de la mañana. No había muchos. Sólo diez *Widerstandsnester* miraban directamente sobre la playa y había otros más hacia el interior, en Colleville y en Saint-Laurent-sur-Mer, un pueblecito a medio camino entre Colleville y Vierville. Cada uno de ellos estaba defendido por entre treinta y cincuenta hombres. El WN62, en el que estaba Franz Gockel, era el más fuerte, pero, en cualquier caso, contaba con una guarnición de sólo veintisiete hombres del *GrenadierRegiment 726* de la 716.ª División; había, además, otros cuatro hombres del 352.º Mando Central del I Batallón en el WN63, al este de Colleville. Eso quería decir que en la primera línea los alemanes sólo contaban con unos trescientos cincuenta hombres. A lo largo de la playa, los puestos fortificados estaban

diseñados para darse apoyo mutuo, pero bastaba con que uno de ellos quedara fuera de combate para que toda la línea defensiva cayera rápidamente. Más aún, aunque era cierto que los búnkeres y las casamatas habían sobrevivido hasta entonces a todo lo que les habían arrojado, lo cierto es que se habían construido con materiales de poca calidad y de forma apresurada.

La mayoría de los hombres, Franz Gockel y Karl Wegner entre ellos, eran *Grünschnabel*. A Wegner le preocupaba que se quedaran paralizados en cuanto el enemigo los presionara. Los hombres de los acantilados que se enfrentaron a los estadounidenses que desembarcaron en Omaha han sido retratados a menudo como curtidos veteranos, como la élite más fanática de la *Wehrmacht*. Nada más lejos de la realidad. La mayoría eran jóvenes, estaban completamente aterrorizados y habrían deseado encontrarse en cualquier otra parte menos en esa costa contemplando la titánica invasión que ennegrecía el mar. Tenían entre todos, eso sí, unas ochenta y cinco ametralladoras, cada una capaz de disparar a un ritmo de mil cuatrocientas balas por minuto, o veintitrés balas por segundo. En sus posiciones, con una visibilidad perfecta desde los acantilados, era difícil que aquellos alemanes — al menos los que no se quedaran paralizados por el terror — erraran el tiro sobre las tropas estadounidenses que empezaban a salir por las rampas de las lanchas de desembarco. Y no lo hicieron.

Pero eso no se debió a que fueran una élite de nazis fanáticos con una excelente

formación, sino más bien a que estaban muertos de miedo y los impulsaba el más básico instinto de supervivencia.

Cerca de la rambla de Vierville (D1) las cosas estaban yendo muy mal para el 116.º

Regimiento de Infantería mientras se dirigían hacia Dog Verde. Dos LDA de la Compañía A habían sido destruidas y todos los que iban a bordo habían muerto; una recibió cuatro impactos directos de mortero. Eso quería decir sesenta hombres muertos, un tercio de la compañía que se había esfumado en un santiamén. Las cuatro LDA restantes, que llevaban a los otros dos pelotones de asalto, desembarcaron entre el humo, la espuma y la lluvia y, a las 6.31, se bajaron las primeras rampas de las LDA de la Compañía A, así como de los barcos Higgins LDVP.

«¡Fuego, Wegner, fuego!» [174] , gritó el *Obergefreiter* Lang, el cabo de

su búnker. Al ver a todos los estadounidenses saltar de sus lanchas de desembarco al agua, Wegner se quedó transido, atónito ante lo vulnerables que parecían. De repente, Lang le dio un porrazo a Wegner en el casco con la culata de su pistola. El fuerte «clanc» lo despertó de su trance y, apoyando firmemente la culata de la MG42 contra el hombro, cerró un ojo, apuntó y apretó el gatillo. Inmediatamente la ametralladora cobró vida, escupiendo cientos de balas que cruzaron los más de trescientos cincuenta metros que la separaban de los invasores. Vio cómo algunos hombres caían y cómo las balas levantaban la arena, y cómo otros hombres buscaban ponerse a cubierto. «No era el momento de ponerse a pensar en si aquello estaba bien o mal», dijo, «sino de sobrevivir [175] ». Otros noventa y un hombres de la Compañía A del 116.º de Infantería fueron abatidos en unos momentos. Sólo veinte consiguieron cruzar los poco más de trescientos metros de playa que había hasta el rompeolas.

En el WN62, Franz Gockel estaban también pensando en sobrevivir. Abrió fuego en cuanto la primera oleada desembarcó justo frente a él; eran dos secciones de asalto de la Compañía E, del 16.º Regimiento de Infantería, que habrían debido desembarcar en Easy Verde, más al oeste. Otros grupos de asalto de la Compañía I desembarcaron más al este, a unos mil ochocientos metros de distancia del objetivo, en el borde de Fox Verde. Gockel esperó hasta que los que acababan de desembarcar dieron los primeros pasos para abrir fuego. La MG42 tenía sus defectos, pero no cabe duda de que podía disparar rápidamente contra un objetivo un altísimo número de balas, que ahora atravesaban a los jóvenes soldados que pretendían salir de la playa. Intentó racionalizar lo que estaba haciendo. Eran muchos los que habían muerto en casa, víctimas de los bombardeos aliados, sin poder defenderse de ningún modo. «Aquí estábamos combatiendo contra el mismo oponente», escribió, «pero a diferencia de los muchos civiles indefensos, podíamos defendernos y queríamos sobrevivir [176] ».

En la orilla, y no sin dificultades, Walter Halloran seguía aferrado a su cámara y a su pequeña bolsa. No era un hombre alto, así que cuando saltó de la rampa, encontró que no hacía pie. Consiguió mantener la cabeza fuera del agua y llegar a la orilla. Luego había echado a correr. A su alrededor la gente chillaba y gritaba, pero él había seguido corriendo. «Si te detenías a ayudar a alguien», dijo, «entonces había dos bajas y no una.

Porque en el momento en que dejabas de moverte, te disparaban [177] ». A pesar de esto, en medio de la playa, se lanzó tras uno de los obstáculos defensivos y, completamente tumbado en el

suelo, sacó su cámara y empezó a grabar. Parte de las imágenes que sacó en aquel momento siguen siendo el único metraje de hombres avanzando — y siendo abatidos — en esa primera oleada de tropas en Easy Rojo. «Hay cinco soldados que llegan a la orilla», dijo, «y al de más a la izquierda lo alcanza un disparo y cae muerto.

Yo estaba tendido sobre mi vientre. Es un plano de ángulo bajo [178] ».

Esos primeros quince minutos en Omaha fueron una masacre, aunque la matanza se concentró casi por entero en Vierville y Colleville. Los hombres se ahogaban, lastrados por el peso del equipo y por haber sido arrojados al mar demasiado lejos de la playa; otros eran alcanzados por el fuego enemigo, fuera de ametralladoras, morteros o rifles, en el agua o en la playa. El desastre continuaba mar adentro. De los Sherman que se habían lanzado para apoyar a la 1.ª División, sólo dos de los treinta y un tanques del 741.º Batallón de Tanques llegaron a la orilla: todos los demás se hundieron, la mayoría de ellos llevándose consigo a sus tripulaciones, subrayando la trágica y absurda decisión de lanzarlos al mar tan lejos de la costa. Algunos consiguieron navegar hasta 2750 metros y todos ellos, según parece, habían puesto rumbo hacia la torre del campanario de Colleville. Por desgracia, tanto las olas como la corriente los empujaban hacia el este, desviándolos de su objetivo. En un esfuerzo por mantenerse orientados hacia la iglesia, habían estado avanzando en ángulo contra la fuerza de las olas y la corriente. En consecuencia, las olas habían golpeado contra los lados de sus lonas de protección. Y los habían hundido.

A las 6.45 de la mañana, el general Bradley se unió al capitán Chet Hansen en la sala de operaciones a bordo del USS *Augusta*. Estaba a un kilómetro y medio de la orilla y esperaban que los Rangers ya hubieran desembarcado en Pointe du Hoc. Veían cómo se disparaban los cohetes que estaban machacando la playa de Omaha. Desde allí, el combate parecía asombrosamente desequilibrado.

«No entiendo por qué no devuelven el fuego», murmuró el general de división Bill Ken, jefe del Estado Mayor de Bradley. «¿Va a ser otro Anzio? » [179] . El desembarco en Anzio, en Italia, en enero, se había producido sin apenas oposición en sus inicios.

Bradley sonrió. «Eso es poco probable».

El capitán John Raaen se preguntaba más o menos lo mismo sobre el progreso de los Rangers. Él y sus hombres habían estado navegando en círculos frente a la orilla desde alrededor de las 6.15 de la mañana.

La mayor parte del tiempo se habían mantenido discretamente a cubierto. En la LDA 1137, los Rangers de la compañía del cuartel general tenían una radio SCR-300 y trataban de escuchar, por encima del estruendo de los cañones y la batalla, lo que estaba pasando. «Tras la Hora H», dijo Raaen, «de repente las ondas se llenaron de mensajes, así que escuchamos atentamente[180]». Lo que querían oír era una señal de la Fuerza A del coronel Rudder que indicara que habían escalado con éxito las paredes de Pointe du Hoc y destruido los cañones que había allí.

En el BDA de Raaen consiguieron captar algo sobre «Charlie» de la Fuerza A, pero eso fue todo. Siguieron dando vueltas en el mar. Llegaron y pasaron las siete, y a las 7.10 se tomó la decisión de pasar al Plan B: el resto de los Rangers desembarcarían directamente en Dog Verde, en la playa de Omaha.

La Fuerza A de los Rangers, de hecho, se había retrasado. A sólo tres kilómetros de la costa, el barco guía británico había cambiado de dirección por error y se había dirigido a la Pointe de la Percée. Fue un error grave, aunque, sin duda, el oleaje, la inmensa cantidad de espuma, las nubes bajas y el humo del bombardeo naval contribuyeron a la confusión. El coronel Rudder, que no era navegante pero que había estudiado hasta el último detalle de su objetivo con minucioso detalle, comprendió de repente lo que estaba pasando y consiguió que su unidad volviera al rumbo correcto. El desvío, sin embargo, les retrasó media hora. En consecuencia, la primera embarcación de los Rangers llegó a la playa pasadas las 7 de la mañana, hora en que se suponía que ya tendrían que haber completado su misión.

Estaban llegando ahora a Omaha oleadas sucesivas de tropas, aunque el humo y el polvo de la batalla, combinados con las nubes bajas, hacían que la playa quedara prácticamente oculta desde el mar y los timoneles en las embarcaciones de desembarco estaban confundidos y desembarcaban allí donde podían. Para las tropas de asalto esta situación era, de hecho, una ventaja, ya que la mala visibilidad afectaba también a los defensores. En el lado occidental de Vierville, las compañías B, D y C caminaban sobre los pasos de la diezmada Compañía A, pero cierto número de sus tropas estaban desembarcando más al este, apartadas del rumbo correcto por las corrientes y el viento, que las empujaron hasta un punto en que las defensas alemanas no eran tan fuertes. Los primeros botes de la Compañía B, por ejemplo, desembarcaron inesperadamente cerca de unas rocas, que les aportaron cierta cobertura ante los disparos. Aunque los hombres saltaron a unas aguas demasiado profundas, gracias a los

ánimos y las amenazas del sargento Odell Padgett y del teniente Leo Pingenot, consiguieron salir del agua y correr

hacia el malecón. «Cruzaron la playa», reza el Informe Después de la Acción, «con un muerto y tres heridos como bajas [181] ».

La Compañía C también desembarcó lejos de su objetivo, a unos novecientos metros al este, en Dog Blanco, y, en su mayor parte, diez minutos antes de tiempo, a las 7.10 de la mañana. No había ninguna posición defensiva alemana directamente sobre ellos y algunos de los arbustos y vegetación de los riscos estaban ardiendo y creaban una útil cortina de humo. El primer barco de asalto bajó su rampa demasiado pronto, pero el timonel la volvió a levantar y siguió navegando hacia la orilla. «Los reclutas», dijo el Informe Después de la Acción, «alcanzaron la orilla de forma segura». El segundo barco se detuvo con buen tino en aguas poco profundas y los hombres que transportaba corrieron hacia el malecón. «Ninguno de los hombres de esta tanda resultó herido», se informó, «a pesar del fuego de armas ligeras». El cuarto pelotón desembarcó en agua que les llegaba hasta la cintura. «Recibimos fuego de armas ligeras, pero no hubo bajas entre el barco y el malecón». Tras ellos estaba el quinto pelotón de asalto, que desembarcó en aguas muy poco profundas. Debido a que la marea subía rápidamente, la distancia hasta el malecón era ahora de menos de cien metros. «Sólo se sufrió una baja en ruta al malecón [182] ». Estos hombres — casi toda la compañía — estaban ahora, igual que la Compañía B, protegidos por el malecón de 1,2 metros, completamente armados, equipados con radios y acompañados por ingenieros de asalto. Estaban listos para atacar.

Desde su búnker en el WN71, que dominaba Dog Verde (la rambla de Vierville), Karl Wegner había seguido disparando. Estaba estrictamente *verboten* disparar más de doscientas cincuenta balas seguidas en una MG42, es decir, once segundos seguidos, y, además, era muy poco aconsejable. Cada bala estaba impulsada por una carga que explotaba en el cañón, desprendiendo una gran cantidad de calor en el proceso. Con veintitrés explosiones por segundo, en un arma con un cañón que, además de ser relativamente fino, estaba refrigerado sólo por aire, y no por gas, bastaba muy poco tiempo para que una MG42 se calentase primero al rojo vivo, y luego al blanco vivo. La precisión nunca fue el punto fuerte de la MG42, ni siquiera en condiciones óptimas —

cosa comprensible, dado su ritmo de disparo — pero su cañón pronto llegaba a fundirse y había que cambiarlo. La disciplina en el disparo de esa ametralladora estaba muy bien en teoría, y Karl Wegner estaba,

desde luego, esforzándose al máximo por disparar ráfagas cortas tal y como le habían enseñado, pero con cientos de estadounidenses yendo directamente hacia él y con el mar abarrotado de barcos enemigos, sus ráfagas eran cada vez más largas y los períodos de enfriamiento más cortos. La precisión se resentía por ello, y la ametralladora se atascaba con más frecuencia de lo habitual. «Cuando tiré del cerrojo por lo que pareció la milésima vez», dijo Wegner, «me detuve un instante para echar un buen vistazo a la playa **[183]** ». Había

estadounidenses tendidos en el suelo por todas partes, unos vivos, otros muertos. En la orilla había lanchas de desembarco. Un barco pareció topar con una mina, que envió fragmentos de la embarcación y a los hombres que transportaba volando por los aires.

Pero los cañones navales les disparaban continuamente a los alemanes, obligando a Wegner y a sus colegas a agacharse y cubrirse. Un proyectil impactó contra la estrecha abertura que les servía de visor y una esquirla de hormigón golpeó al *Obergefreiter* Lang en la cara. Con cada atasco de la ametralladora o cambio del cañón, con cada agachada para protegerse del fuego naval aliado, las pausas entre ráfagas de disparo se dilataban y las posibilidades de que las tropas de asalto estadounidense salieran de la playa crecían.

La zona mortífera de Dog Verde, que estaba dominada por tres posiciones defensivas, seguía siendo un lugar horriblemente peligroso, por mucho que la ametralladora de Karl Wegner se recalentara. A bordo de su LDA, el sargento Bob Slaughter no sólo se sentía literalmente mareado, sino también cada vez más preocupado por cómo estaban saliendo las cosas. A sus compañeros y a él se les había dicho que no se esperaba encontrar mucha resistencia, aunque no está claro de quién había surgido esa noción; el coronel Charles Canham, comandante del 116.º Regimiento, había circulado un memorando entre los tres batallones previniendo expresamente contra la tendencia a subestimar al enemigo, y ese texto se leyó a todas las tropas antes de zarpar. «Esperábamos que las compañías A y B hubieran asegurado la playa para cuando llegáramos nosotros», apuntó Slaughter. Según se acercaban a la orilla, más proyectiles de artillería y de morteros estallaban en el agua a su alrededor. «De repente me preocupé mucho por lo que nos pudiera hacer *Jerry* **[184]** **[185]** ».

Su LDA llegó a tierra a las 7.10, a unos 275 metros al este, pero aún a la vista del racimo de posiciones defensivas de Vierville. El primer hombre saltó antes de que la rampa hubiera descendido del todo y murió cuando el LDA se movió hacia adelante y lo aplastó. Cuando le llegó el turno a Slaughter, la lancha seguía moviéndose arriba y abajo,

y le llevó unos instantes determinar el momento adecuado para saltar al agua, que sabía que era demasiado profunda. Sus 195 centímetros de altura fueron en este momento una enorme ventaja, y sintió cómo otros se agarraban a él mientras caminaba entre la espuma hacia la orilla. Las balas y el agua parecían en esos momentos igual de letales. «Era desmoralizante oír a aquellos buenos hombres gritar cuando las balas atravesaban su blanda carne», escribió Slaughter, «y a otros gritar cuando la fuerte marea arrastraba hacia el fondo del mar a los que no sabían nadar [186] ». Estaba todavía en el agua cuando el soldado Ernest McCanless apareció a su lado, pugnando por arrastrar una caja de munición.

«Slaughter, ¿vamos a salir de ésta?» [187] , gritó por encima del estruendo de la artillería y los morteros, de los gritos de los hombres y del repiqueteo de las armas ligeras.

Slaughter no respondió; estaba convencido de que iban a morir, sensación que se le acrecentó al ver flotar junto a él un cadáver cuyo rostro ya se había vuelto de color púrpura. Siguió avanzando como pudo y consiguió cubrirse tras una estaca de la playa, pero vio que tenía una mina Teller* atada en su cúspide. Miró a su alrededor, esforzándose por comprender lo que sucedía. Se preguntó dónde estaban todos los suboficiales sénior y los oficiales. Hacían falta líderes, y él era sargento, pero tenía sólo diecinueve años. Vio entonces como un soldado se levantaba y avanzaba sólo para que el enemigo lo abatiera rápidamente. El hombre quedó tendido, su sangre derramándose sobre la arena mientras gritaba con desesperación. Un médico corrió hacia él, pero fue también alcanzado. Al cabo de un par de minutos, ambos estaban muertos.

Slaughter sabía que tenía que salir de la playa cuanto antes. No podía volver atrás y tampoco quedarse donde estaba, así que, haciendo acopio de sus reservas de coraje, gritó a su diezmado pelotón y los urgió a ponerse en marcha. Con su bayoneta fijada en el extremo de su rifle Garand, se levantó y echó a correr, aunque, incluso sin su chaqueta de asalto, iba cargado de equipo y su ropa empapada pesaba mucho. Encontró una pequeña hondonada de la marea, tropezó y se le disparó el rifle por error. Recuperó el equilibrio y siguió corriendo hasta llegar a la relativa seguridad del malecón.

Entonces intentó disparar, pero el rifle se le atascó. Se quitó el chaleco de asalto, lo extendió sobre la arena para poner encima su rifle y limpiarlo, y se dio cuenta entonces de que en su mochila había varios agujeros de bala. Sobrecogido por un nuevo ataque de pánico, sintió que le fallaban las rodillas y le temblaban las manos. Respiró hondo e

intentó desesperadamente recuperar el control.

Eran las 7.45 de la mañana y el capitán John Raaen estaba acercándose a la orilla con la lancha de asalto del 5.º de Rangers. El ruido era ensordecedor. Desde su LDA, en pie junto al timonel y la tripulación, que eran británicos, Raaen podía ver lo que tenían enfrente. Lejos, por delante de ellos y a su derecha, un LDM o LDT — no estaba seguro de cuál de los dos — recibió un impacto de artillería y estalló en llamas. «La escena era dantesca», escribió, «humo de los incendios en la pared del acantilado, fuegos de los barcos y el equipo en llamas, espantosas nubes negras de los estallidos del fuego de artillería, polvo y escombros volando por todas partes [188] ». Estaban acercándose a la orilla y el timonel maniobraba en zigzag para evitar los obstáculos. De súbito, pareció que iban a chocar con una mina en una estaca, pero una ola los apartó de ella en el último momento. Instantes después, la LDA se detuvo, bajó su rampa y Raaen saltó al agua, que afortunadamente sólo cubría hasta las botas.

«¡Cuartel general! ¡Por aquí!», gritó, y luego se lanzó hacia adelante, en dirección al malecón, que estaba a menos de cincuenta metros, perfectamente consciente del fuego de armas ligeras que silbaba y rebotaba a su alrededor, sobre todo desde su derecha [189] .

Por fortuna, y al igual que otros camaradas antes que ellos, habían desembarcado más al este de lo previsto, más o menos en la misma franja de playa de Dog Blanco que la Compañía C del 116.º, tras haber sido alertados durante la aproximación de que la situación en Dog Verde era suicida. El humo saturaba la atmósfera y había mucha sangre — sobre la arena, en charcos —, y el sonido de la artillería era ensordecedor. El impacto para los sentidos era tremendo y desagradable. Tras Raaen, el correo de la Compañía del CG fue alcanzado en la pierna y gritó, pero siguió adelante. El malecón, abarrotado de hombres, estaba ahora a sólo dieciocho metros. Se agachó y miró hacia atrás para comprobar que sus hombres seguían llegando. Vio cómo llegaba a la orilla el LDI 92, bajaba la rampa y los soldados emergían de él. Entonces, de repente, estalló por un impacto de artillería. Un fragmento de metralla o escombro debió golpear al hombre que llevaba el lanzallamas, porque todo el costado de la embarcación estalló en llamas.

Otro proyectil alcanzó a su propia LDA y mató a la tripulación británica, que seguía a bordo, pero sus hombres ya habían desembarcado. Hizo un rápido cálculo mental.

Todos estaban allí. Los treinta y tres, aunque uno estaba herido.

Más cerca de Dog Verde, el sargento Bob Slaughter reunía el valor necesario para ordenar a su mermado pelotón que saltara el malecón y corriera hacia el pie de los riscos. Puede que estuviera aterrorizado y tal vez creyera que su situación era desesperada, pero no era así. Ya eran las 8 de la mañana y la marea estaba literal y metafóricamente empezando a cambiar. A pesar de las bajas y de la masacre de aquella primera oleada, eran los estadounidenses, no los defensores alemanes, los que estaban ganando en Omaha.

Capítulo 12

Día D: Los desembarcos británicos y canadienses Justo antes de las 5.30 de la mañana, los primeros rayos del sol asomaban en la playa de Courseulles. Ahora frente a la costa, después de haber navegado sin percance a través de los canales despejados en los densos campos de minas enemigos, el HMCS

Algonquin estaba en posición frente a la playa Juno, designada para los desembarcos canadienses, y el teniente Yogi Jenson supervisaba el despliegue de una boya Dan equipada con un gran placa de metal reflectante que iba a servirles de referencia en su navegación a lo largo de la línea de bombardeo. Por el momento, no obstante, el bombardeo de la costa estaba en manos de los cruceros y las fuerzas aéreas. Jenson no dejaba de preguntarse cuándo abriría fuego el enemigo, pero a medida que aumentaba la luz se hizo obvio que en la orilla había poca actividad. Hasta donde alcanzaba a ver, parecía sólo una tranquila población normanda. «En cualquier momento», pensó,

«estaremos rodeados por columnas blancas de agua, pero todo permaneció tranquilo [190] ».

El *Algonquin* era uno de los once destructores, dos cruceros — el HMS *Belfast* y el HMS *Diadem* — y varias embarcaciones de desembarco especialmente adaptadas que formaban el brazo de bombardeo de la Fuerza J. La potencia de fuego combinada de esta fuerza era, por sí sola, impresionante: doce cañones de 6 pulgadas, ocho de 5,25

pulgadas, veintinueve de 4,7 pulgadas y dieciséis de 4 pulgadas, un total de sesenta y cinco cañones que disparaban proyectiles de un diámetro de 100 mm. A lo largo de las defensas de Juno, los alemanes tenían sólo cuatro cañones de 100 mm o más, y sólo veinte de entre 50 y 88 mm. Los canadienses tenían, además, seis Lanchas de Desembarco, Cañones (Grande), cada una de ellas con dos cañones de 4,7 pulgadas; cuatro Lanchas de Desembarco, Antiaéreo; ocho Lanchas de Desembarco, Cohetes; y varias de las ingeniosamente denominadas

Lanchas de Desembarco, Asalto (Erizo), que podían disparar veinticuatro bombas de 27,2 kilos para saturar y destruir alambradas, minas y obstáculos.

Tras esta pantalla de destructores, los hombres de la 3.ª División de Infantería Canadiense estaban subiendo a lanchas de desembarco, donde enfrentaban muchas de las mismas dificultades y náuseas que sus aliados estadounidenses un poco más al oeste. El sargento mayor de compañía Charlie Martin llevaba en pie desde las 3.15 de la madrugada y estaba tendiendo redes por el costado de su transporte, el SS *Monowai*, a las 5 de la madrugada. Subir a las LDA, que cabeceaban y oscilaban con las olas no

resultó nada sencillo, especialmente con todo el equipo pesado que cargaban los soldados. Martin enseguida se dio cuenta de que la invasión real no se iba a parecer en nada a las maniobras de entrenamiento. Originario de Gales e hijo de artistas circenses itinerantes, su familia y él habían emigrado a Canadá en 1928, cuando Charlie tenía nueve años, y se habían instalado en la zona de Dixie, al oeste de Toronto. En 1940, Martin estaba trabajando en una vaquería cuando el regimiento local, los Rifles de la Reina, se movilizó en Toronto. Sintió que tenía que cumplir con su deber y por eso, como todos los demás canadienses que participaron en la guerra, se presentó voluntario. Fue aceptado en los Rifles de la Reina y en julio de 1941 zarpó hacia Inglaterra. Habían estado entrenándose para este momento desde entonces. Mientras tanto, Martin había ganado primero los galones de cabo, luego los de sargento y también el corazón de una chica inglesa; él y Vi se habían casado el 30 de octubre de 1943. Ella estaba trabajando ahora para el STA (Servicio Territorial Auxiliar) como operadora de un radar de proyectiles de la Artillería Real y él era el sargento mayor de la Compañía A y se preparaba para el asalto a las playas de Normandía.

Los Rifles de la Reina formaban parte de la 8.ª Brigada de Infantería, que desembarcaría en el sector Nan, que cubría las ciudades costeras de Bernières-sur-Mer y Saint-Aubin-sur-Mer. Una segunda brigada de asalto, la 7.ª, iba a desembarcar un poco más al oeste, en el sector Mike, a ambos lados de la ciudad de Courseulles-sur-Mer.

Martin y sus compañeros tenían que recorrer unos ocho kilómetros hasta la costa.

Empezaron el trayecto y, a pesar de que los apoyaba todo el peso del bombardeo naval, reinaba el silencio entre los hombres y él no pudo evitar sentirse bastante solo. Como a Yogi Jenson, a Martin también le

impresionó lo tranquilo que parecía todo. Ningún arma enemiga abrió fuego mientras avanzaban hacia la playa entre la espuma. El batallón estaba siendo transportado por diez lanchas de asalto. «Diez lanchas a lo largo de casi un kilómetro y medio no es realmente una gran fuerza de asalto», escribió. «Y

las lanchas empezaron a parecer cada vez más pequeñas a medida que se alejaban más unas de otras [191] ».

Al oeste de Omaha, los acantilados se volvían más pronunciados antes de descender brevemente ante los pequeños puertos de pescadores de Port-en-Bessin y luego Arromanches. Después ascendían de nuevo para caer otra vez, a diecinueve kilómetros de Omaha, en la playa llamada Gold. La larga y arenosa costa continuaba hacia el este desde la playa Gold a lo largo de Juno y luego de Sword, hasta la desembocadura del canal de Caen. Situada en la colina entre Port-en-Bessin y Arromanches estaba la batería de cuatro cañones de la *Kriegsmarine* en Longues-sur-Mer y eran estos cañones, así como otros situados en las posiciones defensivas alemanas del sector británico y canadiense,

los que se habían establecido como blanco preferente de los grandes acorazados y cruceros de la Marina Real mientras las fuerzas de asalto se acercaban a las playas. Sólo Longues-sur-Mer recibió 179 cañonazos de los cruceros HMS *Ajax* y HMS *Argonaut*, que dispararon sus ocho cañones de 150 y 133 mm contra los cuatro de 150 mm de la batería costera. La abrumadoramente superior potencia de fuego de los británicos comenzaba a imponerse; llegadas las 6.30 de la mañana, la batería de Longues había sido silenciada, igual que otra posición defensiva clave en el sector de la playa Gold.

Quedaban todavía en este sector de costa algunos *Widerstandsnester* (WN) que, ubicados a intervalos regulares, podían prestarse apoyo mutuo. En La Rivière, un pueblo en la orilla cerca de Vers-sur-Mer, el WN33 estaba justo al borde de la playa.

Tenía dos cañones de 88 mm de alta velocidad y doble uso anticarro y antiaéreo, así como un Tobruk de 50 mm y la habitual alambrada, red de trincheras, minas y puestos de ametralladora. Martin Eineg era un soldado del *Infanterie-Regiment* 726. Tenía veinte años y era aficionado al boxeo, a pesar de que sufría una enfermedad pulmonar crónica que técnicamente lo incapacitaba para el servicio militar. Pero era 1944, y esa dolencia ya no suponía la exención que le habría otorgado en otros tiempos en la Alemania nazi.

Después de servir en la *Luftwaffe* como parte del equipo de una batería

antiaérea cerca de Múnich, fue destinado a la costa oeste unos pocos meses más tarde y nombrado observador y ametrallador. Su posición estaba en un búnker provisto de una abertura de visión y equipado con una MG34 — la ametralladora ligera que los alemanes habían usado a comienzos de la guerra — dispuesta en un cardán en el suelo. Esta posición formaba parte de una casamata más grande de hormigón que protegía los dos cañones de 88 mm a unos noventa metros del malecón. Él estaba alojado varios cientos de metros más atrás, en una vieja granja que había sido reforzada con hormigón y sacos de arena.

A Eineg lo habían despertado y hecho levantar al alba. Fue corriendo a su posición, donde ya habían llegado dos de sus camaradas, que estaban en la MG. Al mirar a través de la abertura del búnker, se quedó consternado. «Me quedé sin palabras ante lo que vi», dijo, «parecía imposible[192]». El ametrallador, un hombre de mediana edad, se volvió hacia él y se echó a reír sin alegría. «¿Nos arrepentimos ahora de haber empezado la guerra?», dijo[193]. Poco después, un Typhoon aceleró en su dirección, volando bajo y a gran velocidad y disparando sus cañones, cuyos proyectiles impactaron en el hormigón que los rodeaba. Voló tan cerca de ellos que Eineg olió su combustible. Entonces empezaron a disparar los cañones de los barcos, en un bombardeo que pareció interminable, con explosiones y gritos por todas partes y algunos impactos directos sobre la casamata. La estructura se estremeció y el interior se llenó de polvo y humo. El ruido era insoportable. El cargador empezó a gritar y a golpear la pared con las manos. Entonces se abrió la puerta de acero y entró uno de los

oficiales encargados de la artillería de 88 mm. En ese momento, otro proyectil impactó contra el borde de la tronera, enviando metralla y trozos de hormigón hacia el interior del búnker, que rebotaron contra las paredes. Varios de estos fragmentos alcanzaron al oficial en la cara, cegándolo y rompiéndole los dientes. El impacto lo arrojó contra la pared y desde allí se desmoronó al suelo.

De repente, el bombardeo se detuvo y, poco a poco, Eineg se puso en pie. Al ametrallador le temblaban las manos, pero consiguió controlarse. El cargador seguía tirado en el suelo, con la cabeza entre las manos. Eineg ocupó el lugar de cargador.

Frente a su posición, el terreno estaba en llamas, lo que obscurecía en parte la vista, pero alcanzaron a ver naves de desembarco llegando a la orilla.

Ésta era la sección de la playa Gold que los Aliados habían llamado

sector Rey. Eran ahora alrededor de las 7.30 de la mañana; los desembarcos de la 50.ª División de Northumbria estaban teniendo lugar casi una hora después que los de Omaha. Éste era un retraso necesario, puesto que la marea habría de ser lo bastante alta para que las lanchas de asalto superasen el arrecife de Calvados, que estaba frente a la orilla. Aquí, en el sector Rey, el 6.º Green Howard y el 5.º de Yorkshire Oriental llegaron a la orilla junto a los DD y VBRI — Vehículo Blindado, Reales Ingenieros —, además de los tanques antiminas y excavadoras. La infantería, tanques e ingenieros de asalto estaban también llegando más o menos a donde se suponía que tenía que llegar, y todos estaban lo bastante cerca unos de otros como para operar, en la playa y una vez superada ésta, de manera conjunta, algo que Martin Eineg y sus compañeros del WN33 estaban a punto de descubrir.

En primer lugar, no obstante, los atacantes tenían que salir de la playa y, para empezar, los recibió un intenso fuego enemigo. Desde el WN33, los 88 mm abrieron fuego y las trazadoras relampaguearon sobre la orilla. Un proyectil impactó en la rampa de una lancha de desembarco, que se fue hundiendo por la proa. La MG de Eineg empezó a disparar y vio cómo abatía a unos seis hombres en el momento en que las tropas intentaban salir de una lancha de desembarco. Otra lancha de desembarco recibió el impacto directo de un 88 mm. Empezó a arder por la popa, pero mantuvo su avance, entre llamas cada vez más altas para, finalmente, embarrancar en la orilla.

El bombardeo naval se reanudó y poco después los 88 mm alemanes dejaron de disparar. Eineg oyó gritos en la casamata: algunos hombres pedían desesperadamente equipo de extinción de incendios. En su propio búnker, Eineg y su ametrallador de mediana edad siguieron disparando. «Nuestra MG estaba recalentándose mucho», dijo Eineg. «El cañón estaba tan caliente que brillaba y era muy difícil levantar el mecanismo para insertar cintas de munición nuevas[194]». Los tanques Churchill habían llegado a la

orilla y, aunque algunos habían sido alcanzados e inutilizados, otros estaban ahora disparando al WN33. Cegados por el humo y el polvo, Eineg y su ametrallador dejaron de disparar y Eineg corrió al fondo de la casamata en busca de más munición. Pero en el pasillo un oficial lo detuvo a punta de pistola. Ordenó a Eineg que volviera a su puesto y gritó a unos médicos que le llevaran hasta allí las cajas de munición necesarias. Pronto las tuvieron allí y empezaron a disparar de nuevo, deteniendo a una columna de infantería que había estado moviéndose hacia ellos con gran sigilo. Estaba claro, de todas maneras, que su

posición pronto sería arrollada. Un tanque Sherman avanzó hacia ellos, con la infantería agachada tras él. Uno de los 88, de vuelta en funcionamiento, abrió fuego, alcanzó al tanque en la parte delantera e hizo saltar alguna esquirla del blindado, pero éste continuó su avance. En el búnker, la MG estaba recalentándose otra vez y a Eineg le costaba cada vez más cargarla, en parte por el calor y en parte porque le temblaban las manos y tenía los ojos llenos de polvo y humo.

«Vamos, rápido, muchacho», le urgió su camarada, «porque esos soldados nos matarán seguro después de lo que hemos hecho. No tiene sentido rendirse, ¿lo entiendes? »[195] . Eineg se estremeció — no se le había ocurrido verlo así —, pero ahora el Sherman disparaba de nuevo y a su vez recibía los disparos de uno de los 88 mm.

Uno de estos proyectiles hizo saltar las cadenas del tanque, haciéndolo girar hacia un lado, y un segundo cañonazo lo alcanzó en un costado, cerca del motor. Estalló en llamas. Se abrieron las escotillas y dos hombres salieron del interior, sólo para ser abatidos inmediatamente por el ametrallador de Eineg. Eineg los vio caer de nuevo dentro del tanque, hacia las llamas. Otro impacto alcanzó la torreta y el comandante del tanque se quedó allí, inmóvil, y el fuego lo devoró enseguida. «Ahora iba entendiendo», dijo Eineg, «lo que el ametrallador quería decir con que estos ingleses nos matarían seguro[196] ». Apareció un Churchill y, tras avanzar hasta situarse a pocos metros del 88

mm, le disparó a bocajarro, destruyendo tanto el cañón como el interior de la casamata.

Cegado brevemente por el humo y el polvo, Eineg oyó que el Churchill disparaba una y otra vez. Intentó frenéticamente cambiar la cinta de munición, pero entonces se encontró cara a cara con un *tommy*[197] que, cubierto de polvo gris de hormigón, cargaba hacia ellos. El soldado les arrojó una granada, que rebotó contra la pared y explotó en el pasillo. Eineg se agachó, evitando por una fracción de segundo la ráfaga del subfusil Sten del *tommy*. El ametrallador, sin embargo, no fue tan rápido. Eineg vio cómo las balas le agujereaban el pecho, luego salían por la espalda y rebotaban por toda la pared de hormigón. Varias alcanzaron al propio Eineg, pero habían perdido su impulso y, milagrosamente, salió ileso. De súbito, el *tommy* pisó una mina y trozos de su cuerpo y su uniforme volaron a través de la raja del visor del búnker. Eineg salió corriendo hacia el pasillo. Reinaba el caos, pero, a pesar de ello, el mismo oficial que le había impedido el paso antes le indicó que lo siguiera de vuelta al puesto de la MG. Cuando el oficial

entró en el búnker, primero una ráfaga de Sten y luego otra explosión sacudieron la sala. «Miré a la sala de la MG y la escena era terrible», dijo Eineg. «El oficial y mi ametrallador estaban ardiendo, con sus miembros calcinados, y la sala entera estaba repleta de pólvora en llamas que recubría las paredes y goteaba desde el techo. La escena me revolvió el estómago [198] ».

Eineg echó a correr hacia la parte trasera mientras un enjambre de cazas aliados volaba por encima del búnker. Se encontró con varios cocineros y administrativos también en retirada y que se volvían de vez en cuando para disparar sin demasiada convicción. Cuando miró hacia atrás, vio cómo el techo se hundía. Uno de los otros hombres dijo «Deberíamos rendirnos» y, acto seguido, arrojó al suelo su rifle y levantó las manos, sólo para que le dispararan en la cabeza y Eineg viera como su cráneo reventaba hecho trizas. Los *tommies* cargaban ahora hacia ellos. Uno atravesó el vientre de un soldado alemán con su bayoneta. Eineg dio media vuelta y corrió para salvar la vida por un camino excavado que llevaba hasta su acantonamiento, donde al fin encontró a otros camaradas, equipados con MG42 y armas antitanque Panzerfaust. Un oficial les ordenó que entraran en la granja reforzada. Allí, les dijo, resistirían.

A poco más de un kilómetro y medio de allí, el 6.º Green Howard también había estado cargando contra las posiciones defensivas alemanas. Habían ido directamente por el camino hacia Vers-sur-mer y casi habían superado las posiciones adelantadas de la fortificación defensiva de Mont Fleury cuando el sargento mayor de compañía, Stan Hollis, al ver que una de las casamatas seguía todavía activa y amenazaba a las tropas que venían desde la playa, cargó por un sendero, disparando su subfusil Sten. De algún modo, consiguió evitar el fuego de ametralladora enemigo, saltó sobre el techo del primer búnker, lanzó una granada por la ranura de visión y luego remató a los que había dentro con su Sten. Con uno de los búnkeres inutilizado, saltó a la trinchera de conexión, cambiando el cargador mientras corría, y estaba a punto de atacar el siguiente búnker cuando los alemanes salieron de él con las manos arriba. Poco después, todo el bastión de Mont Fleury, una posición defensiva fortificada grande e importante, que dominaba buena parte de la playa Gold, fue tomado y puesto fuera de combate definitivamente.

Mientras tanto, unos tres kilómetros al oeste, en el sector Jig, donde estaba previsto que desembarcaran los Rangers de Sherwood, la mayoría de las tropas había tocado tierra demasiado al este. El 1.º de Hampshire lo había pasado especialmente mal. Varias de sus lanchas de desembarco habían chocado con los arrecifes frente a la costa y,

creyendo que habían llegado, habían bajado las rampas, de modo que los primeros hombres salieron en aguas profundas. Con el lastre de sus mochilas y equipo, la mayoría se ahogó. Cuando el resto llegó finalmente a la orilla, se habían desviado un

poco del punto convenido. Mientras tanto, los equipos de los Reales Ingenieros si habían desembarcado más o menos donde debían y habían empezado a abrirse camino entre obstáculos, alambradas y minas. Para alcanzar estas rutas, los Hampshire tuvieron que avanzar en paralelo al mar hacia el oeste, siguiendo la playa, a lo largo precisamente de la zona a la que apuntaban la mayoría de los cañones fijos de la fortificación de Le Hamel. Varios Typhoon con bombas de cuatrocientos cincuenta kilos habían atacado la posición poco antes de los desembarcos, pero no habían podido inutilizarla. «Llegad a la playa y luego salid de la playa» era lo que se había inculcado a todos los hombres, así que a pesar de la falta de tanques y de coordinación con los ingenieros, habían avanzado tierra adentro antes de volver hacia Le Hamel desde atrás.

Habían sufrido un número considerable de bajas.

Entre los tanques DD que se suponía que tenían que apoyarlos estaban los Sherman de los Rangers de Sherwood. El Escuadrón A del comandante Stanley Christopherson formaba parte de la reserva, así que no estaba navegando hacia la playa: ese dudoso privilegio se les había concedido a los escuadrones B y C. A la Hora H, 7.30 de la mañana, Christopherson, que estaba todavía en el mar en su LDT, encendió la radio de su tanque para ver cómo les iba a los otros dos escuadrones. Como es lógico, la recepción era mala y había interferencias constantes de otras radios, pero logró escuchar de vez en cuando algunas voces familiares, entre ellas la de su mejor amigo en el regimiento, Stephen Mitchell, que estaba al mando del Escuadrón C. «Desde luego, parecía muy enfadado», apuntó Christopherson, con su típica delicadeza, «pero me alegré de oír su voz, pues quería decir que, al menos por el momento, seguía vivo [199] ».

Lo estaba, pero de hecho también ellos se estaban desviando de su rumbo e iban muy retrasados. De hecho, cinco tanques DD del Escuadrón C y tres del B se hundieron, pero el resto — treinta blindados — consiguió llegar a la costa gracias al sentido común de la Marina, que los llevó a sólo quinientos cincuenta metros de la orilla, en lugar de dejarlos a 6400 metros, como se recogía en el plan original; sólo el 741.º

Batallón de Tanques había sufrido el error de que lo dejaran a la distancia prevista de la playa. Los primeros tanques de los Rangers de Sherwood llegaron a la orilla justo después de las 8 de la mañana y también demasiado al este, lo que los obligó a remontar la playa bajo el campo de tiro de una casamata con un cañón de 77 mm, en el extremo occidental de la playa, que formaba parte de la posición fortificada de Le Hamel. A los pocos instantes de llegar a la playa, el Sherman del teniente Monty Horley, del Escuadrón B, recibió un impacto. Tres tripulantes consiguieron salir del vehículo, pero dos de ellos, Horley incluido, murieron al instante. Horley llevaba en el regimiento desde el norte de África.

A lo largo de toda la playa estaban teniendo lugar durísimos combates y las lanchas de desembarco estaban teniendo problemas con los numerosos obstáculos.

Al este, en la playa Juno, el primer destructor de la Fuerza J había abierto fuego a las 6.19 de la mañana, apuntando a las posiciones de artillería enemigas en tierra, pero el *Algonquin* no se unió al bombardeo hasta las 7 de la mañana, cuando empezó a bombardear dos posiciones defensivas en Saint-Aubin y Saint-Bernières, el WN27 y el WN28, ambos provistos de cañones antitanque de 50 mm, así como de ametralladoras y morteros; éstos eran los *Widerstandsnester que* Bob Roberts, Charlie Martin y sus respectivos regimientos habían recibido órdenes de capturar. Sus lanchas de desembarco iban rumbo a Juno, pero ligeramente retrasadas, y el enemigo no les había planteado mayor inconveniente; el contraste con Omaha no podría haber sido mayor, puesto que los cañones alemanes tierra adentro estaban disparando a la Fuerza J —

tampoco es que Yogi Jenson se diera cuenta — y los cañones en las playas estaban apuntando a la playa en sí, y no al mar. Varios Sherman DD iban también camino de la playa, al igual que los VBRI* del 80.º Escuadrón de Asalto. Los VBRI [200] formaban parte de la 79.ª División británica, comandada por el general de división Percy Hobart, quien, a pesar de ser un pionero de la guerra de blindados británica y un excelente formador de soldados, se había retirado antes de la guerra y en 1940 servía como soldado en la Guardia del Interior. Había sido rápidamente reincorporado al servicio activo y primero había reclutado y entrenado a la 11.º División Acorazada y luego a la 79.ª, con instrucciones específicas de expandir los blindados especializados de asalto. Los tanques DD habían sido desarrollados bajo su tutela, así como cierto número de otros

«Raritos de Hobart», que es como se acabó llamando a varios modelos

de tanques que, en su mayoría, estaban basados en el tanque Churchill, el cual no sólo tenía el blindaje más grueso de todos los tanques del arsenal aliado, sino que también era el que podía ascender las pendientes más pronunciadas. Los VBRI estaban diseñados para ayudar a la infantería a alcanzar la orilla abriendo caminos entre las defensas de la playa. Entre estos VBRI había transportes de rampa, puentes móviles, transportes antiminas, Churchill con un mortero especial de 290 mm para destruir búnkeres, así como tanques

«Cangrejo» o antiminas: se trataba de Sherman provistos de un aparato que hacía rotar unas cadenas frente a él, que golpeaban el suelo y hacían estallar las minas que hubiera ocultas. Luego estaba el «Cocodrilo»: un tanque Churchill que, además de su cañón principal, estaba equipado con un lanzallamas y que tiraba de un remolque lleno de combustible. Utilizando nitrógeno comprimido como impulsor, podía lanzar una llamarada letal a una distancia de hasta 135 metros.

Las tropas canadienses desembarcaron a las 7.45 de la mañana. Tan pronto como se bajó la rampa, el sargento Charlie Martin de los Rifles de la Reina gritó: «¡Moveos!

¡Rápido! ¡No os paréis por nada! ¡Vamos, vamos, vamos!» **[201]**. Echaron a correr por la playa, escalaron el malecón y cruzaron la vía del tren. Las balas silbaban y rebotaban por todas partes. Alcanzaron a varios hombres. Sólo en la LDA de Martin hubo cuatro muertos y un herido. Uno de los comandantes de la sección fue alcanzado dos veces; los suboficiales de la sección 9 también resultaron heridos; otros de la compañía, hombres que Martin conocía desde que había entrado en el regimiento, murieron también en el asalto. Sin embargo, la disciplina y el entrenamiento les hicieron seguir adelante.

Estaban en buena forma física y al menos el treinta por ciento de los hombres de la sección eran tiradores de primera clase. Enseguida neutralizaron una ametralladora MG, lo que alivió un poco la presión del enemigo sobre ellos, y luego alcanzaron el alambre de espino. Con los morteros estallando peligrosamente cerca y las balas enemigas silbando a muy poca distancia, abrieron deprisa un camino con sus cortaalambres y siguieron su avance. Se toparon entonces con un campo de minas, pero no tenían más opción que continuar. Martin fue primero, pero no había dado ni diez pasos cuando pisó una mina Schu — una mina antipersona que, en cuanto se dejaba de ejercer presión sobre ella, estallaba hasta la altura de la rodilla, esparciendo metralla y perdigones en un radio bastante amplio —. La clave era no dejar de pisarla. Con gestos, instó a sus hombres a continuar avanzando y estaba inclinándose hacia el frente para tumbarse en el suelo cuando

una bala rozó con fuerza su casco, poniéndolo a dar vueltas y provocando que se le cayera de la cabeza. Pegó un salto para echarse cuerpo a tierra, y la mina explotó, por fortuna, por encima de su cabeza. Así, después de haber rozado la muerte en dos ocasiones en apenas unos instantes, siguió a sus hombres sin perder el tiempo en buscar el casco.

Mientras los Rifles de la Reina se habían estado aproximando a Nan Blanco, a su izquierda había estado el Regimiento de la Orilla Norte de Nuevo Brunswick, que debía desembarcar en Nan Rojo, frente a la población de Saint-Aubin. Uno de los que se dirigían a la costa era Eldon «Bob» Roberts, de veintiún años, el ametrallador Bren de su pelotón. A diferencia de la MG42, que se alimentaba con una cinta, la ametralladora Bren de Roberts dependía de cargadores, y tenía un ritmo de disparo de quinientas balas por minuto, una velocidad que se había demostrado muy efectiva durante la Primera Guerra Mundial. Aunque una Bren no podía producir la densidad de fuego inicial que brindaba una ametralladora ligera alemana, era considerablemente más precisa que la MG42, mucho más fácil de transportar y maniobrar y tenía un cañón más grueso, capaz de disparar 250 000 balas antes de que fuera necesario reemplazarlo.

Gracias en parte a su menor cadencia de tiro y a la necesidad de cambiar de cargador cada veintiocho balas, no sufría los problemas de sobrecalentamiento del modelo

alemán. «Era una gran ametralladora», dijo Roberts. «Fiable, precisa y fácil de manejar [202] ».

Roberts era un tipo muy tranquilo. Era uno de entre nada menos que quince hermanos y había sido criado en una granja en Nuevo Brunswick, en el borde oriental de Canadá. La ciudad más cercana digna de ese nombre estaba a cincuenta kilómetros.

«Estábamos en pleno campo», dijo. «Todo muy rural. Teníamos vacas, ovejas, cerdos…

Todo se hacía con la fuerza de los caballos en aquellos tiempos. De los caballos y de los hombres [203] ». La diminuta escuela local para los hijos de los granjeros de los alrededores estaba a unos tres kilómetros de distancia. En verano iban a clase caminando y en invierno, esquiando. Eran prácticamente autosuficientes y se esperaba que los niños contribuyeran con su trabajo lo antes posible. «Cuando tenía ocho años», dijo Roberts, «ya estaba tirando de un lado de la vieja sierra, talando árboles con mi padre». Sus padres eran estrictos, pero

también cariñosos y devotos cristianos, así que Roberts creció respetando la autoridad y la disciplina, pero también con la capacidad para pensar de forma independiente e improvisar. Su educación, de hecho, lo preparó muy bien para la vida en el ejército.

Se había alistado en mayo de 1942, y había llegado a Inglaterra a principios de enero de 1943. Desde entonces, él y sus compañeros habían entrenado sin cesar: dieciocho meses preparándose para este momento. Sentía que estaba listo para lo que le aguardaba y no estaba particularmente asustado. «Porque no sabías con lo que te ibas a enfrentar», dijo. «Te habías entrenado tanto, que todo salía de forma natural [204] ».

En su búnker en Courseulles, el *Oberleutnant* Tauber miró el largo trecho de playa, entonces en marea baja, y los cinturones de obstáculos defensivos que se recortaban espectralmente contra el gris amanecer. Se volvió a sus hombres y estaba recordándoles sus tareas cuando una sucesión tremenda de explosiones estalló a su alrededor.

«Cuando empezaron las explosiones», dijo, «me di cuenta de que eran de un calibre enorme, mucho mayor que ningún proyectil de artillería que hubiera oído antes [205] ». Se trataba de la Fuerza Especial Oriental, que había abierto fuego, momento que a cualquiera que lo estuviera viendo desde la orilla le habría parecido un único relámpago de llamas anaranjadas. El suelo tembló y las ondas expansivas martillearon los oídos de los alemanes a pesar de que se echaron cuerpo a tierra y se cubrieron la cabeza con las manos. Uno de los soldados más jóvenes empezó a llorar incontrolablemente. Otro intentó echar a correr, pero el cabo de Tauber lo atrapó antes de que pudiera escapar. «Por grande que fuera la presión», dijo Tauber, «no podíamos tolerar que los hombres se comportaran de ese modo [206] ». Mirando a través del periscopio, lo único que alcanzó a ver fue humo, polvo y escombros volando por los aires.

En Saint-Aubin, la lancha de Bob Roberts fue la primera en tocar tierra y él fue el segundo hombre en desembarcar cuando la rampa se abrió sobre arena, en lugar de sobre el mar. Eran alrededor de las 7.50 de la mañana. En esos primeros momentos no se produjo absolutamente ningún disparo. «No había nada», dijo Roberts. «El lugar estaba completamente vacío porque todos habían agachado la cabeza [207] ». Estaba siguiendo al cabo Cleeve Campbell y a muchos otros de su sección. Rodearon el búnker del cañón de 50 mm y avanzaron por una carretera que se alejaba de la costa, mientras se preguntaban dónde se habrían metido todos los alemanes. Campbell les ordenó entonces que, en grupos de dos, empezasen a registrar las casas. Roberts iba con el

soldado Lecroix. Echaron abajo la puerta de una casa de una patada y encontraron dentro a un civil francés aterrorizado. Lecroix, que hablaba francés, les dijo que habían venido a registrar su casa. El hombre les mostró una habitación que tenía una trampilla que, según les dijo, conducía a la costa y a un búnker donde los alemanes tenían una ametralladora. Roberts salió corriendo a buscar a Campbell y a pedir permiso para investigar, que el cabo le concedió. También entregó a Lecroix un lanzallamas.

Tras volver a la casa, entraron por la escotilla y bajaron por una escalera. Estaba oscuro, y Roberts se preguntó si saldrían vivos de allí. Avanzando a tientas por el estrecho túnel, divisaron a lo lejos un haz de luz y otros túneles que se unían al suyo. Al fondo oyeron el característico sonido de una ametralladora: por grande que hubiera sido el pasmo de los alemanes, claramente ya se habían recuperado. No obstante, ahora el propio martilleo de los disparos de la ametralladora enmascaró el ruido que hicieron Roberts y Lecroix al acercarse. «Sólo vi a dos hombres allí», recordó Roberts. «Era una plataforma semicircular con una pared de cuatro pies y una ametralladora encima [208] ».

Dio un paso adelante y abrió fuego con su ametralladora Bren, apuntándoles a las piernas; al mismo tiempo, Lecroix disparó su lanzallamas. Se retiraron entre las sombras cuando más alemanes acudieron en ayuda de los hombres que habían abatido.

«Creyeron que el ataque había venido del mar, así que se pusieron a intentar apagar las llamas en las que estaban envueltos los dos hombres [209] ».

Roberts y Lecroix volvieron a salir y abrieron fuego otra vez con la ametralladora y el lanzallamas. «Vamos», Roberts le dijo a Lecroix, «larguémonos de aquí. Y si oyes o ves algo por el camino, no será uno de los nuestros, así que lo fríes con el lanzallamas [210] ». Pero lograron salir sin encontrar a ningún otro enemigo. Al neutralizar ese nido de ametralladora, Roberts y Lecroix salvaron las vidas de muchos de sus compañeros.

A poca distancia, siguiendo la costa por Courseulles, el *Oberleutnant* Cornelius Tauber miraba por el periscopio de su búnker camuflado, intentando con desesperación entender lo que estaba pasando. Había ordenado arrancar uno de los Goliat y colocarlo en el túnel que iba a la playa; el ruido del aparato quedaba tan empequeñecido por lo que estaba pasando fuera que todos se echaron a reír un tanto histéricamente. Entonces, Tauber vio que unos tanques Sherman se

movían en la playa — exactamente el objetivo para el que los Goliat habían sido diseñados —, así que ordenó a sus hombres que lanzaran el primero. A través del periscopio vio cómo se dirigía hacia el primer Sherman. El cercano cañón de 50 mm también estaba disparando, y uno de sus proyectiles rebotó contra la torreta del tanque. Desde el mar, los cañones de la flota continuaban su castigo y los proyectiles pasaban sobre las cabezas de los defensores.

Uno estalló en las rocas frente al búnker y la onda expansiva empujó a Tauber al suelo.

Al ponerse de nuevo en pie vio que el Goliat estaba quieto y había perdido una de sus cadenas. Ahora era totalmente inútil. Enviaron un segundo Goliat, pero se detuvo a una quincena de metros del tanque más cercano. Tauber ordenó que lo detonaran — ¿qué otra cosa podía hacer? —, pero no pareció que el estallido causara muchos daños.

Instantes después, varios soldados canadienses pasaron frente al visor del búnker sin verlos. Por desgracia para Tauber, uno de sus hombres disparó su rifle y acertó a uno de los canadienses, que empezó a retorcerse en la arena mientras sus compañeros se ponían a cubierto. Entonces, antes de que Tauber y sus hombres tuvieran ocasión de responder, uno de los canadienses se lanzó hacia ellos y al poco tiempo una llamarada estaba entraba por la abertura del visor. Dos de los defensores fueron alcanzados de lleno y sus uniformes se incendiaron. Se arrojaron rápidamente al suelo y empezaron a dar vueltas y a agitarse y a chocar con los demás. «Gritaban mientras se retorcían», recordó Tauber. «Todavía tengo esos gritos clavados en la cabeza [211] ». Otra llamarada entró por el visor e incendió un Goliat. Los que podían, echaron a correr hacia el túnel de salida dejando atrás a los dos hombres ardiendo. Tauber y sus hombres corrieron como liebres por el túnel hacia el búnker principal y, para cuando Tauber entró, pistola en mano, encontró a un canadiense con su rifle y la bayoneta calada. Tauber se quedó consternado al ver que las tropas enemigas ya estaban allí. El canadiense dio un grito y golpeó a Tauber en el rostro con la culata de su rifle. Conmocionado, dolorido y completamente atónito por la idea de que alguien estuviera intentando matarlo, Tauber disparó dos veces y le llegaron salpicaduras de la sangre del soldado enemigo. Todavía grogui, miró hacia arriba y vio un gran número de estelas de aviones en el cielo. Se dio cuenta entonces de que el canadiense había muerto. Mareado y confundido, rodó hasta una trinchera y cayó entre dos cuerpos, un alemán y un canadiense que, al parecer, se

habían matado el uno al otro. Se arrastró sobre ellos e intentó escapar,

con la pistola todavía en la mano y con la sangre del corte nublándole la vista.

Al doblar una esquina de la trinchera, vio a otros tres soldados retirándose y los siguió hasta el final de la trinchera. Entonces echaron a correr al descubierto, alejándose de la posición defensiva y en dirección a la siguiente, que estaba más hacia el interior.

Mientras huían, un proyectil de mortero estalló cerca y arrancó el brazo y la mitad de la cabeza a uno de los hombres. Tauber recogió el subfusil MP40 del muerto y siguió corriendo hacia la siguiente posición defensiva, construida alrededor de una torreta de tanque Tobruk. Sus alrededores, sin embargo, estaban minados, y otro de los hombres pisó una de las minas. Se produjo una pequeña explosión y el soldado cayó hacia adelante, entre balbuceos. «Vi que no tenía piernas por debajo de las rodillas y que se le habían incendiado los pantalones», dijo Tauber. «Entre el humo le asomaban las espinillas [212] ». Todo el cuerpo del hombre fue presa de tremendas convulsiones y ese movimiento hizo estallar una segunda mina, que le voló la mayor parte del pecho.

Tauber siguió adelante, apenas deteniéndose ante aquel dantesco espectáculo, y casi fue abatido él mismo por el fuego amigo de una de sus ametralladoras. El tercer soldado que iba con él recibió varios impactos de bala, pero Tauber lo agarró y consiguió llevarlo unos metros más allá, hasta la seguridad temporal de la siguiente posición defensiva. De sus hombres en el búnker del Goliat ya no quedaba ni rastro.

Eran ahora casi las ocho y media. En la playa Gold, los LDT que transportaban el Cuartel General Táctico (TAC) de la 8.ª Brigada Acorazada desembarcaron también un semioruga del Real Cuerpo Médico del Ejército (RCME), así como al general de brigada, al mayor de brigada y a los Sherman de la Tropa de Protecciones, junto con varios camiones de comunicación y dos secciones del 12.º/60.º del Real Cuerpo de Rifleros del Rey — el batallón motorizado de la brigada —, con sus *jeeps* y sus transportes.

También en este mismo grupo de LDT viajaron los cuatro capellanes de la brigada, incluido el padre Leslie Skinner. Hijo de un peluquero de York, Skinner tenía treinta y cuatro años y, aunque había trabajado en la peluquería con su padre, había ejercido en paralelo como predicador metodista laico antes de decidirse a entrar en la Iglesia.

Destinado al norte de la India en 1937, regresó un año después tras

contraer malaria y otoesclerosis, que le dejó con una deficiencia auditiva permanente. Cuando se declaró la guerra, se alistó en el Real Servicio de Capellanes del Ejército, fue ordenado finalmente en 1941 y sirvió en Persia, Iraq y Egipto antes de regresar a Inglaterra a finales de 1942.

Ahora era el sénior de los cuatro capellanes de la brigada y el capellán de los Rangers de Sherwood, donde se había convertido en buen amigo de todos, se le tenía por

magnífico compañero y se lo valoraba como guía espiritual para los jóvenes que se enfrentaban a la batalla.

«En pie a las 5.00, día frío y húmedo, mar agitado [213] », escribió en su diario. «Alerta a las 08.00. Ahora va en serio [214] ». Hacia las 8.10 de la mañana corrían hacia la playa bajo fuego enemigo. El mayor de la brigada, Lawrence Biddle, pidió voluntarios para desenrollar la estera de coco desde la proa del LDT y Skinner y otros tres se ofrecieron de inmediato. Embarrancaron en la orilla a las 8.25, activando una mina al tocar tierra.

Los hombres a ambos lados de Skinner resultaron heridos (uno de ellos perdió una pierna) y el padre voló por los aires y aterrizó sobre un transporte Bren, pero con todos los miembros intactos. La explosión atascó el portón de desembarco. Mientras otros intentaban con desesperación abrirlo, Skinner atendió a los heridos y les dio morfina. Al final, el portón cedió y pudieron desenrollar la estera de coco sobre un mar con un calado de ciento ochenta centímetros de profundidad y que seguía muy agitado. El fuego de artillería era intenso y el ruido, ensordecedor. Skinner contempló cómo los transportes y *jeeps* salían de la lancha y luego fue arrojado al agua él mismo. Vadeó hasta la playa, aunque en el costado sentía un dolor de mil demonios, consecuencia de la explosión de la mina. «Caos en la orilla. Los alemanes dispararon todo lo que tenían»

escribió en su diario [215] . «Carretera minada: agujero enorme. Las excavadoras no pudieron llegar por las minas. Una lo intentó, la voló una mina». Más abajo en la misma playa, dos VBRI ardían con enormes llamas. Lanchas de desembarco destrozadas salpicaban la costa. Un humo espeso lo cubría todo.

Stanley Christopherson y el resto del Escuadrón A, por su parte, llegaron a la costa alrededor de las 9 de la mañana. Ahora, con la marea mucho más alta, los obstáculos de la playa planteaban incluso mayores dificultades y las LDT tuvieron que pilotar todavía con más

cuidado, tarea que el viento y las olas no hacían nada fácil. La LDT de Christopherson embistió una de las estacas, pero, por fortuna, no estaba minada. El timonel hubo de maniobrar para liberar el barco: puso la LDT marcha atrás y dio un giro completo, de modo que cuando por fin se liberaron, la proa de la lancha apuntaba a Inglaterra. Christopherson sintió un «subrepticio deseo[216]» de seguir a toda máquina en esa dirección. Al final, un poco más tarde de lo previsto, se bajaron las rampas y tras zambullirse en el mar, consiguieron alcanzar la orilla. La playa ya estaba más tranquila, en buena parte porque el 77 mm que tanta guerra había dado había sido destruido por un cañón de veinticinco libras de los Voluntarios de Essex.

Los británicos también habían desembarcado en la playa Sword, en el límite oriental del frente principal de invasión. Los arrecifes frente a la orilla y las limitaciones a la

hora de navegar suponían que no hubiera ni espacio ni capacidad para desembarcar dos divisiones completas en esa franja, aunque la 3.ª División se había visto substancialmente reforzada para el asalto con la incorporación de los comandos de la 1.ª

Brigada del Servicio Especial, así como el comando Royal Marine n.º 41 y la 5.ª Batería Acorazada Independiente de Apoyo de los marines. La división no iba corta de ingenieros y artillería. De hecho, la 3.ª División estaba muy cerca de contar con el número de combatiente propio de dos divisiones.

Sin embargo, los dos componentes — infantería y comandos — tenían papeles muy distintos. Los comandos tenían que capturar el puerto costero de Ouistreham y luego apresurarse a respaldar las fuerzas aerotransportadas que, si todo había ido bien, todavía estarían defendiendo los puentes Pegaso y Horsa. Después de esto, las órdenes eran reforzar el crucial flanco izquierdo, el lado oriental del desembarco. La infantería, mientras tanto, tenía que abrirse paso a través de las primeras líneas de defensa en la costa y, si todo iba bien, avanzar luego sin oposición hasta Caen, dieciséis kilómetros al sur. Era mucho pedir, pero había precedentes para pensar que era posible. Once meses antes, en Sicilia, el XIII Cuerpo había desembarcado a dieciséis kilómetros de Siracusa y la había tomado ese mismo día, a pesar de tener que capturar varias baterías, posiciones defensivas y puentes vitales antes de lograr su objetivo. Al mando de ese XIII Cuerpo había estado el teniente general Miles Dempsey. Ahora, Dempsey dirigía el Segundo Ejército británico.

Las primeras tropas en desembarcar en Sword fueron Sherman DD, más o menos a las 7.20 de la mañana. La infantería los siguió cinco minutos después y varios VBRI llegaron poco más tarde. A pesar del martilleo que las defensas alemanas habían recibido en vísperas del Día D y esa misma mañana, seguían operativas y cuando los

«Raritos» llegaron a la playa, se encontraron con una pantalla de fuego de cañones, morteros y armas ligeras. En el sector Reina Rojo de la playa, donde el 2.º Regimiento de Yorkshire Oriental había desembarcado, más de doscientos hombres habían muerto o sido heridos en cuestión de minutos e, igual que en Omaha, la infantería quedó rápidamente inmovilizada en el rompeolas. Sin embargo, y a pesar de que la playa Sword parecía sumida en el caos, se estaban haciendo progresos. El principal desafío para la infantería invasora era superar las posiciones defensivas WN18 y WN20, a las que los británicos habían puesto el nombre clave de Cod. Se contaban entre las fortificaciones mejor desarrolladas y coordinadas de toda la costa.

Igual de formidable, huelga decir, era la siguiente línea de defensas, las posiciones defensivas del *Oberst* Ludwig Krug, que estaban más o menos a un kilómetro y medio de la costa. Los británicos las habían bautizado con los nombres en clave de Morris y Hillman y eran el objetivo del 1.º de Suffolk, el tercer batallón de la 8.ª Brigada, que

desembarcaría alrededor de las 8.30. Por muy infernal que pudiese parecer la situación en la playa, el cabo Arthur Blizzard, de la Sección de Pioneros, sentía cierta confianza cuando su lancha de desembarco se acercaba a la orilla. Igual que los demás integrantes de su sección, estaba cargado de equipo, incluido un lanzallamas, un subfusil Sten y, atadas a la espalda, lo que entonces se conocían como «colmenas», unas cargas explosivas que podían abrir boquetes en paredes y pesaban veintisiete kilos. También llevaba un torpedo Bangalore (un largo tubo lleno de clavos, metralla y una carga explosiva). Estos tubos se podían meter en alambradas tupidas para despejar un camino del tamaño de una habitación pequeña. Era mucho bagaje, pero Blizzard se sentía en forma y fuerte como dos hombres. En conjunto, era optimista y se había animado al ver la flota de invasión. «Era fantástico mirar y ver todo lo que te rodeaba», dijo. «Cientos de barcos de todos los tamaños. Era algo maravilloso [217] ».

Cuando se bajó la rampa, Blizzard saltó al sector Reina de la playa alrededor de las 8.30 de la mañana. Ahora había menos humo, pero la playa continuaba barrida por fuego de ametralladora enemigo, así que se detuvo tras los restos de un Sherman para orientarse. El fuego enemigo procedía de una vieja casa en primera línea de costa que

estaba ante ellos. « *Jerry* estaba ametrallándonos desde allí», dijo Blizzard, «así que tuvimos de plantarnos donde estábamos y ametrallarlo a él. Eso es lo único que podías hacer, y luego tenías que correr como un loco, tan rápido como pudieras[218]». Mientras sucedía todo esto, silbaban sobre sus cabezas los proyectiles de la artillería naval y los Sherman y VBRI atacaban también las posiciones defensivas alemanas y, gracias a eso, así como al fuego de cobertura de la Bren, Blizzard y su pelotón pudieron salir de la playa sanos y salvos.

Los comandos empezaron finalmente a desembarcar alrededor de las 8.20 de la mañana. La 1.ª Brigada del Servicio Especial estaba formada por los comandos número 3, 4 y 6 y el comando 45 de los Marines Reales, cada uno de 464 hombres, y dirigida por el general de brigada lord Lovat, jefe del clan Fraser de Lovat, un pintoresco y audaz personaje que ya había ganado una Cruz de Servicio Distinguido (DSC, por sus siglas en inglés) por su papel en la incursión de Dieppe en 1942. Parece como si el asalto a la playa Sword atrajera a personajes excéntricos. Un comandante de compañía de la primera oleada se había pasado toda la carrera a la orilla recitando algunos de los mejores pasajes de *Enrique V* por un megáfono, y lord Lovat insistió en llevar su boina en lugar de un casco y fue inflexible en cuanto a que su propio gaitero personal debía tocar mientras desembarcaban. Todo ello contribuyó a aumentar el *esprit de corps*. Como las tropas aerotransportadas, los comandos — fueran en su versión del ejército o la marina — eran todos voluntarios, habían recibido un adiestramiento especial y se les había enseñado a demostrar iniciativa y a pensar sobre la marcha. Todos y cada uno de ellos estaban en una forma física espectacular. Se consideraban un peldaño por encima del resto y, colectivamente, lo estaban.

Entre los hombres de Lovat había dos tropas de comandos franceses, bajo el capitán Philippe Kieffer, un oficial naval de cuarenta y cuatro años que se había unido a la Francia Libre tras la caída de Francia en junio de 1940. En 1941, inspirado por el surgimiento de los comandos británicos, había pedido permiso a sus superiores en la Francia Libre para reclutar una unidad de Comandos Fusileros de la Marina, basada en los comandos de los Marines Reales. Se le concedió. Kieffer dirigió a sus hombres en la fracasada incursión en Dieppe y, desde entonces, había tomado parte en una serie de incursiones nocturnas en las costas francesa y holandesa. Comprensiblemente, Kieffer estaba desesperado por tomar parte en la invasión y por eso accedió a integrar a sus dos unidades — que contaban ahora con 177 hombres — en el Comando 4 y servir a las órdenes de su comandante, el teniente coronel Robert

Dawson, que hablaba francés con fluidez.

Los Bérets Verts —los Boinas Verdes — fueron las únicas tropas francesas que tomaron parte en los desembarcos. Entre ellas estaba el teniente Hubert Fauré, de veintinueve años, que regresaba a Francia con grandes expectativas. Fauré se había unido a la caballería francesa en 1930 y había combatido en la batalla por Francia, antes de ser capturado el día del armisticio ese junio. Había conseguido escapar de su campo de prisioneros y unirse a un embrionario grupo de la resistencia en la región de Périgueux, luego había cruzado a España, donde fue inmediatamente arrestado y metido en un campo de concentración fascista. Logró de nuevo fugarse y abrirse camino hasta Portugal, y en Lisboa subió a un vuelo con destino a Bristol. A finales de 1942, después de ser interrogado a fondo, se unió a los demás miembros de la Francia Libre.

Allí se enteró de que Kieffer buscaba hombres para sus comandos. Se presentó voluntario junto con otros cuarenta candidatos, y pasó cuatro semanas en el norte de Gales, sometido a un intenso adiestramiento físico y psicológico, para luego ser nombrado comandante de pelotón en la Tropa 1. Para la primavera de 1944 llevaban entrenando más de un año y los hombres ardían en deseos de entrar en acción. «El mayor desafío como jefe de pelotón era contener la impaciencia de los hombres», dijo Fauré. «La única manera de mantenerlos tranquilos era imponerles un entrenamiento cada vez más duro [219] ».

Por fin estaban regresando a Francia, y no para una incursión rápida e intrépida sino, según esperaban, para quedarse. Sus dos unidades viajaban en dos LDI, mucho más grandes que las LDA. Eran ya las 8.20, la marea estaba subiendo y, para las lanchas de desembarco, abrirse paso entre la multitud de obstáculos de Rommel en la playa era difícil y peligroso a partes iguales. Evitarlos por completo era prácticamente imposible

y la primera lancha chocó con una estaca y se quedó atascada algo lejos, mientras que la segunda sufrió daños en las hélices. A pesar de lo cual, y de los morteros que estallaban a su alrededor, ambas consiguieron embarrancar más o menos en su lugar asignado, en el extremo oriental de Reina Rojo. Pero, su desembarco, junto con el de las LDA del resto del Comando 4, provocó una granizada de disparos de mortero y ametralladora y, cuando la segunda lancha bajo sus rampas gemelas, los alcanzó un impacto directo.

Lanzaron enseguida redes por los costados de la lancha, mientras que en la primera LDI varios hombres fueron abatidos y heridos al bajar

por las rampas. Otros empezaron a saltar por la borda hacia el mar, Fauré entre ellos. Estaba completamente sumergido cuando un proyectil de mortero detonó muy cerca de él en el agua. «El golpe fue tan fuerte que pensé que me habían dado», dijo. «El impacto en mis pulmones me afectó muchísimo[220]». Boqueando e intentando respirar, consiguió llegar a la superficie y, pasando entre cadáveres de soldados que flotaban en el agua y hombres heridos, consiguió a duras penas ganar la orilla y echar a correr. Como a todos los demás, les habían dicho que siguieran moviéndose y no se detuvieran, ni siquiera a ayudar a sus compañeros. Dos de sus mejores amigos estaban heridos, pero, tras coger sus mapas, siguió adelante.

El fuego de mortero fue lo que más daño hizo a los franceses mientras se abrían paso por el alambre de espino y el campo de minas para llegar al área de reunión planificada en las dunas. De los 177 hombres en las dos tropas de Kieffer, sólo 114 consiguieron cruzar la playa, y aunque, por fortuna, la mayor parte de las bajas resultaron heridos y no muertos, el caso es que casi un tercio de sus soldados estaban fuera de combate.

Fuera de la playa, entre las dunas, había menos ruido y más calma, y las tropas francesas pudieron reunirse con el resto del Comando 4 antes de empezar su incursión sobre Ouistreham. Con diplomacia, el coronel Dawson accedió a que los franceses lideraran el ataque e incluso aceptó que Kieffer permaneciera al mando.

Alrededor de las 9 de la mañana del Día D, las fuerzas aliadas habían conseguido asegurar una incierta cabeza de playa a lo largo de todo el frente de invasión. Hasta ahora, la corteza defensiva de Rommel no se había demostrado lo bastante gruesa. Los obstáculos de las playas no habían sido dispuestos en la densidad suficiente para detener los desembarcos y, una a una, las posiciones defensivas alemanas estaban siendo destruidas. Rommel no estaba cerca del frente y sus comandantes sénior trataban frenéticamente de responder a los acontecimientos. Era todavía pronto, el día era joven, y quedaba mucha incertidumbre, muchas cosas seguían sin estar claras o estaban sumidas en el caos, pero la tarea de los defensores se volvía cada vez más ardua. Las siguientes horas serían clave.

Capítulo 13

Día D: El giro de la batalla

7.30 de la mañana. El teniente Dick Winters había conseguido encontrar a otros del 2.º

Batallón del 506.º Regimiento de Infantería Paracaidista, entre ellos al capitán Clarence Hester, el oficial S3 del batallón, y al capitán Lewis Nixon, el oficial S2 de inteligencia.

Ambos eran buenos amigos de Winters, así que le alegró ver que los dos habían aterrizado sanos y salvos. Estaban ahora agazapados en un complejo de edificios de una granja en un pequeño asentamiento llamado, de forma bastante inapropiada, Le Grand Chemin, a poco más de kilómetro y medio al norte del pueblo de Sainte-Marie-du-Mont y a 3,2 kilómetros al sureste de Sainte-Mère-Église. Había ahora alrededor de 200

hombres en Le Grand Chemin, incluyendo hasta ochenta de la compañía del cuartel general del batallón, e incluso más — unos noventa — de la Compañía D, seis de la F y sólo ocho, entre ellos Winters, de la Compañía Easy. Cerca de ellos, los cañones enemigos disparaban intermitentemente y las detonaciones de los disparos reverberaban en el suelo y se percibían con nitidez en los edificios de la granja.

Winters estaba buscando al teniente Meehan, pues no sabía que el comandante de la Compañía Easy había muerto, cuando Hester le informó de que una batería de cuatro cañones de 105 mm estaba castigando Utah. «Encárguese de ello», le dijo Hester. La razón de que se confiara esa tarea al reducido número de hombres de la Easy en lugar de al número mucho mayor de soldados de la Compañía Dog fue que, minutos antes de que llegara Winters, una patrulla de la Compañía D había sido tiroteada frente a Brécourt. Los supervivientes regresaron a Le Grand Chemin y atemorizaron a los demás hombres de la Compañía Dog; uno de cuyos tenientes temblaba incontrolablemente. Fue así como Winters, un comandante de sección en una compañía que hasta ese momento tenía sólo ocho paracaidistas, fue elegido para destruir esa posición enemiga. No se le dio ninguna información adicional ni se le asignaron más hombres, lo que también es sorprendente. Por lo común, hay que intentar atacar con una ventaja numérica de al menos tres a uno, lo que habría hecho que este ataque se adjudicara, como mínimo, a una compañía entera de más de ciento veinte hombres.

En lugar de ello, Winters reunió a sus siete hombres y a un par más, les dijo que lo dejaran todo excepto la munición, las granadas y sus armas, y juntos corrieron a través de algunos campos, ocultos por los densos setos. Winters se adelantó en solitario hasta un punto desde el que podía observar el campo en el que estaban situados los cañones.

El campo parecía tener una forma más o menos triangular, con los cuatro cañones en huecos cavados tras el seto más largo. Los alemanes también habían excavado

trincheras para conectar los cañones unos con otros. Un asalto directo era claramente imposible. En cambio, Winters decidió que irían por los cañones uno a uno. Tenían dos ametralladoras de calibre 30 en su demasiado exigua sección de asalto. Eran armas precisas, fiables como la que más y sus hombres sabían darles uso. Con ellas tendría fuego de cobertura. Luego dividió a sus hombres en dos grupos. Él lideraría a uno formado por otros tres hombres, mientras que el teniente Buck Compton estaría al mando del resto. Avanzando al campo siguiente, Compton, junto con los sargentos Guarnere y Malarkey, avanzaron por la otra parte del seto tras el cual disparaban los cañones hasta llegar casi junto al primer cañón.

Winters dirigió a su grupo por el otro lado, arrastrándose por el campo abierto hasta acercarse al borde del campo en el que estaba el primer cañón. Los alemanes en los cañones estaban parcialmente ocultos por las trincheras y concentrados en disparar. El ruido era ensordecedor. Así pues, no se percataron de que Winters y su equipo reptaban por la verde hierba de Normandía. Al llegar al seto, Winters hizo una pausa, posicionó una de las ametralladoras y luego siguió avanzando por el seto, mientras Compton y su equipo hacían lo propio por el otro lado. Winters vio entonces un casco alemán, disparó dos veces y la cabeza desapareció. Al cabo de un instante, el grupo de Compton lanzó unas granadas y, simultáneamente, Winters y su grupo cargaron contra la posición de artillería y entraron en la trinchera justo cuando la primera granada volaba la cabeza de uno de los alemanes que operaba el cañón. Ahora el enemigo empezó a reaccionar y uno de los hombres de Winters, «Popeye» Wynn fue herido en las posaderas. «Lo siento, teniente, la he pifiado», le dijo a Winters, «La he pifiado, lo siento[221]». En ese mismo instante, una granada de palo alemana voló hacia ellos y cayó entre las piernas del cabo Joe Toye, que estaba en el suelo con las piernas abiertas.

«¡Muévete, por Dios, muévete!»[222], gritó Winters, y Toye rodó a un lado. La granada explotó contra la culata de su rifle, pero no hirió a ninguno de ellos.

Rápidamente, se levantaron y asaltaron el cañón. Tres alemanes escaparon corriendo a campo abierto. Winters abatió a uno y Guarnere disparó con su subfusil Thompson y falló. Un segundo fue abatido y el tercero estaba girándose cuando Winters se echó a suelo y lo mató de un disparo en la cabeza. «Todo este enfrentamiento»,

declaró Winters, «debió tener lugar en sólo quince o veinte segundos [223] ».

Más adelante, dos alemanes intentaban desesperados desplegar una ametralladora, pero, al verlos, Winters les disparó, alcanzando a uno en la cadera y al segundo en el hombro. En ese momento envió a Wynn de vuelta al batallón para que le mirasen la herida en las nalgas y luego se preparó para asaltar el siguiente cañón. Por supuesto, los alemanes eran ahora perfectamente conscientes de lo que estaba pasando y lo más seguro es que estuvieran preparando un contraataque. A Compton se le cayó entonces

una granada con la que había estado jugueteando; todos estaban en el foso del cañón, pero, por puro milagro, aunque la granada explotó, ninguno de ellos resultó herido.

Mientras tanto, Malarkey corrió hacia uno de los alemanes muertos para quitarle lo que le pareció una pistola Luger. Resultó que no lo era, así que corrió de vuelta con los demás, mientras Winters le abroncó a gritos por haber hecho algo tan arriesgado y estúpido mientras el soldado corría de vuelta a la seguridad del foso del cañón con las balas alemanas silbando a su alrededor. Estas dos acciones absurdas les habrían podido costar muy caras.

Un alemán asustado corrió ahora hacia ellos con las manos sobre la cabeza — su primer prisionero — pero ahora tenían que inutilizar el primer cañón. Sólo el sargento Carwood Lipton tenía TNT, pero estaba en su zurrón, y lo había dejado donde habían empezado el ataque. Winters le ordenó ir a buscarlo y se prepararon para atacar el segundo cañón. Tras dejar a tres hombres con el primer cañón y para proveer cobertura, Winter lideró a los otros cuatro en una carga por la trinchera. Lanzaron granadas que alcanzaron el segundo cañón. La dotación artillera enemiga retrocedió y entonces hizo prisioneros a los dos hombres que había herido antes. Seis alemanes más salieron, con las manos en alto, gritando «¡No hacerme muerto!» [224] .

Con esto habían caído dos cañones. El capitán Hester llegó por la línea de setos con más TNT y un hombre más, el soldado John D. Halls, de la Compañía del CG. Había refuerzos de camino, le dijo Hester — el teniente Ronald Speirs pronto llegaría con algunos hombres de la Compañía D — pero antes de que llegaran, Winters hizo que tres de sus hombres cargaran contra la posición del tercer cañón. Hall lideró el ataque y fue abatido, pero el cañón fue capturado al igual que los otros dos. Mientras tanto, Winters había encontrado un mapa en el segundo cañón en el que estaban claramente marcadas las posiciones

de todos los cañones en la península de Cotentin: envió en el acto ese mapa al batallón. También encontró una caja llena de balas de ametralladora fabricadas de madera. «Quizá los alemanes iban cortos de munición», pensó, «pero ésa era la última de mis preocupaciones [225] ».

Hicieron entonces una pausa. El último cañón seguía disparando, aunque la mayor parte de las tropas enemigas se habían retirado hacia la casa solariega de Brécourt, que estaba al fondo del campo; de cualquier forma, los atacantes seguían recibiendo fuego de ametralladora en abundancia cada vez que levantaban la cabeza. Al final, llegó Speirs y lanzaron el asalto contra el último cañón, cargando a través de la trinchera que lo unía con el precedente mientras lanzaban granadas y disparaban. Tras haber tomado e inutilizado el cuarto cañón echándole TNT por el ánima y haber cumplido su misión, Winters les ordenó a todos que se retiraran. Él fue el último en marcharse. «Eché un

último vistazo a la trinchera», escribió, «y vi a un alemán herido que intentaba armar una ametralladora. Le atravesé la cabeza de un disparo [226] ».

Para cuando regresaron al cuartel general del Batallón habían pasado tres horas: eran las 11.30 de la mañana y habían llegado más hombres. La siguiente tarea sería despejar toda el área de tropas enemigas, pero, por el momento, Winters y sus hombres podían tomarse un respiro. Doce hombres habían bastado para destruir cuatro cañones y aunque las tropas alemanas del *Artillerie-Regiment* 90 difícilmente podían considerarse las mejores de Normandía, había sido una operación de una audacia espectacular y brillante ejecución [227] . Winters no bebía ni fumaba, pero se permitió un trago de sidra.

«Me estaba muriendo de sed», admitió, «y necesitaba un estimulante [228] ». Era temprano, pero el día ya había sido largo.

La reacción alemana al asalto de los Aliados a la costa de Normandía fue un auténtico caos. Conseguir la sorpresa táctica había sido un objetivo muy importante para los planificadores aliados y, a pesar de las pistas, filtraciones y señales, lograron hallar completamente desprevenidos a los alemanes. Como señaló el general Miles Dempsey, el comandante del Segundo Ejército británico, si se conseguía mantener la sorpresa, el Día D siempre favorecería al atacante. «Lo tiene todo a su favor», comentó.

«Planes detallados, ensayos, sorpresa táctica, moral[229]». La sorpresa les dio una extraordinaria ventaja. La mañana del 6 de junio, el liderazgo alemán estaba, como mínimo, desorganizado y confundido. En el cuartel general del OB West, en París, no fue hasta alrededor de las 4 de la madrugada cuando Von Rundstedt reconoció al jefe de su Estado Mayor, el general Günther Blumentritt, que, efectivamente, la invasión estaba en marcha; Blumentritt había contactado con el OKW en Berchtesgaden diez minutos antes y pedido permiso para utilizar tanto la *PanzerLehr*, que estaba en Le Mans, como la 12. *WaffenSS-Division* «Hitlerjungend», acantonada al norte de París. Sin esperar respuesta, Von Rundstedt ordenó ahora que ambas divisiones enviaran un *Kampfgruppe* — «grupo de batalla» — hacia Lisieux y Caen respectivamente. En cualquier caso, el OKW no le otorgó permiso para tomar el control de esas divisiones, a pesar de que, durante aquellas horas de oscuridad, antes del desembarco de la principal fuerza invasora y de que las fuerzas aéreas aliadas sobrevolaran la zona en masa, cada minuto era vital.

Mientras tanto, el general Max Pemsel, en el cuartel general del 7. *Armee* telefoneaba sin descanso al general Speidel en La Roche-Guyon. A las 5.15 informó de que se había descubierto un mapa de Caen en un planeador británico que se había estrellado. Todo lo que estaba ocurriendo, dijo Pemsel, apuntaba a que se trataba de un gran asalto. A las

5.40 de la mañana, Speidel preguntó si había desembarcado hasta entonces tropa alguna desde el mar. Speidel tuvo que reconocer que no. Pemsel volvió a llamar a las 6.15. Un bombardeo general masivo había empezado y una enorme flota se divisaba frente a la costa de Normandía. A pesar de ello, Speidel se negó a aceptar aún que se tratara de la invasión principal; eso, le dijo a Pemsel, todavía podía producirse en otro lugar. ¿Qué tenía en la cabeza Speidel? ¿Acaso estaba todavía borracho? Otro miembro del cuartel general de Rommel era el almirante Ruge. Se había quedado despierto toda la noche escuchando los diversos informes que llegaban, aunque no había mucho que pudiera hacer. Igual que Speidel, no estaba pensado de forma lógica ni clara; quizá también había bebido demasiado la noche anterior. A las 6.45 de la mañana, Pemsel había llamado al 15. *Armee* de Von Salmuth y le había informado del bombardeo naval, pero había añadido que, hasta el momento, no habían desembarcado tropas. Lo cierto es que, para entonces, ya lo habían hecho. «Entonces», contestó Von Salmuth, «la invasión enemiga ya ha fracasado[230]». Y se volvió a la cama.

Speidel finalmente telefoneó a Rommel alrededor de las 6.20 — las

7.20 en Alemania —. El mariscal ya estaba despierto, preparando las cosas para el cumpleaños de Lucie: colocando los regalos sobre la mesa de la sala de estar, con los zapatos que le había comprado en París como protagonistas. La casa parecía un invernadero, pues estaba llena de flores. Entonces lo llamaron al teléfono. Era Speidel. ¿Es la invasión principal, — le preguntó Rommel — o algún tipo de incursión a gran escala? Speidel no estaba seguro. «¡Bueno, pues averígualo ahora mismo!» le espetó Rommel, y le colgó el teléfono sin ceremonias. Fue a cambiarse de inmediato y se preparó para volver a Francia, pero estuvo esperando al menos tres horas más. Speidel no le llamó para confirmar que lo que estaba ocurriendo era indudablemente la invasión principal hasta las 10.15. Cinco playas de invasión y saltos de paracaidistas, todo ya claramente establecido. Rommel se quedó conmocionado. «¡Normandía! ¡Normandía!», murmuró una y otra vez. «¡Qué estúpido he sido! »[231] . Finalmente partió hacia Francia alrededor de las 10.30 de la mañana. Fue un poco como cerrar la puerta del establo después de que el caballo escapase.

Con Speidel todavía bajo los efectos del alcohol, inerte o sufriendo una pérdida transitoria de la razón, quedó en manos de Pemsel y del general Marcks el organizar la respuesta que pudieran, sin ningún apoyo de divisiones blindadas a excepción de la 21.

Panzer. Los informes y las necesidades contradictorias asediaban también la mente de Marcks. A las 8 de la mañana, el *Oberst* Fritz Ziegelmann, jefe del Estado Mayor de la 352. *División*, había telefoneado a Marcks y le había implorado que le devolviera el mando del Regimiento 915 reforzado del *Oberst* Karl Meyer. Sí, era la reserva del cuerpo, pero, argumentó Ziegelmann, la 352. *División* lo necesitaba más al oeste y no, desde luego, en el punto al que Marcks había enviado al *Kampfgruppe* de Meyer poco

después de las 3 de la madrugada. Los problemas que estuvieran causando allí los paracaidistas enemigos estaban siendo solucionados por el *Regiment* 914 y el *Fallschirmjäger-Regiment 6*. En cambio, sugirió Ziegelmann, la reserva debía recibir órdenes de proceder sin demora hacia la zona de Bayeux para proteger el flanco derecho de la división. Marcks accedió.

En Pointe du Hoc, los Rangers del Ejército de Estados Unidos habían conseguido cumplir su misión con facilidad. A pesar de que sus cuerdas estaban húmedas y pesaban demasiado a causa de la espuma del mar y, aunque todo el contingente desembarcó en el lado este de la punta, en lugar del oeste, los Rangers escalaron los acantilados con facilidad. Sólo unos pocos defensores arriba dispararon o arrojaron

granadas contra ellos, así que alcanzaron la cima con sólo quince bajas. Allí encontraron una escena de devastación casi inimaginable: el lugar estaba sembrado de cráteres de explosiones y parecía un paisaje lunar, con escombros y trozos de hormigón rotos por todas partes. De los cañones de 155 mm no quedaba ni rastro: las posiciones de los cañones estaban todas vacías y, aunque fueron recibidos con algunos tiros, parece que los alemanes o bien habían huido o bien se habían escondido en alguna parte. El puesto de observación fue rápidamente neutralizado, se hicieron algunos prisioneros, y el coronel Rudder estableció su puesto de mando junto al destrozado hormigón de la casamata antiaérea del lado oeste de los acantilados de Pointe du Hoc.

Mientras tanto, varias patrullas de las compañías D y E luchaban para abrirse camino hacia el interior y llegaron a la carretera de la costa, que estaba a unos novecientos metros del extremo de la Pointe, y luego la cruzaron e intentaron avanzar aún más a lo largo de un camino bordeado por setos. Ambas patrullas, que se movían en momentos diferentes, toparon con cinco cañones muy camuflados alineados junto a su seto en un huerto y que apuntaban hacia la playa Utah. Para su sorpresa, estaban completamente abandonados. El sargento Leonard Lomell de la Compañía D fue el primero en encontrarlos [232] . Sólo tenía un par de granadas incendiarias, que empleó para inutilizar dos de los cañones, y luego destrozó la mira óptica de un tercero antes de volver con el resto de sus hombres para conseguir más cargas. A su vuelta, a cincuenta metros de los cañones, vio que la patrulla de la Compañía E, dirigida por el sargento Frank Rupinski, estaba destruyendo el resto echando granadas de termita por las ánimas y prendiendo fuego a las cargas de pólvora enemigas. La misión de la Fuerza A de los Rangers había sido cumplida. Eran ahora cerca de las 7.50 de la mañana, sólo cuarenta y cinco minutos más o menos desde que el primero de ellos desembarcara al pie de los acantilados.

Esta acción ha pasado al folclore como una de las más difíciles y heroicas de la guerra y, sin embargo, difícilmente podría haber resultado más sencilla. El enemigo había tenido el sentido común de mover los cañones mil cuatrocientos metros tierra adentro a una posición camuflada y la intensidad del bombardeo aéreo y de la artillería naval había, comprensiblemente, hecho que las tropas que operaban esos cañones se pusieran a cubierto en algún otro sitio. Los alemanes que ocupaban la posición no esperaban que las tropas estadounidenses escalasen los acantilados, así que los Rangers obtuvieron una sorpresa táctica casi total.

Lo que no sabían los hombres de Rudder en este punto era qué fuerzas enemigas seguían en la zona, si contraatacarían y, si lo hacían, con qué intensidad. Otra incógnita era cuánto tiempo pasaría hasta que la Fuerza A fuera relevada por la Fuerza C de los Rangers, que tenía que venir desde Omaha junto con una compañía del 116.º de Infantería. La verdad era que, aunque habían cumplido su misión en un santiamén, ahora estaban en una situación potencialmente vulnerable. Una compañía de Rangers estaba compuesta por sólo sesenta y cinco hombres y ya habían perdido un BDA, que había dado media vuelta porque le había entrado agua durante el trayecto; además, hubo quince bajas en el grupo de los que habían llegado a la cima de los acantilados.

Eso dejaba pocos hombres para defender la Pointe, lo que no sería un problema siempre que los refuerzos desde Omaha llegaran pronto. Lo que no sabían los Rangers en la Pointe, sin embargo, es que a poco menos de seis kilómetros y medio, una batalla mucho más dura que la que ellos habían librado se estaba combatiendo sobre la ensangrentada arena de la playa.

La situación en la playa de Omaha era caótica, pero, hacia las 9 de la mañana, los estadounidenses estaban decididamente arrebatando el control a los defensores. Poco después de las 7 se había destruido un cañón de 88 mm en el WN61, mientras que, en el WN62, Franz Gockel y sus camaradas estaban sufriendo toda la presión del ataque.

«Con cada baja nos volvíamos más débiles», admitió Gockel. «Más y más camaradas caían muertos o heridos[233]». El cañón de 75 mm que tenía cerca fue destruido por fuego de artillería naval y el humo, el polvo y la tierra hacían cada vez más difícil ver lo que estaba pasando abajo. La tierra se había metido hasta en la recámara de su ametralladora y había hecho que se atascase. La limpió tan rápido como pudo y había conseguido disparar sólo algunas ráfagas más cuando una ráfaga de fuego desde la playa la hizo saltar de sus manos. Milagrosamente, él salió ileso, pero el desgaste estaba haciendo mella en la capacidad de los defensores — que ya eran pocos desde un principio — de seguir conteniendo a los atacantes de forma efectiva.

Abajo, en la playa, al este de la rambla de Vierville, el sargento Bob Slaughter había reunido a varios de sus hombres a su alrededor y ahora tenía un arma limpia que funcionaba. Sabía que debían seguir avanzando, necesitaban moverse. Tras organizar a su pelotón lo mejor que pudo, les ordenó que saltaran por encima del malecón y corrieran hacia los acantilados. Y así lo hicieron, corriendo para salvar sus vidas y, para gran alivio de Slaughter, todos ellos llegaron vivos a la base de

los peñascos.

Un poco más al este, el capitán John Raaen y su Compañía del CG de Rangers estaban a cubierto tras el malecón, que allí era de madera, con espigones adentrándose en ángulo recto en el mar. De unos cuatrocientos cincuenta hombres, sólo cuatro o cinco fueron alcanzados por el fuego enemigo. A su izquierda, parte de los hombres de la Compañía C del 116.º de Infantería estaban ya escalando el farallón y en varios puntos se habían abierto pasillos en las alambradas. El coronel Max Schneider, el comandante del 5.º de Rangers, estaba ya también en tierra y ordenó a Raaen y a sus hombres que acudieran a donde estaba él y lo siguieran por la alambrada hasta el pie de los peñascos.

Mientras Raaen avanzaba, uno de sus hombres le dijo: «¡Eh, capitán, mire a ese tío loco en la playa! »[234] . Raaen miró y más allá del malecón vio a un soldado agitando un cigarro puro mientras caminaba por la playa hacia ellos gritando a los hombres que seguían atascados en la playa.

Raaen corrió hacia él. Al acercarse, vio los galones en su cuello y, dándose cuenta de que era un general de brigada, razonó que habría de ser el general de brigada Norman

«Dutch» Cota, oficial ejecutivo de la 29.ª División. Durante la planificación de Overlord, Cota, que tenía cincuenta y un años, suplicó que el asalto fuera nocturno, pero la idea fue descartada debido a la necesidad de incorporar en el asalto bombardeos aéreos y navales al alba. Ahora, Cota era el primer general en llegar a Omaha y estaba exhortando a sus hombres a que levantaran el culo del suelo y siguieran avanzando.

Raaen le saludó.

—¿Cómo está la situación por aquí? — le preguntó Cota.

—Señor, el 5.º Batallón Ranger ha desembarcado intacto en un frente de ciento ochenta metros.

Después de preguntar dónde estaba el coronel Schneider, Cota caminó a grandes zancadas por la línea de Rangers gritando:

—Son ustedes Rangers. Sé que no me decepcionarán. Tienen ustedes que liderar el ataque [235] .

De hecho, ni Raaen ni ninguno de sus hombres necesitaban que los

animasen a ello.

«Nuestra actitud», explicó Raaen, «era la de hacer el trabajo que habíamos venido a hacer. Nos habíamos entrenado para ello, estábamos hartos de que nos disparasen y teníamos ganas de disparar un poco nosotros[236]».

En esa parte de la playa, no obstante, ningún alemán les estaba disparando. Seguía cayendo fuego de mortero sobre la propia playa, mientras que más allá, en cada uno de los extremos, los atacantes seguían siendo alcanzados por el fuego enemigo, pero éste no tenía un carácter sistemático en ningún punto. Incluso en Dog Verde e Easy Rojo, el fuego enemigo estaba disminuyendo. No es cierto que todos los estadounidenses se encontraran al llegar a las playas la misma intensidad de fuego que había recibido a la Compañía A del 116.º en la primera oleada. La superioridad numérica de los Aliados, incluso a las 8 de la mañana, empezaba a decantar la balanza. Hacia las 8.45, algunos hombres de la Compañía A del 16.º de Infantería, en Basy Rojo, consiguieron incluso ascender a la cima de los peñascos que dominaban la playa.

Para el ataque en sí, las compañías de soldados se habían reestructurado y dividido en dos secciones de asalto y luego en dos pelotones de asalto, cada uno de veintinueve hombres, un número determinado por el tamaño de los barcos Higgins y las LDA. Cada sección de asalto, que sería llevada a la orilla en dos lanchas de desembarco, incluía equipos de rifleros, un equipo especialista en cortar alambradas, un equipo con bazuca, un equipo con lanzallamas, un equipo con un Rifle Automático Browning (BAR), un equipo con un mortero de 60 mm y un equipo de demolición. Un tercer pelotón en cada compañía tenía una organización similar, pero con un equipo con mortero de 81 mm, en lugar de 60 mm. Era una configuración bastante distinta a la habitual, en la que una sección consistía en dos pelotones de soldados de diez hombres cada uno, un pelotón de armas pesadas y un cuartel general de la sección formado por seis miembros. Los hombres fueron agrupados de formas nuevas, en ocasiones cambiando de suboficiales e incluso de oficiales. Puesto que los suboficiales y los oficiales tendían a ser los primeros que salían de la nave de desembarco, la probabilidad de que muriesen o fueran heridos era mayor.

Una de las consecuencias de esta mayor mortalidad fue que, una vez en la playa, muchos de los hombres se encontraron sin líderes. El miedo ciertamente tuvo su peso, pero lo que mantuvo a los hombres del 116.º de Infantería acurrucados tras el malecón no fue el fuego

enemigo, sino la falta de liderazgo. El general Dutch Cota comprendió la situación enseguida: alguien tenía que hacerse cargo del asalto, asumir el liderazgo y hacer que empezaran a moverse. Y eso era justo lo que él estaba haciendo en la playa.

Funcionó y, cuando sus hombres reanudaron el ataque, la defensa alemana empezó a

flaquear. Todas aquellas posiciones defensivas se daban apoyo mutuo, pero, en cuanto una de ellas caía, se producía un efecto dominó.

Hacia las 8.30 de la mañana, Raaen y los hombres del 5.º de Rangers habían superado la alambrada, cruzado la zona de marismas y estaban escalando los peñascos, directamente hasta la cima. No encontraron oposición. «Absolutamente ninguna», dijo Raaen. «No nos disparó nadie durante todo el ascenso del peñasco[237]». La combinación del humo y los pequeños pliegues del terreno dio cobertura a su ascenso, pero lo cierto es que se enfrentaban a pocos defensores. Volviendo la vista atrás, Raaen vio que llegaban más barcos y que más hombres corrían por la playa y avanzaban por los cuatro huecos que se habían abierto en el alambre de espino. En la cima de los riscos, los Rangers encontraron un complejo de trincheras y empezaron a avanzar hacia el este, despejándolo de enemigos, hasta que toparon con un puesto de MG que seguía disparando. Unas pocas granadas arrojadas con acierto destruyeron la posición. Los ametralladores enemigos, parte del WN66, murieron. En este punto, los hombres del 2.º

de Rangers habían escalado también los peñascos a unos pocos cientos de metros al oeste y habían destruido el WN70 en Hamel-au-Prêtre. Hacia las 9 de la mañana, el coronel Charles Canham, el oficial al mando del 116.º, y el general Cota estaban ambos en la cima de los riscos. También estaba allí el coronel Schneider, que ordenó que se detuvieran, esperaran a los rezagados y luego atacaran como todo un batallón, en lugar de infiltrarse como secciones. La clave es que arriba se contaba ahora con muchos hombres y se disponía de líderes, así que las operaciones se fueron extendiendo por la cima de los peñascos, despejando una posición enemiga tras otra. Mientras tanto, abajo seguían llegando más hombres.

Entre éstos estaban, en torno a las 10, los hombres del 18.º Regimiento de Infantería de la Gran Uno Rojo, la 1.ª División de Infantería de Estados Unidos, que estaba desembarcando en Easy Rojo y Fox Verde. Los gemelos Tom y Dee Bowles estaban en la misma lancha de desembarco. De súbito, la rampa bajó y salieron a la arena de Easy Red, junto al este de la rambla E1. Con la marea alta, el

malecón quedaba a unos 35

metros, pero en esta sección de la playa, cubierta por Franz Gockel y los hombres del WN62, seguía habiendo intenso fuego enemigo. «Se veía como las balas golpeaban la arena», dijo Tom Bowles, «que salía volando por todas partes. Explotaban proyectiles de mortero y, por supuesto, en el agua, había cuerpos flotando y también caídos por toda la playa [238] ». Hizo una pausa tras un obstáculo, pero se dio pronto cuenta de que si se quedaba allí lo iban a matar, así que se levantó y siguió corriendo. Dee Bowles hizo lo mismo, así que los dos consiguieron llegar al malecón enteros. Allí se detuvieron, inmovilizados por el fuego de ametralladoras MG, morteros y los emplazamientos de cañones de 50 mm del WN65.

La ayuda no tardó en llegar. Como en el resto del frente de invasión, el apoyo de la artillería naval fue inmenso. En Omaha había dos acorazados, cuatro cruceros y doce destructores. El USS *Texas*, uno de los dos acorazados, tenía cañones de catorce pulgadas y calibre 365 mm, substancialmente mayores que cualquier cañón que los alemanes tuvieran en la costa de Normandía. Además, contaba con otros veintiún cañones de 127 mm. Mientras los gemelos Bowles estaban agachados tras el malecón, habían visto que un destructor, el USS *Harding*, había empezado a acercarse hasta escasos novecientos metros de la orilla. Este buque disparaba ahora un número ingente de andanadas sobre el WN65 con sus cuatro cañones de cinco pulgadas, sus cuatro Bofors de disparo rápido de 40 mm, así como con sus seis ametralladoras de calibre 50.

Solo, este barco lanzaba más fuego contra los defensores que todo lo que los alemanes estaban disparando sobre las playas. «Veías los proyectiles al caer», dijo Dee Bowles,

«los estaban disparando directamente contra este búnker [239] ». Hacia las 10.30, el WN65

cayó, lo que quería decir que la rambla Él estaba ahora abierta.

En la playa Gold, el combate continuaba alrededor de la posición defensiva de Le Hamel, pero las tropas británicas salieron todas de la playa antes de lo previsto y, hacia las 11, la vanguardia de la 50.ª División estaba avanzando muy tierra adentro. Se habían desempeñado bien contra las defensas alemanas organizadas y conectadas. No cabe duda de que todos aquellos «Raritos» que habían acompañado a las tropas en las playas habían sido muy útiles. Las siguientes oleadas de tropas y blindados también desembarcaron

según el horario previsto, entre ellas el Comando 47 de los Reales Marines, que pisó tierra alrededor de las 9.20 de la mañana. Eran cuatrocientos veinte hombres en total y tenían por delante un reto extraordinariamente difícil: ignorar el combate en las playas en la medida de lo posible, avanzar dieciséis kilómetros hacia el oeste a través de territorio enemigo, tomar una cota, que aparecía en sus mapas como Colina 72, y después capturar Port-en-Bessin, al este de la playa de Omaha. Era allí donde se tenía previsto desplegar el puerto Mulberry de los estadounidenses, de modo que era urgente tomar el pueblo pronto, pero estaba protegido por toda una serie de posiciones defensivas y de artillería. Los dieciséis kilómetros desde la Colina 72 hasta Port-en-Bessin eran la misma distancia que separaba la playa Sword de Caen.

El cabo Frank Wright estaba comprensiblemente nervioso en la LDA que se acercaba a la orilla. Todos a bordo lo estaban, aunque nadie decía nada. Estaba en la Tropa X, una de las seis secciones del comando y, junto con la mayoría de sus compañeros, consideraba que las posibilidades de conseguir los objetivos de su misión oscilaban entre lo improbable y lo directamente imposible. Cuando se acercaron a la playa empezaron a recibir fuego de proyectiles enemigos. De repente, oyó una tremenda

explosión a menos de treinta metros a su derecha. Sintió las vibraciones del impacto a través de sus botas y vio cómo una alta columna de agua se alzaba del mar. Una de sus LDA había sido alcanzada y doce miembros de la Tropa Q habían muerto, entre ellos su comandante. Otros catorce resultaron heridos. Cuando estaban desembarcando, una segunda LDA detonó una mina y se hundió, llevándose las vidas de ocho hombres de la Tropa Y, también entre ellos el comandante, e hiriendo a más. No era un buen comienzo.

Cuando bajó la rampa, Wright estaba pensando, «No estoy listo para esto. NO

ESTOY…» [240] pero al salir de la lancha, su bota se hundió en sólo cinco centímetros de agua y lo que encontró fue el desembarco más seco de su vida. Además, nadie le disparaba. Frente a él, no obstante, ardía un tanque. Echó a correr más allá del carro destruido, no sin reparar en que uno de sus tripulantes estaba muerto junto a las cadenas del vehículo, con la cabeza convertida en un amasijo de carne. Aguardaron parapetados tras el malecón, agachados para protegerse del fuego enemigo, mientras un grupo de zapadores despejaba un camino a través del campo minado a la derecha.

Mientras tanto, la batalla alrededor de Le Hamel seguía atronando. Unos setenta y seis oficiales y suboficiales estaban desaparecidos, entre ellos su comandante, el coronel Charles Phillips. La playa parecía un caos, pero al menos estaban en camino y, por fortuna, el coronel reapareció. Cruzaron el campo de minas mientras la batalla en Le Hamel empezaba a apagarse. Frank Wright, lastrado por su impedimenta, sus dobles bandoleras, sus cargadores extras para la Bren y un torpedo Bangalore, se preguntó si conseguirían llegar a Port-en-Bessin. Era alrededor de mediodía y la marcha hasta su destino se le antojaba muy larga.

Mientras tanto, tras retirar las medidas de impermeabilización de sus tanques, el comandante Stanley Christopherson y el resto del Escuadrón A de los Rangers de Sherwood, avanzaron por la carretera que se alejaba de la costa hacia la localidad de Ryes, a poco más de tres kilómetros al suroeste. Cayó enseguida, sin mucha oposición, pero ésta era la primera vez, desde los últimos compases de la campaña de Túnez, que conducían tanques a través de pueblos y campos pequeños. «No fue muy agradable», apuntó Christopherson, «pues comprobamos de nuevo que un tanque de treinta toneladas con una tripulación de cinco personas es extremadamente vulnerable a un soldado de infantería alemán que simplemente se escondiera en una zanja mientras el tanque pasaba junto a él y luego o disparara un bazuca o pegara una bomba en el motor del tanque, cosa que podía hacer con mucha facilidad y luego escapar sin ser visto [241] ».

Más al este, a lo largo de la costa de la playa Juno, a los canadienses también les estaba yendo bien. Alrededor de las 10, la 7.ª Brigada Canadiense había desembarcado dos batallones en Courseulles y todas las defensas costeras enemigas habían sido anuladas. Después vinieron los Sherman, la infantería de los Rifleros Regina y los VBRI, y ahora avanzaban para atacar el WN30, a unos pocos cientos de metros tierra adentro en el extremo sur de la población. Era allí a donde había huido el *Oberleutnant* Cornelius Tauber. Había una vieja torreta de tanque francesa Tobruk de 7 mm, varias posiciones de ametralladoras y gruesos cinturones de alambre de espino y minas; todas las posiciones estaban unidas por trincheras. A Tauber le hervía la sangre. Estaba furioso, con la adrenalina al máximo, y apremió a los hombres que lo rodeaban a resistir. «Tenía la sensación», dijo, «de que me podría labrar una reputación en esta batalla [242] ».

Poco después, un Sherman apareció al borde del campo de minas y abrió fuego. Su segundo disparo impactó en el Tobruk, pero no lo destruyó. Los artilleros alemanes del Tobruk devolvieron el fuego. El primer disparo rebotó en el blindaje delantero del carro. Cuando

empezaba a dar marcha atrás, el tanque fue alcanzado en una de las orugas delanteras, que se rompió y salió volando. Desesperadamente, la tripulación intentó retirarse, pero al girar expusieron los mucho más vulnerables flancos del vehículo, donde la coraza era menor. Otro proyectil del Tobruk atravesó el tanque por completo, haciendo saltar por los aires las cubiertas del motor y provocando un estallido de llamas. Tres de los tripulantes consiguieron saltar del tanque, pero los ametralladores alemanes abrieron fuego y los fulminaron. Los dos últimos emergieron por la torreta del tanque y fueron abatidos al instante. Sus cuerpos quedaron colgando sobre el cañón. «Nuestros artilleros, llevados por la excitación, siguieron disparando», recordó Tauber, «y esos dos tanquistas sobre el cañón fueron hechos trizas. Sus miembros se desprendieron y sus cuerpos explotaron entre llamaradas[243]». Les gritó que pararan — estaban malgastando valiosa munición — pero entonces apareció un segundo tanque, un Churchill, que Tauber no reconoció. Pasó junto al Sherman un tanto despreocupadamente. El Tobruk volvió a disparar, pero los proyectiles rebotaron en el tanque británico, que a su vez abrió fuego. Algunos proyectiles, de gran potencia, destruyeron uno de los nidos de ametralladoras, haciendo saltar a dos hombres por los aires hasta el alambre de espino, donde quedaron retorciéndose de dolor y pidiendo socorro.

El pánico se apoderó de los artilleros del Tobruk. En dos ocasiones erraron por completo el objetivo y luego el Churchill les disparó. El impacto del proyectil arrancó a la torreta de su base de cemento. El artillero quedó en pie en el lugar donde había estado la torreta, con su uniforme humeando. Tauber contempló su triste figura y luego

vio que el tanque británico se había detenido. Un instante después, un chorro de llamas salió de debajo de su torreta. No alcanzó la posición alemana, pero prendió fuego a la hierba frente a ella. Un Cocodrilo tardaba más o menos un cuarto de hora en alcanzar la presión necesaria para operar a pleno rendimiento, pero, cuando volvió a disparar fuego, ya parecía haber alcanzado ese momento, porque en esta ocasión surgió de él una llamarada mucho mayor que engulló a los dos hombres heridos en la alambrada y los envolvió en una cortina de fuego. Los hombres de la trinchera frontal también fueron tragados por las llamas. El olor llegó hasta Tauber, que estaba dieciocho metros más atrás y aun así sintió que el calor le abrasaba la piel y el cabello. Ante él, la trinchera frontal quedó saturada de llamas; el calor era tan intenso que apenas se podía respirar. El pánico cundió entre los supervivientes. Tauber saltó de su trinchera, como hicieron los demás hombres a su alrededor. Algunos fueron abatidos por fuego de ametralladoras mientras huían. Tauber corrió con todas sus fuerzas y

sólo él y otros dos hombres consiguieron llegar vivos a un camino hundido que les protegió del fuego enemigo. Siguieron corriendo, tratando desesperadamente de llegar a la siguiente posición. «Miré hacia atrás», dijo Tauber, «y vi una gran columna de fuego elevándose en la zona de la posición defensiva, que asumí que había sido incendiada por completo [244] ».

Más al este, la infantería seguía presionando hacia el interior desde la playa Sword, mientras los comandos de lord Lovat se movían hacia los puentes y buscaban unirse a las fuerzas aerotransportadas. Por su parte, el Comando 4, con los franceses ejerciendo de líderes, avanzaba entonces a través de callejones y vías de ferrocarril hacia Riva Bella, donde el antiguo casino había sido transformado en el centro de una gran posición defensiva alemana, la WN18. El casino había sido demolido por los alemanes y reconstruido como una gran casamata de hormigón, a la par que varias de las poblaciones en primera línea de mar habían sido reforzadas e incorporadas a la red de defensas. Un foso antitanque rodeaba la plaza, así como varios nidos de ametralladora, posiciones de francotiradores y el habitual cinturón de alambre de espino y minas. Toda esta zona de Ouistreham cercana a la línea costera era ahora una ciudad fantasma, y los civiles habían sido evacuados más allá de la carretera lateral, a unos cientos de metros hacia el interior. Aunque ya había sido castigada por los bombardeos aéreos y navales, expulsar a los defensores no iba a ser fácil, especialmente dado que se tenía que hacer muy rápido.

Armados con PIAT (armas portátiles antitanque), granadas y lanzallamas, así como ametralladoras, Stens y rifles, los comandos se desprendieron de su equipo pesado para el ataque y avanzaron hacia el interior sirviéndose de la carretera lateral principal y de

la línea férrea como eje de su avance. En un principio se limitaron a rodear muchos de los búnkeres alemanes exteriores, pero, a medida que se acercaban al casino, el fuego del adversario se volvió más intenso y a sufrieron algunas bajas. El capitán Philippe Kieffer fue herido en el muslo y tuvo que ser llevado a recibir tratamiento. Era difícil determinar exactamente cómo atacar el casino: no tenían ni idea de qué casas estaban vacías y cuáles ocupadas. Hubert Fauré se encontró entonces con un anciano francés, el señor Lefèbvre, un civil que vivía al sur de la carretera lateral, en la parte de la ciudad que todavía estaba ocupada por civiles, y que se ofreció a guiarlos. Llevó a Fauré y a unos pocos más hasta un punto en el que tenían el casino a la vista. Sobre el techo de cemento había un cañón de 37 mm. Fauré ordenó a uno de sus francotiradores subir a un garaje cercano y neutralizar a los artilleros. «No acertó al artillero», dijo Fauré, «pero el

artillero no falló: lo mató de un tiro [245] ».

Kieffer volvió con sus hombres, con el muslo vendado. Los francotiradores alemanes abatían a los soldados en cuanto se acercaban. Uno de los comandos más jóvenes, Rollin, fue herido. El doctor Lion fue a ayudarlo, pero también a él le dispararon y cayó al suelo, con los sesos escurriéndosele del cráneo, aunque, según pudo ver Fauré, todavía vivo. Oyeron que había carros de combate aliados cerca y Fauré le sugirió a Kieffer que fuera e intentara que vinieran a ayudarlos. Poco después, Kieffer regresó, montado en la torreta de un Sherman. El cañón sobre el casino fue rápidamente destruido, pero el capitán francés fue alcanzado una segunda vez por el enemigo.

«Kieffer no fue muy prudente», admitió Fauré [246] . La llegada de los tanques, de todos modos, cambió el curso de la batalla. Las cargas abrieron un paso entre la alambrada y las minas y los comandos pudieron abrirse camino hasta las trincheras y los búnkeres de la posición defensiva. Hacia el final de la mañana, todo había terminado, el casino fue tomado y los franceses y sus camaradas del Comando 4 iniciaron su avance hacia Bénouville, para ayudar a las fuerzas aerotransportadas en los puentes.

El cuartel general de la División 352 no logró contactar con el *Oberst* Meyer hasta las 9 de la mañana. Sus hombres y él ya habían viajado más de 50 kilómetros, muchos de ellos en bicicleta y sin descanso ni raciones. Ahora les estaban diciendo que debían atajar hacia el este y estar preparados para contraatacar desde Crépon, a dónde se dirigía el 6.º Batallón de los Green Howards. Y hacia allí partieron, pero ya era de día y, a pesar de las nubes bajas, había muchos *Jabos* aliados en el aire. Demasiado a menudo, sus hombres tuvieron que bajarse de las bicicletas y ponerse a cubierto. Más aún, el tiempo estaba mejorando y, a media mañana, las nubes empezaban a despejarse.

Parecía ahora que los *Jabos* pasaban sobre ellos sin cesar, y ninguno era de la *Luftwaffe*.

Todavía a 25 kilómetros de su destino, Meyer ordenó a sus hombres abandonar las

bicicletas. Continuarían a pie, aunque era debatible si alguno de ellos estaría en condiciones de combatir cuando llegaran por fin a su destino.

Pero ¿era un contraataque contra los británicos de la playa Gold el mejor uso que se podía dar a las tropas de Meyer, o deberían quizá

haber sido enviadas a Omaha?

Después de todo, Omaha estaba más cerca. Cuando Ziegelmann consiguió al fin hablar con el *Oberst* Ernst Goth, comandante del *GrenadierRegiment* 916 en Omaha, le pintaron una escena de absoluta destrucción en la playa: estadounidenses muertos por todas partes y tanques y lanchas de desembarco en llamas. A primera vista, el informe de Goth sonaba como si la situación estuviese controlada, así que enviar el *Kampfgruppe* de Meyer a Crépon fue, en esos momentos, una decisión lógica. Pero luego llegó una parte más preocupante del informe. «Algunas de nuestras posiciones han dejado de disparar», comunicó Goth a Ziegelmann. «Ya no responden cuando las llamo por teléfono [247] ».

En realidad, se necesitaba a los hombres de Meyer en todas partes, porque en todas las playas de invasión los aliados habían conseguido desembarcar con éxito. Incluso en Omaha, donde se podía ver con claridad la sangre de jóvenes estadounidenses sobre la arena, los defensores alemanes no tenían nada que pudiera compararse con la demoledora potencia de fuego de la artillería naval aliada, ni tampoco podían hacer frente al abrumador desequilibrio en número. Hacia las 10 de la mañana, la defensa en Omaha se debilitaba con rapidez y nadie dudaba del desenlace del enfrentamiento.

¿Habrían podido unos cuantos hombres exhaustos en bicicleta competir con la potencia de fuego, el número y la forma física de los atacantes estadounidenses? Casi con toda seguridad, no. Lo que necesitaban los alemanes para salvar su calamitosa situación era potencia de fuego: fuego pesado de artillería móvil con el tipo de velocidad y flexibilidad de maniobra que sólo podían ofrecer divisiones panzer bien entrenadas, bien equipadas y muy motivadas. Jóvenes reclutas asustados, hombres de mediana edad, y reticentes polacos y rusos no iban a bastar para contener la invasión.

Capítulo 14

Día D: Posición afianzada

A Fritz Bayerlein, comandante de la *PanzerLehr-Division* y muy recientemente ascendido a *Generalleutnant*, lo había despertado a las 2 de la madrugada una llamada del general Walter Warlimont del OKW, quien le había ordenado que pusiera a su división en estado de alerta y esperase instrucciones para avanzar hacia Caen. Tras dar las correspondientes órdenes, Bayerlein subió a un coche y se apresuró a ir a ver al general Dollmann en el cuartel general del *7. Armee*. Éste le dio nuevas órdenes para que la *PanzerLehr* estuviera lista para moverse a las 5 de la tarde. Bayerlein protestó: argumentó que era demasiado temprano, pues moverse de día era muy peligroso. Si no iban a ponerse en marcha de inmediato, deberían esperar, como mínimo, al ocaso.

Dollmann, sin embargo, fue inflexible. Era esencial, dijo, que la *PanzerLehr* estuviera cerca de Caen la mañana del 7 de junio. Le dijo también a Bayerlein que utilizara rutas de marcha completamente diferentes a las que su división había explorado y reconocido cuidadosamente. Ante esta orden, Bayerlein se plantó.

Bayerlein tenía cuarenta y cinco años, era fornido y moreno, y había acumulado mucha experiencia en combates contra los Aliados occidentales. También era colega y amigo íntimo de Rommel, pues había servido con él en el norte de África. Bayerlein no sólo era experto en el mando de unidades blindadas — había comandado el *Afrikakorps*, por ejemplo — sino que también comprendía a la perfección los devastadores efectos de las fuerzas aéreas aliadas. «En el adiestramiento», subrayó, «yo ponía todo el énfasis en el camuflaje contra los ataques aéreos. Nos entrenábamos, para movernos de noche y dispersarnos de día en pequeños destacamentos en bosques y aldeas [248] ». Su camuflaje había sido tan bueno que en las semanas

anteriores ninguna de sus tropas había sido atacada por aviones aliados. Había establecido que estaba totalmente *verboten* moverse por carretera de día. Ahora, sin embargo, le ordenaban que avanzase a pleno sol. Era una locura. Bayerlein comprendía la necesidad de trasladarse al frente a la mayor brevedad, pero quería que su división llegara entera, no que la destrozaran por el camino. El problema era que llegar al frente de forma segura en una sola noche era simplemente imposible.

«Las noches eran muy cortas», apuntó Bayerlein. «Podíamos movernos un máximo de diez o doce kilómetros por hora durante las horas de oscuridad». Esto significaba que lo más que podían avanzar en la oscuridad eran sesenta o setenta kilómetros, lo que no bastaba. Ésta era el gran punto débil de haber acantonado a la *Lehr* y las demás

divisiones panzer, como la 12. *WaffenSS*, tan lejos de la costa. «Propuse que descansáramos durante el día y reemprendiéramos la marcha a la noche siguiente», dijo Bayerlein, «pero el *Generaloberst* Dollmann, que subestimaba la capacidad de las fuerzas aéreas aliadas, dijo que teníamos que seguir moviéndonos de día [249] ».

La confusión también imperó en el despliegue de la 21. *Panzer*. A instancias de Marcks, el general Feuchtinger había ordenado a su división que atacara a las fuerzas aerotransportadas británicas al este del río Orne. El *Major* Hans von Luck, comandante del II. *Bataillon*, se estaba irritando cada vez más por la ausencia de órdenes. Las horas de oscuridad eran el momento perfecto para desplazarse — ¡toda la división debería haber marchado, como alma que lleva el diablo, hacia la costa! —. Pero, para cuando Feuchtinger recibió por fin sus órdenes, hacia las 8 de la mañana, la mitad del batallón de Von Luck ya estaba envuelto en operaciones defensivas y él estaba convencido de que el momento crítico de atacar con rapidez había pasado. «¡Muy tarde, demasiado tarde!», escribió. «Estábamos consternados y enfadados [250] ».

Luego, a las 10.35 de la mañana, llegaron nuevas órdenes del cuartel general del cuerpo de Marcks. La división tenía ahora que atacar al norte de Caen y al oeste, no al este, del río Orne. Este cambio radical de plan desorganizó a la división. Como ya estaban en ruta hacia la zona al este del Orne, tuvieron que detenerse por completo y recalcular sus rutas de marcha. Ésta no era, ni mucho menos, una tarea fácil. Primero, todas las unidades, que estaban inevitablemente dispersas, debían ser informadas del cambio y luego tenían que maniobrar sus vehículos pesados en el orden correcto a través de carreteras estrechas sobrevoladas por aviones enemigos. Los que

estaban ya al este del Orne sólo podían utilizar dos puentes para evitar un larguísimo rodeo: uno estaba en las afueras de la ciudad y otro era un puente de ferrocarril cerca de Colombelles. En Caen ya se estaba combatiendo, se veían unas llamas muy grandes y el humo inundaba la atmósfera. Los escombros cubrían muchas de las calles del barrio de Vaucelles y, además, los refugiados de la ciudad huían hacia el sur, en dirección contraria al rumbo de la *21. Panzer*. Era imposible avanzar rápido. Ante esta situación, el *Oberstleutnant* Hermann von Oppeln-Bronikowski, comandante del *Panzer-Regiment 22*, ordenó a sus hombres que evitaran Caen por completo; si ello conllevaba un trayecto más largo, que así fuera: mejor eso que arriesgarse a quedarse atascado en Caen y posiblemente a ser aniquilado allí.

La verdad era que, en realidad, no había ni tropas ni tiempo para rectificar una situación que empeoraba con rapidez y amenazaba con quedar por completo fuera de control. Marcks intentaba desesperadamente apagar los incendios que tenía y rectificar sus anteriores errores de juicio. Sus hombres estaban bajo presión en todo el frente, pero había comprometido a la *21. Panzer* y a la reserva del cuerpo demasiado pronto y ahora

le estaba costando tapar todas las grietas de la presa. Sus constantes cambios de órdenes, sin embargo, contribuyeron a empeorar las cosas todavía más, porque, con cada cambio de dirección, las unidades implicadas perdían más tiempo, un valiosísimo recurso que ya no tenían, pues, con cada hora, los aliados consolidaban todavía más su posición.

A las sitiadas tropas aerotransportadas británicas que protegían los puentes sobre el canal de Caen y el río Orne, no obstante, no les parecía que la situación estuviera mejorando. Más temprano esa mañana, Denis Edwards y su pelotón de ocho hombres de la Compañía D, los Ox y Bucks, habían recibido órdenes de ir al pueblo de Le Port para reforzar a los hombres del 7 Batallón Paracaidista. El coronel Pine-Coffin y el mayor Howard habían intentado crear un anillo defensivo alrededor de los dos puentes que cubriera todas las posibles vías de aproximación. Con la defensa de Le Port, estaban protegiendo los accesos al lado oeste del puente Pegaso desde el norte.

De camino hacia el pueblo, Edwards y sus hombres se habían detenido un momento bajo un árbol. No habían comido desde que habían salido de Inglaterra y estaban cansados y hambrientos. De súbito, restalló una ráfaga de una ametralladora alemana y las balas sacudieron las ramas de la copa del árbol, haciendo que llovieran sobre ellos ramitas y hojas. Un instante después, el coronel Pine-Coffin en persona

apareció con un joven oficial a quien Edwards no reconoció. Era el teniente Richard Todd, enviado antes a defender Le Port.

—Eso no es muy saludable, muchacho — dijo el coronel volviéndose hacia Todd —

. Será mejor que nos encarguemos de ellos, ¿no[251]?

Edwards contempló como los dos hombres se metían por un hueco en el seto, luego oyó varias ráfagas de subfusil Sten. Y luego silencio, hasta que, unos minutos después los dos oficiales reaparecieron por el seto.

—Bueno, muchachos —dijo Pine-Coffin —. A ése ya lo hemos arreglado.

Edwards y sus hombres los siguieron hasta el pueblo, donde se les dijo que defendieran una hilera de casas al sur de la iglesia. Sólo una vez hubieron subido al segundo piso de una de las casas se dieron cuenta de que los alemanes estaban en las casas del otro lado de la calle. Arrojaron un par de granadas, que volaron sobre la calzada y entraron por las ventanas de las casas de enfrente, y luego corrieron al fondo de la casa en la que estaban para pasar a la siguiente, pero pronto comprendieron que lo

mejor sería salir de allí por completo. Apenas habían saltado un muro de ladrillo al final del jardín que separaba las casas cuando fuego de ametralladora barrió el jardín por el que acababan de pasar.

El teniente Richard Todd, mientras tanto, había estado moviéndose mucho, intentando organizar a los agotados hombres de su compañía y eliminar a los francotiradores enemigos. En un momento dado, dos patrulleras pasaron navegando lentamente por el canal en dirección al mar. Cuando estuvieron cerca, Todd y sus hombres abrieron fuego con intensidad. Tras devolver el fuego por unos instantes, las tripulaciones alemanas salieron de los puentes con las manos arriba. «Así que, a los honores en el campo de batalla ese día», dijo Todd, «añadimos también una victoria naval[252]».

Hacia las 10 de la mañana, Todd empezó a preocuparse. La munición escaseaba y sabía por sus conversaciones con el coronel Pine-Coffin que todo el mundo estaba en la misma situación. Además, las bajas iban en aumento. Los francotiradores alemanes se habían demostrado particularmente certeros y letales.

Denis Edwards y sus hombres también se preguntaban cuándo iban a

aparecer los comandos. Estaban ahora en un campo justo al sur de la iglesia en Le Port, protegidos por una muro, desde donde podían cubrir la entrada y el muro que rodeaba a la iglesia.

Pronto apareció un alemán en la entrada del templo, y luego otro, y, tras mirar a un lado y a otro, se dirigieron hacia los campos. En ese momento, Edwards y sus hombres abrieron fuego y mataron a ambos hombres de inmediato. Poco después, oyeron una voz dar órdenes en alemán al otro lado de la iglesia, más allá del muro que la separaba de la carretera. Corrieron hacia el patio de la iglesia y, avanzando entre las tumbas, Edwards y los demás llegaron al muro en cuestión, arrojaron varias granadas al otro lado y luego corrieron de vuelta a su posición.

—¡Vosotros, ingleses de la iglesia! — gritó una voz —. Estáis rodeados y no podéis escapar. Dejad las armas y salid por la entrada de la iglesia y no os pasará nada **[253]** .

Otros dos hombres de Edwards corrieron ahora por el patio de la iglesia y arrojaron las últimas granadas que tenían.

—¡Tened esto! —gritó uno como respuesta —. Son lo único que vais a sacar de nosotros.

Por el momento. Nadie estaba seguro de cuánto más podrían resistir. Ya no tenían granadas e ignoraban por completo lo que acontecía en otros lugares, tanto en lo

concerniente a la invasión en general como a la batalla en torno a los puentes. De pronto, el ruido del combate se apaciguó y una calma inesperada descendió sobre Le Port. Fue muy extraño, pero entonces, primero muy tenuemente y luego cada vez más fuerte, Edwards escuchó un sonido fino y aflautado que se intensificó hasta sonar como el lamento fúnebre de una *banshee* **[254]** .

—¡Son ellos! —gritó uno de los hombres —. ¡Son ellos! ¡Es el comando **[255]** !

El alivio cundió entre todos, pero pronto se dieron cuenta de que, con la alegría, se habían descuidado: desde la torre de la iglesia, una ametralladora alemana abrió fuego sobre los comandos. Dispararon unas cuantas veces a la torre y estaban considerando cargar en dirección a la iglesia cuando oyeron el grave murmullo y los chirridos de un Sherman. Instantes después, dos tanques dispararon sus cañones de 75 mm directamente a la torre, donde abrieron un enorme boquete. Cayeron piedras y escombros alrededor y ése fue el fin del

ametrallador alemán. Edwards y sus hombres corrieron por el patio de la iglesia y salieron a la carretera, donde se reunieron con los comandos de lord Lovat.

Poco después, llegaron a los dos puentes, donde los comandos y los blindados se desplegaron y se unieron a la batalla por Ranville y la cordillera de Bréville más allá de las zonas de salto. Parece que el desenlace había pendido de un hilo, pero los hombres de los puentes habían resistido, justificando el plan de Montgomery y Dempsey de reforzar la 3.ª División con la brigada de Lovat. Aunque seguían los combates, hasta ese momento no había habido ninguna señal de un contraataque concentrado. Aunque, claro, seguramente sólo debía de ser cuestión de tiempo que se produjera.



La batalla por Normandía comenzó mucho antes de la invasión con el esfuerzo sin cuartel de las fuerzas aéreas aliadas para destruir puentes, redes ferroviarias y playas de maniobras en Francia con el fin de dificultar el camino hasta el frente a las tropas alemanas. **Arriba izquierda:** Un B-17 de la Octava Fuerza Aérea se dirige a Alemania; y **(arriba derecha)** un Douglas A-20 Havoc de la Novena Fuerza Aérea dispara sobre unas vías el 5 de junio de 1944. **Arriba izquierda:** Un puente ferroviario sobre el río Orne es destruido; y **(arriba derecha)** la estación de Cherburgo se encuentra en ruinas.





Arriba izquierda: La 12. *SS-Panzer-Division* «Hitlerjugend» es inspeccionada en abril de 1944.

Arriba derecha y derecha: Obstáculos antiinvasión a lo largo de la costa de Normandía. Rommel insistió en que estos aumentaron enormemente en número en las semanas previas a la invasión.





Arriba: Paracaidistas estadounidenses de la 101.ª División Aerotransportada a bordo de un C-47 rumbo a Normandía.



Derecha: Sección Nan de la playa Juno, donde Charlie Martin desembarcó el Día D.



Izquierda: Lanchas de desembarco con el 18.º Regimiento de Infantería de los gemelos Bowles en dirección a la playa de Omaha el Día D. Detrás está el USS *Augusta*, a bordo del cual iba el general Omar Bradley.



Tropas de la 1.ª División estadounidense acercándose a Easy Red en Omaha en torno a las 10.30. A pesar de la masacre de las primeras oleadas de soldados en ciertos lugares de la playa, muchas secciones desembarcaron y cruzaron la arena con muy pocas bajas.

Derecha: El HMS *Warspite* disparando en apoyo de la invasión de la playa Sword. La potencia de fuego aliada era inmensa y eclipsó al número de cañones alemanes que trataron de evitar el desembarco.





Izquierda: Playa Sword el Día D. La descarga de tropas y material se complicó mucho porque hubo una marea más alta de la esperada.

Abajo: Rangers en Pointe du Hoc capturan no solo soldados alemanes rasos, sino también miembros de la Organización Todt que todavía trabajaban en la Muralla del Atlántico en el momento de la invasión.





Arriba izquierda: Una de las muchas casamatas de hormigón, o *Widerstandsnester,* a lo largo de la costa de Normandía. Aquí, WN100 en Varreville en la playa Utah, todavía humeante al ser alcanzada en el Día D.

Derecha: Tropas británicas en Hermanville-sur-Mer, en la playa Sword. La casa que tienen a su espalda todavía se conserva.

Abajo: Tanques DD Sherman avanzando tierra adentro desde la playa Gold.







Arriba: Tropas de la 12. *SS-Panzer-Division* «Hitlerjugend» atraviesan Caen el 7 de junio.

Abajo: Las dos primeras zonas de aterrizaje aliado se construyeron y estuvieron listas para el 7 de junio, una hazaña increíble. Aquí, un ametrallador estadounidense examina los cielos mientras los trabajos de construcción continúan a sus espaldas en A-4 en Deux-Jumeaux.





Arriba: Comandos cavando junto a un planeador Horsa cerca de Ranville. Los desembarcos aerotransportados británicos fueron algo caóticos, pero lograron sus objetivos de forma brillante el Día D y aseguraron el flanco oriental según lo planeado.



Arriba: Un tanque Churchill con lanzallamas, conocido como Cocodrilo, dispara un chorro de 120 metros de aire y goma ardiendo. Los alemanes temían estas armas más de lo que los Aliados temían a los tanques Tiger.



Arriba: Puente Pegasus el 7 de junio. A un lado (Ranville), unos planeadores estrellados yacen donde se detuvieron poco después de la medianoche del Día D.

Arriba derecha: Hombres de la 101.ª Aerotransportada. No se dispersaron tanto al saltar como las historias populares han hecho creer.

Derecha: Muchas tropas «alemanas» no eran alemanas en absoluto. Estas pertenecían al Ost-Bataillone, hombres del extremo oriental de la Unión Soviética capturados y obligados a luchar por la Alemania nazi.









Arriba: Un cañón estadounidense de 155mm en acción.

Derecha: Cromwells y Shermans del 4.º del Condado de Londres avanzando hacia el interior desde la playa Gold el 7 de junio. Estos fueron los tanques que pronto estarían en Villers-Bocage.





Arriba: Al no disponer de puertos del tamaño necesario, los británicos diseñaron, construyeron e hicieron a la mar dos puertos portátiles, cada uno del tamaño de Dover.

Izquierda: Port-en-Bessin, capturado por el 47.º Comando de los Reales Marines en una operación a menudo ignorada pero vital. Mulberry A se construiría aquí.





La playa de Omaha una semana después del Día D. Además de los Mullberries, 16000 toneladas se desembarcaban cada día en las playas **(derecha)** usando rompeolas Gooseberry y lanchas de desembarco. Aunque el mal tiempo los retrasó, los Aliados ganaron la carrera para reforzar el frente de Normandía sin duda alguna.





El poder aéreo aliado fue absolutamente vital para la victoria. La capacidad alemana para luchar se vio obstaculizada en gran medida por el inmenso peso del poder aéreo aliado. **Arriba izquierda:** Tropas alemanas del 12. *SS* «Hitlerjugend» miran al cielo mientras **(arriba derecha)** otra columna alemana que se dirigía al frente yace ardiendo tras ser alcanzada por los temidos *Jabos.*





Arriba: La cantidad de lluvia dificultó el movimiento a medida que el peso de los vehículos aliados reducía las carreteras y caminos a barrizales.

Izquierda: La Gran Tormenta del 19-21 de junio. Las olas chocan contra Mulberry A, que sufrió daños irreparables.



Arriba: Cualquier vehículo alemán que tratara de moverse durante el día era invariablemente machacado por el poder aéreo aliado. Fue muy debilitante, hundió la moral y dificultó la capacidad alemana para luchar.





Derecha: Un P-47 Thunderbolt asciende tras atacar a sus objetivos en tierra.



Tropas de la 12. *SS* atravesando el pueblo de Rauray, objeto de una lucha encarnizada.



Fallschirmjäger (paracaidistas) moviéndose mediante caballos y carretas. No era manera de luchar una guerra moderna y mecanizada.



Izquierda: Fotografía de Robert Capa de tropas alemanas rindiéndose en Cherburgo, tal y como vio y recogió Ernie Pyle el 27 de junio de 1944.

Abajo: Tanques Churchill y hombres de la 15.ª División (Escocesa) avanzan a través de la niebla y la llovizna al comienzo de la operación Epsom, el 26 de junio de 1944.

Abajo izquierda: Fontenay-le-Pesnel, escenario de luchas encarnizadas. Un cañón anticarro Pak 40 de 75mm junto a su artillero muerto. 25 de junio de 1944.

Abajo derecha: Shermans de los Rangers de Sherwood cerca de Rauray el 30 de junio de 1944. El regimiento estuvo constantemente en acción.







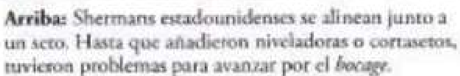




Arriba izquierda: Un Panzer IV bien camuflado entre los setos. **Arriba derecha:** Tropas estadounidenses de la 90.ª División de Infantería avanzan con cautela a través de posiciones alemanas capturadas en el Cotentin.







Arriba: Shermans estadounidenses se alinean junto a un seto. Hasta que añadieron niveladoras o cortasetos, tuvieron problemas para avanzar por el *bocage*.

Derecha: Trinchera de Tom Bowles cerca de Caumont. Esta se convirtió en su hogar durante muchas semanas en junio y julio.

Abajo izquierda y derecha: Tropas británicas y estadounidenses miran con cuidado a través de los setos. Avanzar a través del denso *bocage* ponía a prueba los nervios de cualquiera. El peligro estaba, literalmente, a la vuelta de la esquina.





Un contraataque concentrado era exactamente lo que el general Marcks estaba tratando de organizar con el general Kraiss, el comandante de la 352. *División*, pero con poco éxito. Los hombres del

Oberst Karl Meyer estaban todavía abriéndose paso de vuelta en combate por Normandía cuando recibieron nuevas órdenes de atacar en dirección a Caen, tomando la vía lateral que unía la ciudad con Bayeux. Meyer integró en su *Kampfgruppe* todas las tropas de la 716. *División* con las que entró en contacto.

También se le prometió una compañía del *Panzerjäger-Abteilung* («batallón anticarro») de la 352. *Division*, con sus cañones de asalto StuG y Marder: vehículos blindados con tracción de orugas con un cañón fijo en lugar de una torreta móvil. En respuesta a estas últimas ordenes, Meyer argumentó de forma muy razonable que sus hombres estaban ya muy dispersos y exigidos, que estaban siendo castigados por los *Jabos* y que, hasta que llegaran los cañones de asalto, su capacidad de acción era muy limitada.

Una hora después, alrededor de las 11 de la mañana, Meyer recibió otra llamada.

Kraiss había decidido ahora lanzar un contraaque masivo coordinado a mediodía a lo largo de todo el frente de invasión. Uno de los batallones de Meyer tenía que desplazarse rumbo a Omaha para contribuir a devolver a los estadounidenses al mar. El resto debía atacar hacia Crépon, como se le había ordenado con anterioridad. Estas órdenes eran absurdamente optimistas, pues las tropas de Meyer seguían dispersas, ocupadas en evitar los ataques de los aviones aliados, y todavía no había noticias de los cañones de asalto prometidos, a los que les estaba costando moverse todavía más que a la infantería. Llegó y pasó el mediodía y el contraataque en masa se retrasó otras dos horas. Para entonces, los alemanes en Omaha a duras penas alcanzaban a tapar los huecos que se abrían en su línea, por lo que pedirles que lanzaran un contraataque serio era una quimera.

Los problemas se acumulaban para los defensores. A la artillería de la división se le estaban acabando los proyectiles. A mediodía empezaron a consumir sus reservas de emergencia, lo que quería decir disparar sólo tres veces por hora. Cierto número de oficiales y suboficiales habían muerto o sido capturados, lo que implicaba una creciente escasez de comandantes de unidades. Al teniente Hans Heinze se le pidió retomar el mando de la 5. *Kompanie* del *GrenadierRegiment* 916, lo que resultó una suerte, pues, poco después, el WN64, su anterior destino, fue arrollado. Encontró rápidamente su nueva compañía, que había absorbido también a gran parte de la 8. *Kompanie*. Estaban en un estado razonable, pero muchos de los hombres eran rusos y la moral no era buena; los inquietaba en particular el gran número de *Jabos* que los sobrevolaban. De la *Luftwaffe* no había ni rastro. Los

prisioneros estadounidenses que capturaban tampoco

ayudaban. Su abundantísimo equipo, raciones y cigarrillos ponían dolorosamente de manifiesto para los defensores lo escaso de sus propios suministros.

Los estadounidenses estaban, a estas alturas, avanzando ya a cierta distancia de Omaha. El pueblo de Colleville, a kilómetro y medio en el interior, cayó en torno a las 12.30 del mediodía. Puede que Franz Gockel siguiera disparando, pero el WN62 estaba ahora, a todos los efectos, aislado. Entre los que avanzaban hacia el interior estaban los gemelos Bowles, que habían escalado los riscos por un camino que se había despejado.

Había carteles de «Achtung Minen» por todas partes y pasaron junto a un hombre que estaba sentado, pero que tenía media pierna volada. «Simplemente estaba allí sentado, advirtiéndonos sobre las minas», dijo Tom Bowles. «Supongo que debía seguir bajo los efectos de la conmoción o algo así [256] ».

Desde el USS *Augusta*, sin embargo, era difícil desentrañar con claridad lo que sucedía. Allí donde miraba, el capitán Chet Hansen veía una enorme concentración de naves, mientras que los buques de guerra pesados, desde un poco más atrás, seguían martilleando la costa. Hansen ya había hecho una ronda en una PT — patrullera —

cerca de la playa, pero, aparte de ver una masa de lanchas y naves de desembarco cubriendo la orilla, le había costado ver qué sucedía. De vuelta en el *Augusta*, informó al general Bradley y luego acudió en lancha, junto con el general Kean, al USS *Achernar*, el barco de mando. Tras repasar los datos de inteligencia y los primeros informes de radio, siguieron sin tener una imagen mucho más clara. «Al parecer», comentó Hansen, «la situación es todavía muy confusa [257] ».

De vuelta a bordo, tras comer un bocadillo, Hansen y Kean fueron enviados en otra PT a la orilla y para recabar información y luego informar. Tras cambiar a medio trayecto a una lancha Higgins, llegaron a la orilla y, alrededor de la 1.30 de la tarde, saltaron al agua en la playa de Omaha cuando todavía cubría 1,2 metros. Un panorama sobrecogedor les dio la bienvenida: lanchas de desembarco destrozadas, con la parte de atrás rota, incontables tetraedros de acero u hormigón armado y otros obstáculos, así como escombros por todas partes, cajas de munición, chalecos de asalto tirados y montones de cuerpos, tendidos donde habían caído o arrastrados por la marea

ascendente. A un cadáver que flotaba en el agua le faltaba una pierna. De vez en cuando, Hansen oía fuego de armas ligeras y vio una fila india de soldados subiendo por los peñascos a través del sendero que se había abierto en los campos minados.

Encontraron al jefe de playa, un joven capitán naval que le dijo que su oficial al mando había sido herido. Mientras hablaban, un proyectil de artillería enemigo cayó entre una nueva agrupación de lanchas de desembarco. Las tropas corrieron hacia tierra. Otro proyectil cayó sobre un camión que acababa de desembarcar y arrojó a

quien lo conducía a unos nueve metros de altura, donde pareció flotar durante un breve instante antes de caer exánime sobre la arena. El jefe de playa les dijo que un conductor de excavadora había saltado por los aires de forma similar hacía un rato, pero que había aterrizado sin hacerse daño, se había quitado el polvo y había subido a otro vehículo.

Era la inexplicable lotería de la guerra. «Había un continuo, aunque no abundante, fuego de artillería sobre la playa», apuntó Hansen. «Como era esporádico, no hostigaba demasiado a las tropas [258] ».

Kean consideró que habían visto suficiente, así que volvieron al mar e informaron a Bradley, a quien encontraron en la sala de guerra del *Augusta*. Empezaba a emerger una imagen algo más clara. Los desembarcos en Utah habían ido bien. En Omaha, en el lado este, el de la 1.ª División, el 18.º de Infantería estaba desembarcando tras el 16.º, pero las bajas habían sido altas en ambas unidades. Habían muerto o resultado heridos demasiados oficiales y comandantes, con la consiguiente pérdida de control y, aunque ahora estaban despejando la parte central de las defensas, en el lado oeste los alemanes seguían disparando y causando más bajas y dificultades al desembarco.

«Bradley no parece nada preocupado», anotó Hansen [259] . Luego, muchos años después de la guerra, Bradley afirmó que estuvo tan preocupado que en privado consideró la posibilidad de evacuar la playa. Esto parece muy poco probable y quizá tenga más que ver con la narración que articuló después de la guerra sobre la

«sangrienta Omaha» que con lo que de verdad sintió en aquellos momentos. Por supuesto que debió de estar preocupado. Muchos de sus hombres estaban heridos o habían muerto. Cosas como ésa pesan sobre el ánimo de cualquier comandante, sobre todo en un hombre tan esencialmente íntegro como Bradley. Pero la verdad es que, hasta

alrededor de las 2 de la tarde, Bradley no tuvo muy claro qué estaba pasando, y para cuando lo supo, el resultado de la batalla en Omaha no sólo no estaba en duda, sino que llevaba tiempo decidido. Tan pronto como las posiciones defensivas empezaron a caer, las defensas de Omaha, que carecían de profundidad, estaban condenadas a desvanecerse. Una vez más, era una simple cuestión de superioridad numérica. La cantidad de hombres y la potencia de fuego que los aliados lanzaban contra los alemanes estaban siendo enormes. La potencia de fuego que devolvían los alemanes no lo era.

En aquellos momentos, a Karl Wegner le costaba seguir adelante. Antes, un joven recluta asustado, procedente de una posición defensiva cercana, había llegado a su búnker visiblemente consternado. Unos rusos que querían huir le habían pegado un tiro por la espalda a su oficial y él, temiendo por su vida, había salido corriendo a la siguiente posición, el WN71, donde estaba Wegner, pero había recibido una herida de metralla en el muslo. El *Obergefreiter* Lang había montado en cólera y, en un ataque de

ira insensata, fue corriendo a la posición defensiva de la que venía el chico y había lanzado varias granadas al búnker. Mientras volvía, lo alcanzó una ametralladora desde la playa que casi lo partió en dos. Conmocionados, Wegner y los dos camaradas que resistían en el búnker habían sido testigos de la escena.

Con la desaparición de Lang, Wegner quedaba al mando, una responsabilidad que no había buscado ni deseaba. Poco después, se dieron cuenta de que sólo les quedaba una cinta de munición de cincuenta cartuchos para la ametralladora, de los quince mil cartuchos que tenían al principio. Decidió que los utilizarían para intentar salir de allí.

Tenían dos granadas y el plan era tirar una a cada lado. Cuando explotaran, Wegner utilizaría el humo como cobertura para correr hacia la trinchera más cercana, y luego gastaría sus últimos cartuchos para cubrir a los otros dos. «Todos nos agachamos junto a la entrada», dijo Wegner. «Inspiré hondo y asentí con la cabeza. Las dos granadas salieron volando al mismo tiempo, las explosiones no se hicieron esperar. Salí corriendo por la entrada del búnker [260] ».

El *Leutnant* Hans Heinze había lanzado por fin su contraataque alrededor de la 1.30

de la tarde, pero quedó muy lejos de ser un movimiento coordinado; en su lugar, se convirtió más bien en una acción local para recuperar

el WN62b, el complejo de búnkeres de apoyo a la posición WN62, que estaba más hacia el interior. Sus hombres y él consiguieron hacer retroceder a los pequeños grupos de estadounidenses que avanzaban hacia el interior entre los WN62 y 64 y luego recuperaron el WN62b, pero fueron machacados por la artillería naval aliada. Heinze resistió tanto como pudo, con la esperanza de que el contraataque general los relevara, pero éste no se materializó.

Como no tenía radio, no pudo contactar con nadie. «Tras un largo tiempo, supe que no podíamos resistir más», dijo. «Ordené a los hombres que intentaran salir entre el bombardeo de uno en uno, no en grupos. Ésa era la única manera posible bajo aquel terrible fuego enemigo [261] ».

Hacia las 3.50 de la tarde, el *Oberst* Karl Meyer pudo finalmente informar de que su infantería había establecido contacto con los tan ansiados cañones de asalto y que ahora estaban al ataque en dirección a Asnelles y Crépon, el área en el interior de la playa Gold. Al principio, hicieron retroceder a las tropas británicas, pero los *tommies* se recuperaron con rapidez, llegaron refuerzos desde la orilla, el bombardeo continuó y los *Jabos* siguieron desatando un infierno sobre los alemanes, así que los hombres de Meyer pronto tuvieron que replegarse. A las 5.30 de la tarde, llegó otro mensaje al cuartel general de la 352. *División*. El *Kampfgruppe* Meyer estaba ahora retirándose para evitar ser arrollado. El contacto entre el *Fusilier-Bataillon* y el I. *GrenadierRegiment* 915 se había perdido. Y había noticias todavía peores. «El OM, *Oberst* Meyer», continuaba el

mensaje, «está probablemente herido de gravedad, y en manos del enemigo [262] ». De hecho, estaba muerto, otro comandante alemán más que murió ese día.

Entre los que se enfrentaron al contraataque de Meyer, habían estado los Rangers de Sherwood, que habían ayudado a capturar el pueblo de Ryes, y luego habían continuado avanzando. El objetivo para el Escuadrón A de Stanley Christopherson eran los altos que dominaban la ciudad de Bayeux, que debían asaltar junto con la infantería, pero también con la artillería de los Voluntarios de Essex. Christopherson, sin embargo, no pudo encontrar al oficial al mando de los Voluntarios, que no consiguió llegar al punto de reunión acordado. La idea de un trayecto farragoso y dolorosamente lento en su tanque no le atraía, pero entonces encontró un caballo ya ensillado atado frente a una casa. Christopherson lo requisó y salió al galope. «¡Nunca, ni en mis sueños más locos», comentó, «había imaginado que en el Día D me vería galopando por los caminos de Normandía vestido con un

sombrero de lata y un mono negro, sosteniendo una caja con mapas en una mano e intentando, con la otra, y sin mucho éxito, calmar a un caballo aterrorizado!» [263] . Pero el caso es que fue de ese modo como encontró al comandante de los Voluntarios de Essex, que se quedó un poco pasmado al verlo llegar a caballo.

Christopherson sugirió que atacaran de inmediato y tomaran Bayeux esa misma noche, pero el comandante de los Essex prefirió esperar hasta la mañana.

En Juno, los canadienses estaban haciendo progresos, aunque Bob Roberts experimentó un suceso extraordinario después de que hubieran despejado Saint-Aubin.

Avanzada la tarde, estaban agrupando a unos prisioneros cuando, de repente, se vieron rodeados por civiles que les invitaron a beber y les dieron las gracias por haberlos liberado. Una chica que Roberts consideró que debía de tener dieciocho o quizá diecinueve años se acercó y pidió ver uno de los subfusiles Sten de los soldados. Uno de los compañeros de Roberts se la dejó y ella se la puso a la altura de su cara; estaba apuntando cuando, de repente, un anciano francés se acercó y le pegó un tiro. «Le disparó justo entre los ojos», dijo Roberts. «El anciano dijo: "Iba a dispararos. Es una colaboracionista, iba a dispararos" [264] ». La ejecución impresionó a Roberts. «De súbito, nos dimos cuenta de que de verdad estábamos en una guerra».

Un poco hacia el oeste, los Rifles de la Reina también seguían presionando. Habían tomado Bernières y luego habían avanzado unos once kilómetros tierra adentro.

«Seguimos los campos», dijo Charlie Martin, «moviéndonos por ramblas, pantanos y terreno llano siempre que podíamos [265] ». Más adelante esa tarde, los restos de su Compañía A, junto con las compañías C y D, tomaron el pueblo de Anguerny, y la Compañía D, el de Anisy. Con ello, alcanzaron sus objetivos para el Día D.

En conjunto, el día estaba yendo muy bien para los Aliados. Las tropas de tierra habían conseguido desembarcar y habían recibido un formidable apoyo de las baterías navales y de la fuerza aérea, que parecía dominar los cielos a placer, y bombardeaba y ametrallaba todo lo que se movía. En la playa Sword, los comandos habían conseguido también sus objetivos, justificando de ese modo su despliegue por delante de la 3.ª

División, pero el acceso hasta Caen, uno de los principales objetivos

del Día D, no estaba yendo tan bien. Se ha criticado mucho tanto a Montgomery como a Dempsey por dar a la 3.ª División un objetivo demasiado ambicioso sin aportarle las herramientas y los planes necesarios para conseguirlo. Se ha argumentado que se puso demasiado énfasis en llegar a las playas y no el suficiente en luego avanzar hacia el interior.

Es posible que sea un juicio demasiado severo. No sólo existían algunos precedentes de que era posible alcanzar el objetivo previsto, sino que se habían elaborado cuidadosos planes para la toma de Caen. La infantería de la 8.ª Brigada, que había desembarcado primero, debía tomar la larga cadena de alturas que había a poco más de kilómetro y medio en el interior. Luego, dos batallones de la Brigada 186.ª, con los tanques de los Voluntarios de Staffordshire, pasarían a través de las posiciones que la infantería había ocupado. Los planificadores creían, con razón, que, una vez los WN16 y 17 fueran capturados, el camino hasta Caen quedaría expedito. Acertaban en sus presunciones, especialmente dado que los tanques de la 21. *Panzer* habían decidido rodear la ciudad por el sur antes de girar al norte, hacia la costa. En Sicilia, en julio del año anterior, la mayoría de las tropas habían llegado a Siracusa a pie, pero en el Día D

las expectativas eran distintas. En una situación ideal, la infantería habría estado montada en semiorugas y camiones, de los que el Ejército británico disponía en abundancia. Sin embargo, no se había reunido suficiente capacidad de transporte marítimo para trasladar estos vehículos junto con los tanques y los VBRI, de modo que la 8.ª Brigada debía avanzar hacia la cordillera a pie, mientras un batallón de la infantería que los seguía se montaría en los tanques, con apoyo de ingenieros montados y artillería. Constituirían, de hecho, un grupo de batalla de blindados.

Con esto quiero decir que sí existió un plan para tomar Caen y que, además, no era un plan absurdo. El problema radicó en la ejecución, porque los tanques de los Voluntarios de Staffordshire tardaron más en salir de la playa de lo que se había previsto. La causa fue una marea mucho más alta de lo habitual, que nadie había anticipado, y que hizo que sólo hubiera una pequeña franja de la playa en la que los tanques podían maniobrar y que no se pudieran despejar los necesarios caminos a través de los campos de minas con la celeridad necesaria. El resultado fue un atasco y una salida de la playa mucho más lenta de lo esperado, de modo que, aunque la

infantería estuvo lista a las 11 de la mañana, los blindados que tenían que acompañarla, no.

El segundo problema fue la red defensiva del *Oberst* Ludwig Krug en los WN16 y 17, cuyas defensas los británicos, que llamaban a estas posiciones por los nombres en clave de Morris y Hillman, habían evaluado con precisión y sometido a un fuerte bombardeo naval y aéreo. Morris, al pie de la pendiente, tenía cuatro cañones de 105

mm y era, sobre el papel, una posición dura de roer. No obstante, las tropas enemigas encargadas de su defensa eran, en su mayoría, *Osttruppen*, y habían empleado mucho más tiempo y dedicación en destilar su propio aguardiente que en aprender a operar sus cañones, así que se rindieron enseguida. Morris fue un paseo. Hillman, en la cresta tras él, resultó harina de otro costal. Allí estaba al mando Krug en persona. Krug había entrenado bien a sus hombres y creado una posición defensiva bien organizada y coordinada. No tenía, además, la menor intención de rendirse sin combatir. Lo que no fue culpa de Montgomery ni de Dempsey fue que Hillman no hubiera sido castigado de forma más efectiva con anterioridad. Nadie habría podido prever que, de todas las posiciones defensivas a lo largo de la costa de Normandía, fuera precisamente ésa la que estaba mejor organizada, defendida y comandada. De hecho, había unos ciento cincuenta hombres defendiéndola, casi cinco veces más que, por ejemplo, en el WN62

en Omaha.

Peor todavía, ocupaba un área de 550 por 365 metros situada directamente en la ruta de avance hacia Caen. Estaba, además, rodeada por campos de minas densos y bien dispuestos, cubiertos por un buen número de ametralladoras, morteros y Tobruk, todos ellos apoyándose mutuamente en fuego cruzado. El batallón de Suffolk de la 8.ª Brigada recibió la orden de tomar Hillman y, entre ellos, estaban Arthur Blizzard y la Sección de Pioneros. Lo cierto es que estuvo encantado de librarse del torpedo Bangalore que había estado cargando desde el desembarco. Cerca de la 1 de la tarde, junto con zapadores de los Reales Ingenieros, empezaron a abrir hueco en la alambrada. Blizzard consiguió abrir una brecha notable con el explosivo, pero no sin recibir abundante fuego enemigo en el proceso. «Casi acabo *kaput* por eso», dijo, «pero me salí con la mía [266] ». Otros no tuvieron tanta suerte. Las bajas se acumularon rápidamente, entre ellas, varios oficiales y suboficiales; el capitán Geoff Riley, el comandante de la Compañía A que lideraba el asalto, fue una de las primeras.

Los de Suffolk se vieron obligados a retirarse y esperar refuerzos, que llegaron en la forma de los Voluntarios de Staffordshire y el 13.º/18.º

de Húsares, aunque se suponía que tenían que estar en el grupo blindado que avanzaba hacia Caen con la infantería de la 185.ª Brigada. Mientras tanto, los de Norfolk intentaron rodear por la izquierda el área cubierta por la posición defensiva, pero fueron acribillados por fuego de

ametralladora y mortero y en muy poco tiempo acumularon ciento cincuenta bajas. La posición defensiva del *Oberst* Krug, heroicamente defendida con tesón por hombres que, sobre el papel, habían parecido propensos a tirar la toalla a las primeras de cambio, estaba retrasando gravemente el avance británico sobre Caen, porque organizar un ataque más coordinado con tanques y artillería de apoyo llevaría tiempo. A la postre, Arthur Blizzard dio uso a su «colmena», pero, aunque abrió con ella un gran boquete en el hormigón de un emplazamiento, no consiguió atravesar la excelente obra de ingeniería que era la posición defensiva de Krug. «Lo que necesitábamos era otra», dijo Blizzard. «Intentamos que un tanque metiera el cañón por allí, pero cuando estás en plena acción no puedes hacer las cosas como quieres [267] ».

Los blindados y la infantería de la playa de Utah entraron en contacto con los hombres de la 101.ª Aerotransportada y, en Brécourt Manor los defensores alemanes, que se habían replegado alrededor de la casa principal de la granja después del ataque de Dick Winters contra la batería de cañones, habían sido expulsados. Carl Rambo y sus hombres, sin embargo, seguían atascados; tras haber conseguido atravesar los campos de minas, su Sherman DD se había detenido y no habían logrado que volviera a arrancar. Bloqueaba el camino, así que una excavadora lo empujó a un lado y el blindado se hundió en la zona inundada. Volvieron a la playa para intentar conseguir otro, pero no había ninguno disponible, así que el resto del 70.º Batallón de Tanques siguió avanzando hacia el interior sin ellos.

Al otro lado del área inundada, en torno a la localidad de Chef-du-Pont y el pueblecito de La Fière, el teniente coronel Mark Alexander estaba por el momento al mando del 1.er Batallón del 505.º Regimiento de Paracaidistas de Infantería, tras lo que sin duda podría calificarse como un día muy movido. Poco después de desembarcar se había encontrado con el mayor Fred Kellam, comandante del 1.er Batallón, y junto con unos cuarenta de sus hombres se habían dirigido hacia el suroeste, en dirección a la ZS

del 505.º. Mientras cruzaban la principal carretera que unía Sainte-Mère-Église con Cherburgo, oyeron que un pequeño convoy se aproximaba desde el norte en dirección a la ciudad. Prepararon a toda

velocidad una emboscada y abrieron fuego; abatieron a más de veinte alemanes y capturaron gran cantidad de equipo de comunicaciones.

Luego continuaron su camino y Alexander logró alcanzar el puesto de mando del 505.º, donde el oficial de operaciones y un pequeño equipo ya habían levantado una tienda y estaban en contacto por radio con otras unidades. Las tropas en Sainte-Mère-Église habían rechazado un contraataque alemán, mientras que Kellam y sus hombres,

cuyo número aumentaba a medida que avanzaba en día, se dirigían hacia el Merderet, donde el combate era intenso.

Justo antes de mediodía, llegó noticia al puesto de mando de que Kellan, junto con el oficial de operaciones del 1.er Batallón y un comandante de compañía, habían muerto.

El trabajo de Alexander era dirigir el regimiento desde el puesto de mando, pero las muertes entre los oficiales hacían que se necesitara urgentemente liderazgo, de modo que se dirigió a La Fière a toda prisa, acompañado por su ordenanza, el cabo «Chick»

Eitelman. Por el camino, hubo un breve intercambio de fuego con algunos alemanes, y Eitelman fue alcanzado en la pierna. A pesar de la insistencia de Alexander, Eitelman insistió en quedarse con él. Llegaron al cruce de ferrocarril sobre La Fière alrededor de la 1.30 de la tarde. Desde allí, un puente cruzaba el río y una carretera elevada atravesaba la zona inundada y conducía hasta el pueblo de Cauquigny, a unos mil doscientos metros de allí. Los alemanes contraatacaron a lo largo de la carretera elevada utilizando antiguos tanques franceses de 1940, pero los paracaidistas los rechazaron, a pesar de que seguían recibiendo un intenso fuego de artillería y de mortero sobre sus posiciones. Las bajas entre los paracaidistas no paraban de aumentar. Y la munición empezaba a agotarse.

Más adelante esa tarde, Alexander agarró a un médico y corrió con él de hoyo en hoyo por si había heridos que necesitaran atención. Encontraron a un hombre que seguía con vida a pesar de que tenía un boquete en el cráneo del tamaño de una moneda de dos euros que le dejaba el cerebro al descubierto. Lo recogieron y estaban a punto de llevarlo al puesto de enfermería cuando los alemanes iniciaron un bombardeo de saturación. «Realmente se cebaron con aquella zona», dijo Alexander. «Acabamos cubiertos de tierra y piedras[268]». El médico y él se quedaron sentados dentro del hoyo, intentando proteger al hombre herido mientras las orejas les pitaban por el estruendo.

Mientras tanto, no muy lejos de allí, en el cruce ferroviario de La Fière, la familia Dubosq continuaba ofreciendo ayuda y refugio a los paracaidistas estadounidenses. El padre de Geneviève había traído a un norteamericano herido en su bote desde la zona inundada, y ella le había ayudado a meterlo en la casa. «Nunca he visto una fractura tan terrible», escribió ella. «Los huesos han atravesado la carne, la piel y el cuero de la bota[269]». El hombre necesitaba un médico con urgencia, pero estaban incomunicados.

Y lo que era peor, no tenían ni desinfectante ni vendajes en la casa. Él les dijo que era el teniente George Wingate. «Mamá utiliza agua hervida y calvados», escribió Geneviève.

«No sabemos si estamos haciéndolo bien[270]». El señor Dubosq continuó sacando su bote al agua para rescatar más suministros, a pesar de que había fuego enemigo en la otra orilla, y mientras, su hija cuidaba al teniente Wingate. Para los norteamericanos que defendían La Fière y para la familia Dubosq, que se había visto repentina y

espectacularmente atrapada en medio de la contienda, la situación no pintaba nada bien.

Adolf Hitler se había despertado alrededor de las 10 de la mañana del 6 de junio, y le habían informado de la invasión, pero, como a menudo sucedía, no había hecho nada. Ni él ni nadie en el OKW sabían si el ataque sobre el Normandía era sólo otra maniobra de distracción que ocultara el ataque principal. A pesar de la enorme riqueza material de los Aliados, no estaba claro cómo se suponía que iban a lanzar una segunda invasión. Lo cierto es que resultaba prácticamente increíble, por mucho que el Escuadrón 617, los famosos Dam Busters, hubiera llevado a cabo una astuta y brillantemente ejecutada misión volando sin cesar ida y vuelta sobre el canal, lo que, en los radares alemanes, aparecía como si una flota de invasión estuviera cruzando el canal hacia Calais.

Hasta las 2.32 de la tarde no se dio permiso a la 12. *SS-Panzer* para moverse, y no se liberó al resto de las reservas panzer hasta las 4. También a las 4 de la tarde, unas dieciséis horas después de recibir el primer informe de la aparición de tropas enemigas, se dieron órdenes al *SS-Panzergrenadier-Regiment* 25, parte de la 12. SS *PanzerDivision*

«Hitlerjugend», de atacar la zona alrededor del aeródromo de Carpiquet, al oeste de Caen. «¡Había llegado la hora!», escribió el comandante del regimiento, el *Stardantenführer* Kurt Meyer. «Los soldados montaron en sus vehículos. Los mensajeros rugieron por las

calles en sus motocicletas; los motores de los carros de combate empezaron a rugir [271] ». Meyer tenía treinta y tres años y ya era un veterano del *Anschluss* en Austria, las batallas de Polonia y Francia y del frente oriental. Hijo de un minero de Jerxheim, se contó entre los primeros que abrazaron el nazismo. Se afilió al partido con diecinueve años, y a las SS, en octubre de 1931, cuando todavía tenía sólo veinte. «He respirado el nacionalsocialismo como una religión», dijo en un momento dado durante la guerra, «como mi propia vida, se llamara nacionalsocialismo o de alguna otra forma [272] . Me he dado cuenta de que es la única vida correcta para nuestro pueblo y que, de no adoptarlo, nuestra cultura podría irse al diablo». Meyer, que al principio fue un policía de las SS, pronto destacó y fue invitado a unirse al *Leibstandarte-SS* «Adolf Hitler», la guardia personal del propio *Führer*. Llamadas originalmente *SS-Verfügungstruppen*, estas unidades de combate de las SS se convertirían más adelante en parte de las *WaffenSS*, mientras que la policía y los servicios de inteligencia de las SS, que incluían a los guardas de las prisiones, formaban parte de la *AllgemeineSS*, o SS

General.

Meyer era duro, indudablemente valiente y un líder natural. Una y otra vez había demostrado su valor, siempre liderando desde el frente y haciendo gala de gran inteligencia táctica. Al permanecer en el *Leibstandarte-SS* durante los primeros años de la guerra, está claro que también tenía las manos manchadas de sangre: había ordenado que se incendiara un pueblo y la ejecución de todos sus habitantes durante la batalla de Járkov a principios de 1943. No era el único, y no sólo dentro de la *WaffenSS*; muchos comandantes de la *Wehrmacht* habían cometido atrocidades similares durante la guerra contra la Unión Soviética, en la que se combatió con una violencia particularmente brutal. Uno de los fundamentos de la ideología de Meyer era un aborrecimiento rabioso del comunismo. Su mayor temor en junio de 1944 seguía siendo que el pueblo alemán fuera aniquilado por los comunistas.

También sospechaba que algún día, en un futuro no muy lejano, Alemania iría del brazo de las democracias occidentales para hacer frente a la amenaza de la Unión Soviética. Eso, sin embargo, quedaba para el futuro. En el presente se enfrentaba a los días y semanas venideros con bastante ansiedad. «Sabíamos lo que teníamos ante nosotros», escribió. «En cambio, los magníficos soldados jóvenes nos miraban con alegría en los ojos. No conocían el miedo [273] ». Al menos estaba seguro de que había entrenado bien a su regimiento. La división había sido formada el verano anterior y Meyer se había

asegurado de que sus fanáticas y jóvenes (la mayoría tenían menos de veinte años) tropas se saltaran los desfiles y se centraran, en cambio, en endurecerse físicamente y en aprender las técnicas tácticas y operacionales diseñadas por el general Geyr von Schweppenburg, comandante del *Panzergruppe West* y responsable del adiestramiento y preparación de las tropas de blindados. Meyer también se había asegurado de que sus tropas recibieran raciones extra para hacerlas físicamente más fuertes y evitarles las consecuencias del estricto racionamiento que había en Alemania.

De camino a la batalla, se sentía orgulloso de ellos. «Estaban imbuidos de la convicción en la justicia y la bondad de la causa de Alemania [274] ». Quizá exagerara, pero tanto la 12. «Hitlerjugend» como la *PanzerLehr* estaban completamente motorizadas, perfectamente adiestradas y soberbiamente equipadas. Los hombres tenían motivación y su nivel de disciplina era muy alto. Marchando, las tropas ofrecían un aspecto impresionante: en forma, saludables, con los uniformes más modernos, y a bordo de toda una serie de tanques, coches blindados, semiorugas y otros vehículos. El contraste con las maltrechas, mal adiestradas y peor equipadas divisiones de infantería de la costa no podría haber sido más grande.

El grueso del II. *Bataillon* del *Major* Hans von Luck se había puesto finalmente en marcha a lo largo de la tarde. Su objetivo era avanzar hacia el norte, desalojar a los Red

Devils y comandos británicos de los alrededores de Ranville y recuperar los dos puentes. Con el apoyo de una compañía panzer, su batallón de reconocimiento de semiorugas se lanzó directamente al ataque y alcanzó el pueblo de Escoville, al sur de Ranville. «Y entones, se abrieron las puertas del infierno», escribió Von Luck. «Cañones navales de enorme calibre, hasta de treinta y ocho centímetros, artillería y cazabombarderos nos machacaron continuamente».

El ataque fue frenado en seco y perdieron el contacto por radio. Los soldados intentaron desesperadamente ponerse a cubierto y los heridos se retiraron como pudieron. A la carrera, Von Luck alcanzó a sus comandantes en la vanguardia y les ordenó que abandonaran el ataque y empezaran a atrincherarse. Sus hombres, no obstante, no habían sido los únicos en la *21. Panzer* que habían sido frenados en seco. Lo mismo les había sucedido a los panzer del *Oberst* Oppeln-Bronikowski. Éste, tras abrirse paso laboriosamente, centímetro a centímetro, por el extremo sur de Caen, giró al norte, entre los británicos y los canadienses en Sword y Juno. Por desgracia para los panzer, los Voluntarios de Staffordshire los vieron venir y reubicaron

sus Sherman Firefly para tenderles una emboscada. Estos tanques estaban equipados con un cañón anticarro de diecisiete libras (76,2 mm), un arma que podía disparar un proyectil a más de novecientos metros por segundo, una velocidad superior incluso a la del cañón de 88

mm alemán. Estos Firefly hicieron picadillo a los panzer de Oppeln-Bronikowski, destruyendo trece en pocos minutos. Varios panzer siguieron avanzando y llegaron a la costa, pero no lograron nada significativo y pronto tuvieron que retirarse. El pretendido contraataque en masa no había tenido ni el peso ni la coordinación necesarias y había fracasado. Con cada hora que pasaba, los Aliados se afianzaban sobre el terreno.

Las tropas alemanas estaban también en retirada en Omaha. A Franz Gockel, como le había sucedido a Karl Wegner, se le había acabado la munición y estaba rodeado de tropas norteamericanas por todas partes. Abandonó su búnker con los camaradas que habían sobrevivido y corrieron por la trinchera de comunicaciones para intentar escapar. Por desgracia para ellos, la trinchera zigzagueaba por la colina a la vista de todos y uno de sus hombres fue abatido de un tiro en la cabeza y otro fue herido. Luego Gockel recibió un disparo en la mano. Un camarada se la vendó rápidamente lo mejor que pudo y continuaron, arrastrándose y luego corriendo, atravesando con esfuerzo los espesos setos y cruzando los campos en dirección a Coleville. Al final, llegaron al puesto de mando de la compañía, en las afueras del pueblo, sólo para enterarse allí de que los estadounidenses habían tomado el propio pueblo. Saint-Laurent, el siguiente pueblo hacia el este, estaba al parecer también en manos estadounidenses. El comandante de la compañía había caído. «Nosotros, que estábamos heridos, no podíamos esperar allí protección ninguna», escribió Gockel. «Constantemente nos

sobrevolaban aviones enemigos, que atacaban cualquier cosa que pareciera que transportaba tropas [275] ».

Gockel y otros heridos fueron subidos a un camión y transportados a velocidad de vértigo hacia un hospital en Bayeux, lejos de la violencia y el terror de los combates de aquel día en la costa. Desde el camión, Gockel vio en el mar la flota invasora, enorme y amenazante, con globos de barrera flotando sobre ella. En los campos, las vacas yacían muertas y la carretera estaba llena de escombros. Un poco más allá, un equipo funerario enterraba a algunos de los muertos. Al final, el estado de la carretera impidió que el camión siguiera avanzando y se les dijo a los heridos que intentaran alcanzar Bayeux a pie. Mientras

caminaban por la carretera, algunos granjeros se ofrecieron a llevarlos en sus carros. «Ni siquiera en éstos», añadió Gockel, «estábamos a salvo de los *Jabos*[276]».

Karl Wegner y sus dos camaradas, mientras tanto, habían conseguido llegar a la carretera de Vierville y, siempre atentos al cielo, continuaron en dirección al pueblo, pero se encontraron con muertos desperdigados por la carretera. «Parecía que un *Jabo* los había atrapado al descubierto», dijo[277]. Superando las náuseas, registraron los cuerpos en busca de munición. Pronto se encontraron con otro grupo de soldados. Un *Feldwebel* les ordenó unirse a ellos y juntos se alejaron de la población tan pronto como tuvieron noticia, por un rezagado, de que Vierville estaba en posesión de los estadounidenses. Continuaron moviéndose hacia el oeste, hasta que se encontraron con otras tropas, en las que había varios oficiales, refugiadas bajo un árbol de los ataques de los *Jabas*. Uno de los oficiales les preguntó que estaban haciendo y de dónde venían, pero ninguno contestó, temerosos de dar la respuesta equivocada y de que los ejecutasen por desertores. Lejos de ello, Wegner y sus dos amigos fueron asignados como reemplazos a la 4. *Kompanie* del *GrenadierRegiment* 914 y se les dijo que marcharan hacia Pointe du Hoc, donde las tropas estadounidenses habían tomado la batería. Su misión era recuperarla. Se le entregaron a Wegner unas cuantas balas de madera. En condiciones normales, eran balas que sólo se utilizaban durante el adiestramiento, pero, según le dijeron, bastaban para hacer que el enemigo no asomara la cabeza.

Las fuerzas aéreas tácticas de los Aliados campaban prácticamente a sus anchas por Normandía. Ese día sólo unos ochocientos aviones de la *Luftwaffe* estaban en el frente occidental, de los cuales sólo ciento veinte eran cazas. Uno de éstos lo pilotaba el teniente Wolfgang Fischer, quien, junto con otros once pilotos, había despegado alrededor de las 9.30 de la mañana en su Focke-Wulf 190 armado con un cohete Nebelwerfer — un «Moaning Minnie» o mortero de fuego rápido — bajo cada ala, con órdenes de disparar los cohetes contra la flota de invasión. Cuando llegaron a la costa de Normandía, a Fischer lo sobrecogió la escala de la invasión. Dio una vuelta en

círculo, sin que lo molestaran los aviones aliados, y luego, tras apuntar minuciosamente a un gran buque de guerra, disparó sus cohetes. Era la primera vez que lo hacía y le sorprendió bastante. Si acertó o no el objetivo, no lo supo, pero ahora, sin el peso de los cohetes, volvió a la playa y la sobrevoló a novecientos pies de altura. «Abrí fuego contra la masa de hombres y material que abarrotaban la costa», escribió. «Tras los espectaculares y ruidosos fuegos artificiales que habían

acompañado el lanzamiento de los dos cohetes, el martilleo de mis cañones, ahogados por el rugido del motor, sonaba como las inofensivas detonaciones de una pistola de petardos [278] ».

Ésta fue una de las muy escasas apariciones de la *Luftwaffe*, que realizó solamente unas ochenta salidas — vuelos de combate individuales — durante todo el día. En cambio, las fuerzas aéreas, aliadas hicieron la mareante cifra de 14 674 salidas. Gabby Gabreski voló en cuatro ocasiones ese día, y Archie Maltbie, en tres. Sobre Omaha, Maltbie vio la intensidad de los combates en tierra. Incluso apreció como la sangre teñía de rojo el mar cercano a la orilla. Ken Adam y su escuadrilla de Typhoon del Escuadrón 609 volaban más al interior cuando, cerca de Lisieux, avistaron y atacaron una columna de la *PanzerLehr* de Bayerlein, que ya estaba por fin en marcha. Adam y sus pilotos no fueron los únicos aviones aliados que atacaron a la *PanzerLehr* ese día.

El *Feldmarschall* Rommel llegó finalmente a La Roche-Guyon en torno a las 9 de la noche, para cuando los diversos contraataques alemanes ya habían sido todos rechazados. Incluso Hillman fue al final superada, a pesar de que el *Oberst* Krug aún resistía en su búnker y no se rendiría hasta la mañana siguiente. Por todo el frente de invasión, al caer la noche, los Aliados habían conseguido la cabeza de playa que querían. Los días siguientes, no obstante, iban a ser cruciales. Empezaba la carrera para hacer llegar hombres y suministros al frente y, en el esfuerzo de los Aliados por ganar esta nueva competición, las fuerzas aéreas desempeñarían un papel decisivo.

Las bajas entre los que estaban en la línea de fuego habían sido considerables, aunque, desde la perspectiva estadounidense, quizá no tan altas como a menudo se piensa. La 29.º División de Infantería sufrió 321 muertes; la 1.ª, 107; el V Cuerpo, incluidos Rangers y tanquistas, 349; y la Marina de Estados Unidos y la Marina Real, 65; lo que suma 842 muertos aliados en Omaha, un 2,8 por ciento de todos los que desembarcaron allí el Día D. Fueron muchos, pero muchos menos de los que podrían haber sido o de los que la narrativa que ha llegado a nosotros da a entender. El total de bajas de los Aliados en Omaha — incluyendo muertos, heridos y desaparecidos — fue mayor, 4725 en total. Por otro lado, gran parte de la corteza alemana que defendía la costa había sido barrida. Es imposible determinar las cifras exactas, pero la *716.*

Infanterie-Division, por ejemplo, dejó de existir como unidad de combate. Hombres como Karl Wegner y Franz Gockel, quienes, de algún modo, consiguieron sobrevivir a la carnicería, se encontraban

ahora entre rostros desconocidos, hambrientos, agotados y apenas capaces de comprender lo que había sucedido.

Al sur de la playa Juno, Charlie Martin no pudo evitar echarse a llorar. La mitad de su compañía había desaparecido, hombres con los que había vivido y se había entrenado durante años habían sido aniquilados y ahora estaban muertos o heridos.

Hacia medianoche, hubo un breve intercambio de fuego y se hicieron varios prisioneros alemanes. Poco después, Martin vio que alguien encendía un cigarrillo y le gritó que lo apagase. Resultó ser el oficial al mando, el teniente coronel Jock Sprogge. «Charlie», le dijo a Martin, después de tragarse la reprimenda a pesar de ser su superior, «es un día muy triste. Hemos perdido a tantos hombres buenos [279] ».

En verdad había sido un día triste, un día terrible de una violencia tal que desafía la imaginación. Sin embargo, convergían ahora en Normandía no sólo muchas más tropas y suministros aliados, sino también algunas de las mejores tropas de todas las fuerzas armadas alemanas. El dilema de Alemania era que sus unidades con mejor adiestramiento y equipo eran las móviles — las divisiones panzer —, que por tanto no habían estado defendiendo la corteza exterior de la Muralla Atlántica. De haber estado allí, quizá la historia habría sido muy distinta, pero su propia naturaleza hacía que lo lógico fuese desplegarlas tierra adentro, e incluso si Rommel se hubiera salido con la suya, no habrían estado defendiendo la costa propiamente dicha. En lugar de a ellas, los Aliados se habían enfrentado a soldados que eran o muy viejos o muy jóvenes, a hombres recuperados de heridas incapacitantes o que habían sido llevados a la línea de fuego contra su voluntad. A estas alturas, en el quinto año de guerra, ya no existían las divisiones de infantería alemanas rebosantes de hombres jóvenes, en forma y motivados. Las habían consumido los largos años de combate en las lejanas regiones de la Unión Soviética, el norte de África y el Mediterráneo.

Sin embargo, todavía quedaban hombres de aquel tipo, y estaban en las divisiones panzer, que rezumaban potencia de fuego y tenían las mejores armas del arsenal alemán. A pesar de los incontables problemas con los que se enfrentaban los alemanes, estas tropas todavía representaban una amenaza potencial para cualquiera que se enfrentase a ellas, y muy especialmente en el difícil terreno de Normandía. En las próximas semanas, no habría una mayor concentración de divisiones panzer en ningún otro lugar de la guerra que aquí, en este rincón del noroeste de Francia. El Día D, a pesar de todo su horror, fue sólo el primero de una campaña que se alargaría

durante otros setenta y seis largos, difíciles y brutales días, hasta que terminara la batalla de Normandía.

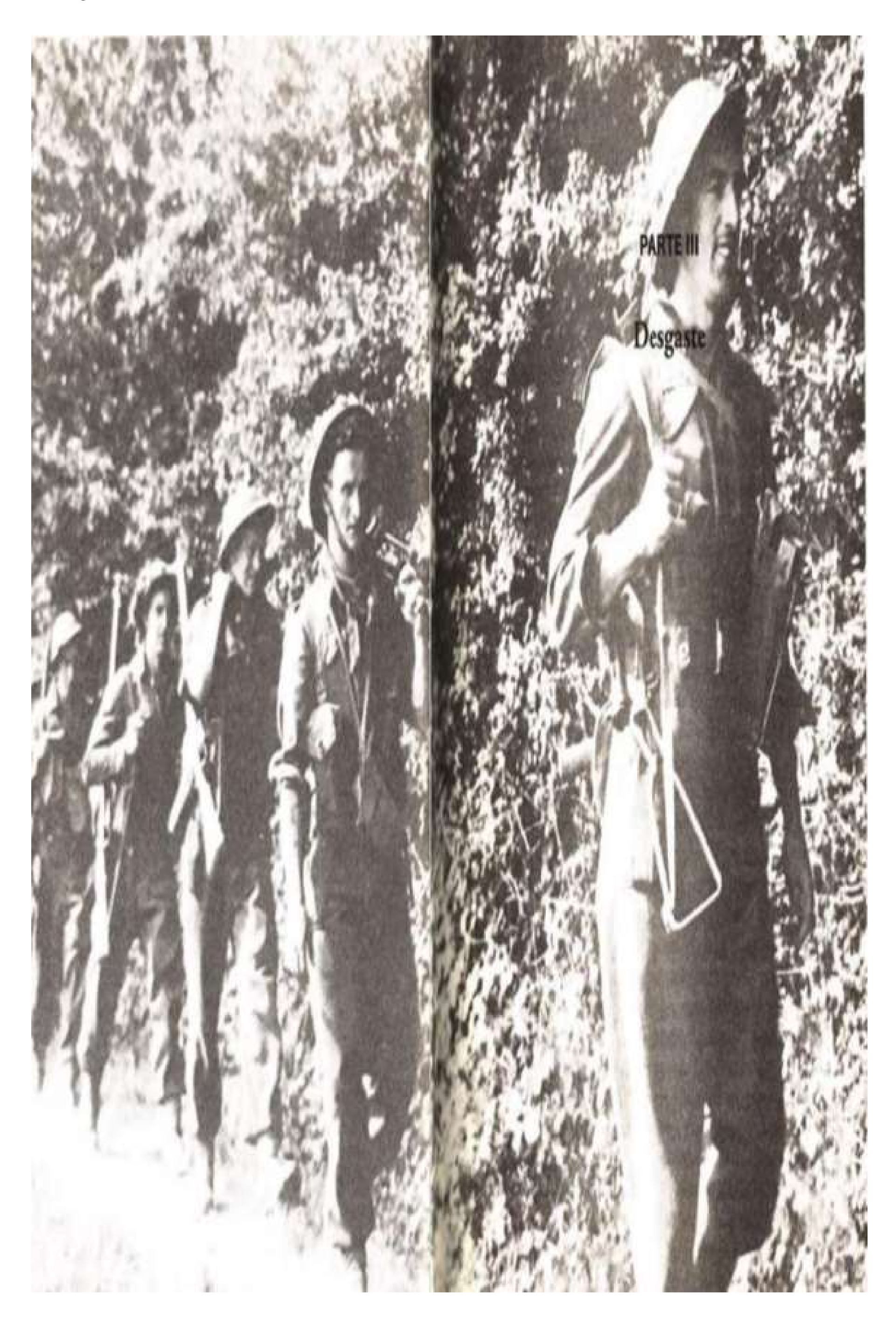


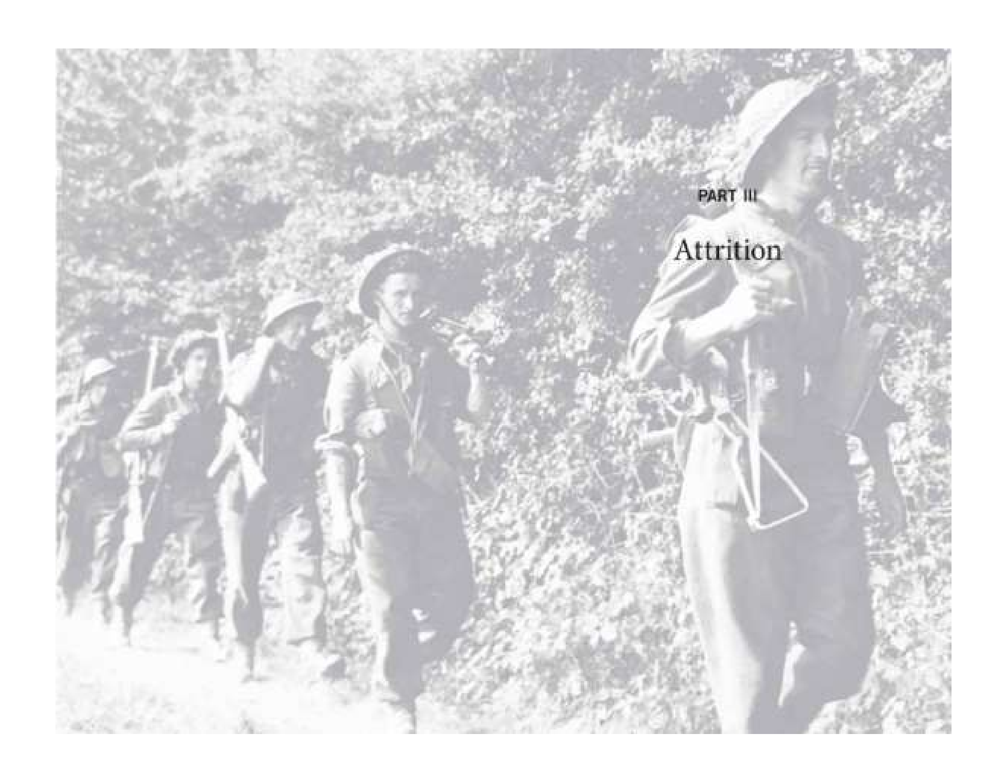
El soldado raso Vincent Kamolz de la 26.ª de Infantería de Estados Unidos, de la 1.ª División de Infantería, se frota los ojos con cansancio.



El soldado Vincent Kamolz, de la 26ª Infantería estadounidense, 1ª División de Infantería, se frota los ojos agotado.

PARTE II





Capítulo 15

Cabeza de puente

El total de fuerzas alemanas en Normandía rondaba las 78 000, más o menos la mitad, por lo tanto, del número de tropas aliadas que desembarcaron en el Día D. Desde luego, no todas estas tropas estaban defendiendo «la corteza», pero la regla de oro de cualquier operación ofensiva es contar con una superioridad numérica de 3:1 en el punto de ataque, y los Aliados no la tenían. Ése era otro de los motivos por que era apremiante para ellos aumentar sus fuerzas sobre el terreno durante los días siguientes.

Peor todavía, el OB West contaba con unos 880 000 hombres, la mayoría de los cuales podían, en teoría, ser enviados a Normandía, aunque las fuerzas aéreas aliadas estaban haciendo lo posible para asegurarse de que eso no sucediera.

El mayor Dick Turner había llevado su 356.º Escuadrón de Caza, uno de los tres que formaban el 354.º Grupo de Caza, a Christchurch, en la costa sur de Inglaterra la tarde del 6 de junio, pero al día siguiente

estaba otra vez en pie antes del alba y poco después se reunía con sus pilotos para informarlos. El plan era volar directamente hacia la cabeza de playa y dar apoyo aéreo al frente de invasión durante una hora, de modo que al amanecer ya estaban a bordo de sus Mustang, volando sobre el canal. Las nubes habían reducido algo su espesor, así que volaban bastante bajo, a unos cuatro mil pies (unos 1200 metros), lo que les permitió ver gran cantidad de escombros sobre el mar: trozos de aviones, manchas de aceite y otros restos.

Al acercarse a la costa, Turner divisó barcos, botes y lanchas de desembarco que se extendían a lo largo de kilómetros en una espectacular demostración de fuerza. Se aseguró de agitar las alas al pasar sobre los buques de guerra — a pesar de que los aparatos tenían pintadas las nuevas franjas de invasión — y luego dirigió a su escuadrón a lo largo de las playas. El suelo estaba cubierto de material y vehículos, e incluso vio columnas de hombres y vehículos avanzando hacia el interior; los Aliados habían conseguido una cabeza de playa, estaba claro. «Todo parecía muy ordenado y pacífico a cuatro mil pies de altura», anotó, «pero, a cada tanto se veía un barco medio hundido, un vehículo en llamas o algún tipo de resto imposible de identificar [280] ».

Miraba una y otra vez en todas direcciones, buscando cazas alemanes, pero vio sólo uno, que intentó entrar en la zona volando bajo y se encontró con el devastador fuego cruzado de dos cruceros, que lo hicieron caer en barrena al mar dejando una estela de llamas y humo.

Los Mustang del 354.º Grupo de Caza no fueron, ni mucho menos, los únicos cazas sobre la cabeza de playa esa mañana. La operación puso a las fuerzas aéreas tácticas al límite de sus fuerzas; tuvieron que desplegar un paraguas protector sobre las playas y, además, hacer incursiones tierra adentro: había que hacer todo lo posible para ralentizar y limitar la capacidad de las unidades alemanas para llegar al frente. Ken Adam, del Escuadrón 609, voló en dos ocasiones aquel día, y algunos escuadrones hicieron cuatro o incluso cinco viajes a través del canal. No es sorprendente que los alemanes se sintieran abrumadoramente acosados desde el aire.

No sólo los cazas ocupaban los cielos del frente de Normandía. Ahora que ya no había necesidad de guardar el secreto, los bombarderos aliados podían concentrarse en aislar Normandía. El teniente Smitty Smith, del 550.º Escuadrón de Bombardeo, y su tripulación habían estado de permiso durante unos días y se habían perdido el Día D, pero a las 9 de la mañana del miércoles 7 de junio volvían a estar en el aire. Su objetivo era la playa de maniobras del ferrocarril en Niort,

en Francia, al suroeste de Poitiers, pero, cuando llegaron al objetivo, descubrieron que se les habían adelantado, así que pusieron rumbo a su objetivo secundario, sólo para encontrar que éste también había sido destruido. Continuaron rumbo al tercero, un puente, bastante lejos de la costa de Normandía. El trayecto les tomó la mayor parte de la jornada. Fue su vigésima misión, lo que les daba derecho a añadir las Hojas de Roble a las medallas aéreas que ya poseían y a añadir una segunda Estrella de Batalla a su Medalla del Teatro de Operaciones Europeo. Más importante aún, quería decir que sólo les quedaban cinco misiones para acabar su turno de servicio.

Smith se sentía razonablemente animado ante esta perspectiva cuando el capitán Moon Baumann, se le acercó, con pinta de estar de mal humor.

—Han aumentado el turno a treinta misiones — les dijo —. No me esperéis. Voy al Club… ¿Queréis venir a tomar una copa [281] ?

—No —contestó Smith—. Creo que voy a fumarme un pitillo y vomitar. — La noticia lo había puesto furioso —. Me sentía como si estuviera muerto — escribió —.

No habría futuro para mí.

Otro bombardero que no se sentía particularmente optimista sobre el futuro era el teniente Joe Boylan, del 391.º Grupo de Bombardeo. Les habían asignado la misión, bastante avanzado el Día D, de bombardear una playa de maniobras ferroviaria en Briouze, a algunos kilómetros al sur de Caen. La información de Inteligencia sugería que los alemanes iban a descargar allí cincuenta tanques la mañana siguiente; su trabajo era asegurarse de destruir los tanques. Volarían en sus bombarderos medios B-26 a baja

altitud, una perspectiva que hizo a Boylan pasar toda la noche nervioso; durmió poco, imaginando la gran intensidad del fuego antiaéreo que encontrarían en Briouze. El desayuno fue sombrío, nadie habló mucho. En la sesión de información, no hubo novedades respecto de la tarde pasada. «Así que todos los aspectos negativos posibles se sumaban», escribió Boylan. «Iba a ser una misión infernal [282] ».

Poco después de cruzar el canal a sólo cuatrocientos cincuenta metros de altura, se acercaron a su objetivo. La ciudad era pequeña y la playa de maniobras destacaba mucho, pero no había ni rastro de la supuesta descarga de los panzer. Se produjo un breve debate por radio: ¿debían

buscar otro objetivo o atacar la estación de todos modos? Alguien señaló que quizá el tren iba con retraso y que bombardeando la estación le impedirían efectuar la descarga, lo que quizá fuera igual de efectivo que destruir los tanques. «Esto tenía todo el sentido del mundo», apuntó Boylan. «Así que bombardeamos a fondo la playa de maniobras y el tren [283] ». Para alegría de todos, tanto él como si tripulación regresaron sanos y salvos, aunque uno de sus aviones fue derribado sobre Caen. «¡No está mal para ser sólo el segundo día de la invasión!», anotó. «Estábamos muertos de miedo, pero las cosas estaban saliendo bastante bien [284] ».

Los refuerzos alemanes, por otra parte, estaban llegando al frente. El *Oberleutnant* Cornelius Tauber había conseguido salvarse del horror de ser quemado vivo y se había encontrado con un grupo de hombres de las *WaffenSS*. Eran del batallón de reconocimiento de la 12. SS «Hitlerjugend» y a Tauber le chocó de inmediato la diferencia de mentalidad entre aquellos hombres jóvenes, agresivos y confiados y los hombres a los que había comandado en los búnkeres. También contempló estupefacto como destruían dos Sherman canadienses con sus Panzerschreck — lanzacohetes de mano — y luego abatían a sus tripulaciones cuando éstas abandonaban los vehículos.

Los hombres de las SS eran una avanzadilla que se había enviado al frente sin permiso, pero el resto de la división ya estaba en marcha.

El *Standartenführer* Kurt Meyer había llegado a la carretera Caen-Villers-Bocage alrededor de las once de la tarde anterior y vio cómo varios Typhoon atacaban una columna del *SS-Panzer-grenadier-Regiment* 25. Los vehículos estaban ardiendo, mientras adelante, en la distancia, se veía Caen en llamas. «Un soldado estaba tendido en la carretera», escribió Meyer, «y un chorro de sangre manaba de su garganta». Después explotó un camión lleno de municiones. También dispararon a una columna de refugiados. Con no poca satisfacción, Meyer oyó a una anciana francesa gritando:

«¡Asesinos! ¡Asesinos! » [285] .

Hacia medianoche estaba frente al *Generalmajor* Wilhelm Richter, comandante de la 716. *División* y uno de los generales alemanes con menos talento, recibiendo un informe de la situación. Durante la sesión informativa, el *Oberst* Krug llamó y transmitió que había tropas británicas sobre el techo de su búnker y que no sabía cómo actuar. Richter se quedó en silencio unos instantes y luego le dijo que hiciera lo que creyese que tenía que hacer y luego colgó. Krug se rindió temprano esa mañana y fue hecho prisionero por los británicos. La

716. *División* había dejado de existir. El *General* Feuchtinger estaba también presente y ofreció un panorama igual de sombrío: la *21. Panzer* no estaba tampoco en buena forma y se rumoreaba que el enemigo había llegado a Carpiquet.

Tras los deprimentes informes de Richter y Feuchtinger, Meyer volvió con sus hombres. El *Obergruppenführer* Fritz Witt, el comandante de la 12. *WaffenSS*, les ordenó que atacaran desde el lado occidental de Caen a mediodía, pero Meyer rápidamente descubrió que no era tarea fácil. Su conductor había cambiado su habitual coche blindado por un *Kübelwagen*, más pequeño y discreto, pero, al poco de arrancar, acabaron en una zanja tras dar un volantazo para evitar las balas de los cañones de los cazas que los sobrevolaban. «¿Dónde está nuestra *Luftwaffe*, por el amor de Dios?», se preguntaba Meyer [286] .

Se sintió mejor una vez instalado en la vieja abadía abandonada de las Ardenas, protegido por sus gruesas paredes de piedra. Había también una iglesia con dos torres que funcionaban como puestos de observación. Temprano, la mayor parte de sus hombres ya estaban listos y en posición para atacar en las afueras al norte de Caen, pero seguían sin llegar sus tanques. No aparecieron hasta las 10 de la mañana; los constantes ataques de cazabombarderos los habían ralentizado considerablemente, pero hacia mediodía contaba con unos cincuenta Panzer IV, aunque las baterías navales de los barcos de la costa disparaban entonces contra ellos. Meyer subió a una torre de la iglesia y miró hacia el mar, que vio lleno de barcos, y divisó formaciones de tanques enemigos en torno a la ciudad de Douvres. «Todo el paisaje parecía un hormiguero», reflexionó.

«Y a nuestras espaldas había ruinas humeantes, carreteras vacías y vehículos en llamas». Los cazabombarderos hicieron acto de presencia y atacaron la abadía, pero, aunque los hombres los maldijeron como quien se enfrenta a una plaga, en esta ocasión causaron pocos daños. Más adelante esa tarde, contraatacarían, y con mucha intensidad.

El *Obergruppenführer* Witt le había dicho a Meyer y a todas sus unidades que debían estar listas para atacar a las cuatro de la tarde. Meyer recordaba el gran lema del general Guderian: « *Klotzen nicht kleckern!* [287] ». Ataca con fuerza, no con suavidad.

El general Dwight D. Eisenhower sentía un inmenso alivio. Había preparado una nota para anunciar el fracaso de Overlord en el caso de que se diera esa circunstancia, pero, en verdad, tenía motivos para estar muy satisfecho. Unos 75 215 británicos y canadienses habían desembarcado en el Día D, junto con 57 500 estadounidenses y más de

23 000 tropas aerotransportadas. La Muralla Atlántica de Rommel no había impedido que más tropas aliadas penetrasen en Normandía y, a pesar de la violencia y brutalidad del combate, lo habían conseguido con menos bajas de las que habían esperado o estaban dispuestos a soportar, incluso teniendo en cuenta las pérdidas en Omaha. Era cierto que no habían alcanzado todos los objetivos, pero en torno al 7 de junio Omaha ya no estaba bajo peligro y, en Utah, la 4.ª División estaba ya bastante tierra adentro y había conectado con las tropas aerotransportadas. Mientras, en las playas británicas y canadienses, las tropas habían avanzado entre seis y once kilómetros hacia el interior. Incluso con la inesperada y tenaz resistencia en Hillman, la 3.ª División británica había conseguido avanzar más de la mitad del camino hacia Caen, con los canadienses a muy poca distancia. Si Hillman hubiera sucumbido como lo había hecho Morris — y como lo hicieron las otras posiciones defensivas en el frente de invasión —

, Caen habría sido tomada y no habrían existido setenta años de críticas a toro pasado.

En cualquier caso, pronto Eisenhower estaría él mismo en suelo francés. Esa mañana, el día 7, se había levantado temprano y, con el almirante Ramsay, había zarpado de Portsmouth en el minador rápido HMS *Apollo*, que podía cruzar el canal de la Mancha a 40 nudos. También en Normandía estaba ahora el general Montgomery, quien había subido al destructor HMS *Faulknor* la noche anterior a las diez, dejando al general de división Freddie de Guingand, su jefe de Estado Mayor, guardando el fuerte en Inglaterra mientras él viajaba en compañía de su cuartel general táctico. Monty era muy estricto en cuanto a dormir bien por la noche — argumentaba, con bastante razón, que necesitaba descansar bien para tener la mente despejada — así que se retiró a su camarote con órdenes de que no lo molestaran hasta las 6 de la mañana.

A bordo del *Augusta* el capitán Chet Hansen fue despertado a las 4.40 de la madrugada, con la advertencia de que Monty llegaría sobre las 6. Puesto que no se había ido a dormir hasta la 1 de la madrugada, el capitán estaba agotado. El general Bradley, en cambio, parecía tan fresco y alegre como siempre. De hecho, el *Faulknor* se perdió un poco de camino, pero consiguió recuperar el rumbo y evitar las minas y, según lo previsto, se reunió con ellos en las aguas frente a Omaha, de modo que Bradley, con Hansen a remolque, se acercó a él para conferenciar con Montgomery a alrededor de las 6.30. «Decisión tomada en vista de la dificultad de establecer la cabeza de playa inicial», garabateó apresuradamente Hansen en su diario, «de hacer un

esfuerzo inmediato para unir Utah y Omaha a toda costa y tan rápido como sea posible [288] ». Se trataba de un esfuerzo fundamental, y también era crucial que la acumulación de fuerzas continuara sin pausa y con la mayor rapidez. Montgomery y Bradley esperaban un contraataque probablemente el día D más cuatro o D más cinco, es decir, alrededor del 10 u 11 de junio. La constante mala mar, sin embargo, estaba dificultando el proceso de descarga de tropas y material.

Montgomery quiso ver de inmediato al general Miles Dempsey, que estaba a bordo del HMS *Scylla*, pero el *Faulknor* no consiguió localizar rápidamente al otro buque. Se enviaron mensajes urgentes y pronto se consiguió localizar al comandante del Segundo Ejército, que fue traído a bordo. Ya eran alrededor de las 9 de la mañana y Dempsey tenía mejores noticias. No se había tomado Caen, pero sus tropas hacían progresos notables. La oposición, hasta entonces, había sido de diversa intensidad y, en algunos lugares, muy fuerte, pero hasta el momento no había ningún indicio de un contraataque coordinado y a gran escala. Por otra parte, era evidente que la *21. PanzerDivision* se estaba organizando y que la 12. *SS-Panzer-Division* se aproximaba igualmente al oeste de Caen: habían capturado e interrogado a un prisionero de una unidad de reconocimiento de dicha división. Lo que preocupaba a Dempsey era la velocidad a la que se estaban descargando hombres y material. Había hablado con el almirante Philip Vian, el comandante de la Fuerza Operativa Oriental, que había prometido hacer cuanto estuviera en su mano para mejorar la situación, incluyendo embarrancar barcos directamente en la playa, cosa que ya se estaba produciendo en Omaha. «A menos que baje el viento y el mar mejore», apuntó Dempsey, «la acumulación va a resultar muy difícil [289] ».

La rápida acumulación de tropas y el establecimiento de una cabeza de playa hermética y conectada eran la prioridad máxima de los comandantes aliados.

Conseguirlo pasaba por encima de cualquier otra cosa. Si durante la fase de planificación se oyeron muchos alardes, especialmente por parte de Monty, sobre avanzar incluso más allá de Caen durante el Día D, también se había expresado una profunda preocupación por la posibilidad de que toda la empresa acabase en fracaso.

En D más uno, el humor en el bando aliado era el siguiente: inmenso alivio porque la invasión, hasta el momento, había ido mucho mejor de lo que muchos se habían atrevido a esperar, pero no tan bien como en el escenario más optimista. No existía, sin embargo, ninguna complacencia, y la imperiosa necesidad de unir todas las áreas de la

cabeza de playa, así como de acelerar la descarga era para todos, acertadamente, lo más crucial. No podía permitirse bajo ninguna circunstancia que la invasión se hundiera, y esa realidad pragmática se imponía a cualquier otra consideración.

Una vez se aseguraran de que la operación ya no estaba amenazada, los Aliados podrían pasar a volcarse en el ataque. Ahora sería una locura, y todos estaban de acuerdo, que algunas unidades se adelantaran sin contar con el apoyo adecuado, pues quedarían con los flancos expuestos y se arriesgarían a ser embolsadas. Lo que los Aliados habían aprendido en sus combates con los alemanes es que éstos siempre contraatacaban y eran agresivos de forma instintiva. Algunas unidades, por supuesto, podían presionar y avanzar, pero, en términos generales, el avance real en una fase tan temprana de la campaña sólo tenía sentido si se producía a lo largo de todo el frente.

Montgomery se había labrado una reputación por su énfasis en la necesidad de concentrar tropas y material para conseguir una superioridad abrumadora, y en avanzar metódicamente con una aplastante potencia de fuego en apoyo de a la infantería y los blindados. Precisamente este enfoque permitía que el número de tropas en primera línea del frente fuera comparativamente pequeño, lo que, a su vez, contribuía a salvar muchas vidas. Era un método especialmente adecuado para los ejércitos de las democracias occidentales, que contaban con abundante maquinaria y tecnología avanzada, y estaban formados en su mayor parte por reclutas extraídos de los civiles. Es concebible que un avance agresivo pudiera haber resultado en una brecha decisiva, pero era mucho mejor, en esta fase, mantener la presión a lo largo de todo el frente, lo que, a su vez, ponía presión sobre los alemanes en Normandía, fueran los hombres cansados de la batalla que habían sido desalojados de la costa o las nuevas tropas que llegaban al combate.

Eisenhower llegó a Normandía antes de mediodía y durante las siguientes pocas horas se acordó el curso de acción para los días siguientes sin que nadie se opusiera ni lo discutiera. Claramente, el foco de los combates estaría en dos áreas. La primera, entre Omaha y la península de Cotentin — era esencial que Isigny y luego Carentan fueran tomados con rapidez — y la segunda, alrededor de Caen, donde ya, según parecía, empezaban a concentrarse los blindados alemanes, justo como Montgomery había predicho.

«A veces es difícil en esta vida admitir que uno se ha equivocado», escribió el mariscal del Aire *sir* Trafford Leigh-Mallory a Eisenhower el miércoles, 7 de junio,

«pero nunca he sentido tanta alegría por equivocarme como en lo referente a las Fuerzas Aerotransportadas de Estados Unidos[290]». Después de todo el follón que había armado y de su inquietante histeria, lo menos que podía hacer era mostrar un poco de humildad. A pesar del caos, no había duda de que las operaciones aerotransportadas habían tenido considerablemente más éxito que cualquiera de las que los Aliados habían intentado antes y habían alcanzado de sobra su principal objetivo,

que era defender los flancos y crear el caos entre los defensores. Más refuerzos en planeadores habían llegado a las áreas británica y norteamericana durante la tarde y noche del mismo Día D y también durante la mañana del 7 de junio; todas estas tropas habían funcionado tan bien como se esperaba de ellas y mucho mejor de lo que algunos, entre ellos Leigh-Mallory, habían predicho. De los tres batallones del 325.º de Infantería de Planeadores que habían aterrizado, por ejemplo, sólo había cincuenta y siete hombres desaparecidos, y alrededor del noventa por ciento del regimiento había estado listo para la acción y para apoyar a la 82.ª Aerotransportada en menos de dos horas.

El principal problema era el tiempo que estaba tomando a los paracaidistas llegar a las zonas asignadas. A medianoche del Día D, la 82.ª seguía contando con sólo dos mil hombres y la 101.ª, con unos 2500 — entre un tercio y dos quintos de su fuerza total —.

Si los que todavía faltaban hubieran conseguido moverse a una velocidad de sólo 1,6

kilómetros por hora, tres cuartos de los que habían saltado habrían podido entrar en acción contra los objetivos asignados. Demasiados de ellos se vieron atrapados en extenuantes intercambios de fuego o el enemigo pudo fijarlos en posición o tuvieron otros percances a lo largo de horas y horas, lo que consumió gran cantidad de tiempo y restringió su movilidad.

«El 7 de junio», escribió el teniente-coronel Mark Alexander, «nos encontramos bajo fuego constante[291]». Seguía comandando el 1.er Batallón de la 505.ª RPI, mientras el general de brigada Jim Gavin, el Oficial Ejecutivo de la división, estaba avanzando al mando de los hombres por la carretera en Chef-du-Pont. La mayoría de las tropas habían estado cavando frenéticamente y ahora estaban en pozos de tirador a lo largo de los setos y alrededor de los edificios de La Fière. La tarea de los paracaidistas era asegurarse de que no pasaran tropas alemanas por la calzada elevada que amenazaran sus posiciones y, con

ellas, el flanco occidental de los estadounidenses en Cotentin. La cuestión era si podrían resistir hasta que llegasen refuerzos, a pesar de que cada vez les quedaba menos munición. Desde su pozo, Alexander veía a la infantería alemana moviéndose por Cauquigny, al otro lado del área inundada, pero él y sus camaradas tenían sólo ametralladoras de calibre 30, un puñado de morteros y un único cañón antitanque de 57 mm al que sólo le quedaban seis proyectiles. Este cañón y los morteros tenían que reservarse por si los alemanes intentaban otro asalto por la calzada elevada y el puente.

A las 8 de la mañana fueron blanco de un riguroso ataque con morteros que roció sus posiciones con fragmentos de metralla y trozos de suelo. Luego cuatro tanques avanzaron por la calzada elevada, con un Panzer III a la cabeza, seguido por antiguos modelos franceses capturados en 1940. Se colocó en posición el cañón de 57 mm y, una vez los tanques se hubieron acercado lo bastante, varios paracaidistas con bazucas

salieron de sus hoyos y abrieron fuego. Los primeros dos tanques fueron rápidamente destruidos y los otros dos se retiraron. Llovió sobre los paracaidistas más fuego de artillería pesada y las bajas empezaron a aumentar rápidamente.

No muy lejos de allí, la familia Dubosq seguía haciendo todo lo que podía para ayudar a los estadounidenses. Geneviève estaba preocupada por su teniente con la pierna rota. Muy avanzada la noche anterior, había ido a ver cómo se sentía y lo había encontrado abrasado por la fiebre, cubierto en sudor y casi incapaz de hablar. A la mañana siguiente, sin embargo, seguía vivo, aunque nadie estaba seguro de cuánto tiempo sobreviviría si no recibía atención médica profesional. La madre de Geneviève intentó hallar a algún médico. Después de ordeñar las vacas en la granja, que estaba a poca distancia, un poco más apartada del río, dio gran parte de la leche a los estadounidenses que estaban atrincherados allí y les preguntó por un médico. No había ninguno entre ellos, pero los paracaidistas le prometieron que enviarían ayuda al teniente Wingate tan pronto como fuera posible.

Más adelante esa mañana, tres alemanes se acercaron a su casa, sin que los detectaran los estadounidenses. Uno había sido alcanzado en la pierna y había perdido mucha sangre, y otro tenía una bala en el talón.

—Por favor, señora —dijo el tercero, un oficial que no estaba herido, en buen francés — el chico ha perdido mucha sangre. Morirá si no lo

ayuda.

La señora Dubosq los hizo pasar a su casa y los ayudó en lo que pudo mientras el oficial se sentaba desconsolado y Geneviève le daba un poco de café. De repente, uno de los estadounidenses heridos, Kerry Hogey, entró en la habitación. El oficial alemán y él se miraron el uno al otro y luego el oficial alemán le ofreció la mano. Todavía con cautela, Hogey se la estrechó.

—No entiendo nada —escribió Geneviève —. Los dos hombres se sonríen y están sentados juntos frente al hogar [292] .

Pronto llegó un *jeep* y un estadounidense entró para ver cómo estaba el teniente Wingate y asegurarle que regresaría pronto con ayuda médica. Al salir, se volvió al oficial alemán y le dijo «Prepárese para venir conmigo cuando vuelva. Nos enseñará dónde están los alemanes». Después de que se marchara, el alemán pidió una pluma y un poco de papel para escribir a su esposa. «Hoy voy a morir», les dijo. «No volveré a ver a mi familia». La señora Dubosq trató de animarlo, pero él sacudió la cabeza con tristeza. Sus camaradas le dispararían si lo veían con los estadounidenses. Y, en efecto, cuando regresó el *jeep*, los estadounidenses le dieron a Wingate unas pastillas y

entregaron el resto de medicina a la señora Dubosq, y luego se llevaron con ellos al oficial alemán. No habían avanzado ni cien metros cuando una ametralladora alemana abrió fuego desde la otra orilla. Los que estaban en la casa no pudieron hacer más que contemplar la escena con impotencia.

Unas horas después, sin embargo, vieron de nuevo al oficial alemán, que parecía moverse con dificultad en el agua cerca de la casa. La señora Dubosq salió corriendo hacia él, seguida por su hija. Su madre gritó a Geneviève que volviera a la casa mientras los disparos de rifle silbaban alrededor de las dos mujeres, pero estaba claro que la señora Dubosq no iba a poder acarrear sola al hombre así que, ignorando lo que le decía su madre, Geneviève corrió a ayudar. El alemán tenía un tiro en el pecho — la sangre manaba de la herida por debajo de la superficie del agua —. Debilitado por su herida y por las tres horas que llevaba en el agua, casi no le quedaban fuerzas. De algún modo, lograron sacar la mitad de su cuerpo a flote. Geneviève se quedó con él y le ayudó a mantener la cabeza fuera del agua mientras su madre corría a la casa a pedir ayuda.

Geneviève habló con el hombre herido, intentando desesperadamente

consolarlo.

Hablaron de Dios, de la familia de él, y ella le contó secretos que no le había contado a nadie. Entonces él le pidió que le cantara. «Aquí estoy», escribió ella, «una niña de once años cantando una bella canción en medio de un pantano con un hombre moribundo en mis brazos [293] ». La chica tenía frío, estaba agotada y le dolía todo el cuerpo por el esfuerzo de mantener la cabeza del hombre fuera del agua. El alemán parecía dormido, pero se despertó al oír que regresaba la señora Dubosq. Les pidió de nuevo a ambas que enviaran la carta a su esposa y luego cerró los ojos por última vez y murió.

Algunos kilómetros al oeste, los paracaidistas de la 101.ª Aerotransportada estaban en una situación menos precaria, habían conseguido conectar con la 4.ª de Infantería y parte de sus hombres seguía llegando. Las unidades iban ganando en cohesión y organizándose, y se había establecido un cuartel general de división con el general Maxwell Taylor al timón. La mayor decepción era que Carentan seguía en manos del *Regiment* 6 de *Fallschirmjäger*. La ciudad, el canal y las esclusas y puentes habían sido el objetivo del 501er RPI, con el apoyo del 3.er Batallón del 506.º, pero este último había sido destrozado por los *Fallschirmjäger* que habían disparado a los paracaidistas mientras descendían, y el resto del 501.º simplemente no había sido lo bastante numeroso ni potente como para abrirse paso. La dudosa distribución de tropas diseñada por Taylor, Ridgway y los equipos de planificación aérea, que había dejado el objetivo más difícil — e importante — a un contingente que no tenía la capacidad de conseguirlo, se estaba cobrando ahora un alto precio.

Así fue como temprano en la mañana del 7 de junio, los dos batallones del 506.º que quedaban — unos 225 hombres del 1.er Batallón y unos trescientos del 2.º — recibieron la orden de dirigirse al sur a través del pueblecito de Vierville, en Cotentin, y seguir luego hasta Saint-Côme-du-Mont y después hasta Carentan. El destino del 3.er Batallón, abatido durante el descenso el día anterior, todavía no era conocido en los cuarteles generales del regimiento ni de la división; en aquella segunda mañana era sólo un batallón que no se había localizado. Se puso en alerta a la Compañía Easy alrededor de las 5 de la madrugada y, en ausencia del teniente Meehan, el teniente Dick Winters era todavía el comandante provisional. < Winters, «odio hacerle esto después de por lo que tuvo que pasar ayer», le dijo el capitán Clarence Hester, el oficial de operaciones del batallón, «pero quiero que la Compañía Easy encabece la columna hacia Vierville [294] ».

Con el 1.er Batallón por delante de ellos, Vierville fue asegurada

rápida y fácilmente.

Winters dirigió luego a Easy en un ataque sobre Angoville con la ayuda de un par de tanques ligeros Stuart, y tomaron el pueblo de forma aún más sencilla. La compañía fue luego pasada a la reserva, mientras la Compañía Dog avanzaba hacia Cöme-du-Mont.

Allí el combate fue encarnizado y no pudieron abrirse camino. También sufrieron muchas bajas — murió el comandante de la Compañía Dog, el capitán Jerre Gross, y también falleció el comandante del 1.er Batallón, el teniente coronel William Turner, abatido de un tiro en la cabeza por un francotirador, a plena vista de muchos de sus hombres. «El combate en Normandía [295] », escribió Winters, «se estaba demostrando un asunto muy peligroso». Ahora que el *Fallschirmjäger-Regiment* 6 estaba listo para combatir, quedaba claro que no pensaba ceder Carentan fácilmente.

El *Oberleutnant* Martin Pöppel ciertamente no tenía la menor intención de hacerlo.

Su 12. *Kompanie* en el III. *Bataillon* del *Fallschirmjäger-Regiment* 6 se había preparado la tarde anterior para un ataque, pero los informes de los puestos de vigilancia sugerían que los norteamericanos se habían retirado por esa noche. Pöppel apenas había dormido, aunque había echado una cabezada esa mañana mientras los bombarderos aliados atronaban sobre él. Ahora, en su segundo día de batalla, él y sus hombres permanecían listos en sus puestos, pero la mayor parte de la acción parecía estar al otro lado de Carentan, en los alrededores de Côme-du-Mont. Le llegaron noticias de que el I.

Bataillon había sufrido muchas bajas. Más tarde, se ordenó a la 9. *Kompanie* que cruzara el río y el canal para ayudar en los combates que allí tenían lugar. Se oían también enormes explosiones al norte y noreste, que supuso que debían proceder de los buques de guerra enemigos. «También se oye el estruendo de la batalla desde esa dirección», anotó [296] .

Durante gran parte del día hubo intensos combates al oeste de la playa de Omaha y alrededor de las baterías de Pointe du Hoc y Maisy. Tras destruir con mucha facilidad los cañones en Pointe du Hoc, los Rangers estaban aislados en el paisaje lunar en que se

había convertido la posición original de la batería cuando los alemanes empezaron a emerger de donde fuera que se habían refugiado y recibieron refuerzos. Igual que la 82.º

Aerotransportada en las orillas del Merderet, los Rangers resistieron gallardamente mientras veían cómo se iban agotando sus municiones. Sin que lo supieran, algunas fuerzas de rescate ya estaban en camino, concretamente el resto de los Rangers que habían desembarcado en Omaha y una compañía del 116.º de Infantería, que estaban abriéndose camino hacia el oeste frente a una tenaz resistencia de los restos de la 352.

División y de los refuerzos que los alemanes habían hecho llegar a la zona.

El capitán John Raaen había pasado la noche del Día D al raso al oeste de Vierville[297]. Los combates del día habían terminado cuando topó con una férrea resistencia en su intento de avanzar al oeste a lo largo de la carretera costera lateral en dirección a Pointe du Hoc. Se había reunido un contingente de Rangers bastante grande

— el 5.º de Rangers —, así como tres compañías del 2.º de Rangers, la Compañía C del 116.º de Infantería e incluso algunos Sherman del 743.º Batallón de Tanques. «La noche del día D», recordó Raaen, «aprendí la diferencia entre un almiar y un montón de estiércol». En las primeras horas del día 7, asistió a una reunión del Grupo O con el general Cota y la plana mayor de su grupo. Le costó concentrarse, pues en ese momento llevaba cuarenta y ocho horas sin dormir.

Algunos Rangers habían conseguido abrirse camino hasta Pointe du Hoc a finales de la tarde anterior, pero la posición había recibido intensos ataques en dos ocasiones durante la noche. A la mañana siguiente, al coronel James E. Rudder le quedaban sólo unos cien hombres, la mitad de los cuales estaban heridos, entre ellos él mismo y el oficial de enlace con los comandos británicos, el teniente coronel Tom Trevor, un hombre de casi dos metros de altura. Atrincherados cerca estaban Karl Wegner y sus dos camaradas del búnker sobre la playa, quienes, junto con su compañía ensamblada de improviso, habían avanzado hacia el oeste por la costa. Reforzado con munición extra, Wegner era consciente de que el combate estaba en un punto muerto, a pesar de que superasen en número a los Rangers, que ahora tenían rodeados. «Eran mucho mejores soldados que nosotros», dijo Wegner. «No conseguíamos avanzar frente a ellos y ellos eran demasiado pocos para lanzar ningún ataque significativo contra nosotros[298]».

Las tropas alemanas se habían movido de noche, de modo que, aunque los estadounidenses tenían ahora una cabeza de playa en Omaha, aún había muchos hombres defendiendo la costa entre Vierville y Pointe

du Hoc. La misión del grupo que combinaba a los Rangers, la Compañía C y el 116.º de Infantería era abrirse camino combatiendo a través de estos defensores y conseguir como fuera llegar hasta los sitiados Rangers de Pointe du Hoc. En primer lugar, no obstante, tuvieron que rechazar

un contraataque que los alemanes lanzaron a las 7 de la mañana. Se produjo a escasos cien metros de donde el capitán Raaen había cavado su hoyo, pero no se quedó quieto.

Vio que había algunos Sherman parados sin hacer nada, así que corrió hacia uno de ellos, se subió encima y golpeo en la escotilla de la torre. Un comandante de tanque con los ojos soñolientos apareció por ella y Raaen le dijo que disparara sobre los alemanes que estaban atacando. Los Sherman se pusieron rápidamente en acción e hicieron retroceder el contraataque enemigo. Poco después, Raaen recibió órdenes de salir en patrulla con sólo otros tres hombres y rastrear cuidadosamente el terreno en busca de minas enemigas. Divisaron a dos alemanes frente a ellos, abrieron fuego y los persiguieron hasta que los perdieron. Después oyeron ruido de motores a sus espaldas y comprendieron que la columna que iba a Pointe du Hoc estaba a punto de salir.

Al reunirse con el resto de la columna, se ordenó al capitán que regresara al puesto de mando de la 29.ª División e informara de los planes de los Rangers. Eso le llevó de vuelta a la playa, donde, tras haber presentado su informe, pudo subir a un *jeep* lleno de munición y conducir de vuelta a Vierville, donde se reintegró en la columna de socorro que avanzaba entonces sobre Saint-Pierre-du-Mont, el pueblo antes de Pointe du Hoc.

Los francotiradores dispararon varias veces contra el *jeep* de Raaen. Una bala le rozó el casco y cayó sin fuerza sobre su regazo. Luego una ametralladora abrió fuego sobre él y tanto él como el cabo Jack Sharp, que lo acompañaba en *el jeep*, descendieron del todoterreno y se refugiaron bajo el vehículo. Después, tras liberar el freno de mano, reptaron empujando el vehículo por el terreno descubierto hasta situarse fuera de la línea de fuego de la ametralladora. Poco después, llegaron a una bifurcación de la carretera, lo que les planteó un dilema. ¿Qué dirección debían tomar? Tras examinar cuidadosamente los casquillos y los restos de la batalla, eligieron ir por la carretera de la derecha. Resultó ser la elección correcta, porque enseguida se reunieron con su columna y lograron distribuir la munición que llevaban.

La columna de socorro de los Ranger llegó a Saint-Pierre-du-Mont

alrededor de las 11 de la mañana, pero, aunque sólo estaban a unos novecientos metros de Pointe du Hoc, encontraron que la resistencia alemana allí era más firme. Les cayó una lluvia de proyectiles de artillería y morteros, mientras los francotiradores y ametralladores alemanes — entre ellos Karl Wegner — cubrían todas las posibles vías de aproximación y, aunque los Ranger y los tanques que los acompañaban devolvieron el fuego, no fueron capaces de desalojar a los defensores. Ahora estaban rodeados en sus dos posiciones: en Pointe du Hoc y en Saint-Pierre-du-Mont. Iban a enviar a Raaen en una misión en solitario, para que averiguase cuál era la situación en Vierville y si había refuerzos de camino, cuando un oficial de la 29.ª División llegó en bicicleta y les aseguró que el 175.º de Infantería de la 29.ª acababa de desembarcar y que venía ayuda del 116.º.

Tal vez estuviera en camino, pero no iba a llegar ese mismo día.

Aquella tarde, los Sherman se retiraron junto con parte de los hombres. Raaen, aunque era sólo un joven capitán, quedó al mando del resto (tres compañías de Rangers y la Compañía C del 116.º). «Prácticamente no teníamos armas antitanque», recordó,

«así que nos atrincheramos, convencidos de que nos arrollarían los tanques alemanes [299] ».

A lo largo del frente de invasión hasta el noroeste de Caen, los canadienses y, en menor grado, las tropas británicas de Sword, estaban topándose con las mucho más formidables fuerzas blindadas de la 12. SS «Hitlerjugend» y la 21. *Panzer División*. Hacia 1944, las divisiones de infantería alemanas se habían reducido de tamaño, de modo que, por regla general, tenían tres regimientos con dos batallones cada uno, en lugar de los tres regimientos con tres batallones de infantería de unos novecientos hombres cada uno. Eso quería decir que el número total de soldados se había reducido de quince mil a doce mil. Las divisiones blindadas, por otra parte, y en especial las divisiones *Panzer Waffen* SS, tendían a estar hinchadas por encima de su dotación establecida. La

«Hitlerjugend» *Division* era un buen ejemplo de ello: tenía una dotación total de 20 540

hombres el 1 de junio, así como batallones substancialmente crecidos en sus dos regimientos de granaderos panzer, y ambos estaban, además, motorizados; igualmente disponían de casi cien tanques Panzer IV y cerca de cincuenta Panzer V Panther. La división también tenía un regimiento de artillería autopropulsada (cañones sobre

orugas que podían moverse por sí mismos sin necesidad de que nadie los remolcara) y abundante apoyo de artillería, con casi ciento cincuenta cañones en total, entre ellos doce cañones antitanque de alta velocidad de salida de 88 mm adjuntos a cinco de los seis batallones, y seis más asignados al sexto batallón; había setenta de estos cañones extremadamente potentes en la división. Eran muchos, un número enorme comparado con las divisiones ordinarias de la *Wehrmacht* y casi tantos como las divisiones británicas mejor dotadas de artillería.

No toda la división había llegado al frente la tarde del miércoles 7 de junio, pero el *SS-Panzergrenadier-Regiment* 25 del *Standartenführer* Kurt Meyer, que estaba en la camioneta, tenía a su disposición al menos cincuenta piezas de artillería y un número similar de tanques, así como toda su infantería, de altísima movilidad, que estaba bien provista de morteros y ametralladoras: cada uno de sus tres batallones de granaderos panzer tenía unas sesenta y nueve ametralladoras, excepto el III. *Bataillon*, que contaba nada menos que con 151. Entre lo mejor y lo peor del ejército alemán mediaba un abismo; los británicos y los canadienses con los que estaba a punto de entrar en combate la 12. SS se las iban a tener con tropas de una calidad y un nivel de equipamiento y potencia de fuego radicalmente distintos a los de las divisiones alemanas que se habían

encontrado en la corteza defensiva en la costa. Era como comparar tercera división con primera. Más aún, con independencia de su nivel de preparación y de la calidad de sus líderes, los hombres de la 12. SS «Hitlerjugend» eran, casi en su totalidad, soldados con una motivación muy alta y, lo que es más importante todavía, muy disciplinados. No era probable que hombres como aquéllos se retirasen a las primeras de cambio. Iban a hacer justo lo que se les ordenara.

Tampoco estaban solos ese día, porque en su flanco derecho se encontraba la mitad de la *21. Panzer*, reforzada por un batallón rápidamente reconstituido a partir de los restos de la 716. *División*. A pesar de sus pérdidas la jornada previa, la *21. Panzer* seguía teniendo muchos Panzer IV y potentes cañones móviles en abundancia; el *Kampfgruppe* Rauch, bajo el mando del *Oberst* Josep Rauch [300], contaba, por ejemplo, con veinticuatro cañones autopropulsados de 105 mm así como con otros cuatro cañones de 100 mm.

Ascendiendo desde el norte de Caen directamente sobre el *Kampfgruppe* Rauch estaba una brigada de infantería de la 3.ª División británica, que, a estas alturas, ya había pasado a través de la posición de los hombres de la brigada de asalto del Día D.

Tras la sangrienta batalla en Hillman, el 1.º de Suffolk estaba atrincherado en los bosques cerca de la aldea de Le Bois du Mesnil. Si hemos de creer a Arthur Blizzard, la situación seguía siendo bastante infernal, incluso desde los pozos en los que se habían refugiado. «Fue un mal día», dijo. « *Jerry* nos tenía fijados con morteros y 88, y nos machacó día y noche[301] ». En un momento dado, durante una pausa en el bombardeo, él y su compañero Alee Bailey fueron a la carrera a la cocina de campaña (un par de improvisados bidones de lata calentados con petróleo) pero se encontraron con que el bombardeo se reinició. Cuando finalmente consiguieron volver a su pozo se encontraron en su mismo centro un enorme proyectil sin estallar.

Al oeste de donde estaban los británicos, los canadienses presionaban y avanzaban, con los Highlanders del Norte de Nueva Escocia a la cabeza — un solo batallón —

apoyado por unos cincuenta carros Sherman de los Fusileros de Sherbrooke. Se suponía que también debían recibir el apoyo de un regimiento de campaña de la Real Artillería canadiense, así como del bombardeo naval. Por desgracia, a finales de la mañana la artillería seguía centrada en apoyar los intentos del Regimiento de North Shore (Nuevo Brunswick) de tomar la estación de radar de Distelfink cerca de Douvres; aunque el equipo de radar había sido destruido, la posición defensiva que lo guardaba no había sido tomada. Bob Roberts estaba entre los que estaban combatiendo allí, sin grandes progresos. Tampoco pudieron los de Nueva Escocia contar con el apoyo previsto de artillería naval, porque el OAB — el Observador Avanzado Naval, Bombardeo — no pudo establecer contacto por radio con los cruceros de la costa, pues había demasiadas emisiones de radio y la saturación causaba demasiadas interferencias en las ondas. Para

colmo de males, tampoco la vanguardia canadiense contaba con su dotación habitual de cañones antitanque, pues no habían podido desembarcarlos por el mal tiempo y el estado del mar. Por situaciones como ésta era por lo que Dempsey estaba tan preocupado por el lento ritmo de descarga de hombres y material; sin su dotación completa de hombres y equipo, la capacidad de fuego de las tropas quedaba mermada, y eso las hacía vulnerables.

Los campos en torno a Caen eran muy distintos de la parte occidental del frente de invasión, caracterizado por parcelas pequeñas separadas por espesos y grandes setos sobre un terreno de suaves y onduladas colinas y valles. Aquí, el paisaje era menos cerrado, con grandes campos abiertos que no estaban atravesados por los espesos arbustos

del *bocage*. Desde su atalaya de vigilancia en las torres de la abadía de las Ardenas, Kurt Meyer alcanzaba a ver las playas de Juno, a unos trece kilómetros de distancia. Había pequeñas crestas y hondonadas, pero con pendientes menos pronunciadas, y la celosía que formaba la red de carreteras y caminos conectaba una serie de pequeños y antiguos pueblos, la mayoría a no más de entre un kilómetro y medio y tres kilómetros de distancia unos de otros. El paisaje sí creaba un terreno oculto justo al norte del aeródromo de Carpiquet, que no podía ser visto por ninguna de las tropas que avanzaban desde la costa, lo que lo convertía en una ubicación ideal para acumular tanques y artillería, como Meyer sabía muy bien. Los de Nueva Escocia, con el apoyo de los Fusileros de Sherbrooke, avanzaban por la orilla este del río Mue y tenían el aeródromo como objetivo final, aunque si encontraban una oposición firme, deberían concentrarse en asegurar las cotas entre los pueblos de Buron y Authie. Por desgracia, sin embargo, no había ningún terreno elevado entre ellos. Alguien había interpretado mal el mapa de la zona.

A mediodía, los canadienses habían conseguido hacer retroceder a la fuerza de bloqueo del *Kampfgruppe* Rauch y habían atravesado los pueblos de Villons-les-Buissons y luego Buron. El siguiente en el camino a Carpiquet era Authie; el aeródromo estaba ahora a sólo cinco kilómetros al suroeste.

Desde la abadía de las Ardenas, Kurt Meyer estaba preparando a sus hombres para el contraataque planeado, que debía lanzarse a las 4 de la tarde. Iba a ser un avance con fuerza, en el que la 12. SS y la 21. *Panzer* operarían conjuntamente, con la *PanzerLehr* asegurando su flanco izquierdo tan pronto como llegara a una posición que le permitiera hacerlo. Las órdenes de Marcks eran «empujar al enemigo que ha abierto brecha de vuelta al mar y destruirlo[302]». El objetivo, pues, era inequívoco. La llegada de los canadienses frente a él, en consecuencia, complicó estos planes, pues le obligó a entrar en combate mucho antes de lo que había pretendido y, por tanto, sin los beneficios de la coordinación que habría obtenido de haberse podido atener a las órdenes que había recibido y haber iniciado el contraataque a las 4 de tarde.

El avance canadiense llegó a Authie y no se detuvo ahí. Al seguir adelante, toparon con la 12. SS. Tuvieron lugar duelos entre carros en que ambas partes perdieron blindados, mientras un intenso bombardeo barría Authie, Buron y el terreno entre ambas localidades. Los hombres de Meyer estaban ahora avanzando a lo largo de todo el noroeste de Caen. El humo y la niebla de la guerra, sin embargo, no

permitían a Meyer tener una visión completa de la situación y, lleno de adrenalina, subió a una motocicleta y aceleró hacia su III. *Bataillon*, que estaba avanzando sobre Buron, cruzándose por el camino con unos cincuenta prisioneros canadienses que estaban siendo conducidos a la abadía. Tan pronto como llegó al terreno abierto al sureste de Buron, los Sherman canadienses abrieron fuego y sus proyectiles empezaron a silbar a su alrededor. Se lanzó a cubrirse en el cráter de un proyectil y, para su sorpresa, se encontró de cara con un soldado canadiense. Se miraron un momento con recelo y al instante siguiente el canadiense salió corriendo mientras más proyectiles pasaban sobre sus cabezas.

Meyer logró dar al final, entre Authie y Buron, con el *Oberstunmbannführer* Karl-Heinz Milius, el comandante de su III. *Bataillon*. Sobre Buron estaba cayendo un intenso bombardeo de artillería. «Uno ya no podía distinguir el pueblo», escribió Meyer. «Su ubicación la marcaban el humo, las explosiones y las llamas [303] ». Alrededor de las 4 de la tarde, los canadienses se retiraron hacia Les Buissons, mientras su artillería por fin empezaba a llegar y a darles apoyo. No obstante, estaba claro que, aunque los alemanes les habían obligado a retroceder y les habían causado muchas bajas, su repliegue distaba mucho de ser una desbandada. El efecto combinado de la infantería y los blindados, por su parte, también se había cobrado un alto precio en los alemanes, un coste que no podía sino ascender ahora que la artillería aliada se estaba incorporando a los combates. El *Obersturmführer* Hans Siegel, cuyo III. *Bataillon* también participó en la lucha, descubrió la eficacia de la artillería aliada de primera mano. Aunque era sólo un teniente de 25 años, acumulaba mucha experiencia, pues era veterano de la campaña de Polonia, además de haber pasado gran parte de la guerra en el frente oriental. Oficial desde 1940, había ganado una Cruz de Hierro de Primera Clase en Járkov y luego, tras ser herido de gravedad, había permanecido inválido por más de seis meses. Ya recuperado, era uno de los oficiales duros, comprometidos y veteranos que habían sido reincorporados a filas para conformar la columna vertebral de la nueva «Hitlerjugend»

División. Aquella tarde del 7 de junio dirigía su 8. *Kompanie* de Panzer IV en un ataque sobre Cambes, a unos tres kilómetros al noreste de Buron.

Siegel iba a bordo del primer tanque cuando empezó el bombardeo, así que aceleró hacia la linde de un bosque para ponerse a cubierto. De repente, un proyectil estalló sobre ellos y derribó un árbol sobre su tanque que les privó de visibilidad y bloqueó la torreta. «Rápidamente nos movimos hacia adelante y atrás», dijo Siegel, «pero no

conseguimos librarnos de aquel monstruo[304]». Siegel salió entonces del carro y estaba corriendo hacia otro tanque cuando dos más de su panzers fueron destruidos en cuanto se detuvieron para disparar. Su cuarto tanque se había deslizado de lado en un cráter, lo que significaba que los cuatro estaban fuera de combate antes de ni siquiera tomar parte en el enfrentamiento.

La acumulación de bajas estaba sacando de quicio a los hombres del III. *Bataillon* de Milius. Los comandantes siempre marcan el tono de los hombres que sirven bajo su mando y Milius era un nazi de la vieja escuela que había trabajado en el campo de concentración de Dachau antes de la guerra. Primero en Authie y luego en Buron, sus hombres cometieron atrocidades. Pasaron por la bayoneta o mataron a golpes a los canadienses que encontraron heridos y cierto número de los que intentaron rendirse fueron ejecutados. En Authie, ejecutaron a ocho prisioneros custodiados por guardias y después condujeron dos de los cadáveres a la carretera principal para que un Panzer IV

pasara repetidamente sobre ellos. Cuando más tarde se dio permiso a un civil francés para retirar los restos, lo tuvo que hacer con una pala. Más prisioneros fueron ejecutados sumariamente en Buron.

Tan pronto como los hombres de las SS intentaron avanzar al norte de Buron, fueron hechos picadillo por la artillería canadiense, que ya apoyaba el avance de sus tropas, así que Meyer no tuvo otra opción que ordenarles que se replegasen. Con las principales unidades alemanas en retirada, los canadienses contraatacaron y consiguieron tomar las ruinas de lo que había sido Buron. Los Sherman de los Fusileros de Sherbrooke daban caza ahora a los granaderos en fuga. Por fin, el bombardeo naval inició su apoyo a los canadienses y, hacia el final de la tarde, toda aquella zona, incluidos los pueblos de Cambes, Buron y Authie, en y alrededor de los cuales se había combatido con saña aquella tarde, fue arrasada por los cañones navales; mientras, los cazabombarderos ametrallaban y bombardeaban las posiciones enemigas sin descanso. En un ataque de ira criminal, otros dieciocho prisioneros de guerra canadienses fueron ejecutados esa tarde en la abadía; de los ciento diez canadienses que murieron ese día, al menos treinta y siete fueron ejecutados, y otros fueron asesinados por panzer que pasaron deliberadamente sobre un grupo de heridos que estaba en el arcén. Los testigos recuerdan que la sangre corría por las calles. Sin embargo, los alemanes no eran los únicos que mataban a sus prisioneros: también lo hacían los Aliados; Bob Slaughter, por ejemplo, recibió órdenes expresas de no tomar prisioneros en el Día D. Esto estableció un tono horrible que impregnaría toda la campaña.

La batalla demostró muchas otras cosas. La 12. SS, una de las mejores y más motivadas divisiones de las Fuerzas Armadas alemanas, había sido detenida por una fuerza canadiense inicialmente en marcada inferioridad de artillería y que sólo contaba con un sexto de sus hombres. No habían podido empujarlos al mar; los Aliados no habían sido destruidos. Esto se debió, en parte, al altísimo nivel de adiestramiento y al excelente equipo de los canadienses, quienes, de nuevo, habían demostrado una pegada por encima de la que correspondía a su peso, cosa que venían haciendo de forma regular en toda la guerra. También se debió a que el combate en terreno abierto alrededor de Caen era extremadamente difícil, sobre todo en una ofensiva, que necesariamente comportaba moverse y salir de las posiciones camufladas. En este sentido, las cosas no habían cambiado mucho desde que se pedía a los soldados que salieran de la trinchera en la última guerra. Los canadienses y los británicos podían alegrarse de haber rechazado este potente contraataque, pero la experiencia de las 12. SS

y *21. Panzer ese* día también les sirvió de advertencia. Las operaciones ofensivas en esta parte oriental del campo de batalla no iban a ser fáciles ni rápidas.

Normandía sería una campaña brutal.

Capítulo 16

Pista de carreras de cazabombarderos

Con la urgencia de los Aliados por acumular hombres y equipos rápidamente, uno de los objetivos más vitales era la captura de Port-en-Bessin. El Comando 47 había pasado la noche del 6 de junio al raso en Mont Cavalier, marcada como Colina 72 en sus mapas.

A sus pies había un búnker que los alemanes habían estado utilizando como puesto médico. Los comandos lo habían capturado rápidamente y hecho prisioneros a sus oficiales. Durante la noche, un grupo de alemanes se presentó para el triaje matutino de los enfermos, sólo para encontrarse con los comandos y sus rostros pintados de negro.

Inmediatamente, pasaron a engrosar el grupo de prisioneros. Al despuntar la mañana del 7 de junio, los alemanes, que todavía ocupaban la ciudad, seguían ignorando que tenían a los comandos a su espalda.

En la colina, al amanecer, el cabo Frank Wright miró por la recta carretera de poco más de un kilómetro y medio que llevaba a la

ciudad y al pequeño puerto pesquero.

Tres posiciones defensivas cubrían Port-en-Bessin, una a cada lado de los acantilados que dominaban la ciudad y el mar frente a ella — denominadas las Características Occidental y Oriental — y una tercera en el extremo sur de la ciudad, que parecía consistir en barracones reforzados y depósitos de munición. El ataque del Comando 47

tenía que coordinarse con la artillería estadounidense de Omaha y recibir apoyo de bombardeo naval, pero el coronel Charles Phillips y su equipo del cuartel general no consiguieron establecer contacto radiofónico con los estadounidenses. Si consiguieron, de todas maneras, llegar al HMS *Emerald*, un crucero ligero que estaba a cuatro kilómetros y medio de la costa. Se acordó que la armada bombardearía las Características Oriental y Occidental y luego la Segunda Fuerza Aérea Táctica enviaría Typhoon equipados con cohetes. Justo después de que los aviones hubieran hecho su trabajo, en torno a las 3 de la tarde, los comandos lanzarían su ataque. La Tropa A asaltaría la Característica Occidental, la Tropa B la Oriental y la Tropa X los búnkeres de munición. Las ya muy debilitadas Tropas Q e Y permanecerían en reserva en la aldea de Escures, mientras el cuartel general de retaguardia seguiría en la Colina 72 dirigiendo el combate.

Según lo previsto, los proyectiles navales empezaron a aullar en los acantilados a ambos lados un poco después de las 2 de la tarde. Frank Wright y el resto de las tropas de asalto tuvieron que limitarse a mirar mientras volaba un proyectil tras otro hacia las posiciones alemanas. La ciudad estaba envuelta en humo cuando los comandos se

pusieron en marcha y, puesto que un incendio se había desatado en la hierba y los matorrales de la Característica Oriental, había humo para rato. Frank Wright y la Tropa X pasaron entre las Tropas A y B, y en el cruce antes de llegar la ciudad giraron hacia la izquierda, en dirección oeste, rumbo a los depósitos de munición. Campos de cereales bordeaban el camino hundida. Al llegar a un tercer campo, se detuvieron y, de dos en dos, pasaron por un hueco en el seto hasta una zanja. Ésta les permitió estar a cubierto mientras observaban otro prado, más o menos del tamaño de un campo de fútbol, tras el cual había una colina artificial de unos siete metros y medio de altura. A su alrededor se habían cavado trincheras, en las cuales había movimiento. El teniente Armstrong, el oficial del pelotón de Wright, se movía entre los hombres e iba susurrándoles en grupos de dos o de tres cuál era el plan; en resumen, iban a calar bayonetas y cargar contra la posición enemiga.

—¿Alguna pregunta? —dijo Armstrong [305] .

Wright no dijo nada. Nadie dijo nada. Se quedaron todos mudos, porque avanzar a campo abierto contra la posición defensiva del oponente se parecía mucho a un suicidio.

—Me parece que van a acabar avisando a nuestro pariente más cercano —

murmuró el marine Brian Skinner.

A las 3.50 de la tarde, tal y cómo se había planeado, el primer escuadrón de Typhoon pasó rugiendo sobre sus cabezas y luego, cinco minutos después, llegó el segundo.

Atronando sobre la ciudad, dispararon sus cohetes y ametrallaron con sus cañones con impresionante precisión y, cuando terminaron, desaparecieron de nuevo. «Nuestro objetivo», escribió Wright, «se había transformado en un volcán en miniatura [306] ». Con el aire todavía lleno de humo, el capitán David Walton, el comandante de la tropa, se puso en pie y dio la orden de calar bayonetas. Wright salió de la zanja y acopló su bayoneta a la punta de su rifle. «Tiene que ser un sueño», pensó. «Esto no puede estar pasando realmente, me despertaré de un momento a otro [307] ». Los morteros y unas pocas ametralladoras ligeras Bren les dieron un poco de fuego de cobertura y echaron a correr dando alaridos hacia su objetivo. En unos instantes habían llegado al pie del montículo, milagrosamente vivos. Atravesando una entrada de cemento, Wright y sus compañeros marines, con el rostro tiznado de negro y la sangre hirviendo, emergieron en un búnker donde encontraron unos veinte alemanes, todos ellos encogidos de miedo.

«Estaban pálidos y levantaban las manos muy arriba», recordó Wright, «y temblaban inconteniblemente [308] ». Media hora después, la Tropa X estaba marchando de vuelta a la ciudad. Al final, su misión había resultado un paseo.

Las Tropas A y B no lo tuvieron tan fácil. La Tropa A estaba ascendiendo hacia la Característica Occidental cuando se vio sometida a un fuego letal procedente del puerto. Sin que lo supieran los comandos, dos pequeñas patrulleras [309] alemanas habían llegado al puerto desde las últimas fotos de reconocimiento. Los supervivientes siguieron adelante, sólo para encontrarse con un recibimiento de disparos y granadas en cuanto atravesaron la alambrada que protegía la posición defensiva. Con más de la mitad de su dotación de

cincuenta muertos o heridos, la Tropa A se vio obligada a retroceder. La Tropa B también se vio bajo un intenso fuego en el lado oriental del puerto. Los alemanes contraatacaron desde el sur hacia el cuartel general de retaguardia, lo que obligó a la Tropa Y a resistir un fiero ataque. De repente, pareció que la operación entera iba a fracasar.

Por fortuna para los comandos, pudieron disponer de apoyo. Dos destructores, uno de ellos el *Krakowiak* polaco, cañonearon a las patrulleras. Parte de los hombres de la Tropa X, entre ellos Frank Wright, fueron también enviados hacia la Característica Occidental para abrir fuego sobre las patrulleras y evitar que los artilleros de las embarcaciones dispararan al resto de comandos.

Wright estaba disparando cuando oyó el disparo de un rifle a sus espaldas y se dio cuenta de que estaban en la mira de un francotirador. Cerca de él, Taffy Evans descargaba breves ráfagas con su Bren. Mientras colocaba otro clip de balas en su Lee-Enfield, miró a Evans y se dio cuenta de que había dejado de disparar. Con horror, descubrió que estaba muerto. Oyó otro tiro. «Voy a morir aquí y ahora», pensó Wright,

«y ni voy a saber cómo, aquí, en esta estúpida puta colina. Dios mío, sácame de aquí con vida [310] ». Por fortuna, el capitán Walton hizo entonces que se retiraran a la ciudad, donde esperaron con ansiedad que se produjera un fuerte contraataque enemigo que acabara con ellos. Sin que lo supieran, sin embargo, la batalla había dado un giro a su favor.

Una de las patrulleras había sido medio hundida y ambas habían sido abandonadas.

Mientras tanto, transportes Bren con ametralladoras y morteros de la Tropa de Armas Pesadas habían conseguido llegar a la línea de fuego y, al caer la noche, una fuerza combinada de las Tropas A y B asaltó la Característica Oriental. Aunque el comandante del ataque, el capitán Terence Cousins, murió en acción, sus hombres consiguieron tomar la posición defensiva e hicieron casi cuarenta prisioneros. Temprano a la mañana siguiente, parece que las tropas enemigas que seguían en la Característica Occidental decidieron que había llegado el momento de abandonar, puesto que se rindieron voluntariamente a un comando a quien habían hecho prisionero el día anterior. Así, alrededor de las 4 de la mañana, mientras Wright y sus compañeros avanzaban de nuevo hacia la Característica Occidental, el cabo Amos conducía colina abajo, hacia el

puerto, a sus prisioneros, otros veintitrés alemanes. Para cuando los hombres de la Tropa X llegaron a la posición defensiva, estaba desierta. «Y nos encontramos al otro lado de la elevación», escribió Wright, «caminando en campo abierto y con todo el paisaje desplegándose ante nosotros[311]». Port-en-Bessin había caído. Ahora se podrían traer hasta allí los dos puertos artificiales, los Mulberry, y montarlos con rapidez.

El capitán Carol Mather, parte del Estado Mayor del cuartel general táctico del 21.er Grupo de Ejércitos de Montgomery no desembarcó hasta muy avanzada la tarde del miércoles 7 de junio. No había navegado en el mismo barco que su jefe — el CG Tac estaba repartido en distintos barcos — y había permanecido frente a la costa la mayor parte del día 7, leyendo los capítulos de guerra del *Testamento de juventud* de Vera Brittain. No pudo evitar ponerse a rumiar sobre el espantoso número de muertos que había habido hacía tan sólo treinta años. «¿Cuál será nuestro destino?», garabateó en su diario. «Sólo el tiempo lo dirá[312]». Había sido muy buena señal, sin embargo, haber llegado a la costa de Normandía y descubrir que no había ni aviones enemigos en el cielo ni disparos de artillería enemiga. Desembarcó cuando el agua tenía unos sesenta centímetros de profundidad y llegó a la playa, mientras el coche de Estado Mayor de Monty se deslizaba hacia el agua, se hundía y luego emergía, chorreando, sobre la dura y húmeda arena. Desde el mar, la orilla había parecido inquietantemente tranquila, pero, una vez en la playa, la urgencia de la batalla era evidente por todas partes. «Se percibía el punzante y acre olor de la pólvora», recordó, «por todas partes estaba el polvo pegajoso y húmedo levantado de los caminos y los escombros de los edificios destruidos; luego, el aroma de la tierra y la hierba por la tarde, mezclado con las emanaciones de la gasolina y de los escapes de los tanques[313]».

El periodista Ernie Pyle también desembarcó el Día D más 1. Llegó a la playa de Omaha, donde todavía eran evidentes las cicatrices del combate. «Tanques sumergidos, barcos volcados, camiones quemados, *jeeps* hechos pedazos y pequeños tristes efectos personales estaban esparcidos por todas aquellas amargas arenas», escribió. «Eso, y los cuerpos de soldados alineados en hileras, cubiertos con sábanas, con la punta de los zapatos emergiendo en fila, como si estuvieran pasando revista[314]». Luego dio un paseo por la playa, maravillándose ante todo aquel desperdicio, y no sólo por los cuerpos que seguían flotando en el agua. Le conmocionó ver lanchas de desembarco enteras volcadas y le impresionaron los restos de los obstáculos que Rommel había puesto en la playa y las barcazas parcialmente sumergidas. Montones de casquillos, gran cantidad de alambrada y pilas de

chalecos salvavidas sin usar permanecían todavía en la playa. Parecía, pensó, «un museo costero dedicado a la masacre [315] ».

También encontró latas de betún, cepillos de dientes, una Biblia de bolsillo con el

nombre de un soldado escrito en ella e incluso una raqueta de tenis. «En la playa yacían, inertes y gastados, suficientes hombres y mecanismos como para librar una pequeña guerra», escribió. «Se habían perdido para siempre. Y, sin embargo, nos lo podíamos permitir [316] ». Luego, Pyle subió a la cima de los acantilados y se asombró al contemplar el espectáculo de la gran armada que todavía seguía en el mar. Había cerca un grupo de prisioneros, vigilado por un par de norteamericanos. También ellos miraban hacia el mar, como si estuvieran en trance. Ninguno de ellos hablaba. «No hacía falta», escribió Pyle. «La expresión de su rostro no se puede olvidar. En ella estaba el horror con el que se acepta el final [317] ».

Durante la noche del 7 al 8 de junio, Karl Wegner y sus camaradas, quienes el día anterior habían defendido Omaha, recibieron órdenes de retroceder un poco. Ahora estaban bajo las autoridad de un nuevo *Obergefreiter*, Paul Kalb, que llegó a sus líneas con una Cruz de Hierro de Primera Clase en el pecho, así como con las con las cintas de la Cruz de Hierro de Segunda Clase y de la Medalla del frente oriental. Su misión, les dijo, era contener a los estadounidenses donde estaban hasta que llegaran refuerzos.

Todos los campos, dijo, debían convertirse en fortalezas. La tropa empezó a cavar furiosamente tras los densos setos del *bocage*. Wegner estaba asustado e impresionado por los Rangers a los que sabía que se enfrentaban. «Willi y yo estábamos demasiado nerviosos como para dormir sabiendo que teníamos que enfrentar a esos hombres [318] »,

dijo. En un momento dado, escucharon el familiar «brrrrp» de una de una ametralladora alemana disparando desde las líneas norteamericanas y por unos instantes tuvieron la esperanza de que se hubiera abierto brecha en las líneas enemigas.

El *Obergefreiter* Kalb pronto le sacó de su ignorancia. «Wegner», le dijo «los americanos están utilizando las MG que nos han capturado, así que no seas tonto y agacha la cabeza [319] ».

El capitán John Raaen había pasado toda la noche esperando un contraataque alemán que, debido a las nuevas órdenes de los alemanes, nunca se produjo. De hecho, el *Generalleutnant* Kraiss supo

reconocer que su asediada 352. *División* estaba cubriendo demasiado territorio, iba demasiado corta de munición y había sufrido demasiadas bajas como para montar ningún otro contraataque. Para ello, necesitaban muchos más refuerzos, que no parecía que fueran a llegar todavía. Su división estaba desintegrándose, de modo que tenía claro que necesitaban replegarse a la línea de defensa secundaria que sus hombres habían preparado. Ello conllevaría perder la franja de costa entre Omaha y Pointe du Hoc — un trozo de tierra crucial con vistas que dominaban todo el frente de invasión — pero, por lo que a Kraiss se refería, no había otra opción. Si retiraba a sus hombres a la línea de defensa secundaria, estarían detrás

del río Aure, que fluía de oeste a este desde Isigny, y una gran parte de la línea estaría también detrás de la parte inundada del valle del Aure que llegaba a medio camino de Bayeux.

A alrededor de las 2 de la tarde de aquel jueves 8 de junio, el general Marcks llegó al cuartel general de la *352. División* y allí Kraiss le dijo que ya había ordenado a algunas de sus unidades la retirada, con plena consciencia de que, al hacerlo, había desobedecido las órdenes del *Führer* de no ceder ni un palmo de terreno. Le dijo a Marcks que, si se adoptaba la orden de prohibir la retirada, su división no sería capaz de aguantar y la línea se hundiría. Marcks se quedó en silencio durante unos segundos, contemplando la potencial enormidad de su decisión. Al final, le dijo a Kraiss que sus hombres debían continuar resistiendo en todas las posiciones costeras que estuvieran entonces ocupando, hasta que se les acabara la munición; la división debía estar lista para apoyar a los blindados que estaban en camino en un gran contraataque hacia Bayeux planeado para el día siguiente, 9 de junio. Kraiss aceptó, aunque no le dijo a Marcks que ya había perdido contacto con todas las posiciones defensivas que quedaban.

Así fue como, temprano esa mañana, el capitán Raaen envió patrullas y empezó a prepararse para atacar en dirección a Pointe du Hoc, pero entonces llegó la fuerza de socorro estadounidense, blindados incluidos. «Y tomamos Pointe du Hoc», dijo. «Lo que encontramos era el mayor destrozo que hayas visto en tu vida. No quedaba ni una brizna de hierba, ni una hoja, ni un árbol. Todo estaba destrozado [320] ».

Carol Mather se había despertado con el sol de la despejada mañana y, tras un breve consejo de guerra, se había marchado a reconocer ubicaciones para el cuartel general táctico. La primera opción, Croix, había sido rechazada por Monty, así que ahora Mather y el mayor Trumbull Warren, el ayudante personal canadiense de Monty, se

dirigieron al Château de Creullet, en el extremo de la ciudad de Creully, unos ocho kilómetros tierra adentro desde la playa Gold. El lugar parecía cumplir todos los requisitos. Estaba apartado, tenía amplios jardines tras un muro con una puerta de hierro y contaba con muchos edificios anexos. Ni siquiera se consideró ocupar la casa en sí, pues eso era propio de la Primera Guerra Mundial. En cambio, colocarían sus caravanas, camiones y tiendas bajo los árboles, en las tierras del *château* y las cubrirían generosamente con redes de camuflaje. El CG Tac estaba diseñado para ser muy móvil; espartano pero no incómodo; eficiente y muy pragmático.

El *château* estaba a unos pocos kilómetros al norte de Bayeux, que había caído esa misma mañana del jueves 8 de junio. Entre los primeros en pasar por la ciudad se habían contado los Rangers de Sherwood, cuyos tanques apoyaban a la infantería de la 56.ª Brigada. El Escuadrón A de Stanley Christopherson había entrado en la ciudad a primera hora del día 7 y, para alivio de sus miembros, los alemanes que la defendían ya se habían retirado a la siguiente línea de defensa, como parte del repliegue ordenado por Kraiss. «Los lugareños nos dieron la bienvenida con espontaneidad y entusiasmo», anotó Christopherson, «parecían genuinamente contentísimos de vernos y demostraron su alegría arrojando flores a los tanques y distribuyendo sidra y comida entre los hombres [321] ». Una ametralladora enemiga resistió con tozudez en una casa al sur de la ciudad, pero el edificio desde el que disparaba se incendió después de que los Rangers de Sherwood abrieran fuego contra él. Poco después, Christopherson se sorprendió al escuchar el repiqueteo de una campana seguido por los bomberos de Bayeux, que pasaron corriendo con sus relucientes cascos. A pesar del fuego de ametralladora, los bomberos se interpusieron, hicieron que la ametralladora parase de disparar, entraron en el edificio, apagaron el fuego y luego salieron de él con el equipo de ametralladores alemanes como prisioneros.

Al día siguiente, 8 de junio, los Rangers siguieron avanzando hacia el sur, cruzaron la importante carretera N13 y, tras unos diez kilómetros, se les ordenó girar abruptamente hacia el pueblo de Audrieu y tomar posiciones en una cresta, la cota 103

de sus mapas, cuya otra ladera dominaba los pueblos de Saint-Pierre, Tilly-sur-Seules y Fontenay-le-Pesnel. A lo largo de la cima de la cresta discurría un camino que iba más o menos de este a oeste y estaba ribeteado de hayas, tras las cuales se alzaban bosques.

Más allá de Tilly se encontraba la siguiente cresta, que, aunque no era de gran altitud, ofrecía una posición dominante con vistas claras sobre

la larga cresta que cerraba la ruta al sur y que se extendía hasta pasado Saint-Lô, a unos cuarenta kilómetros al oeste. El mayor Christopherson sacó a sus tanques del camino y les ordenó que se situaran en posiciones de disparo bajo los árboles que había más allá y desde los cuales se veía Saint-Pierre. Todo parecía tranquilo en el pueblo, pero envió al capitán Keith Douglas, su segundo, y a uno de los comandantes de tropa, el teniente John Bethell-Fox, en sus Sherman en misión de reconocimiento. Se encontraron con que la mayoría de los civiles estaban escondidos en los sótanos y, con paciencia, consiguieron convencer a un anciano de que saliera. El hombre les dijo que los alemanes ya estaban en el pueblo y que había tanques en Tilly. Conscientes de que la discreción es la mejor parte del valor, Douglas y Bethell-Fox se retiraron rápidamente a los tanques que les esperaban sólo para darse de bruces con una patrulla alemana. Ambas partes se sorprendieron tanto por el encuentro que salieron todos corriendo, con Douglas disparando su revólver a lo loco mientras se alejaba como alma que lleva el diablo.

Aquellos germanos eran la vanguardia de la *PanzerLehr-Division* del *Generalleutnant* Fritz Brayerlein, que estaba por fin alcanzando el frente tras una predeciblemente complicada marcha desde la zona de Le Mans, a unos 175 kilómetros. Habían sufrido los primeros ataques aéreos poco después de ponerse en marcha el mismo 6 de junio.

Ese primer ataque había causado veinte bajas e inutilizado un número incluso superior de vehículos. El propio Bayerlein había estado bajo fuego aéreo enemigo a alrededor de las 7 de la tarde. Siguió avanzando por la noche, pero al amanecer advirtió de nuevo a Dollmann de que moverse a plena luz del día era flirtear con el peligro. De nuevo, Dollmann insistió en que la *PanzerLehr* siguiera adelante. Hacia las 5 de la mañana del día 7, estaban atravesando Argentan, a unos sesenta y cinco kilómetros de Caen, y lo hallaron destrozado por los bombardeos y ardiendo. Atravesar el pueblo ya fue bastante difícil debido al número de calles y carreteras que encontraron bloqueadas. El siguiente ataque aéreo se produjo alrededor de las 5.30 de la mañana, cuando se acercaban a Falaise. «La carretera principal de Vire-le-Bény», explicó Bayerlein, «estaba en tan mal estado que decían que era una *Jabo Rennstrecke*, una pista de carreras para los cazabombarderos [322] ». El 7. *Armee* había insistido en que se movieran manteniendo un silencio radiofónico total, como si eso fuera a impedir que las fuerzas aéreas aliadas los localizasen. Lo único que consiguió esa ausencia de comunicación fue impedir que el mando de la división tuviera un contacto claro con las diversas unidades y conociese el estado de su avance. Bayerlein se encontró teniendo que enviar repetidamente oficiales como mensajeros e

incluso viéndose obligado a ir él conduciendo personalmente a las unidades para enterarse de qué estaba pasando.

Avanzada la tarde del día 7, Bayerlein se desvió para encontrase con el *Oberstgruppenführer* Sepp Dietrich, el comandante del I. *SS-Panzerkorps*, de quien dependían ahora la *PanzerLehr*, la *21. Panzer* y la *12. SS-Panzer*. Encontró a la vanguardia de la división cerca de Thury-Hartcourt, a unos cuarenta kilómetros al suroeste de Bayeux. A lo largo del trayecto, Bayerlein pasó ante docenas de vehículos destrozados, la mayoría de los cuales no eran más que humeantes esqueletos de metal. «La sección entre Caumont y Villers-Bocage», dijo el *Hauptmann* Alexander Hartdegen, el ayuda de Bayerlein, "era la carretera de la muerte [323] ". Desperdigados a lo largo de la carretera había camiones quemados, cocinas de campaña bombardeadas y cañones sobre orugas, algunos todavía humeantes, con los muertos tirados a su lado. «Esta horrible escena era el paisaje que acompañó nuestra ruta». Poco después, fueron atacados de nuevo por unos cazas que sobrevolaron la carretera y los ametrallaron con sus cañones. No fue entonces la primera ocasión en que tuvieron que saltar del coche en marcha y lanzarse hacia un foso. En esta ocasión, los cazas dieron varias pasadas. El BMW de Estado Mayor quedo completamente destrozado y mataron al chófer. Bayerlein escapó con unos cortes y algunas magulladuras y pudo subirse a un *Kübelwagen* que lo llevó a su nuevo cuartel general en Proussy. La *PanzerLehr* había empezado el trayecto incluso

mejor equipada y con más suministros que la *12. SS-Panzer*, pero de camino al frente sufrió las siguientes pérdidas: ochenta y cuatro semiorugas, tractocamiones y cañones autopropulsados de un total de setecientos; ciento treinta camiones, más del 10 por ciento del total; y cinco tanques. «Éstas», señaló Bayerlein, «son pérdidas graves para una división que todavía no ha entrado en acción [324] ». Más importante aún, de todos los camiones destruidos, cuarenta transportaban un combustible que era vital para la movilidad de la división.

También moviéndose hacia el noroeste con la *PanzerLehr* estaba el *Hauptmann* Helmut Ritgen, oficial de suministros y subcomandante del *11. Bataillon* del *PanzerLehrRegiment* 130. De veintiocho años y casado, con una joven esposa esperándole en su hogar de Paderborn, Ritgen era, como todos los oficiales de la *PanzerLehr*, un comandante de tanque con mucha experiencia, pues había servido con la 6.

PanzerDivision en Francia en 1940 y luego en el frente oriental. Después de un curso en la Escuela de Comandantes de Batallón en

París fue destinado en marzo de 1943 no a su antiguo regimiento, sino como comandante del recién formado *PanzerLehrRegiment* en Wünsdorf, cerca de Berlín. Sus reticencias iniciales se disiparon rápidamente al comprobar que tanto él como los demás oficiales eran de primera clase, así como su compañía panzer. Más aún, simpatizó enseguida con su nuevo comandante de batallón, el sofisticado y aristocrático *Major Prinz* Wilhem von Schönburg-Waldenburg.

Llevaban juntos más de un año y Ritgen confiaba plenamente en el *Prinz*, en sus hombres y en toda la división, la mayoría de cuyos soldados eran *alte Hasen*, viejos zorros. A pesar de esa confianza, no es sorprendente que se dirigiera al frente lleno de aprensión. «Todos sabíamos que iba a ser difícil», escribió [325] . Y, como todos los demás en la *PanzerLehr*, su primera experiencia del frente llegó desde el aire; incluso después de que cayera la oscuridad, su columna siguió teniendo que dar constantes rodeos para evitar los cráteres de las bombas y los vehículos destruidos, lo que ralentizó su avance.

Por la mañana, se acercaban a la pequeña localidad de Villers-Bocage cuando los *Jabos* se cernieron sobre ellos otra vez, destruyendo uno de los valiosos camiones de combustible y enviando una columna de espeso humo negro hacia lo alto del cielo, lo que atrajo a todavía más aviones enemigos. A Ritgen, el ruido y la confusión le parecieron infernales. Su compañía de suministros llegó finalmente al pueblo de Parfouru-sur-Odon, a unos dos o tres kilómetros al este de Villers-Bocage y, sirviéndose tanto del amparo de los bosques, como de las técnicas de camuflaje en las que estaban tan bien adiestrados, los hombres de Ritgen consiguieron que todo quedara oculto y en relativa seguridad. Mientras tanto, todos los Panzer IV del batallón presionaron hacia Tilly-sur-Seulles, desde donde pretendían conducir hacia Bayeux.

Las órdenes de Bayerlein al llegar finalmente al frente fueron las mismas que las de la 12. *SS-Panzer* y 21. *Panzer*: empujar al enemigo al mar y destruirlo. La *PanzerLehr* debía unirse al flanco izquierdo de la 12. *SS-Panzer* en Bretteville-l'Orgueilleuse y atacar hacia el mar en Courseulles. Seguían avanzando tranquilamente, sin ni siquiera saber que Bayeux ya había caído, cuando una de sus avanzadillas se topó con Keith Douglas y John Bethell-Fox, de los Rangers de Sherwood, en Saint-Pierre.

Desde Omaha, los estadounidenses continuaron ganando terreno de forma progresiva. La Big Red One avanzaba al sur desde Colleville, con el 18.º de Infantería presionando hacia la ciudad de Formigny. Tom y Dee Bowles estaban ocupados yendo entre unidades mientras

tendían cable telefónico. Era un trabajo siempre peligroso, pues tenían que correr sin parar, buscar un parapeto y agacharse en cualquier sitio, para luego correr hasta el próximo, todo ello mientras rezaban para que no empezara un bombardeo mientras estaban al descubierto y para que ningún francotirador los pusiera en su mira.

La mañana del 7 de junio, Dee Bowles y su colega, el soldado Kirkman, habían estado tendiendo cables y volvían por un camino hacia una de las compañías del batallón cuando un ametrallador alemán camuflado abrió fuego sobre ellos desde unos 18 metros. Las balas atravesaron a Kirkman entre las costillas y Bowless recibió dos impactos en el brazo, la espalda y el costado. La fuerza de los disparos los hizo caer hacia atrás, en una zanja que corría paralela a la carretera. Por increíble que parezca, ambos permanecieron totalmente conscientes; allí tendido, Bowles se sentía entumecido y no estaba seguro de si le habían alcanzado ni de si había sufrido heridas graves.

Juntos, consiguieron arrastrarse unos cincuenta metros hasta llegar a unos matorrales que los ocultaron del ametrallador enemigo. En cualquier caso, los dos consiguieron ponerse en pie, caminar de vuelta a la carretera y recibir ayuda.

El gemelo de Dee, Tom, estaba tendido en otra zanja tratando de dormir un poco cuando le llegó noticia de lo que le había sucedido a su hermano. Salió corriendo hacia el puesto de enfermería, donde su hermano, que yacía en el suelo, todavía estaba consciente.

—¿Vas a ponerte bien? —preguntó [326] .

—Bueno, eso creo —contestó Dee. Los médicos le estaban dando morfina y comprobando su estado.

—¿Puedes subir sólo a la camilla? — le preguntó uno de los médicos a Dee.

—Sí, claro —les dijo.

Pero, cuando intentó levantarse, descubrió que no se podía mover. Después de que lo subieran a la camilla, Dee se volvió a Tom y le pidió que le quitara y se llevara su cinturón y las cantimploras, que habían llenado con *whisky* antes de cruzar el canal.

«Después de todo, no voy a necesitar ese *whisky*», le dijo Dee. A Tom le alivió que su hermano tuviera aún humor para hacer bromas, le hizo pensar que quizá no estuviera tan grave. Quizá se recuperaría pronto. Aun así, ambos comprendieron que Dee iba a viajar

inmediatamente de vuelta a Inglaterra.

—Bueno, nos vemos —dijo Tom.

Pusieron la litera de Dee en *un jeep* y se lo llevaron.

A pesar del buen humor que mostró frente a su hermano, Dee había sido herido de gravedad. Poco después, perdió el conocimiento y para cuando volvió en sí, ya estaba en un barco cruzando el Canal. Había camillas con hombres heridos rodeándolo por todas partes y tenía una sed horrible. «Pero no querían darme agua», dijo. «No sabían cómo de graves podían ser los tiros que había recibido». Al final, tras muchos ruegos, le dieron un trapo húmedo para que se lo pusiera en la boca. Lo siguiente que supo fue que estaba en el hospital naval de Southampton, donde le operaron varias veces. «Sólo una de aquellas balas era de verdad», dice. «Y ésa me atravesó limpiamente el brazo.

Todas las demás eran de madera. Probablemente eso es lo que me salvó».

Tom, que se había quedado en Francia, se preocupaba por él. «Por supuesto, pensaba en él todo el tiempo», dice. «Si en esos momentos me hubiera topado con un alemán, lo habría matado de un tiro, no hubiera hecho prisioneros».

Tom Bowles y el resto del 2.º Batallón no iban a poder descansar. Al final de la tarde del 8 de junio, habían tomado Formigny y Mandeville, al otro lado del río Aure, donde, por fortuna para ellos, no había terreno inundado, y siguieron presionando nuevamente hacia el sur, donde el tapiz de campos y alto *bocage* parecía más denso a cada metro que avanzaban.

Capítulo 17

Conectando

El teniente general Lewis Brereton, comandante de la Novena Fuerza Aérea de Estados Unidos, había descubierto durante su estancia en El Cairo y el Mediterráneo que los periodistas le preguntaban a menudo cómo se llevaban los británicos y los estadounidenses, y él siempre citaba las respuestas que le daban sus amigos y colegas, el mariscal del aire Mary Coningham y el general de brigada Auby Strickland, que había comandado el IX Mando Táctico del Mediterráneo. Por la mañana, uno iba a la tienda del otro, se preguntaban mutuamente qué tal estaban y luego alguno sugería compartir un poco de ginebra. Coningham sacaba la botella de ginebra y Strickland una lata de

mosto. Así, le contaba Brereton a la gente, era como se llevaban los británicos y los estadounidenses.

No siempre todo iba como la seda, pero, en su mayor parte, los líderes de la fuerza aérea aliada se llevaban bien. Spaatz y Tedder tenían una relación buena y muy cercana, tanto entre ellos como con Eisenhower, y los que dirigían las fuerzas aéreas tácticas también se llevaban bien. Leigh-Mallory no le gustaba mucho a nadie, pero no importaba demasiado porque había sido apartado en favor de Tedder y Mary Coningham, a quien se le había asignado el cargo de Comandante de la Fuerza Aerea Estratégica Aliada Avanzada. En consecuencia, era él, y no Leigh-Mallory, quien tenía el control operacional de la Novena Fuerza Aérea de Estados Unidos, así como de su propia Segunda Fuerza Aérea Táctica. Con ello, había otro británico a cargo de un componente clave de las fuerzas aliadas, lo que molestaba a Brereton, que se sentía cada vez más frustrado por el dominio de la RAF, pero que no tenía ningún problema a nivel personal con Coningham, que era amigo suyo y con quien compartía su filosofía de *bont vivant*. Los dos habían trabajado codo con codo durante meses. Los largos períodos compartiendo tienda en el norte de África estaban dando ahora réditos entre los comandantes de la fuerza aérea.

Coningham había ordenado el máximo esfuerzo en el Día D y el día D más uno, sin importar el desgaste que ello supusiera para aparatos y tripulaciones, por lo que pilotos como Gabby Gabreski volaron cuatro veces al día y las tripulaciones de bombarderos como las del Escuadrón 466 de Ken Handley volaron dos misiones cada día. Se había pensado mucho en todos los aspectos de las operaciones aéreas. Para asegurar una cobertura efectiva y precisa de cazas sobre las playas, se habían añadido Barcos de Dirección de Cazas a las flotas de invasión, a bordo de los cuales había radares, salas de

planificación y controladores aéreos. Estas plataformas flotantes de control habían funcionado bien, pero quizá el principal triunfo se había conseguido antes y había llevado a que la *Luftwaffe* prácticamente no apareciera en los cielos del Día D. A principios de 1943, los estadounidenses habían presionado mucho para que se diera prioridad a la destrucción de la *Luftwaffe*. La directiva Pointblank, emitida el 10 de junio de 1943, fue impulsada por ellos y dio justo en el clavo. El Día D fue posible gracias a ella, y la cabeza de playa consolidada que los Aliados tenían ahora se debía en gran parte al inmenso apoyo que las fuerzas aéreas habían dado a los combatientes en tierra.

Puede que el Mando de las Fuerzas Aéreas Aliadas estuviera dominado

ahora por la RAF, pero la USAAF había escogido y alentado la estrategia que ahora daba tan espléndidos dividendos.

Una parte esencial de la estrategia aliada consistía en establecer rápidamente aeródromos en Normandía desde los que operar aparatos tan pronto como fuera humanamente posible. El nivel de planificación necesario para conseguirlo era inmenso, pero, cuanto más cerca estuvieran los aviones del frente, más tiempo podrían permanecer en el aire. Y, cuanto más volaran, más fácil sería el trabajo de las tropas aliadas en tierra.

El general de brigada Pete Quesada voló a Normandía el jueves 8 de junio y, al aterrizar en la Pista de Aterrizaje de Emergencia 1 de Pouppeville, justo detrás de la parte sur de la playa Utah, casi aplastó a un ingeniero que seguía trabajando para terminar el aeródromo. El general había venido para hablar con Bradley y los comandantes de cuerpos, así como también para comprobar como estaban funcionando sus aeródromos y sus equipos de avanzada. Los retos eran múltiples. En el plan previo a la invasión, los Aliados habían previsto haber llegado más al sur a estas alturas, pero primero los retrasos en desembarcar ingenieros, personal de tierra y equipo y, luego, la dificultad de construir aeródromos mientras se estaba todavía bajo fuego de artillería y francotiradores enemigos habían hecho que el Día D más dos hubiera sólo dos aeródromos construidos en el sector estadounidense y uno en el británico. Que estos tres estuvieran operativos en tan poco tiempo era, de todos modos, casi un milagro.

Muchos de los hombres que lo hicieron posible habían sido reclutados de AT&T, la empresa que había instalado casi en solitario la red telefónica en todo Estados Unidos.

«Eran lo mejor de AT&T», comentó Quesada, «capaces de cualquier cosa [327]». En cualquier caso, estos ingenieros simplemente se movieron hacia el oeste y crearon un aeródromo entre Omaha y el pueblo de Saint-Laurent-sur-Mer, detrás de Easy Red.

Increíblemente, el aeródromo A-21 C estuvo operativo al final de la tarde de ese mismo día.

También en la orilla se establecieron los primeros aparatos de radar, así como los radares y controles de tierra costeros, los puestos de dirección avanzados. No era ideal

— el nuevo radar de microondas de aviso temprano (MAT) idealmente necesitaba estar en terreno elevado —, pero para cuando Quesada

aterrizó en PAE-1, ya había unos mil seiscientos ingenieros, personal de tierra y tropas de comunicaciones en Normandía. En total, sólo Quesada tenía unos ochenta mil hombres listos para viajar a Francia, y todos y cada uno de ellos sabían exactamente lo que tenían que hacer una vez allí. Huelga decir que estaba ansioso por llegar a Normandía tan pronto como fuera posible y, para conseguirlo, sin reparar en su seguridad personal, voló de nuevo hasta allí el 10 de junio. Justo al sur de Pointe du Hoc, en la carretera costera en la aldea de Le Guay, se ubicó el cuartel general del IX Mando Táctico, al lado del embrión del cuartel general del Primer Ejército de Bradley. Un kilómetro y medio hacia el sur, en Cricqueville, se estaba construyendo A-2, un aeródromo más. «El cuartel general del IX Mando Aéreo Táctico», comunicó Quesada a las 3.30 de la tarde el día 10, «se ha establecido en el continente [328] ».

Las tropas sobre el terreno también tenían motivos para agradecer la contribución de las fuerzas navales aliadas, que fue sensacional. El papel de la armada en el éxito del Día D se ha subestimado muchas veces — o se ha dado por supuesto — pero, en las condiciones climatológicas más exigentes y difíciles imaginables, despejaron sectores marítimos densamente minados y transportaron a la enorme fuerza de invasión con éxito a través del canal, en orden y a tiempo, moviendo cantidades titánicas de hombres y material: sólo en el día D se transportaron 132 000 hombres y casi 20 000 vehículos.

Además, estuvo la increíble cantidad de apoyo de artillería naval, que no sólo destruyó posiciones de batería enemigas vitales, como las de Longues-sur-Mer, sino que también contribuyó a decidir los combates en las playas, especialmente en Omaha. Sólo el destructor USS *Carmick* disparó 1127 proyectiles de cinco pulgadas (127 mm) durante el Día D; su esfuerzo no fue algo excepcional. El bombardeo naval continuó ayudando a los Aliados a penetrar hacia el interior y el desempeño en tierra mejoraba notablemente cuando las comunicaciones con las fuerzas navales se mantenían abiertas.

El almirante Ramsay tenía motivos para estar orgulloso de su mando y de lo que habían conseguido, pero, aun así, le enfureció que tres S-Boot penetraran las defensa aliadas y lograran hundir tres BDT el 8 de junio, que, sumadas a las sesenta y tres naves de desembarco destruidas el Día D, suponían unas pérdidas considerables. También sentía gran frustración porque la mitad de una fuerza de destructores de la *Kriegsmarine* que ascendía desde Brest hubiera escapado. «Quería hundirlos a todos», anotó en su diario, y añadió, «Los U-Boot se están acercando a la zona de Portsmouth y estarán

activos hacia el sábado. Los S-Boot son todavía una amenaza [329] ». Al día siguiente volvió a encolerizarse cuando un BDT que transportaba a más de 250 heridos tuvo que permanecer varias horas en el mar debido a problemas de organización. «Ha sido un día en que ha pasado una maldita cosa tras otra», anotó, «pero la tendencia general de la operación es buena y estamos progresando [330] ».

Las operaciones navales tampoco se circunscribían a buques de guerra y de desembarco. El capitán de corbeta Ambrose Lampen, a bordo del antiguo vapor a palas *Queen of Thanet*, había llegado a Arromanches, justo al oeste de la playa Gold, la mañana del 7 de junio, después de que su barco zigzagueara lentamente por el canal en forma de Z abierto a través del campo de minas enemigo. Anclado a kilómetro y medio de la costa, sólo oía el lejano retumbar de los cañones y veía algún relámpago ocasional sobre el horizonte. Su tarea era colocar las «mazorcas», barcos antiguos que iban a hundirse para formar el primer rompeolas. Con la protección que ofrecerían una vez colocados, los Fénix y demás elementos del puerto Mulberry podrían traerse, desplegarse y montarse rápidamente para entrar en funcionamiento.

El primero de estos barcos de bloqueo, el *Alynbank*, llegó a las 10.30 de la mañana.

Tuvo que ser maniobrado hasta su posición en un ángulo de doscientos ochenta grados y luego hundido de manera que se asentase sobre el fondo en el ángulo correcto.

Complicaba esta labor la marea, que ahora estaba alta pero que comenzaba a bajar y podía arrastrar al barco en otro ángulo o desviarlo por completo de su posición. «El método para hundir el barco era tosco», anotó Lampen [331] . Había cargas explosivas a ambos lados de la embarcación, bajo la línea de flotación, cada una de las cuales se suponía que debía abrir un agujero de 120 centímetros en el casco. Lo cierto, no obstante, era que «nadie sabía en realidad cuál sería el efecto de la explosión, ni cuánto tiempo tardaría el barco en hundirse». La esperanza era que, mientras el barco se hundía, los remolcadores pudieran mantenerlo fijado en su posición. Por desgracia, el primer intento con el *Alynbank* fracasó miserablemente, pues la fuerte corriente de la marea se apoderó de la nave, que escapó al control de los remolcadores y se puso a girar, asentándose finalmente en un ángulo de 90 grados respecto a la posición que debería haber tenido. Ésta era la primera mazorca que hundían y no podría haber ido peor. Mortificado, Lampen se apresuró a ir a la orilla en su pequeña lancha a motor para hablar con su jefe, el capitán

Christopher Petrie.

«Lo he visto todo, Lampen», dijo Petrie, con calma. «No deberíamos haberlo intentado durante la bajamar. Ha sido mala suerte [332] ». No se dijo nada más, pero Lampen interpretó que, sin duda, su tiempo como «plantador de mazorcas» había tocado a su fin. A pesar de ello, reunió a los capitanes de los remolcadores para pensar cómo podían evitar que volviera a suceder lo que había pasado y, a la mañana

siguiente, 8 de junio, hundieron la siguiente mazorca, el viejo vapor mercante *Saltersgate*, a la perfección, con su proa prácticamente tocando al mal colocado *Alynbank*.

Lejos de experimentar ninguna satisfacción, Lampen se sintió hundido porque unos pocos minutos antes había visto como sacaban bajo escolta al capitán Petrie de Arromanches. «Supe inmediatamente lo que aquello quería decir», escribió. «Un caballero impecable se había visto atrapado entre la lealtad a su subordinado y la inflexible ambición de su sucesor. Por mi error con el *Alynbank* había sido relevado sumariamente del mando y enviado al olvido de la jubilación [333] ». No obstante, no tuvo mucho tiempo para reflexionar sobre el injusto destino de Petrie, porque había más barcos de bloqueo que hundir. Él y su equipo empezaron a cogerle el tranquillo a la operación y al anochecer ya habían completado un tercio de la tarea.

Al final de la tarde del 10 de junio, Lampen y sus hombres habían terminado el puerto «Gooseberry», el largo rompeolas hecho de barcos hundidos. Luego, subió por un camino que llevaba fuera de la ciudad y caminó hasta el acantilado en el que los alemanes habían tenido una estación de radar; el Würzburg roto seguía todavía allí.

Mirando la panorámica desde esa atalaya vio el rompeolas y también los muelles que los ingenieros del ejército iban colocando en su sitio. Tres cabezas de muelle «spud» ya habían sido puestas en su lugar, y las unidades «whale» — las partes individuales del muelle — empezaban a alargarse desde la orilla. En la playa, un BDT estaba ocupado descargando, y a lo lejos, en el mar, los vapores costeros estaban descargando sobre varios DUKW [334] , que luego iban y venían hasta la orilla. Tanto Arromanches como la playa Gold eran colmenas rebosantes de actividad. Más allá en la costa, alcanzó incluso a ver una de las otras hileras de barcos de bloqueo que se estaban hundiendo en cada una de las playas de invasión.

Lampen también había sido ascendido. Se había reunido un equipo

extraordinario para supervisar la construcción del Mulberry B, pero Lampen había sido designado ahora para el cargo adicional de «plantador» de los Fénix, los enormes bloques que formarían la principal muralla del puerto y su parte más profunda. El domingo 11 de junio, empezaron a colocarlos, después de haber sido transportados con éxito a través del canal. Había aprendido la lección con el *Alynbank* y estaba decidido a no fallar esta vez. Plantaría sus Fénix durante la marea creciente; Lampen comprendió que para que el puerto funcionara bien — y resistiera los embates del caprichoso tiempo — cada uno de esos grandes bloques tenía que estar colocado a la perfección y, para conseguirlo, era fundamental elegir el momento adecuado. Y así avanzó este extraordinario proyecto de construcción en el mar. De forma lenta, pero segura, casi una semana después de la invasión, la batalla para acumular suministros parecía también otra victoria aliada.

Mientras tanto, los estadounidenses avanzaban al oeste de Cricqueville. El 9 de junio, los Rangers, junto con la ayuda de la Compañía C del 116.º de Infantería, tomaron tanto Grandcamp como el complejo de baterías de Maisy. Contaron para ello con la ayuda del 58.º de Artillería de Campaña, ahora adjunto a ellas, así como del 743.º

Batallón de Tanques, de modo que pudieron operar como una fuerza de asalto de armas combinadas. La primera tarea del capitán John Raaen fue despejar las casas de Grandcamp de francotiradores. «Así que formé cuatro equipos de cuatro», dijo «y puse dos a la derecha y dos a la izquierda, y luego hice que cada pareja fuera de una casa a otra. Y de esa forma despejamos unas veinte o treinta casas [335] ». Al día siguiente, tras una noche en las zanjas junto a los setos, se unieron al ataque sobre la propia batería de Maisy, que tomaron rápidamente. Dicha batería había estado disparando sobre ellos mientras habían estado atrincherados en Saint-Pierre, cerca de Pointe du Hoc, pero, como todas las posiciones defensivas alemanas a lo largo de la costa de Normandía, había sido desgastada por fuego aéreo y naval y ahora por un asalto abrumadoramente potente desde tierra. Los búnkeres de hormigón estaban muy bien, pero su posición era fija y dependían del fuego de apoyo mutuo que se daban entre ellos. Cuando estaban aislados, dañados y escasos de munición, los complejos defensivos de ese tipo a menudo se convertían en ataúdes, como los defensores habían comprobado dolorosamente desde el Día D.

El sargento Bob Slaughter y el 1.er Batallón del 116.º de Infantería se adentraron un poco más hacia el interior mientras los Rangers atacaban Grandcamp y avanzaron hacia el sur de Maisy. Frente a ellos

había elementos supervivientes del *GrenadierRegiment* 914. Slaughter y su pelotón siguieron a un chirriante tanque Sherman mientras se movía lentamente por un camino hundido. A ambos lados había altos setos, y Slaughter y sus hombres se aprovecharon de la protección que les ofrecían los arbustos y el Sherman, aunque, debido al polvo que levantaban las cadenas, el sargento caminaba un poco alejado del blindado. Entonces, fuego de mortero esporádico y algún proyectil mayor de vez en cuando empezó a silbar sobre ellos hasta que, de súbito, una gran explosión por delante de ellos sacudió el suelo. Una gran bola de fuego ascendió y se expandió en todas direcciones. El Sherman había activado una mina Teller y todos sus ocupantes habían volado en pedazos, así como casi un pelotón entero de diez hombres que habían estado agazapados tras el tanque. Slaughter sintió la fuerza de la explosión y el calor a pesar de que estaba unos treinta y cinco metros por detrás, y cuando las llamas, el polvo y el humo se despejaron un poco, vio que el tanque, de treinta toneladas de peso, había salido volando y había caído de lado en la cuneta del camino. «En un instante eran hombres jóvenes llenos de vida», escribió, «y al instante siguiente eran brazos y piernas ensangrentados y desmadejados, sobre torsos ensangrentados [336] ». Encontraron

algunos restos, entre ellos, botas con los pies todavía dentro, a más de veintidós 22

metros de distancia. Slaughter no fue el único que vomitó por las náuseas. «Pensaba que me estaba acostumbrando a ver morir a hombres de las maneras más horribles», añadió,

«pero la explosión de aquella mina Teller fue una de las cosas más espantosas que he visto jamás». Después de esto, se prometió mantenerse siempre a distancia prudente de los tanques en caminos y carreteras.

Los restos de la destrozada *352. División* estaban ahora retirándose hacia la *Hauptkampflinie*, la nueva línea de defensa que habían preparado antes de la invasión. El teniente Hans Heinze y su 5. *Kompanie* se contaron entre los primeros en llegar a ella, después de haberse replegado desde el sur de Coleville. Tras atrincherarse, vieron como todavía más aviones aliados los sobrevolaban; ese abrumador poder aéreo enemigo y la clarísima superioridad material de los aliados era algo que Heinze no había experimentado en Rusia. Después de un bombardeo por aviones aliados, encontró a su amigo, el teniente Heller, un veterano de Francia en 1940 y del frente oriental, llorando desconsoladamente por la pérdida de tantos de sus hombres desde que había empezado la invasión. «Si al menos lucharan contra

nosotros hombre a hombre», le dijo Heller,

«tendríamos una oportunidad. No podemos luchar contra sus aviones y sus bombas [337] ».

Karl Wegner estaba entre los exhaustos supervivientes alemanes que seguían marchando fatigosamente hacia el sur y el oeste. Ese día, el viernes 9 de junio, la división perdió a 2000 hombres, un quinto de su capacidad total de combate, que se sumaban a los que había perdido los dos días anteriores. *Jabos*, cazas e incluso bombarderos los acosaban durante todo el día, mientras que las carreteras estaban obstruidas por caballos muertos y vehículos en llamas. «Aunque nos replegamos», dijo,

«otras partes de nuestro regimiento seguían combatiendo en los setos [338] ». En ocasiones eran sólo unos pocos hombres, pero una ametralladora o dos y un par de francotiradores podían resultar increíblemente efectivos, detener a una compañía estadounidense entera y dar a los demás el precioso tiempo que necesitaban para escapar. En su ardua retirada, Wegner y sus compañeros miraban constantemente hacia el cielo, pero una y otra vez los Jabos caían en picado sobre ellos y tenían que saltar en busca de cobertura y rezar por salvar el cuello. «Pero siempre nos hacíamos la misma pregunta: ¿Dónde está la *Luftwaffe*?», escribió [339] . La respuesta más común era, «Están todos en casa protegiendo las medallas del gordo de Hermann».

La mañana del 9 de junio, el *Generalleutnant* Bayerlein estuvo finalmente listo para entrar en la batalla, con su artillería bombardeando las posiciones enemigas en la cresta frente a ellos, donde las brigadas británicas 8.ª Acorazada y 53.ª de Infantería estaban ahora atrincheradas a la espera de seguir avanzando. Por encima de Saint-Pierre y Tilly-sur-Seulles, los Rangers de Sherwood estaban bajo presión. «La Cota 103 se hizo muy incómoda», señaló Stanley Christopherson con su flema habitual, «y parecía ser el principal objetivo del fuego de mortero y artillería alemán [340] ». Sus tanques estaban bastante seguros entre los árboles, pero en cuanto avanzaran se expondrían a los tanques enemigos que había en el pueblo. Al final, el sargento Dring consiguió adelantarse con su Firefly y, usando su cañón de diecisiete libras de alta velocidad, alcanzó a un Panther cinco veces y lo dejó fuera de combate. Tres Sherman fueron destruidos, aunque en todos los casos sus tripulaciones consiguieron salir del vehículo.

Uno de los alcanzados fue el tanque del teniente Mike Howden. «El

tartamudeo de Mike no le dejó hablar durante media hora», anotó Christopherson, después de que Howden y su tripulación hubieran escapado, «y su tez, que en el mejor de los casos está desprovista de color, se volvió ahora incluso más blanca que la nieve[341]». Pero Christopherson sí perdió a su segundo ese día, el capitán Keith Douglas, que murió al instante por impacto de metralla. Douglas había estado en el Escuadrón A desde Palestina y había combatido con ellos por todo el norte de África. Fue, posiblemente, el mejor poeta británico de la Segunda Guerra Mundial, y también escribió un excelente libro sobre el tiempo que pasó con los Rangers de Sherwood, *De El Alamein a Zem Zem*, que ya había sido publicado antes de que salieran hacia Normandía.

Más tarde ese día, los Rangers de Sherwood fueron relevados y sus posiciones en la Cota 103 las ocupó el 4.º/7.º de la Guardia de Dragones. Con los británicos en este sector topando con la *PanzerLehr*, sin embargo, los Rangers de Sherwood, junto con toda la infantería y los blindados de la 50.ª División, más las brigadas independientes adjuntas, fueron necesarios de nuevo, y al mismo día siguiente tuvieron que volver a subir a la Cota 103. Para entonces, Saint-Pierre había sido tomado en un asalto combinado de infantería y blindados apoyado por la artillería que, a estas alturas, ya estaba completamente desplegada y apoyando a las tropas. El Escuadrón A de Christopherson se situó en el flanco izquierdo, apoyando a la infantería. Él y sus hombres pasaron una noche sin dormir a las afueras de Saint Pierre, a la espera de un contraataque que nunca se materializó.

El 8 de junio, el 1.er Batallón del 505.º RPI fue por fin relevado en La Fière, tras haber pasado dos días y medio tórridos intentando mantener la posición mientras los machacaba cada vez más la artillería y el fuego de mortero enemigos. Para cuando finalmente salieron de allí, al teniente coronel Mark Alexander le quedaban sólo 176

hombres, cuando debería haber tenido más de quinientos. No obstante, más soldados se sumaban al combate. El 325.º Regimiento de Paracaidistas Planeadores les relevó y, con la ayuda de unos cien hombres del 507.º RPI, cargó por la carretera y tomó finalmente el pueblo de Cauquigny. El precio que pagaron por ello, eso sí, fue alto, un coste al que contribuyó que el humo que lanzaron para cubrir su aproximación se disipara demasiado pronto, dejándolos horriblemente expuestos. «Me consoló que al menos nos libramos de esa misión», dijo Alexander. «Más tarde pensé en la suerte que había tenido de no estar ya allí y de no haber tenido que dirigir ese ataque diurno[342]».

Al sureste, mientras tanto, la batalla por Carentan seguía en marcha. Desde la torre de la iglesia en el centro de la ciudad, el *Oberleutnant* Martin Pöppel tenía una de las mejores panorámicas de la zona. Al norte alcanzaba a ver a ambos lados del estuario del Vire, al noroeste hasta Saint-Côme-du-Mont e incluso más lejos hacia el este, mientras que, hacia el sur, en la distancia, se elevaba gradualmente la larga y baja cresta a ambos lados de Saint-Lô, una extensión que parecía un mosaico verde. En el mar estaba el sobrecogedor espectáculo de la flota aliada. «Barco tras barco, chimenea tras chimenea», anotó en su diario, «una visión que absorbe a cualquiera por su pura potencia militar [343] ».

Como comandante de la *12. Kompanie* del *III. Bataillon* del *Fallschirmjäger-Regiment 6*, Pöppel estaba al mando de las armas pesadas del batallón, que consistían en cuatro 88, cuatro obuses y un mortero *Nebelwerfer* de seis cañones. En estos momentos, el I.

Bataillon había sido casi aniquilado — sólo veinticinco de sus hombres habían escapado a través de las áreas inundadas hasta Carentan — y el II. *Bataillon* había sufrido muchas bajas en Saint-Côme y había sido retirado al otro lado del río Douve. Esto dejaba solo al III. *Bataillon* ante cualquier nuevo ataque que lanzaran los estadounidenses. Pöppel utilizó sus obuses y 88 para fuego de hostigamiento, sabedor de que tenía ahora toda la munición para artillería de todo el regimiento, porque todos los demás cañones se habían perdido. Aun así, el *Oberst Von* der Heydte, comandante del *Fallschirmjäger-Regiment 6*, no estaba contento y, temprano el 10 de junio, escribió a Pöppel para preguntarle por qué estaba utilizando artillería en lugar de ametralladoras. Porque, le explicó Pöppel, las MG eran completamente ineficaces en las distancias en las que estaban. Esto provocó una bronca monumental del «Viejo», pero incluso después de que Pöppel hubiera ordenado a sus cañones que dejaran de disparar, uno de los

teléfonos sonó de inmediato y el coronel apareció de nuevo al otro lado de la línea quejándose de que ahora sus morteros no estaban alcanzando al enemigo.

Un par de horas después, tres bengalas rojas Very se alzaron en el cielo, la señal de que el enemigo estaba atacando, así que Pöppel ordenó a sus cañones que abrieran fuego a discreción sobre los objetivos preestablecidos. Momentos después, el teléfono volvió a sonar. Un furioso Von der Heydte exigía saber por qué estaba disparando sus cañones cuando tenía órdenes expresas de no hacerlo. Pöppel le explicó por qué, pero no le valió de nada y fue relevado de su mando con efectos inmediatos. «Es fácil imaginar mi amargura»,

apuntó Pöppel. «Mis líderes de sección, que han pasado por todo este asunto conmigo están también furiosos, pero no se puede hacer nada. Los que forman la escoria de arriba siempre se apoyan unos a otros[344]». Se le ordenó que se presentara en el cuartel general del regimiento, donde fue nombrado ayuda de campo del comandante, es decir, relegado a ser oficial correo. Fue una tremenda humillación para alguien con la experiencia y el historial de servicio de Pöppel.

Es comprensible, en todo caso, que Von der Heydte estuviera tan susceptible. Sentía que lo atacaban desde todos los flancos, también desde su propio bando. La munición escaseaba peligrosamente. Al principio, le habían ordenado que se hiciera con suministros extra en un punto de distribución de munición, pero resultó que allí no había munición almacenada todavía, así que se asignó otro punto de distribución al regimiento, que resultó que ya había sido destruido. Aunque ahora pidió que lo reabastecieran desde el aire con entregas por paracaídas, hacia las 10 de la noche del día 10 Von der Heydte ya había decidido que Carentan no se podía defender y que sus hombres debían retirarse a una nueva línea al sur de la ciudad al día siguiente, el domingo 11 de junio.

Sin embargo, antes, al final de esa tarde, el *Brigadeführer* Werber Ostendorff, comandante de la 17. *SS-Panzergrenadier-Division* «Götz von Berlichingen», había llegado al puesto de mando regimental y les había asegurado que sus panzer y artillería avanzaban a buen ritmo y pronto estaría allí para ayudar a dividir a los estadounidenses y obligarlos a retroceder. Quizá Von der Heydte no le creyó; quizá consideró que la situación era demasiado desesperada. En cualquier caso, no retiró la orden de evacuación. Sólo una compañía del III. *Bataillon* permanecería en la ciudad para ralentizar y dificultar los avances estadounidenses.

Temprano el día 11, se ordenó a Pöppel dirigirse al cuartel general del LXXXIV.

Korps en Saint-Lô y solicitar que el regimiento fuera puesto bajo el mando de la 17. *SS-Panzergrenadier-Division*. Se le concedió su petición y, además, le dieron un puñado de valiosísimos y muy necesarios mapas que llevó consigo mientras conducía con su

motocicleta por carreteras llenas de camiones y otros vehículos calcinados, destruidos por las fuerzas aéreas aliadas. Encontró a Von der Heydte en su nuevo puesto de mando en la aldea de Bléhou, a unos once kilómetros al suroeste de Carentan.

Aprovechando al máximo la pausa en los combates, la mayoría del *Fallschirmjäger* 6 fue retirado de la ciudad esa tarde, a plena luz del día y luego, a las 10 de la noche, se emitieron órdenes para un contraataque conjunto con la 17. SS para el día siguiente, lunes 12 de junio. Estas órdenes no estaban firmadas por Von der Heydte, sino por el *Brigadeführer* Ostendorff.

Mientras tanto, el 506.º RPI había estado moviéndose por la noche hasta sus posiciones de salida para el asalto sobre Carentan, sin saber que en la ciudad sólo quedaba un reducido número de soldados alemanes. La infantería y los paracaidistas de Estados Unidos ya habían establecido contacto a unos tres kilómetros al norte y los puentes sobre el río Douve habían sido asegurados. El general Maxwell Taylor ordenó entonces un ataque en tridente para tomar la ciudad — desde el noreste, desde el este y con el 506.º RPI atacando desde el suroeste —, de ahí que hubieran tenido que marchar durante la noche para situarse en la posición de salida que les habían asignado.

La Compañía Easy había pasado muchos meses entrenando de noche, de modo que muchas de las potenciales dificultades de cruzar un terreno poco familiar en la oscuridad, de orientarse con las estrellas y de que cada hombre no perdiera el contacto con el siguiente habían sido rigurosamente superadas mucho antes de salir de Inglaterra. Dick Winters creía que los únicos que tenían recelos sobre las marchas nocturnas eran los miembros de los estados mayores de la división y el regimiento, que no habían recibido ese mismo entrenamiento. «Esa carencia se hizo evidente el Día D», anotó. «Estos oficiales de Estado Mayor tenían grandes dificultades para orientarse y encontrar sus objetivos". Por lo que Winters había presenciado hasta entonces, sin embargo, los oficiales de menor graduación no tenían ningún problema con esas cosas[345] ». Predijo, no obstante, que habría problemas cuando dos batallones tuvieran que cruzar los puentes capturados, primero sobre el río Douve y luego sobre uno de sus afluentes; a continuación, dirigirse hacia el oeste por terreno pantanoso e inundado y, por último, cruzar dos líneas de ferrocarril. La ruta era difícil y, como Winters sospechaba, los oficiales del Estado Mayor regimental y de batallón que dirigían la marcha tuvieron muchos problemas y perdieron constantemente el contacto con las compañías y las referencias de las fronteras entre batallones. «En suma», escribió, «fue una noche dura. Parábamos, nos atrincherábamos, desplegábamos los cañones y los bazucas y luego teníamos que recogerlo todo y volver a ponernos en marcha, y así una y otra vez[346] ». En cualquier caso, hacia las 5.30 de la mañana alcanzaron sus posiciones de partida, que cubrían la principal

carretera al sur hacia Périers. Si el 506.º conseguía

bloquear con éxito esa carretera, los alemanes que permanecían en Carentan estarían atrapados y sólo podrían escapar hacia el oeste, a través de las áreas inundadas.

La única manera de asaltar la ciudad era avanzar directamente por la carretera en la que ahora se encontraban. Winters había desplegado a una sección en la izquierda y otra en la derecha, y mantenido a una tercera en reserva. La carretera estaba ligeramente elevada, con pendientes a sus dos lados que se hundían en sendas cunetas poco profundas. Minutos después, a la acordada hora H, Winters gritó a sus hombres que avanzaran y una solitaria ametralladora abrió fuego sobre ellos desde un edificio en la primera de las dos intersecciones, donde dos carreteras se cruzaban en el límite de la ciudad. Los hombres se quedaron paralizados, pero Winters se puso en pie a pesar de que las balas silbaban a su alrededor y empezó a gritar «¡Moveos! ¡Adelante!» mientras corría hacia la cabeza de su columna; tuvo suerte de que la MG42 tuviera tan mala puntería[347]. Su ejemplar liderazgo inspiró a sus hombres, que, utilizando granadas, consiguieron acabar con el equipo de la ametralladora y hacer que otras tropas enemigas de la población huyeran hacia el sur a través del campo. Tras llegar al segundo cruce, un fuego de mortero y ametralladora con objetivo preestablecido cayó sobre los hombres de la Compañía Easy y las bajas empezaron a acumularse. Una bala perdida le hizo un corte a Winters en el tobillo, pero aun así siguieron avanzando y pronto llegaron a la ciudad, donde descubrieron que el enemigo la había abandonado.

Carentan había caído.

«Recordaré mucho tiempo el 11 de junio», escribió Stanley Christopherson, «pues fue un día muy triste para todo el regimiento y, en particular, para mí[348]». Los combates se habían recrudecido desde que la *PanzerLehr* había chocado con el XXX

Cuerpo británico el 9 de junio. Alrededor de Saint-Pierre, Fontenay y Tilly la situación había sido muy fluida, y ambos bandos habían sufrido muchas bajas. El terreno, lleno de pequeños campos rodeados por espesos y grandes setos y bosques era

«desagradable», en palabras de Chirstopherson, para los tanques, y ninguno de los dos bandos consiguió avances significativos. Saint-Pierre había sido tomada, eso sí, y mientras Christopherson y su Escuadrón A seguían en la Cota 103, los escuadrones B y C, junto con

el cuartel general del regimiento, siguieron avanzando colina abajo y se trasladaron a la ciudad.

A mediodía, en respuesta a una orden recibida por radio, Christopherson corrió hacia el nuevo puesto de mando regimental, que se había ubicado en los edificios de una granja en el extremo norte del pueblo. Allí le dijeron que un impacto directo había destruido el tanque del oficial al mando (OM), conocido como *Robín Hood*, y había

matado al mayor Mike Laycock, el OM, así como al capitán George Jones, su adjunto, y al teniente Laurence Head, el oficial de inteligencia. Varios otros habían resultado heridos. Era un golpe durísimo; Mike Laycock era uno de los pilares del regimiento, uno de los miembros del ejército Territorial de antes de la guerra que había zarpado hacia Palestina, con su caballo en 1939. Había sido comandante durante sólo unos pocos días, después de que el anterior, y breve, comandante hubiera resultado herido el Día D. Christopherson y Laycock habían sido amigos íntimos; Christopherson lo consideraba no sólo una excelente persona, sino también un oficial brillante, y lo había considerado la columna vertebral del regimiento.

El *Hauptmann* Helmut Ritgen, cuyos hombres en el *II. Bataillon* del *PanzerLehrRegiment* 130 estaban combatiendo contra los Rangers de Sherwood, sufrió una tragedia similar ese día. Había avanzado hacia Tilly con una columna de suministros y para hablar con el *Prinz* Von Schönburg-Waldenburg. Al llegar al puesto de mando del batallón, descubrió que un proyectil acababa de caer sobre el cuartel general de campaña y matado al *Obergefreiter* Füssell, el fiel ayuda del príncipe. El *Prinz* había sido llamado antes a conferenciar con el comandante del Regimiento 901, pero a su retorno, al recibir la noticia, se mostró inconsolable; Füssell había sido su mejor amigo durante veinticinco años, le dijo a Ritgen. Más aun, estaba convencido de que el ataque que les habían ordenado llevar a cabo esa tarde era un error. «Consideraba que el terreno era totalmente inadecuado para emplear blindados», anotó Ritgen [349] .

Ritgen trató de animarlo, pero, cuando se marchaba, el *Prinz* le dijo: «¿Quién sabe si moriremos todos?». Con esta nota tan dramática, Ritgen regresó a Parfouru. A alrededor de las 10 de la noche, lo convocó el adjunto del batallón. Mientras atacaba la Cota 103, el carro de mando del *Prinz* había sido alcanzado en la torreta. Él y su oficial de comunicaciones habían muerto al instante. Un tercer oficial también murió en acción.

Ritgen quedó conmocionado, pero se apresuró a acudir al combate con más suministros y encontró al batallón adoptando su posición nocturna — lo que se conocía como

«leaguering», una formación en círculo con los cañones apuntando hacia fuera — y luego fue a hablar con el *Oberst* Gerhardt, el oficial al mando del *PanzerLehr-Regiment* 130. «Me confió temporalmente el mando del batallón», escribió Ritgen. «Cuántas veces en silencio había ansiado ese cargo, pero no bajo estas trágicas y horribles circunstancias. La muerte del *Prinz* me afectó profundamente [350] ».

Capítulo 18

Las limitaciones de la riqueza y la libertad de la pobreza Ahora que el período de cobertura de proximidad sobre el frente de invasión tocaba a su fin, las fuerzas aéreas tácticas estaban penetrando más profundamente. El lunes 13

de junio, los Mustang del 354.º Grupo de Caza recibieron objetivos que bombardear en picado en el norte de Francia y los tres escuadrones despegaron juntos desde Boxted, en Suffolk. Dirigiendo el 356.º Escuadrón de Caza para atacar un puente de ferrocarril cerca de Ruan estaba el mayor Dick Turner, que esperaba que aquélla fuera otra misión rutinaria. Alcanzaron la zona del objetivo sin incidentes y, tras haber divisado el puente correcto, Turner orbitó sobre él a unos mil quinientos metros de altura, buscando los emplazamientos de artillería antiaérea enemiga para determinar, con esa información, el mejor modo de atacar el objetivo. Lo más efectivo era un ataque «concentrado», en el que cada P-51 seguía al anterior utilizando la misma línea de picado. Si el primero o el primer par de aviones se quedaban cortos o se pasaban al descargar su bomba, los que los seguían podían ajustar la trayectoria y corregir el error. El ataque concentrado siempre conducía a la destrucción del objetivo.

Por otro lado, si había posiciones antiaéreas enemigas, un ataque concentrado era demasiado peligroso, porque permitía a los artilleros en tierra predecir la trayectoria de los bombarderos en picado y afinar su puntería. Puede que los primeros aviones consiguieran atacar el objetivo, pero era casi seguro que los siguientes no lo lograrían.

Una mejor opción sería un ataque «coordinado», en el que algunos de los cazas atacaban los emplazamientos antiaéreos y los mantenían ocupados mientras el resto machacaba el objetivo. Un poco de juicioso trabajo de reconocimiento, exactamente como el que Turner estaba llevando a cabo ahora sobre el puente, solía dar muy buenos réditos y

aseguraba que sus pilotos permaneciesen sanos y salvos. «Además», anotó,

«mis compañeros de escuadrón eran todos buenos amigos míos [351] ».

Al escudriñar el suelo, no distinguió ninguna señal de antiaéreos enemigos, así que, casi relamiéndose, dio la orden para un ataque concentrado. Poniéndose el primero, los guió hacia el objetivo y dejó caer sus dos bombas de quinientas libras con una precisión reconfortante. De hecho, pareció que las treinta y dos bombas que dejaron caer dieron todas en el objetivo; al ascender de nuevo, una vez el humo y el polvo se hubieron asentado, vio que sólo quedaban las vías a ambos extremos del puente, con los raíles retorcidos y aplastados, mientras que los escombros del puente se habían hundido en el fondo del desfiladero. Habiendo cumplido la misión, pusieron rumbo al noreste, pero

Turner decidió dirigir a sus hombres en una pequeña expedición de caza depredadora.

Habían recibido informes de que había más unidades de la *Luftwaffe* moviéndose hacia el oeste, así que pensó que no estaría de más echar un vistazo por esa zona.

Su corazonada dio en el clavo. En menos de un cuarto de hora, uno de sus pilotos empezó a señalar excitado un tosco aeródromo en el suelo, lleno de Focke-Wulf 190

semiocultos en los setos. Turner miró a la izquierda y, desde luego, ahí estaban, medio tapados por el follaje y los árboles. Tras mirar rápidamente a su alrededor en busca de posiciones antiaéreas y comprobar que no había ninguna, ordenó al escuadrón que lo siguiera e hizo un tirabuzón para iniciar un picado. En cuanto la hilera más cercana de 190 apareció ante él, abrió fuego con sus seis ametralladoras de calibre 50, dejando que la línea de balas «caminara» hacia los objetivos. En unos instantes, dos se incendiaron y empezaron a emitir humo. Alejándose del suelo con un brusco giro ascendente a babor, vio otro Focke-Wulf que estaba repostando combustible cerca del borde de un segundo campo. Turner estabilizó el avión terminando el tirabuzón, empujó la palanca hacia adelante para que su Mustang hundiera el morro, abrió fuego otra vez y destruyó la cisterna de combustible y el 190, que estallaron en una brillante bola de fuego. A continuación, ascendió de nuevo y se alejó un poco del combate.

Al mirar a su alrededor, vio que su escuadrón sobrevolaba el aeródromo mientras uno u otro de sus aparatos se lanzaban en picado para atacar un objetivo. Sobre el aeródromo reinaba el caos, con cazas en llamas bordeando la pista, pero Turner vio que era el momento de marcharse; nunca era buena idea permanecer demasiado tiempo a baja altitud cuando existía la posibilidad de que hubiera cazas enemigos volando en las proximidades. Ordenó a su escuadrón que ascendiera de nuevo a tres mil metros, y él mismo había alcanzado ya los quinientos cuando divisó una estela de polvo sobre el suelo y comprobó que se trataba de un Ju88 a punto de despegar. Al verlo venir, el piloto del Junkers abortó inmediatamente el despegue, pero fue demasiado tarde. «Lo alcancé justo cuando se detuvo», señaló Turner, «y explotó [352] ».

Viendo que le quedaba poca munición y que cabía la posibilidad de haber despertado a un nido de avispas, Turner les ordenó que se dirigieran a casa. Los dieciséis aterrizaron sanos y salvos, sin que ninguno de sus aparatos sufriera daños.

Además del puente, habían destruido veinte FW190. «Y, con mi Ju88 como guinda», añadió Turner, «el total de aviones destruidos ascendió a veintiuno. Fue un día de trabajo muy satisfactorio [353] ».

El éxito de las fuerzas aéreas aliadas eran muy buenas noticias, pero la llegada de los primeros cohetes V-1 sobre Inglaterra al día siguiente ciertamente no lo fue. Parece que la mayoría se quedaron cortos y cayeron sobre Kent, Suffolk y Essex, pero cierto número de ellos alcanzó Londres. «Nuestros ataques sobre objetivos de la operación Crossbow», apuntó el general Brereton, el comandante de la Novena Fuerza Aérea, en su diario, «deben reemprenderse de inmediato [354] ». Una y otra vez los objetivos de Crossbow habían sido golpeados, incluso con renovado brío después de que Eisenhower acordase aumentar la presión el 19 de abril; así que, ahora, sólo una semana después de la invasión, el hecho de que Londres estuviera siendo atacado fue un *shock*.

Ese día estaba en la capital británica la teniente Mary Mulry, enfermera del Servicio de Enfermeras Imperial de la Reina Alejandra — conocidas como las QA, por sus siglas en inglés —, que había venido a la ciudad en uno de los pocos días libres que tenía para comprar un baúl que utilizar como equipaje para su inminente viaje a Normandía.

«Estas bombas zumbonas [355] son aterradoras», escribió en su diario

después de haberlas experimentado de cerca en las proximidades de la estación Victoria [356] . De camino al metro, había oído su ominoso zumbido y acababa de alcanzar la entrada de la estación cuando oyó que el motor se apagaba y la bomba empezaba a caer. «Mientras bajaba por las escaleras, oí las sirenas de las ambulancias», añadió. «Los londinenses son muy flemáticos y continúan con sus vidas normales mientras van esquivando los moscardones [357] ».

Mary había partido de su hogar en la neutral Irlanda en 1939, a la edad de diecisiete años, y llegado a Londres, pues en casa había todavía menos dinero y trabajo. Su hermano mayor, Michael, ya había emigrado a Estados Unidos, pero Mary prefirió Inglaterra y consiguió un trabajo como aprendiz de enfermera en el Hospital de Guy en Londres. Después de que estallara la guerra fue evacuada al hospital de Kent y Sussex en Turnbridge Wells.

Su primer contacto con el conflicto tuvo lugar durante la retirada de Dunkerque a finales de mayo y principios de junio de 1940, cuando llegó al hospital una marea de soldados heridos. Luego sucedió la batalla de Inglaterra, gran parte de la cual se desarrolló en los cielos sobre el hospital. Tres años después, aprobó el examen estatal para auxiliar de enfermería y volvió a Londres, al hospital Brook, en Woolwich, donde se especializó en cuidar fiebres. No acabó su formación hasta la primavera en 1944, momento en el cual presentó su solicitud para unirse a las QA. El servicio de enfermeras del ejército se había fundado en 1902, al final de la guerra anglo-bóer, para preparar enfermeras que sirvieran en el ejército, y sus filas habían crecido de sólo

seiscientas en 1939 a unas doce mil hacia 1944. Mary estaba deseando unirse a las QA desde hacía tiempo, pero parece que su decisión de abandonar Woolwich consternó tanto a su matrona en el hospital como a su padre, un ferviente republicano que había combatido contra los británicos durante la lucha por la independencia de Irlanda. Pero nada la detuvo y el 10 de mayo fue llamada formalmente a integrarse en las QA, pasando a ser una más de los 165 000 ciudadanos de la neutral Irlanda que se alistaron en las Fuerzas Armadas británicas durante la guerra. Había llegado al Hospital General 101 en Hatfield House, en Hertfordshire, al norte de Londres, el 5 de junio. Era una gran casa rural, la sede familiar ancestral del conde de Shaftesbury, aunque ahora se utilizaba como hospital. El lugar le pareció a Mary «hermoso pero un poco intimidante [358] ».

En su segundo día, se despertó con las noticias de la invasión. «Había una tremenda corriente de excitación», escribió en su diario, «por

todas partes se formaban corrillos que hablaban del tema[359] ». Su hermano, Michael, se había alistado en el Ejército de Estados Unidos y los dos se habían encontrado en Londres unas pocas semanas antes.

Era la primera vez que lo veía desde que él había emigrado. Ahora, una semana después de la invasión, se preguntaba si lo volvería a ver en Normandía. Sabía ya con seguridad que iba a viajar al otro lado del canal, y que su marcha era cuestión de días.

Primero, sin embargo, tenía que regresar a Hatfield de una pieza, sin que le diera ninguno de aquellos moscardones.

Los líderes bélicos británicos no se tomaron la situación con tanta flema. La tonelada de Amatol que transportaba cada V-1 en su cabeza explosiva tenía una gran capacidad de destrucción y el pueblo británico, tras largos años de guerra, estaba comprensiblemente consternado al verse sometido a un renovado Blitz. «Esta nueva forma de ataque que sufrió el pueblo de Londres fue quizá una losa más pesada que los bombardeos de 1940 y 1941», anotó Churchill. «El suspense y la tensión eran más prolongados. El alba no traía alivio ni las nubes consuelo[360] ». La V-1 eran un motivo adicional para aplastar al enemigo en Normandía rápidamente y cargar hacia el interior de Francia, para tomar las bases de lanzamiento de estas nuevas y terroríficas armas.

Aunque los daños que causaron eran mucho menores que los que había traído el Blitz, la amenaza de las V-1 se había materializado al fin, y ahora pesaba sobre los jefes militares aliados — y, muy especialmente, sobre los británicos — como una terrible mortaja.

Una de estas V-1 cayó más cerca del general Eisenhower de lo que nadie esperaba.

Alrededor de la 1 de la madrugada del 16 de junio, Ike estaba de vuelta en Widewing, su Cuartel General Supremo de la Fuerza Expedicionaria Aliada, en Bushy Park, en las afueras de Londres. Estaba leyendo en la cama cuando sonó la sirena. Su amigo y

ayudante naval Harry Butcher corrió a su habitación y le sugirió ir al refugio.

Eisenhower se negó, sin embargo, hasta que oyeron el ruido y la explosión de una V-1

estallando relativamente cerca. «Dicen que tienes dos segundos para encontrar refugio una vez paran el zumbido y el put-put», anotó

Eisenhower. «Así que decidí que al menos Butcher se retirara al refugio[361]». Unos pocos minutos después, Eisenhower lo siguió.

Ciertamente, los ataques de V-1 añadieron casi de inmediato un nuevo nivel de presión e impaciencia a la campaña de Normandía, una presión totalmente desproporcionada respecto al daño que estaban causando, que era, en el gran esquema del conflicto, más bien pequeño. «El Ministerio del Aire estima que el enemigo es capaz de lanzar unas noventa toneladas sobre el área de Londres», anotó Brereton, «lo que es motivo de grave preocupación[362]». Era, sin embargo, moco de pavo comparado con las colosales cantidades de explosivos que estaban siendo lanzadas sobre Alemania. Al día siguiente, por ejemplo, el Escuadrón 617 dejó caer 1230 toneladas de bombas sobre muelles de S-Boote en El Havre. A finales de la tarde anterior, el Mando de Bombardeo había atacado una planta de combustible sintético cerca de Gelsenkirchen con trescientos tres bombarderos, cada uno de los cuales transportaba unas cuatro toneladas de bombas; sólo este ataque llevó a la pérdida de unas mil toneladas de combustible al día durante varias semanas. Mientras tanto, la pasmosa cifra de 1357 bombarderos pesados estadounidenses de la Octava Fuerza Aérea, cada uno cargado con unas dos toneladas de bombas, atacaron un amplio abanico de objetivos; el teniente Smitty Smith y su tripulación se contaron entre los que fueron enviados rápidamente a bombardear bases de lanzamiento de «bombas zumbonas» en Florennes, al norte de Francia. Es necesario, en suma, mantener un sentido de la proporción en lo referente a este nuevo Blitz alemán con bombas no tripuladas.

En cualquier caso, los líderes reunidos en Inglaterra empezaban a impacientarse.

«Anoche», anotó Butcher el jueves 15 de junio, «Ike estaba preocupado porque Monty no pudiera atacar hasta el sábado[363]. Ike estaba nervioso por mantener a los alemanes con el pie cambiado y porque nuestro avance no se detuviera». De hecho, el avance no se había detenido. Los Aliados estaban, desde luego, presionando hacia el interior; había pasado solamente una semana y media desde el Día D y la gente en Londres, que miraba mapas bidimensionales con el mar marcado con un azul plano y constante, olvidaba los muchos desafíos que la invasión había planteado y seguía planteando. La acumulación de suministros había sido más lenta de lo anticipado; actualmente, el retraso era de dos días, lo que quería decir, por ejemplo, que los ciento cincuenta tanques británicos de la 33.ª Brigada Blindada estaban llegando al frente dos días más tarde de lo previsto, lo que, en esta fase de la campaña, suponía una diferencia importante en la

capacidad de los Aliados de disponer del tipo de fuerza necesaria para

abrirse paso a través de las líneas de defensa alemanas. Todavía peor, el enemigo no mostraba ningún indicio de retirarse en etapas como había hecho en el norte de África, Sicilia y el sur de Italia, sino que parecía decidido a defender cada metro de tierra, a pesar de que eso conllevara mantenerse dentro del alcance del enorme arsenal de cañones navales que tenían los Aliados.

Aun así, diez días después de los desembarcos, los Aliados tenían motivos para estar bastante satisfechos. Tenían una enorme cabeza de playa, lo que había sido su principal prioridad a corto plazo, que ahora se extendía a lo largo de 128 kilómetros con una profundidad de entre trece y treinta y dos kilómetros. En el centro, en la divisoria entre los británicos y los estadounidenses, el 18.º de Infantería de Estados Unidos estaba treinta y dos kilómetros tierra adentro, defendiendo un saliente alrededor de la ciudad de Caumont. «Se trataba en su mayor parte de pequeñas escaramuzas», recordó Tom

Bowles [364] . «Los alemanes intentaban presionar y desalojarnos, y nosotros los rechazábamos». En dos, tres o más ocasiones al día era enviado al frente a reparar las líneas telefónicas. De hecho, tal fue la velocidad del avance de la 1.ª División — que había tenido la fortuna de presionar hacia el sur en un hueco entre la *PanzerLehr*, a la izquierda; y la 17. *SS-Panzergrenadier*, con los restos de la destrozada 352. *División* a su derecha —, que empezaba a manifestarse la posibilidad de que, gracias a ello, los Aliados pudieran desbaratar toda la línea defensiva germana. Sin embargo, la 1.ª

División de Infantería, en esta fase, no contaba con los blindados, el apoyo de artillería o las reservas necesarias para avanzar más allá de Caumont.

En el flanco oriental, mientras tanto, la fuerza combinada de tropas aerotransportadas y comandos estaba en una situación cada vez más comprometida. De forma creciente, estas tropas se estaban viendo sometidas al tipo de combate de desgaste y esencialmente estático para el que este tipo de tropas especiales, diseñadas para incursiones y golpes de mano, no habían sido concebidas. Ahora defendían una línea que corría por la cresta de Bréville, pasaba más o menos a medio camino entre los valles de los ríos Orne y Dives, continuaba por el pueblo de Amfreville al norte y a través del río Orne, y luego cortaba por Sainte-Honorine y seguía hasta el borde de Colombelles y las afueras orientales de Caen. Ambos bandos estaban atrincherados, disparándose y bombardeándose con morteros y utilizando

francotiradores, lo que empezaba a traer preocupantes ecos del frente occidental durante la Gran Guerra. «A la hora de "alerta al alba" [365] », escribió Denis Edwards en su diario el domingo 11 de junio, « *Jerry* nos dio su acostumbrado bombardeo mañanero y machacó nuestras líneas a gusto, un ejercicio que llamábamos un "vapuleo" [366] ». Él y los demás Ox y Bucks estaban ahora defendiendo Hérouvillette. Edwards descubrió que, durante el día, sus compañeros y él fumaban como carreteros, seguramente para calmar los nervios, pero ya se les iban acabando los cigarrillos. Esa noche había muchas patrullas enemigas y

presintieron que se iba a producir un contraataque enemigo. La porción clave de terreno, como Edwards sabía a la perfección, era la cresta de Bréville, desde la que se dominaba y se podía ver toda el área circundante hasta el fondo de ambos valles.

Los paracaidistas todavía resistían en la cresta, pero no estaban afianzados. Justo a la izquierda de los Ox y Bucks se encontraban los hombres del 7 Para, entre ellos el teniente Richard Todd, a quien, al igual que Edwards, no le había gustado ni un pelo que lo «vapulearan» regularmente durante los últimos días. Por fortuna para él, iban a socorrerlo pronto. El domingo 11 de junio era su vigesimoquinto cumpleaños y habían llegado órdenes de ascenderlo a capitán y destinarlo al cuartel general de la 6.ª

Aerotransportada del general Windy Gale como Oficial de Estado Mayor (OEM) III (Operaciones). Tras una abundante comida de celebración con sus colegas oficiales, subió a *un jeep* con todo su equipo, se despidió de sus amigos del 7.º Batallón y aceleró de vuelta a Ranville. Por el camino, se detuvo brevemente en el centro ambulatorio de campaña para que le vieran la mano herida, que todavía no se había curado.

Al día siguiente, el 12, el tiempo fue soleado y cálido. Habían estado llegando refuerzos de una brigada de la 51.ª División de las Tierras Altas, una unidad veterana del norte de África y de Sicilia, lo que redujo la presión sobre los paracaidistas y los comandos, cosa que no podía haber sido más oportuna. Más tarde ese mismo día, la 21.

Panzer lanzó otro contraataque con el batallón del *Major* Hans von Luck ahora reforzado con Nebelwerfer, dos compañías de motocicletas del batallón de reconocimiento y también algunos de los cañones de asalto del *Major* Becker. El *Kampfgruppe* Luck abrió el ataque con los Nebelwerfer — los morteros de múltiples cañones y fuego rápido conocidos como «moaning Minnie» — y la artillería, y arrebataron

rápidamente su objetivo, el pueblo de Sainte-Honorine, a los paracaidistas canadienses. Von Luck se acercó justo por detrás de las motocicletas y vio las líneas enemigas por primera vez. Le sorprendió lo que parecían cientos de planeadores rotos tirados por todas partes.

Mientras se atrincheraban rápidamente, concibió la esperanza de utilizar las laderas de Sainte-Honorine como punto de partida para atacar la cresta. «Entonces empezó», anotó Von Luck, «el mayor bombardeo naval que habíamos sufrido hasta la fecha [367] ».

Alcanzaba a ver los buques de guerra que le disparaban desde el mar, de cuyos cañones emergían grandes llamaradas a las que seguía el potente silbido de los proyectiles. Los *Jabas* llegaron a continuación y barrieron la zona, al parecer sin oposición. «Un auténtico infierno», añadió, «cayó sobre nuestras cabezas [368] ».

Su *Kampfgruppe* también había atacado más al norte, entre Bréville y la aldea de Oger, donde estaban atrincherados los franceses del Comando 4. Algunas tropas alemanas consiguieron llegar a unos pocos cientos de metros. El teniente Hubert Fauré perdió cinco de sus soldados esa tarde. Otro hombre, Bégau, fue alcanzado por un trozo

de metralla que le arrancó la mitad de la cara. «Sólo le quedaron los ojos», dijo Fauré.

«Fue horrible. La sangre salía a borbotones [369] ». Bégau seguía con vida, aunque estaba atrapado unos cincuenta metros por delante de sus líneas. Nadie se movió, así que Fauré saltó de su hoyo y corrió hacia él, recogió al herido y lo cargó a la espalda de vuelta a su línea. Los alemanes podrían haberlo abatido fácilmente, pero dedujo que respetaban el hecho de que hubiera salido a recoger a un camarada herido y lo dejaron en paz.

Cuando volvió al cuartel general de la división, el capitán Richard Todd se encontró con una atmósfera completamente enrarecida. Crecía la preocupación por la posibilidad de perder la cresta, pero el general Windy Gale decidió que era el momento de contraatacar, aprovechando que los alemanes estaban expuestos y siendo machacados por los cañones navales y las fuerzas aéreas. El ataque se lanzaría esa noche, a las 10, y lo lideraría el 12 Para con el apoyo del 13.º/18.º de Húsares, y estaría precedido por un gran bombardeo de saturación de la artillería. Al caer la noche, las llamas que envolvían los pueblos de Amfreville y Bréville se recortaban contra el cielo de la noche. En Sainte-Honorine, los canadienses también contraatacaron y, tras un duro combate cuerpo a cuerpo, Von Luck se vio obligado a

ordenar a sus hombres que se retirasen y cedieran otra vez el pueblo. «¿Qué más podíamos hacer», escribió, «ante tal superioridad en artillería naval y en cazabombarderos?» Von Luck, p. 187.

Bréville fue tomada y se aseguró la cresta, pero el coste fue muy alto para ambos bandos, y especialmente para el 12 Para, que sufrió 141 bajas entre los ciento sesenta hombres con los que empezó el ataque. El 5.º Batallón, la Guardia Negra, también había sufrido unas doscientas bajas desde su llegada el día anterior, unas pérdidas gravísimas que eran ya características de los brutales combates de desgaste en Normandía. Von Luck quedó consternado por el día de lucha. «Entonces abandonamos finalmente toda esperanza», escribió, «de tener ningún impacto en la cabeza de playa británica, y mucho menos de acabar con ella [370] ». En el flanco este se había llegado a un punto muerto, y los hombres empezaron a atrincherarse en una larga línea que no cedería hasta diez semanas después.

Montgomery y Dempsey ya estaban, sin embargo, lanzando la operación Perch, su primer intento de abrir una brecha decisiva. Esta operación se había concebido antes de la invasión como un plan alternativo para el caso de que Caen no fuera tomada de inmediato el Día D o poco después. Dempsey había planeado que la 7.ª División Acorazada, las Ratas del Desierto, que había combatido durante toda la campaña del norte África, fuese la punta de lanza de su avance hacia Tilly. Otra idea, con el nombre

en clave de Wild Oats (Avena Silvestre'), implicaba un avance rápido hacia Caen por parte de la 7.ª Acorazada y también por parte de la 1.ª División Aerotransportada, que ahora, de vuelta en Inglaterra, esperaba a entrar en combate. Leigh-Mallory había descartado esa idea desde el principio y, de todos modos, debido a los retrasos y a las condiciones meteorológicas, las Ratas del Desierto no estuvieron listas hasta el 10 de junio, para cuando la *PanzerLehr* ya había llegado a Tilly. La información de inteligencia que recibió Dempsey ese día afirmaba que había ahora unos quinientos tanques enemigos en Normandía y ya se habían identificado correctamente todas las divisiones alemanas en el frente. «Ya, debería haberse producido un ataque coordinado por parte de estas formaciones», decía el resumen de inteligencia del Segundo Ejército refiriéndose a la medianoche del 9 de junio, «y la elección enemiga del *schwerpunkt* es cada vez más difícil a medida que el avance desde Omaha continua [371] ». Que el contraataque masivo enemigo llegara antes de que se hubieran desembarcado las suficientes fuerzas y material había sido la principal preocupación aliada desde que se habían asegurado las primeras posiciones en la orilla. Ahora que la cabeza de playa estaba asegurada,

el deseo de avanzar y romper de forma decisiva la línea alemana se compaginaba con la preocupación por estar listos para frenar y repeler el contraataque enemigo cuando éste finalmente tuviera lugar.

Sin embargo, con la toma de Caumont, treinta y dos kilómetros tierra adentro, por parte de la 1.ª División de Infantería, los intensos combates alrededor de Tilly y la defensa por parte de la 12. SS de Carpiquet y el oeste de Caen, había emergido un segundo hueco. Si los estadounidenses no podían continuar de forma realista más allá de Caumont, entonces, quizá la 7.ª División Acorazada podría ponerse en marcha y avanzar entre la *PanzerLehr* y la 12. SS «Hitlerjugend». Su objetivo inmediato era la pequeña población comercial de Villers-Bocage, a unos veinticinco kilómetros al suroeste de Caen.

Según lo esperado, a alrededor de las ocho de la mañana del martes 13 de junio, una columna blindada del 4.º de Voluntarios del Condado de Londres y el 1.er Batallón de la Brigada de Rifleros entraron en la ciudad. Eran la punta de lanza de las Ratas del Desierto, que habían avanzado, mandando al diablo la prudencia, sin enviar por delante a las habituales unidades de reconocimiento. Al no encontrar rastro del enemigo por ningún sitio, esta colección de tanques Sherman y Cromwell, semiorugas y camiones se movió en una larga línea por la carretera principal que atravesaba la población y se detuvo allí, disfrutando de la entusiasta recepción de los vecinos, mientras el Escuadrón A del regimiento continuaba hasta una prominente loma al este de la ciudad y que en sus mapas estaba marcada como Cota 213. El hueco, sin embargo, era sólo un hueco a medias, porque muchas de las unidades de apoyo de la *Panzer-*

Lehr—entre ellas el II. *Bataillon, PanzerLehr Regiment* 130 de Helmut Ritgen — seguían ubicadas unos tres kilómetros al este, no al oeste, de Villers-Bocage.

Sin que lo supieran los británicos, contemplando todos estos acontecimientos desde el sur de la cercana Cota 213 estaban los tanques Tiger del *Schwere SS-Panzerabteilung* 101 (el 101.er Batallón de Tanques Pesados), que habían sido enviados a toda velocidad a la zona antes que otras unidades *WaffenSS* panzer y que debían unirse a la

«Hitlerjugend». Al mando de los Tigers estaba el «as» panzer Michael Wittmann, que decidió que tres de los carros entraran en acción inmediatamente, dos contra los tanques británicos en la Cota 213 y él mismo en la ciudad. Mientras la columna británica permanecía inmóvil en la calle mayor, Wittmann se abalanzó sobre ella y la atacó

casi a bocajarro y completamente por sorpresa. En cuestión de minutos, toda una tropa de tres tanques Cromwell y un Sherman quedó fuera de combate, junto con varios semiorugas, camiones y transportes de la Brigada de Rifleros. Mientras Wittmann se retiraba de la ciudad hacia una posición elevada, dejando tras de sí esta escena de destrucción, su Tiger fue inutilizado por un artillero británico y él y su tripulación tuvieron que huir a pie. Había sido un ataque completamente oportunista, sin ningún tipo de apoyo de infantería, y había tenido mucha suerte de que un cañón antitanque británico que apuntaba directamente a su Tiger en los primeros momentos de la acción no abriera fuego porque el artillero estaba, en ese preciso momento, haciendo sus necesidades en las cercanías. De lo contrario, el resultado podría haber sido muy distinto.

Mientras tanto, en la Cota 213, los ahora aislados tanques británicos fueron gradualmente eliminados. La batalla no se quedó ahí, no obstante, pues acudieron al combate más tropas británicas y alemanas. Por la tarde, los papeles se intercambiaron y los alemanes, que estaban llevando a cabo su habitual contraataque, cayeron en una emboscada en la que perdieron seis Tiger y un número similar de Panzer IV. Puesto que los alemanes tenían sólo treinta y seis Tiger en toda Normandía en esos momentos, se trató de una pérdida substancial. En conjunto, los británicos perdieron entre veintitrés y veintisiete tanques y los alemanes, entre trece y quince.

Por desgracia para las Ratas del Desierto y para la reputación del Ejército Británico, los alemanes llevaron rápidamente a algunos periodistas gráficos a Villers-Bocage que hicieron fotografías de la devastación. Tanques quemados, tanquistas muertos y vehículos destrozados conformaban un paisaje dantesco. El hecho de que prácticamente cualquier carretera tras las líneas alemanas o en cualquier lugar del que hubieran sido desalojados mostrara una imagen todavía más desoladora para su bando se mantuvo, comprensiblemente, en secreto. También se ocultó el hecho de que la 21. *Panzer* había perdido la mayor parte de un batallón el Día D y que, el 8 de junio, los canadienses habían hecho retroceder a la 12. SS «Hitlerjugend» y recuperado Buron, Authie y luego

el propio cuartel general de Kurt Meyer en la abadía de las Ardenas, destruyendo rápidamente trece de sus tanques en el proceso.

En aquella difícil coyuntura, los ciudadanos del Reich necesitaban buenas noticias.

La propaganda nazi había tenido desde siempre la inclinación a elevar

a individuos como si fueran estrellas de cine, y Michael Wittmann era ya antes de estos lances un héroe famoso. Al régimen nazi le gustaban los «ases». Había ases de la aviación, ases de los Stuka, ases de los submarinos, ases de artillería y, por supuesto, ases panzer. Las imágenes de estos hombres, con sus mandíbulas cuadradas, su aspecto honesto y su diabólica belleza — realmente es asombroso cuán a menudo cumplían el ideal ario —

aparecían regularmente en las cubiertas de las revistas o en los noticieros del *Deutsche Wochenschau* que se proyectaban en los cines. Estos hombres eran conocidos en todos los hogares, como si fueran las *pin-up* del Reich. Este sistema tenía, por supuesto, dos grandes inconvenientes. El primero era que, por lo general, estos elevados individuos formaban en realidad parte de un equipo. Wittmann, por ejemplo, nunca disparó el cañón de su Tiger, sino que lo hacía su artillero. Tampoco era el comandante de un U-Boot quien disparaba el torpedo. El segundo, y quizá mayor, problema era que muy a menudo estos ases morían, lo que hacía que la propaganda, en lugar de sumar a la moral, restase.

En cualquier caso, las acciones de Wittmann en Villers-Bocage — dejando a un lado la propaganda — consiguieron comparativamente poco. En realidad, ese lance se ha convertido en uno de los episodios más exagerados no ya de la campaña de Normandía, sino de toda la Segunda Guerra Mundial, y realmente debemos contemplarlo no como un ejemplo de osadía y valor táctico, sino a través de una lente más amplia. ¿Se trató de una gran oportunidad desperdiciada por la 7.ª División Acorazada? ¿Podrían los británicos haber abierto una cuña decisiva en el hueco entre la *PanzerLehr* y la. 12. SS? Probablemente no.

Las tácticas para explotar una oportunidad con éxito, el ir a fondo sin preocuparse de los flancos, habitualmente dice tanto de los que intentan defenderse de ese tipo de asalto como de los que realizan el ataque. Ese tipo de acciones cosecharon grandes éxitos para los alemanes durante los años de la *blitzkrieg* al principio de la guerra, y funcionaron brillantemente en Francia en 1940 porque los franceses tenían una estructura de mando muy jerarquizada y centrada en los altos mandos que ahogaba la iniciativa, y porque sus tropas no habían sido entrenadas para tener flexibilidad táctica ni rapidez operacional. Una vez los alemanes atravesaron las primeras líneas de defensa, las reservas francesas, que habían sido entrenadas para un ritmo de maniobras mucho más pausado y deliberado, no tenían los niveles necesarios de mando o de comunicaciones como para articular una respuesta, y fueron, en consecuencia,

completamente derrotadas. Los alemanes, por otro lado — o, en cualquier caso, sus fuerzas móviles —, sí contaban, desde luego, con cierta formación para las maniobras rápidas. La *Bewegungskrieg* — la guerra de maniobra rápida—era su *modus operandi*.

Incluso en 1944, y debilitadas por la ausencia de capacidad aérea, la flexibilidad táctica seguía siendo la esencia de la forma alemana de hacer la guerra. También tenían la ventaja añadida de contar con mejores y más potentes armas anticarro que podían operar a distancias mayores y con una velocidad de salida superior, un armamento que ninguno de los dos bandos había tenido a su disposición en 1940.

Esto hacía improbable que las tropas alemanas respondieran a un avance rápido del tipo que ellas mismas habían practicado en 1940 del mismo modo que, por decir algo, lo habrían hecho los franceses. Mucho más probable era que reorganizaran con la mayor brevedad sus unidades más fuertes y lanzaran un rápido contraataque. Este contraataque no iría directo a la cabeza del avance enemigo, sino contra la base de su incursión, decapitándolo a todos los efectos. Esto dejaría a la punta de lanza rodeada y separada, a todos los efectos, de cualquier parte ulterior de la batalla, con las desventajas añadidas de haber perdido hombres y equipo clave y las deletéreas consecuencias sobre la moral enemiga que supondría la aniquilación de dicha punta de lanza. Claro, es posible que todo hubiera salido bien; los británicos *podrían* haber conseguido una brecha decisiva, pero, teniendo en cuenta todas las circunstancias, era muy improbable. Y, en cualquier caso, ¿valía la pena? De nuevo, teniendo todo en cuenta, probablemente no.

Había, sin embargo, un motivo por el cual los Aliados rara vez se movían a la velocidad del rayo o con el tipo de agilidad táctica por la que eran célebres los alemanes, y esta razón eran, esencialmente, los límites que planteaba su propia abundancia de material. Los Aliados habían desarrollado un método para combatir a los alemanes basado en la potencia de fuego y un gran número de personal de apoyo, lo que, a su vez, aseguraba que el número de hombres que participaba en los combates propiamente dichos fuera, visto en su conjunto, comparativamente pequeño. La infantería, por ejemplo, suponía sólo el 14 por ciento de las tropas de las Fuerzas Armadas británicas y canadienses en Normandía, y los tanquistas suponían un porcentaje todavía menor. Esto era positivo, porque, sin duda, salvaba vidas; cuantos menos hombres hubiera en el frente, menos bajas habría. El Ejército Rojo y la *Wehrmacht* demostraban lo costoso e ineficiente que era tener tantas divisiones en el frente; es por eso que sus bajas

durante la guerra fueron mucho más altas, a pesar de que el esfuerzo global tanto de Gran Bretaña como de Estados Unidos en la guerra había sido hasta entonces superior al de la Unión Soviética.

La otra cara de la moneda de esta forma de hacer la guerra basada en la potencia de fuego y en el abundante apoyo, era que se tardaba más en organizaría. La regla de oro era sencilla: cuanto mayor fuera la potencia de fuego de apoyo, más se tardaba en asignarla y hacer que entrara en acción. La artillería tardaba lo suyo, pero cualquier tipo de apoyo aéreo pesado tardaba todavía más. En Normandía, las tropas del frente tenían que coordinar sus esfuerzos con los de la artillería, las fuerzas aéreas y la marina. Como los canadienses demostraron el 7 de junio, era perfectamente posible resistir contra fuerzas superiores como la 12. SS, pero hasta un par de días después, cuando estuvo operativa toda la artillería y los sistemas y las comunicaciones estuvieron plenamente en funcionamiento, no pudieron hacer retroceder a los hombres de las *WaffenSS*. Quizá este enfoque carecía de elegancia táctica, pero difícilmente se lo puede criticar por ello.

Lo que importaba era ganar las campañas — cosa que los Aliados venían haciendo desde finales del verano de 1942 — y, en último término, la guerra. Para ello había que tener un pensamiento estratégico claro, unas líneas de suministro eficientes y dominar por completo la esfera logística y operativa de la guerra, una esfera que a menudo se ha relegado al explicar la Segunda Guerra Mundial. El hecho es que, con una buena estrategia y un control y comprensión superior del nivel operacional, el nivel táctico de la guerra tendía, en gran parte, a solucionarse por sí solo como consecuencia de los anteriores. Tal vez destruir unos cuantos tanques británicos en una salida en solitario parezca impresionante, pero eso no haría que los alemanes ganaran la batalla de Normandía, y mucho menos la guerra, sobre todo si no eran capaces de gestionar bien los grandes problemas, cosa que no estaban haciendo en esos momentos.

Tampoco poseer generales y comandantes veteranos y experimentados suponía mucha ventaja si se les ponían palos en las ruedas cuando recurrían a su inteligencia y experiencia. Los generales aliados han sido repetidamente criticados a lo largo de los años por ser aburridos y metódicos, y menos implacables tácticamente que sus homólogos alemanes. Al menos, no obstante, operaban bajo cadenas de mando claras.

Los máximos líderes políticos, aunque en ocasiones podían entrometerse un poco, no eran déspotas totalitarios. Tanto Churchill como Roosevelt tenían además una capacidad de comprensión de la

situación geoestratégica extraordinaria, y contaban con el apoyo de los ministros de sus respectivos gobierno y de los jefes de Estado Mayor —

los comandantes de mayor graduación de cada arma — que tenían libertad para manifestar su opinión incluso si era contraria a la de sus jefes políticos. Estos militares también trabajaban juntos como Estado Mayor Conjunto (EMC), y operaban como comités racionales y de contrapeso que, además, podían recurrir a otras personas e incorporarlas cuando era necesario. Luego estaba Eisenhower, el comandante supremo, un administrador y diplomático maravilloso, que era también un mediador y catalizador magistral, y cuya forma de trabajar se basaba fundamentalmente en la camaradería. Bajo su mando estaban los comandantes de las distintas fuerzas y, aunque

nadie podía negar que Montgomery era un hombre de carácter complicado, al menos los canales de comunicación eran claros y nítidos. En su mayor parte, un comandante de división, cuerpo, ejército o incluso grupo de ejércitos sabía cuál era su lugar, de quién dependía y, también, que iba a contar con excelentes suministros gracias a la larga cola logística que había tras él. Y esto no se aplicaba sólo al ejército, sino también a la marina y a las fuerzas aéreas. Por último, aunque existían rivalidades entre las distintas armas, el hecho es que en su mayor parte todas estas armas estaban orientadas a un objetivo común. La coordinación excepcional de esfuerzos entre fuerzas navales, aéreas y terrestres durante la primera semana de la invasión permitió a los Aliados superar las muchas crisis y desafíos a los que habían tenido que enfrentarse hasta entonces. De hecho, si una invasión de este tipo había tenido una mínima oportunidad de éxito fue sólo gracias a que se logró articular un esfuerzo combinado de ese tipo.

Los alemanes no disfrutaban de este espíritu de cooperación, pues los hombres sobre el terreno no habían recibido apoyo de fuerzas navales dignas de ese nombre y prácticamente tampoco de la *Luftwaffe*. Hasta entonces, a lo largo de toda la guerra, el conflicto se había librado en aire, tierra y mar. Que Alemania careciera de las fuerzas navales necesarias para enfrentarse a Occidente se debía a una estrategia y planificación deficientes antes de la guerra. La creación de una gran arma de submarinos habría sido la única manera concebible de enfrentarse al poder marítimo de Gran Bretaña — y Estados Unidos —, pero los alemanes habían preferido construir una flota de superficie que difícilmente podría rivalizar con la Marina Real, y mucho menos con la Marina de Estados Unidos. A lo largo de los últimos seis meses, su *Luftwaffe* había sido desgastada por unas fuerzas

aéreas británicas y, sobre todo, estadounidenses que estaban mejor equipadas, mejor adiestradas, contaban con mejores suministros y eran táctica y operacionalmente superiores. Como iban descubriendo dolorosamente las tropas germanas en Normandía — y también en Italia — un enemigo que posee una abrumadora superioridad aérea tiene una ventaja enorme. Los combatientes capaces de luchar en tres esferas distintas siempre tienen ventaja sobre una nación que combate sólo en una.

Y luego estaba la cadena de mando[372]. En la cima estaba Hitler, señor de todos, cuya palabra era definitiva sobre absolutamente todo. Según el día, se mostraba perezoso, quería controlarlo todo, se obsesionaba con los detalles o sufría un ataque de hipocondría para el que tomaba un horrible cóctel de medicamentos, entre los que se encontraban una mezcla de cocaína y metanfetamina recetada por su médico personal.

Hitler era también propenso a los cambios de humor y de opinión irracionales — cosa poco sorprendente, considerando todas las substancias que consumía a diario — y estaba acostumbrado a que sus aduladores le confirmasen su genio, así como a salirse siempre con la suya en todos los asuntos. Los reveses de la guerra alimentaron su

paranoia y su carácter irracional. Tenía un Estado Mayor General Combinado de Servicios en el OKW, pero éste no operaba del mismo modo que los jefes de Estado Mayor aliados, sino que era simplemente un portavoz de la voluntad de Hitler. El *Führer*, además, no comprendía la situación geopolítica; no había viajado por el mundo, no hablaba ningún otro idioma, su educación había sido limitada y lo veía todo — a los demás, a sus enemigos, al mundo — a través de la lente reductora de su miope visión.

Exigía sometimiento y disciplina absolutos y, en consecuencia, sus comandantes combatían con una mano atada a la espalda.

Otra característica de su estilo de mando era su tendencia al divide y vencerás, un viejo truco de los déspotas para asegurarse el poder absoluto. En lo militar, esto condujo a la formación de numerosas facciones y estructuras de mando paralelas, de modo que, a diferencia de los Aliados, donde la cadena de mando fluía hacia abajo en líneas rectas y claramente definidas, los comandantes alemanes a menudo no estaban seguros de quién era el último responsable de qué. Esta disfunción se puso flagrantemente de manifiesto en la disputa entre Rommel y Geyr von Schweppenburg, pero, ahora, una semana después de la invasión, conllevaba que seguía habiendo una estructura de

triando y control muy confusa. El Día D, había sido el general Marcks del LXXXIV.

Korps quién había ordenado que la *21. Panzer* entrara en combate, pero fue el general Dollmann del 7. *Armee* quien le dijo a Bayerlein cuándo debía ponerse en marcha. Por otro lado, en D más uno, el I. *SS-Panzerkorps* era quien le estaba diciendo a la *21. Panzer* lo que tenía que hacer. Geyr tomó el mando de todo el *Panzergruppe West* el 10 de junio, pero ése mando no incluyó la *21. Panzer* — ¿o sí la incluyó? —, mientras que la *PanzerLehr*, que era parte del *Panzergruppe West*, ya había recibido órdenes de ocupar su posición al oeste de la 12. SS a instancias de Rommel. «La cadena de mando del *Panzergruppe West* fue de lo más desafortunada», comentó Geyr. «En un momento en que todo dependía de actuar con rapidez, se emitieron órdenes a sólo dos y tres cuartos de divisiones panzer desde los siguientes cuarteles generales: I SS *Panzer Korps, Panzer Gruppe West, 7.º* Ejército en Le Mans, *Heeresgruppe* B, OB West y OKW». Fue un completo caos.

Por si fuera poco, el dominio aliado de los cielos y sus muy efectivos esfuerzos en la interferencia de las radios enemigas, así como en la destrucción de estaciones de radar y de comunicaciones previa a la invasión, lastraban a los alemanes. Los Aliados podían volar por doquier a voluntad y observar qué sucedía en tierra, mientras que los alemanes, con tan poca *Luftwaffe*, carecían de ese tipo de ojos sobre el campo de batalla.

Bayerlein, por ejemplo, había insistido en que ni un solo vehículo se acercara a más de quinientos metros del puesto de mando de la división *PanzerLehr* por miedo a que eso lo convirtiera en objetivo de las fuerzas aéreas aliadas.

Otros no tuvieron tanto éxito en mantener sus puestos de mando ocultos. La tarde del 9 de junio, el cuartel general del *Panzergruppe West* de Geyr, en el Château la Caine, a unos seis kilómetros al noreste de la ciudad de Thury-Harcourt, fue atacado por *Jabos*.

Murió el general Sigismund Ritter und Edler von Dawans, el jefe de Estado Mayor, junto con otros doce oficiales. Geyr, que estaba con el general Max Pemsel en esos momentos, sobrevivió sólo por casualidad. Entonces, temprano el 12 de junio, cuando el general Marcks se enteró de que Carentan había caído, corrió a subirse a su coche oficial

— en contra de los consejos de sus oficiales — para ir a supervisar

personalmente un contraataque contra la ciudad que tenía pocas posibilidades de triunfar. Los *Jabos* descubrieron su coche mientras circulaba a toda velocidad por la carretera principal al norte de Saint-Lô, y lo atacaron a plena luz del día. Con su pierna de madera, Marcks no pudo salir del vehículo lo bastante rápido y fue alcanzado en la ingle por un proyectil de uno de los cañones de las aeronaves. Se desangró y murió en poco tiempo.

Así, desapareció otro general de la batalla.

Por otro lado, los alemanes en Normandía todavía contaban con muchas tropas de gran calidad, bien entrenadas y, sobre todo, muy disciplinadas, y más soldados estaban en camino. A pesar de la escasez de equipamiento entre las divisiones de infantería, el Ejército Alemán en Occidente tenía un considerable número de armas excelentes.

Precisamente por la relativamente reducida potencia de fuego en comparación con los Aliados, a menudo se organizaban mucho más rápido que sus enemigos. No necesitaban coordinarse con fuerzas aéreas o navales ni tampoco, al llegar al frente, tenían que encontrar rutas adecuadas para grandes columnas de vehículos. Su relativa escasez de material les confería una libertad de maniobra y una flexibilidad que no estaba al alcance de los Aliados.

Más aún, el terreno favorecía decididamente la defensa. En el oeste, el denso mosaico de campos y setos — el *bocage* — ofrecía a los alemanes un sistema defensivo flexible que era, en muchos sentidos, mucho más efectivo que ningún búnker. Los setos daban cobertura y refugio y, si un campo o seto se perdía o estaba a punto de perderse, bastaba con replegarse al siguiente. Para los alemanes, un factor negativo — y muy importante — de operar en el *bocage* era que éste les impedía ver a larga distancia.

Durante gran parte del tiempo no sabían qué era ni qué tamaño tenía lo que se les venía encima, aunque, cuando la tierra estaba seca, el polvo que levantaban las tropas aliadas al acercarse les daba cierta orientación. Nunca se habían utilizado tanto los campanarios de las iglesias.

En la parte oriental del campo de batalla, sin embargo, alrededor de Caen, donde el terreno era más abierto, había muchos lugares en los que atrincherarse y ponerse a cubierto, fueran hondonadas en el suelo, bosques, pueblos o serpenteantes valles, pero

también había una surtida variedad de atalayas. Los planificadores

aliados habían identificado ésta como la zona que los alemanes considerarían de mayor importancia estratégica, y se estaba demostrando que habían acertado. Por razones geográficas, derivadas de la amenaza de invasión a Gran Bretaña en 1940, la mayoría de las tropas británicas y canadienses tenían sus bases en el sureste de Inglaterra y, por tanto, los estadounidenses, cuando empezaron a llegar a principios de 1942, ubicaron sus bases en el suroeste. Al cruzar el canal, se atuvieron a este reparto. En consecuencia, los británicos y los canadienses eran los que ahora estaban recibiendo la ofensiva de las divisiones panzer que llegaban a Normandía y de las que seguramente llegarían en el futuro.

Dempsey comprendió que el frente comenzaba a estabilizarse. Los Aliados también sabían que Hitler había declarado que sus hombres no debían ceder ni un centímetro de terreno y tenían que luchar hasta la muerte, lo que hacía que fuera menos probable que los alemanes se replegaran en fases, como habían hecho en otras ocasiones, y como estaban haciendo en esos mismos momentos en la batalla al norte de Roma. Si Villiers-Bocage tenía algún sentido, era hacer comprender a los Aliados que ahora se enfrentaban a una dura guerra de desgaste contra las cada vez mayores fuerzas alemanas en la zona. La clave sería asegurar que los germanos no montaran un contraataque coordinado en masa. «En las pasadas veinticuatro horas», rezaba el Resumen de Inteligencia n.º 10 del Segundo Ejército, del día después de Villers-Bocage,

«el enemigo ha permanecido a la defensiva y no ha mostrado ninguna inclinación de utilizar ninguno de los refuerzos que han llegado al sector del Segundo Ejército, en un intento de recuperar la iniciativa [373] ». Era una evaluación completamente acertada.

Montgomery también reconoció que la oportunidad de capturar rápidamente Caen se había desvanecido. Temprano el 13 de junio aún lo creía posible; el abrupto freno a los elementos de vanguardia de las Ratas del Desierto disipó esas ilusiones e hizo que revisara sus planes. Ahora puso el énfasis en atraer a las fuerzas panzer enemigas hacia el Segundo Ejército, manteniéndolas, de ese modo, alejadas del Cotentin. «Caen es la llave de Cherburgo», le dijo a Bradley, lo que al principio provocó no pocas burlas en el cuartel general del Primer Ejército [374] . Uno de los grandes defectos de Montgomery era su incapacidad para explicarse ante sus colegas y subordinados de forma o bien elocuente o bien con tacto y elegancia y, sin embargo, estaba esencialmente en lo cierto.

Hasta ahora, las mejores tropas enemigas estaban dirigiéndose hacia

Caen en lugar de hacia el extremo occidental de la cabeza de playa.

Era vital, no obstante, que el Segundo Ejército de Dempsey continuara engullendo a esas divisiones panzer alemanas en el sector de Caen, así como a las nuevas unidades que llegaran, y que se asegurase de que el enemigo no reuniera sus fuerzas de forma

efectiva, todo ello mientras seguía aumentando sus propias fuerzas hasta un nivel que le permitiera lanzar una ofensiva propia en el área de Caen. Montgomery nunca lanzó una gran ofensiva sin conseguir antes una superioridad de material tan abrumadora que le asegurase la victoria o, al menos, la certeza de que no sufriría un fuerte revés.

Aunque esta actitud le ha granjeado muchas críticas, lo cierto es que se trata de puro sentido común. Así pues, hasta que llegara ese momento, todo lo que sus tropas podían hacer era continuar luchando, presionando, tanteando y desgastando al enemigo con una interminable tormenta de fuego naval, aéreo y artillero.

El guión para el resto de la campaña estaba escrito.

Capítulo 19

Tras las líneas

El *Feldmarschall* Rommel pasaba los días corriendo de un cuartel general a otro. El 10

de junio había visitado a Geyr von Schweppenburg y durante el viaje la actividad aérea enemiga había sido tan intensa que había tenido que ponerse a cubierto unas treinta veces. No estuvo por muy poco en el cuartel general del *Panzergruppe West* ese día en el momento en que fue atacado y ni siquiera había podido contactar con el *Oberstgruppenführer* Sepp Dietrich en el I. *SS-Panzerkorps*. Al día siguiente, Rommel había visitado a Von Rundstedt para debatir sobre la cada vez peor situación de la cadena de suministros, pues la red ferroviaria, de la que los alemanes dependían tanto, prácticamente había dejado de funcionar debido a los ataques aéreos aliados. Estaba también muy frustrado porque no le enviaran más hombres. Varias unidades estaban en camino, entre ellas el *II. Fallschirmkorps* y la 77. *Infanterie Division* desde Bretaña, y la 17. *SS-Panzergrenadier* ya había alcanzado el frente. Hitler no accedió hasta el 7 de junio a liberar todas las divisiones móviles en Francia, pero ninguna de ellas estaba progresando bien. El OKW, sin embargo, no había enviado ninguna de las unidades del *15. Armee*, que estaba en Paso de Calais, por miedo a que los Aliados realizaran un segundo desembarco. Cómo diantre

podrían haber montado tal operación los Aliados quedó sin explicar. Von Rundstedt no pudo hacer mucho por mitigar las preocupaciones de Rommel.

Más tarde ese mismo 11 de junio, de vuelta una vez más en La Roche-Guyon, Rommel salió a dar un paseo con su colega y amigo, el almirante Ruge. Dieron una vuelta por el jardín y luego por la colina tras el viejo castillo, en lo que se convirtió en una conversación de dos horas en la que Rommel expresó con libertad todas sus preocupaciones. No habían impedido el desembarco, habían perdido la iniciativa y, en lo que a él concernía, la mejor solución sería detener la guerra mientras Alemania tuviera unas mínimas bazas para negociar. Pensaba que el antagonismo entre los estadounidenses y los soviéticos ofrecería una oportunidad para esa negociación. Era consciente de que Hitler quería luchar hasta el final, pero Rommel creía firmemente que la nación era más importante que un individuo. Hablaron sobre qué pasaría una vez terminada la guerra. Las SS tendrían que ser abolidas, y también las Juventudes Hitlerianas, que deberían ser reemplazadas por alguna otra institución. La reconstrucción de las ciudades sería la principal prioridad. Hitler, además, tenía las manos manchadas de sangre. «Las carnicerías son una pesada culpa», le dijo Rommel a

Ruge. «Ha dirigido la guerra como un *amateur* [375] ». Era una forma de verlo. Todo esto fue, claro, sólo una charla, un mero cuento de la lechera.

Sólo unas pocas semanas antes, Rommel había vuelto a dejarse cautivar por Hitler y recuperado su fe en él, pero esa fe había ido quebrándose de nuevo por la disputa sobre el mando de los panzer y se había disuelto por completo tras la invasión. Rommel o estaba lleno de vigor y energía, desbordante de confianza, o consumido por la más negra desesperación. Ya había mostrado estas dos caras repetidamente en el norte de África y también en Italia.

El 12 de junio, Rommel habló con el *Feldmarschall* Wilhelm Keitel, el director del OKW, en Berchtesgaden y le esbozó un panorama desolador, como había hecho Von Rudstedt el día anterior. Rogó a Keitel que enviara a alguien importante del OKW al frente para que viera la situación por sí mismo. «Ya he informado al *Führer* sobre ello», le dijo Keitel. «Vas a recibir dos divisiones panzer del frente oriental [376] ». Se trataba de la 9. y 10. SS, que se unirían a la 2. SS «Das Reich», a la que se había ordenado ascender desde el sur de Francia y a la 17. *SS-Panzergrenadier*, que ahora ya estaba en su mayor parte en el frente. Era algo, pero estas dos divisiones tardarían aún un

par de semanas en llegar al frente. Por otra parte, todavía a tiro de piedra en el 15. *Armee* estaban las divisiones l. SS y 116. *Panzer*, aguardando para repeler una segunda invasión aliada en Paso de Calais que jamás sucedería. De nuevo, la estructura de mando alemana, el uso inadecuado de la información de inteligencia y la intratabilidad de Hitler, que seguía metido en su guarida de Berchtesgaden, se estaban mostrando un lastre terrible.

Como para remachar este punto, el contraataque alemán en Carentan fracasó.

Lanzado temprano la mañana del 13 de junio utilizando una combinación de cañones de asalto, granaderos panzer y artillería de la 17. SS, junto con un puñado de los *Fallschirmjäger* de Von der Heydte, se topó con los paracaidistas estadounidenses del 506.º RPI, entre ellos la Compañía Easy de Dick Winters. El propio Winters seguía comandando a sus hombres, a pesar de la herida en la pierna que había recibido el día anterior. «El 13 de junio», anotó, «fue seguramente el momento más difícil de la guerra para la Compañía Easy [377] ». A pesar de enfrentarse a StuG, Marder y otros cañones de asalto sobre orugas, consiguieron mantener sus posiciones. Sus colegas en el 2.º Batallón también combatieron con fiereza. Y lo mismo había hecho la Compañía Fox, quienes, de hecho, habían estado adelantados y habían destruido al menos dos cañones de asalto enemigos antes de replegarse para formar una línea más defendible junto a las compañías Easy y Dog. El ataque alemán, planeado y ejecutado bajo las órdenes del *Brigadeführer* Ostendorff, no había contado, sin embargo, con la aprobación de Von der Heydte. Para mantener la sorpresa, Ostendorff había insistido en que no hubiera ningún reconocimiento previo de las posiciones enemigas, ni tampoco ningún tipo de

bombardeo de artillería antes del ataque, por si éste alertaba a los estadounidenses. De hecho, las tropas aerotransportadas habían detectado los aviones alemanes, así que estaban preparándose para lanzar su propio asalto cuando atacó la 17. SS; Ostendorff había malinterpretado por completo tanto al enemigo como a la situación. Aunque al principio a los estadounidenses les costó contener el ataque, los hombres de las SS

pronto se desorganizaron y sus comandantes perdieron el control de sus respectivas unidades. Hacia mediodía, Von der Heydte consideró evidente que el ataque había fracasado. Hacia las 4.30 de la tarde, no quedó ya ninguna duda, al entrar en el combate la 2.ª División acorazada de Estados Unidos junto con infantería fresca procedente de la 29.ª División.

El fracaso del contraataque de la 17. *SS-Panzergrenadier-Division* subrayó otro de los muchos problemas a los que se enfrentaban los alemanes. Ha habido una tendencia a considerar que todas sus unidades eran de «élite», cuando, en realidad, todas contenían una cantidad considerables de tropas que no habían entrado nunca en acción y cuyo nivel de entrenamiento era diverso. La *PanzerLehr* podría considerarse «élite» — o, al menos, de lo mejor de la *Wehrmacht* — y la 12. SS «Hitlerjugend» estaba ciertamente bien entrenada y era muy disciplinada. El general Geyr von Schweppenburg consideraba que ésas eran las mejores divisiones, junto con la 2. *Panzer* y la 9. *SS-Panzer*.

Era más crítico con alguna de las otras. «La división se desangró en Rusia», dijo de la l.

SS-Leibstandarte, la división *WaffenSS* original, por ejemplo, «y no pudo rellenar los huecos que causaron las bajas… La disciplina no imperaba y los suboficiales eran muy malos [378] . La división no tuvo tiempo de entrenarse a fondo antes de la invasión». Por disciplina, se refería al entrenamiento y a la disciplina de combate; la 1. SS seguía estando bien equipada y suministrada, y todos sus soldados hacían rígidamente lo que se les ordenaba. Seguían siendo una fuerza temible, pero simplemente no eran tan

«excelentes» ni de «élite» como su reputación sugería.

Tampoco la 17. SS recibió una evaluación positiva de Geyr, quien pensaba que estaba mal equipada y que su eficacia en combate era discutible. De hecho, se había formado hacía muy poco tiempo, el 1 de noviembre, y, aunque hacia el 1 de junio contaba con 17 321 hombres, carecía todavía del 40 por ciento de su dotación de oficiales y suboficiales. La mayoría de los soldados no habían combatido nunca y habían recibido un adiestramiento limitado. Como división, iba preocupantemente corta de camiones: había empezado a marchar hacia el frente desde Thouars, en el oeste de la Francia central, con sólo 245 camiones, es decir, con 1441 menos de los que debería

— alrededor del 80 por ciento menos —, lo que implicaba que no había modo de que la división se moviera entera hacia el frente de forma simultánea. Sólo cuatro de los seis batallones de granaderos panzer lograron ponerse en marcha el 7 de junio y ni siquiera éstos estaban completamente motorizados, mientras que los dos batallones restantes

tuvieron que viajar a Normandía en bicicleta, a pesar de los

trescientos kilómetros que separaban Thouars de Carentan a vuelo de pájaro. En consecuencia, la división estaba llegando a trocitos y había sido lanzada a la batalla antes de que sus elementos de vanguardia hubieran tenido ocasión de adaptarse al terreno y de operar como un todo.

Su capacidad ofensiva se vio mermada por todo esto. Y, aunque quizá no en el mismo grado, lo mismo podía decirse de la *PanzerLehr* y de la 12. SS.

La falta de movilidad era la causa de que Willi Müller, de dieciocho años, perteneciente al Batallón de Pioneros (ingenieros militares) de la 17. *SS-Panzergrenadier-Division* hubiera avanzado hacia el norte hasta Saumur, junto al Loira, para luego quedarse allí parado. En lugar de seguir hacia Normandía, se había ordenado al batallón de ingenieros construir un puente provisional sobre el río. Como muchos de la última cosecha de soldados en las *WaffenSS*, Müller se había presentado voluntario con sólo dieciséis años. Procedente de la ciudad de Pikowitz, en Bohemia, había recibido adiestramiento militar básico y sólo unos pocos meses más tarde lo habían destinado a la recién creada 17. SS y, concretamente, a los pioneros. Incluso ahora, en junio de 1944, su adiestramiento seguía siendo francamente rudimentario.

Un par de días después de que esas unidades que estaban ahora en Normandía fueran rechazadas en Carentan, Müller y sus colegas estaban vigilando el Loira desde su improvisado puesto de observación aérea cuando, alrededor de las 7.40 de la mañana, aparecieron unos cien bombarderos enemigos que atacaron su recién construido puente. Mirando a través de sus binoculares, Müller pensó que la caída de las bombas se parecía a un chaparrón. Una vez los bombarderos se hubieron marchado, él y el *Oberscharführer* Unger fueron enviados adelante para inspeccionar los daños. Se acercaron y, cuando el humo y el polvo empezaron a asentarse, se quedaron pasmados al ver que, aunque a duras penas, el puente seguía en pie. Se habían hundido grandes secciones, pero les pareció que una motocicleta aún podría cruzarlo. Unger se puso a caminar sobre el puente, pero, cuando iba a seguirlo, Müller vio una bomba sin explotar que sobresalía sólo unos pocos centímetros sobre la calzada principal del puente. Al agacharse, vio que había letras escritas en el proyectil, pero, mientras estaba quitándole a la bomba el polvo con la mano, otra bomba estalló en la orilla. A toda prisa llamó a Unger y, tras advertirle sobre la bomba sin detonar, ambos corrieron hasta alejarse a una distancia prudente. «Tan pronto como llegamos a la orilla tuvo lugar otra detonación», dijo. «Era la bomba a la que le había quitado el polvo» [379]. Estar en la orilla del Loira aquella mañana había sido casi tan peligroso como

estar en el frente.

Mientras Rommel trataba desesperadamente que alguien del OKW visitara el frente, los dignatarios aliados no cesaban de llegar a Normandía, para desesperación de Montgomery, quien, ya firmemente aposentado en su campamento de caravanas en el Château de Creullet, no tenía el menor interés en entretener a vips ni en charlar con ellos. En cualquier caso, nunca se había sentido especialmente cómodo siendo encantador y hospitalario con sus superiores. «No es un buen momento para que gente importante venga a hacer turismo», se quejó a James Grigg, el secretario de estado para la guerra. «No quiero apartar mi atención de la batalla [380] ». El 12 de junio, el propio Churchill visitó Francia, acompañado por el general Alan Brooke, el jefe del Estado Mayor General Imperial, y por el general sudÁfricano *Jan* Smuts, antiguo enemigo durante la guerra de los bóer pero que ahora era un ferviente anglofilo. Esa visita obligó a Monty a cancelar una reunión con Bradley, lo que le molestó mucho. Era un magnífico día de junio y el sol brillaba con fuerza sobre ellos. Comieron en los jardines del *château*, con Churchill disfrutando de lo lindo y aliviado por estar finalmente en Normandía; su intención había sido cruzar el mismo Día D y así habría sido de no haber intervenido el rey en persona, que señaló que se trataba de un riesgo innecesario. Churchill le preguntó a Monty cuán lejos estaban del frente. A unos cinco kilómetros, contestó Montgomery. El primer ministro le preguntó si el frente era una línea continua, a lo que Monty contestó «No». «¿Qué impide entonces que un ataque de blindados alemanes interrumpa nuestra comida?», preguntó Churchill [381] . Monty les respondió que lo consideraba improbable.

En cualquier caso, tres días después llegó el general De Gaulle, también de visita.

Las relaciones de los británicos y los estadounidenses con De Gaulle seguían sin ser buenas. Roosevelt continuaba sin fiarse de él y De Gaulle seguía resentido por la negativa de los Aliados a reconocer su gobierno provisional y por haber sido excluido de Overlord. Churchill y el gabinete de guerra británico, sin embargo, habían accedido a la propuesta de traer a De Gaulle de Argel y de informarlo adecuadamente de lo que se iba a hacer. «Tengo esperanzas de que tus conversaciones con el general De Gaulle resulten en inducirlo a ayudar activamente en la liberación de Francia», había escrito Roosevelt al primer ministro el 27 de mayo, «sin que tengamos que imponerlo al pueblo francés como su gobernante [382] . La autodeterminación realmente significa ausencia total de coerción».

De Gaulle había aceptado a regañadientes volar a Londres el 4 de junio y, cuando se reunió con Churchill, se enfureció al saber que los Aliados habían hecho preparativos para administrar los asuntos civiles ellos mismos e incluso introducir moneda de invasión impresa en Estados Unidos. Los motivos eran totalmente pragmáticos: podía

haber muchos refugiados, se necesitaba mantener algún tipo de orden y estado de derecho y, si los alemanes decidían retirarse utilizando una política de tierra quemada y destruyendo todo el dinero francés, no podían coger desprevenidos a los Aliados. De Gaulle, sin embargo, no lo vio así. Incluso Churchill perdió la paciencia con él cuando el francés insistió en retirar todos los oficiales franceses de enlace adjuntos a las unidades aliadas como protesta.

Ahora, finalmente, el miércoles 14 de junio, De Gaulle embarcó hacia Normandía en el destructor francés *La Combatíante*. Desembarcaron cerca de Courseulles en torno a las 2 de la tarde. De Gaulle se mantuvo en silencio y nervioso, y fumó sin parar. Puesto que Montgomery era el comandante en jefe del Ejército aliado, lo más lógico era que su primera parada fuera Creullet, aunque es difícil pensar en otras dos personas en posiciones similares que tuvieran menos capacidad que De Gaulle y Montgomery para la diplomacia o el encanto. Se había ordenado al CG Tac que preparara una comida de cuatro platos que incluyera pasteles. «Se le explicó al jefe», anotó Carol Mather, «que éstos formaban parte indispensable de la comida de un francés [383] ». Monty, sin embargo, no quiso ni oír hablar de ello. Cualquier comida sería ofrecida en sus términos, no en los de De Gaulle. Tres platos serían más que suficientes.

Al llegar, De Gaulle habló a Montgomery un buen rato en francés. De hecho, fue bueno que Monty no lo entendiera, porque De Gaulle estaba explicándole que, ahora que se encontraban en Francia, quien estaba al mando era él. Al final, cuando dejó abruptamente de hablar, su ADC dio un paso adelante y dijo, «El general le agradece su galante liberación de Francia [384] ». Tras esta comida un tanto tensa, De Gaulle y su séquito continuaron hasta Bayeux, donde el general bajó de *su jeep* y empezó a caminar por las calles. «Al ver al general De Gaulle», escribió, hablando de sí mismo en tercera persona, «una especie de asombro se apoderó de los habitantes, que inmediatamente prorrumpieron en vítores o rompieron en lágrimas [385] ». Hombres, mujeres y niños lo rodearon hasta que a su alrededor se reunió una multitud que detuvo el tráfico en la calle. «Así, caminamos juntos», añadió, «fraternalmente, desbordados por la alegría, el orgullo y la fe en la nación que emergía con fuerza del abismo». Luego pronunció un discurso y declaró que el Comité Francés de Liberación Nacional

estaba liberando Francia con la ayuda de los Aliados.

Los oficiales de enlace del CG Tac que lo acompañaban relataron los hechos de forma un poco distinta, pero no cabe duda de que fue un gran momento para De Gaulle, cuya frustración era más que comprensible, aunque su prepotencia, arrogancia e ingratitud no hacían las cosas fáciles. No se le ocurrió, por ejemplo, que mientras caminaba por las calles y congregaba una multitud, estaba paralizando el tráfico militar que iba al frente a la zona de Fontenay y Tilly. Tampoco pidió permiso para realizar una

visita no programada a Isigny y varios otros pueblos durante el trayecto. Los Aliados, y Monty especialmente, estuvieron encantados cuando finalmente voló de vuelta al otro lado del canal.

A pesar del estatus secundario de De Gaulle en la invasión, los franceses, a lo largo y ancho de todo el país, hicieron más de lo que les correspondía para ayudar a la causa de los Aliados. Como en Italia, Yugoslavia y el resto de Europa, algo parecido a una guerra civil se había estado librando en Francia. Había todavía muchos hombres y mujeres pronazis y pro-Vichy, que combatían en el bando de los ocupantes alemanes, y arreciaban las batallas entre los grupos de maquis y otros resistentes — o «terroristas», como los llamaban los alemanes — y la *Milice*, la fuerza paramilitar francesa antipartisana. Klaus Barbie, por ejemplo, el director de la SD — la *Sicherheitsdienst*, el servicio secreto de inteligencia de las SS — en Lyon, todavía tenía cientos de voluntarios a sus órdenes, casi todos los cuales eran franceses. «Era sólo un teniente», comentó, «pero tenía más poder que un general [386] ».

El equilibrio de poder estaba, no obstante, cambiando de forma manifiesta, y cada vez más franceses se unían al movimiento de *Résistance*. Sus motivos eran diversos: muchos huían del servicio militar obligatorio en Alemania; otros simplemente sentían que había llegado el momento de subirse al que parecía el caballo ganador. Otros creían apasionadamente en la causa. Al este del frente de invasión, en el área de Surcouf, Robert Leblanc estaba perdiendo rápidamente la esperanza. El Día D y los días inmediatamente siguientes, los maquis de Surcouf y él experimentaron un frenesí de excitación, miedo y adrenalina, seguidos por una creciente decepción: los tiroteos con los alemanes, la captura de colaboracionistas, el júbilo de arrebatar a los alemanes sus valiosas armas se contrarrestaba por la conmoción de perder amigos y colegas y la sensación de culpa que la acompañaba. El granjero que los había alojado la víspera de la invasión había sido fusilado por los alemanes. Leblanc le había

advertido de que no regresara a su casa durante unos días y le había pedido que tratara de ocultarse y esperara a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. Pero el granjero tenía que ordeñar a sus vacas y atender a los trabajos diarios de la granja, así que no le hizo caso.

Alguien se chivó a los alemanes y éstos lo ejecutaron. «Pobre gente, pero no se me puede culpar por ello», escribió Leblanc en su diario. «Tenemos tantos muertos que vengar. ¡Esos bastardos matan a inocentes!» **[387]** .

El día 7, un coche alemán fue tiroteado y murieron cinco alemanes, pero ese mismo día Tintin y Bernard, dos de sus mejores jóvenes, perdieron también la vida. Esa tarde, otra vez en un granero, mientras la lluvia caía con fuerza fuera, y después de haber evitado a una patrulla de la *Milice*, Leblanc se sentó a escribir de nuevo en su diario.

Esperaba que las tropas aliadas desembarcasen justo al sur del Sena, pero hasta ahora

no había ni rastro de ellas y sólo corrían rumores de lo que sucedía más al oeste. «Debo confesar que estamos decepcionados», escribió. «Estoy decepcionado. El gran día no es como había previsto. Esperaba un enjambre de aviones lanzando armas y hombres para ayudarnos. Me preocupa lo que pase después. Pero ¡ahora somos casi doscientos cincuenta y sólo podemos armar a cien hombres con mínimo equipo! » **[388]** . Se temía lo peor.

Al día siguiente, Leblanc trasladó su cuartel general de nuevo. Murieron más hombres y luego se trasladaron otra vez, caminaron quince kilómetros en la oscuridad y llegaron a una granja en la población de Thierville a las 3.30 de la madrugada del día 10.

Continuaba sin haber ni rastro de lanzamientos de armas ni tampoco ninguna respuesta a sus ansiosos mensajes de radio. Se les estaba acabando la munición, y también la comida; era difícil alimentar a doscientos hombres cuando, a efectos prácticos, eran forajidos. Hacia el domingo 11 de junio seguían agazapados en Thierville, con la *Milice* patrullando los pueblos y arrestando o fusilando a cualquier sospechoso de participar en actividades «terroristas» o de la resistencia. Leblanc empezó a preocuparse seriamente. «Solíamos decir, "¡Qué juerga vamos a pegarnos cuando estén aquí!"», anotó en su diario con tristeza. «Y sí, están en Francia, pero no aquí. Estoy deprimido **[389]** ». También maldijo a británicos y estadounidenses. No conseguía comprender por qué no se habían apoyado más en los maquis. ¿Es que no veían que los grupos de la *Résistance* estaban listos

para alzarse y liberar a Francia de los nazis?

Estaban dispuestos a dar sus vidas por la causa, pero no podían hacerlo sin armas ni munición. «Pase lo que pase a continuación», garabateó Leblanc, «nunca cambiaré de parecer: los Aliados nos han subestimado. ¡Han jodido la liberación de Francia!» [390] .

Es lógico que sintiera que los habían dejado tirados. Existía un enorme abismo entre las expectativas de los resistentes y la realidad. Leblanc y sus hombres simplemente habían asumido que en cuanto los Aliados desembarcaran, llegarían aviones que dejarían caer en paracaídas grandes cantidades de armas; que el maquis tomaría esas armas y tendría lugar una gloriosa batalla de liberación, en la que expulsarían personalmente a los nazis, colgarían a los traidores y traerían de nuevo la libertad.

Pensar en ese momento había sido embriagador y en ello habían puesto sus ilusiones durante los años, meses, semanas y días anteriores a la invasión. Leblanc se había dejado llevar por el heroísmo de esa fantasía casi romántica. En realidad, estaban solos, con comunicaciones limitadas con el mundo exterior y lo cierto era que no formaban parte en absoluto de los planes de los Aliados. Pocos tenían experiencia militar o preparación en el manejo de las armas; dependían de su pasión, patriotismo, puro coraje, astucia e inteligencia. Eso no bastaba para el liderazgo militar aliado, que quería el conocimiento local específico, el valor y la moral de la *Résistance*, pero sólo en los términos en los que creyera oportuno recibirlos. Estos grupos, como el Maquis Surcouf,

sin equipos SAS o Jedburgh, ni oficiales de enlace del SOE, eran vistos como la chusma políticamente inestable y poco disciplinada que en verdad eran. Los líderes no veían nada atractivo, en el contexto del vacío político de la liberación, que hubiera una gran cantidad de jóvenes franceses políticamente activos cerca del frente, armados hasta los dientes y sin ningún adiestramiento ni control.

El martes 13 de junio, Leblanc aceptó lo inevitable. Su maquis era insostenible y no podía operar hasta que les llegasen armas en paracaídas, de modo que, reunió a todos sus hombres y les dio a elegir entre tres opciones. Podían quedarse con él y luchar, irse a casa o tratar de esconderse. Sesenta y dos decidieron quedarse con él, y sesenta y dos optaron por volver a casa; doce volvieron a sus escondites. «Se me llenan los ojos de lágrimas», anotó Leblanc, «cuando un tipo como Morpion dice, “Robert, tus viejos compañeros nunca te abandonarán. Con armas o sin ellas, te seguiremos hasta el

fin del mundo” [391] ».

Mientras tanto, los diversos equipos Jedburgh y SAS estaban también trabajando duro para adiestrar al Maquis y para aportar algún tipo de organización a sus a menudo desmañados esfuerzos. El mayor Bill Tonkin del 1 SAS, que lideraba una misión con el nombre en clave de Bulbasket cerca de Limoges, se apuntó un éxito espectacular el 12 de junio. Un paisano que trabajaba en el ferrocarril llegó a su campamento cerca de Pouillac y les dijo que un ramal secundario al suroeste de Châtellerault estaba abarrotado con once trenes, todos ellos llenos de combustible. Ese combustible estaba destinado al frente de Normandía y, específicamente, a la 2. SS «Das Reich», que había recibido órdenes de desplazarse hasta allí desde Montauban, justo al norte de Toulouse. Era una de las divisiones *WaffenSS* originales y existía en ella una cultura brutal de violencia e intolerancia. Aunque ahora tenía muchos nuevos reclutas, su corazón — sus oficiales y suboficiales — eran veteranos muy curtidos de los Balcanes y el frente oriental y eran estos hombres, nazis fanáticos, los que marcaban el tono de la unidad. Además, estaban traumatizados por sus experiencias en el frente ruso, donde sus operaciones habían padecido las incursiones de los partisanos rusos, que despachaban sumariamente a los hombres de la SS que capturaban con la misma brutal violencia con la que éstos acababan con los partisanos apresados. Por lo que concernía a los veteranos de la «Das Reich», la mayoría de los miembros de la resistencia eran comunistas y, por lo tanto, la escoria de la tierra, y había que acabar con ellos. Este punto de vista había impregnado también a los nuevos reclutas que se habían sumado a la división después de su traslado a Francia.

«Das Reich» estaba desesperada por llegar al frente y entrar en combate tan pronto como fuera posible y no mostraba piedad alguna con quien se interponía en su camino.

Cuando un francotirador de la *Résistance* mató al comandante de una compañía, la ira se apoderó de los alemanes. Convencidos de que el perpetrador procedía de un pueblo llamado Oradour, entraron en Oradour-sur-Glane — que era otro pueblo totalmente diferente — reunieron a todas las mujeres y niños en la iglesia y a los hombres en graneros y luego los ejecutaron a todos y prendieron fuego a los edificios. Ese 10 de junio murieron en ese pueblo unas 642 personas. Más de doscientas de ellas eran niños.

El 12 de junio, su humor se torcería todavía más. Tonkin había enviado detalles de los trenes cargados de gasolina a Inglaterra y, a las 8 de la noche — sólo seis horas después de la señal de Tonkin — dos

escuadrones de Mosquitos volaron sobre el objetivo muy bajo y rápido, dejaron caer diez toneladas de bombas y ametrallaron los trenes con sus cañones. La totalidad de los 378 000 litros de combustible fue destruida y la bola de fuego se elevó a más de dos kilómetros y medio de altura. La coordinación de esfuerzos de los Aliados, que utilizaban fuerzas especiales, información de inteligencia, fuerza área y tecnología avanzada para afectar materialmente a la guerra terrestre era, sin duda, impresionante.

Capítulo 20

La batalla de desgaste

La cabeza de playa de los Aliados en Normandía era más fuerte cada día. Hacia el jueves 15 de junio, se habían construido ya cinco aeródromos dentro de ella y en los siguientes cinco días se construirían otros siete. Era, desde cualquier punto de vista, una asombrosa gesta de organización e ingeniería, especialmente al haberse llevado a cabo bajo fuego enemigo gran parte del tiempo. No estaba previsto que el Aeródromo B-2 en Bazenville, cerca de Crépon, estuviera operativo hasta el día 16, pero alrededor de las 10.20 de la noche del día 15, los Spitfire del Escuadrón 602 ya aterrizaron allí. Entre ellos estaba un oficial piloto francés, Pierre Clostermann, quien, junto con su gran amigo Jacques Remlinger — otro de los franceses del escuadrón —, fue el primero en volver a aterrizar en suelo francés; Clostermann no había estado en Francia desde antes de la guerra. Para celebrarlo, él y Remlinger habían decidido no vestir sus habituales uniformes de la RAF, sino que lucían unos elegantes uniformes de gala franceses y llevaban una petaca con brandi francés.

Clostermannn no había sufrido en persona la conmoción de la derrota de Francia en 1940, aunque ya era entonces un piloto cualificado, adiestrado cuando era adolescente por un alemán, Karl Benitz. Hijo de un diplomático francés, estudió en el California Institute of Technology de San Diego. Mientras estuvo allí, consiguió volar todos los días y se dedicó a practicar acrobacias y sumar horas de vuelo.

Cuando cayó Francia, sin embargo, decidió que no podía esperar más. Su padre le había escrito diciéndole que partía hacia África para unirse a la Francia Libre de De Gaulle y sugirió a su único hijo que se uniera también a la lucha. Pierre no necesitaba que lo convencieran, así que partió de inmediato en un largo viaje a Inglaterra que lo llevaría a convertirse en un piloto de caza de un escuadrón de combate de la RAF.

Cuatro años después, era un piloto veterano que volaba en el Escuadrón 602 junto a su viejo amigo Jacques. El escuadrón, que otrora fuera una unidad auxiliar de «aviadores caballeros», ahora tenía en sus filas a franceses, canadienses, neozelandeses y australianos y se había convertido en un escuadrón de combate con mucha experiencia.

Clostermann y Remlinger aterrizaron en Bazenville justo detrás del líder del escuadrón, «Max» Sutherland, quien, en cuanto tocó tierra, levantó una espesa nube de polvo. Closterman nunca había visto nada igual, pero como era un aeródromo con pista de tierra que llevaba un par de días seca, la turbulencia que generaban las hélices

esparcía polvo por todas partes. Cuando Clostermann por fin se detuvo y saltó a tierra desde el ala de su aeronave, se encontró con dos soldados británicos a los que únicamente se les veían los ojos bajo la capa de sudor y polvo. «Bueno, franchute», le dijo uno, «¡bienvenido a tu condenado país!»[392]. Remlinger se acercó, con un pañuelo cubriéndole la boca, y ambos se estrecharon la mano, por fin de vuelta en su patria, aunque más que saborear ese maravilloso instante, Clostermann estaba roído por el remordimiento de haberse puesto su mejor uniforme. En aquellas circunstancias, parecía más un payaso de circo que un oficial de la *Armée del Air* francesa.

Un capitán canadiense les explicó enseguida las reglas del aeródromo a los pilotos.

No debían alejarse del aeródromo ni tampoco cruzar la pista. No debían tocar nada.

«Los hunos han dejado minas por todas partes», les dijo, «hace sólo media hora un hombre murió y otros dos fueron heridos por un francotirador alemán[393]». Los llevaron a una cantina móvil que se había construido tras un seto y allí les dieron té, galletas y mermelada, todo generosamente salpicado de polvo. Al menos había muchos cañones antiaéreos, cada uno de ellos rodeado de vainas de proyectiles. Eso sorprendió a los pilotos, pues no habían visto ni asomo de la *Luftwaffe* desde la invasión. Un sargento les dijo que esperaran hasta que llegara la noche y lo comprenderían todo.

Eran alrededor de las 11.30 y ya era noche cerrada. Clostermann y Remlinger compartían un cigarrillo con un par de canadienses. Todo parecía tranquilo, hasta que, de repente, oyeron a lo lejos el rumor de unos motores de avión. Miraron hacia arriba, intentando localizar los aparatos.

—No te preocupes, Pierre —dijo Remlinger —, si fueran los hunos, los antiaéreos ya habrían abierto fuego [394] .

Instantes después, oyeron el sonido de las bombas al caer. Los canadienses desaparecieron y los dos pilotos franceses se tiraron debajo de un camión. Entonces, explotó una bomba cuya reverberación sacudió el suelo, seguida por una oleada de aire ardiente cargada de astillas que se clavaron en los árboles, el camión y las tiendas a su alrededor. Las defensas antiaéreas abrieron fuego y el cielo se llenó de balas trazadoras, que lo iluminaron como si fuera de día. Un Spitfire se incendió y más Junker 88

rugieron sobre ellos, lanzando grandes bombas de media tonelada junto con otras más pequeñas, mientras un cañón automático antiaéreo Bofors les disparaba sin cesar. El suelo tembló y la metralla, la tierra y el polvo volaron por todas partes a su alrededor hasta el punto de que el propio aire pareció quebrarse por el inmenso estruendo.

«Ensordecidos y baqueteados», escribió Clostermann, «nos agazapamos bajo nuestro camión, temblando y muertos de miedo [395] ».

Pasada la noche, a la mañana siguiente, salieron por fin de debajo del camión sucios, agotados, muertos de frío y con la legua seca como la arena, y se horrorizaron al comprobar que el camión bajo el que se habían protegido estaba completamente cargado de munición. Todavía en estado de *shock*, se acercaron a la cocina de campaña e hicieron cola para que les sirvieran un poco de té. Allí se reencontraron con sus dos amigos canadienses, a quienes Clostermann había dado por muertos bajo las bombas.

«Oh, qué va», dijo uno de ellos, «a estas alturas se nos da muy bien salir corriendo.

Llevamos aquí una semana y a correr no hay quien nos gane [396] ». Instantes después, tres Focke-Wulf 190 aparecieron justo por encima de los setos disparando en vuelo y luego desaparecieron. A la hora de comer, el Escuadrón 602 estaba de vuelta en Ford, su base en el sur de Inglaterra donde, a pesar de no estar en Francia, estaban considerablemente más cómodos y corrían menos peligro.

La gran mayoría de las personas que combatieron en la campaña de Normandía no desembarcaron en el Día D; la mayoría llegaron días, e incluso semanas, después. La mayor parte de las tropas de los Aliados, eso sí, llegaron a esas orillas de la misma forma que los que habían

vadeado y chapoteado en el agua el martes 6 junio: cruzando el canal en barco. El jueves 15 de junio le tocó el turno al 6.º Batallón, los Fronterizos Escoceses del Rey — abreviado KOSB, por sus siglas en inglés — que formaba parte de la 44.ª Brigada de Infantería de las Tierras Bajas, que era a su vez parte de la 15.ª

División Escocesa. Como muchas de las unidades que llegaban a Normandía — en ambos bandos — el combate era nuevo para ellos y no habían sido probados en batalla.

Llevaban, sin embargo, mucho tiempo entrenándose, estaban bien equipados y, al menos sobre el papel, estaban tan preparados como cualquiera para entrar en acción.

El comandante de la Sección 7 en la Compañía A era el teniente Robert Woollcombe, que tenía sólo veintidós años y había nacido y crecido no en Escocia, sino en Londres.

Servir en los KOSB era, sin embargo, una tradición familiar. Su abuelo había sido coronel del regimiento en la Gran Guerra y había acabado comandando un cuerpo en la batalla de Cambrai. Su tío también había servido en el regimiento, aunque había muerto trágicamente en acción en 1914, en los primeros meses de la guerra. Robert se había alistado en 1941, aunque en 1944 quedaban pocos regimientos fieles a sus raíces. Había cómicos en los regimientos de Yorkshire, escoceses en los batallones de Londres y hombres de Hampshire en los de Lancanshire. Stanley Christopherson, por ejemplo, nunca había vivido en Nottingham: había pasado gran parte de su infancia en Sudáfrica y había estado viviendo y trabajando en la City de Londres, donde se había unido a los Rangers de Sherwood. La guerra estaba mezclando a la gente de un modo que antes habría sido inconcebible.

El 6.º KOSB desembarcó en la playa Gold y Woollcombe se quedó asombrado al no ver ni oír ni siquiera el más remoto indicio de combate. «A primera vista», escribió,

«parecía el tipo de revuelo tranquilo y ordenado que podría haber provocado alguna atracción nueva en Blackpool [397] ».

También desembarcó ahora en Normandía el 1.er Batallón, los Voluntarios de Northamptonshire, parte de la 33.ª Brigada Blindada Independiente. El cabo Ken Tout, de veinte años, un artillero de tanque en el Escuadrón C, se había emocionado al ver la costa. «A lo largo de toda mi vida», escribió, «mis esperanzas habían tendido hacia esta fervorosa, desbordante y deliciosa aventura extranjera [398] ».

Había crecido en la medieval ciudad mercantil de Hereford. Sus padres eran devotos miembros del Ejército de Salvación, así que las reuniones de reavivamiento y el estricto y casi jesuítico código que ese estilo de vida conllevaba fueron parte integral de su formación. «No podías ir al cine», dijo, «no podías ir a bailar, no fumabas, no bebías, en realidad, no hacías nada, porque todo era pecado [399] ».

En consecuencia, el ejército había sido para él una especie de vía de escape, y la disciplina militar no le parecía en absoluto estricta. «Comparada con la vida en mi casa», dijo Tout, «mi vida en el ejército era físicamente incómoda pero psicológicamente muy buena». Y en el ejército lo había hecho bien, tan bien que le propusieron entrar en un curso de formación para convertirse en oficial justo antes del día D, pero, al saber que la formación duraría nueve meses y que era posible que al final no pudiera regresar al 1.º de Voluntarios de Northamptonshire, decidió no realizarla y seguir como suboficial, pues no quería ni abandonar a sus compañeros ni perderse la oportunidad de participar en la invasión.

Mientras tanto, la lucha continuaba. No hubo ninguna gran ofensiva en masa de los Aliados ni ningún contraataque alemán, pero el combate, aun así, fue muy intenso, marcado por luchas durísimas por objetivos locales y un atrincheramiento a toda prisa mientras llovía fuego de artillería y morteros. El 15 de junio, Stanley Christopherson fue ascendido a teniente coronel y se le confió formalmente el mando de los Voluntarios Rangers de Sherwood. El día 16 estaban de vuelta en combate apoyando a la infantería de la 69.ª Brigada. Como solía pasar, sin embargo, mantener la comunicación con la infantería entre el humo y el fragor de la batalla era difícil, pero los tanques y la infantería conjuntamente eran más que la mera suma de sus partes individuales si lograban operar de forma efectiva codo con codo. El problema frustraba a Christopherson, pero no estaba seguro de cuál era la solución. Luego la 69.ª Brigada fue retirada y una nueva división, la 49.ª, avanzó a la línea del frente y durante los

siguientes tres días apoyaron a una brigada de infantería completamente nueva frente al contraataque de la *PanzerLehr*, que los hizo retirarse de vuelta al norte de Fontenay.

«Hubo combates muy desagradables en los alrededores de Cristot», apuntó Christopherson, lo que, dicho por un tipo tan flemático como él quiere decir que fue un infierno [400] . Estaban defendiendo el terreno elevado cuando la infantería del Regimiento del duque de Wellington cedió y echó a correr bajo la presión del fuego enemigo. Los alemanes arrasaron sus posiciones, capturaron cañones

abandonados y dejaron a los Rangers de Sherwood defendiéndose solos en una zona boscosa. «Durante un día», anotó Christopherson, «el regimiento se sintió muy desnudo». Y las bajas continuaban acumulándose [401] .

Para los alemanes, aquello tampoco fue precisamente un paseo. Se marchó el sol, regresó la lluvia y aunque eso quería decir que habría menos *Jabos*, las nubes bajas no hacían a los alemanes inmunes a la artillería del enemigo. El menor de sus movimientos, según les parecía, provocaba un furioso bombardeo de saturación al cabo de pocos instantes. En una ocasión, cerca de Tilly, el *Hauptmann* Helmut Ritgen y varios de sus tanques se hallaban en un camino hundido cuando empezaron a caer proyectiles a su alrededor. Aunque no los alcanzaron directamente, la metralla repiqueteó a su alrededor, dañando los periscopios y las antenas de los tanques, esenciales para la comunicación. El conductor de Ritgen perdió los nervios y sufrió una crisis en la que se puso a llorar y a llamar a su madre, y durante la cual tanto atascó el Panzer IV contra el terraplén lateral del camino. Cuando el bombardeo cesó por unos instantes, Ritgen y su artillero tuvieron que salir del carro, atar su cable de remolque al tanque que iba tras ellos y hacer que los remolcara para desatascarlos. «Tuvimos suerte», explicó Ritgen,

«de que los *tommys* esperaran a que hubiésemos vuelto a cerrar las escotillas antes de empezar el siguiente bombardeo [402] ». Desde el exterior, sus panzer parecían una ruina y, con las antenas dañadas, no tuvieron otra opción que retirarse.

A estas alturas, tras diez días en el frente, Ritgen había comprendido que los británicos tenían un modo completamente distinto de hacer la guerra. Los alemanes siempre querían atacar, pero para los *tommys* la prioridad era «hacer daño a sus enemigos y protegerse ellos [403] ». A pesar del tono de condescendencia de esta descripción, destruir al enemigo mientras se salvaban las vidas de los soldados del propio bando era, en realidad, una manera muy sensata de hacer la guerra, mientras que el contraataque pavloviano que causaba gran número de bajas en las propias filas no era siempre la mejor solución. Ritgen, sin embargo, creía — como casi todos los combatientes alemanes — que un rápido contraataque contra los británicos les permitía recuperar rápidamente el terreno perdido. El problema era, como él mismo admitió, que este contraataque siempre causaba bajas «que no podíamos reemplazar como era debido, mientras que los británicos recibían refuerzos cada noche [404] ». La maquinaria

militar que pudiera tanto cuidar de sus hombres y equipo como

reponer sus pérdidas con rapidez sería siempre mejor que la que no pudiera. Ritgen, como tantos otros de sus contemporáneos, seguía creyendo en la agresiva superioridad táctica de los alemanes, pero eso se debía a que tenían poco más que ofrecer y simplemente no podían competir con el esfuerzo bélico de los Aliados. Por eso estaban perdiendo tan claramente y no conseguían ganar terreno. El combate contra los Rangers de Sherwood en Cristot era un ejemplo perfecto: habían conseguido algunos avances, pero ninguno significativo y, a pesar de que la infantería británica había salido corriendo, los atacantes no habían recuperado, ni siquiera así, el importantísimo terreno elevado. En el proceso, habían perdido todavía más hombres. Era este espíritu táctico agresivo, liderado, en primer y más destacado lugar, por los oficiales y suboficiales de mayor graduación, lo que estaba causando un gran número de irreemplazables bajas, tanto en la *PanzerLehr* como en otras unidades.

Más al oeste, los estadounidenses presionaban hacia la línea de la cresta justo al noreste de Saint-Lô, defendida con tenacidad por los alemanes, pues era la segunda línea de defensa que habían preparado antes de la invasión. Los estadounidenses ya habían intentado abrirse camino a través de las poco densas líneas alemanas el 12 de junio, pero no habían podido progresar por falta de fuego de armas pesadas. Los restos de la destrozada 352. *Infanterie-Division* se habían retirado a esta zona.

Hacia el lunes 19 de junio, el teniente Hans Heinze y los supervivientes de su 5.

Kompanie del *GrenadierRegiment* 916 llegaron a Le Mesnil-Rouxelin, a sólo unos pocos kilómetros al norte de Saint-Lô. Todos sus hombres estaban agotados, sucios y hambrientos, pues llevaban en acción sin parar desde la invasión. Prácticamente no habían dormido, habían estado casi todo el tiempo bajo fuego enemigo y muchos tenían los pies ensangrentados de tanto marchar con botas gastadas. Poco después de haberse atrincherado, Heinze recibió órdenes de presentarse ante el *Oberst* Ernst Goth, el comandante del regimiento, en su puesto de mando en el cercano *château*. La pinta con la que Heinze se presentó y se cuadró para saludar a su superior era singular: barba, uniforme andrajoso, barro, sangre y tierra en las manos y en el rostro. Goth le reprendió, gritándole que un oficial alemán siempre debía tener un aspecto limpio y presentable al acudir ante un superior, con independencia de cuál fuera la situación.

Dijo a Heinze que se retirara y que tenía diez minutos para asearse. Un ordenanza se llevó su ligera guerrera de verano para limpiarla

rápidamente y le entregó una navaja, un espejo y un cuenco con agua. La navaja, sin embargo, estaba roma, el agua fría y no le dieron jabón. «Me puse el filo contra la piel de la mejilla», dijo Heinze, «y empecé a arrastrarla por mi rostro, llevándome pelo y piel [405]». Cuando se presentó de nuevo ante el *Oberst* Goth, en posición de firmes, sintió como le goteaba sangre de los cortes que se había hecho al afeitarse el rostro y el cuello.

Karl Wegner y sus camaradas en el *GrenadierRegiment* 914, mientras tanto, habían llegado al pueblo de Saint-Clair-sur-l'Elle y se habían atrincherado alrededor de la carretera que llevaba al norte, justo al sur del río Elle, que cruzaba su camino. Dado que ahora estaban preocupantemente bajos de efectivos, se habían desplegado dejando mucho espacio entre ellos, pero estaban bien posicionados, con los morteros y ametralladoras dispuestos y bien atrincherados a lo largo de los setos. Como habían demostrado los combates anteriores en Sicilia e Italia, ametralladoras y morteros bien ubicados, con su efectividad potenciada por minas y francotiradores, podían erigirse como una barrera significativa contra la infantería aliada. Aun así, a Wegner y a sus camaradas les sorprendió que los estadounidenses no les presionaran más. «Un ataque en masa», dijo, «nos hubiera barrido como a soldados de juguete [406]».

Pero ese ataque, sin embargo, estaba, por varios motivos, más allá de las posibilidades de las tropas de vanguardia estadounidenses. La mayoría apenas habían dormido más que unas pocas horas aquí y allá, habían participado en duros combates, habían tenido que cruzar zonas inundadas, evitar minas y francotiradores y carecían de apoyo de artillería. Para cuando atacó, la 352. *División* había recibido algunos refuerzos y contaba con algo de apoyo en sus flancos. Entre éstos, estaba la *3. Fallschirmjäger-Division*, que ahora defendía la línea un poquito hacia el este, alrededor de la prominencia que en los mapas aliados figuraba como Cota 192, entre los pueblos de Couvains y Saint-Germaine-d'Elle. A pesar de la reputación de las unidades *Fallschirmjäger* como tropas superiores, la 3. *Fallschirmjäger*, al igual que el resto de secciones de la *Luftwaffe*, carecía del entrenamiento y el equipo necesarios.

Entre los que estaban ahora atrincherados se contaba Johannes Börner, que aún tenía sólo dieciocho años y era de Leipzig. Reclutado con diecisiete, el año anterior, había realizado su *Arbeitsdienst* — su servicio laboral — y luego se había unido a la *Luftwaffe* como tripulante de tierra antes de presentarse voluntario a los *Fallschirmjäger* en enero de 1944. «Nos preguntaron si preferíamos ir a Rusia como tripulación de tierra de los Messerschmitt 109 o unirnos a

los paracaidistas», dijo Börner, «así que yo me presenté voluntario para convertirme en *Fallschirmjäger*[407]». A continuación, lo enviaron a una escuela de paracaidismo cerca de Berlín, donde pasó tres semanas de entrenamiento exhaustivo, que incluían los habituales seis saltos de prácticas, y luego fue destinado a Bretaña, a la 15. *Kompanie* del III *Bataillon*, Regimiento 5 de la 3. *Fallschirmjäger-Division*.

«Eramos tropas de élite de verdad», dijo Börner. A pesar de su afirmación, su entrenamiento como paracaidista había durado sólo veintiún días. En contraste, no había ni un solo paracaidista estadounidense en Normandía que no se hubiera entrenado durante al menos dos años.

En Finistère, en Bretaña, practicaron la marcha en ruta, el fuego con ametralladora y armas ligeras, pusieron minas y prepararon las defensas. Ni una sola vez se entrenaron con tanques y sólo un poco con artillería. Entonces, temprano en la mañana del 6 de junio, empezaron a moverse hacia Normandía. Desde Brest y la región de Finistère hasta el frente, cerca de Saint-Lô, había más de trescientos kilómetros, y Börner y sus camaradas tuvieron que marchar toda esa distancia, desde el crepúsculo hasta el amanecer, y llegaron a sus nuevas posiciones durante el lunes 12 de junio. «Fue muy duro», admitió Börner. «Estábamos exhaustos y teníamos los pies llenos de ampollas[408]». A pesar de esto, entraron en acción de inmediato, porque ese mismo día los estadounidenses intentaron romper sus líneas.

Entre los atacantes estaba el sargento Bob Slaughter de la Compañía D del 116.º de Infantería, que había llegado a Couvains ese mismo día. En su hoyo tras un seto, él y su pelotón acababan de camuflar su posición cuando Slaughter vio que un oficial de los nuevos reemplazos, con un uniforme nuevo, se adelantaba y empezaba a mirar hacia adelante con sus prismáticos. Instantes después, un proyectil alemán de alta velocidad llegó silbando y dio al hombre justo en la parte superior del torso. «El 2.º Pelotón y yo acabamos salpicados de entrañas», apuntó Slaughter, «pues el impacto empujó al centinela hacia atrás, pero sin cabeza[409]».

La tarde del jueves 15 de junio, Montgomery visitó a Bradley. Con las V-1 cayendo ahora sobre Gran Bretaña, la presión para que atacaran a los alemanes y consiguieran salir de Normandía era cada vez mayor. Todos los comandantes sénior ahora en Normandía y también los que estaban en Gran Bretaña habían oído a Montgomery presentar sus informes el 7 y 15 de mayo, cuando había hablado con tanta

confianza y había mostrado las líneas proyectadas para cada fase a las que Bradley tanto se había opuesto. Las cosas no habían salido exactamente como había deseado y los que miraban los mapas desde Londres o desde otros lugares olvidaron muy rápido lo bien que les estaba yendo a los Aliados hasta el momento. Caen había sido un objetivo del Día D y Cherburgo una prioridad. Ambos seguían todavía en manos enemigas. También lo estaba Saint-Lô, un objetivo que los Aliados habían pretendido capturar en cuestión de días.

En su reunión, Monty insistió a Bradley en que había que tomar Saint-Lô rápidamente, pero Bradley le dijo que la ciudad no tenía importancia, que lo fundamental era capturar el terreno elevado a ambos lados de la población y que eso era lo que sus fuerzas asaltarían al día siguiente. Luego ambos fueron en *jeep* y en coche a ver al general de división «Rayo Joe» Collins, el comandante del VIII Cuerpo estadounidense, para hablar sobre su plan de ataque para Cherburgo. Pasaron a través de Grandcamp, Isigny y Carentan. Las tres poblaciones estaban arrasadas. Las carreteras estaban llenas de cráteres y desperfectos y salpicadas de vehículos destruidos y escombros. Ya había equipos trabajando para despejarlas y repararlas, pero era un trabajo gigantesco. «Carentan muy dañada», apuntó Chet Hansen, «la plaza era una masa de escombros que todavía olían a madera quemada. En los barracones alemanes del centro de la ciudad había muchas cosas abandonadas, como si hubieran recogido con prisa y salido corriendo… Las iglesias estaban dañadas, destruidas, con las ventanas hechas añicos. Los escaparates de las tiendas, destrozados. Hay carteles de Asuntos Civiles por todas partes avisando de que los robos y saqueos serán castigados con la pena de muerte[410]».

Se reunieron con Collins en el puesto de mando que éste tenía en su granja cerca de Sainte-Mère-Église. Collins, que acaba de cumplir cuarenta y ocho años en mayo, había sido el comandante de división más joven en el Ejército de Estados Unidos al recibir en 1942 el mando de la 25.ª División. La había comandado durante las batallas finales en Guadalcanal, que hasta la fecha había resultado la campaña decisiva contra los japoneses en la guerra del Pacífico. Allí, se había enfrentado con unas tropas enemigas fanáticas y un terreno muy complicado, y aun así se había ganado el apodo de «Rayo Joe» por la rapidez de sus operaciones. La filosofía de Collins era muy sencilla: si es posible, toma siempre el terreno elevado y adelanta la artillería. Era Bradley quien lo había elegido para el mando del VII Cuerpo. Los dos habían servido juntos en West Point y luego como instructores en la Escuela de Infantería del Ejército, donde se habían hecho amigos.

Collins también había conocido brevemente a Eisenhower en Filipinas en la década de 1930. Tras regresar a Estados Unidos justo antes de la Navidad de 1943, estaba disponible y dispuesto a probarse a sí mismo en el crisol de la campaña en Europa.

Collins había desembarcado en la playa Utah el 7 de junio e hizo que desembarcaran en la península tantas tropas como fue posible con los medios que tenía. Se aseguró de que el flanco norte estuviera asegurado y luego empujó a sus fuerzas a aislar Cotentin y atrapar a los alemanes que defendían Cherburgo en el norte. Con la 4.ª División presionando en esa dirección, hizo entrar rápidamente en combate también a la 90.ª

División. Esta última no había luchado en esta guerra, pero Collins no creía que eso fuera un problema. Les ordenó pasar a través de la 82.ª Aerotransportada y avanzar hacia Saint-Sauveur-le-Vicomte, una ciudad importante donde confluían carreteras y ferrocarriles que iban hacia el norte y que, probablemente, sería defendida con tenacidad. En ella estaba, no obstante, la *265. División* alemana, recién llegada de Bretaña, una unidad de baja calidad a la que se habían adjuntado fragmentos de otras unidades.

A pesar de ello, tras dos días de combate en los setos, la 90.ª no había hecho grandes progresos, así que el 13 de junio Collins se acercó al frente para ver qué sucedía en persona. Tras visitar el puesto de mando de la división, él y su equipo siguieron adelante, pero no consiguieron encontrar ningún cuartel general de regimiento o batallón, ni tampoco encontraron ningún combate. Al final, dieron con un grupo de hombres de la 90.ª en una zanja junto a una carretera. Se detuvo y preguntó al sargento qué estaban haciendo y recibió una respuesta evasiva. «Era obvio», escribió Collins,

«que estaban eludiendo sus responsabilidades [411] ». Apelando a su orgullo, les habló del espectacular historial de la división en Francia en 1918 y del increíble combate que había hecho la 82.ª, a través de la que habían pasado de camino al frente, pero no consiguió convencerlos. Collins les ordenó que se pusieran en marcha y luego informó de lo que había pasado a su comandante, el general de división Jay MacKelvie. «No puso ninguna excusa», comentó Collins, «pero parecía no saber qué hacer respecto a la falta de espíritu de combate en su división [412] ».

Collins, sin embargo, sí sabía exactamente donde estaba el problema. Una división era sólo tan buena como su comandante. MacKelvie tenía el mando de la división desde hacía poco tiempo y Collins tenía la

impresión de que la mayor parte de la culpa recaía en el predecesor de MacKelvie, que claramente no había adiestrado ni endurecido lo bastante a sus tropas. Por otro lado, estaba también claro que MacKelvie no era el hombre adecuado para hacerlos cambiar. Esto era una guerra, había vidas en juego y, simplemente, no tenía tiempo para dar a comandantes como MacKelvie el beneficio de la duda. Collins recomendó a Bradley que MacKelvie fuera inmediatamente reemplazado por el general de división Eugene Landrum, otro veterano de la guerra del Pacífico, y sugirió que se utilizara la 9.ª División, que ya había desembarcado, para avanzar hacia el oeste por la península junto con la 82.ª. Bradley aceptó todas las recomendaciones de Collins. «Sigue siendo un buen artillero», anotó Chet Halsen sobre MacKelvie, «todo el mundo está de acuerdo en eso [413] . Quizá no tan buen líder como para ser un buen comandante de división, sobre todo bajo las órdenes de alguien tan dinámico como Collins, que exige actuar muy rápidamente». En veinticuatro horas, todos estos cambios se habían ejecutado. A Collins no lo llamaban «Rayo Joe» por nada.

Eso implicó, claro está, mantener a la 82.ª en el frente más tiempo del que habían estado sus colegas en la 101.ª, que habían sido retirados después de Carentan e iban a ser enviados de vuelta a Inglaterra para ser reequipados y para que descansaran. La 82.ª

inició su siguiente ataque el 15 de junio, con el 505.º RPI del teniente coronel Mark Alexander y el 325.º Regimiento de Infantería en Planeadores en la vanguardia de la carga hacia los tramos superiores del río Douve y la ciudad de Saint-Sauveur-le-Vicomte, en cuya captura la 90.ª División había fracasado tan estrepitosamente. Como apoyo, Alexander recibió solamente dos tanques, que pronto demostraron su valor,

pues junto con sus hombres tomaron una posición defensiva enemiga tras otra. Se vio constantemente en movimiento, saltando entre posiciones avanzadas de compañía, su propio batallón y los puestos de mando de los regimientos.

Llegada la tarde del 16 ya habían hecho retroceder al enemigo veinticinco kilómetros y habían alcanzado la orilla oriental del río Douve, demostrando a la vez que la oposición alemana era muy poco efectiva y que Collins había hecho lo correcto al actuar de forma fulminante con la 90.ª División. Ahora trajo también a la 9.ª División de Infantería a la línea del frente, a la derecha de la 82.ª. Aun así, el siguiente problema era cómo cruzar, pues nunca era sencillo atravesar un río cuando la otra orilla estaba defendida, ni siquiera cuando el

enemigo eran tropas de muy poca calidad. Alexander se adelantó con su operador de radio y ordenanza para estudiar la situación, sólo para descubrir que Bradley, Collins, el general Matt Ridgway y el coronel Bill Ekman, el comandante del 505.º RPI, ya estaban allí. Los alemanes no habían conseguido volar el puente, así que el plan era atacar con contundencia y rápido, y cruzar directamente, aunque, eso sí, después de un abundante bombardeo de artillería. «Antes de cruzar un río», comentó Alexander, «es mejor asegurarte de que tendrás apoyo, pues te harán picadillo si lo cruzas solo. Estábamos jugándonos el cuello, pero, desde luego, el general nos regaló un gran bombardeo de preparación [414] ».

Aquí era donde combatir tan cerca del mar beneficiaba mucho a los Aliados. Los buques de guerra, así como los bombarderos y la artillería, arrasaron Saint-Sauveur en un breve pero devastador bombardeo de saturación; como habían descubierto los italianos, cuando había que escoger entre salvar ciudades o pueblos y las vidas de las tropas aliadas, las tropas siempre tenían prioridad. «Mi 1.er Batallón cruzó el puente justo después del 2.º Batallón sin encontrar mucha resistencia», recordó Alexander. «El bombardeo había pulverizado Saint-Sauveur-le-Vicomte [415] ».

Mientras tanto, más al sur, el 16 de junio los estadounidenses atacaron el terreno elevado al norte y al este de Saint-Lô, de nuevo tras un intenso bombardeo de artillería.

Los proyectiles silbaban y estallaban por todas partes, destrozando árboles y edificios y removiendo el suelo. Karl Wegner había agradecido la pausa de los últimos días, pero con el comienzo del bombardeo se puso rápidamente el casco y se agazapó al fondo de su hoyo. Cuando, al final, cesaron las explosiones, los estadounidenses avanzaron con la infantería y los tanques. Todavía en su hoyo, Wegner no alcanzaba a ver demasiado, pero, poco después, el *Obergefreiter* Kalb les gritó a todos que se levantaran y se replegasen. «Se podía sentir el pánico en el ambiente», dijo Wegner. «Tengo que admitir que incluso yo sentí que los *Amis* nos estaban pisando los talones [416] ». Hordas de

hombres corrieron hacia el último puente sobre el río Vire, que estaba a un kilómetro y medio a su oeste, y la carretera se congestionó con tropas y vehículos en plena retirada, desesperados por cruzar el puente antes de que los ingenieros lo volaran.

Milagrosamente, no fueron divisados por los *Jabas* y la mayoría consiguieron retirarse sanos y salvos. De hecho, Wegner y sus

recibieron entonces la orden de detenerse y atrincherarse alrededor del pueblo de La Meauffe, que estaba justo antes del puente sobre el Vire. Al anochecer, el pánico había remitido.

Sus atacantes habían sido el 2.º Batallón del 116.º de Infantería, con el 1.er Batallón y la Compañía D a su izquierda, avanzando a través de Couvains. Moviéndose a lo largo de los altos setos, Bob Slaughter y sus hombres cruzaron rápidamente las trincheras que habían abandonado los alemanes hasta que vieron el campanario de la iglesia de Couvains. De súbito, proyectiles de artillería y morteros empezaron a explotar a su alrededor. Slaughter se tiró a una zanja para ponerse a cubierto y, una vez terminado el bombardeo, se puso en pie y se estaba quitando el polvo cuando vio un brazo alemán, todavía dentro de la manga de su uniforme, en el suelo junto a él. Tratando de no pensar demasiado en ello, puso a sus hombres en marcha otra vez y estaba acercándose a un hueco en el seto cuando oyó unos gemidos. Se adelantó y se topó de bruces con un paracaidista alemán, uno de los camaradas de Johannes Börner del 3. *Fallschirmjäger*; Couvains estaba en la frontera entre ellos y la 352. *División*. El hombre había sido herido gravemente por metralla en la parte superior del muslo y, asumiendo que estaba mirando a un fanático paracaidista nazi, la primera idea de Slaughter fue rematarlo allí mismo.

« *Kamerad, bitte*», murmuró el hombre, quién, comprendió entonces Slaughter, era probablemente tan joven como él. Cuando estaba en Omaha, Slaughter se había dicho a sí mismo que no haría prisioneros, pero este hombre herido parecía en las últimas y desesperado. «Aquello era entonces, ahora es distinto», pensó Slaughter. «No podía disparar a un ser humano herido a bocajarro [417] ». Se agachó, ató un torniquete a la pierna del alemán, le aplicó polvo de sulfa, le dio de beber un poco de agua y le encendió un Lucky Strike.

« *Danke*», dijo el hombre, sonriendo débilmente. «Dios te bendiga. *Guten* suerte».

Lo dejaron allí y continuaron avanzando hacia el pueblo. El sargento de la sección estaba gravemente herido, y el sargento Romeo Bily había muerto al ser alcanzado entre los ojos por un francotirador. Los bombardeos continuaron con precisión infalible, lo que significaba que algún centinela estaba transmitiendo todos sus movimientos.

Obviamente, el hombre tenía que estar en el campanario de la iglesia y sólo una vez se destruyera esa torre podrían despejar el pueblo y

seguir avanzando hacia el sur.

A pesar de esto, al anochecer del día 18, los estadounidenses habían conseguido ganar poco terreno. Habían logrado cruzar con éxito el río Elle, pero el terreno elevado se les resistía y, dado que estaban sufriendo un elevado número de bajas, no tuvieron otra opción que detenerse, cavar para atrincherarse y esperar refuerzos antes de lanzar otro ataque.

Mientras los combates continuaban alrededor de Saint-Lô y en Cotentin, el rey Jorge VI se añadió a la lista de vips que visitaron Normandía, a cuyas playas llegó el viernes 16 de junio. Para Montgomery fue otra interrupción, pero ciertamente por parte de un huésped mucho más bienvenido de lo que había sido De Gaulle, y cuya presencia suponía incuestionablemente una inyección de moral para las tropas británicas y canadienses. Mientras el monarca británico visitaba el frente de la invasión de Normandía y era agasajado por Montgomery en el Château de Creullet, el *Feldmarschall* Rommel estaba de nuevo viajando en coche a toda velocidad entre un cuartel general y otro, mientras, entre tanto, procuraba con desesperación conseguir más suministros y refuerzos.

Su principal preocupación ese viernes, sin embargo, era el destino de la península de Cotentin, cuya caída aceptaba ahora como inevitable. En cierto modo, era posible mirar un mapa, como estaba haciendo Hitler desde la comodidad de Berchtesgaden, y pensar que la situación no era tan mala: después de todo, había siete divisiones dispuestas contra sólo cuatro estadounidenses. Sin embargo, esas unidades alemanas estaban en un estado lamentable, acumulaban cada vez más bajas y no estaban recibiendo refuerzos. Haciendo frente al ataque estadounidense hacia el norte estaban los restos de tres divisiones, con la 77. *Infanterie* en la posición más occidental, lo que la convertía en la única de las tres divisiones que podía, concebiblemente, escapar hacia el sur antes de que los estadounidenses sellaran la península. Rommel emitió ahora órdenes a la 77.

División de luchar y resistir cuanto le fuera posible, pero asegurándose de luego poder retirarse hacia el sur a una zona más segura.

Tan pronto hubo tomado Rommel esa decisión, llegó una orden del propio Hitler insistiendo en que la 77. *División* no debía retirarse bajo ninguna circunstancia, sino que debía seguir combatiendo por Cherburgo. Más tarde, otra *Führerbefehl* — orden del *Führer* — llegó al *Heeresgruppe* B: la línea al sur de Cherburgo debía defenderse a toda costa. No se debía permitir la retirada a la fortaleza de

Cherburgo [418] .

Ésta era una orden ridícula en todos sus niveles. Hitler siempre había tenido una confianza desmesurada en el concepto de la «voluntad». La pura fuerza de voluntad, según creía, lo podía conseguir todo por sí sola. Lo único que las tropas alemanas que ahora defendían Cotentin necesitaban para triunfar era creer en sí mismas. Se trataba, por supuesto, una paparrucha colosal; ése fue el mismo día que los estadounidenses consiguieron abrir brecha en la ciudad clave de Saint-Sauveur-le-Vicomte, con lo que controlaban ya dos tercios de la anchura de la península. Ahora era sólo cuestión de tiempo que la parte norte fuera cortada por completo. La situación estaba clara como el agua.

Rommel volvió finalmente a La Roche-Guyon a las 3 de la mañana, completamente exhausto y desesperado por dormir un poco, sólo para que al llegar Speidel le dijera que el *Führer* había decidido volar al oeste para reunirse con él y con Von Rundstedt en persona. Ambos comandantes tenían que estar en Wolfsschlucht II en Margival, cerca de Soissons, a las 9 de la mañana. Estaba a doscientos cuarenta kilómetros de distancia y Rommel tenía sólo seis horas para llegar hasta allí. Cuando había pedido que algún alto mando del OKW visitara el frente para ver la situación en persona, jamás se le pasó por la cabeza que viniera Hitler en persona. En las primeras horas del 17 de junio, su asombro inicial cedió rápidamente ante la irritación y la ira, pero no había nada que pudiera hacer más que seguir moviéndose. El *Führer* exigía su presencia y el *Führer* debía ser obedecido. Rommel y Speidel recopilaron los últimos informes de inteligencia y a las 3.30 de la madrugada ya estaban otra vez en coche, acelerando en la oscuridad.

Al menos, no había *Jabos* de los que preocuparse.

Hitler había tomado la decisión de manera impulsiva la tarde anterior. Su equipo había hecho frenéticas gestiones para que el viaje pudiera realizarse y, hacia el final de la tarde ya estaba de camino a Salzburgo y luego en un vuelo en su Focke-Wulf 200

Condor especialmente adaptado, con su equipo siguiéndolo en otros tres FW-200.

Aterrizaron en Metz justo después de medianoche y, a alrededor de las 8 de la mañana llegaron a Wolfsschlucht II, un puesto de mando construido en 1940 y lujosamente expandido dos años después. Ésta, no obstante, era la primera vez que el *Führer* lo utilizaba.

Rommel y Von Rundstedt se encontraron en ruta y llegaron juntos y, milagrosamente, a tiempo. Los guardias de las SS los condujeron de inmediato a la sala de conferencias. Aunque se trataba de un búnker de hormigón a prueba de bombas, estaba bien surtido de muebles de madera, alfombras, estanterías vacías e incluso contaba con una chimenea, sobre la cual había un bajorrelieve de Napoleón a caballo.

Hitler estaba esperándolos, sentado en un sencillo taburete de madera. Parecía cansado y pálido. Recibió a los mariscales de campo y a sus jefes de Estado Mayor con frialdad y

luego los abroncó por no haber detenido la invasión y por su mala dirección de la batalla. «La fortaleza de Cherburgo», añadió, «debe mantenerse a toda costa». Von Rundstedt respondió que era imposible contrarrestar la enorme superioridad aérea y naval aliada y luego se volvió hacia Rommel, cuyo mal humor, exacerbado por la falta de sueño, iba en aumento. Rommel se aclaró la garganta y ofreció un breve informe sobre la situación más reciente para luego pasar a un análisis más completo. Le dijo a Hitler que había advertido sobre el *Materialschlacht* aliado y señaló que la situación alemana era cada vez peor porque no podían igualar la capacidad de los Aliados de reponer material y hombres. Las líneas de suministro estaban siendo atacadas constantemente por las fuerzas aéreas aliadas, mientras que los cazabombarderos enemigos asolaban la línea del frente y estaban siempre dispuestos a atacar, y los cañones navales aliados eran tan potentes que podían rechazar por sí solos cualquier contraataque en masa. Le dijo al *Führer* que Montgomery estaba siguiendo justo las mismas tácticas que había empleado en el norte de África: desgastando lenta y metódicamente a las fuerzas alemanas. Los británicos machacarían sus líneas con bombarderos, luego vendrían intensos bombardeos de saturación navales y de artillería, seguidos por un potente avance de infantería bien pertrechada y con buenos suministros, así como provista de nuevas armas especiales.

Hitler no dijo nada, de modo que Rommel continuó. Las tropas del frente estaban conmocionadas por los constantes bombardeos y desmoralizadas al tener que enfrentarse al enorme poder de fuego de los Aliados y a su abundancia de material.

Tarde o temprano, el frente inevitablemente se hundiría debido al desperdicio de hombres y materiales. Las posiciones fijas ya no bastaban para defenderlo.

Hitler no estaba de acuerdo. Cherburgo, dijo, resistiría. Rommel lo discutió con tenacidad. Cherburgo era una fortaleza inútil y debería

ser abandonada. «Cherburgo», dijo, «caerá en una semana [419] ».

Rommel esbozó su apreciación de las intenciones de los Aliados. Cada día llegaban más tropas aliadas. En algún momento, abrirían una brecha en la línea alemana y avanzarían hacia el sur para explotarla, y luego girarían al este, hacia París. Su análisis era totalmente correcto. La situación, dijo, era muy mala. Propuso que, en lugar de intentar combatir por cada metro de terreno, se retiraran fuera del alcance de los cañones navales aliados, sacaran a las divisiones aliadas del frente, las reagruparan y luego contraatacasen en un momento y lugar elegido por ellos, lejos de la costa y de los cañones navales. Pidió que le dieran rienda suelta para dar las órdenes necesarias, con más panzer y mayor apoyo de la *Luftwaffe* y, muy especialmente, de la *Kriegsmarine*.

Aunque Hitler se mostró más conciliador a medida que avanzó la mañana, se negó a las peticiones de Rommel y Von Rundstedt de utilizar los V-1 contra las cabezas de playa y de mover el 15. *Armee* de Salmuth al sur a Normandía, pues todavía temía que fuera a haber una segunda invasión por Paso de Calais. Rommel, cada vez más frustrado, señaló que la información del *Führer* procedía de oficiales de Estado Mayor que sólo miraban mapas sobre mesas. Ni un solo comandante sénior del OKW había visitado el frente. «No les avala ningún conocimiento del frente», le dijo a Hitler. «Exige usted nuestra confianza, pero no confía en nosotros [420] ». También le señaló que Churchill ya había visitado el frente, lo que había supuesto una enorme inyección de moral para las tropas aliadas. Apremió a Hitler a considerar una visita del mismo tipo a Normandía. Para sorpresa de todos, Hitler accedió.

Rommel partió esa tarde animado por la perspectiva de la visita de Hitler y por el entusiasmo con el que este le había hablado del reactor Me262, de los cohetes V-2 y de los proyectos de aviones impulsados por cohetes. Von Rundstedt, por su parte, creyó que la conferencia había sido una completa pérdida de tiempo. Tenía razón, y Rommel se equivocaba. No se produciría la entrega del control táctico total a Rommel, no habría Me262 apoyando el frente y no aparecería ningún V-2 hasta después de que la batalla de Normandía hubiera terminado. Los suministros seguirían llegando con lentitud y en cantidades insuficientes. Sus hombres seguirían demasiado exigidos, cada vez más cerca de quebrarse.

Tampoco hizo nunca Hitler ese viaje al frente. Más temprano ese día, una V-1 se había desviado de su rumbo y se había estrellado y explotado a sólo unos pocos kilómetros de Margival. Informaron de

ello a Hitler más tarde ese mismo día, y el general Jodl, el jefe del Estado Mayor del OKW, lo apremió a regresar a Baviera.

Simplemente imagine, le señaló que sucedería si otra V-1 se desviara y accidentalmente matara al líder del Reich. Más o menos al mismo tiempo, llegaron a Wolfsschlucht II informes de las actividades de la *Résistance* en la zona. De repente, el riesgo de un viaje por Normandía parecía demasiado alto. En cualquier caso, sin Rommel y Von Rundstedt allí, la idea de visitar un frente peligroso, en el que cualquier movimiento suponía un riesgo por la constante presencia de cazas aliados, parecía muchísimo menos atractiva. Así pues, el *Führer* decidió no ir a Normandía y regresar al *Berghof*.

Nunca volvería a pisar Francia.

Capítulo 21

La gran tormenta

El domingo 18 de junio, Montgomery emitió unos nuevos planes revisados. Caen seguía siendo, como Cherburgo, un objetivo clave, a pesar de haber comprendido cinco días atrás que no podría tomarse ni rápida ni fácilmente. Ahora ordenó a Dempsey que tomara la ciudad con una serie de operaciones que empezarían ese día y alcanzarían su punto culminante el 22 de junio con un ataque al este de la ciudad y sobre el río Orne.

El Primer Ejército de Bradley debía completar el aislamiento de la península de Cotentin y luego avanzar sobre Cherburgo mientras continuaba intentando hacerse con el terreno elevado alrededor de Saint-Lô. Al anochecer del día 18, hombres de la 9.ª

División estadounidense habían llegado a la costa occidental del Cotentin, justo como Rommel había temido y avisado que sucedería, embolsando de esa forma a las fuerzas enemigas que quedaban en el norte, entre ellas la 77. *División*. Era ahora una cuestión de cuánto tiempo llevaría y cuántas bajas podrían infligir las cuatro divisiones alemanas en el norte a los estadounidenses, pero el resultado final ya no estaba en duda. Pronto, esas cuatro divisiones de infantería alemanas serían aniquiladas y Cherburgo quedaría en manos de los norteamericanos. Montgomery, Bradley y Collins tenían intención de empezar el avance hacia Cherburgo el mismo día siguiente.

Hasta ahora, Eisenhower había demostrado una notable paciencia, comprensión y apoyo a sus comandantes y tropas de Normandía. Incluso había prohibido las visitas de más vips al cuartel general de

Montgomery. «Prefiero que no te moleste en estos momentos[421]», escribió a Monty el 18 de junio, «gente que no esté en situación de ayudarte directamente en la batalla». El *quid pro quo*, sin embargo, era que Montgomery ahora debía ordenar a sus ejércitos que avanzaran sin demorarlo más. «Puedo comprender perfectamente que hayas necesitado acumular una cantidad razonable de munición de artillería», añadió Eisenhower, «pero tengo el convencimiento de que una vez el ataque se inicie, adquirirá un impulso propio que lo llevará muy lejos».

El reportero de guerra Ernie Pyle estaba visitando la recién capturada parte central del Cotentin. El paisaje le pareció verdaderamente hermoso. «Todo era de un verde muy vívido», escribió, «había árboles por todas partes, y la vista de los campos desde una colina recordaba a la fértil y suave tierra del este de Pensilvania[422]. Era demasiado bella y maravillosa como para ser el escenario de una batalla». Eso no fue óbice para que el trayecto le pareciera un poco inquietante, porque condujeron durante kilómetros sin ver ni un alma. «Era como si la vida se hubiera tomado unas vacaciones y la muerte se hubiera escondido», añadió. «Fue escalofriante[423]». Al final se detuvieron en una escuela que ahora era utilizada para la custodia de prisioneros de guerra. Mientras Pyle estaba allí llegaron más grupos de prisioneros alemanes. Habló con uno de ellos, un doctor alemán que hablaba inglés y que parecía estar de buen humor. «He estado en el ejército cuatro años», le dijo, resplandeciente, «y hoy es el mejor día que he pasado desde que me incorporé a filas[424]». Más allá, al norte, los estadounidenses continuaban su avance sobre Cherburgo, pero en todos los demás lugares los civiles franceses intentaban continuar con sus vidas. El grupo de Pyle condujo hasta Barneville, que había tenido la suerte de escapar a los combates. La gente se congregó rápidamente a su alrededor y les hicieron preguntas y les pidieron instrucciones sobre qué debían hacer y qué iba a pasar. Un anciano, vestido con un mono azul, los invitó a una copa en su café y les sirvió un brebaje que llamó « *eau de vie*», que era todo lo que le quedaba, pues los alemanes se habían bebido todo su vino. Brindaron entrechocando los vasos, dieron un « *Vive la France!* » y se echaron el licor al coleto. Pyle y sus compañeros sintieron que les corrían lágrimas por las mejillas, no por la emoción del momento, sino por el esfuerzo de no ponerse a toser y a aullar de angustia por la forma en que aquel aguardiente les abrasó la garganta. «Este viaje de buena voluntad», escribió Pyle, «está resultando duro.

Creo que a todos los estadounidenses que hayan recibido el impacto de un vaso de *eau de vie* se les debería conceder un Corazón Púrpura [425] ».

A lo largo del frente de invasión continuaba el intenso tráfico por el canal de la Mancha. La veterana 9.ª División estadounidense que, como la Big Red One, había combatido en el norte de África y también en Sicilia, había llegado a Cotentin. Entre sus oficiales estaba el teniente Orion Shockley, de veintiséis años y procedente de Jefferson, Misuri, que había combatido durante gran parte de las campañas de Túnez y Sicilia como oficial en la Compañía de Cañones del 47.º Regimiento de Infantería pero que luego, tras el final de la batalla de Sicilia, había conseguido que lo arrestaran y casi había acabado en un consejo de guerra. Fue un incidente ridículo. El general George S.

Patton, comandante del Séptimo Ejército en Sicilia, era muy estricto en cuanto a la apariencia y el uniforme, lo que implicaba llevar corbata en todo momento y mantener todos los botones abrochados. Un día en Palermo, Shockley vio que un soldado estaba siendo reprendido por llevar el botón del bolsillo de la camisa desabrochado después de entregar una nota a un capitán de pelotón [426] . El soldado señaló que estaba desabrochado porque le acababa de entregar al capitán la misiva, pero se le dijo que se lo debería haber abrochado de inmediato. Furioso, Shockley se acercó y dijo, «Quizá debería tomarme también el nombre a mí, pues yo también llevo el botón desabrochado». El oficial hizo exactamente eso. Shockley se olvidó entonces de todo el asunto, pero más tarde fue reprendido oficialmente y seguía oficialmente bajo arresto

cuando la 9.ª División fue destinada a Inglaterra. Una vez en el mar, y fuera del área de influencia de Patton, el tema se dio por terminado y Shockley fue liberado con una reprimenda verbal, pero con la consecuencia de que, una vez en Inglaterra, fue reasignado a la Compañía de Servicios como oficial especial de servicios. Una de sus tareas era hacer de enlace con el OSU — Organizaciones de Servicio Unidas —, que era quien organizaba el entretenimiento para las tropas. Eso le dio la oportunidad de conocer a estrellas de Hollywood como James Cagney o el campeón de boxeo Joe Louis, así que, después de todo, acabó saliendo bien parado del incidente del botón.

Ahora, sin embargo, estaba en Normandía como oficial ejecutivo (segundo al mando) de la Compañía B del 2.º Batallón del 47.º Regimiento de Infantería, y había tomado parte en el combate para cortar la península. Después, el batallón había recibido órdenes de ir hacia el norte y ahora se acercaba a Cherburgo. Poco menos de un año

antes, en Sicilia, Shockley había estado sudando a mares bajo un calor aplastante. Aquí, en Normandía, a menudo hacía frío y había mucha humedad. En una ocasión, había saltado un arroyo, pero la orilla al otro lado se había desmoronado al poner pie en ella y había resbalado hasta sumergirse en el agua. Como los alemanes estaban todavía disparándoles, había pasado más de una hora arrastrándose río abajo hasta que pudo salir del agua. «El frío era tan intenso que me sentí muy incómodo», escribió. «No pude cambiarme y ponerme ropa seca hasta que se hizo de noche [427] ».

El 18 de junio, la teniente Mary Mulry estaba por fin en camino hacia Francia. El día anterior, ella, junto con sus colegas de las QA y el equipo médico del 101.er Hospital Militar habían sido enviados a un campamento de refugiados estadounidense en New Forest, justo fuera de Southampton. Para su alegría, el campamento tenía una PX

estadounidense, un economato militar en el que hizo acopio de chocolate, chicle y latas de fruta.

Avanzada la tarde, subieron a su barco con cascos de latón y uniformes, en lugar de con sus habituales batas y cofias almidonadas, y zarparon alrededor de las 11.30 de la noche. «Había miedo y expectación», escribió en su diario. «¿Cómo sería al otro

lado?» [428] . En el mar hubo incluso una alerta por minas y apagaron los motores. Mary agarró las cuentas de su rosario y rezó hasta que oyó que todo estaba bien y continuaron su camino, momento para el cual el tiempo ya estaba empeorando rápidamente. Todo el mundo estaba mareado, Mary incluida. Su barco se acercó a la costa justo cuando estaba teniendo lugar un ataque aéreo y el cielo estaba iluminado con bengalas, estrellas, trazadoras y explosiones. A eso de las 4 de la mañana, un barco que navegaba cerca topó con una mina y voló por los aires, lo que conmocionó

profundamente a las enfermeras. Para trasladarlas a tierra, las lanchas de desembarco intentaban ahora abarloarse a su barco, batallando contra unas olas cada vez más altas.

Al final, Mary se presentó voluntaria para bajar la primera por la red que se había lanzado por el costado del casco del barco, menos por valentía que por un genuino deseo de llegar a tierra tan rápido como fuera posible.

«Espere hasta el momento exacto en que yo le indique», oyó que le decía una voz a su espalda desde la lancha de desembarco, «y

entonces déjese caer hacia atrás [429] ».

Empapada, congelada y asustada, hizo lo que le decían y se dejó caer por pura fe. Como le habían prometido, la cogieron. «La matrona fue la última en bajar», añadió, «cosa que hizo sin perder demasiada dignidad [430] ». Poco después llegaban a la orilla en la playa Juno. Las llevaron provisionalmente a unas literas en un granero y allí recuperaron un poco del sueño que tanto necesitaban; luego, esa mañana, subieron a unos camiones y fueron hacia Bayeux, pasando entre tanques destrozados, tiznados de negro por las llamas, docenas de ellos con sus tripulantes calcinados colgando, a medio salir por la torreta y las escotillas de emergencia. «Había milla tras milla de coches blindados y camiones de todo tipo destruidos», escribiría Mary después, «y una peste de cuerpos en descomposición llenos de gusanos [431] ». Tras pasar a través de Bayeux y seguir un trecho por la carretera a Caen, se detuvieron en un huerto donde en los días siguientes erigirían y pondrían en funcionamiento su nuevo hospital de campaña. No les faltarían pacientes.

Mientras tanto, el teniente Yogi Jenson y la tripulación del HMCS *Algonquin* habían estado haciendo viajes entre Normandía y Portsmouth, ofreciendo fuego de cobertura cuando se lo solicitaban y luego realizando también patrullas antisubmarinos. El día 19

estaban frente a la desembocadura del Orne apoyando con sus cañones a los comandos sitiados que seguían atrincherados cerca de la costa. Éstos apenas se habían movido desde el Día D. Al final de la tarde les dispararon unos cañones alemanes de 155 mm, pero sus proyectiles se quedaron cortos. El tiempo, sin embargo, estaba torciéndose. «El tiempo era demasiado malo para patrullar de forma efectiva», apuntó Jenson, «así que nosotros y otros tres destructores anclamos bastante mar adentro [432] ».

«Es un día oscuro, frío y lluvioso para nuestro ataque», anotó Chet Hansen en su diario esa fecha, «y el aire está impracticable, lo que les da a los alemanes más días para acumular suministros en el frente de nuestro V Cuerpo. Es un gran alivio para ellos cuando se detienen las operaciones aéreas [433] ». Eso era cierto, aunque no fue obstáculo para que los británicos arrebataran definitivamente Tilly-sur-Seulles a la *PanzerLehr*.

Puede que los exhaustos Rangers de Sherwood fueran retirados del frente durante un

breve periodo, pero las tripulaciones panzer del *SS-Panzer-Regiment* 12

no tenían esa ventaja. Kurt Meyer tenía que realizar un acto de malabarismo constante: a su derecha necesitaba mantener a raya a los canadienses, mientras que a su izquierda tenía que apoyar el flanco derecho de la *PanzerLehr*. Los panzer contraatacaron nuevamente, pero no consiguieron ganar terreno, así que, la noche del 18 al 19 de junio, se replegaron al terreno elevado al sur de la ciudad. Para entonces la lluvia era intensa y el suelo se estaba convirtiendo en un barrizal. Tilly y los pueblos a su alrededor estaban completamente en ruinas; en Tilly sólo quedaba en pie una casa. Aquel lunes, ésa era una de las peores partes del mundo en las que estar.

Eso hizo que el flanco izquierdo del *Panzer-Regiment* 12 quedase un tanto expuesto y, entre las tropas que se enviaron al frente a reforzar a los *Panzergrenadier* que todavía resistían en Fontenay estaba el *Obersturmführer* Hans Siegel y su 8. *Panzerkompanie*.

Movieron sus Panzer IV al norte del pueblo, los camuflaron tan bien como les fue posible y luego esperaron allí en labores antitanque durante más de veinticuatro horas sin pausa. «Era una carga física extremadamente difícil que no habíamos experimentado nunca», dijo Siegel. «Constantemente alerta, sin hablar con nadie. Las tripulaciones estaban aisladas, no sabían lo que estaba pasando en ninguna otra parte [434]». Los tanques no eran lugares cómodos; eran angostos, claustrofóbicos y olían mal, pero Siegel sólo permitió a sus hombres salir para hacer sus necesidades, pues la amenaza de la metralla y el fuego de armas ligeras era demasiado grande. Y así, permanecieron en posición, vigilando, aguzando los ojos mientras se les entumecían brazos y piernas en la estrechez de la torreta o el compartimento del conductor. Las draconianas órdenes de Siegel, sin embargo, consiguieron sus objetivos. Nadie descubrió su presencia y no perdieron ni un solo hombre.

Ambos bandos estaban exhaustos y los británicos inmediatamente pasaron a la defensiva mientras se reagrupaban para el siguiente ataque. El *Hauptmann* Helmut Ritgen retiró sus propios tanques del II. *PanzerLehr-Regiment* 130 y, para variar, cambió su puesto de mando de un hoyo en el suelo bajo su panzer a una granja destrozada que había perdido todas sus ventanas pero que, quitado eso, todavía ofrecía cierta protección. Todo el mundo empezaba a resentirse del esfuerzo. «El único consuelo es que los *tommys* estaban igual de mal», escribió. «Por desgracia, a ellos los relevarían al cabo de poco tiempo, y a nosotros no [435]».

De hecho, una gran tormenta que azotaba el canal iba a hacer descarrilar todos los planes de los Aliados. En Arromanches, el puerto

Mulberry B estaba casi terminado, igual que el americano, Mulberry A, en Port-en-Bessin. El capitán de corbeta Ambrose Lampen y su equipo habían conseguido plantar cuatro Fénix más el día anterior, el 18, a pesar de que el viento era cada vez más fuerte y a pesar de que eran A2 — que, con

algo más de quince metros de altura, eran los cajones de cemento más grandes —, y de haberlos tenido que plantar a lo largo del rompeolas occidental y de lado respecto a la corriente de la marea. Estaban cogiéndole el tranquillo al asunto y el fallo inicial con el *Alynbank* era ahora sólo un recuerdo lejano. Colocaron los cuatro Fénix a la perfección.

Con vientos con fuerza de galerna soplando en la costa que levantaban olas de hasta tres metros en una mar muy agitada, los Mulberry estaban a punto de ser puestos a prueba en condiciones muy exigentes. Enormes olas chocaron con los barcos de bloqueo y pasaron sobre los Fénix no sólo ese día, sino también a lo largo de todo el 20 y el 21.

Asombrosamente, en Mulberry B los Fénix y las caras cabezas de muelle Spud resistieron, mientras que los muelles, que habían sido dispuestos en las partes más protegidas, también capearon perfectamente el temporal. «Nos sentimos muy orgulloso al comprobar», apuntó Lampen, «que la descarga de suministros continuó sin interrupción durante la tormenta [436] ». En efecto, así fue, pero durante ese tiempo no pudieron llegar nuevos barcos con carga, y otros barcos y embarcaciones se apresuraron a adentrarse en el recinto de los puertos para protegerse, de modo que todo el Mulberry estaba abarrotado de naves. El *Alynbank* mal colocado contribuyó a reforzar su seguridad, pues estaba situado perpendicular a la dirección del viento. «A sotavento de él», comentó Lampen, «no quedaba ni una yarda cuadrada de agua vacía [437] ».

No es que no hubiera habido problemas: dos Fénix del extremo occidental habían resultado gravemente dañados, en otros cinco se habían abierto huecos en sus paredes y un par más se habían movido, pero, en general, Mulberry B había resistido bien, que era más de lo que podía decirse de Mulberry A. De los treinta y cinco Fénix plantados allí, sólo diez seguían intactos, y dos muelles habían sido también destruidos. Una semana después, el 29 de junio, se decidiría abandonar por completo este puerto, fabricado, transportado y ensamblado con un enorme coste y esfuerzo, lo que dejaría solo a Mulberry B. El Gooseberry frente a Utah fue también quedó destruido en su mayor parte, mientras que barcazas Rhino y otras naves de

desembarco habían sido arrojadas contra la orilla por el temporal y destruidas a lo largo de todo el frente de invasión.

El teniente Yogi Jenson había estado a bordo del HMCS *Algonquin* durante todo el temporal y la visión de sus destrozos le causó un profundo impacto. El oleaje le recordó a sus pasajes por el centro del Atlántico, y la escena de un gran número de barcos cabeceando y oscilando sobre la espuma le trajo a la mente un cuadro del siglo XVIII de una tormenta. «Ahora se revelaron pecios y restos de todo tipo, consecuencia del desastroso tiempo», escribió. «Las naves de desembarco se habían hundido y se veía de vez en cuando algún cadáver flotando [438] ».

El tiempo en toda Europa durante la guerra había sido terrible. El invierno de 1942/43 fue brutal, pero el de 1943/44 fue incluso peor. Había dificultado los avances aliados en Italia, puesto un palo en la rueda de las operaciones aéreas y cubierto con un manto gris de tristeza a cuantos tuvieron la desgracia de experimentarlo. Ahora, tras un mayo maravilloso (que había sido el mes para el cual Overlord había sido planeada originalmente), Francia estaba experimentando el peor junio que se recordaba.

Los efectos de lo que rápidamente se llamó la Gran Tormenta fueron enormes. Unas ochocientas embarcaciones, la mayoría de ellas naves de desembarco, se perdieron; era un número altísimo, que no podría ser reemplazado de forma inmediata. La acumulación de hombres y material de los Aliados, que ya iba por detrás de lo previsto por el mal tiempo que había hecho ese junio, se retrasó todavía más. El número de tropas que desembarcaban se redujo en tres cuartos y la cantidad de vehículos y equipo, a la mitad. Hacia el 22 de junio, el Segundo Ejército británico estaba tres divisiones enteras por debajo del objetivo fijado antes de la invasión. Eso era mucho. «Durante todo el día continuaron los fuertes vientos del norte y las nubes bajas», anotó el general Dempsey en su diario de guerra. «Impedían el desembarco de material y vehículos y la fuerza aérea no podía volar. Está demostrando ser un grave problema para nosotros, pues gran parte de los vehículos del VIII Cuerpo no se han desembarcado y la munición todavía es insuficiente para la operación [439] ».

Montgomery y Dempsey tenían ahora que rehacer los planes de su primera gran ofensiva. En una conferencia de comandantes el 22 de junio, Montgomery afirmó que la acumulación de recursos iba ahora entre cinco y seis días por detrás del calendario previsto. El problema era que, gracias a los descifradores de Ultra, Monty ahora era muy consciente de que los alemanes estaban preparando por fin su propio

contraataque en masa. Para llevarlo a cabo, necesitaban que nuevas divisiones de infantería llegaran al frente y relevaran en la línea a las divisiones panzer que había ahora alrededor y hacia el oeste de Caen, para que éstas pudieran replegarse, reorganizarse y recuperar cierto orden que pudiera convertirlas en una fuerza ofensiva con verdadera capacidad para infligir daños a los Aliados y, específicamente, a los británicos y canadienses en ese sector del frente. Gracias la información secreta que recibía, le parecía muy probable que los alemanes lanzaran su ataque a finales de mes, así que Montgomery sentía una imperiosa necesidad de lanzar su propia ofensiva antes y con ello desbaratar por completo los planes enemigos. Sufrir un revés en Normandía era simplemente impensable. Por lo tanto, era necesario lanzar una operación de envergadura en la zona de Caen y, por supuesto, la esperanza era que rompiera las líneas enemigas y se mostrase decisiva; aunque, en la cabeza de Montgomery, ése no era el objetivo primordial, sino sólo una posible ventaja añadida.

La operación Dreadnought, un ataque al este de Caen, había sido descartada como demasiado difícil y arriesgada, y también se descartó un ataque directo sobre Caen. Eso significaba que la única opción viable era un ataque hacia el sur al oeste de Caen.

Originalmente, Montgomery había querido lanzar ese ataque utilizando tres cuerpos, una contundencia que haría más probable abrir una brecha decisiva. El retraso en la acumulación de hombres y material, sin embargo, había puesto fin a esos ambiciosos planes y por ello Epsom, que fue el nombre en clave que se le dio al plan de batalla, tuvo que reducir sus aspiraciones. El recién llegado VIII Cuerpo del teniente general Dick O’Connor sería la principal fuerza de ataque, mientras que el XXX Cuerpo en el flanco derecho — occidental — atacaría primero para intentar atraer hacia él a tropas enemigas y también para tomar la importante cresta de Rauray, un terreno elevado que sería muy útil negar al enemigo cuando se lanzara Epsom.

Epsom se combatiría en dos fases. Para empezar, los atacantes avanzarían hacia el sur desde las cercanías de la población de Norrey a través de Saint-Manvieu y Cheux, luego cruzarían el río Orne y en la otra orilla ascenderían a una zona elevada dominante marcada en sus mapas como Cota 112. Asumiendo que todo fuera según el plan, los blindados del VIII Cuerpo seguirían entonces avanzando y aplastando a la oposición, envolviendo a Caen por detrás y embolsando la ciudad y a todas las tropas alemanas que se hubieran quedado atrás en ella. Los blindados británicos se organizaron en dos funciones distintas. Las brigadas blindadas independientes — como la 8.ª, a la que estaban adjuntos los Rangers de Sheerwood — estaban diseñadas para dar

apoyo directo a la infantería. Lo más común era que un regimiento blindado como los Rangers de Sherwood se adjuntase temporalmente a una brigada de infantería, y un escuadrón de tanques lo hiciera a cada batallón de infantería. Las divisiones blindadas estaban formadas por tanques, pero también por infantería motorizada en semiorugas y transportes, así como por numerosos cañones antitanque móviles. Estaban entrenadas para «explotar», es decir, para avanzar, una vez se hubiera conseguido una brecha inicial, con aplastante fuerza y velocidad, y para arrasar con rapidez a cualquier fuerza enemiga tras la línea de defensa original.

Epsom era precisamente el tipo de batalla planificada con las que Montgomery se había labrado su reputación. Como apoyo, los atacantes tendrían unos setecientos cañones de campo, que descargarían un bombardeo de saturación antes de que se lanzara el ataque y luego ofrecerían un bombardeo móvil a medida que la infantería y los blindados avanzasen — en otras palabras, los cañones lanzarían sus proyectiles justo por delante de las tropas mientras éstas avanzaban —. La anchura máxima del avance sería de sólo tres kilómetros para concentrar el *Schwerpunkt*, por usar el término alemán, o punto de ataque principal. La concentración del fuego era un principio que

los británicos comprendían tan bien como los alemanes. Los buques de guerra también ofrecerían apoyo, así como, por supuesto, las fuerzas aéreas tácticas.

Varios factores, no obstante, indicaban que Epsom podía quedarse muy lejos de su objetivo final de conseguir abrir una brecha decisiva. En primer lugar, estaba la falta de hombres respecto a los previstos. En segundo lugar, el tiempo, que seguía siendo espantoso. Las fuerzas aéreas tácticas necesitaban realmente que la base de las nubes se situara a una gran altitud y, a ser posible, mucho sol, pero en esa última semana de junio el norte de Normandía estuvo totalmente cubierto de nubes casi todo el tiempo, y no dejó de lloviznar, lo que no ayudó ni un ápice a los británicos. En tercer lugar, estaba el terreno. Cierto, no era un *bocage* denso, ni era tan malo como luchar en las calles de una ciudad, pero tampoco favorecía a ningún tipo de operación rápida. El valle del Odón, que discurría aproximadamente de este a oeste, se hundía de forma abrupta hacia el río, y las carreteras, las principales arterias de cualquier avance, eran malas, estrechas y con muchas curvas. El terreno se elevaba de nuevo súbitamente en el lado sur del río para luego seguir subiendo más suavemente hasta la Cota 112. Era el tipo de terreno que favorecía claramente al defensor. Epsom no iba a ser fácil.

En un mapa de sólo dos dimensiones en las Salas del Gabinete de Guerra o en el cuartel general de la SFEA en Widewing, sin embargo, todo parecía muy claro y, con los

«moscardones» todavía cayendo sobre Londres y el sureste de Inglaterra, había un alto grado de expectación de que Epsom pusiera a los Aliados de nuevo en el calendario y en las líneas de fase que Montgomery había predicho el 7 de abril en la escuela Saint Paul's. Monty intentó introducir una nota de cautela, subrayando que el tiempo continuaba desbaratando sus planes, pero no era éste un momento para el pesimismo.

Se necesitaba confianza, y tenía que emanar desde la cúspide de la jerarquía. «Por supuesto», comentaría Montgomery un tiempo después, «no pudimos mantener los tiempos y las líneas de fase que habíamos previsto para beneficio de la planificación administrativa y, por supuesto, no dudamos en adaptar nuestros planes y disposición a la situación táctica a medida que ésta se fue desarrollando, como sucede en todos los combates. Por supuesto que no los mantuvimos. Nunca creí que lo fuéramos a hacer[440]». Es un comentario completamente razonable. El problema es que, en la tercera semana de 1944, no explicó todo esto claramente ni a Churchill, ni a Eisenhower ni, en realidad, a nadie. Todos recodaban aún aquel mapa con líneas de fase y su brillante presentación antes del desembarco, cuando se había mostrado seguro de avanzar mucho hacia el sur en cuestión de días.

Una vez pasada la tormenta, el tráfico aliado hacia Francia continuó. El jueves 22 de junio, el 356.º Escuadrón de Caza voló a su nueva base en Normandía, el aeródromo A-2 en Cricqueville, justo al sur de Pointe du Hoc, donde Bradley y Pete Quesada habían fijado también sus cuarteles generales de campaña. El 356.º llegó después de uno de los escuadrones del 354.º Grupo de Caza. La fuerza de avanzada había ido allí ya antes de la tormenta y, tras recibir un informe que decía que había escasez de agua potable, los pilotos del 356.º Escuadrón de Caza del mayor Dick Turner habían cargado en cada avión dos tanques externos con 284 litros de agua. Luego, poco antes del despegue, el oficial de finanzas del grupo le había dado también a Turner un saco con 75 000 dólares en efectivo para pagar la soldada en Normandía.

A pesar de estar un poco nervioso por transportar un cargamento de tanto valor, lo cierto es que llegaron a Cricqueville sin sobresaltos y Turner se dispuso a aterrizar el primero. Con los flaps y el tren de aterrizaje bajados, se aproximó a la pista con viento de cola. Le

quedaban apenas unos quince metros para llegar a ella y estaba a unos siete metros y medio del suelo cuando sintió que el motor del aparato se calaba. Turner comprendió de inmediato su error: normalmente aterrizaba con el depósito casi vacío, pero con dos tanques externos llenos de agua, que pesaba más que el combustible que solían llevar, más una gran bolsa llena de billetes de papel, su velocidad normal de aproximación no había bastado. Estaba a unos instantes de un accidente fatal. El Mustang se inclinó a la izquierda, bajó el ala y pareció dirigirse directamente hacia el *jeep* de control de aterrizaje que estaba a medio camino en la pista. Turner empujó con fuerza el acelerador y, jugando con la palanca y el control del timón de cola, sintió como el P-51 recuperaba el control justo a tiempo, aunque le estaba costando levantar el ala de babor. Con el timón totalmente a la derecha y el alerón derecho al máximo y a todo gas, se vio de repente ganando altitud y velocidad sobre el aeródromo. Tras recuperar el control y recobrarse del susto, recordó un tanto avergonzado a los que venían detrás que aumentasen la velocidad de aproximación unos veinticinco kilómetros por hora para compensar el peso del agua. «Me salvé por los pelos», anotó Turner, «y si hubiera acelerado una fracción de segundo más tarde, probablemente no lo habría conseguido [441] ». Poco después, tras hacer los ajustes necesarios, aterrizó sin problemas.

Había ahora once aeródromos operativos en Normandía, y aún habría más en los días siguientes.

En el mar, mientras tanto, las marinas aliadas seguían brindando un apoyo enorme.

Al anochecer del 24 de junio, el HMCS *Algonquin* empezó otra patrulla costera junto con

el destructor británico HMS *Swifi*. El teniente Yogi Jenson entró de guardia más o menos a las cuatro de la madrugada del día siguiente, justo cuando empezaba a haber luz, y poco después divisó una mina flotante, a la que disparó y hundió utilizando un subfusil Sten.

«Mientras das una vuelta», dijo un mensaje que llegó del HMS *Swifi* momentos después, «¿puedo anclar en tu posición y tú anclas en la mía? » [442]

Jenson contestó que sí, que podía, y vio como el *Swifi* pasaba junto a ellos y echaba el ancla en la ubicación en la que ellos habían estado. Inmediatamente, hubo una potente explosión y una erupción de espuma, seguida rápidamente de otra; el *Swifi* había activado dos

minas, que le partieron el casco. Empezó a hundirse de inmediato. Por fortuna, pudieron rescatar a todos los que iban a bordo; la desgracia del *Swifi* había sido una bendición para el *Algonquin*. Al día siguiente, regresaron a Portsmouth, finalizado, por el momento, su papel en la invasión.

Puede que el HMCS *Algonquin* hubiera regresado a aguas amigas, pero al abatirse la tormenta, la avalancha de hombres y material que cruzaban el canal hasta Francia se reanudó, a un ritmo de unos 14 500 hombres diarios tanto en el sector estadounidense como en el británico y canadiense, lo que suponía la mayor parte de dos divisiones cada veinticuatro horas. Entonces llegó a Normandía William Biehler, criado en una comunidad germanoamericana en Summit, Nueva Jersey; sus abuelos habían emigrado a Estados Unidos en 1890. No es que la familia Biehler sintiera ninguna simpatía hacia Alemania. «La mentalidad de mi familia era muy estadounidense», dijo Biehler, «y querían quedarse en Estados Unidos. Creían que Estados Unidos era fantástico [443] ».

Biehler era un hombre muy inteligente y estudioso que estaba en su primer año en la Universidad de Rutgers, estudiando Química, cuando los japoneses atacaron Pearl Harbor. Llamado a filas poco después, se le permitió acabar su segundo año de universidad e incluso se enroló en el Programa de Formación Especializada del Ejército

— un plan para formar oficiales con educación universitaria — con la esperanza de convertirse en oficial en los ingenieros. Poco después de completar su formación básica, sin embargo, le dijeron que era demasiado miope como para que lo consideraran para oficial y fue destinado a la infantería en lugar de a los ingenieros.

A mediados de mayo, Biehler, con sus 193 centímetros de altura, había cruzado el Atlántico, subido a un tren hasta Devon y había sido inmediatamente asignado a un

« *reppledepple*», un barracón de reemplazos. «Los *reppledepples* eran lugares terribles», dijo, “porque nadie se pertenece a nada [444] ”. A diferencia de muchas de las tropas que

ya habían desembarcado, o de las divisiones completas que estaban cruzando el canal, los que venían de *reppledepples* no habían construido ningún tipo de sentido de camaradería ni tenían ninguna noción de orgullo regimental. Eran simples repuestos que iban a ser destinados donde hicieran falta. La tormenta retrasó el transporte de su reemplazo, así que Biehler no vadeó hacia la orilla hasta el 22 de

junio. En la distancia había fuego de artillería esporádico y los condujeron a otro *reppledepple*, donde pasó su primera noche. Al día siguiente, él y los demás fueron divididos — algunos a un camión, otros a otro — y partieron de nuevo. Cuando el camión finalmente se detuvo, fue en el cuartel general de retaguardia de la asediada 90.ª División de Infantería, que seguía en la base de la península de Cotentin. Desde allí, subieron a Biehler a otro camión y así fue como acabó en la Compañía K del 3. Batallón del 357.º Regimiento de Infantería. Tenía frío y hambre, y sus botas seguían mojadas de cuando había vadeado a la orilla; en este estado fue inmediatamente conducido a un hoyo donde conoció a su nuevo compañero. Ahora estaba en el Escuadrón A de la 1.ª Sección con otros tres —

deberían haber sido doce en total, pero, como descubrió enseguida, estaba entre las primeras tropas de reemplazo —. La compañía había sido diezmada en su primer y reciente combate. «No creo», dijo Biehler, «que fueran más de treinta[445]». Por el momento, estaban simplemente defendiendo la línea. Su turno, sin embargo, llegaría muy pronto. Y, entonces, la 90.ª División tendría mucho que demostrar.

Otra división nueva que llegaba a Normandía era la 43.ª Wessex británica, reconstruida en 1939 tras haber sido disuelta al final de la Primera Guerra Mundial, y que ahora estaba a punto de entrar en combate por primera vez desde entonces. Entre sus batallones de infantería estaba el 4.º de Dorset, que desembarcó en Arromanches el 22. Pasaron tres días más, sin embargo, antes de que el sargento Walter Caines y el resto de la Sección de Transmisiones del batallón desembarcaran por completo, momento para el cual ya empezar a sentirse muy harto, hambriento y mareado por llevar tanto en el mar. Era ya por la tarde cuando la Sección de Transmisiones llegó al área de concentración del batallón cerca de Bayeux. Al fin Caines tuvo tiempo para una rápida comida caliente — aunque fuera una ración de combate —, asearse un poco y afeitarse, y luego asistió a un Grupo O[446] con el teniente coronel Cowie, el comandante del batallón, y el teniente Hogan, el oficial de transmisiones. Iban a ponerse en marcha a la semana siguiente, y el día después ocuparían las posiciones que ahora defendían los canadienses. Durante la noche empezó a llover de nuevo, pero Caines consiguió meterse debajo de un camión y pasó la noche ahí. Hasta el momento, Normandía no le había causado buena impresión.

También se estaba uniendo al Segundo Ejército el batallón hermano del 1.º de Voluntarios de Northamptonshire de Ken Tout, el 2.º Batallón, que no formaba parte de una brigada blindada

independiente, sino de la 11.ª División Acorazada. Tras desembarcar en la playa Juno pasada la medianoche el 19 de junio — antes de que la tormenta ganara fuerza — se habían desplazado por tierra hasta las cercanías de Creully. Uno de los comandantes de tanque de la Tropa 2, Escuadrón A, era el cabo Reg Spittles. Miembro del Ejército Territorial desde antes de la guerra, había sido sólo soldado a tiempo parcial, pero el 1 de septiembre de 1939 recibió órdenes de presentarse en la oficina de reclutamiento local en Northampton, en las Midlands inglesas, y allí le tomaron juramento de servir durante toda la duración del conflicto. Desde entonces, había visto cómo el batallón se transformaba de una unidad prebélica que tenía un solo tanque obsoleto a un batallón acorazado bien adiestrado y completamente equipado, listo para el combate moderno. «Supongo que podría considerárseme un veterano de guerra», escribió, «pues tenía veinticinco años y hasta ese momentos había participado en muchas muchas maniobras [447] ».

El batallón también fue reequipado para la batalla de Normandía con carros Cromwell, los más nuevos y avanzados que tenía el Ejército británico, mientras que las filas del batallón, desde el pasado otoño, habían aumentado gracias a la incorporación de varios regimientos de entrenamiento durante el periodo de preparación de la invasión y la campaña que lo seguiría, para que hubiera suficientes tripulaciones de reemplazo disponibles una vez empezara el combate y se produjesen las inevitables bajas.

Cada comandante de tanque había recibido la orden de organizar su «primera tripulación», aquéllos con los que iría inicialmente al combate. La mayoría escogieron a los que llevaban más tiempo en el batallón, pero Spittles era un hombre de pensamiento independiente a quien le gustaba ir por libre y por ello escogió sobre todo a jóvenes de dieciocho y diecinueve años. Por lo que había visto de ellos, parecían más dispuestos que muchos de los tipos mayores. «Después de todo», escribió, «acababan de ser entrenados y eso era muy distinto al modo despreocupado e informal con el que los mayores nos habíamos tomado el adiestramiento». Estaba Denny Wells, de dieciocho años, procedente de Hull, que era el artillero y era un poco introvertido [448] . Bill Bagguly, de Birmingham, que era el cargador y el radioperador, que también tenía dieciocho años, pero era ágil mentalmente y poseía un carácter agresivo por naturaleza.

Bill «Benny» Benmore, de Londres, el tercero de dieciocho años, era el conductor, «listo como el hambre» y del todo digno de confianza. Por último, estaba Bill Barnett, el copiloto y ametrallador, un joven de veintitrés años de Stafford simpático y amable.

Resultó que pasaron casi nueve meses juntos antes de dirigirse a Normandía y, en ese tiempo, Spittles llegó a conocerlos bien. Hasta ahora, no había tenido motivos para

lamentar su decisión. La prueba de fuego, sin embargo, sería el momento de entrar en combate, y eso iba a suceder muy pronto, en el marco de la operación Epsom del general Dempsey.

El 101.er Hospital de Campaña británico estaba ya en marcha en su parcela cerca de Bayeux, aunque consistía en una serie de tiendas de lona. Puesto que estaban muy cerca del frente, tenían cierto número de soldados del Cuerpo de Pioneros protegiéndolos. A Mary Mulry le parecieron encantadoramente poco militares: la mayoría eran objetores de conciencia o extranjeros que se habían refugiado en Gran Bretaña. Pronto se hizo amiga de un oficial, un polaco judío con un nombre que era incapaz de pronunciar, así que todos llamaban «Chezzy». Era un hombre simpático y alegre que hablaba inglés, alemán y ruso además de polaco; en la vida civil era pianista profesional. «Chezzy es tan cálido y tiene tanta personalidad [449] », escribió Mary en su diario, «que me deja pasmada. ¿Por qué los feos son a menudo más atractivos que los guapos?».

Las condiciones en el hospital eran un tanto demasiado primitivas para el gusto de Mary. La fuente de agua más cercana estaba a más de kilómetro y medio, aunque el Cuerpo de Pioneros no tardó en diseñar un sistema para que el agua llegara directamente al hospital. La esterilización del equipo era también básica y consistía en guardar agujas, escalpelos y demás en licor, así como en hervir agua en hornillos Primus. Sus primeros pacientes fueron alemanes. Uno, un joven francotirador alemán llamado Fritz, fue capturado por el Cuerpo de Pioneros después de recibir un tiro en la pierna. A Mary le pareció que no podía tener más de quince años. Admitió que le habían ordenado quedarse atrás y luchar por la patria y, al principio, estaba «muy chulo y gallito [450] », aunque ese barniz de arrogancia desapareció pronto cuando le ofrecieron un poco de comida: estaba muerto de hambre.

Su herida no era muy grave. Le dieron un bastón y en sólo un día estaba paseando por ahí, feliz como una perdiz en cuanto comprendió que no lo iban a fusilar. Mary y las demás enfermeras lo pusieron a trabajar ayudando en el pabellón, cosa que hizo al parecer encantado. Tres días después, trajeron a dos alemanes más: otro adolescente como Fritz, también con una herida en la pierna, y un hombre adulto, de unos treinta años, llamado Hans, que estaba casado y con hijos en Francfort. Estaba feliz de haber sido capturado y, aparte de unos pocos

cortes y magulladuras superficiales, y de una obvia malnutrición, estaba en un razonable buen estado físico. Igual que Fritz, tenían intención de quedárselo para que las ayudara en trabajos menores. «Hans no se parece en nada al "huno" con botas militares que nos habíamos imaginado», escribió Mary. «Es

educado y tímido, y me hace sentir que es sólo uno más de los muchos peones en este juego que es la guerra [451] ».

Más hacia el este, fuera de la cabeza de playa aliada, la vida no estaba mejorando para Robert Leblanc y el Maquis Surcouf. Hacia el miércoles 21 de junio las FFI le propusieron ascender a *capitaine*, pero lo rechazó, pues sentía que no lo merecía y que era sólo un regalo para tenerlo contento mientras a su alrededor su movimiento de la *Résistance* estaba al borde de la desaparición, y su intuición no le engañaba. Las responsabilidades que conllevaba liderar un maquis y los dilemas casi diarios a los que se enfrentaba eran inmensos. Cuanto menos éxito tuvieran, y cuanto más les costara acceder a armas, mayor sería el riesgo no sólo de encontrarse en grave inferioridad armamentística en un enfrentamiento, sino también de ser traicionados. Eran tiempos desesperados. La gente tenía hambre, estaba harta y asustada, y, cuando capturaban a algún miembro de la resistencia, lo torturaban, castigaban a sus familias y lo ejecutaban.

No es sorprendente que algunos hablasen.

El miércoles 14 de junio, los GMR — los *Groupes mobiles de réserve*, que, en la práctica, eran el ejército de Vichy — que estaban operando en la zona habían hecho saber que querían unirse al Maquis Surcouf. Pero ¿debía creer Leblanc lo que decían, o era una trampa? Luego le llegó el rumor de que su mujer y sus cuatro hijos, que seguían en Pont-Audemer, habían sido arrestados; más tarde, sin embargo, esto último se demostraría falso. Al día siguiente murieron más de sus hombres murieron y el grupo se movió otra vez. Finalmente, el 17 de junio le llegaron buenas noticias, pues les advirtieron de que se preparasen para recibir armas en paracaídas. Esa noche, caminaron diez kilómetros por campos y bosques con sus linternas, pero al llegar al supuesto punto de encuentro no había ni rastro del equipo de enlace que debía esperarlos ni tampoco de ningún avión aliado. Con una amarga decepción, emprendieron el camino de vuelta con las manos vacías.

El día 20, las esposas de tres de sus hombres, «La Torpille», «Ramoutcho» y «Henry III» (todos tenían *noms de guerre*), fueron arrestadas y se las llevaron; la esposa de La Torpille era la madre de

sus siete hijos. Se enteraron de que los arrestos eran consecuencia directa de la traición de un vecino que había sido detenido por los alemanes. «Pensó que salvaría la vida», garabateó Leblanc, furioso, «y, en lugar de morir por la patria, morirá de todos modos, pero cubierto de vergüenza [452] ». Él y sus comandantes de pelotón se sentían cada vez más asediados y eso estaba despertando sus instintos asesinos. Se plantearon ejecutar a los varios prisioneros que tenían, un soldado alemán y tres mujeres colaboracionistas. Difícilmente podían permitirse cargar

con esa gente, los granjeros locales en cuyos graneros se ocultaba el maquis no querían cerca a esos prisioneros y los alemanes no habían tenido ningún escrúpulo en matar gente, así que, ¿por qué deberían tenerlos ellos? No sólo habían matado ya a muchos de sus hombres — y también a civiles inocentes —, sino que ¡ahora aquellos cerdos habían encarcelado a una madre de siete niños! «Todo esto me pone enfermo», escribió.

«Ordeno a Bougnat que lo "pierda" en alguna parte», como en una de las muchas canteras de pizarra de los alrededores en las que podría tirar el cuerpo del soldado alemán.

Luego estaba la cuestión de qué hacer con las tres mujeres prisioneras. Decidió que podían liberar a una. Otra, Marie-Thérèse, era, según le parecía, peligrosa, pero no tenía pruebas contra ella, así que pidió a «Robert 1», uno de sus comandantes de pelotón, que la custodiase él. Luego estaba «XX001X», que es como la llamó en clave en su diario. La habían capturado un par de días antes de la invasión y llevaba encima una foto dedicada a ella de un conocido alto cargo del partido nazi. Ella, en todo momento, negó ser una agente nazi, pero Leblanc estaba convencido que tenía un amante alemán en la Gestapo. No obstante, carecía de pruebas, y nadie quería hacerse cargo de ella. Dos días después, el 22 de junio, Leblanc tomó una decisión. «No dudo», anotó en su diario,

«entre nuestra seguridad y la vida de una mujer que siempre ha estado trabajando con y para el *boche*». Robert 1 estaba de acuerdo con él y se ofreció a «hacer el trabajo [453] ».

Los esfuerzos, padecimientos y tragedias de una banda mal preparada de partisanos de la *Résistance* preocupaban poco a Montgomery, Dempsey o Bradley, quienes estaban luchando por conseguir descargar suficientes suministros mientras cada vez más tropas alemanas llegaban al frente. Si bien los Aliados ya contaban con superioridad numérica, no era ni mucho menos abrumadora, nada parecido a la

ventaja de 10:1 con la que contaba el Ejército Rojo en su nueva ofensiva en el Este; la operación Bagration había llegado como un temporal sobre el *Heeresgruppe Mitte* — Grupo de Ejércitos Centro —

alemán el 22 de junio, tres años después de que los alemanes hubieran invadido la Unión Soviética. A pesar de toda la potencia de fuego aliada, seguían sin poseer nada parecido a ese tipo de superioridad.

A las 9.30 de la mañana del viernes 23 de junio, Dempsey emitió nuevas órdenes, cediendo a lo inevitable; hacía mal tiempo y no podía luchar contra los elementos.

«Pospuse el ataque del 8 Cuerpo», escribió, «hasta el lunes 26 de junio [454] ». Esto comportaba un retraso de ocho días desde el momento en que Montgomery había planificado originalmente iniciar la batalla por Caen. Pero era un retraso necesario, por mucho de que el tiempo apremiara, por mucho que estuvieran llegando más unidades

panzer alemanas a los alrededores de Caen y por mucho de que cada vez más V-1

cayeran sobre Londres.

Capítulo 22

Epsom

El *Standartenführer* Kurt Meyer era un hombre preocupado la tarde del sábado 24 de junio. Mientras conducía de vuelta al puesto de mando divisional de la 12. SS, miró desde la cresta de Rauray y vio cómo los camiones seguían ardiendo en la carretera Caen-Villers-Bocage e iluminaban el cielo. Habían estado llenos de munición para sus hombres, pero los habían atacado los temidos *Jabos*. Ya en su puesto de mando, recibió un informe actualizado de la situación y sólo vio rostros tensos y preocupados. «Sin decirlo abiertamente», anotó, «sabíamos que se aproximaba la catástrofe [455] ». Su división estaba siendo devorada. Las divisiones *Panzer* estaban diseñadas para el movimiento, pero, en lugar de ello, la habían empleado para defender la línea del frente, en una posición básicamente estática, mientras los aliados volcaban sobre ella fuego aéreo, naval y de artillería. Meyer ya había perdido a algunos de sus mejores hombres y había visto cómo destruían gran parte de su precioso equipo. «Ya estábamos comiéndonos a nosotros mismos», añadió. «Hasta ese momento no habíamos recibido ningún refuerzo para suplir a nuestros muertos y heridos ni tampoco un solo tanque o cañón más [456] ».

En contraste, Stanley Christopherson, el todavía nuevo comandante de los Rangers de Sheerwood, estaba ahora completamente surtido de reemplazos para sus tropas y oficiales. Se sentía feliz de contar con todos aquellos nuevos muchachos, pero le preocupaba que carecían de la experiencia y los conocimientos de los veteranos.

Tendrían que aprender sobre la marcha, si podían.

El regimiento, que estaba convirtiéndose rápidamente en una de las principales unidades de combate del Segundo Ejército, estaba de vuelta en acción el domingo 25 de junio. Al alba, con nubes bajas, niebla y llovizna, empezó la operación Martlet, con dos brigadas de infantería británica del XXX Cuerpo liderando el ataque, apoyadas por doscientos cincuenta cañones de campaña. El grueso del ataque estaba dirigido contra la 12. SS. Martlet y la operación principal, Epsom, que se lanzaría al alba del día siguiente; quizá fueran operaciones separadas para el Segundo Ejército, pero, por lo que concernía a los alemanes, — entre ellos el *Standartenführer* Kurt Meyer — eran lo mismo. Meyer sólo había conseguido arañar unas pocas horas de sueño antes de que lo despertara este nuevo asalto británico y tuviese que ir corriendo a Fontenay, donde los restos de sus granaderos panzer trataban desesperadamente de resistir. El lugar estaba pulverizado hasta el punto que apenas le resultó reconocible. Tampoco podía ver a

mucha distancia debido a la gran cantidad de humo. Los proyectiles seguían estallando en el pueblo y sus alrededores, y Meyer se puso a cubierto en un cráter mientras los tanques y la artillería enemiga destruían uno tras otro sus cañones antitanque. Seguía allí cuando el comandante de tanques de su I. *Bataillon* saltó junto a él y le dijo que estaba preparando un contraataque. Poco después, cuando los primeros tanques británicos, entre ellos los de los Rangers de Sherwood, empezaron a apuntar a los granaderos panzer, los panzer de la 12. SS avanzaron rugiendo entre el humo. Se produjo un enfrentamiento relativamente poco común de carros contra carros.

Blindados de ambos bandos fueron destruidos, lo que llenó el campo de batalla de un humo espeso y oleoso. Entonces el tanque del comandante de la compañía de vanguardia fue alcanzado y giró unos metros a la izquierda. Se abrieron las escotillas y el *Obersturmführer* Ludwig Ruckdeschel consiguió de algún modo salir por ellas y se tambaleó unos pasos hacia Meyer antes de derrumbarse en el suelo. Algunos de sus hombres salieron corriendo a buscarlo y retirarlo a un lugar seguro. Sólo entonces se dio cuenta Meyer de que Ruckdeschel había perdido un brazo.

Poco después, informaron a Meyer de un peligroso hueco en la línea a su izquierda, entre sus tropas y la *PanzerLehr*. Lo tapó de inmediato recurriendo a sus exhaustas tropas de reconocimiento, las únicas de las que podía prescindir; estaba viéndose obligado a comprometer su división trozo a trozo, precisamente de la forma que sabía que era fatal. A pesar de los denodados esfuerzos de sus agotados hombres, Fontenay cayó más tarde ese día. El objetivo británico clave, sin embargo, la cresta de Rauray, seguía en manos alemanas. El plan de Dempsey había sido capturar ese terreno elevado, desde el que se podía supervisar todo el frente de batalla al oeste de Caen, antes de lanzar Epsom, pero no pudo ser. A pesar de ese revés, no cabía duda de que Martlet había desgastado todavía más a la 12. SS y le había infligido unas bajas que, simplemente, la unidad alemana no podía permitirse.*

«Toda la suerte del mundo a Dempsey y a ti», decía el mensaje de Eisenhower ese día a Montgomery. «Por favor, no dudes en realizar cualquier gran petición de apoyo aéreo de todo tipo que te pueda resultar útil. Siempre que se presente una oportunidad justificable, debemos destruir al enemigo con todos los medios a nuestro alcance [457] ».

Epsom empezaría finalmente la mañana siguiente, lunes 26 de junio, al amanecer.

A pesar de toda la potencia de fuego aliada y de la larga cola de tropas de apoyo con la que contaban, seguían siendo la infantería y los blindados, además de unos pocos ingenieros, quienes tenían que avanzar los metros más duros. Eran estos hombres los que tenían que salir de sus estrechas trincheras o lugares donde estaban a cubierto,

levantarse y avanzar. En el momento en que lo hacían, se exponían a un intenso y demoledor fuego de ametralladoras, morteros y artillería. Las ametralladoras y los morteros, en particular, eran comparativamente baratos para el enemigo y, desde luego, golpeaban por encima de su peso en términos del daño que causaban en relación con el coste del arma, así como por la facilidad de hacerlas llegar al campo de batalla y maniobrar con ellas durante el combate. El mortero más básico era esencialmente un tubo portátil con un par de patas y una placa sobre la que estaba el tubo, y podía transportarlo y utilizarlo un hombre sin necesidad de camiones, caballos ni mulas.

Los alemanes tenían también los Nebelwerfer, que eran mucho mayores y tenían distintas formas, pero el más común hacia 1944 era el Nebelwerfer 42, un mortero lanzacohetes de seis tubos que parecía

el tambor rotatorio de un revólver gigante y que necesitaba de algún tipo de transporte para llegar a su posición. Era diabólicamente efectivo, y disparaba los proyectiles de mortero de 21 o 30 centímetros a unos 7850

metros de distancia. Tenía el efecto adicional de que los proyectiles emitían un aullido característico al volar, por lo que los Aliados los llamaban «Moaning Minnies» o

« *meemies*». La combinación de morteros de diverso tipo, ametralladoras e incluso una cantidad limitada de artillería — y a los alemanes todavía les quedaba mucha — podía acabar rápidamente con cualquier avance de la infantería.

En muchos sentidos, no era muy distinto a salir de las trincheras en el frente occidental en la Primera Guerra Mundial y caminar por tierra de nadie. La infantería tenía que confiar en que los blindados que la acompañaban destruyesen objetivos como nidos de ametralladoras y posiciones de morteros antes de ser alcanzados por la variedad de armas antitanque a disposición de los alemanes, y tanto los blindados como la infantería tenían que confiar en que la combinación de artillería, cañones navales y ataques aéreos cumpliera una serie de funciones: destruir las posiciones de artillería enemigas y suprimir su potencia de fuego, y hacer que mantuvieran la cabeza gacha los alemanes que no hubieran sido alcanzados por el bombardeo, que eran la mayoría, porque los pozos de tirador eran muy efectivos contra un bombardeo; por lo general, sólo un impacto directo hería o mataba a su ocupante. Por efectivo que fuera el apoyo de bombardeo, la infantería y los blindados seguían teniendo que hacer un acto de fe y levantarse y caminar o rodar sobre terreno abierto inevitablemente expuestos.

Simplemente, no había otra forma de hacerlo.

Tampoco el número de infantería disponible fue tan grande como parecería sobre el papel. Para Epsom, iba a liderar el ataque el recién llegado VIII Cuerpo. Este cuerpo contenía tres divisiones, aunque sólo una de infantería, la 15.ª Escocesa, que era la que iba a liderar el avance. Esta división, como todas las divisiones de infantería británicas, tenía tres brigadas de unos 3500 hombres cada una, que a su vez tenían en su núcleo

tres batallones de unos 845 hombres cada uno. Cada batallón, como el 6.º de Reales Fronterizos Escoceses (KOSB) de Robert Woollcombe, tenía cuatro compañías de soldados de ciento veinte hombres cada

una, más una compañía de apoyo de morteros y cañones antitanque e ingenieros. Cada compañía de soldados estaba dividida a su vez en tres secciones de treinta y siete hombres y un cuartel general de la compañía.

Woollcombe era comandante de una de las tres secciones de la Compañía A, y ésta, a su vez, estaba dividida en la menor unidad de la infantería británica, el pelotón, que tenía diez hombres y estaba comandado por un suboficial, habitualmente un cabo. Los siete hombres restantes de la sección formaban su cuartel general y entre ellos estaban el comandante y el sargento de la sección, así como un equipo de morteros y un mensajero.

Los comandantes de compañía eran informados en Grupos O por los comandantes de batallón y su equipo, y era, a su vez, su trabajo informar a los comandantes de sección y así hasta el final de la cadena. A los batallones se les daba un objetivo: un pueblo, un río, un bosque o una elevación, por lo general algo que planteaba un reto pero que era factible. A las compañías se les daban también objetivos específicos — la iglesia del pueblo, o la granja a la derecha del pueblo, por ejemplo —. Los mapas eran todos estándar a escala 1:25 000 y divididos en una cuadricula con una pulgada de longitud (2,54 centímetros) por bloque y con todos los bloques numerados lateral y longitudinalmente, de modo que los objetivos pudieran marcarse en lápiz o cera en el mapa con una referencia de seis cifras. Los comandantes y sargentos de sección tenían estos mapas. El cuartel general de la compañía — que se encontraría en movimiento durante el ataque — estaba equipado con una radio con una frecuencia sintonizada con el cuartel general del batallón, que a su vez se comunicaba por radio con el cuartel general de la brigada. No obstante, en ocasiones, establecer contacto en plena batalla resultaba complicado, pues las ondas se saturaban con rapidez.

Al soldado medio se le decía cuál era su objetivo específico, pero lo que sabía del plan general dependía de lo que el comandante de su sección le hubiera contado y, antes que nada, de cuánto le hubieran contado al comandante de su sección. La mayoría de los soldados tenía muy poca idea de cómo era la batalla en general ni de qué estaba pasando más allá de un centenar de metros a la redonda — si llegaban a eso — de su posición. Una vez las secciones estaban en campo abierto, la comunicación con el cuartel general de la compañía dependía de los mensajeros. Cuanto más se acercara la infantería atacante al enemigo, más humo habría. A medida que la batalla avanzaba, era inevitable que tanques, vehículos, cañones y edificios fuesen alcanzados y ardieran, lo que producía todavía más humo, un

humo a menudo espeso y asfixiante, que obstruía la garganta, se metía en los pulmones y hacía muy difícil ver, pero que también se disipaba y desaparecía increíblemente rápido una vez las tropas lo atravesaban. El

humo ocultaba los objetivos, pero los beneficios de esa pantalla eran un arma de doble filo. El combate podía resultar increíblemente confuso.

En general, las compañías se movían en secciones, que a su vez se movían en pelotones, cuyos diez hombres solían caminar separados entre cinco y diez metros unos de otros, con un equipo de ametralladora Bren por pelotón. Un informe escrito tras la campaña de Sicilia afirmaba que rara vez las ametralladoras británicas y alemanas disparaban a la vez, lo que sugiere que los ametralladores disparaban una ráfaga y luego agachaban la cabeza mientras el enemigo devolvía el fuego. Neutralizar el fuego de las ametralladoras y armas ligeras, por lo tanto, ayudaba, pero, si un mortero caía cerca de donde un pelotón estaba avanzando, era posible que la mitad o incluso todo el pelotón acabase muerto o herido. Así de fácil. En un ataque era igual de fácil para la infantería y para los blindados sufrir un número de bajas aterrador muy rápido, y entre esas partes del ejército las bajas fueron proporcionalmente tan altas, y a menudo incluso más altas, de lo que habían sido en el frente occidental entre 1914 y 1918.

Epsom debían lanzarla dos brigadas de la 15.ª División escocesa apoyadas por tanques Churchill de la 31.ª Brigada Blindada. De nuevo, sobre el papel, dos brigadas parecían muchos soldados: seis batallones, 5400 hombres y tres regimientos blindados de cincuenta tanques cada uno. Sin embargo, una brigada atacaba siempre con sólo dos de sus tres batallones — uno permanecía siempre en reserva — de modo que había sólo cuatro batallones atacando, no seis. Para colmo, el 10 por ciento siempre estaban FDB — fuera de la batalla — por si sucedía lo peor y acababan con el batallón. Con esto, siempre quedaría al menos un esqueleto del batallón a partir del cual podría reconstituirse. Los batallones adoptaban la misma política, con tres compañías adelantadas y una en reserva, lo que viene a significar que los elementos de vanguardia de una división de infantería al ataque se reducían, de hecho, a unos dos mil hombres, no 5400, lo que no era mucho de entre una división de quince mil. El mismo principio se aplicaba al regimiento blindado, de modo que, en lugar de tener ciento cincuenta tanques para apoyarlos, contarían más bien con ochenta.

Los batallones y las compañías en reserva podían intervenir

rápidamente en la batalla, claro está, pero los elementos de vanguardia podían verse enseguida reducidos en un 50 por ciento o más, con, generalizando y simplificando, un tercio de ese porcentaje muertos y el resto heridos o apresados. El objetivo era llegar a las posiciones alemanas y desgastarlas antes de que la infantería y las unidades blindadas de vanguardia sufrieran demasiados daños ellas mismas. Los batallones de infantería de vanguardia en una gran batalla planificada solían ser relevados cada veinticuatro horas y reemplazados por brigadas que los sustituían. Por lo tanto, cualquier gran asalto necesitaba profundidad de fuerzas y, preferiblemente, apoyo en los flancos.

Tampoco debería olvidarse que, no importa lo bien entrenadas o dirigidas que estuvieran las unidades de infantería de vanguardia, la mayoría de sus miembros eran reclutas que no tenían el menor deseo de estar allí, y cuyas posibilidades de vivir o ser heridos o matados por un fragmento de metralla voladora dependían, en su mayor parte, del azar. Tanto si los soldados procedían de una democracia occidental como de un estado totalitario y militarista, sus comandantes esperaban mucho de ellos.

Cualquier crítica dirigida a la destreza marcial de cualquiera de los dos bandos debería tenerlo en cuenta y moderarse, así como también es importante comprender el terreno sobre el que luchaban, porque avanzar por los campos abiertos al oeste de Caen, con los alemanes observando literalmente cada uno de sus movimientos, no iba a ser un paseo para las tropas, por muchos cañones, buques de guerra y aviones que los Aliados pusieran para apoyarlas. Marchar hacia el enemigo en una de las compañías de infantería en la vanguardia o en uno de los primeros tanques Churchill era ponerse en una posición de sumo peligro.

Era el lunes 26 de junio, alrededor de las 3 de la mañana. Una lluvia suave pero constante llenaba el aire negro de la noche cuando el 6.º de Reales Fronterizos Escoceses alcanzó el área de reunión en vanguardia justo pasado Secqueville y empezó a cavar hoyos para protegerse del fuego de contrabatería enemigo. El teniente Robert Woollcombe se apiñó con su ordenanza en el hoyo que habían excavado a toda prisa y se protegió de la lluvia con su capa antigás. Dos horas después, los llamaron para que se levantaran. En una granja próxima se había encendido un hornillo de petróleo y se estaba preparando el desayuno para los hombres de la Compañía A. Dentro, los hombres hicieron una piña, sin hablar mucho. Aquél era el día. En unas pocas horas entrarían por fin en combate. Fuera empezaba a haber luz y la lluvia se había detenido por fin, aunque el paisaje a lo

lejos, hacia donde debían avanzar, seguía cubierto de niebla. La maldijeron; la niebla y las nubes bajas eran lo peor para las fuerzas aéreas tácticas. Se distribuyó generosamente pintura de camuflaje verde, se comprobaron y volvieron a comprobar las armas, se llenaron los cargadores y se calaron las bayonetas en los rifles. Cargaron raciones extra — latas de carne en conserva — en los zurrones que llevaban y se metieron un paquete de cigarrillos en el bolsillo del pecho. «Todo el mundo estaba admirablemente calmado», escribió Woollcombe, «pero había tensión en el ambiente[458]». Nadie sabía qué esperar.

Woollcombe observó el minutero de su reloj de pulsera y, cuando éste llegó a las 7.30, setecientos cañones, puntuales, abrieron fuego junto con las baterías de los barcos en la costa. Eran cañones de muy distinto calibre, algunos ocultos en campos justo tras ellos, y el ruido fue ensordecedor, indescriptible. El suelo se agitaba, como si temblara

por la tonante violencia del bombardeo. «Pequeñas erupciones de piel de gallina lo recorrían a uno», anotó Woollcombe. «Uno tenía frío y calor, y mucha emoción. ¡Todo

"aquello" para apoyarnos! Todos y cada uno de los cañones dando el máximo esfuerzo para matar; para ayudarnos[459]». Todo el mundo fumaba; servía de ayuda para no perder los nervios. Woollcombe se preguntó si debería darles a sus hombres algún tipo de discurso heroico de motivación, pero comprendió que las palabras eran totalmente superfluas.

Pronto se pusieron en movimiento, avanzando detrás del 8.º de Reales Escoceses por un camino en bastante mal estado, como si estuvieran de maniobras. No oyeron silbar sobre sus cabezas fuego de contrabatería, pero sus propios cañones se acallaron y Woollcombe sintió un frío intenso en la boca del estómago. Frente a ellos estaba la 12.

SS. Sólo el nombre «SS» bastaba para inspirar miedo. Los canadienses ya les habían dicho que los hombres de la SS no hacían prisioneros. Era como si fueran a entrar en batalla con una raza completamente distinta de hombres, una raza aterradora.

Llegaron a los restos destrozados de Bretteville-l'Orgueilleuse, cruzaron la carretera principal Caen-Bayeux y continuaron hacia Norrey-en-Bessin, cruzándose con Sherman calcinados y transportes de tropas volados por los aires, hasta llegar a la parcela desde la cual debían iniciar el ataque. Desde atrás, los cañones volvieron a

mostrarse atronadores y los proyectiles pasaron sobre sus cabezas y explotaron frente a ellos, en aquella parte de Normandía que ahora estaba sacudida por el caos de la guerra. La niebla seguía envolviendo el paisaje. Ni un solo avión volaba sobre ellos. De repente, pequeñas nubes de humo negro salpicaron el cielo, seguidas por el ruido de las explosiones cuando les llegó el impacto del sonido. Eran proyectiles alemanes que estallaban en el aire, no en el suelo, descargando sobre ellos una lluvia de letal metralla.

El mayor Gilbertson, el comandante de la compañía, les ordenó que se pusieran cuerpo a tierra y luego, cuando el bombardeo terminó, siguieron avanzando y se cruzaron con un grupo de zarrapastrosos prisioneros de las SS — jóvenes sin casco, conmocionados y de aspecto triste, vestidos con sucios sobretodos de camuflaje.

Unos tres kilómetros al oeste, el ataque de la operación Martlet del XXX Cuerpo continuaba en una confusión de niebla, lluvia y humo. Esa misma mañana, el Escuadrón A de los Rangers de Sherwood avanzó por entre las ruinas de Fontenay.

Liderándolos desde el extremo sur estaba su nuevo comandante, el mayor John Semken, que al doblar una esquina se topó de bruces con uno de los pocos Tiger que había ahora en Normandía. Por fortuna, tenía una bala perforadora de blindaje ya cargada y su artillero la disparó al objetivo desde menos de treinta metros de distancia

y luego la siguió con seis cañonazos más en rápida sucesión. Todos los proyectiles rebotaron en el blindaje del carro alemán, pero uno golpeó el aro de la torreta y lo inutilizó; la rápida velocidad de disparo y el estabilizador giroscópico del cañón eran dos de las grandes ventajas del cañón de 75 mm de los Sherman, que carecía, en cambio, de la velocidad de salida de los mejores tanques alemanes. En cualquier caso, la tripulación del Tiger abandonó de inmediato el tanque. «Sucedió que yo iba detrás», anotó Christopherson, «hablando con el cuartel general de la brigada por la radio. De hecho, John acaba de adelantarme, lo cual fue una suerte, pues de lo contrario yo me habría topado con el Tiger y el resultado podría haber sido muy distinto [460] ». Los Rangers de Sherwood continuaron su avance, y el sargento Dring, su as, destruyó otros cuatro tanques mientras se dirigían hacia Rauray, a dos kilómetros y medio de Fontenay.

El *Standartenführer* Meyer, que había estado planeando un gran contraataque, ahora se vio ante el segundo ataque de Epsom. Se apresuró a dar nuevas órdenes, canceló su operación y le dijo al *Obersturmbannführer* Max Wünsche, el comandante del *SS*-

Panzergrenadier-Regiment 26, que no cediera Rauray, hacia la que se dirigían los Rangers de Sherwood y la infantería, bajo ningún concepto. Desde su puesto de mando en Verson, oía a su propia artillería disparar con furia. La situación era desesperada. Por un teléfono de campaña, uno de los comandantes de Meyer estaba diciendo que sus cañones antitanque habían sido destruidos y que sus hombres estaban siendo arrollados por tanques e infantería en Cheux, cuando la línea quedó interrumpida al cortarse el cable. Su jefe de Estado Mayor suplicó ayuda al I. *SS-Panzerkorps*. Las posiciones tenían que defenderse hasta la última bala, ésa fue la respuesta; debían combatir para ganar tiempo, el II. *SS-Panzerkorps* estaba en camino y llegaría pronto. «Como tantas otras veces en el pasado», comentó Meyer con amargura, «el mando y el control se ejercía desde una perspectiva táctica sin consideraciones estratégicas [461] ».

Mientras tanto, el 6.º KOSB avanzaba ahora a través de los campos hacia Saint-Manvieu, con la Compañía C en la izquierda, la B un poco hacia atrás en la derecha y la Compañía A en el centro. La Sección 7 del teniente Robert Woollcombe estaba en vanguardia y él, con el pelotón que iba en cabeza, con su mensajero al lado, a la derecha de la compañía, mientras vadeaban a través de campos de cereales altos y espesos. El pelotón del sargento Duke estaba a unos cien metros a la izquierda, con el cabo Macbeth tras ellos y, detrás, iban el pelotón del cabo Tam McEwan y el resto del cuartel general de la sección. Unos pocos cientos de metros por delante se encontraba el mayor Gilbertson con la radio de la compañía, los radioperadores y la Sección 9. Estaban bien posicionados y cubrían mucho terreno. Los cañones habían dejado de disparar durante

unos instantes y se oían estallidos y ráfagas ocasionales de armas ligeras en algún lugar por delante. La Sección 8 tomó una posición aislada de hombres de las SS, quienes, todavía conmocionados por el bombardeo, se rindieron. Al llegar a un seto, el Pelotón 7

se detuvo. En el campo tras ellos había varios objetos pálidos ¿Caras humanas?

¿Alemanes? Dispararon unas pocas ráfagas con la Bren y comprendieron que eran muertos de su propio bando. Woollcombe se sintió enfermo. Siguieron avanzando y alcanzaron su primer objetivo, el cauce seco del Mue. Por delante, los Reales Escoceses estaban presionando hacia la aldea de La Gaule con tanques Churchill, mientras que los Reales Fusileros Escoceses se habían separado a su izquierda y habían alcanzado las afueras de Saint-Manvieu. En el siguiente campo, los hombres de Woollcombe encontraron varios

alemanes muertos, a los que todos se detuvieron a mirar con una combinación de curiosidad y horror. Uno de ellos era rubio y atractivo. Woollcombe nunca había visto un cadáver de cerca antes.

«Mirad esto», dijo uno de sus hombres, después de haber registrado las posesiones del hombre, «¡sólo tiene diecisiete años!» [462] .

Se detuvieron de nuevo y Gilbertson ordenó a Woollcombe que tomara a ocho hombres y patrullara por delante en busca de francotiradores. Caminando entre el maíz, bien separados unos de otros, siguieron a lo largo de un seto hasta que estuvieron varios cientos de metros por delante del resto de la compañía. De repente, el soldado Black disparó una ráfaga corta con su Bren. Woollcombe se quedó congelado mientras un hombre de las SS emergía de entre el maíz y cargaba contra él para caer a sus pies antes de alcanzarlo. Le habían dado en el hombro, que sangraba con profusión.

«¡No disparen! ¡No disparen!», imploró el hombre. «¡Tengan piedad de mí! ¡No disparen!» [463] . Lo desarmaron rápidamente. A Woollcombe le pareció un experimento extraño estar mirando a ese hombre que se aferraba las piernas y suplicaba por su vida.

«Uno no lo culpaba de estar aterrorizado», escribió. «Sin embargo… uno tampoco sentía compasión». Parecía desaliñado y sin afeitar, con cabello rubio mugriento y ojos azul pálido. Tenía veinte años.

«Bien hecho, muchacho», dijo Gilbertson paternalmente cuando Woollcombe regresó con su prisionero herido. «Aquello era la apoteosis del halago», anotó Woollcombe. «Se llevaron al prisionero [464] ».

Tres nuevas divisiones *Panzer* SS estaban ahora convergiendo hacia el frente de la batalla de Caen: la 2. SS, la 9. SS y la 1. SS, aunque el general Geyr von Schweppenburg

no había planeado utilizarlas de este modo, sino en un contraataque panzer en masa, que era la única manera concebible de devolver al mar a los Aliados. Eso, sin embargo, sólo podía suceder si las divisiones panzer que ya estaban en el frente y en acción eran relevadas por la infantería y retiradas para reorganizarse y unirse al contraataque coordinado con las recién llegadas. El conocimiento de estas intenciones era lo que hizo a Montgomery seguir adelante con Epsom a pesar del retraso en la llegada de hombres y material en relación con el plan original. Idealmente, habría pospuesto Epsom un poco más, pero ya no era posible.

De hecho, el 26 de junio empezó a producirse el planeado relevo de la *PanzerLehr* por la recién llegada 276. *Infanterie-Division*. El batallón panzer del *Hauptmann* Helmut Ritgen, sin embargo, permaneció en el frente por el momento, subordinado a un regimiento de infantería de la 276. *División* que no tenía experiencia de combate. Dos de sus compañías estaban desplegadas a lo largo de todo el frente de la división realizando labores antitanque, en su mayoría estáticas. A Ritgen esta situación le gustaba tan poco como a Kurt Meyer; iba contra todos los principios de la guerra móvil panzer que aquellos hombres, más que nadie, consideraban el modo en que los blindados tenían que ser utilizados. Sin embargo, la potencia de fuego aliada era tan enorme, capaz de responder a casi cualquier sonido individual con una réplica de aullidos de proyectiles y morteros, que no tenían más remedio que quedarse quietos, sin atreverse apenas a respirar, y mucho menos a encender los motores. Como había descubierto Hans Siegel, estar sentado en el pequeño y profundamente incómodo interior de un tanque durante muchas horas, era verdaderamente agotador. Ahora les tocaba comprobarlo a Ritgen y sus hombres.

Hasta entonces, la mañana había ido razonablemente bien para los británicos, a pesar de la falta de apoyo aéreo y del horrible tiempo. Inevitablemente, no todas las tropas del ataque habían logrado mantener el ritmo del bombardeo móvil y algunos de los tanques de apoyo se habían visto atrapados en los campos de minas enemigos.

También hubo errores en la lectura de mapas y cierta confusión causada por el humo, la lluvia y los muy desconcertantes efectos de avanzar hacia lo que parecía un muro de fuego. Las comunicaciones entre la infantería y los tanques también seguían causando problemas y Stanley Christopherson no era el único a quien esto le parecía frustrante.

Los Cocodrilos lanzallamas, esa recentísima arma de guerra, debilitaban también poderosamente la moral del enemigo, como es lógico. Verse envuelto en llamas de petróleo y goma que salían a chorro a presión desde un pesado tanque no era una buena forma de morir.

La acción no fue, ni mucho menos, totalmente desequilibrada. Los morteros, Nebelwerfer y la artillería alemanes, junto con ametralladoras bien camufladas, continuaron cobrándose un alto precio, aunque, a pesar de todo, los aliados consiguieron despejar primero Saint-Manvieu y luego Cheux. Sin embargo, el avance no fue lo bastante rápido como para mantener el plan previsto y hacerse con el terreno elevado al sur del río Odón en el momento previsto. A

media mañana, el general Dick O'Connor ya estaba preguntándose qué hacer para mantener el impulso del ataque. En 1940, cuando había comandado a la Fuerza del Desierto Occidental en Egipto, su pequeño ejército de sólo 36 000 hombres había derrotado a ejércitos italianos de 160 000

y lo había conseguido sirviéndose de la rapidez de maniobra, la flexibilidad táctica y su talento. O'Connor no era un comandante falto de creatividad. En reserva esperaba la 11.ª División Acorazada, que estaba diseñada, adiestrada y preparada para operaciones rápidas de irrupción por la brecha una vez la infantería y los blindados la abrieran en las líneas alemanas. O'Connor, en cambio, decidió ahora enviar a la división al combate

— o, en cualquier caso, un batallón acorazado de la división — para que aportara el ímpetu y el impulso necesarios para que Epsom alcanzara su objetivo antes de que los alemanes se reorganizaran.

El mayor general «Pip» Roberts, quien, a sus treinta y siete años, era el general más joven del Ejército británico y comandaba la 11.ª Acorazada, era muy escéptico sobre este uso tan prematuro de su división; aunque el enemigo había sido obligado a retroceder, Cheux se había convertido en un cuello de botella, con el paso bloqueado por escombros y restos de la batalla, y las carreteras que bajaban hasta el río eran muy estrechas y serpenteantes y estaban también llenas de restos del combate que impedían el paso. Moverse rápidamente y con la contundencia necesaria iba a resultar casi imposible. Aun así, O'Connor consideró que necesitaba más blindados en el frente, así que envió hacia allí al 2.º de Voluntarios de Northamptonshire, el batallón de reconocimiento de la 11.ª Acorazada, que empezó a avanzar a las 12.50 de la tarde.

El cabo Reg Spittles se había despertado de sopetón esa mañana con el bombardeo inicial, con cañones disparando justo a su lado; sus tanques estaban adyacentes a una batería de cañones de 25 libras. Su tripulación y él subieron enseguida a su Cromwell y cerraron velozmente las escotillas para ahogar el ruido. La tarea de su regimiento ese día era avanzar con rapidez hacia el río Odón y ocupar los tres puentes, con una tropa en cada uno, y luego informar de la situación por radio. Sonaba todo muy sencillo y era el tipo de misión que habían practicado incontables veces. En Inglaterra, sin embargo, los pueblos y ciudades por los que pasaban estaban siempre intactos, mientras que en Normandía ya habían sido reducidos a escombros y atravesarlos, a pesar de la gran velocidad del Cromwell, no era tarea fácil. Les llevó una hora y media cruzar Cheux y, mientras lo hacían,

el segundo al mando del Escuadrón A, el capitán Wywell Raynsford

y su OAA — oficial observador avanzado de artillería, que estaba adjunto a ellos —

fueron abatidos por disparos de francotiradores. En un momento dado se detuvieron y las tropas alemanas se abalanzaron sobre los tanques, arrojando granadas. Desde la torreta, Spittles lanzó granadas de fósforo y, utilizando su humo como cobertura, pudo salir de la torreta y barrer la zona que los rodeaba con su Sten. «Era una cuestión de supervivencia», dijo. «¡Yo era demasiado joven como para morir!» [465] .

Siguieron avanzando a través de Cheux, luego por la aldea de Le Bosq y, aprovechando la velocidad del Cromwell, aceleraron y se desplegaron en formación de batalla. La Tropa 4 se adelantó y alcanzó la orilla del Odón, mientras que la Tropa 1 se quedó bloqueada por una zanja. La Tropa 2 de Spittles estaba en la reserva, así que se contuvo un poco mientras las Tropa 3 continuaba por un campo de maíz. En un momento, la Tropa 3 estaba acelerando hacia una cresta de árboles y arbustos y, al siguiente, dos de sus tanques se habían detenido y estaban cocinándose. Spittles se quedó conmocionado; nunca había visto un tanque arder antes. «Sólo pensé, ¡maldita sea!», anotó. Pero entonces el mayor Bobby Peel, el comandante del escuadrón, se acercó a la radio y dijo. «Ya lo habéis visto. ¡Id ahí arriba ahora mismo!» [466]

«Eh, Baker», dijo el comandante de la tropa, el teniente Hobson, a Spittles, «ya lo has oído. Ponte a la cabeza, y en marcha».

Con no pocos nervios, avanzaron según lo ordenado. Spittles utilizó el humo de los Cromwell en llamas como cobertura y luego, como le había apremiado a hacer el teniente Hobson, se lanzó hacia arriba y llegó a la cima de la cresta. De repente, el valle de Odón se desplegó ante él, y vio a varios Panzer IV e incluso a un par de Panther moviéndose de una posición a otra. Informó de inmediato a Hobson, y el mensaje se le transmitió al mayor Peel, quien al instante repuso: «¡Pues dispare a esos malditos cacharros!».

Spittles lo hizo, dirigiendo el fuego hacia el enemigo, y pronto se le unió el resto de la tropa, mientras la Tropa 4 atacaba varios cañones y posiciones de mortero río abajo.

Spittles informó de que había destruido un Panzer IV y un semioruga, ametrallando también ocupantes, y luego, según parecía, el enemigo

se había retirado. A alrededor de las 5 de la tarde les ordenaron regresar a su posición de salida, así que dieron media vuelta y descendieron de la cresta, con la torreta girada, el cañón apuntando hacia atrás y recogiendo de bajada a varios tripulantes heridos de los tanques que se habían incendiado. Ahora llovía intensamente, en fuertes ráfagas. «La falta de los Typhoon y sus cohetes», escribió el diarista del batallón, «y la ausencia de apoyo de artillería, debido a la muerte de un OAA, así como las deficientes comunicaciones por radio entre el otro OAA y los regimientos de artillería han tenido un efecto perjudicial sobre toda la

operación [467] ». Quizá fuera así, pero, como había descubierto Spittles, había una gran diferencia entre las maniobras y el combate real. Era inevitable que las cosas salieran mal, que personas muriesen o resultaran heridas. El combate en la línea del frente era brutal, difícil y confuso.

Aunque los Cromwell habían llegado al Odón, el avance británico en general estaba en esos momentos, entrado el 26 de junio, todavía a tres kilómetros del río. El 6.º de KOSB avanzó hacia las ruinas de lo que había sido Saint-Manvieu, donde encontraron a veintiocho hombres de los Fusileros Escoceses, todo lo que quedaba de la compañía que había cruzado la línea de salida de la operación antes esa misma mañana; entre las bajas se contaban el comandante de la compañía, que había muerto. Corrían rumores de que la resistencia enemiga se estaba intensificando y de que los alemanes iban a lanzar un contraataque. La Compañía C avanzó rápidamente hacia el centro del pueblo, mientras que la Compañía A se retiró a un bosquecillo que había al oeste. Poco después volvió a moverse, en esta ocasión a una granja cerca de la esquina del patio de la iglesia de Saint-Manvieu. Tanto la iglesia como la granja habían sufrido graves daños. «El patio era un barullo de escombros y deshechos», escribió Woollcombe, «y junto a la entrada había una gran jaula de hierro. Dentro, dos sabuesos negros estaban planos en el suelo, muertos, con las bocas llenas de gusanos y moscas; alguien había dejado a las desdichadas bestias, otrora guardianes salvajes de su mundo, encerradas, y se había olvidado de ellas. Subrayaban la desolación e invocaban a la vez repugnancia y piedad [468] ».

Permanecieron alerta, esperando nerviosos un ataque. Todavía volaban sobre ellos proyectiles en ambas direcciones y luego el enemigo empezó a bombardear con fuerza el cruce de carreteras que había a unos cien metros por delante de ellos. El cuartel general de la Sección 7 de Woollcombe estaba ahora en el lado norte del muro de la iglesia, donde de nuevo empezaron a cavar con frenesí angostas

trincheras.

Woollcombe no tenía la menor idea de qué estaba pasando. Seguía lloviendo con fuerza. A cierta distancia, tres fusileros muertos estaban apoyados contra el muro, como si estuvieran sentados, su piel pálida a la luz del ocaso. Su presencia, el pensar en los perros muertos y llenos de bichos, el continuo martilleo de los proyectiles y la lluvia se combinaron y le hicieron sentir más deprimido de lo que nunca había estado. «Parecía que no quedara ni cordura ni esperanza en ningún lugar, sino sólo este espantoso mundo desconocido e incomprensible», escribió, «en el que la vida resultaba preciosa entre todo lo podrido, y donde todo era soledad y lluvia. Esto era la guerra. Era sangrienta [469] ». Para colmo de males, el teniente Seyton de la Compañía C murió poco después mientras hacía la ronda, de un disparo en la cabeza hecho por un francotirador.

El prometido contraataque sucedió finalmente un poco después, principalmente contra la Compañía C. Mientras tanto, la Compañía A se quedó quieta mientras la artillería británica respondía con furia. Al final, los combates fueron extinguiéndose y los hombres de las SS se retiraron. Alrededor de medianoche, hombres de la 43.ª

División Wessex, entre ellos el 4.º de Dorset, llegaron para relevarlos. El 6.º KOSB se retiró, marchando a través de la lluvia a la relativa seguridad de unos tres kilómetros tras el frente. El sargento Walter Caines, de los de Dorset, había pasado gran parte de la tarde preparándose para avanzar hacia la línea enemiga. «Hubo que organizar el transporte», escribió, «comprobar el equipo de radio, asignar las baterías y organizar un montón de cosas, pues nadie sabía exactamente qué esperar[470]». Y todo esto se hizo mientras la lluvia seguía cayendo incesante.

El día también había sido un baño de realidad para el *Obersturmführer* Hans Siegel y su 8. *Panzerkompanie*, que había estado apoyando a los granaderos panzer en la batalla en torno a Fontenay y Rauray; había perdido varios de sus tanques en el proceso.

Apenas entrada la noche, Siegel estaba repostando y rearmando rápidamente sus cuatro Panzer IV en un depósito justo al noreste de Rauray cuando fue a verlo el *Obersturmbannführer* Max Wünsche, el comandante del regimiento, quien le dijo que cerrase una brecha muy reciente al sureste de Cheux y Le Bosq. La 12. SS estaba a caballo tanto de Marlet como de Epsom, en un ejercicio de contorsionismo obligado para hacer frente a ambas operaciones y que provocaba que enviara sus fuerzas móviles a toda velocidad de una parte del campo de batalla a otra, tratando con desesperación de combatir y tapar rápidamente los huecos que se abrían en el frente. Siegel tenía sólo cuatro Panzer IV disponibles y tendrían que bastarle. Informó con celeridad a las tripulaciones de los blindados y pronto regresaron a sus tanques, y el rugido de los motores y el ruido de las escotillas cerrándose en los panzer al empezar a moverse no les dejó oír como Wünsche les deseaba que todo fuera bien. Todos habían estado en acción prácticamente cada día desde el 7 de junio y no habían descansado ni un instante en las últimas veinticuatro horas. Estaban completamente exhaustos.

Avanzaron por campos abiertos sin ningún tipo de cobertura, en una formación escalonada, con el tanque de Siegel a la cabeza. Tras apenas unos pocos cientos de metros, avistaron unos blindados británicos y abrieron fuego sin detenerse, alcanzando y destruyendo tres

transportes, todos ellos cargados de munición, que explotaron con una fuerza descomunal. Al llegar a un pequeño bosque en el terreno bajo que descendía hacia el Odón, siguieron avanzando y descubrieron junto al río un terraplén de la altura de un hombre a la izquierda de la carretera que iba al sur de Cheux a Grainville-sur-Odon. Por delante de ellos, al norte, Siegel podía divisar los destrozados gabletes de

Cheux, quizá a un kilómetro y medio de distancia. Era una posición perfecta. Dispuso separados a los cuatro Panzer IV en el terraplén, de modo que sólo las torreras y las ametralladoras asomaran por encima de la elevación y el resto del cuerpo de los tanques quedara oculto; no se le ocurría cómo aquella posición oculta podría haber sido mejor.

Siegel saltó de su tanque y ordenó a un par de sus hombres que exploraran hacia la derecha, mientras él y su artillero hacían un reconocimiento rápido a la izquierda. No vieron a nadie, sólo un *Kübelwagen* abandonado y, más adelante, a la derecha de la carretera, cañones alemanes abandonados con vainas de proyectiles vacías desperdigadas a su alrededor. El silencio era inquietante, pero entonces Siegel divisó un búnker de tierra y, pistola en mano y con su artillero cubriéndole, se acercó a la entrada.

Para su alivio, encontró a varios de los artilleros allí, que era dónde se habían refugiado después de que se les acabara la munición.

De vuelta en los tanques, los demás exploradores le informado de que había granaderos a unos quinientos metros al oeste, pero que no había hombres suficientes para cerrar la brecha. Eso quería decir que eran los cuatro tanques de Siegel los que tendrían que hacerlo. Estaban bien ubicados: con el cuerpo del tanque oculto, cubriendo la carretera hacia el sur y con excelentes campos de tiro. Cuando anocheció, utilizaron uno de los tanques para retirar los cañones abandonados, junto con los artilleros, que ahora se unieron a los panzer semiocultos. «Todo esto se hizo», apuntó Siegel, «bajo una intensa lluvia y en la más cerrada oscuridad[471]». Siegel tomó ahora el *Kübelwagen* y aceleró hacia Grainville, donde Wünsche tenía su puesto de mando en una granja cuyo interior estaba iluminado sólo por temblorosas velas. Habían puesto armarios contra las ventanas para protegerse de la metralla. Le ofrecieron a Siegel una taza de café caliente que le supo a gloria. Se acercaba la medianoche.

Poco después, salió de vuelta hacia sus cuatro Panzer IV con suministros frescos de raciones y munición para los cañones. Consiguió llegar a ellos sin percances y descubrió que el comandante de la artillería, el *Sturmbannführer* Schöps, ya estaba allí. Siegel estaba

hablando con él cuando, de repente, un británico gritó: «¡Manos arriba!», y varias figuras emergieron de los árboles y arbustos. Claramente, una patrulla británica se había acercado a ellos sin que la detectaran y los había cogido completamente por sorpresa. Pero estaba oscuro, llovía y los tanquistas y artilleros alemanes se lanzaron tras el Panzer IV del comandante para cubrirse mientras los *tommys* abrían fuego. Sólo Siegel tuvo la presencia de ánimo de cargar contra el británico más cercano, agarrándole el cuello con la mano izquierda y apartando el cañón de su subfusil con la derecha.

Mientras ambos rodaban por el suelo, el británico vació su cargador entero, pero las balas atravesaron los pantalones de cuero de Siegel sin ni siquiera rozarlo.

Con la mano de Siegel todavía aferrada a la garganta del *tommy*, el hombre jadeó y dijo «¡Socorro! ¡Socorro!». Otra figura — un segundo soldado británico — apareció ahora y disparó, pero dio por error a su compañero, no a Siegel [472] .

—¡Oh! ¡Me han dado! —gimió el hombre en el suelo.

Siegel desenfundó su pistola y disparó a la otra figura, que desapareció. Se puso en pie, el *tommy* en el suelo estaba ya muerto.

De repente hubo un silencio absoluto sólo roto por la lluvia que golpeaba las hojas de los árboles por encima de ellos. Siegel sentía cómo la sangre le latía en las sienes y se tambaleó de vuelta a su panzer, sólo para descubrir a Schöps agachado, aferrándose las rodillas y jadeando. Siegel corrió hacia él e intentó levantarlo, pero el *Sturmbannführer* simplemente resbaló en su propia sangre. Siegel lo arrastró hasta ponerlo a cubierto tras su panzer y miró a su alrededor, preguntándose dónde estaban el resto de sus hombres de los otros tres panzer, ¿quizá no habían oído la escaramuza? Corriendo al más cercano, a unos 70 metros de distancia, Siegel cambió el cargador de su pistola mientras corría. Al acercarse, se detuvo de nuevo, paralizado al ver la silueta de otros dos *tommys* en pie sobre el panzer mientras tiraban de la escotilla de la torreta, que obviamente los hombres del interior trataban de mantener cerrada. Uno de los británicos le dijo al otro

«¡Granada!».

Saliendo de su estupor, Siegel se acercó sigilosamente, con el sonido de sus pisadas cubierto por los británicos del tanque y por el ruido de la lluvia. Lentamente, levantó el brazo, como había practicado en el

campo de tiro, y apretó el gatillo dos veces, un disparo para cada hombre. Cayeron justo cuando el guardia que Siegel había apostado, finalmente despierto por los disparos de la pistola, abrió fuego con su metralleta hacia la torreta del tanque. «La patrulla de reconocimiento enemiga había sorprendido a la tripulación dentro del tanque», escribió Siegel. «¡No era sorprendente: la lluvia… el agotamiento… era medianoche!»[473]. Ciertamente, no tenía intención de reprenderlos por ello.

Siegel apenas se estaba recuperando de los vertiginosos últimos minutos cuando oyó que el motor de su propio panzer se encendía y, horrorizado, vio cómo se retiraba al prado que había detrás sólo para apagar de nuevo el motor allí. Echó a correr tras él, pistola en mano, preguntándose si algún otro *tommy* lo habría capturado. Al acercarse, se agachó y luego reptó por el empapado suelo hasta la escotilla de salida posterior y la golpeó con la empuñadura de su pistola. Al principio no hubo ningún ruido, entonces dio el santo y seña y, con alivio, oyó la réplica correcta. Resultó que el resto de su tripulación, al ver que había problemas y sin saber dónde estaba el jefe, habían decidido

que tenían que salir de la zona de peligro. Tampoco había ni rastro del artillero, pero al final apareció media hora después; había sido capturado durante la primera escaramuza, pero en la oscuridad y al amparo de la lluvia había conseguido escapar. No obstante, el *Sturmbannführer* Schöps había muerto desangrado, y varios de sus hombres estaban heridos.

Vaya noche habían tenido Siegel y sus cuatro panzer. El resultado podría haber sido muy distinto. Siegel había tenido suerte — mucha suerte — de salir indemne y con sus tanques intactos. Si la patrulla británica hubiera tenido éxito, habrían reabierto la brecha en la línea que había aparecido anteriormente y que Siegel había conseguido cerrar.

Pero el caso es que el comandante panzer estaba vivo y coleando, y sus cuatro tanques estarían dispuestos y esperando cuando llegase el alba la mañana siguiente, el segundo día de la batalla Epsom.

Capítulo 23

Cherburgo y el corredor francés

Desde el Día D, el 70.º Batallón de Tanques estaba adjunto a la 4.ª División estadounidense y había avanzado en dirección norte, hacia la

península de Cotentin, acompañando en todo momento a la infantería. En muchos sentidos, los batallones de tanques como el 70.º operaban de forma muy parecida a los Rangers de Sherwood y a los regimientos blindados británicos de las brigadas independientes. El problema era que el comandante del regimiento de infantería — o brigadier, en el caso británico —

siempre superaba en rango al teniente coronel del batallón o regimiento de tanques. Eso conllevaba que las unidades blindadas estuvieran sometidas en todo momento a las necesidades de la infantería. «Envíe oficial de enlace al 22.º de Infantería de inmediato para planificar el uso de los tanques durante su ataque hoy [474] », decían las órdenes que recibió el teniente coronel John Welborn, el comandante del 70.º, el 26 de junio.

«Informe del número de tanques disponibles para el 22.º de Infantería y del número de tanques que recomienda utilizar». No había diálogo ni debate. Welborn tenía que obedecer las órdenes.

En su mayor parte, la cadena de mando funcionaba bastante bien y a los tanquistas no les importaba ser el segundo violín, pero los tanques Sherman eran más efectivos cuando trabajaban codo con codo con la infantería, en lugar ser empleados meramente como exploradores y para aportar potencia de fuego. El sargento Carl Rambo, por ejemplo, descubrió que en ocasiones simplemente se veía obligado a desobedecer las órdenes de los oficiales de infantería. Varias veces, la infantería le había ordenado avanzar por una carretera para atraer fuego enemigo. «Claro, eso no lo hacías nunca», dijo, «a menos que estuvieras en campo abierto. Algunos lo hicieron, pero no vivieron para contarlo. Tienes que ver lo que hay por delante, o que la infantería detecte los cañones, o los tanques, que pueda haber a la vuelta de la esquina [475] ».

Por lo general, el comandante de los tanques y el oficial de infantería aprendían rápidamente como operar mejor juntos, pero las bajas entre oficiales y suboficiales de mayor graduación eran tan altas que no era extraño que, tan pronto se establecía una relación, uno de los oficiales muriera o fuese herido, y el proceso tuviera que empezar de nuevo, porque una de las principales carencias de la preparación de los Aliados era que no se habían hecho maniobras combinados de todas las armas. En general, la infantería, los blindados y la artillería tendían a entrenar por separado y luego aprendían a cooperar sobre la marcha. Era una paradoja que las tropas aliadas

estuvieran tan perfecta y exhaustivamente preparadas en muchos

aspectos — mucho más que sus homologas alemanas — y, sin embargo, no se hubieran preparado lo más mínimo en otros.

Durante la batalla de Cherburgo, el propio Sherman de Rambo y cuatro tanques más estaban desplegados en abanico en apoyo de un ataque de infantería contra un nido de ametralladoras. Los cinco tanques tenían una gran potencia de fuego — proyectiles explosivos de alta potencia para su cañón principal de 75 mm, además de la ametralladora —, pero eso no impidió que su propio tanque fuera alcanzado por una MG enemiga, cuyas balas golpearon su torreta como si fueran granizo sobre un tejado de latón. Siendo ya un veterano de dos anteriores campañas, en el norte de África y en Sicilia, Rambo había experimentado suficiente acción como para darse cuenta de que aquello no tenía ningún sentido. Simplemente no había forma de que una MG alemana estuviera devolviendo el fuego después del bombardeo que habían lanzado sobre ella.

«Esa ametralladora tiene que estar en un tanque», dijo por radio a los otros cuatro comandantes de los Sherman. «Nos está intentando atraer. Id con cuidado y no os mováis [476] ».

Instantes después, un soldado de infantería se acercó corriendo para informarle de que un panzer alemán se acercaba desde atrás, así que su corazonada había dado en el clavo. Tras decirle a los demás que mantuvieran la posición, Rambo maniobró su propio tanque y lo llevo bajo unos árboles desde donde podía ver un poco más lejos y, efectivamente, justo a la vuelta de la esquina divisó un panzer. Por fortuna, un cañón antitanque de 57 mm estaba en posición y logró destruirlo, de modo que la infantería y los Sherman siguieron avanzando. Rambo y sus compañeros tanquistas de la Compañía B se contaron entre los primeros en llegar a Cherburgo, aunque, incluso al llegar al terreno elevado que dominaba el puerto y empezar a abrirse camino por las afueras, estar dentro de un Sherman seguía siendo una situación muy peligrosa. En cualquier edificio podía haber una ametralladora, o tropas enemigas con Panzerfaust.

Sin embargo, hacia el domingo 25 de junio, tres divisiones estadounidenses rodeaban Cherburgo, que ahora defendían los restos de la 709. *División* alemana, una unidad estática de infantería de baja calidad, así como grupos dispersos de otras divisiones. El *Generalleutnant* Karl-Wilhelm von Schlieben tuvo la mala suerte de ser el comandante de la 709 en esos momentos. Tenía considerable experiencia como comandante panzer, primero en Francia en 1940 y luego en el frente oriental, donde incluso había dirigido una división panzer en la batalla de Kursk. Para él, la 709.

División había sido una especie de degradación. Entonces, el 23 de junio, lo habían nombrado comandante de Cherburgo, un cáliz envenenado de libro, y le ordenaron que combatiera hasta el último hombre. «El fuego concentrado enemigo y los bombardeos

han dividido el frente», comunicó a finales del sábado 24 de junio. «Numerosas baterías han sido destruidas o se han averiado. La capacidad de combate se ha reducido considerablemente. Las tropas están abarrotadas en una pequeña zona y difícilmente resistirán el ataque del día 25 [477] ». La situación era desesperada.

El 25 de junio, la Marina de Estados Unidos trajo tres acorazados, cuatro cruceros y varios destructores para contribuir a que la guarnición de Cherburgo hincase la rodilla, mientras que las tres divisiones estadounidenses llegaban a las afueras de la ciudad y empezaban a avanzar metro a metro, despejando calle tras calle y posición defensiva tras posición defensiva. Más tarde ese día, el general Von Schlieben volvió a dirigir sus palabras al *Heeresgruppe B*, y señaló que proseguir el combate, con la pérdida de vidas que conllevaría, no cambiaría el resultado. Cherburgo estaba perdida. «Continuará usted luchando hasta el último cartucho», le dijo Rommel, «como ha ordenado el *Führer* [478] ».

Al día siguiente, lunes 26 de junio, se apretó todavía más el nudo en el cuello de Cherburgo. Ernie Pyle estaba adjunto en la 9.ª División, una de las pocas unidades veteranas del Primer Ejército. Habían estado en Túnez, luego en Sicilia y, por lo que Pyle había visto a lo largo de la semana pasada, no habían perdido ni pizca de su capacidad de combate, como habían demostrado muy claramente en la rápida operación de aislamiento del Cotentin y, después, en su avance hacia el norte por dicha península. Pyle consideraba que habían funcionado como una máquina bien engrasada, aferrándose con tenacidad al cuello del enemigo e impidiéndole recuperar el equilibrio una vez se tambaleaba. Ahora, el 26 de junio, junto con el periodista de *Time* Charles Wertenbaker y Robert Capa, fotógrafo para *Time y Life*, condujo hasta el puesto de mando del 47.º Regimiento de Infantería, en el terreno elevado que dominaba el lado occidental de la ciudad y el puerto. Cierto número de prisioneros estaban siendo conducidos hasta allí, muchos de ellos rusos que combatían para la *Wehrmacht*. Abajo había algunos grandes incendios en la ciudad, desde los que altas columnas de un humo espeso y negrísimo se alzaban al cielo. En el mar, los grandes cañones navales martilleaban las posiciones defensivas enemigas, entre ellas los viejos fuertes y los búnkeres más nuevos, todos ellos parte de la Muralla del Atlántico. Atronaban los cañones, silbaban los proyectiles, resonaban los disparos y

repiqueteaban las ráfagas de las ametralladoras. «Todo aquello», escribió Pyle, «me ponía tenso y nervioso. Los combatientes alemanes más cercanos estaban a apenas doscientos metros[479]».

Mientras estaban todavía en el puesto de mando, llegó el teniente Orion Shockley, el oficial ejecutivo de la Compañía B del 47.º de Infantería. Iba cubierto por una gabardina y, a pesar del cielo encapotado, llevaba, de forma un tanto incongruente, gafas de sol.

«Nuestra compañía empezará a avanzar en unos minutos por esta calle para despejar una posición defensiva», dijo. «Probablemente haya francotiradores en alguna de las casas por el camino. ¿Queréis venir con nosotros?»[480].

Pyle, desde luego, no quería, pero se oyó a sí mismo decir «Claro». Capa y Wertenbaker también accedieron a ir. Así que partieron, caminando a la cabeza de la compañía con Shockley. Pyle se agachó por instinto cuando unos proyectiles silbaron sobre sus cabezas. La mayoría de los hombres lucían barbas de dos semanas y los uniformes sucios y rotos. Todos parecían exhaustos, como si hubieran envejecido desde que habían desembarcado en Normandía.

«¿Por qué no le decís a la gente en casa cómo es esto?», preguntó uno de los hombres a Pyle. «No saben que por cada cien metros que avanzamos alguien muere[481]». Pyle le explicó que lo intentaba constantemente, pero no insistió; lo comprendía muy bien: aquel hombre estaba agotado y había visto morir a demasiados de sus amigos. No era sorprendente que estuviera tan amargado. Se detuvieron junto a una pequeña granja en los límites de la ciudad y, con mapas, Shockley les explicó cómo iban a atacar una serie de búnkeres de cemento y nidos de ametralladoras que había al final de una calle cercana. Detrás había una colina y campos de cultivo.

«Una sección de rifles va primero», les dijo. «Justo tras ellos irá una parte de la sección de armas pesadas, con ametralladoras para cubrir a la primera sección. Luego irá otra sección de rifles. Luego un pelotón pequeño con morteros, por si se encuentran con algo pesado. Luego otra sección de rifles. Y, cerrando la retaguardia, el resto de la unidad de armas pesadas para protegernos desde atrás. No sabemos con qué vamos a encontrarnos, y no quiero que estéis delante de todo, así que, ¿por qué no venís conmigo?»[482].

«De acuerdo», dijo Pyle, que en ese momento ya no sentía miedo.

Estaban a punto de empezar cuando, de repente, unos proyectiles de

cañón silbaron y aullaron sobre sus cabezas. Todo el mundo se agachó contra una pared mientras cada vez más proyectiles de 20 mm golpeaban la granja. El granjero, que instantes atrás había estado enganchando a sus caballos tranquilamente, huyó despavorido. En el camino que conducía a su casa había dos estadounidenses y un alemán muertos. El bombardeo se detuvo y se dio la orden de avanzar, más allá de la protección del muro, a través de una pequeña acequia y luego directamente por la carretera. Shockley estaba gritando a los hombres. «Abrios, desplegaos. ¿Es que queréis que os disparen?», les ordenaba a gritos. «¡No os apelotonéis de esa manera! Mantened cinco yardas de separación.

Separaos, maldita sea [483] ».

Algunos de los hombres contaban con fusiles Garand, otros ya tenían las granadas listas, mientras que varios disponían de grandes fusiles automáticos Browning. Un hombre llevaba una bazuca. Los médicos estaban mezclados con los hombres. Todos parecían dubitativos y cautelosos, más semejantes a presas que a cazadores, según le pareció a Pyle. «No eran guerreros», escribió. «Eran muchachos estadounidenses que, por azares del destino, habían acabado con las armas en la mano mientras avanzaban sigilosamente por una calle teñida de muerte, en una ciudad extraña y destrozada en un país lejano bajo una lluvia implacable. Tenían miedo, pero no tenían poder para abandonar [484] ». Como de costumbre, Pyle demostró ser un observador extraordinario y acertó de lleno.

Cuando llegó su turno, Pyle salió de detrás del muro a la carrera y llegó sano y salvo a la calle. Las tropas estaban pegadas a las paredes a ambos lados y él las imitó. La mayor parte de las ventanas de las casas estaban destrozadas y había balas y agujeros de proyectiles de cañón por todas partes. Por doquier se encontraban, retorcidos y horribles, restos de cables telefónicos. Unos perros bajaron de repente corriendo por la calle, ladrando y gruñendo. La calle tenía curvas, pero pronto empezaron a oír disparos más adelante — disparos individuales, ráfagas sostenidas de metralletas y el rápido

«brrrrap» de las MG alemanas. Les llegó noticia de que la calle había sido despejada y de que se había liberado un hospital en el que se encontraban también varios estadounidenses heridos. El teniente Shockley, Pyle, Capa y Wertenbaker caminaron por la calle hasta el hospital. Más allá, parecía que el combate continuaba, aunque era difícil saber qué estaba pasando, pues se oían disparos durante un rato, seguidos de una calma inexplicable, y luego se reanudaba el tiroteo.

En una calle detrás del hospital, Pyle se encontró con dos Sherman, a unos cincuenta metros el uno del otro. Pyle se acercó al tanque que iba delante y estaba sólo a unos quince metros cuando el carro disparó su cañón de 75 mm. «La explosión fue ciertamente tremenda en aquella estrecha callejuela», recordó. «Cayeron cristales rotos de las ventanas circundantes, salió humo de alrededor del tanque y la calle vacía se estremeció y tembló por la deflagración[485] ». Pyle se puso a cubierto en un portal, convencido de que el enemigo devolvería el fuego. Y así fue, justo cuando el primer Sherman retrocedía por la calle. Una llama amarilla atravesó el vientre del tanque con un ruido inmenso. Un segundo disparo se estrelló en el pavimento junto al carro. El humo lo envolvió, pero no estalló en llamas y, al instante siguiente, la tripulación salió de su interior y echó a correr con desesperación hacia el portal en que estaba Pyle. Los cinco hombres se encontraban bien y empezaron a hablar excitadísimos, aliviados por haber conseguido escapar de un encuentro tan cercano con la muerte. Ésta era la tercera vez que les habían destruido el tanque, y las dos veces anteriores había sido reparado rápidamente y puesto de nuevo en acción. Lo habían bautizado *Be Back Soon* («Vuelve

pronto»). Esta vez les habían alcanzado en una de las correas y ahora empezaron a preocuparse porque habían dejado el motor en marcha. Al final, cuando les pareció que el fuego se había calmado, se acercaron sigilosamente, examinaron los daños y uno de ellos subió al carro para parar el motor. Más adelante, Pyle encontró un camión alemán estaba en mitad de la carretera, ennegrecido y ardiendo. No se veía ni un alma. Todo el mundo se había desvanecido, pero, entonces, un soldado estadounidense llegó corriendo por la calle llamando a gritos a un médico y muy pronto uno apareció desde otro edificio. Pyle lo siguió y vio, en la esquina, los restos de un pequeño búnker destrozado y de otro un poco más allá: eran a lo que los Sherman habían estado disparando y habían destruido dos antes de ser alcanzados a su vez por un tercero.

Se produjo ahora una pausa en el combate mientras los soldados aseguraban cada una de las casas, empezando desde la planta baja y subiendo piso por piso. Pyle los siguió. En el medio de la calle había charcos, las pocas tiendas que quedaban estaban completamente tapiadas con tablones de madera y, entonces, de repente, caminando hacia ellos y pasando junto al camión destruido, apareció una pequeña columna de alemanes con un oficial al frente enarbolando una bandera blanca: eran los hombres del último búnker. Robert Capa se escurrió entre los soldados y sacó una fotografía. Los soldados estadounidenses, todavía en estado de alerta máxima, seguían en los portales aferrando sus armas y mirando a su alrededor, pero dejaron

pasar a los alemanes, unos de los cuales llevaban a dos heridos en camillas, para que siguieran hacia el hospital.

Los objetivos habían sido tomados con éxito y en esta ocasión, afortunadamente, sin demasiadas bajas.

Más adelante ese día, Von Schlieben, el *Konteradmiral* Walter Hennecke, el comandante naval alemán de Normandía y unos ochocientos soldados se rindieron, tras lo cual la mayoría de la resistencia organizada dejó de existir. Aun así, en la parte occidental de la ciudad resistía aún el arsenal, con sus gruesos muros. A la mañana del día siguiente, 27 de junio, el 47.º de Infantería debía lanzar un ataque con tres batallones, pero, tras dar un ultimátum a quienes lo defendían, aparecieron banderas blancas y otros cuatrocientos hombres se rindieron. Fue una victoria significativa para los estadounidenses.

Con las batallas Martlet y Epsom desarrollándose con rabiosa intensidad, el 101.er Hospital cerca de Bayeux iba llenándose rápidamente. En su pabellón particular, Mary Mulry cuidaba ahora a unos treinta y cinco pacientes, entre ellos alemanes, galeses, londinenses, polacos, un par de franceses libres, un miembro civil de la *Résistance*, un letón y dos estadounidenses. Su amigo Chezzy estaba resultando una ayuda

inestimable para traducir a los pacientes. «Hans me trae una taza de té mientras me siento en mi escritorio a leer el informe de la noche», escribió en su diario. «Este multinacional microcosmos de una Europa en guerra es a la vez interesante y triste».

Oyó que un *cockney* decía «Gracias, colega» a Hans después de que éste le trajera una taza de té y le arreglara las almohadas. «¿Por qué todos se tratan tan bien unos a otros dentro de esta tienda de lona y se matan los unos a los otros fuera?» [486] .

Un par de días después llegó un nuevo envío de uniformes y también de braguitas color caqui; eran algunos de los miles de diferentes suministros que había que cargar en los barcos que esperaban en la costa sur de Inglaterra. Luego eran conducidos a través del canal, en cuya orilla eran descargados, para después hacerlos llegar a su destino en un campo en medio de Normandía. Sin embargo, el sistema estaba funcionando, a pesar de la perentoria y constante necesidad de más tanques, proyectiles, munición y de cantidades pantagruélicas de raciones para alimentar a cientos de miles de hombres cada día. «Estas braguitas son graciosísimas, enormes, y elásticas en la cadera y las

piernas», comentó Mary, «pero difícilmente podíamos esperar que el ejército nos equipara con glamurosas braguitas de camuflaje. Sentirse limpia será una delicia [487] ».

El día 27, un joven inglés gravemente herido llegó al 101.er Hospital en un estado terrible. Ciego, hediondo, cubierto de heridas de disparos y metralla, «Len», sin embargo, no dejó de hablar y, además, de muy buen humor, mientras Mary y su amiga Taffy trabajaban cortándole el uniforme para poder tratarlo. «Ignora por completo el horrible estado en que se encuentra», anotó. «Los británicos son célebres por su flema, pero esto es ridículo [488] ».

Les explicó lo que le había sucedido. El Día D casi se había ahogado después de caer al mar, pero alguien lo sacó del agua a rastras y, luego, se derrumbó junto al cadáver de un alemán. Estuvo combatiendo sin parar desde entonces. Hoy habían atacado y se había metido en lo que creía que era una angosta trinchera alemana, pero resultó ser una letrina. Momentos después, un proyectil que le había estallado cerca, lo había dejado ciego y cubierto de metralla. «Aunque está demasiado conmocionado como para darse cuenta», escribió Mary, «ha perdido en la explosión la mayor parte de la pierna derecha. Tiene el rostro completamente negro por los impactos de metralla [489] ». Había conseguido salir de la letrina y refugiarse junto a un tanque británico, desde donde pidió socorro a gritos. Acudieron en su ayuda y le hicieron un torniquete en el muslo.

Entonces lo ataron al capó de *un jeep*, que pegaba enormes botes mientras circulaba, hasta que llegó silbando otro proyectil e hizo saltar por los aires al *jeep*, que se había estrellado y volcado con Len todavía sujeto al capó. Algunos soldados fueron a enderezar el coche e, increíblemente, Len seguía vivo, así que lo trajeron corriendo al

hospital. «Le puse plasma intravenoso y le inyecté morfina», escribió Mary. «Necesita dormir y prepararse para que el cirujano lo opere mañana [490] ».

A apenas veinte kilómetros del 101.er Hospital, continuaban los combates por el otro gran objetivo aliado, Caen. Hacia medianoche del día 26, el *Standartenführer* Kurt Meyer estaba desesperado. Antes, al ver la masacre de sus jóvenes granaderos, no había podido evitar que se le saltaran las lágrimas. «El intenso combate», escribió, «había provocado bajas irreemplazables. No se podía impedir una brecha a menos que llegaran nuevas unidades [491] ». Esas unidades estaban en camino: el II. *SS-Panzerkorps*, que incluía a las divisiones *Panzer* 2., 9. Y 10. SS, estaba acercándose, pero, siendo realistas, ninguna de estas

divisiones podría entrar de forma activa en la lucha hasta, como pronto, pasado mañana. Eso quería decir que la 12. SS tenía que resistir con el apoyo de la 1. SS a su derecha y elementos de la *PanzerLehr* y la 276. *Infanterie* durante, al menos, otro día. Era mucho pedir, y Meyer era dolorosamente consciente de ello.

Su único motivo de alegría era la reaparición de su ayuda, Michel, un cosaco que había permanecido leal a su lado desde hacía muchos años. Michel llegó con una carta de la esposa de Meyer que le decía que estaba embarazada de su quinto hijo. Una nueva vida estaba desarrollándose entre toda esa muerte, pero, la mañana siguiente, el 27 de junio, lo desesperado de su situación volvió a ponerse de manifiesto de forma brutal con el inicio de un intenso bombardeo británico.

A sólo unos pocos kilómetros al noroeste del puesto de mando de Meyer, los cuatro panzer del *Obersturmführer* Hans Siegel continuaban en posición y ahora, con la primera luz del día, habían mejorado considerablemente su situación, desplegándose aún más separados a lo largo del terraplén que habían descubierto la tarde anterior. A la luz gris del alba, Siegel pudo ver que, en realidad, se trataba del cauce de un arroyo seco, conocido localmente como el Ruisseau de Sabley, que cruzaba la carretera Cheux-Grainville y era, por casualidad, el eje de avance más obvio para los británicos cuando reemprendieran sus esfuerzos para cruzar el Odón y alcanzar el terreno elevado de la Cota 112. Realmente era una posición defensiva ideal y, aunque era difícil pensar que cuatro Panzer IV constituyesen una fuerza de defensa considerable, su posición, con el cuerpo oculto y las ametralladoras y los cañones de 75 mm operativos, suponía un obstáculo formidable para cualquier unidad británica que intentase pasar frente a ellos.

Siegel ya estaba despierto y en marcha fuera de su panzer tras haber dormido sólo un poco, comprobando qué tropas tenían en los flancos. Descubrió las primeras a unos trescientos metros a la izquierda e intentó tranquilizarlas y proyectar confianza. De

vuelta, se estaba acercando al primer panzer cuando empezaron a silbar los proyectiles enemigos, como un coro del amanecer dispuesto sólo para su deleite. Por fortuna, todos pasaron de largo y, aunque algunos dieron a los árboles de atrás, la mayoría aterrizaron inofensivamente sobre el suelo húmedo. Entonces, para su desesperación, sus hombres arrancaron los tanques y empezaron a retirarse. Tuvo que correr hacia ellos agitando los brazos furiosamente para que se detuvieran. Con un poco de vergüenza, le explicaron que, al no estar él y ser atacados, creyeron que tenían que retirarse. Siegel

les ordenó volver a sus posiciones inmediatamente; se iba a producir un avance británico que tenían que detener y, desde luego, no iban a salir corriendo.

Retomaron sus posiciones justo a tiempo, porque casi directamente frente a ellos dio comienzo el ataque británico. Ahora de vuelta en su panzer y conectado a los otros tres por radio, Siegel dijo a sus hombres que esperaran a que la infantería *tommy* se acercase y que entonces utilizaran sólo las MG, y sólo cuando él diera la orden; no quería delatar su presencia utilizando los cañones. «Dejamos que se acercasen y entonces los machacamos», anotó Siegel, «desde cerca, con el fuego concentrado de cuatro ametralladoras contra la masa de atacantes [492] ». En unos momentos, la infantería enemiga empezó a retirarse presa del pánico. Poco después, aparecieron tanques y Siegel ordenó abrir fuego contra ellos con los cañones de los panzer. Varios tanques británicos fueron alcanzados, el resto se retiró y desapareció tras la cima de la cresta.

Al salir el sol, Siegel detectó movimiento a su derecha. Temiendo una maniobra de flanqueo, decidió arriesgarse a mover su panzer de su posición oculta para ver mejor.

Desde su nueva ubicación, miró a través de sus prismáticos y vio un grupo de *tommys* que dejaban algo muy pesado en el suelo; no alcanzó a entender qué estaban haciendo, pero entonces uno de sus panzer disparó y el proyectil impactó entre los hombres y provocó una gran explosión que los hizo saltar por los aires. Así pues, pensó Siegel, eran ingenieros que estaban manejando cargas explosivas.

Mientras tanto, Kurt Meyer había ordenado a unos diecisiete Panther contraatacar hacia Cheux. Desprovistos de infantería, los Panther operaban esencialmente solos y se encontraron con una muralla de cañones antitanque británicos que estaban listos y esperándolos. A pesar de lo célebre que era el cañón de 88 mm alemán, el cañón británico de 17 libras tenía una velocidad de salida incluso mayor y podía detener a un Panther en seco a 1300 metros de distancia, que es justo lo que sucedió esa mañana. La destrucción de los Panther y el fracaso del contraataque de la 12. SS ilustró otra vez, si es que era necesario, la enorme dificultad de ganar terreno en las ofensivas en esta campaña; con el Panther y el Tiger es posible que los alemanes contaran con tanques superiores en potencia de fuego y grosor de blindaje, pero los británicos podían poner

en acción una cantidad considerablemente mayor de cañones de alta velocidad de potencia similar.

El único consuelo para Meyer fue que una veintena de hombres de su batallón de ingenieros, que había sido diezmado la tarde anterior, consiguió huir; el ataque Panther había permitido a los supervivientes eludir una captura casi inevitable. Su comandante, el *Sturmbannführer* Müller, se presentó poco después ante Meyer en el puesto de mando de la división para presentar su informe. «Sus ojos, profundos y hundidos, lo decían todo», anotó Meyer. «No le quedaba ni un palmo de uniforme que no estuviera dañado.

Tenía las rodillas ensangrentadas y laceradas; apenas se le reconocía el rostro bajo el polvo. Llevaba uno de los brazos apoyado en un improvisado cabestrillo [493] ».

El *Obersturmführer* Hans Siegel y sus cuatro panzer seguían defendiendo eficazmente la línea al sur de Cheux cuando a las 10.30 de la mañana se lanzó sobre ellos otra oleada de asalto de infantería y blindados británicos, el cuarto ataque del día.

Pronto los alemanes se vieron disparando a la vez con sus ametralladoras y sus cañones principales y, completamente ocupados con el ataque frente a ellos, ni Siegel ni nadie de su tripulación vio la maniobra de flanqueo que se estaba produciendo más lejos a su derecha. Un único tanque británico consiguió acercarse lo bastante como para disparar al costado del panzer de Siegel y un proyectil antitanque atravesó la parte inferior derecha del vehículo. Siegel ordenó desesperadamente a la torreta que girara hasta las tres en punto, pero mientras todavía estaba moviéndose, un segundo proyectil impactó en el tanque, en la parte superior derecha, y el panzer se incendió de inmediato. Se abrieron las escotillas y el artillero salió a la izquierda envuelto en llamas, mientras que el cargador salió por la derecha. Siegel trató de subir hasta la escotilla de la torreta, pero el cable del micrófono se le enredó en la garganta. Cada vez más fuera de sí, con las llamas lamiendo el interior del tanque y un humo asfixiante llenando con rapidez el vientre de la máquina, intentó escapar por la escotilla lateral, pero chocó violentamente cabeza contra cabeza con el operador de radio, que había tenido la misma idea porque su propia escotilla estaba bloqueada por el cañón a medio giro. Siegel empujó al operador de radio por la escotilla y quedó envuelto en llamas durante uno o dos segundos hasta que consiguió salir, sólo para entonces casi ahorcarse por accidente con el cable del micrófono. Quedó colgando del faldón lateral del tanque, sacudiéndose en un intento de salvar la vida, hasta que por fin el cable se rompió y cayó al suelo. Sólo el conductor, Sturmmann Schleweis, no pudo salir del blindado y ardió en el infierno que se había desatado en el interior. El artillero estaba en el suelo envuelto en llamas, pero

los demás saltaron sobre él y lograron extinguirlas. Que Siegel no sufriera quemaduras más graves se debió por completo a la ropa de cuero que vestía, que Wünsche había conseguido para sus hombres en exclusiva. «Era de un botín de los almacenes de la marina italiana», anotó Siegel, «y salvó la vida de no pocos hombres[494]». La suya

incluida. Ahora miraron como espectadores mientras los otros tres panzer seguían disparando a los tanques británicos y, de nuevo, los obligaban a retroceder. Por cuarta vez ese día, sólo cuatro Panzer IV habían rechazado los asaltos británicos y les habían negado el acceso al Odón.

Con la batalla decayendo una vez más, Siegel entregó el mando a su suboficial de mayor graduación y condujo él mismo con su tripulación herida en el *Kübelwagen* de vuelta al puesto de mando en Grainville. Allí informó una vez más a Wünsche, quien le dio una palmada en la espalda mientras un médico le inyectaba morfina para calmar el dolor. Siegel no tardaría en volver al combate, pero sus quemaduras eran lo bastante graves como para mantenerlo lejos de la batalla por el momento. Para entonces, habían llegado diecisiete Panther y más divisiones panzer se acercaban rápidamente al frente.

A unos tres kilómetros al norte, el 6.º KOSB estaba acampado en un campo al norte de Cheux. El teniente Robert Woollcombe había sido puesto al mando del equipo de enterradores; por imperativo sanitario los muertos se enterraban apresuradamente en fosas comunes. La mayoría eran de los Highlanders. Encontró a uno de ellos, un joven comandante de sección como él, con expresión de sorpresa y sin ninguna marca en su cuerpo excepto una mancha oscura cerca de los riñones. En el bolsillo del pecho llevaba una tableta de chocolate y una foto de su boda, tomada justo antes de la invasión. Otro hombre tenía un agujero limpio en la frente y los ojos azules todavía abiertos con mirada de asombro. Otros estaban más destrozados. También había alemanes. Era un trabajo lúgubre.

Ese mismo día, la 43.ª División de Wessex comenzó a avanzar y relevar de sus posiciones a los canadienses, que habían estado defendiendo la línea un poco al este del principal ataque de Epsom. El 4.º de Dorset, no obstante, quedó por el momento en la reserva. El sargento Walter Caines estaba en las unidades de vanguardia cuando avanzaron hacia el frente, poco después de las 9 de la mañana. Conseguir que las comunicaciones del batallón estuvieran listas lo antes posible era una prioridad. Caines condujo con su moto al nuevo puesto de mando del batallón, que estaba en una granja.

Poco después, llegó el camión con el equipo de comunicaciones, así que se puso de inmediato a instalar la oficina de transmisiones en un establo, de modo que las líneas telefónicas y las radios de campaña estuvieran operativas en menos de una hora. Todo el mundo en el cuartel general del batallón se preguntaba cuándo empezaría el enemigo a bombardearlos como los canadienses les habían advertido que hacía, pero parecía que esa mañana, por algún motivo, los alemanes habían decidido conservar su munición. En consecuencia, fue su propia artillería la que abrió fuego. «Era la primera vez que oíamos

un bombardeo tan atronador de nuestros propios cañones», escribió Caines. «Continuó durante todo el día y, en ocasiones, uno casi ni se oía hablar[495]».

Más tarde ese mismo día, la 12. SS de Meyer perdió Rauray, aunque no la cresta de Rauray, que todavía seguía tentadoramente fuera del alcance de los atacantes. La regla de oro decía que, cuanto más prominente era un trozo de terreno, más defendido estaría, precisamente porque era prominente. Y, puesto que el terreno elevado garantizaba que los defensores pudieran ver a cualquiera que se acercase, era mucho más difícil de tomar. Los Rangers de Sherwood habían vuelto una vez más al centro de la acción ese día, aunque otra vez empezaron a acumular bajas. Junto con la infantería, consiguieron abrirse camino hasta Rauray hacia mediodía, donde descubrieron varios tanques enemigos destruidos y abandonados, entre ellos Panther, Panzer IV e incluso un Tiger, escondido entre matorrales y, por lo que parecía, completamente intacto.

Christopherson encontró una tripulación que había perdido su propio Sherman y, tras pintar encima de las cruces alemanas la cabeza de zorro que era su emblema, añadió el Tiger al arsenal de los Rangers. Por desgracia para éstos, sin embargo, el cuartel general del XXX Cuerpo lo reclamó enseguida para enviarlo a Inglaterra, cosa que indignó a los Rangers. Christopherson estaba todavía más preocupado por las bajas, entre ellas las de varios oficiales y soldados que llevaban con él en el regimiento desde 1939. «La toma de Fontenay y Rauray», escribió, «se ha demostrado de lo más costosa. El Escuadrón B

ahora tenía únicamente dos oficiales y le quedaban sólo siete de sus dieciséis tanques[496]».

Unos tres kilómetros al este, esa misma tarde, la vanguardia de la infantería y los blindados de la 11.ª División acorazada consiguieron por fin alcanzar el río Odón, a través de una estrecha y tortuosa

carretera. Encontraron un puente todavía intacto y lograron ascender la empinada orilla al otro lado y establecer una pequeña cabeza de puente. Sólo a unos tres kilómetros al sur estaba la dominante Colina 112, desde donde se veía Caen a la perfección, además de la cresta de Bourguébus, el aeródromo de Carpiquet e incluso Mont Pinçon, que estaba a veinte kilómetros al suroeste. El plan era que la 11.ª Acorazada presionara al día siguiente, tomara esta cota vital y luego quizá siguiera avanzando, formando un amplio gancho por la izquierda, cruzara el río Orne unos pocos kilómetros más al este y rodeara al enemigo en Caen.

Puede que sonara muy sencillo, pero era mucho pedir a una sola división, sobre todo sabiéndose, como se sabía, que el II. *SS-Panzerkorps* estaba a punto de entrar en la batalla. Por la noche, consiguieron que la infantería y los blindados de la vanguardia cruzaran como estaba previsto, pero para entonces el 1. SS. *Panzergrenadier-Regiment* de la división 1. *SS-Leibstandarte* «Adolf Hitler» ya había llegado y, por la mañana, y ahora bajo el mando provisional de Kurt Meyer, estaban listos para contraatacar. Ese día, el

miércoles 28 de junio, fue testigo de combates confusos que no decidieron nada. Unos veinticinco tanques británicos con la infantería que los acompañaba consiguieron alcanzar la cumbre de la colina 112, pero debido a lo estrecho de los cruces del Odón, los escombros, las minas y el contraataque alemán, no llegó lo bastante de la 11.ª

Acorazada no ya como para sostener un ataque hacia el río Orne, sino ni siquiera para asegurar de forma suficiente la colina.

Ese mismo día, Dempsey voló sobre el campo de batalla para conferenciar con Bradley, que planeaba reanudar su ataque hacia el sur el 1 de julio — aunque Cherburgo había caído, seguía habiendo violentos ataques alrededor del cabo de la Hague y en el extremo noroeste de la península de Cotentin —. Por la tarde, Dempsey ordenó a la 11.ª Acorazada de Pip Roberts que presionara hacia el Orne, pero era perfectamente consciente que en el «Corredor Escocés», llamado así en honor de la 15.ª

División Escocesa, que se había establecido desde el sur de Saint-Manvieu a lo largo del Odón, había todavía muchos combates. «La 15 Div», anotó en su diario, «sigue envuelta en despejar la situación en Grainville y la 43 Div está en la zona de Cheux-St.

Manvieu [497] ». Era fantástico haber tomado la Cota 112, pero estaba claro que tendrían que seguir cubriéndose las espaldas. Lo último que

Dempsey, o cualquier alto mando aliado, quería era encontrarse con su punta de lanza estrangulada, aislada y rodeada.

Como Monty no se había cansado de repetir, no podían dar ni un paso atrás.

Al oeste de la península de Cotentin, el día 29 de junio, tras completar la toma de Cherburgo, la 9.ª División giró hacia el oeste para eliminar el último reducto de resistencia en el cabo de la Hague. El combate le pareció muy duro a Orion Shockley. El fuego de ametralladora enemigo hacía que el progreso fuera escaso y, al anochecer, sus hombres y él descubrieron que se habían metido en un campo de minas. Un hombre pisó una mina Schu. «Otros empezaron a correr hacia él para ayudarlo», anotó Shockley, «pero les ordené que se detuvieran a la espera de que despejáramos un camino libre de minas hasta el herido [498] ». Por fortuna, el hombre seguía vivo cuando lo socorrieron, aunque tenía un pie y una pierna muy dañados, y pudieron evacuarlo para recibir atención médica. Siguieron avanzando por la noche y, el día siguiente, 1 de julio, capturaron una estación meteorológica alemana y también una posición defensiva, que descubrieron que había sido abandonada muy recientemente. Con eso, los combates en el cabo de la Hague terminaron al fin.

Lejos, al sureste, continuaban los combates en torno a Caen, causando cada vez más bajas en ambos bandos. El cabo Ken Tout seguía sin tanque después de que fuera tomado su Honey (carro modelo M3 Stuart), pero el resto de sus Voluntarios de

Northamptonshire habían estado combatiendo. Tout había hablado con Michael Hunt, uno de los conductores de la Tropa 4. «Nos zurraron», le dijo Hunt. «Es el *bocage*,

¿sabes? Los campos son muy pequeños. Emerges de un seto denso y grande a un campo y al cabo de menos de cincuenta metros tienes que cruzar otro seto todavía más espeso.

Y las huertas. Y los edificios de las granjas. Son todo lugares ideales para que los tanques *Jerry* se escondan [499] ». Hunt le transmitió entonces una larga lista de los que habían muerto o sido heridos. «Y tres de la tripulación de Frank», continuó.

«Cocinados. No tuvieron ninguna oportunidad. Y Len Wright tiene una herida en el cráneo, y nuestros tanques que volaron las minas, y los tanques *Jerry* con sus enormes cañones esperando entre los setos…». Y así continuó. Tout quedó consternado, aunque las bajas hicieron que

fuera asignado como artillero en la tripulación de un Sherman en la Tropa 3, Escuadrón C.

Al anochecer del día 28, tanto Dempsey como Dick O'Connor, el comandante del VIII Cuerpo, empezaban a ver que Epsom casi había agotado su impulso. Acordaron que al día siguiente tenían que ensanchar y hacer más profundo el corredor escocés a lo largo del valle del Odón. «Hasta que no hayamos hecho eso», anotó Dempsey, «la brig blindada no presionará para avanzar hacia el r. Orne». A continuación, añadió, de forma un poco ominosa, «Durante el día, dos Div Pz más entraron en acción en el frente del Ejército (la 2 SS Pz Div desde St LO y la 1 SS Pz Div desde el área de Parí s [500])».

En cambio, sin embargo, todavía podían utilizar Epsom para desgastar estas recién llegadas divisiones panzer y asegurar que no hubiera un contraataque coordinado como el que deseaba el general Geyr von Schweppenburg. Además, para la mañana del 29, los cielos se habían despejado, lo que quería decir que las fuerzas aéreas de los Aliados podían por fin unirse a la batalla en masa. De hecho, al *Standartenführer* lo despertaron el jueves los proyectiles de los cañones de la flota aliada volando sobre su cabeza.

Cuando intentó ir al frente desde su puesto de mando, se encontró tendido boca abajo en una carretera en Verson, cubriéndose de los *Jabos*, que parecían estar sobrevolándolo como si fueran avispas. No muy lejos de allí, un camión de artillería había sido alcanzado y estaba en llamas, y la munición que trasportaba estaba explotando en todas direcciones. «La carretera era demasiado estrecha como para pasar junto a él de forma segura», escribió, «así que tuvimos que esperar a que se consumiese [501] ». Una ambulancia, que también había sido alcanzada, ardía igualmente. Todos sus ocupantes habían muerto quemado vivos dentro.

Dempsey, que tenía acceso a las decodificaciones Ultra del tráfico de radio alemán, sabía que el recién llegado II. *SS-Panzerkorps* planeaba montar una serie de contraataques a lo largo de toda la base del saliente ese día, por lo que ordenó a O'Connor que moviera tropas al corredor escocés y lo defendiera. El plan original para

una brecha decisiva se había convertido en una oportunidad de desgastar al enemigo.

Por ello el sargento Walter Caines del 4.º de Dorset fue informado en un Grupo O esa mañana de que debía relevar al 5.º de Infantería Ligera del Duque de Cornualles — o 5.º ILDC — en lo que quedaba de

la destrozada Cheux. La orden decía que el relevo tenía que completarse antes de las 3 de la tarde. Caines estaba dirigiéndose al frente con los transportes y tropas de primera línea, montado en su vieja y fiel motocicleta, cuando alguien gritó órdenes urgentes de que se detuvieran y se dispersasen rápidamente.

Obedeció de inmediato y estaba preguntándose qué estaría pasando cuando, de pronto, les sacudió el atronador rugido de sus cañones. Pronto corrió la voz: el enemigo estaba atacando directamente hacia Cheux y los flancos del corredor escocés. Adelantaron rápidamente sus cañones antitanque para ayudar al 5.º ILDC, que todavía defendía las ruinas de la ciudad.

Las tropas alemanas estaban ahora a menos de un kilómetro y medio de distancia, con su artillería y morteros disparando a discreción, pero un fuego feroz de los defensores había asegurado que no abrieran ninguna brecha y, en Cheux, a finales de la tarde, la batalla prácticamente se había apagado, lo que permitió que el 4.º de Dorset relevara al 5.º ILDC como se había planeado originalmente. El sargento Caines había empezado a montar su sistema telefónico y centralitas cuando el enemigo lanzó otro ataque. Los proyectiles cayeron por todas partes, aunque nada parecido a la intensidad con la que respondió su propia artillería. Aun así, Caines y sus compañeros empezaron a preguntarse qué pasaría si los alemanes abrían una brecha. Incluso con ayuda extra, el 5.º ILDC tenía todavía que retirarse y, en algunos lugares, los alemanes estaban arrollando sus posiciones. «No se perdió ni un segundo», anotó Caines. «Se tomaron todas las precauciones y los hombres empezaron a cavar como locos mientras los proyectiles caían alrededor de las posiciones del batallón [502] ».

Los alemanes lo volvieron a intentar el día 30, pero, de nuevo, no consiguieron avanzar. Kurt Meyer estaba desesperado. «Era imposible ganar terreno contra una potencia de fuego tan superior», anotó, «por no hablar de su absoluta supremacía aérea [503] ». Su propia división estaba hecha jirones tras los combates de las últimas tres semanas. Desde entonces, no había recibido ni un solo carro de refuerzo. En veinticuatro horas, en cambio, los Rangers de Sherwood, por ejemplo, estarían de nuevo con su dotación completa. «El uso constante de tácticas fragmentadas me enfurecía», añadió Meyer. «¿Qué se había hecho de los días de las grandes ofensivas de blindados? » [504] . Pero ¿qué otra cosa podían hacer Geyr y el *Obergruppenführer* Paul Hausser, el comandante del II. *SS-Panzerkorps*? El *Führer* había insistido en que no cedieran ni un metro, lo que quería decir que no podían ganar tiempo retirándose para reorganizarse para un contraataque. La única forma de impedir que los británicos aumentaran su cabeza de puente y

luego avanzaran hacia el Orne era atacar en cuanto

las unidades alemanas llegaban al frente. Como Dempsey y los comandantes británicos sabían muy bien, en cuanto los alemanes contraatacaran, como siempre hacían, podían machacarlos con su superior potencia de fuego. Y esto es justo lo que sucedió.

El día 30, Dempsey y O'Connor tomaron la decisión de retirarse de la Cota 112 y con ello perder el vital terreno elevado por el que tan duro habían combatido, aunque se mantuvo una estrecha cabeza de puente al otro lado del Odón. Esta decisión ha sido citada durante mucho tiempo como un error de los indecisos comandantes británicos, que carecían del instinto agresivo de sus homólogos alemanes. El caso es que ni de O'Connor ni de Pip Roberts, el comandante de la 11.ª División acorazada, puede decirse que carecieran de agresividad. Quizá podrían haber retenido la Cota 112, pero para el 30 había no menos de cinco divisiones panzer rodeando la cabeza de puente y el peligro de que la aislaran y seccionaran era considerable. De haber sido así, los elementos de vanguardia aislados habrían sido embolsados y aniquilados, y los historiadores sin duda habrían sido aún más duros con ellos. Sopesando con objetividad la situación, el riesgo de mantener la cota probablemente era mayor que los potenciales beneficios de retenerla.

Hacia el final del 1 de julio, la batalla de Epsom había terminado su curso para ambos bandos. Kurt Meyer fue a la cima de la Cota 112 ese día y se maravilló ante la destrucción que se contemplaba desde allí. Tanques destrozados de los dos bandos salpicaban el paisaje, mientras que de los árboles que sólo unos pocos días antes habían cubierto la colina, no quedaba ahora nada. Raro era el metro cuadrado de tierra que no estaba revuelto. Entre el mapa de sólo dos dimensiones que otros miraban desde la distancia, en sus despachos, y la violenta realidad sobre el terreno mediaba un abismo.

Tanto aquí como donde los estadounidenses estaban combatiendo en el *bocage*, estaba cada vez más claro que las batallas planificadas rara vez duraban más de cuatro días; tras ese período, ninguno de los dos bandos tenía ni las fuerzas ni las reservas para continuar. En ese punto, tenían que hacer una pausa mientras los restos de las unidades atacantes hacían recuento de sus pérdidas y se retiraban para lamerse las heridas. El factor clave entonces era qué bando podía reemplazar sus pérdidas, tanto de hombres como de equipo. En Normandía, los Aliados iban ganando por goleada en este tema, y es aquí donde su visión amplia de la guerra y su brillantez operacional se ponían realmente de manifiesto. El estilo y la osadía táctica sin duda tenían

un papel que jugar, pero no eran nada comparadas con la habilidad de proveer reemplazos de tanques, cañones, rifles y, por supuesto, de hombres. Ya en los veinticuatro días de combate que habían transcurrido, los alemanes habían perdido 62 603 hombres, que suponían 2608

bajas al día.

Epsom ha sido considerada a menudo un fracaso. Sin duda, han alegado los críticos, con toda la potencia de fuego que tenían a su disposición, los británicos deberían de haber sido capaces de abrirse paso por pura y descarnada contundencia. Y ¿dónde estaba la imaginación de los británicos? ¿Dónde el talento táctico? Vale la pena señalar que la 12. SS «Hitlerjugend» *División*, recién llegada al frente, a pesar de ser seis veces más fuerte que los canadienses, no logró avanzar en ese mismo terreno el 7 de junio, y también sufrió un contraataque al que siguió un punto muerto. Los críticos de la capacidad de combate británica no pueden soplar y sorber a la vez; no pueden afirmar que los alemanes estaban mejor preparados, eran tácticamente más flexibles y estaban equipados con mejores armas y luego no criticarlos por no conseguir romper las líneas británicas y canadienses. En Epsom, los británicos se enfrentaron con no menos de siete divisiones panzer en su sector. Contra ellas, los británicos — que, recordemos, eran los atacantes — sólo tenían una. Y es importante comprender que las divisiones panzer con las que los británicos se estaban enfrentando se contaban entre las mejores unidades militares que quedaban en las Fuerzas Armadas alemanas. Los británicos no consiguieron abrir una brecha decisiva, pero hicieron retroceder a los alemanes un buen trecho, resistieron los contraataques de cinco divisiones panzer y desgastaron tanto al enemigo que cualquier ulterior acción ofensiva de los germanos en Normandía se tornó inconcebible.

Epsom, pues, dio la puntilla a un posible contraataque alemán masivo, coordinado y decisivo, lo que Geyr von Schweppenburg reconoció formalmente el día 30, al cancelar el ataque que había planeado. Si el resultado en Normandía había estado remotamente en duda antes de esta batalla, ciertamente no lo estuvo después. Los Aliados iban a ganar; ya no era una cuestión de si iba a suceder, sino de cuándo iba a suceder.

Comprensiblemente, la tensión en el mando alemán creció a medida que quedó claro que estaban perdiendo la guerra, pero en el mando aliado también aumentó la frustración. Cuando junio dio paso a julio, ambos bandos empezaban incuestionablemente a resentirse del

esfuerzo.

Capítulo 24

Problemas arriba

El *Feldmarschall* Erwin Rommel quedó consternado por los avances aliados hacia Cherburgo y alrededor de Caen. «Siempre se nos dice que ahorremos munición», se quejó amargamente una mañana durante el desayuno en La Roche-Guyon, «mientras otros ahorran sangre [505] ». Los «otros» eran los Aliados. Le enfurecía que las esperanzas que quedaban estuvieran depositadas en un puñado de armas especiales, pues sabía que los V-1, e incluso los V-2 cuando entraran en acción, no iban a ganar la guerra. Los pobres, añadió, no deberían hacer la guerra, y Alemania era ahora decididamente pobre, arruinada por largos años de amargo conflicto enfrentada, según parecía, a un enemigo de infinita riqueza material. Una y otra vez había comunicado al OKW que la situación era crítica, pero sus advertencias habían caído en saco roto. Nadie en el OKW

iba a decirle a Hitler lo que no quería oír.

Avanzada la tarde del 25 de junio, Rommel había salido una vez más a dar un paseo con el almirante Ruge, un comandante naval que era íntimo amigo suyo. La situación era ahora crítica debido a la abrumadora superioridad material enemiga, le dijo Rommel. En términos de hombres, los alemanes estaban rascando del fondo del barril; la edad media de los hombres en la mayoría de las divisiones de infantería era de treinta y cinco e incluso treinta y siete años, mientras que las divisiones panzer estaban llenas principalmente de muchachos. La *PanzerLehr* ya había perdido 2600 hombres de su dotación. Luego estaba la falta de combustible y de otros suministros, ¡y esos lacayos del OKW intentaban culparlo a él de cómo estaban yendo las cosas! La orden del *Führer* de resistir hasta el último hombre no llevaba a ninguna parte. Incluso fortalezas como Cherburgo perdían su capacidad defensiva cuando los Aliados podían bombardearlas a voluntad desde el aire y el mar. Pero tenía que ir con cuidado; no podía desobedecer las órdenes o mostrar su disensión abiertamente. «Hay que actuar con cautela», anotó Ruge, «por los comisarios y la *Sicherheitsdienst* [506] ».

Toda esperanza que Rommel tuviera de devolver a los Aliados al mar se había desvanecido y ahora le consumía de nuevo una profunda desesperación. Era una repetición de El Alamein, pero todavía peor. Resignado a la inevitable derrota que sin duda iba a producirse en

Normandía, lo único que quería era ganar tiempo por si podía producirse algún tipo de acuerdo político. No está claro a qué se refería con ello.

Probablemente, ni Rommel mismo lo sabía, pero, ciertamente, se sentía desgarrado. Los oficiales alemanes habían sido educados para creer en el honor y se tomaban los

juramentos de fidelidad increíblemente en serio. Todos ellos habían jurado solemnemente fidelidad a Hitler. El deber era lo primero y pasaba por encima de la política, y la mayoría creían que su deber era cumplir las órdenes que recibían sin cuestionarlas. Sin embargo, la *Wehrmacht*, al aliarse con Hitler y los nazis, se había traicionado a sí misma; habían colaborado con un monstruoso movimiento nacionalista que había causado millones de muertes y llevado al país del que estaban tan orgullosos al mismísimo borde del abismo. Rommel había sido afortunado al no haber tenido un mando en el frente oriental, donde la violencia y la matanza de inocentes habían alcanzo un nivel dantesco, pero aun así había ascendido a mariscal de campo; formaba parte del régimen, por mucho que insistiera en el juego limpio y en comportarse con honorabilidad. Había seguido deseando que Alemania ganara la guerra, y luego ¿qué habría sido del mundo? Sólo ahora, con el espectro de la derrota cerniéndose sobre ellos, empezaba a pensar en un tiempo en que no hubiera Hitler ni nazis. Como los demás comandantes de la *Wehrmacht*, había colaborado con el régimen y se había dejado cautivar por Hitler. A pesar de toda la introspección ahora sobre cuestiones de honor, juramentos y fidelidad, hubo multitud de ocasiones en las que él y otros podrían haber hecho más para detener la locura. En cambio, habían participado en ella voluntariamente, incluso con entusiasmo.

A anochecer del 27, Rommel y Von Rundstedt fueron ambos convocados por Hitler en Berchtesgaden, una decisión absurda en un momento tan crucial de la batalla. Para colmo, a la mañana siguiente llegaron las malas noticias de que el general Dollmann había sufrido un ataque al corazón fatal. Al menos, eso es lo que el jefe de su Estado Mayor, el general Max Pemsel, informó en esos momentos; Pemsel diría luego que Dollmann había tomado cianuro. En cualquier caso, su muerte coincidió con la caída de Cherburgo y el rápido deterioro de la situación para su *7. Armee*. Durante el ataque británico alrededor de Caen, Dollmann había demostrado su ineptitud una vez tras otra, cambiando constantemente de opinión, emitiendo órdenes absurdas e insistiendo en que la II. *SS-Panzerkorps* lanzara sus unidades recién llegadas, una a una, a la batalla, en lugar de permitirle organizarse y contraatacar en masa como quería el *Obergruppenführer* Paul Hausser,

el comandante de la II. SS. Eso quería decir que ahora, cuando los alemanes intentaban resistir por todos los medios el ataque aliado, el grupo de ejércitos estaba sin comandante, había un vacío en el mando del *7. Armee* y otro en el mando de la II. *SS-Panzerkorps*. La falta de liderazgo — o, cuando menos, lo quebrado y confuso de la cadena de mando — en momentos críticos no suele llevar al éxito en el campo de batalla.

Rommel se encontró con Von Rundstedt de camino a Berchtesgaden y le dijo que pensaba hablarle con franqueza al *Führer* y urgido a que pusiera fin a la guerra. Sin embargo, cuando finalmente apareció ante Hitler, alrededor de las 6 de la tarde del 29,

el *Führer* se negó a dejarlo hablar sobre el conflicto en general y le ordenó que se atuviera sólo a la situación militar en Normandía. Cuando Rommel protestó, se le ordenó abandonar la sala. Se marchó de Berchtesgaden poco después, sin haber dicho prácticamente una palabra; lo sacaron del frente sólo para perder el tiempo. En su ausencia, sin embargo, Hitler ordenó enviar a Normandía minisubmarinos y mil cazas, así como ribetear todas las carreteras a Normandía con cañones antiaéreos camuflados.

Eso tenía que hacerse de inmediato, por mucho que nadie tuviera la menor idea de cómo hacerlo. Los minisubmarinos eran, a efectos prácticos, torpedos humanos y la única manera en que sus pilotos podían soportar operarlos era mediante un espantoso cóctel de metanfetaminas y cocaína, drogas que se habían probado, a instancias de la *Kriegsmarine*, con prisioneros en el campo de concentración de Sachsenhausen. Que Hitler creyera que un puñado de minisubmarinos fueran a dar la vuelta a la batalla contra las inmensas flotas que había frente a Normandía demostraba lo desconectado que el régimen estaba de la realidad. «Luego, si todo va bien», añadió Hitler, «quizá podamos lanzar un contraataque contra los americanos, después de todo [507] ».

Rommel estaba de vuelta en La Roche-Guyon la tarde del día 30, pero, en su ausencia, Geyr von Schweppenburg había, con el apoyo de Speidel, ordenado la evacuación de la zona alrededor de Caen, y había diseñado planes para la retirada de ambos cuerpos *Panzer* SS a una nueva línea más allá del alcance de los cañones navales de los Aliados. Su esperanza era que ese movimiento les ganara también un poco de tiempo para reorganizar las divisiones panzer, en lugar de desgastarlas en labores de defensa estática, como era el caso actualmente. Aunque Rommel anuló estas órdenes, Von Rundstedt ya había enviado las órdenes de Geyr de abandonar Caen al OKW en Berchtesgaden.

Furioso, Hitler ordenó de inmediato la destitución de Geyr, aunque, paranoico por si el general panzer desertaba a los Aliados, rápidamente emitió instrucciones de no comunicarle su destitución hasta que su relevo hubiera llegado al frente. Este sustituto iba a ser el general de cuarenta y ocho años Heinrich «Hans»

Eberbach, otro hombre del frente oriental. Era, desde luego, un hombre con una inmensa experiencia como soldado y comandante. Había combatido en la Primera Guerra Mundial, donde, en 1915, había perdido un buen trozo de la nariz. Después de la guerra había sido policía y regresado al ejército en 1935. Había combatido en Polonia y Francia en 1940, antes de servir bajo las órdenes de Geyr durante la invasión de la Unión Soviética. Había permanecido en el frente oriental desde entonces, demostrando una y otra vez su valía y capacidad, y ascendiendo constantemente.

Geyr no fue el único en ser destituido. Von Rundstedt también fue despedido y reemplazado por el *Feldmarschall* Günther von Kluge, que había comandado un ejército en Polonia, y contra Francia en 1940, pero quien, desde entonces, había estado comandando grupos de ejército en el frente oriental. Cuando llegó a La Roche-Guyon la

tarde del 3 de julio, Rommel y él discutieron, pues Von Kluge urgía a mostrar más agresividad e iniciativa y Rommel le señalaba a su nuevo superior que él nunca había combatido contra los Aliados occidentales y no tenía ni idea de hasta qué punto el dominio aéreo enemigo asfixiaba cualquier posibilidad ofensiva.

Aunque la fuerza aérea aliada parecía el tema que más obsesionaba a los alemanes, también estaba causando tensión en el mando aliado. El 13 de junio, el teniente Joe Boylan había sido uno de los pilotos del 391.er Grupo de Bombardeo a los que se había ordenado volar sobre Normandía y atacar Périers, una pequeña ciudad con mercado rural a unos quince kilómetros al suroeste de Carentan. Hogar de unas 2600 personas, estaba en un cruce de la carretera que llevaba al norte a Cherburgo y Cotentin. Si se bloqueaba Périers, se cerraba una ruta de suministros al norte para el enemigo. Con el VII Cuerpo de Collins todavía combatiendo en la península, sin duda esta operación sería de gran utilidad. Los primeros bombarderos habían pasado el día anterior y ahora Boylan, su tripulación y un grupo de otros B-26 volaron a la ciudad para terminar el trabajo. «Para nosotros, en el 391.º», escribió Boylan, «no era un objetivo significativo y no parecía que bombardearlo nos fuera a dar ningún problema [508] ». Y, en efecto, así fue. No recibieron ni fuego antiaéreo ni tuvieron que vérselas con ningún avión enemigo, y todos regresaron a casa sin problemas. Había

sido una salida rutinaria.

Habían hecho lo que se les había ordenado con eficiencia; después de que se marcharan, quedó poco de la ciudad en pie. Murieron unos ciento veintisiete civiles y casi todos los habitantes de la ciudad perdieron sus casas, que se vieron reducidas a escombros. La ciudad fue sacrificada en aras de la liberación del yugo nazi.

Los comandantes justificaron ese bombardeo en términos de salvar vidas a largo plazo, de privar de recursos al enemigo y acogiéndose a que ése era el precio de la guerra, y una vez se ha arrasado una ciudad entera, era un poco más fácil para la conciencia de uno justificar arrasar la siguiente. A pesar de todo, el consenso era que tales acciones debían de evitarse en la medida de lo posible. Por otra parte, la destrucción de Périers demostraba que un número comparativamente pequeño de bombarderos medios, que se utilizaban para apoyar las operaciones terrestres, podían utilizarse para bombardear con precisión clínica, causando una destrucción considerable sin necesidad de recurrir a las fuerzas aéreas estratégicas, que estaban ocupadas bombardeando fábricas e instalaciones petrolíferas.

Sin embargo, al día siguiente, 14 de junio, el mariscal del aire *sir* Trafford Leigh-Mallory voló a Francia para conferenciar con Montgomery, y luego irritó a sus colegas y subordinados al aceptar el uso de bombarderos pesados para dar apoyo directo a las

fuerzas de tierra, algo que anunció como un hecho consumado en la siguiente conferencia de comandantes. Los veteranos del Mediterráneo empezaron a murmurar

«Monte Casino», la ciudad a cien kilómetros al sur de Roma donde, antes ese mismo año, las fuerzas aéreas estratégicas habían arrasado el monasterio benedictino y luego pulverizado la ciudad, sin que de ello se derivase ningún beneficio para las tropas a las que se suponía que estaban ayudando; los alemanes simplemente ocuparon las ruinas que, además, dificultaron el paso a los blindados aliados. De ese modo se había destruido innecesariamente una joya cultural y arquitectónica, en lo que se consideró un ejemplo perfecto de cómo no utilizar la fuerza aérea estratégica. De hecho, Monte Casino enseñó a los comandantes aliados que era mejor utilizar las fuerzas estratégicas con cuentagotas en apoyo de las operaciones terrestres. Había momentos en que los cuatrimotores pesados que bombardeaban, por lo general, desde gran altura, podían ayudar, pero eran poco precisos, no estaban acostumbrados a operar con las fuerzas de tierra y la experiencia

demostraba que era demasiado probable que las instrucciones se distorsionaran al ser comunicadas hacia abajo en la cadena de mando y se acabase bombardeando a tropas amigas. La preocupación por no bombardear tropas y barcos amigos el Día D, por ejemplo, había provocado que los bombarderos pesados se pasaran de largo de los objetivos, lo que había hecho que sus esfuerzos fueran, en gran parte, inútiles. Tedder, Spaatz y Harris no veían con buenos ojos utilizar bombarderos pesados de la forma en que proponía Leigh-Mallory, mientras que Coningham y Brereton se enfadaron porque tales conversaciones hubieran tenido lugar sin que los consultaran. En lo que acabó siendo una humillación para Leigh-Mallory, el plan fue rápida y tajantemente cancelado por Eisenhower y Tedder.

Por lo general, los historiadores han exagerado las rivalidades angloestadounidenses en el alto mando. Normalmente, los comandantes de alto rango colaboraron bien entre ellos y, en comparación con sus homólogos alemanes, los Aliados parecían un matrimonio ideal. Hay que recordar, además, que estos hombres cargaban sobre sus hombros responsabilidades enormes y que era simplemente normal que, si había algo en lo que creían firmemente, lo defendieran con vigor. Se daba también el caso de personas que sencillamente no se llevaban bien, pero, a menudo, no era debido a diferencias nacionales, sino más bien a una combinación de personalidades incompatibles y del hecho de mirar una situación desde puntos de vista y necesidades distintos.

A pesar del abrumador dominio del cielo de los Aliados, las tensiones crecían con relación a cómo utilizarlo y por las diferentes perspectivas de los que comandaban las fuerzas aéreas y de los que estaban a cargo de la batalla terrestre. Uno de los problemas era Leigh-Mallory, que no formaba parte del grupo de comandantes aéreos del Mediterráneo que habían construido una relación de amistad y respeto mutuo durante

las campañas que habían vivido juntos, que habían hecho que desarrollasen nuevas tácticas y sistemas operacionales. Si de entrada ya estaba fuera de este núcleo, su falta de encanto y su carácter arisco y difícil sólo empeoró la situación. Nadie, según parecía, lo quería como comandante en jefe de la Fuerza Aérea Expedicionaria Aliada (FAEA); francamente, nadie quería ni siquiera la FAEA. Brereton, Tedder y Spaatz habrían preferido todos establecer un mando supervisor del aire dentro del Cuartel General Supremo de la Fuerza Expedicionaria Aliada (CGSFEA), aunque, en muchos sentidos, Tedder ya había creado esta función en su papel como comandante supremo adjunto.

Leigh-Mallory, sin embargo, simplemente, se plantó. Existía también la creciente sensación de que la situación lo superaba. Y su histeria sobre el uso de las tropas aerotransportadas justo antes del Día D no había contribuido a mejorar su reputación.

Luego estaba Montgomery, que tampoco gustaba mucho a ningún otro de los principales comandantes aliados. Era un maestro consumado en caer mal a la gente; a los estadounidenses no les gustaba que les diera lecciones, mientras que sus compatriotas británicos estaban educados para mostrar modestia y humildad. A ambos grupos les molestaban sus aires de superioridad y la condescendencia que mostraba hacia todo el mundo. Tedder y Coningham habían pasado muchos meses con Montgomery en el norte de África y después de la victoria en El Alamein, a principios de noviembre de 1942, les había parecido que estaba cada vez más insoportable; nada de lo que habían visto de él durante la preparación de Overlord les había hecho cambiar de opinión. Gran parte del plan previo a la invasión se había basado en capturar no sólo Caen, sino también el terreno abierto y elevado al sur y suroeste de la ciudad, que era ideal para grandes aeródromos. Monty había hecho lo correcto al presentar una visión confiada y positiva antes de empezar la invasión, y su previsión de que los alemanes se retirarían en etapas era completamente razonable, pues se basaba en su experiencia anterior. Después de todo, ¿en qué otra cosa podía basarse? Como todo el mundo en ambos bandos aceptaba, con la única excepción de Hitler, no tenía absolutamente ningún sentido militar luchar tan cerca de la costa y seguir al alcance de los cañones de las dos marinas de guerra más poderosas del mundo.

Lo singular de Montgomery, no obstante, fue que se negó a aceptar que el plan de la invasión no estaba cumpliéndose y que sus predicciones habían sido incorrectas. Tenía razón al afirmar que todos los planes cambian en cuanto empieza la batalla — siempre ha sido así — y también al señalar que los británicos y canadienses estaban atrayendo a casi todas las divisiones móviles enemigas. Tampoco era culpa suya que el tiempo hubiera sido tan extremadamente malo. «Si hubiera un grave e inesperado empeoramiento de la meteorología antes de D más catorce», había advertido ya en abril,

«tendría graves consecuencias sobre el mantenimiento de nuestras fuerzas [509] ». Y así había sucedido. El mal tiempo no sólo había retrasado la acumulación de hombres y

materiales, sino que había limitado también la cantidad de apoyo aéreo directo, cosa que quizá había sido decisiva en Epsom; históricamente las fuerzas aéreas aliadas habían interrumpido y

destruido los ataques terrestres alemanes y, cuando el tiempo había sido bueno, el 29 de junio, las fuerzas aéreas habían sido claves para detener los contraataques enemigos.

Los Aliados, además, tenían mucho que celebrar hacia el 1 de julio. La invasión había sido un éxito enorme, a pesar de haber sido lanzada en las circunstancias más difíciles. Sin lugar a dudas, los Aliados habían ganado también la batalla de la acumulación de hombres y material. Cherburgo y toda la península de Cotentin estaban ahora en manos aliadas, y Epsom y los combates alrededor de Tilly no sólo habían desgastado enormemente a dos de las mejores divisiones alemanas, sino que habían frenado en seco cualquier posibilidad de un contraataque alemán coordinado. Puede los Aliados no hubieran abierto una brecha decisiva, pero, a pesar de su modesta escala, de la espantosa meteorología y del muy escaso apoyo aéreo, habían conseguido mucho. A finales de junio, 452 460 estadounidenses y 397 819 británicos y canadienses habían desembarcado, a los que había que sumar otros 25 000 soldados aerotransportados que habían saltado sobre Normandía; eso sumaban 875 000 hombres, unos números con los que los alemanes simplemente no podían competir. Los Aliados iban a ganar; toda la ansiedad, la aprensión y las preocupaciones sobre la posibilidad de que la invasión fuera un fracaso ya se habían perdido de vista.

A pesar de esto, el fracaso en la rápida captura de Caen estaba perjudicando a las grandes líneas del plan aliado, algo que Montgomery se negaba a reconocer abiertamente. En cierto modo, la respuesta de los alemanes, que estaban luchando muy cerca de la costa, estaba beneficiando a las fuerzas de los Aliados. Las líneas de suministro aliadas eran más cortas y, por supuesto, estaban los cañones navales frente a la costa, que estaban ayudando de forma sustancial a castigar a las fuerzas alemanas.

Pero luchar allí también estaba provocando atascos y perjudicando la movilidad. Antes de la invasión, Monty había subrayado lo importante que era que la acumulación fuera rápida. «Es esencial», había dicho en Saint Paul el 7 de abril, «que las fuerzas británicas avancen lo bastante hacia el este y el sur en la fecha más temprana posible para dejar espacio para el despliegue de AMR (Áreas Militares de Retaguardia) y de instalaciones administrativas [510] ». También comunicó que el principal objetivo del Segundo Ejército era el área al sur y sureste de Caen «para asegurar la ubicación de los aeródromos»; en consecuencia, las fuerzas aéreas tácticas habían hecho sus planes contando con que se habría tomado esa zona. Ahora, sin embargo, quitaba importancia a no haber capturado ese terreno rápidamente.

Eso irritaba a todos, pero especialmente a Coningham.

El problema radicaba en que, a pesar del impresionante número de aeródromos que se estaban construyendo a toda prisa en la cabeza de playa, no eran suficientes. Un gran número de alas y grupos tanto estadounidenses como británicos seguían operando desde el sur de Inglaterra, lo que quería decir que eran menos efectivos y estaban menos capacitados para responder rápidamente a los caprichosos cambios del tiempo.

Además, todos los comandantes aéreos estaban frustrados por los ataques de las V-1.

Las rampas de lanzamiento eran estrechas y muy difíciles de bombardear con precisión, y los centros de control estaban situados profundamente bajo tierra y reforzados con paredes espectacularmente gruesas de hormigón. Ni a las fuerzas aéreas tácticas ni a las estratégicas les gustaba atacar estos objetivos de la operación Crossbow; sabían que tenían que intentarlo, pero era frustrante enviar bombarderos y cazabombarderos en estas misiones, puesto que los resultados eran mínimos y esos aparatos podrían haberse empleado en atacar instalaciones petrolíferas, ferrocarriles o columnas enemigas.

Cuanto antes se pusieran en marcha las fuerzas terrestres y consiguieran el espacio para disponer de aeródromos y tomaran las bases de lanzamiento de V-1, mejor. Todo el mundo estaba impaciente, y el carácter de Montgomery exacerbaba ese sentimiento.

Otra razón para la creciente tensión era la dispersión de los cuarteles generales. En el norte de África, Coningham había sido fundamental en la decisión de colocar su cuartel general justo al lado del cuartel general táctico del Ejército, cosa que Montgomery había aplaudido y que, al menos durante un tiempo, había funcionado muy bien. Ahora, sin embargo, no sólo Coningham seguía en Inglaterra, porque allí es dónde estaban la mayor parte de sus fuerzas, sino que el principal cuartel general de Monty permanecía todavía en las cercanías de Portsmouth y era allí donde estaba también el general Freddie de Guingand, su jefe de Estado Mayor. De Guingand compensaba mucha de la falta de encanto de Monty, suavizaba la irritación que generaba su jefe y solucionaba los malentendidos que causaban las lamentables deficiencias de Monty en el trato personal.

Pero no estaba en Normandía y los cuarteles generales de aire y de tierra no estaban uno al lado del otro. Los problemas ya no podían

solucionarse o explicarse fácil y rápidamente, y eso hizo que el resentimiento creciera y se acumulara.

El 27 de junio, Churchill había escrito a Tedder pidiéndole saber qué aeródromos estaban ahora en funcionamiento en Normandía. «Tuve que responder informándole», anotó Tedder, «que estábamos muy por detrás de lo previsto[511]». Esa mañana había treinta y cinco escuadrones de cazas y cazabombarderos en Francia. Había cinco aeródromos en el sector británico y ocho en el estadounidense, todos los cuales habían sido creados por ingenieros aliados. No se había capturado todavía ni un solo aeródromo alemán y, para colmo, dos de los que se habían construido habían tenido que dejar de utilizarse porque estaban demasiado cerca del fuego enemigo, y tres de los aeródromos estadounidenses estaban siendo usados por C-47 Dakotas para traer

suministros de emergencia y, por lo tanto, los cazas no podían utilizarlos. A estas alturas, los Aliados habían planeado tener ochenta y un escuadrones operando en Normandía, así que el déficit era de un 60 por ciento. Los Aliados se vieron ahora en un escenario del huevo y la gallina: la escasez de fuerza aérea estaba perjudicando las posibilidades de que se produjera una brecha decisiva, pero sin una brecha de ese tipo, sólo habría un número limitado de aeródromos y de apoyo de las fuerzas aéreas.

Montgomery creía que las fuerzas aéreas podían hacer más, en cambio, tanto Coningham como Tedder creían que las fuerzas terrestres estaban siendo demasiado lentas y pesadas. Ninguno de los dos bandos en esta disputa tenía razón; el tiempo y el espacio limitaban el apoyo aéreo, mientras que no se podía esperar de forma realista que las fuerzas terrestres se movieran más rápido de lo que lo estaban haciendo, no en ese terreno y contra las fuerzas enemigas que había desplegadas contra ellas.

El 25 de junio, todo el Escuadrón 602 se había trasladado a Francia a su nueva base en Longues-sur-Mer, y aunque era cierto que la *Luftwaffe* apenas hizo un centenar de salidas durante el mismo Día D, eso había cambiado a medida que más unidades enemigas se habían acercado al frente: más de doscientos cazas volaron desde Alemania a Normandía en las primeras treinta y seis horas, y otros cien más para el Día D más cuatro. A finales de junio había más de cuatrocientos en el frente occidental y, aunque era un número muy inferior al que tenían los Aliados, eran suficientes para que los cazas aliados se vieran a menudo combatiendo en el cielo con Me109 y Focke-Wulf 190 y se enfrentaran a cada vez más fuego antiaéreo.

Unos pocos días después, el 29 de junio, el escuadrón había despegado para su tercera operación del día a alrededor de las 7 de la tarde, un reconocimiento armado sobre el frente de batalla. Habían ido hacia el sureste, pero, tras el buen tiempo que había hecho durante el día, de repente volvieron las nubes espesas y empezó a llover.

Pierre Clostermann se encontró aislado del resto del escuadrón, con regueros de agua formándose en su carlinga que corrían hacia atrás hasta una diminuta grieta y desde ahí le goteaban sobre las piernas, para luego ir formando un charquito cada vez mayor en el suelo de la aeronave. Descendió más, para intentar distinguir algo del terreno, convencido de que se estrellaría contra un cable de alta tensión en cualquier momento.

Para colmo, se había perdido. «Empecé a sentir el terror de estar solo en un mundo hostil», comentó. «Esperaba una ráfaga de trazadoras saliendo de cualquier seto, cruce o bosque[512]».

Decidió ascender por encima de la base de nubes y emergió a 10 000 pies de altura, desde donde contempló, un tanto embelesado, la sombra de su Spitfire danzando como

una marsopa feliz sobre las nubes, hasta que, de repente, vio diez puntos negros que se acercaban hacia él. Instantes después los tenía encima: Focke-Wulf, su Spitfire estaba en una inferioridad numérica lamentable. Su única esperanza era esconderse entre las nubes y luego utilizar sus instrumentos para sacárselos de encima, pero eso era más fácil de decir que de hacer. Durante un momento se encontró descendiendo vertiginosamente en espiral, con un par de cazas enemigos sobre él, otro virando frente a su posición y un cuarto bloqueándole la retirada. ¿Dónde estaban los otros? Sólo alcanzaba a ver cuatro; desesperadamente, estiró el cuello y miró en todas las direcciones, y luego tiró con fuerza de la palanca hacia sí, ascendiendo bruscamente y evitando por los pelos una ráfaga de trazadoras, justo cuando un temblor nervioso en su pierna izquierda la inutilizó a efectos prácticos. Se agachó para protegerse con el blindaje que tenía detrás, pero entonces las fuerzas G hicieron que la máscara de oxígeno se le saliera de la nariz y no se la pudo volver a poner. Estaba entrando en pánico y la saliva le resbalaba por el mentón. Más trazadoras y una mirada al retrovisor le confirmaron que cuatro 190 seguían a su cola, el más cercano a menos de cincuenta metros.

Dándole fuerte con el pie al timón, tiró de la palanca con desesperación, luego la empujó de lado y, aunque algunos proyectiles de los cañones enemigos impactaron en su avión y el velo negro de las

fuerzas G le oscureció la visión, la maniobra logró que los aviones enemigos lo perdieran; pasaron bajo él mientras se elevaba verticalmente hacia las nubes. De algún modo, el instinto de supervivencia se había impuesto. Pero continuaba perdido cuando, al emerger brevemente de la nube, divisó otro 190, que probablemente se había separado de los demás. Se acercó a él por la cola y abrió fuego antes de que lo viera. Alcanzó al avión alemán con la primera ráfaga. «Acabó barriendo una hilera de árboles junto a una carretera, cerca de un paso a nivel», escribió Clostermann, «y se estrelló en el campo siguiente, con una explosión[513]». Permaneció a baja altura y al fin reconoció el viaducto de Merville, que habían bombardeado en picado unas pocas semanas antes. Hizo una pasada ametrallando los intentos de reconstrucción y luego puso rumbo a casa. Aterrizó en B-9 con apenas cuatro litros de combustible en el depósito.

Los P-51 Mustang del 354.º Grupo de Caza de Estados Unidos estaban acostumbrándose a su nuevo aeródromo en Cricqueville, aunque ahora que formaban parte otra vez de la Novena Fuerza Aérea volaban de una forma distinta y ya no escoltaban a los bombarderos pesados de la Octava. Por consiguiente, pocas veces operaban como grupo; la mayoría de los días, los tres escuadrones volaban por separado en una combinación de barridos de caza, patrullas de playa, bombardeos en

picado y apoyo cercano a las tropas de tierra. «Esta nueva disposición sirvió para unificar a los escuadrones individuales», apuntó Dick Turner, «pues llevaron a cabo misiones como unidades de combate independientemente del resto de escuadrones.

Pero todos echábamos de menos las grandes batallas aéreas con los alemanes, como en las viejas misiones en grupo[514]».

Seguían, sin embargo, combatiendo ocasionalmente con algún aparato enemigo. El 28 de junio, Turner estaba dirigiendo su escuadrón en una patrulla sobre la cabeza de playa y volaba frente a la costa cerca de Bayeux en dirección a El Havre cuando frente a él divisó cierto número de cazas que descendían en picado desde la base de nubes un poco hacia el este. Dio gas a su avión y maniobró a su aparato en un giro en «S» a babor para aproximarse a los aviones no frontalmente, sino un poco en escorzo, para tener mejor visión e identificarlos rápidamente. Seguían volando en su dirección y se dio cuenta de que era un solitario Me109 perseguido por Spitfire. Durante un instante, Turner se preguntó qué haría el piloto alemán, y luego vio cómo viraba hacia el sur en dirección a Caen. «No tenía pensado perder tiempo siendo educado con nuestros aliados», escribió Turner. «De hecho, fui directamente maleducado[515]». Dando un cerrado viraje

a la derecha con su Mustang, aceleró hacia el Messerschmitt, y se puso a su cola, por delante de los Spitfire. El resto del escuadrón siguió su ejemplo y los Spitfires ascendieron y abandonaron la persecución. Turner se acercó al enemigo y disparó una corta ráfaga que arrancó un trozo del ala del avión alemán. El 109 hizo un brusco giro ascendente a babor, pero Turner lo siguió, cada vez más cerca, y justo cuando el enemigo llegó a la base de la capa de nubes, Turner apretó el botón de disparo de nuevo y lo ametralló desde la base del ala hasta el carenaje del motor. El Messerschmitt desapareció en las nubes dejando una estela de humo y fuego.

Un instante después, el piloto saltó y se abrió su paracaídas. Turner voló en círculos y escapó por los pelos de que le golpearan los restos ardiendo del Messerschmitt derribado, pero siguió al piloto hasta tierra. Cuando el paracaídas se acercó al suelo, Turner vio tropas británicas corriendo hacia él e incluso levantando sus armas. Sólo volvieron a bajarlas después de que agitase vigorosamente las alas. Mientras regresaba a Bayeux, en un bosque cerca de un *château*, vio también como el Me109 descendía planeando y se estrellaba y, anotando mentalmente la ubicación, dio gas de nuevo y subió a reunirse con el resto de escuadrón.

Un poco después, tras aterrizar con seguridad en A-2, agarró al jefe de su tripulación de tierra, Tommy, y *un jeep* y condujo hasta el *château* cerca de Bayeux. En el bosque encontraron el Me109 más o menos intacto. Los dos hombres contaron hasta doscientos agujeros de bala en una zona gratificantemente concentrada. Recortaron la esvástica del estabilizador vertical y, con unos pocos recuerdos más, se dieron por satisfechos y se

marcharon. «No hay nada mejor que un buen combate aéreo», manifestó Turner, «para mantener a los pilotos de caza alerta y ansiosos por volar [516] ».

Aunque otros escuadrones podían pasarse semanas sin ver un avión enemigo, Turner y su 356.º EC sólo tuvieron que esperar un par de días, porque el 30 de junio, tras salir en una patrulla hacia el sur sobre el área de Vire-Caen, enseguida divisaron varios aviones que volaban muy alto por encima de ellos, a unos treinta mil pies.

Ascendieron rápidamente y les dieron caza, con cuidado de mantenerse tras ellos para no ser divisados. Tras más o menos un cuarto de hora, Turner comprobó encantado que eran una escuadrilla de Me109 y, ordenando a su escuadrón que se mantuviera lo más unido posible, se aproximó al enemigo.

Turner escogió el 109 más a la izquierda, pero, o bien juzgó mal la distancia o bien la impaciencia le jugó una mala pasada, porque abrió fuego demasiado pronto.

Inmediatamente, el resto de la escuadrilla enemiga rompió a la derecha, con los Mustang dándoles caza, si bien, por algún motivo, el objetivo original de Turner continuó con el mismo rumbo así que, calculando una mayor caída para sus balas, abrió fuego otra vez con una larga ráfaga que asaeteó el Messerschmitt. El avión empezó a echar humo, pero sin llamas visibles, por lo que Turner se acercó más y le disparó otra ráfaga. El 109 se bamboleó un poco y salió más humo de él, pero no había ningún indicio de que piloto fuese a saltar o de que el avión fuera a entrar en barrena. Turner se acercó todavía más para rematarlo, y lo ametralló a lo largo de las alas y el fuselaje.

Ahora, el dañado avión dio un violento bandazo y cayó en picado boca abajo. Al descender, se incendió abruptamente y las llamas envolvieron toda la nave. Turner estaba mirándolo cuando unas trazadoras pasaron a su lado, seguidas por dos 109

pasaron a su lado descendiendo a gran velocidad. Sin haber recibido ningún impacto, los siguió, abrió fuego y acertó a uno de ellos mientras salía del picado. Al acercarse más volvió a disparar y el Messerschmitt explotó en vuelo. Ése era el tercer avión que derribaba en tres días, y demostraba la diferencia cada vez mayor que existía entre los jóvenes y mal preparados pilotos del arma de caza de la *Luftwaffe* y los curtidos y veteranos ases aliados como Dick Turner. En combate, simplemente no había punto de comparación.

Los bombarderos, mientras tanto, seguían atacando objetivos enemigos por toda Europa. El teniente Smitty Smith y su tripulación del 385.º Grupo de Bombardeo volaban en ocasiones dos veces al día y otras una vez cada dos días, de modo que iban acumulando misiones y el final de su turno de servicio se acercaba cada vez más. El 20

de junio habían bombardeado una fábrica de V-1 en Königsborn, vigesimocuarta misión, lo que debería haber significado que sólo les quedaba una. Pero entonces las reglas cambiaron y ahora tenían que volar treinta y cinco antes de que los enviaran a

casa. Smith estaba molesto, por decirlo suavemente — todos lo estaban —, pero aun así daba gracias por no ser un «machacasuelos» abajo en Normandía. Su bombardero, sin embargo, «Eut» Eutrecht, tuvo algo parecido a una crisis nerviosa durante ese vuelo.

Después de haber llegado al objetivo, todos esperaron a oírle decir «Bombas fuera», pero no dijo nada. Tampoco el avión se elevó como era normal con la liberación del peso de las bombas. En cambio, Eutrecht se quedó sentado completamente tieso, como hipnotizado o congelado donde estaba, incapaz de moverse. «Orejas» Moody, el navegante, consiguió al final que entrara en acción; soltaron sus bombas, dieron gas a los motores e hicieron lo posible por atrapar al resto del grupo. «El subconsciente de Eutrecht hizo que se bloqueara», anotó Smith. «Sé, por mis propios sentimientos, que todos los miembros de nuestra tripulación han estado expuestos a este terrible virus, hemos estado todos combatiendo nuestros demonios y era sólo cuestión de tiempo que acabase con todos y cada uno de nosotros, porque hay un límite a la cantidad de presión que uno puede aguantar [517] ».

A pesar de esto, fueron enviados a Berlín al día siguiente — Eutrecht incluido —, y a bombardear la planta de la Standard Oil cerca de París al día siguiente, así que hicieron tres viajes en tres días. En ese viaje, Orejas Moody fue alcanzado por un trozo de *flak* en el paracaídas, que por lo general ni siquiera solía ponerse. Cuando Smith llamó por el intercomunicador, escuchó que Orejas y Eut estaban peleándose por una chocolatina como si les fuera la vida en ello — Eut decía que se le había caído a él, Orejas decía que la había encontrado y que quien encuentra algo se lo queda —. Era una discusión tonta e innecesaria, otra señal de que todo el mundo tenía los nervios atacados. Siguieron otro par de misiones y luego, tras haber volado veintiocho en menos de ochenta días, toda la tripulación fue relevada y se les dijo que iban a ser enviados a la «granja antiaérea» para que descansaran dos semanas y se recuperasen.

Estas «granjas antiaéreas» eran grandes fincas en la campiña inglesa donde las tripulaciones podían descansar, relajarse y alejarse de la guerra. Smith, sin embargo, las odiaba. Era todo demasiado grandilocuente, demasiado formal. Cuando otro piloto alojado allí se meó en la cama y se marchó de pura vergüenza, Smith decidió irse con él.

Firmó su salida y juntos fueron a Londres, donde se alojaron en una cara habitación del Savoy, bebieron, evitaron las V-1 y fueron al teatro Windmill, donde ligó con dos chicas, pero luego perdió el valor ante la enorme confianza en sí mismas que tenían ellas. «El mito sobre “esos de la Fuerza Aérea, siempre con una chica en cada brazo y un montón de dinero” no era tan maravilloso como parecía», escribió. «Yo estaba en la ruina, atacado de los nervios, y se acercaba el momento de volver al trabajo [518] ». A él y su tripulación les

quedaban siete misiones más por volar.

En 7 de julio, Eisenhower envió una carta a Montgomery, escrita en consultas con Tedder, en la que lo urgía a ampliar la cabeza de playa y conseguir más espacio de maniobra lo antes posible. «Te apoyaré hasta el límite en cualquier esfuerzo que decidas hacer para evitar un punto muerto», le dijo Ike, «y me esforzaré al máximo para adelantar cualquier unidad que consideres necesaria [519] ». Incluso le ofreció enviar una división acorazada estadounidense adicional. «Por favor, ten por cierto», añadió, sólo para remachar su mensaje, «que haré que pase todo lo humanamente posible para ayudarte en cualquier plan que prometa conseguirnos el espacio que necesitamos. El Aire y todo lo demás estará disponible [520] ».

Para entonces, Montgomery estaba activamente tratando de que reemplazaran a Coningham, mientras al mismo tiempo lo ignoraba como canal para solicitar cooperación aérea e iba directamente a Leigh-Mallory. En la reunión de comandantes del aire del 7 de julio, Leigh-Malllory anunció de nuevo que había accedido a apoyar el siguiente intento de Montgomery de tomar Caen enviándole los bombarderos pesados del Mando de Bombardeo. La operación Charnwood, el ataque sobre Caen, debía empezar a la mañana siguiente, lo que no dejaba mucho tiempo para planificar. Ni Coningham ni Tedder estuvieron en la reunión, aunque el jefe de Estado Mayor de Coningham informó de que el Segundo Ejército había solicitado el uso de bombarderos pesados para atacar «4 objetivos consistentes en defensas de "erizos" de hormigón y que, en esta ocasión Mary había sugerido que podrían utilizarse bombarderos pesados [521] ». El mariscal jefe del aire Harris, que sí asistió a la reunión, replicó que tenía trescientos cincuenta bombarderos preparados y que, si los objetivos Crossbow planeados se abandonaban, podía aumentar esa cifra a cuatrocientos cincuenta. Tedder advirtió después a Leigh-Mallory contra utilizar el Mando de Bombardeo; más aun, lo que había sido una operación para destruir unas defensas alemanas muy específicas se había transformado ahora en algo mucho mayor. Tedder creía que los planes no se habían pensado a fondo, ni se habían comprendido lo suficiente los límites de un bombardeo de ese tipo sobre el campo de batalla. Todas las preocupaciones sobre una repetición de Monte Casino que se habían manifestado tres semanas antes seguían siendo perfectamente válidas ahora.

Para cuando los 467 aviones del Mando de Bombardeo partieron, el objetivo original acordado por Coningham había cambiado y ya no eran los pueblos fortificados justo al norte de la ciudad tras las

principales líneas de defensa alemanas. Existía la preocupación, como la hubo en el Día D, de que las bombas se quedaran cortas —

incluso lanzándolas desde la más bien modesta altitud de 8000 pies (2438 metros) — y cayeran sobre tropas amigas, así que los objetivos se cambiaron para que quedaran más

cerca de la propia Caen. Esta solución de compromiso ilustra perfectamente los problemas de los que había advertido Tedder. O bien se utilizaban los bombarderos pesados para atacar un objetivo específico o no se los tenía que utilizar en absoluto. Si los riesgos de tal operación para las propias tropas eran demasiado altos, entonces el Mando de Bombardeo debería haber parado la operación. Si tanto hacía falta tirar bombas sobre unos objetivos, ¿por qué iban de repente a tirarlas sobre otros?

La suerte, sin embargo, estaba echada. El sargento Ken Handley y su tripulación australiana en el Escuadrón 466 estuvieron entre los asignados al bombardeo. «Otro buen ataque diurno sobre un objetivo a las 22.00 horas», anotó Handley con alegría.

«Las explosiones de los antiaéreos contra las nubes les daban un aspecto moteado. El objetivo estaba cubierto de humo donde estaban las concentraciones de tanques **[522]** ».

Excepto que no había ninguna concentración de tanques donde cayeron las bombas, sólo el extremo norte de la ciudad medieval de Caen, que fue destruido por 2276

toneladas de bombas, lanzadas con mucha precisión dentro de una zona de entre 6,5 y 7,8 kilómetros cuadrados, pero sobre un objetivo que no hizo otra cosa que generar enormes cantidades de escombros, restos y cráteres sobre todas las carreteras que llevaban a la parte norte de la ciudad. La universidad fue destruida en su mayor parte y murieron unos trescientos cincuenta civiles. Parece ser que muy pocas tropas alemanas fueron alcanzadas.

Entre el alto mando aliado había cada vez más preocupación de que los ejércitos británico y estadounidense se vieran atrapados en una guerra estática a la que no se veía salida fácil. Los V-1, esos portadores de muerte y destrucción, seguían zumbando sobre el sur de Inglaterra, mientras que en el frente oriental el Ejército Rojo arrancaba grandes franjas de territorio al *Heeresgruppe Mitte* alemán, lo que contrastaba enormemente con los diminutos avances en Normandía. El frente oriental, sin embargo, no tenía la misma importancia estratégica para

Hitler; no dirigió ninguna de sus armas de la venganza contra la Unión Soviética, por ejemplo. Sólo en Normandía podía la Alemania nazi emplear su ejército, armada y fuerza aérea, si bien estas dos últimas armas estaban contribuyendo poco al combate. Una nueva generación de U-Boot venía en camino, pero si se perdían las bases del Atlántico, no habría forma de emplearlos, por no hablar de que, si los Aliados conseguían establecer unas posiciones más firmes sobre el continente, contenerlos se convertiría en misión imposible. Hasta el propio Hitler era consciente de ello.

Una reunión de los principales comandantes aliados podría haber sido entonces de lo más conveniente; habría valido la pena, incluso si para celebrarla había que distraer a Bradley y Monty del campo de batalla temporalmente. Podrían haberse consolado con esta evaluación que acabamos de hacer de la distinta situación estratégica en el frente

oriental y el occidental, y un análisis sereno y razonable del estado de la campaña les habría hecho ver que, aunque pareciera que no estaban avanzando, los alemanes estaban en una situación desesperada que, al final, terminaría llevándolos a la catástrofe. Pero los líderes aliados tenían prisa, y estaban permitiendo que unas asunciones hechas antes de la invasión — las cuales se habían demostrado ya erróneas — alimentaran su impaciencia. Así pues, se ordenaron más asaltos y se aprestó el ariete para otro intento. El absurdo y mal concebido bombardeo de Caen formó parte de estas nuevas acometidas.

Capítulo 25

Bocage sangriento

Con los Aliados desplegados en un frente amplio en su intento de abrirse camino por pura fuerza a través de las líneas alemanas, el combate no daba ningún respiro. Las bajas eran enormes. Se lanzaron nuevos ataques planificados a lo largo de toda la línea de la cresta alrededor de Saint-Lô, mientras que, más al oeste, ahora que la península del Cotentin estaba final y completamente en manos estadounidenses, Bradley pudo dirigir el VII Cuerpo de Collins hacia el sur. A sus hombres les esperaba mucha acción, pues, aunque el foco se había puesto hasta entonces en la batalla hacia el norte para despejar Cotentin y capturar Cherburgo, los alemanes que defendían la línea al sur, al otro lado del área anegada que se extendía hacia el oeste desde Carentan hasta Périers y más allá, habían estado mientras tanto atrincherándose y fortaleciendo sus defensas.

Entre ellos se contaba el *Fallschirmjäger-Regiment 6*, que, en la segunda

mitad de junio, había aprovechado a fondo la pausa de los combates en su sector. Dependía ahora de la 5. *Fallschirmjäger-Division*, que había llegado desde Auxerre, en la Francia central. El *Oberst Von* der Heydte no las tenía todas consigo sobre su nueva división.

Casi ninguno de sus soldados había recibido adiestramiento como paracaidista y apenas el 20 por ciento de sus oficiales habían sido adecuadamente formados o tenían experiencia de combate; la mayoría procedían de unidades de la *Luftwaffe* que se habían disuelto. «No estaba completa la dotación de armas ni equipo ni, de hecho, la de uniformes», escribió, obviamente desesperado. «Sólo el 50 por ciento de las unidades estaban equipadas con ametralladotas, un regimiento no tenía cascos de acero; no había disponibles armas pesadas antitanque y no había vehículos de motor [523] ». Los *Fallschirmjäger* estaban orgullosos de considerarse tropas de élite, pero esta turba era realmente una tropa lamentable. Por otra parte, Von der Heydte había recibido más de ochocientos reemplazos hacia finales de junio para ayudarlo a reconstruir sus castigadas compañías y también habían llegado a su línea varios batallones antitanque con cañones de asalto y Panther. «Nunca antes, ni en Rusia ni en el norte de África», añadió, «habían tenido las tropas del 6. *FS Regiment* tal acumulación de materiales y hombres para un propósito puramente defensivo [524] ». Si bien las divisiones panzer se iban concentrando alrededor de Caen, nuevas unidades estaban llegando a la mitad occidental del frente de Normandía; y, aunque Cherburgo y la península de Cotentin habían caído, el *7. Armee* alemán tenía intención de cumplir las órdenes del *Führer* al pie de la letra. A los estadounidenses les esperaba una batalla dura y sangrienta en el *bocage*, un terreno que favorecía al defensor de forma incuestionable.

El *Fallschirmjäger 6* estaba ahora atrincherado justo al sur del pequeño pueblo de Méautis, a sólo seis kilómetros y medio al suroeste de Carentan; allí la línea del frente no se había movido en absoluto durante casi tres semanas y los paracaidistas tenían intención de hacer pagar a los estadounidenses aquella pérdida aún dolorosa. El *Oberleutnant* Martin Pöppel, que ya había solucionado sus problemas con el *Oberst* Von der Heydte, había recuperado el mando de su 12. *Kompanie*, la unidad de armas pesadas del III. *Bataillon* y, aunque continuaba sin estar al cien por cien, había recibido un nuevo obús de 150 mm y un par de morteros de 80 mm. «El progreso en la consolidación de nuestras posiciones es excelente», escribió el 22 de junio. «Los hoyos individuales están ahora conectados por trincheras para crear una línea unificada y se han hecho agujeros bien disimulados de observación en las paredes de tierra. Las carreteras ya han sido minadas, y cada noche nuestros ingenieros trabajan minando

el terreno frente a nuestras posiciones. El alambre de espino, preparado por nuestros hombres de suministros, también se está colocando en posición [525] ».

Fue también su turno de derribar una problemática torre de iglesia que sabían que los estadounidenses estaban utilizando como puesto de observación. El 1 de julio, uno de sus cañones autopropulsados, un 105, se adelantó y disparó no menos de ocho proyectiles, pero no consiguió destruir la torre. Al día siguiente, se ordenó a Pöppel que lo volviera a intentar, esta vez con su obús de 150 mm. El primer disparo pasó demasiado alto, pero el segundo hizo un agujero que atravesó la torre de lado a lado.

«Ocho disparos», anotó Pöppel, «cada uno mejor que el anterior, pero el monstruo simplemente no quería caer [526] ». Viendo el lado bueno, tampoco era probable que el enemigo pudiera utilizarla en ese estado. Mientras tanto, su mejor francotirador iba acumulando una cantidad cada vez mayor de estadounidenses muertos. Como para demostrar que no era nada personal, prepararon una gran tarjeta blanca con mujeres desnudas dibujadas invitando al comandante estadounidense y a su Estado Mayor a un *show* de variedades llamado «Mujeres de París» el 6 de julio. Durante la noche, una patrulla plantó la tarjeta en una estaca justo delante de las líneas estadounidenses. «Los americanos», escribió Pöppel, «no creerán lo que ven cuando se encuentren nuestra pequeña broma [527] ».

La infantería norteamericana de la 83.ª División, ahora en Normandía y frente al *Fallschirmjäger* 6, claramente no tenía intención de aceptar la invitación, y abrió su ataque con un potente bombardeo de saturación en las primeras horas del Día de la Independencia, el 4 de Julio. Hacia las 6 de la mañana, habían penetrado entre los batallones II y III, de modo que Pöppel, cuyo instinto era contraatacar de inmediato, sugirió enviar su sección de reserva para corregir la situación. Bajo la cobertura de sus propios morteros, se levantaron de sus trincheras y corrieron hacia adelante, pasando entre los cadáveres de estadounidenses muertos, hasta que llegaron a un camino

hundido. Los proyectiles silbaban sobre sus cabezas y las balas restallaban y rebotaban a su alrededor. Entonces oyeron voces en inglés acercándose y, tras señalar a sus hombres que preparasen granadas, Pöppel levantó la cabeza y vio a un estadounidense cargando hacia él empuñando su Thompson. Pöppel agarró su subfusil MP40, disparó y lo abatió, sólo para ver que otro norteamericano emergía a través de otro hueco del seto.

Pöppel levantó su arma y volvió a disparar, pero el estadounidense le disparó también a la vez y sintió como una bala le atravesaba el brazo justo por encima de su codo derecho. «Maldita sea», pensó Pöppel, «pero al menos el americano también ha caído[528]». Se retiró a la relativa seguridad del camino excavado y examinó su herida.

Dolía horriblemente. Todos sus hombres habían seguido avanzando y ahora estaba allí solo, escuchando los sonidos de la batalla y empuñando su pistola con la mano izquierda. Al final, el combate amainó y algunos de sus hombres reaparecieron, entre ellos su ayuda, que le acompañó a la enfermería de campaña. Había tenido suerte: la herida no era mortal y tampoco tendrían que amputarle el brazo. El combate en Normandía, sin embargo, había terminado para él.

Ahora, al lado de la 83.ª División, estaba la 4.ª División de Infantería, que apenas había tenido tiempo de recuperar el aliento antes de que la enviaran al sur a atacar a través del área anegada y pantanosa al suroeste de Carentan. Todavía adjunto a la 4.ª

División estaba el 70.º Batallón de Tanques. El 6 de julio, antes de que el VII Cuerpo de Collins hubiera ni siquiera empezado su ataque, la Compañía A del sargento Carl Rambo fue lanzada contra el *bocage*. Tenían un nuevo comandante de sección que, en opinión de Rambo, parecía tener ganas de que lo hiriesen o mataran. Adjunto a la sección había un Sherman Dozer (excavadora). Gracias a él los Sherman lograron pasar a través de los altos montículos y setos del *bocage*; los Sherman normales simplemente se elevaban al intentar cruzarlos, lo que exponía su parte inferior, más vulnerable, y no conseguían superar el obstáculo. El Dozer, en cambio, arremetía contra el seto como un ariete, abriendo primero un hueco y luego otro, a través de los cuales los demás tanques podían pasar. El nuevo comandante de la sección, ignorando las advertencias de Rambo, cruzó el seto en primera posición y apenas les había indicado que lo siguieran cuando un cañón antitanque oculto en el seto del otro lado de la parcela destruyó su vehículo. El siguiente en pasar fue el tanque de Rambo, con su ametralladora disparando sin cesar contra los setos que había por delante y el artillero disparando proyectiles explosivos con el cañón principal, mientras desde la torreta Rambo ordenaba al conductor que no parara de moverse. Una tripulación se detuvo para intentar rescatar a la primera tripulación, que trataba de salir de su tanque, y sólo les valió para que el cañón alemán también los destruyera a ellos.

Rambo ordenó a su conductor que se moviera a la izquierda, luego a la derecha, pero aun así un proyectil de 88 mm alcanzó la esquina del

carro, junto al copiloto,

arrancando un trozo del tanque, pero, por fortuna, sin penetrar hacia el interior, que estaba lleno de munición. Empezaron ahora a retroceder, disparando constantemente mientras uno de la tripulación de los tanques destruidos se les subía detrás y recibía casi de inmediato un disparo en la pierna. El Dozer giró para retirarse, pero fue alcanzado directamente en el costado y se incendió. Aunque el comandante empezó a salir, las llamas pudieron con él y cayó de nuevo al interior, donde murió calcinado junto con el resto de su tripulación. Utilizando el tanque en llamas como parapeto, Rambo retrocedió y se cubrió tras la relativa seguridad de otro seto. «Ése fue el momento en que me puse más furioso de toda la guerra», recordaba Rambo [529] . La 2.ª

Sección esperaba en la reserva tras ellos y los llamó para pedir ayuda.

—¿Cuál es el problema? —le respondieron —. ¿Acaso el barro es demasiado hondo por allí?

—No —contestó Rambo—, se secará muy rápido: tenemos cuatro tanques en llamas y el mío dañado.

Se retiraron y más adelante esa misma tarde, unos cazabombarderos en picado P-47

Thunderbolt machacaron las posiciones enemigas. Después, descubrieron que uno de los recién llegados Panther alemanes había estado oculto allí. Cuatro de los seis tanques estadounidenses habían sido destruidos en cuestión de minutos. El combate en el *bocage* iba a ser duro. Y lento.

Unos pocos kilómetros al noroeste estaba la 82.ª Aerotransportada, que seguía en la línea a pesar de tratarse de una unidad de tropas de choque diseñada para operaciones rápidas y golpes de mano, a pesar de haber sufrido un 50 por ciento de bajas desde el Día D y a pesar de que sus divisiones hermanas ya habían sido enviadas de vuelta a Inglaterra. El general Matt Ridgway se había quejado a Bradley de ello, pero el comandante del Primer Ejército había insistido en que sus hombres lucharan una batalla más; luego serían relevados y llevados a Inglaterra.

El teniente coronel Mark Alexander había pasado del 505º RPI al 508º, donde también actuaba de Oficial Ejecutivo. No estaba especialmente contento con ello; por lo que a él concernía, era un hombre del 505º. Lo que es más, prefería con mucho dirigir a los hombres en el frente

que tener un puesto administrativo, pero sus protestas habían caído en oídos sordos. Su traslado lo había decidido el general Ridgway y lo había hecho porque tenía dudas sobre el comandante del 508.º, el coronel Roy Lindquist. A Ridgway le parecía que Lindquist no era lo bastante agresivo y que le cuadraba más un papel administrativo. Quería a Alexander allí para que aportara la agresividad y el liderazgo en el frente mientras Lindquist ejercía de director del espectáculo. De hecho,

los papeles de comandante y oficial ejecutivo estaban cambiados, aunque sin la correspondiente inversión en estatus o rango.

El objetivo que se asignó a la 82.ª fue la captura de La Haye-du-Puits, otra pequeña ciudad rural de Normandía que tuvo la desdicha de estar en un cruce de carreteras que llevaban al norte, sur y éste. Los hombres del 505º tenían que tomar una cresta llamada Cota 131 y luego el 508º debía seguirlos, pasar entre ellos y tomar la siguiente posición, la Cota 95, antes de iniciar el avance sobre La Haye-du-Puits. Como se había planeado, la Cota 131 fue capturada el 3 de julio, pero el comandante del 2º Batallón del 508.º fue herido por una mina y, en consecuencia, Alexander tomó temporalmente el mando para el ataque contra la Cota 95, como había hecho en La Fière.

Su 2º Batallón lideraría el asalto a la Cota 95 al amanecer del día siguiente, martes 4

de julio, así que, como quedaba media hora de luz todavía el día 3, Alexander se adelantó para reconocer el terreno en persona. Se arrastró hasta un muro y consiguió retirar una de las piedras y mirar al otro lado con sus prismáticos. Justo frente a él había un estrecho valle con terreno abierto y expuesto antes de la colina, pero a la izquierda había un bosque, que se prolongaba hasta la cima de dicha elevación. También vio dos cañones enemigos en la Cota 95 y estaba bastante seguro de que al menos uno de ellos era un 88 mm. Decidido a atacar aprovechando la protección del bosque por el lado izquierdo de la colina, regresó al puesto de mando de su batallón, telefoneó al coronel Lindquist y le dijo que cruzar por terreno abierto en un ataque frontal sería un suicidio.

«Nos íbamos a tragar directamente todos sus disparos», le dijo [530] .

Tan pronto colgó, los alemanes empezaron a bombardear sus posiciones con morteros. Alexander oyó llegar el primer proyectil de mortero, pero demasiado tarde, y fue alcanzado en la espalda por un par de fragmentos de metralla. No pudo hacer otra cosa que

permanecer tirado en el suelo, maldiciendo su fortuna. Los médicos llegaron pronto a atenderle y, tras vendarlo, lo pusieron en el asiento delantero de un *jeep* y lo llevaron al hospital de campaña más cercano. La herida era profunda y la sangre empapó los vendajes y pronto empezó a caer sobre el asiento. Para cuando finalmente llegaron al hospital, estaba sólo consciente a ratos, pero los servicios médicos estadounidenses eran fantásticos y, tras una cirugía de emergencia, se descartó lo peor.

Pasaría una mala temporada, pero sobreviviría.

Eso era más de lo que podía decirse de algunos de sus hombres. Su propio oficial ejecutivo, el capitán Chet Graham, tomó el mando del batallón y recibió órdenes del coronel Lindquist de atacar frontalmente, a través del terreno abierto, en lugar de aproximarse por el bosque como había sugerido Alexander. Ya quedaban sólo doscientos veinticinco hombres en el batallón de los seiscientos cuarenta que habían

saltado el Día D. A pesar de tenerlo todo en contra, consiguieron cruzar el campo abierto y asaltar la colina. Alrededor de las 4 de la mañana del día 5 la habían asegurado. Pero el coste fue terrorífico: casi un 50 por ciento de bajas. Fue, al menos, su última acción de combate durante un tiempo. Como la 101.ª Aerotransportada, había llegado la hora de que los «All Americans» fueran retirados del frente y enviados de vuelta a Inglaterra.

El *bocage* era igual de denso y complicado al noreste de Saint-Lô, donde los alemanes estaban ahora atrincherados a lo largo de la suave cresta que dominaba los más o menos veinticinco kilómetros de terreno hasta la costa. Desde la base de la península de Cotentin hasta Caumont e incluso más allá, en los sectores británico y canadiense había una sucesión de pequeños pueblos y aldeas unidos por estrechos y sinuosos caminos y carreteras, ninguno de los cuales estaba asfaltado, sino que estaban hechos de grava y tierra compactada. Todas las carreteras, todos los caminos hundidos y todos los campos estaban bordeados por esos setos sobre terraplenes. La mayoría de los campos tenían sólo unas pocas hectáreas. El coronel Tick Bonesteel, del equipo de planificación del 21.º

Grupo de Ejércitos de Estados Unidos, había advertido a los planificadores del Primer Ejército sobre los peligros potenciales de este terreno, e incluso había informado a la 1.ª

División de Estados Unidos — la Big Red One — con bastante detalle.

A pesar de esto, y pese a que buena parte del entrenamiento del Primer Ejército en el suroeste de Inglaterra se hizo en un paisaje en el que los campos eran pequeños y los setos igual de altos que en Normandía, el énfasis del entrenamiento se puso en la forma física, en las armas, en los asaltos a las playas y en atacar posiciones enemigas fijas, y se había pensado poco — si es que se había pensado algo — en cómo atacar a un enemigo atrincherado en los setos. «Así que se produjo lo que yo calificaría, como mínimo, de una apreciación imperfecta del terreno», comentó Bonesteel. «No habíamos entrenado las técnicas de combate especiales necesarias para abrirnos paso a través del *bocage* [531] ».

El reto era cómo atravesar un seto y cruzar el campo hasta el siguiente seto sin acabar acribillado. Los defensores alemanes podían colocar ametralladoras en cada una de las dos esquinas tras el terraplén de un seto. Entre estas dos esquinas se atrincherarían los soldados de infantería. Uno o dos campos más atrás estarían los equipos de morteros. Daba igual la forma en la que los estadounidenses intentaran atravesar el seto, inevitablemente, quedarían expuestos y serían acribillados por el fuego cruzado de las dos ametralladoras, que cubrían hasta el último palmo del campo.

En muchos sentidos, los setos ofrecieron a los alemanes una defensa mucho mejor y más efectiva que los búnkeres de hormigón. El hormigón era fijo y estaba anclado a un punto, mientras que los setos ofrecían una defensa flexible mucho más práctica, puesto

que las tropas podían moverse libremente por detrás de ellos o incluso retirarse al seto del siguiente campo. El problema para los alemanes, como sus detallados panfletos de instrucción señalaban de inmediato, era que, en un terreno con ese tipo de setos, se veía poco de lo que sucedía delante. Ciertamente, durante los primeros combates tierra adentro tras la invasión, habían tenido que adivinar por dónde atacaría el enemigo y con qué fuerzas porque carecían de reconocimiento aéreo que fuera sus ojos sobre el campo de batalla.

Desde la cresta alrededor de Saint-Lô, sin embargo, los alemanes podían ver, en su mayor parte, a los estadounidenses, desde lo que llamaban la *Hauptkampflinie* —

HKL —, la principal línea de defensa, que había sido establecida por la 352. *División* antes de la invasión y que se había preparado con toda una serie de hoyos de tirador y posiciones de disparo. Las carreteras y cruces de carreteras clave, mientras tanto, se habían reforzado con cañones antitanque bien ubicados, como el tan temido 88 mm y el Pak

40 de 75 mm, que era también un arma de alta velocidad e igual de letal. Para defender la cresta de forma efectiva no necesitaban una gran cantidad de tropas. Un poco de artillería bien colocada, tantos morteros como fuera posible y un número decente de ametralladoras y de francotiradores bien preparados podían frenar el avance de una fuerza muy superior de forma muy efectiva. Los alemanes iban cortos de material, pero tenían suficientes de esos elementos para detener a los estadounidenses.

Una característica del terreno especialmente preocupante para los estadounidenses era la Cota 192, cerca del pueblo de Saint-Georges-d’Elle, desde donde tenían vistas que dominaban todo el paisaje directamente hasta la costa y que estaba cubierta por un mosaico de densos setos, caminos hundidos y bosquecillos. La 2.ª División «Warrior»

(«Guerrera»), en el flanco derecho de la Big Red One, tenía asignada la misión de despejar esa cota. Habían atacado por primera vez el 11 de junio, pero no habían conseguido avanzar nada; luego, habían lanzado un segundo asalto el día 16. Aunque en esta ocasión consiguieron llegar a la cima, habían sido expulsados de ella y cuatro días después tuvieron que retroceder; no había habido el suficiente apoyo de artillería ni tampoco se había hecho el trabajo de patrulla por las noches para localizar las posiciones enemigas, pero el problema más importante era cómo atravesar los setos sin que la infantería fuera masacrada. Aunque la fuerza aérea y la artillería podían, sin duda, ayudar, lo que realmente hacía falta eran Sherman que trabajasen en conjunto con la infantería. En un escenario ideal, un Sherman irrumpiría a través del centro de un seto, dispararía su cañón de 75 mm contra las dos esquinas opuestas y destruiría los nidos de ametralladoras, para luego rociar el seto entero con fuego de MG mientras la infantería se desplegaba en abanico desde detrás del carro. El problema era que el terraplén bajo el seto, y luego el seto en sí, eran demasiado para el tanque, que simplemente se elevaba, pero era incapaz de atravesarlo. Los tanques excavadora

podían funcionar, como lo habían hecho para el 70.º Batallón de Tanques, pero, en general, sólo las unidades que habían desembarcado el Día D tenían tanques de este tipo. Esta incapacidad de atravesar los setos estaba haciendo que los tanques fueran casi inútiles; la «Esquina Kraut[532]» y la «Rifa de Corazones Púrpuras», se habían convertido en zonas de muerte para los chicos de la 2.ª División en cuanto salían de sus hoyos, pues la 3. *Fallschirmjäger-Division* que defendía la cresta, bien dotada de ametralladoras, se cobró un precio terrible.

Los hombres de la 29.ª División de Estados Unidos no estaban tampoco consiguiendo avanzar significativamente y, hacia el 1 de junio, se pasaban el día metidos en hoyos de tirador cada vez más sofisticados mientras los dos bandos se atacaban con cañones, francotiradores y morteros. Ese día, el sargento Bob Slaughter estaba haciendo más mejoras a su hoyo cuando llegó el capellán con noticias de casa. Su padre había muerto en mayo de un aneurisma, con sólo cuarenta y nueve años. Casi no pudo digerir las noticias. «No hubo», escribió, «tiempo para el duelo [533] ». En cualquier caso, estaba mirando a la cara a la misma muerte, especialmente dado que estaban atrincherados en una pendiente descendente con el enemigo justo un poco más allá, al otro lado de una estrecha quebrada. Un pelotón estaba especialmente en la línea de fuego y cuando un francotirador mató a su comandante, el sargento primero Mackay, se ordenó a Slaughter que fuera hasta allí y lo sustituyera.

Corrió agachándose por un camino hundido hacia las posiciones de su nuevo pelotón. Todos los hombres estaban refugiados en sus hoyos y a Slaughter le irritó que parecía que nadie estaba montando guardia. Comprendiendo que tenía que mostrar liderazgo, levantó lentamente la cabeza sobre el seto y miró a ambos lados. Al cabo de sólo unos segundos, su casco salió volando y él cayó hacia adelante sobre manos y rodillas con la sangre resbalándole por el rostro. Durante unos segundos, creyó que iba a morir, pero había tenido suerte; la bala del francotirador había impactado en la pequeña visera de su casco y pasado entre el casco y la estructura de acolchado y sujeción, sólo rozándole la cabeza al pasar. No era sorprendente, por lo tanto, que los estadounidenses apenas pudieran moverse.

Los francotiradores, sin embargo, no trabajaban bien de noche y esto permitió a los estadounidenses realizar muchas patrullas para capturar prisioneros y localizar las posiciones enemigas, cuya ubicación se comunicaba a los equipos de morteros y a la artillería. Karl Wegner, ahora atrincherado en la cresta frente a Bob Slaughter y el resto de la 29.ª División de Infantería, odiaba las noches. «Los setos eran nuestros aliados durante el día», dijo, «pero, por la noche, no eran amigos de nadie [534] ». Fue durante una patrulla nocturna, por ejemplo, cuando por fin se tomó la Esquina Kraut, que dominaba cualquier avance por la carretera que ascendía la cresta hacia la Cota 192. La

noche del 6 de julio, el teniente Ralph Winstead del 38.º de Infantería de la 2.ª División de Infantería, dirigió una pequeña patrulla que avanzó por el campo, al amparo de la oscuridad y cubierta por un bombardeo con morteros previamente acordado, hasta que se encontró a sólo unos metros de las posiciones de las ametralladoras

alemanas al otro lado del seto en las esquinas del campo. Desplegando en silencio un torpedo Bangalore, dispararon la carga y luego se levantaron y cargaron contra la posición. Mataron a once hombres, se hicieron con documentos enemigos clave y regresaron sanos y salvos a sus propias líneas.

Mientras tanto, alrededor de Caen seguían los combates. Los canadienses de la 8.ª

Brigada recibieron órdenes de capturar el aeródromo de Carpiquet antes de que se lanzara el ataque principal sobre Caen. Durante gran parte de las tres semanas anteriores, los Rifles de la Reina habían estado atrincherados entre Bretteville-l'Orgueilleuse y Le Mesnil-Patry; fue a través de estas líneas por las que había pasado el VIII Cuerpo británico para la operación Epsom. El 3 de julio alcanzaron el pueblo de Marcelet, a alrededor de un kilómetro y medio al oeste del aeródromo de Carpiquet, que todavía estaba en manos de la 12. SS «Hitlerjugend» de Kurt Meyer. La inteligencia de comunicaciones alemana había detectado un aumento de tráfico de radio y había acertado en que el ataque era inminente, así que estaban preparados, aunque Meyer estaba seguro de que el ataque supondría el ingreso de su división en el Valhalla.

Su 12. SS hacía tiempo que había llegado a un punto en que no podía funcionar adecuadamente. Su *Panzergrenadier-Regiment* 26, que había llegado a Normandía con tres batallones completos, había sido reducido al tamaño de un único y debilitado batallón. Su fuerza panzer se había reducido en tres cuartos. De su batallón de reconocimiento sólo quedaba una compañía hecha de retazos — quizá unos cien hombres —, mientras que su batallón de ingenieros había sido aniquilado por completo. Uno de los batallones de artillería también había sido totalmente destruido.

La munición escaseaba y toda su división se había visto reducida a un *Kampfgruppe*; sólo el *Panzergrenadier-Regiment 25*, que seguía defendiendo la parte occidental de Caen, permanecía en condiciones aceptables. A pesar de todo, su superior en el 1. *SS-Panzerkorps*, el *Oberstgruppenführer* Sepp Dietrich, seguía encomendando a la 12. SS la parte del león de la defensa de Caen; a su derecha había una débil división de campo de la *Luftwaffe*, mientras la 21. *Panzer* permanecía al este del río Orne. Dietrich era un buen nazi y un soldado valiente, pero no era precisamente el más listo de la clase. Como muchos oficiales sénior de las *WaffenSS*, había empezado siendo un matón callejero. No había recibido educación, no tenía preparación militar de Estado Mayor y, decididamente, había sido ascendido por encima de

sus capacidades, pero el caso es

que cada vez más se encomendaba a hombres como Dietrich la tarea de mantener el esfuerzo bélico alemán. Lo que les faltaba en preparación y conocimientos militares lo suplían con lealtad. Dietrich era completamente fiel al *Führer*.

Meyer estaba resignado. Sabía que la orden del *Führer* de combatir hasta el último hombre comportaba el fin de la división. «Queríamos combatir», escribió. «Estábamos preparados para dar la vida, pero la lucha debía tener sentido. Me enervaba tener que dejar que mis jóvenes soldados se desangraran entre los escombros de la ciudad. Había que preservar a la división para un tipo de combate más flexible [535] ». Tenía razón; los éxitos alemanes en los primeros años de la guerra se habían fundamentado sobre la flexibilidad, la rapidez de maniobra y la capacidad de los comandantes en la línea de fuego de emplear su formación, experiencia y juicio para tomar decisiones tácticas. Esa flexibilidad se había evaporado desde el instante en que Hitler había tomado en persona el mando del ejército en diciembre de 1941, tras el fracaso en la captura de Moscú.

En el pueblo y el aeródromo de Carpiquet, Meyer tenía sólo alrededor de doscientos hombres, aunque también había escondido varios tanques entre los hangares destrozados con una función anticarro, así como una batería de 88 y algunos *Nebelwerfer*, todos ellos apuntando a carreteras y posiciones clave. Puede que estuvieran debilitados, pero, en funciones defensivas, estos hombres suponían todavía una amenaza notable, como descubrió la 8.ª Brigada canadiense cuando los atacó el 4 de julio, con el habitual e intenso bombardeo de artillería previo al inicio de su asalto.

Meyer estaba con sus granaderos panzer en los hangares de la parte sur del aeródromo cuando empezó el bombardeo, y contempló desde la entrada de un búnker cómo el pueblo del otro lado desaparecía tras una cortina de humo y polvo mientras los hangares y los edificios del aeródromo eran aniquilados. Los aviones Typhoon los sobrevolaban sin cesar, entre ellos Ken Adam y los hombres del Escuadrón 609. Cuando la infantería y los blindados canadienses emergieron de entre el humo, no obstante, los defensores de Meyer salieron de sus refugios y hoyos y abrieron fuego. Los Rifles de Winnipeg sufrieron especial castigo, destrozados por los 88 y las ametralladoras alemanes.

El sargento Charlie Martin y su Compañía A estaban a la derecha de los Rifles de Winnipeg y recibieron órdenes de ocupar terreno y algunos de los edificios y hangares destruidos en el extremo

nororiental del aeródromo. A pesar de que contaban con un sólido apoyo de artillería, era un reto difícil, porque el terreno era llano y despejado y, de nuevo, no podían hacer otra cosa que cargar y confiar en que el humo y la niebla del combate les dieran cobertura suficiente. La Compañía A se lanzó al ataque, con las secciones a cierta distancia una de otras y con un pelotón de diez hombres en

vanguardia, mientras los otros dos daban fuego de cobertura para luego pasar adelante.

Después de haber tomado varios edificios, los Rifles de la Reina recibieron órdenes de atrincherarse y mantener la posición. «Fue terrible», anotó Martin. «Tuvimos que atrincherarnos en la pista y en parte del viejo hangar. El enemigo veía todos nuestros movimientos [536] ».

Aunque los defensores se aferraron tenazmente a la parte sur del aeródromo, los hombres de Meyer no consiguieron retener Carpiquet. Por difícil que hubiera sido para los asaltantes, había sido todavía peor para los hombres de las SS, cuyo inevitable contraataque fracasó de forma también inevitable. Entre los granaderos panzer que defendían el pueblo no sobrevivió ni un solo suboficial. Meyer le suplicó a Dietrich que le permitiera retirarse, pero, de nuevo, éste hizo oídos sordos a su petición. Las órdenes del *Führer* eran claras.

Hacia el 7 de julio, el 1.º de Voluntarios de Northamptonshire se había desplazado un poco hacia el este, hasta el pueblo de Fontaine-Henry, y se había desplegado a lo largo de un seto en una cuesta. Frente a ellos estaba el bosque de Lébisey y, más allá, la ciudad medieval de Caen. El cabo Ken Tout todavía no había entrado en acción, aunque ya había visto más que suficiente muerte para arromar su anterior ánimo aventurero.

En primer lugar, estaba el tanque alemán quemado cerca de Creully. La curiosidad les había podido, así que su tripulación y él se habían subido al vehículo y cometido el grave error de mirar hacia el interior, donde todavía estaban los tripulantes calcinados y encogidos. «La carne humana quemada y la pólvora inflamada y los excrementos de un millón de voraces moscas», escribió Tout, «crearon un aura tan horrorosa que golpeó nuestros sentidos y nos hizo retroceder [537] ». Luego notaron el cada vez más desagradable olor de un alemán muerto no demasiado lejos, así que se les ordenó enterrarlo. Cavar la tumba, con el suelo todavía suelto por la lluvia, no fue demasiado duro y se aseguraron de hacer un hoyo grande y profundo con la esperanza de acabar con aquel terrible, omnipresente y penetrante

olor dulzón. Una vez cavada la fosa, fueron corriendo a por el cadáver para lanzarlo dentro, pero el brazo por el que lo agarró Tout se deshizo. Tras vomitar, echaron los restos descompuestos del hombre al hoyo y los taparon rápidamente con tierra. No fue una ceremonia fúnebre digna para el pobre hombre.

Corría el rumor de que se dirigían a Caen, pero antes de que les ordenaran ponerse en marcha vieron cómo el Mando de Bombardeo de la RAF volaba sobre sus cabezas y destruía la parte norte de la ciudad. Tout y sus compañeros oyeron a los bombarderos pesados mucho antes de verlos: un zumbido profundo que se intensificó gradualmente

hasta convertirse en un trueno que parecía estallar en sus cráneos. Incluso cuando los divisaron, al principio no eran más que puntitos en el cielo, demasiado pequeños para ser la fuente de aquel enorme ruido que entonces, increíblemente, siguió aumentando de volumen, de modo que hasta el último rincón del aire parecía atravesado por un rugido atronador. Intentaron contarlos, pero pronto abandonaron cuando las docenas se convirtieron en cientos, una visión casi inexplicable de un poder descomunal. Desde el suelo empezaron a ascender arcos de balas trazadoras, que por sí mismas eran un espectáculo extraordinario de luz, pero la enorme flota siguió rugiendo, al parecer inmune a ellas. Luego las bombas empezaron a caer y, desde donde estaban junto a sus tanques, sintieron los impacto y las ondas expansivas que lo siguieron. «¡A por ellos, muchachos!» **[538]** , jalearon. Una vez esta oleada de destrucción colosal hubo pasado, supieron que atacarían la ciudad al día siguiente junto a la 3.ª División británica y a los canadienses, como parte de la operación Charnwood.

—Es la hora de la verdad —dijo Tommy Tucker, el cargador de su tripulación —.

Todos los demás capullos de los ejércitos británico y canadiense ya lo han intentado sin éxito. Tendremos que ser los Voluntarios de Northamptonshire los que liberemos

Caen **[539]** .

—Espero que *Jerry* se haya ido antes de que entremos — añadió Stan «Hickie»

Hicken, el conductor.

La operación Charnwood, el ataque sobre Caen, fue precedida, como

de costumbre, por un inmenso castigo procedente de los cañones navales, la artillería y las fuerzas aéreas tácticas. «Se estremecieron todos los rincones de nuestro sótano», notó Kurt Meyer, que estaba refugiado en su puesto de mando cerca del borde suroeste de la ciudad. «Sobre el mapa, iluminado por velas, cayó una capa de polvo y yeso [540] ». Los canadienses, que atacaban desde el noroeste, tomaron Authie al asalto y empezaron a atacar la abadía de las Ardenas, el primer puesto de mando de Meyer, que ahora defendía el *Obersturmbannführer* Karl-Heinz Milius y su *Panzergrenadier-Regiment* 25. Por la tarde, todos los comandantes de compañía de su II. *Bataillon* habían muerto. A su derecha, la 16. *Luftwaffen-Felddivision* estaba rompiéndose. Meyer dio permiso a Milius para evacuar la abadía esa noche con todos los heridos refugiados en un improvisado hospital de campaña en los sótanos.

Más temprano esa mañana, los hombres del I.º de Voluntarios de Northamptonshire habían avanzado hacia el bosque de Lébisey. Ken Tout se maravilló al ver varios miles de soldados y tanques extendidos en una formación de ataque y listos para avanzar,

aunque, de un modo inquietante, cerca del punto en que se habían situado para empezar el avance, yacía muerto un mensajero británico con sus brazos y piernas en cruz, como crucificado en lo alto de un seto, quizá arrojado allí por una explosión, seguramente la misma que había enviado su moto todavía más alto en el mismo seto.

Ya era por la tarde cuando por fin se pusieron en marcha, a través del bosque de Lébisey y salieron al terreno abierto con vistas al amplio valle del río Orne hasta las chimeneas de Colombelles, en las afueras industriales de Caen. La infantería se dividió a ambos lados de los blindados.

«Operador, cargue el 75 con explosivo», ordenó el comandante, el cabo «Snowie»

Snowdon, por el intercomunicador. El asiento del artillero estaba a la derecha de la torreta y del cañón principal de 75 mm, el cargador viajaba al otro lado del cañón y el comandante iba sentado detrás, con la cabeza sobresaliendo por encima de la torreta.

Todos llevaban auriculares. El Sherman era el único entre todos los tanques en Normandía que contaba con un estabilizador giroscópico en el cañón, lo que significaba que podía disparar con más precisión en movimiento que otros tanques. Tout, como artillero, el comandante y el cargador se sentaban en una cesta cónica de malla metálica que

giraba con la torreta, mientras que el conductor y el copiloto se sentaban más adelante, a la izquierda y derecha respectivamente, y accedían al vehículo por sendas escotillas que estaban delante de la torreta. Ambos podían conducir sacando la cabeza por esta escotilla, o podían cerrarlas, bajar sus asientos y utilizar sus periscopios. Desde su posición junto al cañón, Tout utilizaba un periscopio y tenía control de la torreta y de la mira del cañón, que tenía marcada una retícula para mejorar la puntería. El comandante, sin embargo, tenía un interruptor de anulación con el que podía cruzar la torreta rápidamente si necesitaba hacerlo. A sus pies, Tout tenía dos botones — el derecho era para disparar el cañón de 75 mm, el segundo para disparar la ametralladora de calibre 30 —. Había munición almacenada por todas partes, tanto proyectiles perforantes — en inglés, *armor piercing* —, que eran de acero sólido, como proyectiles explosivos, que tenían una carga explosiva en la punta que estallaba al impactar o con una demora. La munición estaba apilada en columnas por los lados de la torreta y abajo, en el casco del tanque, junto al conductor y el copiloto. La proximidad de todas estas cargas explosivas, que estaban tan cerca de las cabezas de la tripulación, en un espacio tan pequeño no era algo sobre lo que los tanquistas quisieran pensar demasiado.

«Hola, a todas las unidades, Yoke», se oyó ahora por la frecuencia fijada «A» pero todavía audible por el intercomunicador. Era el comandante del Escuadrón C. «Hay elementos indeseables en algún punto entre esas chimeneas. Ved si podéis abatirlos [541] ».

Cargaron el cañón con proyectil explosivo y Tout miró por el telescopio, apoyando la frente sobre la almohadilla de goma, y realizó un primer disparo de calibración, que hizo que todo el tanque se estremeciera por el retroceso. Siguió con la mirada su propio hilo trazador y vio cómo el tiro iba hacia el objetivo pero se quedaba corto.

—¡Corto! Arriba doscientos — ordenó Snowdon.

Tout disparó de nuevo mientras un proyectil enemigo impactaba contra el suelo incómodamente cerca, y luego siguió disparando, como hizo el resto de la unidad, pero las chimeneas de hormigón siguieron intactas, aparentemente inmunes desde esa distancia. Pronto desaparecieron por completo, envueltas en humo.

Más o menos al mismo tiempo, el *Standartenführer* Kurt Meyer casi murió enterrado vivo cuando el edificio en el que tenía su puesto de mando fue alcanzado por bombarderos de la Segunda Fuerza Aérea

Táctica. Por suerte para él, ya se había refugiado en el sótano, aunque las explosiones fueron tan potentes que apagaron todas las velas y llenaron tanto el aire de polvo que él y su equipo de Estado Mayor apenas habían podido respirar. Un joven soldado, al que la onda expansiva empujó hacia la entrada del sótano, tuvo una crisis nerviosa. Todos sus vehículos de radio en la superficie fueron destruidos.

Ya había oscurecido para cuando el Escuadrón C del 1.º de Voluntarios de Northamptonshire avanzó hacia las ruinas de la ciudad. El tanque de Ken Tout iba en vanguardia. En segundos pasaron de desplazarse entre verdes praderas a oír el ruido de las orugas sobre los escombros, con el Sherman cabeceando arriba y abajo como un barco mientras lo maniobraban sobre los cráteres y montículos de ladrillos y piedra.

«Bueno, al menos», dijo el cabo Snowdon, «ya estamos en Caen [542] ». Todos estaban pasmados. Caen, o al menos el norte de la ciudad, había desaparecido. Sólo quedaba un páramo de ruinas, envuelto en el empalagoso y horrible hedor de la muerte.

Ascendieron un montículo de escombros y luego resbalaron cuesta abajo. Tout no podía ver nada por su periscopio y se lo dijo al comandante.

«Está bien», contestó Snowdon. «Desde aquí arriba tampoco se ve nada. Si es necesario, dispara a ciegas con el setenta y cinco y con un poco de suerte el cañonazo les asustará más a ellos que a nosotros [543] ».

Ascendieron otra de esas montañas de ladrillo y piedra y, cuando pasaron la cima, Hicken, el conductor, perdió el control y el tanque se caló. Tucker empezó a cantar la tradicional nana «The Grand Old Duke of York [544] ».

Snowdon bajó al casco y le dijo a Tout que hiciera guardia mientras él salía a conferenciar con los Fusileros del Úlster y el comandante del escuadrón, el teniente Bobby McColl. Al final, regresó y subió de nuevo a la torreta.

«No se puede pasar», dijo. «Bobby está de acuerdo. Los del Úlster dicen que no tiene sentido que nos quedemos aquí. Vinimos, vimos y conquistamos. Y no nos ha servido para absolutamente nada [545] ». Desde luego, no había ningún enemigo disparándoles.

No parecía que entre el pecio que era el norte de Caen hubiera ni un

alma a parte de ellos.

Todavía tenían que salir del cráter en el que se habían metido, pero Hicken consiguió encender de nuevo el tanque y sacarlos marcha atrás. «Dimos media vuelta, aplastando las ruinas de lo que habían sido hogares de la gente», escribió Tout, «y volvimos por dónde habíamos venido [546] ».

Más tarde esa noche, Kurt Meyer había pedido de nuevo a Dietrich que le permitiera evacuar la ciudad y, de nuevo, su petición había sido denegada. Esta vez, sin embargo, Meyer decidió desobedecer y dio órdenes de que sus hombres empezaran a replegarse… es decir, aquellos de sus hombres que seguían vivos. El regimiento de Milius había sido prácticamente destruido. No sólo había el II. *Bataillon* perdido a sus oficiales, sino que ahora lo mismo le había sucedido al III. *Bataillon*, que estaba reducido a poco más de un centenar de combatientes, sólo un 15 por ciento de su dotación completa. «Los soldados de la 12. SS *Panzer Division* estaban al borde de su resistencia física», escribió Meyer. «Habían ido a la guerra unas semanas antes con el rostro fresco y sonriente. En este punto, los cascos de acero con camuflaje y llenos de barro proyectaban su sombra sobre unos rostros demacrados cuyos ojos miraban demasiadas veces hacia otro mundo. Los hombres ofrecían un cuadro de profunda desgracia humana [547] ». Sucedió que el general Hans Eberbach, el reemplazo de Geyr von Scweppenburg, también ordenó la retirada de Caen esa noche hacia la orilla este del Orne.

Tras cinco días sentado precariamente en un hoyo de tirador en un extremo del aeródromo, el sargento Charlie Martin se sintió profundamente aliviado cuando los hombres de las SS al fin se retiraron. Aquello no había sido nada bueno para los nervios de nadie. Al final, salieron de sus hoyos y cruzaron el campo abierto hacia el sur; la batalla por el aeródromo había costado al batallón otros setenta hombres, entre ellos el

compañero de Martin, Frank Mumberson, que había perdido un brazo. Partió hacia el hospital de campaña en la parte de atrás de un transporte de tropas, con el muñón envuelto en vendas y fumando un puro. «¡Nos vemos, en casa!», le dijo al marcharse.

Martin lo vio alejarse. Estaba exhausto, sucio y destrozado por su primer mes de combate.

Capítulo 26

Viviendo como zorros

«Me he sentido demasiado enferma y cansada durante unos días como para escribir», escribió Mary Mulry en su diario el 9 de julio. «A Len le quitaron los vendajes esta mañana. Puede identificar objetos con el ojo izquierdo, aunque muy borrosos. Son buenas noticias. Todo el mundo está muy contento por él [548] ». Considerando el espantoso estado de Len cuando llegó, era poco menos que un milagro no ya que pudiera ver, sino que siguiera vivo. Decía mucho de Mary y de todos los médicos y enfermeras del hospital, pero también de las técnicas quirúrgicas, que estaban mejorando rápidamente, y de la introducción de la penicilina, el antibiótico maravilloso que tan efectivo era combatiendo las infecciones bacterianas. Era una ciencia médica completamente nueva, y los alemanes no la tenían. Los hospitales estadounidenses eran todavía mejores; uno de cada cuatro pacientes que ingresaba en los hospitales de campaña estadounidenses en Normandía era curado y podía volver al frente. Para lo habitual en la guerra, era un hito notable, sobre todo porque estos hospitales solían funcionar entre un barro o un polvo terribles, según fuera el caso.

La diversidad de heridas era extraordinaria y Mary se encontró a sí misma teniendo que lidiar con heridas que no eran físicas, otra área donde se habían conseguido grandes avances. Un oficial, el teniente Martin, tenía sólo veinte años y acaba de licenciarse en la Academia Militar de Sandhurst. Aunque no tenía heridas, estaba completamente encerrado en sí mismo y no podía hablar. «Este joven necesita mucho más tiempo del que podemos dedicarle», apuntó Mary. «Necesita sedantes, tranquilidad y tratamiento para recuperar el habla». Por otra parte, le emocionaba ver cómo los demás enfermos del pabellón reaccionaban ante él con compasión y cariño. El teniente Martin temblaba constantemente, así que algunos de los pacientes «que estaban mejor [549] » lo ayudaban a comer.

Muchos casos, sin embargo, estaban más allá de las posibilidades curativas de la medicina moderna. Un día, llegó al hospital un convoy de jóvenes canadienses de la batalla de Carpiquet, todos ellos calcinados tras un incidente con fuego amigo en el que fueron confundidos con alemanes y quemados con lanzallamas. Literas y más literas de cuerpos abrasados llenaron la tienda. Algunos de los hombres agonizaban en silencio, otros gritaban. «Tenían los cuerpos negros, su aspecto era horrible», escribió Mary. «Les dimos morfina y más morfina y contemplamos impotentes como morían. Sacamos a los fallecidos del pabellón y continuamos tratando de salvar a los vivos. Eran todos tan jóvenes y estaban tan asustados [550] ».

Una generación antes, miles de jóvenes fueron masacrados en el frente occidental, pero incluso aquellos hombres habían sido regularmente sacados del frente en una rotación, y entre una gran ofensiva y la siguiente — y había que tener mala suerte para participar en más de una de ellas al año — no sucedía gran cosa. Había un bombardeo constante, y patrullas nocturnas, y también francotiradores, pero estos peligros resultaban también familiares a cualquiera de los que combatían en Normandía. Ahora, sin embargo, los hombres podían estar en el frente durante semanas seguidas. Gente como Bob Slaughter y los chicos del 116.º de Infantería, o del 4.º de Infantería, o los canadienses de la 8.ª Brigada, o los tanquistas de los Rangers de Sherwood se habían hallado en el apogeo de la acción constantemente y sin pausa. Y si podía decirse esto de los aliados, era todavía más cierto para los alemanes; Karl Wegner llevaba en el matadero desde el Día D. Lo mismo Hans Heinze y Kurt Meyer. La 5. *Kompanie* de Meyer estaba sufriendo deserciones, sobre todo de los *Volksdeutsche*, soldados de etnia alemana de fuera de Alemania. Desertar era algo muy arriesgado — si los atrapaban, serían ejecutados sumariamente — y, sin embargo, Heinze comprendía por qué se rendían. «Nuestra estrella se estaba apagando», dijo, «así que, ¿quién podía culparlos? » [551] .

El sargento Charlie Martin y aquellos de sus compañeros en la Compañía A que habían sobrevivido indemnes fueron finalmente trasladados a un área de descanso el 12

de julio, aunque también allí seguían dentro del alcance de los proyectiles enemigos. En el área de descanso se instaló una unidad de baño móvil y los hombres se dieron una ducha por primera vez desde que habían subido a los barcos para la invasión. Martin no se había cambiado la ropa interior desde entonces y, tras desnudarse, la tiró. Se suponía que los hombres tenían que cambiar la ropa interior por un juego nuevo, pero el intendente le dijo que no tenía ninguno y que, por lo tanto, no podía darle uno nuevo.

Ante esto, se encolerizó, agarró un subfusil Bren y, todavía desnudo, persiguió al intendente por todo el campamento increpándolo a gritos. «Cuando regresé al baño móvil», subrayó, «no hubo ningún problema para encontrarme ropa interior nueva. De hecho, de repente todo estaba muy tranquilo y en silencio, así que cogí yo mismo un juego nuevo [552] ».

Los alemanes sufrían una gran escasez de agua. Durante gran parte del tiempo que pasaron alrededor de Tilly, el *Hauptmann* Helmut Ritgen y sus hombres simplemente no pudieron acercarse al río Seulles. «Desnudarse y bañarse eran lujos inalcanzables», apuntó, «pero uno

aprovechaba cualquier oportunidad para afeitarse [553] ». Los largos días de verano, que a menudo eran muy calurosos incluso cuando estaba nublado,

combinados con la tensión constante sobre los nervios hacían que tanto sus hombres como él tuvieran siempre sed. Debido a la falta de agua, se acostumbraron a beber la sidra local, calvados, vino e incluso coñac, aunque, por algún motivo, rara vez alguno de ellos se emborrachaba. También fumaban tantos cigarrillos como conseguían. Uno de los grandes beneficios de arrollar a las tropas británicas era el botín resultante de comida y, especialmente, de cigarrillos. Sus propias raciones sólo llegaban por la noche y, por lo general, eran poco apetitosas.

Walter Caines y los hombres del 4.º de Dorset consiguieron limpiarse un poco en el frente el 4 de julio. Salió el sol, fuerte y caluroso, así que lavaron su ropa en un río e incluso recibieron allí mismo un juego de ropa interior limpia. Éste era también el primer juego limpio que recibía Caines desde que había partido de Inglaterra. Cavar, sin embargo, era una parte muy importante de la vida cotidiana. Caines se encontró en el frente, cavando, luego lo retiraban un poco hacia atrás, luego lo volvían a enviar al frente. Era agotador y, como suboficial de mayor rango de la Sección de Transmisiones, en cada uno de estos avances y repliegues tenía que montar y desmontar todo el equipo de comunicaciones. Como es lógico, acabaron siendo unos expertos en cavar sus hoyos de tirador. Siempre que era posible, utilizaban viejas puertas rotas, trozos de madera o ramas como cobertura extra. Charlie Martin consideraba que el mejor hoyo de tirador tenía forma de L, con un hombre de guardia en el lado corto y el otro tratando de dormir en el lado largo.

Bob Slaughter estaba de vuelta en la línea cuatro días después de que le dispararan en la cabeza — los únicos días que había pasado fuera del frente desde el Día D — y se metió en una pequeña trinchera con un joven de Maryland que estudiaba en la escuela preparatoria para la universidad y que se llamaba Lewis Cass. Slaughter, a pesar de no tener más de diecinueve años, lo llamaba «Junior». Su hoyo de tirador estaba cubierto con madera sobre la cual se había amontonado tierra. Allí vivían, como ratas en el suelo.

«Junior y yo presentábamos una estampa lamentable», escribió Slaughter. «Por las grietas del techo se filtraba un fino polvo amarillo que se pegaba a la piel y a los ojos [554] ». Tenían los ojos inyectados en sangre e hinchados y, cuando tenían que hacer sus necesidades, simplemente se agachaban y las hacían en algún tipo de receptáculo

sin salir de la trinchera. Aunque llegaban refuerzos constantemente, Slaughter consideraba que cualquiera que sobreviviese más de una semana podía considerarse un veterano. La mayoría estaban viviendo de raciones K, cajas de comida fría — carne procesada, chocolate, galletas duras, caramelos — que venían en versiones ligeramente distintas para el desayuno, la comida y la cena. Estaban diseñadas para dar a las tropas la energía diaria suficiente, pero los hombres que se alimentaban con ellas pronto bajaban de peso. Slaughter se dio cuenta de que las costillas, omóplatos y nueces del cuello se les marcaban cada vez más. Llevaban los uniformes sucios, como las manos,

pues tenían por doquier manchas de gasolina y barro. El joven teniente Martin no era el único que estaba al límite. Stanley Koryciak era un soldado muy joven de la Compañía D de Slaughter. Tras desembarcar el Día D y combatir bien a través de los setos, había perdido ya a varios buenos amigos. De repente, empezó a comportarse de forma extraña y a llorar sin parar; durante los grandes bombardeos sufría incluso ataques de histeria. Era evidente que sufría fatiga de combate y por eso fue mandado a cocinas para que descansara; se esperaba que, después de un par de días lejos de la batalla, unas pocas comidas calientes y algo de descanso, volviera más feliz que una perdiz. En su lugar, se voló los sesos.

«En general», anotó Helmut Ritgen, «vivíamos en el suelo, como los zorros [555] ».

Estaban bajo fuego enemigo con frecuencia, de día por los *Jabos* y la artillería, morteros y cañones de los barcos frente a la costa y, por la noche, la artillería y los morteros seguían disparándoles. Ritgen podía dormir durante un bombardeo siempre que no estuviera cayendo directamente sobre él, aunque el sueño no era nunca muy profundo.

El mayor John Semken, comandante del Escuadrón A de los Rangers de Sherwood, acabó tan exhausto durante la batalla de Tilly que se durmió durante un bombardeo de artillería, a pesar de que los cañones estaban disparando a apenas un par de cientos de metros de donde él estaba. En su mayor parte, Ritgen había pasado la noche durmiendo en una trinchera cavada bajo su panzer. Incluso había establecido el puesto de mando de II. *Bataillon* bajo un panzer. A pesar del aire cargado, de los humos y las manchas de aceite, todos estaban convencidos de que era mejor que arriesgarse a dormir al raso.

Y lo mismo hacían Ken Tout y Reg Spittles, que a menudo cavaban un agujero en el suelo y luego situaban sus tanques sobre él para estar

más protegidos. En una ocasión, durante Epsom, Reg Spittles y su escuadrón fueron relevados por la noche y les ordenaron acampar en una zona que ya ocupaba la infantería. Spitdes estaba fuera de su tanque, a punto de decirle a su conductor que apagase el motor, cuando oyó una voz que decía: «¿Sería mucha molestia para usted poner el tanque un poquito más hacia aquí?». Estaba lloviendo, y dos hombres que ocupaban una pequeña trinchera querían que el Cromwell estuviera sobre ellos para no mojarse. Spittles no tuvo inconveniente en complacerlos, ya que él y su tripulación tenían intención de dormir unas pocas horas en el interior del tanque.

Ser parte de una tripulación de tanque era agotador, principalmente porque manejar esas bestias era físicamente muy exigente y, al final del día, en lugar de descansar había que hacer comprobaciones de mantenimiento, repostar combustible y reabastecerse de munición. Todo esto llevaba tiempo, y nadie descansaba hasta que hubiera acabado. Se solía comer sobre la marcha, cuando se podía. «Funcionabas de forma totalmente independiente para comer y dormir», dijo Ken Tout. «Comías cuando y donde era

posible[556]». Cuando estaban en movimiento o fuera del frente, podían hacer trueques con los granjeros locales para conseguir comida. Muchos tanques, además, llevaban gallinas en una jaula en la parte de atrás o incluso sobre el blindaje, para tener suministro de huevos. Toda Normandía estaba sembrada de animales muertos y, siempre que la bestia no hubiera empezado a podrirse, los soldados no tenían ningún reparo en trocearla y cocinarla. «Con ello pudimos complementar nuestras raciones», dijo Tout, «no en unas cantidades enormes, pero sí lo bastante como para quedar satisfechos[557]».

Operar un tanque tampoco era un trabajo natural para nadie. Dentro podía hacer mucho mucho calor y, aunque había escotillas, el interior no tardaba en llenarse de gases y humo, sobre todo cuando se movían y disparaban mucho. Una peste a petróleo, sudor, orina, cordita y goma impregnaba el tanque. A los tripulantes pronto se les secaban las gargantas y escocían los ojos. El habitáculo de un Panther estaba increíblemente lleno a pesar de su tamaño. No había forma de pasar del compartimento del conductor a la torreta. Dentro de la torreta, el espacio apenas era lo bastante grande para tres hombres — el comandante, el artillero y el cargador —. En un Sherman había una guarda para proteger a los hombres del retroceso, pero en un Panther, a pesar de toda su complejidad, no había ninguna protección de ese tipo; los cargadores, particularmente, solían acabar con un brazo, un hombro o incluso la cabeza aplastados.

Las bajas en los tanques eran tan altas, sino mayores, que entre la infantería. Los Panther y Tiger alemanes y los Churchill británicos tenían el blindaje más grueso, pero todos los tanques eran susceptibles a ser atacados y «cocinados». Los Sherman, Cromwell y Panzer IV eran más vulnerables porque tenían menos blindaje y un cañón menos potente que los Panther y Tiger, por lo que necesitaban acercarse más para ser efectivos. Los Sherman acabaron siendo conocidos como los «Ronson», por el encendedor de cigarrillos estadounidense, o como las «Cuece-Tommies» porque, si los alcanzaba un proyectil de alta velocidad, a menudo se incendiaban virulentamente.

Otras partes del tanque tenían un blindaje más grueso (la torreta y el glacis, por ejemplo, solían ser las partes más blindadas). Un proyectil de alta velocidad de 88 mm, sin embargo, no necesitaba penetrar completamente el blindaje para matar a la tripulación. Puede que un proyectil penetrara sólo el tamaño de una moneda de diez céntimos, por ejemplo, pero con eso bastaba para abrir un anillo del diámetro del proyectil al otro lado. Gran parte de los fragmentos del impacto se quedarían en el objeto sólido más cercano, pero se proyectarían al interior miles de trocitos de acero fundido que volarían dentro del tanque y se solidificarían en afiladas esquirlas metálicas. Si alguna de éstas alcanzaba la carga explosiva de la munición que iba dentro del tanque, las consecuencias podían ser catastróficas. La presión cinética que el proyectil causaba dentro del tanque también podía resultar fatal. Si un tanque

empezaba a arder, la tripulación tenía sólo unos instantes para salir; en otras ocasiones, la combinación de la explosión y la presión hacía que el interior explotase con todo lo que había dentro. No era raro ver una torreta, que pesaba varias toneladas, saltar por los aires como el tapón de una botella de champán. Muy pocas, poquísimas tripulaciones de tanque sobrevivían más de una semana o dos en el frente sin que su tanque fuera neutralizado de una u otra forma; puede que se les rompiera una correa o algún otro elemento mecánico menor, pero en el momento en que un tanque se detenía en medio de la batalla, se convertía en un blanco fijo en lugar de en movimiento, lo que lo hacía mucho más vulnerable.

El 7 de julio, doce días después de lo planeado originalmente, la *PanzerLehr* finalmente empezó a avanzar hacia el oeste para contribuir a la defensa de Saint-Lô, aunque se había planeado que debía, por el momento, evitar el contacto con el enemigo.

Iba a ser la fuerza de reserva móvil. Una de las compañías panzer del *Hauptmann* Helmut Ritgen iba a quedarse atrás durante otro par de

días, mientras el resto partía esa misma noche. A pesar de que la distancia era de sólo unos cuarenta kilómetros, les llevó la mayor parte de tres noches llegar a sus nuevas posiciones, pues tuvieron que avanzar por angostas carreteras llenas de cráteres y vehículos destruidos.

Finalmente llegaron al punto de reunión cerca de Pont-Hébert alrededor de la medianoche del día 9, e inmediatamente fueron incorporadas a un ataque, algo que les habían asegurado que no sucedería. Pero la situación era así de desesperada y no había otra si se quería contrarrestar la amenaza que suponía el último ataque estadounidense.

No tuvieron, por lo tanto, ocasión de hacer ningún tipo de reconocimiento ni tampoco de hacerse a la idea de cómo era el denso *bocage* de aquella parte de Normandía. «El *bocage*», apuntó Ritgen, «no permitía campos amplios de tiro ni tampoco movimiento a ningún lado de las pocas y estrechas carreteras, por lo que el uso de tanques era difícil [558] ». Todos los tanquistas estadounidenses y británicos habrían estado de acuerdo con él.

Como era de esperar, el contraataque alemán fracasó por completo. Lo mismo que sucedía en el terreno abierto más al este pasaba también en el *bocage*: atacar con éxito —

y de forma decisiva — era extremadamente difícil. Ritgen perdió a dos más de sus oficiales esa noche y perdería a más durante los días siguientes. Debido a la escasez de potencia de fuego de los alemanes y al número cada vez más reducido de la infantería, sus panzer estaban viéndose obligados a actuar como artillería antitanque, bloqueando carreteras y potenciales cuellos de botella. Peor aún, debido a la escasez de infantería, estaban siendo empleados durante más tiempo del que era soportable y sufriendo el

mismo castigo, sino peor, por parte de la artillería y los morteros en el sector estadounidense que el que habían padecido en el sector británico y canadiense. «Mis tripulaciones sufrieron mucho por la imposibilidad de moverse», dijo Ritgen, «se les hincharon las extremidades y tenían los nervios destrozados [559] ». Llegado el 15 de julio había perdido quince oficiales del batallón desde su despliegue a Normandía; no quedaba ni uno de los tenientes con los que el batallón había salido de Alemania. La situación no era mucho mejor con los suboficiales. Era malo para la moral y para la efectividad en el combate. El propio Ritgen se estaba resintiendo de la carga de la responsabilidad, de contemplar la pérdida de tantos de sus

hombres, de la implacable y continua batalla. Incluso cuando no estaba en el frente, no había escapatoria. Lo que le había pasado a su II. *Bataillon* era representativo de lo que le sucedía a la división entera. Había llegado a Francia perfectamente equipada, pero, desde el momento en que había empezado a desplazarse hacia Normandía comenzaron a castigarla, desgastándola poco a poco, día a día. Pronto apenas se la podría considerar una división. Y los estadounidenses todavía no habían lanzado su ofensiva principal.

Aunque no cabía duda de que los Aliados habían ganado la batalla de la acumulación de hombres y material, más y más tropas alemanas estaban llegando al frente. Como había sucedido con los primeros refuerzos enviados a Normandía, estaban llegando por partes, de unidad en unidad, avanzando arduamente por carreteras y líneas ferroviarias en muy mal estado debido a los incesantes ataques aéreos aliados o de las redes de la *Résistance*, los equipos SAS y los Jedburghs. Se emitieron nuevas y estrictas instrucciones a todos los que intentaban viajar por estas rutas. «Marchen por varias carreteras. ¡Eviten las carreteras principales!», decían las nuevas instrucciones.

«Todos los hombres de la unidad deben conocer el destino (¡escríbalo!) Razón: si un pelotón en marcha es dispersado por un ataque aéreo, cada vehículo y soldado individual deben llegar de todos modos al punto de destino. ¡No utilicen coches de pasajeros cerrados cuando el tiempo sea adecuado para la aviación enemiga! ¡Si no tiene más remedio, coloque observadores en los escalones o guardabarros!»**[560]**. Las instrucciones continuaban con detalles sobre guardias, camuflaje, el proceso correcto para esperar a las unidades de reparación de carreteras o la distancia a la que los vehículos debían mantenerse unos de otros. Se aceptaba que habría pérdidas. La clave, según dejaban claro estas nuevas instrucciones, era mantener esas pérdidas al mínimo.

Todo ello hacía que el viaje a Normandía resultase agonizantemente lento, como descubrió el *Artillerie-Regiment* 277. Adjunto a la 277. *Infanterie-Division*, había tenido su base cerca de Béziers, en el sur de Francia, y había recibido órdenes de ponerse en marcha el 23 de junio. El *Kanonier* Eberhard Beck era un artillero de dieciocho años de la

10. *Batterie* de obuses pesados sfH 18 de 150 mm. Nacido en Tirana, Albania, había sido alistado contra su voluntad y jamás habría acabado de uniforme de no ser por la guerra.

En el sur de Francia, las condiciones eran austeras, pero al menos

había habido tranquilidad y había recibido, sin mucho entusiasmo, su entrenamiento. Ahora se dirigía hacia el frente y a la batalla. No le hacía ninguna gracia; sólo deseaba que la guerra terminara de una vez.

El viaje empezó en trenes, que viajaban con lentitud y a menudo se detenían, pero al llegar al río Loira bajaron e hicieron marchando el resto del trayecto, con los cañones y las cureñas remolcadas por separado por caballos, igual que se hacía en tiempos de Federico el Grande. «Era increíblemente engorroso cuando un caballo perdía una herradura y llegaba la orden "¡Que venga el maestro herrero!"», escribió Beck.

«Situaciones como ésa lo paralizaban todo, desordenaban a toda la unidad e interrumpían y retrasaban el avance [561] ». Cuando por fin llegaron al frente, se les unieron unidades de infantería que marcharon a su lado, a pesar de que tenían instrucciones de marchar separadas y a distancia. Al acercarse a esta procesión de artillería tirada por caballos, la infantería preguntó varias veces a Beck y a sus camaradas cuándo iban a llegar las nuevas armas milagrosas.

La última noche de la marcha, cuando Beck y sus camaradas se acercaban al frente, vieron el cielo iluminarse con fuego de artillería y bengalas: era la batalla de Caen. Y

luego se encontraron entre las ruinas de Évrecy, a sólo unos tres kilómetros al sureste de la Cota 112. «Los campos y las calles brillaban iluminados por el fuego del frente», escribió. «La luz se retorcía y relampagueaba por todo el cielo… Uno estaba cansado de la marcha y muy descontento. Los cañonazos se hicieron cada vez más fuertes y más y más brillantes [562] ». Avanzaron y se situaron a lo largo de la carretera entre Évrecy y Esquay-Notre-Dame, que subía por el lado norte de la Cota 112 y continuaba hacia Éterville y Caen. Eran alrededor de las 2 de la madrugada del domingo 9 de julio. Beck fue asignado al segundo cañón, que los caballos llevaron por un estrecho y desnivelado camino rodeado de altos árboles. Tras unos pocos cientos de metros, salieron del camino hacia un claro rodeado por más árboles, que les darían la imprescindible cobertura. Beck subió a uno de ellos para cortar algunas ramas y, mientras lo hacía, los proyectiles enemigos silbaron sobre su cabeza. Poco después, sufrieron su primera baja.

Uno de los que llevaban los caballos murió mientras estaba desenganchando a los animales de los cañones. «Se dijo que un proyectil», apuntó Beck, «le arrancó de golpe la cabeza [563] ». La

siguiente tarea era empezar a cavar un hoyo de tirador. Beck estaba agotado; todos lo estaban. Y hambrientos. En cuanto amaneció, llegó un carro de cocina a su posición de disparo que les trajo un poco de comida caliente. Todo fue bien hasta que silbaron más proyectiles, los caballos se encabritaron y volcaron el contenedor de la comida.

Más tarde ese mismo día, sus camaradas y él fueron a explorar los alrededores de su nueva ubicación y se encontraron con algunos hombres de las SS de la 9.

«Hohenstaufen» *División*. Beck y sus compañeros sólo pudieron maravillarse ante los monos de camuflaje, las relucientes armas nuevas y el equipo a la última de los hombres de las SS. Beck respetaba a aquellos hombres, pero no los envidiaba. «Para nosotros», escribió Beck, «la guerra hacía tiempo que se había perdido, teníamos que sobrevivir. Sabíamos que aquellas unidades eran lanzadas sin piedad al fuego [564] ».

Eberhard Beck no lo sabía, pero había llegado sólo un día antes de que el Segundo Ejército lanzara su ataque, la operación Júpiter. Aunque gran parte de Caen había caído ya, los alemanes seguían resistiendo con tozudez en el terreno al sureste al otro lado del río Orne, y continuaban defendiendo también la Cota 112, que tanto el general miles Dempsey como el general Hans Eberbach, el sustituto de Geyr, sabían que era un terreno elevado crucial. Y aunque la decisión del general O'Connor de retirarse de la colina diez días antes pudiera haber parecido la correcta, era innegable que tomar la cota por segunda vez iba a resultar mucho más difícil. Defendían la línea las divisiones panzer 9. SS y 10. SS, ambas en mucho mejor estado que la 12. SS y ahora con todas las unidades que las componían ya en el frente. Además, tenían adjunto el *Schwere SS-Panzerabteilung*—Batallón de Tanques Pesados — 102 de Tiger, junto con toda una serie de cañones de 88 mm y armas antitanque de la *277. Infanterie-Division*, que también se había unido al II. *SS-Panzerkorps*. La división que debía asaltar la colina era la 43.ª

Wessex, apoyada por los Churchill y los Cocodrilos con sus lanzallamas.

En apoyo de los de Wessex se utilizó la habitual artillería pesada. El sargento Walter Caines nunca había experimentado algo parecido. Apenas se oía a sí mismo pensar.

Tras el bombardeo llegaron los Typhoon, que atacaron las posiciones enemigas desde el aire con cohetes, bombas y disparos de sus cañones.

Los primeros objetivos fueron destruidos con facilidad, en su mayor parte porque Eberbach había ordenado previamente a sus hombres que se retiraran a una línea que cruzaba la Cota 112. Caines había montado el equipo de transmisiones cerca de la línea de salida del batallón. Los

«Moaning Minnies» y los proyectiles enemigos volaban sobre él, pero, al mismo tiempo, empezaron a llegar los primeros prisioneros; a Caines le parecieron exhaustos y aterrorizados. Unas pocas horas después, llegó al puesto de mando información de que Éterville, a la derecha de la carretera Évrecy-Caen, había sido tomada con éxito, así que Caines y el resto de la Sección de Transmisiones se trasladaron con el resto del cuartel general del batallón a las ruinas de la iglesia del pueblo. «Cuando entramos llovieron proyectiles sobre nosotros», recordó Caines, «y fue de verdad aterrador, y nos destrozó los nervios. Para ser franco, nos pareció que no iba a ser fácil estar en ese pueblo y yo

pensé que, si todos los ataques iban a ser como ése, sin duda no me quedaban más que unos pocos días de vida [565] ».

Durante el resto de la jornada continuaron los durísimos combates. Con su blindaje frontal de 150 mm, 30 mm más grueso que ningún otro tanque en el campo de batalla, los Churchill eran, sobre el papel, una buena opción para apoyar el avance la infantería y, al principio, hicieron buenos progresos. No sólo se tomó Éterville, sino también, a continuación, Maltot, y los tanques y la infantería empezaron a ascender por la estrecha, constante y ancha ladera de la Cota 112. Cuando se acercaron a la cima, sin embargo, los Tiger y cañones de 88 que se habían preparado al otro lado para recibirlos abrieron fuego a corta distancia. Ni siquiera el blindaje frontal de los Churchill fue suficiente. La 31.ª Brigada Blindada perdió treinta y nueve tanques ese día, la mayor parte de los cuales quedaron tirados ardiendo sobre la ladera llena de cráteres de la colina.

Más tarde, el comandante de la 43.ª División, el mayor general Ivor «Carnicero»

Thomas ordenó a otra brigada de tanques, en esta ocasión Sherman con coraza mucho más fina, que avanzaran entre los Churchill y atacaran, pero el nuevo y joven general de brigada Michael Carver se negó en redondo, lo que llevó a una airada discusión entre ambos. Carver, que estaba sobre el terreno, veía con claridad que le estaban pidiendo que llevara a sus tanques a un ataque todavía más suicida que el de la Brigada Ligera en Balaclava. Sin duda, tomó la decisión

correcta.

Mientras tanto, Walter Caines había visto como un gran número de bajas regresaban de vuelta al pueblo; el oficial médico y su equipo no daban abasto. Caines y sus hombres cavaban trincheras febrilmente —estimó que debía llevar unas dos horas seguidas cavando, mientras fumaba sin cesar y bebía tragos de su cantimplora —. El mensajero de la compañía le comentó que lo veía muy tranquilo. «Poco se imaginaba», comentaría Caines, «que yo estaba muerto de miedo[566]». Segundos más tarde, dos transportes Bren a unos cincuenta metros fueron alcanzados y estallaron en llamas.

Caines se dio cuenta que el coche blindado que llevaba la radio que conectaba con los artilleros estaba en peligro de ser alcanzado por la explosión de la munición que cargaban aquellos transportes de tropas en llamas. Estaba aparcado en una calle obstruida por algunas motos abandonadas, pero, con la ayuda de un par de hombres, corrió hacia allí y quitó las motos de en medio. Justo entonces, un proyectil silbó sobre ellos y se estrelló contra un muro detrás, esparciendo piedras y tierra. Por fortuna, todos siguieron de una pieza y pudieron mover el coche blindado a una posición más segura.

A las 3 de la tarde fueron relevados en sus posiciones por los Cameronianos (los Rifles Escoceses) y pudieron retirarse a la linde de un bosque, donde descubrieron los cadáveres de varios alemanes. Apenas habían podido recargar las baterías y recuperar

el aliento cuando les llegó noticia de que los de Hampshire estaban casi rodeados en Maltot y necesitaban ayuda. Acompañados por tanques, partieron hacia allí, sólo para encontrarse bajo intenso fuego enemigo al llegar a las afueras de la localidad. Caines iba detrás, con el equipo de comunicaciones y el cuartel general del batallón, pero, mientras cruzaban el campo de trigo abierto que precedía a los primeros edificios de la ciudad, les dispararon ametralladoras. «Fue un infierno», escribió Caines, «nadie se atrevía a sacar la cabeza por encima del trigo. Tan pronto como *Jerry* observaba el menor movimiento, respondía con una larga ráfaga de disparos[567]». Permanecieron allí, fijados en la posición, hasta aproximadamente las 7 de la tarde, cuando por fin pudieron retirarse.

Para la Compañía A, sin embargo, que había liderado el ataque a Maltot, fue demasiado tarde: todos sus hombres murieron, fueron heridos o capturados. Los demás se pusieron a atrincherarse frenéticamente a lo largo de una línea que les dijeron que debían defender a toda costa. Caines descubrió que la mayoría de su equipo

de transmisión había sido destruido durante el ataque, mientras que los operadores de transmisiones que se movían con las compañías habían perdido o abandonado sus equipos de radio; dos de ellos habían sido gravemente heridos, otros dos capturados y, al menos, otro había muerto. Fue un día terrible para el 4.º de Dorset, un día terrible para toda la división.



Izquierda: Tropas canadienses de la compañía de Charlie Martin, los Fusileros de la Reina, posan con la señal de la ciudad de Caen el 8 de julio de 1944. Para cuando tomaron la ciudad, no quedaba demasiado de esta. El grado de destrucción de Normandía y el número de pueblos y ciudades pulverizados era espantoso.





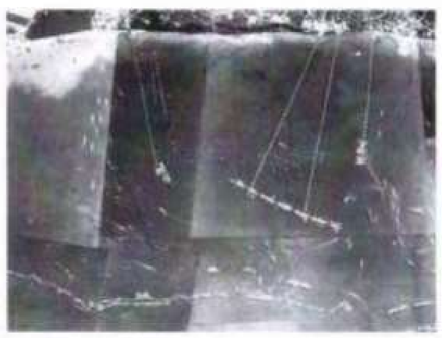


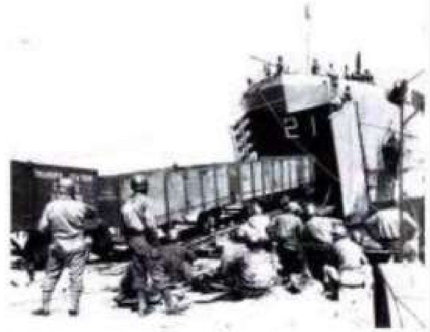
Arriba izquierda: Tropas británicas esperan el contraataque en trincheras excavadas a toda prisa y hoyos de protección entre las colinas 112 y 113 el 16 de julio de 1944. Un Tommy exhausto se echa una siesta mientras sus compañeros vigilan.

Arriba derecha: Un tanque ligero Stuart equipado con un cortasetos, desarrollado y construido a una velocidad de vértigo por Estados Unidos en julio de 1944.

Izquierda: Tropas estadounidenses luchan en la calle, julio de 1944.

LA FUERZA MATERIAL DE LOS ALIADOS





Arriba izquierda: El puerto Mulberry B en Arromanches, un logro increíble y una enorme contribución a la circulación de suministros.

Arriba derecha: Aunque parezca increíble, las vías ferroviarias y los vagones salían directamente de los barcos de desembarco. Los expertos en logística aliados no tenían miedo de pensar a lo grande.





Arriba: Un gran número de camiones se trasladó al continente y se aparcó en enormes campos como este. A diferencia de los alemanes, los Aliados no tenían mucho que temer de los cielos.

Izquierda: Las excavadoras fueron muy necesarias en Normandía y también se enviaron en grandes cantidades.

Un convoy de camiones de suministros **(abajo izquierda)** y de tuberías de gasolina **(abajo derecha)** rápidamente instalados para mantener a punto el gran número de vehículos de los ejércitos aliados.





Nunca un ejército desplegado había estado tan bien servido. Las unidades acorazadas aliadas recibían apoyo de numerosos transportes de carga baja **(abajo)**, vehículos de recuperación **(abajo centro)**, talleres móviles **(derecha)** y equipos de mantenimiento en campo.

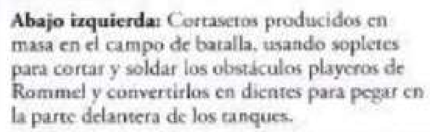












Abajo izquierda: Cortasetos producidos en masa en el campo de batalla, usando sopletes para cortar y soldar los obstáculos playeros de Rommel y convertirlos en dientes para pegar en la parte delantera de los tanques.

Abajo derecha: Los cortasetos podían cortar la vegetación como si fuera mantequilla, pero las excavadoras eran igual de efectivas.





POTENCIA DE FUEGO ALIADA





La forma aliada de hacer la guerra era usar infantería y acorazados para tentar a los alemanes a contraatacar y luego machacarlos con su enorme potencia de fuego. **Arriba izquierda:** Un cañón británico de 155mm dispara contra objetivos enemigos. **Arriba derecha:** Un Sherman estadounidense de la 3.ª División Acorazada con una versión mejorada de los cañones de asalto de alta velocidad de 76mm y un cortasetos. En cuanto a cañones, esto estaba a la par con los Panther y los Tiger.





Arriba izquierda: Lo mismo se puede decir del Sherman Firefly británico, equipado con un cañón antitanque de diecisiete libras, que tenía una velocidad mayor que el famoso alemán de 88mm. **Arriba derecha:** Un cazacarros M10 estadounidense. Los cazacarros fueron desarrollados por los estadounidenses y se equiparon con cañones antitanque, eran rápidos y maniobrables pero poco acorazados.



Un tractor estadounidense M4 de alta velocidad remolca un obús pesado de 8 pulgadas del 153.º Batallón de Artillería de Campaña.

POTENCIA DE FUEGO ALEMANA



Un StuG camuflado, un cañón de asalto discreto y efectivo sobre un chasis de Panzer Mk III.



Panthers. Complicados en su mecánica, pero bien acorazados y de cañones potentes, eran una comprensible fuente de temor para las tropas aliadas.



Un grupo de *Fallschirmjäger*. Estaban poco mecanizados, pero armados con numerosas ametralladoras, mucho más que otras tropas de infantería.



El as de los panzer Michael Wittmann en la torreta de su Tiger.

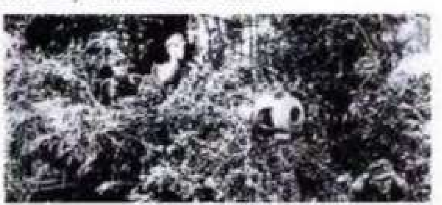




Arriba izquierda: Un Panzer Mk IV, comparable con el Sherman y el Cromwell, y el más común de los tanques alemanes por bastante margen. **Arriba derecha:** No todos los «ochenta y ochos» eran de verdad de 88mm, pero este es el clásico cañón de doble uso y alta velocidad antitanque/antiaéreo en acción.

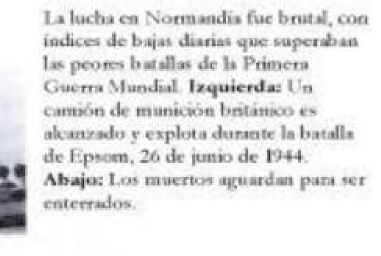
Abajo izquierda: Un cañón de asalto Sd.Kfz «Wespe», desarrollado al añadir un obús de 105mm al chasis de un Panzer Mk III en desuso. **Abajo derecha:** Un cañón antitanque Pak 40 de 75mm. A los alemanes se les daba bien posicionar y camuflar estas armas.





LA BRUTALIDAD DE NORMANDÍA

La lucha en Normandía fue brutal, con índices de bajas diarias que superaban las peores batallas de la Primera Guerra Mundial. **Izquierda:** Un camión de munición británico es alcanzado y explota durante la batalla de Epsom, 26 de junio de 1944. **Abajo:** Los muertos aguardan para ser enterrados.





Izquierda: Los muertos alemanes de la 1. SS-*Panzer-Division* yacen junto a otra columna sorprendida en campo abierto.

Abajo izquierda: Un soldado muerto flota en los pantanos cerca de la base del Cotentin.

Abajo: Civiles franceses hambrientos despiezan un caballo muerto durante la lucha.









Arriba izquierda: Los generales Bradley **(izquierda),** Eisenhower **(centro)** e IraT. Wyche de la 79.ª División de Infantería conversan en el Cuartel General de Bradley.

Arriba derecha: Villers-Bocage, brevemente liberado por los Aliados el 13 de junio, desaparece bajo el humo cuando los bombarderos pesados aliados lo pulverizan el 4 de agosto. El 90 % de la ciudad se destruyó por completo.



Izquierda: Tropas estadounidenses de la 4.ª División Acorazada atraviesan Folligny el 31 de julio de 1944 tras el avance de Cobra.

Abajo izquierda: Saint-Lô. Dos niños franceses observan las ruinas de su ciudad destruida.

Abajo derecha: Para cuando la vieja ciudad de Falaise fue capturada por fin por los Aliados, los ejércitos alemanes en Normandía estaban implosionando y huyendo a la desesperada por el espacio que aún había abierto.









Arriba izquierda: Operación Totalize. Bombarderos pesados aliados machacan las posiciones alemanas de acuerdo con lo planeado el 9 de agosto.

Arriba derecha: Largas columnas de Shermans de la División Acorazada Polaca listas para avanzar durante Totalize.





Es difícil exagerar la importancia de la potencia de fuego aliada durante la batalla de Normandía, y ningún avión simboliza mejor esa dominación que el Hawker Typhoon con sus cañones, que aquí aparece despegando de un aeródromo en Normandía **(izquierda)** y **(arriba derecha)** disparando una salva de cuatro de sus ocho cohetes.

Abajo: El Corredor de la Muerte. Una de las áreas más hermosas del norte de Francia fue devastada por las terribles masacres de dos ejércitos destruidos que trataban de huir. Las carreteras y los caminos estaban cubiertos de hombres muertos, caballos y vehículos destrozados.





Al amanecer del día siguiente, martes 11 de julio, Caines seguían alerta junto a sus compañeros, agotado y a punto de derrumbarse. Habían sido las peores veinticuatro horas de su vida. «Algo que no

olvidaré mientras esté vivo», escribió, «es ver a los hombres caer y oír a los heridos gemir y gritar de dolor». Estaban también muertos de hambre. Uno de los cocineros y algunos de sus hombres consiguieron rescatar algunas raciones Compo[568] de unos transportes que habían sido destruidos, por lo que todo el mundo recibió algo. Más preocupante para Caines era la pérdida de sus cigarrillos —

se había convertido en un fumador compulsivo desde que había llegado a Normandía —, pero consiguió que los demás le dieran suficientes para ir tirando.

Los morteros de los alemanes abrieron fuego justo al romper el alba y pronto vieron que formaban para un contraataque. Caines divisó a uno de los oficiales de observación adelantada de artillería que dirigía el fuego de los cañones tras ellos desde un coche de reconocimiento. «Dimos gracias a Dios por eso», anotó Caines, «pues al cabo de unos instantes llegó nuestro letal bombardeo de saturación, bum, bum. Vimos como los proyectiles estallaban al borde del campo de trigo, entre los *Jerry*[569]». En unos momentos, dos tanques ardieron en llamas.

La batalla perdió intensidad durante la tarde. Otra vez los británicos habían tratado de avanzar con su infantería y blindados, y una vez más se habían estrellado contra los bien atrincherados alemanes, con sus ametralladoras, morteros y cañones antitanque de alta velocidad. Pero, de forma igualmente previsible, los alemanes habían lanzado después una serie de violentos contraataques, ante los que se activó la respuesta de bombardeo de los Aliados, que los frenó en seco. Al día siguiente, el 12, el 4.º de Dorset fue retirado de la batalla y los supervivientes pudieron darse una ducha, así como afeitarse y asearse. No obstante, no tendrían ocasión de descansar mucho, pues tuvieron que cargar el equipo y pertenencias de los que habían fallecido en los vehículos de la retaguardia, para que fuera luego limpiado y remitido a sus parientes más próximos.

Caines revisó los objetos personales de los muertos de la Sección de Transmisiones con el cabo Penny. No pudieron contener las lágrimas al ver las fotografías de las esposas, novias y familias de los muchachos que habían perdido.

Cada vez más hombres llegaban al frente, y el primer contacto con el combate era para muchos un golpe terrible, una experiencia infernal para la que ningún entrenamiento, por completo que fuera, podía prepararlos. El 12 de julio, Willi Müller, de diecisiete años, y el resto del *Pionier-bataillon* de la 17. SS. *Panzergrenadier-Division*

llegaron por fin al frente, un mes después que las primeras unidades de la división. El viaje hasta allí había sido, como era previsible, espantoso — agonizantemente lento y bajo la continua amenaza de los *Jabos* — y, para enojo de Müller y sus compañeros, estaban ocupando posiciones que habían sido defendidas por el I. *Bataillon* del *SS-Panzergrenadier-Regiment* 38 a ambos lados del pueblo de Tribehou. Tan pronto como llegaron, mandaron partidas de reconocimiento. Un grupo se encontró casi de inmediato con algunos estadounidenses y fue rápidamente capturado, mientras que Müller, que iba en un *Schwimmwagen* — un vehículo anfibio — con sus camaradas Lange y Speidel, tuvo suerte de no acabar muerto. Habían partido hacia el pueblo de Les-Champs-de-Losque, a sólo unos pocos kilómetros al sureste, y enseguida los había atacado un *Jabo*. Detuvieron el coche de inmediato y saltaron para ponerse a cubierto.

Descubrieron entonces que habían caído justo sobre otra unidad, cuyo adjunto les explicó que su comandante había fallecido y que los tanques estadounidenses estaban abriendo brecha. De repente, el siguiente *Jabo* hizo un picado sobre ellos y Müller se arrojó dentro de un seto mientras las balas silbaban a su alrededor. Cuando los aviones se marcharon, regresó a la carretera sólo para descubrir que el *Schwimmwagen* y sus dos camaradas se habían largado. Müller no podía creer que lo hubieran abandonado, pero entonces comprendió que el adjunto les debía de haber ordenado conducirlo inmediatamente al puesto de mando del batallón para informar de la brecha de los estadounidenses.

Solo y abandonado, intentó regresar a la base, pero ésta quedaba a varios kilómetros. Echó a correr, pero de repente la artillería estadounidense empezó a bombardear la carretera y los proyectiles caían más y más cerca. Cada vez que oía el característico silbido, se lanzaba hacia el seto e intentaba encogerse todo lo posible, tras la explosión se levantaba y seguía corriendo. En un punto del camino encontró una bicicleta vieja. Una de las ruedas estaba pinchada, pero en sus circunstancias eso no importaba: cualquier cosa que lo ayudara a volver le valía. Al final vio a un coche que se acercaba y le hizo señas. Se alivió al ver que era su propio adjunto. Nada más regresar, lo hicieron salir de nuevo a completar la misión original de reconocimiento con Lange y Speidel. Parecía una locura, pero, por otro lado, el batallón acababa de llegar, el terreno era desconocido y, si los estadounidenses habían abierto de verdad una brecha, obviamente tenían que saberlo y descubrir dónde era y cómo de profunda era la penetración enemiga.

Así que salieron otra vez. Se detuvieron sólo al encontrar a un alemán

asustado y sin casco, que les dijo que los estadounidenses estaban por todas partes. Casi como si aquello fuera una señal, oyeron a una ametralladora estadounidense repiqueteando detrás de ellos. Müller y sus compañeros decidieron que no podían permitir que los apresasen; si se llegaba a ese punto, agarrarían sus granadas y se volarían con ellas.

«¿Cómo tuvimos una idea tan espantosa?», escribió Müller. «En nuestro subconsciente, sabíamos que ser capturado no era digno de un soldado de las *WaffenSS*. ¡Gracias a Dios, no llegamos a ese punto!» [570] . De hecho, una vez cayó la noche y el sonido de la batalla se detuvo, empezaron a caminar y al final llegaron a un piquete formado por *Fallschirmjäger*. Pasaba ya de la medianoche y no sabían el santo y seña, pero lograron convencer a los guardias de que eran alemanes. Una vez les permitieron pasar, siguieron adelante y pronto encontraron los restos de sus dos compañías. El primer día de Müller en el frente había sido, desde luego, memorable: fue repetidamente ametrallado desde el aire, bombardeado por artillería, se había perdido en dos ocasiones, se había encontrado rodeado por el enemigo y había contemplado el suicidio.

«¿Puede un chico de diecisiete años olvidar jamás un día como ése?», se preguntó [571] .

Al otro lado del seto, William Biehler había llegado al frente y se había unido a su sección de rifles en la 90.ª División, que estaba de vuelta en la línea con ganas de ponerse a prueba. Su 1.ª Sección de la Compañía K, del 357.º Regimiento de Infantería estaba en acción el 6 de julio, como parte de amplio ataque hacia el sur del VII Cuerpo, avanzando a través del *bocage* por la vieja vía romana que iba desde el pueblo de Saint-Jores a Le Plessis-Lastelle. Para cuando atacó la Compañía K, a alrededor de las 3 de la tarde, se estaban aproximando a un terreno elevado inmediatamente al sur de la aldea de Beaucoudray.

Aquí, los defensores tenían todas las de ganar. Justo al norte de Beaucoudray había un mosaico particularmente denso de campos del que ya había costado mucho apoderarse. Justo al sur, el terreno se elevaba y estaba marcado por una serie de setos paralelos que discurrían más o menos de oeste a este, es decir, a noventa grados (en perpendicular) respecto al eje del avance estadounidense. Es difícil encontrar una red de setos más densa en ninguna otra parte de Normandía, pues en esta zona algunos campos sólo tienen veinte o treinta metros de anchura. Había huecos en las esquinas de los campos que estaban atacando Biehler y la 1.ª Sección, así que los dos primeros

hombres empezaron a avanzar por ellos y saltaron inmediatamente por los aires por fuego de artillería.

—¡Médico! —gritó alguien [572] .

—No creo que un médico pueda ayudarles — dijo Biehler, mirando sus cuerpos exánimes y la sangre que les manaba por la boca.

Pero les habían enseñado a no detenerse nunca y seguir moviéndose, de modo que Biehler y sus nuevos compañeros en su escuadra echaron a correr hacia el campo. «Nos disparaban las ametralladoras», recordó, «y los primeros dos murieron, y quedábamos

tres. Y de repente miré a mi alrededor y no había nadie más. Así que me levanté y volví corriendo por donde había venido [573] ». Se enfrentaban al *Fallschirmjäger-Regiment* 15, que era el último regimiento de paracaidistas alemanes en llegar a Normandía y estaba bien provisto de ametralladoras. De vuelta en la seguridad de los setos, Biehler y sus camaradas pidieron apoyo aéreo y de artillería por radio. Pronto oyeron como los proyectiles de su artillería silbaban sobre sus cabezas, seguidos de unos P-47

Thunderbolt que bombardearon las posiciones alemanas. De todos modos, ni eso no impidió que se empantanaran en Beaucoudray. Biehler y sus compañeros del 3.er Batallón se atrincheraron en sus hoyos y tuvieron que rechazar catorce contraataques enemigos entre entonces y el 11 de julio. Durante uno de los ataques, Biehler se quedó atónito al ver a los *Fallschirmjäger* cargar a través del campo, con sus relucientes bayonetas caladas en sus rifles y música marcial sonando desde sus líneas.

«Simplemente disparamos hasta que casi se nos acabó la munición [574] », dijo. Bastó para detener el ataque. Sin embargo, se repetía la misma pauta: atacaban con la infantería, sufrían bajas, se retiraban, esperaban el contraataque y machacaban al enemigo. Era un combate lento, de desgaste y costoso, pero en realidad no había otra alternativa.

El subteniente Richard Blackburn entró por primera vez en acción a sólo unos pocos kilómetros al oeste de la 90.ª División, en la ciudad de La Haye-du-Puits. Blackburn, quien había cumplido veinticinco años el 3 de julio, era del condado de Bedford, en Pensilvania y, aunque podía haber sido reclutado desde 1940, no fue llamado a filas hasta febrero de 1942. Como graduado universitario, al principio se le asignaron labores de Estado Mayor, pero destacó durante el adiestramiento, era

físicamente fuerte y lo bastante brillante como para ser admitido en la Escuela de Candidatos a Oficiales, a pesar de que eso implicase pasar a la infantería, algo que se había prometido no hacer.

Comprendió, sin embargo, que podía hacer más para ayudar a ganar la guerra llevando un rifle que trabajando en un escritorio encargándose del interminable papeleo. Era un devoto cristiano, y consideró que luchar era su deber moral. «Después de mucha reflexión y oración», escribió, «me pareció sencillamente lo correcto [575]».

El 4 de julio llegó a Normandía como oficial de reemplazo, una de las cartas más difíciles que le podía tocar a uno, y fue asignado a la Compañía A del 121.º Regimiento de la 8.ª División de Infantería, a la que se unió el 13 de julio a las órdenes del capitán Arthur Kaiser, un tipo amable que inmediatamente le dio la bienvenida pero que le advirtió, un tanto lúgubremente, que se quitara las insignias de teniente del cuello, dado que los alemanes tenían como objetivo preferente a los oficiales. Al empezar el combate, la escena de muerte y destrucción a su alrededor conmocionó a Blackburn. A sólo unos pocos pasos de donde estaban hablando él y Kaiser había en el suelo dos alemanes muertos, con sus cadáveres hinchados por los gases y la piel completamente podrida.

Al día siguiente, viernes 14 de julio, el batallón atacó hacia el sur por el río Ay. El suelo era pantanoso en todo el trayecto y los soldados se hundían en él, primero hasta el tobillo, pero pronto hasta la rodilla. Inmediatamente se encontraron bajo fuego de armas ligeras, morteros y artillería. Las balas empezaron a rebotar y silbar alrededor de Blackburn a medida que se aproximaron al punto de partida para el ataque, y sintió cómo se le aceleraba el corazón, aunque, por raro que parezca, no sintió exactamente miedo. Le preocupaba pensar en lo que podría sucederle, pero estaba feliz de poder pensar todavía. En el pantano, en las carreteras y en las zanjas había muertos por todos lados. Edificios enteros, que habían sido hogares de alguien, estaban en ruinas. Había vehículos en llamas, con sus ocupantes calcinados dentro.

Entonces llegó la orden de avanzar al ataque y Blackburn se adelantó y urgió a sus hombres a moverse. No había nada glorioso en ello, comprendió. Era brutal, violento y la muerte se cernía sobre todos los soldados. De algún modo, sin embargo, consiguió sobrevivir y tomar el objetivo, y así empezó de nuevo el proceso de atrincherarse, su primera experiencia en esta tarea habitual de todo soldado de infantería. A los pocos días se le había quitado el barniz de novato. Tenía el rostro sucio y cubierto por una barba de varios días; todo él

estaba mugriento y olía mal, como sucede cuando se vive en un agujero en el suelo. «Fue muy difícil», dijo, «acostumbrarse al hecho de que había siempre un soldado alemán en el siguiente seto, en una ventana en la siguiente casa, en la zanja de enfrente o detrás del próximo árbol, esperando para matarme [576] ».

Hacia mediados de julio seguía sin haber ni rastro de una brecha decisiva para los Aliados, pero estaban ganando terreno, castigando al enemigo, desgastándolo y minando sus fuerzas. También iban aprendiendo. La 2.º División «Guerrera» de Estados Unidos se había quedado atascada en la cresta alrededor de la Cota 192 desde el 11 de junio, pero cuando lanzaron su tercer gran ataque el 12 de julio, lo hicieron con el apoyo de un regimiento de artillería de campaña, dos batallones extra procedentes de la vecina Big Red One y un regimiento blindado complementario. Lo que es más, a pesar de las enormes bajas que habían sufrido el mes anterior, habían llegado refuerzos que aseguraron que los batallones que participaban en el asalto lo hicieran con la dotación prácticamente completa, que era mucho más de lo que podía decirse de la 3.

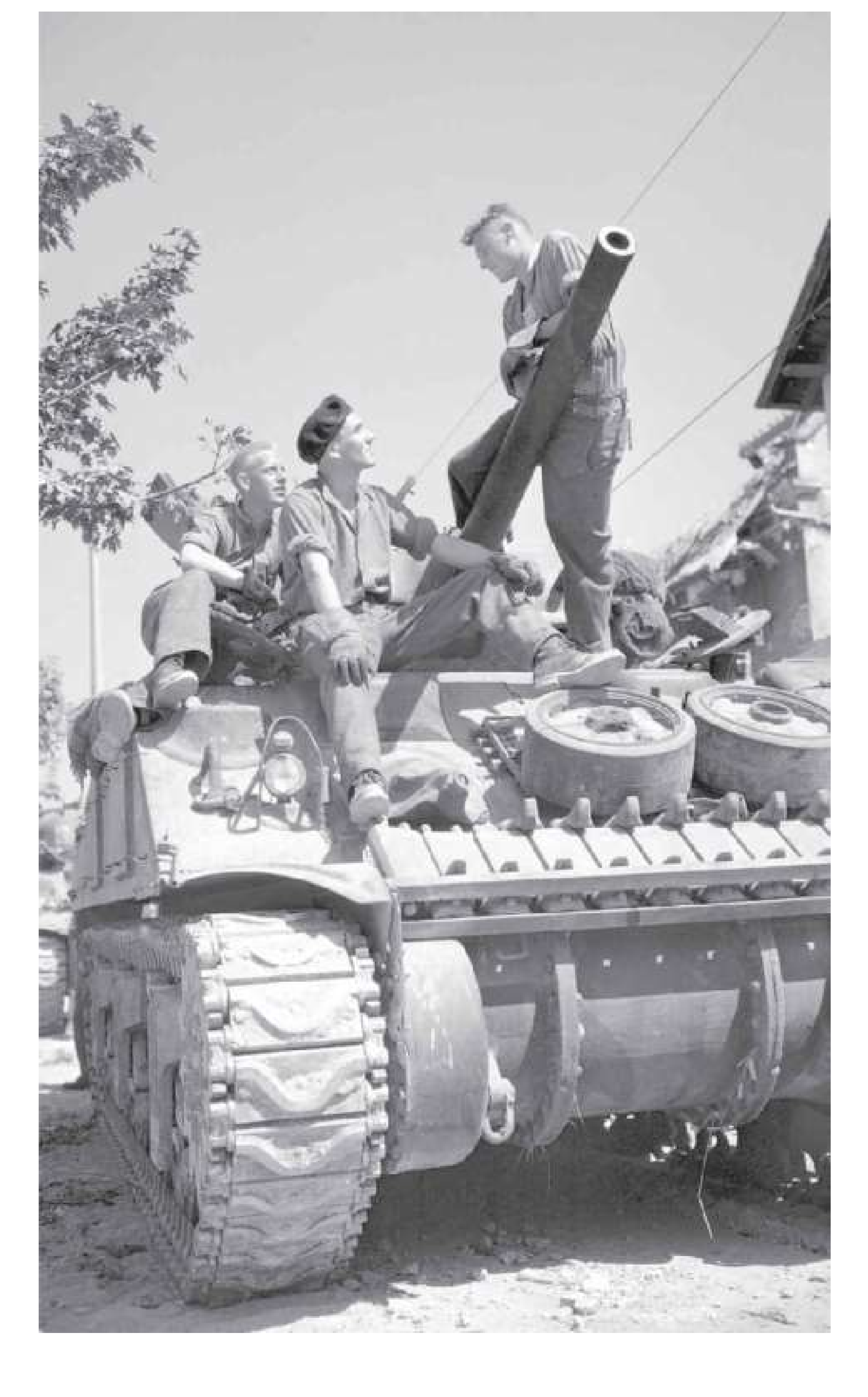
Fallschirmjäger-Division que defendía la posición. Ese día, los estadounidenses tomaron finalmente la Cota 192, avanzaron 1500 metros y se quedaron muy cerca de la vital carretera Bayeux-Saint-Lô.

Al día siguiente, jueves, 13 de julio, el periodista del *New York Times* Hanson Baldwin llegó al cuartel general de Bradley y procedió a sermonear a Chet Hansen y

otros miembros del Estado Mayor sin hacer ningún esfuerzo por ocultar su desdén por los limitados progresos de los Aliados hacia el interior. «Ignorando por completo el paisaje de *bocage* en el que combatimos», apuntó Hansen, «y el terreno que limita nuestros movimientos, los pantanos que obstaculizan nuestro avance, la falta de espacio para maniobrar y la necesidad de acumular tropas y materiales antes de abrir una brecha, nos pregunta por qué no hemos ido más rápido[577]». Hansen tenía bastante derecho a sentirse indignado. Baldwin estaba haciendo lo mismo que otros en Inglaterra: mirar un mapa bidimensional y comparar la batalla en Normandía con las que estaban teniendo lugar en el frente oriental, donde los rápidos avances soviéticos ya le habían costado al Ejército Rojo cientos de miles de bajas, el tipo de pérdidas que sólo podían tolerarse en un régimen totalitario como el de Stalin, en el que las vidas de sus soldados no tenían gran importancia. Los Aliados democráticos, con sus ejércitos de reclutas civiles, simplemente no iban a sacrificar tan imprudentemente las vidas de sus jóvenes, y es imposible no considerar a sus comandantes y líderes mejores personas por adoptar esa política. Su opción fue la de brindar un inmenso apoyo material, con tecnología y tácticas cada vez mejores y más refinadas. A pesar del despreciable y arrogante sermón de Baldwin, el método aliado estaba funcionando. Si Eisenhower, Montgomery, Bradley y otros hubieran tenido la oportunidad de estar presentes como testigos invisibles en los cuarteles generales y puestos de mando de sus adversarios, se habrían animado mucho. La presa no se había roto todavía, y todavía quedaban decepciones por llegar a lo largo de la semana siguiente, pero estaba cerca de venirse abajo. La brecha por la que habían estado pugnando desde el Día D estaba ahora al alcance de la mano.

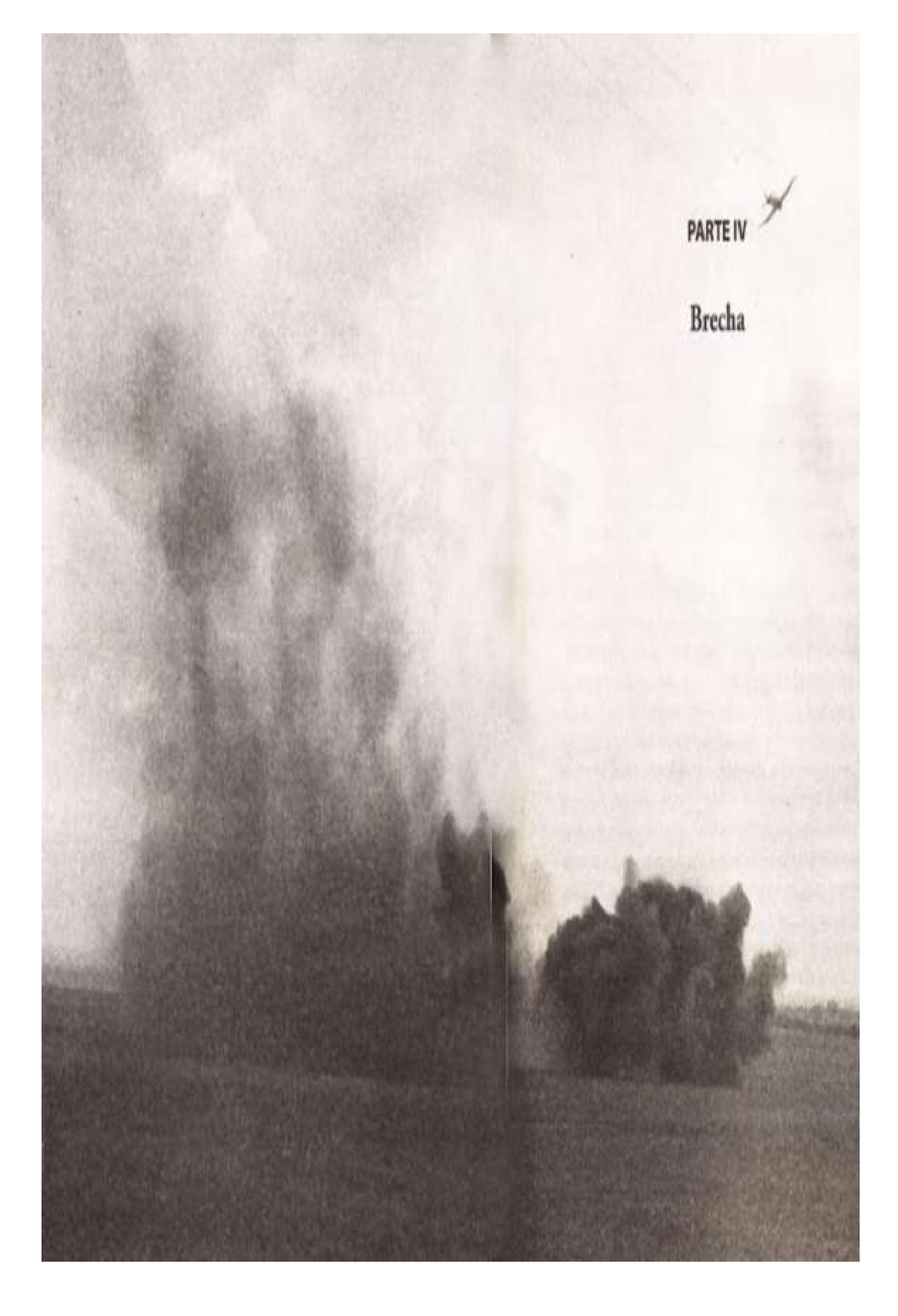


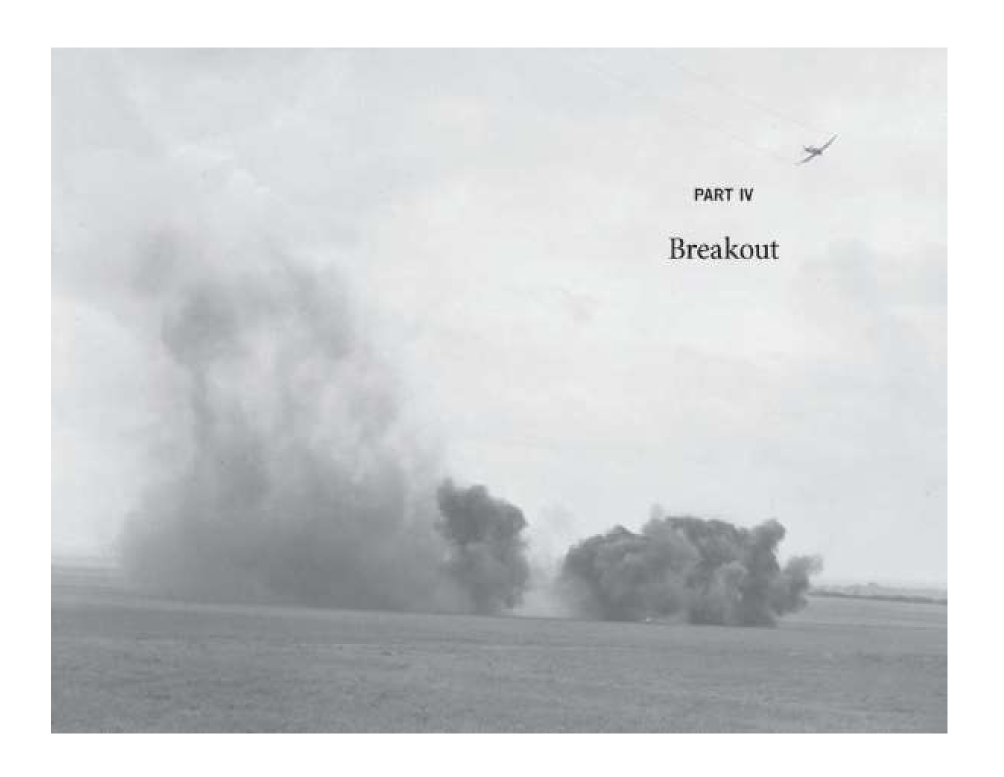
Una tripulación canadiense de un Sherman del Regimiento de Alberta del Sur descansa al sur de Caen el 28 de julio de 1944.



Una dotación canadiense de Sherman del Regimiento de Alberta Sur descansa al sur de Caen, 28 de julio de 1944.

PARTE IV





Brecha Capítulo 27

Breve apunte sobre las armas

Persiste el mito de que, a pesar de su riqueza material, los Aliados se enfrentaban a un Ejército alemán equipado con armas mucho mejores. Es un mito que debe desmentirse de una vez por todas. En términos de armas ligeras — pistolas, rifles, subfusiles (metralletas) y ametralladoras — realmente no había grandes diferencias.

Las tropas estadounidenses tendían a mitificar la Luger alemana, una pistola que había sido diseñada en 1898, aunque la versión que se utilizó en la guerra se remontaba a la P08, fabricada por primera vez diez años más tarde. Era una pistola semiautomática perfectamente útil que disparaba una bala de 9 mm, aunque la Walther P38 era mucho más común. Otras pistolas, como las Sauer, que eran más pequeñas, así como las Walther, se usaron también para equipar a la *Luftwaffe* y a las tripulaciones de tanques.

Las pistolas se utilizaban para combate muy cercano y a una distancia de hasta diez o veinte metros eran, en realidad, todas muy parecidas.

Si una persona se encontraba en una situación en la que se veía obligado a utilizar su pistola, lo más importante era asegurarse de que mataba a la persona que intentaba matarlo, por lo que cuanto mayor era la bala (calibre) y más baja la velocidad, mejor. Las balas pequeñas de pistolas de alta velocidad podían atravesar a una persona limpiamente, pero la energía cinética de una bala más lenta y grande golpeaba a su objetivo y se extendía tras el impacto, causando un daño mucho mayor. En distancias cortas, solía ser mejor matar al enemigo de un solo tiro.

Quizá por esto la Colt 45 semiautomática estadounidense, que había entrado en servicio por primera vez en 1911, era la mejor pistola que uno podía escoger, si podía elegir. Era resistente como una roca, tenía mucha fuerza y hacía justo lo que prometía.

Los británicos y los canadienses tenían muchas — se distribuyeron a las fuerzas aerotransportadas, comandos y tripulaciones de tanques, así como a algunos oficiales de infantería —. Los británicos también tenían revólveres, que eran potentes, pero que no eran ideales por el asunto de tener que recargar las balas de una en una cuando las manos temblaban en medio del combate. El teniente estadounidense Orion Shockley experimentó en sus carnes la importancia de las diferencias de calibre en las afueras de Cherburgo. Estaba en el flanco derecho de una sección que se aproximó a un edificio con aspecto de barracón. Al doblar una de las esquinas del edificio, sacó su Webley 38, una pistola británica, y vio cómo salía un único alemán. «*Achtung*!», le gritó Shockley, pero el soldado se volvió hacia él apuntándole con su MP40. Shockley disparó y acertó a

su enemigo en el hombro, pero, en lugar de caer derribado hacia atrás, el hombre simplemente se tambaleó y volvió a intentar disparar su metralleta. Shockley disparó una segunda vez y, en esta ocasión, le dio en la cabeza y lo mató. «Examinando sus heridas, aprendimos una lección», subrayó. «Una pistola del calibre 38 no tenía el empuje ni la capacidad de derribo que tiene una bala del calibre 45[578]».

En términos de rifles, el Mauser alemán de cerrojo K.98 era el menos efectivo de todos. Sólo cargaba sólo cinco balas cada vez y el cerrojo tenía que tirarse tan para atrás que cualquiera que hubiera estado apuntando tenía que mover la cara y volver a apuntar en cada disparo. El británico Lee-Enfield Mk IV tenía un cerrojo con un recorrido mucho más corto, un cargador con espacio para diez balas y podía recargarse en cualquier momento, y puesto que el cerrojo más corto no obligaba a moverse al tirador, que seguía apuntando a su objetivo, su usuario podía disparar el doble de veces por minuto que

su adversario alemán. Los estadounidenses tenían rifles Springfield semiautomáticos, principalmente el M1 Garand, el primer rifle semiautomático en entrar en servicio y que, por lo tanto, no tenía cerrojo. Podía cargar hasta ocho balas, pero no se podía recargar hasta haber disparado las ocho. Todos estaban bien construidos y eran fiables, y un buen tirador podía matar a un hombre a cuatrocientos metros con cualquiera de estas armas.

Los subfusiles, o metralletas, eran también armas de combate en corta distancia, ideales para disparar un gran número de balas sobre un área relativamente amplia. Su mejor uso era para despejar edificios y trincheras y en los combates de proximidad en los setos. Los estadounidenses tenían la Thompson, que era muy pesada, casi cinco kilos, pero que también disparaba balas más grandes y letales, de calibre 45 y que en los ejércitos estadounidense, británico y canadiense solía llevar un cargador recto de treinta balas. Los estadounidenses contaban también con la M3 «engrasadora», que sólo pesaba 3,7 kilos y era más pequeña, pero que también disparaba un cargador de treinta balas del calibre 45. Era barata y simple, pero no del todo fiable y no fue muy popular.

Aunque sus problemas de fiabilidad acabarían por solucionarse, no se habían corregido todavía hacia el verano de 1944.

Otro subfusil con desigual reputación era el británico Sten, que era aún más simple que la M3 y podía desmontarse fácilmente (lo que facilitaba su transporte), era ligero e increíblemente barato de producir. Se sabía que tenía tendencia a dispararse de forma demasiado fácil y el cargador, que alimentaba dos balas alternativamente en una sola cámara, podía atascarse, pero sus defectos tempranos ya estaban en gran parte resueltos hacia el Día D. Puesto que era muy sencillo, tenía menos partes que pudieran estropearse y era prácticamente indestructible. Disparaba una bala de 9 mm, lo que significaba que podía utilizar la munición capturada a los alemanes, si se presentaba la

oportunidad, y también tenía un cargador que se extendía a un lado hacia la izquierda, de modo que podía dispararse tendido en el suelo, algo que era imposible con cualquier otro subfusil a menos que se pusiera de lado.

Los alemanes tenían MP38 y, más habitualmente, MP40, que eran básicamente la misma arma y que Aliados conocían como *Schmeissers*. Eran todos unas herramientas excelentes, bien fabricadas y equilibradas. En distancias superiores a setenta metros, la Thompson y

la MP40 eran ligeramente más precisas, pero este tipo de armas se utilizaba por lo general en distancias de treinta metros o incluso menos, en cuyo caso no había nada que hiciera a unas mejores que otras. La MP40 era increíblemente cara y compleja de fabricar, especialmente en este punto de la guerra, cuando a los alemanes les faltaba de casi todo.

Lo mismo podía decirse de sus ametralladoras ligeras. La carísima MG34 fue reemplazada en su mayor parte por la MG42, pero seguían necesitándose setenta y cinco horas de trabajo para fabricar esta última, mientras que las ametralladoras estadounidenses y británicas sólo necesitaban entre cuarenta y cinco y cincuenta. Tenía un ritmo rápido de disparo de unas mil cuatrocientas balas por minuto, lo que era increíblemente útil en una emboscada o cuando había hombres desembarcando en una playa, pero eso tenía un precio: era casi una escopeta de perdigones, así que no era nada precisa y, justamente por su veloz ritmo de tiro, con unas quince balas detonando una pequeña carga explosiva en la recámara cada segundo, se calentaba muy rápido. Era necesaria una disciplina muy estricta para dispararla, así como múltiples cambios de cañón, lo que quería decir que las escuadras alemanas — o *Gruppen* — tenían que llevar al menos seis recambios de cañón, todos los cuales llevaban múltiples sellos se inspección. Esta atención al detalle se debía en parte al excelente nivel de la ingeniería alemana, que los germanos simplemente no pudieron eliminar de su sistema en favor de soluciones más simples, y en parte a que utilizaban tanta mano de obra esclava que estaban comprensiblemente preocupados por el sabotaje. En cualquier caso, complejidad e inspecciones añadían más tiempo y dinero. Cada MG42 costaba unos doscientos cincuenta Reichmarks, es decir, unos diez mil euros en dinero actual.

Los estadounidenses tenían el rifle automático Browning (o BAR, por sus siglas en inglés), que estaba a medio camino entre un fusil y una ametralladora ligera, y disparaba un cargador de veinte balas. Costaba la mitad que una MG42. Aunque el BAR era una buena arma, los estadounidenses poseían también el M1919, más pesado y alimentado por una cinta de munición con balas del calibre 30. Si el BAR era bueno, el M1919 era extraordinario: sólido, fiable y capaz de disparar a un ritmo razonable y efectivo con una precisión espectacular. Los británicos tenían la Bren, que era igual de fiable y extremadamente precisa, y casi nunca necesitaba un cambio de cañón — cada

cañón estaba diseñado para disparar al menos 250 000 balas — y contaba con una útil empuñadura de madera en el cañón, lo que la hacía más fácil de transportar y a su vez ayudaba a cambiarle el cañón

cuando finalmente era necesario. Se alimentaba con un cargador, en lugar de con una cinta.

A pesar de las diferentes virtudes y ritmos de disparo, todas estas armas operaban a un ritmo de disparo efectivo — distinto del ritmo de disparo teórico — de unas ciento veinte balas por minuto. En otras palabras, todas tenían sus puntos fuertes y débiles. En un mundo ideal, a los dos bandos probablemente les hubiera gustado tener una combinación de los distintos modelos. Lo que ciertamente es una barbaridad es decir que la MG42 fue la mejor ametralladora de la guerra, como se ha repetido una y otra vez a lo largo de los años. Su ritmo de disparo era más alto, sí, y se trataba de un arma excelente en muchos sentidos, pero también tenía sus desventajas. En conjunto, no había grandes diferencias entre las diversas armas ligeras de las distintas naciones en combate.

Mientras los méritos y defectos de las armas ligeras alemanas han sido objeto de un vivo debate, su intensidad palidece ante la contundencia de las opiniones que se han expresado sobre tanques y cañones antitanque. En esto, se ha considerado desde siempre que los alemanes habían sido los mejores, mientras que los tanques británicos, especialmente, han sido objeto de un desdén exacerbado. De hecho, fue así incluso durante la propia guerra. En el verano de 1942, por ejemplo, el ministro británico de Suministros, Oliver Lyttelton, se vio obligado a defender la producción de tanques y armas antitanque británicas en el Parlamento, subrayando con paciencia que los cañones antitanque británicos eran tan buenos como los germanos, y que lo mismo sucedía con los tanques. En aquel momento, tenía razón.

Los combatientes aliados contribuyeron a alimentar el debate, pues veían tanques Tiger y Panther y cañones de 88 mm en cada esquina. Todas las cartas, diarios, memorias y entrevistas hablan de que les disparaban los «ochenta y ocho». En ocasiones, se trataba realmente de 88 mm — o Flak 36, que era su nombre oficial —, pero los alemanes tenían cañones de muchos otros tipos, entre ellos obuses como el 150

mm que operaba Eberhard Beck, así como toda una serie de otros cañones, y no sólo alemanes, sino también cañones que habían capturado en sus anteriores conquistas. Eso hacía la labor de los intendentes muy complicada, porque los ejércitos alemanes en Normandía utilizaban un número asombrosamente diverso de calibres, por no hablar de sus distintas tablas de tiro[579]. El general Hans Eberbarch, que ahora comandaba el *Panzergruppe West*, estimaba que tenía 133 baterías, o unos cuatrocientos cañones, sin

incluir los antiaéreos. «Pero, puesto que había poca munición, hubo que mantener el fuego en una décima parte respecto a lo que disparaban los británicos», comentó, «no me servía de gran cosa tener tantos cañones y lanzacohetes [580]». Quizá estaba exagerando la situación, pero es cierto, por ejemplo, que en el arsenal del *Panzergruppe West* había veinticuatro cañones pesados italianos que disparaban tan mal que, una vez se consumió toda la munición disponible, Eberbach ordenó que fueran destruidos; causaban más problemas de los que solucionaban.

La mayoría de las armas antitanque alemanas, sin embargo, no eran cañones de 88

mm de doble uso antiaéreo/antitanque, aunque, había, desde luego, un buen número de ellos. Se trataba de un cañón pesado de unas cinco toneladas y, debido a que estaba diseñado ante todo para derribar aviones, tenía un perfil muy alto que lo hacía vulnerable. Podía, no obstante, disparar un proyectil de 88 mm de diámetro a alrededor de ochocientos cuarenta metros por segundo, lo que implicaba que muy a menudo sus objetivos no se daban cuenta de lo que estaba pasando hasta que el proyectil ya había alcanzado su destino, lo que a veces podía ser demasiado tarde.

Todos los cañones antitanque, sin embargo, tenían una alta velocidad de salida. Ésa era su característica definitoria: lanzaban un proyectil en una trayectoria plana con una enorme cantidad de potencia y energía. Los obuses — la artillería de campo — estaban diseñados para lanzar en parábola proyectiles a gran distancia, y no en un escenario de fuego directo, sino a ciegas, desde detrás de una colina, por ejemplo, con la ayuda de observadores y vigías apostados más adelante para dirigir el fuego. Para ambos tipos de cañón había proyectiles explosivos y perforadores de blindaje que se utilizaban según el objetivo. La regla de oro era que cuanto más grande fuera el proyectil, más grande la explosión, los daños y el cráter. A pesar de que el término «88» era utilizado por las tropas aliadas como un cajón de sastre para denominar a todos los cañones antitanque alemanes, los principales eran de hecho el Pak 28, que disparaba un proyectil de 50 mm, y el Pak 40, que disparaba uno de 75 mm. Ambos eran cañones de perfil bajo, ligeros y mucho más versátiles y fáciles de remolcar tanto por caballos como por vehículos.

Aunque éstos eran los más comunes, también había muchos otros, principalmente cañones capturados reconvertidos y también un cañón antitanque especializado de 88

mm, el Pak 43, que disparaba a mil treinta metros por segundo y tenía un perfil mucho más bajo.

A mediados de julio, el número de tanques y cañones de asalto alemanes que habían llegado a Normandía oscilaba alrededor de 2500. De aquellos que tomarían parte en la campaña, sólo dos eran Tiger II (al que los soldados aliados llamaban King Tiger) y sólo 126 Tiger, a pesar de la propensión de las tropas aliadas a verlos agazapados tras cada esquina. Había muchos más Panther, unos 655 en total, pero el carro más común era el

Panzer IV, que parecía un Tiger más pequeño y, como no sorprenderá a nadie, se confundía a menudo con éste. El Panzer IV era un tanque medio comparable al Sherman básico con cañón de 75 mm; de hecho, los cañones de ambos blindados eran muy similares. Había también muchos StuG, unos 453 en total, que eran cañones de asalto con torreta fija soldados al chasis de un Panzer III. Aunque la torreta no podía rotar, eran de perfil bajo, razonablemente fiables y más fáciles de conducir y mantener que la mayoría de tanques alemanes. Además de éstos había unos 114 Jagdpanther, cañones de asalto de alta velocidad, y también un batiburrillo de tanques franceses reconvertidos capturados en 1940; otros, como los de la *21. Panzer* fueron adaptados especialmente por el *Major* Becker. Eso quería decir que el número de tanques y cañones de asalto capaces de disparo de alta velocidad sumaban en total menos de un millar de vehículos.

En su mayor parte, los tanques aliados eran tanques medios de alrededor de treinta toneladas y equipados con cañones de 75 mm de velocidad media y ametralladoras.

Hacia el final de la campaña de Normandía, después de que en las islas se hubiera expresado mucha preocupación por la calidad de los blindados británicos, se preguntó a cierto número de tripulaciones qué opinaban de sus tanques. Las tripulaciones de los Cromwell estaban, por lo general, satisfechas con su vehículo, como, por ejemplo, Reg Spittles y sus compañeros. Eran rápidos, de mecánica fiable y fáciles de mantener.

«Tienen, por supuesto», rezaba el informe, «la misma queja que las tripulaciones de las brigadas equipadas con Sherman, es decir, que su blindaje y armamento era ambos más ligeros que los de los Panther y Tiger **[581]** ».

Lo mismo sucedía con la mayoría de los tanques aliados, pero también había versiones del Sherman con cañones mejorados — el Firefly, en

el caso de los británicos y canadienses, que incorporaba el cañón de 17 libras de alta velocidad, y el Sherman de 76

milímetros y alta velocidad para los estadounidenses —. Es cierto que carecían del blindaje de los Panther y los Tiger, pero ciertamente tenían la misma letal potencia de fuego y, a medida que avanzó la campaña, su número aumentó. La mayoría de los regimientos británicos equipados con Sherman, por ejemplo, tenían un Firefly por tropa o, cada vez con mayor frecuencia, dos. Los Aliados tenían, además, otras armas temibles en su arsenal, como el Cocodrilo con lanzallamas de los británicos y canadienses. Hay registros de tropas huyendo en el mismo instante en el que veían uno de estos monstruosos tanques. Aunque los Tiger eran temidos tanto por su cañón como por su aparente invulnerabilidad, los tanques Cocodrilo parecen haber suscitado un nivel de terror equivalente entre los alemanes. «Los dos ataques fueron completamente exitosos», decía un informe sobre una acción de un Cocodrilo cerca de Sacqueville, a orillas del Orne, «y el enemigo decidió abandonar estos pueblos tan pronto como vio al Cocodrilo en acción [582] ». ¿Quién puede culparlos? Pocas armas en uso en Normandía

eran más horrorosamente brutales que un tanque del que emanaba un chorro de llamas de casi ciento veinte metros de longitud hecho de petróleo, gasolina y goma. «El enemigo le tiene miedo», decía otro testimonio en el informe, «y sube la moral de nuestras propias tropas [583] ».

Sin embargo, la mayor parte de las críticas sobre los tanques aliados se dirigían a la relativa falta de blindaje y la falta de potencia del cañón de 75 mm de los Sherman, Cromwell y Churchill, especialmente cuando se los comparaba con los Tiger y Panther.

Incluso los Tiger, sin embargo, eran vulnerables a los cañones anticarro de alta velocidad, y los Aliados tenían un número de éstos considerablemente mayor que sus enemigos y también disponían de muchísima más munición. El cañón anticarro de 17

libras británico, el estadounidense de 3 pulgadas y el de 76 mm tenían todos una alta velocidad de salida y, por consiguiente, un gran poder destructor. Durante un análisis en profundidad de los daños de combate en sus propios tanques y en los del enemigo que realizó el 21.er Grupo de Ejércitos, se comprobó que un Panther había sido alcanzado y destruido por un proyectil de un cañón de 17 libras que primero había hecho impacto en un vehículo normal, lo había atravesado por completo, y después había atravesado también la pared

de madera y piedra de un granero que tenía 45

centímetros de grosor, para finalmente impactar en el tanque[584]. «De hecho», decía el informe, «se dispararon seis proyectiles, todos los cuales pasaron por el granero. El impacto en el Panther fue en la placa inferior delantera y el tanque ardió en consecuencia». Lo que es más, estaban empezando entonces a llegar a Normandía los proyectiles APDS (Armour-Piercing Discarding Sabot o «Munición Perforante con Carcasa Desprendible»). En los APDS, el proyectil perforante estaba cubierto por una vaina que se desprendía durante su vuelo y que le permitía conseguir una velocidad de salida todavía mayor — unos 1220 metros por segundo —, lo que lo convertía, con diferencia, en la combinación de arma anticarro y proyectil más letal de todo el campo de batalla. Era impreciso más allá de 2000 metros, pero rara vez se disparaba más allá de esta distancia, por lo que esta cuestión no solía ser un problema. Los proyectiles APDS disparados por cañones de 17 libras, que pronto iban a llegar en números importantes, eran muy efectivos para destruir tanques.

Tanto los británicos como los estadounidenses tenían una cantidad enorme de armas antitanque, muchas más que los alemanes. Cada división de infantería británica, por ejemplo, contaba con el apoyo de tres regimientos de artillería, cada uno con veinticuatro cañones de 25 libras, lo que hacía un total de setenta y dos cañones, así como la asombrosa cantidad de setenta y ocho cañones anticarro de 6 libras, y treinta y dos de los fenomenales cañones de 17 libras, que tenían una velocidad de salida ligeramente mayor que la del cañón 88 mm antiaéreo e igual a la del Pak 43. Estas armas tenían un perfil bajo y eran increíblemente fáciles de transportar a su posición

mediante una combinación de camiones — «tractores de cañones» — y semiorugas.

Un cañón de 17 libras podía colocarse marcha atrás en un seto o lugar igualmente cubierto, desplegar sus patas, cargarse y disparar en menos de medio minuto. Además, cada división tenía adjunto un regimiento ligero antiaéreo, en el que había setenta y un cañones de 20 mm — el mismo calibre que utilizaban los cañones de los Spitfire y los Typhoon, por ejemplo — así como treinta y seis cañones de 40 mm, y dieciocho cañones de 40 mm montados en un chasis de tanque. Puesto que había muy poca *Luftwaffe* contra la que dispararlos, especialmente durante las horas diurnas, no era poco común que estas armas antiaéreas se utilizasen como apoyo a ataques terrestres.

Cañones como el Bofors 40 mm disparaban a alrededor ochocientos

ochenta metros por segundo, así que tenían velocidad de sobra para ser efectivos como cañones terrestres de ataque directo. También disparaban rápido, a alrededor de ciento veinte proyectiles por minuto.

Los estadounidenses tenían un nivel similar de apoyo en términos de artillería y armas anticarro, aunque su distribución no estaba tan estructurada como en el caso británico y canadiense. Cada batallón de infantería tenía una compañía de armas pesadas, equipada con o bien seis de los pequeños cañones de 37 mm o, como era cada vez más frecuente, de los cañones anticarro de 57 mm, que eran la versión estadounidense de los cañones de 6 libras británicos, así que, en total, cincuenta y cuatro por división. Cada regimiento también tenía adjuntos seis obuses de 105 mm.

Además, la división tenía cuatro batallones de artillería, tres con doce 105 cada uno y uno de doce obuses de 155 mm, de modo que, en total, contaba con una potencia de fuego muy significativa.

El cañón de 6 libras era ideal en el combate de proximidad que se producía en los setos, pues era mucho más ligero que el británico de 17 libras. También estaba el cañón anticarro de 3 pulgadas, apadrinado por el general Leslie McNair, el jefe de las fuerzas terrestres del ejército. El cañón de 3 pulgadas, que se transportaba a remolque, era demasiado pesado y difícil de maniobrar como para ser efectivo en el *bocage*, pero, aunque este cañón era un proyecto personal de McNair, Estados Unidos fue también original en el desarrollo de batallones anticarro (AC) específicos y, de los treinta de estos batallones que había en Reino Unido en la víspera del Día D, diecinueve eran enteramente autopropulsados e incluían varios interesantes nuevos vehículos blindados sobre orugas armados con cañones de alta velocidad. El Centro Anticarro se había fundado en Estados Unidos en 1942 para ayudar a desarrollar y adiestrar lo que era, en la práctica, una nueva rama del ejército que, aunque nunca recibió el mismo reconocimiento oficial, iba a operar junto a la infantería, blindados, aerotransportados y las demás ramas de las fuerzas terrestres estadounidenses. McNair era uno de los pioneros de los batallones AC y creía fervientemente que los tanques debían quedar

libres para operar con la infantería y destruir tropas enemigas no blindadas, y que los blindados enemigos debían ser destruidos sobre todo por armas móviles anticarro especializadas en esa tarea. Parte de la nueva doctrina anticarro era quitarle el miedo a sus hombres; las operaciones anticarro no iban a ser esencialmente defensivas, sino,

más bien, agresivas, con cañones antitanque motorizados operando en partidas de caza de tanques.

McNair quería que estas unidades estuvieran equipadas con cañones potentes y fueran rápidas y ágiles. De esta forma, serían capaces de maniobrar mejor que los tanques, más lentos y pesados, y podrían colocarse con facilidad en una posición de disparo favorable. En el norte de África, sin embargo, no habían conseguido tener éxito, en parte porque algunos comandantes, como el general Patton, no habían comprendido cómo tenían que utilizarse y en parte porque los batallones AC eran muy agresivos y buscaban el enfrentamiento con los tanques del adversario, donde su mínimo blindaje era una grave desventaja, en lugar de volcar esa agresividad en labores de reconocimiento y emboscada. Tampoco es que el camuflaje fuera particularmente sencillo en el desierto del sur de Túnez. Aquéllos, sin embargo, habían sido sólo los primeros pinitos de estos batallones; llegados al Día D, la doctrina anticarro estaba mucho más desarrollada y sus hombres mejor adiestrados. Ahora eran curtidas unidades de combate de gran impacto, de unos ochocientos hombres cada una, y estaban equipadas con excelentes radios y comunicaciones — cada batallón AC tenía no menos de noventa equipos SCR619 — así como con protección antiaérea y treinta y seis cañones antitanque de alta velocidad de 3 pulgadas o 76 mm, remolcados o autopropulsados. Eran capaces de destruir cañones antitanque y panzer enemigos, y de actuar como una guardia avanzada o cubriendo retiradas. El cazacarros M10 estaba equipado con el cañón de 3 pulgadas, mientras que el cazacarros M18 Hellcat tenía el de 76 mm, y ambos podían desplazarse a ochenta kilómetros por hora.

Aunque los batallones AC no estuvieron incluidos en las primeras oleadas del Día D, no tardaron en llegar y fueron desplegados según eran necesarios; como regla general, un batallón AC tendía a estar adjunto a cada división de infantería junto a un batallón de tanques. Además de los treinta y seis cañones anticarro que tenía cada batallón, venían equipados con más de cuarenta ametralladoras pesadas de calibre 50 y sesenta y dos bazucas. Un batallón AC carecía de blindaje, cierto, pero era veloz, ágil y tenía una gran potencia de fuego.

Tampoco es que los Sherman normales y corrientes fueran inútiles contra los tanques alemanes, como a menudo se suele transmitir. Se hizo un estudio de las acciones de los Voluntarios de los Rangers de Sherwood durante los combates «muy desagradables» que Stanley Christopherson había experimentado en y alrededor de

Rauray el 27 de junio. Un Sherman dio a un Panther en un costado a

una distancia de 75

metros mientras se movía a unos 20 kilómetros por hora, «y lo cocinó con un solo cañonazo a través de la placa vertical sobre el boje trasero [585] ». Luego estaba el Tiger que atacaron John Semken y su tripulación, que fue alcanzado frontalmente a una distancia de 110 metros. El Sherman disparó tres veces en rápida sucesión antes de que el Tiger pudiera devolver el fuego. La tripulación del Tiger escapó del tanque y el artillero de Semken disparó entonces otras tres veces y el tanque se cocinó por completo: cuatro de los disparos habían penetrado en el tanque a través del techo, y uno había rebotado en la cadena y había impactado en el faldón. El sargento Dring, el principal as panzer de los Rangers de Sherwood, destruyó un Panzer IV a 180 metros de distancia y contempló como ardía. Luego se enfrentó con un Tiger a 875 metros. El Tiger le disparó, pero falló; la tripulación de Dring metió entonces cinco proyectiles en la bestia enemiga sin que hubiera ninguna respuesta del Tiger, cuya tripulación abandonó el vehículo. Este tanque fue luego recuperado y enviado a Inglaterra. A continuación, el imperturbable Dring encontró un Panther en un cruce, le disparó desde 450 metros con un proyectil perforante que impactó delante del piñón; de nuevo, la tripulación abandonó el vehículo y este «se cocinó [586] ». Por si no era suficiente, Dring se encontró entonces con otro Tiger a 1300 metros, justo en las afueras de Rauray y le disparó seis proyectiles en rápida sucesión, de los cuales cuatro dieron en el blanco e incendiaron el carro alemán. Al principio, Dring pensó que había fallado y había dado en la pared que había tras el tanque, pero, como le señaló un tripulante, «una pared no echa esa cantidad de chispas». «Hemos examinado este tanque», añadía el informe, «y, desde luego, los disparos lo alcanzaron [587] ». Y no terminaron ahí las gestas del sargento Dring. Luego se enfrentó a otro Panzer IV. a 1100 metros, disparó dos cañonazos explosivos de calibración y luego un tercer proyectil perforante, que atravesó una de las cadenas, llegó al chasis inferior e incendió el vehículo.

Lo que éste y un gran número de otros episodios demostraban es que el cañón de 75

mm de un Sherman normal y corriente podía perfectamente destruir los mejores tanques enemigos en Normandía. Es cierto que todos estos ejemplos sucedieron en distancias relativamente cortas, pero la única ocasión en la que los tanques aliados se enfrentaron a carros enemigos a larga distancia fue durante las batallas en el terreno abierto alrededor de Caen e, incluso entonces, como proporción del combate en general, los enfrentamientos entre tanques fueron poco habituales. En distancias cortas, como sucedía al combatir en ciudades o pueblos,

el Sherman tenía, de hecho, importantes ventajas. En primer lugar, podía disparar más rápido. En segundo lugar, su torreta podía girar más rápido que la de los tanques alemanes. En tercer lugar, debido a su singular estabilización giroscópica, su cañón era mucho más preciso al disparar sobre la marcha. En cuarto lugar, era, por lo general, más maniobrable, en buena parte porque era menos complejo. La transmisión de un Tiger, por ejemplo, era una caja de cambios

de seis velocidades con preselector hidráulico diseñada por Ferdinand Porsche. Sonaba complicada y lo era. La caja de cambios del Panther era también un hito de la ingeniería, pero era demasiado complicada para el jovencito que acababa teniendo que vérselas con ella recién salido de adiestramiento básico. Para cambiar de marcha había que tirar de dos palancas a la vez y, para remate, el eje de transmisión, que atravesaba el vientre del tanque, era casi por completo inaccesible para la tripulación. Para llegar al motor había que mover la torreta hacia la derecha, levantar una escotilla, luego desatornillar una segunda escotilla más grande y, por último, utilizar una grúa pesada para levantarlo.

En el Sherman, en cambio, se accedía fácilmente al motor por la parte de atrás, y éste estaba colocado sobre unas sencillas sujeciones. Se podía sacar un motor y colocar uno nuevo en un par de horas utilizando cualquier modesta herramienta para levantar pesos. La caja de cambios, por continuar con los ejemplos, era muy sencilla, con cuatro marchas hacia adelante y una hacia atrás, de construcción manual y operaba exactamente igual que la de un coche, de los cuales, por supuesto, los estadounidenses e incluso los británicos tenían en abundancia en casa, pero los alemanes no.

Cada tanque era una pieza de equipo increíblemente compleja, de modo que cuantas menos partes tuviera y menos complicado fuera, mejor. Pero, más allá de eso, los estadounidenses, en particular, a la vez que construyeron decenas de miles de Sherman, construyeron también miles de talleres móviles, transportes de tanques y desguaces de tanques. Los tanques que habían sido inutilizados eran enseguida retirados del campo de batalla y o bien se reparaban y volvían a entrar en acción inmediatamente, o bien se llevaban a talleres más lejos de la retaguardia, o bien se desguazaban y proporcionaban piezas de recambio. El sistema entero estaba muy bien pensado y era muy eficiente, y contribuyó de forma decisiva a que hubiera la mayor cantidad posible de tanques disponibles en cualquier momento dado.

Si una tripulación aliada había perdido su tanque, pero no habían sufrido heridas ni bajas, simplemente intentaban camuflarse y pasar

desapercibidos y luego, cuando el combate se calmaba o había pasado el peligro inminente, se apresuraban a volver al cuartel general del regimiento, a pie o transportados por algún otro vehículo. En el caso de los británicos y canadienses, en cuestión de sólo unas horas, llegaba un nuevo Sherman, conducido por los hombres de los regimientos de entrega del Real Cuerpo Blindado (RCB). Estos tanques de reemplazo se enviaban por barco desde Inglaterra a Arromanches, y se conducían directamente desde los muelles hasta la retaguardia de las distintas zonas militares. Transportes de todo tipo iban y venían constantemente.

Mientras tanto, el tanque dañado era rescatado por el Destacamento de Ayuda Ligera (DAL). En ocasiones, el tanque podía ser reparado *in situ* por un taller móvil — un camión que tenía en la parte de atrás todas las herramientas concebibles, además de poleas y equipo de grúa — y, si eso no era factible, era remolcado o subido a un

transporte de tanques. Sólo si estaba completamente quemado se abandonaba en el campo de batalla, aunque incluso entonces, al final acababa por ser retirado y desguazado como chatarra.

Cada regimiento tenía también sus propias tropas de apoyo, conocidas como Escalón B. Cuando caía la noche, los tanques se retiraban y «acampaban» —

habitualmente los tanques de cada tropa formaban un círculo con los cañones apuntando hacia afuera o entraban marcha atrás en un seto o en algún otro lugar que les aportara camuflaje de forma natural —. Dependiendo de lo cerca que estuvieran del frente, los tripulantes cavaban un hoyo en el suelo, dormían bajo el tanque o colgaban una lona de un lado. El Escalón B llegaba con «pieles blandas» — camiones, *jeeps*, transportes de armas — con más munición, piezas de recambio básicas, latas de combustible y raciones. A diferencia de los alemanes, ninguna tripulación de tanque británica o batallón de tanques estuvo jamás falto de suministros. El sistema de los estadounidenses era muy parecido y recibían sus suministros, si acaso, de forma todavía más eficiente y abundante.

Los alemanes tenían un sistema similar. El equivalente al del DAL británico era el Destacamento de Mantenimiento Panzer de diecinueve hombres y dos camiones taller.

Cada regimiento panzer tenía, pues, una compañía de mantenimiento panzer de entre ciento veinte y doscientos hombres y disponía de tornos, electricistas y equipo de grúa.

El principal vehículo de remolque era un semioruga Maybach de dieciocho toneladas capaz de arrastrar veinte toneladas. Los tanques más pesados eran movidos utilizando varios de estos Maybach juntos. Los alemanes no tenían los transportes de carga baja, vehículos de recuperación o tractores de los que disponían los estadounidenses y británicos; ningún país tenía la capacidad de producir tantas unidades tractoras grandes y potentes como Estados Unidos. Los alemanes también tenían secciones de mantenimiento panzer, por lo general adjuntas a cada batallón de tanques; el *Hauptmann* Helmut Ritgen, por ejemplo, contaba con una sección de mantenimiento que servía a su batallón, y éstas podían, sobre el papel, al menos, reparar motores y transmisiones y realizar soldaduras. El batallón de Ritgen estaba equipado con Panzer IV, que eran mucho más fáciles de mantener que los Panther o los Tiger.

Sobre el papel, entonces, el sistema alemán parecía bastante eficiente. Sin embargo, adolecía de problemas en toda una serie de niveles. En primer lugar, desde 1942 en adelante, la urgente y apremiante necesidad de nuevos tanques como el Panther y el Tiger había tenido precedencia sobre otros aspectos de la producción de carros de combate, como, por ejemplo, la fabricación de piezas de recambio. Hacia 1944, los batallones de tanques siempre iban cortos de piezas de recambio y demasiados tanques tuvieron que ser abandonados por falta de una junta, piñón o engranaje nuevos. En

segundo lugar, la reducción de la preparación general de los germanos coincidió con el aumento tanto en número como en variedad de tanques alemanes — había, por ejemplo, nada menos que trece variantes distintas del Panzer III — así como con el inmenso aumento en tamaño y sofisticación — y complejidad — de ciertos modelos, como el Panther y el Tiger. Demasiado a menudo, reparar panzer averiados estaba simplemente más allá de las capacidades de los equipos de mantenimiento.

El contraste con los estadounidenses no podía ser mayor. Al principio de la guerra, había dos estadounidenses por cada vehículo de motor en Estados Unidos, pero en Alemania esa proporción era de cuarenta y siete alemanes por vehículo. Estados Unidos tenía, pues, decenas de miles de mecánicos y disponía de la capacidad, el tiempo y los materiales para asegurar que esas habilidades mecánicas estuvieran soberbiamente entrenadas para la tarea que se les había asignado, fuera el mantenimiento de un tanque, camión, cañón o aeroplano. En tercer lugar, en Normandía los alemanes ya no tenían el combustible o las unidades tractoras primarias que necesitaban, y a pesar de que divisiones como la *PanzerLehr* y la 12.ª SS partieron hacia el frente a

plena capacidad, el traumático trayecto hasta Normandía les infligió graves daños. Éste era uno de los motivos por los que Bayerlein estaba tan enfadado y frustrado por la pérdida de sus «pieles blandas» en ruta. Sin ellos, era imposible que sus tanques recibieran el apoyo, suministros y mantenimiento que necesitaban, y carros que no tenían el apoyo necesario en el frente no iban a resultar muy útiles para nadie. «Cualquier nación que prevea llevar a cabo operaciones militares a gran escala en un teatro de operaciones lejano», comunicó un informe estadounidense sobre el mantenimiento de tanques alemanes, «sólo puede conservar la eficiencia de combate de sus blindados si se realiza sobre el terreno un mantenimiento adecuado de los carros[588]». Era difícil discutir eso, pero los ejércitos alemanes en Normandía no podían cumplir ese simple pero fundamental principio. Hacia mediados de julio, tanto los estadounidenses como los británicos-canadienses tenían alrededor de 3500 tanques cada uno en el teatro de operaciones, una cantidad enorme. Los alemanes habían congregado, en total, mil menos (unos 2500). La diferencia entre ambos bandos la marcó que los Aliados tenían la capacidad de mantener y aumentar esa cifra, mientras que los alemanes no. Para ellos, la línea en el gráfico iba a ir siempre hacia abajo.

Si bien los Aliados se desempeñaron mucho mejor en el nivel operacional de la guerra, sigue siendo un error sugerir que sus blindados eran necesariamente inferiores.

No nos podemos centrar sólo en los cañones y el blindaje, a pesar de que en la época muchos creían que eso era lo correcto, equivocación que se ha perpetuado con frecuencia desde entonces. Había otros factores del Sherman, el tanque más numeroso

de todos los que había en Normandía, que a menudo se ignoran, pero que lo convertían en un carro blindado inmensamente práctico para las fuerzas aliadas. Desde la batalla de El Alamein, en octubre y noviembre de 1942, los Aliados habían permanecido en ofensiva. A medida que las fuerzas del Eje se retiraban, dejaban un reguero de puentes volados por los aires, por lo que los ingenieros aliados tenían que llevar al frente equipo de construcción y zapadores. La mejor y más efectiva forma de construir un puente era montar un puente Bailey de la Clase 40, que soportaba hasta cuarenta toneladas de peso a la vez. Un Sherman pesaba treinta toneladas; incluso con tripulación, combustible, munición, equipo y madera en los costados como protección extra, seguía pesando menos de cuarenta toneladas. Si hubiera sido más pesado, como el Tiger, de cincuenta y seis toneladas, no habría podido pasar por esos puentes. El Cromwell tenía un peso similar, pero, además, alcanzaba los ochenta kilómetros por

hora, así que era más rápido que cualquier otro tanque comparable, lo que le aportaría una gran ventaja cuando los blindados británicos llegaran a campo abierto, si es que lo conseguían. Ya llegaría su momento. Los Sherman, además, encajaban perfectamente en los barcos clase Liberty y en las naves de desembarco, además de ser muy fáciles de mantener en comparación con los modelos alemanes. Al considerar las ventajas y desventajas de cualquier vehículo blindado de combate — VBC — en particular, es importante contemplarlo desde todos los puntos de vista, y no sólo teniendo en cuenta su blindaje y cañón, y estas ventajas prácticas del Sherman eran, desde luego, muy importantes.

En cambio, el Tiger no sólo era increíblemente complejo, sino que también consumía mucho, a pesar de que el combustible, junto con la comida, era una de las principales carencias de la Alemania nazi. Los Tiger tenían que transportarse tan cerca del frente como fuera posible por ferrocarril, pero, como eran tan anchos, sobresalían del ancho de carga de las vías continentales. La solución que encontraron los alemanes fue poner al tanque unas cadenas más estrechas para viajar, que luego había que retirar y cambiar por las mucho más anchas cadenas de combate una vez llegaba al frente. Bajo la presión de los *Jabas* enemigos, éste era un ejercicio complicado y que consumía tiempo. El tanque luego tenía que ser conducido el resto del trayecto, con su tripulación rezando para que no se averiara en ruta antes de entrar en acción. Sólo se construyó un total de 1347 Tiger — mientras que se fabricaron 49 000 Sherman y 74 000 chasis de Sherman que, gracias a su uniformidad, se convirtieron en cañones de asalto, transportes de tropas y otros VBC —, y de esos Tiger, se estima que la mitad se perdieron por falta de combustible o fallos mecánicos.

Uno de los problemas a los que se enfrentaban los alemanes era que, debido a que no eran un país particularmente motorizado incluso antes de la guerra, tenían una reserva de conductores, mecánicos y grandes fábricas de vehículos mucho menor. A medida que avanzó la guerra, la formación se recortó más y más, mientras que el combustible se fue haciendo cada vez más escaso, lo que significaba que los tanques requerían un porcentaje cada vez mayor del total de combustible disponible. Los alemanes solucionaron estos problemas como pudieron. Por los prisioneros que capturaron en Normandía, los Aliados supieron que muchos de los conductores de los Panther e incluso de los Tiger habían entrado en acción con tan sólo diez horas de entrenamiento, una formación escandalosamente insuficiente para operar unas bestias tan difíciles desde un punto de vista mecánico. No es sorprendente que la tripulación del sargento Dring pudiera destruir

varios Panzers y un Tiger en una sola acción. La mayoría de los prisioneros alemanes interrogados sobre sus blindados estimaron que, de media, unos cinco Panther de cada compañía de veintidós estaban en taller recibiendo mantenimiento. Una compañía de Tiger tenía catorce tanques y se estimaba que al menos dos estaban siempre fuera de combate en los talleres, donde usualmente permanecían entre cinco y diez días. El sobrecalentamiento del motor, la ruptura de juntas o de palieres, la falta de mantenimiento y los errores de conducción eran las causas más comunes de los problemas mecánicos.

Luego había otras diferencias menores, pero no insignificantes. Los sistemas de suspensión, cadenas y sistema de ruedas del Tiger y el Panther eran complicados y difíciles de reparar. El Panther, por ejemplo, tenía dieciocho ruedas, todas interconectadas, incluidas las ruedas motrices, de modo que tenía treinta y seis ruedas en total, con el sistema de suspensión en la parte interior. Los Sherman, por su parte, tenían ocho ruedas en cada lado, incluidas las motrices, y tres bojes de suspensión doble a cada lado, de fácil acceso, que se podían reparar con rapidez si resultaban dañados.

Todo era reparable de forma sencilla, pues estaba simplemente atornillado. Este tipo de practicidad y facilidad de reparación era muy importante en el fragor de la batalla, cuando el mantenimiento de la línea de frente — y del esfuerzo — era fundamental.

Las cadenas rotas eran muy fáciles de reparar, pero la suspensión y ruedas de un Sherman podían reemplazarse, si era necesario, sin necesidad de retirar las cadenas. En un Tiger o un Panther — o en un Panzer IV, de hecho — lo habitual era tener que retirar todo el sistema de cadenas y ruedas para reparar cualquiera de sus partes.

Tampoco el *bocage* era un terreno más favorable para las divisiones panzer que para las tropas estadounidenses. «Sólo podíamos destruir tanques enemigos a una distancia máxima de doscientos metros», dijo Fritz Bayerlein, «pues los setos ocultaban a cualquier enemigo que estuviera más allá. Los tanques alemanes están construidos para disparar a larga distancia [589] ». Era muy cierto; los Panther y Tiger, especialmente, así como los StuG, con su cañón mejorado, habían sido diseñados teniendo en mente las grandes estepas de Rusia y los igualmente despejados desiertos del norte de África.

Pero manejar tanques grandes y de muy pesados era una pesadilla en un terreno tan cerrado. «No podíamos utilizar el Mark V en el campo en Normandía [590] », añadió, ni

tampoco habría podido utilizar el Tiger, si le hubieran dado alguno. Por lo que a él concernía, el Cromwell era el tanque que mejor se adaptaba al *bocage*, por su «ángulo de aproximación más agudo. Creíamos que había sido construido especialmente para ser utilizado en Normandía».

A pesar de todo, no cabe duda de que, en campo abierto, como, por ejemplo, en la zona alrededor de Caen, los tanques británicos eran vulnerables, no tanto ante los Panther y los Tiger, sino ante los cañones anticarro. Los tanquistas aliados, comprensiblemente, veían el combate a través de sus propias experiencias y a menudo les parecía que aquellas increíbles armas alemanas estaban haciéndolos picadillo y demostrando una superioridad abrumadora. Los tanquistas alemanes, sin embargo, tenían que enfrentarse con muchos más cañones anticarro enemigos, una artillería enemiga avasalladoramente superior, los cañones navales de la flota aliada y, por supuesto, los *Jabos*, con los cuales estaban mucho más obsesionados y a los que temían mucho más de lo que las tropas aliadas se obsesionaban y temían con los Tiger y los 88.

La mayoría de las tropas aliadas, por supuesto, nunca tuvieron ocasión de ver las cosas desde la perspectiva alemana.

La vulnerabilidad de los tanques a las armas anticarro también se aplicaba al *bocage*, donde prácticamente todos los combates eran de proximidad y donde eran muy vulnerables a los 88, Pak 40 e incluso Pak 38 ocultos, y también a otras armas anticarro alemanas, como el lanzacohetes Panzerschrek y el Panzerfaust. El coronel Tick Bonesteel había sugerido a los planificadores del Primer Ejército que requirieran urgentemente el tanque Pershing M26, de mayor tamaño, que estaba en esos momentos saliendo de las fábricas pero que no había sido enviado todavía al teatro de operaciones europeo. El general George S. Patton, generalmente considerado el principal experto en carros de combate y que pronto estaría al mando del Tercer Ejército estadounidense en Bretaña, había aconsejado en contra de este tanque pesado de cuarenta y seis toneladas por el apoyo que iba a requerir en términos de piezas de recambio, combustible y transporte. Ciertamente era demasiado grande para un puente Bailey Clase 40, pero tenía un cañón de 90 mm de alta velocidad. Por otra parte, su blindaje era menor que el de un Tiger y similar al de un Panther, con un blindaje frontal de 102 mm y de 55 mm en los lados; el Churchill tenía un blindaje frontal de 150 mm, mientras que el Tiger tenía 100 mm y 120 mm en el mantelete del cañón. Eso quería decir que incluso en una zona de setos densos y campos pequeños, el Pershing habría seguido siendo vulnerable a las armas anticarro y, además, habría sido

más difícil de mantener y de maniobrar.

Para desalojar a las tropas, morteros y cañones pequeños enemigos del *bocage*; las ametralladoras y el cañón principal de 75 mm del Sherman eran muy efectivos. La clave para vencer en los setos era desarrollar con rapidez nuevas tácticas y técnicas y, a pesar del terror y de la devastadora conmoción que sufrieron hombres como el teniente

Richard Blackburn en su llegada al frente, hacia mediados de julio eso era justo lo que estaba empezando a suceder.

Debe recordarse que, sólo cuatro años antes, en junio de 1940, los ejércitos de tierra de Gran Bretaña, Estados Unidos e incluso Canadá no disponían de casi nada de todo esto. Estados Unidos tenía un ejército diminuto en septiembre de 1939, casi sin tanques, con sólo setenta y tantos cazas de combate y no tenía ni una sola fábrica de explosivos militares. Gran Bretaña había perdido toda la capacidad de combate de su ejército, que era muy reducido, en Francia tras la retirada de Dunkerque, y nunca había pretendido disponer de un ejército grande, pues ése había sido teóricamente el papel de Francia en la alianza prebélica. De repente, Reino Unido y Estados Unidos se habían visto enfrentados a un aterrador peligro que amenazaba a todo el Occidente libre. Cuatro años más tarde, no sólo habían expandido sus ya entonces grandes armadas, sino que habían construido las dos mayores fuerzas aéreas del mundo, así como unos ejércitos con millones de soldados, magníficamente equipados y suministrados a la perfección.

Cualquier crítica que se haga a sus tanques tiene que verse templada por el verdaderamente asombroso logro de construir esos ejércitos con una rapidez exponencial, así como la infraestructura operacional necesaria para mantenerlos. Más aún, los líderes de guerra aliados habían concebido e implementado un método de derrotar al enemigo que era, para los estándares de la época comparativamente económico en cuanto a las vidas de sus jóvenes tropas. El esfuerzo de guerra aliado no sólo es loable, sino asombroso. Fue una gesta auténticamente increíble que sucedió sólo porque hasta la última fibra de sus respectivas naciones fue hilada en el esfuerzo de guerra, con una concentración y un sereno pragmatismo que nunca ha tenido rival ni se ha igualado en ningún momento de la historia.

El problema residía en que eran la desdichada infantería y las tripulaciones de los tanques los que tenían que jugarse el cuello en el frente, y meterse en los setos y salir al descubierto para enfrentarse a toda la furia del enemigo. No es sorprendente que la moral de las

tropas se resintiera cuando los tanques empezaban a cocinarse a diestro y siniestro, y las pérdidas se acumulaban de manera terrible. Tampoco es sorprendente que los que estaban siendo atacados envidiasen las armas de los demás, sobre todo cuando veían un Tiger o un Panther, de mucho mayor tamaño que sus propios tanques, recortarse en el horizonte o doblar una esquina. Es perfectamente comprensible que sintieran cierto resentimiento o una sensación de que su propio equipo no era adecuado, en especial dado que eran los corderos sacrificiales que los ejércitos aliados enviaban a la matanza. El sistema de hacer la guerra británico y estadounidense era mucho más eficiente y contaba con un sistema de apoyo y de suministros mucho mejor que el de ninguna otra nación en guerra, pero, a pesar de la estrategia general de «acero, no personas», y a pesar de la aproximación a la guerra basada en una gran potencia de

fuego, simplemente no había forma de evitar el trabajo de la infantería y los blindados.

Para destruir a los alemanes y poder utilizar la enorme potencia de fuego aliada, alguien tenía que hacer de cebo. Y ese cebo eran los pobres bastardos de la infantería y de los blindados.

Capítulo 28

Crisis de mando

El Día D, el teniente Richard Freiherr von Rosen se acababa de reincorporar al *Schwere Panzerabteilung* (Batallón Panzer Pesado) 503 en el centro de entrenamiento de tropas de Ohrdruf. Procedente de una aristocrática familia prusiana, había crecido en una finca familiar en Altenburg, en las colinas al sur de Dresde y, en 1940, cuando tenía sólo dieciocho años, se había alistado encantado en la excitante nueva arma panzer del ejército. Como todos, empezó como soldado raso, y luego se convirtió en *Fabnenjunker*, es decir, en candidato a oficial. Se ganó el derecho a asistir a la *Kriegsscbule* — «la escuela militar» — y allí se convirtió en un oficial en la punta de lanza del ejército, un miembro de la élite. Hacia 1944 había visto mucha acción: había estado allí al principio de la operación Barbarroja, había sobrevivido a los inviernos rusos y el julio anterior había sido herido en la batalla de Kursk. Una vez curado y repuesto, estaba encantado de volver a su antigua unidad. Su comandante, el *Hauptmann* Rolf Fromme, había nombrado a Von Rosen como oficial con deberes especiales en el cuartel general del batallón, y una de sus primeras tareas había sido preparar la visita del *Feldmarschall* Heinz Guderian, que entonces era todavía el inspector-general de las tropas panzer, y que debía llegar el

15 de junio. Guderian seguía siendo, en muchos sentidos, el padre del arma panzer, así que una visita de un gran guerrero como él era todo un honor.

Guderian había sido invitado a una fiesta con los oficiales y durante la cena se aseguró de acercarse a los tenientes y sentarse a su mesa. Allí les habló con mucha seriedad sobre la situación en los frentes oriental y occidental. «Si no conseguimos destruir la cabeza de playa enemiga en los próximos catorce días», dijo de Normandía,

«la guerra está perdida [591] ». Estas palabras, en boca de un ídolo como Guderian, causaron una profunda impresión a Von Rosen y a los demás oficiales, aunque durante las dos semanas siguientes intentó olvidarlas y concentrarse en las complejas exigencias de prepararse de nuevo para la acción. Finalmente llegaron sus órdenes de marcha el 27

de junio; tenían que salir de Ohrdruf a las 6 de la mañana siguiente, que la casualidad quiso que fuera el vigesimosegundo cumpleaños de Von Rosen, y dirigirse al frente de Normandía.

Como le sucedía a cualquier unidad nueva que se dirigiera a Normandía, el viaje del *Schwere Panzerabteilung* 503 estuvo constantemente interrumpido por los ataques aéreos de los Aliados y por largos desvíos provocados por los puentes destruidos, de modo que no llegaron a su conexión de ferrocarril hasta el 2 y 3 de julio, y luego fueron laboriosamente transportados hasta el frente en las siguientes noches, y llegaron en la

oscuridad el día 7. Al día siguiente los adjuntaron a la 21. *PanzerDivision*, y a Von Rosen se le dio el mando del *Staffel* (escuadrón) de combate de la 3. *Kompanie*. Acampadas en círculo en campos y bosques al sureste de la castigada ciudad de Caen, las compañías de tanques del batallón se turnaban para la guardia, aunque durante unos pocos días no recibieron órdenes de entrar en acción. Utilizaron ese tiempo para aclimatarse a su nuevo entorno. El combate allí, como Von Rosen comprendió rápidamente, era muy distinto al del frente oriental; aquí el enemigo tenía un dominio absoluto de los cielos.

El jueves 11 de julio, un mensajero despertó a Von Rosen alrededor de las 5 de la mañana con órdenes de que tuviera a su compañía en estado de alarma y dispuesta a entrar en acción de inmediato, y de que acudiera rápidamente al puesto de mando del batallón. Allí le informaron de la situación: los canadienses habían abierto brecha

entre Cuverville y Colombelles y ahora ocupaban el terreno elevado justo al norte del complejo de fábricas y chimeneas que allí había. Las carreteras al este de la ciudad estaban peligrosamente abiertas al enemigo y se informó de que había un gran número de tanques británicos avanzando. Su *3. Kompanie* debía destruirlos, hacer retroceder al enemigo y restaurar la línea del frente, luego detenerse y esperar nuevas órdenes.

Von Rosen se cuadró, saludó y corrió de vuelta a su compañía. Sus Tiger ya habían sido puestos a punto y estaban preparados. Hizo circular rápidamente las instrucciones que había recibido: debían subir a los vehículos, prepararlos para el combate y partir sin demora. Treinta minutos después de la alarma, la compañía salió a máxima velocidad y en quince minutos había llegado a Giberville, a kilómetro y medio al este del Orne y al sureste de Colombelles. Allí tuvieron que detenerse cuando las inmensas vibraciones que ocasionaban los Tiger a su paso provocaron que una casa se derrumbara sobre uno de ellos. «Nadie resultó herido, pero hubo que desenterrar el tanque, aunque sólo fuera porque, de lo contrario, la compañía no podría pasar, ya que la carretera era en ese punto demasiado estrecha para que pasara más de un panzer», apuntó Von Rosen.

«¡Siempre ocurren este tipo de cosas cuando uno tiene más prisa!» **[592]** . Von Rosen, mientras tanto, bajó de su propio Tiger y se adelantó en motocicleta; encontró el puesto de observación de artillería del StuG Battalion 200 en una habitación sobre una panadería. Mirando a través de unos binoculares, divisó a varios Sherman británicos abajo, en el arrasado pueblo de Sainte-Honorine. Estaba claro que esos tanques eran su objetivo.

Volvió a toda prisa con sus Tiger y encontró que ya se había rescatado el carro sepultado y despejado la carretera, así que se pusieron de nuevo en marcha, aunque al llegar al extremo norte del pueblo se vieron bajo fuego enemigo. Von Rosen ordenó entonces a dos secciones que se desplegaran en abanico y mantuvo a una tercera en reserva, y él ocupó con su tanque una posición en el centro de la formación.

Inmediatamente recibieron impactos, aunque la mayoría de los proyectiles rebotaron sobre el blindaje sin causar daños. Una vez estuvieron todos en posición, Von Rosen dio la orden de avanzar a toda velocidad. Se irritó al ver que sus órdenes no provocaban ninguna reacción en sus hombres, de modo que las repitió, esta vez con un tono mucho más perentorio. De nuevo, no sucedió nada. Sus Tiger siguieron disparando desde donde estaban y comenzaron a

acertar a sus objetivos, y varios Sherman empezaron a cocinarse, con un humo muy negro y espeso que salía de sus ardientes despojos.

«Si no atacan de inmediato», gritó Von Rosen por su micrófono, «¡voy a girar mi torreta a las seis y disparar hacia atrás!» [593] . Pero siguió sin haber ninguna reacción. Los proyectiles enemigos estaban alcanzando a su Tiger, rugiendo o golpeando con sonido metálico el blindaje o simplemente volando cerca. Sólo entonces comprendió que habían volado la antena de su radio. ¡Por eso nadie respondía a sus órdenes! Por unos instantes se preguntó qué debía hacer, pero enseguida decidió que no había otra opción que atacar solo.

Su Tiger se lanzó al ataque y avanzo varios cientos de metros. Para su alivio, los demás claramente se habían dado cuenta de lo que estaba pasando y lo siguieron. El buen adiestramiento de sus hombres hacía que no dependieran de órdenes verbales. La técnica era similar a la de un avance de infantería: una sección avanzaba mientras la otra le daba fuego de cobertura. Durante un rato los tanques enemigos desaparecieron tras el humo, pero éste se despejó pronto. «Cada proyectil que disparábamos le daba a un Sherman», escribió, «que explotaba en llamas [594] ». Los tanques británicos empezaron a retirarse. Los Tigers de Von Rosen estaban ahora en campo abierto y con poca cobertura, y un avión de observación no tardó en empezar a sobrevolarlos en círculos. Pocos momentos después llegaron los proyectiles enemigos, que hicieron que el suelo temblara y se sacudiera como si estuvieran en medio de un terremoto. El polvo, la tierra y el humo formaban remolinos a su alrededor, cegándolos y asfixiándolos; Von Rosen no había experimentado nada parecido, ni siquiera en ningún punto del frente oriental. Indicó rápidamente a sus tanques retroceder quinientos metros, donde creía que estarían seguros, pero pronto volvieron a estar bajo bombardeo. Su Tiger recibió un impacto directo, cuyo ensordecedor y reverberante estruendo dejó a todos los tripulantes conmocionados. Se apagaron las luces del tanque, pero se sorprendieron al comprobar que todos seguían vivos y sin heridas, aparte del constante pitido en los oídos.

Fueron bombardeados durante ocho horas. Von Rosen no daba crédito al nivel de precisión de los artilleros navales aliados. A pesar de que se movieron repetidamente de posición, en cada nueva ubicación recibieron una nueva andanada. Sin embargo, aunque hubo varios impactos sobre los tanques y algunas juntas soldadas se rompieron,

los Tiger seguían funcionando y sus tripulaciones estaban de una pieza. Al final, una vez el avión de observación hubo desaparecido, regresó una especie de paz y Von Rosen aprovechó la oportunidad

para salir del tanque y caminar un poco para ver los restos de la batalla. En total, contó once tanques enemigos, entre ellos un par de Firefly, además de cinco cañones anticarro. Descubrió también dos Sherman abandonados que, tras chocar, obviamente se habían quedado enredados; en plena batalla, las tripulaciones habían decidido largarse. Consiguió remolcar triunfalmente estos tanques a sus líneas.

Los Tiger de Von Rosen habían detenido los planes británicos de despejar las afueras surorientales de Caen como preparativo para la siguiente gran ofensiva del Segundo Ejército, la operación Goodwood. La infantería de la 51.ª División de las Tierras Altas y los blindados del 148.º Real Cuerpo Blindado habían creado rápidamente una cortina de humo y se habían retirado a Sainte-Honorine. «Nuestro primer enfrentamiento en Normandía fue un éxito», comentó Von Rosen, «pero fue sólo de importancia local y no influyó en la situación general [595] ».

Daba de lleno en la diana, pero de nuevo esta pequeña escaramuza había ilustrado perfectamente la dificultad de avanzar en aquel terreno tan poco hospitalario. Antes de la invasión, Montgomery había reconocido que el campo alrededor de Caen no favorecía el rápido aprovechamiento de las brechas con un barrido de blindados, pero también había asumido que Rommel nunca escogería plantar batalla tan cerca de la costa. Había esperado que planteara una sucesión de líneas de defensa flexibles desde donde las divisiones blindadas alemanas pudieran maniobrar mejor para contraatacar muy lejos del alcance de los cañones navales aliados. Y eso era exactamente lo que Rommel habría hecho tras no haber podido devolverlos al mar de inmediato; era lo que le había sugerido a Hitler en Margival el 17 de junio. Ahora, sin embargo, la cabeza de playa estaba demasiado llena; casi todos los campos estaban ocupados por aeródromos, campamentos militares de retaguardia, almacenes y hospitales de campaña. En mayo de 1944, habían trasladado a Normandía el sur de Inglaterra entero y ahora estaba comprimido en un área aún más pequeña. Las posibilidades de irrumpir a través de la masa de divisiones dispuestas alrededor del Segundo Ejército estaban dificultadas por los barrios exteriores de Caen, que ahora estaban en su mayoría en ruinas, y por el gran número de ríos directamente en el eje del avance de los Aliados. Lo más adecuado habría sido organizar un ataque general masivo en un frente muy ancho a ambos lados de Caen, pero no había ni espacio ni tampoco la artillería o la munición suficientes para lanzar un ataque de tamaña magnitud. Es difícil sobreestimar las dificultades a las que se enfrentaban los Aliados. Montgomery luchaba ahora contra cuatro cuerpos

enemigos, que incluían siete divisiones panzer y seis de infantería. Era cierto que todas esas divisiones panzer, a estas alturas, estaban seriamente dañadas — especialmente la 12. SS —, pero seguían llegando algunas unidades frescas, como el 503. *Schwere Panzerabteilung*, y bastaba un puñado de Tiger para causar enormes daños a una fuerza atacante, como la compañía de Von Rosen había demostrado. Simplemente, la única posibilidad era lanzar a la infantería y los blindados hacia adelante a través de terreno abierto, pero entonces las bajas se acumulaban hasta un punto que pronto se volvía inaceptable. Era un dilema, pero las consideraciones políticas lo estaban exacerbando.

Durante su etapa como comandante del Octavo Ejército, Montgomery había estado en gran parte resguardado de las cuestiones políticas y de alto mando con las que lidiaban sus superiores. Cuando estaba muy lejos, en el norte de África, su superior inmediato, el general *sir* Harold Alexander — un excelente diplomático y gestor, además de un excelente comandante en combate —, lo había protegido de la impaciencia de Churchill por entrar rápidamente en acción. Eisenhower y Alexander habían tomado juntos el testigo de esa labor de mediación entre el frente y Londres y Washington, primero en Túnez, luego en Sicilia y, por último, en el sur de Italia. Ahora, sin embargo, Montgomery estaba operando mucho más cerca de casa, Alexander estaba comandando las fuerzas aliadas en Italia, Freddie de Guingand, el jefe de Estado Mayor de Monty, seguía defendiendo el fuerte en Portsmouth, y la paciencia de Eisenhower, y de prácticamente todo el mundo, con Monty se estaba empezando a agotar. Esto se debía, en parte, al desarrollo de los acontecimientos y, en parte, al propio Monty, que se estaba volviendo cada vez más insufrible según crecía la presión para emprender acciones rápidas y decisivas.

Eisenhower, Bradley y Montgomery se habían visto mucho últimamente con el propósito de reconsiderar los planes para hallar una forma de salir del punto muerto en que estaban, pues Ike buscaba formas de ayudar a sus asediados comandantes en batalla. El viernes 30 de junio, por ejemplo, Bradley visitó el cuartel general táctico de Monty, recién trasladado a una colina cerca del pueblo de Blay, a unos pocos kilómetros al oeste de Bayeux y más cerca del Primer Ejército. Lo encontró de un humor particularmente arisco.

—A ver —le dijo Monty a Braley, mirando a Chet Hansen, que había venido con él y había sido recientemente ascendido —, ¿ahora tienes a un mayor como ayudante de campo? Es simplemente un recadero, sabes, un mindundi. Yo jamás tendría un ADC de grado mayor que

capitán [596] .

¿Qué diantre lo impulsó a decir algo así? Era insultante para Bradley, insultante para Hansen, a quien Monty había visto en muchas ocasiones antes, y simplemente era algo

espectacularmente falto de tacto, ofensivo e innecesario. Bradley no quiso entrar al trapo y le explicó pacientemente que él ascendía a sus ayudantes al rango que creía que habrían sido capaces de conseguir en otro lugar si no estuvieran trabajando para él.

—Recaderos, meros recaderos — murmuró Montgomery, decidido a tener la última palabra.

Acto seguido, inició una insultante diatriba contra el casco de acero estadounidense M1, que era un diseño excelente. Es difícil no sentir vergüenza ajena al relatar esta conversación. Montgomery y Bradley necesitaban trabajar juntos, codo con codo, compartiendo el mismo propósito, y con camaradería y respeto mutuo. Eso se hacía muy difícil cuando un inglés enjuto y bajito vestido con pantalones de pana y suéter estaba ahí sentado siendo horriblemente descortés, irritante y maleducado. Es difícil discernir por qué se comportaba de ese modo.

Dos días después, estaban de nuevo en el cuartel general táctico de Monty, en esta ocasión con Eisenhower. Monty seguía vestido con los mismos pantalones de pana y el mismo suéter; Hansen se preguntó si alguna vez los lavaba. Tenía con él a sus dos perros, Hitler y Rommel, un *fox terrier* y un *spaniel*; Hitler había sido un regalo de unos periodistas de la BBC. «A Hitler y a Rommel les doy algún palo cuando hace falta [597] »,

declaró al periodista Phyllis Reynolds, «pero ambos son obedientes y se someten bien».

Era una pena que no sacara más a relucir su ingenio. Después de conferenciar, fueron todos juntos a estudiar un Panther y el Tiger de John Semken, que había sido llevado hasta allí; aunque eran conscientes de sus limitaciones mecánicas, era difícil no quedarse impresionado ante su tamaño. «Le plantaremos batalla cuando lleguen nuestras cosas», les dijo Montgomery, y les informó que el día anterior se habían destruido unos cuarenta y dos tanques enemigos [598] .

Una semana después, Caen cayó por fin, pero siguió sin abrirse una brecha en las líneas alemanas. Al mismo tiempo, en Inglaterra seguían zumbando los V-1. El efecto de su onda expansiva era devastador, rompía ventanas y causaba bajas en un área mucho mayor que las

bombas convencionales; los londinenses habían tenido que dormir otra vez en los refugios y en las estaciones del metro. Todo el mundo estaba harto y, sobre el mapa, daba la impresión de que los grandes e intensos combates de los Aliados en Normandía no les estaban llevando a ninguna parte. De hecho, sobre el papel, los Aliados parecían horriblemente embolsados e incluso vulnerables.

El 10 de julio Montgomery se reunió de nuevo con Bradley y, esta vez, también con Dempsey. El principal planificador de Montgomery, el general de brigada Charles Richardson, ya les había dicho a Monty y a Dempsey que estaba preocupado por el

estado de la infantería y los apremió a utilizar de forma más liberal la gran cantidad de blindados que ahora había disponible. Bradley, además, estaba preparándose para una gran ofensiva, pero le dijo a Montgomery que sus fuerzas necesitaban más tiempo para maniobrar hacia el sur antes de lanzar su ataque al noroeste de Saint-Lô. Esta operación ya había recibido el nombre en clave de Cobra, y Bradley, tomando al pie de la letra la promesa de Eisenhower de apoyo aéreo, tenía intención de que los bombarderos pesados descargasen cuatro mil toneladas de bombas en una zona cuidadosamente designada. «Llevo queriendo hacer esto desde que desembarcamos», dijo a Chet Hansen dos días después. «Cuando lo pongamos en marcha, quiero que sea lo más grande que se haya hecho nunca. Queremos pasarles por encima [599] ». Imaginaba el ataque con tres divisiones y un gran número de blindados, con cazacarros como apoyo, irrumpiendo a través de la enorme brecha creada por los bombarderos. Pero no estaba listo todavía. A Montgomery el plan le convencía, y también aceptaba que, para que funcionase, era crucial mantener cuantas más divisiones panzer posible alrededor de Caen, de modo que el Primer Ejército topara con infantería alemana peor adiestrada y equipada. Ya habían recibido información que indicaba que la *PanzerLehr* se había desplazado al oeste; no querían que otras divisiones panzer la siguieran.

Por otro lado, el alto número de bajas era una de las principales consideraciones políticas que preocupaban a Montgomery, como había manifestado con contundencia antes ese mismo día en una reunión con el general Ronald «Bill» Adam, el Ayudante de Campo General [600] de las Fuerzas Armadas. El Ejército británico, le explicó Adam con claridad, sufría una falta de hombres que corría el riesgo de volverse grave si no iban con cuidado.

Hacia finales de junio, había unos noventa y cinco batallones de infantería en Inglaterra, que, a primera vista, parecían muchos [601] .

Sólo cinco, sin embargo, era batallones de soldados regulares, mientras que los noventa restantes eran una mezcla de batallones territoriales, de la reserva o en esperad [602] ; de ellos, sólo veintiséis estaban a plena capacidad, mientras que el resto estaban lejos de tener su dotación completa y o bien no estaban listos para operar en el continente, o seguían en tránsito o ya estaban destinados a otra parte — como Birmania o Italia — o eran de «Nivel Inferior» y adecuados sólo para la defensa del país. Así que, en cuanto al despliegue en Normandía, no quedaba mucho que rascar. Había también unos 172 815 hombres en el Mando Antiaéreo, y 50 000 habían sido reservados para ser transferidos al 21.er Grupo de Ejército. Sin embargo, los ataques con V-1 habían puesto fin a todo esto; el pueblo británico necesitaba otra vez protección y, políticamente, retirar artilleros antiaéreos de Inglaterra para enviarlos al frente en Francia era, por el momento, inviable.

El alcance global de Gran Bretaña era enorme y abarcaba sus contribuciones a la campaña de Italia, fuerzas navales distribuidas por todo el mundo — la Flota del Pacífico iba a formarse en agosto —, las campañas de Birmania y Normandía y una inmensa fuerza aérea. Por supuesto, Gran Bretaña tenía más personas a las que recurrir, pero, juiciosamente, había puesto a gran parte de ellas a trabajar en las fábricas.

Alemania, en cambio, había sacado a su mano de obra industrial de las fábricas, les había dado rifles, y la había reemplazado con mano de obra esclava poco eficiente y ahora estaba perdiendo la guerra. Gran Bretaña no tenía intención de cometer el mismo error, pero los cinco años que llevaba inmersa en un conflicto global estaban empezando a pesarle; únicamente Alemania llevaba más tiempo en guerra, pero sólo por un par de días.

Lo que resultaba igualmente obvio era la creciente fuerza militar de Estados Unidos y de la Unión Soviética. Muy pronto habría más tropas y material estadounidense que británico en Francia. El Tercer Ejército de Patton ya estaba camino de Normandía y se estaba preparando para ser activado y lanzado a la batalla en cuestión de semanas, mientras que el 14 de julio se tomó la decisión de dar luz verde a la operación Anvil, la invasión del sur de Francia, que estaría liderada por Estados Unidos. Los líderes bélicos de Gran Bretaña tenían los ojos puestos ya en la paz que vendría después de la guerra, fuera antes de final de año o ya en 1945. Los estadounidenses al final regresarían a casa, pero la Unión Soviética amenazaba con llevar el comunismo a Europa, algo que Gran Bretaña temía casi tanto como al nacionalsocialismo. Gran Bretaña era, a un tiempo, parte de Europa y

su vecina, y aunque ya había hecho una enorme contribución liberándola del yugo de los nazis; era vital que continuara implicándose. Desde Churchill hasta Montgomery, todo el mundo comprendía que Gran Bretaña tenía que sentarse en una mesa con Estados Unidos y la Unión Soviética cuando se hubiera ganado la guerra. No era sorprendente que a Montgomery le preocuparan tanto las bajas.

Más que eso, no obstante, la estrategia bélica entera de Gran Bretaña y Estados Unidos se había construido sobre el principio de mantener en un mínimo el número de soldados en combate, algo que se debería aplaudir en lugar de criticar. Tanto por motivos personales como humanitarios, Montgomery, por muchos defectos que tuviera su carácter, siempre fue muy prudente con las vidas de los soldados de su ejército, formado en su gran mayoría por reclutas civiles, y lo mismo puede decirse de Bradley.

Querían ganar tan pronto como fuera posible, pero perdiendo el mínimo posible de vidas. Era un equilibrio delicado y difícil de mantener, pero era también el motivo por el que estaban tan dispuestos a utilizar el apoyo de la fuerza aérea y la artillería. Dentro del Segundo Ejército británico, por ejemplo, sólo un 7 por ciento de sus efectivos estaba en los tanques; sólo el 16 por ciento eran infantería; el 17 por ciento, artillería; el 13 por

ciento, ingenieros; el 5 por ciento, comunicaciones y un asombroso 42 por ciento pertenecían al cuerpo de servicios. El Primer Ejército era parecido. Era extraordinario que los Aliados pudiera combatir — y ganar, como estaban haciendo — con tan pocos hombres en la línea de fuego. Era de verdad un modo mucho, muchísimo más eficiente de combatir que el camino que habían tomado Alemania, Japón o la Unión Soviética, pero implicaba que, en ocasiones, el avance parecía lento y el mapa apenas se movía.

Montgomery *podría* haber irrumpido a toda costa a través de las líneas alemanas ahora y, de haber sido un líder soviético — o un comandante alemán —, lo habría hecho. El coste, sin embargo, habría sido grande, demasiado grande, y no estaba dispuesto a pagarlo. Y lo mismo sucedía con el resto de los líderes bélicos británicos y estadounidenses. Lo que les costaba entender era cómo, con la abrumadora potencia de fuego aliada, no lograban romper las líneas enemigas sin tener un gran número de bajas. La singular incapacidad de Montgomery para hacer que lo comprendieran estaba en el origen de la creciente tensión que había ahora. No era mal general, al contrario, era muy bueno. Y también lo era Bradley. Pero mientras

que Bradley tenía una habilidad personal innata para conectar tanto con el más humilde de los reclutas como con generales y políticos, la insufrible arrogancia y descomunal torpeza de Montgomery ponía a la gente en su contra, e indudablemente ha perjudicado su reputación desde entonces.

Ese mismo día, lunes 10 de julio, después de sus reuniones con Bradley y Dempsey, Montgomery emitió una nueva directiva en la que dejó claro que tenía intención de expandir la cabeza de puente al otro lado del Orne, al sureste de Caen, pero que no pensaba avanzar mucho más allá. Quería utilizar a los británicos y canadienses para anclar a los alemanes en su sector y para poco más; incluso esto tenía que ser ejecutado sólo si podía hacerse a un precio razonable. «No estoy dispuesto a sufrir un *alto* número de bajas para obtener esta cabeza de puente sobre el Orne», anunció en su directiva ese día, «pues ya tendremos muchas otras en otros lugares [603] ». Al ver esto, Tedder en particular creyó que Monty estaba siendo demasiado cauteloso, a pesar de las preocupaciones sobre la escasez de hombres, y así se lo dijo a Eisenhower.

En los días que siguieron, sin embargo, empezó a tomar forma el plan para el siguiente asalto de los británicos, aunque la idea de la operación Goodwood no fue realmente de Monty, sino más bien del comandante del Segundo Ejército y resultó más ambiciosa de lo que Montgomery había pretendido originalmente. Miles «Bimbo»

Dempsey ha quedado oscurecido por la sombra de la dominante personalidad de Montgomery, pero no era precisamente tímido, sino un comandante mucho más enérgico de lo que a menudo se le supone. Inteligente, incisivo y con la cabeza bien amueblada, en una conversación sabía tanto escuchar como imponerse. Como Bradley necesitaba más tiempo, Dempsey vio una oportunidad de mantener el grueso de las

divisiones panzer en los sectores británico y canadiense y al mismo tiempo seguir desgastándolas y quizá incluso conseguir abrir brecha por fin entre ellas. Consideraba que romper la línea enemiga era perfectamente posible; sabía muy bien que Conningham y Tedder estaban deseando alcanzar el terreno elevado más allá de la cresta de Bourguébus, mientras que un avance sobre Falaise, a unos treinta kilómetros al sureste de Caen, no sólo fijaría a las fuerzas alemanas que todavía combatían contra el Segundo Ejército, sino que quizá incluso atrajera a otras de más al oeste; sería imposible para los alemanes no responder a la operación, lo que claramente ayudaría a Bradley con Cobra.

Montgomery, sin embargo, aconsejó rebajar el alcance de la operación y el 15 de julio se redujo la escala de Goodwood. Sin embargo, continuaría siendo un ataque importante que utilizaría las tres divisiones blindadas que se habían incorporado al VIII Cuerpo de Dick O'Connor en un intento de minimizar el número de infantería directamente implicada. Los canadienses iban a jugar un papel en la operación, despejando Colombelles y el resto de las afueras de Caen. Dempsey también estaba cautivado por las ideas de Bradley de hacer un bombardeo de saturación antes de Cobra, algo que tanto Eisenhower como Tedder estaban dispuestos a apoyar. De nuevo, no obstante, se produjo algún tipo de problema en la comunicación. A pesar de que Monty rebajó sus expectativas, Dempsey le siguió diciendo claramente a O'Connor que creía que abrir una brecha hasta Falaise seguía siendo posible. Sin embargo, era algo perfectamente coherente con el estilo de mando de Dempsey y su convencimiento de que era mejor dar a sus hombres un objetivo muy ambicioso y no conseguirlo, que no ser lo bastante ambicioso y encontrarse luego con que no podían explotar el éxito conseguido por falta de un plan.

Pero se avecinaban problemas. Montgomery había hablado por primera vez con Eisenhower sobre Goodwood el 12 de julio, antes de que se redujera la escala del plan.

Este plan original más optimista y agresivo había provocado una respuesta entusiasta de Eisenhower y Tedder, que reaccionaron ofreciendo a Monty todo su apoyo.

«Eisenhower y yo», explicó Tedder, «decidimos que la respuesta debía estar formulada de tal forma que dejara inequívocamente claro que esperábamos que Montgomery llevara a cabo el plan, incluso si el tiempo imposibilitaba un apoyo completo [604] ».

Eisenhower envió una respuesta muy positiva al día siguiente: «Nos entusiasma tu plan. Estamos tan animados por lo prometedor que es el plan que o Tedder o yo o ambos estaremos encantados de ir a visitarte si podemos ayudar del modo que sea [605] ».

A estas alturas, deberían de haber conocido mejor a Montgomery. Monty siempre hacía lo que *él* consideraba que era lo mejor, y sólo una orden directa — y la respuesta de Eisenhower no lo era — haría que se desviara de su nuevo plan revisado y reducido.

En su cabeza, Montgomery tenía muy claro lo que esperaba de Goodwood. Dempsey y O'Connor y el Estado Mayor del Segundo Ejército, por su parte, seguían teniendo mayores ambiciones, y Tedder

y Eisenhower sin duda esperaban que el Segundo Ejército lanzara un ataque con todas las fuerzas y consiguiera romper las líneas enemigas de forma decisiva. En otras palabras, en este momento crucial, el Mando Supremo, el Grupo de ejércitos y el Ejército estaban cada uno de ellos entonando una canción distinta.

Mientras tanto, el poder aéreo aliado seguía siendo el factor dominante por lo que a los alemanes concernía. El mal tiempo había continuado perjudicando enormemente las ambiciones aliadas, pero cada vez había más aeródromos construidos dentro de la cabeza de playa y cada vez llegaban a ella más aviones. El 1 de julio, los elementos de avanzada del Escuadrón 609 habían llegado a Normandía y aterrizado en el B-10 en Plumetôt, a 6,5 kilómetros al norte de Caen. Habían aterrizado en sus Dakota y habían traído también al Capitán de Grupo Billy, la cabra que era la mascota del escuadrón, a la que tenían mucho cariño. «Parece que nunca se planteó la posibilidad de dejarla atrás», apuntó el intendente, «a pesar de que su más fervoroso defensor, Johnny Wells — que consideraba que embarcarse en una misión sin haber saludado antes al Capitán de Grupo Billy era una bravuconada estúpida —, había pasado el mando del 609 a su primer comandante belga, Manu Geerts, galardonado con la Cruz de Vuelo Distinguido [606] ».

Al sargento de escuadrilla Ken Adam no le había preocupado demasiado abandonar la cómoda existencia que habían llevado en Inglaterra. Después de todo, era estimulante formar parte de aquella gran fuerza de invasión y sentir que por fin estaban ganando la guerra al enemigo. Habían llegado, volando entre gran cantidad de polvo, el 2 de julio y operaban desde el aeródromo B-10, aunque estaban acampados en el B-5, que estaba más lejos de Caen y del alcance de la artillería enemiga. A Adam no le molestaba. Su tienda era lo bastante cómoda: él y su buen amigo Norman Merrett tenían un catre y un saco de dormir cada uno, así como un lavamanos de lona a compartir entre los dos. Se sentían un poco vulnerables por la noche cuando pasaba algún esporádico bombardero de la *Luftwaffe*, aunque Adam había conseguido volver a dormir con facilidad desde que había adoptado la costumbre de irse a la cama con su casco de hojalata cubriéndole sus partes más vitales.

Las bajas se iban acumulando. Cinco pilotos habían muerto en mayo y cuatro en junio, lo que suponía alrededor del 40 por ciento de los pilotos del escuadrón.

«Escuadrón asignado a atacar concentraciones de tanques al S.E. de HOETOT», registró

el diario del escuadrón el 11 de julio. «Objetivo localizado con humo rojo». Se divisaron doce tanques que se atacaron con cohetes. «Parece que el sargento de escuadrilla Bliss fue alcanzado por los antiaéreos después del ataque y está desaparecido[607]». A pesar de que había poca actividad de la *Luftwaffe*, los peligros para estos pilotos seguían siendo inmensos. Los Typhoon eran aviones de ataque aire-tierra que solían operar a muy baja altitud; cuando atacaban, es muy posible que lo hicieran a sólo unas pocas decenas de metros de la superficie. Esto quería decir que tenían muy poco espacio de maniobra si algo iba mal, y que a menudo no tenían ocasión de saltar en paracaídas. Si un avión caía, el piloto inevitablemente caía con él.

Se estaban adoptando nuevas tácticas. Además de patrullar en amplias zonas, también se los llamaba para dar apoyo a operaciones terrestres específicas. En Francia, donde la precisión era muy importante, se adoptó un nuevo sistema, copiado de la Primera Fuerza Aérea Táctica en Italia e introducido por el vicemariscal del Aire Harry Broadhurst, comandante del Grupo 83, y homólogo de Pete Quesada en la Segunda Fuerza Aérea Táctica. Esta nueva táctica se bautizó como «PCV» —punto de control visual—, y hacía que un controlador de tierra veterano de la RAF viajara por el frente en un tanque del ejército y, equipado con una radio sintonizada en la frecuencia del escuadrón, dirigiera los Typhoon hacia sus objetivos de forma muy precisa, a menudo acompañado de un observador de la artillería. A estos tanques se los llamaba «Rovers».

Los pilotos, que volaban en escuadrillas de cuatro, operaban como si fueran taxis en una parada en el cielo: equipados con los mismos mapas que el controlador, que extendían sobre sus rodillas, volaban por turnos para que siempre hubiera alguien en el aire, ascendían a ocho mil pies sobre su aeródromo y volaban en círculos hasta que les dirigían a un objetivo. «El controlador decía: "Bien, ésta es la referencia de la cuadrícula y en quince segundos veréis humo rojo. Bajad y atacad"», recordó Adam, «y entonces descendíamos y encontrábamos un Tiger o un cañón de 88 mm y disparábamos nuestros cohetes[608]». Al volar tan a menudo y en altitudes tan bajas, no era sorprendente que el escuadrón estuviera sufriendo tanto.

«Fue duro», admitió Adam respecto al número de bajas[609]. Para que la mente no se obsesionara con ello, se bebía y se apostaba mucho a partir del ocaso. Si alguno se levantaba a la mañana siguiente con resaca, volar a diez mil pies de altura con el oxígeno a tope le despejaba enseguida la cabeza. En cualquier caso, resultaba evidente que, ahora que el tiempo parecía mejorar, iban a volar más. Los comandantes aliados sobre el terreno dependían cada vez más, y no

menos, de las fuerzas aéreas tácticas, y eso se aplicaba tanto a la USAAF como a la RAF.

El teniente Archie Maltbie y el resto del 365.º Grupo de Caza se habían trasladado a Francia a finales de junio y ahora volaban prácticamente sin parar. Lo mismo hacían los

del 354.º. El 3 de julio, se ordenó al mayor Dick Turner que escoltara a Pete Quesada y al comandante supremo aliado en persona, el general Eisenhower. Ike había pedido una inspección del campo de batalla de Saint-Lô desde el aire y Quesada sugirió que utilizaran un Mustang que el 354.º había modificado retirando el tanque de combustible del fuselaje y sustituyéndolo por un segundo asiento, y que utilizaban en ocasiones para enseñar tácticas a los nuevos pilotos. Turner había despegado para escoltar a los generales en un P-51 completamente nuevo, sólo para que su aparato sufriera una súbita bajada del nivel de aceite. Bastante avergonzado, había tenido que aterrizar a toda prisa nada más despegar. Por fortuna, sus otros dos pilotos no se habían separado en ningún momento del comandante supremo. De vuelta en el suelo, Bradley pensó que tanto Ike como Quesada parecían colegiales tímidos. Eisenhower apremió al primero a volar más deprisa, pero Quesada mantuvo la velocidad a cuatrocientos kilómetros por hora. «Caramba», dijo Quesada a Chet Hansen, «habría tenido que darle a fondo [610] ».

Harry Broadhurst había establecido su cuartel general táctico justo al lado del de Miles Dempsey, igual que Pete Quesada tenía el suyo junto al de Bradley. En ambos casos, los comandantes de tierra y aire se llevaban muy bien, y a menudo cenaban juntos. Chet Hansen y Bradley ciertamente apreciaban mucho a Quesada y no hay duda de que, al vivir tan cerca el uno del otro, los dos comandantes eran capaces de entender mejor los problemas y limitaciones a los que se enfrentaba cada uno, y trabajar mejor para superarlos. Tras la caída de Cherburgo, Quesada dijo a sus hombres que entendieran que su trabajo apenas acababa de empezar. El 6 de julio, por ejemplo, el general Joe Collins pidió ayuda a Quesada cuando sus tropas tenían dificultades para avanzar; fue el mismo día en que Carl Rambo y sus Sherman del 70.º Batallón de Tanques se vieron también frenados. Dos grupos de caza, noventa y seis cazas en total, volaron recorriendo una y otra vez el frente de la batalla. A alrededor de las 3.30 de la tarde avistaron a unos alemanes al descubierto y descargaron sobre ellos un millar de bombas, así como fuego de ametralladoras. También respondieron a las peticiones de atacar objetivos específicos, utilizando bombas de fragmentación de 250 libras (115

kilogramos) que creaban muy pocos cráteres, pero que afectaban un área muy amplia con su explosión y metralla. No se trató de ataques de precisión, pero tal era la creciente paranoia y obsesión que tenían las tropas alemanas con la supremacía aérea aliada que la llegada de los *Jabos* en ocasiones bastaba por sí sola para detener un ataque o asegurar que los germanos se escondían de inmediato. Era evidente que, en días de buen tiempo, las tropas terrestres aliadas tendían a avanzar más que cuando estaba nublado. El problema era que el tiempo seguía siendo muy variable: un día o dos de sol y cielos despejados y luego regresaban las nubes y la lluvia.

Fueran cuales fuesen las preocupaciones y problemas a los que se enfrentaban los Aliados, no eran nada en comparación con los que tenían los alemanes. En el frente oriental, las fuerzas del mariscal Konstantin Rokossovsky habían irrumpido a través de las líneas del *Heeresgruppe Mitte* alemán y ahora el *Heeresgruppe Nord* estaba también bajo presión. Se había-abierto una brecha de ochenta kilómetros entre sus líneas en sólo dos días de sangrientos combates. A diferencia de Caen, no había en el frente oriental ninguna concentración de fuerzas panzer capaces de detener al enemigo, mientras que la *Luftwaffe* tenía allí una presencia incluso menor que en Normandía.

1.

Las últimas informaciones de la inteligencia alemana sugerían que el general Patton estaba a punto de lanzar una invasión a través del canal; la información no iba desencaminada, aunque Patton y su Tercer Ejército se dirigían a Bretaña, no a Paso de Calais, como esperaban los alemanes. El 15 de julio, Rommel escribió al *Feldmarschall* Von Kluge, su nuevo superior en el OB West, para informarlo de que había perdido 97

000 hombres desde el 6 de junio y había recibido sólo 6000 de refuerzo, mientras que se le habían enviado sólo 17 tanques para reemplazar a los 225 que había perdido. Los ataques desde el aire, pero, sobre todo, el fuego de artillería y artillería naval, estaban destrozando al *Heeresgruppe* B. De hecho, las cifras reales eran todavía peores que las que manejaba Rommel: más de 100 000 hombres perdidos hasta el 7 de julio. Johannes Börner seguía atrincherado cerca de Saint-Lô, por ejemplo, pero formaba parte del solo 35 por ciento de la *Fallschirmjäger-Division* 3 que seguía combatiendo. A la 353.

Infanterie-Division le quedaban sólo unos ciento ochenta hombres

capaces de entrar en acción. Rommel pidió a Von Kluge que pasara estos datos directamente a Hitler. Los dos se habían reconciliado desde su primer y explosivo encuentro. El de julio, tras la caída de Caen, Von Kluge había llegado a La Roche-Guyon visiblemente alterado y exhausto, sin que quedara ni rastro de su antigua seguridad y confianza en sí mismo.

Aceptó ahora que el análisis de la situación que había hecho Rommel había sido el correcto. Rommel estaba a su vez molesto porque le hubieran ordenado resistir en Caen.

Por ello, la 16. *Luftwaffen-Felddivision* había sido aplastada y la 12. SS, casi destruida. Le parecía que estas pérdidas habían sido mucho más altas de lo necesario. También se dieron casos de pura y simple ineptitud.

«¿En qué están pensando los que ven la situación de forma tan completamente distinta?», preguntó Rommel durante el desayuno la mañana del 12 de julio. «Uno no debería actuar según lo que sueña o desea, sino con sobriedad, guiándose sólo por la realidad **[611]** ».

«El lunes 17 de julio, el *Standartenführer* Kurt Meyer fue convocado al cuartel general del I. *SS-Panzerkorps*, que estaba ahora en una zona de espesos bosques cerca de Bretteville-sur-Laize, a unos quince kilómetros al sur de Caen. Su destrozada división estaba completamente fuera de la línea del frente, descansando y con la esperanza de reaprovisionarse alrededor de Potigny, al norte de Falaise. El trayecto hasta Bretteville debería de haber sido sencillo, pero, de nuevo, su viaje se vio interrumpido casi constantemente por la presencia de *Jabos* que patrullaban la del todo recta vía romana, así que llegó una hora tarde. Cuando finalmente se presentó, encontró a Dietrich, Eberbach y Von Kluge sentados a la sombra de un árbol, todos ellos quejándose amargamente de las continuadas y opresivas interferencias del OKW. Lo invitaron a comer con ellos y Meyer se quedó atónito al oír a Sepp Dietrich, el más leal de los hombres de las SS, criticando sin ambages el modo en que se estaba llevando la guerra en Normandía. “Durante el curso de la conversación”, apuntó Meyer, se hizo evidente que el comandante supremo, el general al mando y yo estábamos de acuerdo en que la situación actual era insostenible **[612]** ».

La razón por la que lo habían convocado era doble. En primer lugar, las continuadas operaciones británicas alrededor de la Cota 112 habían hecho retroceder a la 272.

Infanterie-Division; Maltot, donde el 4.º Batallón de Dorset había sido tan castigado, había caído; por todo ello, la 12. SS estaba ahora en alerta para regresar el frente. En segundo lugar, Rommel estaba por llegar y, cuando lo hizo puso énfasis en reconocer los esfuerzos de la 12. SS desde la invasión. También pidió una evaluación sincera de la situación. Meyer le dijo que era de esperar que los británicos atacaran Caen en cualquier momento. Las tropas que lo defendían continuarían luchando, le dijo a Rommel, y muriendo, pero no podrían evitar que el enemigo las arrollara y avanzase sobre París.

La abrumadora supremacía aérea de los Aliados imposibilitaba cualquier tipo de maniobra táctica. Ni siquiera las unidades más pequeñas podían moverse rápido debido al control que las fuerzas áreas aliadas tenían sobre todo cuanto se movía en el suelo. Urgió a Rommel a conseguirles algún tipo de apoyo aéreo. «Las fuerzas terrestres del enemigo no nos asustan», le dijo, «sin embargo, no podemos hacer nada contra su utilización masiva de la fuerza aérea **[613]** ».

Rommel respondió con ira. ¿Acaso pensaba Meyer que él estaba viajando por toda Normandía con los ojos cerrados? ¿Acaso pensaba de verdad que no había estado desgañitándose, pidiendo apoyo aéreo? Había advertido una y otra y otra vez al OKW

sobre el poder aéreo de los Aliados, cuyas consecuencias ya conocía de primera mano por su campaña en el norte de África. «¡Pero los mandamases son más listos que nosotros, claro!», gruñó. «¡Ya no se creen mis informes! ¡Tiene que suceder algo! ¡La guerra en el frente occidental debe terminar! Pero ¿qué pasará en el oriental? » **[614]** .

Poco después, Rommel se marchó. Dietrich le advirtió que tuviera cuidado de no conducir por ninguna de las carreteras principales. También le sugirió que cogiera un *Kübelwagen* en lugar del enorme Horch que utilizaba como su coche oficial. Rommel le dijo que no se preocupara y, con una sonrisa, se alejó en su Horch.

Rommel viajaba en el asiento del pasajero, junto al *Gefreiter* Daniel, su chófer habitual. En los asientos de atrás viajaban sus dos ayudantes de campo, el *Hauptmann* Hellmuth Lang y el *Major* Neuhaus, junto con el *Feldwebel* Hoike, que estaba allí específicamente como vigía para avistar aviones enemigos. Eran alrededor de las 6 de la tarde, acababan de salir de la ciudad de Livarot y se dirigían al norte de regreso a La Roche-Guyon, cuando dos Spitfire canadienses del Escuadrón 412 cayeron en picado sobre ellos en un barrido desde la izquierda y atrás. Desde unos 275 metros de distancia, el Spitfire que

iba delante, pilotado por el teniente de escuadrilla Charley Fox, abrió fuego con sus cañones de 20 mm, que impactaron primero en la carretera y luego en un lado del Horch, de modo que Rommel recibió impacto de astillas en la cara y Daniel, un impacto directo en el hombro. Gravemente herido, el conductor perdió el control del coche, que circulaba a toda velocidad, se salió de la carretera unos pocos cientos de metros más allá y se estrelló en una zanja. Lang salió indemne, Neuhaus con heridas leves y Daniel herido de muerte. Rommel fue arrojado hacia adelante por el impacto y se fracturó el cráneo.

El mariscal de campo fue trasladado, todavía inconsciente, a un hospital de campaña de la *Luftwaffe* en Bernay. Al principio, pareció dudoso que fuera a sobrevivir, pero, al día siguiente, recuperó la consciencia y pareció que lo peor había pasado. El incidente supuso, en cualquier caso, el final de su destacada carrera como militar. Con su desaparición del tablero, los alemanes perdían otro general y los aliados conseguían una valiosa victoria.

Capítulo 29

Goodwood

Ambos bandos emplearon una cantidad considerable de energía en desarrollar nuevas tácticas, introducir nuevas armas y asegurarse de que sus hombres estuvieran adecuadamente preparados, aunque un gráfico de entrenamiento mostraba, sin atisbo de dudas, una trayectoria descendente en la preparación de los alemanes, mientras que las habilidades de combate de los aliados iban, en su mayor parte, en aumento, a medida que las tropas bien entrenadas pero inexpertas adquirían gradualmente las lecciones más valiosas de todas: las que se aprendían en combate. Las memorias y los informes tras las acciones de los Aliados a menudo hablan de las magníficas habilidades de combate del enemigo, y el análisis de posguerra sugirió que el soldado alemán en combate era, en igualdad de condiciones, mejor que ningún otro. Estas afirmaciones han sido desmentidas por análisis científicos desde entonces, pero los analistas también cometieron el error de confundir las habilidades de combate y la disposición — o, más bien, la determinación — de seguir luchando frente a peligros y pérdidas inimaginables como si fueran lo mismo. Las habilidades de combate son una cosa, la disciplina, otra. Hitler había ordenado a sus hombres que no cedieran terreno y, a grandes rasgos, eso es lo que hicieron, desde los lacayos del OKW, que le hacían de altavoz, pasando por Rommel hasta los comandantes de cuerpo, división, regimiento, compañía, sección y *Gruppen*. Si hubieran hecho otra cosa, habrían

sido fusilados. En la Primera Guerra Mundial, los alemanes ejecutaron a menos de cincuenta hombres por deserción. En la Segunda Guerra Mundial, ejecutarían a treinta mil, el equivalente a dos divisiones enteras. Y se trata de una cifra conservadora.

Por otra parte, si las tropas alemanas no estaban especialmente bien entrenadas,

¿por qué costaba tanto a los Aliados abrirse paso entre los setos? Bien, principalmente porque no hacía falta mucha preparación para agazaparse en un hoyo tras un seto y disparar desde allí con una ametralladora, un rifle, un mortero o un Panzerfaust. Lo que hacía falta era disciplina y valor. Los alemanes, con la excepción de un puñado de *Ostbataillonen*, siempre tuvieron disciplina; después de todo, procedían de un estado totalitario y militarista. Luego estaban las divisiones panzer, que tenían niveles de entrenamiento y de habilidad de combate muy diversos, pero cuyos soldados estaban, como descubrió Eberhard Beck al hablar con los hombres de la 9. *SS-Panzer-Division*, más dispuestos a luchar fanáticamente que los reclutas forzosos como él y sus compañeros del 277. *Artillerie-Regiment*. Eso quería decir que eran más agresivos, que estaban más dispuestos a arrojarse a la línea de fuego. Estas características, combinadas

con un armamento decente, es lo que las transformó en las supuestas divisiones panzer fanáticas de élite que pueblan tantos testimonios escritos por las tropas aliadas.

Ciertamente, eran un enemigo temible, pero eso no quería decir que estuvieran especialmente bien entrenadas. Una cosa no es igual a la otra, y eso es algo que se olvida a menudo en la narrativa habitual.

Tanto los británicos como los estadounidenses aprendían de manera constante, pero no hay duda de que los estadounidenses, sobre todo, estaban muy dispuestos a absorber nuevas tácticas y lecciones. A pesar de la gran preocupación en torno a lo que los estadounidenses estaban tardando en abrirse paso por el *bocage*, lo cierto es que desde el Día D hasta mediados de julio sólo habían pasado seis semanas y, en ese periodo, habían aumentado significativamente el tamaño de la cabeza de puente y capturado Cotentin y Cherburgo, todo lo cual lo habían conseguido en una zona de densos setos y con un apoyo de blindados, artillería y cazacarros que había aumentado de forma muy gradual. Más que criticarlos por lo que estaban tardando, a Bradley y a su Primer Ejército habría que haberles dado unas palmaditas en la espalda. Tomar Túnez había llevado seis meses, tomar Sicilia había llevado treinta y seis días y luego avanzar de Nápoles a Roma había

necesitado largos meses durante el húmedo, frío y triste invierno de 1943/44, así que había mucha experiencia a la que recurrir. ¿Y qué eran seis semanas en el gran esquema de las cosas? Antes de la invasión, Montgomery había estimado que les llevaría noventa días llegar a París. Estaban todavía en la mitad de ese plazo.

En cualquier caso, los estadounidenses iban mejorando con cada semana, por no decir cada día, que pasaban combatiendo. Había en ellos una innata disposición a aprender y una pareja voluntad de innovar. Un ejemplo de ello es la forma en que las tropas aprendieron a abrir en el *bocage* huecos lo bastante grandes como para que pasara un tanque. Con la resolución de ese grave problema, eliminaron uno de los principales obstáculos a su avance, porque a partir de entonces los blindados podían atacar con la infantería siguiéndolos, protegida tras su blindaje. Los Sherman podían entonces rociar el seto de enfrente con fuego de ametralladora y destruir los nidos de ametralladoras enemigos con su cañón principal. Luego la infantería podía desplegarse en abanico y despejar la zona para, a continuación, seguir avanzando. Uno de los métodos para conseguir abrir esos huecos era mediante los Dozer (Sherman con una pala excavadora); otro método era atacar con ingenieros de combate que abrieran un paso a los tanques con explosivos, y un tercer método era colocar en la parte delantera de los Sherman unas afiladas púas que cortaran los setos.

Durante una gira de inspección muy a finales de junio, en un sector tranquilo del frente cerca de Saint-Germain-d'Elle, el comandante del V Cuerpo de Estados Unidos, el

mayor general Leonard Gerow se volvió hacia el comandante de la Tropa F del 102.º

Escuadrón de Caballería, el capitán James Depew, y le preguntó si había hecho algo para solucionar el tema de los setos. Depew admitió que todavía no habían encontrado ninguna solución. Gerow le dijo que buscara alguna, y rápido. Esa misma noche, Depew convocó una reunión con sus oficiales y sus suboficiales de mayor graduación.

El sargento Curtis Culin dijo que tenía una idea. El problema, según señaló Culin, era que el Sherman y el seto actuaban como dos coches que chocaban frontalmente parachoques contra parachoques. Lo que se necesitaba, en su opinión, era algo parecido a la cuña de un quitanieves para que el propio impulso del tanque lo hiciera atravesar el seto, en lugar de chocar contra él.

A Depew le gustó la idea y la transmitió al oficial de mantenimiento de su escuadrón, el teniente Steve Litton. Litton sugirió que quizá sería mejor algo parecido a una horca, algo lo bastante largo y fuerte como para hundirse y arrancar las raíces de los matorrales y árboles del seto, y que fuera fácil de montar en la parte delantera de un Sherman, cosa que facilitaba el hecho de que estos remarcables tanques venían con una serie de anillas en el frontal de su coraza delantera. Litton creía que los obstáculos de las playas que había por toda Omaha y Utah podrían servir: estaban hechos de acero muy resistente y tenían filos cortantes para rasgar el fondo de las naves de desembarco.

Quizá, sugirió, podrían cortarse y soldarse en el frontal de un tanque.

Dos días después, Depew informó que se había desarrollado un prototipo que ya estaba listo para probarse. Al primer intento, el tanque primero se acercó y luego empujó contra el seto, de modo que sus cadenas empezaron a ascender por el montículo, igual que habría hecho sin las púas en su frontal. Pero lo probaron una segunda vez, ahora haciendo que el tanque cargara contra el seto a gran velocidad, en lugar de acercarse a él poco a poco, y, en esta ocasión, el Sherman pasó a través de los matorrales cortándolos con tanta facilidad como si estuvieran hechos de mantequilla.

Pronto se corrió la voz por la cadena de mando hasta llegar a Bradley, quien a su vez explicó a Eisenhower que estaba a punto de ir a ver una nueva herramienta capaz de atravesar los setos. Bradley presenció la demostración el 14 de julio junto al general Gerow. Ambos quedaron muy impresionados. «Es tan absurdamente simple que un ejército entero no ha sabido resolverlo en cinco semanas», anotó Bradley, «el instrumento, semejante a ponerle colmillos al tanque, ha sido elaborado por Curtis G.

Culin, Jr., un sargento de veintinueve años de Nueva York [615] ». Para ser justos, había sido producto de un trabajo en equipo y había sido diseñado por el teniente Litton.

Estos cortasetos se acabaron conociendo como «Rhinos». Bradley ordenó inmediatamente a la Sección de Logística del Primer Ejército que supervisara la

construcción e instalación de tantas de estas herramientas como pudiera. La Sección de Logística, acto seguido, reunió a soldadores y equipo de soldar dentro de la cabeza de playa y trajo más de las áreas de retaguardia en Inglaterra. Estos soldadores utilizaron el metal de los obstáculos alemanes abandonado de las playas para construir la

mayor parte de los aparatos. Entre el 14 y el 25 de julio se fabricaron más de quinientos cortasetos y, a finales de mes, el 60 por ciento de los Sherman del Primer Ejército estaban equipados con los Rhino.

Aunque, desde luego, llegaron demasiado tarde para las batallas de los setos al norte de Saint-Lô, estaban ahora disponibles para el ataque Cobra y para los que pudieran venir después. En ningún otro ejército del mundo la propuesta de un mero suboficial hubiera sido escuchada, probada y, por último, adoptada con tanto entusiasmo. El Ejército de Estados Unidos era verdaderamente un ejército del pueblo formado por reclutas civiles, que no estaban constreñidos por las tradiciones regimentales, y eso les dio, en un mundo que evolucionaba rápidamente, una libertad para innovar que no poseían ni los británicos ni los alemanes.

Otras innovaciones fueron adoptadas tanto por los estadounidenses como por los británicos, entre ellas mejoras en los medios de comunicación entre la infantería y los blindados. Se habían, por ejemplo, colocado teléfonos en la parte de atrás de los tanques; era una innovación que había que someter al proceso de prueba y error y, ciertamente, Stanley Christopherson, sin ir más lejos, creía que todavía debía refinarse mucho más. En su mayor parte, sin embargo, los británicos y los canadienses seguían una vía y los estadounidenses, otra. Eran socios de una coalición y combatían juntos, pero de forma independiente los unos de los otros, así que hubo muy poca doctrina común, aunque sí se compartieron los avances tácticos. Lo mismo podía decirse de las fuerzas aéreas. Pete Quesada, por ejemplo, se llevaba muy bien tanto con Coningham como con Broadhurst, pero estaba desarrollando tácticas distintas para sus fuerzas aéreas, en buena parte porque el combate en el *bocage* era distinto al que habían experimentado los británicos y canadienses en la zona alrededor de Caen. La RAF

estaba utilizando el sistema de parada de taxis y PCV — punto de control visual —

pero Quesada, en el periodo de preparación de Cobra, estaba concibiendo un sistema aún más refinado de apoyo directo a las tropas terrestres. Fue otro ejemplo de la innovación y rápida puesta en práctica que estaba teniendo lugar en Normandía.

«Yo le caía bien a Bradley, y yo a él lo adoraba [616] », recordó el general Quesada.

Mientras se desarrolló la planificación de Cobra hablaron a diario, y

Quesada urgió al comandante del Primer Ejército a reunir a sus tanques en un frente muy estrecho para que así pudieran abrir brecha y luego continuar avanzando. Quesada no tenía experiencia en operaciones terrestres, pero aun así le dijo:

—Mira, Brad, si concentras tus tanques, te diré lo que haré yo. Mantendré sobre cada columna que establezcas una escuadrilla de bombarderos volando desde el alba hasta que anochezca.

—¿Puedes hacer eso? —contestó Bradley.

—Sí, puedo —respondió Quesada.

—¿Para todas las columnas que establezca?

—Sí, y todavía hay más, Brad, haremos algo más que creo que te ayudará tremendamente. Pondremos en el primer tanque de cada columna una radio aérea, de modo que pueda hablar con la escuadrilla que está sobre ellos.

Y eso no era todo. En la misma conversación, Quesada también se ofreció a poner un piloto en ese primer tanque. De la nada, en el espacio de una sola conversación, nació un emocionante avance táctico, que empezaron a pulir verbalmente. Los cazas de Quesada utilizaban ahora radios de alta frecuencia y eran controlados desde el suelo por sus radares MEW (radar de Aviso Temprano de Microondas), además de por radio y por HF-DF (siglas en inglés de Descubrimiento de Dirección por Alta Frecuencia). Lo que Quesada proponía era una evolución de los sistemas de parada de taxis que utilizaba la RAF, pero con importantes diferencias. Al volar directamente sobre una columna de blindados, los pilotos veían qué había por delante de los tanques. Si detectaban un 88 mm o tropas enemigas, podían prevenir a la columna y o bien encargarse ellos mismos del problema o ayudar a los blindados a derrotarlo. Puesto que iba a haber una conexión verbal directa entre el primer tanque y los pilotos que volaban sobre él, los incidentes de fuego amigo, que habían sido demasiado habituales hasta entonces en la campaña, se reducirían. De hecho, gracias a esa conexión directa de radio, la distancia entre los blindados en tierra y las acciones de los cazabombarderos podía ser mucho menor, lo que también ayudaba a los blindados a alcanzar sus objetivos más rápidamente.

Esa misma tarde, hicieron la prueba de poner una radio de avión en un tanque junto con un piloto y descubrieron que el sistema funcionaba muy bien. En cuestión de unos pocos días, ya lo habían

practicado a una escala mayor. Escuadrillas de cuatro P-47

Thunderbolt volaban por turnos, treinta minutos cada uno, sobre una columna blindada, de modo que mantenían un paraguas aéreo constante frente a cualquier avance blindado al tiempo que atacaban objetivos y aportaban información de lo que había por delante. También significaba que las columnas de blindados podían avanzar rápidamente sin preocuparse tanto por lo que tuvieran en los flancos, porque,

seguramente, cualquier movimiento en zona sería detectado desde el aire. Mantener un paraguas de este tipo precisaría un gran número de los cazas de Quesada, que, en consecuencia, no estarían disponibles para labores de intercepción, pero no era necesario mantener el paraguas activo constantemente, sino que, más bien, podía implementarse como y cuando fuera necesario, como, por ejemplo, en la operación Cobra. Había nacido la Cobertura de Columna de Blindados. Era un avance potencialmente demoledor de la integración aire-tierra que se forjó en las sangrientas batallas en el *bocage* de Normandía.

Mientras seguían los preparativos para Cobra, el Segundo Ejército de Dempsey lanzó la operación Goodwood. La planificación de esta batalla subrayó precisamente por qué, hasta entonces, los esfuerzos de los británicos y canadienses se habían concentrado en la parte occidental de Caen y no en la oriental. Sólo seis puentes cruzaban el Orne y el canal de Caen, y sobre ellos tenían que pasar tres divisiones acorazadas, con sus miles de vehículos y hombres. Eso implicaba dejar la artillería en el lado occidental, donde sería menos efectiva. Puesto que ésta era una operación liderada por los blindados, el ataque iba a utilizar muy poca infantería. En otras palabras, unos carros británicos con muy poco apoyo iban a avanzar directamente ante las narices de cañones anticarro alemanes de alta velocidad bien atrincherados en terreno más elevado. Hasta entonces, en general, el inferior alcance de los cañones de los tanques británicos no les había perjudicado de forma relevante en los combates. Pero ahora, mientras avanzaban hacia la cresta de Bourguébus, casi con toda seguridad iba a hacerlo.

No hacía falta ser un genio de la táctica militar para ver que las cosas iban a acabar mal para los británicos. Pero ¿qué otra cosa se podía hacer? Eisenhower y Tedder presionaban para abrir brecha; Montgomery tenía ahora 3500 tanques y, sin embargo, también le estaban advirtiendo de que debía preservar su infantería, y atacar hacia el oeste no había conseguido, en dos intentos, abrir una brecha decisiva. Ésta fue, probablemente, la razón principal por la que Monty

había insistido en una operación más modesta, sabedor de que quizá sus blindados recibirían castigo, pero consciente de que, en general, continuarían desgastando a las fuerzas alemanas, en especial si los apoyaban bombardeos pesados de saturación de la RAF y la USAAF. Después de todo, Eisenhower y Tedder se habían ofrecido a apoyar cualquier operación ofensiva. Por otra parte, si Montgomery les hubiera dicho que estaba reduciendo de manera sustancial la ambición del plan original de Dempsey, ¿apoyarían Goodwood con el mismo entusiasmo? Y, si el apoyo disminuía, ¿qué sucedería con sus blindados?

Las instrucciones que se emitieron para Goodwood, sin embargo, reflejaban los mensajes contradictorios que había en cuanto a los objetivos de la batalla. En sus «Notas sobre las operaciones del Segundo Ejército 16 de julio — 18 de julio», Montgomery había escrito sus instrucciones para Dempsey [617]. Bajo el título «Objeto de esta operación», escribió:

Enfrentarse en batalla a los blindados alemanes y «reducirlos» hasta tal punto que no tengan ya valor para los alemanes como eje de la batalla.

Conseguir una buena cabeza de puente sobre el río Orne a través de Caen, y así mejorar nuestras posiciones en el flanco oriental.

En general, destruir equipo y personal alemanes.

Sólo Dempsey y O'Connor recibieron estas notas; no se distribuyeron a ninguno de los comandantes de división, ni tampoco a Eisenhower o Tedder, todo sea dicho. De hecho, cuando Tedder contestó con un mensaje entusiasta de apoyo, Monty respondió: *Tres cosas importantes.*

Primero: Mantener el anillo entre hoy y el 18 de julio y retrasar los movimientos enemigos hacia el área de alojamiento [la cabeza de playa] en la mayor medida posible.

Segundo: Examinar todos los medios para que el Aire pueda desempeñar su papel los días 18

y 19 de julio, incluso si el tiempo no es cien por cien bueno.

Tercero: Si el plan tiene éxito, promete ser decisivo y, por lo tanto, es necesario que las Fuerzas Aéreas apliquen todo su peso [618] .

Esto era deliberadamente hipócrita y poco concreto, porque Montgomery sabía perfectamente que tanto Eisenhower como Tedder tenían más expectativas para Goodwood de lo que él creía posible. Tal

vez, con suerte, se produjera una brecha decisiva, aunque ciertamente Monty no apostaba por ello. No obstante, de todos modos, quería ese apoyo aéreo completo.

Las órdenes de O'Connor a sus comandantes, en cambio, dieron un objetivo más específico: el área «Bourguébus-Vimont-Bretteville-sur-Laize»; este último pueblo era la ubicación del puesto de mando del I. *Panzerkorps* de Sepp Dietrich, a unos quince kilómetros al sur de Caen y mucho más allá de la cresta de Bourguébus. «Si las condiciones son favorables», había añadido O'Connor, «posteriormente, explotar la

ventaja hacia el sur[619]». Esto reflejaba las propias ambiciones de Dempsey para Goodwood, que ciertamente eran de mayor alcance que las de Montgomery.

Debido a la falta de espacio y las limitaciones de tratar de pasar 44 892 hombres, 1098 tanques y 11 772 vehículos de tres divisiones blindadas británicas a través de seis puentes en un corto período de tiempo y en la oscuridad, fue la 11.ª División Acorazada del general Pip Roberts la que lideró el avance y partió primero. Sus instrucciones eran dirigirse a la cresta de Bourguébus e, idealmente, más allá, pero su infantería motorizada tenía primero que despejar dos aldeas cerca de la línea de salida del ataque.

A Roberts, comprensiblemente, le preocupaba que sus blindados se alejaran demasiado de su infantería, lo cual era mala idea, ya que la infantería era los ojos de los tanques y éstos la necesitaban para evitar que alemanes emboscados les disparasen con Panzerfaust, o que la infantería enemiga subiera a los tanques y matara a la tripulación.

Los blindados, de hecho, no podían funcionar completamente solos en un papel ofensivo. Cuando Roberts manifestó sus dudas, sin embargo, O'Connor insistió en que siguiera las órdenes, aunque le permitió cubrir Cagny y luego hacer una pausa mientras la División de Guardias Blindados lo alcanzaba; también le entregó algunos de los semiorugas y cañones autopropulsados de la artillería para que actuaran como transportes blindados de tropas y así acelerar la llegada de la infantería. Era la visión de Dempsey para Goodwood la que dictaba el plan de batalla, no la de Montgomery. La preocupación, sin embargo, como Montgomery había calculado correctamente, era que estaban exigiendo demasiado en circunstancias nada propicias para un gran avance. El terreno, las limitaciones de tiempo, la posición ventajosa de los alemanes en terreno elevado y la repentina falta de infantería hacían que las probabilidades de éxito no fueran muy altas. Sin embargo, la suerte estaba echada.

Siguiendo las instrucciones de Tedder, *sir* Arthur Harris, el mariscal en jefe del aire, ordenó un esfuerzo máximo del Mando de Bombardeo de la RAF, con 1056

bombarderos pesados atacando al amanecer. Éstos serían seguidos por casi 500

bombarderos medios de la Novena Fuerza Aérea y 539 bombarderos pesados más de la Octava Fuerza Aérea. Más de 2000 bombarderos atacarían las posiciones alemanas. Se trataba de un número enorme; Hamburgo, por ejemplo, había sido destruida por 3500

bombarderos a lo largo de tres noches en julio de 1943. Los objetivos del Mando de Bombardeo eran Colombelles, Cagny y las aldeas de Touffréville, Sannerville y Banneville, una zona de unos 6,5 por 6,5 kilómetros a lo largo de un eje más o menos diagonal que se extendía hacia el sureste de Caen y cubría las suaves laderas ascendentes, así como la línea de la cresta; la aldea de Cagny estaba situada a horcajadas sobre la cresta de Bourguébus y era una posición y puesto de mando clave de los alemanes.

Entre los atacantes se encontraban Ken Handley y su tripulación australiana del Escuadrón 466. Handley estaba llegando por fin al final de su turno de servicio, pero abordó esta misión con la misma actitud flemática que lo había hecho sobrevivir hasta ahora. Como la mayoría de los bombarderos pesados, llevaban unas 4 toneladas de bombas. «Una buena tunda por la mañana sobre los tanques y las baterías de cañones enemigas en el área de batalla antes de abrir brecha», señaló; incluso se había prometido a las tripulaciones del Mando de Bombardeo que Goodwood resultaría decisiva.6

«Participaron mil aviones a alturas de seis mil a ocho mil pies». También fue su

«bautizo de fuego antiaéreo», como lo denominó Handley; habían tenido mucha suerte de haber salido completamente ilesos hasta entonces. Una fragmento puntiagudo atravesó la punta de metacrilato del avión y no llegó al soldado que estaba en la mira de las bombas por sólo unos centímetros. «Por lo demás, vuelo agradable **[620]** », comentó Handley.

Ciertamente no fue agradable para los que estaban en tierra. El *Leutnant* Freiherr Richard von Rosen había estado en una fiesta la noche anterior, organizada por el oficial de municiones del batallón, que se había disuelto rápidamente una vez comenzaron a

bombardearlos, y, además, con más intensidad que de costumbre. Von Rosen no estaba seguro de cómo interpretar el cambio, aun así, inspeccionó a los centinelas de la 3.

Kompanie, les ordenó que lo despertaran si pasaba algo y luego se arrastró debajo de su tanque, el Tiger 311, y se deslizó en su trinchera junto a su artillero, el *Unteroffizier* Werkmeister.

Lo despertó temprano a la mañana siguiente, alrededor de las cinco, el trueno de los motores de avión y, tras arrastrarse fuera de su trinchera, se asomó a través del follaje que les camuflaba y vio cómo unas bengalas de «árbol de Navidad» caían lentamente al suelo alrededor de suposición. Pronto las siguieron los silbidos de las bombas y, a sólo doscientos metros de distancia, enormes geiseres de tierra estallaron hacia el cielo, seguidos por una violenta onda expansiva que casi lo tiró al suelo. Mientras corría hacia su Tiger, cayeron más bombas, más cerca esta vez, el tanque tembló y la presión apuñaló dolorosamente sus oídos. «A partir de ahora, no pude pensar», escribió,

«estaba tan indefenso como un hombre que se ahoga en un mar embravecido [621] ». El aire se llenó con el silbido de las bombas, y Von Rosen se hizo un ovillo y se apretó contra el suelo. Oleada tras oleada de bombarderos los sobrevolaron, el suelo temblaba, los silbidos, las explosiones, la tierra y las rocas saltaban por todas partes. Von Rosen se sintió profunda y completamente indefenso. Simplemente no había escapatoria. No pudo hacer más que taparse los oídos, encogerse lo más posible y esperar.

De repente, un estallido muy cercano los arrojó a él y a Werkmeister al otro lado de su trinchera y los cubrió de tierra. Por un momento, ambos quedaron inconscientes,

pero cuando volvieron en sí vieron que un lado de su trinchera se había hundido y que el Tiger 312 estaba en llamas; su propio panzer, que pesaba 56 toneladas, había sido también levantado del suelo y movido a un lado. Luego el bombardeo comenzó de nuevo, retumbaron los motores de una nueva oleada de bombardeos y cayeron más bombas. Von Rosen estaba tirado en el suelo debajo de su Tiger tapándose las orejas con los dedos y con la manta metida en la boca para no gritar.

El ataque duró aproximadamente una hora y media. Cuatro de los objetivos de los Aliados fueron marcados con precisión mediante Oboe, un sistema de navegación para bombardear a ciegas, mientras

que el quinto había sido bien marcado por los exploradores. Luego siguieron los bombarderos estadounidenses y en total se lanzaron unas 6800 toneladas de bombas en una serie de sucesivos ataques. Von Rosen no daba crédito ante la transformación del paisaje. «Del otrora hermoso campo no quedaron más que árboles hechos astillas», escribió, «prados revueltos y unos cráteres de bombas gigantescos tan numerosos que se superponían: un paisaje lunar gris y repulsivo, y una neblina de polvo que dificultaba la respiración. A través de la espesa niebla, se distinguía el resplandor rojo de los árboles y los maizales en llamas [622] ».

Empezaron a emerger hombres aturdidos que luchaban por recuperar sus sentidos.

Von Rosen había perdido dos Tiger de su compañía; uno había sido volcado boca abajo y estaba apoyado ahora sobre su torreta. Los tripulantes de ambos estaban muertos, la mayoría hechos pedazos. Su destacamento de mantenimiento también había muerto y su equipo había sido destruido. Los líderes de sección se congregaron a su alrededor; Von Rosen sabía que tenía que actuar con rapidez. Algunos Tiger todavía funcionaban, pero otros tenían las cadenas rotas o estaban bloqueados por árboles. Detrás de su propio tanque, a sólo unos metros de distancia, había un enorme cráter que lo habría engullido entero si la bomba hubiera sido lanzada un nanosegundo antes.

Cuando los tanques y la infantería de la 11.ª División Acorazada se pusieron en marcha, consiguieron al principio un buen avance, moviéndose por detrás de un bombardeo de artillería progresivo (también llamado rodante). Sin embargo, cuanto más se acercaron a las áreas bombardeadas, más difícil se volvió su progreso, ya que tenían que abrirse camino a través de una gran cantidad de cráteres. Desde la posición de inicio, justo al oeste de Escoville, estaban a entre diez y trece kilómetros de sus primeros objetivos, tal vez no pareciera mucho sobre el mapa, pero era bastante terreno en unas condiciones especialmente desfavorables ahora que buena parte de él había sido batido por el bombardeo. El 3.er Regimiento Real de Tanques y otros tanques de la vanguardia llegaron a las aldeas alrededor de Bourguébus alrededor de las 10.30 de la

mañana, pero, cuando se acercaron a Hubert-Folie, de repente se encontraron solos, más allá del alcance de la artillería y terriblemente vulnerables.

No pasó mucho tiempo antes de que el *Leutnant* Von Rosen y sus

hombres escucharan el sonido de los carros enemigos acercándose. El contacto por radio con el puesto de mando del batallón se había perdido y sus hombres y tanques estaban demasiado destrozados por la experiencia del bombardeo como para poder pensar con claridad, y mucho menos luchar. Trepando por cráteres y escombros, Von Rosen corrió a buscar y finalmente encontró al *Hauptmann* Fromme, quien le ordenó que reuniera lo antes posibles a los tanques y hombres que pudieran combatir y creara una fuerza de bloqueo entre Manneville y Cagny. Los proyectiles navales enemigos ahora silbaban sobre sus cabezas y, repetidamente, Von Rosen tuvo que ponerse a cubierto mientras corría hacia lo que quedaba de su compañía. Su III. Sección aún contaba con todos sus tanques; tres Tiger de la I. Sección estaban inutilizados; y la II. Sección esperaba tener dos en funcionamiento pronto. Si estarían listos a tiempo, era una incógnita. Todos los Tiger habían sufrido daños de diversa gravedad y tendrían que haber ido al taller, pero eso debería esperar. Hacia las 10 de la mañana, había seis disponibles para combatir.

Una hora más tarde, varios Sherman aparecieron frente a ellos. Los Tiger abrieron fuego, pero sus cañonazos fueron espantosamente imprecisos y pasaron de largo de los objetivos; las explosiones de las bombas habían desajustado la calibración de sus cañones. Von Rosen decidió atacar al enemigo por los flancos, por lo que ordenó a sus Tiger que se dirigieran al suroeste hacia Cagny y luego giraran hacia el oeste en torno a la granja de Le Prieuré, pero, en el camino, dos de sus Tiger fueron alcanzados y cocinados, por lo que ordenó a los cuatro restantes que retrocedieran doscientos metros.

Cuando la lucha pareció detenerse por un tiempo, se apresuró a ir a pie al puesto de mando del batallón en Manneville. Ya había sufrido dieciséis muertos.

El *Major* Hans von Luck no llegó al combate hasta alrededor de las 9 de la mañana, así que se perdió el bombardeo. Había sido condecorado con la Cruz de Caballero, por lo que le habían concedido unos días de permiso en París, donde se había reunido con su amada prometida, Dagmar. Para cuando finalmente llegó a su puesto de mando del regimiento y se reunió con su comandante del I. *Bataillon*, las noticias eran desalentadoras. El oficial parecía completamente superado; todo contacto con el resto de los batallones I y II se había perdido. Furioso, Von Luck olvidó cualquier pensamiento sobre el desayuno y, en su lugar, corrió hacia un Panzer IV que se encontraba a su disposición y gritó a su ayudante que se contactara con el cuartel general de la división y pidiera que se enviaran fuerzas de la reserva urgentemente.

Luego, tras ofrecer un cigarrillo a su conductor, le dijo que enfilase la carretera principal hacia Caen. En Cagny, se horrorizó al ver que los tanques británicos se acercaban

rápidamente sin que nadie abriera fuego contra ellos. Tras encontrar algunos cañones antiaéreos de 88 mm abandonados, ordenó que los movieran al norte del pueblo y, tras mandar a los artilleros que abrieran fuego a discreción y no dejaran de disparar, regresó a su puesto de mando [623] . Temiendo que la mitad de su regimiento hubiera sido destruido, le alivió encontrar al *Major* Becker con noticias de sus baterías de cañones de asalto.

«Una batería ha sido completamente destruida por las bombas», le dijo Becker [624] .

Pero, explicó, dos baterías en el flanco izquierdo estaban intactas y ahora estaban apoyando a los granaderos del I. *Bataillon*. Las otras dos baterías estaban a punto de entrar en acción en cualquier momento en el flanco derecho, donde el *Major* Kurz, usando su iniciativa, había establecido una posición de bloqueo defensivo con los hombres de su II. *Bataillon*. Poco después, regresó el ayudante de Von Luck. Feuchtinger no tenía reservas, pero enviaba el batallón de reconocimiento. Las órdenes de Von Luck eran evitar cualquier avance hacia el este a lo largo de la cresta.

Mientras tanto, se había traído a los canadienses para despejar las afueras del sudeste de Caen y, en particular, la zona industrial de Colombelles y el pueblo de Giberville, ambos al este del Orne. A los Rifles de la Reina se les asignó Giberville como objetivo, en lo que resultaría un día complicado para el regimiento. La Compañía A atacó desde la izquierda del pueblo, y las compañías C y D desde la derecha, y, aprovechando el bombardeo para enmascarar su avance, se acercaron al pueblo alrededor de las 7 de la mañana. Pronto se encontraron bajo un intenso fuego de ametralladoras y armas ligeras, y los comandantes de las tres secciones resultaron muertos, mientras que uno de los mejores amigos del sargento Charlie Martin, George Bennett, recibió cinco balas en el estómago y otros de sus otros compañeros resultaron heridos.

Se tomó la aldea más tarde aquella mañana, lo que significó la captura de un gran número de tropas de la 16. *Luftwaffen-Felddivision*. A un prisionero alemán herido le habían curado la pierna, pero, cuando los camilleros se lo llevaron, sacó una pistola y disparó a varios de ellos, matando a uno e hiriendo a dos más. Charlie Martin y varios otros saltaron sobre él, le arrebataron la pistola, le rompieron el brazo y le

dieron una paliza antes de que un grupo de prisioneros se lo llevaran con una nota adjunta explicando lo que había hecho. «Un acto cruel e inexplicable», fue el veredicto de Martin. «Pero nunca supimos nada más del tema [625] ».

Más tarde ese mismo día, algunos de los hombres de la Compañía A avanzaron hacia el sur desde la aldea y tomaron posiciones a lo largo de la línea del ferrocarril. Sin embargo, pronto sufrieron el contraataque de al menos dos compañías de alemanes,

que irrumpieron a través de un espeso seto que había ocultado su aproximación. Al ver lo que estaba sucediendo, Charlie Martin envió a un hombre al cuartel general de la compañía para pedir apoyo de artillería y morteros, luego, mientras sus hombres le daban fuego de cobertura, corrió hacia adelante para advertir a los que aún resistían junto al terraplén del ferrocarril de que se retiraran rápidamente para no quedar aislados. La mayoría pudo retroceder con éxito, aunque en gran parte porque Buck Hawkins se quedó atrás en la ametralladora Bren para cubrir su retirada. Hawkins, sin embargo, murió de un tiro en el pecho justo cuando estaba a punto de retirarse. Martin estaba desolado, toda la compañía lo estaba. Hawkins había sido toda una figura; a los treinta y nueve, era mucho mayor que la mayoría, estaba casado y tenía hijos. Pero además era un hombre siempre fiable, con un sentido del humor ingenioso y una valentía fuera de lo común; un hombre que, en suma, encarnaba el espíritu intrépido de la compañía. «No hay palabras que expresen nuestros sentimientos por Buck», admitió Martin. «El dolor de ese día es indescriptible [626] ». Las bajas habían reducido a estas alturas a la compañía a un 50 por ciento de su dotación. Habían tomado su objetivo, pero a un precio terrible.

También sufrieron las unidades de vanguardia de la 11.ª División acorazada. El 2.º

de Voluntarios de Northamptonshire había estado esperando para seguir detrás del 3.er RRT (Real Regimiento de Tanques) y comenzó a avanzar alrededor de las 11 de la mañana, aunque, cuando pasaron cerca de Démouville, se enfrentaron a dos cañones autopropulsados alemanes y los destruyeron. Hasta las 4.30 de la tarde no se les ordenó acudir al rescate del 3.er RRT. En el Escuadrón A, el cabo Reg Spittles y su tripulación ya habían empezado a subir por el terraplén de las vías de ferrocarril que salían de la ciudad hacia el sureste y su Tropa 2 se había puesto al frente de los blindados.

Avanzando a través de los arcos, pasaron ruidosamente por el complejo de fábricas de Cormelles y se detuvieron unos quinientos

metros más adelante, en un terreno accidentado detrás de unos arbustos, para observar sus objetivos. Casi de inmediato los atacaron. El tanque del sargento de la tropa fue alcanzado y empezó a cocinarse. Spittles movió su tanque hacia adelante y, saltando rápidamente del vehículo, ayudó al sargento de la tropa a evacuar del carro en llamas al artillero y al cargador. Luego condujo de regreso a su punto de partida con los tripulantes del tanque destruido subidos en la parte trasera de su carro, los dejó en un lugar seguro y regresó una vez más a su posición. No había sido un buen comienzo.

Mientras los combates continuaban alrededor de Bra y Hubert-Folie, más al este, el ataque británico había perdido fuerza. Hans von Luck calculó que lo más duro del ataque enemigo ya había sido contenido alrededor de mediodía y así lo informó a través de un enlace de radio restaurado a Feuchtinger. El comandante de la división, a su vez, le dijo que la 1. *SS-Panzer-Division* estaba siendo traída urgentemente de vuelta a

la línea, y también se estaba trayendo otra vez a la 12. SS de Kurt Meyer. «La 1. SS

llegará hoy a última hora de la tarde», le dijo Feuchtinger, «la 12. SS, no antes del mediodía de mañana. Tenemos que aguantar hasta entonces[627]». De hecho, Von Luck no iba muy errado, aunque en ese momento los británicos y canadienses estaban ya en la cresta y habían pasado al otro lado. La infantería de la 3.ª División, que operaba en el flanco izquierdo del ataque había entrado en Troarn, donde los paracaidistas habían volado los puentes el Día D, mientras que las divisiones blindadas de los Guardias y la 7.ª habían arrollado Cagny a pesar de los denodados esfuerzos de Von Luck. Luego habían seguido adelante, avanzando por la cresta hasta el propio pueblo de Bourguébus, enseguida rebautizado como «Bugger's Bus» («autobús de mierda» o «de mocos», gracioso en inglés por la similitud fonética) por los *tommys*. La 11.ª División Acorazada todavía defendía Bra y Hubert-Folie, mientras que la 2.ª División de Infantería canadiense avanzaba hacia el sur desde esa ciudad.

Sin embargo, a las 4 de la tarde la lucha parecía haberse calmado en el área de Manneville y, con la l. *SS-Panzer-Division* en camino, el *Hauptmann* Fromme ordenó a Richard von Rosen que llevara sus Tiger supervivientes a los equipos de mantenimiento, usando los que todavía funcionaran para remolcar a los que habían quedado fuera de combate. Antes de que su Tiger 311 partiera, Von Rosen echó otro vistazo al Tiger 313 puesto boca abajo y ahora se le ocurrió comprobar la escotilla de escape de la torreta. Al ver que estaba

entreabierta, se inclinó y gritó, y se sorprendió al recibir una respuesta. Sin embargo, la escotilla estaba atascada y, por mucho que intentó abrirla, no logró hacer que se moviera. Tampoco consiguieron desencajarla los hombres atrapados dentro. Finalmente, con la ayuda de otros tres hombres, lograron entre todos abrir una brecha lo bastante grande como para que los que estaban dentro pudieran salir. «Los sacamos más muertos que vivos», señaló Von Rosen. «Era ya hora de que todos nos largásemos de allí [628] ».

Los combates continuaban a lo largo de la cresta y más allá. El general Eberbach trataba furiosamente de comprender cuál era la situación, pero los aturdidos y confusos alemanes no pudieron montar ningún contraataque serio hasta media tarde, e incluso entonces fueron atacados por *Jabos*, bombardeos navales y cañones anticarro. El sargento de escuadrilla Ken Adam, por ejemplo, voló dos veces ese día; atacó posiciones de baterías de artillería enemigas por la mañana y luego hizo un reconocimiento armado disparando sobre la 1. *SS-Panzer-Division* mientras avanzaba hacia el frente.

Alrededor de las 6.30 de la tarde, el cabo Reg Spittles finalmente se reincorporó a su escuadrón en Bra, donde se enfrentaron a la l. SS, que ahora entraba en la refriega. Por último, se les ordenó retirarse del frente a alrededor de las 11 de la noche, aunque volvieron a entrar en acción al día siguiente.

Para entonces, sin embargo, el general Dempsey había aceptado que no habría ningún avance dramático. A Eberbach le sorprendió que los británicos no siguieran atacando por la noche, pero era imposible coordinar combates de esa magnitud en la oscuridad, incluso utilizando bengalas, y habían sufrido bajas considerables. Al día siguiente, los Aliados siguieron presionando para explotar lo que habían ganado el día 18, pero el frente se estaba endureciendo de nuevo según llegaban más refuerzos alemanes, incluidas esas dos divisiones *Panzer* SS. Reg Spittles estaba de vuelta en acción en Bra la mañana del 19 cuando su tanque fue alcanzado en la parte de atrás por un proyectil enemigo. Debido a que fue en la primera salva, no habían cerrado todavía las escotillas, por lo que resultaron heridos de metralla su artillero, su cargador y él mismo, aunque no de gravedad. Sin embargo, todo lo que estaba en el exterior del tanque resultó dañado, incluida la antena de radio, lo que dejó a Spittles sin ningún tipo de comunicación, ya fuera interna o externa. Partió en busca de la 7.ª División Acorazada y una unidad de tanques Cromwell para ver si podían ayudarlo. «Y lo hicieron», señaló, «los de comunicaciones arreglaron el tanque y el oficial médico nos trató las heridas [629] ». Se reunieron con su regimiento al día siguiente, momento en el que

comenzó a llover y Goodwood se detuvo, para alivio de los soldados de ambos bandos.

Más tarde, ese mismo jueves 20 de julio, Spittles fue herido de nuevo. Los alemanes empezaron a bombardear sus tanques, acampados en círculo. Debido a la fuerte lluvia, él y su tripulación habían decidido no dormir en la trinchera inundada debajo de su tanque y, por lo tanto, el bombardeo los sorprendió mientras intentaban descansar un poco en un camión. Tan pronto como comenzaron las explosiones, salieron rápidamente del vehículo, pero no antes de que otro cercano, en el que se almacenaban cajas de municiones, fuera alcanzado y explotara violentamente, lanzando metralla por todas partes. «Desafortunadamente», escribió Spitdes, «un fragmento bastante grande de esa metralla dio conmigo, y casi me parte la espalda y me rompe un brazo [630] ». Con graves hematomas y una herida grave, fue evacuado a un hospital de campaña.

De todas las batallas británicas en Normandía, Goodwood es por la que Montgomery ha recibido más críticas. Se ha señalado que ese día se perdieron unos cuatrocientos tanques británicos a cambio de un mísero avance de once kilómetros.

¡Cuatrocientos tanques! ¡En un día! Eisenhower, por ejemplo, estaba furioso. Como le señaló a Harry Butcher, mil toneladas por cada milla (1,6 kilómetros) parecían demasiado por mucho que los Aliados contaran con abundantes recursos. Tedder también estaba furioso y, de haberse salido con la suya, habría despedido tanto a Montgomery como a Leigh-Mallory, de quien pensaba que conspiraba cada vez más a

espaldas de Coningham. «El 20 de julio», escribió Tedder, «hablé con Portal sobre el fracaso del Ejército. Estuvimos de acuerdo en considerar que la causa de ese fracaso había sido Montgomery [631] ».

Aquí son necesarios algunos matices. Primero, desde el punto de vista de Montgomery, Goodwood logró exactamente lo que esperaba y no fue un fracaso. El Segundo Ejército amplió la cabeza de puente al este y sureste de Caen, y la batalla llevó a sus tropas a dominar la cresta de Bourguébus. Los combates también consumieron un gran número de tropas alemanas y obligaron a que la 12. SS y la 1. SS vinieran corriendo al rescate, lo que significaba que ninguna otra división panzer llegaría al sector estadounidense. No fue un gran plan de batalla, pero era de Dempsey, no de Montgomery, y por eso no pudieron seguir adelante; sin el apoyo de infantería adecuado, los blindados estaban demasiado expuestos. Las divisiones blindadas

británicas habían sido diseñadas para explotar ventajas y avanzar rápido y de forma amplia una vez que se había abierto una brecha. Eran las brigadas blindadas independientes las que se suponía que tenían que abrir esa brecha, operando mano a mano con la infantería. Sin embargo, desafortunadamente para el Segundo Ejército, debido al terreno y a que, por orden de Hitler, los alemanes habían combatido tan cerca de la costa, las divisiones blindadas se habían utilizado de una forma para la que no habían sido diseñadas.

Luego estaba la cuestión de las pérdidas de tanques. Reg Spittles señaló que el 2.º de Voluntarios de Northamptonshire había perdido 37 tanques en Goodwood de los cincuenta y dos del batallón. Sin embargo, entre los 185 hombres que tripulaban esos tanques sólo hubo 25 bajas, lo que sugiere que la mayoría de los tanques que quedaron fuera de combate no se cocinaron. De hecho, la cifra de cuatrocientos tanques en un día también necesita reevaluarse. Los informes detallados de la Unidad de Investigación Operacional Militar (UIOM) examinaron todas las bajas de tanques y las clasificaron en destruidos y quemados; muy dañados pero reparables en los talleres de la retaguardia, y reparables cerca del frente pero que tardarían más de 24 horas. Sus hallazgos confirmaron que, aunque 493 tanques sufrieron algún tipo de daño, sólo 156 fueron considerados irrecuperables. En total, sólo 136 tripulantes de tanques murieron, aunque la infantería, que se suponía que sería preservada, perdió 3432 soldados entre muertos, heridos o desaparecidos entre el 18 y el 22 de julio en la batalla de Goodwood; trescientos de ellos, sin embargo, fueron los canadienses que se vieron completamente rodeados y obligados a rendirse a la 1. *SS-Panzer-Division* el 21 de julio.

Esa cantidad total de pérdidas de tanques, sin embargo, ilustra bien por qué los Aliados estaban ganando la guerra, ya que la fenomenal cantidad de 218 de esos tanques volvieron a la acción sólo veinticuatro horas después de haber sido

inutilizados, y otros 62 en cuestión de días. Cuando caía la noche, enjambres de grúas de tanques y vehículos remolcadores británicos se precipitaban al campo de batalla y recuperaban todos los vehículos menos los que eran sólo caparazones ennegrecidos y quemados. Los Destacamentos Ligeros de Ayuda y los talleres trabajaban denodadamente con una gran cantidad de herramientas, equipo de cabrestante y repuestos, y reparaban con rapidez los tanques. Montgomery tenía 3500 tanques en vísperas de Goodwood. Unas pérdidas permanentes de 156 carros era algo que podía absorber fácilmente. Y esa cifra de 156 es muy inferior a la de 400 tanques perdidos que se suele mencionar cuando se habla de Goodwood.

Las pérdidas alemanas ascendieron a ochenta y tres tanques y cañones de asalto, el equivalente a una división panzer completa, e incluyeron veintiséis Panther, siete Tiger y tres King Tiger de 72 toneladas, los únicos que había en Normandía. El general Eberbach tuvo que aceptar que lo que quedaba de la maltrecha 16. *Luftwaffen-Felddivision* había sido «barrida», al igual que elementos de 21. *Panzer.17* «Las reservas locales habían sido aniquiladas o destruidas», agregó, «sus cañones destruidos incluso antes de que hubieran disparado una sola vez [632] ».

Está claro que a Montgomery le faltaba tiempo para recibir los aplausos y disfrutar de la gloria cuando las cosas salían bien, pero ahora no eludió las críticas. Había estado en una posición complicada antes de Goodwood y, cuando no cumplió con las expectativas de Eisenhower, no hizo ningún esfuerzo por señalar con el dedo o culpar a nadie; el incremento de la ambición del plan, así como el destacado papel de las divisiones blindadas, fueron ideas de Dempsey, después de todo. Goodwood, de hecho, había colmado y superado las expectativas de Monty y, teniendo todo en cuenta, con un coste bastante pequeño. Monty esperaría a que pasara la tormenta, pues sabía que al final remitiría; en Inglaterra, después de todo, tenía un poderoso partidario en el general *sir* Alan Brooke, el jefe británico del Estado Mayor Imperial, quien era consciente de que no había nadie más inteligente para sustituir a Montgomery, ni, francamente, nadie mejor para manejar los ejércitos que tenía a su cargo, compuestos en su mayoría de civiles. Además, Montgomery contaba con el apoyo del pueblo. Nadie iba a despedir a Monty.

Una vez más, cualquiera que fuera la crisis a la que se enfrentaban los Aliados, no era nada en comparación con la que tenían ante sí los alemanes, porque el jueves 20 de julio, cuando la batalla de Goodwood se extinguía, tuvo lugar un intento de asesinato contra Hitler, que casi tuvo éxito. Este sorprendente acontecimiento sumiría a la defensa alemana de Normandía en un caos todavía mayor.

Capítulo 30

Saint-Lô

Por mucho que Goodwood hubiera satisfecho las ambiciones de Montgomery, no hay duda de que, llegada la tercera semana de julio, la moral estaba cayendo en picado en todas las fuerzas aliadas, y ésa era una situación potencialmente muy peligrosa. La mayoría de las tropas en el frente no tenían ni idea de cuán lamentable era en realidad la condición de las fuerzas alemanas; en lo que a la mayoría

de ellas respectaba, estaban chocando con un muro de nazis fanáticos y muy bien entrenados. En realidad, lo contrario estaba más cerca de la verdad: eran los alemanes quienes estaban topándose con un muro de ladrillos formado por la inmensa potencia de fuego aliada y, de forma lenta pero segura, se estaban desangrando hasta morir. Por si fuera poco, ahora que Hitler había sobrevivido a un intento de asesinato, los comandantes alemanes podían esperar interferencias todavía más frecuentes y perturbadoras desde arriba.

El jueves 20 de julio, el *Oberst* Claus Graf von Stauffenberg había logrado introducir un maletín lleno de explosivos en una reunión con el *Führer* en el cuartel general de Hitler en Prusia Oriental, conocido como la Guarida del Lobo, y la bomba había explotado en la sala en la que Hitler estaba reunido. Milagrosamente, Hitler había sobrevivido con sólo heridas superficiales y, realmente, tuvo muchísima suerte. El golpe de Estado había fracasado, los principales conspiradores fueron fusilados y comenzó una caza de brujas. Desde entonces, se ha especulado mucho sobre la participación de Rommel, sin embargo, hoy está bastante claro que no estuvo involucrado en absoluto; tal vez había oído hablar de un complot para derrocar al *Führer*, pero los acercamientos que se le hicieron siempre estuvieron tan mezclados con indirectas y afirmaciones poco específicas que es muy posible que ni siquiera fuera plenamente consciente de lo que le estaban proponiendo. Desde luego, en ningún caso se unió a los conspiradores. Su jefe de Estado Mayor, Speidel, estaba más involucrado, aunque es probable que menos de lo que afirmaría en sus memorias de posguerra. Sin embargo, de lo que no cabía duda era de que Rommel había estado sugiriendo al alto mando que había llegado el momento de firmar la paz con los aliados occidentales. Había tenido otras conversaciones del mismo tenor que la que Kurt Meyer había escuchado a su llegada al puesto de mando del I. *SS-Panzerkorps* el 17 de julio. Si Rommel no hubiera sido herido, quizá se habría rendido a los aliados, aunque esa opción habría sido considerablemente menos probable después del fallido atentado con bomba, porque, para hacerlo, habría necesitado el apoyo de Hausser, Dietrich y Eberbach, y tal vez de Von Kluge. Quejarse y quejarse sobre la forma en que se estaba dirigiendo la guerra y sobre la incompetencia

del OKW — que era universalmente odiado — era una cosa, y rendirse, algo impensable en la ideología de las SS, otra muy distinta. Pero Rommel estaba herido y ya no formaba parte de la ecuación en Normandía, y las especulaciones sobre este tema, aunque interesantes, carecen en última instancia de sentido.

Hitler, cada vez más paranoico incluso antes del atentado, y con su

mente confundida por el cóctel diario de drogas que consumía, ahora veía traidores por todas partes. Increíblemente, el día después del intento de asesinato, Von Kluge escribió al *Führer* adjuntando la misiva de Rommel del 16 de julio. Después de catorce días en el frente, escribió Von Kluge, había llegado a la misma conclusión que Rommel sobre las perspectivas en Normandía. «Se acerca con rapidez el momento en que la sobrecargada línea del frente está destinada a romperse», agregó. «Y cuando el enemigo llegue a campo abierto, será casi imposible ejercer un mando debidamente coordinado [633] ».

Como no es de extrañar, estos informes del frente fueron muy mal recibidos en el cuartel general de Hitler. Los días de Von Kluge estaban ahora contados y no habría retirada, eso era impensable. Debían seguir luchando y destruir a los Aliados. La reacción de las tropas a la noticia del intento de asesinato fue, en general, de conmoción.

«El acto terrorista fue rechazado por igual por todas las unidades», señaló Kurt Meyer.

«Los soldados no simpatizaron con los conspiradores del 20 de julio [634] ». El *Hauptmann* Helmut Ritgen, que había conocido a Von Stauffenberg cuando ambos estaban en la 6.

PanzerDivision, también se sorprendió. «Aunque yo detestaba a Hitler», escribió, «su muerte habría sido para nosotros, al menos temporalmente, un desastre, y causado tal confusión que el enemigo habría visto confirmado su objetivo de la destrucción de Alemania [635] ». Es posible, pero Eberhard Beck y sus colegas en el 277. *Artillerie-Regiment* tenían, no obstante, una opinión algo distinta: «Su muerte podría haber traído un cambio radical», señaló Beck, «y con él, avivado nuestras esperanzas de que terminase por fin esta guerra sin sentido [636] ». Su superior, el *Leutnant* Freiherr von Stenglin, visitó a todos sus equipos de artilleros y les explicó que no sólo había fracasado el intento de asesinato, sino que además habían llegado órdenes de que, de ahora en adelante, debían usar sólo el saludo nazi, no el tradicional saludo militar.

Estaba claro que Von Stenglin quedó consternado. «A todos nos decepcionó el fallido intento de asesinato», agregó Beck. Poco después, Von Stenglin desapareció y no se volvió a saber nada de él. Al *Leutnant* Richard von Rosen las noticias le parecieron profundamente inquietantes, especialmente porque todos los conspiradores parecían ser aristócratas. «Joven, no deje que le afecte», le dijo el *Hauptmann* Fromme, «le protegeremos [637] ». «Fue una

lástima que Rommel estuviera herido», añadió Von Rosen.

«Teníamos mucha fe en él. Una palabra suya ahora nos habría ayudado mucho». Willi Müller también estaba «nervioso» por la noticia, y ésta parece haber sido la reacción

general [638] . Causó todavía más desconcierto en un momento de ya considerable incertidumbre.

La *PanzerLehr* había completado hacía ya mucho su movimiento y estaba en la línea al oeste de Saint-Lô, con la 17. SS a su izquierda y la 2. *SS-Panzer* junto a ella, lo que significaba que, por primera vez, los estadounidenses se enfrentaban a dos divisiones panzer y a otra de granaderos panzer SS. El hecho de que hubieran llegado al frente prácticamente intactas se había debido en gran parte a que el mal tiempo había impedido que la cobertura aérea tuviese la intensidad acostumbrada. El II. *Panzer-Regiment* 130 de Helmut Ritgen había llegado la noche del 10 de julio y se había lanzado inmediatamente a un contraataque a primera hora de la mañana siguiente. Luchar en un terreno desconocido, sin tiempo para hacer un mínimo reconocimiento, era receta segura para el desastre, y este caso no fue una excepción. «Como se temía», señaló Ritgen, «el ataque de la división fracasó por completo, con pérdidas espantosas [639] ».

Llegado el 15 de julio, Ritgen había perdido quince oficiales.

Enfrentándose a ellos estaba la veterana 9.ª División de Estados Unidos. Durante su contraataque, el 47.º Regimiento de Infantería del teniente Orion Shockley rodeó y dejó atrás un huerto, aunque desde esa dirección venía fuego de morteros y armas ligeras.

Tan pronto como hubieron pasado, unos Thunderbolt volaron sobre sus cabezas, dieron media vuelta y se dirigieron directamente hacia su posición. Shockley y sus hombres pensaron que iban a atacarlos a ellos, pero, en cambio, los P-47 dispararon sobre el huerto y lo bombardearon, obligando a varios tanques a salir de su escondite. Shockley observó todo esto con asombro; luego, de repente, varios tanques alemanes pasaron rugiendo cerca de ellos. Cuando estaban pasando los últimos, uno de los hombres de Shockley saltó y disparó con su bazuca. Acertó a un carro alemán, pero no lo detuvo.

Un soldado alemán, gravemente herido, cayó del blindado a la carretera. Shockley se acercó a él y el hombre levantó un brazo como si pidiera ayuda. «Vi que no había esperanza para él», recordaría Shockley, «y sentí una punzada de remordimiento por toda la guerra y

lo que le hacía a la gente. Había visto a muchos de mis compañeros heridos y muertos, pero, de alguna forma, este incidente me caló hondo [640] ».

Shockley y sus hombres lograron avanzar algo más de un kilómetro ese miércoles 12

de julio, y durante los días siguientes sucedió lo mismo, con más de sus hombres heridos y muertos en cada jornada. Un hombre recibió un impacto de metralla en el estómago. «Teniente, voy a morir, ¿no?» [641] , dijo, más como una afirmación que como una pregunta. Le habían abierto el estómago y se sujetaba los intestinos con ambas manos. Shockley llamó a un médico y trató de ayudar; el hombre fue trasladado a un

hospital, pero falleció pocos días después. El día siguiente, 16 de julio, un buen amigo de Shockley, el capitán James Cameron, murió cuando *su jeep* activó una mina. Habían estado juntos desde los primeros combates en el norte de África. Un día después cayó otro amigo suyo, el teniente Paul Buffalo, muerto a consecuencia de los fragmentos de un proyectil. Hacia el día 20, Shockley estaba al mando de la compañía.

Shockley ya había visto suficiente violencia para toda la vida, pero ahora, en Esglandis, mientras esperaban el lanzamiento de Cobra, se convocó una reunión de comandantes de compañía. Tan pronto como llegaron al puesto de mando del batallón, el enemigo comenzó a bombardearlo. El primer proyectil cayó cerca, por lo que todos corrieron para ponerse a cubierto. Los primeros en salir de la tienda fueron el capitán Minton y el teniente Roger Murray, con quienes Shockley acababa de hablar. Se oyó el silbido de un segundo proyectil. Uno de sus fragmentos le cortó limpiamente la cabeza a Minton, mientras que un segundo impactó contra Murray.

«¡Ay! ¡Me han dado!», dijo mientras se derrumbaba, casi cortado por la mitad, pocos pasos delante de Shockley [642] . Cuando llegó al suelo, ya estaba muerto. Sabedor de que los proyectiles se dispersaban más en la distancia que hacia los lados, Shockley se lanzó a una trinchera lejos de los proyectiles enemigos justo antes de que un tercero de ellos impactara contra un árbol, desencadenando una lluvia de astillas que mató a dos hombres que estaban agazapados en una trinchera junto al tronco. Los últimos días no habían sido nada buenos.

«Los setos eran terribles», dijo el teniente John Rogers, comandante de

sección de la Compañía E del 67.º Regimiento Blindado, parte de la 2.ª División Acorazada de Estados Unidos [643] . La división era conocida como «Hell on Wheels» («Infierno sobre ruedas») y, efectivamente, el paraje en el que estaba era una especie de infierno.

«Pasamos allí dieciocho días y dieciocho noches», dijo, «simplemente intercambiando golpes [644] ». Todos estaban muy frustrados, pero simplemente no lograron penetrar las líneas enemigas, no en profundidad. La pala excavadora que había colocado en la parte delantera de su Sherman ayudó, pero le parecía que estaban en una pelea en la que los dos bandos se estaban matando a golpes sin que ninguno estuviera ganando mucho.

Ambos bandos iniciaron esa tercera semana de julio con la moral bastante baja. Las deserciones iban en aumento. La demoledora violencia de la campaña era debilitante.

La muerte se encontraba por doquier, cubriendo el otrora hermoso paisaje con un manto de putrefacción. Parecía que todos los campos contenían cadáveres de ganado y caballos destrozados por la guerra. La mayoría se hinchaban por los gases de la

descomposición, lo que hacía que los cuerpos de los animales rodaran hasta ponerse patas arriba. Un día, Reg Spittles, mirando a través de sus prismáticos, vio a un ametrallador alemán sentado en su trinchera, disfrutando del sol. Frente a él, sin embargo, había una vaca muerta, ya hinchada por los gases. Spittles y su tripulación estaban a varios cientos de metros de distancia, y seguros en su tanque, por lo que Spittles pidió a su ametrallador que disparase una ráfaga contra la vaca, y eso hizo. La reacción del alemán fue justo la que esperaba Spittles. Cogió rápidamente sus cinturones de armas y municiones, miró a su alrededor y luego saltó de su trinchera.

«Finalmente, sacándose un cigarrillo de la boca», señaló Spittles, «miró en la dirección de donde procedían los disparos y con una gran sonrisa agitó el puño hacia nosotros [645] ».

Con la misma frecuencia, el hedor emanaba de los soldados muertos en combate y abandonados en el campo de batalla. Parecía impregnarlo todo. No menos terribles eran las espantosas imágenes de lo que podía suceder al cuerpo de un joven otrora sano y fornido. Cerca de Tilly, a lo largo de un camino que era utilizado continuamente por los Rangers de Sherwood, Stanley Christopherson notó que parte del cadáver de un soldado alemán entraba en el camino. Cada vez que pasaba un tanque, le aplastaba el brazo, una y

otra, vez hasta que no quedó nada más que una papilla de huesos y carne, como un animal atropellado por encima del cual siguen circulando los demás vehículos.

Reg Spittles también pasó repetidamente ante un Panzer IV destruido. Uno de los miembros de la tripulación colgaba de la torreta, muerto, y, con el paso de los días, su cadáver en descomposición fue cambiando: se hinchó la piel, luego se oscureció, hasta que, finalmente, la cabeza y el brazo se separaron del resto del cuerpo.

El bombardeo constante, la violencia, el hedor, la incomodidad… eran implacables.

Incluso mientras Goodwood estaba en marcha, los británicos seguían atacando alrededor de la colina 112 y la vecina colina 113, al sur del Odón. El teniente Robert Woollcombe había estado allí con el 6.º KOSB y la 15.ª División escocesa de forma intermitente desde el final de Epsom. Antes había estado seguro de que lo matarían allí, aunque hasta el momento esa profecía tantas veces autocumplida, no se había materializado. Había tenido suerte. Unos setenta y cinco hombres de su Compañía A habían subido la colina 113, pero sólo treinta y dos habían vuelto de ella. Había aprendido que sólo acurrucándose en su trinchera tenía alguna posibilidad de sobrevivir, pero, como oficial, a menudo lo convocaban al cuartel general del batallón.

«El viaje de regreso a aquel lugar requería de una habilidad felina», escribió.

«Entrañaba la marcha-carrera de costumbre, con paradas periódicas para escuchar, la pausa agonizante antes de que llegara el siseo rápido y agudo de otro “vapuleo”; entonces veías a hombres de ojos hundidos y barba de varios días apresurándose a ponerse a cubierto, oías el ruido de rifles, palas y maderos de cobertura de trincheras

apartados o derribados, y aterrizabas de golpe sobre alguien en alguna trinchera ajena, en busca de momentáneo refugio. Y las explosiones, grandes y fuertes, y la trinchera, que temblaba y de cuyas paredes se desprendían pequeños riachuelos de tierra suelta sobre ti; y el zumbido del metal girando, polvo volando por todas partes y al fin el silencio [646] ». El batallón perdió nueve oficiales en la colina 113. Apenas un mes antes, Woollcombe había sido uno de los oficiales jóvenes novatos de menor graduación.

Ahora era el más sénior.

Justo al otro lado del valle, en parte responsable del bombardeo que

Woollcombe intentaba esquivar, estaba el *Kanonier* Eberhard Beck. Las restricciones de munición significaban que sus disparos eran limitados, pero todavía estaban dentro del alcance del fuego de contrabatería británico y, en consecuencia, estaba perdiendo amigos y camaradas. Su amigo Paumann murió instantáneamente por un fragmento de metralla; Fritz Arnold, que ya había sido seleccionado para ir a la *Kriegsschule*, resultó herido; el *Kanonier* Ludwig Gröger, con quien Beck había entrenado, sufrió una crisis nerviosa y fue trasladado al hospital. Beck nunca volvió a verlo. Luego desapareció el *Leutnant* Von Senglin. Beck extrañaba a su madre e incluso pensó en pegarse un «tiro de vuelta a casa», un disparo que le produjera una herida que lo sacara de allí. «Sólo quería salir de esta desolación», escribió [647] . También le molestaba que nunca había estado con una mujer.

Los británicos no eran los únicos que tenían que superar una cresta problemática.

Tras la caída de la colina 192 en el terreno elevado al noreste de Saint-Lô, toda la línea estadounidense avanzó hacia el sur, mientras que, hacia el 17 de julio, la 29.ª División finalmente se acercó a la ciudad propiamente dicha. El sargento Bob Slaughter se había reincorporado a su pelotón a tiempo para el asalto y, cuando el día 29 entraron por fin en las ruinas de la Saint-Lô, llevaban en la línea del frente durante cuarenta y dos días seguidos. Slaughter apenas podía asimilar la cantidad de amigos que había perdido; sólo en los últimos días en la «Cresta de la Muerte» en Martinville, a menos de tres kilómetros al noreste de Saint-Lô, había muerto su buen amigo, el sargento «Ajax»

Browning, al igual que su ametrallador de confianza, el soldado de primera clase «Fats»

Williams. Slaughter pensó que una parte de él había muerto con esos dos compañeros en esa cresta. «Siempre era difícil escuchar la noticia de quién había sido abatido», señaló, «y todos los días, nuevos rostros reemplazaban a hombres de infantería experimentados [648] ».

El *Obergrenadier* Karl Wegner y su *Gruppe* en el *GrenadierRegiment* 914 se encontraban entre los que defendían las ruinas de Saint-Lô y habían resistido en la

colina 122, justo al norte de la ciudad. Durante las últimas seis semanas, desde el trauma del Día D, Wegner había permanecido cerca del *Obergefreiter* Kalb y de su amigo Willi. Se había forjado un vínculo de profunda camaradería entre ellos. De la noche a la mañana, en la

oscuridad del 17 al 18 de julio, se habían retirado junto con los restos de su compañía, ahora sólo unas pocas docenas de hombres, y habían pasado entre los escombros y el equipo abandonado en las cunetas. «Karl, cualquier tonto puede ver que nos han vencido», le dijo Kalb. «No hay forma de que podamos defender estas condenadas ruinas francesas [649] ». Pero ésas eran precisamente las órdenes del general Kraiss: había que defender la ciudad, aunque estuviera completamente destruida.

Exhaustos, empezaron a cavar trincheras una vez más.

Sin embargo, al día siguiente, la defensa de Saint-Lô se desmoronó con rapidez. A última hora de la tarde les llegó la noticia de que los estadounidenses estaban ya detrás de ellos, y luego empezaron a caer sobre ellos obuses, disparados por su propia artillería. Si estaban rodeados, y parecía que lo estaban, entonces claramente había llegado la hora de largarse de allí. Kalb y su pequeño *Gruppe* salieron de las trincheras y retrocedieron por la ciudad, escudriñando desde las esquinas y luego echando a correr hasta el siguiente lugar más o menos seguro. En una de estas ocasiones, mientras se asomaba a echar un vistazo rápido, Kalb recibió un tiro en la mano. Wegner disparó una ráfaga de la ametralladora, y se marcharon corriendo por otro callejón, pero, al doblar la siguiente esquina, acabaron justo en frente de unos vehículos blindados estadounidenses. Mientras intentaban retroceder, Willi resbaló, chocó con Kalb y entonces fue alcanzado por una ráfaga de balas. Kalb lo sacó a rastras de la línea de fuego, pero Willi estaba gravemente herido y gritaba de dolor y pánico. Wegner acunó la cabeza y sostuvo la mano de su amigo moribundo mientras Kalb le vendaba las heridas con desesperación. Willi dejó de gritar y su rostro palideció. Comenzó a sollozar quedamente. «Karl», murmuró, mirando a Wegner, «haber pasado por todo esto sólo para morir entre estas ruinas no tiene sentido [650] ». Y entonces expiró.

Kalb recogió los efectos personales de Willi — las fotos de su esposa, su anillo de boda y su chapa de identificación — y los envolvió en un pañuelo, luego se quitó el casco y se puso la gorra de Willi, entonces dijo a los demás que él iría primero y, si todo iba bien, debían seguirlo. Levantó los brazos por encima de la cabeza y, manos arriba, salió a rendirse. Wegner miró por última vez a su amigo muerto y a continuación lo siguió. «Gracias a Dios», dijo, «todo había terminado [651] ».

También casi había terminado todo para el *Leutnant* Hans Heinze. Atrapado igualmente en Saint-Lô con sus últimos hombres, vio de pronto unos tanques estadounidenses acercándose a ellos. Sorprendido

al descubierto, Heinze trató de ganar algo de tiempo para sus hombres. Agarró un Panzerfaust, corrió hacia el centro de la

carretera y disparó al tanque que iba en cabeza. La explosión de un proyectil lo derribó y, cuando volvió en sí, se dio cuenta de que estaba tumbado en el suelo con el brazo y el costado derechos heridos de gravedad. Curiosamente, su primer pensamiento fue que nunca más volvería a jugar al tenis. El segundo, que necesitaba moverse rápidamente o lo aplastaría el Sherman que se aproximaba. Sacó un pañuelo, lo agitó frenéticamente y, para su asombro, el comandante del tanque estadounidense se detuvo y permitió que los hombres de Heinze lo agarraran y lo sacasen de ahí. Al parecer, incluso en medio de aquel infierno todavía había momentos de humanidad.

Heinze no sólo salvó la vida, sino que lo llevaron a una enfermería de campaña y luego lo subieron a una ambulancia y lo condujeron al sur, fuera de las ruinas de la ciudad. Tendido en la camioneta, miró hacia arriba y vio un montón de agujeros de bala en el techo. Aturdido, le preguntó al conductor cuántas veces le habían disparado. «Casi cada vez que conducimos nos ametrallan», le dijo el conductor[652]. Le explicó que los aliados creían que estaban usando ambulancias para llevar municiones y suministros al frente. Para los alemanes, realmente no había forma de escapar del omnipresente dominio aliado de los cielos. No obstante, Heinze llegó sin más percances al hospital de campaña. Su campaña de Normandía había terminado.

El miércoles 19 de julio fue un día de mucho ajetreo para el general Omar Bradley.

Por la mañana, en el campamento de su cuartel general, se reunió con los comandantes de sus cuerpos de ejército para Cobra, tras haber informado con anterioridad a sus generales el 12 de julio. La clave del plan era atacar en un frente estrecho, más bien como Pete Quesada le había venido instando a hacer, por mucho que eso fuera en contra de los instintos de la mayoría de los comandantes estadounidenses, que tendían a preferir un frente amplio, para ejercer presión a lo largo de toda la línea y aprovechar al máximo su ventaja material. Sin embargo, como el asalto aéreo era clave para toda la operación, Cobra necesitaba concentrar más los esfuerzos en menor terreno. El VII Cuerpo de Joe Collins iría en vanguardia. Sus blindados se lanzarían al ataque en cuanto los bombarderos hubieran despejado un camino.

Después, Bradley realizó un vuelo rápido a Inglaterra para discutir el plan aéreo. A la 1.30 de la tarde, Bradley y Quesada, acompañados por Chet Hansen, despegaron con una espesa niebla y aterrizaron poco

después en Northolt cerca de Londres, donde las condiciones meteorológicas eran mejores. Allí los recibieron Brereton y Coningham.

Brereton era un hombre pequeño cuyas gafas metálicas le conferían un aspecto elegante; en cambio, Coningham era un hombre grande y de rostro sonrosado. Todos juntos se dirigieron a Bentley Priory en un Buick descapotable, donde Leigh-Mallory,

un tipo delgado, brusco y poco aficionado a sonreír, los esperaba. También estaban allí Spaatz, tranquilo, confiado y rebosante de astuta inteligencia, y Tedder, enjuto y pequeño, con su pipa en la boca y «en tensión y alerta [653] ».

Bradley creía que le costaría persuadirlos de su plan aéreo para Cobra, sobre todo después de Goodwood, pero, para su sorpresa, el plan fue recibido con entusiasmo y se discutió con detalle cómo desarrollarlo. Los cazabombarderos de la Novena atacarían en primer lugar, castigando las defensas alemanas inmediatamente al sur de la carretera de Saint-Lô a Périers en la hora H menos 30. Luego, los bombarderos pesados de Spaatz bombardearían la franja con un ancho de seis mil cuatrocientos metros y una profundidad de hasta dos mil trescientos metros detrás de la línea principal de resistencia alemana, que era la carretera, con cada bombardero cargado con cuarenta bombas de 100 libras (45 kilogramos). Esto significaba que el área de 6400 por 2300

metros estaría saturada con unas 72 000 bombas. Y eso no sería todo. Tras los bombarderos pesados vendrían los bombarderos medios y luego llegarían los cazas. «El general quedó muy satisfecho con lo que había conseguido», señaló Hansen [654] . En total, la *PanzerLehr*, la división que controlaba ese sector del frente, sería atacada por 1800 bombarderos pesados, 300 bombarderos medios y 350 cazas. Si a los alemanes les quedaba todavía alguna duda sobre la abrumadora superioridad en potencia de fuego de los aliados, desaparecería después de este ataque.

También se discutió dónde deberían estar exactamente las tropas que avanzarían tras este impresionante esfuerzo de bombardeo. Bradley las quería lo más cerca posible, para que barriesen la resistencia antes de que los alemanes pudieran recuperarse, pero los hombres de las fuerzas aéreas sugirieron que deberían estar al menos a dos mil setecientos cincuenta metros de distancia. Bradley respondió que le gustaría que estuvieran a setecientos cincuenta metros, así que finalmente se pactó que se situasen a mil cien metros. Luego vino la

discusión sobre el ángulo de ataque aéreo. Bradley y Quesada adujeron que el bombardeo debería ser de oeste a este, paralelo a la línea de salida; los hombres de los bombarderos tenían otras ideas, sin embargo, y señalaron que sería imposible concentrar la fuerza planeada de bombarderos sobre un área de menos de dos kilómetros y medio de anchura. Se trataron otras consideraciones relativas a la navegación, el radar y el fuego antiaéreo enemigo, pero la más urgente fue la estrechez de la zona. Los bombarderos pesados ocupaban mucho espacio en el aire. Leigh-Mallory, que no tenía experiencia real con bombarderos, se puso de parte de Bradley y Quesada, pero la reunión terminó sin que se hubiera resuelto de modo adecuado este punto.

A las 5 de la tarde ya habían terminado y volaron de regreso a Normandía, donde cogieron otro vuelo rápido desde el aeródromo A-1 al A-3, y de allí fueron a ver a

Collins al cuartel general del VII Cuerpo. Collins ya se había ganado la confianza de Bradley, por lo que le éste le dio un margen de maniobra considerable para planificar Cobra. Collins y su Estado Mayor habían estado trabajando duro la semana anterior y habían dividido la operación en tres fases. Primero vendría la brecha, y quería las divisiones 9.ª y 30.ª a la izquierda y a la derecha respectivamente, con la 4.ª División en el medio. La 9.ª y la 4.ª se dirigirían hacia el sur, hacia Marigny, luego la 9.ª giraría hacia el oeste y atacaría Coutances, cerca de la costa; de esta manera, podrían envolver a la 2.

SS, a la 17. SS y a varias otras unidades de infantería alemanas, cortando su retirada. Era una propuesta atrevida y estimulante. Mientras tanto, la 4.ª pasaría a la reserva, para dar protección frente a cualquier contraataque procedente del sur. La 30.ª División continuaría hacia el sur y luego hacia el este, protegiendo el flanco izquierdo. Luego podrían venir los blindados: la 2.ª y 3.ª divisiones blindadas, con la Big Red One transportada en vehículos. Ésta sería la fase de explotación, en la que la clave sería actuar con la rapidez del rayo. La tercera fase sería la de consolidación, a medida que sus fuerzas capturaran y mantuviesen las ciudades y los nodos clave.

«Todo está ya dispuesto», anotó Hansen la noche del 19 de julio [655] . Se utilizarían seis divisiones, apoyadas por más de 1000 piezas de artillería con 140 000 proyectiles almacenados y listos para apoyar el avance del VII Cuerpo, además de otros 27 000

reservados para el VIII Cuerpo, que apoyaría con su propio avance hacia el sur un poco hacia el oeste. En total, estaban disponibles unos

1269 Sherman, 694 tanques ligeros Stuart y 288 cazacarros con orugas. Era una cantidad inmensa de fuerza, más grande que cualquiera de las que hasta entonces se hubiera concentrado para una operación en Normandía. Cuando estaban a punto de partir, Bradley le dijo a Collins que planeaba que los cazas descargasen también tanques de napalm, que llevarían fijados a la panza de los aviones, sobre la zona de asalto. «Desde luego, les vamos a dar con todo lo que tenemos», resumió Hansen en su diario [656] . Era muy cierto. Al día siguiente, Collins emitió la Orden 6 para el VII Cuerpo.

Capítulo 31

Cobra

«**S**e suponía que éste era el día del ataque», anotó Chet Hansen el 21 de julio, «pero el tiempo lo ha cancelado [657] ». La noche anterior, Eisenhower se había acercado hasta allí.

«Cuando muera», había dicho, mirando la lluvia desde la tienda de Bradley, «que guarden mi cuerpo hasta que llueva y me entierren durante una tormenta, porque este tiempo será mi muerte [658] ». Los aeródromos no estaban operativos y gran parte del frente parecía estancado. No obstante, la lucha nunca cesó por completo, pues continuaron los intensos bombardeos de artillería y, al este de Caen, los enfrentamientos entre los canadienses y la 1. *SS-Panzer-Division*. Las tropas estaban siendo redesplegadas después de Goodwood, con la mayor parte del Segundo Ejército retrocediendo al oeste de Caen y el grueso colocándose junto a los estadounidenses en el centro de la línea.

En total, había unos 640 000 soldados británicos y canadienses en Normandía y 812

000 soldados estadounidenses. Los alemanes, en comparación, habían enviado 490 000

tropas a Normandía, pero ya habían perdido casi 117 000, y habían recibido la mísera cantidad de 10 078 tropas de refuerzo. Esto significaba que los Aliados tenían una ventaja numérica de 3,8 a 1, que era mucho mayor que la que habían tenido tanto en el Día D como en los días siguientes.

A pesar de esto, Montgomery no estaba seguro de que los estadounidenses abrieran una brecha con Cobra, sólo tenía ciertas esperanzas, por lo que estaba ansioso por mantener la presión. Los combates continuaban alrededor de la colina 112 y, el 22 de julio, la

43.ª División de Wessex atacó de nuevo en lo que se llamó operación Exercise.

Fue un ejemplo del modo en que los ejércitos aliados estaban aprendiendo en esa difícil campaña. Se dedicó un tiempo a la planificación, se llevaron a cabo reconocimientos avanzados y la infantería, los blindados y la artillería convinieron un plan que luego fueron capaces de ejecutar. «Se ha dicho de esta batalla», señaló el diario de guerra de la división, «que se diseñó de tal forma que se cumplieron todas las reglas de los manuales de entrenamiento [659] ». Dos batallones de infantería de Wiltshire, trabajando en equipo con los tanques Churchill, arrollaron al enemigo, y capturaron y aseguraron el pueblo de Maltot, un lugar en ruinas que había cambiado de manos varias veces durante los últimos quince días; aquí fue donde Walter Caines, con el 4.º de Dorset y el 1.º de Hampshire, habían sufrido tanto. El día 22, no obstante, se combatieron y rechazaron los inevitables contraataques, y tomaron unos cuatrocientos prisioneros, lo que

compensó de alguna forma la pérdida de trescientos canadienses el día anterior. Las bajas entre los atacantes fueron, a fin de cuentas, escasas. Los muertos de los combates anteriores todavía estaban esparcidos por la aldea, que era poco más que una serie de montículos de escombros. El hedor era espantoso, pero, al menos, ahora podía comenzar la limpieza. La batalla de los de Wessex aquí, aunque de pequeña escala, no tuvo poca importancia. Demostró que estaban aprendiendo y se estaban adaptando.

El día siguiente, domingo 23 de julio, fue también brumoso y gris, lo que imposibilitó, de nuevo, lanzar Cobra. Bradley calculaba que la operación requería tres días de tiempo despejado. Con razón, no estaba dispuesto a arriesgar el éxito en esta batalla por ser impaciente; después de todo, no era como el Día D, cuya fecha estaba constreñida por las condiciones de la marea y las fases lunares. Sin embargo, aun así, era frustrante, pues todo el mundo estaba listo y con muchas ganas de empezar.

«Maldita sea», murmuró Bradley mientras miraba al cielo. «Tendré que hacerle un consejo de guerra al capellán si este tiempo dura mucho más [660] ».

En lugar de hacerle un juicio a su capellán, Bradley se reunió con el general George S. Patton, que ahora estaba en Normandía, ansioso por participar en el combate. Patton, un hombre temeroso de Dios, propenso a proferir palabras malsonantes y a decir a bocajarro y sin

rodeos lo que pensaba, seguía siendo el general estadounidense más famoso en todo el teatro de operaciones. Siempre impecablemente vestido, era un oficial de caballería de carrera que había servido en la campaña de la frontera de México, así como en Francia en 1918 y, en definitiva, un hombre impulsivo, un agitador. En Túnez, había sido comandante del II Cuerpo antes de entregárselo a Bradley para prepararse para la invasión de Sicilia, donde había comandado el Séptimo Ejército de Estados Unidos y lo había hecho bien. Patton creía en la acción agresiva y era tácticamente brillante, aunque también tenía un carácter volátil y una preocupante tendencia a explotar en lugar de intentar comprender el punto de vista del otro. Esto lo había metido en problemas, sobre todo después de la campaña de Sicilia, cuando había abofeteado a un hombre que padecía fatiga de combate, una dolencia que Patton consideraba una memez y una excusa de cobardes.

Eisenhower, después de haber despedido a Patton tras este incidente a pesar de que ambos eran amigos desde hacía mucho tiempo, lo recuperó para comandar el Tercer Ejército que, según el plan, sería trasladado a Normandía en un momento posterior al desembarco. «Es un infierno estar al margen», le había escrito Patton a su esposa el día D, «y ver que toda la gloria se me escapa[661]». Había seguido el desarrollo de los

combates en Normandía con detalle y gran atención, y la forma en que Bradley había dirigido la campaña no le había impresionado nada. No obstante, hay que tener en cuenta que, aunque Patton conseguía resultados, ciertamente estaba más dispuesto que la mayoría de los demás comandantes aliados a que sus soldados murieran en el proceso. Estaba tan desesperado por entrar en combate que se ofreció a pagar a Eisenhower mil dólares por cada semana que Ike adelantase su llegada a Francia respecto a lo previsto en el plan. El Tercer Ejército aún no había recibido el visto bueno a nivel operacional cuando Patton llegó a Normandía el 4 de julio. Aterrizó en un C-47

en el aeródromo A-21, en Saint-Laurent-sur-Mer y bajó inmediatamente a la playa de Omaha en un *jeep*. Pronto se corrió la voz y, debido a que todavía había mucha gente en la playa para descargar los equipos, enseguida se congregó una gran multitud a su alrededor. «Estoy orgulloso de estar aquí para luchar a vuestro lado», dijo, poniéndose de pie y hablando con su voz curiosamente aguda. «Ahora vamos a sacarles las tripas a esos *krauts* y vamos a ir a Berlín. Y, cuando lleguemos a Berlín, le pegaré un tiro personalmente a ese hijo de perra, pintorzuelo de brocha gorda; como lo haría con una serpiente[662]». Los que lo estaban escuchando celebraron todas y

cada una de estas palabras. Desde luego, Patton sabía montar un buen espectáculo.

Desde entonces, había estado yendo y viniendo de Normandía unas cuantas veces más. Tenía tantas esperanzas para Cobra como Bradley, porque tan pronto como el Primer Ejército llegara a Avranches, su Tercer Ejército comenzaría a moverse hacia el sur desde sus áreas de concentración y preparación en el oeste de Normandía. Al sur de Avranches, las fuerzas de Patton entrarían en Bretaña, donde despejarían la península de Brest y luego girarían hacia el este. Estaban, admitió Hansen en su diario ese día, muy retrasados respecto al calendario previsto, lo cual agudizaba la impaciencia de Patton —antes de la invasión, había esperado llevar ya tiempo en combate a estas alturas—, pero había grandes esperanzas para Cobra. Esperanzas palpables.

Esta sensación de optimismo se transmitió a Ernie Pyle y a otros corresponsales de guerra cuando Bradley los llamó para una sesión informativa informal. No se contuvo, y les explicó con gráfico detalle lo que planeaba hacer con la ayuda de la fuerza aérea.

Pyle estaba emocionado y, aunque el comandante del ejército en realidad no mencionó la palabra «brecha», los que lo acompañaban sí lo hicieron. «Éste no es un ataque con objetivos limitados», le dijeron a Pyle. «Esta vez es la buena. Éste es el gran avance [663] ».

Para el viernes 21 de julio, anticipándose a la acción, Pyle se había unido a la 4.ª

División de Infantería, que estaría en el medio del ataque. Pasó aquella primera noche cómodamente en una tienda de campaña en el puesto de mando de la división; la

segunda, en una vieja y destartalada granja un poco más cerca y, luego, el domingo 23

de julio, durmió en un huerto aún más cerca; pero entonces, como el ataque se postergó, durante la noche siguiente se adelantó aún más, hasta la misma línea de salida de las tropas y, junto a ellas, se cavó un hoyo detrás de un seto. Así no lo alcanzaría un 88.

Cobra debía lanzarse ese día, 24 de julio; la hora H era la 1 de la tarde. Leigh-Mallory había volado hasta allí, pero al llegar consideró que estaba demasiado nublado y la visibilidad no era lo bastante buena, por lo que ordenó de inmediato un aplazamiento. Las flotas aéreas, sin embargo, ya estaban en camino y, si bien la mayoría captó

el mensaje y regresó, no todas las unidades lo hicieron. Tres grupos de cazabombarderos siguieron volando, paralelos a la línea de salida, atacando longitudinalmente, de oeste a este. Aunque luego llegó también la primera formación de bombarderos pesados, dio media vuelta debido a la mala visibilidad, mientras que, de la segunda formación, sólo 35 aviones dejaron caer sus cargas, no desde un rumbo paralelo, sino en ángulo recto, de norte a sur. También lo hicieron los 300 bombarderos de la tercera formación, que lanzaron unas 550 toneladas de bombas. Trágicamente, veinticinco hombres de la 30.ª División murieron y 131 resultaron heridos; se debió no a que los hombres estuvieran demasiado adelantados sino a que uno de los bombarderos de la formación *box* (una formación en rombo a varios niveles) había tenido problemas con el manejo de su mecanismo de lanzamiento de bombas, y había soltado inadvertidamente parte de su carga por error, lo que había provocado que los 15

aviones que iban detrás de él siguieran su ejemplo.

Bradley, Collins y Quesada contemplaron este medio ataque crecientemente horrorizados. «¿Cómo diablos ha sucedido esto?» [664], preguntó Bradley a Quesada.

Pero Quesada no tenía idea, ni se enteró hasta que al final se comunicó con Leigh-Mallory, ya de regreso en Bentley Priory. Bradley y Quesada creían haber acordado con Leigh-Mallory realizar un ataque paralelo oeste-éste, lo que, según habían pensado, reduciría el riesgo para los hombres en tierra. Esto no era del todo correcto, ni se había resuelto en ningún momento después de la conferencia del 19 de julio; los bombarderos pesados eran tan propensos a bombardear más allá de su zona como a soltar su carga antes. Leigh-Mallory dijo ahora a Quesada que Spaatz y el general Jimmy Doolittle, el comandante de la Octava Fuerza Aérea, habían insistido en un ataque perpendicular, norte-sur. La aproximación oeste-éste era imposible: no había suficiente espacio ni tampoco tantos bombarderos podían atacar en un pasillo tan estrecho en sólo una hora, como había insistido Bradley. Por lo tanto, tenían que tomar una decisión: los bombarderos pesados atacarían de norte a sur o cancelarían la incursión. Bradley tuvo que aceptarlo. Ahora que un ataque a medias había alertado a los alemanes, le parecía esencial lanzar Cobra lo antes posible. Y lo antes posible era a la 1 de la tarde del día

siguiente, martes 25 de julio. «Es una verdad universal y muy humana», comentó Quesada, «que la gente oye lo que quiere oír [665]».

Incluso antes de que la *PanzerLehr* hubiera salido de Tilly para trasladarse hacia el oeste, el general Fritz Bayerlein había perdido más de 5000 de los 17 000 hombres que tenía antes de la invasión, y una gran proporción de estas bajas eran combatientes.

Luego estaba el desastroso contraataque que le habían impuesto, en el que había perdido otros 20 tanques y más de 500 hombres. Puesto que no había recibido casi ningún refuerzo, llegado el 24 de julio, la *Lehr*, que hacía sólo siete semanas era una de las divisiones con mejor equipo y dotación de toda la *Wehrmacht*, estaba reducida, ya antes del lanzamiento de Cobra, a una fuerza raquítica. Bayerlein propuso en repetidas ocasiones retirarse. «Era inútil», dijo. «Se nos ordenó no ceder ni un palmo de terreno **[666]** ».

Hacia el 24 de julio, Bayerlein tenía un regimiento en reserva y el resto, en la línea de frente. Su ayuda, el *Hauptmann* Alexander Hartdegen, presintió que algo pasaba y le dijo a Bayerlein que creía que iban a sufrir un ataque importante, pero el general no estaba tan seguro. Cuando los bombarderos se acercaron a la 1 de la tarde de ese día, Bayerlein pensó que se dirigirían más al sur, pero luego las bombas comenzaron a caer sobre ellos. Su puesto de mando era un antiguo castillo en Le Mesnil-Amey, que estaba a sólo unos cinco kilómetros al sur de la zona de bombardeo y al oeste de Saint-Lô. Por fortuna, tenía muros medievales de piedra muy gruesos, y Bayerlein pudo subir a la torre para mirar a través de las aspilleras y las almenas con relativa seguridad. Vio posiciones de artillería destruidas y la línea del frente, que parecía aniquilada. Todas las comunicaciones con las tropas de vanguardia se cortaron, así que, una vez terminó el bombardeo, envió mensajeros en moto a investigar la situación, mientras que él mismo condujo hasta tan cerca del frente como le fue posible y luego caminó el último trecho hasta el puesto de mando del *Panzergrenadier-Regiment* 902 en La Besnardière, aproximadamente a kilómetro y medio al oeste de su castillo. Allí vio que al comandante del regimiento no le quedaba casi nada. Luego caminó hasta Hébécrevon y allí lo informaron de que la 275. *Infanterie-Division* también había sido destruida a efectos prácticos. Al final logró comunicarse con el *Generalleutnant* Dietrich von Choltitz, quien había reemplazado a Marcks como comandante del LXXXIV. *Korps*, y le dijo que no conseguiría mantener el frente sin refuerzos de, como mínimo, otro regimiento. Choltitz le dijo que no podía prescindir de ninguno, pero le reiteró la orden del *Führer*: no debía haber retirada.

Entre los que habían volado el 24 de julio, se encontraba el teniente Truman

«Smitty» Smith, en su primer vuelo como piloto principal. Después de su misión el 14

de julio, un largo viaje a los Alpes, Moon Baumann, el piloto que los había llevado en sus primeras treinta y dos misiones, se había emborrachado; luego había despertado a Smith y a otros compañeros de tripulación gritando: «¡Saltad! ¡Saltad! ¡El avión está en llamas! ¡Saltad!». Tras saltar de su cama, con la sábana en el pecho como un paracaídas, Baumann se había golpeado la cabeza con el suelo de cemento, de modo que quedó inconsciente y con un buen corte[667]. Obviamente, este incidente provocó que lo apartaran de su puesto de piloto y lo dejasen en tierra, lo que supuso que recayera en Smith el puesto de piloto principal de su tripulación.

Diez días después de este dramático incidente, se dirigían a Saint-Lô, con un nuevo copiloto que no gustaba a Smith, y en quien no confiaba, y con un bombardero diferente, ya que Eut Eutrecht seguía fuera de combate. «Basándome en lo que había visto de las habilidades de mi copiloto», señaló Smith, «era reticente o, mejor dicho, tenía miedo de dejarle los mandos[668]». Pero al final lo hizo, sólo para que el nuevo casi embistiera al bombardero que volaba frente a ellos. Smith estaba a punto de agarrar otra vez los controles cuando su copiloto sonrió y volvió a colocar el avión en posición; lo había hecho adrede para asustarlo. Desde luego, no era ni el momento ni el lugar para una broma así. Media hora más tarde, Smith tomó el relevo y se prometió no soltar más los mandos. Luego, sobre Saint-Lô, encontraron demasiadas nubes y se dieron la vuelta.

Mientras volaban rumbo a casa, Smith le dijo al copiloto que él se encargaría de pilotar y que se limitase a vigilar los indicadores de presión del combustible.

Abajo, al norte de la línea de salida de la operación, Ernie Pyle miraba desde una granja a unos setecientos metros por detrás. «Y durante las siguientes dos horas», escribió, «habría dado cada centavo, cada deseo, cada esperanza que jamás tuve, por haber estado, aunque sólo fuera otros setecientos metros más atrás[669]». También estaban mirando Bradley, Quesada, Collins y otros generales y altos oficiales de Estado Mayor. «Nos sentamos en un pequeño café medio destruido en combates anteriores», escribió Collins, «que había junto al puesto de mando. De las ventanas abiertas colgaban cortinas de encaje almidonado[670]». Los primeros en volar sobre ellos fueron los cazas, trescientos cincuenta en total, que rugieron volando en paralelo y lanzando bombas sobre objetivos bastante específicos con lo que parecía una precisión letal. Pyle los vio descender en grupos, mientras

estallaban las bombas, repiqueteaban las ametralladoras, y los motores chillaban y silbaban. «Todo era veloz y trepidante», señaló Pyle, «pero muy nítido[671]». Luego percibieron un rumor creciente, un sonido profundo que parecía llenar la atmósfera.

Eran los bombarderos pesados. Se habían colocado enormes franjas de tela de colores en el suelo para indicar el límite antes del cual no debían bombardear.

—¡Dios mío, mira cómo corren los alemanes! — exclamó el copiloto de Smitty Smith[672].

Smith le dio un golpe con el dorso de la mano.

—¡Vigila los malditos indicadores! — le ordenó.

Eran el último avión de un elemento de tres aviones, de la última escuadrilla, del último escuadrón, del último grupo, sin duda, la posición más solitaria y vulnerable en cualquier formación de bombarderos cuando se dejaban caer las bombas, cosa que ahora estaban haciendo. Cuando el avión líder de su escuadrón hizo un ajuste para evitar las bombas que se le venían encima, también lo hizo su compañero de ala, por lo que Smith tuvo que virar abruptamente para evitar que le cayeran las bombas encima.

«Y aunque no nos alcanzó ni una sola bomba», escribió, «terminamos a menos de mil pies sobre el suelo y, naturalmente, tan lejos del grupo como pude[673]». Tras lanzar sus propias bombas, Smith viró de nuevo rumbo a casa: su papel en el gran bombardeo había terminado.

Pyle observó los bombarderos desde el suelo. Parecían lentos, inquebrantables.

«Nunca he conocido una tormenta, ni una máquina», escribió, «ni ninguna fuerza de voluntad humana con semejante aura de espantosa implacabilidad[674]». A su alrededor se habían congregado otros, que habían salido de sus trincheras para ver el espectáculo, a pesar de que se les había ordenado permanecer en ellas. Entre los que salieron a contemplar el bombardeo se encontraban el subteniente Richard Blackburn y algunos de sus hombres del 121.er de Infantería, que debían atacar ese día con el resto de la 8.ª

División. Al principio, las bombas se lanzaron de forma muy precisa, pero el viento comenzó a empujar el humo hacia el norte, hacia las líneas estadounidenses. Con tantas explosiones, arena y polvo, las líneas marcadas en el suelo con tela de colores pronto resultaron imposibles de ver. Pyle se había quedado hipnotizado por el increíble espectáculo de fuego y ruido, pero luego vio, como también apreciaron los demás con un repentino y creciente horror, que las bombas estaban empezando a caer cada vez más cerca. Los hombres estaban ya escondiéndose en sus trincheras cuando las bombas comenzaron a explotar a su alrededor. «Había oído no pocas explosiones de proyectiles de artillería y bombas», señaló Blackburn, «pero nada que pudiera compararse con este aluvión de bombas[675]». Se zambulló en una angosta trinchera, recitando con desesperación el Salmo 23. No muy lejos, Ernie Pyle encontró un cobertizo con carros, se lanzó al suelo y luego se retorció como una anguila para meterse debajo de uno. «La

sensación de las explosiones fue tremenda», escribió [676] . «El aire nos golpeaba con cientos de constantes aleteos. Nuestros oídos tamborileaban y pitaban. Notábamos pequeñas y rápidas ondas expansivas en el pecho y en los ojos».

Seguro más atrás, aunque también observando, estaba Tom Bowles, quien, junto con el resto de la Big Red One, se había trasladado desde Caumont después de seis semanas allí sin grandes incidentes, y ahora estaba en reserva y preparado para el ataque sobre Coutances. «Nunca había visto tanto polvo», dijo Bowles [677] . «Había tal saturación que no se veía nada». El teniente Orion Shockley se había dado cuenta de lo que estaba sucediendo un poco antes que otros, y había ordenado a sus hombres que retrocedieran un poco más una vez hubo comenzado el bombardeo, si bien ni siquiera así pudo evitar que algunos de ellos resultasen heridos. Luego, después de que los bombarderos pesados se fueran, llegó el momento de los bombarderos medios. Cuando llegaron los B-26, desde su refugio, Shockley vio al general Leslie McNair, el comandante de las Fuerzas Terrestres del Ejército, que estaba en Normandía en una gira de inspección, a unos ciento cincuenta metros de distancia. Las bombas empezaron a caer, con grandes estallidos y destrozando el suelo; el lugar donde había estado McNair quedó cubierto de humo y polvo. Era el general estadounidense de mayor rango que había muerto en la guerra hasta entonces. Otros ciento diez estadounidenses más murieron en el bombardeo, y otros cuatrocientos noventa resultaron heridos.

Cuando el bombardeo se reanudó, el general Fritz Bayerlein pensó honestamente que había llegado su hora. Había luchado en el norte de África, en el frente oriental y en Francia, pero nada lo había preparado para esto. «Los tres días de St.-Lô», dijo, «fueron los peores que he experimentado [678] ». Todo lo que había antes parecía haberse desvanecido. Todas las comunicaciones con el mundo exterior habían sido destruidas.

En la línea del frente, las bajas fueron considerables: unos mil hombres, veinticinco tanques y diez cañones de asalto, que equivalían a dos tercios de toda su fuerza de combate, así como todo un regimiento de *Fallschirmjäger*, que fue aniquilado a efectos prácticos. «Todo el entorno parecía un paisaje lunar», dijo, «todo estaba quemado y destruido. Imposible traer un vehículo o recuperar los dañados. Los supervivientes estaban como si hubieran perdido el juicio y no servían para nada». En efecto, así era.

Los hombres deambulaban trastornados. Literalmente, la experiencia los había hecho enloquecer.

El *Hauptmann* Helmut Ritgen tenía previsto trasladar su batallón panzer a la reserva el día 24, pero eso se había pospuesto veinticuatro horas, lo que significaba que él y sus Mk IV supervivientes aún tenían su base en Saint-Gilles, un kilómetro y medio más allá

de la zona de bombardeo, así que, cuando empezaron a caer las bombas, sus hombres y él se refugiaron en la casa de campo que utilizaban como puesto de mando. Aunque murieron varias vacas y la metralla parecía llover sobre ellos sin cesar, una vez que los bombarderos se marcharon, se sacudieron el polvo y comprobaron con alivio que sus panzer, aunque un poco perjudicados, seguían enteros.

Cuando se marcharon los bombarderos, la infantería estadounidense comenzó a avanzar, abriéndose camino a través del paisaje lleno de cicatrices. Aunque el 47.º

Regimiento del teniente Orion Shockley fue uno de los más afectados por el bombardeo estadounidense, no murió ninguno de sus hombres de la Compañía B. Sin embargo, el 3.er Batallón fue tan drásticamente arrasado que el 1.er Batallón tuvo que pasar a la vanguardia para cortar la carretera, y eso significaba que la Compañía B estaba ahora en la punta de lanza del ataque Cobra. Cruzaron la carretera, moviéndose con precaución.

Había muertos alemanes por doquier, al igual que heridos, la mayoría de los cuales se rindieron enseguida. Shockley notó que varios de ellos sangraban por la nariz, los oídos y la boca. Luego, los atacantes fueron objeto de los intensos disparos de los tanques de Ritgen y de la artillería alemana superviviente. Había una furia e intensidad en los disparos que no se parecía a nada que Shockley hubiera experimentado. «Shock, si sobrevivimos a este bombardeo», le dijo el teniente Klauz, su oficial ejecutivo, mientras estaban acurrucados los dos en el cráter de una bomba, «creo que saldremos vivos de esta guerra [679] ».

En el centro, la 8.ª División también se puso en marcha. El subteniente Richard Blackburn y sus hombres cruzaron la carretera y avanzaron con cautela a través del paisaje marcado por la batalla. Tampoco había perdido a ningún hombre, pero la muerte del general McNair y el cauteloso avance de la infantería provocaron que, al anochecer, cundiera un aire de profunda decepción entre el alto mando estadounidense.

Eisenhower, por ejemplo, renegaba del uso que se había hecho de las fuerzas aéreas estratégicas. «No creo que puedan usarse en apoyo de

las tropas terrestres», se quejó a uno de los ayudantes de Bradley [680] . «Ése es un trabajo de artillería. Les di luz verde esta vez, pero ha sido la última».

A la mañana siguiente, miércoles 26 de julio, el fracaso de Cobra pareció confirmarse aún más. Daba la impresión de que los alemanes se habían recuperado. El fuego de artillería y morteros casi había paralizado a las tres divisiones de infantería, que seguían avanzando muy lentamente. La preocupación era que pronto quedaran empantanadas por completo en combates de desgaste por ínfimas ganancias, y que los germanos recuperaran de alguna forma el equilibrio. Sin embargo, Collins, en tanto que comandante del cuerpo, estimaba que los alemanes todavía debían de estar sufriendo las consecuencias del bombardeo y el ataque del día anterior. «Mi sensación era que sus

comunicaciones y estructura de mando», escribió, «estaban mucho más dañadas de lo que nuestras tropas percibían [681] ». Tenía toda la razón; reinaba el caos. Bayerlein no podía comunicarse con nadie excepto a pie; no disponía de ningún medio de contacto con Von Choltitz o Hausser y no tenía una idea real de los objetivos o intenciones del enemigo. La brecha ahora estaba, después de todo, al alcance de los estadounidenses.

Con esto en mente, a última hora del martes 25 de julio, Collins había ordenado a sus blindados entrar en acción. La infantería montada de la Big Red One atacaría con fuerza Coutances esa mañana del miércoles 26 de julio, junto al Mando de Combate B

de la 3.ª División Acorazada, mientras que el 22.º de Infantería de la 4.ª División debía montar en la 2.ª División Acorazada y unirse a ella en un ataque hacia el sur. Lo que Collins quería era que la infantería montada y los blindados atacasen con contundencia y rapidez. Entre los que ahora rugían hacia el sur se encontraban Carl Rambo y los tanques del 70º Batallón de Tanques, que usaban excavadoras y rinocerontes para atravesar los setos, y también el teniente John Rogers y el 67.º Regimiento de Tanques, que avanzaban con los hombres del 22.º de Infantería sentados en la parte de atrás de sus Sherman.

Ese miércoles también fue el primer día del sistema de Cobertura de la Columna Blindada de Quesada, así que Rogers tenía un piloto con él a bordo de su tanque. Más tarde ese día, cuando el VII Cuerpo se topó en su avance con los blindados que había improvisado la *PanzerLehr*, llamaron rápidamente a los P-47 para que descendieran, y pronto

detuvieron a los panzer en seco. «Realmente funcionó de maravilla», dijo Rogers [682] . «Era constante, constante, constante; una escuadrilla tras otra». Saint-Gilles, donde Helmut Ritgen había tenido su puesto de mando, fue ocupado, y Canisy también. Los cazas volaban sobre ellos todo el rato, ofreciendo una cobertura constante.

«Teníamos letras de identificación y códigos para llamarlos directamente a su radio», recordó el teniente Archie Maltbie, que todavía volaba con el 388.º «Hell Hawks», «y nuestro piloto en tierra nos llamaba cuando quería y nos decía: "Escuchad, hay algunos tanques en ese bosque de ahí, dispararemos un proyectil rosa al lugar y así podréis bajar y destruirlos" [683] ». En otras ocasiones, se llamaba a los aviones al encontrar una posición de bloqueo en una carretera o algún otro objetivo específico.

«Todo el mundo está encantado con la rapidez de sus movimientos», apuntó Chet Hansen el jueves 27 de julio. «La 2.ª Acorazada avanzó como punta de lanza hacia el sur, cubriendo grandes distancias, mientras que la 3.ª Acorazada irrumpió por la carretera hacia Coutances, amenazando con envolver a los alemanes por detrás y confundiéndolos con sus movimientos [684] ». Ese día, Bradley emitió nuevas órdenes.

Habría un avance general hacia Avranches, la bisagra hacia Bretaña. Después de las

decepciones del principio de Cobra, parecía que por fin la presa había reventado. Ésta era la brecha que los Aliados habían estado esperando.

Era el principio del fin de la campaña de Normandía.

Capítulo 32

Bluecoat

El mismo día que Cobra, el martes 25 de julio, el Primer Ejército canadiense, que recién acababa de estar en condiciones de entrar en combate, lanzó la operación Spring utilizando la infantería del II Cuerpo, y con el apoyo de los blindados de las divisiones 7.ª Acorazada y de Guardias británicas, para atacar hacia el sur desde Caen. En el mapa, se enfrentaban a siete divisiones enemigas alineadas al sur de esa ciudad, de las cuales cinco eran divisiones panzer: la 116. *PanzerDivision*, ahora casi a plena capacidad, había llegado a Normandía, aunque todavía no estaba en el frente. Sin embargo, justo frente a los canadienses había sólo dos divisiones, una era una unidad de infantería de baja calidad y la otra, la 1. *SS-Panzer*, estaba menos

desgastada que algunas otras. En labores de defensa, y bien atrincheradas, eran todavía un obstáculo temible, por lo que el ataque inicial de los canadienses avanzó poco. El teniente general Guy Simonds, el comandante del II Cuerpo, llegó a las lágrimas por el fracaso de Spring, pero Montgomery nunca había contemplado la operación como mucho más que un movimiento de contención, y eso fue lo que acabó siendo. Ahora, en cambio, se centró en cómo apoyar mejor el avance estadounidense. Spring había demostrado que la mayor parte de los blindados alemanes que habían sobrevivido estaban en la zona al sur y sureste de Caen, mientras que la línea enemiga parecía más débil hacia el oeste, alrededor de Caumont, ahora en manos de la 15.ª División Escocesa.

Fue Dempsey quien ideó el plan para un avance desde el área de Caumont hacia Mont Pinçon, el punto más alto de Normandía. Este objetivo se le asignaría al XXX

Cuerpo, bajo el mando del teniente general Gerard Bucknall, mientras que en su flanco izquierdo estaría el VIII Cuerpo del general Dick O'Connor, recuperado de Goodwood.

Después de haber pasado gran parte de la campaña luchando en el terreno abierto alrededor de Caen, se dirigirían hacia las colinas y el denso *bocage* de lo que se conocía como «la Suiza normanda». Los blindados británicos no habían adoptado la idea de los cortasetos y las palas excavadoras (no habían tenido necesidad), pero ahora se dirigían al sur, hacia el tipo de terreno que tantos problemas había causado a los estadounidenses en Cotentin y antes de Saint-Lô. Pero era un desafío ineludible. Allí, mantenían la línea alemana divisiones de infantería y elementos de la 10. *SS-Panzer*; con lo que, sin duda, se trataba de una sección más débil de la línea enemiga y con los alemanes tambaleándose en el oeste, este plan, la operación Bluecoat, parecía la mejor oportunidad de capitalizar el éxito del Primer Ejército de Estados Unidos y,

posiblemente, de flanquear al grupo de divisiones blindadas alemanas al sur de Caen.

Bluecoat se lanzaría el 30 de julio.

En la mitad occidental del frente, los alemanes estaban retirándose en masa y los estadounidenses iban penetrando con vigor por la brecha en la presa. El 26 de julio, Hausser ya tenía claro que su frente se desmoronaba. Marigny, a veinte kilómetros al sur de la línea de salida de Cobra, cayó ante la Big Red One y la 3.ª Acorazada, mientras que la

2.ª Acorazada avanzó once kilómetros. En el flanco izquierdo alemán, el VIII Cuerpo estadounidense también comenzó su avance hacia el sur y tomó las ruinas de Périers. «Las alas central e izquierda», registró Hausser, «tenían que ser retiradas [685] . La

única dificultad que quedaba era obtener permiso del Grupo de Ejércitos». Incluso Von Kluge, sin embargo, se dio cuenta de que, a menos que estas fuerzas, que incluían no sólo a la 17. SS, sino también a la relativamente intacta 2. SS «Das Reich», se replegaran con urgencia, todas serían embolsadas y aniquiladas.

La noticia del hundimiento del frente a su derecha llegó al *Pionier-Bataillon* de la 17.

SS poco después de las 9 de esa mañana y a las 4.45 de la tarde ya habían recibido la orden de retirarse hacia el sur lo más rápido posible y dirigirse a Roncey, a unos treinta kilómetros de distancia, al sureste de Coutances. «Imposible debido a la acción del enemigo», anotó Willi Müller en su diario, pero a las 9.20 de la noche ya habían logrado retirarse [686] . «Disolviéndonos sin acción del enemigo», escribió a las 3 de la mañana del día siguiente, 27 de julio. También retrocedió el *Hauptmann* Helmut Ritgen, cuyo batallón acorazado estaba ahora adscrito al *Panzergrenadier-Lehr-Regiment* 901. Todas las vías de retirada parecían patrulladas por Thunderbolt. «Uno tenía que jugar a la ruleta rusa», señaló Ritgen, «intentando burlar a los pilotos mientras recuperaban altura tras haber descendido para atacar [687] ». Sin embargo, ese sistema no funcionó por mucho tiempo. Primero perdieron todas las comunicaciones por radio, luego su panzer fue alcanzado y tuvo que abandonarlo, aunque su tripulación se salvó. Siguieron a pie hacia el sur y, aunque vieron tanques estadounidenses más adelante, lograron esquivarlos y escapar.

Willi Müller y sus camaradas pioneros también marchaban a pie, y ya no podían moverse sólo de noche; si llegaban aviones, saltaban a las cunetas o corrían hacia el refugio más cercano, ya fuera un seto o un bosque. A las 8 de la tarde llegaron al pueblo de Belval, a unos pocos kilómetros al este de Coutances. A las 8.22, recibieron la orden de contactar al *3. SS-Panzer-Regiment*, de la «Das Reich». Dos de sus Panther estaban a sólo un kilómetro de distancia y otros cuatro, un poco más allá, pero no pudieron localizarlos, así que siguieron adelante. A las 5 de la mañana del día siguiente, viernes

28 de julio, se les dijo que se dirigieran a Cerisy-la-Salle para intentar unirse a los hombres de la «Das Reich». A las 9 de la mañana llegaron finalmente al puesto de mando del *Panzer-Regiment* 3, donde

encontraron los Panther. Al menos ahora tenían algo en lo que montar y podrían dejar de marchar a pie.

Los perseguía la 9.ª División estadounidense. Aunque ésta iba por detrás de las principales puntas de lanza de los blindados, el teniente Shockley y sus tropas todavía tuvieron que combatir contra unidades de retaguardia enemigas y que detenerse para ponerse a cubierto de los bombardeos de la artillería alemana. Más al oeste, el teniente Richard Blackburn y los hombres de la 8.ª División de Infantería llegaron a Coutances el 28 de julio, aunque demasiado tarde para embolsar las divisiones de las SS y los restos de infantería alemana. Debido a la rapidez del avance, encontraron algunas de las ciudades por las que pasaron prácticamente intactas y otras completamente destruidas.

En algunas zonas le resultó difícil caminar entre tantos cadáveres en descomposición de soldados y caballos. «Había decenas y decenas de soldados de la *Wehrmacht* muertos por todas partes», escribió, «con la piel teñida, por efecto de la muerte, de un color verde enfermizo [688] ». Y no sólo los muertos habían sido dejados atrás en Coutances: los estadounidenses también encontraron allí 66 tanques, 204 vehículos y 11 cañones completamente destrozados y quemados, así como 56 tanques y 55 vehículos abandonados. Fue un botín considerable.

Avranches cayó el 27 de julio. Al día siguiente, el comandante de la 2. SS «Das Reich», el *Obersturmbannführer* Christian Tychsen, murió en un tiroteo con tropas estadounidenses, mientras que el *Obergruppenführer* Hausser, el comandante del cuerpo, fue blanco de fuego enemigo y tuvo que arrojarse a una zanja para escapar. Von Kluge culpó a Hausser del colapso, pero no pudo — o no se atrevió — a despedir a un general de las SS, por lo que en su lugar despidió a Max Pemsel, el jefe de Estado Mayor de Hausser, y relevó a Von Choltitz, comandante del LXXXIV. *Korps*, y lo reemplazó por el *Generalleutnant* Otto Elfeldt. Ninguno de estos cambios de mando aportó absolutamente nada, porque, de repente, estos recién llegados, que no estaban familiarizados con el terreno, la situación o las unidades involucradas, se vieron arrojados a una situación de caos total con la idea de que tomaran las riendas de inmediato y consiguieran resultados, lo que era una tarea imposible. Lo cierto es que los alemanes funcionaban cada vez más de esa manera y realizaron una cantidad asombrosa de cambios en los mandos militares de Normandía. Por el contrario, los aliados se beneficiaron claramente de la continuidad de los mandos que dirigían su campaña. No es que los Aliados no despidieran nunca, pero lo hacían en muy

contadas ocasiones.

Ese viernes 28 de julio, Helmut Ritgen había llegado a salvo a Saint-Denis-le-Gast.

Había perdido todos sus panzer, al igual que se habían perdido la mayoría de blindados de toda la *PanzerLehr*. Sin embargo, ahora tenía una motocicleta con sidecar, que compartía con su mensajero, y se dirigían en ella a ver a Bayerlein en una conferencia de comandantes cuando los Thunderbolt se abalanzaron sobre ellos. Era demasiado tarde para desmontar, así que giraron bruscamente a la izquierda y esquivaron en el último momento, y por sólo unos centímetros, las balas de los Thunderbolt.

Para el sábado 29, Willi Müller y su *Pionier-Bataillon* viajaban subidos en tanques Panther en dirección sur hacia Saint-Denis-le-Gast desde Roncey. Entonces les llegó la noticia de que ellos y el resto del LXXXIV. *Korps* habían sido rodeados.

Desesperadamente, la columna de Müller trató de encontrar una ruta para huir; parecía que había un camino que todavía no se había cortado y que conducía a Saint-Denis-le-Gast. Poco después, sin embargo, Müller vio a los *Jabos* atacar por delante de ellos un cruce a las afueras de una aldea, con los motores aullando mientras se cernían desde el cielo. «Nos horrorizó», escribió. «También nosotros teníamos que cruzar esta intersección [689] ». Los salvó la meteorología. Poco después, las nubes se espesaron y empezó a llover; de repente, los *Jabos* desaparecieron y Müller y sus compañeros siguieron adelante, hasta el cruce y luego más allá, dejando atrás el cerco. Otros, sin embargo, no tuvieron tanta suerte. En su desesperación por huir de la bolsa, algunos vehículos motorizados y otros tirados por caballos provocaron un atasco de cinco kilómetros. Al principio, sólo un grupo de cazas atacó a esta multitud de vehículos, pero, en cuanto el general Quesada se enteró de lo que sucedía, envió muchos más. En total, otros cien tanques, doscientos cincuenta vehículos y otros carros tirados por caballos quedaron en llamas. Fue un infierno para el 7. *Armee* alemán, que se desintegraba rápidamente. Ninguna de sus divisiones ascendía ahora más que a un mero *Kampfgruppe*.

Ese mismo día, el *Hauptmann* Alexander Hartdegen, ayudante del general Bayerlein, fue capturado y llevado a ver al general Bradley. Habló con bastante franqueza sobre los problemas de Rommel para utilizar los panzer y sobre cómo debían haberse situado antes de la invasión. También habló de la orden del *Führer* de defender cada centímetro.

«El general Bayerlein y Rommel creían que eso era enviar inútilmente a los soldados a la muerte», escribió Hansen en su apresurada transcripción del testimonio de Hartdegen[690]. «Resentido por Stalingrado y el Cáucaso, resentido con las SS por su precedencia en los refuerzos y en la selección de oficiales», Hartdegen también les dijo que odiaba a Hitler y que haría cualquier cosa para terminar la guerra con rapidez.

«Sentía que Hitler estaba suicidándose y arrastrando consigo al pueblo alemán», registró Hansen[691]. Lo llevaron afuera y le mostraron un parque lleno de camiones,

tanques y montañas de equipo. Hartdegen se derrumbó y se echó a llorar. «Ojalá nosotros hubiéramos tenido todo esto», dijo[692].

Más tarde, Eisenhower se presentó en el cuartel general de Bradley. Estaba eufórico y aliviado, y bromeó diciendo que, si estaban en París para el cumpleaños de Chet Hansen en octubre, se harían con el hotel más grande de la ciudad y celebrarían la mayor fiesta del mundo hasta que todos estuvieran borrachos como cubas. Era ese tipo de día, uno de ésos en los que hasta el comandante supremo estaba tan embriagado por la emoción que se dejaba llevar y hacía promesas imprudentes. Después de dejar a Ike en el aeródromo, Hansen regresó para reunirse con Bradley y su adjunto, el general Courtney Hodges, para cenar un bistec mientras marcaban en los mapas los últimos avances, que ahora ascendían a unos cincuenta kilómetros. «Estábamos ansiosos», agregó Hansen, «por recibir buenas noticias desde el frente[693]».

El domingo 30 de julio, el subteniente Richard Blackburn se alegró de asistir a un breve servicio religioso oficiado por el capellán en un huerto. La mayor parte de la compañía acudió sin que fuera necesario insistir. Llovía, como había estado lloviendo intermitentemente los últimos días, pero luego, de repente, en mitad de sus oraciones, las nubes se abrieron y dejaron pasar grandes rayos de sol. Ese día, el 121.er Regimiento de Infantería del subteniente Blackburn disfrutó de una pausa, pero los blindados prosiguieron su avance. A estas alturas, la *2. PanzerDivision* había llegado desde el área de Caen y la 116. *PanzerDivision* estaba en camino mientras Von Kluge trataba con desesperación de contener el hundimiento. El día 30, la 4.ª División Acorazada se apoderó de un puente clave sobre el río Selun en Pontaubault. Este puente era la puerta de acceso a Bretaña. Cuando julio llegó a su fin, los alemanes se tambaleaban peligrosamente, la mayor parte de los blindados del *7. Armee* habían sido destruidos, veinte mil de sus hombres eran ahora prisioneros y otros muchos

estaban muertos o heridos.

Era el momento de que el Tercer Ejército de Patton entrase en la batalla y, con él, se activó el 12.º Grupo de Ejércitos de Estados Unidos, con Bradley como comandante.

Esto significó que, desde el martes 1 de agosto, Montgomery ya no era comandante en jefe de todas las fuerzas terrestres aliadas, sino que, como siempre se había planeado, se hizo cargo sólo del 21.er Grupo de Ejércitos, lo que lo ponía al mismo nivel, en lugar de por encima, de Bradley. Puede que el Día D hubiera sido una operación predominantemente británica, pero la situación estaba a punto de cambiar. No sólo había entrado en acción, por primera vez, un grupo de ejércitos del Ejército de Estados Unidos, sino que el número de tropas estadounidenses en Francia superaba ahora a las de los británicos y canadienses. Estados Unidos acababa de convertirse en el socio dominante de la coalición.

Más al este, los británicos habían estado planeando y preparando Bluecoat. En realidad, había sido una extraordinaria hazaña logística conseguir que el VIII Cuerpo se trasladara al área de Caumont sin ser detectado. Las unidades blindadas se habían desplazado por la noche y el símbolo del cuerpo, un caballero blanco, se había tapado con pintura. Se realizaron transmisiones de radio ficticias para engañar al enemigo, aunque, más que todas estas medidas de engaño, fue el convencimiento de Eberbach de que los británicos no serían capaces de montar un ataque blindado a través de ese terreno lo que permitió tomar a los alemanes con la guardia baja cuando finalmente se lanzó Bluecoat.

Aunque las divisiones panzer estuvieran debilitadas, se habían traído más y más unidades de infantería desde Bretaña y ahora, por fin, también desde el 15. *Armee* (unidades que habían sido retenidas por si había una segunda invasión anfibia aliada).

En la última semana de julio, había cuatro cuerpos alemanes haciendo frente a los británicos y canadienses. El terreno alrededor de Caumont, sin embargo, caía en la zona del LXXIV. *Korps* del general Erich Straube. El punto decisivo, declaró Straube a sus hombres, era la cota 309, al sur de Caumont, no el monte Pinçon, como había concluido Dempsey. Esa colina, ordenó Straube, debía defenderse a ultranza.

Entre los británicos que ahora se preparaban para el combate se encontraba el recién ascendido capitán Robert Woollcombe, ahora segundo al mando de la Compañía A, del 6.º KOSB. Después de la

colina 113, sus hombres habían agradecido la oportunidad de descansar y recuperarse en Caumont, y les había gustado especialmente ocupar las antiguas posiciones de la Big Red One, cuyos miembros, con igual gusto, les entregaron una gran cantidad de los suministros que les sobraban. «Esta inesperada abundancia», señaló Woollcombe, «cubría todo el suelo del ático de una casa de campo hasta las rodillas[694]». Entre lo que recibieron había cigarrillos, chocolate, fruta en conserva y suficiente papel higiénico para toda una brigada. Incluso había cajas de puros.

Los Rangers de Sherwood también estaban llegando, después de haber relevado también a tropas estadounidenses, en este caso al teniente John Rogers y el 67.º Batallón de Tanques. Los Rangers acababan de recibir muchos más refuerzos, tanto oficiales como reclutas; desde la invasión, ya habían perdido cuarenta comandantes de tanques, muertos o heridos. Eso suponía alrededor del ochenta por ciento del total. El 24.º de Lanceros, también de la 8.ª Brigada Blindada, había sido tan castigado que sus supervivientes se habían repartido entre otras unidades (los Rangers de Sherwood recibieron a algunos de ellos) y su lugar fue ocupado por el 13.º/18.º Húsares. Mientras tanto, el KOSB había incorporado a unos cuantos norirlandeses. Al comienzo de la

guerra, los regimientos locales estaban formados por gente de la zona. Cinco años después, tenían gente de todas partes.

El 30 de julio, después del habitual bombardeo aéreo y de artillería, ambos cuerpos iniciaron Bluecoat, avanzando desde ambos lados de Caumont. El VIII Cuerpo de Dick O'Connor, a la izquierda, vio cómo la 15.ª División Escocesa lideraba el avance. Les apoyaba la 6.ª Brigada de Guardias. O'Connor había dejado muy claro que quería la máxima y más estrecha cooperación entre infantería y tanques; iban a cruzar una zona densa y era fundamental, les dijo a sus comandantes, que trabajaran juntos. Por fortuna, se habían entrenado juntos en Inglaterra antes de la invasión, por lo que sus estados mayores y oficiales superiores no tuvieron problemas en cooperar desde el principio.

Eso ayudó mucho y, además, la cantidad de Cocodrilos y tanques con mayales para limpieza de minas que ahora formaban parte de su arsenal facilitó su avance.

Particularmente impresionante fue el ataque a la colina 309, el principal objetivo del primer día. Estaba defendida por la 326. *Infanterie-Division*, originalmente formada por veteranos del frente

oriental, pero que era otra división estática con pocos o ningún medio de transporte.

Aunque la infantería británica se vio frenada por el combate entre los setos, los Churchill siguieron adelante solos y alcanzaron la cima a las 7 de la tarde; estos tanques escalaban lomas y montículos que otros no podían y, quizá más que ningún otro carro, se adaptaban bien al combate en el *bocage*. Luego, la infantería los alcanzó y aseguró la posición durante la noche. No fue un logro menor. Ese día, murió otro general alemán, esta vez el *Leutnantgeneral* Victor von Drabich-Wächter, comandante de la 326.

Infanterie. Al día siguiente, 31 de julio, el VIII Cuerpo siguió avanzando y tomó la siguiente colina. Tres monstruosos cañones de asalto de alta velocidad Jagdpanther destruyeron once Churchill en poco tiempo, pero unos vehículos de la versión británica del cazacarros MIO, equipados con cañones de 17 libras, se unieron rápidamente a la batalla y sus mejores cañones obligaron a los Jagdpanther a retirarse.

Mientras tanto, encabezando el ataque del XXX Cuerpo estaban la 50.ª División de Northumbria (por la izquierda, en dirección a Villers-Bocage) y la 43.ª División de Wessex (por la derecha), con la 8.ª Brigada Blindada apoyándolas directamente. Stanley Christopherson, que tenía un maravilloso sentido del humor y en cuyo rostro rara vez faltaba una sonrisa, no se entendía con facilidad con el estricto general de división Ivor Thomas, el comandante de la División de Wessex, que tenía el apodo de «Carnicero», pero a quien los Rangers de Sherwood llamaban «Von Thoma», en honor al general alemán de Túnez. «Era un hombrecillo enjuto», señaló Christopherson, «con ojillos penetrantes y una nariz larga, que protegía un bigote erizado; estaba desprovisto de todo sentido del humor y era un líder duro e implacable, pero un buen soldado que,

estoy convencido, disfrutaba con el combate y las incomodidades [695] ». Desde luego, no era una descripción amable de su temperamento, pero no hacía falta que fueran amigos íntimos y, aunque quizá no se hacían muchas bromas en el puesto de mando de Thomas, había demostrado ser un comandante de división eficaz. Los de Wessex hicieron buenos progresos ese domingo en que, por una vez, el sol brilló con fuerza.

También ayudó que se hubieran entrenado en los campos estrechos y los caminos hundidos de la zona rural de Kent antes de la invasión, pues el terreno que cruzaron ahora no era muy distinto.

Cahagnes cayó el 31 de julio y, con ella, casi doscientos alemanes fueron hechos prisioneros, y otros cien murieron en combate. El 4.º de Dorset había estado en reserva, pero ese día se le asignó como objetivo capturar una cresta más allá de la población. Los de Dorset estaban listos a las 4 de la mañana, desayunaron a las 8.30 y luego atacaron, aunque no con el batallón al completo, sino que avanzaron con patrullas de combate junto al 7.º de Hampshire, una táctica que resultó muy efectiva. El sargento Walter Caines consiguió mantener abiertas las comunicaciones utilizando sólo aparatos de radio. Por la tarde, una vez obtenida la información de inteligencia de las diversas patrullas, se realizó un asalto a la cresta alrededor de las siete. «Se tomó la cresta», señaló Caines, «sin una sola baja [696] ». Se enviaron más patrullas para tratar de averiguar exactamente dónde estaba el enemigo. Regresaron con varios prisioneros.

«Todo el mundo estaba atrincherado en sus hoyos, como de costumbre», añadió Caines.

A la mañana siguiente, martes 1 de agosto, seguía haciendo un calor abrasador y siguieron sin tener apenas señales del enemigo. Caines, que consideraba que hasta entonces los alemanes habían sido un hueso duro de roer, no las tenía todas consigo.

Todo estaba muy tranquilo, demasiado tranquilo.

Ese día, sin embargo, la 7.ª División Acorazada, las Ratas del Desierto, debía pasar entre las dos divisiones de infantería y apoderarse de la ciudad de Aunay-sur-Odon, unos pocos kilómetros al sur de Villers-Bocage. Tenían órdenes que indicaban que la velocidad era clave, pero, a pesar de ello, no pudieron evitar que los ralentizasen focos de resistencia, campos de minas y los atascos que provocaba el mero hecho de que eran muchos vehículos intentando pasar por muy pocas carreteras, las cuales, además, eran demasiado angostas. Por si fuera poco, la niebla de la madrugada había reducido mucho la visibilidad y, cuando se levantó, se encontraron en una ladera expuesta donde pronto comenzaron a ser atacados por los Panzer IV del 21. *Panzer Kampfgruppe* del *Oberst* Oppeln-Bronikowski, que había sido enviado a toda prisa al rescate y ahora estaba perfectamente posicionado con el cuerpo de los tanques a cubierto y dispuesto a frenar en seco el avance británico.

Lo cierto es que parecía que las Ratas del Desierto hubieran perdido algo del atrevimiento y el entusiasmo que habían caracterizado su desempeño en la fase anterior de la guerra. Bucknall, el comandante del XXX Cuerpo, urgió ahora al general de división George Erskine,

comandante de la 7.ª División Acorazada, a que avanzara y mandara al diablo la cautela. La artillería del cuerpo, le dijo, estaba completamente a su disposición para ayudarlo. Dempsey, por su parte, estaba perdiendo la paciencia. «Me da igual si pierde todos los tanques que tiene», le dijo a Bucknall, «pero debe capturar Aunay antes de la medianoche de hoy [697] ».

No sería así. Erskine no estaba dispuesto a presionar tanto a sus hombres; tampoco sus oficiales subalternos estaban dispuestos a aceptar las potenciales bajas que requeriría el avance hasta Aunay. Las Ratas del Desierto habían entrado en acción por primera vez contra los italianos en el desierto occidental de Egipto en 1940, comandadas por el general Dick O'Connor. Habían luchado durante toda la campaña del norte de África, luego en Sicilia y también en el sur de Italia. Por supuesto, gran parte de sus soldados eran ahora distintos, pero no todos, y, para ser justos, era totalmente comprensible que este grupo de hombres sintiera que ya habían puesto bastante más que su granito de arena en esta guerra. Tanto Bradley como Montgomery habían querido que las fuerzas de invasión tuvieran una mezcla de veteranos y novatos en combate, pero tal vez no fuera una coincidencia que Collins también estuviera en esos mismos momentos preocupado por que la Gran Uno Rojo, división veterana de Túnez y Sicilia, estaba rindiendo por debajo de lo previsto y mostrando cierta falta de agresividad.

Mientras tanto, los de Wessex y la 8.ª Brigada Acorazada estaban llevando a cabo una atrevida maniobra nocturna hacia el sur por el flanco derecho de la 7.ª Acorazada para tomar el pueblo de Jurques, a unos kilómetros al sur de Cahagnes. «Fue una noche terrible», señaló Walter Caines, «las tropas fueron transportadas en tanques y continuamente se caían de los carros porque se dormían [698] ». Caines los seguía, como de costumbre, en motocicleta; la tercera de la campaña después de que las dos anteriores hubieran sido destruidas, nervioso por si los focos de resistencia enemigos abrían fuego en cualquier momento, pero también, como los soldados, totalmente agotado, por lo que le costaba mantenerse despierto mientras avanzaban a poco más de ocho kilómetros por hora.

A las 5.30 de la madrugada del día 2, la columna se detuvo a las afueras de Jurques.

Se oían disparos más adelante y se corrió la voz de que la compañía de vanguardia había encontrado resistencia. «Algunos fanáticos resistían en el mismo pueblo», escribió Caines [699] . «Nos encargamos rápidamente de aquellos insensatos, que pasaron a mejor vida».

Siguieron adelante a través del pueblo, pero al poco informaron a Caines de que

el coche de reconocimiento de transmisiones, que viajaba detrás de la compañía de vanguardia, había activado una mina y había sido destruido; el ayudante había muerto y también el operador, el cabo Penny. El oficial de transmisiones había sobrevivido, pero había sufrido quemaduras en la cara y los brazos. Para empeorar más las cosas, más allá de la aldea se encontraron con una resistencia mucho más intensa, con fuego de artillería, cañones autopropulsados y ametralladoras; como la 7.ª Acorazada, habían topado con el *Kampfgruppe* de la 21. *Panzer* del *Oberst* Oppeln-Bronikowski.

La responsabilidad de las comunicaciones del batallón ahora recaía en Caines, y justo entonces llegó la noticia de que los dos responsables de transmisiones de la Compañía B también habían muerto. Varios tanques fueron destruidos y el comandante de la Compañía D, el mayor Letson, también resultó herido de gravedad. Caines ahora tenía sólo una radio, pero no podía comunicarse con la brigada, por lo que en su lugar envió mensajeros; mientras tanto, el 4.º de Dorset y los blindados que lo acompañaban lograron avanzar y tomar el siguiente pueblo, La Bigne. Por increíble que parezca, menos de una hora y media después de que el coche de reconocimiento de transmisiones fuera destruido, llegó uno nuevo con un equipo de comunicaciones completo. Es difícil encontrar un mejor ejemplo de la magnífica logística que los británicos tenían en funcionamiento en Normandía. No era de extrañar que los aliados estuvieran ganando. Los de Dorset se atrincheraron entonces y recibieron más suministros. Los bombardeos de artillería siguieron durante la tarde y la noche mientras Caines y su agotado equipo trabajaban para instalar nuevas líneas telefónicas y reparar las destruidas por los bombardeos. Con las primeras luces de la mañana siguiente, el 3

de agosto, a todos los hombres se les dio una comida caliente, chocolate y cigarrillos, otro incentivo clave del esfuerzo británico por mantener la moral. «Estaba literalmente exhausto, tan cansado», señaló Caines, «que ni siquiera hice el menor esfuerzo por cavar como es debido [700] ». Nadie en transmisiones tenía mucho tiempo para sí mismo, ya que siempre estaban ocupados con la instalación y el mantenimiento de las líneas.

Mientras tanto, el VIII Cuerpo había corrido el peligro de adelantarse demasiado respecto al XXX Cuerpo, que tenía a su izquierda, por lo que la 15.ª Escocesa y los blindados que la acompañaban se habían detenido para que la División de Wessex los alcanzase, pero habían

aprovechado el tiempo para repeler los sucesivos contraataques en los que, como de costumbre, los alemanes se habían expuesto y sido progresivamente destruidos. Mientras tanto, la 11.ª División Acorazada, a la derecha, que se suponía que debía ofrecer únicamente apoyo en el flanco, se situó al lado de la 15.ª Escocesa sólo para que O'Connor la apremiase a avanzar. Así, a las 11 de la mañana del día siguiente, 31 de julio, tras haberse movido por la noche, cosa poco habitual, atacó el pueblo de Saint-Martin-des-Besaces. Entretanto, tuvo lugar un incidente notable. Los exploradores de reconocimiento del 2.º de Caballería de la Casa habían

estado tanteando la línea alemana, buscando huecos en las defensas. Como estaban concentrados en los combates en Saint-Martin-des-Besaces, los defensores alemanes no se dieron cuenta cuando un vehículo de exploración Dingo y un coche blindado pasaron entre ellos a toda velocidad. Comandado por el capitán Dickie Powle, el grupo de reconocimiento recorrió diez kilómetros más hasta llegar a un puente sobre el río Souleuvre, que abría una ruta potencial al pueblo de Le Bény-Bocage, que estaba tres kilómetros más allá y se encontraba en una cresta de terreno elevado que dominaba una carretera que conducía al sureste, hacia Falaise. Si podían tomar ese pueblo con rapidez, sería sin duda un gran triunfo. Con el coche blindado cubriéndolo, el Dingo aceleró y cruzó el puente. Los soldados de caballería luego despacharon al centinela y, a pesar de las dificultades de enviar transmisiones de radio a través de un terreno boscoso y ondulado como éste, al final lograron transmitir un mensaje. Pocas horas más tarde, la 11.ª Blindada avanzaba con los motores rugiendo por esa misma carretera y ascendía la cresta para tomar Le-Bény-Bocage y, desde allí, la ciudad de Vire, que estaba en la carretera principal oeste-éste hacia Falaise, por la que los estadounidenses también avanzaban en ese momento.

En cierto modo, habían tenido mucha suerte, ya que la carretera que habían tomado se encontraba en la frontera no sólo de dos divisiones alemanas, sino también entre el *Panzergruppe West* y el 7. *Armee*, pero en la confusión y el fragor de los combates no estaba claro quién llegaría a Vire primero, si los británicos o los estadounidenses.

Mientras tanto, la 15.ª Escocesa también había avanzado hacia el sur. El 6.º KOSB había entrado en acción el 1 de agosto, luciendo rosas en sus cascos para conmemorar la batalla de Minden en 1759, durante la guerra de los Siete Años. Apoyados por ocho regimientos de artillería y enjambres de Typhoon armados con cohetes, sus soldados atacaron a lo largo de la carretera principal de Avranches a Villers-Bocage, llegó a los bosques del otro lado y encontraron varios Panther destruidos y

un gran número de enemigos muertos. Fue un asalto ejemplar de armas combinadas que recordaba el tipo de coordinación y cooperación fluida que los alemanes, bajo el mando del general Guderian, habían empleado en 1940 con efecto devastador. La mayoría de los muertos, observó Woollcombe, eran reclutas sorprendentemente jóvenes, prácticamente niños, pertenecientes a la 276. *Infanterie-Division*. «Pero parecía que, a esas alturas, nos habíamos endurecido ante cualquier cosa», escribió[701]. «Caminamos entre los cuerpos de esos muchachos rubios sin apenas pensar». Luego lo enviaron en una patrulla a un bosque situado en el rincón más alejado del estrecho valle para ver si quedaba algún enemigo vivo. Sólo encontró muertos.

El progreso ese día, el 1 de agosto, no fue tan espectacular como en los dos días anteriores, con la diferencia de que ahora todo el frente alemán estaba en peligro de hundirse por completo. Puesto que la mayor amenaza era todavía que los británicos y

canadienses abrieran una brecha en la mitad oriental del frente, Von Kluge ordenó ahora que el II. *SS-Panzerkorps* fuera al sector de Caen para intentar detener el ataque de los británicos desde Caumont. El 2 de agosto, la 11.ª Acorazada logró tomar y mantener la siguiente línea de colinas, la cresta de Perriers, que dominaba la carretera principal Vire-Falaise. Durante los días siguientes, las divisiones 9 y 10. *SS-Panzer* intentaron desesperadamente empujar a los británicos hacia atrás, pero fue en vano. El general Pip Roberts estaba siguiendo uno de los dichos de Joe Collins: ve siempre a por el terreno elevado y no lo sueltes.

Un poco más al este, la 15.ª Escocesa seguía avanzando hacia el sur, y ahora se enfrentaba a la 2. *SS-Panzer*. El resto de la 21. *Panzer*, mientras tanto, también había sido trasladada hasta allí desde la zona de Caen y estaba a su derecha. Esto significaba que ahora había cuatro divisiones panzer enfrentando el ataque del VIII Cuerpo. En el extremo derecho, a la 2.ª División de Voluntarios de Northamptonshire se le había encomendado la nada envidiable tarea de cerrar la brecha entre el VIII Cuerpo y los estadounidenses a su derecha. Ninguno de los Voluntarios estaba contento por tener que operar sin respaldo de infantería, aunque al principio la misión era factible, ya que la brecha era estrecha y estaban cerca del resto de unidades que atacaban hacia el sur.

Para el 2 de agosto, no obstante, la brecha se había ensanchado y cubrían un área de aproximadamente once kilómetros de ancho, de modo que sus escuadrones estaban desplegados preocupantemente

lejos unos de otros. Por si fuera poco, estaban en terreno de *bocage*. «Incluso en una tropa de tres tanques», señaló Reg Spittles, que acababa de volver del hospital, «los tanques se perdían de vista unos a otros y tenían que fiarse del contacto por radio [702] ». Esto era buscarse problemas y, efectivamente, los encontraron. Para el día siguiente, los reforzados alemanes ya se habían dado cuenta de que los Voluntarios de Northamptonshire estaban en el umbral de su puerta y, por lo tanto, contraatacaron con panzer y granaderos. El Escuadrón B perdió seis tanques ese primer día, pero al caer la noche, a todo el 4.º Batallón le quedaban sólo catorce tanques.

El 4 de agosto, la 50.ª División tomó Villers-Bocage, completamente en ruinas desde que los tanques de vanguardia de las Ratas del Desierto habían entrado en la población temprano aquella mañana de junio. El mismo día 4, el 6.º KOSB volvió a la acción. Hacía un calor abrasador cuando atacaron la vertiente de sotavento de una cresta cerca de Montchauvet, donde toparon con una resistencia cada vez más fuerte. Se encontraron con el aullido de los Nebelwerfer, y el fuego de mortero y los tanques de los Guardias Galeses toparon con Tiger. Al anochecer, el capitán Robert Woollcombe observó cómo toda la cresta estaba en llamas, con los pajares, granjas y setos ardiendo con furia. «Una profusión de Nebelwerfer gemía sobre la escena», escribió, «y la Compañía A no pudo capturar su objetivo por la simple razón de que estaba ardiendo [703] ». Por fortuna para

ellos, la mañana siguiente llegó el resto de la división y, gracias a tener más Cocodrilos, pudieron tomar la cresta y seguir avanzando más allá.

Más al este, Dempsey finalmente se había hartado de Bucknall y Erskine, y los había despedido a ambos. Fue decisión de Dempsey, no de Montgomery, como se suele afirmar, pero contó con el respaldo de Monty. También fue la decisión correcta, porque, si bien es mucho mejor no despedir a los comandantes durante la batalla, en ocasiones es necesario. Por ejemplo, Collins y Bradley habían hecho cambios en la 90.ª División (dos veces, de hecho, porque el general de división Eugene Landrum, el sustituto de Mackelvie, también había sido despedido), pero no habían despedido a nadie más.

Tanto Dempsey como Montgomery tenían mucho cuidado de no presionar en exceso a sus tropas, aunque resultaba muy difícil determinar dónde estaba la frontera: si se ablandaban demasiado, la batalla se prolongaría, lo que provocaría todavía más bajas; sin embargo, si presionaban de más, podían empujar a sus hombres a una masacre, sufrir un revés grave, provocar un desplome de la moral o

algo peor. Sin embargo, en Aunay, el XXX Cuerpo no se había enfrentado durante mucho tiempo a la *21. Panzer*, pues ésta había sido reemplazada en la línea alemana por una división de infantería mal equipada. Más aún, el relevo entre ambas había dado a 7.ª Acorazada una oportunidad de oro para atacar con fuerza, que no se había aprovechado. Era esencial que Dempsey confiara en sus comandantes, y había perdido la confianza en Bucknall y Erskine.

Bucknall montó en cólera, lo que viene a confirmar que Dempsey acertó al cambiarlo, y fue sustituido por el teniente general Brian Horrocks, que había comandado un cuerpo a las órdenes de Monty en el norte de África antes de resultar herido.

Aunay finalmente cayó ante las Ratas del Desierto, aunque para entonces sólo quedaban en pie la iglesia y otro edificio, y hubo que traer ingenieros para asegurar las ruinas y despejar los escombros. Las calles estaban cubiertas de cadáveres alemanes, pero, mientras se retiraba, el enemigo había sembrado el lugar de trampas explosivas y minas, algo en lo que los alemanes se habían vuelto diabólicamente buenos en Italia; era una forma muy eficaz de frenar el avance aliado. Mientras tanto, un poco hacia el oeste, el 4.º de Dorset fue llamado al frente la mañana del 4, para atacar y tomar el pueblo de Ondefontaine. Toparon con una resistencia férrea. El avance de la infantería de la Compañía D se vio frenado por ametralladoras y morteros, y los bombardeos de artillería continuaron durante todo el día. Walter Caines se enfrentaba a una acuciante escasez de hombres y, por una vez, también de equipo; habían usado tanto cable desde el 30 de julio que casi no le quedaba. Era responsabilidad del cabo Harris y de él mismo mantener a todo el batallón en contacto y tenían que hacerlo mientras esquivaban los proyectiles enemigos. Harris tenía una gran abolladura en el casco que le había hecho un trozo de metralla; lo único que les ayudó a mantener la compostura fue una taza de té que les ofreció un simpático mensajero de la compañía. Más tarde, y en rápida

sucesión, un francotirador disparó a Caines y a continuación se vio obligado a pegar un gran brinco para esquivar una andanada de proyectiles y salvar su vida. «Me asusté de verdad», confesó, «probablemente porque llevaba muchísimo sin dormir. De alguna manera, sentí que debía rezar una oración, así que, tumbado en el suelo, juntando mis manos con fuerza, oré en silencio [704] ».

Al día siguiente, con el contacto con la brigada roto, lo enviaron de regreso en su motocicleta para recibir instrucciones. Debían atacar Ondefontaine de nuevo, esta vez apoyados por todo el peso de la

artillería, así como por los Rangers de Sherwood. El grupo O al que asistió Caines esa misma mañana fue lúgubre: apenas quedaban oficiales y no habían llegado reemplazos en los últimos días; las bajas en todo el batallón habían sido atroces. «La unidad había, desde luego, recibido un duro golpe», señaló Caines, «un directo a la mandíbula que nunca olvidaré, pero no estábamos desanimados, todos estábamos dispuestos a ponernos en pie y seguir boxeando [705] ».

El escuadrón A de Rangers de Sherwood del mayor John Semken lideró el ataque esa noche, pero tuvo que avanzar por la única carretera disponible — siempre una experiencia muy estresante para el tanque líder — y expuesto, en su flanco, al terreno elevado donde los alemanes tenían sus puestos de observación y sus tanques. No pudieron tomar el pueblo esa noche. Lo intentaron de nuevo a la mañana siguiente, con el 4.º de Dorset y los Rangers de Sherwood atacando juntos después de otro bombardeo de artillería pesada. El amigo de Stanley Christopherson, Peter Seleri, el comandante del Escuadrón C, resultó entremedias herido por un fragmento de mortero; no era una herida que amenazase su vida, pero significaba que, por el momento, se había perdido a otro oficial. Seleri siempre estaba alegre y Christopherson sabía que lo extrañaría mucho, aunque tal vez no echaría tanto de menos su estilo de transmisión cuando estuviera en combate. «Era dado a usar palabras largas y pesadas», escribió Christopherson. «En lugar de decir: “En el bosque frente a mí a la izquierda, tres tanques enemigos moviéndose de izquierda a derecha; voy a por ellos”, monopolizaba la radio diciendo: “Sin lugar a dudas, puedo discernir tres objetos en movimiento en ese bosque, que me dan la incuestionable impresión de parecerse a tres Tiger que semejan presentar inclinaciones hostiles. Tengo toda la intención de ofrecerles combate a la mayor brevedad”, para gran impaciencia de los demás tanques [706] ».

El ataque, sin embargo, tuvo éxito y esa mañana ocuparon las ruinas de la aldea, donde encontraron aún más alemanes muertos. «Ondefontaine», escribió Caines,

«estaba ahora en manos del Cuarto Batallador [707] ». También lo estaba el Mont Pinçon, finalmente capturado el mismo día, 6 de agosto, por los de Wessex después de una brutal lucha contra la 21. *Panzer*. Al 5.º de Wiltshire, que estaba reducido a sólo dos compañías, le quedaban sólo sesenta y tres hombres en pie al final de la tarde; fue su

batallón hermano, el 4.º de Wiltshire, quien finalmente logró ocupar la cresta con la ayuda de la acción decidida del 13.º/18º de Húsares.

Bluecoat había llegado a su fin, pero había sido un gran éxito para el Segundo Ejército, que había demostrado un nuevo nivel de brío táctico y flexibilidad, unido a una capacidad operacional del más alto calibre. Esto demostraba que se habían aprendido las duras lecciones de los dos últimos meses de feroces combates. A pesar de todas las frustraciones del alto mando aliado, ocho semanas no eran en realidad mucho tiempo, especialmente en el contexto de toda la guerra, y lo que se había logrado merece elogios mayores que los pocos que se le suelen dedicar. A principios de la segunda semana de agosto, las fuerzas aliadas en Normandía estaban al borde de una impresionante victoria. Sin embargo, esta dura batalla todavía les tenía guardada una amarga sorpresa.

Capítulo 33

Lüttich

El *Leutnant* Richard von Rosen se había perdido el ataque británico al sur de Aunay y Mont Pinçon porque justo después de haber hecho frente a Goodwood le habían dado tres días de permiso en París. A las tropas alemanas rara vez se les daba tiempo libre y casi nunca durante un gran combate, pero con la mayoría de sus tanques en el taller y sin mucho que comandar, se les dio a él y a su ayudante, el *Oberleutnant* Barkhausen, un breve permiso. Todavía estaban en París cuando el *Hauptmann* Scherf se presentó en su hotel para decirle a Von Rosen que sus panzer supervivientes habían sido asignados a la 2. *Kompanie* y que debía presentarse en el centro de entrenamiento de tropas en Mailly-le-Camp, cerca de Châlons, junto con el resto de su 3. *Kompanie* para recoger unos Tiger nuevos. Sin embargo, después de llegar a Mailly-le-Camp, resultó que sus valiosos nuevos Tiger aún no habían salido de Alemania — así iban siempre las cosas a estas alturas de la guerra — y, de hecho, no llegaron hasta el 3 de agosto.

Tampoco eran Tiger, sino Tiger II, o *Königstiger*, que era como todo el mundo los llamaba. Con más de setenta toneladas, éste era el carro de combate más pesado y ávido de combustible del mundo. Se trataba de una bestia enorme y asombrosa, destinada a una batalla que ya estaba perdida y donde escaseaban el combustible y las infraestructuras necesarios para mantener en combate a semejante monstruo.

Realmente, en esta etapa de la campaña, es difícil pensar en un arma de guerra más inútil que enviar a Normandía; si el tanque sufría una avería mecánica, no habría forma de repararlo. Para colmo, cuando los tanques llegaron por fin a Mailly, les faltaba gran parte de su equipo.

Von Rosen pensó que debería presentarse al puesto de mando del batallón para informar sobre la situación. «En este desplazamiento», apuntó, en el que pasó por la zona del Maquis Surcouf, «entré por primera vez en contacto con el movimiento de resistencia francesa, los maquis. Hubo cierto peligro, pero salí ileso[708] ».

En toda Francia, la *Résistance* estaba desempeñándose heroicamente y demostrando ser de gran ayuda para la causa aliada, pero resultaba notorio que sus esfuerzos de sabotaje eran mucho más fructíferos donde había algún tipo de dirección aliada. Las decisiones sobre dónde se brindaba apoyo variaban, pero, en su mayor parte, se centraba en áreas en las que el sabotaje se podía aplicar de manera muy efectiva para detener u obstaculizar el movimiento de las tropas enemigas. Por otro lado, también era

importante evitar que hubiera hordas de guerrilleros de la *Résistance* demasiado bien armados estorbando en la trayectoria de la brecha aliada cuando finalmente se abriera; ésta era una de las principales razones por las que el Maquis Surcouf había sido dejado de lado.

No habían recibido armas desde el Día D y estaban en graves apuros. Robert Leblanc, su atribulado líder, seguía pasando mucho tiempo yendo de un escondite a otro, mientras lidiaba con la creciente rebeldía de los miembros de su grupo. Se denunciaba y se detenía a los resistentes, y, con la misma brutalidad, Leblanc se ocupaba de quienes se sabía que los habían traicionado. Se sospechaba de una mujer,

«Madamoiselle XX014X», que era espía. La mujer había, además, respaldado a un alemán que había sido acusado de violación. «Decido que hay que colgar a esta vieja arpía», garabateó Leblanc en su diario[709] . «Primero, porque se lo merece. Segundo, porque todos en Campigny se sentirán aliviados. Y será un ejemplo para quienes se planteen denunciarnos. ¡Estamos en guerra, yo hago la guerra!». Sonaba igual que los alemanes o la Milicia. *Mademoiselle* fue asesinada el 4 de julio por siete hombres de Leblanc, que la golpearon en la cabeza con la culata de un rifle, aunque, en un principio, no con la fuerza necesaria para matarla. La mujer se revolvió y, en el forcejeo, le mordió la mano al hombre que la tenía agarrada y gritó pidiendo ayuda, pero la golpearon una y otra vez, y luego la colgaron de un árbol. El padre Deuve, sacristán de Saint-Étienne-l’Allier, acusado de denunciar a algunos miembros del Maquis Surcouf, también fue ahorcado, pero del campanario de la iglesia. Otro hombre acusado de denunciarlos en Fourmetot fue secuestrado, conducido ante el alcalde de la ciudad, golpeado públicamente y luego ahorcado en una farola

frente al ayuntamiento. Eran castigos propios de bárbaros.

Mientras tanto, aumentaban los arrestos de hombres de Leblanc, y un grupo escindido de resistentes se dedicaba a robar al prójimo en nombre del maquis. «Es la anarquía», escribió Leblanc el 6 de julio [710]. Ciertamente lo era, y no estaba claro que nada de lo que hacían ayudase a los aliados o contribuyera a liberar Francia de los opresores nazis.

La BBC había animado a la gente a manifestarse contra los alemanes el día de la Bastilla, el 14 de julio, y Leblanc obedeció diligentemente organizando un gran responso ante las tumbas de algunos de sus camaradas caídos. No obstante, tuvieron que cancelar el ataque nocturno que habían planeado, porque había demasiados alemanes en las inmediaciones, alertados, sin duda, precisamente por los actos de protesta que se habían producido al principio del día. El 3 de agosto, Leblanc estaba de nuevo en movimiento, esta vez hacia su trigésimo quinto escondite. Las noticias del frente parecían buenas, pero la vida continuaba siendo igual de dura y peligrosa, y su

Maquis Surcouf, escaso de armas y municiones, lograba poco más que generar un ambiente de violencia y desconfianza en la zona. Como demostrando este hecho, otros tres de sus mejores maquis fueron capturados y ejecutados, y otros más fueron arrestados a la mañana siguiente. «¡Pelican, Jean l'Abbé, Raspail, muertos!», escribió [711]. «¡Todos los enlaces cortados! ¡Mireille y Raymond, arrestados! ¡Qué desastre!».

Una zona en la que la resistencia sí estaba demostrando una gran efectividad era Bretaña, donde los Aliados habían concentrado muchos esfuerzos. Aquí sí habían surtido de armas a los maquis y las FFI. El equipo francés de los SAS, además, se había lanzado allí en paracaídas el Día D, mientras que el general Pierre Koenig, jefe de las FFI de Gran Bretaña, tenía su base en CGSFEA y había mantenido un contacto regular con Bradley. El nuevo comandante del 12.º Grupo de Ejércitos anunció ahora que toda la resistencia en Bretaña estaría bajo las órdenes directas del general Patton y su Tercer Ejército, y que debería llevar a cabo actividades de sabotaje y guerrilla en la región. El 3

de agosto, la BBC hizo repetidos anuncios por radio instando a las FFI y al maquis bretón a levantarse y entrar en acción. Al día siguiente, sin embargo, la otra punta de lanza blindada de Patton, la 6.ª División Acorazada, ya había acelerado y pasado por la península dejando en su estela remolinos de polvo, por lo que Koenig pidió permiso para que el comandante que había designado, el coronel Albert Eon, y su

adjunto, el coronel Passy, volaran de inmediato desde Inglaterra y saltasen en paracaídas sobre Bretaña para tomar el control de las operaciones de resistencia. Se le concedió la petición, pero con el requisito de que Eon y Passy asumieran y fueran conscientes de los riesgos que la operación entrañaba, ya que ninguno de los dos había realizado ningún entrenamiento con saltos. A pesar de esa carencia, ambos aterrizaron con éxito la noche siguiente, el 4 de agosto, al igual que otros ciento cincuenta franceses del SAS 3, que se lanzaron en paracaídas para proteger los puentes ferroviarios de Morlaix, al este de Brest. La noche del 5, diez planeadores estadounidenses aterrizaron entre Vannes y Lorient, llenos de *jeeps*, armas y municiones para las FFI, mientras que, al día siguiente, 6 de agosto, se estableció contacto con una patrulla blindada estadounidense.

Para entonces, sin embargo, la mayor parte de la península de Bretaña había sido despejada, para gran desconcierto del general Middleton, el comandante del VIII Cuerpo, que ahora formaba parte del Tercer Ejército. Desde que sus blindados se habían perdido en la distancia, Middleton había tenido poca idea de su ubicación. El 2 de agosto, se enteró de que habían pasado de largo Saint-Malo a toda velocidad, a pesar de que Middleton había ordenado que la tomasen primero, ya que le preocupaba una posición tan débil en un lugar que era la bisagra entre Normandía y Bretaña. Patton, por su parte, le había ordenado ir a toda pastilla hacia Brest, que era justo lo que había hecho la 6.ª Acorazada. Middleton ahora no podía localizar a Patton para defender ante

él que era necesaria una mayor concentración en el área de Dinard-Saint-Malo, así que sintió que tenía que apelar a Bradley.

«A algunos les preocupan más los titulares y cómo quedarán en las noticias que la solidez de sus tácticas», resopló Bradley. «No me importa si llegamos a Brest mañana o dentro de diez días. Si aislamos la península, es seguro que llegaremos antes o después.

Pero no podemos arriesgarnos a dejar una bisagra suelta [712] ». Si los alemanes ahora decidían contraatacar con tres divisiones, agregó, los harían quedar como unos idiotas.

También sería vergonzoso para Patton. Middleton sugirió que hicieran girar a la 79.ª de Infantería hacia la bisagra. A Bradley no lo hacía feliz tener que anular las órdenes de Patton, pero Middleton tenía razón: la 79.ª era la que estaba más cerca, y no había tiempo que perder. Más tarde, Bradley reprendió a su comandante del Tercer Ejército, pero Patton no se lo tomó mal. «Brad le expuso la situación

— observó Hansen —, y George se echó a reír, rodeó al viejo con el brazo y le dijo que había hecho lo correcto[713]». Por lo que ahí quedó todo. Mientras tanto, su 4.ª Acorazada se había dirigido hacia Rennes, que rodeó por completo al día siguiente.

Esta carga de caballería a la velocidad del rayo a través de Bretaña era precisamente el estilo de Patton. Su llegada a la refriega no podría haber tenido lugar en un momento más adecuado, ya que la situación era ideal para el tipo de guerra que él prefería.

«Confianza en uno mismo, velocidad y audacia» era su lema[714]. Con Bradley ahora comandando el 12.º Grupo de Ejércitos y su antiguo adjunto, el general Courtney Hodges, habiendo tomado el mando del Primer Ejército, se había producido un súbito y espectacular aumento del número de tropas estadounidenses en Francia. Entre los recién llegados había dos cuerpos enteros más, el XV y el XX, que habían estado retenidos desde mediados de julio, y también el XII Cuerpo, que actualmente estaba llegando por etapas a Normandía mientras se producía el avance hacia el sur. Por primera vez también llegaron unidades francesas: con el XII Cuerpo desembarcó la 2.ª

División Acorazada del general Philippe Leclerc, equipada con material estadounidense.

Y había más. El XIX Mando Aéreo Táctico, que había estado operando bajo el IX

TAC, comenzó a estar operativo. El segundo Cuartel General de la Fuerza Aérea Táctica de Mary Coningham cruzó el canal y se instaló en Normandía, y estaba previsto que el Cuartel General de la Novena Fuerza Aérea lo siguiese. Más hombres, más tanques, más armas, más aviones de combate, más bombarderos. El poder de la industria estadounidense, desencadenado apenas cuatro años antes tras una serie de reuniones entre el presidente Roosevelt y ciertos magnates de la industria, había transformado en un lapso casi inconcebiblemente breve al país en un coloso de la fabricación de material bélico. Fue algo sin precedentes en la historia mundial y absolutamente extraordinario.

A los alemanes les debió de parecer que las fuerzas estadounidenses eran como la cabeza de una hidra terrible; por mucho que les disparasen con los Nebelwerfer o por muchos 88 o Panther que consiguieran llevar al frente, siempre había más estadounidenses lanzándose contra ellos.

El mayor desafío, al parecer, era llevar esta inmensa cantidad de tropas y material hacia el sur, a terreno abierto, donde podrían maniobrar y dar un viraje gigante hacia el este. La mayoría de las tropas seguían desembarcando en Omaha y Utah, y luego se dirigían hacia las ruinas de Saint-Lô, Coutances y Avranches. Siendo realista, sólo se podían seguir dos rutas, y ambas convergían tanto en Coutances como en Avranches antes de dividirse de nuevo, y las dos estaban obstruidas por cadáveres de alemanes, caballos muertos, carros volcados, tanques y vehículos quemados y escombros de edificios destruidos. Por ello, se enviaron con urgencia excavadoras hacia el sur para abrir camino a través de estos restos y, una vez más, el increíble sistema logístico aliado aseguró que estas máquinas vitales, así como los ingenieros y el cuerpo de servicio necesarios para operarlas y supervisar los trabajos, estuvieran disponibles tan pronto como fueron requeridos.

Para el 1 de agosto, todos los comandantes alemanes de alto rango en Normandía tenían meridianamente claro que la batalla estaba perdida y, cuando Eberbach sugirió a Von Kluge que se retirasen de inmediato a la otra orilla del Sena, estaba haciéndose eco de los pensamientos de Hausser, Dietrich y todos los demás. Ese movimiento tenía bastante sentido. Normandía estaba claramente perdida, pero gran parte del 15. *Armee* alemán permanecía detrás del Sena, porque, hasta ahora, cuando había llegado Patton con el Tercer Ejército de Estados Unidos, los alemanes no habían comprendido que no habría invasión aliada en el Paso de Calais. Podían intentar salvar lo que fuera posible de su 7. *Armee*, con el *Panzergruppe West* protegiendo el flanco oriental mientras lo hacían. Luego, el resto de blindados del I. y *II. Panzerkorps* podrían retroceder también.

Puesto que gran parte del 15. *Armee* ya estaba detrás del Sena, esas divisiones tendrían que moverse menos, lo cual era muy beneficioso habida cuenta el dominio absoluto de los cielos por parte de los Aliados, un dominio que se hacía más evidente cada día. Dos meses de combate habían demostrado con cristalina claridad que cuanto más se movían las tropas alemanas, más daños sufrían al desplazarse de A hacia B.

El OKW rechazó totalmente este plan y, al hacerlo, reflejó, como siempre, la opinión de su *Führer* sobre el asunto. Hitler quería ganar tiempo; planeaba que la siguiente línea de defensa protegiera las fronteras occidentales de Alemania. Se había descuidado la antigua Línea Sigfrido, o *Westwall*, pero ahora se estaban realizando trabajos con apremiante urgencia para volver a ponerla en servicio. Hitler calculaba que tardaría entre seis y diez semanas en estar operativa.

Los Aliados, supuso, necesitarían puertos,

por lo que éstos debían defenderse hasta la última bala y el último hombre, y durante el mayor tiempo posible, para fijar de ese modo a las fuerzas aliadas y negarles las instalaciones portuarias mientras duraran los combates. En realidad, los aliados ya habían pensado en eso en Bretaña. El CGSFEA había considerado que los alemanes, al retirarse, destruirían las instalaciones portuarias y, por lo tanto, planeó crear un nuevo puerto en la península de Quiberon, en el sur de Bretaña. Mientras tanto, enormes cantidades de material se descargaban en el Mulberry B o llegaban en lanchas y buques de desembarco directamente a las playas de Normandía. Hasta el momento, los Aliados habían llevado a cabo toda la campaña sin utilizar ningún puerto preexistente.

Para Von Kluge, esta insistencia en mantener las «fortalezas» significaba sólo una cosa: la inevitable pérdida de entre 180 000 y 280 000 hombres, además del equipo.

Puesto que no iba a haber ninguna retirada detrás del Sena, la única alternativa eran intentar con desesperación tapar las grietas que iban surgiendo en la presa. Retiraron al II. *SS-Panzerkorps* del valle del Odón con la idea de incorporarlo al 7. *Armee*, pero entonces los británicos atacaron hacia el sur con su ofensiva Bluecoat *y* el II. *SS-Panzerkorps* tuvo que dar la vuelta e intentar detener ese avance. Ahora el sur de Caen era vulnerable, con la 12. SS como única división panzer en la zona *y* el hueco en la línea cubierto sólo con las unidades de infantería del 15. *Armee*. Y, por supuesto, todos estos movimientos de divisiones tenían que hacerse de noche y en circunstancias muy difíciles.

Y luego vino la bomba. El 2 de agosto, llegó a Von Kluge una nueva directiva de Hitler que le ordenaba contraatacar hacia Avranches, porque, aunque todas sus fuerzas en Normandía ya estaban enfrentándose al enemigo, ahora se dirigían hacia allí seis divisiones de infantería y una división panzer adicionales desde el Paso de Calais y el sur de Francia. Era discutible si iban a llegar a tiempo, aunque parecía probable que al menos tres divisiones de infantería llegaran al frente en los próximos días.

El 3 de agosto, llegó al frente el general Walter Warlimont, jefe de planificación del OKW. Una vez más, Eberbach sugirió que una retirada al Sena era el único curso de acción posible, pero Warlimont le dijo que era «políticamente insostenible y tácticamente poco práctico [715] ». Von Kluge, como Eberbach, le dijo a Warlimont que

no había ninguna posibilidad de que el contraataque que se le había ordenado lanzar tuviera éxito, sobre todo porque los Aliados controlaban los cielos. Sus protestas cayeron en saco roto. La perspectiva de Hitler no carecía del todo de lógica; después de todo, el frente de Normandía era más corto que el Sena y el río no era una línea defensiva ideal. Por otro lado, los acontecimientos avanzaban con gran rapidez y la situación cambiaba no sólo de un día a otro, sino casi a cada hora, de modo que, para el 4 de agosto, esa línea del frente en Normandía se extendía rápidamente hacia el sur y

corría el peligro de prolongarse hacia el este, como un charco de sangre bajo un hombre que ha recibido un disparo mortal. El 4 de agosto, todavía era posible retirarse al Sena utilizando la zona de Caen como pivote. Quizá al día siguiente, o tal vez dentro de dos o tres, como máximo, esa retirada fuera imposible.

Si alguna vez hubo un ejemplo perfecto de una mala decisión tomada lejos del frente basándose en un mapa bidimensional, sin tener en cuenta lo que acontecía sobre el terreno — y, lo que es más importante, en el aire —, fue éste. Con Von Kluge haciendo las veces de comandante del *Heeresgruppe* B y del OB West, ahora Hitler había asumido este último cargo en la práctica. Después del atentado, desconfiaba todavía más de sus generales de la *Wehrmacht* y se había agudizado su tendencia a la microgestión. Había tomado una decisión y no la cambiaría: Von Kluge debía reunir una fuerza blindada utilizando ocho de las nueve divisiones panzer que se encontraban en Normandía y atacar hacia el oeste, en dirección a Avranches, con el apoyo de mil cazas: toda la reserva de la *Luftwaffe*. Se bautizó el plan como operación Lüttich.

Mientras tanto, las fuerzas de Patton barrían Bretaña. Rennes fue rodeada por la 4.ª

División Acorazada el 3 de agosto, pero resultó claro que se necesitaba infantería para entrar en la ciudad, que debía aportar la 8.ª División. Ese mismo día, el teniente Richard Blackburn y su compañía se detuvieron a descansar bajo la lluvia torrencial. Lograron encontrar un cobertizo con un poco de paja y, para variar, apoyaron la cabeza en algo cómodo y seco. Estaba exhausto; todos lo estaban. En los últimos días, habían pasado por Coutances, Granville y Avranches, siguiendo un reguero de destrucción que encontraba profundamente deprimente. Una vez vio una vaca muerta colgando de la horquilla que formaban las ramas de un árbol, a unos treinta metros de altura. En otra ocasión pasó junto a un tanque alemán destruido del que pendía un tripulante calcinado. También atravesaron los restos del cerco de Roncey, donde

pasaron entre decenas de vehículos destrozados. Encontró un caballo herido que agonizaba, pataleando y sacudiéndose, así que sacó su pistola y acabó con su sufrimiento. Luego estaba el soldado alemán que echó a correr para salvar la vida, pero que, de repente perdió el equilibrio y tropezó. Un momento después lo aplastó un tanque. Los siguientes carros también le pasaron por encima hasta que no quedó más que una pulpa aplastada. «Cosas como éstas me hacían sentir como un guiñapo», señaló Blackburn [716] .

«Ver cuerpos humanos mutilados más allá de lo creíble me dejó una enorme herida en la memoria».

Al día siguiente, viernes 4 de agosto, se envió a la mitad de la 8.ª a despejar Rennes, mientras que el resto, incluido el 121.er de Infantería, hizo un descanso antes de girar

hacia Saint-Malo, la débil bisagra que tanto preocupaba a Bradley y Middleton. Para alivio de todos los hombres, y sobre todo del teniente Blackburn, se había instalado una unidad de duchas móviles y se repartieron uniformes limpios y frescos. Blackburn tiró su viejo uniforme; lo había llevado un mes seguido.

A principios de agosto, el Primer Ejército también había avanzado en profundidad hacia el sur, y el VII Cuerpo del general Joe Collins había atacado alrededor de la pequeña población de Brécy. Las órdenes del día del general Hodges, el nuevo comandante del Primer Ejército, establecieron que sus hombres giraran hacia el sureste.

La Gran Uno Rojo, y específicamente Tom Bowles y el 18.º Equipo de Combate de Infantería, acababan de tomar Villedieu, y Collins ahora urgió a los hombres de la 1.ª

División a avanzar hacia Mortain, a unos veintidós kilómetros al sur de Vire. El 3 de agosto, Collins se reunió con el general de división Clarence Huebner, el comandante de la 1.ª División, en un cruce de caminos al sur de Brécy y señaló en su mapa la colina 317, que dominaba el campo circundante.

—Ralph —dijo Collins—, asegúrate de tomar la colina 317 [717] .

—Joe, ya la tengo —respondió Huebner con una sonrisa.

Al día siguiente, se empezó a abrir un hueco entre el VII Cuerpo y el XV Cuerpo a su derecha, por lo que Collins ordenó a la Gran Uno Rojo avanzar hacia el sur y ocupar ese espacio, mientras que la 30.ª División fue desplazada a la zona para hacerse cargo del área de

Mortain. Esto dejó a la 9.ª División (ahora a su izquierda, cerca del pueblo de Saint-Pois) y a la 29.ª División (inmediatamente a su izquierda al norte, en Vire) convergiendo sobre la ciudad junto con los británicos que atacaban desde el norte como parte de Bluecoat. El 116.º Regimiento de Infantería estaba despejando de enemigos las colinas alrededor de la ciudad, tras haber tomado la aldea de Moyen el 1 de agosto.

Unos pocos días después, el 6 de agosto, se ordenó al 1.er Batallón tomar la colina 203, y el sargento Bob Slaughter tuvo la sensación de que no resultaría fácil. En cuanto se pusieron en marcha esa mañana, inmediatamente se encontraron bajo fuego de mortero y artillería y, más tarde, para empeorar las cosas, la Compañía D se dio cuenta de que debía pasar por un cruce de carreteras que la artillería alemana claramente tenía fijado en sus miras. Los hombres tenían que calcular cuánto tiempo transcurría entre disparos y luego lanzarse a cruzar, pero el problema era que cargaban equipo pesado, como ametralladoras y morteros, y correr con todo eso a cuestas no resultaba nada fácil.

El sargento Crawley cronometró bien su carrera y logró atravesar el cruce indemne, pero cincuenta metros más adelante sufrió una herida de metralla en el muslo. Bob Slaughter había cruzado tras él, pero se detuvo para ayudar a su amigo, que ya estaba

perdiendo una cantidad considerable de sangre. Después de hacerle un torniquete y darle una inyección de morfina, Slaughter se apresuró a unirse al resto de su sección mientras descendían por la rocosa orilla de un arroyo. La colina 203 estaba justo delante. Cuando por fin alcanzó al resto de los hombres, estaba sin aliento y no oyó el silbido del mortero hasta que fue demasiado tarde. Explotó a unos dos metros y medio detrás de ellos, mató a un hombre e hirió a otros dos, incluido Slaughter, quien sintió que un fragmento al rojo vivo lo alcanzaba justo encima del riñón derecho. Al principio no le dolió demasiado, pero descubrió que le costaba mantenerse en pie. Un teniente le dio unos primeros auxilios; no obstante, para entonces, Slaughter estaba en apuros. Se arrastró a la seguridad de unas rocas cerca del lecho del arroyo y permaneció allí hasta que, al anochecer, un ayudante médico llegó en *un jeep*, le trató la herida, la vendó, lo puso en una camilla sobre el capó y lo condujo al 45.º Hospital de Evacuación. El tiempo de Bob Slaughter en el frente de Normandía había terminado.

Para la operación Lüttich, Von Kluge sólo logró reunir cuatro divisiones panzer, no ocho, más los restos de la 17. SS. Esta fuerza

sería comandada por el general Hans Freiherr von Funck, que había llegado recientemente a Normandía para liderar una de las nuevas formaciones que entraban en el combate, el XLVII. *Panzerkorps*. Era un comandante panzer competente y con mucha experiencia, aunque no del agrado de sus compañeros, y habría tenido más sentido que Eberbach comandara el ataque, puesto que llevaba en Normandía más de un mes y conocía el terreno; además, todos los hombres que iban a participar en la operación habían estado en el *Panzergruppe West*, ahora rebautizado como *5.Panzerarmee*. De hecho, cuatro horas antes de que comenzara Lüttich, Hitler ordenó a Eberbach que reemplazara a Funck, aunque era muy desaconsejable hacer cambios tan tarde. Sin embargo, quizá daba igual quién estuviera al mando, ya que, a decir verdad, la operación estaba condenada al fracaso.

A lo largo de la campaña de Normandía, las tropas alemanas tendían a ser machacadas cuando atacaban, pues entonces caía sobre ellas toda la potencia de fuego aliada. El peligro para los Aliados siempre había sido un contraataque coordinado con toda la fuerza de las múltiples divisiones blindadas, armadas hasta los dientes y dotadas de tropas frescas y entusiastas, pero ese peligro se había desvanecido hacía mucho tiempo, a medida que estas divisiones de élite de la *Wehrmacht* y las SS se habían ido desgastando. La única de las divisiones de Funck que estaba en buenas condiciones era la recién llegada *116. Panzer*, pero su comandante era tan pesimista acerca de la operación que ni siquiera había preparado a sus regimientos a tiempo. En total, Funck tenía alrededor de trescientos carros para este ataque, aunque, debido a las dificultades inherentes al movimientos de tropas y al excesivamente complicado cruce de varias

unidades en carreteras estrechas, vigiladas además sin cesar por los *Jabos* durante el día, la cola logística de Lüttich era a todas luces insuficiente.

Si bien era cierto que por fin estaban fuera del alcance de los cañones navales aliados, ahora había muchas más fuerzas aéreas aliadas operando en Normandía y, con mejor tiempo y menos nubes, las unidades de Lüttich levantaban al moverse un polvo muy visible, lo que las convertía en un claro objetivo, incluso a pesar de que la operación se inició en medio de una densa bruma baja, en las primeras horas del lunes 7

de agosto. Peor todavía para los alemanes fue el hecho de que Bradley sabía que iban a atacar. Gracias al acceso a la información de Ultra, pasó el 5 de agosto leyendo las transcripciones descifradas en Bletchley Park del tráfico de radio alemán codificado con Enigma;

revelaban movimientos de tropas que parecían indicar que los germanos planeaban un contraataque. A las 2 de la tarde del día 6 se supo que atacarían hacia el oeste, y, justo antes de las 8 de la tarde, se consiguieron más detalles de la fuerza atacante. Once minutos después de la medianoche del 7 de agosto le entregaron a Bradley otro descifrado, que informaba de un ataque alemán hacia Mortain. Gracias a esta valiosa información, Bradley había traído varias divisiones por si se producía una crisis, entre ellas el XX Cuerpo del Tercer Ejército. A pesar de todo, Mortain fue enseguida ocupada por la 2. SS, aunque la posición clave de la colina 317, en terreno elevado, no lo fue. Allí se habían atrincherado los hombres del 2.º Batallón del 120.º

Regimiento de Infantería, parte de la 30.ª División de Estados Unidos, y los alemanes, que descargaron sobre ellos una infernal tormenta de fuego, no pudieron expulsarlos.

Por la tarde, cuando se despejó la niebla, la 2. *Panzer* se unió a la ofensiva más hacia el norte. Se había ordenado a la *Luftwaffe* apoyar Lüttich con todos los medios de los que dispusiera. Los mil cazas que Hitler había asignado no hicieron acto de presencia, aunque varios centenares despegaron de los aeródromos de avanzada alrededor de París. Algunos lograron hostigar las líneas de suministro estadounidenses, pero eran pocos y distantes entre sí. La mayoría fueron destruidos antes incluso de despegar, mientras que a muchos de los otros los forzaron a retirarse los cazas aliados que patrullaban la zona adyacente a Mortain. «De hecho», dijo el *Generalmajor* Rudolf-Christoph Freiherr von Gersdorff, sustituto de Pemsel como jefe de Estado Mayor del 7.

Armee, «ni un solo avión alemán alcanzó la zona de operaciones asignada [718] ».

Por la mañana, la misión del mayor Dick Turner y su escuadrón de cazas Mustang había resultado infructuosa, pero, por la tarde, los enviaron por segunda vez a buscar aeródromos alemanes u otros indicios de la *Luftwaffe*, cerca de los aeródromos que se conocían al enemigo en la zona de París. «Habíamos atacado tanto los aeródromos que más utilizaban los alemanes», señaló Turner, «que los estaban abandonando a favor de campos abiertos, carreteras o casi cualquier zona llana próxima a bosques donde

pudieran camuflarse [719] ». Después de sobrevolar Chartres se dirigió hacia el este y, tras un rato de vuelo, divisó algo en un gran campo que lindaba con el bosque en dos de sus lados. Al descender a tres mil pies vio gavillas de trigo en los campos, pero bajo ellas distinguió la

reconocible silueta de los Me 109. Mientras contaba al resto del escuadrón su descubrimiento, hizo un pase sobre uno de los 109 y abrió fuego contra él. Le alegró ver que había acertado y que el avión explotaba y ardía. «Durante los siguientes cinco minutos», escribió Turner, «le dimos un buen repaso a aquel aeródromo camuflado [720] ».

Turner no observó que abrieran fuego contra ellos desde tierra, pero, de algún modo, los alemanes alcanzaron a uno de sus hombres. El piloto logró mantener en funcionamiento su P-51 la mayor parte del trayecto de vuelta y al final saltó en paracaídas sobre una formación de tanques estadounidense, que no tuvo problema en que se subiera a uno de ellos; más tarde ese mismo día, estaba ya de regreso en su aeródromo. Sólo en aquel barrido, Turner calculó que su escuadrón y él habían destruido al menos diecinueve Messerschmitt en tierra. Había sido una buena caza y, mientras ellos abrían fuego sobre los aeródromos de la *Luftwaffe*, los Thunderbolt y los Typhoon, incluidos los P-47 del 388.º Hell Hawks — «Halcones del Infierno» —, habían atacado a las unidades panzer de vanguardia alemanas que intentaban avanzar; lo habían hecho sin oposición, puesto que la *Luftwaffe* había desaparecido como amenaza. Esto quería decir que podían cernirse una y otra vez sobre las columnas de tanques, lanzando bombas, disparando cohetes y martilleándolas con cañones y ametralladoras. “La total supremacía aérea de los Aliados”, señaló Gersdorff,

“imposibilitó que las unidades del ataque avanzaran [721] ”. Ya al mediodía, la 1. *SS-Panzer* se había detenido antes de llegar a Juvigny-le-Tertre, a unos veinticinco kilómetros al este de Avranches, por el gran número de tanques destruidos y la imposibilidad de seguir avanzando bajo el implacable castigo de los *Jabos*. Alrededor de la 1 de la tarde, se vieron obligados a abandonar las carreteras y ponerse a cubierto.

Por todas partes, el avance alemán se tambaleaba bajo el peso de los agresivos contraataques de los estadounidenses y el continuo hostigamiento desde el aire.

Cuando llegó el anochecer, el 7. *Armee* insistía en que Von Kluge tomase una decisión:

¿continuar atacando hasta que fueran aniquilados, o replegarse y retirarse? La respuesta al fin llegó en torno a las 10 de la noche, procedente de Hitler y el OKW. Debían seguir atacando y la 12. y 10. SS debían moverse para darles apoyo.

Para entonces, sin embargo, la 12. SS estaba ya inmersa en otra batalla al sur de Caen. Se acercaba el jaque mate en Normandía. Casi rodeadas, las fuerzas alemanas en Normandía se enfrentaban entonces no ya a la derrota, sino a la aniquilación.

Capítulo 34

Batalla de tanques en Saint-Aiguan

El 7 de agosto, el primer ministro británico visitó el frente y se aseguró de ir a ver al general Bradley. «Vine a decirle», le dijo Churchill mientras lo saludaba, «que creemos que lo está haciendo magníficamente [722] ». Fue un gesto amable parte y el elogio estaba del todo justificado; eran precisamente gestos como éste los que mejoraban las relaciones entre los Aliados. El primer ministro los encandiló a todos con su interés, su entusiasmo y su comprensión de la situación. «Dios mío», dijo, mirando la multitud de divisiones cuya ruta estaba ahora trazada en su mapa, «¿cómo las alimenta?». Bradley se echó a reír y explicó que habían despejado dos caminos hacia el sur y que se utilizaban las veinticuatro horas del día para abastecer el frente.

La operación Anvil, ahora rebautizada como Dragoon, estaba a punto de iniciarse en el sur de Francia; Eisenhower había insistido en ello y se había salido con la suya, aunque los nuevos éxitos en el norte de Francia eran tales que Churchill se preguntaba si todavía valía la pena el esfuerzo. «¿Por qué echar abajo la puerta trasera», le preguntó a Bradley, «cuando el ejército estadounidense ya ha abierto la principal? » [723] . También hubo una breve discusión sobre el contraataque germano, pero Hansen, que fue testigo de estas conversaciones, señaló que a nadie le preocupaba mucho. Desde luego, no había motivos para la preocupación. Lüttich no estaba sirviendo para alargar la campaña de Normandía, como esperaba Hitler, sino para acelerar su fin.

En Normandía cundía la sensación de que los británicos y canadienses no lo estaban haciendo tan bien como los estadounidenses, algo que reflejaba más la actitud hacia Montgomery que hacia las tropas británicas y canadienses a su cargo. No obstante, al margen de la antipatía que suscitara este hombre indudablemente difícil, en realidad, los británicos y los canadienses lo habían hecho bastante mejor de lo que daban a entender los avances en el mapa. En dos meses habían desgastado siete de las mejores divisiones de Alemania hasta dejarlas al borde del colapso, las habían hecho retroceder poco a poco y habían aprendido importantes lecciones a medida que avanzaban.

Ninguna otra fuerza en toda la guerra hasta el momento había logrado eso contra una concentración semejante de blindados, y con sólo tres divisiones acorazadas propias.

Sus esfuerzos no deben menospreciarse de ningún modo.

El plan ahora era terminar el trabajo de una vez por todas, atacando hacia el sur, en dirección a Falaise, una tarea que se encomendó al Primer Ejército canadiense y, más

específicamente, al II Cuerpo, al mando del general Guy Simonds, quien, después del revés de la operación Spring, estaba ansioso por demostrar su valía y la de sus hombres.

Simonds tenía sólo cuarenta y un años y, aunque había nacido en Inglaterra, sus padres se habían mudado a Canadá cuando todavía era niño. Procedente de una vieja estirpe de generales y hombres de la Compañía de las Indias Orientales, llevaba el ejército en la sangre. Artillero por formación, había estudiado en algunas academias militares en Inglaterra y Canadá y, a pesar de Spring, Montgomery lo tenía en alta estima. Brillante, imaginativo e innovador, ciertamente no era un hombre propenso a dormirse en los laureles, sino que se esforzaba de forma constante para mejorar sus tácticas, lo que dice mucho en su favor. Delgado, de ojos oscuros y bigote cuidadosamente recortado, Simonds presentaba una figura elegante. Para la operación Totalize, que es como se bautizó a la nueva ofensiva en dirección a Falaise, Simonds quería probar algo distinto.

Los hombres del 1.er Batallón de Voluntarios de Northamptonshire se enteraron de la noticia en la tarde del 7 de agosto, cuando el sol caía a plomo, fuerte y cálido. El cabo Ken Tout estaba desnudo de cintura para arriba mientras afinaba la mira del cañón de su Sherman. Durante toda la jornada habían sabido que entrarían en combate esa noche.

Un ataque nocturno formaba parte de las innovaciones tácticas de Simonds y, desde luego, un ataque nocturno con armas combinadas era algo nuevo en Normandía.

«¿De verdad cree que los alemanes seguirán dormidos con estos trastos armando jaleo por la noche?»[724], preguntó uno de los muchachos. La respuesta era no, pero Simonds esperaba que la infantería alemana, novata en la línea del frente, no supiese reaccionar a un asalto sorpresa nocturno. El teniente Bobby McColl, el comandante de la tropa de tanques, se les unió junto a sus tanques

alrededor de las 5.30 de la tarde. Todos se pusieron de pie.

«Esta vez vamos a por todas, muchachos», dijo. «De verdad. Las órdenes son sencillas. No paréis de avanzar. No dejéis de moveros. No perdáis de vista la luz trasera del tanque que va delante [725] ». Los hunos habían fortificado todos los pueblos — les dijo —. Si alguien se perdía, debía seguir las trazadoras verdes de los cañones Bofors que se dispararían sobre ellos. El coronel David Forster y los oficiales del escuadrón llegaron para dar una última reunión informativa y arengarlos. Al coronel Forster pareció costarle encontrar las palabras adecuadas; claramente odiaba la idea de enviar al combate a los jóvenes bajo su responsabilidad. «Los alemanes están ahora casi rodeados», les dijo. «Nos piden que les cerremos la puerta de salida [726] ». Reiteró que debían seguir moviéndose. El objetivo era el pueblo de Saint-Aignan-de-Cramesnil, cuyo nombre en clave era «Fly By Night» (más o menos «Fugitivo»), y se esperaba que llegarán allí a las 3 de la mañana. Forster dio unos golpecitos a la insignia plateada de la unidad que lucía en su boina negra. «Puede que nuestro pequeño caballo plateado no

parezca muy fiero», les dijo. «Pero desde luego sabe galopar por el campo. ¡Buena suerte! » [727] .

El plan era intentar atravesar la primera línea de defensa alemana la noche siguiente, para luego, al alba, consolidar lo ganado y esperar a que los bombarderos pesados abrieran una brecha a través del resto de líneas alemanas. Dos columnas de todas las armas — blindados, infantería móvil y artillería anticarro — se encargarían del asalto nocturno; la infantería montaría en semiorugas y en nuevos vehículos blindados de transporte de personal, desarrollados por los canadienses a partir de un chasis Sherman, llamados «Kangaroos», es decir, «Canguros». Entonces los blindados, incluida la División Acorazada polaca que acababa de llegar, atacarían hacia Falaise. Los avances nocturnos conllevaban muchas dificultades, pero los reflectores, las bengalas y las señales de radio ayudarían a las columnas de Forster a orientarse y abrirse camino. Una segunda oleada de infantería las seguiría y acabaría con las primeras líneas enemigas mientras las dos columnas de blindados continuaban su avance tras el bombardeo.

9.15 de la noche. «¡Conductor, enciende el motor!» [728] , dijo Snowie Snowdon, el comandante del carro de Ken Tout. Los Voluntarios de Northamptonshire y el resto de la 33.ª Brigada Blindada actuaban en conjunto con la infantería de la 51.ª División de las Tierras Altas, mientras que, al otro lado de la carretera, la 2.ª de Infantería y la 2.ª

Brigada Blindada lideraban la columna canadiense; esta vez, Charlie Martin, Bob Roberts y los hombres de la 8.ª Brigada de Infantería no iban en la punta de lanza.

Tout y sus compañeros de tripulación llevaban sus monos de tanquistas, boinas negras y varios tipos de calzado no reglamentario: las botas con clavos no servían dentro o sobre un tanque. Algunos llevaban zapatillas de lona con suela de goma; Ken Tout calzaba un par de zapatos marrones de Stead & Simpson. Los cascos, unos simples auriculares colocados sobre la boina, eran la única forma de comunicarse por encima del estruendo del motor, el cañón y el bombardeo que ya rugía a sus espaldas. Subieron la pendiente de Cormelles. Gran parte del terreno a su alrededor estaba destrozado, lleno de cráteres, pero aun así avanzaron a través de campos de maíz, siguiendo las trazadoras verdes de los cañones Bofors; entonces, de repente, pareció como si alguien hubiera pulsado el interruptor y encendido la luz. Mirando a través de su periscopio desde el interior de la torreta del Sherman, a Ken Tout le pareció algo extraño, casi inexplicable.

«Es como luz de luna artificial», dijo Snowdon. «Son los reflectores, que iluminan las nubes y estas reflejan la luz. Debiera de ayudar un poco [729] ».

Alrededor de la medianoche llegó la primera oleada de bombarderos, unos seiscientos sesenta Lancaster y Halifax que arrojaron unas cuatro toneladas de bombas cada uno, lo que asoló los campos y las aldeas en los flancos de su avance. Enormes ondas expansivas se propagaban por el suelo y sacudían el tanque tras la detonación de cada grupo de bombas. En las cercanías, la luz era extraña, tenue y arenosa, pero luego se volvía deslumbrantemente clara, allí donde los chorros de fuego se elevaban por encima de los árboles. Tout se sentó en la torreta al lado de Snowdon a contemplar el espectáculo. Vio como un tanque era indolentemente propulsado por los aires y luego caía entre los árboles. «La sensación física aquí en la torreta», escribió Tout, «es la de estar de pie en una playa durante un ciclón [730] ». Un aire cálido y maloliente se precipitó sobre ellos y les echó polvo en los ojos. Y esto era a casi mil metros de donde caían las bombas.

Dejando atrás árboles en llamas e incendios, siguieron avanzando por el destrozado, desolado y devastado paisaje lunar que había dejado Goodwood, subiendo y bajando por los cráteres, con el tanque dando tumbos, hasta que, por fin, llegaron a una zona todavía en gran parte intacta, con sus setos, caminos hundidos y campos. El combate había empezado hacia la 1 de la madrugada y, a la 1.20 Tout giró la torreta,

siguiendo las instrucciones de Snowdon, con el ojo en el telescopio y presionó con el pie el botón de disparo del cañón y luego el botón de disparo de la ametralladora coaxial. Disparó un proyectil explosivo y el cañón se sacudió, con el retroceso la recámara se precipitó hacia atrás y presionó contra los muelles para, a continuación, deslizarse hacia adelante y abrirse automáticamente, lista para otro disparo y emanando unos asfixiantes vapores de cordita. Otro disparo, y luego otro y otro, polvo, humo y tierra arremolinándose por doquier, creando una segunda oscuridad dentro de la oscuridad de la noche. Para todos los involucrados, fue profundamente confuso, caótico y cacofónico.

Hacia las 3.15 de la madrugada habían llegado a Fly By Night (Saint-Aignan-de-Cramesnil), donde el regimiento se detuvo. Tout salió de la torreta y estiró las piernas.

Antes se había tenido que esforzar para alejar de su mente las imágenes de hordas asesinas de las SS y enormes tanques Tiger, pero ahora estaba un poco más tranquilo y se puso a hablar con algunos soldados de infantería de la Guardia Negra que había por allí. «Detrás de nosotros y hacia la derecha de nuestra retaguardia, la noche estaba iluminada por la luna y centenares de destellos», señaló Tout. «Pero aquí reina un silencio sepulcral, helado. ¿Es posible que los alemanes no se hayan dado cuenta de que estamos aquí? »**[731]** .

Sí se habían dado cuenta, pero simplemente habían sido machacados por el bombardeo; la *89. Infanterie-Division*, mal adiestrada y equipada, había llegado sólo tres días antes, enviada apresuradamente desde Noruega, y ahora casi había dejado de

existir: sus hombres habían muerto, resultado heridos o capturados gracias a la acción combinada del poder aéreo, la artillería y las gigantescas columnas mecanizadas que combinaban todas las armas. Se habían tomado todos los primeros objetivos y la columna británica apenas había sufrido cuarenta bajas, los canadienses algunas más —

unas trescientas cuarenta —, pero se había logrado una penetración de seis kilómetros y medio de ancho y ocho de profundidad. La siguiente fase era consolidar estas ganancias acabando con los pequeños focos de resistencia enemiga, esperar a que los bombarderos llegaran a la 1 de la tarde y abrieran una brecha en la siguiente línea de defensa alemana, y luego hacer avanzar por la brecha a dos divisiones blindadas más, la 4.ª División Canadiense y la 1.ª Polaca.

De hecho, la primera parte de Totalize había tenido tanto éxito que, si

las dos columnas hubieran seguido avanzando, es muy posible que se hubiesen abierto paso a través de la 12. SS, que todavía estaba lamentablemente baja de efectivos y conmocionada por la súbita ruptura del frente. Éste, no obstante, fue un caso en el que entraron en juego las limitaciones de la riqueza. El general Simonds y sus comandantes no sabían que su plan había tenido un éxito tan rotundo y no contaban con una imagen lo bastante clara de la situación como para arriesgarse a un ataque sin el apoyo de los bombarderos que iban a llegar una hora después del mediodía. Y, más importante todavía, los bombardeos no podían anularse fácilmente con poca antelación, y, por supuesto, representaban una gran cantidad de poder explosivo de la que resultaba difícil prescindir. Así pues, la fuerza de ataque se sentó en torno a sus objetivos y esperó.

Kurt Meyer se había apresurado a avanzar hacia Bretteville-sur-Laize poco después de oír las primeras bombas, pero encontró la aldea intransitable. También lo sobrecogió ver a los soldados alemanes huyendo aterrados por la carretera. Mientras aceleraba en su *Kübelwagen*, reconoció que, si algo podía detener este ataque, sería su división 12. SS

«Hitlerjugend»; desde luego, no podía confiar en la chusma que venía del frente, ni en la 85. *Infanterie-Division*, también recién llegada y de tan mala calidad como la 89. Meyer llegó en poco tiempo al cuartel general del *SS-Panzergrenadier-Regiment* 25 del *Standartenführer* Mohnke y poco después se les unió el general Eberbach, que también había subido al frente para ver la situación por sí mismo. Juntos, acordaron un plan de acción. Meyer tenía sólo cuarenta y ocho panzer en total, dado que parte de su dotación de blindados ya había sido enviada a Mortain — el plan había sido que el resto de la división los siguiera —, así que tuvo que conformarse con *Kampfgruppen* de granaderos, panzer, cañones anticarro y morteros. Dos de estos *Kampfgruppen* fueron enviados a recuperar el terreno elevado en torno a Saint-Aignan y al oeste de Saint-Sylvain, y a un tercero se le ordenó ocupar y defender el terreno elevado al oeste de la carretera.

Los Voluntarios de Northamptonshire habían salido de Saint-Aignan el 8 de agosto, y el Escuadrón C estaba en los campos al sur de la aldea. La Tropa 3, incluido el tanque de Snowie Snowdon, estaba dispuesta al borde de un bosquecillo. Justo frente a ellos, un camino conducía a un barranco estrecho y curvo, quizá de cuatro metros y medio de profundidad, y ancho como un campo de fútbol, y luego ascendía nuevamente hacia una acumulación de setos y, más allá, conducía a una granja, denominada Robertmesnil en el mapa. Desde la posición en la que estaban se extendían campos de cereales hasta la carretera

principal Caen-Falaise y, más allá, estaba el muro de un pequeño *château* rural. La Tropa 2 se había adentrado en el barranco, con la idea de ascender luego hacia los setos en una posición que les permitiera divisar Robertmesnil. La Tropa 4 estaba a su izquierda, desplegada en el borde del bosque, mientras que la Tropa 1 estaba más allá de la 4. Inmediatamente a la izquierda del tanque de Snowdon había un bosque donde la Guardia Negra se estaba atrincherando. Un escuadrón se esparcía a su derecha y el Escuadrón B estaba detrás de él. Sabían que iban a la vanguardia del avance de Totalize y esperaban que los hombres de las SS contraatacaran, como parte del trabajo de consolidación antes de que llegasen los bombarderos pesados de la Octava Fuerza Aérea. Pero ahora mismo, a media mañana, no ocurría nada en absoluto.

«Sentados aquí así», dijo Stan Hicken, su conductor, «podríamos estar viendo un partido de críquet. No pasa nada, nadie se mueve, es una maldita y monótona pérdida de tiempo que te pudre el alma [732] ».

Hicken estaba sin duda tentando al destino, porque poco después, alrededor de las 10.30 de la mañana, se produjo una fuerte y estruendosa explosión y, por el parloteo en la radio del batallón, parecía que el tanque del comandante había sido alcanzado. En el tanque de Snowdon sólo podían especular sobre si el coronel y su tripulación estaban gravemente heridos o algo peor; entonces también alcanzaron al comandante del Escuadrón B. Sin embargo, todo permaneció tranquilo en su pequeño sector hasta que, alrededor de las 11.15 de la mañana, el cabo Stanley, de la Tropa 2, irrumpió de repente en la radio. «Hola, Roger Baker 2. ¡Alerta! Me parece ver un movimiento a la mitad a la izquierda, a cien metros a la izquierda del techo, pero todavía no puedo identificarlo.

Baker 2, cambio [733] ». A todo el mundo le gustaba Stanley. Se había dejado crecer un pequeño bigote como el de Hitler para reírse y era el bromista del escuadrón. Los mantenía a todos alegres. Desde la posición del artillero en la torreta del tanque de Snowdon, Ken Tout miró por su periscopio y por su telescopio, que tenía un poder de aumento mucho mayor, mientras que, al mismo tiempo, iba girando la torreta hacia la zona que había indicado Stanley.

Entonces hubo un estallido repentino y estremecedor, muy fuerte y muy cercano, por encima del ruido de fondo del fuego de artillería.

—¡Baker 2, me han dado de lleno! — gritó Stanley —. ¡Salid del tanque! Hornet en… ¡Dios!

«Hornet» —«avispón»— significaba un tanque o cañón de asalto enemigo. Pero

¿dónde estaba? Tout giró la torreta de nuevo, buscando desesperadamente, luego vio algo que parecía tener un techo sólido, entre los setos. Enseguida apretó el botón de disparo, la recámara golpeó hacia atrás, la boca del cañón escupió fuego y el retroceso sacudió al Sherman. Múltiples destellos ahora martillaban el seto al otro lado de la hondonada. Finalmente, Snowdon ordenó un alto el fuego. Todos estaban preocupados por Stanley, pero no había señales de ningún incendio entre sus filas ni de ningún Sherman cocinándose. Quizá había conseguido salir. Igual todos lo habían logrado.

Pero, más allá, entre los setos, se elevaba una columna de humo. Un humo espeso sin llamas. El cañón alemán. Siguieron esperando.

Ese mismo martes 8 de agosto, los Tiger del *Schwere Panzerabteilung* 101 avanzaban en dirección a Saint-Aignan, comandados por el *Sturmbannführer* Michael Wittmann, el célebre as de los panzer, festejado en todo el Reich y recién reincorporado a la 12. SS

después de que lo convocaran a la Guarida del Lobo para recibir de manos del propio Hitler las Espadas de la Cruz de Caballero. La fama y la celebridad de Wittmann habían crecido desde su hazaña en Villers-Bocage una semana después de la invasión, pero, bien el exceso de confianza y la imprudencia, bien las órdenes apremiantes de Kurt Meyer de ocupar y mantener el terreno elevado lo habían llevado a avanzar hacia Saint-Aignan directamente a través de los campos abiertos que se extendían frente al 1.º de Voluntarios de Northamptonshire un poco después de las 12.30 de la tarde.

Los detectó primero Charlie 3, el Firefly del Escuadrón A, con su gran cañón de 17

libras, y sus palabras hicieron que un escalofrío de terror recorriera el cuerpo de Ken Tout.

—Hola, Oboe Able a Charlie 3 — escuchó Tout en la radio al líder de la tropa del Escuadrón A —. Ya los veo. Mantente a cubierto y no abras fuego hasta que estén a aproximadamente setecientos cincuenta metros. Luego, dispara al último y yo les daré a los demás. Corto [734] .

La idea era machacar al enemigo con proyectiles explosivos, no tanto porque creyeran que iban a destruir algún carro enemigo con ellos, sino para generarles confusión y cubrirlos de humo, de modo que

siguieran avanzando con las escotillas cerradas. Con suerte, su visibilidad sería tan pobre que no podrían responder con eficacia.

—Oboe Able a Charlie 3. Ya están bastante cerca. ¡Fuego! Corto.

El comandante del tanque Charlie 3 confirmó que había recibido el mensaje y ordenó a su artillero abrir fuego. El gran cañón lanzó su proyectil con estruendo y acertó al último Tiger, que estalló para deleite de los Voluntarios; luego Charlie 3 dio marcha atrás y se puso a cubierto mientras los 75 del Escuadrón A disparaban sus proyectiles explosivos. Entre el humo y las explosiones, los Tiger disparaban ahora a ciegas. De nuevo el tremendo *¡bum!* y el sonido de impacto cuando el Firefly disparó y su proyectil alcanzó el objetivo en menos de un segundo.

—Oboe Able a Oboe. Segundo Tiger cocinándose. Mantengo al tercero ocupado mientras Charlie le da caña. Corto.

—Oboe, qué gran espectáculo nos has dado. Corto.

El cañón de 88 del tercer Tiger y el cañón de 17 libras de Charlie 3 disparaban ahora casi simultáneamente, pero los panzer, incluido un cuarto, también estaban siendo atacados por los Fusileros de Sherbrooke desde detrás de un muro junto al *château* y, aunque todos sus carros eran Sherman en lugar de Firefly, disparaban desde apenas ciento cuarenta metros. Instantes después, un tercer Tiger fue alcanzado. Tout vio cómo se alzaba una erupción de llamas tras los árboles frente a él.

Quién exactamente destruyó el tanque de Wittmann ha sido objeto de un febril debate desde entonces, pero lo que está claro es que un proyectil penetró en el habitáculo principal del tanque, que estaba casi completamente lleno de munición, e hizo detonar los proyectiles en su interior, lo que, combinado con la inmensa energía cinética, generó una descomunal explosión que hizo saltar por los aires la torreta —

que pesaba unas quince toneladas y se elevó a una altura considerable — y mató a Wittmann y a toda su tripulación. Los cañones de 75 mm, aunque tuvieran menor velocidad de salida, podían destruir un Tiger, pero generalmente sólo si le daban en puntos débiles, como su parte trasera, o inutilizaban sus orugas. El violentísimo fin del Tiger apunta a que fue víctima de un cañón con alta velocidad de salida. Y el único de los que le estaban disparando en ese momento armado con ese tipo de cañón era Charlie 3, cuyo artillero era el soldado Joe Ekins.

Sin embargo, ése no fue el final del combate. No mucho después, unos veinte Panzer IV entraron en liza y la radio del escuadrón se inundó de una charla frenética a medida que se destruían tanques alemanes y éstos destruían carros británicos.

—¡Charlie 2! ¡Tienes uno detrás! ¡Detrás de ti, te digo! ¡Able 2, torreta a la derecha!

¡Charlie! ¡Charlie! — decía la voz angustiada de uno de los comandantes de la Tropa 2 —. ¡Oh, Dios mío! Charlie 2 está cocinándose. Able 2, ¿no puedes mover la torreta a la derecha? ¡A la derecha! ¡Gírala!… Oh, Dios mío… ¡Evacuad el tanque! ¡Todos fuera [735] !

De repente, el tanque de Snowdon parecía terriblemente expuesto, y Tout giraba la torreta y miraba por el telescopio con desesperación. «El día degenera en caos, ruido, llamas, humo, sol abrasador, sudor apestoso, miedo penetrante, explosiones que se expanden», escribió Tout, «y nuestro tanque se estremece y tiembla incluso cuando está parado en la expuesta — ¡oh!, tan expuesta — cresta [736] ». Ahora Tout y Snowdon avanzaban lentamente, buscando por todas partes una señal del panzer enemigo que había destruido toda la Tropa 2. De repente, Tout lo vio,

—¡Hornet! ¡Hornet! ¡Hornet! — gritó Snowdon. Tout elevó el cañón, puso al carro enemigo en el punto de mira, pisó con fuerza el botón del suelo y *¡bum!* El cañón disparó, proyectándose hacia atrás estruendosamente con el retroceso y luego de nuevo hacia adelante. Mientras la trazadora de su proyectil surcaba los cielos, hubo otro destello y vio otra trazadora volando hacia el panzer. El blindaje del carro alemán era grueso, pero pareció que el proyectil de Tout y el segundo disparo habían dado en la diana: una bola de humo; luego, una forma que se sacudía hacia atrás y finalmente una columna de humo espeso y negro teñido de llamas. Tout disparó de nuevo, luego una vez más. El panzer estaba neutralizado.

Poco a poco, los cañonazos cesaron, pero los bombarderos llegaron no mucho después: 681 bombarderos pesados — Fortalezas Volantes y Liberators —, cuyas primeras bombas estallaron preocupantemente cerca de Tout y sus camaradas. Los hombres del tanque encendieron una bengala de humo amarillo y al poco las bombas comenzaron a caer más allá, donde se suponía que debían hacerlo: otro colosal martillazo, nuevamente una matanza, con la consiguiente y desafortunada destrucción de más aldeas francesas. Mientras silbaba y estallaba este último diluvio de bombas, se enfrentaron a dos Panzer

IV cerca de la carretera a Falaise y los destruyeron. Luego, los bombarderos se marcharon y, de repente, el campo de batalla — su campo de batalla alrededor de Saint-Aignan — quedó envuelto en un silencio sobrecogedor. Durante esa pausa, Tout pensó en todo lo que había sucedido y en lo que podría sucederle a él y a su tripulación si eran alcanzados. El miedo se apoderó de él una vez más. «Sentías que se te encogía el corazón», escribió, «y se te hacía un nudo en la garganta. Te subían

escalofríos por la nuca y por detrás de las orejas y, a la vez, sentías como si un fuego te ardiera detrás de los ojos, dentro de las mejillas y en la frente [737]».

Mientras tanto, hacia el oeste, a pesar de las órdenes de Hitler de intentar atacar de nuevo hacia Avranches, la operación Lüttich no iba a ninguna parte. Las divisiones acorazadas habían sido atacadas el día anterior, 7 de agosto, desde el aire. Ochenta y un panzer fueron destruidos, cincuenta y cuatro dañados y otros veintiséis simplemente dejados atrás por falta de combustible, averías mecánicas o porque las tripulaciones los abandonaron a causa de los implacables ataques desde el aire. Cientos de camiones, carros blindados, semiorugas y otros vehículos fueron destruidos.

Willi Müller se encontraba ahora en las ruinas de Mortain, su batallón de pioneros contaba con sólo unos pocos cientos de efectivos y todavía estaba adscrito a la división 2. SS «Das Reich», o a lo que quedaba de ella. No consiguieron gran cosa: su papel fue secundario mientras los carros blindados eran masacrados, se limitaron a defender Mortain mientras los estadounidenses se aferraban con tozudez a la colina 317. En todas partes, las divisiones estadounidenses seguían desgastando más y más a los alemanes, aunque no sin sufrir también bajas. El 8 de agosto, el 47.º Regimiento de Infantería de la 9.ª División estaba en acción cerca de Saint-Pois, entre Vire y Mortain, haciendo frente a los ataques de la operación Lüttich. El teniente Orion Shockley fue alcanzado dos veces, primero cuando un tanque estadounidense abrió fuego y el proyectil mató a su mensajero y arrojó un trozo de ardiente metralla que se le clavó en la espalda. Por fortuna para Shockley, la herida no fue tan grave y pudieron extraer el fragmento, suturarle la espalda y enviarlo de vuelta a liderar a sus hombres. A continuación, se ordenó a su unidad que tomase una colina. Al cruzar una carretera, su cantimplora, que llevaba colgando de la cintura, recibió un disparo y su contenido se derramó y le empapó la pierna. Más tarde, los alemanes pidieron una tregua para recoger y evacuar a sus heridos. Shockley se adelantó para encontrarse con la delegación germana y descubrió que el médico alemán que sostenía la improvisada bandera

de tregua había emigrado a Estados Unidos antes de la guerra, pero había regresado a Alemania para visitar a su familia en 1939 y había sido reclutado. No sentía ningún deseo de luchar, y mucho menos contra los estadounidenses, razón por la cual había elegido precisamente servir como médico.

En paralelo, al sur de Caen, la operación Totalize avanzaba hacia su última fase. Sin pretenderlo, Meyer, al ordenar a sus hombres que contraatacasen, había hecho que no estuvieran donde habían lanzado sus bombas los bombarderos. Así, en lugar de morir en el bombardeo, los estaban reventando a balazos las fuerzas terrestres británicas, canadienses y polacas, aunque no sin que se llevaran antes por delante también a algunos de sus enemigos, como se había demostrado en Saint-Aignan. En total, cinco de los siete Tiger de Wittmann habían sido destruidos, incluidos los tres en la acción de los Voluntarios de Northamptonshire y los Fusileros de Sherbrooke. En el extremo opuesto de la carretera, al otro contraataque de Meyer le fue igual de mal, ya que sus granaderos fueron abatidos y sus panzer destruidos. Los supervivientes se retiraron antes de que empezara el siguiente avance de los blindados de las fuerzas aliadas. Totalize se había ralentizado, no debido a los contraataques de la 12. SS, sino a que la heterogénea fuerza militar, formada por blindados, infantería, artillería y bombarderos estratégicos pesados procedentes de Estados Unidos, Canadá, Gran Bretaña y Polonia, se había atenido con rigidez a un plan de batalla que había parecido perfectamente razonable el día anterior, pero que al aplicarse se había desarrollado mejor de lo esperado. Puesto que había tantos elementos (y nacionalidades) diferentes que incluir en la ecuación, había sido imposible modificar la planificación horaria de la operación para aprovechar a fondo el éxito. La tercera fase de Totalize, el ataque de los blindados, había comenzado puntual a la 1.55 de la tarde, sin que lo afectara el contraataque de Meyer; lo que los hombres de las SS se habían ahorrado al evitar a los bombarderos, lo habían perdido en acción en sus contraataques. Y Wittmann, el héroe, el as de los panzer del Reich, había muerto.

Al sur de Saint-Aignan, los Voluntarios de Northamptonshire seguían en su posición, consolidándola y rechazando varias oleadas de ataques de granaderos alemanes. Los habían frenado con sus ametralladoras y con proyectiles explosivos; después, la artillería había comenzado su bombardeo, al principio, incómodamente cerca de su ubicación, pero luego sobre los alemanes, con una precisión demoledora.

Más tarde había retornado la calma y, alrededor de las 2.30 de la

tarde, se ordenó a la tripulación de Snowdon que bajara al barranco. Algunos de los supervivientes ya habían sido recogidos, pero todavía quedaban heridos en el campo de batalla, incluido el cabo Stanley. Encontraron los tres Sherman al borde de los árboles, uno a la izquierda, otro a la derecha y el tercero un poco más adelante a la izquierda. De dos de ellos seguía saliendo humo. Snowdon bajó del carro y le dijo a Tout que también saltara.

—Ken, echa un vistazo a esos dos Sherman de ahí — dijo —. Yo iré a comprobar el de más allá. Ve tan rápido como puedas [738] .

Tout vio a Stanley tirado en su torreta en el Sherman más cercano. El cabo lo miraba fijamente, observándolo todo el trayecto. Tout subió a la parte de atrás y tocó la mano de Stanley. Ya estaba frío. No había señales de ninguna herida, pero no podría haber estado más muerto. Tout bajó de un salto y corrió hacia el siguiente tanque; deambular así, expuesto, era, por decirlo suavemente, muy estresante. Llegó al otro carro, y vio que el tanque no se había cocinado. A través de la torreta observó que había alguien en el

compartimiento del conductor, así que se movió hacia la parte delantera de la torreta y levantó la escotilla. Inmediatamente deseó no haberlo hecho. El soldado «Judge 173», como siempre lo conocieron, estaba sentado allí, con las manos en las palancas, los pies en los pedales, perfectamente erguido, pero sin cabeza. «El suelo está cubierto de una sustancia negra», señaló Tout.18 «Es un festín para las moscas [739] ». Luego encontró a Ernie Wellbelove, el tercer hombre desaparecido del tanque, tirado en la hierba no muy lejos, también muerto. Eran tres hombres con los que habían hablado y bromeado sólo unas horas antes. Amigos. Compañeros de armas.

Tout avanzó a través de los arbustos, incapaz de resistir la curiosidad, y encontró el Panzer IV que había destruido, la máquina responsable de acabar con la Tropa 2. El comandante del tanque todavía estaba en la torreta o, al menos, lo estaba su mitad superior. Un proyectil — posiblemente el disparado por Tout — había hecho desaparecer su mitad inferior tan limpia y brutalmente como otro había hecho desaparecer la cabeza de Judge 173. Snowdon hizo un gesto a Tout y éste volvió corriendo, asqueado por lo que había visto.

Varias horas después, los granaderos atacaron nuevamente y, esta vez, tan pronto como los Sherman abrieron fuego, los Typhoon se lanzaron sobre el enemigo y acabaron con él disparando sus cohetes. Ken Tout vio cómo los alemanes se dispersaban y huían y, poco después, algunos prisioneros vinieron hacia ellos, insistiendo enfáticamente en

que no eran de las SS. Tout y Rex Jackson, el copiloto, salieron del tanque para señalarles que siguieran caminando hacia la retaguardia.

Mientras hacía el gesto de que siguieran caminando con su pistola en la mano, Tout disparó accidentalmente, por lo que uno de los alemanes se arrojó al suelo y suplicó que no lo matara. Jackson lo levantó, le metió un cigarrillo en el bolsillo del pecho de su guerrera y, dándole un ligero empujón, le dijo: «Andando. Tu guerra ha terminado. Da gracias a Dios. Nosotros tenemos que seguir en este maldito pícnic [740] ».

En cualquier caso, el ímpetu de Totalize se estaba agotando. Los polacos, en su primera acción, habían tenido problemas para maniobrar y también habían sufrido el fuego amigo de los bombarderos, al igual que le había sucedido a la 4.ª Acorazada canadiense; en total, el bombardeo causó unas trescientas quince bajas entre las tropas aliadas, lo que puso de relieve lo difícil que era, en 1944, utilizar bombarderos pesados estratégicos en apoyo de operaciones terrestres. Tragedias como ésta ejemplificaron las limitaciones de lanzar una gran cantidad de bombas desde cientos de grandes bombarderos cuatrimotores durante un período corto de tiempo y sobre un espacio limitado. También hubo problemas de comunicación entre los polacos y la artillería, lo que ralentizó el avance, cosa a la que también contribuyeron los estoicos esfuerzos de la artillería, Nebelwerfer y morteros alemanes. En poco tiempo, los alemanes destruyeron

cuarenta tanques polacos, demostrando una vez más que, en campo abierto, cañones anticarro bien posicionados podían causar estragos. Como ambos bandos habían demostrado en repetidas ocasiones desde el Día D, era mucho más fácil defender que atacar. Al anochecer, los polacos habían avanzado sólo unos cuatro kilómetros.

Los Voluntarios de Northamptonshire por fin acamparon de nuevo con sus tanques en círculo a las 11 de la noche, y Ken Tout y su tripulación no tuvieron ocasión de dormir hasta pasada la 1 de la madrugada. Habían estado en movimiento sin parar durante más de veintisiete horas seguidas. Estaban exhaustos, completamente desfondados. Ese día se habían perdido veinte de los tanques del batallón. Incluso en esta etapa de la guerra, cuando ya no cabía duda de que los alemanes estaban perdiendo, la batalla seguía siendo implacablemente brutal. Y lo seguiría siendo hasta el mismísimo final de la campaña.

Capítulo 35

El corredor de la muerte

En el 101.er Hospital General Británico, la teniente Mary Mulry había estado tan ocupada como de costumbre. Las instalaciones mejoraban cada semana y su vida social también, a medida que el frente se movía más al sur y la amenaza de los bombardeos de la artillería enemiga o incluso de la *Luftwaffe* iba desvaneciéndose. Fue a bailes de la RAF, bailes de oficiales navales, viajó a Bayeux y recibió muchísima atención por parte de jóvenes y apuestos oficiales. Un día, un amigo canadiense llevó a Mary a dar una vuelta por la campiña devastada por el combate, y ella se sorprendió ante el nivel de destrucción. «Qué espantoso desperdicio de vidas y propiedades es todo esto. Tanta destrucción», señaló, «y, sin embargo, hay una sensación de emoción y oportunidad constante. Debería, lo sé, odiar todo esto — y el sufrimiento que causa en las personas es espantoso —, pero debo admitir que a la vez me parece emocionante y me gusta [741] ».

Mientras tanto, los cazas de la ampliada Novena Fuerza Aérea y de la Segunda Fuerza Aérea Táctica seguían causando devastación. Nunca habían tenido tanto trabajo.

Muchos de los escuadrones estaban realizando hasta cinco misiones al día, una carga de trabajo muy elevada según cualquier parámetro. El miércoles 9 de agosto amaneció con el aeródromo B-7 envuelto en niebla, pero el día prometía ser cálido y despejado, e incluso antes de que los oficiales de enlace hubieran entrado en la gran tienda verde oscuro de inteligencia para la sesión informativa de la mañana, era obvio, para los pilotos reunidos allí, que ese día habría que volar mucho.

Al menos ninguno de los pilotos podría quejarse de que no le contaban nada. En la tienda de «inter-ops» se llevaban a cabo reuniones informativas diarias para los dos escuadrones que compartían el aeródromo y componían el Ala 123 — el 609 y el 198 —

, que proporcionaban a todos los pilotos una cantidad impresionante de información sobre el progreso de los Aliados. A estas reuniones asistían oficiales de enlace del Ejército y la Marina, así como los propios oficiales de inteligencia de la fuerza aérea y el oficial de meteorología. Era fundamental que todos ellos estuvieran presentes: a menudo, muy poco terreno separaba a las tropas propias de las del enemigo y el papel de la Segunda Fuerza Aérea Táctica era ayudar al Ejército, no atacarlo por error. El sargento de escuadrilla Ken Adam escuchó atentamente las instrucciones del oficial de enlace del Ejército, luego escuchó el parte del oficial meteorológico y,

finalmente, le llegó el turno de hablar al comandante de ala. Alrededor de las 10 de la mañana, una

vez se disipara la niebla, el 609 enviaría una escuadrilla en una misión de reconocimiento armado sobre la zona de Falaise. Si veían objetivos claros, debían atacar con contundencia al enemigo.

Norman Merrett, amigo de Adam, participó en ese primer vuelo del día. Divisaron unos tanques enemigos moviéndose al noroeste a diez kilómetros al sureste de Falaise.

Atacaron y destruyeron dos de ellos. Otro reconocimiento armado despegó a la 1.45 de la tarde y, una vez más, hallaron objetivos, abrieron fuego contra una columna enemiga en la carretera Falaise-Argentan y dejaron un camión y otro tanque ardiendo. A continuación, Adam fue uno de los ocho hombres del Escuadrón A elegidos para realizar un tercer reconocimiento armado esa misma tarde. Poco después de las 4.30 de la tarde, caminaba rápidamente hacia su Hawker Typhoon, grande e imponente, estacionado junto a otros bajo la sombra de algunos árboles en el perímetro del aeródromo. Su equipo de tierra ya estaba allí. Cerca estaban apiladas cajas de municiones, al igual que montones de cohetes. Adam recogió el paracaídas depositado en el ala, pasó sus piernas con botas de piel a través de las correas, luego se echó las otras dos correas sobre los hombros y las abrochó todas juntas en la hebilla. Echó un vistazo rápido a los cuatro cohetes cargados debajo de cada ala, puso el pie en el escalón retráctil, subió a la raíz del ala desgastada y con la pintura descascarillada, y se metió en la cabina.

Con sus gruesas alas y su enorme radiador sobresaliendo por debajo del morro, el Typhoon, desde luego, carecía de la delicadeza y elegancia del Spitfire, pero como plataforma de armas era extremadamente efectivo y, además, excepcionalmente rápido.

También podía cargar una bomba de 1000 libras (454 kilogramos) y a Adam, por ejemplo, se le daba muy bien disparar sus cohetes: durante el entrenamiento esa primavera había disparado habitualmente con una desviación promedio de sólo 45 a 55

metros; con el poder explosivo de ocho ojivas de 60 libras (27 kilogramos), esa pequeña desviación no era obstáculo para causar un enorme daño al enemigo.

En la cabina, Adam se puso inmediatamente el casco y, como siempre hacía antes de una misión, giró el anillo que llevaba en el dedo tres

veces. Hizo la señal convenida a su tripulación de tierra, se ató la máscara de oxígeno a la cara, disparó el arranque de cordita [742] , y el enorme motor Napier Sabre de veinticuatro cilindros cobró vida levantando nubes de un humo espeso y acre. Con un ruido fabuloso, toda la estructura del avión se sacudió violentamente. Adam encendió el oxígeno de inmediato para no respirar los letales vapores de monóxido de carbono que entraban en la cabina. Cerró el techo de polimetilmetacrilato en forma de burbuja, vio a su personal de tierra, con las caras tapadas con bufandas, quitar las calzas y hacerle señas para que se dirigiera a la

pista de malla metálica (hecha de planchas de acero perforado) en medio de la enorme polvareda que levantaba la hélice.

Los Typhoon despegaron de dos en dos y cuando llegó el turno de Adam, el polvo era tan espeso que apenas veía. El motor Sabre era tan potente que el par de hélice hacía que la aeronave virara con violencia hacia la derecha a menos que el piloto corrigiese fuertemente la guiñada apretando con fuerza el timón de babor. Adam ya estaba acostumbrado a esta peculiaridad, pero, aun así, el despegue, sobre todo con tan poca visibilidad, era siempre un momento peligroso, y ahora tenía que hacerlo a ciegas, valiéndose en exclusiva del giroscopio — la brújula del avión — para mantenerlo recto.

Nada más despegar, ascendieron abruptamente y giraron hacia el norte, mar adentro. Por lo general, Adam veía brillar bajo el sol los globos plateados que protegían el puerto Mulberry, pero no esa mañana: Normandía estaba envuelta en unas nubes blandas y grises. Merrett los llevó a ocho mil pies de altura, luego viraron y volaron tierra adentro una vez más. Mientras daban vueltas sobre su área de patrulla, vieron un grupo de transportes enemigos dispersos (camiones, camionetas y vehículos más pequeños), por lo que Merrett hizo descender a su escuadrilla con los motores aullando, a una velocidad de casi mil kilómetros por hora.

Mientras se precipitaban sobre los vehículos enemigos, Adam lanzó la mitad de sus cohetes, en tandas de dos, y apretó con el pulgar el botón que disparaba los cañones de su avión. Su esfuerzo tuvo una recompensa inmediata. Bolas de fuego estallaron sobre el suelo y columnas de humo negro y espeso se elevaron hacia el cielo. Los ocho Typhoon lograron escapar de la refriega y ascendieron de nuevo para luego atacar un bosque en el que creían que podía estar ocultándose más equipo del enemigo.

Dispararon sobre la arboleda los cohetes que les quedaban y la

dejaron en llamas.

Adam miró hacia atrás y vio salir de allí una columna humo que se elevaba muy alto.

Poco más de diez minutos después, los ocho aviones aterrizaban de vuelta en B-7.

Este ritmo se mantendría los días siguientes a medida que un frente sostenido de altas presiones se asentaba sobre Normandía, trayendo consigo un clima cálido y seco.

A las tres misiones del escuadrón el día 10 les siguieron otras dos el día 11, una el día 12

y dos más el día 13. Los Hell Hawks y el 354.º Grupo de Caza estuvieron igual de ocupados. Este bombardeo casi continuo estaba remachando otro clavo en el ataúd de la campaña alemana, que seguía desmoronándose. A última hora del día 8, cayó Le Mans ante el rápido avance de las tropas de Patton hacia el este. Éste fue un revés tremendo para los alemanes, porque esa ciudad era la mayor base de suministro del 7. *Armee* y estaba muy lejos del campo de batalla de Normandía, en dirección sureste. Hausser,

ahora ascendido a *Oberstgruppenführer*, fue uno de los últimos en marcharse, escabulléndose en un vehículo blindado con la única compañía de su ordenanza y de su chófer. A estas alturas, Patton tenía una docena de divisiones al sur de Avranches y Bradley le ordenó dirigir uno de sus cuerpos al norte hacia Alençon como parte de un enorme cerco que embolsara a los alemanes en Normandía. «Nuestros elementos de vanguardia en el barrido de flanqueo», señaló Chet Hansen, «han llegado ya mucho más allá de Le Mans y están a aproximadamente ciento veinticinco kilómetros de París.

El general [Bradley] está asombrado por la incapacidad de los alemanes para comprender la gravedad de la situación y siente que, o bien son estúpidos, o bien ignoran completamente nuestras intenciones [743] ».

Continuaron las modificaciones en la estructura de mando alemana. Von Kluge ordenó ahora a Eberbach que entregase el mando del *5. Panzerarmee* a Sepp Dietrich.

Eberbach, a su vez, debía comandar el *Panzergruppe* «Eberbach», subordinado al 7.

Armee, y lanzar un nuevo ataque hacia Avranches. Era una locura. ¿Con que atacaría?

No tendrían los gigantescos Tiger II que el *Leutnant* Richard von Rosen había traído por fin de Mailly-le-Camp: los *Jabos* los habían bombardeado y les habían causado grandes daños mientras aún estaban montados en sus vagones de ferrocarril. Von Rosen, que había estado en la torreta de uno de esos carros en el momento del ataque, había resultado herido por la metralla. Este episodio era un ejemplo de la terrible situación en la que ahora se encontraban los alemanes. Apenas podían moverse, y mucho menos atacar. Para colmo, Eberbach estaba indignado por este cambio de mando. «¡Dietrich no está cualificado para el puesto!» [744] , protestó desesperado, aunque la falta de cualificación de los mandos era el menor de los problemas de los alemanes. A estas alturas, los remanentes de las divisiones que habían iniciado Lüttich estaban casi de regreso a sus puntos de partida e, incomprensiblemente, se esperaba de ellas que se abrieran paso entre el enemigo a pesar de tener todavía menos tropas y menos equipo.

«Era inexplicable que el OKW no comprendiera esta obviedad», señaló Eberbach,

«después de lo que había sucedido en Stalingrado, Túnez, Crimea y Kremenchuk [745] ».

Carl Rambo y el 70º Batallón de Tanques llegaron a Mortain el 9 de agosto y permanecieron allí tres días. Se pararon en un campo cerca de la ciudad, colocaron sus tanques en círculo y los camuflaron. Su misión era mantener la posición, ya que, por el momento, no tenían las fuerzas necesarias para atacar. «No pudimos hacer otra cosa que sentarnos allí y dejarlos bombardear durante varios días», dijo Rambo. «Volaron todas esas tierras en pedazos, pero a nosotros no nos hicieron ni un rasguño [746] ».

Cuando por fin se pusieron en marcha, fue para ir sólo unos pocos campos más allá.

Rambo vio un panzer y, como estaba de lado, le dijo a su artillero que lo golpease bajo.

Tres proyectiles en rápida sucesión acertaron al carro alemán, que empezó a echar humo. «Nos lo hemos cargado», anunció Rambo a su tripulación, y luego les ordenó

que se alejaran, sin dejar de disparar mientras se movían [747] . Poco

después, su cañón se calentó tanto que un proyectil se atascó dentro. Cuando estuvieron a cubierto, el artillero salió del tanque y, utilizando el escobillón que siempre se guardaba en la parte izquierda del tanque, bajo la torreta, consiguió tras algunos esfuerzos desatascarlo y despejar el ánima.

Los alemanes, al fin, empezaron a retirarse el día 11. El asediado 2º Batallón del 120º

de Infantería de Estados Unidos, que seguía resistiendo en la colina 314, fue relevado a la mañana siguiente, tras haber perdido 277 soldados entre muertos, heridos y desaparecidos. Su heroica defensa de la posición había contribuido en gran medida a entorpecer el avance alemán. «El enemigo toma Alençon y Argentan», decía el diario de guerra del 17. *SS-Pionier-Bataillon*. «El Quinto y Séptimo *Armee* corren el riesgo de quedar rodeados». Willi Müller y sus camaradas se retiraron 25 kilómetros esa noche, luego tuvieron que abandonar su *Schwimmwagen* cuando el motor se averió por falta de aceite. Se las arreglaron para que los llevaran en un vehículo diferente y se les dijo que continuaran su repliegue. Pasaron por una ciudad, luego por otra, luego por una tercera y, en todas, los alemanes estaban retirándose. Luego llegaron a Bellême, al este de Alençon y bastante lejos de Normandía, donde Müller y sus compañeros se sorprendieron al encontrar la ciudad ya adornada con banderas británicas, francesas y estadounidenses; incluso vio a una mujer poniendo banderas en la ventana del piso de arriba. «Cambió de idea», señaló Müller, «cuando nos vio[748]».

Eberhard Beck y los artilleros de la 277. *Infanterie-Division* también estaban retrocediendo, aunque todavía no habían salido de Normandía. Habían permanecido cerca de Évrecy, pero los británicos también empujaban hacia el sur en su parte de la línea, entre el área de Bluecoat alrededor de Aunay y Mont Pinçon, y los canadienses al sur de Caen. En la mañana del 9 de agosto, los artilleros llegaron a una antigua posición antiaérea. Aunque Beck no estaba muy seguro de dónde estaban, había cerca un pueblo y logró encontrar en una vieja casa un colchón, que él y uno de sus compañeros pusieron en el suelo de su trinchera en cuanto la cavaron. Al poco, los proyectiles enemigos comenzaron a silbar de nuevo y al final de la tarde estaban recogiendo para marcharse una vez más. «Teníamos que darnos prisa», escribió Beck. «El enemigo nos pisaba los talones[749]». Sólo les quedaban trescientos proyectiles, que estaban detrás de los cañones, pero tenían los caballos ya ensillados y esperando, y se dieron cuenta de que simplemente no tenían tiempo de cargar las municiones. Así pues, decidieron disparar todas las que pudieron, con la esperanza de

que eso ralentizase a los *tommies*.

Beck estaba en el cañón n.º 2. «¡Batería entera, fuego a discreción!» [750] , fueron las órdenes.

El metal de los cañones pronto se puso al rojo con el calor de los continuos disparos.

Anocheció; hora de partir de nuevo. Con las primeras luces llegaron a su siguiente posición de tiro, junto a una antigua batería antiaérea que no había podido protegerse y había sido destruida desde el aire. «Se suponía que no debíamos permanecer en esta posición ni veinticuatro horas», señaló, «y no pasó mucho tiempo antes de que el enemigo nos detectara [751] ». Beck volvió a cavarse una trinchera mientras los proyectiles pasaban sobre él y explotaban demasiado cerca. Su comandante, el *Leutnant* Niesmayr, ordenó que se reunieran para escucharlo. El enemigo había abierto una brecha en la línea, les dijo, así que algunos de ellos tendrían que actuar como infantería de ahora en adelante. Müller fue reasignado como correo y se le ordenó que informara al puesto de mando del regimiento. Ahora estaban bajo el fuego de proyectiles que estallaban antes de tocar tierra, a la altura de la cintura, y rociaban con metralla todo a su alrededor.

Müller vio a un hombre sobre el que estalló uno de esos obuses mientras corría para ponerse a cubierto. «Un proyectil le arrancó la cabeza», registró, «y corrió unos pasos más hasta que se derrumbó, cubierto de sangre [752] ». Nadie en el puesto de mando fue capaz de decirle nada útil, así que se apresuró a regresar a la posición de fuego de su batería, donde encontró a sus compañeros una vez más recogiendo todo para marcharse a otro sitio.

Totalize, mientras tanto, continuó los días 9 y 10 de agosto. El sargento Charlie Martin de los Rifles de la Reina estaba otra vez en el centro del combate, atacando el bosque de Quesnay, que se extendía a ambos lados de la calzada romana y donde estaban atrincherados los cañones antitanque de la 12. SS; los hombres de Meyer, además, habían sido reforzados con una compañía anticarro autopropulsada. Se suponía que los Rifles de la Reina atacarían junto con tanques polacos, pero éstos no habían aparecido porque habían sido alcanzados accidentalmente por los bombarderos aliados. La infantería canadiense atacó de todos modos con el respaldo de la artillería, pero no pudo despejar la zona; los Rifles de la Reina perdieron ochenta y cinco hombres más, incluido otro de los compañeros más queridos por Martin, Jimmy Browne.

«Cuando un francotirador lo mató de un tiro», señaló Martin, «la tristeza llenó el aire como si fuera plomo [753] ».

Totalize había consumido todo su impulso hacia el 10 de agosto y, aunque tampoco había conseguido la deseada brecha, los Aliados por fin habían avanzado hacia el sur mucho más allá de Caen, y provocado que la 12. SS y la infantería alemana que quedaba tuvieran que estirarse en el frente casi hasta el punto de ruptura. Ciertamente, habían sido un par de días muy sombríos para Kurt Meyer y sus hombres. «Los reclutas y los oficiales tenían un aspecto lamentable», señaló [754] . Sabía que estaban al límite de sus

fuerzas. «¿Por qué no lo dejamos? ¿Por qué continuamos con esta lucha sin sentido?».

Su división se retiró y fue remitida a la 85. *Infanterie* el 12 de agosto. En ese momento, a Meyer sólo le quedaban 20 vehículos de combate blindados, 300 granaderos, 4 cañones antiaéreos de 88 mm y un puñado de otros cañones. Su división, que había llegado a Normandía con 20 504 hombres, tenía ahora menos de 1000.

Los Aliados avanzaban en todas partes, con una excepción: el flanco oriental original en la otra orilla del río Orne, al noreste de Caen. Allí, Denis Edwards, Richard Todd, Hubert Fauré y Frank Wright seguían en el mismo sitio que había ocupado inmediatamente después de la invasión. Había sido como el frente occidental de 1914-1918, con los hombres atrincherados y las unidades turnándose en el frente, pero moviéndose muy poco, ya que ninguno de los dos bandos había cedido. «Llevamos en Normandía unos setenta días», escribió Denis Edwards en su diario el 15 de agosto, «y durante ese tiempo nunca nos habíamos alejado más de unas pocas millas de nuestros puentes [755] ». Los contraataques alemanes a lo largo de esa parte del frente habían sido rechazados, mientras que los esfuerzos británicos y canadienses se había enfocado hacia el sur; después de todo, no tenía mucho sentido atacar hacia el este a través del anegado valle del Dives.

Mientras tanto, el Segundo Ejército británico continuó más allá de los avances logrados por Bluecoat, mientras que los canadienses lanzaron la operación Tractable, el último ataque hacia Falaise. Se estaba abriendo rápidamente una tentadora ocasión de atrapar al grueso de los restos de los ejércitos alemanes en Normandía en un cerco devastador. Debido a Lüttich, gran parte de las fuerzas alemanas se habían concentrado al oeste de Falaise. Pero, ahora que el contraataque alemán había fracasado, estas tropas estaban siendo

presionadas por todos lados. Si los Aliados eran rápidos, existía la posibilidad de que las tropas estadounidenses que estaban al sur de la antigua ciudad normanda, y los británicos, canadienses y polacos, que estaban al norte, cerraran la ruta de escape de los alemanes. A este corredor, que cada vez era más estrecho, ya se lo conocía como la «bolsa de Falaise».

El 13 de agosto, el sargento Walter Caines asistió a un Grupo O del 4.º de Dorset donde se les impartió una sesión informativa con datos de inteligencia sobre la situación. «Nos informaron de que las tropas que estaban a nuestra izquierda habían avanzado mucho más allá de la ciudad de Caen y que los estadounidenses habían penetrado profundamente hacia el sur», señaló, «y ahora estaban cerrando el cuello de la bolsa de Falaise[756]». La brigada atacó el pueblo de Proussy, a unos veintidós kilómetros y medio al suroeste de Ondefontaine, que habían capturado durante Bluecoat. El objetivo del 4.º de Dorset era una colina en los límites del pueblo. Atacaron avanzando entre el bombardeo enemigo, pero a Caines le pareció que al enemigo ya lo

había machacado bien la artillería, puesto que las compañías avanzaron rápidamente con sólo unas pocas bajas. «Hicimos muchos prisioneros durante ese ataque», escribió Caines, «todos parecían completamente dispuestos a entregarse. A algunos daba pena verlos; sin afeitar, famélicos y con la ropa hecha jirones[757]».

Sin embargo, aunque los Aliados habían ocupado la mayor parte de Bretaña rápidamente, los defensores de Brest, Lorient y Saint-Malo habían obedecido la orden de Hitler de convertir las ciudades en fortalezas y, hasta ahora, se habían negado a tirar la toalla, lo que significaba que siguió habiendo combates duros y difíciles mucho tiempo después de que los blindados de Patton hubieran barrido la mayor parte de la península. Y era la infantería la que se había quedado para luchar, mientras que las fuerzas móviles de Patton habían girado hacia el este y seguían avanzando.

Al 121.er Regimiento de Infantería estadounidense, por ejemplo, se le había asignado como objetivo Dinard, una ciudad pequeña y comparativamente insignificante en la ora orilla del angosto estuario de Saint-Malo. En cuatro días de encarnizados combates entre el 8 y el 12 de agosto, el l.er Batallón del teniente Richard Blackburn no había conseguido nada, pues había topado con una masa de posiciones fortificadas enemigas, mientras que el 3.er Batallón, que había avanzado en su flanco, había acabado rodeado por el enemigo, algo que habría sido ridículo en las circunstancias del resto de la campaña

de no haber tenido consecuencias trágicas. Debido a que, estratégicamente, Dinard tenía poca importancia, y puesto que la mayor parte del Tercer Ejército ahora se dirigía hacia el este, había muy pocas tropas capaces de socorrer al asediado 121.º. El 3.er Batallón, completamente rodeado, resistió durante cuatro días sin ningún reabastecimiento antes de ser relevado con la ayuda del 331.er Regimiento de Infantería.

La Compañía A de Blackburn había comenzado el ataque a Dinard con ciento ochenta hombres y seis oficiales, pero, cuando reanudaron su avance el 13 de agosto, sólo contaban con tres oficiales y alrededor de un centenar de hombres. El domingo 13 de agosto estaban finalmente acercándose al pueblo. Aunque la campaña casi había terminado, esperaban encontrar mucha resistencia y el capitán Arthur Kaiser, el comandante de la Compañía A, buscó a Blackburn. Los dos se habían hecho amigos íntimos, una profunda camaradería forjada durante las últimas cinco semanas de intenso combate. Sin embargo, Kaiser estaba nervioso y quería que pactasen que, si uno u otro de ellos no llegaba al día siguiente, el superviviente escribiría a los padres del otro explicando exactamente cómo lo habían matado y luego los visitaría cuando al fin volviera a casa. Blackburn accedió y se dieron la mano. El episodio, sin embargo, dejó a Blackburn profundamente inquieto.

El ataque contaba con apoyo de artillería y Kaiser planeaba atacar con tres secciones en vanguardia y con Blackburn siguiéndolo con la Sección 4 más los morteros y las

ametralladoras. De acuerdo con lo programado, a las 9.30 de la mañana la artillería detuvo el bombardeo y Kaiser se acercó a Blackburn para dar algunas instrucciones de última hora. Estaban de rodillas mirando un mapa cuando el fuego de artillería enemigo comenzó a silbar sobre sus cabezas y a explotar a su alrededor. Kaiser se puso de pie y, justo en ese momento, un proyectil golpeó el árbol bajo el que estaban —

ninguno de los dos lo habían oído acercarse, por lo que debió de ser un proyectil anticarro de alta velocidad — y la metralla estalló por doquier.

«Oh, Blackie, no…», dijo Kaiser, y se derrumbó[758]. Horrorizado, Blackburn lo tendió en el suelo y trató de detener la sangre que brotaba del pecho de su amigo.

«Cuando quité las manos del cuerpo sin vida del capitán», escribió, «estaban completamente cubiertas de sangre; y me di cuenta de que

varios grandes trozos de metralla le habían abierto el pecho en canal». Blackburn se quedó anonadado por una mezcla de conmoción y desesperación. A pesar de que había muerto casi al instante, por el rostro sucio de polvo y tierra de Kaiser resbalaban unas lágrimas. Blackburn luchó por absorber la enormidad de lo que había pasado; había visto innumerables muertos, pero el impacto de que su amigo estuviera vivo y hablando con él, y al instante siguiente estuviera muerto le resultó casi inasumible.

Él mismo estaba herido, unos pequeños fragmentos de metralla se le habían clavado en el brazo y la cadera, pero, ahora que Kaiser había muerto, él era el comandante de la compañía. Se tomó unos segundos para recomponerse, cerró un momento los ojos y rezó pidiendo a Dios que lo guiara. Luego se levantó y ordenó a sus hombres avanzar

— tenían que ponerse en movimiento —, pero a cada paso sentía una punzada de dolor en la cadera. Al darse cuenta de que su trasero también estaba cubierto de sangre, rápidamente se bajó los pantalones y pidió a un médico que le echara polvo de sulfamidas en las heridas para desinfectarlas y se las vendase. Otro soldado había muerto cerca, y otro hombre había perdido una pierna. Blackburn sabía que había tenido suerte y, aunque le dolía al caminar, decidió quedarse con su compañía.

El ataque tuvo éxito y capturaron a los artilleros alemanes esa misma tarde.

Blackburn se dio cuenta de que era más que probable que fueran los hombres que habían matado a Kaiser y a los demás. Cuando los alemanes caminaban hacia ellos con las manos en alto, oyó a varios de sus hombres quitar el seguro de sus armas. «Pero desde pequeño me enseñaron a obrar con justicia y misericordia», escribió, «incluso en un mundo que parecía haberse vuelto loco [759] ». Ordenó a sus hombres que no disparasen.

El asalto definitivo sobre Dinard se produjo a las 9 de la mañana del día siguiente, 14

de agosto. Al principio, se hicieron con los primeros objetivos rápidamente, hasta que

por la tarde tuvieron que cruzar campo abierto y, una vez más, se encontraron bajo fuego letal del enemigo. A pesar de todo, siguieron avanzando y, alrededor de las 4 de la tarde, habían llegado a la orilla y, por fin, los cañones se quedaron en silencio. En la operación Saint-

Malo-Dinard se tomaron unos trece mil prisioneros enemigos, pero se pagó un alto precio. En la Compañía A sólo quedaban ochenta y cuatro hombres de los ciento ochenta que habían iniciado el avance el 8 de agosto. Y ese número estaba a punto de reducirse a ochenta y tres. Blackburn acudió finalmente a la unidad de primeros auxilios y se puso en la cola de los heridos que aún podían caminar. Todavía ardían los edificios del pueblo y el humo llenaba la atmósfera. Las calles estaban repletas de escombros de la batalla y de cadáveres, tanto de soldados alemanes como de civiles. El hedor era terrible. En cuanto los médicos vieron a Blackburn, le dijeron enseguida que se olvidase de volver con su unidad a corto plazo. Al contrario, lo evacuarían de vuelta a Inglaterra. La campaña de Normandía de Richard Blackburn había terminado.

Quienes habían vuelto a entrar en acción en el sector del VIII Cuerpo eran los hombres del 2.º de Voluntarios de Northamptonshire. Sólo diez días antes, después de Bluecoat, Reg Spittles y sus compañeros se habían quedado con únicamente catorce tanques, pero ahora, una vez más, contaban con su dotación total de sesenta y cinco carros, entre ellos nuevos tanques Challenger, que era un Cromwell equipado con una nueva torreta y armado con un cañón de 17 libras. En la noche del 14 llegaron a las afueras de Vassy, una pequeña población unos sesenta y cinco kilómetros al oeste de Falaise. Sin embargo, por la mañana, la infantería descubrió que la ciudad había sido evacuada y, por lo tanto, siguieron adelante y, gracias a la velocidad de los Cromwell, llegaron a Flers, unos veinte kilómetros al sur, ese mismo día.

La evacuación de Flers era un intento de los alemanes por retirar las unidades del *7.*

Armee que estaban más al oeste. Hitler seguía insistiendo en contraatacar con la fuerza panzer fantasma de Eberbach, pero ahora resultaba claramente imposible. La noche del 14 de agosto, Von Kluge salió de La Roche-Guyon y se dirigió al frente para hablar con Sepp Dietrich en el cuartel general del 5. *Panzerarmee*. Se acordó que la situación era completamente desesperada. Al día siguiente, temprano, Von Kluge salió para ir a reunirse con Eberbach y Hausser en Nécy, a unos diez kilómetros al sur de Falaise. En el camino, fue atacado por *Jabos* y su coche con radio fue destruido. Con ello, no sólo era imposible contactar con el mariscal de campo, sino que nadie sabía dónde estaba, por lo que no podía ejercer ningún tipo de mando. A última hora de esa tarde, Hitler acordó poner a Hausser de forma provisional al mando, pero antes de que esa orden llegara al *5. Armee*, Von Kluge reapareció. Era evidente para todos que la orden de

retirada ya

debería haberse dado antes y, en cualquier caso, era imprescindible darla. No obstante, a pesar de la masacre en las carreteras y a pesar de que sus tropas estaban casi rodeadas por completo, ninguno de ellos se atrevió a desafiar al *Führer*.

Mientras tanto, la operación Tractable se había iniciado el día 14 con un ataque por parte de los canadienses hacia Falaise con el objetivo de cerrar la bolsa. Los alemanes estaban ahora del todo rodeados, por lo que el objetivo era avanzar con rapidez hacia el sur y cerrar la salida a los alemanes que todavía se encontraban en la bolsa. Una vez más, el plan era del general Simonds, quien decidió actuar de forma parecida a Totalize.

Habría columnas de armas combinadas, intensos bombardeos y muchos blindados para abrir brecha, aunque esta vez atacarían de día, amparándose en cortinas de humo para cubrir su avance.

La Segunda Fuerza Aérea Táctica de Coningham atacó primero con bombarderos medios a las 11.37 de la mañana, luego, ochocientos cinco aviones del Mando de Bombardeo hicieron a su aparición a partir de las 2 de la tarde. En su mayor parte, el bombardeo fue increíblemente preciso hasta que, a mitad de las salidas, algunos aviones lanzaron sus bombas sobre una cantera en la que había un regimiento de artillería canadiense. Los canadienses dispararon bengalas de advertencia amarillas, pero, desafortunadamente, por uno de esos errores terribles, fortuitos pero trágicos, que se dan en la guerra, las bengalas que señalaban los objetivos también eran amarillas aquel día. Desde el suelo, el sargento Charlie Martin comprendió lo que estaba sucediendo. «¡Eso sí que fue pasar miedo! Estábamos indefensos», escribió. «Otros aviones británicos, que al parecer se habían dado cuenta de lo que pasaba, estaban acosando a sus propios bombarderos, disparándoles y obstaculizándolos en un intento de advertirles que se alejaran [760] ». Lo único que podían hacer los canadienses era lanzar más bengalas con humo amarillo, pero con ello estaban, literalmente, echando más leña al fuego. La mayoría lograron ponerse a cubierto en sus trincheras, pero trece hombres murieron, cincuenta y tres resultaron heridos, y varios vehículos y cañones fueron destruidos. Charlie Martin estuvo a punto de contarse entre las víctimas, pero en el último momento optó por refugiarse en una casa cercana en lugar de en su trinchera.

Cuando terminó el bombardeo, descubrió que su trinchera había recibido un impacto directo.

Las cortinas de humo también causaron confusión, y luego los canadienses, británicos y polacos del II Cuerpo canadiense tuvieron que cruzar el río Laize. Hubo intensos combates toda la tarde, con la 12. SS y los últimos restos de las divisiones de infantería alemana tratando de resistir ante la abrumadora potencia de fuego enemiga.

Esa tarde, Kurt Meyer perdió a otro viejo amigo en quien confiaba, el *Sturmbannführer* Karl-Heinz Prinz, comandante de II. *SS-Panzer-Regiment* 12. «Una vez más fui testigo de

la última batalla de un amigo guerrero», escribió Meyer. «Prinz había estado conmigo en todos los frentes desde 1940 [761] ». Lo mató un proyectil de artillería, uno de los miles que habían martillado y silbado sobre las posiciones alemanas. También los Thyphoon dispararon sus cohetes contra Meyer, que estaba con uno de los comandantes de su regimiento, Max Wünsche, en la colina 159, una posición que dominaba sus alrededores y que ya estaban atacando tanques e infantería aliados. Los cohetes explotaron a su alrededor y Meyer sintió un dolor ardiente en la cabeza; la sangre resbaló por su rostro.

Se sintió mareado y miró hacia la carretera: su *Kübelwagen* había desaparecido, pero al poco reapareció con uno de sus hombres al volante. Éste instó a Meyer a que subiera de un salto al coche y, juntos, se alejaron a toda velocidad; más tarde, al anochecer, cuando los aliados ya habían cruzado Potigny y se acercaban a Falaise, Meyer ordenó a sus hombres retirarse.

Al día siguiente, el 15, Simonds envió sus divisiones blindadas alrededor de la cada vez más débil fuerza de bloqueo, y Falaise, finalmente, cayó un día después, el miércoles 16 de agosto. Los restos de la *21. Panzer* se dividieron en dos: un *Kampfgruppe*, con todos los tanques, quedó aislado en la bolsa de Falaise, pero el grupo de batalla del *Major* Hans von Luck quedó fuera de la bolsa. Ahora recibió instrucciones de establecer una posición de bloqueo cerca de Vimoutiers, no muy lejos de donde Rommel había sido herido. En La Roche-Guyon, Von Kluge había estado esperando toda la mañana la respuesta a su solicitud de ordenar una retirada general. A las 12.45 de la tarde, finalmente llamó al general Alfred Jodl en el OKW. «No importa cuántas órdenes nos emitan», le dijo Von Kluge, «las tropas no pueden, no tienen la capacidad, no son lo bastante fuertes como para derrotar al enemigo. Sería un error fatídico sucumbir a una ilusión imposible y no hay ningún poder en este mundo capaz de hacer cumplir su voluntad sólo dando una orden. Ésta es la situación [762] ». Después de colgar, ordenó a Speidel que preparase las órdenes de

retirada general. Von Kluge seguía sin recibir respuesta del OKW a las 2.30 de la tarde. Nueve minutos después dio órdenes de retirada. El mariscal de campo fue inmediatamente despedido por esa decisión —

después de todo, Hitler necesitaba un cabeza de turco — y reemplazado por el *Feldmarschall* Walter Model, quien tardaría un mínimo de dos días en llegar al frente.

La lucha continuó. Ken Tout pasó unos días como artillero en un Firefly, mientras se dirigían a Saint-Pierre-sur-Dives para intentar cerrar la bolsa. El 17 de agosto, debido a la escasez de comandantes de tanques, se le dio el mando de un Sherman. Stanley Christopherson

y los Rangers de Sherwood llevaban en acción casi

ininterrumpidamente desde Bluecoat. El 17 de agosto, ayudaron a capturar Berjou, a medio camino entre Vire y Falaise, ya en el extremo occidental de la bolsa de Falaise.

Tomaron la colina en un ejemplo clásico de cooperación de todas las armas, pero no sin sufrir más bajas a causa de la lluvia de proyectiles y morteros que cayó sobre ellos

durante su asalto. El Escuadrón C, para entonces, había perdido a todos sus oficiales excepto al comandante. Esa noche, después de la caída de Berjou, Christopherson caminó hasta el final del pueblo y miró hacia el río Noireau. «Desde ahí», señaló, «tenía una vista maravillosa del campo que nos rodeaba y pude comprender a la perfección por qué los morteros y la artillería habían sido tan precisos. Los alemanes habían podido observar directamente todos nuestros movimientos [763] ».

«Entre el 7 y el 17 de agosto», señaló el teniente Orion Shockley, «cincuenta y tres hombres fueron baja por fuego de mortero, artillería, ametralladora y rifle [764] ». De ellos, once habían muerto. Hacia el 17 de agosto, su compañía y él estaban cerca de Saint-Hilaire-de-Briouze, veinte kilómetros al sur de Falaise, y formaban parte del barrido del Primer Ejército por el sur de la bolsa. Oscurecía cuando se acercaron al pueblo y, al llegar a la carretera, un semioruga alemán apareció lentamente en la curva.

Shockley salió y le disparó con su pistola, le dio en una puerta sin causar daños, y el semioruga siguió, rugiendo, su camino: ése se les escapó.

La mayoría, no obstante, no lo hizo. El campo alrededor de Falaise era, y es, asombrosamente hermoso, por lo general un edén verde y fecundo con un sereno encanto rústico. Entre los campos, bosques y arroyos hay un reguero de poblaciones unidas por estrechos senderos, entretejidos como si fueran una red. Sin embargo, este idílico entorno se había convertido, en esa tercera semana de agosto, en un panorama dantesco en el que las desesperadas tropas alemanas trataban de huir por las últimas rutas disponibles. Saint-Lambert-surDive y Chambois, que habían sido dos de los pueblos más encantadores de toda Normandía, se convirtieron en una trampa mortal cuando hombres, tanques, semiorugas, caballos y carros se encauzaron todos hacia los vados y los estrechos puentes que cruzaban el río. Los alemanes ya no esperaban a moverse sólo por la noche y, durante la ola de calor que asolaba Francia en ese momento de agosto con su sol y sus cielos azules, eran presa fácil para los *Jabos*. El comandante Dick Turner y los combatientes del 354.º Grupo de Caza, que ahora operaban desde una nueva base no lejos de Rennes, entraban en acción todos los días.

Entre el 14 y el 18 de agosto, Turner voló en cinco patrullas, ametralló las columnas alemanas y disparó a todo lo que se movía.

Desde su posición de bloqueo, Hans von Luck era consciente que se estaban peleando los últimos asaltos de la lucha por Normandía; desde allí, tenía una gran perspectiva del campo de batalla y veía cómo los *Jabos* descendían en picado, así como las nubes en forma de hongo de las bombas que explotaban. Recordó el poema de un antiguo caballero de las cruzadas: «Hombre, caballo y carro por el Señor fueron golpeados [765] ». El mismo poema le había venido a la cabeza en otras dos ocasiones: cerca de Moscú en diciembre de 1941 y en el norte de África en 1943.

Mientras tanto, Charlie Martin estaba en Maizières, unos kilómetros al

noreste de Falaise. Ya había visto matanza y destrucción hasta hartarse, pero lo que ahora presenciaba era de una escala completamente distinta. Los caminos hundidos estaban llenos de muertos, con equipo y vehículos quemados. «Éste era el espantoso precio de la guerra», señaló, «los cuerpos de los soldados enemigos, caballos y vacas muertos, carros destrozados, cañones antitanques inutilizados y camiones quemados[766]». El hedor era insoportable. Le angustió ver demasiados civiles entre los muertos. Normandía estaba pagando un precio muy alto por la libertad, ya que una población tras otra eran arrasadas y muchos de sus habitantes perecían. El nivel de destrucción fue verdaderamente colosal: Caen quedó destruida en su mayor parte, al igual que Saint-Lô, Coutances, Vire, Aunay, Villers-Bocage y Falaise, lugar de nacimiento de Guillermo el Conquistador. Y, más allá de estas ciudades, demasiadas aldeas fueron borradas del mapa por completo. Desde luego, el huracán de la guerra había sido terrible.

La bolsa se cerró del todo en la tarde del sábado 19 de agosto después de que los polacos, que se habían curtido rápidamente en combate, tomaran la crucial colina 262, Mont Ormel, a los pies de la que discurría una de las principales rutas de escape alemanas. Desde allí hasta el valle de Dives, la carretera rebosaba muerte y devastación.

En verdad, era una imagen desgarradora de la derrota y del terrible precio de la guerra.

Pero la batalla de Normandía había terminado.

Epílogo

El 22 de agosto, el sargento de escuadrilla Ken Adam vio el campo de batalla en persona, tres días después de que se cerrara la bolsa y salieran de él las últimas tropas alemanas que lograron escapar. Le habían dado un día de permiso al escuadrón, algo muy poco habitual, por lo que otros pilotos y él subieron a un camión y condujeron hacia la zona de Falaise. Pronto deseó no haberlo hecho. Su camión quedó atascado entre una larga columna de blindados británicos que se movía a paso de tortuga a través de la devastación. La carretera, o lo que quedaba de ella, estaba llena de escombros, cadáveres hinchados, ganado y caballos muertos. «El olor era terrible», recordó, y, aunque todos se cubrieron la cara con pañuelos, no sirvió de mucho; el olor dulzón y enfermizo de la muerte se pegó a sus ropas y persistió durante días[767]. «Éste fue mi primer contacto en tierra con los muertos y lo que quedaba del enemigo», dijo.

En el aire, la mayoría de los pilotos estaban en cierta medida aislados de la realidad sobre el terreno. Estar tan cerca del horror le causó una profunda conmoción. Sin embargo, extrañamente, a Adam le afectó más la visión de los caballos y vacas hinchados y podridos que los muchos enemigos muertos. Como judío alemán, su familia y él habían sido expulsados; ya no eran sus compatriotas los que yacían allí, sino el enemigo, como lo eran para el resto del escuadrón. A pesar de todo, el espectáculo era en verdad lamentable y espantoso. Un poco más allá de Saint-Lambert-sur-Dives, por ejemplo, había un camino que bajaba hasta un vado en el río, desde el cual otro camino estrecho y sinuoso, bordeado por setos, subía hasta el pueblo. El camino a ambos lados del vado y el punto de cruce en el río estaban totalmente llenos de muertos y equipo destrozado. Era imposible encontrar un sitio despejado para caminar entre la enorme cantidad de cadáveres, carros rotos, Panther abandonados, cañones de asalto, cañones de campaña y otros deshechos. Han sobrevivido fotografías en blanco y negro de esta desolación y, aunque carecen de color y olor, es difícil no llevarse una mano a la boca ante el horror que muestran.

Algunos escaparon. Willi Müller fue uno de ellos, y también el *Hauptmann* Helmut Ritgen, que había sido evacuado de Normandía antes de Lüttich junto con el resto de los supervivientes de la *PanzerLehr*. El recién ascendido *Oberführer* Kurt Meyer también escapó, aunque por los pelos y con sólo un puñado de hombres; tuvo la suerte de que su división había estado destinada a esa zona antes de la invasión y conocía muy bien el terreno. Eberhard Beck fue hecho prisionero el 21 de agosto, con lo que terminó su calvario.

Para los vencedores, hubo poco descanso, especialmente para las unidades acorazadas, que ahora aceleraban en el avance de todo el frente más rápido de la historia. En ningún otro momento en Europa los ejércitos atacantes habían cubierto tanto territorio tan rápido. Los Aliados superaron incluso la velocidad del asombroso avance alemán a través de Francia en 1940. Cruzaron el Sena el 25 de agosto; ese mismo día cayó París que, por fortuna, no fue destruida por los alemanes antes de retirarse, como había ordenado Hitler. Entre las primeras tropas que entraron en la ciudad estaban las de la división acorazada francesa del general Leclerc. El 10 de septiembre, los ejércitos aliados habían liberado Bélgica y se encontraban en las fronteras de Alemania y Holanda, ayudados por la velocidad de los cazacarros estadounidenses y los tanques Cromwell de fabricación británica. Estos tanques y cazacarros más ligeros a menudo son criticados por no ser Panther o Tiger, pero esos monstruos mecánicamente poco fiables no podrían jamás haber conseguido lo que los Aliados lograron en los días que siguieron al final de la

campaña de Normandía.

Se han vertido muchas críticas a los esfuerzos aliados en Normandía, pero a menudo han venido de historiadores de sillón a los que deslumbran fácilmente las ametralladoras de disparo rápido, los tanques grandes, los diabólicos cañones anticarro y la supuesta brillantez táctica de los alemanes. Se ha culpado a los británicos y canadienses de ser demasiado lentos y pesados, así como de tener demasiado miedo a correr riesgos. Incluso los estadounidenses han recibido críticas por supuestamente aplicar tácticas poco creativas y ser demasiado lentos en el *bocage*. Sin embargo, estas críticas están fuera de lugar y son injustas. A pesar de la increíble potencia de fuego y de la asombrosa cadena logística que construyeron los Aliados, fueron la infantería y los carros de combate quienes tuvieron que tomar la mayor parte del terreno, y nadie puede criticar justificadamente a estos hombres, en su mayoría reclutas de países democráticos y no soldados de estados militaristas totalitarios, por ser demasiado lentos. Los riesgos que corrían eran simplemente enormes y el sacrificio que hicieron, inmenso. El regimiento de los Rangers de Sherwood, por ejemplo, perdió 44 oficiales a pesar de que su dotación de oficiales era de sólo 36. Durante la campaña de Normandía, el regimiento perdió otros 175 hombres de otros grados de los 200 que iban en los tanques durante la campaña de Normandía. El 116.º Regimiento de Infantería perdió el cien por cien de su fuerza de combate. La increíble cinta transportadora que hacía que llegasen continuos refuerzos los mantuvo en marcha, pero estas unidades, que estuvieron en primera línea de frente en Normandía, sufrieron de forma atroz. Por supuesto, hubo fallos y haber tomado algunas decisiones distintas podría haber marcado la diferencia, pero, en general, estos ejércitos de ciudadanos se desempeñaron increíblemente bien.

Se mire como se mire, fue sin duda una gran victoria aliada. Sólo 50 000 alemanes y dos docenas de panzer escaparon de la bolsa de Falaise. Johannes Börner, de la 3.

Fallschirmjäger-Division, fue uno de los sólo doce hombres de su compañía que lo lograron. Dos ejércitos completos, el *7. Armee* y el 5. *Panzerarmee*, fueron, en efecto, aniquilados, incluidos casi todos sus cañones y 2500 tanques, y todo se logró en sólo 74

días, o 77 si se incluye la última parte de la lucha en Normandía, que terminó el 22 de agosto: de hecho, campaña llevó dos semanas menos de lo que Montgomery había conjeturado antes de la invasión. Es cierto que la campaña no resultó exactamente como él había previsto,

pero a Monty y a todos los comandantes superiores que aprobaron el plan de Overlord se les debería perdonar el haber supuesto que los alemanes se iban a retirar por etapas, como lo habían hecho siempre en el pasado. Como Rommel le señaló a Hitler en Margival el 17 de junio, no tenía ningún sentido militar luchar tan cerca de la costa, al alcance de los cañones navales aliados. Más bien, las críticas que en su momento manifestaron Tedder y otros fueron consecuencia de la frustración con la campaña para destruir los sitios de lanzamiento de V-1, de la infalible habilidad de Montgomery para molestar a sus compañeros y de su incapacidad para admitir que la campaña no estaba saliendo exactamente como había planeado. Y, desde luego, no fue según la planeó, pero no tuvo importancia porque, al final, los Aliados se desempeñaron mejor de lo previsto. No debemos perder nunca esto de vista.

Por fortuna, el tiempo transcurrido permite una imagen más matizada y equilibrada, en la que se reinserta el nivel operacional de la guerra, tantas veces ignorado. La gestión de estos ejércitos, fuerzas aéreas y armadas fue realmente asombrosa. Como descubrieron los alemanes, era diabólicamente difícil combatir ofensivamente en Normandía, sobre todo cuando se enfrentaban a un enemigo que sabía librar una guerra mucho mejor que ellos. Como demostró la fugaz gloria de Michael Wittmann en Villers-Bocage, no servía de mucho vencer en un pequeño enfrentamiento táctico si todos los demás elementos del esfuerzo bélico resultaban insuficientes. En casi todos los niveles, los altos mandos alemanes fallaron a sus tropas. Éstas, simplemente, tuvieron que luchar faltándoles de todo y, en consecuencia, se vieron obligadas a bailar al son de los aliados, no al revés. El desgaste continuado de sus célebres divisiones panzer, llevadas a la batalla a trozos y antes de estar listas, garantizó que nunca pudieran maniobrar y operar de la forma para la que fueron diseñadas. Durante demasiado tiempo, se ha pintado la imagen de especialmente los británicos chocando contra el muro que formaban las divisiones panzer, cuando, en realidad, fue al revés.

Las estructuras de mando alemanas eran absurdas: difíciles de operar, divisivas y profundamente inútiles para los hombres y generales obligados a trabajar bajo mandos paralelos, vacilaciones y ordenes contradictorias o confusas. Hitler no sólo estaba demasiado lejos, sino que durante gran parte del tiempo también lo estuvieron Rommel

y luego Von Kluge, así como otros comandantes del ejército germano. Mientras Monty y Bradley acamparon cerca del frente, Rommel permaneció en el lujoso castillo de La Roche-Guyon. Incluso una vez estuvo claro dónde estaba la invasión principal, se quedó quieto. Si no

hubiera estado conduciendo sin cesar yendo y viniendo del frente, sino más cerca de donde debería haber estado, podría haber evitado el ataque que casi acabó con su vida el 17 de julio.

Churchill era escéptico sobre las posibilidades de alimentar con regularidad a tantas bocas aliadas. La logística fue increíblemente complicada y se ejecutó a la perfección.

Para el 4 de septiembre, por ejemplo, el Mulberry B había canalizado 39 743 vehículos, 220 231 personas y, en total, 517 844 toneladas de suministros. Luego estaban las playas en las que, en conjunto, se continuó descargando una media de 16 000 toneladas de suministros diarias. Se proporcionó suficiente combustible para mantener a más de 100

000 vehículos aliados en la carretera. En promedio, un tanque usaba 36 300 litros de combustible a la semana y una división acorazada completa, unos 273 000 litros al día.

Era una cantidad increíble y, sin embargo, los Aliados fueron capaces de ponerla a disposición de sus tropas, principalmente mediante cuatro grandes tuberías que iban de los barcos a la orilla y que se construyeron en cada una de las playas principales para hacer posible que un barco cisterna descargara 600 toneladas de combustible por hora.

Estas tuberías, que se bautizaron con el nombre en clave de «Tombola», fueron otra de las ingeniosas innovaciones aliadas. A mediados de agosto, entró en funcionamiento el oleoducto Pluto, que se había tendido sobre el lecho del mar y conectaba con Inglaterra.

Este oleoducto incluía avances técnicos adicionales, ya que tenía que ser lo bastante resistente como para soportar la presión de estar en las profundidades, sobre el lecho marino y, al mismo tiempo, lo bastante grande y estable para hacer frente a un flujo constante de combustible. Mientras tanto, los alemanes habían centrado gran parte de sus esfuerzos de innovación en armas como los V-1, que mataron a un buen número de civiles, pero ni a un solo soldado en el frente.

En total, 37 divisiones alemanas lucharon en Normandía, con un total de alrededor de medio millón de hombres, y, al final de la campaña, más de trescientos mil estaban muertos, heridos, desaparecidos o habían sido hechos prisioneros. Las cifras exactas son imposibles de confirmar; un registro del ejército afirma que la 12. SS perdió sólo ocho mil hombres de su dotación original de 20 500, pero esta cifra

parece muy baja para una división que escapó de la bolsa de Falaise justo antes de que la cerraran los Aliados con, como máximo y siendo muy optimistas, unos pocos cientos de hombres. La 12. SS dejó de existir a todos los efectos prácticos tras la campaña de Normandía, mientras que la *21. Panzer* perdió todo su arsenal de 167 tanques y cañones de asalto junto con unos 350

oficiales y otros 12 000 suboficiales y soldados. De hecho, de las siete divisiones blindadas atrapadas en la bolsa de Falaise, sólo alrededor de 1300 hombres y dos

docenas de tanques escaparon — de entre 140 000 tropas de las divisiones mejor equipadas y entrenadas de los alemanes y de un total de alrededor de 2500 panzer que habían sido enviados a Normandía —. Ésas son unas estadísticas asombrosas y una demostración de cuán aplastante fue en verdad la derrota de la flor y nata de las unidades alemanas.

Los aliados tuvieron unas 209 000 bajas de entre los más de 2 millones de hombres que atravesaron el canal de la Mancha, 83 045 para el 21.er Grupo de Ejércitos y una cifra aún mayor de 125 847 en las fuerzas terrestres estadounidenses, de las cuales alrededor de 37 000 fueron muertos. Además, las fuerzas aéreas aliadas sufrieron unos 16 714

muertos, un número enorme, mientras que el sufrimiento de los franceses ascendió a 15-20 000 fallecidos, sobre todo a causa de las bombas aliadas. Excluyendo a los prisioneros de guerra alemanes, eso equivale a un ritmo de bajas diarias de alrededor de 6870, peor que el Somme, Passchendaele y Verdún en la Primera Guerra Mundial, tres batallas generalmente consideradas como un punto de referencia para las matanzas sin sentido.

De los hombres y mujeres que aparecen en este relato, la mayoría sobrevivió, aunque muchos de ellos por los pelos. Henry Bowles se recuperó de los seis balazos recibidos y se reunió con su hermano en la Gran Uno Rojo, justo a tiempo para la batalla de las Ardenas, entre diciembre de 1944 y enero de 1945. Bob Slaughter también se reincorporó a filas, al igual que Richard Blackburn. Otros resultaron heridos más tarde, como Bob Roberts y John Raaen, aunque este último permaneció en el ejército estadounidense y ascendió hasta llegar a general. Hans von Luck sobrevivió a la guerra y luego a diez años en un gulag en la Unión Soviética para, finalmente, convertirse en un exitoso hombre de negocios que hizo fortuna con la importación de café desde Sudamérica. También se convirtió en uno de los autores

habituales en los estudios sobre el campo de batalla y los viajes de estudio de la academia militar del Ejército Británico.

«Era un hombre absolutamente encantador», según recuerda el doctor Peter Caddick-Adams, que lo conoció bien durante esas giras, «y capaz de beber absolutamente cualquier cosa sin que tuviera ningún efecto aparente en él [768] ». Un habitual de los estudios canadienses sobre el campo de batalla durante la posguerra fue Hans Siegel, que también se recuperó de las heridas y de la guerra. Richard von Rosen también sobrevivió y luego se casó con la hija de Caesar von Hofacker, quien había sido ejecutado por su participación en el complot de julio contra Hitler. Murió en 2015, a los noventa y tres años. Helmut Ritgen fue otro invitado involuntario en los campos de la Unión Soviética, pero sobrevivió, al igual que Cornelius Tauber, Willi Müller, Eberhard Beck, Karl Wegner y Franz Gockel. Wegner y Gockel regresaron periódicamente a

Normandía en la edad adulta y entablaron amistad con muchos de sus antiguos adversarios.

Kurt Meyer fue hecho prisionero en septiembre de 1944 y llevado a Gran Bretaña, donde, en conversaciones con otros prisioneros que fueron grabadas con micrófonos, reveló la profundidad de su devoción al nacionalsocialismo. Después de la guerra, fue juzgado por crímenes de guerra, y específicamente por el asesinato de prisioneros canadienses en la abadía de las Ardenas el 8 de junio. Aunque fue absuelto de emitir órdenes directas para la ejecución, fue declarado culpable de sus muertes como comandante en jefe de los hombres que la llevaron a cabo. Tras ser condenado a muerte, fue indultado y su pena conmutada a cadena perpetua, que luego sería reducida de nuevo. En 1951, estaba de regreso en Alemania y fue liberado de la prisión en 1955. Dos años más tarde, publicó sus memorias, *Grenadiere*, que pintaban un cuadro de deber heroico y presentaban todos sus actos sin el menor rastro de criminalidad. A pesar de todo, estas memorias siguen siendo una crónica gráfica y vívida de la acción en el frente de las *WaffenSS*.

De entre los pilotos y las tripulaciones de vuelo, Bert Stiles terminó su turno de servicio en los bombarderos, se hizo transferir a los cazas y murió en acción en noviembre de 1944. Gabby Gabreski perdió parte de un ala durante un ataque a objetivos terrestres en Alemania en julio de 1944, se estrelló y fue capturado. Ése habría tenido que ser su último vuelo antes de volver a casa. Después de la guerra, se quedó en las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos y voló en Corea. Igual hizo Dick Turner, que fue enviado a casa poco después de que terminara la

campaña de Normandía. Ken Adam permaneció con el Escuadrón 609 hasta el final de la guerra y luego se convirtió en un célebre diseñador de escenarios cinematográficos. Fue el responsable de la mayor parte del diseño de producción de las películas de James Bond, así como de Chitty Chitty Bang Bang y más adelante ganó un Oscar por *La locura del rey Jorge*. Tenía la estatuilla del premio de la Academia en un rincón de su estudio junto a un modelo a escala de su Typhoon. Tanto Truman Smith como Ken Handley completaron finalmente sus turnos de servicio justo antes del final de la campaña de Normandía y tuvieron vidas largas y fructíferas. Stanley Christopherson también llegó al final de la guerra. En ese momento, los Rangers de Sherwood habían recibido dieciséis honores de batalla **[769]** desde la invasión y, en el transcurso de la guerra, se convirtieron en la unidad del Ejército británico con más honores de batalla. Más adelante en la vida, el tipo siempre encantador y alegre que era Christopherson sufrió terribles episodios de depresión provocados por sus experiencias durante la guerra. Lo mismo le sucedió a John Semken; su guerra tocó a su fin tras cinco largos años en marzo de 1945, cuando sufrió una terrible crisis nerviosa.

Charlie Martin regresó a Canadá con su esposa inglesa, igual que Bob Roberts, aunque éste más tarde se mudó a Gran Bretaña y pasó gran parte de su vida matrimonial y profesional en la costa sur de Inglaterra. Yogi Jenson permaneció en la Marina Real Canadiense antes de retirarse a Nueva Escocia y convertirse en un artista y escritor muy querido. Robert Woollcombe sobrevivió a la guerra y escribió varios libros, incluido un clásico atemporal sobre su experiencia en la guerra, *Lion Rampant*. Reg Spittles también sobrevivió y vivió muchos años, escribió a mano sus memorias y las donó al Museo de Tanques de Bovington. Ken Tout sobrevivió a toda la guerra, se casó, tuvo hijos y una carrera larga y exitosa trabajando para varias organizaciones benéficas, y luego se retiró a la costa de Sussex. Ambrose Lampen, cuyos esfuerzos para crear el puerto Mulberry en Arromanches todavía pueden verse hoy, emigró a California. Denis Edwards, Hubert Fauré y Frank Wright lograron sobrevivir al conflicto, al igual que Richard Todd, quien se convirtió en una de las estrellas de cine más conocidas de Gran Bretaña. Interpretó a Guy Gibson en *The Dam Busters e* incluso participó en *El día más largo*, la célebre película sobre el Día D, con el papel de John Howard. Mary Mulry continuó su trabajo de enfermera hasta el final de la guerra, luego se casó y se estableció en Inglaterra.

Orion Shockley también sobrevivió a la guerra, al igual que Carl Rambo. También lo hicieron Mark Alexander y Dick Winters. Este último se hizo mundialmente famoso después del lanzamiento primero del libro *Hermanos de Sangre* de Stephen Ambrose y, luego, de la

exitosa y aclamada serie de televisión de HBO del mismo título. Walter Halloran no sólo aguantó el resto de la guerra, sino que luego sirvió también en Vietnam. Todos llegaron a viejos. Sin embargo, el legendario corresponsal de guerra Ernie Pyle no tuvo esta suerte. Le ofrecieron la oportunidad de ir al Pacífico y estaba cubriendo la batalla de Okinawa en abril de 1945 cuando murió por los disparos de una ametralladora japonesa. Su pérdida fue muy llorada en Estados Unidos, donde se había convertido en uno de los escritores más queridos del país.

De entre los comandantes, Günther von Kluge se suicidó el 20 de agosto de 1944, mientras que Rommel se recuperó de su accidente sólo para verse acusado de participar en el complot contra Hitler. Cuando lo visitaron dos hombres de las SS en su casa en octubre de 1944, se le dio a elegir: tomar inmediatamente cianuro y tener un funeral de estado, o permitir que lo arrestasen, juzgaran, declararan culpable y ejecutaran por traición de forma ignominiosa. Después de despedirse de su amada esposa e hijo, escogió el cianuro. Tras terminar la guerra, Speidel trató de presentar a Rommel como un gran héroe comprometido con derrocar a Hitler, pero, en realidad no hay ninguna prueba de que estuviera involucrado en la conspiración. El propio Speidel se las apañó de algún modo para sobrevivir a la caza de brujas posterior al complot de julio y luego sirvió en el ejército de Alemania Occidental. Fritz Bayerlein comandó un cuerpo y más

tarde un ejército, y fue, como Heinrich Eberbach y Geyr von Schweppenburg, hecho prisionero al final de la guerra. Los tres ayudarían luego a los estadounidenses con entrevistas y estudios escritos sobre la perspectiva alemana en la guerra.

Montgomery y Bradley permanecieron en el cargo y escribieron memorias de posguerra, en el caso de Bradley dos veces, con Chet Hansen como negro literario de una de las versiones. Eisenhower sirvió dos mandatos como presidente de Estados Unidos. Pete Quesada permaneció en la fuerza aérea y vivió hasta la vejez, pero Mary Coningham murió en un accidente aéreo sobre el triángulo de las Bermudas en enero de 1948, mientras que tanto Trafford Leigh-Mallory como el almirante Bertram Ramsay murieron de manera similar en sendos accidentes aéreos, ambos antes de que 1944

tocara a su fin. El general Patton también murió prematuramente, en su caso en un accidente automovilístico en Alemania tras el final de la guerra, para cuando ya se había convertido en uno de los generales aliados más famosos y celebrados de todo el conflicto. Sin embargo, al igual que Monty, ha seguido siendo una figura controvertida desde

entonces.

Robert Leblanc consiguió sobrevivir a las disputas intestinas y al riesgo de traición y más tarde comandó un batallón semiformal de tropas francesas. Después de la guerra fue aclamado como un héroe de la *Résistance*. Geneviève Dubosq también sobrevivió a la guerra, al igual que toda su familia. El general Charles De Gaulle, por su parte, se convirtió en presidente elegido democráticamente y, por tanto, por fin, en el líder de la Francia libre.

A Normandía, y de hecho a toda Francia, les llevó tiempo recuperarse de la terrible experiencia de la guerra. Normandía, sobre todo, tardó muchos años en reconstruir las ciudades, pueblos y aldeas destrozados. Durante un tiempo, los tanques destruidos y otros restos de la guerra cubrieron los campos, y los agricultores pudieron sacar una buena suma de dinero gracias a la ingente cantidad de chatarra que se acumulaba en ellos; los restos del Tiger de Michael Wittmann estuvieron en el granero de un granjero durante décadas. Sin embargo, gradualmente, y sobre todo después de que las naciones combatientes crearan grandes cementerios para los miles de muertos en la batalla, Normandía se convirtió en un importante destino de peregrinaje. Se reconstruyeron los campanarios de sus iglesias, las huellas de los tanques desaparecieron y la vida volvió a la normalidad. Hoy, Normandía es una parte del mundo asombrosamente hermosa. En Utah, Omaha, Gold, Juno y Sword, ahora hay turistas, *kitesurfistas* y niños disfrutando de la exuberante arena y del mar. Sin embargo, quedan viejos búnkeres, y han surgido museos a lo largo de la costa. La guerra se ha convertido en una lucrativa industria: Normandía prospera con la batalla de 1944, y es difícil criticarla por la floreciente economía que ha generado en torno a la guerra después de todo el sufrimiento que soportó.

La historia de la batalla en sí misma ha evolucionado, la narrativa ha cambiado a medida que lo ha hecho el mundo, y gran parte de ella se ha convertido en mito. Sin embargo, es importante recordar lo que sucedió, allá por 1944, y reconocer los enormes sacrificios y la muerte y destrucción que tuvieron lugar. Fue una batalla terrible, y lo que la siguió, hasta la rendición final de Alemania en mayo de 1945, fue igualmente espantoso. No obstante, de esta tragedia surgió un mundo mejor y, sin duda, una Europa mejor. Para las principales naciones combatientes, siguieron muchos años de paz, una paz que todavía se disfruta hoy en día.

No hace mucho, subí al Mont Ormel, la ubicación del final de la

batalla de Normandía. Es un lugar precioso. Desde ese maravilloso mirador vi toda la zona de la bolsa de Falaise desplegada ante mí. El sol veraniego hacía brillar los colores del campo, que presentaba un paisaje de belleza tranquila, de innumerables prados, pequeños pueblos, campanarios de iglesias y fértiles tierras de cultivo. Resultaba casi imposible creer que ahí abajo y en la propia carretera, justo a la izquierda de donde estaba, habían sucedido alguna vez escenas tan terribles de sufrimiento y desolación como las que hemos recogido en este libro. La belleza de Normandía es una demostración extraordinaria del poder de regeneración del mundo en el que vivimos, pero también de que debemos cuidarlo y no olvidar nunca la facilidad con la que podemos empujar este paraíso de nuevo hacia el caos.

Glosario



ADC

ayuda de campo

Ballena

Sección de muelles flotante.

C-en-J

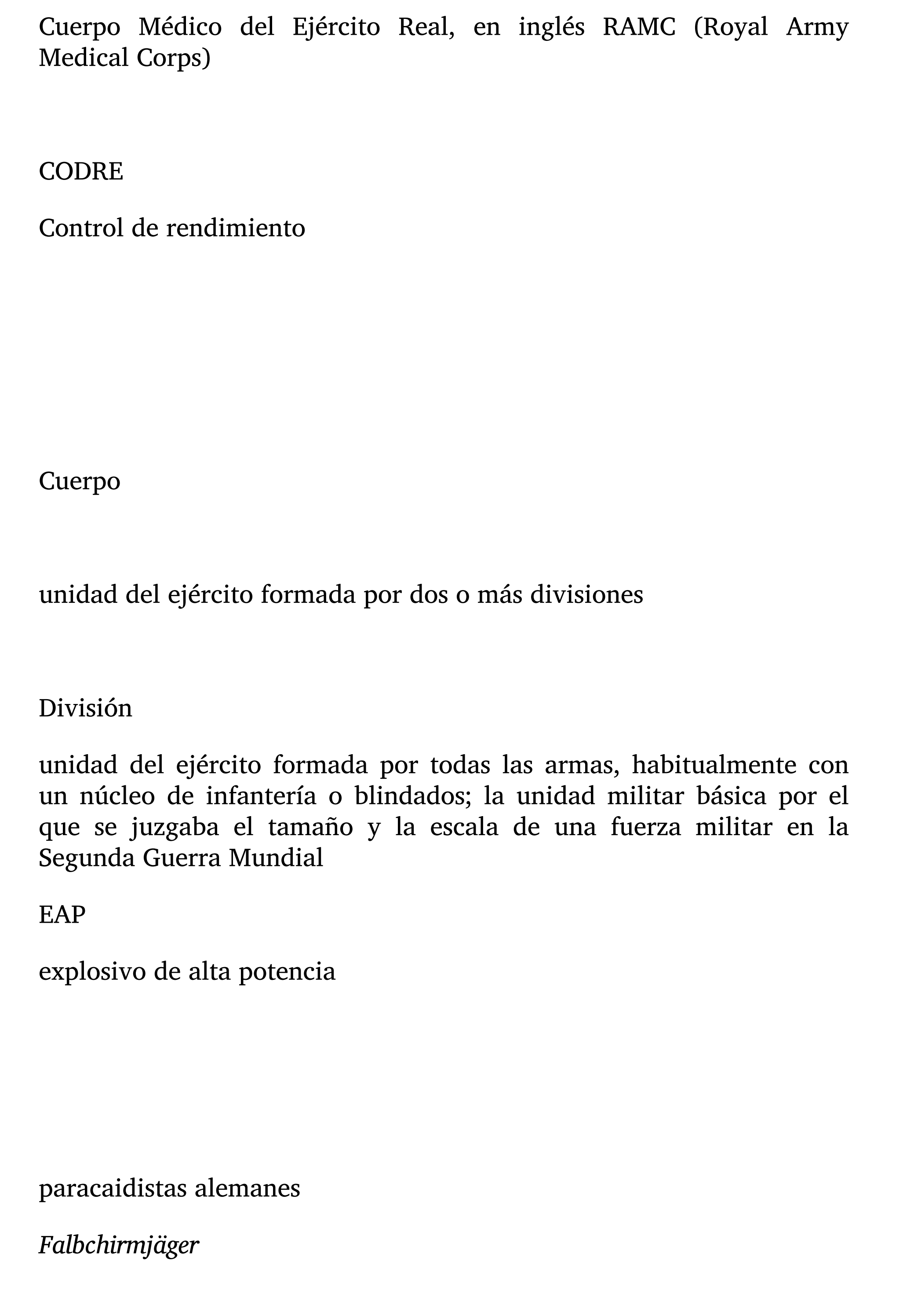
comandante en jefe

También *leaguer*. Forma de posicionar los tanques de noche en el Campamento

en frente, habitualmente en círculo, con los cañones apuntando hacia Círculo

afuera.

CMER



Cuerpo Médico del Ejército Real, en inglés RAMC (Royal Army Medical Corps)

CODRE

Control de rendimiento

Cuerpo

unidad del ejército formada por dos o más divisiones

División

unidad del ejército formada por todas las armas, habitualmente con un núcleo de infantería o blindados; la unidad militar básica por el que se juzgaba el tamaño y la escala de una fuerza militar en la Segunda Guerra Mundial

EAP

explosivo de alta potencia

paracaidistas alemanes

Falbchirmjäger

cabo

Gefreiter

Gooseberry

hilera de mazorcas que forman un rompeolas

Grupo de Ejércitos

Heeresgruppe

IO

indicador de objetivo

Maquis

grupo de combatientes de la resistencia francesa

Mazorca

cada uno de los barcos de bloqueo individuales hundidos para formar un rompeolas submarino

OAB

observador avanzado de bombardeo (naval)

OB West

Oberbefehl West: Alto Mando Alemán en el Oeste.

coronel

Oberst

teniente-coronel

Obersturmbannfüher

OKW

Oberkommando der Wehrmacht: Estado Mayor de Operaciones Combinadas Alemán

OM

oficial al mando (también CO: comandante)

planchas de acero perforado (malla metálica para crear pistas de PAP aeródromos utilizables en todos los tiempos).

Fénix

parte mayor del Mulberry; un cajón, un bloque de la muralla del puerto

PM

puesto de mando

PO

puesto de observación

PRV

punto de recogida de vehículos

RMC

Marina Real Canadiense

RPI

Regimiento de Paracaidistas de Infantería

RRT

Real Regimiento de Tanques

Batallón de Tanques Pesados

Schwere

Panzerabteilung

Spud

muelle flotante que podía elevarse y descender con la marea

Standartenführer

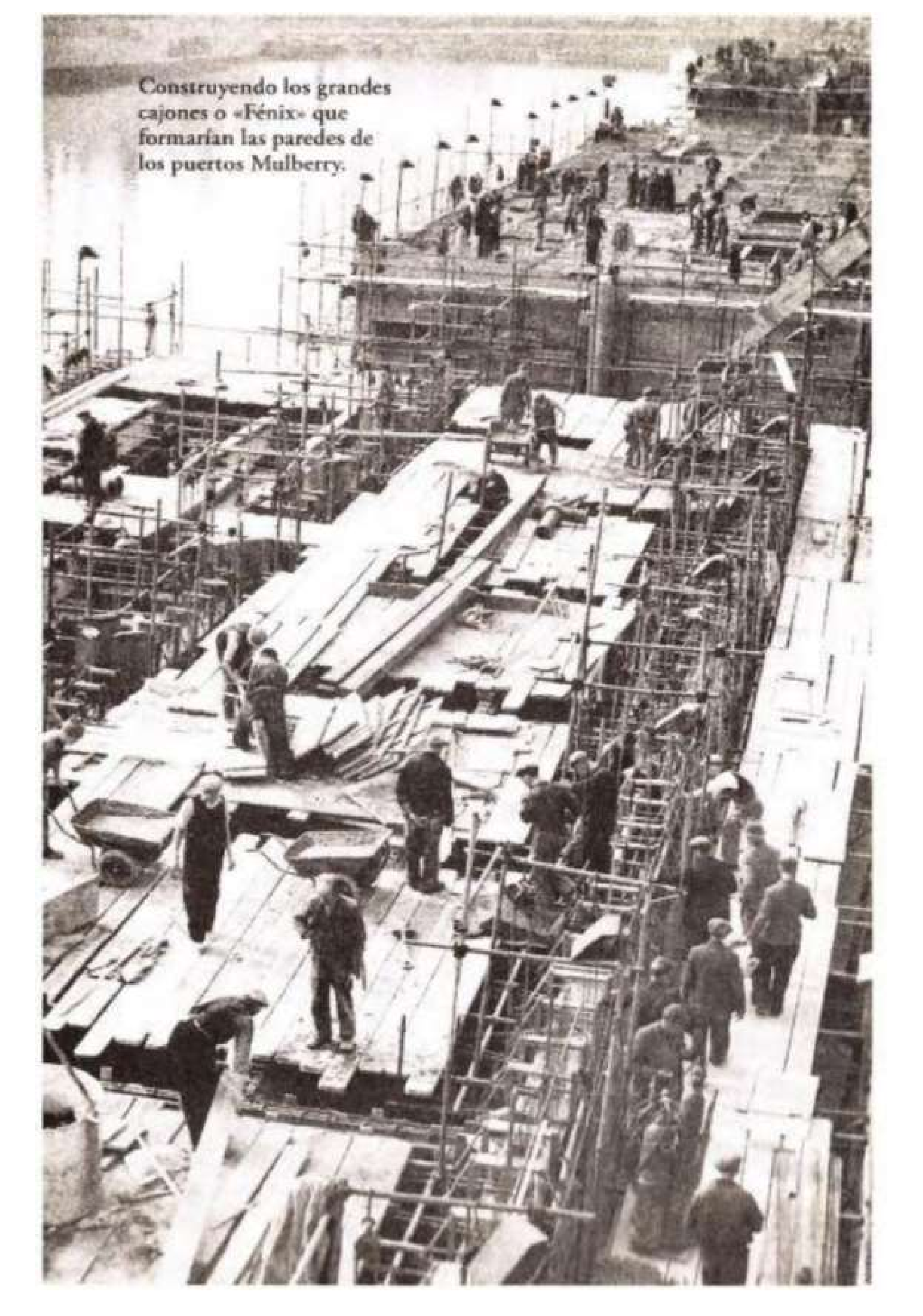
Equivalente a *Oberst* en las *WaffenSS*

Sturmbannführer

Equivalente a *Major* en las *WaffenSS*

WN

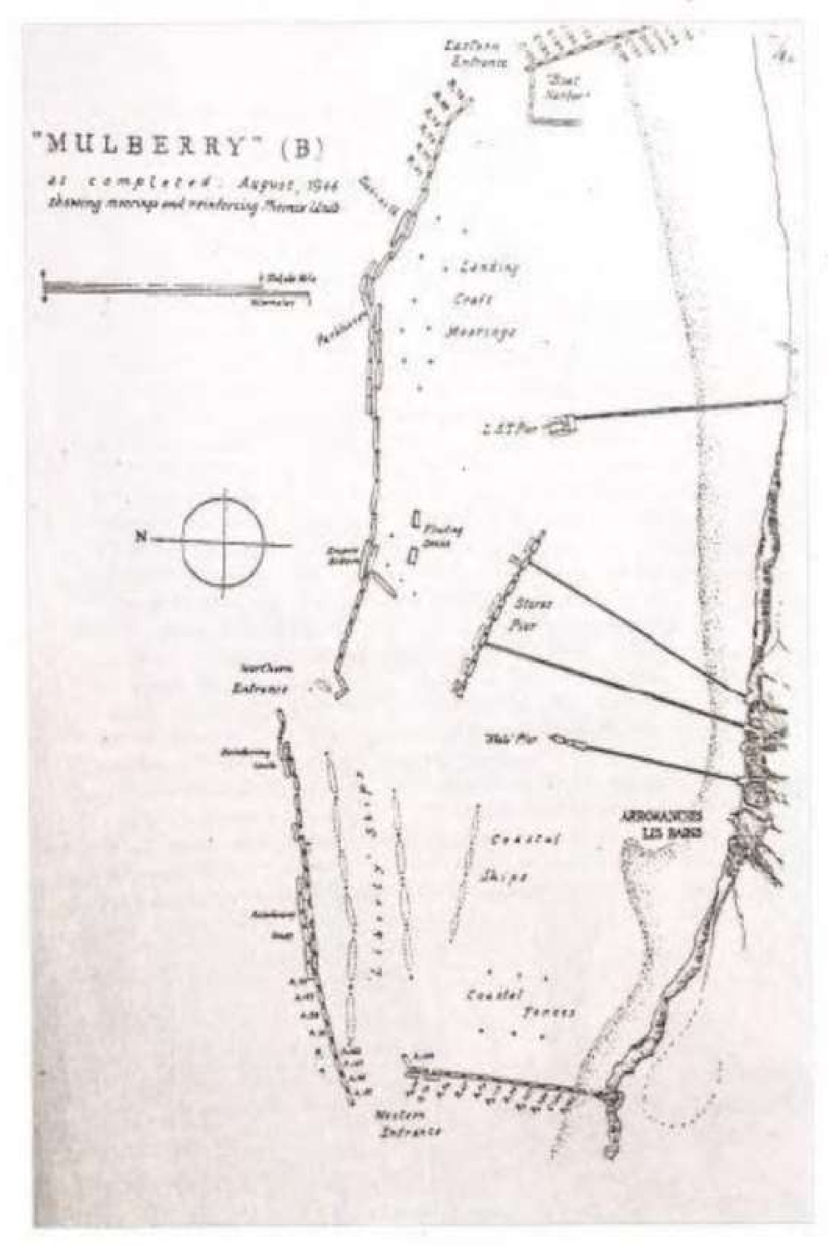
Widerstandsnest posición defensiva fortificada



Construyendo los grandes cajones o «Fénix» que formarían las paredes de los puertos Mulberry.

Puerto artificial Mulberry B en Arromanches

Un boceto tomado de los documentos del teniente Ambrose Lampen.



Batallón de infantería británico

Dotación en guerra: 36 oficiales, 809 soldados. Total: 845.

		Compañía del Cuartel General			Compañía de apoyo					4 compañías de rifles (A, B, C, D)	
	Cuartel general del batallón	Cuartel general	Sección de comunicaciones	Sección administrativa	Cuartel general	Sección de morteros de 3 pulgadas	Sección de transporte	Sección antitanque	Sección de pioneros	Cuartel general	Secciones 3
Comandante de batallón *Teniente coronel*	1										
Segundo al mando – *Mayor*	1										
Mayor/Capitán		1			1					1	
Adjuntos (Capitán)	1										
Capitanes								1	1	1	
Subalternos	1		1	1		1	1	1	1		1
Intendente				1							
TOTAL DE OFICIALES	4	1	1	2	1	1	1	2	1	2	1
Suboficiales mayores y otros grados	45	5	35	51	8	41	60	51	21	14	36
TOTAL	49	6	36	53	9	42	62	53	22	16	37

Personal adjunto 1 capellán (Departamento de Capellanes del Ejército Real)

Oficial médico *(Cuerpo Médico del Ejército Real)*	1										
Armeros y mecánicos *(REME)*				3		1	1	2			
Zapatero *(Cuerpo de Municiones del Ejército Real)*				1							
Cocineros *(Cuerpo de catering del Ejército)*				15							

Análisis del personal del 21.er Grupo de Ejército Agosto 1944[1]

ARMAS	
Artillería real	18%
Infantería (inc. tropas aerotransportadas)	14%
Reales Ingenieros	13%
Real Cuerpo Acorazado	6%
Real Cuerpo de Transmisiones	5%
TOTAL	**56%**
SERVICIOS	
Cuerpo de Servicios del Ejército Real	15%
Cuerpo de Pioneros	10%
Reales Ingenieros Eléctricos y Mecánicos	5%
Cuerpo Médico del Ejército Real	4%
Departamento de Capellanes del Ejército Real	
Cuerpo de Municiones del Ejército Real	
Cuerpo de Pagos del Ejército Real	
Cuerpo de Veterinarios del Ejército Real	
Cuerpo de Formación del Ejército Real	
Cuerpo de Inteligencia	10%
Cuerpo de Preparación Física del Ejército	
Cuerpo de Catering del Ejército	
Cuerpo de Policía Militar	
Cuerpo del Preboste Militar	
TOTAL (para servicios)	**44%**

[1] *Porcentajes basados en 660 000 hombres.*

[2] *El porcentaje relativo de artillería resultó de la doctrina militar desarrollada durante la Primera Guerra Mundial.*

Real Regimiento de Artillería

Un solo cuerpo que reclutaba, entrenaba e instruía en el uso de los diversos medios de los que disponía este armamento. Todas las unidades estaban numeradas y mantenían el nombre tradicional del regimiento.

Composición

1. Regimientos del Ejército Regular o del Ejército Territorial.

2. Regimientos de la antigua caballería montada del Ejército Territorial (Yeomanry), transferidos a la Real Artillería. Tradicionalmente mantenían su nombre original y, al mismo tiempo, tenían un número, v. gr. 153.º Regimiento de Campo (de Yeomary de Leicestershire), Real Artillería, Ejército Territorial.

3. Regimientos de la Real Artillería a Caballo transferidos a las divisiones acorazadas, de los cuales ciertas baterías preservaron las tradiciones de la Honorable Compañía de Artillería.

4. Regimientos procedentes de batallones de infantería convertidos.

5. Baterías de contramorteros. Grupos para detectar morteros por radar o sonar. Fueron incorporados a las divisiones a partir de julio de 1944.

6. Baterías de reflectores. Unidades de reflectores adjuntas a los regimientos antiaéreos de la reserva general.

7. Escuadrones de puestos de observación aérea. Escuadrones de aviones ligeros utilizados para observación y avistamiento de artillería, adjuntos al ejército o a un cuerpo de ejército. Los pilotos y los observadores pertenecían a la Artillería Real, mientras que los aviones y la tripulación de tierra eran responsabilidad de la RAF.



43.ª (Wessex) División de Infantería (**Comandante:** general de división G. I. Thomas)

Creada: septiembre de 1939 (*división territorial de primera línea*) **Campaña del NO de Europa:** 24 de junio de 1944-31 de agosto de 1945 **BATALLAS: 1944** – 25 de junio – 2 de julio: *Río Odón* / 4 – 18 de julio: Caen / 18 – 23 de julio: *Cresta de Bourguébus* / 30 julio – 9 de agosto: *Mont Pinçon* / 17 – 27 de septiembre: *Nederrijn* **1945** – 8 de febrero – 10 de marzo: *Renania* / 23 de marzo – 1 de abril: *Rin*

Cuartel general

- 43 Regimiento de Reconocimiento (RAC)
- 8.º Batallón del Regimiento de Middlesex (MMG)
- 43 Compañía del preboste, CMP
- Unidad Postal (RE)
- 43.º Regimiento de Transmisiones de la división, Real Cuerpo de Transmisiones

CG	CG	CG	CG	CG	CG	CG	CG	CG
129.ª Brigada de Infantería	130.ª Brigada de Infantería	214.ª Brigada de Infantería	Artillería de la División Real de Artillería	Ingenieros de la División Reales Ingenieros	CSER de la división	CSUER de la división	RIEM de la división	Cuerpo Médico del Real Ejército
4.º Batallón de Infantería Ligera de Somerset	7.º Batallón Regimiento de Hampshire	7.º Batallón de Infantería Ligera de Somerset	92.º Regimiento de Campo	207.ª Compañía de Campo del Parque	204.ª Compañía de Campo	43.ª Compañía de Campo del Parque	129.ª Brigada de Infantería Taller	129.ª Ambulancia de Campo
4.º Batallón Regimiento de Wiltshire	4.º Batallón Regimiento de Dorsetshire	1.º Batallón Regimiento de Worcestershire	112.º Regimiento de Campo	204.ª Compañía de Campo	260.ª Compañía de Campo	306.ª Unidad Móvil de Lavandería y Baño	130.ª Brigada de Infantería Taller	230.ª Ambulancia de Campo
5.º Batallón Regimiento de Wiltshire	4.º Batallón Regimiento de Dorsetshire	5.º Batallón de Infantería Ligera del Duque de Cornualles	179.º Regimiento de Campo	260.ª Compañía de Campo	553.ª Compañía de Campo		214.ª Brigada de Infantería Taller	213.ª Ambulancia de Campo
			59.º Regimiento Anticarro	553.ª Compañía de Campo	106.ª Compañía divisional			14.ª Estación médica de Campo
			110.º Regimiento Antiaéreo Ligero	13.ª Sección de Puentes				15.ª Estación médica de Campo
								38.ª Sección de Higiene de Campo

Comandantes de la 129.ª Brigada: general de brigada G. H. L. Luce (herido; muerto 14 nov. 1944); general de brigada J. O. E. Vandeleur (15 nov. 1944).

Comandantes de la 130.ª Brigada: gen. de brig. N. D. Leslie; gen. de brig. B. B. Walton (17 agos. 1944); gen. de brig. B. A. Coad (7 Oct. 1944) **Comandante de la 214.ª Brigada:** gen. de brig. H. Essame

Regimiento Acorazado Británico





















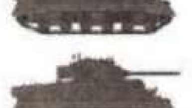








































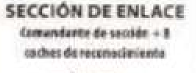


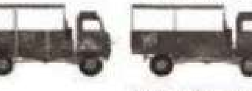






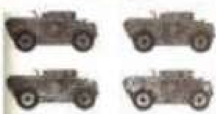




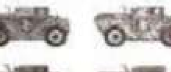
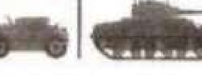








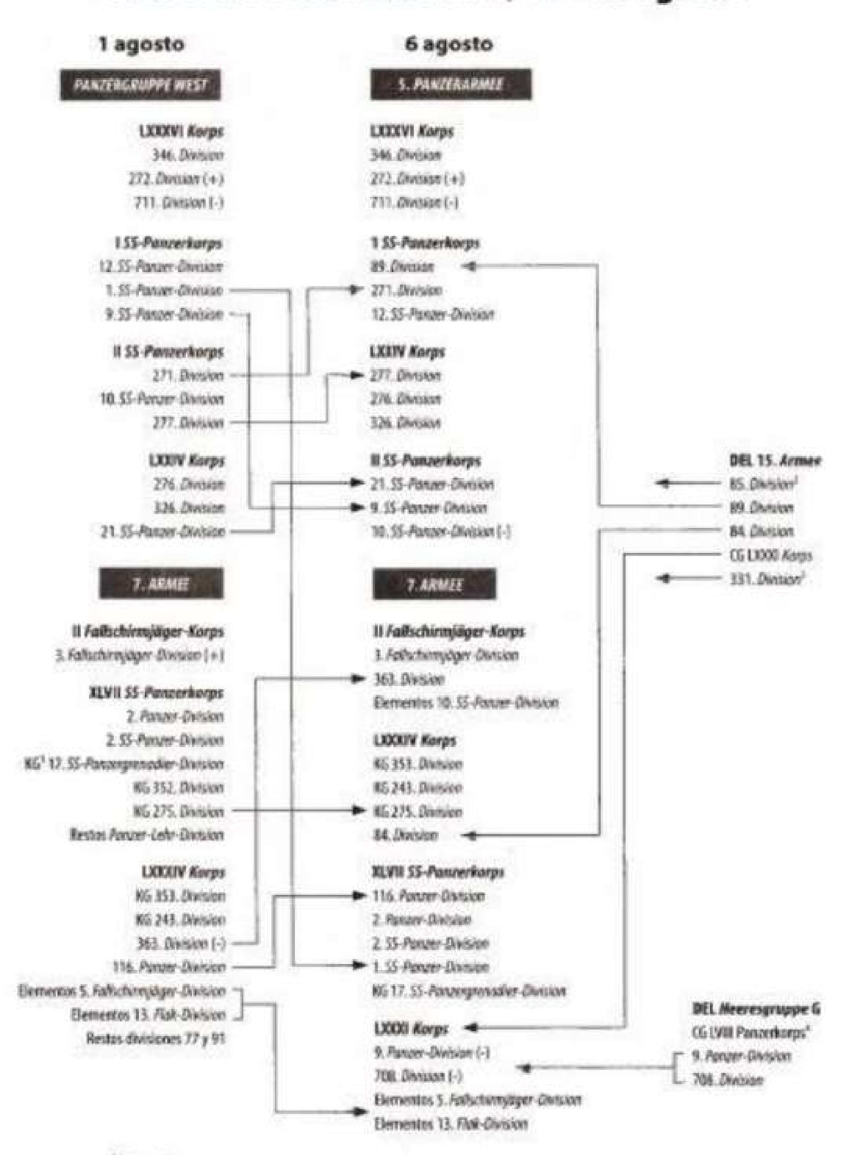




CG REGIMENTAL
PUESTO DE MANDO DEL COMANDANTE DE CUERPO
Personal del puesto de mando
Vehículo ligero del CG regimental
4.º tanque
Tanque OP (observación avanzada)
Tanque OP (observación avanzada)
Tanque del comandante del regimiento
SECCIÓN AA
Comandante de sección + 7 tanques
SECCIÓN DE RECONOCIMIENTO
Comandante de sección + 10 tanques
SECCIÓN DE ADMINISTRACIÓN (incluye 8 motocicletas)
Enlace
Segundo al mando
Enlace
Taller
Oficial de revista
Evacuación médica
Oficial de transmisiones
Oficial de intendencia
Oficial de comedor
Camiones de municiones
Camiones cisterna de la cantina
Camiones comedor
Camiones de transporte
Taller
SECCIÓN DE ENLACE
Comandante de sección + 8 coches de reconocimiento

Orden de batalla alemán, 1-6 de agosto



[1] *Kampfgruppe.*

[2] **En ruta hacia el 5. *Panzerarmee.* Elementos de vanguardia al sur de Ruan el 6 de agosto.**

[3] **En ruta hacia el 7. *Armee.* Elementos de vanguardia cerca de Briouze el 6 de agosto.**

[4] **El cuartel general LVIII *Panzerkorps* asumió el mando de las divisiones 271 y 277 en el frente del *Panzergruppe* Westel 2 de agosto. Fue reasignado al 7. *Armee* el 6 de agosto.**

División de Infantería alemana

Tipo 2 regimientos: dotación total: 9859

- **DIVISIÓN DEL CG**
  - SECCIÓN DE MAPAS Y REPRODUCCIONES
  - POLICÍA MILITAR
- **FUS CG (CICLO)**
  - COMPAÑÍA DEL CG
  - SECC. RIFLE
  - SECC. RIFLE
  - SECC. RIFLE
  - PEL. MORT 81 mm.
  - PEL. LANZALLAMAS
- **BATALLÓN DE SEÑALES**
  - BATALLÓN DEL CG
  - COMPAÑÍA DE TELÉFONOS
  - COMPAÑÍA DE RADIO
  - SEÑALES LUMINOSAS CLM
- **REG. INFANTERÍA**
  - CG DEL REG.
  - COMPAÑÍA DEL CG DEL REG.
  - BATALLÓN DE INFANTERÍA
  - BATALLÓN DE INFANTERÍA
  - BATALLÓN DE INFANTERÍA
  - COMPAÑÍA DE INFANTERÍA DE HOWITZER
  - COMPAÑÍA ANTICARRO
  - INFANTERÍA LIGERA CLM
- **REG. INFANTERÍA**
  - CG DEL REG.
  - COMPAÑÍA DEL CG DEL REG.
  - BATALLÓN DE INFANTERÍA
  - BATALLÓN DE INFANTERÍA
  - BATALLÓN DE INFANTERÍA
  - COMPAÑÍA DE INFANTERÍA DE HOWITZER
  - COMPAÑÍA ANTICARRO
  - INFANTERÍA LIGERA CLM
- **REG. ARTILLERÍA**
  - CG DEL REG.
  - CG DEL REG. BTRY
  - BATALLÓN DE ARTILLERÍA LIGERA
  - BATALLÓN DE ARTILLERÍA LIGERA
  - BATALLÓN ANTICARRO CAÑÓN 88 mm
- **BA ANTIAÉREO Y ANTICARRO**
  - BATALLÓN DEL CG
  - COMPAÑÍA ANTICARRO (MOTORIZADA)
  - COMPAÑÍA ANTIAÉREA (AUTOPROPULSADA)
- **BN DE INGENIEROS**
  - BATALLÓN DEL CG
  - COMPAÑÍA DE INGENIEROS
  - COMPAÑÍA DE INGENIEROS (CICLO)
- **DIV SERV**
  - DIV APOYO
  - COMP TALLER
  - ADMIN
  - UNIDADES MÉDICAS
  - COMP VETERINARIA
  - OFICINA DE CORREOS

Leyenda

AA = Antiaéreo
AC = Anticarro
OB = Obús
MTR-DR = Motorizada
SP = autopropulsada

UNIDAD	Personal	MG ligeras	MG pesadas	Morteros de 81 mm	Morteros de 120 mm	Lanzallamas	Cañones antiaéreos de 20 mm	Cañones anticarro de 75 mm	Cañones anticarro de 88 mm	OB. de infantería de 75 mm	OB. de infantería de 150 mm	Cañones / obuses 105 mm	Vehículos a motor	Motocicletas	Vehículos tirados por caballos	Caballos
CG División	150	2											48	15		
Compañía a pie	120	16		2		2							5	3	5	20
Batallón transmisiones	402	11											86	20	6	25
Reg. de Inf.	2,645	178	24	18	12			3		6	2		51	44	244	631
Reg. de Inf.	2,645	178	24	18	12			3		6	2		51	44	244	631
Reg. de Art.	1,755	43							12			24	52	28	106	968
Bat. antiaéreo/ Anticarro	350	17					12	14					88	24		
Bat. ingenieros	397	22	4	4		14							3	7	35	68
Servicios de la división	1,395	30											159	33	86	391
TOTAL	9,859	497	52	42	24	16	12	20	12	12	4	24	543	238	726	2,734

División *Panzer Waffen-SS* Dotación total 17 262

- DIVISIÓN DEL CG
  - SECCIÓN DE MAPAS Y REPRODUCCIONES
- COMPAÑÍA DEL CG DE LA DIVISIÓN
  - COMPAÑÍA DEL CG
  - PCL. ANTITANQUE 20 mm
  - PCL. MOTOCICLETAS
  - PCL. PANZER-GRENADIER
  - PCL. MG PES
  - TREN
- BATALLÓN ACOR RECON
  - BATALLÓN DEL CG
  - COMPAÑÍA DEL BATALLÓN DEL CG
  - COMPAÑÍA ACORAZADA C (SEMIORUGA)
  - CO. ACORAZADA LIGERA RCN (SEMIORUGA)
  - CO. ACORAZADA RCN (SEMIORUGA)
  - CO. HV WP R CB (SEMIORUGA)
  - COMPAÑÍA SUP.
- B. ACOR TRANS
  - CG B.
  - CO. TEL.
  - CO. RADIO
  - CLM TRANS LIGERA
- TQ (PANZER) REGT
  - CG REGT.
  - CG REGT. CO.
  - PZ. ABTW. I B.
  - PZ. ABTW. II B.
  - CO. MANT.
  - CO. SUM.
- PZ-GREN REGT
  - CG REGT.
  - CO. CG REGT.
  - I B. PZ-GREN (ACOR)
  - II B. PZ-GREN (MOT)
  - III B. PZ-GREN (MOT)
  - CO. OBUS INF. PESADA (AP)
  - CO. ENGR. (SEMIOR.)
  - CO. AA.
- PZ-GREN REGT
  - CG REGT.
  - CO. CG REGT.
  - I B. PZ-GREN (ACOR.)
  - II B. PZ-GREN (MOT.)
  - III B. PZ-GREN (MOT.)
  - CO. OBUS INF. PESADA (AP)
  - CO. ENGR. (SEMIOR.)
  - CO. AA.

UNIDAD	Oficiales	Suboficiales	Soldados	Rifles/carabinas	Pistolas	Subfusiles	Ametralladoras ligeras	Ametralladoras pesadas	Morteros de 81 mm	Morteros 120 mm	Lanzallamas	Lanzacohetes de 150 o 210 mm	Cañones antiaéreos de 20 mm
CG División	32	31	78	95	44	3							
Co. CG División	3	37	179	138	65	19	16	2	2				4
B. Reconocimiento Acorazado	27	223	692	434	300	206	147	4	10		6		
B. Transmisiones Acorazado	16	103	396	444	69	51	35						
Reg. Tanque (panzer)	70	614	1,087	816	719	245	296						6
Reg. *Panzer-Grenadier*	89	598	2,555	1,957	852	443	284	38	20	12	24		43
Reg. *Panzer-Grenadier*	89	598	2,555	1,957	852	443	284	38	20	12	24		43
Reg. Artillería Acorazada	89	471	1,605	1,636	409	255	109	12					
B. Antiaéreo	22	148	654	729	73	47	22						18
B. Proyector Cohete	14	101	358	380	40	53	18					18	
B. Cañón de Asalto	35	111	218	294	80	70	22						
B. Anticarro	20	166	327	271	142	100	47						
B. Ingenieros armadas	26	132	826	654	254	102	99	6	6		20		
Servicios de la División	64	292	1,529	1,708	165	13	86						
TOTAL	576[1]	3,627	13,059	11,513	4,064	2,050	1,465	100	58	24	74	18	114

[1] Incluyendo 62 oficiales
[2] Incluyendo 359 vehículos acorazados

REGT. ART. ACOR.
- CG REGT.
- BAT. CG RGNT.
- BAT. OBSN.
- B. ART. LIG.
- B. ART. LIG.
- B. ART. MED.
- B. ART. PES.

B. ANTIAÉREO
- B. CG.
- B. CG BAT.
- BAT. AA PESADA
- BAT. AA PESADA
- BAT. ART. LIG.
- CLM. LIG. AA.

B. LANZ. COHETES
- B. CG.
- B. CG BAT.
- B. PROYECTOR COHETE
- B. PROYECTOR COHETE
- B. PROYECTOR COHETE

B. CAÑÓN ASALTO
- B. CG.
- B. CG BAT
- BAT. CAÑÓN ASALTO
- BAT. CAÑÓN ASALTO
- BAT. CAÑÓN ASALTO

B. AC
- B. CG
- B. CG CO.
- CO. AC.
- CO. AC.
- CO. AC.
- CO. SEP.

B. ENGR. ACOR.
- B. CG
- B. CG CO.
- CO. ENGR. (MOT)
- CO. ENGR. (MOT)
- CO. ENGR. (MOT)
- PU. CLM. K
- PU. CLM. J

SERV. DIV.
- SUM.
- ADM.
- MED.
- UNIDADES PRINCIPALES
- PM DET.
- OFICINA POSTAL DE CAMPO

LEYENDA
AA = antiaéreo
AC = anticarro
BAT = batería
PU = puentes
SEMIOR = semioruga
Mot = motorizado
AP = autopropulsado

Cañones anticarro de 20 mm	Cañones anticarro de 28/20 mm	Cañones antiaéreos de 37 mm (AP)	Cañones anticarro de 75 mm (Mot-dr)	Cañones anticarro de 75 mm (AP)	Cañones anticarro de 75 mm (largos)	Ca. anticarro de 75 mm (superlargos)	Cañones antiaéreos de 88 mm	Obuses de infantería de 75 mm (AP)	Obuses de infantería de 150 mm (AP)	Obuses de 105 mm (Mot-dr)	Obuses de 105 mm (AP)	Obuses de 150 mm (Mot-dr)	Obuses de 150 mm (AP)	Cañones de 170 mm	Panzerkampfwagen IV	Panzerkampfwagen V	Vehículos a motor	Motocicletas
																	32	8
				1													31	26
35				11													193	22
																	114	14
		8			64	62									64	62	313	53
								12	6								527	88
								12	6								527	88
										12	12	12	6	12			534	40
							12										181	16
																	107	8
				22													100	11
			12	31													135	17
3	3																212	52
																	323	85
38	3	8	12	69	64	62	12	24	12	12	12	12	6	12	64	62	3,329[2]	530

El general Montgomery (izquierda) con el comandante supremo aliado, el general Dwight D. Eisenhower (derecha).



La batalla por Normandía comenzó mucho antes de la invasión, con un esfuerzo sin cuartel de las fuerzas aéreas aliadas por destruir puentes, vías férreas y estaciones de clasificación en Francia para dificultar al máximo la llegada de las tropas alemanas al frente. Arriba a la izquierda: Un B-17 de la Octava Fuerza Aérea sobrevuela Alemania; y (arriba a la derecha) un Douglas A-20 Havoc de la Novena Fuerza Aérea ataca las vías férreas el 5 de junio de 1944.

Arriba a la izquierda: Un puente ferroviario sobre el río Orne es destruido, mientras que (arriba a la derecha) la estación de Cherburgo está en ruinas.



La 12ª División panzer de las SS «Hitlerjugen» durante una inspección en abril de 1944.





Obstáculos de playa antiinvasión a lo largo de la costa de Normandía. Rommel insistió en que el número de éstos se incrementara masivamente en las últimas semanas antes de la invasión.



Paracaidistas estadounidenses de la 101ª División Aerotransportada a bordo de un C-47 camino de Normandía.

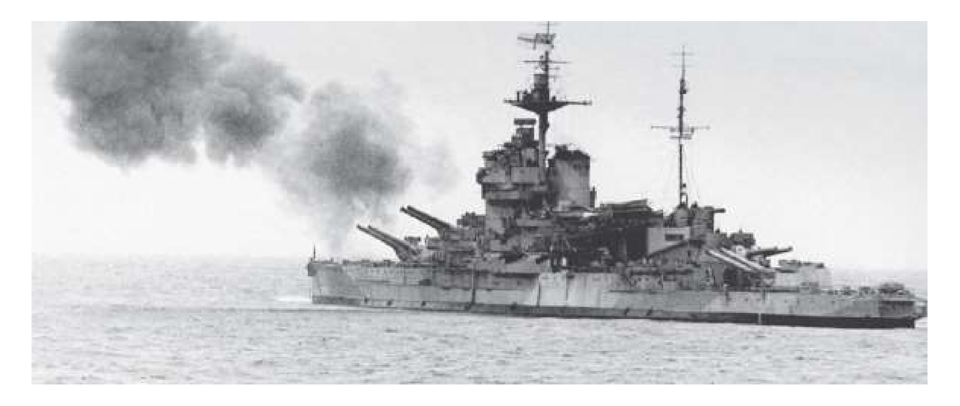
Sección Nan de la playa Juno, donde Charlie Martin desembarcó el día D.



Lancha de desembarco con el 18º Regimiento de Infantería de los

gemelos Bowles en dirección a la playa de Omaha el Día D; detrás está el USS Augusta, a bordo del cual se encontraba el general Omar Bradley.

Tropas de la 1ª División estadounidense acercándose a Easy Red en Omaha hacia las 10.30 a.m. A pesar de la matanza de las oleadas iniciales de tropas y en ciertos puntos de la playa, muchos pelotones de asalto desembarcaron y cruzaron la arena con un mínimo de bajas.



HMS *Warspite* disparando en apoyo de la invasión de la palaya Sword. El poder de fuego naval aliado era inmenso y eclipsaba el número de

cañones alemanes que se oponían al desembarco.

Playa Sword el Día D. La descarga se congestionó mucho con la marea más alta de lo esperado…



Una de las muchas casamatas de hormigón, o Widerstandsnester, a lo largo de la costa de Normandía. Este es el WN100 en Varreville, en la playa de Utah, todavía humeante después de haber sido derribado el

Día D.



Los Rangers de Pointe du Hoc capturan no sólo a soldados alemanes de baja graduación, sino también a trabajadores de la Organización Todt que seguían trabajando en el Muro Atlántico en el momento de la invasión.



Tanques DD Sherman empujando hacia el interior desde la playa Gold.



Tropas británicas frente a la playa de Hermanville-sur-Mer, playa Sword. La casa de detrás sigue allí hoy en día.



Tropas de la 12ª. división panzer de las SS «Hitlerjugend» a su paso por Caen el 7 de junio.

Comandos atrincherados junto a un planeador Horsa cerca de Ranville. Puede que los desembarcos aerotransportados británicos fueran caóticos, pero lograron brillantemente sus objetivos del Día D y aseguraron el flanco oriental según lo previsto.



Las dos primeras bases de desembarco aliadas estaban construidas y operativas al atardecer del 7 de junio, un logro asombroso. Aquí, un ametrallador estadounidense escudriña el cielo mientras a sus espaldas continúan las rápidas obras de construcción del A-4 en Deux-Jumeaux.



Un tanque Churchill lanzallamas, conocido como Crocodile, dispara un chorro de 120 metros de aceite y caucho ardiendo. Los alemanes temían estas terribles armas incluso más que las tropas aliadas al tanque Tigre.

Puente Pegasus el 7 de junio. En el lado más alejado -Ranville-, los planeadores estrellados, aterrizados tan perfectamente, yacen donde se detuvieron poco después de la medianoche del Día D.

Hombres de la 101 Aerotransportada. No estaban tan dispersos en la caída como la narrativa popular ha afirmado.



Muchas tropas «alemanas» no eran alemanas en absoluto. Son del Ost-Bataillone, hombres de los extremos orientales de la Unión Soviética capturados y obligados a luchar por la Alemania nazi..



Un gran cañón estadounidense de 155 mm en acción.



Cromwells y Shermans del 4º County of London Yeomanry dirigiéndose hacia el interior desde la playa Gold el 7 de junio. Estos eran los tanques que pronto estarían en Villers-Bocage.



Port-en-Bessin, capturado por el 47 Comando de marines reales en una operación a menudo ignorada pero vital.

Mulberry A se construiría aquí.



A falta de un puerto de tamaño considerable, los británicos concibieron, construyeron y pusieron a flote a través del Canal dos puertos portátiles, cada uno del tamaño de Dover.





La playa Omaha una semana después del Día D. Además de las Mulberries, se desembarcaban unas 16.000 toneladas diarias directamente en las playas (derecha) utilizando rompeolas y buques de desembarco Gooseberry. Aunque con retraso debido a las condiciones meteorológicas, los Aliados ganaron indiscutiblemente la carrera para construir el frente de Normandía.





El poder aéreo aliado fue absolutamente vital para el éxito de los Aliados. La capacidad de los alemanes para luchar eficazmente se vio enormemente obstaculizada por el inmenso peso del poder aéreo aliado. Arriba a la izquierda: Tropas alemanas de las 12. SS «Hitlerjugend» miran hacia el cielo, mientras (arriba a la derecha) otra columna alemana que se apresura hacia el frente yace en llamas tras ser alcanzada por los temidos Jabos.

La Gran Tormenta del 19 al 21 de junio. Aquí, las olas se estrellan contra el Mulberry A, que quedó irreparablemente dañado.



La cantidad de lluvia también dificultó los desplazamientos, ya que el peso del tráfico de aliados redujo rápidamente las carreteras y pistas a lodazales.



Todos los vehículos alemanes que intentaban desplazarse durante el día eran invariablemente bombardeados por la aviación aliada. Realmente fue increíblemente debilitante, minó la moral y obstaculizó su capacidad de lucha.



Un P-47 Thunderbolt asciende tras atacar objetivos en tierra.

12. Tropas de las SS atravesando el pueblo de Rauray.

Fallschirmjäger (paracaidistas) moviéndose a caballo y en carro. No era forma de luchar en una guerra moderna y mecanizada.

Fotografía de Robert Capa de la rendición de las tropas alemanas en Cherburgo, presenciada e informada por Ernie Pyle el 27 de junio de 1944.



Tanques Churchill y hombres de la 15ª División (escocesa) avanzan a través de la niebla y la llovizna al comienzo de la Operación EPSOM, 26 de junio de 1944.

Fontenay-le-Pesnel, escenario de cruentos combates. Un cañón antitanque Pak 40 de 75 mm derribado junto a su artillero muerto, 25 de junio de 1944.

Shermans de los Sherwood Rangers cerca de Rauray el 30 de junio de

1944. El regimiento raramente quedaba fuera de la acción.



THE BOCAGE

Un Panzer IV bien camuflado entre los setos.

Tropas estadounidenses de la 90ª División de Infantería avanzan con cautela sobre las posiciones alemanas capturadas en el Cotentin.



Shermans americanos alineados a lo largo de un seto. Hasta que añadieron topadoras o cortasetos, tuvieron dificultades para atravesar el bocage.



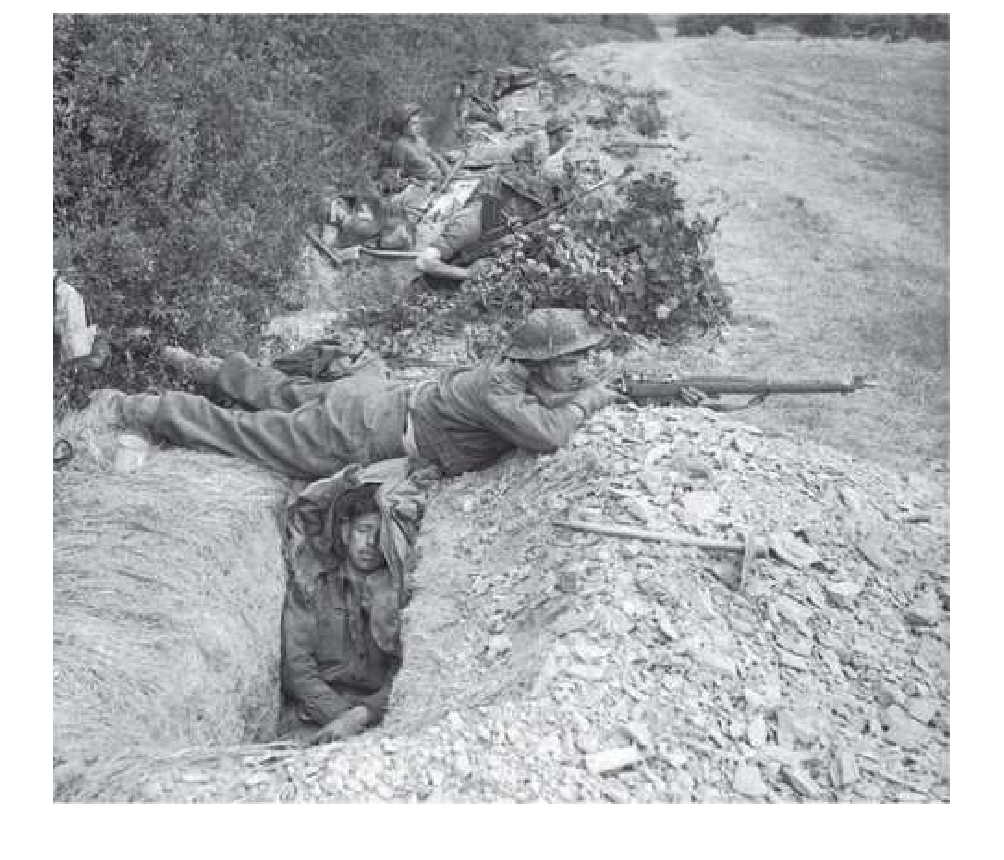
La trinchera de Tom Bowles cerca de Caumont. Este fue su hogar durante largas semanas en junio y julio.





Tropas británicas y estadounidenses miran con aprensión a través de los setos. Avanzar a través del denso bocage era suficiente para poner a prueba los nervios de cualquier hombre. El peligro acechaba literalmente en cada esquina.

Tropas canadienses del batallón de Charlie Martin, los Rifles de la Reina, posan junto a la señal de la ciudad de Caen el 9 de julio de 1944. Cuando finalmente tomaron la ciudad, ya no quedaba mucho de ella. El nivel de destrucción en Normandía y el número de ciudades y pueblos pulverizados fue espantoso.



Tropas británicas esperan un contraataque en zanjas y trincheras cavadas a toda prisa entre las colinas 112 y 113 el 16

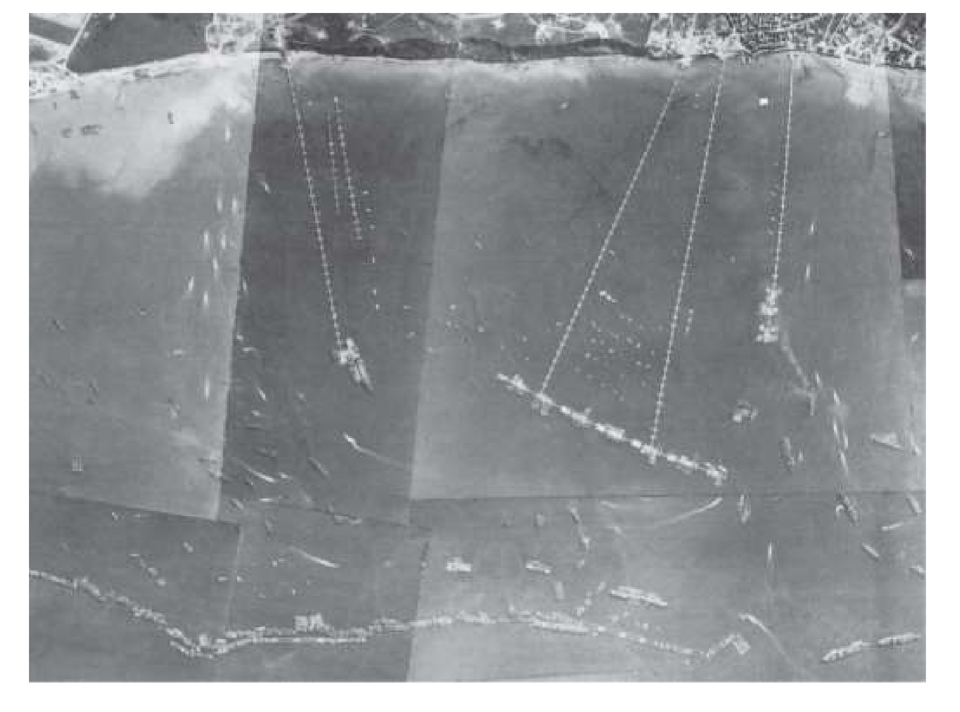
de julio de 1944. Un Tommy exhausto duerme mientras sus compañeros vigilan.



Un tanque ligero Stuart equipado con un cortasetos, concebido, desarrollado y construido con inmensa rapidez por los estadounidenses en julio de 1944.



Tropas estadounidenses luchando en las calles, julio de 1944. LA FUERZA MATERIAL DE LOS ALIADOS.



LA FUERZA MATERIAL DE LOS ALIADOS

El puerto Mulberry B de Arromanches, un logro fenomenal y una enorme contribución a la continuación del flujo de suministros..



Por increíble que parezca, las vías del tren y los vagones salían directamente de los barcos de desembarco. Los logístas aliados no tenían miedo de pensar a lo grande.

Las excavadoras eran muy necesarias en Normandía y también se enviaron en grandes cantidades.



Un gran número de camiones fueron transportados y estacionados en enormes campos como éste. A diferencia de los alemanes, los aliados tenían poco que temer del cielo.





Un convoy de camiones de abastecimiento y oleoductos de combustible, colocados rápidamente para mantener en marcha el enorme número de vehículos de los ejércitos aliados.











Nunca los ejércitos en campaña habían estado tan bien atendidos. Las unidades acorazadas aliadas contaban con el apoyo de un gran número de góndolas de cama rebajada (arriba), cazacarros (arriba en el centro), talleres móviles y (derecha) unidades de mantenimiento sobre el terreno.

Cortasetos fabricados en serie sobre el terreno, utilizando sopletes para cortar y soldar los obstáculos de playa de Rommel en dientes para colocar en la parte delantera de los tanques.

Mientras que los cortasetos podían cortar los setos como si fueran mantequilla, las topadoras eran igual de eficaces.



POTENCIA ALIADA DE FUEGO

El método de guerra de los Aliados consistía en utilizar infantería y blindados para incitar a los alemanes a contraatacar y luego machacarles con su inmensa potencia de fuego. Un cañón británico de 155 mm bombardea objetivos enemigos.



Un Sherman estadounidense de la 3ª División Blindada con un cañón de alta velocidad de 76 mm y un cortasetos. En cuanto al cañón, estaba a la altura del Panther y el Tiger.



Lo mismo ocurría con el Sherman Firefly británico, equipado con un cañón antitanque de 17 libras, que tenía mayor velocidad que el legendario 88 mm alemán.

Un cazacarros estadounidense M10. Los destructores de tanques fueron desarrollados por los estadounidenses y estaban equipados con un cañón antitanque, eran rápidos y maniobrables, pero ligeramente

blindados.



Un tractor de alta velocidad M4 estadounidense remolca un obús pesado de 8 pulgadas del 153º Batallón de Artillería de Campaña.



POTENCIA ALEMANA DE FUEGO

Un StuG camuflado, un eficaz cañón de asalto de bajo perfil sobre un chasis Panzer Mk III.



Panteras. Mecánicamente complicados, pero bien blindados y poderosamente armados, eran comprensiblemente temidos por las tropas aliadas.



Un grupo *Fallschirmjäger*(paracaidistas). Puede que estuvieran inframecanizados, pero estaban repletos de ametralladoras, más que las unidades de infantería ordinarias.

El as de los panzer Michael Wittmann en la torreta de su Tiger.



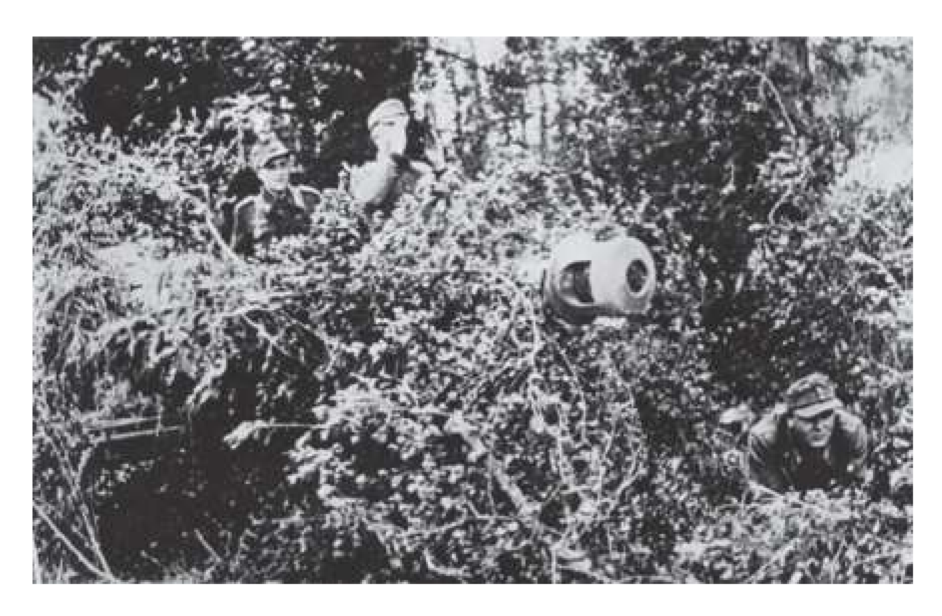
Un Panzer Mk IV - comparable con el Sherman y el Cromwell, y el más común de los tanques alemanes por un margen considerable.



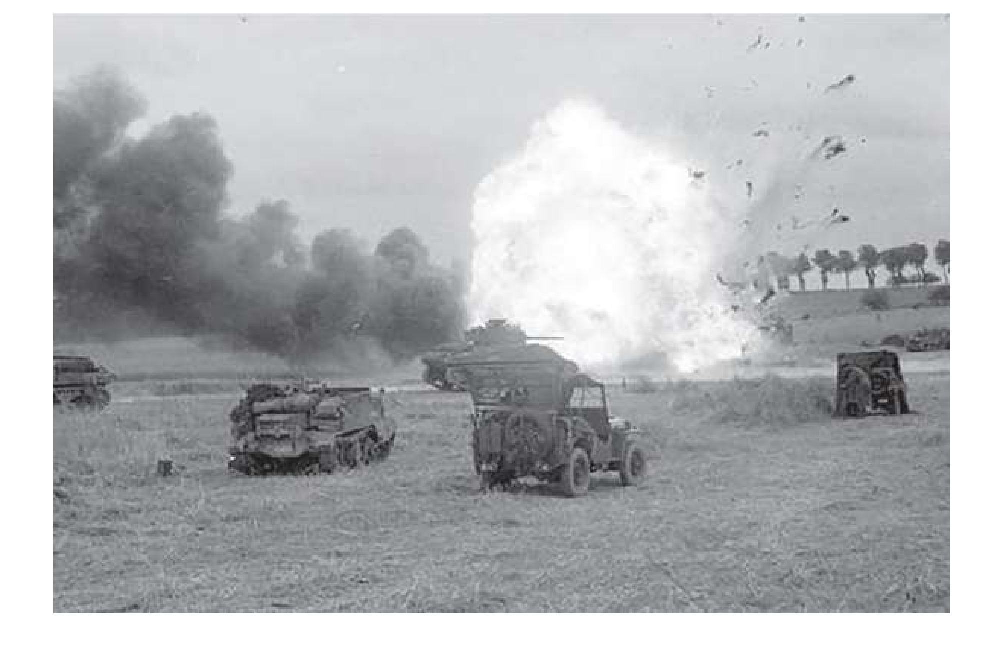
No todos los «ochenta y ocho» eran realmente 88 mm, pero este es el clásico cañón de alta velocidad antitanque/antiaéreo de doble uso en acción.



Un cañón de asalto Sd.Kfz «Wespe», desarrollado añadiendo un obús de 105 mm al chasis de un Panzer Mk II obsoleto.



Un cañón antitanque Pak 40 de 75 mm. Los alemanes eran expertos en colocar y camuflar esas armas.



LA BRUTALIDAD DE NORMANDÍA

Los combates en Normandía fueron absolutamente brutales, con un promedio diario de bajas que superó al de las peores batallas de la Primera Guerra Mundial. Un camión de municiones británico es alcanzado y explota durante la batalla de EPSOM, 26 de junio de 1944.



Filas de muertos a la espera de ser enterrados.



Alemanes muertos de la 1ª División Panzer SS yacen junto a otra columna atrapada en campo abierto.



Un soldado muerto flota en la crecida alrededor de la base del Cotentin.



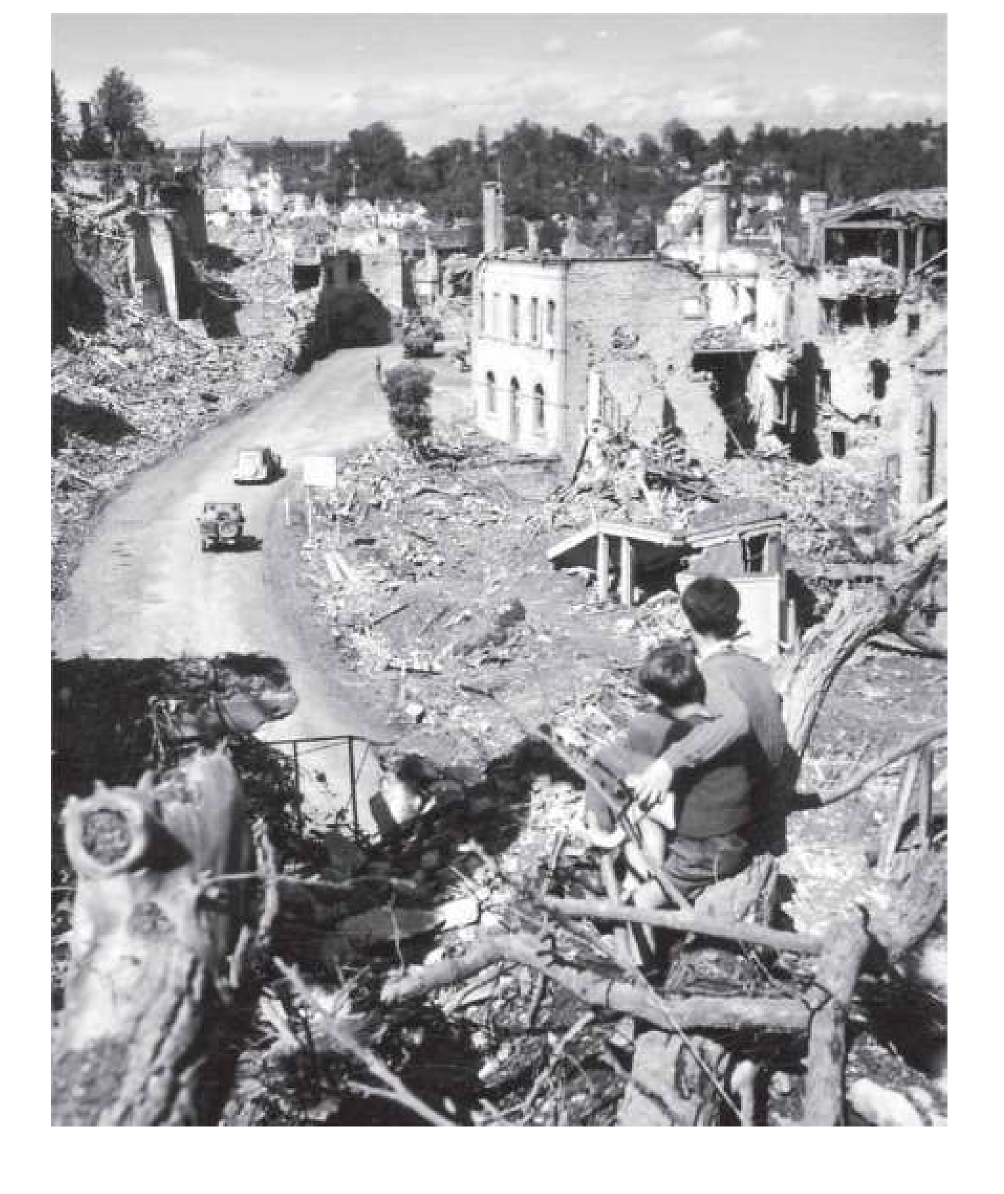
Civiles franceses hambrientos descuartizan un caballo muerto en los combates.

Los generales Bradley (izquierda), Eisenhower (centro) e Ira T. Wyche, de la 79ª División de Infantería, conversan en el cuartel general de Bradley.

Villers-Bocage, brevemente liberada por los aliados el 13 de junio, desaparece bajo el humo cuando los bombarderos pesados estratégicos aliados la pulverizan el 4 de agosto. El 90% de la ciudad está completamente destruida.



Tropas estadounidenses de la 4ª División Blindada pasan por Folligny el 31 de julio de 1944 durante la escapada tras COBRA.



Saint-Lô. Dos niños franceses contemplan las ruinas de su ciudad destrozada.



Cuando los aliados tomaron por fin la antigua ciudad de Falaise, los ejércitos alemanes de Normandía estaban implosionando y huían desesperadamente por la estrecha brecha que aún quedaba abierta.

Operación TOTALIZE. Los bombarderos pesados aliados martillean las posiciones alemanas como estaba previsto el 9 de agosto.

Largas columnas de Shermans de la División blindada polaca listas para avanzar durante TOTALIZE.



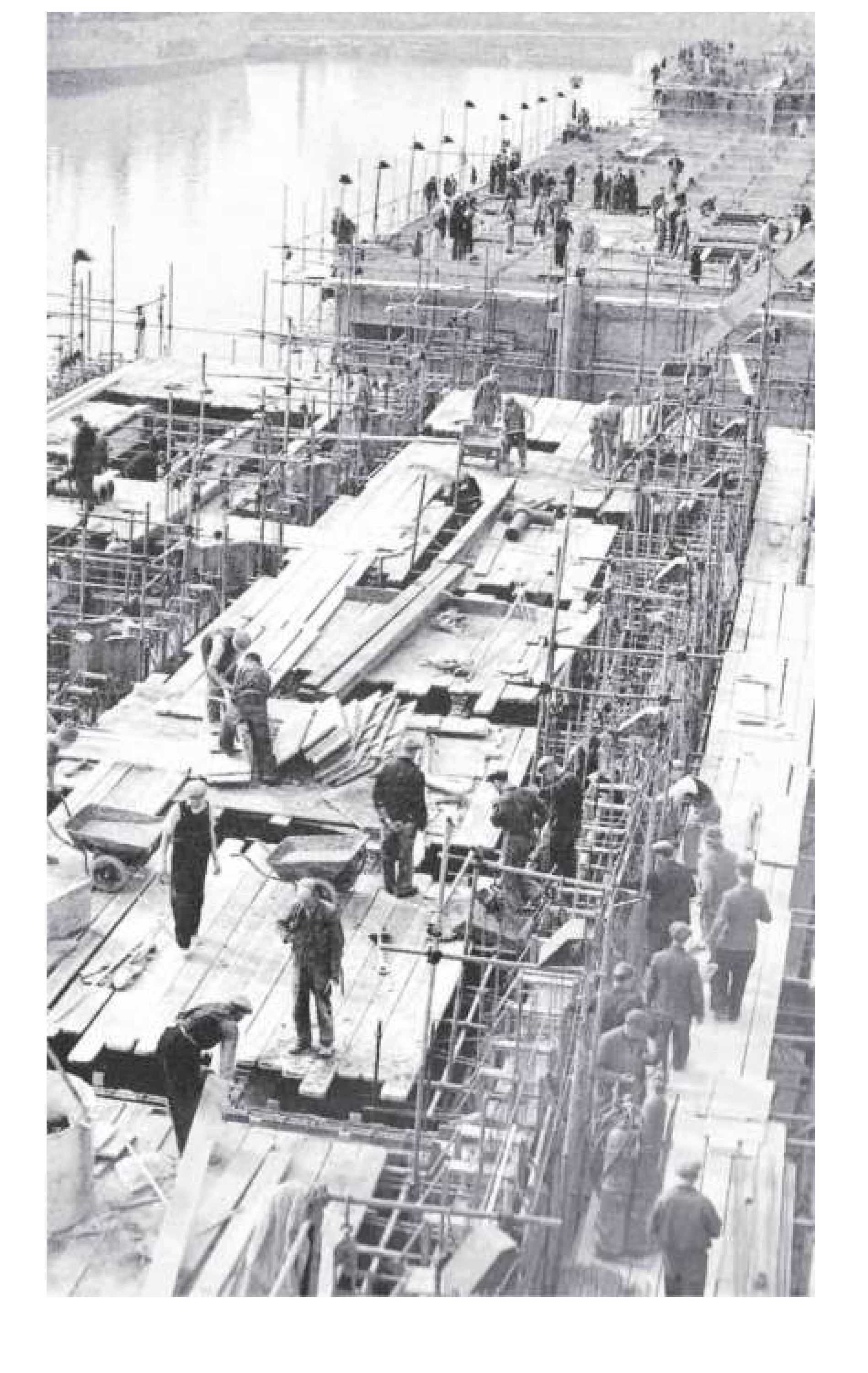


Es difícil exagerar la importancia del poder aéreo aliado durante la batalla de Normandía, y ningún avión simboliza mejor ese dominio que el extraordinario Hawker Typhoon, que dispara cohetes, aquí despegando de un aeródromo de Normandía (izquierda) y (arriba a la derecha) disparando una salva de cuatro de sus ocho cohetes.



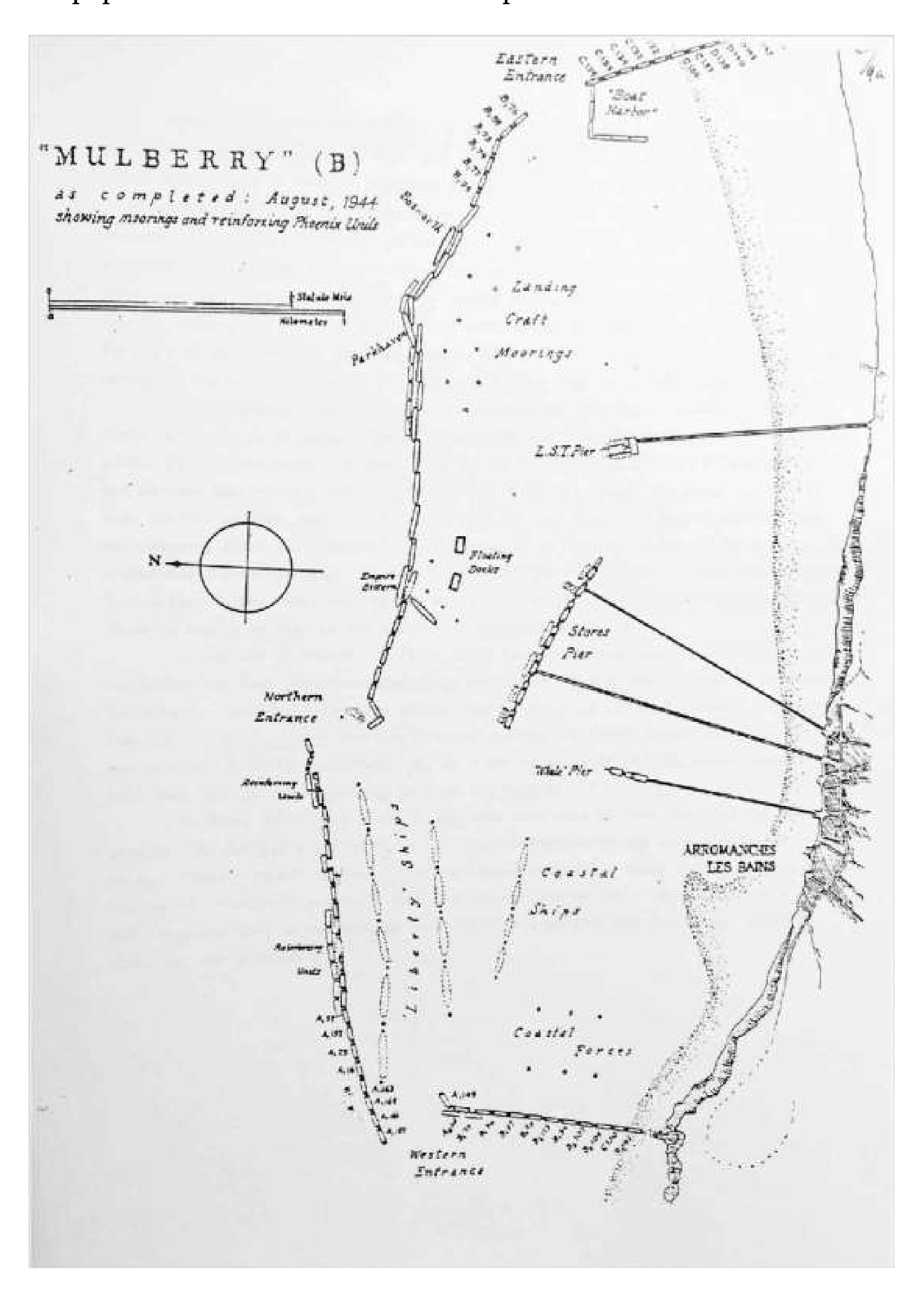


El corredor de la muerte. Una de las zonas más bellas del norte de Francia fue devastada por la terrible carnicería de dos ejércitos aniquilados que intentaban huir. Las carreteras y los caminos estaban atascados de hombres muertos, caballos y vehículos destrozados.

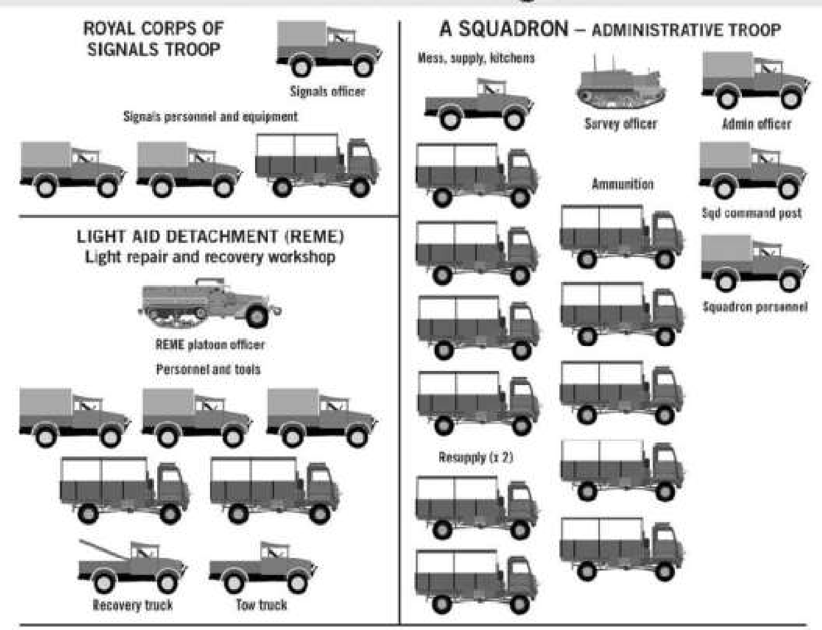


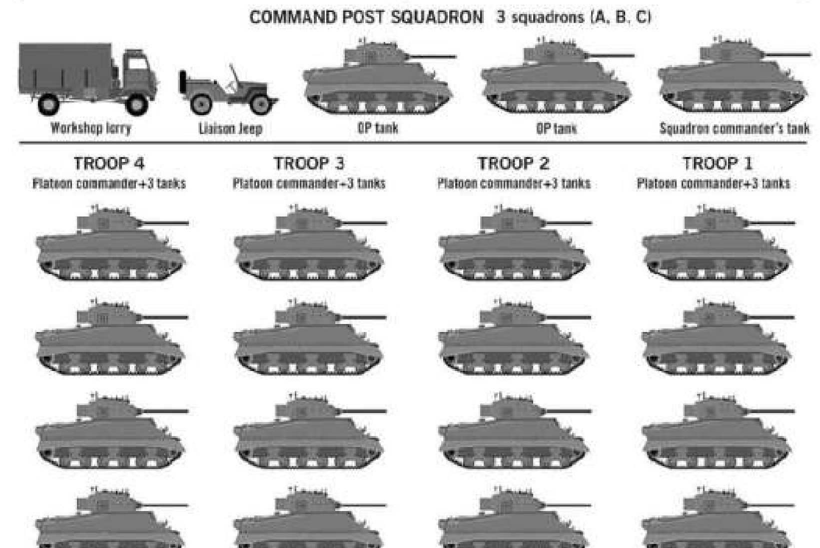
Construcción de los cajones, o «Phoenixes», que formarán los muros de los puertos de Mulberry.

El puerto artificial de Mulberry B en Arromanches Un esbozo de los papeles del teniente Ambrose Lampen.



British Armoured Regiment





		Headquarter company			Support company					4 rifle companies (A, B, C, D)	
	Battalion Headquarters	Headquarters	Signal Platoon	Administrative Platoon	Headquarters	3in mortar Platoon	Carrier Platoon	Anti-tank Platoon	Pioneer Platoon	Headquarters	Platoon x 3
Battalion Commander *Lieutenant-colonel*	1										
Second in Command – *Major*	1										
Major/Captain		1			1					1	
Adjutants (Captain)	1										
Captains								1	1	1	
Subalterns	1		1	1		1	1	1	1		1
Quartermaster				1							
TOTAL OFFICERS	4	1	1	2	1	1	1	2	1	2	1
Warrant officers and other ranks	45	5	35	51	8	41	60	51	21	14	36
TOTAL	49	6	36	53	9	42	62	53	22	16	37
Personnel attached 1 Chaplain (*Royal Army Chaplain Department*)											
Medical Officer *(Royal Army Medical Corps)*	1										
Armourers and car mechanics *(REME)*				3		1	1	2			
Cobbler *(Royal Army Ordnance Corps)*				1							
Cooks *(Army Catering Corps)*				15							

Batallón de infantería británica Efectivos de guerra: 36 oficiales, 809 hombres. Total 845.

Desglose del personal del 21º Grupo de Ejércitosl agosto de 19441

ARMS	
Royal Artillery	18%
Infantry (inc. airborne troops)	14%
Royal Engineers	13%
Royal Armoured Corps	6%
Royal Corps of Signals	5%
TOTAL	**56%**
SERVICES	
Royal Army Service Corps	15%
Pioneer Corps	10%
Royal Electrical and Mechanical Engineers	5%
Royal Army Medical Corps	4%
Royal Army Chaplain's Department	
Royal Army Ordnance Corps	10% (bracketed together with the following)
Royal Army Pay Corps	
Royal Army Veterinary Corps	
Royal Army Educational Corps	
Intelligence Corps	
Army Physical Training Corps	
Army Catering Corps	
Corps of Military Police	
Military Provost Staff Corps	
TOTAL (for services)	**44%**

1 Porcentajes basados en 660.000 hombres.

2 La fuerza relativa de la artillería era el resultado de doctrinas desarrolladas a

partir de la experiencia de la Primera Guerra Mundial.

Real Regimiento de Artillería

Un único cuerpo que reclutaba, entrenaba e instruía en el uso de los diversos medios de este brazo. Todas las unidades estaban numeradas y conservaban el nombre tradicional del regimiento.

Composición

1. Regimientos del Ejército regular o del Ejército territorial.

2. Regimientos de la antigua caballería montada del Ejército Territorial (Yeomanry), transferidos a la Real Artillería. Tradicionalmente conservaban su nombre original al mismo tiempo que tenían un número - por ejemplo, 153º (Leicestershire Yeomanry) Field Regiment, Royal Artillery, TA.

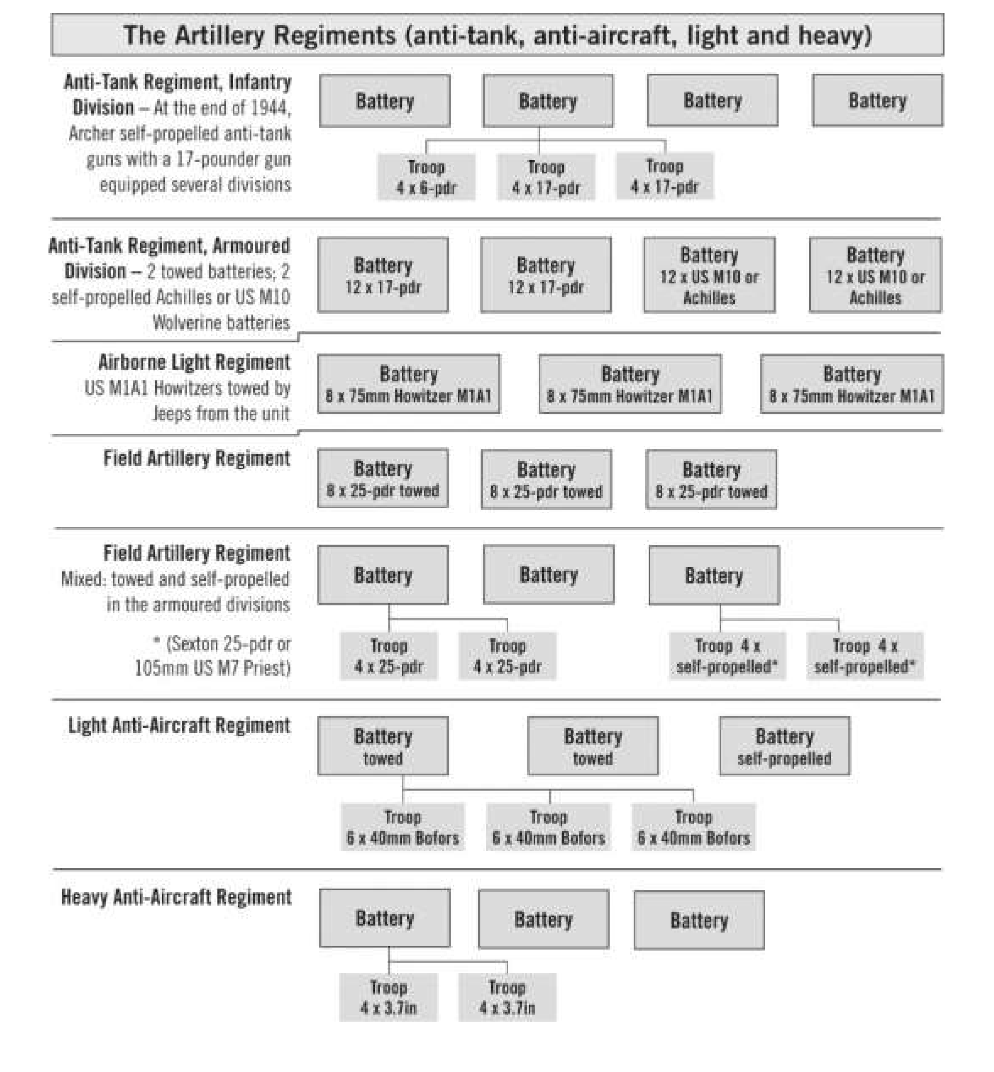
3. Regimientos de la Real artillería a caballo transferidos a las divisiones acorazadas, de las cuales algunas baterías conservaron las tradiciones de la Honorable Compañía de Artillería.

4. Regimientos procedentes de batallones de infantería reconvertidos.

5. Baterías antimortero. Grupos de detección de morteros por radar o sonar. Se incorporaron a las divisiones a partir de julio de 1944.

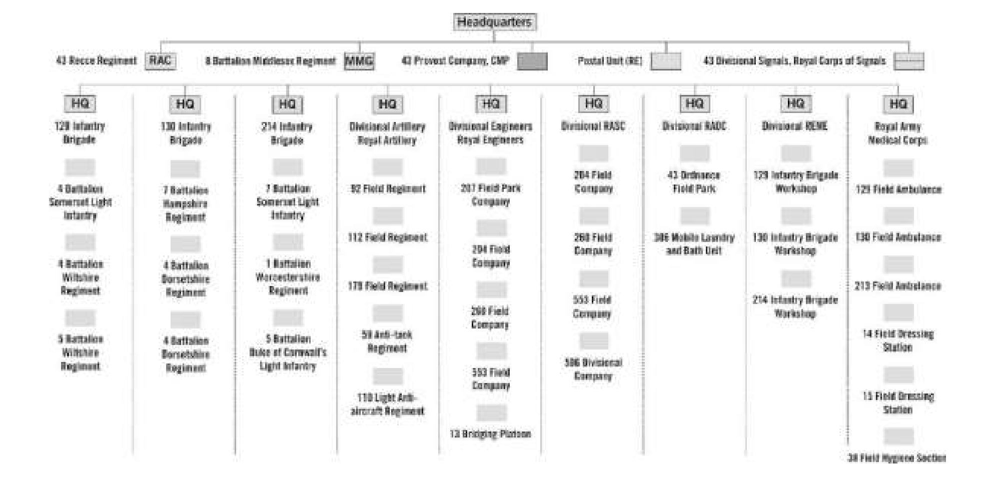
6. Baterías de reflectores. Unidades de reflectores adscritas a regimientos antiaéreos de reserva general..

7. Escuadrillas de puestos de observación aérea. Escuadrillas de aviones ligeros utilizados para la observación y el avistamiento de artillería, adscritos al ejército o a cuerpos de ejército. Los pilotos y los observadores pertenecían a la Real artillería, mientras que los aviones y el personal de tierra eran responsabilidad de la RAF.



43ª División de Infantería (Wessex) (Comandante: General de división G. I. Thomas) **Creado**: septiembre 1939 (*Primera línea División territorial*) **Campaña del Noroeste de Europa**: 24 de junio 1944–31 agosto 1945 **BATALLAS: 1944 –** 25 de junio –2 de julio: *Río Odón* / 4–18 julio: *Caen* / I8–23 julio: *Puente Bourguébus* / 30 de julio – 9 agosto: *Mont Pinçon* / 17–27 de septiembre: *Nederrijn* **1945 –** 8 de febrero–10 de marzo: *Rhineland* / 23

de marzo–1 de abril: *Rhine*

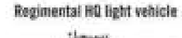


Comandantes de la 129ª Brigada: Brigadier G. H. L. Luce (herido; fallecido el 14 nov. 1944); Brigadier J. O. E.

Vandeleur (15 nov. 1944)

Comandantes de la 130ª Brigada: Brigadier N. D. Leslie; Brigadier B. B. Walton (17

ago. 1944); Brigadier B. A. Coad (7 oct. 1944) **Commander of the 214th Brigade**: Brigadier H. Essame






REGIMENTAL HQ

CORPS COMMANDER'S COMMAND POST

Command Post personnel

Regimental HQ light vehicle

4th tank

OP tank (Forward observation)

OP tank (Forward observation)

Regimental commander's tank

AA PLATOON

Platoon commander +7 tanks

LIASON PLATOON

Platoon commander
+ 8 Scout cars

RECON. PLATOON

Platoon commander
+10 tanks

ADMINISTRATION PLATOON (Includes 8 motorbikes)

Liaison

Second in command

Liaison

Workshop

Survey officer

Medical evacuation

Signals officer

Quartermaster

Officers' mess

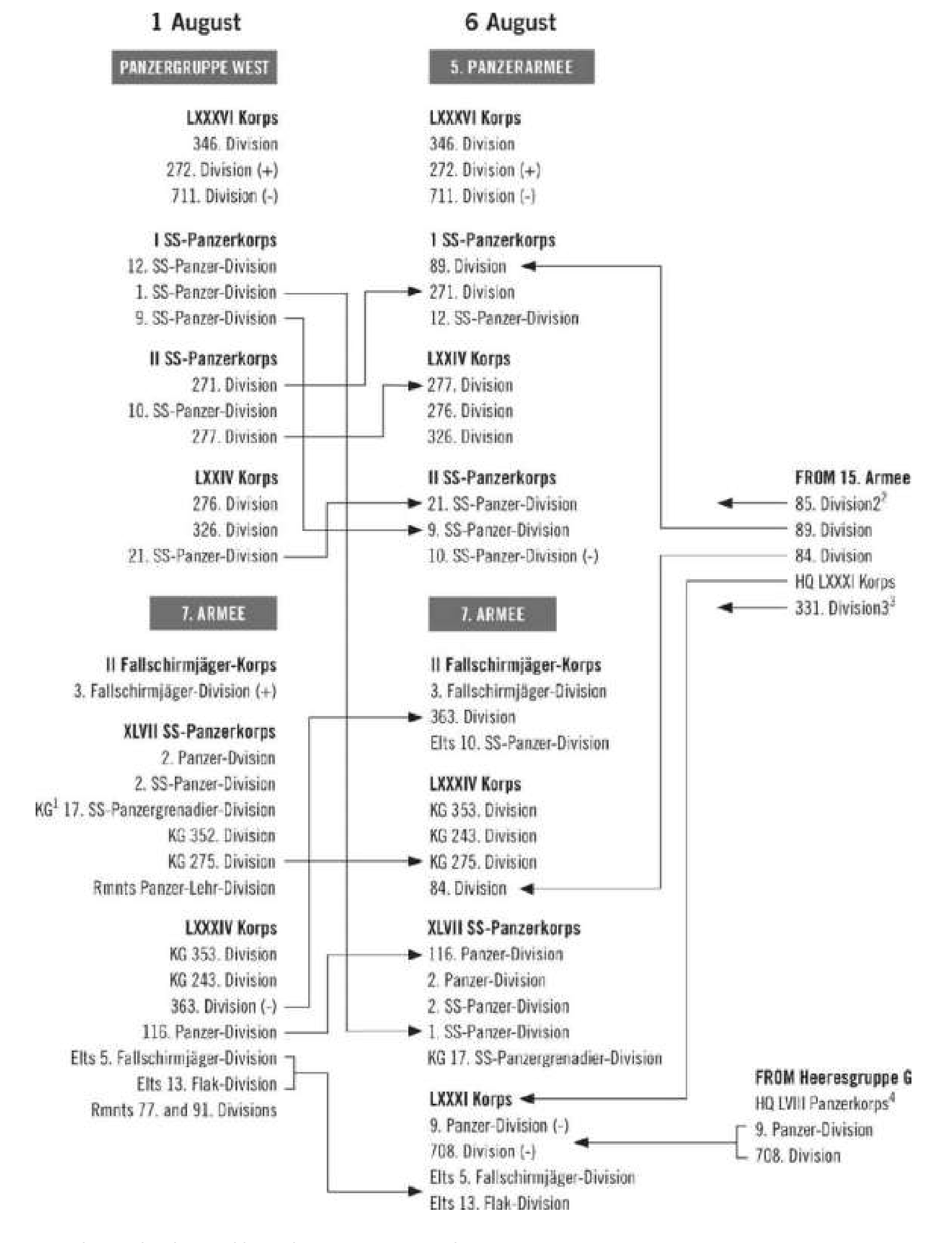
Ammunition trucks

Mess water tankers

Mess trucks

Transport trucks

Workshop



Orden de batalla alemán, 1-6 de agosto

1 *Grupo de combate*

2 *En camino a 5.º Ejército Panzer. Elementos líderes al sur de Rouen, 6 de agosto.*

3 ***De camino al 7.º ejército. Liderando elementos cerca de Briouze, 6 de agosto.***

4 Cuartel general del VIII Ejército Panzer asumió el mando de 271.ª y 277.ª

divisiones en el frente Grupo Panzer oeste, 2 de agosto.Fue reasignado al 7.º ejército, 6

de agosto.

División de infantería alemana Tipo 2 regimientos: efectivos totales 9.859

- DIV HQ
  - MAP REPRO SEC
  - MIL POLICE
- FUS CO (CYCLE)
  - CO HQ
  - RIFLE PLAT
  - RIFLE PLAT
  - RIFLE PLAT
  - 81mm MORT SEC
  - FLAME-THROWER SEC
- SIG BN
  - BN HQ
  - TEL CO
  - RADIO CO
  - LIGHT SIG CLN
- INF REGT
  - REGT HQ
  - REGT HQ CO
  - INF BN
  - INF BN
  - INF BN
  - INF HOW CO
  - AT CO
  - LIGHT INF CLN
- INF REGT
  - REGT HQ
  - REGT HQ CO
  - INF BN
  - INF BN
  - INF BN
  - INF HOW CO
  - AT CO
  - LIGHT INF CLN
- ARTY REGT
  - REGT HQ
  - REGT HQ BTRY
  - LIGHT ARTY BN
  - LIGHT ARTY BN
  - 88mm AT GUN BN
- AA AT BN
  - BN HQ
  - AT CO (MTR-DR)
  - AA CO (SP)
- ENGR BN
  - BN HQ
  - ENGR CO
  - ENGR CO (CYCLE)
- DIV SERV
  - DIV SUP
  - WORKSHOP CO
  - ADM
  - MED UNITS
  - VET CO
  - FLD POST OFFICE

Key

AA = anti-aircraft
AT = anti-tank
HOW = Howitzer
MTR-DR= motor-driven
SP = self-propelled

UNIT	Personnel	Light MGs	Heavy MGs	81mm mortars	120mm mortars	Flame-throwers	20mm anti-aircraft guns	75mm anti-tank guns	88mm anti-tank guns	75mm infantry howitzers	150mm infantry howitzers	105mm gun/howitzers	Motor vehicles	Motorcycles	Horse-drawn vehicles	Horses
Division HQ	150	2											48	15		
Foot Co.	120	16		2		2							5	3	5	20
Signal Bn	402	11											86	20	6	25
Infantry Reg.	2,645	178	24	18	12			3		6	2		51	44	244	631
Infantry Reg.	2,645	178	24	18	12			3		6	2		51	44	244	631
Artillery Reg.	1,755	43							12			24	52	28	106	968
Anti-aircraft/ Anti-tank Bn	350	17					12	14					88	24		
Engineer Bn	397	22	4	4		14							3	7	35	68
Division Services	1,395	30											159	33	86	391
TOTAL	9,859	497	52	42	24	16	12	20	12	12	4	24	543	218	726	2,734

KEY
AA = anti-aircraft H-TRKs = half-track
AT = anti-tank MTZ = motorized
BR = bridging SP = self-propelled

UNIT	Officers	NCOs	Privates	Rifles/carbines	Pistols	Sub-MGs	Light MGs	Heavy MGs	81mm mortars	120mm mortars	Flame-throwers	150 or 210mm rocket projectors	20mm anti-aircraft guns	[illegible] anti-tank guns	28/20mm anti-tank guns	75mm anti-aircraft guns (SP)	75mm anti-tank guns (anti-air)	75mm anti-tank guns (SP)	75mm tank guns (long)	75mm tank guns (super-long)	88mm anti-aircraft guns	75mm infantry howitzers (SP)	150mm infantry howitzers (SP)	105mm gun howitzers (towed)	105mm gun howitzers (SP)	150mm howitzers (towed)	150mm howitzers (SP)	170mm guns	Panzerkampfwagen IVs	Panzerkampfwagen Vs	Motor vehicles	Motorcycles
Division HQ	37	31	28	95	44	3																									32	8
Division HQ Co	3	37	179	138	85	19	18	2	2				4					1													33	26
Armoured Reconnaissance Bn	27	232	682	584	309	204	147	4	10		6			28				12													193	22
Armoured Signal Bn	16	122	356	444	69	51	36																								114	14
Tank (Panzer) Reg	70	614	1,017	416	719	345	206						9			8			64	67									64	62	313	53
Panzer-Grenadier Reg	85	538	2,555	1,857	852	445	184	36	28	12	24		42									12	6								527	88
Panzer-Grenadier Reg	89	600	2,555	1,857	852	442	284	36	28	12	24		42									12	6								527	88
Armoured Artillery Reg	85	471	1,635	1,536	409	255	189	12																12	12	12	6	12			534	40
Anti-aircraft Bn	22	138	654	719	73	47	22						18								12										383	16
Bn Rocket Projector	16	123	358	390	48	51	18					18																			103	8
Assault Gun Bn	15	113	238	398	89	30	22											22													100	11
Anti-tank Bn	20	138	327	371	142	109	47										12	31													126	7
Armd Engineer Bn	26	132	826	558	254	102	99	6	6		20			3	3																213	57
Division Services	65	202	1,229	1,738	185	11	46																								823	85
TOTAL	576	3,523	13,079	11,513	4,304	2,059	1,465	100	58	24	74	18	134	28	3	8	12	65	64	67	32	24	12	12	12	12	6	12	64	62	3,329[2]	5[illegible]

[1] including 47 officials
[2] including 258 armoured vehicles

División Panzer de las WaffenSS Efectivos totales 17.262



ElgGeneral Montgomery (izquierda) con el Comandante Supremo Aliado, general Dwight D. Eisenhower (derecha).

Cronología: Normandía: 1944

Enero

MIÉRCOLES, 12

MIÉRCOLES, 19

Reunión en el nuevo cuartel general del general sir

Bernard Montgomery en la Escuela Saint Paul de Eisenhower habla con miembros Londres, de los comandantes sénior, entre ellos el sénior de los estados mayores general Ornar Bradley y el general sir Kenneth conjuntos sobre la importancia de la Anderson (luego seleccionado para comandar el unidad y la estrecha cooperación.

Segundo Ejército).

SÁBADO, 15

VIERNES, 21

Montgomery exige 5 x divisiones en el desembarco. Gran reunión para finalizar el El almirante sir Bertram Ramsay acepta siempre esquema

del plan Overlord. Se que haya las necesarias fuerzas aéreas y navales acuerda el ataque con 5 divisiones.

disponibles. MC Erwin Rommel nombrado Ramsay explica las implicaciones y comandante del Heeresgruppe B.

requerimientos navales.

LUNES, 17

JUEVES, 27

Einsenhower debate con Ramsay la necesidad de El general Miles Dempsey toma el mudarse fuera de Londres. Ramsay sugiere mando

del

Segundo

Ejército

Portsmouth.

británico.

Febrero

MARTES, 1



MARTES, 29

Sesión fotográfica de los comandantes Ramsay mantiene una reunión con los sénior de Overlord

generales y almirantes sénior.

SÁBADO, 19 - JUEVES, 24

Incursiones de la Luftwaffe sobre Londres

de día y de noche.

Marzo

MIÉRCOLES, 15

SÁBADO, 25

Gran reunión naval en el Almirantazgo para debatir Conferencia sobre política de medidas antisubmarinos para Overlord.

bombardeo de los Aliados.

DOMINGO, 19

Rommel convocado a ver a Hitler en el Berghof.

Abril

VIERNES, 7

MIÉRCOLES, 19

Primer día del ejercicio Thunderclap en Saint Paul,

incluyendo a jefes de Estado Mayor, el secretario de Guerra

(sir James Grigg) y todos los principales generales,

almirantes y mariscales aéreos del alto mando de las

fuerzas destinadas a Overlord. Monty da una charla de Eisenhower acepta

dar

hora y media sobre el plan del ejército. Ramsay habla prioridad a los bombardeos durante una hora sobre los problemas navales que podrían de lugares de lanzamiento afectar a los planes del ejército y de las fuerzas aéreas.

de V-1 y V-2 alemanes

SÁBADO, 8

SÁBADO, 29

Ramsay se reúne con los

Segundo día del ejercicio Thunderclap. Termina a la 1.45 comandantes de la Fuerza de la tarde.

Operativa Oriental. Debate

sobre la Hora H.

Mayo

LUNES, 1

LUNES, 22

Reunión

de

los

principales Misión Chattanooga, día 2.

comandantes.

Debates

sobre

obstáculos de playa y la Hora H.

Noche: El Mando de Bombardeo ataca la playa

MIÉRCOLES, 3

de maniobras de Orléans y Le Mans.

Empieza la operación Fabius, un **MIÉRCOLES, 24**

ensayo general del Día D.

El Mando de Bombardeo de la RAF ataca playas

DOMINGO, 7

de maniobras en Aquisgrán.

Se distribuye «Apreciaciones sobre el

posible desarrollo de las operaciones **JUEVES, 25**

para conseguir un área de cabeza de

playa».

LUNES, 8

La Octava Fuerza Aérea ataca puentes a lo largo

del Sena.

Hitler divide el mando de las **SÁBADO, 27**

divisiones panzer en el oeste.

El Mando de Bombardeo de la RAF ataca playas

LUNES, 15

de maniobras en Aquisgrán.

Gran día de Presentación de Planes

DOMINGO, 28

El general Galland es informado de que el Me262 será utilizado como bombardero y no como caza.

VIERNES, 19

Grandes batallas aéreas sobre Alemania. Los alemanes pierden 78 cazas.

El Mando de Bombardeo de la RAF ataca Orléans.

DOMINGO, 21

Misión Chattanooga. Cazas de la Octava Fuerza Aérea atacan objetivos de ferrocarril y destruyen 91 locomotoras.

Junio

VIERNES, 2

VIERNES 16

10.00 de la mañana: Reunión de comandantes. El El rey Jorge VI visita las playas tiempo es el principal tema de debate. Se acuerda de

asalto

desde

el

HMS

seguir el plan acordado y que empiece el embarque. Amethyst acompañado

por

Montgomery da la charla de motivación final a su Ramsay. Visita a Monty en equipo del CG del 21.º Grupo de Ejércitos.

Creully.

Los estadounidenses atacan el

SÁBADO, 3

terreno elevado al norte de

Staint-Ló.

SÁBADO 17

Embarcan las tropas de invasión. Rommel visita a MC

Gerd von Rundstedt en París.

9.30 de la noche: Reunión de comandantes: se acuerda Rommel se reúne con Von mantener la fecha del 5 de junio.

Rundstedt y Hitler en Margival.

DOMINGO, 4

DOMINGO 18

4.15 de la mañana: Eisenhower decide que la Montgomery

emite

nuevos

posposición provisional que se debatió la tarde planes: la prioridad es la captura anterior se mantiene.

de Cherburgo y Caen.

Tarde:

los

estadounidenses

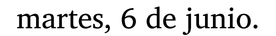
El general Charles De Gaulle llega a Londres desde llegan a la costa oeste del Argel.

Cotentin, embolsando a todas las

fuerzas alemanas al norte.

9.30 de la noche: el capitán de grupo James Stagg Contraataque de la PanzerLehr anuncia que se acerca una pausa en el mal tiempo. Ike alrededor de Tilly y Fontenay.

decide que se ponga en marcha la operación el


martes, 6 de junio.

Rommel se marcha de Francia para visitar a su esposa Noche: PanzerLehr retrocede a en Alemania, luego continúa su viaje para ver a terreno elevado alrededor de Hitler.

Rauray y al sur de Tilly.

LUNES, 5

LUNES 19

4.15 de la mañana: reunión de comandantes en

Southwick House. Eisenhower confirma que el Día D Comienza una gran tormenta en será el 6 de junio y que las operaciones el canal.

aerotransportadas se iniciarán esa misma noche.

El resumen de inteligencia del cuartel general del OB Comienza

el

ataque

West informa de que no existe ninguna amenaza estadounidense hacia

inminente de invasión aliada.

Cherburgo.

MARTES, 6, DÍA D

MARTES 20

Ver cronología específica.

Continúa la gran tormenta.

MIÉRCOLES, 7

MIÉRCOLES 21

El contraataque de las 12. Wá-ffen -SS PanzerDivision al oeste de Caen es contenido por los Termina la gran tormenta: el canadienses. Durísimos combates a lo largo del río Mulberry A ha sido destruido en Merderet al oeste de Sainte-Mère-Église. La 101.ª gran parte.



Aerotransportada toma Saint-Côme-du-Mont.

Los Rangers combaten para defender Pointe du Hoc. **JUEVES 22**

Operación Bagration se lanza en

Combates a lo largo de todo el frente.

el frente oriental.

Bayeux liberada.

Montgomery

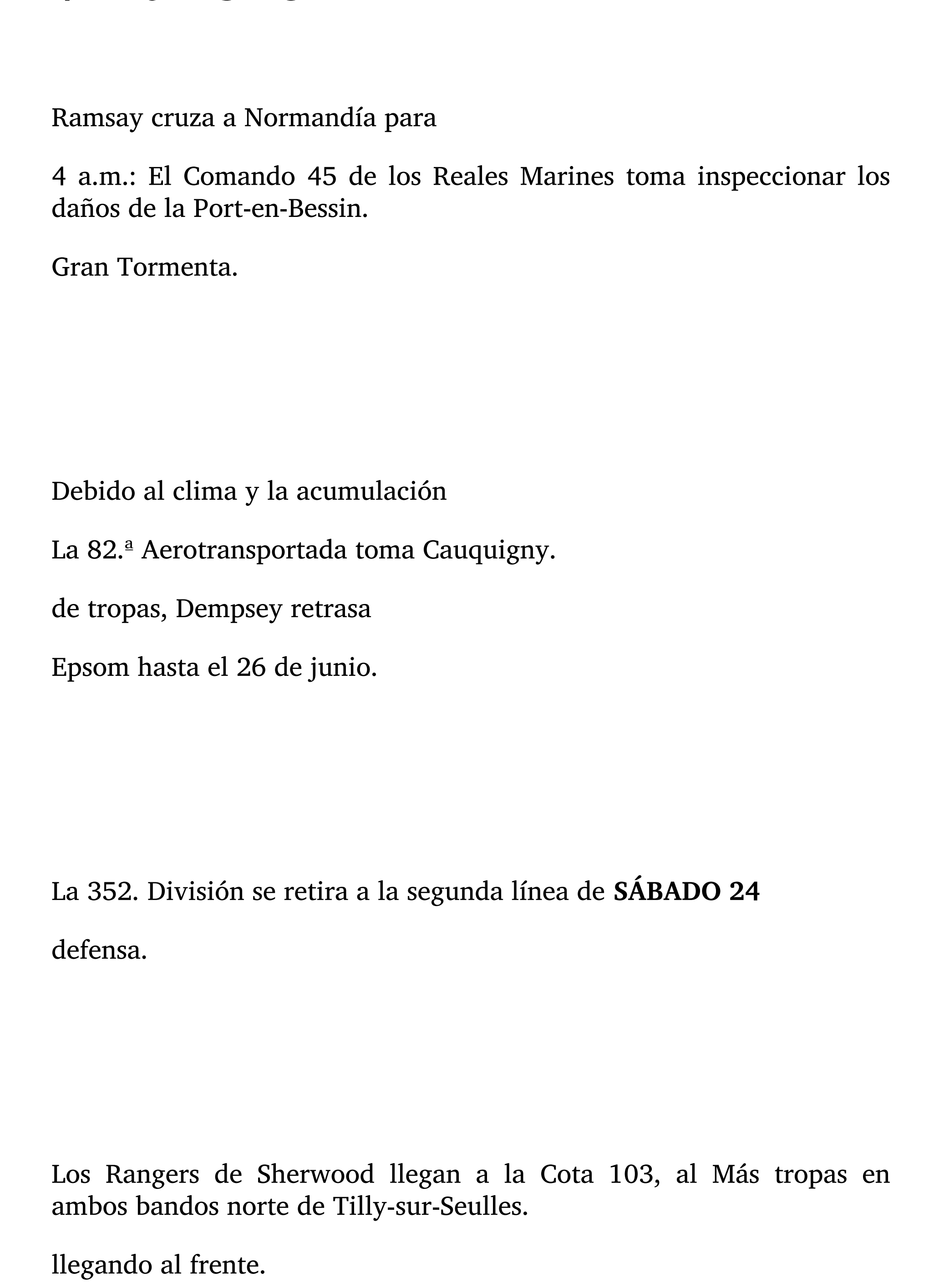
y

Dempsey

acuerdan planes para Martlet y

Epsom.

JUEVES, 8



VIERNES 23

Ramsay cruza a Normandía para

4 a.m.: El Comando 45 de los Reales Marines toma inspeccionar los daños de la Port-en-Bessin.

Gran Tormenta.

Debido al clima y la acumulación

La 82.ª Aerotransportada toma Cauquigny.

de tropas, Dempsey retrasa

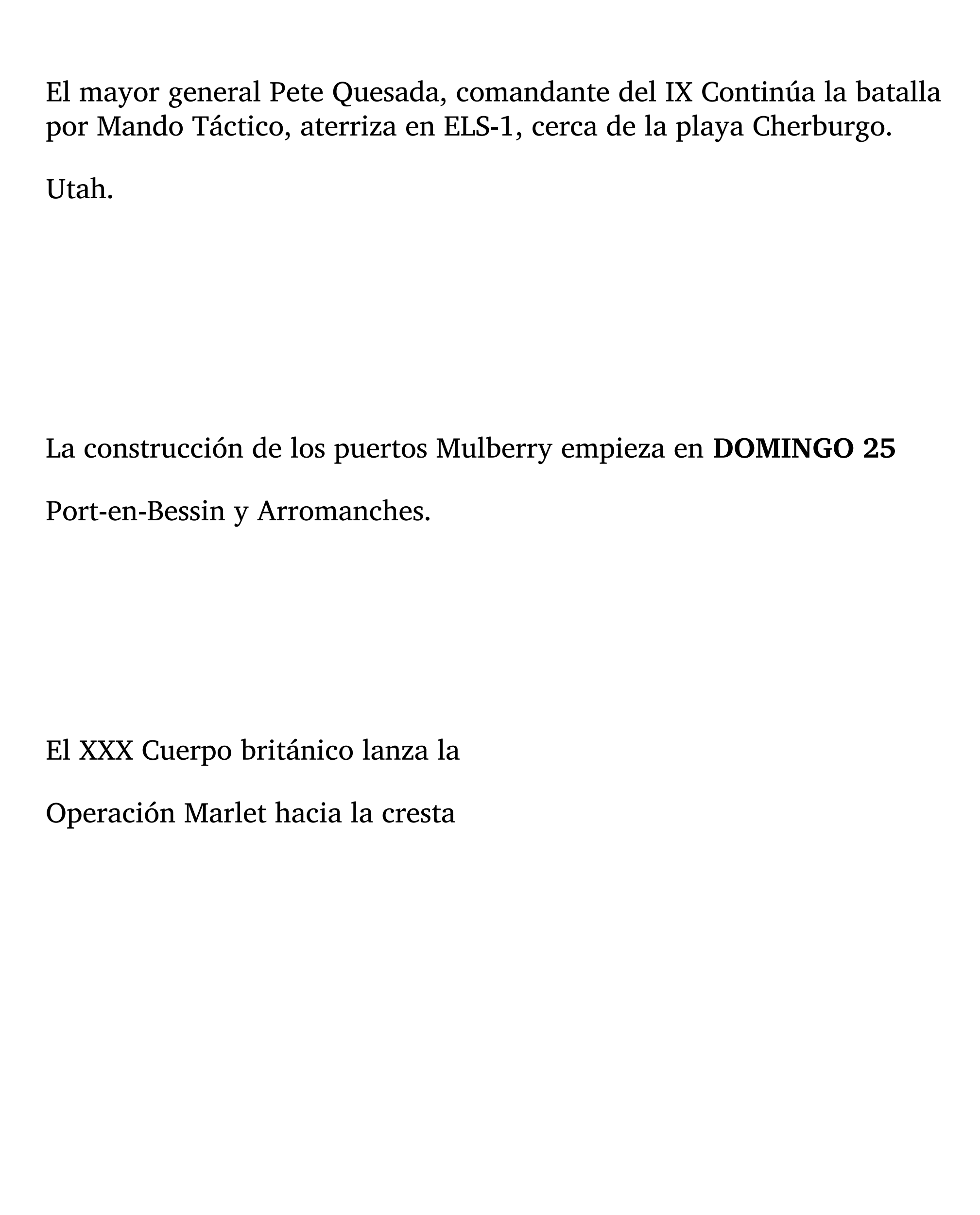
Epsom hasta el 26 de junio.

La 352. División se retira a la segunda línea de **SÁBADO 24**

defensa.

Los Rangers de Sherwood llegan a la Cota 103, al Más tropas en ambos bandos norte de Tilly-sur-Seulles.

llegando al frente.



El mayor general Pete Quesada, comandante del IX Continúa la batalla por Mando Táctico, aterriza en ELS-1, cerca de la playa Cherburgo.

Utah.

La construcción de los puertos Mulberry empieza en **DOMINGO 25**

Port-en-Bessin y Arromanches.

El XXX Cuerpo británico lanza la

Operación Marlet hacia la cresta

VIERNES 9

de Rauray. Captura de la aldea

de Rauray.

Muere el poeta Keith Douglas. Los estadounidenses **LUNES 26**

capturan Grandcamp y la batería de Maisy.

Elementos de vanguardia de la PanzerLehr entran en El Segundo Ejército Británico combate en Tilly-sur-Seulles.

lanza la operación Epsom.

SÁBADO 10

MARTES 27


El Segundo Ejército británico lanza la operación La guarnición de Cherburgo se

Perch.

rinde a los estadounidenses.

El contraataque de la 12. SS al

La batalla por Carentan alcanza su clímax.

oeste de Caen se detiene.

El VIII Cuerpo británico cruza el

La 2. WaffenSS «Das Reich» asesina a 642 civiles río Odón en Buron. Se crea el franceses en Oradour-sur-Gláne, cerca de Limoges.

«Corredor escocés» hacia la

colina 112.

Tarde: Rommel y Von Rundstedt

DOMINGO 11

son convocados para ver a Hitler

en el Berghof.

Las últimas tropas alemanas salen de Carentan.

MIÉRCOLES 28

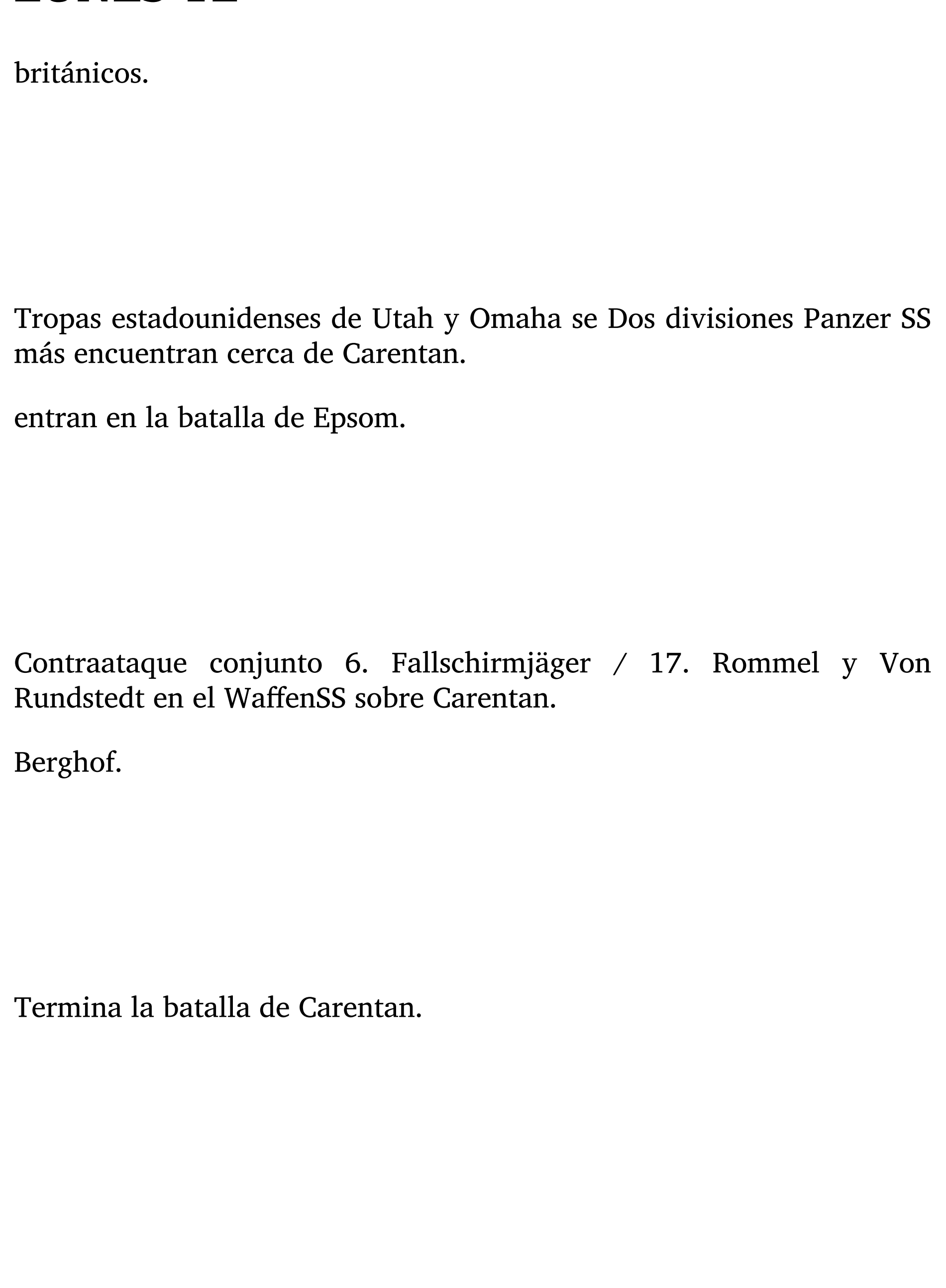
Por la mañana, cabeza de puente

Tropas estadounidenses enlazan las playas de Utah y de la 11.ª División Acorazada Omaha.

británica sobre el río Odón.

Colina 112 capturada por los

LUNES 12



británicos.

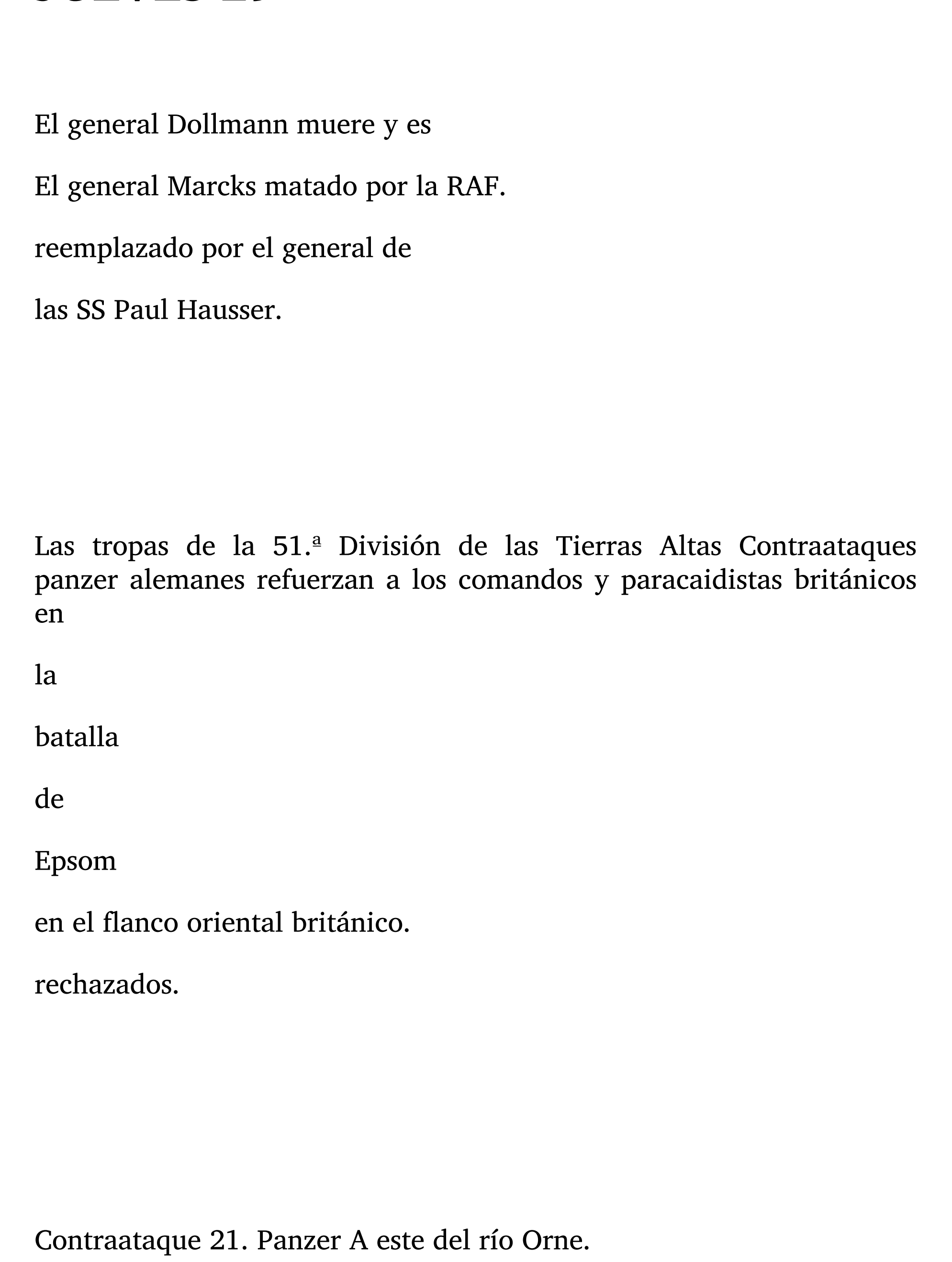
Tropas estadounidenses de Utah y Omaha se Dos divisiones Panzer SS más encuentran cerca de Carentan.

entran en la batalla de Epsom.

Contraataque conjunto 6. Fallschirmjäger / 17. Rommel y Von Rundstedt en el WaffenSS sobre Carentan.

Berghof.

Termina la batalla de Carentan.



JUEVES 29

El general Dollmann muere y es

El general Marcks matado por la RAF.

reemplazado por el general de

las SS Paul Hausser.

Las tropas de la 51.ª División de las Tierras Altas Contraataques panzer alemanes refuerzan a los comandos y paracaidistas británicos en

la

batalla

de

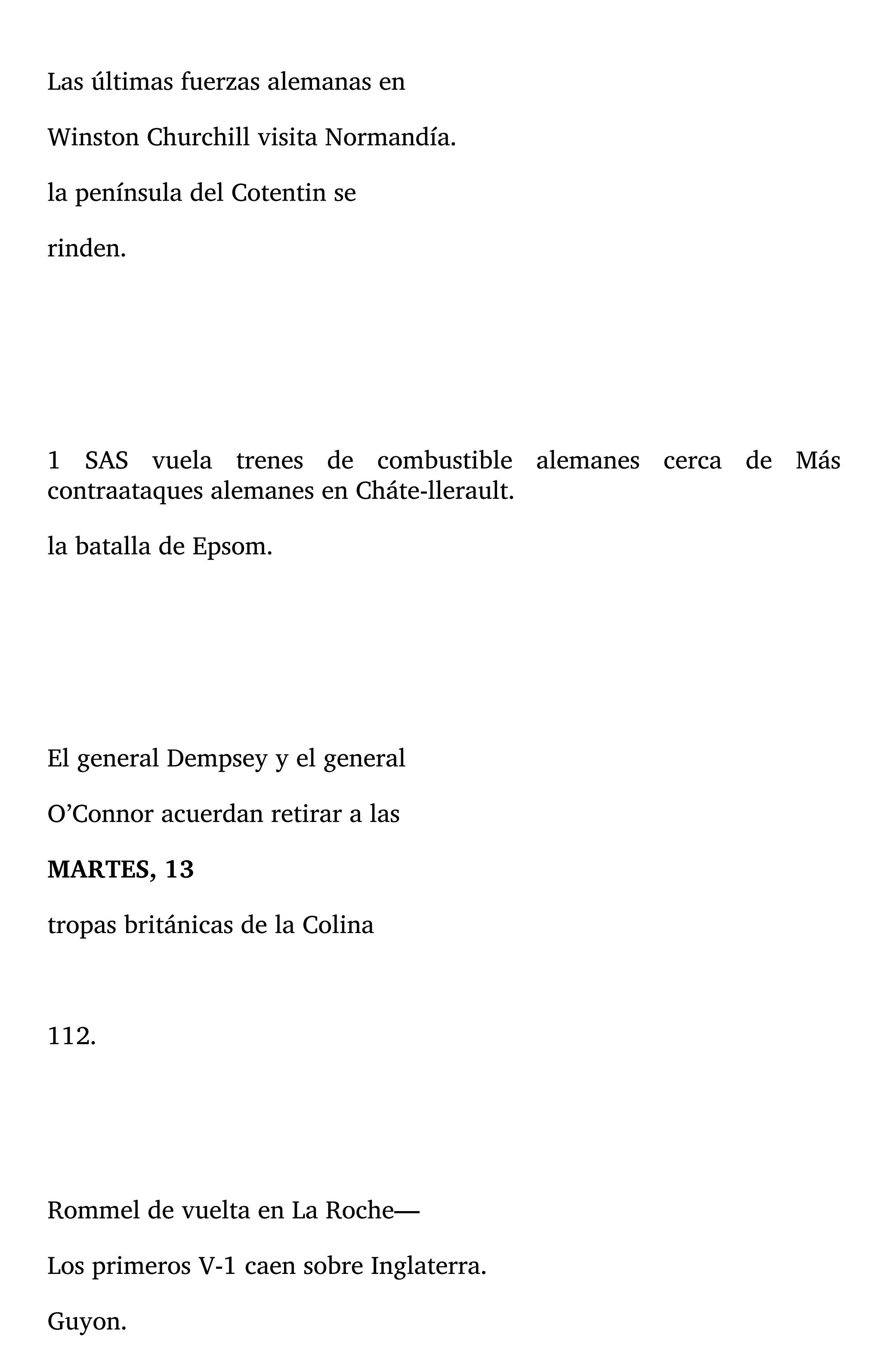
Epsom

en el flanco oriental británico.

rechazados.

Contraataque 21. Panzer A este del río Orne.

VIERNES, 30



Las últimas fuerzas alemanas en

Winston Churchill visita Normandía.

la península del Cotentin se

rinden.

1 SAS vuela trenes de combustible alemanes cerca de Más contraataques alemanes en Cháte-llerault.

la batalla de Epsom.

El general Dempsey y el general

O'Connor acuerdan retirar a las

MARTES, 13

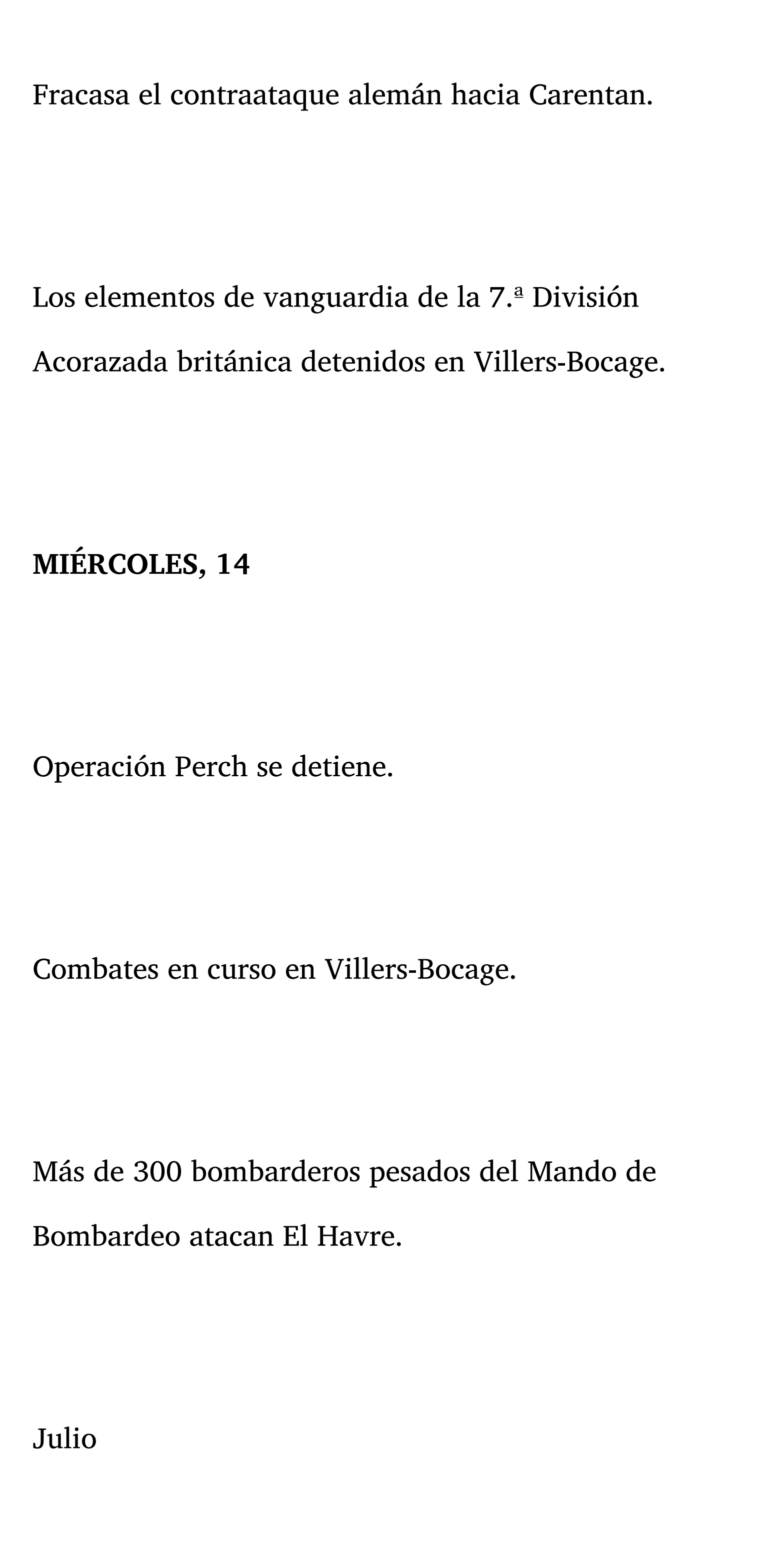
tropas británicas de la Colina

112.

Rommel de vuelta en La Roche—

Los primeros V-1 caen sobre Inglaterra.

Guyon.



Fracasa el contraataque alemán hacia Carentan.

Los elementos de vanguardia de la 7.ª División Acorazada británica detenidos en Villers-Bocage.

MIÉRCOLES, 14

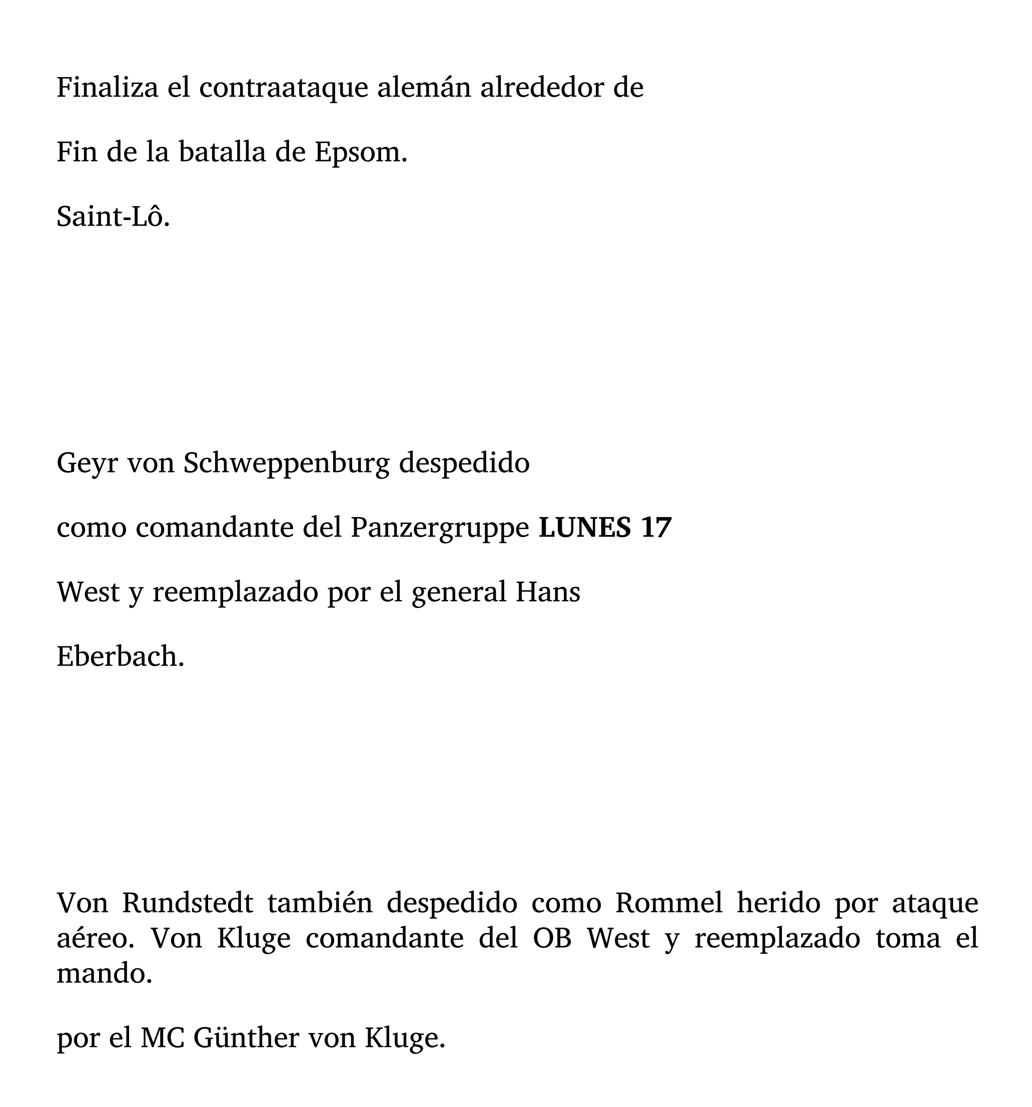
Operación Perch se detiene.

Combates en curso en Villers-Bocage.

Más de 300 bombarderos pesados del Mando de Bombardeo atacan El Havre.

Julio

SÁBADO 1



DOMINGO 16

Finaliza el contraataque alemán alrededor de

Fin de la batalla de Epsom.

Saint-Lô.

Geyr von Schweppenburg despedido

como comandante del Panzergruppe **LUNES 17**

West y reemplazado por el general Hans

Eberbach.

Von Rundstedt también despedido como Rommel herido por ataque aéreo. Von Kluge comandante del OB West y reemplazado toma el mando.

por el MC Günther von Kluge.

LUNES, 3

Estadounidenses acercándose a Saint-Lô.

MARTES 18

Von Kluge llega a La Roche-Guyon e

inmediatamente discute con Rommel.

Los estadounidenses lanzan un ataque Lanzamiento de operación Goodwood. Las hacia La-Haye-du-Puits.

fuerzas estadounidenses capturan Saint-Ló.

MARTES 4

MIÉRCOLES 19

Lanzamiento operación Windsor: ataque

canadiense más la 79.ª Brigada Acorazada Continúa la lucha en la batalla de Goodwood.

en la aldea de Carpiquet.

El general Bradley a Inglaterra para informar

Estadounidenses atacan hacia el sur.

a los comandantes aéreos sobre Cobra.

MIÉRCOLES 5

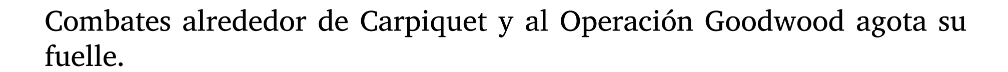
JUEVES 20

Combates alrededor de Carpiquet y Intento fallido de asesinato de Hitler en la Saint-Lô.

Guarida del Lobo.

JUEVES 6

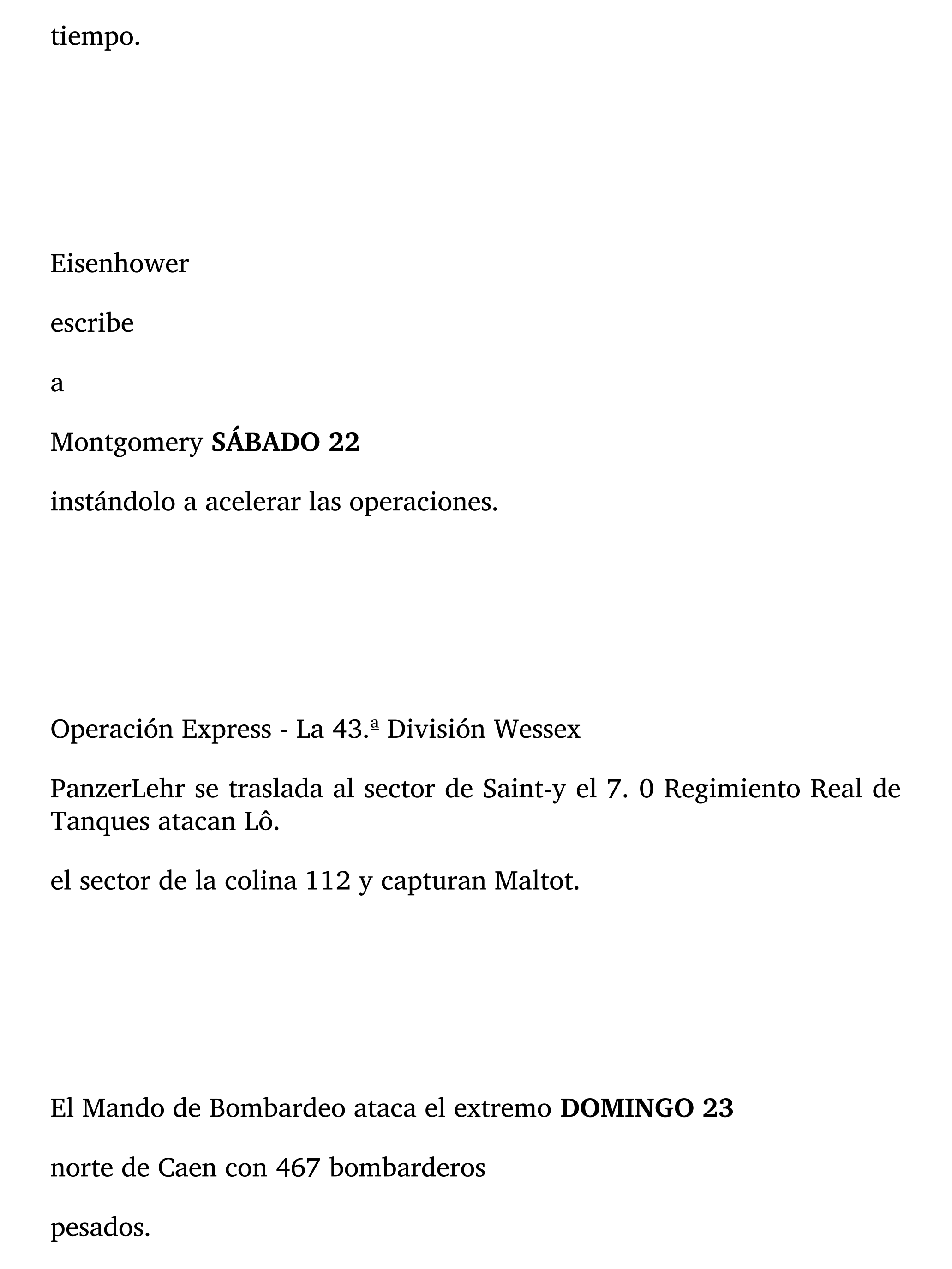
VIERNES 21



Combates alrededor de Carpiquet y al Operación Goodwood agota su fuelle.

norte de Staint-Ló.

Operación Cobra pospuesta debido al mal



VIERNES 7

tiempo.

Eisenhower

escribe

a

Montgomery **SÁBADO 22**

instándolo a acelerar las operaciones.

Operación Express - La 43.ª División Wessex

PanzerLehr se traslada al sector de Saint-y el 7. 0 Regimiento Real de Tanques atacan Lô.

el sector de la colina 112 y capturan Maltot.

El Mando de Bombardeo ataca el extremo **DOMINGO 23**

norte de Caen con 467 bombarderos

pesados.

El Primer Ejército canadiense entra en

SÁBADO 8

funcionamiento bajo el mando del general

Harry Crerar.

Lanzamiento

de

la

operación Cobra pospuesta nuevamente debido al mal

Charnwood.

tiempo.

DOMINGO 9

LUNES 24

Operación Cobra pospuesta 24 horas, aunque

Las tropas británicas y canadienses algunos bombarderos pesados de la Octava entran en Caen.

Fuerza Aérea todavía bombardean objetivos.

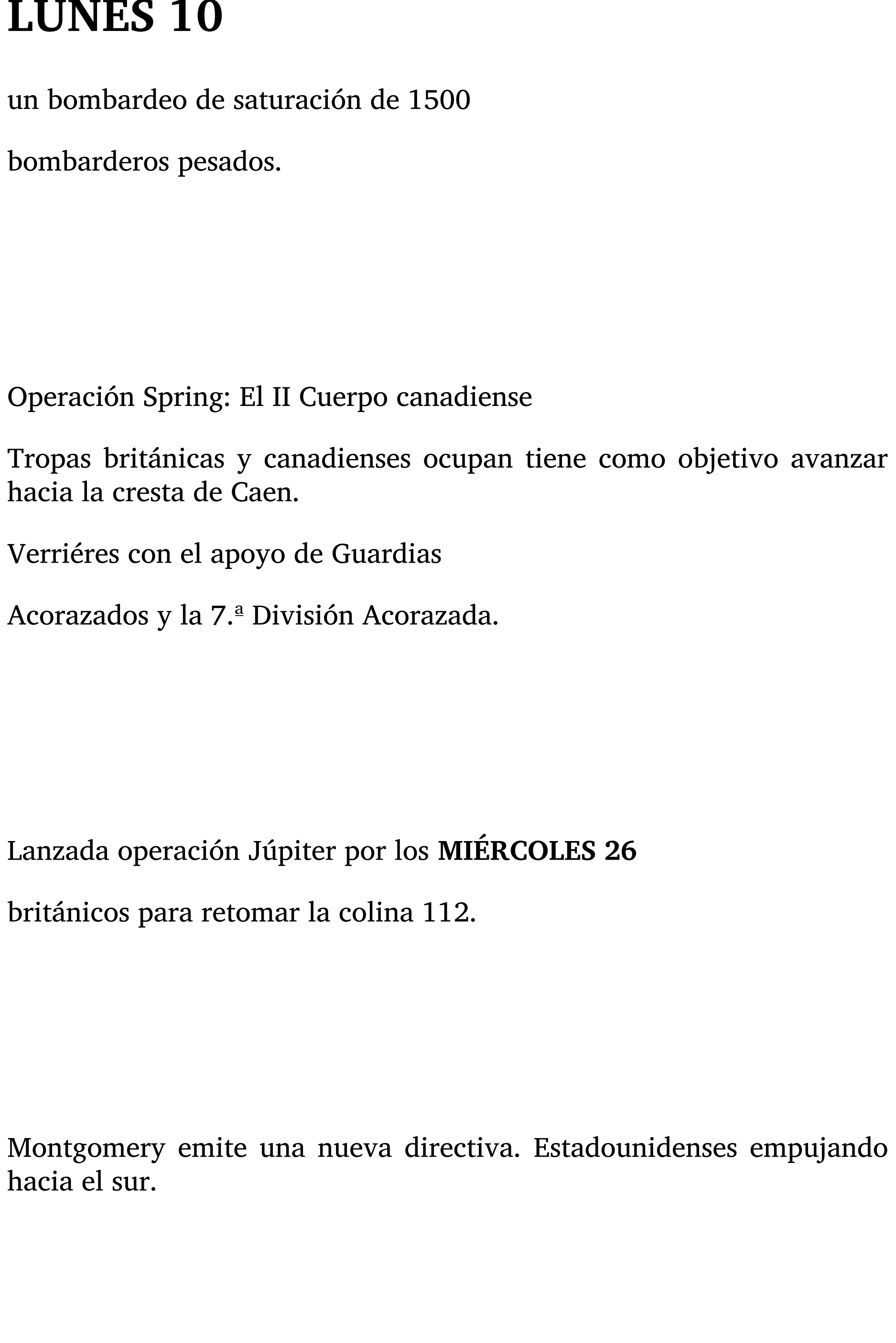
25 soldados estadounidenses muertos.

MARTES 25

Contraataque PanzerLehr al noroeste de

Saint-Lô.

Lanzamiento operación Cobra, precedido por



LUNES 10

un bombardeo de saturación de 1500

bombarderos pesados.

Operación Spring: El II Cuerpo canadiense

Tropas británicas y canadienses ocupan tiene como objetivo avanzar hacia la cresta de Caen.

Verriéres con el apoyo de Guardias

Acorazados y la 7.ª División Acorazada.

Lanzada operación Júpiter por los **MIÉRCOLES 26**

británicos para retomar la colina 112.

Montgomery emite una nueva directiva. Estadounidenses empujando hacia el sur.

El IX Mando Aéreo Táctico introduce la

MARTES 11

cobertura de columna blindada por primera

vez.

La operación Charnwood se detiene.

JUEVES 27

La operación Júpiter se detiene. Violentos Marigny en manos de Estados Unidos. Está combates en la base de la península del claro que el frente alemán ante el Primer Cotentin. Contraataques de la Panzer-Ejército

de

Estados

Unidos

se

está

Lehr cerca de Saint-Jean-de-Daye.

desmoronando.

Británicos y canadienses se enfrentan a 645

MIÉRCOLES 12

tanques, 92 batallones de infantería.

Montgomery indica a Eisenhower los Los estadounidenses se enfrentan a 200

planes para la operación Goodwood.

tanques, 85 batallones de infantería.

Bradley informa a sus generales sobre la Avranches cae ante el Primer Ejército de Operación Cobra.

Estados Unidos.

Montgomery emite una directiva para la

Duros combates en el sector occidental.

Operación Bluecoat alrededor de Caumont.

Los Cuerpos XXX y VIII se trasladan al oeste

para esto.

La 2.ª División estadounidense lanza

ataque al noreste de Saint-Lô. Captura de **VIERNES 28**

la colina 192.

El Segundo Ejército Británico mueve tropas

JUEVES 13

en preparación para Bluecoat.

Los estadounidenses continúan avanzando

Duros combates en el sector occidental.

hacia el sur desde Saint-Lô.

VIERNES 14

SÁBADO 29

Bolsa de Roncey: más de 100 panzer y 250

Los estadounidenses siguen presionando vehículos alemanes perdidos por ataques hacia el sur alrededor de Saint-Lô.

aéreos.

Operación Anvil autorizada.

DOMINGO 30

Los estadounidenses toman un puente clave



en Pontaubault.

Montgomery autoriza la versión reducida El Segundo Ejército Británico lanza la de la Operación Goodwood, que se operación Bluecoat.

lanzará el 18 de agosto.

Agosto

MARTES 1

MARTES 8



Continúa

la

operación

Operación Anvil (la planeada invasión aliada del sur de Totalize. Le Mans tomado Francia) se rebautiza como Dragoon y se programa para por el Tercer Ejército de el 15 de agosto.

Estados Unidos.

Von Kluge en el CG Tac del 7. Armee: «Caballeros, este

avance significa para nosotros y el pueblo alemán el **MIÉRCOLES 9**

comienzo de un final decisivo y amargo. No veo que

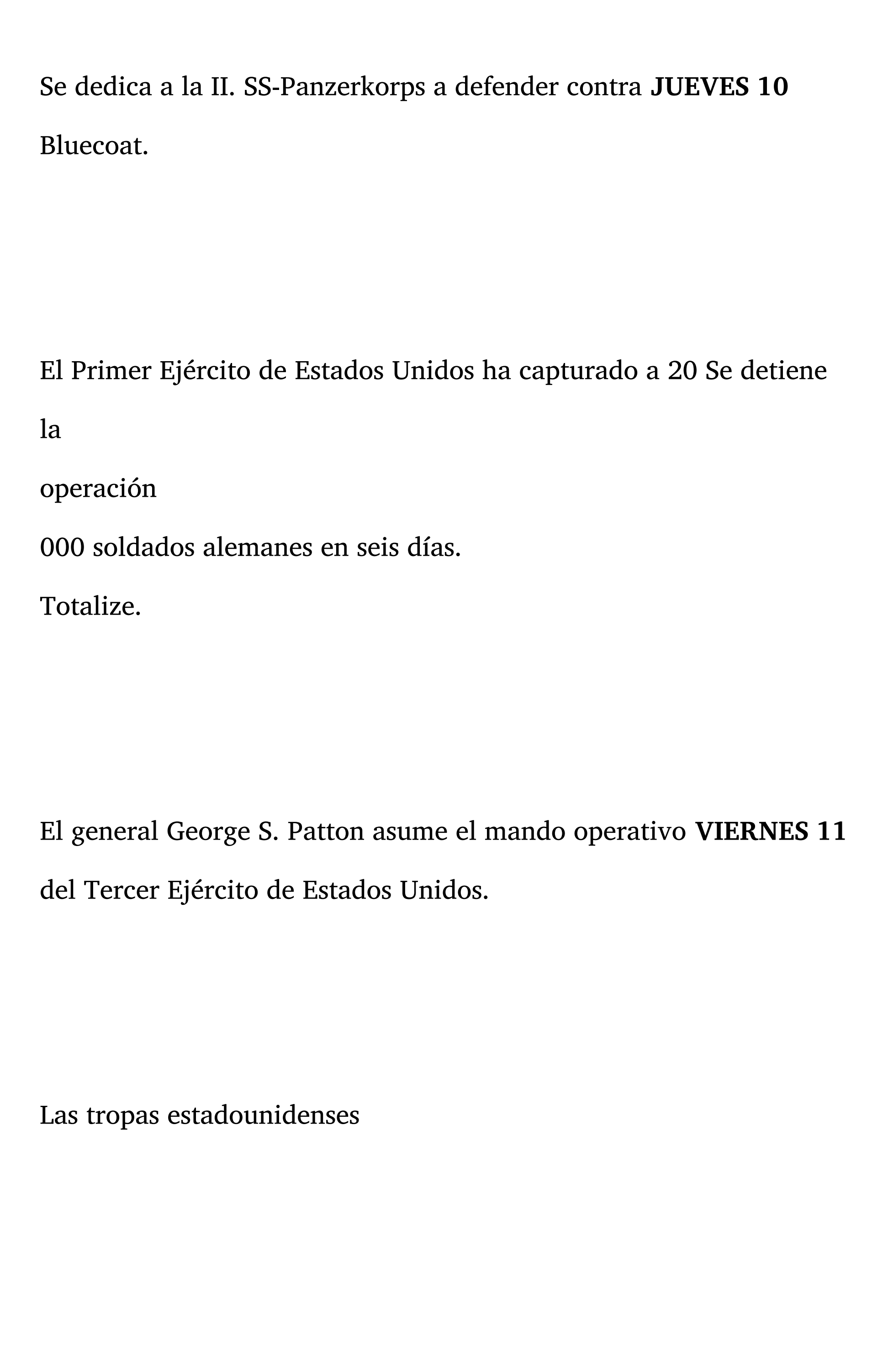
quede ninguna posibilidad de detener este ataque en

curso». Fracasa el contraataque de la 21 PanzerDivision

contra los británicos.

Hitler le dice a Von Kluge que prepare un contraataque. Los alemanes regresan al Las esperanzas de Von Kluge de retroceder detrás del punto de partida de la Sena se ven frustradas.

operación Lüttich.



Se dedica a la II. SS-Panzerkorps a defender contra **JUEVES 10**

Bluecoat.

El Primer Ejército de Estados Unidos ha capturado a 20 Se detiene

la

operación

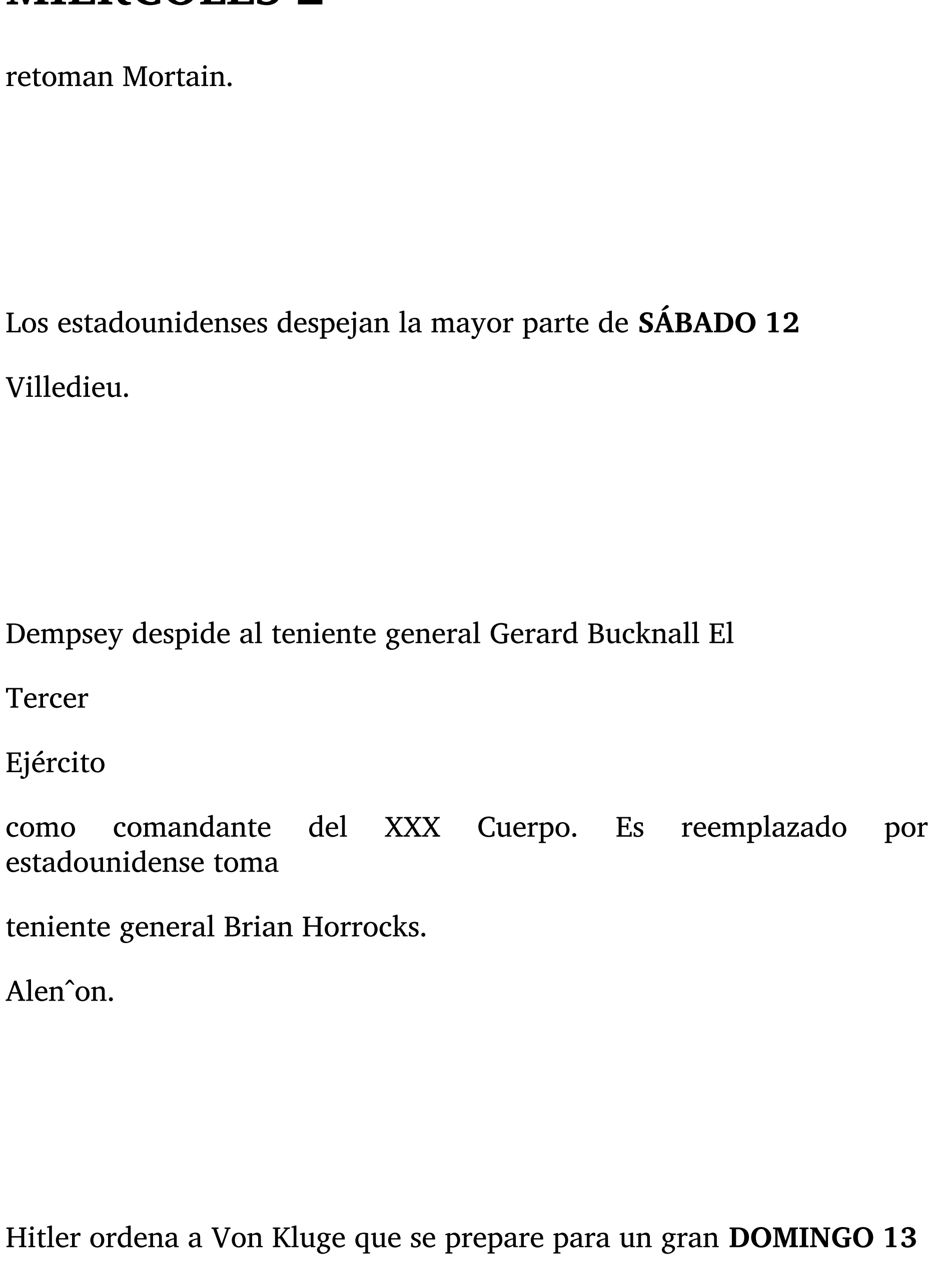
000 soldados alemanes en seis días.

Totalize.

El general George S. Patton asume el mando operativo **VIERNES 11**

del Tercer Ejército de Estados Unidos.

Las tropas estadounidenses



MIÉRCOLES 2

retoman Mortain.

Los estadounidenses despejan la mayor parte de **SÁBADO 12**

Villedieu.

Dempsey despide al teniente general Gerard Bucknall El

Tercer

Ejército

como comandante del XXX Cuerpo. Es reemplazado por estadounidense toma

teniente general Brian Horrocks.

Alenˆon.

Hitler ordena a Von Kluge que se prepare para un gran **DOMINGO 13**

contraataque al oeste hacia Avranches.

Los

alemanes

quedan

JUEVES 3

atrapados en la bolsa de

Falaise.

La 4.ª División Blindada de Estados Unidos se acerca a

Rennes. El general Bayerlein dice que esto «tuvo un **LUNES 14**

efecto demoledor, como una explosión de bomba sobre

nosotros».

El Primer Ejército canadiense

El mayor general Erskine despedido como comandante lanza la operación Tractable.

de la 7.ª División Acorazada. Reemplazado por mayor

general Gerald Verney.

VIERNES 4

MARTES 15

Desembarcos aliados en el

Villers-Bocage, ahora arrasado, capturado por la 50.ª sur de Francia - Operación División británica.

Dragoon.

Rennes tomada por el Tercer Ejército de Estados Unidos. **MIÉRCOLES 16**

SÁBADO 5

Falaise capturada.

El Segundo Ejército Británico avanza hacia el río Orne.

JUEVES 17

DOMINGO 6

El MC Walter Model asume

el mando de los ejércitos

alemanes en el oeste y ordena

la retirada.

Los británicos toman Mont Pinçon.

VIERNES 18

Los

alemanes

intentan

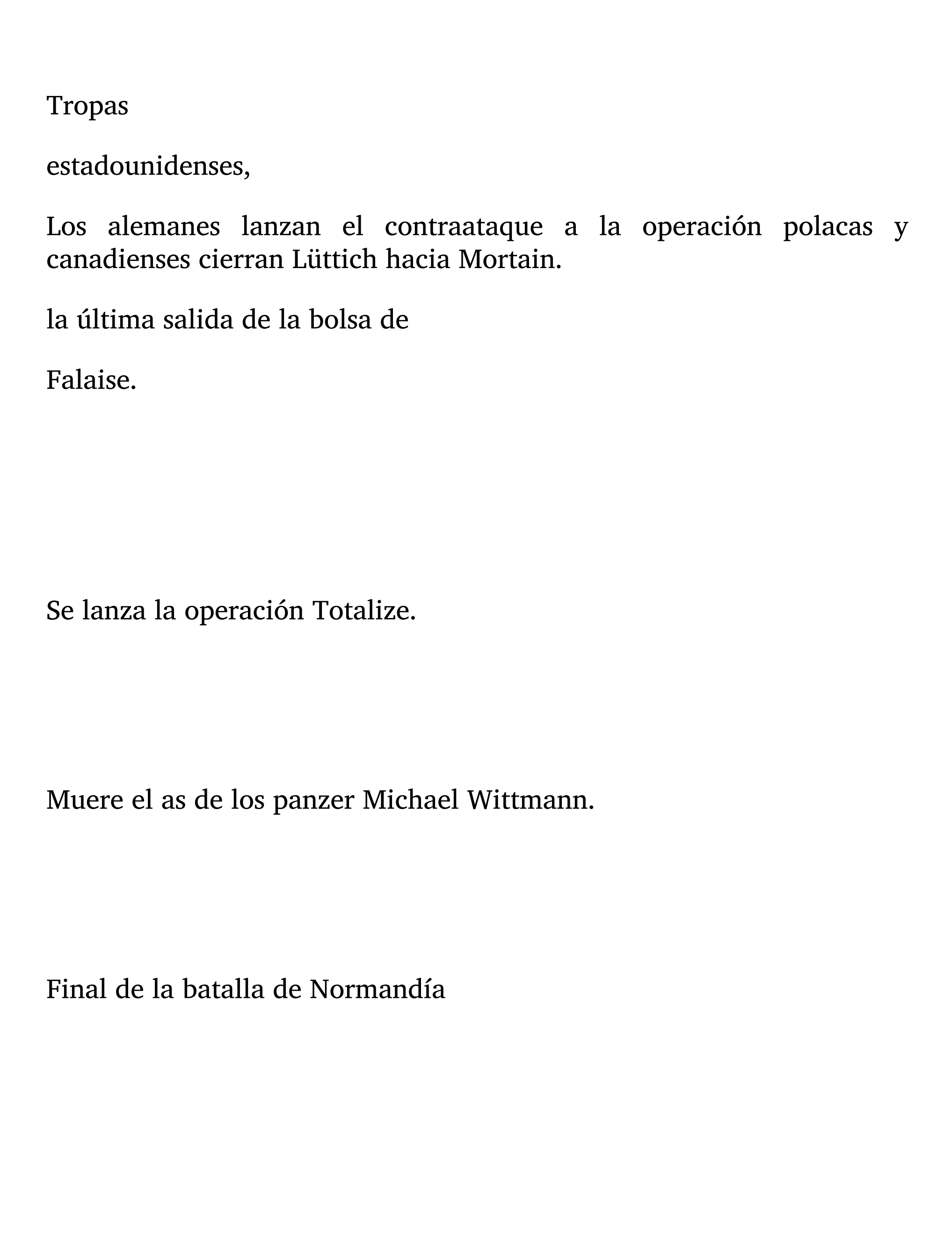
Los criptoanalistas británicos descifran los planes desesperadamente retirarse a alemanes para la operación Lüttich.

través del «corredor de la

muerte».

LUNES 7

SÁBADO 19



Tropas

estadounidenses,

Los alemanes lanzan el contraataque a la operación polacas y canadienses cierran Lüttich hacia Mortain.

la última salida de la bolsa de

Falaise.

Se lanza la operación Totalize.

Muere el as de los panzer Michael Wittmann.

Final de la batalla de Normandía

VIERNES 25

Liberación de París.

Cronología: Día D

Centinelas alemanes detectan aviones que vuelan bajo al norte de Carentan, en la península del Cotentin.

00.07

Los primeros exploradores estadounidenses saltan sobre el Cotentin para marcar zonas de paracaídas para los pilotos de los C-47 que llegarán en los próximos minutos.

00.10

El primero de los 3 planeadores británicos aterriza a menos de 50 metros del puente de Bénouville, el puente Pegasus. Hombres de la Compañía D, Ox y Bucks, liderados por el mayor John Howard, atacan el puente de inmediato.

La batería alemana de Merville atacada por 5 bombarderos Avro Lancaster del **00.16** 7.º Escuadrón de la RAE

El segundo de los 3 planeadores británicos aterriza cerca del puente Pegasus.

00.17

00.18 El último de los 3 planeadores Horsa aterriza cerca del Puente Pegasus.

6 aviones Albemarle lanzan 60 exploradores de la

22.ª Compañía Independiente de Paracaidistas en las ZL N, V y K al este de Orne.

00.20

2 planeadores Horsa aterrizan cerca del puente Ran

ville (Puente Horsa). Desaparece el tercer planeador previsto para la operación.

00.35

5.ª Brigada, 6.ª División Aerotransportada Británi

ca, comandada por Brig. Nigel Poett, salta cerca de Ranville.

00.50

36 paracaidistas franceses, reunidos en 4 equipos, saltan sobre Bretaña, en el bosque de Duault y cerca de Plumelec.

Todas las tropas alemanas bajo las órdenes de LXXXIV. *Korps*, desde el río **01.10** Orne hasta Saint-Malo, en alerta.

01.21 Los exploradores de la 82.ª División Aerotransportada saltan sobre Normandía en Cotentin para intentar marcar 3 zonas de aterrizaje para el resto de la división (ZS

N, O y T).

El general Dollman, comandante alemán del *7. Armee*, ordena alerta general. Las sirenas de la batería de Pointe du Hoc se activan para señalar la aparición de los bombarderos aliados.

01.30

En París, cerca de Bois de Boulogne, el jefe de operaciones del *Marinegruppe West*, el almirante Karl Hoffman, convoca a los diversos miembros de estados mayores debido a la acumulación de informes alarmantes y envía mensaje a Alemania: **01.50** «Informe al cuartel general del *Führer* que es la invasión».

Despegan en Inglaterra los bombarderos de la Octava Fuerza Aérea de Estados Unidos. 1198 aviones desplegados en total.

01.55

El MC Von Rundstedt es informado de las alertas tras el descubrimiento de paracaidistas, en particular por la *352. Infanterie-Division*.

02.00

La 1. *Panzerjäger Kompanie* del *Infanterie-Regiment* 716 sale de Biéville para patrullar a lo largo del canal de Orne en dirección a los puentes de Bénouville y Ranville.

02.05

02.29 Los barcos de la Fuerza U llegan a la playa de Utah y echan el ancla a 24 km de la

costa.

Von Rundstedt informa por radio al *7. Armee* alemán que no cree que se trate de un desembarco a gran escala.

02.40

Los barcos de la Fuerza O llegan a la playa de Omaha y echan el ancla a 23 km de la costa.

02.51

Soldados estadounidenses de la Fuerza O frente a Omaha comienzan a embarcar en lanchas de desembarco.

Soldados estadounidenses de la Fuerza U frente a la playa de Utah comienzan a embarcar en lanchas de desembarco.

03.00

La RAF bombardea objetivos en Caen.

El general Gale, comandante de la **6.ª** División Aerotransportada, se lanza en paracaídas con su personal sobre la zona de caída «N» cerca de Ranville.

03.20

03.30 Tropas y vehículos de la *21. PanzerDivision* listos para ser desplegados.

55 planeadores Horsa que contienen fuerzas destinadas a la 6.ª División Aerotransportada británica aterrizan como parte de la operación Tonga en el área de Ranville.

03.35

52 planeadores estadounidenses Waco que contienen fuerzas destinadas a la 101.ª

División Aerotransportada de Estados Unidos Aterrizan como parte de la operación Detroit al norte de Hiesville.

03.54

Liberación de Sainte-Mère-Église por soldados estadounidenses del 3.er Batallón, 505.º RPI, 82.ª División Aerotransportada. La bandera estadounidense se iza en el ayuntamiento.

52 planeadores estadounidenses Waco aterrizan como parte de la operación Detroit al noroeste de Sainte-Mère-Église.

Von Rundstedt pide permiso al Mando Supremo en Berlín para desplegar 2

04.00 divisiones en la costa.

Violento ataque aéreo de los Aliados sobre las posiciones fortificadas alemanas WN 44, 47 y 48.

Panzergruppe West en nivel de alerta 2 (tiempo de intervención de 114 horas como máximo).

04.10

El Estado mayor de la 352. *Infanterie-Division* da orden

de movimiento al *Oberst* Karl Meyer del *GrenadierRegiment* 915, para ser desplegado en la dirección de Montmartin-Déville, por el puente al oeste de **04.13** Neuilly.

El Estado mayor de la 352. *Infanterie-Division* da orden de ataque al *Regiment* 914

contra paracaidistas al sur de Carentan.

04.25

El teniente coronel Terence Otway lanza a los supervivientes del 9.º Batallón, 3.ª

Brigada, 6.ª División Aerotransportada al asalto contra la batería de Merville.

04.30

Los submarinos de bolsillo *X20* y *X23*, encargados de marcar la ruta de la armada aliada, llegan a casi 1 km de la costa de Normandía.

El teniente coronel Otway dispara un cohete amarillo hacia el cielo, visto en la costa por el crucero *Arethusa*, señal que indica que se ha hecho con el control de la **04.45** batería de Merville. 70 oficiales, suboficiales y soldados británicos muertos durante el asalto.

Primeros disparos de artillería naval sobre posiciones costeras alemanas por el **05.10** crucero HMS *Orion* frente a la playa Gold, luego por los cruceros *Ajax, Argonaut, Emerald*, por la cañonera holandesa *Flores* y 13 destructores.

Ataque a la batería alemana de Mont-Canisy por 18 bombarderos Marauder de la USAAF.

Los buques de guerra de la Francia Libre *Georges Leygues y Montcalm* bombardean la batería naval alemana en Longues-sur-Mer, que abrió fuego contra el buque de guerra USS *Arkansas*.

El general Edgar Feuchtinger, comandante de la *21. PanzerDivision*, llega a su PM

en St-Pierre-sur-Dives.

05.20

3 cañoneras alemanas que huían de Ouistreham en el canal de Caen interceptadas por los hombres del mayor Howard en el puente Pegasus: una destruida, otra varada cerca, mientras que la tercera se refugia más al norte en el área de Le **05.25** Maresquier.

Soldados de la primera oleada de la Fuerza S (playa Sword) se embarcan en lanchas de desembarco.

Primer bombardeo en picado aliado del día, cerca de Falaise.

05.30

Buques de guerra de la Fuerza Operativa Oriental, liderada por el contraalmirante Philip Vian abren fuego en las playas británicas y canadienses de Gold, Juno y **05.31** Sword.

29 tanques anfibios estadounidenses del 741.º Batallón de Tanques se lanzan al océano a 6 kilómetros de la playa de Omaha. 27 se hunden camino a la playa. Los cañones alemanes de la batería Longues-sur-Mer abren fuego contra el destructor **05.35** USS *Emmons* y el crucero USS *Arkansas*.

Los cañones alemanes de la batería Longues-sur-Mer abren fuego contra el destructor USS *Emmons* y el crucero USS *Arkansas*.

05.37

Bombardeo por la artillería naval de las baterías de Houlgate, Mont Canisy y Villerville.

05.45

El acorazado USS *Texas* dispara por primera vez en el sector estadounidense de Omaha.

05.50

El USS *Arkansas* abre fuego de nuevo.

05.52

329 Bombarderos británicos Liberator atacan instalaciones costeras alemanas.

05.55

Un barco a cargo de guiar la embarcación de desembarco a la playa Utah, *PC1261*, entra en un área minada y detona una. Otros barcos se hunden minutos

después por la misma razón.

Amanecer. El tiempo es gris, el oleaje es muy importante, las nubes bajas dejan escapar lluvias cortas. Fuerza del viento 3 a 4.

05.58

270 bombarderos American Marauder lanzan 4404 bombas de 110 kilogramos cada una sobre objetivos a lo largo de la costa de Normandía.

Ingenieros del 3.er Escuadrón de Paracaidistas RI y paracaidistas del l.er Batallón Canadiense de Paracaidistas vuelan el puente de Robehomme en River **06.00** Dives.

Se informa de intensos bombardeos aéreos en posiciones fortificadas en Arromanches, Sainte-Honorine y Colleville.

06.06

Playa de Omaha: fin del bombardeo en la costa.

06.27

Sectores de la playa de Omaha, Dog Verde y Dog Blanco: desembarco de 32

tanques anfibios (Compañías C y B del 743.º Batallón de Tanques).

06.29

Playa de Omaha: ataque aéreo de 18 bombarderos Marauder en Pointe du Hoc, luego el USS *Texas* dispara contra una batería alemana.

El general Feuchtinger, comandante de la *1*\. *PanzerDivision,* da orden de atacar la cabeza de puente de la 6.ª División Aerotransportada británica más allá **06.30** del río Orne.

Playa de Utah, área del Unele Rojo: desembarco del 2.º Batallón, 8º

Regimiento, 4.ª

División de Infantería de Estados Unidos.

06.31

Playa de Omaha: desembarco de la primera oleada de asalto del 116.º

Regimiento de la 29.ª División de Infantería de Estados Unidos.

Playa de Utah: desembarco de la segunda oleada de asalto de elementos del 8.º

06.35 Regimiento de la 4.ª División de Infantería de Estados Unidos.

Playa de Omaha: desembarco de la segunda oleada de asalto del 116.º Regimiento de la 29.ª División de Infantería de Estados Unidos.

06.36

El general Dwight D. Eisenhower se despierta después de una breve siesta y se tranquiliza con la llamada optimista del almirante Ramsay.

06.40

El contraalmirante de Estados Unidos Kirk, comandante de Formación Naval Occidental, informa de que «todo va según el plan».

06.42

Playa de Utah: desembarco de 32 tanques anfibios del 70.º Batallón Acorazado.

28 llegan a la orilla.

Playa de Omaha: desembarco de la segunda ola de asalto.

Bombarderos medianos B-25 de los escuadrones 8 y 342 de la RAF (incluido el grupo francés «Lorraine») completan la creación de una cortina de humo para **06.45** proteger la armada aliada.

El general Speidel pone a la *2\. Panzer* bajo las órdenes del *7. Armee* alemán.

Playa de Omaha: continúa el desembarco de la segunda ola de asalto.

07.00

Playa de Omaha: cañón de 88 mm en WN61 fuera de combate después de un impacto directo de la artillería naval o del tanque Sherman del sargento Turner Sheppard.

07.10

Playa de Omaha: Los 225 Rangers del coronel Rudder, retrasados por **07.11** navegaciones erróneas y una fuerte corriente marina, desembarcan 41 minutos tarde en Pointe du Hoc.

Pointe du Hoc: Los Rangers de la Fuerza Operativa C en camino a Dog Verde (playa de Omaha) porque no han recibido la señal de solicitud de refuerzos de Pointe du Hoc.

Playa de Omaha: El *GrenadierRegiment* alemán 726 informa que el WN60 está severamente bombardeado y que 20 lanchas de desembarco, detectadas por el **07.15** WN37, se acercan.

Playa Gold: lanchas de desembarco equipadas con lanzacohetes de 127 mm abren fuego contra las defensas costeras.

Playa de Omaha: El *GrenadierRegiment* 916 informa que se han identificado tanques anfibios en el área de Vierville-sur-Mer.

Fin del bombardeo naval sobre Gold, Juno y Sword. Playa Sword: desembarco **07.20** de tanques de 22.º Dragones transportados a bordo de 10 LDT.

Playas Gold, Juno y Sword: tanques especiales de desminado y eliminación de obstáculos en tierra.

Playa Gold: desembarco de la 50.ª División de Infantería británica, dirigida por el mayor general Graham. Playa Sword: desembarco de tanques AVRE del 5.º

07.25 Regimiento de Asalto RI, 79.ª División Blindada.

07.30 Paracaidistas del 3.er Batallón, 502.º RPI, 101.ª División Aerotransportada, toman la

salida de la playa n.º 3 al oeste de la playa de Utah, cerca de Audouville-la-Hubert.

Playa de Omaha: los Rangers supervivientes de la Compañía C llegan a la meseta al este de la salida D-l, Vierville-sur-Mer.

Playa Sword: desembarco del comando Kieffer (Francia libre) frente a Colleville-sur-Orne.

07.32

Playa de Omaha: LDI 91 alcanzado por una mina y por artillería alemana, causando la muerte de 73 soldados.

07.40

Pointe du Hoc: Rangers establecen un cuartel general temporal en el cráter en frente del búnker antiaéreo L409A (cañón de 37 mm), al este de la batería alemana.

Playa de Omaha: los soldados alemanes en WN70 informan de que 6 tanques estadounidenses han roto la línea defensiva, 3 de ellos en el punto fuerte WN66.

Playa de Omaha: C (Fuerza Operativa C) que consta de las Compañías A y B del 2.º Batallón de Rangers a punto de aterrizar en el borde de las áreas Dog Verde y **07.45** Dog Blanco. Todo el 5.º Batallón de Rangers se dirige a Dog Verde.

Playa de Juno: desembarco de la 3.ª División de Infantería canadiense dirigida por el general Keller.

Playa de Utah: han desembarcado 4 batallones.

08.00

Uno de los cañones Skoda K52 de 2 × 210 mm de la batería de Crisbecq puesto

fuera de combate por los buques de guerra aliados.

Playa de Omaha: los soldados estadounidenses llegan a la cima de la duna WN60.

Playa de Omaha: desembarco de hombres del 5.º Batallón de Rangers, que originalmente iban a aterrizar en Pointe du Hoc.

Playa Sword: desembarco de un pelotón anticarro que silencia paulatinamente las diferentes posiciones defensivas alemanas.

Playa de Juno: la 3.ª División de Infantería de Canadá informa de que hay unas 16

explosiones de proyectiles por minuto en el área de la playa Mike Verde.

08.05

Playa de Omaha: todos los tanques anfibios destinados a aterrizar en Fox Verde se han hundido entre su punto de partida y la playa.

08.09

Playa de Omaha: El *GrenadierRegiment* 726 informa que el 88 mm del WN61 ya no puede utilizarse y de que se han visto lanchas de desembarco frente a los WN

37 y 37a.

Playa Gold: desembarco del 7.º Batallón, Green Howards, 69.ª Brigada de **08.20** Infantería, 50.ª División de Infantería (Northumbria).

Playa Sword: desembarco de Comando 4, 1.ª Brigada de Servicio Especial.

Playa de Omaha: las tropas desembarcadas informan que están bajo el fuego de las baterías de Maisy.

08.24

Playa de Omaha: WN62 infiltrado por soldados estadounidenses mientras WN61 es atacado por delante y por detrás. Se interrumpe la comunicación por radio alemana con Port-en-Bessin.

08.25

Playa Gold: desembarco del Comando 47 de los Reales Marines.

Playa de Omaha: contraataque del *GrenadierRegiment* 915 para recuperar el control del WN60.

Playa de Omaha: El general Cota establece su PM en la playa.

La Compañía C del 1. Batallón Canadiense de Paracaidistas vuela el puente en **08.30** Varaville sobre el río Dives con la ayuda de zapadores del 3.er Escuadrón de Paracaidistas RI.

Playa de Omaha: El *GrenadierRegiment* 916 informa que el WN70 está en manos de Estados Unidos. 3 tanques atraviesan el WN66 y la casamata superior de WN62 es destruida.

08.45

Playa Sword: desembarco del Comando 41 de los Reales Marines.

08.55 Playa de Omaha: El *Artillerie-Regiment* 352 tiene problemas para mantener

contacto por radio con WN60.

Playa de Omaha: el *GrenadierRegiment* 726 informa de que 30 tanques enemigos han desembarcado entre el WN 35 y el 36.

08.57

El segundo cañón de 210 mm de la batería Crisbecq es inutilizado por la artillería naval aliada.

Pointe du Hoc: los Rangers rechazan un contraataque dirigido por la 1.

Kompanie del *Infanterie-Regiment* 916. Playa de Omaha: posición WN60 (área Fox Rojo) que protege la salida de Fl, silenciada por hombres de la 1.ª División de **09.00** Infantería de Estados Unidos. Playa Sword: los supervivientes del Comando Kieffer asaltan el búnker del casino en Ouistreham.

Soldados canadienses desembarcan en Mike Rojo (Playa de Juno) e informan que la situación es excelente.

09.05

La *352. Infanterie-Division* informa de la pérdida de las posiciones fortificadas WN 65, 68 y 70.

09.15

Los hombres del teniente Shave, del 3.er escuadrón de paracaidistas RI, vuelan el puente ferroviario de Bures sobre el río Dives.

Los Aliados anuncian los desembarcos: «Bajo el mando del general Eisenhower, las fuerzas navales aliadas, apoyadas intensamente por las fuerzas aéreas, comenzaron a desembarcar a los ejércitos aliados esta mañana en la costa norte de **09.17** Francia».

El mayor general Clarence Huebner ordena a los barcos de la playa de Omaha que descarguen un nuevo bombardeo de artillería naval contra las defensas alemanas, a pesar del riesgo de matar a soldados estadounidenses. Dura 28

minutos.

09.20

La batería alemana de Longues-sur-Mer deja de disparar.

Playa Sword: en Ouistreham, el tanque de apoyo anfibio solicitado por Kieífer llega frente al búnker del casino y abre fuego, permitiendo que los comandos franceses del *ler Bataillon de Fusiliers Marins* asalten la posición.

Playa de Omaha: El *Artillerie-Regiment* 352 informa que los WN 35 y

36 están destruidos, mientras que los cañones del WN40 destruyen 4 tanques y 3 lanchas de desembarco.

Playa Gold: 12 cazas Focke-Wulf 190 atacan la playa. Playa de Juno: localidad **09.25** de Berniéres liberada por hombres del Regimiento de North Shore y del Regimiento de Fusileros de la Reina.

Playa Sword: Hermanville liberada por el regimiento de South Lancashire mientras desembarca el primer Suffolks.

Fin del segundo bombardeo de artillería en la playa de Omaha.

La patrulla de reconocimiento de la RAF informa de la presencia de vehículos blindados al norte de Caen.

09.48

La *352. Infanterie-Division* informa de que se ha perdido el contacto por radio con el *GrenadierRegiment* 916.

09.55

Playa de Omaha: 2 destructores estadounidenses se acercan a media milla de la costa para apoyar a grupos aislados que intentan salir de la playa.

Playa de Omaha: unos 200 soldados del l.er Batallón, 116º Regimiento, 29.ª

División de Infantería de Estados Unidos trepan por el acantilado y llegan a Vierville-sur-Mer.

Playa de Omaha: WN64 silenciado por tropas estadounidenses.

Playa Sword: los soldados británicos del Comando 4 llegan al puerto de Ouistreham donde se concentra la defensa alemana.

10.00

El general Marcks decide contraatacar con la 21. *PanzerDivision*.

El general Feuchtinger ordena contraatacar con sus tanques a lo largo del río Orne contra los paracaidistas británicos de la 6.ª División Aerotransportada. Hitler despierta en el Berghof después de haber estado despierto hasta tarde la noche anterior, escuchando la música de Wagner.

Playa de Omaha: en el WN62 junto a la rambla de Colleville, 2 cañones de 76,5

10.15 mm son destruidos al mismo tiempo por la artillería naval.

Playa de Omaha: 2 cañones de 75 mm de Pointe de la Percée puestos fuera de combate por el destructor USS McCook.

Playa de Omaha: El WN65 en el cruce entre los sectores de playa Easy Verde y Easy Rojo y que protege la salida Él es asaltado por soldados estadounidenses.

10.30 Feuchtinger ordena mover la *21. PanzerDivision* al oeste del canal de Orne y que ataque al norte de la línea Bayeux-Caen.

Estación de radar alemana en Pointe de la Percée atacada frente a Omaha por el destructor USS *Thompson*, que dispara proyectiles de 127 mm. Playa Gold: Despejadas las 7 salidas de la playa.

11.00

Playa de Omaha: El *GrenadierRegiment* 916 informa que los atacantes controlan las alturas de la playa de Saint-Laurent-sur-Mer. El comandante de la *Infanterie-Division* 352 vuelve a ordenar el contraataque.

11.27

Playa de Omaha: Desembarca el 1.er Batallón del 18.º Regimiento de Infantería de la 1.ª División de Infantería de Estados Unidos.

11.45

Playa de Utah: 4 rutas de salida de la playa (calzadas) controladas por **12.00** paracaidistas de la 101.ª División Aerotransportada de los Estados Unidos.

Playa de Utah: 2.º Batallón, 8.º ECR ingresa a Pouppeville.

Playa de Utah: Compañía Dog, 501.ª RPI llega al pueblo de Angoville.

Pointe du Hoc: los últimos 6 defensores del puesto de observación se rinden ante los Rangers.

Pointe du Hoc: El coronel Rudder envía el mensaje: «Llegado a Pointe du Hoc.

Misión cumplida, urgente necesidad de municiones y refuerzos. Muchas pérdidas».

Playa de Omaha: debido a la falta de municiones, la batería de Houtteville (a 4500 metros de la playa cerca de Colleville-sur-Mer) rechaza una orden de disparar todos los cañones a la vez contra las lanchas de desembarco que se aproximan. La batería dispara sus cañones de 105 mm de uno en uno.

Londres: Churchill pronuncia un discurso en la Cámara de los Comunes, informando a los parlamentarios sobre la liberación de Roma y el comienzo del desembarco de Normandía.

Playa de Omaha: los estadounidenses llegan a la iglesia de Colleville-sur-Mer.

12.14

Playa de Omaha: hombres del 18.º Regimiento de la 1.ª División de Infantería de Estados Unidos. Escalan acantilados y se dirigen hacia Colleville-sur-Mer.

12.23

Playa de Omaha: Posición fortificada WN72 (Vierville-sur-Mer, área de Dog **13.00** verde) bajo control de Estados Unidos. Playa Sword: hombres del 1.er Regimiento de Suffolk asaltan la posición fortificada Morris al sur de Colleville-sur-Orne.

Playa Sword: los alemanes contraatacan para apoderarse del WN21 (nombre en clave británico «Trout»), defendido por el Comando 41, liderado por el teniente coronel Gray.

Bombardeo aéreo de Caen.

13.30

Playa de Omaha: La resistencia alemana frente a los sectores Dog Verde, Easy Verde, Easy Rojo y White Rojo se ha detenido.

00 Pointe du Hoc: los defensores alemanes del *Werfer-Regiment* 84 abandonan **13.41** la batería en su flanco occidental.

Playa de Omaha: destrucción por el destructor USS *Harding* del campanario de la iglesia de Vierville-sur-Mer que se suponía que albergaría a los observadores de la artillería alemana.

14.13

Playa de Omaha: El *Artillerie-Regiment* 352 informa que el pueblo de

Colleville-sur-Mer ha caído una vez más en manos enemigas.

14.58

Playa de Omaha: 2 destructores estadounidenses se acer

15.00

can a la costa para apoyar a las tropas desembarcadas. Playa de Omaha: el

GrenadierRegiment 916 contraataca a las tropas estadounidenses entre los WN 62a, 62b y 64.

Cerca de 80 combatientes de la resistencia francesa ejecutados en la prisión de Caen por la Gestapo porque no podían ser trasladados (los primeros son fusilados a partir de las 10.00 de la mañana, el resto por la tarde). El general Marcks le pide al coronel Von Oppeln-Bronikowski que contraataque con *21. PanzerDivision*: «El destino de Alemania y de este conflicto depende del éxito de su contraataque».

Playa de Omaha: fracaso del contraataque alemán dirigido por el *GrenadierRegiment* 916 en Colleville-sur-Mer.

15.26

Playa Sword: Los británicos controlan el puerto de Ouistreham.

15.30

Playa Sword: hombres y tanques del 2.º Batallón, Regimiento de Yorkshire Oriental y 13.º / 18º de Húsares Reales toman al asalto el WN14.

15.45

Contraataque alemán hacia el puente de La Fière, a 3,2 km de Sainte-Mère-Église, defendido por paracaidistas estadounidenses de la Compañía Able, 505

RPI, 82.ª División Aerotransportada.

16.00

Playa Gold: WN35 en Le Hamel bajo el control del 1.er Batallón Real de Hampshire.

Bombardeo aéreo de la ciudad de Caen. Bombardeo de la batería alemana en

Mont-Canisy por 37 aviones Marauder, que arrojan 61 toneladas de bombas sobre el objetivo.

Von Rundstedt autorizó a entablar combate con sus dos divisiones blindadas.

Contraataque de 25 tanques alemanes pertenecientes a la *21. PanzerDivision* cerca de Périers-sur-le-Dan.

16.20

Playa de Omaha: El mayor general. Huebner desembarca en la zona de la playa Easy Rojo.

Playa de Omaha: el campanario de la iglesia de Saint-Laurent-sur-Mer, que alberga a los francotiradores alemanes, es destruido por la artillería naval estadounidense. Playa de Omaha: la posición fortificada más occidental de Omaha, el WN73, asaltado por hombres del 5.º Batallón de Rangers y el 116.º

17.00 Regimiento de la 29.ª División de Infantería de Estados Unidos. El *GrenadierRegiment* 916 informa al cuartel general de la *Infanterie-Division* 352 que Saint-Laurent-sur-Mer ha caído en manos del enemigo.

Playa de Juno: en St-Aubin-sur-Mer, se rinden los últimos defensores alemanes de las instalaciones costeras en el sector de Nan Rojo.

17.10

Playa Sword: hombres del 2.º Batallón del Regimiento de Yorkshire Oriental **18.00** asaltan el punto fortificado de Daimler (WN12) hasta Ouistreham.

Playa de Omaha: El *GrenadierRegiment* 915 informa que ha pasado por la retaguardia de los estadounidenses en el castillo de Colleville-sur-Mer y que sus heridos ya no pueden ser evacuados.

18.10

Pointe du Hoc: el general Dietrich Kraiss, comandante de la *Infanterie-Division* 352, ordena al *GrenadierRegiment* 916 que contraataque.

18.25

Playa de Omaha: Comienza el desembarco del 26.º Regimiento de Infantería de la 1.ª División de Infantería de Estados Unidos.

18.30

El destructor USS *Harding* bombardea una vez más el campanario de la iglesia de Vierville-sur-Mer. Los disparos finalizan a las 18:57.

18.54

Playa de Omaha: en la localidad de Colleville-sur-Mer, violentos enfrentamientos entre tropas estadounidenses y defensores alemanes.

19.00

19.25 Pointe du Hoc: los alemanes lanzan una contraofensiva en el este hacia las

posiciones de los Rangers con elementos del punto fuerte de Le Guay.

El destructor USS *Harding* abre fuego sobre el campanario de la iglesia de Vierville-sur-Mer.

19.35

Pointe du Hoc: Kraiss informado del avance alemán y de que la 9. *Kompanie* del *GrenadierRegiment 726* está rodeado por enemigos por el este y el sur.

Playa de Omaha: bombardeo de artillería alemana en la playa del área de Colleville-sur-Mer, donde continúan las operaciones de desembarco. Algunas **19.40** bajas en las tropas estadounidenses.

6 tanques alemanes se abren paso hacia Lion-sur-Mer y luego retroceden.

El l.º Suffolks sigue luchando contra la posición fortificada de Hillman, defendida por hombres del *GrenadierRegiment* 736, al sur de Playa Sword.

20.00

Los comandos franceses del 1.er *Bataillon de Fusiliers Marins* llegan a la localidad de Le Hauger.

Posición fortificada de Hillman asaltada por hombres del Regimiento de Suffolk y tanques del 13.º/18.º de Húsares después de una dura

lucha.

20.15

Los últimos elementos de la 6.ª División Aerotransportada aterrizan con 256

planeadores en las zonas de aterrizaje de Ranville - ZA N - y noroeste de Bénouville - ZA W - Operación Mallard.

20.51

Inicio de las operaciones de aterrizaje de planeadores, involucrando 36

20.55 planeadores Waco y 140 Horsa remolcados por 176 Douglas C-47.

Fracasa ataque liderado por 3 compañías de 21. *PanzerDivision* al sur de Playa de Juno.

Pointe du Hoc: 24 Rangers de la Compañía A, 5.º Batallón llegan a la batería de **21.00** Pointe du Hoc desde la playa de Omaha.

Rommel regresa a La Roche-Guyon procedente de Alemania.

21.30

Bombardeo aéreo de la ciudad de Caen.

Después de intensos combates, liberación de la ciudad de Tailleville, defendida por el *GrenadierRegiment* 736. Los hombres de l.º Real de Hampshires liberan la **22.30** localidad de Arromanches.

23.00 Pointe du Hoc: contraataque de 40 soldados alemanes pertenecientes a la 1.

Kompanie, Regiment 914, *Infanterie-Division* 352, lanzado contra los Rangers en la

batería de Pointe du Hoc.

Abreviaturas usadas en las notas

Agencia de Investigación Histórica de la Fuerza Aérea de Estados Unidos, Base de la Fuerza Aérea en Maxwell, Alabama.

AFHRA

Bundesarchiv-Militärarchiv, Freiburg

BA-MA

Museo de Tanques de Bovington, Dorset

BTM

Biblioteca del Churchill College, Cambridge

CCL

Documentos de Dwight D. Eisenhower

DDE

IWM

Museo Imperial de la Guerra, Londres

LHCMA Centro Liddell Hart de Archivos Militares, King's College, Londres Memorial de Caen

MdC

NWWIIM Museo Nacional de la Segunda Guerra Mundial, Nueva Orleans Archivos Nacionales, Kew, Londres

TNA

Centro de Herencia del Ejército de Estados Unidos, Barracones de Carlisle, **USAHC** Pensilvania

Wsc

Winston Churchill, *La Segunda Guerra Mundial*

Fuentes

TESTIMONIOS PERSONALES

Entrevistas del autor

Adam, Ken

Mather, Carol

Beamont, Roland «Bee»

Munro, Les

Börner, Johannes Bowles, Henry D. Neil, Tom

Bowles, Tom

Roberts, Eldon «Bob»

Byers, Bill

Semken, John

Halloran, Walter

Tout, Ken Watson, Stuart

Mann, Douglas

Waughman, Rusty

Archivo Cornelius Ryan,

Universidad de Ohio, Atenas (Ohio)

Brannen, Malcolm D.

Brannen, Malcolm D. Keller, Robert

Cass, E. E. E.

Morrissey, James

Cota, Norman

Oppeln-Bronikowski, Hermann, von

Damski, Aloysius

Pemsel, Max

Feuchtinger, Edgar Tempelhof, Hans

Freyberg, Leodegard Thornhill, Avery

Gunning, Hugh

Voight, Bill

Hayn, Friedrich

Wünsch, Anton

Hermes, Walter

Museo imperial de la Guerra, Londres

Blizzard, Arthur Todd, Richard

Entrevistas John Kane

Seekings, Reg

Legasee: The Veteran's Video Archive, Londres

Corbett, Frank Renouf, Tom

Downing, Eric Sullivan, Bob

Eagles, Charles

Memorial de Caen, Normandía

Fauré, Hubert Zivolhave, Otto

Museo Nacional de la Segunda Guerra Mundial,

Nueva Orleans, Indiana

Bailey, Richard

Maltbie, Archie

Baumgarten, Harold McCarthy, George

Bell, Bryan

Raaen, John

Brueland, Lowell K. Rice, Darold

Denius, Frank

Rogers, John

Farley, Dan

Utero, Cosmo

Ford, Richard

Venverloh, Joseph

Gross, Clayton Kelly Wichterich, George

Hawk, John «Bud» Witmeyer, John James «JJ»

Lomell, Leonard

Entrevistas Robin Schäffer

Leuffert, Karl Seiler, Hermann

Rutgers, Universidad Estatal de Nueva Jersey

Biehler, William H. Parisi, Joseph

Farrell, Francis

Waters, John

Johnson, Franklyn Kingston, Clifford

Logerfo, Peter J.

Agencia de Investigación Histórica de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos, Maxwell (Alabama)

Gabreski, Francis «Gabby» Quesada, Elwood R. «Pete»

Centro de Educación y Herencia del Ejército de Estados Unidos, Carlisle (Pensilvania)

Bonesteel, Charles H.

Bonesteel, Charles H. Ziegelmann, Fritz

Haley, Joseph M.

Entrevistas Forrest Pogue

Alanbrooke, vizconde *sir* Alan

Alanbrooke, vizconde sir Alan Hughes-Hallett, John

Bonesteel, Charles H.

Ismay, Hastings

Bradley, Omar N.

Morgan, Frederick

Corbett, Paddy

Mountbatten, almirante lord Louis

De Gaulle, Charles

Paget, sir Bernard

Dempsey, Miles

Robb, James M.

Gleave, Tom

Williams, E. T. «Bill»

División Histórica del Ejército de Estados Unidos, serie de estudios militares extranjeros: entrevistas

Bayerlein,

Schweppenburg, General Leo Geyr von, *Interview: Panzer Tactics in* Fritz

Normandy

Rommel,

Lucie

ENSAYOS, MEMORIAS E INFORMES INÉDITOS

Museo del Tanque de Bovington, Dorset

Estadísticas administrativas del 21.er Grupo del Ejército

Problemas técnicos de los carros blindados de combate del 21.er Grupo del Ejército, 355.48.5

Informes técnicos de los carros blindados de combate del 21.er Grupo del Ejército, 355.486.1

Baulf, H. E. A., *Nine Elms: A Tank to Remember*, memoria inédita Bajas y efectos del apoyo de fuego en las playas británicas en Normandía, 355.48.5(4) Informes actuales del extranjero, n.º 46—57

Plan de implementación de Overlord

Spittles, Reg, «Stories» n.º 3, 14, 24, 32 y 41

Bundesarchiv-Militärarchiv, Friburgo

Beck, Eberhard Günther, *Tagebuch*

Producción de tanques alemanes

Training Instructions, n.os 29-39

Archivos de Churchill College, Cambridge

Lewin, Ronald, papeles

Biblioteca de Eton College, Eton

Henderson, John, papeles, diario y fotografías

Museo Gettysburg, Pensilvania

Winters, Richard «Dick», papeles

Biblioteca de investigación de armas combinadas Ike Skelton, Fort Leavenworth (Kansas)

70.º Batallón de tanques, 3663

737.º Batallón de tanques, 3608

741.er Batallón de tanques, 3522

893.er Batallón de destrucción de tanques, 3518

Museo Imperial de la Guerra, Londres

Caines, Walter, papeles

Green, T. W, *Reminiscences*

Guillotin, Claude, *Memoir*

Handley, Ken, papeles

Harris, J. R., diario

Mulry, Mary, diario

Wright, Frank, papeles

Centro Liddell Hart para Archivos Militares, King's College, Londres Churcher, J. B… *A Soldier's Story*

Hutton, Michael, *Just a Bit of Time*, memoria inédita

Jowett, George, *One Man's Long journey*, memoria inédita Lampen, Ambrose, *Naval Reminiscences 1941-1944*, memorias inéditas O'Connor, Richard, papeles Wilmot, Chester, papeles

Historias orales de las Fuerzas Armadas de Estados Unidos

Archivos Nacionales, Kew, Londres

Diario de guerra del 1.º de Voluntarios de Northamptonshire, WO 171/859

Diario de guerra del 2.º de Voluntarios de Northamptonshire, WO 171/860

Diario de Guerra del 4.º de Infantería Ligera de Somerset, WO 171/1372

Diario de guerra del 4.º Regimiento de Wiltshire, WO 171/1394

Diario de guerra del 5.º Regimiento de Wiltshire,WO 171/1395

Diario de guerra del 6.º de Fronterizos Escoceses del Rey, WO 171/1322 Informes de combate del 21.er Grupo de Ejército, WO 205/422 Cuaderno de operaciones del Escuadrón 602, AIR 27/2078

Cuaderno de operaciones del Escuadrón 609, AIR 27/2103

Registro histórico de la Fuerza Expedicionaria Aliada, AIR 37/1057 Comité de organización de operaciones aerotransportadas, AIR 37/773 Apreciación de posibles desarrollos, WO 205/118

Reflexiones diarias de *sir* Trafford Leigh-Mallory, AIR 37/784

Papeles Dempsey, WO 285

Uso de fuerzas aéreas en Operación Overlord, AIR 37/772

Apuntes organizativos del general Montgomery, CAB 106/1031 Declaraciones de prisioneros de guerra alemanes, WO 232/10A Apuntes de Montgomery para dirigirse a los oficiales de rango superior antes de Overlord, PREM 3/339/1

Observaciones sobre el ataque de Caen por el Mando de Bombardeo de la RAF, AIR

37/1255

Overlord: un as alto por un batallón de infantería, WO 205/422

Personal y moral, WO 163/53

Probabilidad de atacar a los objetivos, WO291/1330

Informe del Brigadier Mayor *sir* Arthur Coningham, AIR 37/867

Evaluación de las bajas, WO 205/116

Archivos Nacionales y Administración de los Informes, College Park, Maryland Informes posteriores a la acción de la 4.ª División de Infantería Informes posteriores a la acción de la 29.ª División de Infantería Informes, papeles, *etc.* de la 82.ª División Aerotransportada Informes, papeles, *etc.* de la 101.ª División Aérea

Ejército de Estados Unidos, *Notes From Normandy*, Vol. II, n.º 27

Filial Histórica Naval, Astilleros Históricos, Portsmouth

Curtis, Rupert (ed.), *Chronicles of D-Day and the Battle of the Build-Up*.

Agencia de Investigación Histórica de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos, Maxwell (Alabama)

Diario de guerra del 91.er Grupo de Bombardeo

Diario de guerra del 354.º Grupo de Bombardeo

Diario de guerra del 388.º Grupo de Bombardeo

Diario de guerra del 391.er Grupo de Bombardeo

Centro de Educación y Herencia del Ejército de Estados Unidos, Carlisle (Pensilvania)

Memorias

Bayerlein, Fritz, *Panzer Lehr División*, A-902.

— *Panzer Lehr División,* A-903.

Eberbach, Hans, *Panzer Group Eberbach and the Falaise Encirclement*, A-922.

Elfeldt, Otto, *LXXXIV Corps*, A-968.

Gersdorff, R. von, *The Argentan—Falaise Pocket*, A-919.

— *Normandy, COBRA and Mortain,* A-894.

Groppe, Theodor, *SS versus Wehrmacht*, B-397.

Hansen, Chester B., *Diary*.

División Histórica del Ejército de Estados Unidos, Serie de Estudios Militares Extranjeros: Estudios Escritos.

Hausser, Paul, *Seventh Army*, A-907.

—Seventh Army, A-974.

Heydte, Friedrich Freiherr von der, *A German Parachute Regiment in Normandy*, B-839.

Holtzendorff, Hans-Henning von, *Reasons for Rommel's Success in the Desert.*

Krämer, Fritz, *I SS Corps in the West in 1944*.

Kraas, Hugo, *12th SS Panzer División*.

Pemsel, Max, *Battle of Normandy*.

— *Comments,* C-057

Ruge, Friedrich, *Rommel and the Atlantic Wall*, A-982.

Schramm, Percy E., *OKW War Diary 1 April—18 Decemher 1944*, B-034.

Zerbel, Alfred, *Combat Operations of 6th Parachute División in Northern France in 1944*, A-956.

Agencia de Investigación Histórica de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos, Maxwell (Alabama)

Diario de guerra del 91.er Grupo de Bombardeo

Diario de guerra del 354.º Grupo de Bombardeo

Diario de guerra del 388.º Grupo de Bombardeo

Diario de guerra del 391.er Grupo de Bombardeo

Centro de Educación y Herencia del Ejército de Estados Unidos, Carlisle (Pensilvania)

Memorias

Bayerlein, Fritz, *Panzer Lehr División*, A-902.

— *Panzer Lehr División,* A-903.

Eberbach, Hans, *Panzer Group Eberbach and the Falaise Encirclement*, A-922.

Elfeldt, Otto, *LXXXIV Corps*, A-968.

Gersdorff, R. von, *The Argentan—Falaise Pocket*, A-919.

— *Normandy, COBRA and Mortain,* A-894.

Groppe, Theodor, *SS versus Wehrmacht*, B-397.

Hansen, Chester B., *Diary*.

División Histórica del Ejército de Estados Unidos, Serie de Estudios Militares Extranjeros: Estudios Escritos.

Hausser, Paul, *Seventh Army*, A-907.

—Seventh Army, A-974.

Heydte, Friedrich Freiherr von der, *A German Parachute Regiment in Normandy*, B-839.

Holtzendorff, Hans-Henning von, *Reasons for Rommel's Success in the Desert*.

Krämer, Fritz, *I SS Corps in the West in 1944*.

Kraas, Hugo, *12th SS Panzer División*.

Pemsel, Max, *Battle of Normandy*.

— *Comments,* C-057

Ruge, Friedrich, *Rommel and the Atlantic Wall*, A-982.

Schramm, Percy E., *OKW War Diary 1 April—18 Decemher 1944*, B-034.

Zerbel, Alfred, *Combat Operations of 6th Parachute División in Northern France in 1944*, A-956.

Otras memorias, tesis doctorales etc., inéditas

Boylan, Joseph J., *Goon's Up*.

Christopherson, Stanley, papeles, diarios, fotografías.

Colvin, H. E., diario.

Neave, Julius, *The War Diary of Julius Neave*.

Thomas Alexander, Hugh, *The Other Air War: Elwood "Pete" Quesada and American Tactical Air Power in World War II Europe*, Universidad de Houston, 1994.

Wharton, Bill, cartas.

PANFLETOS CONTEMPORÁNEOS, LIBRETOS Y CIRCULARES DE

ENTRENAMIENTO

Army Life, panfleto del Departamento de la Guerra 21-13, Oficina de Impresión del Gobierno de Estados Unidos, 1944.

Basic Field Manual: First Aid for Soldiers, FM 21-11, Departamento de la Guerra de Estados Unidos, 1943.

The Battle of the Atlantic: The Official Account of the Fight Against the U-Boats, 1939-1945, HMSO, 1946.

Combat Instruction for the Panzer Grenadier por Helmut von Wehren, 1944; traducción al inglés por John Baum.

Company Officer's Handbook of the German Army, División de Inteligencia Militar, Departamento de la Guerra de Estados Unidos, 1944.

The Development of Artillery Tactics and Equipment, Oficina de la Guerra, 1951.

Der Dienst-Unterricht im Heer por el doctor Jur. W. Reibert, E. S. Mittler & Sohn, Berlín, 1941.

Field Service Pocket Book, panfletos varios, Oficina de la Guerra, 1939-1945.

France, Vol. II, División de Inteligencia Naval, 1942.

France, Vol. III, División de Inteligencia Naval, 1942.

Germany, Vol. III, División de Inteligencia Naval, 1944.

German Infantry Weapons, Servicio de Inteligencia Militar, Departamento de la Guerra de Estados Unidos, 1943.

The German Squad in Combat, Servicio de Inteligencia Militar, Departamento de la Guerra de Estados Unidos, 1944.

German Tactical Doctrine, Servicio de Inteligencia Militar, Departamento de la Guerra de Estados Unidos, 1942.

German Tank Maintenance in World War II, Departamento del Ejército de Estados Unidos, n.º 20-202, junio de 1954.

Gunnery Pocket Book, 1945, el Almirantazgo, 1945.

Handbook of German Military Forces, TM-E 30-451, Departamento de la Guerra de Estados Unidos, 1945.

Handbook on the British Army with Supplements on the Royal Air Force and Civilian Defense Organizations, TM 30-410, Departamento de la Guerra de Estados Unidos, septiembre de 1942.

Handbook on the Italian Military Forces, Servicio de Inteligencia Militar, Ejército de Estados Unidos, agosto de 1943.

Infantry Training, Part VIII — Fieldcraft, Battle Drill, Section and Platoon Tactics, Oficina de la Guerra, 1944.

Infantry Training: Training and War, HMSO, 1937.

Instruction Manual for the Infantry: Field Fortifications of the Infantry, 1940, H.Dv.

130/11; traducción inglesa por John Baum.

Instruction Manual for the Infantry: The Rifle Company, 1942, H.Dv. 103/2a; traducción inglesa por John Baum.

Instruction Manual for the Infantry: The Machinegun Company, 1942, H.Dv. 130/3a; traducción inglesa por John Baum.

Instructions for British Servicemen in France 1944, HMSO, 1944.

Merchantmen at War, preparado por el Ministerio de Información, HMSO, 1944.

Pilot's Notes General, Ministerio del Aire, 1943.

The Rise and Fall of the German Air Force (1933-1945), Ministerio del Aire, 1948.

R.O.F.: The Story of the Royal Ordnance Factories, 1939-48, HMSO, 1949.

Der Schütze Hilfsbuch, 1943, por Oberst Hasso von Wedel y *Oberleutnant* Pfasserott, Richard Schröder Verlag, Berlín, 1943.

Shooting to Live por el capitán W. E. Fairbairn y el capitán E. A. Sykes, 1942.

Statistics Relating to the War Effort of the United Kingdom, HMSO, noviembre de 1944.

Tactics in the Context of the Reinforced Infantry Battalions por el *Generalmajor* Greiner y el *Generalmajor* Degener, 1941; traducción inglesa por John Baum *TEE EMM: Air Ministry Monthly Training Memoranda,* Vols I, II, III, Ministerio del Aire, 1939-1945.

Truppenführung: On the German Art of War, editado por Bruce Condell y David T.

Zabecki, Stackpole, 2009.

We Speak From the Air: Broadcasts by the RAF, HMSO, 1942.

What Britain Has Done 1939—1945, publicado por el Ministerio de Información, 1945.

Whitaker's Almanac, 1940.

Whitaker's Almanac, 1942.

Whitaker's Almanac, 1944.

HISTORIAS OFICIALES

Comisión de Monumentos de Batallas Estadounidense, *American Armies and Battlefields in Europe*, Oficina de Impresión del Gobierno de Estados Unidos, 1938.

Aris, George, *The Fifth British División 1939 to 1945*, Fifth Division Benevolent Fund, 1959.

Behrens, C. B. A., *Merchant Shipping and the Demands of War*, HMSO, 1955.

Blumenson, Martin, *United States Army in World War II: Breakout & Pursuit*, División Histórica del Departamento del Ejército, 1970.

Cosmas, Graham A., y Cowdrey, Albert E… *United States Army in World War II: Medical Service in the European Theater of Operations*. División Histórica del Departamento del Ejército, 1992.

Craven, Wesley Frank, y Cate, James Lea, *The Army Air Forces in World War II*, Vol. II: *Europe: Torch to Pointblank*, University of Chicago Press, 1947.

— *The Army Air Forces in World War II,* Vol. III: *Europe: Argument to VE Day, January 1944 to May 1945*, University of Chicago Press, 1951.

Duncan Hall, H., y Wrigley, C. C., *Studies of Overseas Supply*, HMSO, 1956.

Echternkamp, Jörg (ed.), *Germany and the Second World War*, Vol. IX/I: *German Wartime Society 1939-1945: Politicization, Disintegration, and the Struggle for Survival*, Clarendon Press, 2008.

Eisenhower, Dwight D., *Report by the Supreme Commander to the Combined Chiefs of Staffon the Operations in Europe of the Allied Expeditionary Force, 6 June 1944-8 May 1945*, HMSO, 1946.

Ellis, L. F., *Victory in the West*, HMSO, 1962.

Fairchild, Byron, y Grossman, Jonathan, *United States Army in World War II: The Army and Industrial Manpower*, Oficina del Jefe de Historia Militar, 1959.

Foot, M. R. D., *SOE in France*, HMSO, 1966 (1.ª edición original).

Hancock, W. K., y Gowing, M. M., *British War Economy*, HMSO, 1949.

Harrison, G. A., *United States Army in World War II: Cross Channel Attack*, División Histórica del Departamento del Ejército, 1951.

Hinsley, F. H., *British Intelligence in the Second World War*, HMSO, 1993.

Hinsley, F. H., et al., *British Intelligence in the Second World War*, Vol. I: *Its Influence on Strategy and Operations*, HMSO, 1979.

— *British Intelligence in the Second World War,* Vol. III, Parte 1, HMSO, 1984.

— *British Intelligence in the Second World War,* Vol. III: Parte 2, HMSO, 1988.

Howard, Michael, *Grand Strategy*, Vol. IV: *August 1942—September 1943*, HMSO, 1972.

Hurstfield, J., *The Control of Raw Materials*, HMSO, 1953.

Institution of the Royal Army Service Corps, *The Story of the Royal Army Service Corps 1939—1945*, G. Bell and Sons, 1955.

Knickerbocker, H. R., *et al., United States Army in World War II: Danger Forward: The Story of the First Division in World War II*, Sociedad de la Primera División, 1947.

Lindsay, T. M., *Sherwood Rangers*, Burrup, Mathieson & Co., 1952.

Militärgeschichtliches Forschungsampt, *Germany and the Second World War*, Vol. V: *Organizarían and Mobilizaríon of the German Sphere of Power*, Part 1: *Wartime administration, economy and manpower resources, 1939-1941*, Clarendon Press, 2000.

— *Germany and the Second World War,* Vol. VI: *The Global War*, Clarendon Press, 2001.

— *Germany and the Second World War,* Vol. V: *Organizarían and Mobilization of the German Sphere of Power*, Part 2B: *Wartime administration, economy and manpower resources, 1942—1944/5*, Clarendon Press, 2003.

— *Germany and the Second World War,* Vol. VII: *The Strategic Air War in Europe and the War in the West and East Asia, 1943—1944/5*, Clarendon Press, 2015.

Filial Histórica Naval, *Invasión Europe*, HMSO, 1994.

Palmer, Robert R., Wiley, Bell I., y Keast, William R., *United States Army in World War II: The Procurement and Training of Ground Combat Troops*, División Histórica del Departamento del Ejército, 1948.

Parker, H. M. D., *Manpower: A Study of War-Time Policy and Administrarían*, HMSO, 1957.

Pogue, Forrest, *United States Army in World War II: The Supreme Command* División Histórica del Departamento del Ejército, 1954.

Postan, M. M., *British War Production*, HMSO, 1952.

—Hay, D., y Scott, J. D., *Design and Development of Weapons*, HMSO, 1964.

Rapport, Leonard, y Northwood, Arthur, *Rendezvous with Destiny: A History of the 101st Airborne Division*, 101st Airborne Association, 1948.

Richards, Denis, *Royal Air Force 1939-1945, Vol.* III: *The Fight is Won*, HMSO, 1954.

Risch, Erna, *The Technical Services, United States Army in World War II: The Quartermaster Corps: Organization, Supply, and Services*, Vol. I, División Histórica del Departamento del Ejército, 1953.

Rissik, David, *The D.L.I. at War: The History of the Durham Light Infantry 1939-1945*, Depósito de la Infantería Ligera de Durham, sin fecha.

Roberts Greenfield, Kent, *et al., United States Army in World War II: The Organization of Ground Combat Troops*, División Histórica del Departamento del Ejército, 1947.

Scott, J. D., y Hughes, Richard, *The Administration of War Production*, HMSO, 1955.

Wardlow, Chester, *United States Army in World War II: The Transportation Corps: Movements, Training, and Supply*, Oficina del Jefe de Historia Militar, 1956.

Warren, John *C.,Airborne Operations in World War II, European Theater*, División Histórica de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos, 1956.

Webster, *sir* Charles, y Frankland, Noble, *The Strategic Air Offensive*

Against Germany, 1939-1945, Vol. III: *Victory*, HMSO, 1961.

— *The Strategic Air Offensive Against Germany, 1939-1945,* Vol. IV: *Annexes & Appendices*, Naval & Military Press, 2006.

EQUIPAMIENTO, ARMAS Y LIBROS TÉCNICOS

Barker, A. J., *British and American Infantry Weapons of World War 2*, Arms & Armour Press, 1969.

Bidwell, Shelford, y Graham, Dominick, *Fire-Power: British Army Weapons and Theories of War 1904-1945*, George Allen & Unwin, 1982.

Bouchery, Jean, *The British Soldier*, Vol. 1: *Uniforms, Insignia, Equipment*, Histoire & Collections, sin fecha.

— *The British Soldier,* Vol. 2: *Organisation, Armament, Tanks and Vehicles*, Histoire & Collections, sin fecha.

Brayley, Martin, *The British Army 1939—45*, (1) *North-West Europe*, Osprey, 2001.

— *British Web Equipment of the Two World Wars,* Crowood Press, 2005.

Bruce, Robert, *German Automatic Weapons of World War II*, Crowood Press, 1996.

Bull, Dr Stephen, *World War II Infantry Tactics*, Osprey, 2004.

— *World War II Street-Fighting Tactics,* Osprey, 2008.

Chamberlain, Peter, y Ellis, Chris, *Tanks of the World*, Cassell, 2002.

Chesneau, Roger (ed.), *Conway's All the World's Fighting Ships 1922-1946*, Conway Maritime Press, 1980.

Dallies-Labourdette, Jean-Philippe, *S-Boote: German E-Boats in Action 1939-1945*, Histoire & Collections, sin fecha.

Davis, Brian L., *German Combat Uniforms of World War II*, Vol. II: Arms & Armour Press, 1985.

Davies, W. J. K., *German Army Handbook 1939-1945*, Military Book Society, 1973.

Enjames, Henri-Paul, *Government Issue: US Army European Theater of Operations Collector Guide*, Histoire & Collections, 2003.

Falconer, Jonathan, *D-Day Operations Manual*, Haynes, 2013.

Farrar-Hockley, Anthony, *Infantry Tactics 1939—1945*, Almark, 1976.

Fleischer, Wolfgang, *The Illustrated Guide to German Panzers*, Schiffer, 2002.

Forty, George, y Livesey, Jack, *The Complete Guide to Tanks and Armoured Fighting Vehicles*, Southwater, 2012.

Gander, Terry, y Chamberlain, Peter, *Small Arms, Artillery and Special Weapons of the Third Reich*, Macdonald and Janes, 1978.

Gordon, David B., *Equipment of the WWII Tommy*, Pictorial Histories, 2004.

— *Uniforms of the WWII Tommy,* Pictorial Histories, 2005.

— *Weapons of the WWII Tommy,* Pictorial Histories, 2004.

Grant, Neil, *The Bren Gun*, Osprey, 2013.

Griehl, Manfred, y Dressel, Joachim, *Luftwaffe Combat Aircraft: Development, Production, Operations, 1935—1945*, Schiffer, 1994.

Gunston, Bill, *Fighting Aircrafi of World War II*, Salamander, 1988.

Hart, S., y Hart, R., *The German Soldier in World War II*, Spellmount, 2000.

Hogg, Ian V. (intro.), *The American Arsenal: The World War II Oficial Standard Ordnance Catalog of Small Arms, Tanks, Armored Cars, Artillery, Antiaircrafi Guns, Ammunition, Grenades, Mines, etcétera*, Greenhill Books, 1996 — , *The Guns 1939—1945,* Macdonald, 1969.

Kay, Antony L., y Smith, J. R., *German Aircrafi of the Second World War*, Putnam, 2002.

Konstan, Angus, *British Battlecruisers 1939-45*, Osprey, 2003.

de Lagarde, Jean, *German Soldiers of World War II*, Histoire & Collections, sin fecha.

Lavery, Brian, *Churchill's Navy: The Ships, Men and Organisation, 1939-1945,* Conway, 2006.

Lee, Cyrus A., *Soldat,* Vol. Two: *Equipping the German Army Foot Soldier*

in Europe 1943, Pictorial Histories, 1988.

Lepage, Jean-Denis G. G., *German Military Vehicles*, McFarland & Company, 2007.

Lüdeke, Alexander, *Weapons of World War II*, Parragón, 2007.

Mason, Chris, *Soldat*, Vol. VIII: *Fallschirmjäger*, Pictorial Histories, 2000.

McNab, Chris, *MG 34 and MG 42 Machine Guns*, Osprey, 2012.

Mundt, Richard W., y Lee, Cyrus A., *Soldat*, Vol. Six: *Equipping the WaffenSS Panzer Divisions 1942-1945*, Pictorial Histories, 1997.

Musgrave, Daniel D., *German Machineguns*, Greenhill Books, 1992.

Myerscough, W., *Air Navigation Simply Explained*, Pitman & Sons Ltd, 1942.

Saiz, Augustin, *Deutsche Soldaten*, Casemate, 2008.

Stedman, Robert, *Kampfflieger: Bomber Crewman of the Luftwaffe 1939-45*, Osprey, 2005.

Suermondt, *Jan*, *World War II Wehrmacht Vehicles*, Crowood Press, 2003.

Sumner, Ian, y Vauvillier, François, *The French Army 1939—1945 (1)*, Osprey, 1998.

Sutherland, Jonathan, *World War II Tanks and AFVs*, Airlife, 2002.

Trye, Rex, *Mussolini's Soldiers*, Airlife, 1995.

Vanderveen, Bart, *Historie Military Vehicles Directory*, After the Battle, 1989.

Williamson, Gordon, *Gebirgsjager*, Osprey, 2003.

— *German Mountain & Ski Troops 1939—45,* Osprey, 1996.

— *U-Boats vs Destróyer Escorts,* Osprey, 2007.

Windrow, Richard, y Hawkins, Tim, *The World War II GI: US Army Uniforms 1941—*

45, Crowood Press, 2003.

Zaloga, Steven, *Armored Attack 1944*, Stackpole, 2011.

— *Armored Thunderbolt: The US Army Sherman in World War II*, Stackpole, 2008.

— *US Anti-Tank Artillery 1941—45,* Osprey, 2005.

MEMORIAS, BIOGRAFÍAS, ETCÉTERA

Adair, Alian, *A Guard's General: The Memoirs of Major General Sir Allan Adair*, Hamish Hamilton, 1986.

Adam, Günter, *«Ich habe meine Pflicht erfüllt!» — Ein Junker der WaffenSS berichtet*, Nation & Wissen, 2012.

Alanbrooke, capitán general lord, *War Diaries 1939-1945*, Weidenfeld & Nicolson, 2001.

Alexander, Mark J., y Sparry, John, *Jump Commander*, Casement, 2012.

Ambrose, Stephen E., *Band of Brothers*, Pocket Books, 2001.

— *Citizen Soldiers,* Pocket Books, 2002.

— *Eisenhower: Soldier and President,* Pocket Books, 2003.

— *The Supreme Commander: The War Years of Dwight D. Eisenhower*, Doubleday, 1970.

Arnade, Charles W., *Soldier: The Memoirs of Matthew B. Ridgway*, Curtis Publishing Company, 1956.

Arnold, H. H… *Global Mission*, Harper & Row, 1949.

Baker, David, *Adolf Galland*, Windrow & Greene, 1996.

Baldridge, Robert C., *Victory Road: The World War II Memoir of an Artilleryman in the ETO*, Merriam Press, 1995.

Baumgarten, Harold, *D-Day Survivor*, Pelican, 2015.

Baynes, John, *The Forgotten Víctor: General Sir Richard O'Connor*, Brassey's, 1999.

Below, Nicolaus von, *At Hitler's Side: The Memoirs of Hitler's Luftwaffe Adjutant*, Greenhill, 2004.

Blackburn, George G., *The Guns of Normandy*, Constable, 1988.

Blackburn, Richard M., *In the Company of Heroes*, autopublicado, 2013.

Blumenson, Martin (ed.), *The Patton Papers*, Da Capo, 1974.

Bob, Hans-Ekkehard, *Betrayed Ideals: Memoirs of a Luftwaffe Fighter Ace*, Mönch, 2008.

Booth, T. Michael, y Spencer, Duncan, *Paratrooper: The Life of General James M. Gavin*, Casemate, 2013.

Boscawen, Robert, *Armoured Guardsman: A War Diary, June 1944 - April 1945*, Pen & Sword, 2001.

Bradley, Omar B., *A General's Life: An Autobiography*, Simon & Schuster, 1983.

— *A Soldiers Story*, Henry Holt, 1951.

Brereton, Lewis H., *The Brereton Diaries*, William Morrow, 1946.

Brett-James, Anthony, *Conversations with Montgomery*, William Kimber, 1984.

Burns, Dwayne *T.,Jump Into the Valley of the Shadow*, Casemate, 2006.

Butcher, Harry C., *Three Years with Eisenhower: The Personal Diary of Captain Harry C.*

Butcher, USNR, William Heinemann, 1946.

Butler, Daniel Allen, *Field Marshal: The Life and Death of Erwin Rommel*, Casemate, 2017.

Caddick-Adams, Peter, *Monty and Rommel: Parallel Lives*, Arrow Books, 2012.

Chandler, Alfred D. (ed.), *The Papers of Dwight David Eisenhower: The War Years: III*, Johns Hopkins University Press, 1970.

— *The Papers of Dwight David Eisenhower: The War Years: IV,* Johns Hopkins University Press, 1970.

Churchill, Winston S., *The Second World War*, Vol. VI: *Triumph and Tragedy*, Cassell, 1956.

Clostermann, Pierre, *The Big Show: The Greatest Pilot's Story of World War II*, Cassell, 2004.

Collins, J. Lawton, *Lightning Joe: An Autobiography*, Presidio, 1979.

Collins, Michael, *Discovering My Father: The Wartime Experiences of Squadron Leader John Russell Collins DFC & Bar*, autopublicado, 2012.

Colville, John, *The Fringes of Power: Downing Street Diaries*, Vol. II: *October 1941 - April 1955*, Hodder & Stoughton, 1985; Sceptre, 1987.

Cooper, Belton Y., *Death Traps: The Survival of an American Armored División in World War II*, Ballantine, 1998.

Cooper, Johnny, *One of the Originals*, Pan, 1991.

Cooper, Robert Floyd, *Serenade to the Blue Lady: The Story of Bert Stiles*, Cypress House, 1993.

Corblin, Alain (ed.), *Journal du Maquis du debarquement à la libération, Rédigé par Robert Leblanc, chef du Maquis Surcouf*, Société historique de Lisieux, 2014.

Daddis, Gregory A., *Fighting in the Great Crusade*, Louisiana State University Press, 2002.

Dahm, Jo, *Du oder ich: Der etwas andere Erlebnis-und Schicksalsbericht eines deutschen Fallschirmjägers wahrend der alliierten Invasión 1944 in der Normandie*, Books on Demand, 2014.

Davis, Richard G., *Carl A. Spaatz and the Air War in Europe*, Center for Air Force History, 1992.

De Gaulle, General Charles, *War Memoirs: Unity 1942-1944*, Weidenfeld & Nicolson, 1956.

De Guingand, Francis, *Operation Victory*, Hodder, 1960.

D'Este, Garlo, *Patton: A Genius for War*, Harper Perennial, 1996.

— *Warlord: A Life of Churchill at War,* Allen Lane, 2009.

Doolittle, James H. «Jimmy», *I Could Never Be So Lucky Again*, Bantam, 1992.

Douglas, Keith, *Alamein to Zem Zem*, Faber & Faber, 1992.

Duboscq, Genevieve, *Dans la nuit du débarquement*, Hachette, 2004.

Edgerton, David, *Britain's War Machine*, Allen Lane, 2011.

— *The Rise and Fall of the British Nation: A Twentieth-Century History,* Allen Lane, 2018.

Edwards, Denis, *The Devil's Own Luck: Pegasus Bridge to the Baltic 1944-45*, Pen & Sword, 2016.

Eisenhower, Dwight D., *Crusade in Europe*, William Heinemann, 1948.

Engel, Gerhard, *At the Heart of the Reich: The Secret Diary of Hitler's Army Adjutant*, Greenhill, 2005.

Fischer, Wolfgang, *Luftwaffe Fighter Pilot*, Greenhill, 2010.

Franks, Norman, *Typhoon Attack: The Legendary British Fighters in Combat in WWII*, Stackpole, 2003.

Freidel, Frank, *Franklin D. Roosevelt: A Rendezvous with Destiny*, Little, Brown & Co., 1990.

Gabreski, Francis, *Gabby: A Fighter Pilot's Life*, Orion Books, 1991.

Galland, Adolf, *The First and the Last*, Fontana, 1970.

Gockel, Franz, *La Porte de l'Enfer*, Editions Hirle, 2004.

Goodson, James, *Tumult in the Clouds*, Penguin, 2003.

Gordon, Harold J., *One Man's War: A Memoir of World War II*, Apex Press, 1999.

Graham, Desmond, *Keith Douglas 1920-1944*, Oxford University Press, 1974.

Greenwood, Trevor, *D-Day to Victory: The Diaries of a British Tank Commander*, Simon

& Schuster, 2012.

Gross, Clayton Kelly, *Live Bait: WWII Memoirs of an Undefeated Fighter Ace*, Inkwater Press, 2006.

Harris, Arthur, *Bomber Offensive*, Collins, 1947.

Hills, Stuart, *By Tank Into Normandy*, Cassell, 2003.

Holbrook, David, *Flesh Wounds*, Corgi, 1967.

Holland, James (ed.), *An Englishman at War: The Wartime Diaries of Stanley Christopherson DSO, MC, TD*, Bantam Press, 2014.

Horne, Alistair, *The Lonely Leader: Monty 1944—1945*, Pan Military Classics, 2013.

Howard, John, y Bates, Penny, *The Pegasus Diaries: The Prívate Papers of Major John Howard DSO*, Pen & Sword, 2006.

Howeth, T. E. B., *Monty at Close Quarters: Recollections of the Man*, Hippocrene Books, Leo Cooper, 1985.

Hughes, Thomas Alexander, *Over Lord: General Pete Quesada and the Triumph of Tactical Air Power in World War II*, Free Press, 1995.

Ince, David, *Brotherhood of the Skies: Wartime Experiences of a Gunnery Officer and Typhoon Pilot*, Grub Street, 2010.

Irving, David, *The Rise and Fall of the Luftwaffe: The Life of Field Marshal Erhard Milch*, Weidenfeld & Nicolson, 1973.

— *The Trail of the Fox: The Life of Field Marshal Erwin Rommel,* Book Club Associates, 1977.

Jary, Sydney, *18 Platoon*, Sydney Jary Limited, 1988.

Jensen, Marvin, *Strike Swiftly! The 70th Tank Battalion from North África to Normandy to Germany*, Presidio, 1997.

Jenson, Latham B., *Tin Hats, Oilskins & Seaboots: A Naval Journey, 1939—1945*, Robin Brass Studio, 2000.

Johnson, Franklyn A., *One More Hill*, Bantam Books, 1983.

Johnson, Margaret Ellen, *A Dance to Eternity*, autopublicado, 2015.

Jones, Keith, *Sixty-Four Days of a Normandy Summer*, Robert Hale, 1990.

Kershaw, lan, *Hitler: 1936—1945 - Nemesis*, Penguin, 2000.

Knoke, Heinz, *I Flew for the Führer*, Cassell, 2003.

Lamont, A. G. W., *Guns Above, Steam Below — In Canada's Navy of World War II*, Melrose Books, 2002.

Lewin, Ronald, *Rommel as Military Commander*, Pen & Sword, 2004.

Liddell Hart, B. H. (ed.), *The Rommel Papers*, Collins, 1953.

Love, Robert W. Jr., y Major, John (eds), *The Year of D-Day: The 1944 Diary of Admiral Sir Bertram Ramsay, RN*, University of Hull Press, 1994.

Luck, Hans von, *Panzer Commander*, Cassell, 1989.

Martin, Charles Cromwell, *Battle Diary: From D-Day and Normandy to the Zuider Zee and VE*, J. Kirk Howard, 1994.

Mather, Carol, *When the Grass Stops Growing*, Leo Cooper, 1997.

McFarren, Peter, y Iglesias, Fadrique, *The Devil's Agent: Life, Times and Crimes of Nazi Klaus Barbie*, Xlibris, 2013.

Meyer, Kurt, *Grenadiers*, Stackpole, 2005.

Miller, George, *Maquis: An Englishman in the French Resistance*, Dovecote, 2013.

Miller, Lee G… *The Story of Ernie Pyle*, The Viking Press, 1950.

Montgomery of Alamein, Field Marshal the Viscount, *Memoirs*, Collins, 1958.

Moorehead, Alan, *Eclipse*, Granta, 2000.

Müller, Willi, *Vom Pionier-Bataillon in der Normandie zum Panzerjagdkommando in Sachsen*, Traditionsbuchreihe, 2017.

Neil, Tom, *The Silver Spitfire: The Legendary WWII RAF Fighter Pilot in His Own Words*, Weidenfeld & Nicolson, 2013.

Newton Dunn, Bill, *Big Wing: The Biography of Air Chief Marshal Sir Trafford Leigh-Mallory*, Airlife, 1992.

Orange, Vincent, *Coningham: A Biography of Air Marshal Sir Arthur Coningham*, Center for Air Force History, 1992.

Parton, James, *Air Force Spoken Here: Ira Eaker and the Command of the Air, Adler* & Adler, 1986.

Patton, George S., *War As I Knew It*, Pyramid Books, 1966.

Peyton, John, *Solly Zuckerman*, John Murray, 2001.

Picot, Geoffrey, *Accidental Warrior: In the Front Line from Normandy to Victory*, Book Guild, 1993.

Pimlott, John (ed.), *Rommel and His Art of War*, Greenhill Books, 2003.

Pöppel, Martin, *Heaven and Hell: The War Diary of a German Paratrooper*, Spellmount, 1988.

Probert, Henry, *Bomber Harris: His Life and Times*, Greenhill, 2006.

Propst, Robert, *The Diary of a Combat Pilot*, Carlton Press, 1967.

Pyle, Ernie, *Brave Men*, Henry Holt, 1944.

— *Here Is Your War: The Story of G.I. Joe,* World Publishing Company, 1945.

Raaen, John, C. Jr., *Intact: A First-Hand Account of the D-Day Invasion from a 5th Rangers Company Commander*, Reedy Press, 2012.

Raynes, Rozelle, *Maid Matelot: Adventures of a Wren Stoker in World War Two*, Castweasel Publishing, 2004.

Render, David, y Tootal, Stuart, *Tank Action: An Armoured Troop Commander's War 1944-45*, Weidenfeld & Nicolson, 2016.

Renouf, Tom, *Black Watch*, Abacus, 2011.

Reuth, Ralf Georg, *Rommel: The End of a Legend*, Hans Books, 2008.

Richards, Denis, *Portal of Hungerford*, William Heinemann, 1977.

Ritgen, Helmut, *The Western Front 1944: Memoirs of a Panzer Lehr Officer*, J. J.

Fedorowicz, 1995.

Rosen, Richard Freiherr von, *Panzer Ace: The Memoirs of an Iron Cross Panzer Commander*, Greenhill, 2018.

Rotbart, David, *A Soldier's Journal*, iBooks, 2003.

Ruge, Friedrich, *Rommel in Normandy: Reminiscences*, Macdonald & Janes, 1979.

Saward, Dudley, *Bomber Harris*, Sphere, 1984.

Scott, Desmond, *Typhoon Pilot*, Leo Cooper, 1982.

Severloh, Hein, *WN62: A German Soldier's Memories of the Defence of Omaha Beach, Normandy, June 6, 1944,* HEK Creativ, 2011.

Shockley, Orion C., *Random Chance: One Infantry Soldier's Story*, Trafford Publishing, 2007.

Skinner, Revd. Leslie, *The Man Who Worked on Sundays: The Personal War Diary June 2*

1944 to May 17 1945 of Revd. Leslie Skinner, autopublicado, sin fecha.

— *Sherwood Rangers Casualty Book 1944—1945,* autopublicado, 1996.

Slaughter, John Robert, *Omaha Beach and Beyond: The Long March of Sgt. Bob Slaughter*, Zenith Press, 2009.

Smith, Truman, *The Wrong Stuff: The Adventures and Misadventures of an 8th Air Force Aviator,* University of Oklahoma Press, 2002.

Spayd, P. A., *Bayerlein: From Afrikakorps to Panzer Lehr*, Schiffer, 2003. Speidel, Hans, *Invasión 1944*, Paperback Library, 1972.

Stiles, Bert, *Serenade to the Big Bird*, W. W. Norton, 1952.

Stirling, John, *D-Day to VE-Day from My Tank Turret*, autopublicado.

Summersby, Kay, *Eisenhower Was My Boss*, Dell, 1948.

Taylor, John M., *General Maxwell Taylor*, Doubleday, 1989.

Tedder, mariscal lord de la Real Fuerza del Aire, *With Prejudice*, Cassell, 1966.

Tobin, James, *Ernie Pyle's War*, University of Kansas Press, 1997.

Todd, Richard, *Caughtin the Act: The Story of My Life*, Hutchinson, 1986.

Tout, Ken, *By Tank: D to VE Days*, Hale, 2007.

Turner, Richard E., *Mustang Pilot*, New English Library, 1975.

Volker, Ulrich, *Hitler*, Vol. 1: *Ascent*, Bodley Head, 2016.

Webster, David Kenyon, *Parachute Infantry*, Ebury Press, 2014.

Williams, Charles, *The Last Great Frenchman: A Life of General de Gaulle*, J. Wiley, 1993.

Wilson, George, *If You Survive: From Normandy to the Battle of the Bulge to the End of World War II*, Presidio Press, 1987.

Winters, Dick, *Beyond Band of Brothers*, Berkley Caliber, 2006.

Woollcombe, Robert, *Lion Rampant: The Memoirs of an Infantry Officer from D-Day to the Rhineland*, Black & White Publishing, 2014.

GENERAL

Addison, Paul, y Calder, Angus (eds), *Time to Kill: The Soldier's Experience of War in the West, 1939-1945*, Pimlico, 1997.

Asher, Michael, *The Regiment: The Real Story of the SAS*, Penguin Viking, 2007.

Atkinson, Rick, *The Guns at Last Light: The War in Western Europe, 1944—1945*, Little, Brown & Co., 2013.

Badsey, Stephen, *Battle Zone Normandy: Utah Beach*, Sutton Publishing, 2004.

Badsey, Stephen, y Beam, Tim, *Battle Zone Normandy: Omaha Beach*, Sutton Publishing, 2004.

Baggaley, J. R. P., *The 6th (Border) Battalion, The King's Own Scottish Borderers, 1939—*

1945, Martin's Printing, 1946.

Bailey, Roderick, *Forgotten Voices of the Secret War*, Ebury Press, 2008.

— *Forgotten Voices of D-Day,* Ebury Press, 2010.

Baldoli, Claudia, Knapp, Andrew, y Overy, Richard (eds), *Bombing, States and Peoples in Western Europe, 1940—1945*, Continuum, 2011.

Baldwin, Hanson, *Battles Lost and Won: Great Campaigns of World War 2*, Hodder & Stoughton, 1966.

Ballantine, Duncan S., *U.S. Naval Logistics in the Second World War*, Naval War College Press, 1947.

Barber, Neil, *The Pegasus and Orne Bridges: Their Capture, Defences and Relief on D-Day*, Pen & Sword, 2014.

Barnes, Don, Crump, John, y Sutherland, Roy, *Thunderbolts of the Hell Hawks*, Barracuda Studios, 2011.

Barnett, Corelli, *The Audit of War: The Illusion and Reality of Britain as a Great Power*, Papermac, 1987.

Baumer, Robert W., y Reardon, Mark J., *American Iliad: The 18th*

Infantry Regiment in World War II, Aberjona Press, 2004.

Beevor, Antony, *D-Day: The Battle for Normandy*, Viking, 2009.

Bekker, Cajus, *The Luftwaffe War Diaries*, Corgi, 1969.

Bellamy, Chris, *Absolute War: Soviet Russia in the Second World War*, Pan, 2007.

Bidwell, Shelford, y Graham, Dominick, *Firepower: British Army Weapons and Theories of War 1904-1956*, George Allen & Unwin Publishers, 1982.

Black, Jeremy, *Rethinking World War Two: The Conflict and Its Legacy*, Bloomsbury, 2015.

Black, Robert W., *Rangers in World War II*, Ballantine, 1992.

Blake, Steve, *The Pioneer Mustang Group: The 354th Fighter Group in World War II*, Schiffer, 2008.

Blood, Philip W., *Hitler's Bandit Hunters: The SS and the Nazi Occupation of Europe*, Potomac Books, 2008.

Bowman, Martin W., *USAAF Handbook 1939-1945*, Sutton, 2003.

Buckingham, William F. *D-Day: The First 72 Hours*, Tempus Publishing 2004; History Press, 2009.

Buckley, John, *British Armour in the Normandy Campaign 1944*, Cass, 2004.

— *Monty's Men: The British Army and the Liberation of Europe,* Yale University Press, 2013.

Buckley, John (ed.), *The Normandy Campaign 1944: Sixty Years On*, Routledge, 2007.

Burleigh, Michael, *The Third Reich: A New History*, Pan, 2001.

— *Moral Combat: A History of World War II,* Harper Press, 2011.

Carafeno, James Jay, *After D-Day: Operation Cobra and the Normandy Breakout*, Stackpole, 2008.

— *GI Ingenuity: Improvisation, Technology and Winning World War II*, Stackpole, 2008.

Cardozier, V. R., *The Mobilization of the United States in World War II: How the Government, Military and Industry Prepared for War*, McFarland, 1995.

Carrell, Paul, *Invasion! They're Coming*!, Schiffer, 1995.

Carver, Field Marshal *Sir* Michael (ed.), *The War Lords: Military Commanders of the Twentieth Century*, Little, Brown & Co., 1976.

Chandler, David, G., y Collins, James Lawton (eds), *The D-Day Encyclopedia*, Helicon, 1994.

Chant, Christopher, *Handbook of British Regiments*, Routledge, 1988.

Citino, Robert M., *The Path to Blitzkrieg: Doctrine and Training in the German Army, 1920-1939*, Stackpole, 1999.

— *The Quest for Decisive Victory: From Stalemate to Blitzkrieg in Europe, 1899-1940,* University Press of Kansas, 2002.

— *The German Way of War: From the Thirty Years' War to the Third Reich,* University Press of Kansas, 2005.

— *Death of the Wehrmacht: The German Campaigns of l942,* University Press of Kansas, 2007.

— *The Wehrmacht Retreats: Fighting a Lost War, 1943,* University Press of Kansas, 2012.

Clark, Christopher, *Iron Kingdom: The Rise and Downfall of Prussia, 1600-1947*, Penguin, 2007.

Clark, Lloyd, *Battle Zone Normandy: Operation EPSOM*, Sutton Publishing, 2004.

— *Battle Zone Normandy: Orne Bridgehead,* Sutton Publishing, 2004.

Cobb, Matthew, *The Resistance: The French Fight Against the Nazis*, Pocket Books, 2009.

Collier, Basil, *Hidden Weapons: Allied Secret or Undercover Services in World War II*, Pen

& Sword, 2006.

Collingham, Lizzie, *The Taste of War: World War II and the Battle for Food*, Penguin, 2012.

Corum, James S., *The Luftwaffe: Creating the Operational Air War, 1918-1940,* University Press of Kansas, 1997.

Crane, Conrad C… *American Airpower Strategy in World War II*, University Press of Kansas, 2016.

Creveld, Martin van, *Supplying War: Logistics from Wallenstein to Patton*, Cambridge University Press, 1977.

— *Fighting Power: German and US Army Performance 1939-1945*, Greenwood Press, 1982.

Cumerlege, Geoffrey, *War Report*, Oxford University Press, 1946.

Daglish, Ian, *Battleground Europe: Operation Bluecoat*, Pen & Sword, 2003.

Dallek, Robert, *Franklin D. Roosevelt and American Foreign Policy, 1932-1945*, Oxford University Press, 1995.

Davidson, Basil, *Special Operations Europe*, Readers Union, 1980.

Davis Biddle, Tami, *Rhetoric and Reality in Air Warfare*, Princeton University Press, 2002.

Davis, Kenneth S., *The American Experience of War, 1939—1945*, Secker & Warburg, 1967.

De Bolster, Marc, *47 Royal Marine Commando: An Inside Story 1943 — 1946*, Fonthill Media, 2014.

D’Este, Cario, *Decision in Normandy*, Penguin, 2004.

DiNardo, R. L., *Germany and the Axis Powers: From Coalition to Collapse*, University Press of Kansas, 2005.

— *Germany’s Panzer Arm in WWII,* Stackpole, 2006.

— *Mechanized Juggernaut or Military Anachronism?: Horses and the German Army of World War II,* Stackpole, 2008.

Doherty, Richard, *Normandy 1944: The Road to Victory*, Spellmount, 2004.

Dorr, Robert F., *Hell Hawks! The Untold Story of the American Fliers Who Savaged Hitler’s Wehrmacht*, Zenith Press, 2008.

Doubler, Michael D., *Busting the Bocage: American Combined Arms Operations in France, 6 June—31 July 1944*, Combat Studies Institute, 1988.

— *Closing with the Enemy: How GIs Fought the War in Europe, 1944—1945,* University Press of Kansas, 1994.

Downing, David, *The Devil's Virtuoso: German Generals at War 1940-45*, New English Library, 1977.

Dunning, James, *The Fighting Fourth: No. 4 Commando at War 1940-45*, The History Press, 2010.

Earnshaw, James Douglas, *609 at War*, Vector, 2003.

Eberle, Henrik, y Uhl, Matthias (eds), *The Hitler Book*, John Murray, 2006.

Eckhertz, Holger, *D-Day Through German Eyes*, DTZ History Publications, 2015.

Edgerton, David, *England and the Aeroplane*, Macmillan, 1991.

— *Warfare State: Britain, 1920-1970,* Cambridge University Press, 2006.

— *Britain's War Machine: Weapons, Resources and Experts in the Second World War,* Allen Lane, 2011.

Ellis.John, *The Sharp End: The Fighting Man in World War II*, Pimlico, 1993.

— *The World War II Databook: The Essential Facts and Figures for All the Combatants,* Aurum, 1995

Elmhirst, Thomas, *Recollections*, autopublicado, 1991.

Elphick, Peter, *Liberty: The Ships That Won the War*, Chatham, 2001.

Estes, Kenneth, *A European Anabasis*, Helion, 2015.

Evans, Richard, *The Third Reich in Power*, Penguin, 2006.

— *The Third Reich at War,* Penguin, 2009.

Farquharson, J. E., *The Plough and the Swastika: The NSDAP and Agriculture in Germany, 1928—45*, Sage Publications, 1976.

Fennell, Jonathan, *Combat and Morale in the North Áfrican Campaign*, Cambridge University Press, 2011.

Field, Jacob F., *D-Day In Numbers: The Facts Behind Operation Overlord*, Michael O'Mara Books, 2014.

Fletcher, David, *The Great Tank Scandal: British Armour in the Second World War, Part I*, HMSO, 1989.

Flower, Desmond, y Reeves, James (eds), *The War 1939-1945: A Documentary History*, Da Capo, 1997.

Foot, M. R. D., *Resistance: European Resistance to Nazism 1949-45*, Eyre Methuen, 1976.

Ford, Ken, *Battle Zone Normandy: Juno Beach*, Sutton Publishing, 2004.

— *Battle Zone Normandy: Sword Beach,* Sutton Publishing, 2004.

Forfar, John, *From Omaha to the Scheldt*, 47 Royal Marine Commando Association, 2013.

Forty, George, *US Army Handbook, 1939-1945*, Sutton, 1995.

— *British Army Handbook, 1939-1945,* Sutton, 1998.

Fraser, David, *And We Shall Shock Them: The British Army in the Second World War*, Cassell, 1999.

Frayn Turner, John, *Invasion'44*, Corgi, 1974.

Freeman, Roger A., *The Mighty Eighth War Diary*, Jane's, 1986.

Fritz, Stephen G., *Frontsoldaten: The German Soldier in World War II*, University Press of Kentucky, 1997.

Gardiner, Juliet, *Wartime: Britain 1939—1945*, Review, 2005.

Gavin, James M., y Lee, William C., *Airborne Warfare*, Washington Infantry Journal Press, 1947.

Gilbert, Martin, *D-Day*, J. Wiley, 2004.

Gilchrest, Donald, *The Commandos: D-Day and After*, Robert Hale, 1994.

Gildea, Robert, *Fighters in the Shadows: A New History of the French*

Resístance, Faber & Faber, 2015.

Goerlitz, Walter, *History of the German General Staff*, Praeger, 1967.

Gooderson, Ian, *Air Power at the Battlefront: Allied Close Air Support in Europe 1943-45*, Frank Cass, 1998.

Graves, Donald E., *Blood and Steel: The Wehrmacht Archive — Normandy 1944*, Frontline, 2013.

Grunberger, Richard, *A Social History of the Third Reich*, Phoenix, 2005.

Hall, David lan, *The Strategy for Victory: The Development of British Tactical Air Power, 1919-1943*, Praeger Security International, 2008.

Handel, Michael I. (ed.), *Intelligence and Military Operations*, Frank Cass, 1990.

Hansell, Haywood S. Jr., *The Air Plan That Defeated Hitler*, Arno Press, 1980.

Harrison, Mark (ed.), *The Economics of World War II*, Cambridge University Press, 2000.

Harrison Place, Timothy, *Military Training in the British Army, 1940-1944: From Dunkirk to D-Day*, Frank Cass, 2000.

Hart, Russell A., *Clash of Arms: How the Allies Won in Normandy*, Lynne Rienner Publishers, 2001.

Hart, Stephen, *Colossal Cracks: The 2Ist Army Group in Northwest Europe, 1944—45*, Praeger, 2000.

— *Battle Zone Normandy: Road to Falaise,* Sutton Publishing, 2004.

Hastings, Max, *Armageddon: The Battle for Germany, 1944-1945*, Pan, 2005.

— *Das Reich: The March of the 2nd SS Panzer División Through France, June 1944,* Pan, 2009.

— *All Hell Let Loose: The World at War, 1939—1945,* Harper Press, 2011.

— *The Secret War: Spies, Codes and Guerillas 1939-1945,* William Collins, 2015.

— *Overlord: D-Day and the Battle for Normandy 1944,* Pan, 2015.

Havers, R. P. W, *Battle Zone Normandy: Battle for Cherbourg*, Sutton Publishing, 2004.

Hermán, Arthur, *Freedom's Forge: How American Business Produced Victory in World War II*, Random House, 2012.

Holland, James, *Heroes: The Greatest Generation and the Second World War*, Harper Perennial, 2007.

— *The War in the West: Germany Ascendant,* Bantam Press, 2015.

— *The War in the West: The Allies Strike Back,* Bantam Press, 2017.

— *Big Week: The Greatest Air Battle of World War II,* Bantam Press,

2018.

Holmes, Richard, *Firing Line*, Pimlico, 1994.

House, Jonathan M., *Combined Arms Warfare in the Twentieth Century*, University Press of Kansas, 2001.

Hoyt, Edwin P., *The GI's War: American Soldiers in Europe during World War II*, Cooper Square Press, 2000.

Irons, Roy, *The Relentless Offensive: War and Bomber Command, 1939—1945*, Pen & Sword, 2009.

Isby, David C. (ed.), *Fighting in Normandy: The German Army from D-Day to Villers-Bocage*, Greenhill, 2001.

— *Fighting the Breakout: The German Army in Normandy from Cobra to the Falaise Gap,* Frontline, 2015.

— *Fighting the Invasión: The German Army at D-Day,* Skyhorse, 2016.

Jarymowycz, Roman, *Tank Tactics: From Normandy to Lorraine*, Stackpole Books, 2009.

Jordan, Jonathan W., *Brothers, Rivals, Victors*, NAL Caliber, 2012.

Jordan, William, *Normandy 44: D-Day and the Battle of Normandy*, Pro Libris, 2007.

Jörgensen, Christer, *Rommel's Panzers*, Reference Group Brown, 2003.

Keegan, John (ed.), *Churchill's Generals*, Abacus, 1991.

Kemp, Anthony, *The SAS at War, 1941-1945*, Penguin, 2000.

Kershaw, Ian, *Fateful Choices: Ten Decisions That Changed the World, 1940-1941*, Allen Lane, 2007.

— *The End: Hitler's Germany 1944-45,* Allen Lane, 2011.

Kershaw, Robert, *D-Day: Piercing the Atlantic Wall*, Ian Allen Publishing, 2008.

Keusgen, Helmut K. von, *Strongpoint WN62: Normandy 1942—1944*, Hek Creativ Verlag, 2017.

Kite, Ben, *Stout Hearts: The British and Canadians in Normandy 1944*, Helion, 2014.

Klein, Maury, *A Call to Arms: Mobilizing America for World War II*, Bloomsbury Press, 2013.

Kohn, Richard H., y Harahan, Joseph P., *Air Superiority in World War II and Korea*, Office of Air Force History, United States Air Force, 1983.

Kortenhaus, Werner, *The Combat History of the 21. Panzer División*, Helion, 2014.

Lane, Frederic C., *Ships for Victory: A History of Shipbuilding Under the U.S. Maritime Commission in World War II*, Johns Hopkins University Press, 1951.

Latawski, Paul, *Battle Zone Normandy: Falaise Pocket*, Sutton Publishing, 2004.

Lavery, Brian, *Hostilities Only: Training the Wartime Royal Navy*, Conway, 2004.

— *Churchill's Navy: The Ships, Men and Organisation 1939—1945*, Conway, 2006.

— *In Which They Served: The Royal Navy Officer Experience in the Second World War,* Conway, 2009.

Lefevre, Eric, *Panzers in Normandy Then and Now*, After the Battle, 1990.

Levy, «Yank», *Guerilla Warfare*, Penguin, 1941.

Lewin, Ronald, *Ultra Goes to War: The Secret Story*, Penguin, 2001.

— *Rommel as Military Commander,* Pen & Sword, 2004.

Lewis, Adrian R., *Omaha Beach: A Flawed Victory*, Tempus Publishing, 2004.

Lewis, Jon E., *D-Day As They Saw It*, Robinson Publishing, 1994 y 2004.

Liddell Hart, B. H., *The Other Side of the Hill*, Cassell, 1951.

Lodieu, Didier, *Dying for Saint-Lô: Hedgerow Hell, July 1944*, Histoire & Collections, 2007.

Loewenheim, Francis L., Langley, Harold D., y Jonas, Manfred (eds), *Roosevelt and Churchill: Their Secret Wartime Correspondence*, Da Capo, 1990.

Lofaro, Guy, *The Sword of St. Michael: The 82nd Airborne División in World War II*, Da Capo, 2011.

Lucas, James, *German Army Handbook, 1939-1945*, Sutton, 1998.

Mackenzie, William, *The Secret History of SOE Special Operations Executive 1940-1945*, St Ermin's Press, 2000.

Macintyre, Ben, *Double Cross: The True Story of the D-Day Spies*, Bloomsbury Publishing, 2012.

— *SAS: Rogue Heroes,* Penguin Viking, 2016.

Mallman Showell, Jak P., *Hitler's Navy*, Seaforth Publishing, 2009.

Man, John, *The Penguin Atlas of D-Day and the Normandy Campaign*, Viking, 1994.

Margaritis, Peter, *Crossroads at Margival: Hitler's Last Conference in France, June 17, 1944*, autopublicado, 2009.

Mazower, Mark, *Hitler's Empire: Nazi Rule in Occupied Europe*, Allen Lañe, 2008.

McFarland, Stephen L., y Phillips Newton, Wesley, *To Command the Sky: The Battle for Air Superiority Over Germany 1942—1944*, Smithsonian Institution Press, 1991.

McKay, Sinclair, *The Secret Life of Bletchley Park*, Aurum, 2011.

— *The Secret Listeners: How the Y Service Intercepted the German Codes for Bletchley Park,* Aurum, 2013.

McManus, John C., *Grunts: Inside the American Infantry Experience*, NAL Caliber, 2010.

McNab, Chris (ed.), *German Paratroopers*, MBI, 2000.

Mead, Richard, *Churchill's Lions: A Biographical Guide to the Key British Generals of World War II,* Spellmount, 2007.

— *The Men Behind Monty,* Pen & Sword, 2011.

Meilinger, Colonel Phillip S., *The Paths of Heaven: The Evolution of Airpower Theory*, Air University Press, 1997.

Messenger, Charles, *The Second World War in the West*, Cassell, 2001.

Meyer, Hubert, *The 12th SS: The History of the Hitler Youth Panzer División*, Vol. I, Stackpole, 2005.

— *The 12th SS: The History of the Hitler Youth Panzer División:* Vol. II: Stackpole, 2005.

Michel, Henri, *The Shadow War: Resistance in Europe 1939—45*, Andre Deutsch, 1972.

Middlebrook, Martin, y Everitt, Chris, *The Bomber Command War Diaries*, Penguin, 1990.

Mierzejewski, Alfred C., *The Collapse of the German War Economy, 1944-1945: Allied Air Power and the German National Railway*, University of North Carolina Press, 1988.

— *The Most Valuable Asset of the Reich: A History of the German National Railway,* Vol. 2: *1933-1945*, University of North Carolina Press, 2000.

Milano, Vince, y Conner, Bruce, *Normandiefront: D-Day to St-Lô Through German Eyes*, Spellmount, 2001.

Miller, Donald L., *Eighth Air Force*, Aurum, 2008.

Miller, Russell, *Nothing Less Than Victory: The Oral History of D-Day*, Michael Joseph, 1993; Penguin Books, 1994.

Milner, Marc, *The Battle of the Atlantic*, Tempus, 2005.

— *Stopping the Panzer: The Untold Story of D-Day,* University Press of Kansas, 2014.

Milton, Giles, *D-Day: The Soldier's Story*, John Murray, 2018.

Milward, Alan S., *War, Economy and Society, 1939—1945*, University of California Press, 1979.

Mitcham, Samuel W., *Hitler's Legions: German Army Order of Battle World War II*, Leo Cooper, 1985.

— *Panzers in Normandy: General Hans Eberbach and the German Defense*

of France, 1944, Stackpole, 2009.

Monahan, Evelyn M., y Neidel-Greenlee, Rosemary, *And If I Perish: Frontline U.S.*

Army Nurses in World War II, Knopf, 2003.

Mortimer, Gavin, *Stirling's Men: The Inside History of the SAS in World War II*, Cassell, 2005, — *The SAS in World War II: An Illustrated History,* Osprey, 2011.

Murray, Williamson, *Luftwaffe: Strategy for Defeat*, Grafton, 1988.

Murray, Williamson, y Millett, Alian R., *Military Innovation in the Interwar Period*, Cambridge University Press, 1996.

— *A War to Be Won: Fighting the Second World War,* Belknap Harvard, 2000.

Napier, Stephen, *The Armoured Campaign in Normandy June—August 1944*, The History Press, 2015.

Neillands, Robin, *The Battle of Normandy 1944*, Cassell, 2003.

Neillands, Robin, y De Norman, Roderick, *D-Day 1944: Voices from Normandy*, Cassell Military Paperbacks, 2001; Weidenfeld & Nicolson, 1993.

Neitzel, Sönke, *Tapping Hitler's Generals: Transcripts of Secret Conversations, 1942-45*, Frontline, 2007.

Neitzel, Sönke, y Welzer, Harald, *Soldaten: On Fighting, Killing and Dying*, Simon & Schuster, 2012.

Nielsen, Generalleutnant Andreas, *USAF Historical Studies No. 173: The German Air Forces Staff*, Arno Press, 1968.

Oberkammando der Wehrmacht, *Fahrten und Flüge gegen England*, Zeitgeschichte-Verlag Berlin, 1941.

O'Brien, Phillips Payson, *How the War Was Won*, Cambridge University Press, 2015.

Overy, Richard, *The Bombing War: Europe 1939—1945*, Allen Lane, 2013.

Overy, Richard (ed.), *The New York Times Complete World War II 1939*

—*1945*, Black Dog & Leventhal, 2013.

Pallud, Jean-Paul, *Rückmarsch!: The German Retreat from Normandy*, After the Battle, 2006.

Penrose, Jane (ed.), *The D-Day Companion*, Osprey, 2004.

Pons, Gregory, *9th Air Force: American Tactical Aviation in the ETO, 1942-1945,* Histoire & Collections, 2008.

Pugsley, A. F., *Destróyer Man*, Wiedenfeld & Nicolson, 1957.

Pugsley, Christopher, *Battle Zone Normandy: Operation Cobra*, Sutton Publishing, 2004.

Ramsay, Winston G. (ed.), *D-Day Then and Now*, Vol. I, After the Battle, 1995.

— *D-Day Then and Now,* Vol. II, After the Battle, 1995.

— *Invasion Airfields Then and Now,* After the Battle, 2017.

Reichmann, Günther, *The Vampire Economy: Doing Business Under Fascism*, Vanguard Press, 1939.

Reynolds, Michael, *Steel Inferno: I SS Panzer Corps in Normandy*, Spellmount, 1997.

— *Sons of the Reich: II SS Panzer Corps,* Pen & Sword, 2002.

— *Eagles and Bulldogs in Normandy 1944,* Spellmount, 2003.

Richards, Denis, *RAF Bomber Command in the Second World War: The Hardest Victory*, Penguin, 2001.

Ritchie, Sebastian, *Industry and Air Power: The Expansión of British Aircrafi Production, 1935—1941*, Routledge, 1997.

— *Arnhem: Myth and Reality,* Robert Hale, 2011.

Roberts, Mary Louise, *D-Day Through French Eyes: Normandy 1944*, University of Chicago Press, 2014.

Roskill, Stephen, *The Navy at War, 1939—1945*, Wordsworth Editions, 1998.

Rust, Kenn C., *The Ninth Air Force in World War II*, Aero Publishers,

1970.

Ryan, Cornelias, *The Longest Day: June 6, 1944*, Andre Deutsch, 2014.

Saunders, Timothy, *Battleground Europe: Hill 112 — Battle of the Odon*, Leo Cooper, 2001.

Schneider, Wolfgang, *Tigers in Normandy*, Pen & Sword, 2011 § 1.

Shepherd, Ben, *A War of Nerves: Soldiers and Psychiatrists, 1904-1994*, Jonathan Cape, 2000.

Shilleto, Carl, *Battleground Normandy: Utah Beach — St Mère Église, VII Corps, 82nd and 101st Airborne Divisions*, Pen & Sword, 2001.

Smart, Nick, *Biographical Dictionary of British Generals of the Second World War*, Pen & Sword, 2005.

Speer, Frank E., *The Debden Warbirds,* Schiffer, 1999.

Spick, Mike, *Luftwaffe Fighter Aces*, Greenhill, 1996.

— *Allied Fighter Aces of World War II,* Greenhill, 1997.

— *Aces of the Reich: The Making of a Luftwaffe Fighter-Pilot,* Greenhill, 2006.

Stargard, Nicholas, *The German War: A Nation Under Arms 1939—45*, Bodley Head, 2015.

Stephenson, Michael, *The Last Full Measure: How Soldiers Die in Battle*, Crown, 2012.

Suchenwirth, Richard, *USAF Historical Studies N.º 174: Command and Leadership in the German Air Force*, Arno Press, 1969.

— *Historical Turning Points in the German Air Force War Effort,* University Press of the Pacific, 2004.

— *The Development of the German Air Forces, 1919—1939,* University Press of the Pacific, 2005.

Symonds, Craig L., *Operation Neptune,* Oxford University Press, 2016.

Számvéber, Norbert, *WaffenSS Armour in Normandy*, Helion, 2012.

Taylor, Daniel, *Villers-Bocage Through the Lens,* After the Battle, 1999.

Terraine, John, *The Right of the Line*, Hodder & Stoughton, 1985.

Tooze, Adam, *The Wages of Destruction: The Making and Breaking of the Nazi Economy*, Penguin, 2007.

Trevor-Roper, H. R. (ed.), *Hitler's War Directives 1939-1945*, Pan, 1966.

Trew, Simon, *Battle Zone Normandy: Gold Beach*, Sutton Publishing, 2004.

Trew, Simón, y Badsey, Stephen, *Battle Zone Normandy: Battle for Caen*, Sutton Publishing, 2004.

Urban, Mark, *The Tank War: The Men, The Machines, The Long Road to Victory 1939—*

45, Little, Brown & Co., 2013.

Van Creveld, Martin, *Fighting Power: German and US Army Performance 1939-1945*, Greenwood Press, 1982.

Various, *World War II: Day by Day*, Dorling Kindersley, 2004.

Vinen, Richard, *The Unfree French: Life Under the Occupation*, Penguin, 2007.

Von der Porten, Edward P., *The German Navy in World War II*, Arthur Baker, 1970.

Weale, Adrian, *The SS: A New History*, Abacus, 2012.

Wells, Mark K., *Courage and Air Warfare: The Allied Aircrew Experience in the Second World War*, Frank Cass, 1997.

Werth, Alexander, *France 1940—1955*, Robert Hale, 19 56.

Wheal, Donald James, y Shaw, Warren (eds), *The Penguin Dictionary of the Third Reich*, Penguin Books, 2002.

Wheal, Elizabeth-Anne, y Pope, Stephen, *The Macmillan Dictionary of the Second World War*, Macmillan, 1989.

White, Antonia, *BBC at War*, BBC, 1946.

Whiting, Charles, *Hunters From the Sky: The German Parachute Corps, 1940—1945*, Cooper Square Press, 2001.

Wood, James A. (ed.), *Army of the West*, Stackpole, 2007.

Woollcombe, Robert, *All the Blue Bonnets: The History of the King's Own Scottish Borderers*, Arms & Armour Press, 1980.

Wynter, Brigadier H. W, *Special Forces in the Desert War, 1940—1943*, Public Record Office War Histories, 2001.

Yates, Peter, *Battle Zone Normandy: Battle for St-Lô*, Sutton Publishing, 2004.

Yeide, Harry, *The Tank Killers: A History of America's World War II Tank Destróyer Force*, Spellmount, 2005.

Zaloga, Steven, *D-Day Fortifications in Normandy*, Osprey, 2005.

Zetterling, Niklas, *Normandy 1944: German Military Organization, Combat Power and Organizational Effectiveness*, J. J. Fedorowicz, 2000.

Ziegler, Frank H., *The Story of 609 Squadron: Under the White Rose*, Crécy, 1993.

Zuehlke, Mark, *Holding Juno: Cañadas Heroic Defense of the D-Day Beaches, June 7-12, 1944*, Douglas & McIntyre, 2005.

— *Breakout from Juno: First Canadian Army and the Normandy Campaign, July 4—August 21, 1944,* Douglas & Mclntyre, 2011.

— *Assault on Juno,* Raven Books, 2012.

PANFLETOS, DIARIOS, PERIÓDICOS Y REVISTAS

After the Battle, *The Battle of the Falaise Pocket*, n.º 8.

— *Normandy 1973,* n.º 1.

— *Scrapyard Panther,* n.º 20.

Anon., «German Army Transpon», *Automobile Engineer*, octubre de 1945.

Dahlstrom, Michael P., *The Role of Airpower in the Overlord Invasión: An Effects-based Operation*, Airpower Research Institute, 2007.

Hallion, Richard P., *D-Day 1944: Air Power Over the Normandy Beaches and Beyond*, Air Force History and Museums Program, 1994.

O’Brien, Phillips P., «East versus West in the Defeat of Nazi Ger *many»*, *Journal of Strategic Studies*, 23:2, 2008.

Peaty, John, «Myth, Reality and Cario D’Este», *War Studies Journal*, Vol. 1, n.º 2, primavera 1996.

Widder, Werner, «Auftragstaktik and Innere Führung: Trademarks of German Leadership», *Military Review*, septiembre/octubre 2002.

Zabecki, David, *Auftragstaktik*.

PELÍCULAS, DVDS

The Fighting Wessex Wyverns: Their Legacy, La 43.ª Asociación de Wessex.

Agradecimientos

Este libro ha sido posible gracias a la importante ayuda de varias personas. Visitar tantos archivos ha sido fascinante, y estoy especialmente agradecido a Tammy Horton, de la Agencia de Investigación Histórica de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos en Maxwell (Alabama), por toda su ayuda y por permitirme molestarla con un sinfín de preguntas y solicitudes. También estoy en deuda con toda la maravillosa gente del magnífico e increíble Museo Nacional de la Segunda Guerra Mundial de Nueva Orleans; y en particular con Rob Citino, un auténtico amigo, así como a Jeremy Collins y Seth Paridon, que me permitieron acceder a muchas de las asombrosas entrevistas de historia oral del museo con veteranos de Normandía. Asimismo, gracias a Sarah Kerksey, Becky Mackie y todo el equipo de Nueva Orleans. Mi reconocimiento también al personal del Centro de Patrimonio y Educación del Ejército de Estados Unidos en Carlisle Barracks, al Bundesarchiv-Militärarchiv de Friburgo, al Centro Liddell Hart de Historia Militar del King’s College de Londres, al Museo Imperial de la Guerra en Londres, al Archivo Nacional de Kew y al Memorial de Caen. Muchas gracias también a David Willey por su gran ayuda y a todo el personal del fantástico Museo del Tanque de Bovington (Dorset), así como a Shaun Illingworth del Archivo de Historia Oral de Rutgers, por su considerable ayuda.

Muchos amigos y colegas me han ayudado más de lo que probablemente merezco.

En Normandía, Paul Woodadge proporcionó ayuda, consejos, documentos, ideas y un enorme conocimiento tanto de la campaña como del lugar en que se libró. El profesor John Buckley es un

historiador al que admiro enormemente y que me ha dado mucho que pensar. Ningún hombre ha trabajado más sobre el Ejército Británico en Normandía que el Brigadier Ben Kite, y su libro y sus conocimientos son inestimables. Mi agradecimiento, igualmente, a David Christopherson, hijo de Stanley, y un gran amigo.

Hace quince años, recorrí Normandía con David, y caminé por una tranquila senda en el punto 103, donde su padre y los Rangers de Sherwood habían luchado tantos años atrás. Gracias también a mi gran amigo Trevor Chaytor-Norris y a nuestros compañeros de viaje, y a Peter Livanos y sus amigos por sus dos fabulosos e instructivos viajes a Normandía. Al Murray fue una ayuda tremenda y una fuente de inspiración, y me orientó hacia una serie de obras sobre el tema. Desde Estados Unidos, Nicholas Moran también me brindó toda su atención compartiendo conmigo su inmenso conocimiento sobre vehículos blindados de combate en la Segunda Guerra Mundial, y me ayudó a pensar en estas armas de guerra de una manera diferente. Gracias. También estoy enormemente agradecido a Aaron Young, Freya Eden-Ellis, Jon Wood y Keith Branch,

que ayudaron a hacer el documental de televisión *Normandía 1944* en 2014. Gracias también a Shane Greer, Christopher Jary, Michael Dolan, Michael Wharton, Ian Holmes, Andrew Whitmarsh y su equipo del Museo de Historia del Día D de Portsmouth, Martin Bishkek de Legasee, Daphna Rubin, Steve Hoggard y Jonathan Ware.

Jim Clark y Jamie Meachin se hicieron buenos amigos y la oportunidad de conducir en el Sherman de Jim añadió una experiencia adicional a la investigación de este libro.

También estoy muy agradecido a Tom Crawford, y especialmente a James Shopland y Tobin Jones, por sus conocimientos, su ayuda y su disposición a demostrar y compartir sus increíbles colecciones de maquinaria y armamento de guerra. Muchos otros amigos me han prestado su ayuda: Simon Keeling, un brillante meteorólogo, me alertó por primera vez sobre los caprichos de la previsión meteorológica en tiempos de guerra. A continuación, dedicó un tiempo considerable a examinar los mapas y documentos meteorológicos de la época para conocer las condiciones climáticas de principios de junio de 1944, y explicarlo con gran detalle y paciencia. Fue un recordatorio de que los historiadores necesitan recurrir al conocimiento de otras personas más allá de su propio campo de trabajo. Seb Cox, jefe de la sección histórica del Aire, ha sido extremadamente generoso con su tiempo y conocimientos. Gracias también a Antony Beevor por su ayuda y consejo. Paul Beaver es un experto en todo lo relacionado con la

aviación y me ha ayudado a lo largo del camino. Además, también agradezco a Paul Stoddart sus consejos y sugerencias. He de destacar a dos amigos en especial: Steve Prince, jefe del Archivo Histórico Naval, ha compartido de buena gana su vasto conocimiento y le debo el haberme permitido usar sus frases «la libertad de la pobreza» y «las limitaciones de la riqueza», de las que no puedo reclamar ningún mérito. También estoy agradecido a su equipo de Portsmouth por toda su ayuda en los aspectos navales de la campaña; el segundo es el doctor Peter Caddick-Adams, gran amigo, antiguo vecino, colega y hombre de inmensos conocimientos, siempre dispuesto a reflexionar y discutir sobre Monty, y ofrecer sus servicios como una sabia e inestimable fuente de sabiduría. Gracias a todos.

Pero muchas otras personas han colaborado a lo largo del camino. En Francia, Elisabeth Gausseron me ayudó tanto en la investigación como en la traducción.

Michelle Miles e Ingo Maerker en Friburgo, Emily Brown con la traducción al francés, y Rob Schaefer en Alemania entrevistando a varios veteranos de una forma sensacional.

Lalla Hitchings y Rachel Sykes también ayudaron con las transcripciones, por lo que les doy las gracias, como siempre. Un agradecimiento muy especial, no obstante, a dos personas: la primera es Laura Bailey, que ha realizado una gran cantidad de fotografías de documentos en los Archivos Nacionales de Kew y en el Museo Imperial de la Guerra y ha sido una ayuda gigantesca. La segunda es Dorothee Schneider, una gran amiga y

una persona maravillosa, que se esforzó al máximo con las traducciones de los testimonios en alemán. Muchas gracias a las dos.

Hasta cierto punto, cualquier libro como éste es una colaboración, y me considero muy afortunado de haber contado con Brenda Updegraff para editarlo. Ha sido una tarea hercúlea que Brenda ha desempeñado con habilidad y buen juicio. Le estoy eternamente agradecido y no puedo darle las gracias lo suficiente por su fenomenal ayuda. Muchísimas gracias a todos los que trabajan en Grove Atlantic, en Nueva York: Deb Seeger, Justina Batchelor, Morgan Entrekin y todos los que han trabajado en el libro, pero le debo un agradecimiento especial a George Gibson por su paciencia, sus consejos, su sabiduría y su inmenso apoyo. Gracias. En Londres, gracias a todos en Bantam Press: el brillante Phil Lord, Darcy Nicholson, Eloisa Clegg, Tom Hill y todos los que han ayudado a que este libro vea la luz. Sin embargo, quiero dar las gracias especialmente a Bill Scott-Kerr: gran amigo,

defensor, brillante editor y persona encantadora a la que dedico este libro.

Por último, me gustaría dar las gracias a Patrick Walsh por ser no sólo un gran amigo, sino también un brillante agente literario, consejero y defensor, y asimismo a mi familia, Rachel, Ned y Daisy. Este libro ha sido posible únicamente gracias a muchas mañanas, tardes y fines de semana de sacrificio, y me han apoyado extraordinariamente, como siempre, de principio a fin. Gracias.

Créditos de las imágenes

Todas las fotografías han sido amablemente facilitadas por el autor, excepto las que se indican a continuación. Se ha hecho todo lo posible por localizar a los titulares de los derechos de autor. Se les invita a ponerse en contacto con los editores.

Sección 1

Página 1, abajo a la derecha Obstáculos de playa antiinvasión a lo largo de la costa de Normandía: Helmut Grosse/Bundesarchiv, bild: 1011-674-7773-07.

Página 4, 3ª fila, izquierda Puente Pegasus el 7 de junio. En el lado opuesto —

Ranville —, planeadores estrellados: © IWM (B5288) Página 5, arriba a la derecha Cromwells y Shermans del 4.º de Voluntarios del condado de Londres se dirigen hacia el interior desde Gold Beach el 7 de junio: © IWM (B5251).

Página 7, arriba a la izquierda Tropas de la 12. SS atravesando el pueblo de Rauray, muy disputado: dpa picture alliance / Alamy Stock Photo.

Página 7, arriba a la derecha Fallschirmjäger *(paracaidistas) moviéndose a caballo y en carro: Zimmermann/Bundesarchiv, bild: 1011-583-2145-31.*

Página 7, 2ª fila

Fotografía de Robert Capa de la rendición de las tropas alemanas en Cherburgo, vista y reportada por Ernie Pyle el 27 de junio de 1944: Robert Capa © International Center of Photography/Magnum Photos.

Página 7, 3ª fila

Los tanques Churchill y los hombres de la 15.ª División (escocesa) avanzan a través de la niebla y la llovizna al comienzo de la Operación Epsom, 26 de junio de 1944: ©

IWM (B5956).

Página 7, abajo a la izquierda Fontenay-le-Pesnel, escenario de una cruenta lucha. Un cañón antitanque Pak 40 de 75 mm derribado junto a su artillero muerto, 25 de junio de 1944: © IWM

(B5939).

Página 7, abajo a la derecha Shermans de los Rangers de Sherwood cerca de Rauray el 30 de junio de 1944: © IWM (B6218).

Página 8, arriba a la izquierda Un Panzer IV bien camuflado en los setos: Reich/Bundesarchiv, bild: 101I-586-2215-34A.

Sección 2

Página 1, centro izquierda

Tropas británicas esperando un contraataque en hoyos de protección y trincheras cavadas a toda prisa entre las colinas 112 y 113 el 16 de julio de 1944: © IWM (B7441).

Página 3, 2ª fila, izquierda Las unidades blindadas aliadas contaban con el apoyo de un gran número de carros bajos: © IWM (B9091).

Página 6, arriba a la izquierda Un camión de municiones británico es alcanzado y explota durante la batalla de Epsom, 26 de junio de 1944: © IWM (B6017).

Galería de retratos

Páginas LVI-LVII

Todas las imágenes han sido facilitadas por el autor.

Fotos integradas

Todas las imágenes han sido proporcionadas por el autor, excepto las que se indican a continuación: Apertura de Parte IV; páginas 408-9

Ataque con cohetes del Hawker Typhoon: © IWM (CL617).

Guardas delanteras

Suministrada por el autor.

Guardas traseras

Cortesía de After the Battle.

Para ver más fotografías, visite **www.griffonmerlin.com/normandy44**.


El general Eisenhower (izquierda) habla con el general Omar Bradley (centro) y J. Lawton Collins.



Hombres de la 29.ª División de Infantería de Estados Unidos en Weymouth, en el sur de Inglaterra, antes de la invasión.



Tropas aerotransportadas con civiles franceses.



Soldados americanos de la 3.ª División Acorazada junto a un cañón de asalto StuG fuera de combate.

Las tropas británicas descansan, agosto de 1944.





El general Eisenhower (izquierda) conversa con los generales Omar Bradley (centro) y J. Lawton Collins.



Hombres de la 29ª División de infantería de los Estados unidos en Weymouth en el sur de Inglaterra, antes de la invasión.

Tropas aerotransportadas, con civiles franceses.

Soldados estadounidenses de la 3ª División acorazada junto a un cañón de asalto SeuG fuera de combate.



Las tropas británicas descansan: agosto de 1944



JAMES HOLLAND (nace el 27 de junio de 1970 en Salisbury, Reino Unido) Es autor de numerosos libros especializados en la Segunda Guerra Mundial, y ha creado, dirigido y presentado numerosos programas y series de divulgación histórica en la *BBC, Channel 4, National Geographic, History y Discovery*. También es cofundador del Chalke Valley History Festival y cofundador de WarGen.org, una página web de recursos sobre la Segunda Guerra Mundial. Es miembro de la Royal Historical Society.

Cónyuge: Rachel Holland.

Educación: St Chad’s College, Durham University.

Notas

[1] Citado en las notas de sir Trafford Leigh-Mallory, TNA AIR 37/784. Aunque las palabras de Einsehower se presentan como cita entre comillas, se señala que estas representan el sentido de lo que dijo y que no son cien por cien literales. <<

[2] Citado en Omar N. Bradley, A General’s Life, p. 241 <<

[3] Citado en Vince Milano y Bruce Conner, Normandiefront, p. 37.

< <

[4] Citado en Vince Milano y Bruce Conner, Normandiefront, p. 35 < <

[5] Citado en Vince Milano y Bruce Conner, Normandiefront, p. 35 < <

[6] Friedrich Ruge, Rommel in Normandy, p. 50. < <

[7] Friedrich Ruge, Rommel in Normandy, p. 50. < <

[8] Friedrich Ruge, Rommel in Normandy, p. 49. < <

[9] Citado en B. H. Liddell Hart (ed.), The Rommel Papers, p. 467. < <

[10] Citado en David Irving, The Trail of the Fox, p. 315. < <

[11] Citado en David Irving, The Trail of the Fox, p. 313. < <

[12] Ruge, p. 144. < <

[13] Ruge, p. 144. < <

[14] Ruge, p. 155. < <

[15] Ruge, p. 157. < <

[16] General Elwood Richard «Pete» Quesada, entrevista 3, AFHRA. < <

[17] Citado en Richard G. Davis, Carl A. Spaatz and the Air War in Europe, p. 352. < <

[18] Churchill en WSC, Vol. V, p. 466. < <

[19] DDE, Vol. III, doc. 1,630, p. 1,80. < <

[20] Adolf Galland, The First and the Last, p. 201. < <

[21] La Luftwaffe se dividía en alas (Geschwader) formadas por varios grupos (Gruppen). Habitualmente cada grupo de cazas ocupaba un aeródromo y los aeródromos de los grupos de la misma ala solían estar cerca unos de otros. Cada Gruppe estaba a su vez dividido en tres Staffeln (escuadrones). Como ésta era un Ala de Caza, se denomina Jagdgeschwader. Un ala de bombarderos, por ejemplo, era una

Kampfgeschwader y un ala de cazas nocturnos, una Nachtjagdgeschwader. El número de escuadrón de un ala se indica en números arábigos (3/JG), mientras que el número de grupo se indica en romanos (II/JG). (N. del T.) < <

[22] Wolfgang Fischer, Luftwaffe Fighter Pilot, p. 98. < <

[23] Wolfgang Fischer, Luftwaffe Fighter Pilot, p.124. < <

[24] Wolfgang Fischer, Luftwaffe Fighter Pilot, p. 125. < <

[25] Richard E. Turner, Mustang Pilot, p. 78. < <

[26] Galland, p. 269. < <

[27] Citado en Carol Mather, When the Grass Stops Growing, p. 244. < <

[28] Citado en Carol Mather, When the Grass Stops Growing, p. 245. < <

[29] Citado en Carol Mather, When the Grass Stops Growing, p. 245. < <

[30] TNA CAB 106/1031. < <

[31] TNA CAB 106/1031. < <

[32] Omar N. Bradley, A General's Life, p. 233. < <

[33] Citado en Holger Eckhertz, D-Day Through German Eyes, p. 94. < <

[34] Citado en Holger Eckhertz, D-Day Through German Eyes, p. 94. < <

[35] Citado en Holger Eckhertz, D-Day Through German Eyes, p. 94. < <

[36] Hans von Luck, Panzer Commander, p. 167. < <

[37] Citado en Werner Kortenhaus, The Combat History of the 21. Panzer Division, p.

68. < <

[38] Citado en Werner Kortenhaus, The Combat History of the 21.

Panzer Division, p.

68. < <

[39] Friedrich Freiherr von der Heydte, A German Parachute Regiment in Normandy, p.

6, B-839, USAHC. < <

[40] Friedrich Freiherr von der Heydte, A German Parachute Regiment in Normandy, p.

8, B-839, USAHC. < <

[41] Friedrich Freiherr von der Heydte, A German Parachute Regiment in Normandy, p.

8, B-839, USAHC. < <

[42] Citado en Vince Milano y Bruce Conner, Normandiefront, p. 50. < <

[43] Citado en Vince Milano y Bruce Conner, Normandiefront, p. 50. < <

[44] Friedrich Ruge, Rommel in Normandy, p. 169. < <

[45] Arthur Blizzard, IWM 17 979. < <

[46] Diario Stanley Christopherson, febrero, 6 de junio de 1944. < <

[47] Citado en Diario Stanley Christopherson, febrero, 6 de junio de 1944. < <

[48] Tom Bowles, entrevista con el autor. < <

[49] Henry D. Bowles, entrevista con el autor. < <

[50] John Robert Slaughter, Omaha Beach and Beyond, p. 89. < <

[51] John Robert Slaughter, Omaha Beach and Beyond, p. 84. < <

[52] Carol Mather, When the Grass Stops Growing, p. 246. < <

[53] Bernard Law, Memoirs of Field Marshal Montgomery, p. 244, y Mather, p. 247. < <

[54] Mather, p. 247. < <

[55] DDE, Vol. III, n.º 1,682. < <

[56] TNA AIR 37/772. < <

[57] TNA AIR 37/772. < <

[58] Diario de Chester B. Hansen, 2 de junio de 1944. < <

[59] Diario de Chester B. Hansen, 2 de junio de 1944. < <

[60] LHCMA LH 15/15/29. < <

[61] LHCMA LH 15/15/29. < <

[62] LHCMA LH 15/15/29. < <

[63] LHCMA LH 15/15/29. < <

[64] LHCMA LH 15/15/29. < <

[65] Citado en Stephen E. Ambrose, The Supreme Commander, p. 416. < <

[66] Citado en Stephen E. Ambrose, The Supreme Commander, p. 416. < <

[67] LHCMA LH 15/15/29. < <

[68] LHCMA LH 15/15/29. < <

[69] Ambrose, p. 417. < <

[70] Juego de palabras, ya que conumdrum significa en inglés problema o acertijo. (N.

del T) < <

[71] Citado en Duncan S. Ballantine, U.S. Naval Logistics in the Second World War, p.

170. < <

[72] Charles “Tick” Bonesteel, USAHC. < <

[73] Por la semejanza de su nombre con duck, pato en inglés. (N. del T.) < <

[74] Robert W. Love, Jr., y John Major (eds.), The Year of D-Day: The

1944 Diary of Admiral Sir Bertram Ramsay RN, 24 de marzo de 1944. < <

[75] WSC, Vol. V, p. 66. < <

[76] Jefe del Estado Mayor del Comandante Supremo Aliado. JEMCSA, o COSSAC, por sus iniciales en inglés. A la organización que trabajaba para él, se la conocía con el mismo nombre. (N. del T.) < <

[77] A. M. D. Lampen, Naval Reminiscences, LHCMA V/7. < <

[78] A. M. D. Lampen, Naval Reminiscences, LHCMA V/9. < <

[79] A. M. D. Lampen, Naval Reminiscences, LHCMA V/9. < <

[80] A. M. D. Lampen, Naval Reminiscences, LHCMA VI/4. < <

[81] Citado en Battle Summary No. 39: Operation. < <

[82] Landings in Normandy, June 1944, TNA, p. 24. < <

[83] Diario de Ramsay, 29 de mayo de 1944. < <

[84] General Elwood Richard «Pete» Quesada, entrevista 3, AFHRA. < <

[85] General Elwood Richard «Pete» Quesada, entrevista 3, AFHRA. < <

[86] General Elwood Richard «Pete» Quesada, entrevista 3, AFHRA. < <

[87] General Elwood Richard «Pete» Quesada, entrevista 3, AFHRA. < <

[88] Ernie Pyle, Brave Men, p. 351. < <

[89] Ernie Pyle, Brave Men, p. 354. < <

[90] Ernie Pyle, Brave Men, p. 356. < <

[91] Diario de Stanley Christopherson, 5 de junio de 44. < <

[92] Diario de Stanley Christopherson, 5 de junio de 44. < <

[93] Citado en James A. Wood (ed.), Army of the West, p. 35. < <

[94] Citado en Major L. F. Ellis, Victory in the West, p. 111. < <

[95] Citado en Major L. F. Ellis, Victory in the West, p. 111. < <

[96] Truman Smith, The Wrong Stuff, p. 37 < <

[97] Truman Smith, The Wrong Stuff, p. 136 < <

[98] Truman Smith, The Wrong Stuff, p. 137 < <

[99] Truman Smith, The Wrong Stuff, p. 137 < <

[100] Joseph J. Boylan, Goon's Up, p. 228. < <

[101] Joseph J. Boylan, Goon's Up, p. 227. < <

[102] Ken Adam, entrevista con el autor. < <

[103] Ken Adam, entrevista con el autor. < <

[104] Diario de Ken Adam. < <

[105] TNA AIR 27/2103. < <

[106] F. H. Hinsley, British Intelligence in the Second World War, Vol. III, Parte 2, p. 64.

< <

[107] Citado en Ralf Georg Reuth, Rommel: The End of a Legend, p. 170. < <

[108] Friedrich Ruge, Rommel in Normandy, p. 172. < <

[109] MarkJ. Alexander y John Sparry, Jum Commander, p. 173. < <

[110] Citado en MarkJ. Alexander y John Sparry, Jum Commander, p. 174. < <

[111] F. H. Hinsley, British Intelligence in the Second World War, Vol. III, Parte 2, p. 63.

< <

[112] Ridgway Papers, Box 2a, USAHC. < <

[113] Denis Edwards, The Devil's Own Luck, p. 19. < <

[114] Denis Edwards, The Devil's Own Luck, p. 19. < <

[115] Denis Edwards, The Devil's Own Luck, p. 33. < <

[116] Denis Edwards, The Devil's Own Luck, p. 35. < <

[117] Denis Edwards, The Devil's Own Luck, p. 35. < <

[118] Cruz de los Servicios Distinguidos, condecoración militar británica y de otros países de la Commonwealth otorgada en las fuerzas armadas y marina mercante. (N.

del T.) < <

[119] Latham B. Jenson, Tin Hats, Oilskins & Seaboots, p. 215. < <

[120] Latham B. Jenson, Tin Hats, Oilskins & Seaboots, p. 222. < <

[121] Robert Leblanc, Journal du Maquis, ed. Alain Corblin, 5 de junio de 1944 < <

[122] Robert Leblanc, Journal du Maquis, ed. Alain Corblin, 5 de junio de 1944 < <

[123] Es decir, hora de Gran Bretaña, que durante la Segunda Guerra Mundial añadió una hora al cambio de hora para ahorrar más energía, con lo que su hora (+1 del meridiano de Greenwich en invierno y +2 en verano) era la misma que la de la Europa continental. En 1947 se anuló el cambio de dos horas en verano. (N. del T.) < <

[124] Citado en John Howard y Penny Bates, The Pegasus Diaries, p. 117. < <

[125] Denis Edwards, IWM 23 207. < <

[126] Denis Edwards, The Devil's Own Luck, p. 43. < <

[127] Bert Stiles, Serenade to the Big Bird, p. 5. < <

[128] Bert Stiles, Serenade to the Big Bird, p. 79. < <

[129] Bert Stiles, Serenade to the Big Bird, p. 80. < <

[130] Howard y Bates, p. 123. < <

[131] Richard Todd, Caught in the Act, p. 143. < <

[132] Pine-Coffin significa «ataúd de pino». (N. del T.) < <

[133] Citado en Winston G. Ramsay (ed.), D-Day Then and Now, Vol. I, p. 238. < <

[134] Hans von Luck, Panzer Commander, p. 172. < <

[135] Dick Winters, Beyond Band of Brothers, p. 81. < <

[136] Friedrich Freiherr von der Heydte, A German Parachute Regiment in Normandy, p. 4, B-839, USAHC. < <

[137] Recientemente, ha salido a la luz el certificado de defunción militar de Den Brotheridge y, curiosamente, afirma que murió de «múltiples heridas al estrellarse el aparato (planeador)». Dice también que su cuerpo se recibió en la morgue en Portsmouth a las 2.50 de la tarde del 8 de junio. Su tumba, sin embargo, está en el cementerio de Ranville. La única explicación concebible para esta extraña anomalía es que, mientras todavía estaba vivo, lo llevaran al Puesto de Mando Médico, lo metieran en un planeador y se creyera que la causa de las graves heridas de su rostro era el aterrizaje forzoso en lugar de una bala. La recepción de su «cuerpo» debe referirse más bien a sus efectos personales y no a sus restos. Es inconcebible que los numerosísimos testigos que presenciaron cómo fue herido se equivocaran. En una guerra abundan los errores administrativos. < <

[138] Edwards, The Devil's Own Luck, p. 45. < <

[139] Diario de Leblanc, 5 de junio de 1944. < <

[140] Diario de Leblanc, 5 de junio de 1944. < <

[141] Franz Gockel, La Porte de l'Enfer, p. 79; citado en Vince Milano y Bruce Conner, Normandiefront, p. 71. < <

[142] Gockel, p. 80. < <

[143] Citado en Milano y Conner, p. 72. < <

[144] John Raaen, NWWIIM. < <

[145] John Raaen, NWWIIM. < <

[146] El SAS fue rebautizado durante un breve periodo como Special Raiding Squadron (Escuadrón Especial de Incursiones) y fue bajo este nombre como se produjo el ataque en Sicilia. Recuperó el nombre de SAS a principios de 1944. < <

[147] Genevieve Dubosq, Dans la nuit du débarquement, p. 73. < <

[148] Genevieve Dubosq, Dans la nuit du débarquement, p. 73. < <

[149] Genevieve Dubosq, Dans la nuit du débarquement, p. 73. < <

[150] Genevieve Dubosq, Dans la nuit du débarquement, p. 73. < <

[151] Malcolm Brannen, CRAOU. < <

[152] Malcolm Brannen, CRAOU. < <

[153] Diario de Ken Handley, 6 de junio de 1944, IWM 3198. < <

[154] También conocida como operación Argument, fue una secuencia de bombardeos realizados por el Mando de Bombardeo de la RAF y las Fuerzas Aéreas del Ejército de Estados Unidos entre el 20 y el 25 de febrero de 1944, como parte de la campaña de bombardeo estratégico contra Alemania. (N. del T.) < <

[155] TNA AIR 27/1926. < <

[156] Diario de Ken Handley, 6 de junio de 1944. < <

[157] Francis Gabreski, Gabby: A Fighter Pilot's. < <

[158] Life, p. 159. < <

[159] Archie Maltbie, NWWIIM. < <

[160] Citado en Vince Milano y Bruce Conner, Normandiefront, p. 74 < <

[161] Franz Gockel, La Porte de l'Erifer, p. 82. < <

[162] Franz Gockel, La Porte de l'Erifer, p. 83. < <

[163] Latham B. Jenson, Tin Hats, Oilskins and Seaboots, p. 224. < <

[164] Diario de Chester B. Hansen, 6 de junio de 1944. < <

[165] John Raaen, Intact, p. 5. < <

[166] Barco de Desembarco de Infantería. En inglés, se conoce por las siglas LSI. (N. del T.) < <

[167] Walter Halloran, entrevista con el autor. < <

[168] Citado en Marvin Jensen, Strike. < <

[169] Swiftly!, p. 22. < <

[170] Swiftly!, p. 135. < <

[171] Swiftly!, p. 135. < <

[172] Franz Gockel, La Porte de l'Erifer, p. 83. < <

[173] Citado en Antony Beevor, D-Day, p. 118. < <

[174] Citado en Jenson, p. 140. < <

[175] Citado en Vince Milano y Bruce Conner, Normandiefront, p. 78. < <

[176] Citado en Ibid., p. 79. < <

[177] Gockel, p. 87. < <

[178] Walter Halloran, entrevista con el autor. < <

[179] Walter Halloran, entrevista con el autor. < <

[180] Diario de Hansen, 6 de junio de 1944. < <

[181] John Raaen, NWWIIM. < <

[182] Archivos de Historia Militar de Maryland, Compañía B, 1.er Batallón, 116.º

Infantería, mdmhs.org/29div/interviews. < <

[183] Archivos de Historia Militar de Maryland, Compañía B, 1.er Batallón, 116.º

Infantería, mdmhs.org/29div/interviews. < <

[184] Apodo dado a los alemanes por los soldados enemigos, especialmente los británicos. Aunque se originó en la Primera Guerra Mundial, probablemente por la similitud fonética con german o por la semejanza del casco alemán con un Jeroboam («orinal»), fue más popular durante la Segunda Guerra Mundial. (N. del T.). < <

[185] Karl Wegner, citado en Milano y Conner, p. 84. < <

[186] John Robert Slaughter, Omaha Beach and Beyond, p. 108. < <

[187] John Robert Slaughter, Omaha Beach and Beyond, p. 109. < <

[188] John Robert Slaughter, Omaha Beach and Beyond, p. 110. < <

[189] Raaen, Intact, p. 39. < <

[190] Latham B. Jenson, Tin Hats, Oilskins and Seaboots, p. 225. < <

[191] Charles Cromwell Martin, Battle Diary, p. 5. < <

[192] Citado en Holger Eckhertz, D-Day Through German Eyes, p. 70. < <

[193] Citado en Holger Eckhertz, D-Day Through German Eyes, p. 71. < <

[194] Citado en Holger Eckhertz, D-Day Through German Eyes, p. 76. < <

[195] Citado en Holger Eckhertz, D-Day Through German Eyes, p. 78. < <

[196] Citado en Holger Eckhertz, D-Day Through German Eyes, p. 78. < <

[197] Tommy, plural tommies, era el apodo que los alemanes daban a las tropas británicas. (N. del T.) < <

[198] Citado en Holger Eckhertz, D-Day Through German Eyes, p. 80. < <

[199] Diario de Stanley Christopherson, 6 de junio de 1944. < <

[200] Vehículo Blindado de los Reales Ingenieros (VBRI) o AVRE, según sus siglas en inglés. (N. del T.) < <

[201] Martin, p. 6. < <

[202] Bob Roberts, entrevista con el autor. < <

[203] Bob Roberts, entrevista con el autor. < <

[204] Bob Roberts, entrevista con el autor. < <

[205] Citado en Eckhertz, p. 100. < <

[206] Citado en Eckhertz, p. 100. < <

[207] Bob Roberts, entrevista con el autor. < <

[208] Bob Roberts, entrevista con el autor. < <

[209] Bob Roberts, entrevista con el autor. < <

[210] Bob Roberts, entrevista con el autor. < <

[211] Eckhertz, p. 105. < <

[212] Eckhertz, p. 105. < <

[213] Revd. Leslie Skinner, The Man Who Worked on Sundays, 6 de junio de 1944. < <

[214] Ha habido mucho debate sobre dónde precisamente desembarcaron los Rangers de Sherwood. Skinner registra que la «alerta» fue a las 07.00 y que desembarcaron a las 07.25, pero no es posible. Otras fuentes dejan claro que su diario va una hora adelantado, un error perfectamente comprensible, dadas las circunstancias. He corregido sus horas en consecuencia. < <

[215] Revd. Leslie Skinner, The Man Who Worked on Sundays, 6 de junio de 1944. < <

[216] Diario de Stanley Christopherson, 6 de junio de 1944. < <

[217] Arthur Blizzard, IWM 17 979. < <

[218] Arthur Blizzard, IWM 17 979. < <

[219] Hubert Fauré Oral History, MdC. < <

[220] Hubert Fauré Oral History, MdC. < <

[221] Dick Winters, Beyond Band of Brothers, p. 85. < <

[222] Dick Winters, Beyond Band of Brothers, p. 86. < <

[223] Dick Winters, Beyond Band of Brothers, p. 86. < <

[224] Dick Winters, Beyond Band of Brothers, p. 88. < <

[225] Dick Winters, Beyond Band of Brothers, p. 88. < <

[226] Dick Winters, Beyond Band of Brothers, p. 89. < <

[227] El Oberst von de Heydte, del Fallschirmjäger-Regiment 6 afirmaría más tarde que había descubierto que la batería de cañones

de Brécourt había sido abandonada alrededor de las 7 de la mañana, por lo que había ordenado a sus hombres que la operaran. Debió confundir esta batería con otra, pues Winters estaba seguro de que no eran Fallschirmjäger. La calidad de los defensores sugiere que es Winters quien está en lo cierto. < <

[228] Dick Winters, Beyond Band of Brothers, p. 91. < <

[229] General Miles Dempsey, Ronald Lewin Papers, CCL. < <

[230] Citado en David Irving, The Trail of the Fox, p. 335. < <

[231] Citado en Daniel Alien Butler, Field Marshal,p. 480. < <

[232] Esto procede del informe original tras la acción sobre las operaciones en Pointe du Hoc, que luego sería significativamente alterado. Más tarde en su vida, Lomell afirmó que había destruido todos los cañones, pero creo que el informe original transmite la descripción más veraz de los hechos. Resulta intrigante pensar por qué se cambió de forma tan significativa el informe. < <

[233] Franz Gockel, La Porte de l'Enfer, p. 90. < <

[234] John Raaen, NWWIIM. < <

[235] John Raaen, NWWIIM. < <

[236] John Raaen, NWWIIM. < <

[237] John Raaen, NWWIIM. < <

[238] Tom Bowles, entrevista con el autor. < <

[239] Henry D. Bowles, entrevista con el autor. < <

[240] Frank Wright, IWM 23 819. < <

[241] Diario de Stanley Christopherson, 6 de junio de 1944. < <

[242] Citado en Holger Eckhertz, D-Day Through German Eyes, p.110. < <

[243] Citado en Holger Eckhertz, D-Day Through German Eyes, p. 111. < <

[244] Citado en Holger Eckhertz, D-Day Through German Eyes, p. 114 < <

[245] Hubert Fauré Oral History, MdC. < <

[246] Hubert Fauré Oral History, MdC. < <

[247] Fritz Ziegelmann, B-432, USAHC. < <

[248] Citado en P. A. Spayd, Bayerlein, p. 156. < <

[249] Fritz Bayerlein, ETHINT 66-ML-1079, USAHC. < <

[250] Hans von Luck, Panzer Commander, p. 178. < <

[251] Denis Edwards, The Devil's Own Luck, p. 51. < <

[252] Richard Todd, Caught in the Act, p. 177. < <

[253] Edwards, p. 53. < <

[254] Espíritus femeninos que, según la leyenda, se aparecen a una persona para anunciar con sus llantos o gritos la muerte de un pariente cercano. (N. del T) < <

[255] Edwards, p. 54. < <

[256] Tom Bowles, entrevista con el autor. < <

[257] Chester B. Diario de Hansen, 6 de junio de 1944. < <

[258] Chester B. Diario de Hansen, 6 de junio de 1944. < <

[259] Chester B. Diario de Hansen, 6 de junio de 1944. < <

[260] Citado en Vince Milano y Bruce Conner, Normandiefront, p. 99. < <

[261] Citado en Vince Milano y Bruce Conner, Normandiefront, p. 114. < <

[262] Diario telefónico de la 352.a División de Infantería (Sección de Defensa Costera de Bayeux), USAHC (proporcionado por Fritz Ziegelmann). < <

[263] Diario de Stanley Christopherson, 6 de junio de 1944. < <

[264] Bob Roberts, entrevista con el autor. < <

[265] Charles Cromwell Martin, Battle Diary, p. 14. < <

[266] Arthur Blizzard, IWM 17 979. < <

[267] Arthur Blizzard, IWM 17 979. < <

[268] Mark J. Alexander y John Sparry, Jump Commander, p. 192. < <

[269] Geneviève Dubosq, Dans la nuit du débarquement, p. 116. < <

[270] Geneviève Dubosq, Dans la nuit du débarquement, p. 120. < <

[271] Kurt Meyer, Grenadiers, p. 216. < <

[272] Kurt Meyer, TNA WO 208/4177. < <

[273] Meyer, Grenadiers, p. 216. < <

[274] Meyer, Grenadiers, p. 214. < <

[275] Franz Gockel, La Porte de l'Enfer, p. 97. < <

[276] Franz Gockel, La Porte de l'Enfer, p. 104. < <

[277] Karl Wegner, citado en Milano y Conner, p. 107. < <

[278] Wolfgang Fischer, Luftwaffe Fighter Pilot, p. 137. < <

[279] Martin, p. 16. < <

[280] Richard E. Turner, Mustang Pilot, p. 85. < <

[281] Truman Smith, The Wrong Stuff, p. 166. < <

[282] Joseph J. Boylan, Goon's Up, p. 231. < <

[283] Joseph J. Boylan, Goon's Up, p. 232. < <

[284] Joseph J. Boylan, Goon's Up, p. 232. < <

[285] Kurt Meyer, Grenadiers, p. 216. < <

[286] Kurt Meyer, Grenadiers, p. 220. < <

[287] Kurt Meyer, Grenadiers, p. 222. < <

[288] Diario de Chester B. Hansen, 7 de junio de 1944. < <

[289] TNA WO 285/9. < <

[290] TNA AIR 37/772. < <

[291] Mark J. Alexander y John Sparry, Jump Commander, p. 193. < <

[292] Genevieve Dubosq, Dans la nuit du débarquement, p. 147. < <

[293] Genevieve Dubosq, Dans la nuit du débarquement, p. 176. < <

[294] Dick Winters, Beyond Band of Brothers, p. 97. < <

[295] Dick Winters, Beyond Band of Brothers, p. 98. < <

[296] Martin Pöppel, Heaven and Hell, p. 179. < <

[297] John Raaen, NWWIIM. < <

[298] Citado en Vince Milano y Bruce Conner, Normandiefront, p. 135. < <

[299] Raaen, NWWIIM. < <

[300] Los Kampfgruppen alemanes se bautizaban con el nombre de su comandante. < <

[301] Arthur Blizzard, IWM 17 979. < <

[302] Hubert Meyer, The 12th SS: The History of the Hitler Youth Panzer Division, Vol.

I, p. 134. < <

[303] Kurt Meyer, p. 224. < <

[304] Citado en Hubert Meyer, Vol. I, p. 147. < <

[305] Frank Wright, IWM 23 819. < <

[306] Frank Wright, IWM 23 819. < <

[307] Frank Wright, IWM 23 819. < <

[308] Frank Wright, IWM 23 819. < <

[309] Se refiere a dos Vosportenboote, que literalmente se traduciría como «barcos de avanzada». Estas naves eran antiguos pesqueros o barcos de otro tipo, pero de diseño robusto, a los que se había integrado en la marina de guerra y en los que se habían acoplado

armas, en muchas ocasiones uno o dos cañones de calibre medio, muchas piezas de artillería antiaérea automática ligera (esto, sumado a que los cañones solían ser el típico modelo antiaéreo/antitanque de 88 mm, hizo que los británicos denominaban a estas embarcaciones flakships, «barcos antiaéreos») y diversas ametralladoras y cargas de profundidad. Un Vosportenboot podía tener una tripulación de hasta setenta personas. (N. del T.) < <

[310] Frank Wright, IWM 23 819. < <

[311] Frank Wright, IWM 23 819. < <

[312] Carol Mather, When the Grass Stops Growing, p. 255. < <

[313] Carol Mather, When the Grass Stops Growing, p. 257. < <

[314] Ernie Pyle, Brave Men, p. 360. < <

[315] Ernie Pyle, Brave Men, p. 366. < <

[316] Ernie Pyle, Brave Men, p. 367. < <

[317] Ernie Pyle, Brave Men, p. 369. < <

[318] Citado en Vince Milano y Bruce Conner, Normandiefront, p. 145. < <

[319] Citado en Vince Milano y Bruce Conner, Normandiefront, p. 145. < <

[320] John Raaen, NWWIIM. < <

[321] Diario de Stanley Christopherson, 7 de junio de 1944. < <

[322] Citado en P. A. Spayd, Bayerlein, p. 157. < <

[323] Citado en Paul Carrell, Invasion! They’re Corning!, p. 113. < <

[324] Citado en Spayd, p. 159. < <

[325] Helmut Ritgen, The Western Front, 1944, p. 57. < <

[326] Tom y Henry Bowles, entrevista con el autor. < <

[327] General Elwood Richard «Pete» Quesada, entrevista 3, AFHRA. < <

[328] Citado en Thomas Hughes, Over Lord, p. 144. < <

[329] Robert W. Love, Jr. y John Major (eds.), The Year of D-Day: The 1944 Diary of Admiral Sir Bertram Ramsay RN, 8 de junio de 1944. < <

[330] Robert W. Love, Jr. y John Major (eds.), The Year of D-Day: The 1944 Diary of Admiral Sir Bertram Ramsay RN, 9 de junio de 1944. < <

[331] Ambrose Lampen, Naval Reminiscences, LHCMA VII/7. < <

[332] Ambrose Lampen, Naval Reminiscences, LHCMA VII/9. < <

[333] Ambrose Lampen, Naval Reminiscences, LHCMA VII/9. < <

[334] Se trata de vehículos anfibios de seis ruedas, conocidos popularmente como

«Ducks» («patos»), aunque su nombre procede de la nomenclatura corporativa de los modelos fabricados por la General Motors Corporation y se refiere a D: Diseñado en 1943; U: Vehículo de servicio; K, Tracción a las cuatro ruedas y W, Doble eje trasero. (N.

del T) < <

[335] ohn Raaen, NWWIIM. < <

[336] John Robert Slaughter, Omaha Beach and Beyond, p. 127. < <

[337] Citado en Vince Milano y Bruce Conner, Normandiefront, p. 155. < <

[338] Citado en Vince Milano y Bruce Conner, Normandiefront, p. 147. < <

[339] Citado en Vince Milano y Bruce Conner, Normandiefront, p. 148. < <

[340] Diario de Stanley Christopherson, 9 de junio de 1944. < <

[341] Diario de Stanley Christopherson, 9 de junio de 1944. < <

[342] MarkJ. Alexandery John Spaxry, Jump Commander, p. 197. < <

[343] Martin Pöppel, Heaven and Hell, p. 184. < <

[344] Martin Pöppel, Heaven and Hell, p. 202. < <

[345] Dick Winters, Beyond Band of Brothers, p. 102. < <

[346] Dick Winters, Beyond Band of Brothers, p. 102. < <

[347] Dick Winters, Beyond Band of Brothers, p. 104. < <

[348] Diario de Stanley Christopherson, 11 de junio de 1944. < <

[349] Helmut Ritgen, The Western Front, 1944, p. 60. < <

[350] Helmut Ritgen, The Western Front, 1944, p. 60. < <

[351] Richard E. Turner, Mustang Pilot, p. 86. < <

[352] Richard E. Turner, Mustang Pilot, p. 87. < <

[353] Richard E. Turner, Mustang Pilot, p. 88. < <

[354] Diario de Lewis H. Brereton, 13 de junio de 1944. < <

[355] Se conocía popularmente a los V-1 como buzzbombs, o bombas zumbonas, por el característico sonido de su motor a reacción que, basado en la combustión intermitente y rápida, emitía un zumbido muy intenso. (N. del T.) < <

[356] Mary Morris, 13 de junio de 1944, IWM 4850. < <

[357] Otro apodo de las V-1. En inglés, doodlebugs, literalmente, «escarabajos sanjuaneros», pero «moscardones» transmite mejor el efecto del original en inglés. (N.

del T.) < <

[358] Mary Morris, 5 de junio de 1944. < <

[359] Mary Morris, 6 de junio de 1944. < <

[360] WSC, Vol. VI, p. 35. < <

[361] Harry C. Butcher, Three Years with Eisenhower, 16 de junio de 1944. < <

[362] Brereton, 14 de junio de 1944. < <

[363] Butcher, 15 de junio de 1944. < <

[364] Tom Bowles, entrevista con el autor. < <

[365] La orden de stand to, que se daba a los soldados una hora antes del amanecer. Se consideraba que el amanecer era el momento más propicio para un ataque enemigo, así que una hora antes se ordenaba a los soldados que calaran sus bayonetas y subieran a escalón de disparo (stand to) de la trinchera. Una hora después, cuando se consideraba que ya había demasiada luz para que el enemigo lanzase una ofensiva, se les ordenaba que bajaran del escalón (stand down). (N. del T.) < <

[366] Denis Edwards, The Devil's Own Luck, p. 77. < <

[367] Hans von Luck, Panzer Commander, p. 187. < <

[368] Hans von Luck, Panzer Commander, p. 187. < <

[369] Hubert Fauré Oral History, MdC. < <

[370] Von Luck, p. 187. < <

[371] TNAWO 285/9. < <

[372] Leo Geyr von Schweppenburg, B-466 USAHC. < <

[373] TNAWO285/8. < <

[374] Citado en Chester B. Diario de Hansen, 17 de junio de 1944. < <

[375] Friedrich Ruge, Rommel in Normandy, p. 183. < <

[376] Citado en David Irving, The Trail of the Fox, p. 35. < <

[377] Dick Winters, Beyond Band of Brothers, p. 108. < <

[378] Leo Geyr von Schweppenburg, B-466, USAHC. < <

[379] Willi Müller, Vom Pionier Bataillon in der Normandie zum Panzerjagdkommando in Sachsen, p. 74. < <

[380] Citado en Alistair Home, The Lonely Leader, p. 154. < <

[381] WSC, Vol. VI, p. 11. < <

[382] Francis L. Loewenheim (eds), Roosevelt and Churchill: Their Secret Wartime Correspondence, No. 544, p. 501. < <

[383] Carol Mather, When the Grass Stops Growing, p. 263. < <

[384] Carol Mather, When the Grass Stops Growing, p. 264. < <

[385] Citado en Charles Williams, The Last Great Frenchman, p. 258. < <

[386] Peter McFarren y Fadrique Iglesias, The Devil's Agent, p. 49. < <

[387] Robert Leblanc, Journal du Maquis, ed. Alain Corblin, 6 de junio de 1944. < <

[388] Robert Leblanc, Journal du Maquis, ed. Alain Corblin, 7 de junio de 1944. < <

[389] Robert Leblanc, Journal du Maquis, ed. Alain Corblin, 11 de junio de 1944. < <

[390] Robert Leblanc, Journal du Maquis, ed. Alain Corblin, 11 de junio de 1944. < <

[391] Robert Leblanc, Journal du Maquis, ed. Alain Corblin, 13 de junio de 1944. < <

[392] Pierre Clostermann, The Big Show, p. 171. < <

[393] Pierre Clostermann, The Big Show, p. 172. < <

[394] Pierre Clostermann, The Big Show, p. 172. < <

[395] Pierre Clostermann, The Big Show, p. 173. < <

[396] Pierre Clostermann, The Big Show, p. 173. < <

[397] Robert Woollcombe, Lion Rampant, p. 37. < <

[398] Ken Tout, By Tank, p. 10. < <

[399] Ken Tout, entrevista con el autor. < <

[400] Diario de Stanley Christopherson, 20 de junio de 1944. < <

[401] Diario de Stanley Christopherson, 20 de junio de 1944. < <

[402] Helmut Ritgen, The Western Front, 1944, p. 61. < <

[403] Helmut Ritgen, The Western Front, 1944, p. 63. < <

[404] Helmut Ritgen, The Western Front, 1944, p. 63. < <

[405] Citado en Vince Milano y Bruce Conner, Normandiefront, p. 208. < <

[406] Citado en Vince Milano y Bruce Conner, Normandiefront, p. 192. < <

[407] Johannes Börner, entrevista con el autor. < <

[408] Johannes Börner, entrevista con el autor. < <

[409] John Robert Slaughter, Omaha Beach and Beyond, p. 128. < <

[410] Diario de Chester B. Hansen, 15 de junio de 1944. < <

[411] J. Lawton Collins, Lightning Joe, p. 208. < <

[412] J. Lawton Collins, Lightning Joe, p. 208. < <

[413] Diario de Chester B. Hansen, 14 de junio de 1944. < <

[414] Mark J. Alexander y John Sparry, Jump Commander, p. 215. < <

[415] Mark J. Alexander y John Sparry, Jump Commander, p. 217. < <

[416] Citado en Milano y Conner, p. 204. < <

[417] Slaughter, p. 130. < <

[418] Hans Speidel, Invasión 1944, p. 90. < <

[419] Hans Speidel, Invasión 1944, p. 91. < <

[420] Hans Speidel, Invasión 1944, p. 93. < <

[421] DDE, Vol. III, Doc. 1759. < <

[422] Ernie Pyle, Brave Men, p. 374. < <

[423] Ernie Pyle, Brave Men, p. 374. < <

[424] Ernie Pyle, Brave Men, p. 37. < <

[425] Ernie Pyle, Brave Men, p. 378. < <

[426] Orion C. Shockley, Random Chance, p. 83. < <

[427] Orion C. Shockley, Random Chance, p. 125. < <

[428] Mary Morris, 18 de junio de 1944, IWM 4850. < <

[429] Mary Morris, 18 de junio de 1944, IWM 4850. < <

[430] Mary Morris, 18 de junio de 1944, IWM 4850. < <

[431] Mary Morris, 19 de junio de 1944. < <

[432] Latham B. Jenson, Tin Hats, Oilskins and Seaboots, p. 231. < <

[433] Diario de Chester B. Hansen, 19 de junio de 194. < <

[434] Citado en Hubert Meyer, The 12th SS: The History of the Hitler Youth Panzer Division, Vol. I, p. 251. < <

[435] Helmut Ritgen, The Western Front, 1944, p. 65. < <

[436] Ambrose Lampen, Naval Reminiscences, LMHCAVIII/5. < <

[437] Ambrose Lampen, Naval Reminiscences, LMHCAVIII/5. < <

[438] Jenson, p. 232. < <

[439] General Miles, Dempsey Papers, TNA WO285/9. < <

[440] Bernard Law, Memoirs of Field Marshal Montgomery, p. 254. < <

[441] Richard E. Turner, Mustang Pilot, p. 92. < <

[442] Jenson, p. 233. < <

[443] William A. Biehler, Rutgers Oral History Archives. < <

[444] William A. Biehler, Rutgers Oral History Archives. < <

[445] William A. Biehler, Rutgers Oral History Archives. < <

[446] Grupo de órdenes, dónde se comunican las órdenes. Puede ser informal. (N. del T.) < <

[447] Reg Spittles, «Story No. 24», BTM Archives. < <

[448] Reg Spittles, «Story No. 24», BTM Archives. < <

[449] Mary Morris, 20 de junio de 1944, IWM 4850. < <

[450] Mary Morris, 20 de junio de 1944, IWM 4850. < <

[451] Mary Morris, 23 de junio de 1944. < <

[452] Robert Leblanc, Journal du Maquis, ed. Alain Corblin, 20 de junio de 1944. < <

[453] Robert Leblanc, Journal du Maquis, ed. Alain Corblin, 22 de junio de 1944. < <

[454] Dempsey, TNA WO 285/9. < <

[455] Kurt Meyer, Grenadiers, p. 242 < <

[456] Kurt Meyer, Grenadiers, p. 242 < <

[457] Citado en Hubert Meyer, The 12th SS: TheHistory of the Hitler Youth Panzer División, Vol. I, p. 335. < <

[458] Robert Woollcombe, Lion Rampant, p. 53. < <

[459] Robert Woollcombe, Lion Rampant, p. 54. < <

[460] Diario de Stanley Christopherson, 26 de junio de 1944. < <

[461] Kurt Meyer, p. 242. < <

[462] Woollcombe, p. 60. < <

[463] Woollcombe, p. 61. < <

[464] Woollcombe, p. 62. < <

[465] Reg Spittles, «Story No. 41», BTM Archives. < <

[466] Reg Spittles, «Story No. 41», BTM Archives. < <

[467] TNAWO 171/860. < <

[468] Woollcombe, p. 65. < <

[469] Woollcombe, p. 67. < <

[470] Diario de Walter Caines, p. 6, IWM 306. < <

[471] Citado en Hubert Meyer, p. 378. < <

[472] ICitado en Hubert Meyer, p. 379. < <

[473] Citado en Hubert Meyer, p. 380. < <

[474] Citado en Marvin Jensen, Strike Swiftly!, p. 157. < <

[475] Citado en Marvin Jensen, Strike Swiftly!,p. 158. < <

[476] Citado en Marvin Jensen, Strike Swiftly!,p. 172. < <

[477] Citado en G. A. Harrison, UnitedStateArmy in World War II: Cross Channel Attack, p. 432. < <

[478] Citado en G. A. Harrison, UnitedStateArmy in World War II: Cross Channel Attack, p. 434. < <

[479] Ernie Pyle, Brave Men, p. 399. < <

[480] Ernie Pyle, Brave Men, p. 399. < <

[481] Ernie Pyle, Brave Men, p. 399-400. < <

[482] Ernie Pyle, Brave Men, p. 400. < <

[483] Ernie Pyle, Brave Men, p. 401. < <

[484] Ernie Pyle, Brave Men, p. 401. < <

[485] Ernie Pyle, Brave Men, p. 404. < <

[486] Mary Morris, 24 de junio de 1944, IWM 4850. < <

[487] Mary Morris, 26 de junio de 1944. < <

[488] Mary Morris, 27 de junio de 1944. < <

[489] Mary Morris, 27 de junio de 1944. < <

[490] Mary Morris, 27 de junio de 1944. < <

[491] Kurt Meyer, Grenadiers, p. 248. < <

[492] Citado en Hubert Meyer, 12th SS: The History of the Hitler Youth Panzer División, Vol. I, p. 394. < <

[493] Kurt Meyer, p. 249. < <

[494] Citado en Hubert Meyer, p. 396. < <

[495] Diario de Walter Caines, p. 6, IWM 306. < <

[496] Diario de Stanley Christopherson, 27 de junio de 1944. < <

[497] General Miles Dempsey Papers, TNA WO285/9. < <

[498] Orion C. Shockley, Random Chance, p. 148. < <

[499] Ken Tout, By Tank, p. 15. < <

[500] Dempsey, TNA WO 285/9. < <

[501] Kurt Meyer, p. 251. < <

[502] Diario de Walter Caines, p. 8, IWM 306. < <

[503] Kurt Meyer, p. 252. < <

[504] Kurt Meyer, p. 252. < <

[505] Friedrich Ruge, Rommel in Normandy, p. 194. < <

[506] Friedrich Ruge, Rommel in Normandy, p. 196. < <

[507] Citado en David Irving, The Trail of the Fox, p. 478. < <

[508] Joseph J. Boylan, Goon's Up, p. 23. < <

[509] TNA CAB 106/1031. < <

[510] TNA CAB 106/1031. < <

[511] Arthur Tedder, With Prejudice, p. 555. < <

[512] Pierre Clostermann, The Big Show, p. 181. < <

[513] Pierre Clostermann, The Big Show, p. 184. < <

[514] Mustang Pilot, p. 93. < <

[515] Mustang Pilot, p. 97. < <

[516] Mustang Pilot, p. 99. < <

[517] Truman Smith, The Wrong Stuff, p. 179. < <

[518] Truman Smith, The Wrong Stuff, p. 243. < <

[519] DDE, Vol. III, 7 de julio de 1944. < <

[520] DDE, Vol. III, 7 de julio de 1944. < <

[521] TNA AIR 37/1057. < <

[522] Diario de Ken Handley, 7 de julio de 1944, IWM 3198. < <

[523] Friedrich Freiherr von der Heydte, A Germán Parachute Regiment in Normandy, p. 26, B-839, USAHC. < <

[524] Friedrich Freiherr von der Heydte, A Germán Parachute Regiment in Normandy, p. 25. < <

[525] Martin Pöppel, Heaven and Hell, p. 210. < <

[526] Martin Pöppel, Heaven and Hell, p. 217. < <

[527] Martin Pöppel, Heaven and Hell, p. 217. < <

[528] Martin Pöppel, Heaven and Hell, p. 220. < <

[529] Citado en Marvin Jensen, Strike Swiftly!, p. 183. < <

[530] Mark J. Alexander y John Sparry, Jump Commander, p. 227. < <

[531] Charles «Tick» Bonesteel, USAHC383. < <

[532] «Kraut» es un término peyorativo utilizado en inglés para referirse a los alemanes desde 1918. Antes, se utilizaba en inglés como sinónimo de «sauerkraut», es decir, chucrut. (N. del T.) < <

[533] John Robert Slaughter, Omaha Beach andBeyond, p. 132. < <

[534] Citado en Vince Milano y Bruce Conner, Normandiefront, p. 217. < <

[535] Kurt Meyer, Grenadiers, p. 254. < <

[536] Charles Cromwell Martin, Battle Diary, p. 37 < <

[537] Ken Tout, By Tank, p. 19. < <

[538] Ken Tout, By Tank, p. 20. < <

[539] Ken Tout, By Tank, p. 21. < <

[540] Meyer, p. 259. < <

[541] Tout, p. 22. < <

[542] Tout, p. 24. < <

[543] Tout, p. 25. < <

[544] Muy apropiada, dado que su letra, traducida, dice: «Oh, el viejo y grande duque de York tenía diez mil hombres los hacía marchar hasta la cima de la colina y luego los hacía marchar bajándola. Cuando estaban arriba, estaban arriba y, cuando estaban abajo, estaban abajo y cuando estaban a medio camino / no estaban ni arriba ni abajo».

(N. del T.) < <

[545] Tout, p. 26. < <

[546] Tout, p. 26. < <

[547] Meyer, p. 266. < <

[548] Mary Morris, 9 de julio de 1944, IWM 4850. < <

[549] Mary Morris, 4 de julio de 1944. < <

[550] Mary Morris, 5 de julio de 1944. < <

[551] Citado en Vince Milano y Bruce Conner, Normandiefront, p. 235. < <

[552] Charles Cromwell Martin, Battle Diary, p. 45. < <

[553] Helmut Ritgen, The Western Front, 1944, p. 63. < <

[554] John Robert Slaughter, Omaha Beach and Beyond, p. 137. < <

[555] Ritgen, p. 63. < <

[556] Entrevista con el autor. < <

[557] Entrevista con el autor. < <

[558] Ritgen, p. 96. < <

[559] Ritgen, p. 96. < <

[560] Ausbildungshinweis Nr. 33, BA-MA. < <

[561] Eberhard Günther Beck, Tagebuch, p. 7, BA-MA. < <

[562] Eberhard Günther Beck, Tagebuch, p. 12. < <

[563] Eberhard Günther Beck, Tagebuch, p. 12. < <

[564] Eberhard Günther Beck, Tagebuch, p. 13. < <

[565] Diario de Walter Caines, p. 16, IWM 306. < <

[566] Eberhard Günther Beck, Tagebuch, p. 17. < <

[567] Eberhard Günther Beck, Tagebuch, p. 19. < <

[568] Conocida también como la ración para catorce hombres (pues tenía comida para alimentar durante un día a esa cantidad de soldados), la ración «compo» venía en una caja de madera y contenía comida enlatada y envasada. Una caja típica tenía latas de carne de ternera y cerdo, pudin de ternera y de riñones, guisantes, queso, mermelada, galletas, sopa, salchichas y margarina. (N. del T.) < <

[569] Eberhard Günther Beck, Tagebuch, p. 19. < <

[570] Willi Müller, Vom Pionier-Bataillonin der Normandie zum Panzerjagdkommando in Sachsen, p. 88. < <

[571] Willi Müller, Vom Pionier-Bataillonin der Normandie zum Panzerjagdkommando in Sachsen, p. 89. < <

[572] William A. Biehler, Rutgers Oral History Archives. < <

[573] William A. Biehler, Rutgers Oral History Archives. < <

[574] William A. Biehler, Rutgers Oral History Archives. < <

[575] Richard Blackburn, In the Company of Heroes, p. 93. < <

[576] Richard Blackburn, In the Company of Heroes, p. 155. < <

[577] Chester B. Diario de Hansen, 13 de julio de 1944. < <

[578] Orion C. Shockley, Random Chance, p. 127. < <

[579] Una tabla o cuadro que proporciona los daros necesarios para disparar un cañón sobre un objetivo con precisión en condiciones tipo

y las diversas correcciones que deben hacerse por condiciones especiales como fuerza del viento, tipo de munición o temperatura. (N. del T.) < <

[580] Citado en Samuel W. Mitcham, Panzers in Normandy, p. 56. < <

[581] st Army Group AFV Technical Report, 355.486.1 BTM. < <

[582] st Army Group AFV Technical Report, 355.486.1 BTM. < <

[583] st Army Group AFV Technical Report, 355.486.1 BTM. < <

[584] st Army Group AFV Technical Report, 355.486.1 BTM. < <

[585] st Army Group AFV Technical Report, 355.486.1 BTM. < <

[586] st Army Group AFV Technical Report, 355.486.1 BTM. < <

[587] st Army Group AFV Technical Report, 355.486.1 BTM. < <

[588] Germán Tank Maintenance in World War II, Department of the US Army. Nº 20-202, junio de 1954, p. 44. < <

[589] Fritz Bayerlein, ETHINT 66-ML-1079, USAHC, p. 35. < <

[590] Fritz Bayerlein, ETHINT 66-ML-1079, USAHC, p. 35. < <

[591] Richard Freiherr von Rosen, Panzer Ace, p. 226. < <

[592] Richard Freiherr von Rosen, Panzer Ace, p. 232. < <

[593] Richard Freiherr von Rosen, Panzer Ace, p. 233. < <

[594] Richard Freiherr von Rosen, Panzer Ace, p. 233. < <

[595] Richard Freiherr von Rosen, Panzer Ace, p. 235. < <

[596] Chester B. Diario de Hansen, 30 de junio de 1944. < <

[597] Citado en Alastair Home, The Lonely Leader, p. 183. < <

[598] Chester B. Diario de Hansen, 2 de julio de 1944. < <

[599] Chester B. Diario de Hansen, 12 de julio de 1944. < <

[600] En contra de lo que el título parece indicar, el Ayudante de Campo General de las Fuerzas Armadas, Adjutant General to the

Forces, fue durante más de doscientos cincuenta años uno de los cargos más importantes del Ejército Británico, usualmente con rango de general o teniente general. (N. del T.) < <

[601] Citado en John Peaty, «Myth, Reality and Carlo D'Este», War Studies Journal, Vol.

1, N.º 2. D'Este hizo hincapié en el número de batallones de fusileros en Inglaterra y argumentó que Gran Bretaña estaba evitando el combate en Normandía y confiando excesivamente en los jóvenes estadounidenses para llevar a cabo gran parte de la lucha.

John Peaty ha analizado las acusaciones de D'Este con bastante detalle y ha refutado rotundamente la sugerencia. < <

[602] Los batallones en espera eran a dónde se destinaba a los soldados que habían terminado su adiestramiento a la espera de que se los asignara a un batallón en combate activo. (N. del T.). < <

[603] Citado en Arthur Tedder, With Prejudice, p. 560. < <

[604] Citado en Arthur Tedder, With Prejudice, p. 561. < <

[605] DDE, Vol. III, 12 de julio de 1944. < <

[606] Frank Ziegler, The Story of 609 Squadron, p. 290. < <

[607] TNA AIR 27/2103. < <

[608] Ken Adam, entrevista con el autor. < <

[609] Ken Adam, entrevista con el autor. < <

[610] Chester B. Diario de Hansen, 5 de julio de 1944. < <

[611] Citado en Friedrich Ruge, Rommel in Normandy, p. 217. < <

[612] Kurt Meyer, Grenadiers, p. 270. < <

[613] Kurt Meyer, Grenadiers, p. 271. < <

[614] Citado en Kurt Meyer, Grenadiers. < <

[615] Omar N. Bradley, A Soldier's Story, p. 342. < <

[616] General Elwood Richard «Pete» Quesada, entrevista 3, AFHRA. < <

[617] Citado en John Baynes, The Forgotten Víctor, p. 199. < <

[618] Citado en Arthur Tedder, With Prejudice, p. 562. < <

[619] Baynes, p. 200. < <

[620] Diario de Ken Handley, 18 de junio de 1944. < <

[621] Richard Freiherr von Rosen, Panzer Ace, p. 247. < <

[622] Richard Freiherr von Rosen, Panzer Ace, p. 247. < <

[623] Se ha puesto en duda muchas veces la veracidad del relato de Hans von Luck, pero ciertamente hubo tanques que fueron destruidos más tarde desde Cagny y también hubo cañones antiaéreos de la Luftwaffe alrededor de Caen. Aunque no fueran detectados por los reconocimientos aéreos aliados, la evidencia de los hechos sugiere que estaban exactamente donde Von Luck siempre dijo que estaban. No veo motivos para dudar de su versión de los hechos. < <

[624] Hans von Luck, Panzer Commander, p. 194. < <

[625] Charles Cromwell Martin, Battle Diary, p. 46. < <

[626] Charles Cromwell Martin, Battle Diary, p. 50. < <

[627] Von Luck, p. 200. < <

[628] Von Rosen, p. 251. < <

[629] Reg Spittles, «Story No. 14», BTM Archives. < <

[630] Reg Spittles, «Story No. 14», BTM Archives. < <

[631] Tedder, p. 562. < <

[632] Citado en Samuel W. Mitcham, Panzers in Normandy, p. 71. < <

[633] Citado en James A. Wood (ed.), Army of the West, p. 145. < <

[634] Kurt Meyer, Grenadiers, p. 273. < <

[635] Helmut Ritgen, The Western Front, 1944, p. 97. < <

[636] Eberhard Günther Beck, Tagebuch, p. 19, BA-MA. < <

[637] Richard Freiherr von Rosen, Panzer Ace, p. 257. < <

[638] Willi Müller, Vom Pionier-Bataillonin der Normandie zum Panzerjagdkommando in Sachsen, p. 106. < <

[639] Ritgen, p. 96. < <

[640] Orion C. Shockley, Random Chance, p. 152. < <

[641] Orion C. Shockley, Random Chance, p. 153. < <

[642] Orion C. Shockley, Random Chance, p. 161. < <

[643] John Rogers, NWWIIM. < <

[644] John Rogers, NWWIIM. < <

[645] Reg Spittles, «Story No. 3», BTM Archives. < <

[646] Robert Woollcombe, Lion Rampant, pp. 90-91. < <

[647] Beck, p. 16. < <

[648] John Robert Slaughter, Omaha Beach and Beyond, p. 137. < <

[649] Citado en Vince Milano y Bruce Conner, Normandiefront, p. 239. < <

[650] Citado en Vince Milano y Bruce Conner, Normandiefront, p. 245. < <

[651] Citado en Vince Milano y Bruce Conner, Normandiefront, p. 246. < <

[652] Citado en Vince Milano y Bruce Conner, Normandiefront, p. 250. < <

[653] Chester B. Diario de Hansen, 19 de julio de 1944. < <

[654] Chester B. Diario de Hansen, 19 de julio de 1944. < <

[655] Chester B. Diario de Hansen, 19 de julio de 1944. < <

[656] Chester B. Diario de Hansen, 19 de julio de 1944. < <

[657] Chester B. Diario de Hansen, 21 de julio de 1944. < <

[658] Chester B. Diario de Hansen, 20 de julio de 1944. < <

[659] Citado en John Buckley, Monty’s Men, p. 147. < <

[660] Diario de Chester B. Hansen, 23 de julio de 1944. < <

[661] Martin Blumenson (ed.), The Patton Papers, p. 464. < <

[662] Martin Blumenson (ed.), The Patton Papers, p. 477. < <

[663] Ernie Pyle, Brave Men, p. 456. < <

[664] General Elwood Richard «Pete» Quesada, entrevista 3, AFHRA. < <

[665] General Elwood Richard «Pete» Quesada, entrevista 3, AFHRA. < <

[666] Fritz Bayerlein, ETHINT 66-ML-1079.USAHC, p. 43. < <

[667] Truman Smith, The Wrong Stuff, p. 26. < <

[668] Truman Smith, The Wrong Stuff, p. 273. < <

[669] Pyle, p. 434. < <

[670] J. Lawton Collins, Lightning Joe, p. 240. < <

[671] Pyle, p. 459. < <

[672] Smith, p. 276. < <

[673] Smith, p. 277. < <

[674] Pyle, p. 460. < <

[675] Richard Blackburn, In the Company of Heroes, p. 160. < <

[676] Pyle, p. 461. < <

[677] Tom Bowles, entrevista con el autor. < <

[678] Bayerlein, ETHINT 66-ML-1079, USAHC, p. 47. < <

[679] Orion C. Shockley, Random Chance, p. 164. < <

[680] Diario de Chester B. Hansen, 24 de julio de 1944. < <

[681] Collins, p. 242. < <

[682] John Rogers, NWWIIM. < <

[683] Archie Maltbie, NWWIIM. < <

[684] Chester B. Diario de Hansen, 27 de julio de 1944. < <

[685] Paul Hausser, B-179, USAHC. < <

[686] Willi Müller, Vom Pionier-Bataillon in der Normandie zum Panzerjagdkommando in Sachsen, p. 111. < <

[687] Helmut Ritgen, The Western Front, 1944, p. 114. < <

[688] Richard Blackburn, In the Company of Heroes, p. 163. < <

[689] Müller, p. 115. < <

[690] Chester B. Diario de Hansen, 29 de julio de 1944. < <

[691] Chester B. Diario de Hansen, 29 de julio de 1944. < <

[692] Chester B. Diario de Hansen, 29 de julio de 1944. < <

[693] Chester B. Diario de Hansen, 29 de julio de 1944. < <

[694] Robert Woollcombe, Lion Rampant, p. 112. < <

[695] Diario de Stanley Christopherson, 29 de julio de 1944. < <

[696] Diario de Walter Caines, p. 27, IWM 306. < <

[697] Citado en John Buckley, Monty's Men, p. 158. < <

[698] Diario de Walter Caines, p. 28, IWM 306. < <

[699] Diario de Walter Caines, p. 28. < <

[700] Diario de Walter Caines, p. 29. < <

[701] Woollcombe, p. 113. < <

[702] Reg Spittles, «Story No. 32», BTM Archives. < <

[703] Woollcombe, p. 114. < <

[704] Diario de Walter Caines, p. 31, IWM 306. < <

[705] Diario de Walter Caines, p. 32. < <

[706] Diario de Stanley Christopherson, 6 de agosto de 1944. < <

[707] Diario de Walter Caines, p. 33, IWM 306. < <

[708] Richard Freiherr von Rosen, Panzer Ace, p. 257. < <

[709] Robert Leblanc, Journal du Maquis, ed. AlainCorblin, 30 de junio de 1944. < <

[710] Robert Leblanc, Journal du Maquis, ed. AlainCorblin, 6 de julio de 1944. < <

[711] Robert Leblanc, Journal du Maquis, ed. AlainCorblin, 4 de agosto de 1944. < <

[712] Chester B. Diario de Hansen, 2 de agosto de 1944. < <

[713] Chester B. Diario de Hansen, 2 de agosto de 1944. < <

[714] George S. Patton, War As I Knew It, p. 354. < <

[715] Heinrich Eberbach, A-922,USAHC. < <

[716] Richard Blackburn, In the Company of Heroes, p. 166. < <

[717] J. Lawton Collins, Lightning Joe, p. 250. < <

[718] Rudolf-ChristophFreiherr von Gersdorff, B-725,USAHC. < <

[719] Richard E. Turner, Mustang Pilot, p. 110. < <

[720] Richard E. Turner, Mustang Pilot, p. 110. < <

[721] Gersdorff, B-725,USAHC. < <

[722] Chester B. Diario de Hansen, 7 de agosto de 1944. < <

[723] Chester B. Diario de Hansen, 7 de agosto de 1944. < <

[724] Ken Tout, By Tank, p. 40. < <

[725] Ken Tout, By Tank, p. 41. < <

[726] Ken Tout, By Tank, p. 42. < <

[727] Ken Tout, By Tank, p. 42. < <

[728] Ken Tout, By Tank, p. 43. < <

[729] Ken Tout, By Tank, p. 46. < <

[730] Ken Tout, By Tank, p. 49. < <

[731] Ken Tout, By Tank, p. 70. < <

[732] Ken Tout, By Tank, p. 86. < <

[733] Ken Tout, By Tank, p. 89. < <

[734] Ken Tout, By Tank, p. 92. < <

[735] Ken Tout, By Tank, p. 94. < <

[736] Ken Tout, By Tank, p. 94. < <

[737] Ken Tout, By Tank, p. 99. < <

[738] Ken Tout, By Tank, p. 110. < <

[739] Ken Tout, By Tank, p. 111. < <

[740] Ken Tout, By Tank, p. 119. < <

[741] Mary Morris, 16 de agosto de 1944, IWM 4850. < <

[742] El arranque de cordita fue un sistema de arranque que, bajo diversas marcas (Coffman o Breeze, por ejemplo), utilizaron motores de pistón en aviones y vehículos blindados durante las décadas de 1930 y 1940, entre ellos el Hawker Typhoon. Este sistema utilizaba un cartucho de fogueo que contenía cordita y que, al estallar, empujaba un pistón que movía un engranaje que hacía girar el motor. El sistema contenía una recámara, en la que se ponía el cartucho, que luego se disparaba de forma eléctrica (como en el Thypoon) o mecánica. (N. del T) < <

[743] Chester B. Diario de Hansen, 10 de agosto de 1944. < <

[744] Citado en Samuel W. Mitcham, Panzers in Normandy, p. 143. < <

[745] Citado en Samuel W. Mitcham, Panzers in Normandy, p. 144. < <

[746] Citado en Marvin Jensen, Strike Swiftly!, p. 194. < <

[747] Citado en Marvin Jensen, Strike Swiftly!, p. 195. < <

[748] Willi Müller, Vom Pionier-Bataillonin derNormandie zum

Panzerjagdkommando in Sachsen, p. 133. < <

[749] Eberhard Günther Beck, Tagebuch, p. 26, BA-MA. < <

[750] Eberhard Günther Beck, Tagebuch, p. 24. < <

[751] Eberhard Günther Beck, Tagebuch, p. 27. < <

[752] Müller, p. 27. < <

[753] Charles Cromwell Martin, Battle Diary, p. 60. < <

[754] Kurt Meyer, Grenadiers, p. 283. < <

[755] Denis Edwards, The Devil's Own Luck, p. 138. < <

[756] Diario de Walter Caines, p. 35, IWM 306. < <

[757] Diario de Walter Caines, p. 35, IWM 306. < <

[758] Richard Blackburn, In the Company of Heroes, p. 173. < <

[759] Richard Blackburn, In the Company of Heroes, p. 181. < <

[760] Martin, p. 61. < <

[761] Meyer, p. 294. < <

[762] Citado en Jean-Paul Pallud, Rückmarsch!, p. 67. < <

[763] Diario de Stanley Christopherson, 17 de junio de 1944. < <

[764] Orion C. Shockley, Random Chance, p. 179. < <

[765] Hans von Luck, Panzer Commander, p. 205. < <

[766] Martin, p. 67. < <

[767] Ken Adam, entrevista con el autor. < <

[768] Peter Caddick-Adams, entrevista con el autor. < <

[769] Un honor de batalla es la concesión por parte de un gobierno o soberano a una unidad militar del derecho a adornar su bandera, uniformes u otros accesorios donde tal ornamentación sea posible con el nombre de una batalla u operación. (N. del T.) < <